

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

**FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA**

**Departamento de Historia Contemporánea**



**TESIS DOCTORAL**

**Los barrios negros: el Ensanche Sur en la formación  
del moderno Madrid (1860-1931)**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

**Fernando Vicente Albarrán**

Director

**Luis Enrique Otero Carvajal**

**Madrid, 2011**

ISBN: 978-84-695-1111-4

© Fernando Vicente Albarrán, 2011



**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

**FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA**

**DEPARTAMENTO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA**

---

# **Los barrios negros**

## **El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)**

**Memoria para optar al grado de doctor presentada por**

**Fernando Vicente Albarrán**

**Bajo la dirección del  
Dr. Luis Enrique Otero Carvajal**

**Junio 2011**







## **- AGRADECIMIENTOS -**

Esta tesis doctoral ha sido realizada gracias a la obtención de un contrato como investigador de apoyo, en el marco del IV Plan Regional de Investigación Científica e Innovación Tecnológica de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid, entre marzo de 2007 y febrero de 2011. Durante ese tiempo he formado parte del grupo de investigación UCM “Historia de Madrid en la Edad Contemporánea”, número de referencia 941149, dirigido por el profesor titular Luis Enrique Otero Carvajal y compuesto por Gutmaro Gómez Bravo, José María López Sánchez, Rafael Simón Arce, Rubén Pallol Trigueros, Nicolás Montero García, Borja Carballo Barral, Nuria Rodríguez Martín y Javier San Andrés Corral.

Soy incapaz de recordar el día que inicié esta investigación, pero todavía guardo en mi frágil memoria el primer día que pisé el Archivo de Villa, lugar al que tantas veces encaminé mis pasos en las frescas mañanas de Madrid. José Luis, hombre bueno y paciente como pocos, fue la primera persona que me tendió la mano. Su fallecimiento nos apenó a todos los que frecuentábamos la antigua sala del archivo, tanto a los investigadores, como a sus compañeros Juan, Jerónimo, María Jesús, Gracia, José y el resto de trabajadores, que siempre me trataron maravillosamente en mis incontables peticiones de padrones y legajos. María del Carmen Cayetano y Rosario Sánchez fueron brújulas impagables en el océano documental del archivo y siempre les agradeceré su exquisita educación, amabilidad y solicitud en todas mis dudas, por peregrinas que fueran. De igual forma quiero destacar al personal del Archivo Histórico Ferroviario y de su Biblioteca y Hemeroteca, en especial a los archiveros de sala y a Raquel Letón, jefa del archivo, por su interés hacia mi investigación y por darme tantas soluciones en tan poco tiempo.

A pesar de no haber sido estudiante de licenciatura en la Universidad Complutense de Madrid, la magnífica acogida que me ha dispensado el Departamento de Historia Contemporánea ha hecho que me sintiera como en casa, desde los primeros días, cuando fui recibido de forma tan amable por el profesor Octavio Ruiz-Manjón, hasta los últimos días del presente curso, durante el cual el profesor Juan Carlos Pereira siempre se mostró comprensivo en mis momentos de dificultad y me animó a finalizar la tarea emprendida. María José Sanz siempre tuvo su puerta abierta para resolver todos mis problemas con los papeles administrativos, siempre con una sonrisa, siempre con una respuesta.

Durante este tiempo he tenido la oportunidad de participar en diferentes actividades del departamento y en todas ellas he tenido la suerte de seguir formándome como investigador. De manera particular me gustaría agradecer a los profesores Elena Hernández y Antonio Niño su decisión de contar conmigo para la comisión de biblioteca y el seminario de investigación del departamento, por la oportunidad que me brindaron para participar en tareas sumamente enriquecedoras. Durante ese tiempo tuve la suerte de colaborar con otros becarios, como Inés, Jorge y Pepe, que hicieron amenas las horas de trabajo.

Muchos son los profesores que se han interesado por mi investigación, que se han preocupado por los avances de la misma o que me han aconsejado en los momentos de dificultad, como Jesús Martínez Martín, José María Borrás, Julio Aróstegui, Estíbaliz Ruiz de Azúa, Carmen del Moral, Esperanza Yllán y Antonio Moreno. Profesoras que me han animado con todo su cariño para que no desfalleciera, como Raquel Sánchez y Ana Martínez, y profesores que me dieron su apoyo en el último año loco de clases y escritura, como José Antonio Montero y Antonio López. Por último, me gustaría subrayar a los profesores Ángel Bahamonde, Gloria Nielfa y Juan Pablo Fusi, por detener tantas veces su mirada en aquello que iba escribiendo, por rectificar mis errores y enriquecerme con su maestría en la investigación histórica.

Durante el otoño de 2009 tuve el privilegio de permanecer en la Universidad de Cambridge, gracias a la cortés aceptación de la profesora Alison Sinclair. Mi estancia no pudo ser más provechosa, tanto en lo personal como en lo profesional. La profesora Sinclair fue una anfitriona excepcional: guió mis timoratos pasos por la inmensa University Library, me abrió las puertas de su seminario en el Claire College y me regaló un inolvidable viaje, *cross country*, en su coche particular hasta la Open University, donde me presentó a profesores como Peter King y Manuel Eisner, muy interesados por España y por Madrid. Coral Neale me allanó todas las dificultades burocráticas con una alegría y una vitalidad envidiables. El recuerdo académico de Cambridge quedaría incompleto sin hacer mención a una hora transcurrida en torno a un té inglés, junto a una chimenea del Downing College, donde tuve el privilegio de ser invitado por la profesora Natalia Mora y pude tomar nota de las múltiples observaciones que realizó sobre la investigación y que tanto han mejorado el resultado final de la tesis.

El profesor con el que estoy más en deuda es, sin duda, Luis Enrique Otero Carvajal, mi director y maestro. Esta tesis no existiría si no me hubiera sugerido, de forma tan apasionada, un tema de investigación tan sugerente y tan instructivo para la formación de un investigador. Gracias a él he aprendido lo que significa ser historiador. Su máxima exigencia en el trabajo y su dedicación en cuerpo y alma a la profesión me las ha inculcado en cada charla, en cada discusión sobre una hipótesis o una interpretación, en todas y cada una de las reuniones del seminario de nuestro grupo de investigación. En todo momento ha procurado sacar lo mejor de mí, puliendo mis fallos y alentándome a forjar mi camino. Es el capitán de un grupo de compañeros de investigación con los que he

compartido muchas horas de mi vida. Rafael Simón fue un ejemplo de lo dura que resulta la carrera del investigador, al igual que José María Sánchez, al que agradezco toda la ayuda que me ofreció durante las clases prácticas del último año. Gutmaro Gómez siempre me ha animado a no desfallecer en el interminable trabajo con los padrones municipales y me ha tendido su mano cuando le he necesitado. Nuria Rodríguez ha sido una entrañable compañera, tanto de archivo como de café, donde hemos compartido conversaciones interminables y cuya colaboración me ha resultado muy útil en algunas partes del trabajo. Santiago de Miguel me ayudó y animó en el sprint final y siempre recordaré a Daniel González y su breve pero estimulante paso por nuestro grupo. Javier San Andrés es el amigo en la distancia de Guadalajara; Rubén Pallol, que me introdujo en el mundo del padrón, y Borja Carballo son los amigos en la cercanía de Madrid. De ellos he aprendido todo lo bueno que pueda tener esta profesión y he compartido cientos de horas que hace mucho que dejaron de ser trabajo, para convertirse en tiempos para la amistad. Momentos memorables por las playas de Mahón, las terrazas de Murcia, la plaza del Pilar, los atardeceres de Cádiz o las calles de Madrid. Y noches y madrugadas trabajando en nuevos análisis, aunque nadie nos creyera, y debatiendo sobre lo divino y lo humano. Y con una partida de mus y unos callos en la recámara.

Con Borja, además, tuve la inmensa suerte de vivir la experiencia de Cambridge. Un tiempo y una ciudad inolvidables que, creo, nos marcó a los dos en el corazón. Allí compartimos mañanas leyendo en las heladoras salas de la biblioteca, seminarios de trabajo y viajes sin fin con la bici a cuestas. Allí pudimos conocer a un fantástico y variopinto grupo de personas, como Mika, Juan Carlos y Elena, el inolvidable Patrick, Irene, Miriam, el entrañable Francesco y Silvia, una chica llena de vitalidad y alegría contagiosa, alguien que hizo de Cambridge una melodía muy especial.

Aquel otoño me recordó mi estancia en el Hernán Cortés, mi colegio mayor universitario de Salamanca. Allí conocí a grandes amigos como Andrés, Manu, Kenet o Diego, a otros que se fueron quedando por el camino al tomar rumbos diferentes, como Jose, el Pelos, Bea, María, César, y otros que llegaron más tarde, como Pilar, Miecke y Álex. Allí también conocí al incombustible clan leonés-farmacéutico: a Elena, Sonia, Blanca, Raquelina y la inclasificable Lauri, con quienes tanto me he reído. Han pasado más de diez años y hoy no hacemos más que ver las fotos de aquel tiempo, cuando aún mirábamos con ojos de niños y vestíamos trajes de hombres que nos quedaban grandes. Gracias por cada momento vivido allí, por seguir juntos a pesar de la distancia. Siempre digo que el mejor regalo que uno puede tener es pasar un rato con sus amigos. Si alguno falta, dése por incluido.

Mi recuerdo más especial está dirigido a mi familia. Desde hace muchos años tengo la suerte de contar con una en las viejas tierras leonesas, donde me siento muy querido. David, Cefe y Sara me abrieron las puertas de su casa y de su corazón desde el principio y espero que ellos sientan lo mismo. No puedo evitar el recuerdo a la abuela Neli, quien seguro estará cuidando de nosotros y a

quien tanta ilusión le hubiera hecho ver terminada esta tesis. El vacío que nos ha dejado su pequeña figura es gigantesco. Mis familiares siempre han estado ahí para apoyarme, pero de forma muy especial mis abuelos, mis padres y mis hermanos. Sé lo difícil que les resulta a mis abuelos comprender este mundo extraño, que te lleva lejos de tus seres queridos por un rumbo difuso y con pocas alegrías. De ellos he aprendido lo que significa querer a una persona y lo importante que es vivir la vida. Mis padres y hermanos me han dado siempre su apoyo incondicional y han estado a mi lado para levantarme, para empujarme en los peores momentos, para aliviar mis frustraciones y sinsabores. Son mi mayor ejemplo y las personas a las que más quiero. Espero que algún día pueda recompensarles por tantas ausencias y seguir demostrándoles lo orgulloso que estoy de ellos. Estas pocas líneas no hacen justicia a todo lo que me han enseñado y a todo su cariño.

Raquel ha sido la persona que más ha sufrido este largo camino que conduce hasta aquí, la que más cosas ha tenido que sacrificar. Con ella se me ahogan las palabras. Los meses sin vernos por estar en países diferentes o los innumerables fines de semana encerrados porque tenía trabajo acumulado, eran como puñales que se iban clavando en mi ánimo, a pesar de sus palabras de aliento y su mirada comprensiva. Sin su fe en mí, sin su fuerza y su cariño, habría sido incapaz de terminar. Ella es mi única esperanza cuando estoy hundido y no veo la salida. Con ella también he compartido los momentos más felices, que han sido incontables. Llevo más de diez años siendo feliz a su lado y sueño con seguir muchos más.

A ella y a mis padres está dedicada esta tesis doctoral.

# INDICE GENERAL

Resumen	5
Introducción	7
Introduction	23
PARTE I. LA FORMACIÓN DEL GRAN MADRID	31
Capítulo 1. La reinvención de una capital	33
1.1 La copa y el helado. El agotamiento de una idea: el viejo Madrid	36
1.2 La reinvención de una capital: El vértigo de una década prodigiosa	47
1.3 La reinvención de una ciudad: Sueños de Ensanche y realidad de arrabal	55
1.3.1 Paseos, campo, ferrocarril y arrabal a la sombra de Madrid	56
1.3.2 El dibujo de un nuevo Madrid	72
1.3.3 Las batallas del Ensanche	81
1.3.4 1868, la victoria de los viejos arrabales frente a la nueva ciudad	89
1.4 Caminando hacia una ciudad dividida	93
Capítulo 2. Las huellas del camino	99
2.1 Con el hatillo al hombro. Migraciones y movilidad en la segunda mitad del siglo XIX	99
2.2 Telas de araña en la gran ciudad. La articulación de redes de solidaridad y paisanaje	122
2.2.1 Redes familiares en la gran ciudad	130
2.2.2 Un paisano a la vuelta de la esquina. Redes de paisanaje en la gran ciudad	135
2.3 Madrid se agiganta, sus colmenas se diluyen	147
2.3.1 Fuentes de crecimiento más amplias y homogéneas	148
2.3.2 Una población en movimiento, una sociedad en vías de integración	153
2.3.3 Diferentes orígenes, desiguales vías de integración	168

Capítulo 3. Largo invierno jornalero. Corrosión y transición del mercado laboral	175
3.1 Trabajadores no cualificados, los brazos del nuevo Madrid	185
3.2 Trabajadores cualificados: ocaso, corrosión y renovación	195
3.3 Dos mundos se rozan en la distancia. Condiciones de vida de los trabajadores cualificados y no cualificados	213
3.4 El gran bazar de los empleos	221
3.5 Tras la máscara de "sus labores". La mujer en el mercado laboral de la Restauración	230
3.6 Madrid, "fin de siècle". En la encrucijada	245
3.6.1 <i>El rostro maldito del nuevo mercado laboral</i>	245
3.6.2 <i>Los "últimos de Filipinas" en el océano jornalero</i>	251
3.6.3 <i>La ciudad de las oportunidades</i>	257
Capítulo 4. Malas calles. Segregación, imagen y luchas vecinales	279
4.1 Los bordes desportillados de una ciudad rota. Abandono municipal y reivindicaciones vecinales	281
4.2 El mapa de la riqueza y de la pobreza	295
4.2.1 <i>Caminos que se separan. La progresiva segregación del espacio en el nuevo Madrid de la Restauración</i>	295
4.2.2 <i>Las ganancias cantan en cada rincón de las calles. Atlas social de los barrios del sur al filo del siglo XX</i>	310
4.3 El espacio, ¿espejo de la nueva sociedad?	330
4.3.1 <i>Imagen y realidad de una ciudad fraccionada</i>	330
4.3.2 <i>Los barrios del miedo</i>	343
4.3.3 <i>Solidaridad y asistencia social en los barrios de la muerte</i>	350
PARTE II. LA IRRUPCIÓN DE LA METRÓPOLI	363
Capítulo 5. Perfiles de metrópoli	365
5.1 <i>¡A repensar Madrid! Crisis en el modelo de ciudad durante el primer tercio del siglo XX</i>	365
5.2 La fascinación de la moderna metrópoli	371
5.3 El fin de los barrios negros. El nuevo rostro del Ensanche Sur	376
5.3.1 <i>La pesada herencia de las corralas y las chabolas</i>	378

5.3.2 <i>El festival de las obras. Mejores calles...</i>	386
5.3.3 <i>... para un barrio más caro...</i>	390
5.3.4 <i>... con casas nuevas que ya no eran chabolas</i>	397
<b>Capítulo 6. Ciudad millonaria, ciudad rodante</b>	<b>403</b>
6.1 <b>La explosión del millón de habitantes</b>	<b>403</b>
6.2 Más madrileños, más urbanos y más recientes. Viejos y nuevos rostros del Ensanche Sur	409
6.3 Casarse con un forastero, una práctica en expansión	423
6.4 Madrid, ciudad rodante. El cambio de la vida urbana	428
6.4.1 <i>El progresivo adiós a una vida de caracol</i>	428
6.4.2 <i>El futuro ya está aquí. La irrupción del metro y del automóvil en la edad de oro del tranvía</i>	431
6.4.3 <i>Nos vamos a las afueras. Diferencias en la movilidad residencial</i>	444
<b>Capítulo 7. Tiempos mecánicos. Transformaciones en el trabajo manual</b>	<b>451</b>
7.1 <b>Una modernización desde la diversidad</b>	<b>451</b>
7.2 Entre la gran empresa y el pequeño taller. La transformación del trabajo manual madrileño	464
7.2.1 <i>Ciudad en obras. Auge de la construcción en una economía más diversificada</i>	464
7.2.2 <i>Tiempos mecánicos. Nuevos trabajadores para un nuevo entorno económico</i>	472
7.2.3 <i>El impacto de la gran empresa</i>	483
7.2.4 <i>Auge y caída de la Casa Labourdette. Las economías a escala en el desarrollo económico de Madrid</i>	495
7.2.5 <i>Adaptarse o morir. El pequeño taller en los años 20</i>	503
<b>Capítulo 8. La ciudad de las corbatas y los papeles. La moderna profesionalización de los servicios y el cambio generacional</b>	<b>511</b>
8.1 El ferrocarril y la modernización del modelo de gestión en la gran empresa	514
8.2 Madrid, colmena de oficinas y de empleados	526
8.3 Grandes almacenes y empleados de comercio. La irrupción de nuevas prácticas de consumo y un cambio en las relaciones laborales del comercio	540
8.4 La tierra de las oportunidades. Nuevo mapa de las profesiones y análisis generacionales	551



Capítulo 9. Una máscara de otros tiempos	571
9.1 Los viejos fantasmas del pasado. La herencia de una imagen construida	571
<i>9.1.1 Barrios de trapos y harapos</i>	571
<i>9.1.2 Los barrios del crimen y de la perversión</i>	579
9.2 Dr. Jekyll y Mr. Hyde. Paradojas de la moderna metrópoli	584
<i>9.2.1 Las Injurias bajos los adoquines de la Gran Vía</i>	586
<i>9.2.2 Las campanas ya no repican en el Ensanche Sur. Los robos, el delito de los nuevos tiempos</i>	591
<i>9.2.3 Cuando cae la noche sobre la ciudad</i>	593
<i>9.2.4 El siglo de la velocidad</i>	599
<i>9.2.5 El desorden del mundo automático: muerte y contrabando entre raíles</i>	604
Conclusiones	615
Apéndices	645
Bibliografía	653

## RESUMEN

Esta tesis doctoral es una investigación sobre la historia social y económica de Madrid entre 1860 y 1931. El análisis se centra en el Ensanche Sur, una de las tres nuevas zonas que fueron diseñadas por el proyecto de Carlos María de Castro para expandir la ciudad más allá de sus antiguas cercas. Su elección como objeto de estudio se debe a que fue un territorio en permanente transformación urbanística y social. Fue una de las principales zonas donde se gestó la transformación industrial de la ciudad a principios del siglo XX y una zona que impulsó la nueva economía de servicios que definió a Madrid en el ámbito español.

El trabajo aborda un periodo de tiempo durante el cual la ciudad experimentó un crecimiento demográfico muy importante que cuadruplicó el número de habitantes. En la tesis se realiza un análisis sistemático de las corrientes migratorias, la principal fuente de crecimiento de la ciudad. Se estudian los lugares de procedencia de la población inmigrante, sus formas de migrar, los tipos de familias, la integración en la ciudad, la formación de redes familiares y de paisanaje y su movilidad residencial entre unos barrios y otros.

La tesis también estudia cómo afectó ese crecimiento demográfico, por medio de inmigrantes, en el modelo económico de la ciudad. En una primera parte se explica el ocaso de las estructuras gremiales, el deterioro de las condiciones laborales de los artesanos y la emergencia de los trabajadores no cualificados como mano de obra mayoritaria del mercado laboral madrileño. En una segunda parte se estudia el papel del Ensanche en la aparición de una economía industrial complementaria a la tradicional y en la expansión y modernización de la economía de servicios.

Por último, la investigación reconstruye las reivindicaciones vecinales para mejorar las condiciones urbanísticas de sus barrios, su fracaso y el progresivo deterioro de toda la zona. Se analizan el proceso de segregación que afectó a toda la ciudad y la creación de una imagen que vinculaba al Ensanche Sur con la delincuencia, el crimen y la enfermedad. Se explica la aparición del concepto “submundo” en el ámbito madrileño y su pervivencia hasta 1930, cuando la zona había experimentado un notable cambio social, económico y urbanístico, y su realidad histórica ya no se correspondía con esa negativa imagen heredada.

## ABSTRACT

This doctoral thesis is a research about social and economic history of Madrid and its South Expansion Area between 1860 and 1931. This district was one of the three new areas designed by Carlos Maria de Castro's project to expand the city. It was chosen because of its continuous urban development and social transformation. It was the main area where industrial transformation of the city was originated at the beginning of 20<sup>th</sup> century. It also helped to grow to new service economy of Madrid.

The dissertation studies a period of time when Madrid's population grew exponentially, reaching a million of inhabitants. It is performed a systematic analysis of migratory flows as the main source of growing. Immigrant birth places, types of families, how they got to the city and how they created and used family networks, are explained.

The thesis also analyzes how the economic model of the city is affected by this demographic growth. In the first part, it is explained the end of guild structures, how guilds' labor conditions got worse and more and more unskilled workers appeared day by day. The second part studies the establishment of an alternative industrial economy, service modernization and the role played by South Expansion Area.

Finally, the researching deal with neighbours' complains in order to improve the situation of their neighborhoods and the progressive decline of the area. Social segregation of the city and establishment of a bad image of South Expansion Area are analyzed, explaining the meaning of "underworld" in Madrid and how it survived until 1930.

## - INTRODUCCIÓN -

A finales de los años 80 se celebraron dos coloquios que fueron un punto de inflexión en el estudio del Madrid contemporáneo.<sup>1</sup> La entidad de los participantes y su elevado número, la riqueza de los temas abordados y la profundidad de los debates que se abrieron, fueron un aldabonazo en el panorama historiográfico español, que hizo de la ciudad de Madrid una disciplina científica con entidad propia.

Por un lado, los encuentros sirvieron para echar la vista atrás y efectuar un primer balance sobre el camino recorrido en los diez años anteriores. Desde finales de la década de 1970 un puñado de estudiosos planteaba el estudio de Madrid desde criterios científicos y con la manifiesta voluntad de alejarse de la literatura costumbrista que había dominado hasta el momento. Unos investigadores que vieron en la ciudad el laboratorio espacial y humano idóneo para abordar debates historiográficos de fondo y, al tiempo, ofrecer una completa renovación de la disciplina de la historia en España, tanto en sus objetivos como en los temas a tratar. Entre ellos, sobresalen el estudio de las nuevas élites burguesas<sup>2</sup> y la evolución de las relaciones sociales en la época liberal;<sup>3</sup> los estudios políticos sobre los comicios electorales,<sup>4</sup> los cambios revolucionarios de gobierno<sup>5</sup> y las fuerzas cívicas y militares sobre los que sustentaban;<sup>6</sup> los estudios sobre el movimiento obrero,<sup>7</sup> algunas de sus organizaciones<sup>8</sup> y el conflicto

---

<sup>1</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Consejería de Cultura, Madrid, 2 Vols., 1986; BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Comunidad de Madrid-Alfoz, Madrid, 2 Vols., 1989.

<sup>2</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid, 1856-1866*, Universidad Complutense, Madrid, 1981.

<sup>3</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1978.

<sup>4</sup> TUSELL GÓMEZ, Javier: "Sociología electoral de Madrid, 1903-1931", Madrid, *Cuadernos para el diálogo*, (1969), pp. 127-143.

<sup>5</sup> URQUIJO Y GOITIA, José Ramón: *La revolución de 1854 en Madrid*, CSIC, Madrid, 1984.

<sup>6</sup> PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio y ESPADAS BURGOS, Manuel: *Milicia nacional y revolución burguesa: el prototipo madrileño: 1808-1874*, CSIC, Madrid, 1978.

<sup>7</sup> ÁLVAREZ JUNCO, José y PÉREZ LEDESMA, Manuel: "Historia del movimiento obrero: ¿una segunda ruptura?", en *Revista de Occidente*, nº 12 (1982), pp. 19-41.

<sup>8</sup> CASTILLO, Santiago: "Los orígenes de la organización obrera en España: de la Federación de Tipógrafos a la Unión General de Trabajadores", *Estudios de historia social*, nº 26-27 (1983), pp. 19-255; CASTILLO, Santiago: "Organización y acción política del PSOE hasta 1900" en

asociado a la teoría de la movilización colectiva;<sup>9</sup> o los trabajos sobre la economía urbana<sup>10</sup> y el régimen demográfico<sup>11</sup> de la población madrileña durante el siglo XIX.

A este amplio corpus se añadieron investigaciones procedentes de otras disciplinas científicas, como fueron la arquitectura y los planeamientos urbanísticos de la ciudad burguesa;<sup>12</sup> o la geografía urbana y su amplio abanico de estudios sobre las transformaciones urbanísticas en el diseño de la ciudad,<sup>13</sup> el impacto en ella de factores externos,<sup>14</sup> las estrategias desarrolladas por propietarios de suelo y promotores urbanísticos,<sup>15</sup> o las estrechas relaciones entre el diseño arquitectónico de las viviendas y el nivel económico y social de los grupos que formaban la sociedad madrileña de la segunda mitad del siglo XIX y del primer tercio del siglo XX.<sup>16</sup> Todos ellos tuvieron cabida, en mayor o menor medida, en los coloquios de 1986 y 1989.

Por otro lado, esos encuentros fueron un impulso para el desarrollo de nuevas vías de investigación y la consolidación de un conocimiento adquirido que cristalizaron en las obras de la década de los 90 y principios del siglo XXI. En primer lugar, aparecieron las primeras obras generales de referencia firmadas

---

JULIÁ, Santos (coord.): *El socialismo en España: desde la fundación del PSOE hasta 1975*, Pablo Iglesias, Madrid, 1986, pp. 9-33; ELORZA, Antonio y RALLE, Michel: *La formación del PSOE*, Crítica, Barcelona, 1989; NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “El mundo asociativo de los dependientes de comercio: sociedades de carácter gremial en Madrid, 1887-1931”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nº 22 (1986), pp. 373-400.

<sup>9</sup> JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Siglo XXI, Madrid, 1984.

<sup>10</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)” en *Estudios de Historia Social*, nº 15, (1980), pp. 143-175; NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985; NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “La distribución del comercio en Madrid en la primera década del siglo XX” en *Cuadernos de historia moderna y contemporánea*, nº 4 (1983), pp. 119-139.

<sup>11</sup> FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*, Vicens Vives, Barcelona, 1985; CARBAJO ISLA, María Fernanda: *La población de la villa de Madrid desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1987.

<sup>12</sup> BONET CORREA, Antonio (ed.): *Plan Castro*, COAM, Madrid, 1978.

<sup>13</sup> RUIZ PALOMEQUE, Eulalia: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1976; RUIZ PALOMEQUE, María Eulalia: *La Urbanización de la Gran Vía*, Ayuntamiento de Madrid, 1985.

<sup>14</sup> GONZÁLEZ YANCI, María Pilar: *Los accesos ferroviarios a Madrid. Su impacto en la geografía urbana*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1977.

<sup>15</sup> MAS HERNÁNDEZ, Rafael: “La actividad inmobiliaria del marqués de Salamanca en Madrid (1862-1875)” en *Ciudad y Territorio*, nº 3, (1978), pp. 47-70; MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1982.

<sup>16</sup> BRANDIS GARCÍA, María Dolores: *El paisaje residencial en Madrid*, MOPU, Madrid, 1983; DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1986.

por reputados especialistas,<sup>17</sup> así como un atlas social e histórico de la ciudad contemporánea,<sup>18</sup> que fueron la mejor expresión de la madurez alcanzada por la disciplina. En segundo lugar, las semillas plantadas en los años 80 germinaron en numerosas monografías que daban cuenta de la enorme riqueza del campo de estudio y que exploraban líneas de investigación abiertas, como por ejemplo el ámbito de las élites políticas y sociales,<sup>19</sup> la interacción de las redes migratorias con la formación de los mercados laborales,<sup>20</sup> los cambios que tuvieron lugar en esos mercados,<sup>21</sup> la indagación en las condiciones de determinados grupos profesionales poco estudiados,<sup>22</sup> la política urbanística durante el siglo XX,<sup>23</sup> la movilización social<sup>24</sup> o el mundo de la cultura, la alfabetización<sup>25</sup> y el análisis de la sociedad desde la literatura.<sup>26</sup>

Esta enumeración de trabajos ponía de relieve a Madrid como fuente inagotable para la investigación de la sociedad contemporánea pero, al mismo tiempo, planteaba serios retos a la hora de dar los siguientes pasos. Desde finales de la década de 1980 se venían empleando innovadoras metodologías y técnicas de trabajo en campos de estudios como los movimientos migratorios,<sup>27</sup> las

<sup>17</sup> FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993; JULIÁ DÍAZ, Santos, RINGROSE, David y SEGURA, Cristina: *Madrid, historia de una capital*, Alianza Editorial, Madrid, 1994.

<sup>18</sup> PINTO CRESPO, Virgilio (dir.): *Madrid: Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Fundación Caja Madrid, Madrid, 2001.

<sup>19</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel y CAYUELA, José: *Hacer las Américas. Las élites coloniales españolas en el siglo XIX*, Alianza Editorial, Madrid, 1992; CRUZ, Jesús: *Los notables de Madrid. Las bases sociales de la revolución liberal española*, Alianza Editorial, Madrid, 2000.

<sup>20</sup> SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Siglo XXI, Madrid, 1994.

<sup>21</sup> CAYÓN GARCÍA, Francisco: *Un análisis del sector eléctrico en Madrid a través de las empresas Hidroeléctrica Española, Electra Madrid y Unión Eléctrica Madrileña (1907-1936)*, Fundación Empresa Pública, Madrid, 1997.

<sup>22</sup> CANDELA SOTO, Paloma: *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida (1888-1927)*, Tecnos, Madrid, 1997; CANDELA SOTO, Paloma: "El trabajo doblemente invisible. Mujeres en la industria madrileña del primer tercio del siglo XX", en *Historia Social*, nº 45 (2003), pp. 139-159; SARASÚA, Carmen: "El oficio más molesto, más duro. El trabajo de las lavanderas en la España de los siglos XVIII-XX", en *Historia Social*, nº 45 (2003), pp. 53-77.

<sup>23</sup> MAURE RUBIO, Miguel Ángel: *La Ciudad Lineal de Arturo Soria*, COAM, Madrid, 1991; BARREIRO PEREIRA, Paloma: *Casas baratas. La vivienda social en Madrid (1900-1939)*, COAM, Madrid, 1992; SAMBRICIO, Carlos: *Madrid, vivienda y urbanismo (1900-1960)*, Akal, Madrid, 2004.

<sup>24</sup> SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid, 1901-1923*, Cinca, Madrid, 2005.

<sup>25</sup> MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús Antonio: *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*, CSIC, Madrid, 1991.

<sup>26</sup> DEL MORAL RUIZ, Carmen: *El Madrid de Baroja*, Silex, Madrid, 2001.

<sup>27</sup> GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, Karnele (eds.): *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1996; MIKELAREÑA PEÑA, Fernando: "Los movimientos migratorios interprovinciales en España entre 1877 y 1930: áreas de atracción, áreas de expulsión, periodización cronológica y cuencas migratorias" en *Cuadernos aragoneses de economía*, nº 2, (1993), pp. 213-240.

estrategias familiares<sup>28</sup> y la formación de los mercados laborales.<sup>29</sup> Era una notable renovación que pretendía desentrañar los entresijos del funcionamiento de todo colectivo o comunidad, detallando las relaciones sociales y económicas a través de la microhistoria. A partir de entonces, la historia urbana emergió como una de las disciplinas más dinámicas del panorama historiográfico español por el número y la originalidad de sus aportaciones. Una historia urbana entendida como historia social de la ciudad, desligada de la historia urbana que toma a la ciudad como objeto y sujeto de estudio en su propia dinámica espacial, de la mano de los geógrafos urbanos y de las Escuelas de Arquitectura.<sup>30</sup> Su objetivo central fue la descripción y el análisis de los procesos de cambio social y económico alumbrados por la urbanización e industrialización de la época contemporánea, las consecuencias de esos cambios en la vida cotidiana de las personas,<sup>31</sup> en las formas de sociabilidad política<sup>32</sup> y en la forja de nuevas identidades individuales y colectivas.<sup>33</sup>

Una historia urbana que también fue impulsada por la historia local, revitalizada por la creación del Estado democrático de las Autonomías<sup>34</sup> y enriquecida por la notable ampliación temática, conceptual y metodológica de la historiografía de los últimos años.<sup>35</sup> La inmensa mayoría de los estudios tuvo como escenario de la investigación a una ciudad de tamaño medio,<sup>36</sup> o incluso en

---

<sup>28</sup> REHER, David Sven: *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1970*, Siglo XXI, Madrid, 1988; CHACÓN JIMÉNEZ, Francisco: *Familia y organización social en Europa y América, siglos XV-XX*, Universidad de Murcia, Murcia, 2007.

<sup>29</sup> CAMPS, Enriqueta: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1995.

<sup>30</sup> MAS HERNÁNDEZ, Rafael: "Sobre la Geografía Urbana en España", en *Història Urbana i intervenció en el centre històric*, Instituto Cartográfico de Cataluña, Barcelona, 1989, pp. 163-186; TERÁN, Fernando de: *Historia del Urbanismo en España III. Siglos XIX y XX*, Cátedra, Madrid, 1999; TOMÉ, Sergio: "Los estudios de geografía urbana histórica en España. Balance y estado de la cuestión", en *Historia Contemporánea*, nº 24 (2002), pp. 83-97.

<sup>31</sup> CASTELLS ARTECHE, Luis: *El rumor de lo cotidiano: estudios sobre el País Vasco contemporáneo*, UPV-EHU, Bilbao, 1999.

<sup>32</sup> CARASA SOTO, Pedro (dir.): *El poder local en Castilla: estudios sobre su ejercicio durante la Restauración (1874-1923)*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2004.

<sup>33</sup> UGARTE TELLERÍA, Javier: *La nueva Covadonga insurgente: orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998.

<sup>34</sup> FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo: *España. Autonomías*, Espasa Calpe, Madrid, 1989; OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939" en *España entre repúblicas 1868-1939. Actas de las VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Guadalajara, ANABAD, Vol. 1, 2007, pp. 27-80.

<sup>35</sup> PEIRÓ MARTÍN, Ignacio y RÚJULA LÓPEZ, Pedro (coord.): *La historia local en la España contemporánea. Reflexiones desde Aragón*, Dpto. Historia Moderna y Contemporánea, Barcelona, 1999; HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena: *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*, Akal, Madrid, 2004; FORCADELL ÁLVAREZ, Carlos y SABIO ALCUTÉN, Alberto (coord.): *Las escalas del pasado. IV Congreso de Historia Local de Aragón*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 2005.

<sup>36</sup> SERNA, Justo y PONS, Anacleto: *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en la Valencia de mediados del siglo XIX*, Diputación de Valencia, Valencia, 1992; ESTEBAN DE VEGA, Mariano, REDERO SAN ROMÁN, Mariano y GONZÁLEZ GÓMEZ, Santiago:

pequeños municipios y localidades,<sup>37</sup> y con fuentes documentales no utilizadas hasta el momento, como los censos y los padrones municipales.<sup>38</sup> El reducido tamaño de esas poblaciones facilitaba la tarea de reconstrucción de los mecanismos de funcionamiento de la comunidad con todo detalle, aspiración que se ha ensayado en ciudades de gran tamaño, como Barcelona, a través de diferentes muestras de análisis de la población censada.<sup>39</sup>

Las gigantescas dimensiones demográficas de Madrid han sido el principal escollo para afrontar una investigación que incorporara los nuevos enfoques de la historiografía más reciente. El volumen de población y la cantidad ingente de documentación a manejar hacían inviable la aspiración de llegar hasta los entresijos primigenios del funcionamiento de la comunidad.<sup>40</sup> Y debía hacerse, pues Madrid es pieza clave para el conocimiento de la sociedad contemporánea española. Si la historiografía de las últimas décadas ha considerado la ciudad desde un nuevo punto de vista, como foco difusor de las transformaciones y los cambios,<sup>41</sup> el estudio detallado de Madrid resulta imprescindible por ser la capital política y la mayor aglomeración urbana del país, al igual que sucede con Londres en Gran Bretaña o con París en Francia.

Esta tesis doctoral parte de esa premisa para ofrecer un estudio con los siguientes objetivos generales. En primer lugar, aplicar los enfoques y técnicas de la microhistoria a través de una reducción de escala del objeto de estudio. Ante la imposibilidad de abarcar toda la ciudad, los análisis más intensivos se han reducido a uno de los actuales distritos: Arganzuela. Su elección no dejó lugar a

---

*Salamanca, 1900-1936: La transformación limitada de una ciudad*, Diputación de Salamanca, Salamanca, 1992; GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel: *Bilbao en la formación del País Vasco Contemporáneo (Economía, población y ciudad)*, Fundación BBVA, Bilbao, 1995; GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel (dir.): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, 2 Vols., Fundación BBVA, Bilbao, 2001; MENDIOLA GONZALO, Fernando: *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización. Pamplona (1840-1930)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2002; CASTELLS ARTECHE, Luis: “La Bella Easo: 1864-1936”, en ARTOLA, Miguel: *Historia de Donostia, San Sebastián*, Nerea, San Sebastián, 2000, pp. 283-386.

<sup>37</sup> OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares, 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003; PÉREZ FUENTES, Pilar: *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína, 1877-1913*, UPV-EHU, Bilbao, 1993.

<sup>38</sup> GARCÍA ABAD, Rocío: *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, UPV-EHU, Bilbao, 2005.

<sup>39</sup> OYÓN, José Luis: *La quiebra de la ciudad popular: espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2008.

<sup>40</sup> LEVI, Giovanni: “Sobre microhistoria”, en BURKE, Peter: *Formas de hacer historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1996, pp. 119-143; SERNA, Justo y PONS, Anacleto: “En su lugar. Una reflexión sobre la historia local y el microanálisis”, en FRÍAS, Carmen y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel: *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 2001, pp. 73-92.

<sup>41</sup> GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.): *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares, Siglo XXI*, Madrid, 1992.



la duda, dadas las enormes posibilidades de investigación que ofrecían las características de ese espacio urbano. Arganzuela nació como el Ensanche Sur, una de las tres zonas del proyecto de Ensanche que elaboró Carlos M<sup>a</sup> de Castro en 1860. Por tanto, fue uno de los protagonistas directos de la expansión de la ciudad, fue un territorio en permanente transformación urbanística y social, y fue el principal laboratorio donde se gestó la transformación industrial de la ciudad, a principios del siglo XX, y uno de los impulsores de la nueva economía de servicios que definió a Madrid en el ámbito español.

El segundo gran objetivo de la tesis doctoral es integrar el trabajo personal con el grupo de investigación, de manera que las conclusiones obtenidas tengan un alcance más general, así como establecer un diálogo con otros trabajos de ámbito nacional e internacional. La reducción de escala del objeto de estudio es utilizada como un viaje de aprendizaje a las entrañas de la ciudad, un método para comprender de forma más precisa el funcionamiento de fenómenos globales que afectaban a toda la ciudad. Se parte desde el suelo para llegar a tener una visión panorámica del conjunto, tanto de la evolución de la ciudad como de la sociedad madrileña. De hecho, un intento de comprensión del siglo XIX español resultaría inadecuado sin tomar en consideración el papel de las redes sociales económicas, políticas y culturales en sus dimensiones locales, dada la debilidad del Estado liberal por sus dificultades presupuestarias y la inestabilidad y conflictividad políticas. Un Estado que, obviamente, tuvo una fuerte presencia en el desarrollo de Madrid, pero que, aun así, dejó amplio margen a las acciones individuales. La reducción a escala se muestra, por tanto, como una herramienta de análisis fundamental para una reconstrucción más compleja de los procesos históricos, para evaluar el juego de interacciones entre los distintos planos conformadores de una cambiante realidad social, con relaciones en apariencia contradictorias, inestables y complicadas, como la tradición y la modernidad, el individuo y el grupo, lo local y lo global, la quietud y el cambio.<sup>42</sup>

En tercer lugar, la tesis doctoral pretende ofrecer un retrato humano y cercano de la evolución de Madrid a través de sus protagonistas cotidianos y más desconocidos. Con herramientas propias de la microhistoria y de la antropología histórica, el relato da voz a la gente corriente, atiende a las experiencias cotidianas, a las dificultades a las que tuvieron que hacer frente y a las soluciones que adoptaron para seguir adelante.<sup>43</sup> El relato no se sustenta sobre los anchos

---

<sup>42</sup> OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “La reducción de escala y la narratividad histórica”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº extraordinario (2007), pp. 245-264.

<sup>43</sup> OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares, 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003, (introducción); OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “La reducción de escala y la narratividad histórica”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº extraordinario (2007), pp. 245-264; CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Editorial Complutense, Madrid, 2008, pp. 23-31; PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2009.

hombres de generales gloriosos, políticos de renombre o cualquier otro personaje célebre, sino que recurre a personas de rostro desconocido, que no protagonizaron grandes gestas históricas, pero que experimentaron el paso del tiempo y la evolución de la sociedad, que encarnaron la transformación de la ciudad en sus historias personales. Se ha procurado adaptar nuevas perspectivas metodológicas y analíticas, como la prosopografía de las élites,<sup>44</sup> al objetivo de desentrañar las redes de sociabilidad de la gente común. Era importante para la investigación la reconstrucción de trayectorias personales, familiares y profesionales, significativas no por la fama de sus apellidos, sino por las posibilidades que ofrecían sus comportamientos, tanto individuales como colectivos, para explicar, en toda su complejidad, los diferentes procesos que caracterizaron a la sociedad madrileña contemporánea. Unas técnicas que han sido claves en los estudios de las clases medias, del mundo del trabajo, de las clases populares y, en general, en la renovación de la historia social.<sup>45</sup> Las cifras de habitantes y de trabajadores, o los índices estadísticos de precios y salarios, son tenidos en cuenta a la hora de realizar los oportunos comentarios analíticos, pero las personas eran imprescindibles para la comprensión del pasado y de la realidad histórica. Además, esta opción pretende salvar uno de los problemas tradicionales a los que se han enfrentado los estudios sobre Madrid, como es la confusión entre su doble realidad de ciudad y capital política del Estado y el dominio de ésta última.

Estos objetivos generales que estructuran la tesis doctoral se completan con otros más específicos sobre las líneas de trabajo que se han seguido. En primer término, la tesis doctoral pretende profundizar en la investigación desarrollada hasta el momento, tanto de los trabajos individuales<sup>46</sup> como los del

---

<sup>44</sup> CARASA SOTO, Pedro (coord.): *Elites. Prosopografía contemporánea*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1995.

<sup>45</sup> THOMPSON, Edward Palmer: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 2 vols., Crítica, Barcelona, 1989; CAMPS, Enriqueta: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1995; SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Siglo XXI, Madrid, 1994; CANDELA SOTO, Paloma: *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida (1888-1927)*, Tecnos, Madrid, 1997; CASTELLS ARTECHE, Luis: *Los trabajadores en el País Vasco (1876-1923)*, Siglo XXI, Madrid, 1993; PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ, Pilar: *Ganadores de pan y amas de casa. Otra mirada sobre la industrialización vasca*, UPV, Bilbao, 2004; GARCÍA ABAD, Rocío: *Historias de emigración: Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2005; GALLARDO ROMERO, Juan José y OYÓN BAÑALES, José Luis: *El cinturón rojinegro: radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia de Barcelona (1918-1939)*, Carena, Barcelona, 2005.

<sup>46</sup> VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *Los albores del nuevo Madrid: el distrito de Arganzuela (1860-1878)*, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es: 6238, 2006; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “El presagio de un nuevo Madrid. El Ensanche Sur (1860-1878)” en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 31, (2009), pp. 243-264; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “De parientes a vecinos: Evolución de las redes de parentesco y la solidaridad familiar en un espacio urbano en transformación: El Ensanche Sur de Madrid (1860-1905)” en LEVI, Giovanni (ed. lit.): *Familias, jerarquización y movilidad social*, Universidad de Murcia, Murcia, 2010, pp. 245-258.

grupo de investigación.<sup>47</sup> En campos como la demografía, los desplazamientos de población, las estrategias familiares o la formación y evolución de los mercados laborales, que cuentan con un notable corpus historiográfico a sus espaldas,<sup>48</sup> se ha procurado ir más allá, exprimir a las fuentes con nuevas cuestiones, con hipótesis que permitieran una reconstrucción más compleja y completa si cabe de los procesos históricos.

En segundo lugar, la tesis se propone abrir líneas de investigación en campos de estudio poco explorados hasta el momento por la historiografía de Madrid. Temas como la segregación social, económica y funcional del espacio; su papel en la representación social de las personas; su relación con la delincuencia y la enfermedad; o la construcción mental de una simbología colectiva como un factor que define y, al mismo tiempo, distorsiona y condiciona la realidad histórica. La tesis trata de responder a la cuestión de por qué el Ensanche Sur se convierte en los barrios negros de la ciudad, qué elementos o factores alimentan ese epíteto y hasta qué punto explica o retuerce la realidad urbana y social de la zona. Unas líneas de trabajo que no se limitan al espacio objeto del estudio, sino que se extienden a otros elementos importantes en la modernización de Madrid, como los transportes o el nuevo ocio nocturno, y que

---

<sup>47</sup> OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares, 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003; PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El distrito de Chamberí, 1860-1880. El nacimiento de una ciudad*, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es:6237, 2004; CARBALLO BARRAL, Borja: *Los orígenes del Moderno Madrid. El Ensanche Este (1860-1878)*, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es:6336, 2007; SAN ANDRÉS CORRAL, Javier: *Guadalajara, 1869-1884. El lento despertar de un prolongado letargo*, Trabajo Académico de Tercer Ciclo, UCM, Madrid, 2007; DE LA FUENTE NÚÑEZ, Rubén: *Evolución histórica de Segovia, 1900-1936*, Trabajo Académico de Tercer Ciclo, UCM, Madrid, 2007; RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: *"Quien no anuncia no vende." La publicidad y el nacimiento de la sociedad de consumo en la España del primer tercio del siglo XX*, Trabajo Académico de tercer ciclo, Universidad Complutense de Madrid, 2008; CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Editorial Complutense, Madrid, 2008; PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2009; DE MIGUEL SALANOVA, Santiago: *Del casticismo al cosmopolitismo. El distrito Centro: 1905-1930*, Trabajo fin de Máster, UCM, 2010.

<sup>48</sup> PÉREZ MOREDA, Vicente y REHER, David Sven (eds.): *Demografía histórica en España*, El arquero, Madrid, 1988; REHER, David Sven: *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca (1800-1970)*, CSIC, Madrid, 1988; REHER, David Sven: *La familia en España. Pasado y presente*, Alianza, Madrid, 1996; MENDIOLA GONZALO, Fernando: *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización. Pamplona (1840-1930)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2002; GÓMEZ-FERRER, Guadalupe (ed.): *Las relaciones de género*, Marcial Pons, Madrid, 1995; BENACH, Nuria; GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y URRITICOECHEA, José: *Vivir en familia, organizar la sociedad. Familia y modelos familiares: las provincias vascas a las puertas de la modernización (1860)*, UPV-EHU, Bilbao, 2003; NASH, Mary y TELLO, Rosa (eds.): *Inmigración, género y espacios urbanos: los retos de la diversidad*, Bellaterra, Barcelona, 2005.

pretenden establecer un diálogo con escuelas historiográficas de larga tradición, como la inglesa para el caso de Londres y la francesa para el caso de París.

Por último, la tesis doctoral se propone explicar el proceso de modernización de Madrid desde un modelo basado en el desarrollo del sector servicios y de una industrialización complementaria a la tradicional que emerge a raíz de la Primera Guerra Mundial y de los efectos de la segunda revolución industrial. Se pretende poner el acento en este segundo punto, poco resaltado hasta el momento y negado en ocasiones, el cual permite una comprensión más ajustada del complejo modelo madrileño en el proceso de urbanización y modernización de la sociedad española contemporánea.

En definitiva, la investigación que se presenta se inserta en las corrientes historiográficas que desde los espacios locales y la reducción de escala, aspiran a continuar la senda de renovación de los estudios referidos a la España contemporánea con nuevos objetos de análisis, nuevos sujetos, nuevos métodos y herramientas de trabajo y una nueva narratividad,<sup>49</sup> que atiendan a la naturaleza poliédrica de la realidad histórica, a las múltiples y complejas interacciones de la experiencia, del espacio, de la temporalidad, de lo fortuito, de las expectativas e incertidumbres, de las relaciones personales, de la posición social y económica, de las percepciones y representaciones del individuo, de los grupos sociales o del conjunto de la sociedad urbana.<sup>50</sup>

Para llevar a cabo estos objetivos se ha recurrido a un abanico de fuentes documentales de diversa naturaleza. La principal de ellas ha sido los padrones municipales, un retrato de las personas y de las familias muy rico en información y escasamente explotado hasta el momento. El trabajo se ha basado en la recogida de información de todas y cada una de las personas que se hallaban empadronadas en Madrid y residían en una de las calles del Ensanche Sur. Para ello, se confeccionó una base de datos informática donde se registraban los datos que aparecían en las hojas de empadronamiento municipal y que habían sido rellenadas por el cabeza de familia de cada hogar. Para ello se eligieron cuatro momentos significativos en la evolución tanto del barrio como de la ciudad: 1860, el inicio del proyecto de Ensanche que ampliaba la ciudad; 1878, al inicio de la Restauración y momento en que los nuevos barrios se habían desarrollado e incorporado a la ciudad; 1905, al comienzo del nuevo siglo, cuando los barrios del Ensanche habían perdido parte de su condición periférica y contaban con decenas de miles de habitantes; y 1930, el último año del régimen de la Restauración y en las vísperas de la proclamación de la Segunda República, cuando la ciudad rozaba el millón de habitantes.

---

<sup>49</sup> OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “La reducción de escala y la narratividad histórica”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº extraordinario (2007), pp. 245-264.

<sup>50</sup> OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939” en *España entre repúblicas 1868-1939. Actas de las VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Guadalajara, ANABAD, Vol. 1, 2007, pp. 27-80.

En total, el intenso y sistemático trabajo con los padrones del Ensanche Sur de Madrid ha permitido crear una base de datos con 127.271 personas (3.701, en 1860; 15.701, en 1878; 30.358, en 1905 y 77.511, en 1930). No se han realizado catas o muestreos porque el objetivo era contar con los datos de toda la población, tanto de las personas como de las viviendas en las que residían. Los padrones no contenían la misma información en todos ellos: los más antiguos eran más pobres y la información se enriquecía a medida que el padrón era más moderno.

En el primero y más antiguo, 1860, aparece la dirección de la vivienda (barrio, calle, número y piso), el nombre del inquilino, el alquiler mensual que paga (expresado en reales, pero convertido a pesetas para uniformizar el análisis con los posteriores padrones), el nombre y los apellidos de cada persona, así como su fecha y lugar de nacimiento, tanto de la localidad como de la provincia. En el caso de los nacidos en la capital también aparece la parroquia donde fueron bautizados. Además se especifica el estado civil de las personas, su profesión, el tiempo que llevan viviendo en Madrid y la localidad desde la que llegaron, la cual no tiene por qué coincidir con su lugar de origen.

El de padrón de 1878 añade a los datos ya consignados la relación de parentesco que une a los miembros que componen el hogar, el lugar de trabajo de las personas, el salario que ganan (bien sea diario, mensual o anual), la contribución territorial e industrial que satisfacen y si saben leer o no. En cambio, desaparece el dato de las parroquias de bautismo para los madrileños de origen y el pueblo de procedencia para los inmigrantes.

En el padrón de 1905 se incluyen nuevos datos, como la denominación del edificio en el que se ubica la vivienda, la posible industria que se ejerce en ella, si las personas saben escribir (no sólo leer), su clasificación personal como habitantes y si se van de la vivienda antes de la confección del nuevo padrón, su nueva dirección. En 1930 los cambios son mínimos: se incluyen el año de la firma del alquiler y el número de habitaciones de la vivienda, mientras que desaparecen los datos de las contribuciones.

Junto a esta información conservada en el Archivo de Villa de Madrid, se ha recogido en el mismo lugar documentación sobre licencias y proyectos de edificación de viviendas, información de la sección de Beneficencia municipal sobre la gestión de las casas de socorro, los datos de pobres y enfermos asistidos, planos de las viviendas y de las calles de la zona, así como otra documentación complementaria.

En el Archivo Histórico Ferroviario y en la Biblioteca de la Fundación de Ferrocarriles Españoles se ha recopilado documentación varia sobre las empresas del ferrocarril, especialmente de la compañía MZA, por su importancia capital en la configuración del Ensanche Sur y en la evolución de la economía madrileña y española. La información hace referencia a la organización interna de las empresas, las condiciones laborales y salariales de sus plantillas de trabajadores y

empleados y a diversos estudios realizados en la época sobre su gestión empresarial y el conflicto desatado durante el primer tercio del siglo XX.

Una documentación generada por la empresa que se ha completado con otros ejemplos, como la Standard Eléctrica, y con la búsqueda en otros archivos como la Hemeroteca Municipal de Madrid y el Archivo Regional de la Comunidad de Madrid. En el Archivo General de la Administración se ha consultado diversa documentación judicial sobre sucesos que tuvieron lugar en el Ensanche Sur o en los que participaron personas que vivían allí. Esta información se ha completado con un intenso rastreo en diversos diarios de la época, facilitados por la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional. En esta misma institución se ha accedido a una abundante literatura científica de la época, elaborada por médicos, higienistas, urbanistas, arquitectos y periodistas.

El análisis cruzado de fuentes de naturaleza tan diversa ha multiplicado las posibilidades analíticas con las que ya contaban los padrones municipales. Además, se han utilizado profusamente fuentes fotográficas y literarias, como soportes que ayudaban a ilustrar la reconstrucción histórica elaborada por el relato, y se ha contado con referencias exteriores, muchas de ellas halladas en los centros de la Universidad de Cambridge, con el fin de construir un estudio de historia social urbana en permanente diálogo con otras ciudades, con sociedades que se movían en otras circunstancias y que experimentaban fenómenos unas veces similares y otras distintos.

La investigación cubre la etapa entre 1860 y 1931, dos fechas emblemáticas que encierran una profunda transformación de la ciudad de Madrid. La primera marca el inicio de todo el proceso con la aprobación y puesta en marcha de las zonas de Ensanche. A partir de ese instante, el rumbo de la ciudad adoptó el camino del crecimiento, de la expansión, de la libertad que suponía deshacerse de sus centenarias y ruinosas tapias. La segunda fue un enorme tajo en la historia española, el fin de una etapa y el comienzo de un periodo nuevo, excitante, cargado de ilusiones e incertidumbres. 1931 es fecha límite en cualquier análisis histórico y para el Madrid-capital lo fue, aunque no tanto para el Madrid-ciudad, inmerso en una acelerada modernización de su economía y su sociedad, de las formas de vida y comportamiento de las personas, desde el final de la Primera Guerra Mundial. Si acaso, la etapa que abrió el año 1931 sumó una velocidad más a los cambios que se venían registrando anteriormente.

Este período histórico se divide en dos etapas claramente diferenciadas que estructuran la tesis doctoral. La primera abarcaría la segunda mitad del siglo XIX hasta la primera década del siglo XX. Una etapa que se explaya a lo largo de cuatro capítulos. En el primero se aborda la situación previa a la expansión de la ciudad durante la primera mitad del siglo XIX, el estado insostenible en el que se encuentra Madrid por la presión demográfica y el agotamiento de su modelo económico, el nacimiento del arrabal de las Peñuelas, el proceso de gestación del proyecto de Ensanche, las consecuencias de su aprobación en la vida de los

habitantes del arrabal, las dificultades a las que tuvo que hacer frente en sus primeros años de desarrollo, la victoria de los intereses de los propietarios del suelo, el sistema de financiación para costear las obras del Ensanche y la progresiva deformación de los principios que lo regían.

El segundo capítulo se centra en las corrientes de inmigración, única fuente de crecimiento de la población madrileña durante esos años. El relato profundiza en el análisis demográfico de la población, en la descripción de los tipos de desplazamientos efectuados por las personas para llegar a Madrid, en la movilidad residencial que dibujaban las familias en función de su lugar de nacimiento o su categoría profesional, la desigual integración laboral de los inmigrantes y la confección de redes de parentesco y paisanaje, su papel durante los primeros años del recién llegado y el progresivo distanciamiento y separación de la red con el paso del tiempo y su sustitución por otra nueva.

El capítulo tercero se ocupa de las consecuencias del crecimiento demográfico en el modelo económico madrileño y de su evolución hasta principios del siglo XX, a través de un exhaustivo análisis de los principales grupos profesionales masculino y femenino. Para ello se utiliza una amplia serie de parámetros, como el estudio de los lugares de trabajo, los principales sectores de actividad de los diferentes grupos profesionales, sus niveles salariales, las formas familiares predominantes en cada uno de ellos, las relaciones de parentesco que establecen y el análisis generacional entre padres e hijos para testar la evolución del mercado laboral a medio plazo y las opciones de futuro profesional que se abrían a las personas en un determinado momento y su grado de concreción varios años después.

En el capítulo cuarto las continuas reivindicaciones de los vecinos por las malas condiciones de los barrios ocupan una parte sustancial del apartado, junto a la progresiva segregación del espacio, reflejado en el distanciamiento de los alquileres medios de las viviendas y la concentración de determinadas profesiones por barrios. Se analiza también la creciente identificación del Ensanche Sur como una zona peligrosa por el crimen y las enfermedades, así como la construcción de los barrios negros como imagen característica de la zona por la presencia del ferrocarril, de sus raíles y su humo negro, por sus altas tasas de mortalidad, por las condiciones de sus casas y calles, por la concentración de tantos jornaleros, pobres y mendigos y por sus crímenes. Se estudia esa construcción mental y simbólica de una zona urbana a través de medios diversos de la época, como la prensa, la documentación de médicos y especialistas o la literatura realista.

Este capítulo cierra la primera etapa, que se extiende en más de cincuenta años, y da paso a la segunda, que abarca poco más de dos décadas, entre 1910 y 1930 aproximadamente, y se estructura en otros cinco capítulos que mantienen líneas de análisis de la primera etapa y abren otras nuevas. El quinto episodio se abre con los problemas que originó la definición del modelo expansivo que debía adoptar la ciudad ante el desbocado crecimiento demográfico que experimentó

durante esos años. El análisis central se ocupa de la creación de un nuevo espacio, primero a nivel general de la ciudad y luego a nivel particular, en el Ensanche Sur. Se detallan las numerosas mejoras en las infraestructuras urbanas, la construcción de viviendas en buenas condiciones y el cambio en el nivel de los alquileres de la zona de estudio.

El sexto capítulo aborda el crecimiento demográfico de la ciudad y la intensificación de las corrientes migratorias hasta elevar la población al millón de habitantes. Se analizan los cambios en la naturaleza demográfica de la población del Ensanche Sur, los nuevos orígenes respecto a la etapa anterior, el comportamiento matrimonial de las personas, su movilidad dentro de la ciudad y la relación existente entre sus hábitos residenciales y la revolución de los transportes urbanos.

El papel de Madrid en la economía española del primer tercio del siglo XX se analiza en un doble capítulo (siete y ocho). Se estudian las transformaciones en el trabajo manual, qué profesiones se extinguieron con el paso del tiempo y cuáles eran las pujantes. El capítulo también se centra en explicar cuál fue el papel de la gran empresa en el mercado laboral madrileño, cuál el del pequeño taller familiar, o cómo funcionaron las economías a escala de la segunda revolución industrial y cómo afectaron al tejido empresarial de la ciudad y a las condiciones laborales de los trabajadores.

La expansión del sector servicios y su moderna profesionalización se abordan en una segunda parte. Se estudian diferentes ámbitos laborales, como la empresa privada, el mundo financiero y el sector comercial. También se analizan la situación profesional de diferentes trabajadores, su distribución por los barrios, su capacidad adquisitiva y la evolución comparada entre varias generaciones. Un análisis que continúa el efectuado en la primera parte y que aporta una visión a largo plazo de las perspectivas laborales de las personas y su concreción real al cabo del tiempo, en un mercado laboral en continuo cambio.

El noveno y último capítulo de la tesis doctoral se centra en la pervivencia de una imagen colectiva heredada del pasado, vinculada a la marginalidad y la delincuencia. Se analiza la compleja transformación alcanzada en torno a 1930, tanto por Madrid en general, como por el Ensanche Sur en particular, a través de la contradictoria representación simbólica de los espacios y de los diferentes usos o caras que presentaban ámbitos como el ocio nocturno, los transportes urbanos o el ferrocarril.



## ENGLISH VERSION

At the end of the eighties, the holding of two discussion forums marked a turning point in the study of contemporary Madrid.<sup>51</sup> Participants' entity and number, as well as the variety of dealt issues and the depth of the opened discussions really made an impact on the Spanish historiography making of Madrid a scientific discipline.

On the one hand, these meetings were useful in order to look back and make balance about the progress made during the previous ten years. Since the late seventies a handful of researchers had been considering the study of Madrid from a scientific point of view, showing a clear intention to move away from the costumbrist literature that had prevailed until that moment. The city was seen, by these researchers, as a perfect spatial and human laboratory to set historiographic debates and to entirely renew how to analyse Spanish History, not only in its objectives but in the topics to deal with. Among them, the study of the new elite bourgeois,<sup>52</sup> the evolution of the social relations during the liberal period,<sup>53</sup> the politic analysis about the elections,<sup>54</sup> the revolutionary govern changes<sup>55</sup> and the military and civic forces that maintain them;<sup>56</sup> the studies about workers movement,<sup>57</sup> some of their organisations<sup>58</sup> and the conflict associated to the

---

<sup>51</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Consejería de Cultura, Madrid, 2 Vols., 1986; BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Comunidad de Madrid-Alfoz, Madrid, 2 Vols., 1989.

<sup>52</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid, 1856-1866*, Universidad Complutense, Madrid, 1981.

<sup>53</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1978.

<sup>54</sup> TUSELL GÓMEZ, Javier: "Sociología electoral de Madrid, 1903-1931", Madrid, *Cuadernos para el diálogo*, (1969), pp. 127-143.

<sup>55</sup> URQUIJO Y GOITIA, José Ramón: *La revolución de 1854 en Madrid*, CSIC, Madrid, 1984.

<sup>56</sup> PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio y ESPADAS BURGOS, Manuel: *Milicia nacional y revolución burguesa: el prototipo madrileño: 1808-1874*, CSIC, Madrid, 1978.

<sup>57</sup> ÁLVAREZ JUNCO, José y PÉREZ LEDESMA, Manuel: "Historia del movimiento obrero: ¿una segunda ruptura?", en *Revista de Occidente*, nº 12 (1982), pp. 19-41.

<sup>58</sup> CASTILLO, Santiago: "Los orígenes de la organización obrera en España: de la Federación de Tipógrafos a la Unión General de Trabajadores", *Estudios de historia social*, nº 26-27 (1983), pp. 19-255; CASTILLO, Santiago: "Organización y acción política del PSOE hasta 1900" en JULIÁ, Santos (coord.): *El socialismo en España: desde la fundación del PSOE hasta 1975*, Pablo Iglesias, Madrid, 1986, pp. 9-33; ELORZA, Antonio y RALLE, Michel: *La formación del PSOE*, Crítica, Barcelona, 1989; NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: "El mundo asociativo de los dependientes de comercio: sociedades de carácter gremial en Madrid, 1887-1931", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nº 22 (1986), pp. 373-400.

collective movement theory;<sup>59</sup> or urban economy<sup>60</sup> and demographic regimen of the population<sup>61</sup> papers during 19<sup>th</sup> century stood out.

Other researches from a wealth of scientific disciplines such as architecture and urban planning of bourgeois cities,<sup>62</sup> or urban geography and its wide rank of studies about urban transformations of city's design,<sup>63</sup> the impact of external factors on it,<sup>64</sup> the developed strategies by land owners and urban promoters,<sup>65</sup> or the narrow relations between architectonic design of buildings and the social and economic level of the groups included in the society of Madrid during the second half of the 19<sup>th</sup> century and the first third of the 20<sup>th</sup> century,<sup>66</sup> were added up. All of them played an important role during the 1986 and 1989 discussion forums.

On the other hand, these meetings were a major boost for developing new researching ways and consolidating the acquired knowledge that was materialised in the building works of the 90 decade and the beginning of 21<sup>st</sup> century. First of all, it appeared the first general researches signed by renowned specialists,<sup>67</sup> just as a social and historic atlas of the contemporary city,<sup>68</sup> which were the best expression of the maturity reached by the discipline. Secondly, the seeds sew during the eighties germinated in numerous monographies which

---

<sup>59</sup> JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Siglo XXI, Madrid, 1984.

<sup>60</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel: "El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)" en *Estudios de Historia Social*, nº 15, (1980), pp. 143-175; NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985; NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: "La distribución del comercio en Madrid en la primera década del siglo XX" en *Cuadernos de historia moderna y contemporánea*, nº 4 (1983), pp. 119-139.

<sup>61</sup> FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*, Vicens Vives, Barcelona, 1985; CARBAJO ISLA, María Fernanda: *La población de la villa de Madrid desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1987.

<sup>62</sup> BONET CORREA, Antonio (ed.): *Plan Castro*, COAM, Madrid, 1978.

<sup>63</sup> RUIZ PALOMEQUE, Eulalia: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1976; RUIZ PALOMEQUE, María Eulalia: *La Urbanización de la Gran Vía*, Ayuntamiento de Madrid, 1985.

<sup>64</sup> GONZÁLEZ YANCI, María Pilar: *Los accesos ferroviarios a Madrid. Su impacto en la geografía urbana*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1977.

<sup>65</sup> MAS HERNÁNDEZ, Rafael: "La actividad inmobiliaria del marqués de Salamanca en Madrid (1862-1875)" en *Ciudad y Territorio*, nº 3, (1978), pp. 47-70; MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1982.

<sup>66</sup> BRANDIS GARCÍA, María Dolores: *El paisaje residencial en Madrid*, MOPU, Madrid, 1983; DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1986.

<sup>67</sup> FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993; JULIÁ DÍAZ, Santos, RINGROSE, David y SEGURA, Cristina: *Madrid, historia de una capital*, Alianza Editorial, Madrid, 1994.

<sup>68</sup> PINTO CRESPO, Virgilio (dir.): *Madrid: Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Fundación Caja Madrid, Madrid, 2001.

accounted for the huge wealth of the studied field and explored the opened lines of research, such as, for example, politic and social elite spheres,<sup>69</sup> the interaction among migratory nets, working markets,<sup>70</sup> and the changes that took place in that markets,<sup>71</sup> the analysis of job conditions in professional groups less studied,<sup>72</sup> the urban policy during the 20<sup>th</sup> century,<sup>73</sup> the social protests<sup>74</sup> or the world of culture, the teaching of literacy<sup>75</sup> and the analysis of society from literature.<sup>76</sup>

All this previous publications highlighted Madrid as an endless source for investigate contemporary society although it presented, at the same time, serious challenges to step forward. Since late eighties, innovating methodologies and work techniques had been implemented in fields like migratory movements,<sup>77</sup> family strategies,<sup>78</sup> and formation of labour markets.<sup>79</sup> It was a remarkably renovation that intended to discover all the ins and outs of a complete community running, detailing social and economic relationships through microhistory. Since then, urban history emerged as one of the most dynamic disciplines of the Spanish historiographic scene because of its numerous and original contributions. Its main objective was the description and analysis of the social and economic

---

<sup>69</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel y CAYUELA, José: *Hacer las Américas. Las élites coloniales españolas en el siglo XIX*, Alianza Editorial, Madrid, 1992; CRUZ, Jesús: *Los notables de Madrid. Las bases sociales de la revolución liberal española*, Alianza Editorial, Madrid, 2000.

<sup>70</sup> SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Siglo XXI, Madrid, 1994.

<sup>71</sup> CAYÓN GARCÍA, Francisco: *Un análisis del sector eléctrico en Madrid a través de las empresas Hidroeléctrica Española, Electra Madrid y Unión Eléctrica Madrileña (1907-1936)*, Fundación Empresa Pública, Madrid, 1997.

<sup>72</sup> CANDELA SOTO, Paloma: *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida (1888-1927)*, Tecnos, Madrid, 1997; CANDELA SOTO, Paloma: "El trabajo doblemente invisible. Mujeres en la industria madrileña del primer tercio del siglo XX", en *Historia Social*, nº 45 (2003), pp. 139-159; SARASÚA, Carmen: "El oficio más molesto, más duro. El trabajo de las lavanderas en la España de los siglos XVIII-XX", en *Historia Social*, nº 45 (2003), pp. 53-77.

<sup>73</sup> MAURE RUBIO, Miguel Ángel: *La Ciudad Lineal de Arturo Soria*, COAM, Madrid, 1991; BARREIRO PEREIRA, Paloma: *Casas baratas. La vivienda social en Madrid (1900-1939)*, COAM, Madrid, 1992; SAMBRICIO, Carlos: *Madrid, vivienda y urbanismo (1900-1960)*, Akal, Madrid, 2004.

<sup>74</sup> SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid, 1901-1923*, Cinca, Madrid, 2005.

<sup>75</sup> MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús Antonio: *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*, CSIC, Madrid, 1991.

<sup>76</sup> DEL MORAL RUIZ, Carmen: *El Madrid de Baroja*, Sílex, Madrid, 2001.

<sup>77</sup> GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, Karmele (eds.): *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1996; MIKELAREÑA PEÑA, Fernando: "Los movimientos migratorios interprovinciales en España entre 1877 y 1930: áreas de atracción, áreas de expulsión, periodización cronológica y cuencas migratorias" en *Cuadernos aragoneses de economía*, nº 2, (1993), pp. 213-240.

<sup>78</sup> REHER, David Sven: *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1970*, Siglo XXI, Madrid, 1988; CHACÓN JIMÉNEZ, Francisco: *Familia y organización social en Europa y América, siglos XV-XX*, Universidad de Murcia, Murcia, 2007.

<sup>79</sup> CAMPS, Enriqueta: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1995.

processes of change lighted by the contemporary urbanisation and industrialisation, the consequences of those changes in people's daily life,<sup>80</sup> in the ways of social policy,<sup>81</sup> and in the creation of new individual and collective identities.<sup>82</sup>

The objective of most studies was medium-sized cities,<sup>83</sup> or even small towns or villages,<sup>84</sup> and they used unusual documental resources, such as census and local registers.<sup>85</sup> The limited size of those towns made easier to undergo the community running mechanisms precisely, which had been tried with larger cities, as Barcelona, using a variety of censused population probes.<sup>86</sup>

The huge demographic dimensions of Madrid had been the main trouble to incorporate the more recent points of view of historiography. The population and the enormous amount of documentation made impossible to reveal all the underlying aspects of the community running.<sup>87</sup> However, Madrid is key to understand contemporary Spanish society and it was completely necessary to perform those analyses. If during the last decades historiography had considered

---

<sup>80</sup> CASTELLS ARTECHE, Luis: *El rumor de lo cotidiano: estudios sobre el País Vasco contemporáneo*, UPV-EHU, Bilbao, 1999.

<sup>81</sup> CARASA SOTO, Pedro (dir.): *El poder local en Castilla: estudios sobre su ejercicio durante la Restauración (1874-1923)*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2004.

<sup>82</sup> UGARTE TELLERÍA, Javier: *La nueva Covadonga insurgente: orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998.

<sup>83</sup> SERNA, Justo y PONS, Anacleto: *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en la Valencia de mediados del siglo XIX*, Diputación de Valencia, Valencia, 1992; ESTEBAN DE VEGA, Mariano, REDERO SAN ROMÁN, Mariano y GONZÁLEZ GÓMEZ, Santiago: *Salamanca, 1900-1936: La transformación limitada de una ciudad*, Diputación de Salamanca, Salamanca, 1992; GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel: *Bilbao en la formación del País Vasco Contemporáneo (Economía, población y ciudad)*, Fundación BBVA, Bilbao, 1995; GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel (dir.): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, 2 Vols., Fundación BBVA, Bilbao, 2001; MENDIOLA GONZALO, Fernando: *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización. Pamplona (1840-1930)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2002.

<sup>84</sup> OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares, 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003; PÉREZ FUENTES, Pilar: *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína, 1877-1913*, UPV-EHU, Bilbao, 1993.

<sup>85</sup> GARCÍA ABAD, Rocío: *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, UPV-EHU, Bilbao, 2005.

<sup>86</sup> OYÓN, José Luis: *La quiebra de la ciudad popular: espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2008.

<sup>87</sup> LEVI, Giovanni: "Sobre microhistoria", en BURKE, Peter: *Formas de hacer historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1996, pp. 119-143; SERNA, Justo y PONS, Anacleto: "En su lugar. Una reflexión sobre la historia local y el microanálisis", en FRÍAS, Carmen y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel: *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 2001, pp. 73-92.

the city from a different approach, as the centre of transformations and changes,<sup>88</sup> the meticulous study of Madrid became essential because it was the political capital and the biggest nucleus of population, just as it happened in London (United Kingdom) or Paris (France).

This doctoral dissertation start from that premise to offer the following general aims. The first one consists of putting into practice the techniques and approaches employed by microhistory, by means of reducing the objective's scale. Taking into account the impossibility of carrying through the whole city study, the most comprehensive studies have been reduced to one of its current districts: Arganzuela. There was no hesitation to choose it, because the characteristics of this urban space offered a huge range of possibilities. Arganzuela was born as the "South Urban Expansion Area", one out of the three that were designed by Carlos M<sup>a</sup> de Castro in 1860. Therefore, it played one of the leading roles during the city growing; it suffered from a constant urban and social transformation, where the industrial revolution of the city was brewed, at the beginning of the 20<sup>th</sup> century, and one of the promoters of the new service economy that defined Madrid into the Spanish territory.

The second aim is to integrate this personal work into a research group, in terms of being able to reach general conclusions about Madrid, as well as to dialogue to other national or international research groups. The fact of reducing the parcel to study individually is used as a way to learn more about the depths of the city and as a method to understand the global phenomena more precisely. We start from the ground in order to rise to a panoramic vision of the evolution and the society of Madrid.

Thirdly, this doctoral dissertation tries to offer a close and human portrait of Madrid's evolution through its daily and more unknown figures. The tale is the voice the ordinary people, which present their daily experiences, the difficulties that they had to face and the solutions they made to go on. The tale is not about glorious generals, renowned politician or other celebrities, but it highlights unknown people who did not star great historic events, although they felt the society's evolution and the city's transformation while they were living their own stories. Working people and population figures, or prices and wages, are taking into account when analysis are performed but real people are still essential to understand past and historic reality. In addition, this option expects to avoid mistakes, as misinterpretation of its double reality as big city and political capital and, overall, the predominance of the last one.

These general objectives have leaded the doctoral Thesis' organization and they have been completed with others more specific. In this way, the dissertation tries to analyze in depth, the research performed individually<sup>89</sup> and

---

<sup>88</sup> GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.): *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Siglo XXI, Madrid, 1992.

<sup>89</sup> VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *Los albores del nuevo Madrid: el distrito de Arganzuela (1860-1878)*, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es: 6238, 2006; VICENTE ALBARRÁN,

collectively.<sup>90</sup> In terms of demography, population movements or formation and evolution of working markets, it has been endeavored to make the most of the resources, considering new questions, making more complex hypothesis which allows a more complete reconstruction of the historic process.<sup>91</sup>

Secondly, it is the Thesis' intention to open new lines of research in less explored areas in terms of Madrid's historiography. Such as, social economic and functional segregation of the space; its role as people's social representation; its relationship with delinquency and diseases; or mental construction of collective symbology, as a factor that defines and, at the same time, distorts and determines the truth of history. It is intended to answer why *El Ensanche Sur* turned into the black suburbs of the city, what factors feed that fact and how that explains the social and urban truth of the this area. But these working lines not only concentrate on the space that is the objective but they are extended to other main elements in Madrid's modernization, as means of transport or new night-life, which intends to establish a dialogue with long-traditional historiography schools, like English's and French's.

Finally, this doctoral thesis tries to explain the process of Madrid's modernization from a model based of service sector's development<sup>92</sup> and the effects of the second industrial revolution. It is intended to emphasize the last one because it allows a better understanding of the complex model of Madrid during the urbanization and modernization of the contemporary Spanish society.

In order to carry out these objectives, several documental resources have been used. The main one has been the municipal census, a very rich portrait in terms of information and scarcely exploited up to now. The work has been based of recollecting information about every single person who was censused at Madrid and lived in any street of the *Ensanche Sur*. For that, an informatic data base was performed to register all the census sheets data, which have been filled by the head of each family. Four significative moments in the city's evolution were selected: 1860, the beginning of project that widens the city; 1878, the beginning

---

Fernando: "El presagio de un nuevo Madrid. El Ensanche Sur (1860-1878)" en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 31, (2009), pp. 243-264; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: "De parientes a vecinos: Evolución de las redes de parentesco y la solidaridad familiar en un espacio urbano en transformación: El Ensanche Sur de Madrid (1860-1905)" en LEVI, Giovanni (ed. lit.): *Familias, jerarquización y movilidad social*, Universidad de Murcia, Murcia, 2010, pp. 245-258.

<sup>90</sup> CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Editorial Complutense, Madrid, 2008; PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2009.

<sup>91</sup> OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "La reducción de escala y la narratividad histórica", en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº extraordinario (2007), pp. 245-264.

<sup>92</sup> OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939" en *España entre repúblicas 1868-1939. Actas de las VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Guadalajara, ANABAD, Vol. 1, 2007, pp. 27-80.

of the *Restauracion*, when the new suburbs started to develop and join the city; 1905, The start of the new century, when the *Ensanche's* suburbs have grown to thousands of inhabitants and lost their outlying condition; and 1930, the last year of the Restauración and the year before Second Republic proclamation, when the city was about one million habitants.

Altogether, the intensive and systematic work with the census of *Madrid's Ensanche Sur* has created a data base that contains 127.271 people (3.701, in 1860; 15.701, in 1878; 30.358, in 1905 y 77.511, in 1930). No sampling has been made because the objective was taking into account all population data, as people as housing. Every census does not include the same information: the oldest were poorer and the information was growing year by year.

In the first and the oldest one, 1860, appears the address (neighborhood, street and number), the tenant's name, and the monthly rent that they paid (annotated in "reales", but turned into "pesetas" to compare with the later census), every person's name and surnames, and the place and date of birth. In the case of people born in Madrid, it appears the name of the parish where they were baptized. In addition, civil state, profession, time living in Madrid and the village where people came from, are specified.

The relationship among all members living together, the workplace and the salary they earned (daily, monthly or annual), the territorial or industrial contribution they paid and if they know or not to read are added in 1878 census. On the contrary the name of the baptism parish and the immigrant's origin disappear.

In 1905 census new data are included, such as building's names of the house and if it has any industrial use, if people living there know how to write (not only read), people's classification as inhabitants and their new address if they moved out before the following census.

In 1930, there are only slight changes: it is included the year when the contract was signed and the number of rooms the place had, but the data about the contribution disappears.

Besides this information, which is conserved in the "Archivo de Villa de Madrid", documentation about licenses and building projects, about municipal charity, about ill and poor people, about building and street maps and other complementary papers have been consulted at the same archive.

At the "Archivo Histórico Ferroviario" and at the "Biblioteca de la Fundación de Ferrocarriles Españoles", it has been recollected diverse documentation about the railway companies, MZA specially, because of their utmost importance in the formation of the "*Ensanche Sur*" and in the evolution of Spanish and Madrid's economy. The information refer to internal organization of companies, working and salary conditions of their staff and a variety of studies

about business management and the conflict that emerged during the first third of the 20<sup>th</sup> century.

The documentation originated by these companies has been completed with other examples, like the “Standard Eléctrica”, and searches in other archives, such as the “Hemeroteca Municipal de Madrid” and the “Archivo Regional de la Comunidad de Madrid”. Judicial papers about events happened at the “*Ensanche Sur*” or starred by people living there were found at the “Archivo General de la Administración”. This information has been completed by means of an exhaustive seek in the newspapers of that period, that are accessible thanks to the “Hemeroteca Digital” and the National Library. In the latter, it has been possible to read a wealth of scientific literature of the studied period, written by doctors, hygienists, urbanists, architects and journalists.

The cross analysis of very different resources has increased the number of ways that allows to analysis the municipal census. In addition, photographic and literary sources have been employed in order to enlighten the story. External references have been seek, specially from Cambridge University, to perform an urban social history that can be compared to other European societies and cities that were experiencing similar or completely different situations.

The research covers the period between 1860 and 1930, two emblematic dates that enclose a deep transformation of Madrid as a city. The first one marks the beginning of all this process because the creation of The Urban Expansion Area was approved. The second one was the end of a period and the beginning of a new age in the Spanish history. 1931 is the limit date for any historic analysis. For Madrid as a city, it was a stage of faster changes than the previous one, in a process of economic and social modernization.

This historic period is divided in two stages that define the structure of this Doctoral Thesis. The first one reaches the beginning of the 20<sup>th</sup> century and it is formed by four chapters. The first chapter includes the previous situation of the city before the Urban Expansion, the difficult demographic and economic situation, the origin of Peñuelas’ poor quarter, the complex approval of Expansion Area’s project and its consequences for Peñuelas’ inhabitants. Finally, the chapter explains the financial system of The Expansion Area and the progressive deformation that its initial laws suffered.

The second chapter analyses the immigration as the only way of population’s growth in Madrid. The story describes the different kinds of movements that people used to get Madrid, the residential mobility inside the city taking into account their birth place or their profession, the different working integration of immigrants and how the family relationships and the common origin nets worked.

The third chapter explains the evolution of the economic model of Madrid until the beginning of the 20<sup>th</sup> century, by means of an exhaustive analysis of the main masculine and feminine professional groups. It studies job places, the main



activity sectors of the working class, their wages, their families' types and kind of relationship. Besides, a comparison among fathers and sons is performed to check working markets evolution and the future options of people, in terms of work.

The forth and last chapter of this part is mainly filled by the continuous demands of the neighbors about the bad conditions that were suffering in the suburb. The special segregation is observed at building's rents and at the concentration of certain professions in specific neighborhoods. In addition, it is analyzed how The South Expansion Area was sought as a dangerous area because of the crime and the diseases. It is explained the mental and symbolic construction of the black suburbs as the typical image of the area by the media, the literature, medical papers, etc.

The second part of the Doctoral Thesis covers the period between 1910 and 1930 approximately and it is formed by five chapters. The first one in this part, the fifth chapter in the whole text, explains the Madrid's problems to define its model as a city, due to its demographic growth. The story tales the creation of a new space: firstly in a general way, in the city, and then in a particular way, in The South Expansion Area, with the improvements in the urban infrastructures and the new building construction.

The sixth chapter deals with demographic growth of the city and the increase in migratory waves that raise the population to a million of habitants. It is explained the changes suffered by the population of The South Expansion Area, their new origin places, who people marry with, how families moved into the city and how the new urban means of transport affected to their lives.

The role of Madrid in the Spanish economy during the first third of the 20<sup>th</sup> century is analyzed in a double chapter (seven and eight). It is studied the transformations that affected to hand-work, the professions that disappeared and the new professions that were emerging. The chapter makes an approach to the role of big companies and small workshops in Madrid's working market and the consequences of the economies of scale during the second industrial revolution. The expansion of the service sector and its modern professionalization are treated in the second part of the chapter. Different working atmosphere are studied, such as private companies, financial world and the commercial sector. The professional situation of workers is analyzed, as well as their distribution along the various suburbs of the city and their time evolution.

The ninth and last chapter of the Doctoral Thesis focuses on the survival of a bad image. It is analyzed the complex transformation that Madrid, in general, and the South Expansion area, in particular, reached about 1930, through the symbolic and contradictory spatial representation and the diversity of uses and faces presented by phenomena like night-life, urban means of transport and railway.

*El tiempo se nos escapa*

*(Valor de ley, 2010)*



# PRIMERA PARTE

## LA FORMACIÓN DEL GRAN MADRID



# CAPÍTULO 1

## LA REINVENCIÓN DE UNA CAPITAL

A fe suya que la cabalgada duraba ya demasiado. El frescor de su cuerpo lozano se había marchitado por el rítmico martilleo del trote en sus quijadas día tras día, así durante las últimas semanas desde que la reata partiera de su hogar. La noche anterior habían pernoctado, como tantas otras, en una posada del camino, a pocas leguas de Madrid, con el fin de atravesar sus puertas cuando el sol rayara el mediodía. Molido por el camino y hastiado de los jergones de alquiler, soñaba con la reconfortante cama que le esperaba al día siguiente en casa de Juan, su hermano mayor. Este había sido su bautismo en cuestión de viajes a larga distancia, los cuales, a la postre, habían supuesto un cambio de vida y de mundo entre sus antepasados. Todo por el apellido y el negocio familiar. Los Labourdette eran una próspera familia de comerciantes del bajo Pirineo francés con una larga tradición a la hora de hacer negocios por tierras españolas y los viajes, tanto por mar como por tierra, eran parte natural de su existencia, un *modus vivendi* que se mantenía generación tras generación. Este viaje sólo era una muesa más para el clan familiar, pero suponía toda una aventura para el joven bisoño que se adentraba en un país cercano y, hasta cierto punto, conocido, pero con sus costumbres, rutinas, horarios, formas de conducirse por la vida y demás hábitos distintivos. Lengua y expresiones aparte.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> La reconstrucción narrativa de la llegada Juan Labourdette a Madrid es elaboración propia a partir de los datos recogidos en el padrón municipal de 1853, Archivo de Villa de Madrid (AVM), sección Estadística y del Diario de Avisos de Madrid de 1852.

En esa última etapa, la concurrencia de caminos y senderos había engrosado el trasiego de arrieros, carromateros, muleros, viajeros y comerciantes de todo pelaje que afluían a la coronada villa con sus negocios a cuestas, sus tratos y compraventas apalabradas. Una corriente animosa y vocinglera de personas y bestias, que confluía hacia las numerosas puertas y portillos para abastecer a la capital,<sup>2</sup> entre estallidos en el aire con la fusta, relinchos, quejidos, crujir de ruedas y tintineo de arreos y arneses, nubes de polvo que rascaban la garganta y picaban en los ojos, regueros de estiércol y enjambres zumbones de moscas, olores en mezcolanza de aceite, vino, trigo y el cuero de las monturas, hedores de sudor rancio y roña incrustada en la piel, abrasada por un sol que caía a plomo.

Madrid se recortaba en el horizonte con sus tejados rojizos y achatados, entre los que apenas despuntaban algunas bóvedas encogidas y afiladas agujas de los conventos e iglesias que salpicaban el caserío. El piélagos de retorcidas callejuelas se enrollaba en el interior de unas tapias decrepitas. Las casas, apiñadas, con sus miles de ventanas oteaban unos contornos parduscos y polvorientos, salvo por la parte de poniente, en los que aparecían diseminadas, como perdidas, casas de labor, corrales, huertas, arroyuelos, tejares, yeserías, quintas, ventas y ventorrillos en el filo de las cunetas de los caminos. Ciertamente, a Juanito no le daba la impresión de estar a las puertas de toda una ciudad regia y capital de un país, si no fuera por la mole blanquecina del Palacio Real, visible a cierta distancia para cualquier curioso.

En el fielato se arremolinaban desde pesados carros y galeras cargados de mercancías hasta viejas carretas arrastradas por mulas esmirriadas de los vendedores ambulantes más humildes. El convoy de los Labourdette no podía menos que sobresalir del resto, con sus cabriolés, berlinas y calesas de estilo francés y sus magníficos corceles criados en los mejores pastos del bajo Pirineo galo, llegados hasta allí bajo la supervisión del mayor de los hermanos Labourdette, cabeza de la familia una vez que el padre había fallecido. Un trabajo duro y cargado de riesgos, aunque la parte más áspera y penosa quedaba a cargo de los numerosos criados y mozos de caballerías que venían también desde el país vecino. Si el volumen de la caravana lo requería, contrataban los servicios profesionales de arrieros que operaran en la ruta a seguir, como las familias Selles y Pino, cuyo buen hacer en esa campaña les auguraría futuros encargos para las siguientes remesas.

La ciudad parecía un cofre con todos sus secretos custodiados en el interior, recelosa de exhibirlos lejos de ella. Alcalá, Toledo, Santa Bárbara, Atocha, o Segovia eran puertas de entrada a un mundo estrecho, asfixiante y bullicioso. Los amplios horizontes, los sonidos y olores campestres desaparecían bruscamente tras las verjas: más allá de la cancela, todo era ajeteo, movimiento y multitud comprimidos entre un puñado de calles principales y

---

<sup>2</sup> FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *El abastecimiento de Madrid en el reinado de Isabel II*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1971.

zigzagueantes, algunas plazuelas minúsculas como botones y un pandemónium de callejuelas angostas, que apenas despegaban a los edificios unos de otros y eran un quebradero de cabeza para el recién llegado. Corría el año de 1851 y Juan Labourdette Saint Martin, a sus veinte años recién cumplidos, desembarcaba por vez primera en Madrid. La casa y negocio familiares no quedaban lejos, concretamente en la calle Almirante, número 49, pero a medida que se adentraba en el callejero, Juan advertía un trasiego constante, el ir y venir de una ciudad palpitante que se removía en su interior, como descontenta con el estado de su cuerpo y que se esforzaba en mejorarlo. Eran los ruidos que presagiaban un cambio, el rumor de una nueva capital.

*“Y ved al hombre en Madrid, brujuleando en las calles, gozando de esa forma de soledad que consiste en andar entre el gentío sin conocer a nadie, observando cosas y personas, y tomando el tiento por fuera al populoso mundo en que había caído.”*

Benito Pérez Galdós, *Prim. Episodios Nacionales*, n° 39, Madrid, 1902-1907.



[**Ilustración 1.1.** Puerta de Toledo, c. 1860. Fuente: Fotografía de A. Begué, legado Ortiz Echagüe.]

## 1.1 La copa y el helado. El agotamiento de una idea: el Viejo Madrid

La evolución y naturaleza del *viejo Madrid* durante el Antiguo Régimen no puede entenderse sin el renombrado marchamo de Corte y capital. De hecho, la concesión y retirada de tal condición, así como su reinstalación definitiva durante el reinado de Felipe IV, motivó afluencias masivas de población, dineros y cortesanos, abandonos dramáticos y regresos igualmente abrumadores,<sup>3</sup> en una localidad que no había pasado de ser hasta entonces una villa perdida en la inmensidad castellana y entre polos de poder político y económico como Toledo, Valladolid o Medina del Campo. El asentamiento definitivo de gobierno y Corte permitió un boom en el crecimiento del vecindario durante los siglos XVII y XVIII,<sup>4</sup> al tiempo que se tejía todo un sistema urbano interior que gravitaba en torno a ella.<sup>5</sup> Madrid se beneficiaba de la concentración de cortesanos, miembros conspicuos de la nobleza, de la jerarquía eclesiástica o del ejército para aunar poder, influencia y dinero en las mismas calles. Surgió así un núcleo de poder creado de la nada, hacia el que todo giraba y al que había que abastecer.<sup>6</sup> La red económica que se trenzó para satisfacer sus demandas estaba integrada por factores políticos y acabó por socavar la red castellana del siglo XVI, que se había basado en lazos naturales de comercio y en una red de ciudades mercantiles y administrativas. Desde mediados del siglo XVII quedó perfilado este esqueleto del interior peninsular que se mantuvo vigente hasta el siglo XX: una gran ciudad en medio de una región en proceso de desurbanización.

Desde la época de los Austrias menores la apuesta de Madrid fue clara y diáfana: su evolución y desarrollo lo fiaba al devenir del país. Si éste tosía, la ciudad se acatarraría, pero si se producía un florecimiento general, la capital podría resplandecer. Una prueba evidente fue el vivo desarrollo económico general logrado durante el Setecientos, que fue acompasado por un crecimiento de la población madrileña hasta las 175.000/200.000 almas, cifra que en las décadas siguientes se reveló como el techo demográfico admitido por los angostos perfiles de la cerca fiscal. Ya en 1787, ante el cariz que iba adquiriendo la situación y las condiciones de vida de la población encerrada, un personaje de la altura intelectual como Jovellanos propuso un desplazamiento de la cerca, para crear así una zona exenta de gremios, y la construcción de casas baratas que enfriaran los precios del alquiler y pusieran coto a “*casuchas y posadas secretas*” que, en su opinión, habían proliferado en demasía, como las setas en

---

<sup>3</sup> RINGROSE, David: “La ciudad como Corte: planificación absolutista y crecimiento espontáneo” en JULIÁ DÍAZ, Santos, RINGROSE, David y SEGURA, Cristina: *Madrid, historia de una capital*, Alianza Editorial, Madrid, 1994, pp. 155-177.

<sup>4</sup> CARBAJO ISLA, María Fernanda: *La población de la villa de Madrid desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1987.

<sup>5</sup> RINGROSE, David: *España, 1700-1900: el mito del fracaso*, Alianza Editorial, Madrid, 1996.

<sup>6</sup> RINGROSE, David: *Madrid y la economía española, 1560-1850. Ciudad, Corte y país en el Antiguo Régimen*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.



tarde de lluvia. Y todo ello procurando que “*el terreno que se desmarcase para la extensión de la población no se quede corto.*”<sup>7</sup>

Con la apertura del XIX las luces de la Ilustración se apagaron. La ocupación napoleónica, la destrucción, ruina y muerte ocasionadas por la guerra *contra el francés*, junto a la terrible hambruna y la miseria más absoluta y generalizada del año 1812, protagonizaron uno de los periodos más negros y trágicos de la historia contemporánea española, una pesadilla que pervivió en la memoria de la ciudad y de sus habitantes durante años.<sup>8</sup> Un panorama desolador al que se le unió de inmediato la quiebra del Imperio colonial español en América, duro golpe para los esfuerzos nacionales de recuperación, una vez concluidas las guerras napoleónicas. El país afrontaba el nuevo siglo en unas condiciones pésimas, lastrado por la destrucción y la pérdida, y arrastrando problemas del pasado que no hicieron sino agravarse. Y todo ello aderezado, sucesivamente, con nuevas guerras, revoluciones y reacciones, de las que Madrid se hacía eco obligado. En este contexto, la capital no se comportó precisamente como una luz al final del túnel que ofreciera una salida viable. No podía, pues ni siquiera contaba con un proyecto de futuro para sí misma.

#### Evolución de la población de Madrid (1797-1846)



[Figura 1.1. Fuente: Elaboración propia a partir de datos de Antonio Fernández y Ángel Bahamonde.<sup>9</sup>]

<sup>7</sup> FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel: *El futuro Madrid: paseos mentales por la capital de España, tal cual es y tal cual debe dejarla transformada la revolución*, Imprenta de la Biblioteca Universal Económica, Madrid, 1868 (edición facsímil de Los Libros de la Frontera, 1975), pp. 193-195. Este proyecto pionero se desestimó por el coste que suponía la compra de los terrenos y por la percepción entre las autoridades de que el hacinamiento de la población aún no suponía un problema.

<sup>8</sup> MESONERO ROMANOS, Ramón: *Memorias de un Setentón, natural y vecino de Madrid, escritas por El Curioso Parlante*, edición facsímil de La Librería, Madrid, 1995.

<sup>9</sup> FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio y BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “La sociedad madrileña en el siglo XIX” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, pág. 481.

Durante la primera mitad del siglo XIX la evolución demográfica de la población madrileña parece atravesada por un estado ambivalente en torno al listón de los 200.000 habitantes, combinando periodos de cierta viveza con otros de depresión y retraimiento. Mediada la década de 1840, en pleno reinado de Isabel II, la ciudad aún albergaba prácticamente a los mismos habitantes con los que comenzó el siglo, antes de que cayeran en cascada los desastres que inauguró la Guerra de la Independencia.

Las periódicas pérdidas que sufría en su vecindario eran repuestas reiteradamente por la inmigración, que acudía solícita a sus puertas, privilegio del que disfrutaba desde que se hizo con la corona de capital del Reino. Madrid no había cambiado con los nuevos tiempos, seguía siendo la insaciable devoradora de personas que necesitaba de savia nueva para mantenerse viva. Su modelo demográfico con frecuentes saldos vegetativos negativos, o rayando el cero, convertía en absolutamente indispensables a unas corrientes migratorias que sostenían tales pérdidas y desgastes. El fulgor del Palacio Real y su pompa cortesana atraía, cual polillas en la oscuridad, a las más distinguidas familias nobiliarias del país y sus legiones de criados y sirvientes a cuestas, a cuya sombra se cobijaban y seguían allá donde fuera. La presencia real también nutría de numerosos clérigos y religiosos para conventos e iglesias, de los que el cesto madrileño estaba bien surtido.

Esta concentración de ricos, poderosos e influyentes era un reclamo para todo tipo de trabajadores pobres, vagabundos y mendigos que acudían al olor de la sopa boba, de la vendimia de limosnas o, quién sabe, de un trabajo cualquiera que abriera la puerta a la esperanza. La reunión de ministerios y oficinas acogía a todo tipo de empleados y funcionarios, tanto civiles como militares, ansiosos de perpetuarse en las nóminas del Estado y hacer una carrera digna y provechosa. Maestros artesanos, oficiales y aprendices de toda clase de oficios, pequeños comerciantes y algunos mercaderes hacendosos se ocupaban de surtir, alimentar y satisfacer al mayor número de bocas del país, tanto a las de sorbo exquisito como a las de bocado frugal y menesteroso.

*“Las calles están llenas de una vasta concurrencia de todo tipo: acicalados y desarrapados, ricos y pobres, ociosos y laboriosos, y así llegamos al calor, bullicio y actividad del Mediodía.”*

Charles Dickens, “The streets by day”, *The Evening Chronicle*, 1835.

Hombres y mujeres acudían a Madrid atraídos por las numerosas oportunidades que creían poder encontrar en la gran ciudad cortesana en unos flujos migratorios que fueron, hasta el siglo XIX, claramente temporales, limitados no sólo en el tiempo de un puñado de años, sino sobre todo en las intenciones fijadas desde el inicio. Entre las mujeres inmigrantes era moneda

común aquellas que procedían de localidades próximas al radio de acción de la capital, que acudían allí cuando aún eran jóvenes para emplearse como criadas, a poder ser, y así ahorrar un plato de comida a sus padres y, de paso, apandillar un hatillo de dinero para la dote del matrimonio, que tendría lugar a su regreso con alguno de los mozos del pueblo de origen.<sup>10</sup> Su aportación al ensanchamiento madrileño no pasaba de ser pasajero y sin un futuro en forma de prole.

Los nuevos vientos del XIX comenzaron a traer a gentes con perfiles más variados y, sobre todo, con intenciones opuestas a las acostumbradas. Una vez concluida la Guerra de la Independencia, la inmigración permanente fue ganando terreno, casi imperceptiblemente, a la temporal.<sup>11</sup> Los caminos se iban cargando con gentes decididas a emprender una vida nueva y echar raíces allí donde se ofrecieran mejores oportunidades para medrar, o al menos sobrevivir, que las ya conocidas, por escasas y exprimidas, del terruño de origen. Gentes sin billete de vuelta previsto, que lo fiaban todo a irse a la ciudad y trabajar en lo que fuera hasta lograr un asiento estable. Personas que simbolizaban cambios a medio y largo plazo en las corrientes migratorias, los cuales implicaron también un mayor equilibrio en la llegada de hombres y mujeres<sup>6</sup> y una disminución en la proporción de inmigrantes de las parejas formadas en la propia ciudad madrileña.

La idea de quedarse, formar una familia y envejecer en Madrid, se fue abriendo paso en la mente de los inmigrantes como torrente en cauce seco, sin que la capital hubiese alterado un ápice el inventario de oficios de un mercado laboral impertérrito a cualquier atisbo de cambio.<sup>12</sup> Con las mismas casas taller de siempre, con sus comercios de antiguo y tiendas de ultramarinos, con los viejos obradores y obrajes aún vivos, sin fábricas, ni grandes industrias ni almacenes en funcionamiento ni en vías de creación, la ciudad se veía foco de atención como último recurso para un mayor número de personas que se presentaban a sus puertas con la ilusión de hacerse con un trabajo. Expectativas de mejora, de rápida integración laboral y pronto olvido de las penurias sufridas, que se difuminaban bruscamente al primer contacto con la cruda realidad. Madrid no les había llamado ni tenía gran cosa que ofrecerles, más allá de un intrincado rompecabezas de pequeños negocios familiares y talleres semi-

<sup>10</sup> SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Siglo XXI, Madrid, 1994. Para otros lugares consultar GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel: *Bilbao en la formación del País Vasco Contemporáneo (Economía, población y ciudad)*, Fundación BBVA, Bilbao, 1995 y GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel (dir.): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, 2 Vols., Fundación BBVA, Bilbao, 2001.

<sup>11</sup> CARBAJO ISLA, María Fernanda: “La inmigración a Madrid (1600-1850)” en *REIS (Revista Española de Investigaciones Sociológicas)*, nº 32, (1985), pp. 67-100; MORA-SITJÁ, Natalia: “La inmigración a Madrid a mediados del siglo XIX: una primera aproximación”, en VI Congreso ADEH, Granada, 2004.

<sup>12</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel y FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “La transformación de la economía” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, pp. 516-547; y BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana” en FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo: *España. Autonomías*, Espasa Calpe, Madrid, 1989, pp. 517-613.

industriales. También podían atestiguarlo los propios inmigrantes, pues entre ellos menudeaban en mayor número los expulsados frente a los solicitados.

El crecimiento general de la población española, la pervivencia de arcaicos sistemas de herencia, la progresiva modificación de las relaciones de producción y los primeros cambios jurídicos liberales en la titularidad de la tierra, a través de la desamortización de Mendizábal, quebraron el frágil equilibrio de miles de economías agrarias basadas en la pequeña propiedad o en el arrendamiento.<sup>13</sup> La miseria, la negritud del hambre en algunos casos, la inseguridad y la absoluta carencia de un futuro empujaron a miles de familias a liar el petate y acudir a las ciudades, contempladas como luces al final del túnel, donde se podría conseguir un trabajo aunque fuese mal pagado, pues la dureza se daba por descontado. El tamaño de una ciudad como Madrid podía alimentar las ensoñaciones de oportunidades a salto de mata. Mal se tenía que poner la situación para no llevarse algo a la boca y, si finalmente todo se torcía, siempre quedaba el remedio de acudir a la puerta de la iglesia más cercana o del convento más hospitalario y extender la mano para que Dios y las almas caritativas proveyesen.<sup>14</sup>

Los orígenes rurales y una experiencia labrada en las faenas agrícolas condenaban al recién llegado al subempleo y al paro encubierto en una ciudad como Madrid. La pericia alcanzada en las siegas con la hoz y la guadaña, la maña en el manejo del arado, el pulso seco y firme con el ordeño o el acierto y el buen ojo a la hora de comprar cabezas de ganado o hacerse con los mejores pastos, eran inservibles en el gran circo de la capital, donde la maestría se escondía en los remates del zapatero, en un banco de carpintero o en oler presto la inminente vacante en una oficina del ministerio y contar con buenos naipes ante un cambio de aires gubernamental. El joven labriego, desenvuelto y capaz a ojos vista de su familia cuando abandonaba el hogar, se veía transformado de la noche a la mañana en poco más que un mastuerzo una vez que atravesaba las puertas de la gran ciudad. Eran los conocidos como *jornaleros*, aquellos trabajadores (mozos, peones) que cobraban por día trabajado en empleos inestables y totalmente coyunturales: en el desescombro de una casa, en hacer cemento para unas obras, en la carga y descarga de mercancías, en la limpieza de almacenes y talleres, en los mil y un recados de las oficinas, de las tiendas y de los dueños y propietarios en general. Con el paso de los años su figura se hizo más habitual en las calles madrileñas (en 1797 se contabilizaban 6.185, mientras que en 1848 Madoz ya

---

<sup>13</sup> GONZÁLEZ ENCISO, Agustín y BATÉS BARCO, Juan Manuel (coord.): *Historia económica de España*, Ariel, Barcelona, 2007.

<sup>14</sup> CARASA SOTO, Pedro: *Historia de la beneficencia en Castilla y León. Poder y pobreza en la sociedad castellana*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1991; y *Pauperismo y revolución burguesa: Burgos (1750-1900)*, Valladolid, 1987; VIDAL GALACHE, Benicia y VIDAL GALACHE, Florentina: *Enfermedad y pobreza en el Madrid del siglo XVIII*, UNED, Madrid, 2006; SOUBEYROUX, Jacques: "Pauperismo y relaciones sociales en el Madrid del siglo XVIII" en *Estudios de historia social*, nº 12 y 13, (1980), pp. 7-227.

contaba 11.049<sup>15</sup>), a pesar de la persistencia de una constelación de talleres y comercios enramados por las relaciones familiares y de parentesco, y de ser estigmatizados como la génesis de muchos de los males que penaban a la ciudad.

El crecimiento de la población madrileña hasta los 200.000 habitantes marcó el techo a partir del cual los problemas de alojamiento serían acuciantes. La barrera de la cerca impedía la construcción de nuevas viviendas que diesen un respiro ante la llegada de cientos de personas<sup>16</sup> y los precios del alquiler de los cuartos, como acto reflejo a esta situación, comenzaron a dispararse. Los años en que la inmigración hacía despegar a la población en 10.000 ó 20.000 personas más, los aprietos se multiplicaban en un barco que hacía aguas por sus cuatro costados y los remedios de corto alcance no eran más que parches a una situación insostenible: si a las familias pobres encabezadas por un jornalero no les quedaba otra que rastrear cuartos aún más minúsculos y sórdidos que el anterior, o repartir el poco espacio disponible con nuevos inquilinos para compartir el gasto del alquiler, a los propietarios y caseros no se les ocurría mejor negocio que añadir alturas a los inmuebles a través de buhardillas y sotabancos, cuantos más, mejor, o mudar en un santiamén un lóbrego sótano en otra “linda” casita, que aportara unas monedas a las jugosas alforjas recaudadas mensualmente con los alquileres.<sup>17</sup>

*“Las casas nuevas, esas que surgen de la noche a la mañana por todas las calles de Madrid: esas que tienen más balcones que ladrillos y más pisos que balcones; esas por medio de las cuales se agrupa la población de esta coronada villa, se apiña, se sobrepone y se aleja de Madrid, no por las puertas, sino por arriba, como se marcha el chocolate de una chocolatera olvidada sobre las brasas.”*

Mariano José de Larra, “Las casas nuevas”, *Artículos de costumbres*, 1833.

Un panorama en el que los caseros, “*más que el interés público, consulta(ba)n el suyo propio*” y las personas estaban “*empaquetadas de pie*” en habitaciones como baúles. El hacinamiento se extendía como plaga

<sup>15</sup> FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio y BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “La sociedad madrileña en el siglo XIX” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, p. 503.

<sup>16</sup> La grave situación de hacinamiento de Madrid contrastaba con la de otras grandes capitales, mucho más grandes y pobladas: si Londres disponía de una superficie de casi 100 m<sup>2</sup> para cada uno de sus 2 millones de habitantes y París ofrecía 34 m<sup>2</sup> por cabeza para su millón de residentes, Madrid apenas contaba con 26 m<sup>2</sup> para cada una de las 200.000 personas que residían en su minúsculo vecindario.

<sup>17</sup> Para mediados de siglo, Bahamonde y Toro calculaban el salario habitual del jornalero en 90 reales mensuales, mientras que los gastos ascendían en el alquiler a 40 reales (para una casa en malas condiciones, 30 para una buhardilla) y otros 45 reales mensuales sólo para la compra de pan de baja calidad. Para más detalles consultar BAHAMONDE MAGRO, Ángel y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1978, pp. 42-44.

descontrolada entre las familias pobres y humildes: “*tan apretado está todo, que en caso de apuro todo podría viajar junto sin romperse*”. El hacinamiento era el atajo directo para el fomento de las malas condiciones higiénicas de casas y personas y para la incubación de enfermedades y epidemias. Al año siguiente de que Larra se hiciera eco de la situación, el cólera decidió presentarse virulento e impactante como un rayo ante el pavor de las autoridades, cuyos cordones sanitarios fueron del todo ineficaces y sus remedios se limitaron poco más que a la vigilancia y al socorro benéfico.<sup>18</sup> El posterior arrebató a degüello de frailes por parte de unas masas populares iracundas ante los estragos de la enfermedad<sup>19</sup> y las convulsiones políticas y militares que concluyeron con la “sargentada” de La Granja,<sup>20</sup> acabaron por confeccionar un trienio negro para la capital, que se saldó con una considerable sangría demográfica (ver figura 1.1).

Estos hechos eran los sarpullidos del agotamiento de una idea de ciudad y sociedad, cerrada y cercada, que daba la espalda a las transformaciones que llevaban al país del Antiguo Régimen a los tiempos contemporáneos. Las autoridades no acertaban a percibir que el modelo del viejo Madrid se resquebrajaba y se centraron en encontrar culpables, en señalar un chivo expiatorio y luchar contra él. Los temores por parte de la burguesía madrileña ante una radicalización de las masas de parados y subempleados que pululaban por Madrid afloraron en abundantes noticias y editoriales de la prensa de la época, donde salía a relucir la cacareada *cuestión social* y se proponían peregrinos remedios a través de alambicados discursos y floridas peroratas. Los *panes y los peces* del Ayuntamiento se concretaron a la postre en unas pobres migajas (contratación directa de jornaleros: 200 en 1826, 500 en 1835 y 4.500 en 1854), en la proliferación de las limosnas (refuerzo y regulación del sistema de beneficencia) y en reiteradas exhortaciones al palo y a la expulsión.<sup>21</sup> La vigilancia y regulación del precio del pan fue una preocupación latente durante toda la época y formó, junto a la contratación esporádica de jornaleros en paro, el paquete de medidas más recurrido por las autoridades municipales para evitar que cualquier crisis de subsistencias o imprevistos zipizapes derivasen en barricadas, estopa y fuego revolucionario. Orden público a toda costa, tranquilidad de conciencia y, a ser posible, afán moralizador eran los pilares sobre los que se asentaba la sensibilidad liberal en cuestión de asistencia a los pobres.

---

<sup>18</sup> FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*, Vicens Vives, Barcelona, 1985, pp. 1-41. Los muertos por causa directa de la epidemia contabilizados para esta fecha son de 4.523.

<sup>19</sup> GARCÍA ROVIRA, Ana María: “Revolución liberal y fuerzas populares: El degüello de los frailes, Madrid, julio de 1834” en *Ejército, pueblo y constitución. Homenaje al general R. del Riego*, Madrid, 1988.

<sup>20</sup> ESPADAS BURGOS, Manuel: “Evolución política de Madrid en el siglo XIX” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, pp. 457-461.

<sup>21</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1978, pp. 44-59.

En el Madrid de los años 30 y 40 la miseria se extendía entre las familias a ojos vista y saturó la capacidad de actuación de hospitales, asilos y hospicios: *“El Hospital General, que no solía tener más de 800 enfermos, cuenta en el día 1.200 a lo menos; la Inclusa, que hace pocos años sostenía 2.000 expósitos, mantiene 4.000; el Hospicio, que tenía 800 pobres, tiene 1.200; el Hospital de Incurables, que no pasaba de 40 enfermos, asiste a 110...”*<sup>22</sup> La persistente llegada, año tras año, de nuevos inmigrantes con la firme intención de quedarse en la ciudad y la total ausencia de una economía dinámica por parte de la ciudad, que agitase y transformase las anquilosadas estructuras del mercado laboral madrileño, conllevó el hundimiento de gran número de familias en los pozos de la indigencia, la carestía y el hambre. *“Ya no es sólo en las calles y paseos públicos donde se ve uno acometido por los pobres, las campanillas de las casas suenan también a todas horas agitadas por las manos de los menesterosos, sin que los encargados de recoger los mendigos para conducirlos a los asilos de beneficencia den señales de vida”*.<sup>23</sup> Las autoridades procuraron ampliar el alcance del paraguas de la beneficencia a través de una legislación más exhaustiva (Ley general de Beneficencia de 1822, Ley de Beneficencia de 1849<sup>24</sup>) y de una implicación más sistemática por parte de las instituciones en las actividades caritativas,<sup>25</sup> aunque los propios contemporáneos eran conscientes de la imposibilidad de atender a la masa de desfavorecidos. El temor que se incubaba pronto germinó como repudio social.

Las medidas represivas fueron el reverso de la moneda a todas estas actuaciones. Tanto las autoridades como las elites burguesas mantuvieron a lo largo del periodo una mirada escamada y desconfiada hacia los jornaleros pobres que llamaban a las puertas de la ciudad: *“Lo peor de todo es que entre los verdaderos necesitados, los cuales merecen nuestra compasión y simpatía, hay algunos otros cuya robustez, vigorosa edad y poca simpática facha hacen creer que mendigan por holgazanería y vicio”*.<sup>23</sup> Un recelo que se tradujo en numerosos bandos de expulsión y en peticiones elevadas a los monarcas, como en 1826, para que impidiera la entrada *“a las infinitas familias que emigran desde todas las provincias del reino para cogerse al amparo de esta villa, en donde causan infinitos males”*.<sup>21</sup> Se buscaba al holgazán, al ocioso, a gente sin oficio ni beneficio que se movía en el filo de la navaja entre la pobreza, la mendicidad, la marginación y la delincuencia.<sup>26</sup> En la década de los 40 la

<sup>22</sup> Fuente: *El Clamor Público*, 24 de septiembre de 1848.

<sup>23</sup> Fuente: *El Clamor Público*, 3 de enero de 1849.

<sup>24</sup> MAZA ZORRILLA, Elena: *Pobreza y beneficencia en la España contemporánea (1808-1936)*, Ariel, Barcelona, 1999.

<sup>25</sup> VIDAL GALACHE, Benicia y VIDAL GALACHE, Florentina: *Bordes y bastados: una historia de la Inclusa de Madrid*, Compañía Literaria, Madrid, 1995; “Enfermar en Madrid: la asistencia, 1800-1830” en *Historia 16*, nº 172, (1990), pp. 31-36; “El impacto de la Ley General de Beneficencia de 1822 en Madrid” en *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, nº 1, (1998), pp. 41-56; “¿Qué hacemos con los pobres? El origen del Asilo de San Bernardino (1834)” en *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, nº 5, (1992), pp. 305-316.

<sup>26</sup> SOUBEYROUX, Jacques: “El encuentro del pobre y la sociedad: asistencia y represión en el Madrid del siglo XVIII” en *Estudios de historia social*, nº 20-21, (1982), pp. 7-225.

persecución de vagos se legalizó por la vía de las Cortes (Ley de 1845) y quedó tipificada en el Código Penal de 1849. La inmigración de la pobreza, protagonizada fundamentalmente por las familias jornaleras, se vio en el ojo del huracán y fue confundida en muchas ocasiones con esas figuras estigmatizadas, no sólo por las elites dirigentes, sino también por buena parte de los habitantes madrileños.

La llegada de más personas a un recinto cerrado y copado no sólo ocasionaba molestias en el alojamiento, cada día más costoso y constreñido, sino también en relación al trabajo. Cada remesa de forasteros era una inyección de inquietud para el trabajador madrileño: la competencia aumentaba y las condiciones de su oficio se veían afectadas.<sup>27</sup> En el mapa laboral de una ciudad dominada por el pequeño negocio, el mundo gremial madrileño arrastraba desde el viejo siglo XVIII una crisis estructural a causa de una retracción en la demanda, del alto coste de los factores de producción, de la excesiva presión fiscal a la que era sometido, de la competencia extranjera y de la circulación de un abundante contrabando.<sup>28</sup> La irrupción e intrusismo de estos trabajadores labriegos dispuestos a realizar cualquier tarea, por bajo que fuera el jornal, era la puntilla a un sistema que agonizaba y que debería demostrar, en las décadas siguientes, su capacidad de adaptación a los nuevos tiempos y a los ritmos marcados por un incipiente capitalismo. Más de tres siglos de tradición y experiencia en las formas de organizar la producción se resquebrajaban y la figura emblemática que lo protagonizaba era ese nuevo jornalero, un advenedizo del cual recelaban los propios menestrales conscientes de la situación, un trabajador expulsado de su hábitat natural, la tierra, por las reformas liberales y los cambios en la sociedad y que ahora luchaba por labrarse su propio camino en un contexto desconocido para él como era la gran ciudad.

Esas mismas reformas desamortizadoras que empujaron a cientos de campesinos ante las puertas de Madrid se cobraron su propio peaje en el interior de la capital. La supresión de órdenes religiosas y la enajenación de sus bienes, dictadas por el ministro Mendizábal en 1835 y 1836, dirigieron la piqueta a derrumbar numerosas iglesias y conventos, con sus huertos y cobertizos anejos, y abrir oquedades en el viejo cascarón urbano.<sup>29</sup> Aproximadamente durante una década, el caserío madrileño fue retocado por nuevas cicatrices en forma de modestas plazas (Progreso, hoy Tirso de Molina; Bilbao, etc.) y la rectificación o un ligero ensanchamiento en algunas calles. La mayoría de las fincas alcanzaron un alto valor debido a su privilegiada situación (calles de Alcalá, Carretas, Preciados, etc.) y fueron adquiridas por la ascendente y opulenta burguesía de

---

<sup>27</sup> NIETO SÁNCHEZ, José Antonio: *Artesanos y mercaderes: una historia social y económica de Madrid (1450-1850)*, Fundamentos, Madrid, 2006.

<sup>28</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1978, pp. 7-8.

<sup>29</sup> BRANDIS GARCÍA, M<sup>a</sup> Dolores: *El paisaje residencial en Madrid*, MOPU, Madrid, 1983; NAVASCUÉS PALACIO, Pedro: "Madrid, ciudad y arquitectura (1808-1898)" en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, pp. 403-439.



ricos comerciantes y acaudalados propietarios, que contaban con el aliado del poderoso caballero para levantar lujosos palacetes y mansiones.<sup>30</sup>

Las medidas desamortizadoras crearon, de la noche a la mañana, un suculento negocio especulativo basado en la compraventa de terrenos y la edificación de inmuebles para alquiler.<sup>31</sup> El buen fardo de solares y viejos edificios sacados al mercado,<sup>32</sup> su valiosa ubicación, la escasez de espacios vírgenes y la seguridad de engrosar el capital invertido con los alquileres, no podían hacer más apetitoso este filón de enriquecimiento para propietarios de suelo e inversores en un tablero de juego regido por las leyes del libre mercado. El nuevo Potosí descubierto permitió agitar rentas y ahorros adormecidos y reactivar una economía capitalina estancada. El negocio de la construcción no sólo iba a llenar los bolsillos de aquellos propietarios que se lanzaran al ruedo; también se convirtió en un bálsamo para el crónico subempleo sufrido por muchos trabajadores manuales y para atemperar la zozobra que generaba tanto jornalero forastero. La música de los derrumbes y de las construcciones sonaba a lluvia de encargos y contrataciones en los oídos de los diferentes gremios de albañiles, carpinteros, cerrajeros del común, pintores o marmolistas, cuyo estado alicaído se remontaba a varias décadas atrás. Para los jornaleros recién llegados, peones, mozos y ayudantes, también había un trozo del pastel en tareas de fuerza como escombrar, argamasar, arrastrar carretillas atiborradas de ladrillos, cargar con pesados maderos, etc. Madrid parecía haber dado con su propia vía de crecimiento y desarrollo, generadora de inversiones, dineros y empleo, allí donde otras urbes lo habían hecho con las minas, las fábricas textiles o el comercio. Pero lo que pudo haber sido un punto de inflexión en la concepción de la ciudad en su conjunto se quedó como un tiro al aire en un erial.

Todo el movimiento generado en la polvareda de las iglesias eliminadas había partido de iniciativas privadas y particulares. No existió un programa coordinado que remozara el deslucido aspecto de la capital a partir de unos criterios, un estilo o unas necesidades.<sup>33</sup> Tampoco hubo opción a ello con el

<sup>30</sup> FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel: *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*, La Librería, Madrid, 2002 (facsímil de la edición de 1876); y RUIZ PALOMEQUE, Eulalia: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1976.

<sup>31</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid, 1856-1866*, Universidad Complutense, Madrid, 1981; y BAHAMONDE MAGRO, Ángel y MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús: “La desamortización y el mercado inmueble madrileño (1836-1868)” en BONET CORREA, Antonio (coord.): *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano*, Universidad Complutense, Madrid, 1982, pp. 939-956.

<sup>32</sup> En Madrid se vendieron 540 fincas urbanas, el 22'5% del volumen total de ventas registradas en todo el país, afectando a más del 10% del caserío de la capital. MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús: *La desamortización eclesiástica en la villa de Madrid, 1820-1823*, Memoria de Licenciatura de la UCM, 1981; y SIMÓN SEGURA, Francisco: “La desamortización de Mendizábal en Madrid” en *Información Comercial Española*, Ministerio de Economía y Hacienda, Madrid, 1967, pp. 69-79.

<sup>33</sup> JULIÁ DÍAZ, Santos, RINGROSE, David y SEGURA, Cristina: *Madrid, historia de una capital*, Alianza Editorial, Madrid, 1994, pp. 349-369. El descontrol se extendía también a la

método elegido para llevar a cabo la operación desamortizadora: cada comprador se ocupó de lo suyo, fuera esto exhibir su patrimonio y su apellido con un vistoso palacio donde antes se levantaba un templo, o fuera levantar presto un edificio con un buen surtido de cuartos para el alquiler, desde principales desahogados hasta buhardillas ratoneras, que aseguraran una vida plácida y acomodada.<sup>34</sup>

*“La población que se va colocando sobre los límites que encerraron a nuestros antepasados me hace el efecto del helado que se eleva fuera de la copa de los sorbetes. El caso es el mismo: la copa es pequeña y el contenido mucho.”*

Mariano José de Larra, “Las casas nuevas”, *Artículos de costumbres*, 1833.

Las majestuosas reformas en ciudades como París eran poco menos que delirios y quimeras en el coso madrileño, donde el meollo del asunto no radicaba en crear una ciudad nueva, o al menos más habitable, sino en aposentarse allí donde antes moraban rancios escudos nobiliarios o las sotanas raídas del clero. Ni existía la idea de un gran Madrid, ni se la esperaba y, mientras tanto, se iba al limbo una oportunidad de oro para hacer de la capital una ciudad más habitable y adecentada. Casita a casita, en las retorcidas callejuelas de siempre, se abría paso el Madrid de los caseros, tan atestado, insalubre y desaliñado como el Madrid conventual.

*“Si queremos que todo siga igual, es necesario que todo cambie.”*

Giuseppe Tomasi di Lampedusa, *El Gatopardo*, 1960.

---

carencia de unas ordenanzas constructivas firmes por parte del Ayuntamiento, lo que acarreaba la existencia de inmuebles con líneas de fachada con diferentes anchuras o alturas.

<sup>34</sup> La Ley de Inquilinatos de 1842 liberalizó los precios del alquiler de las viviendas. A partir de ese momento, los propietarios eran libres para fijar el precio de los alquileres de sus inmuebles y los inquilinos perdían la opción de consolidar derecho a lo largo de la vida del contrato, frente a la anterior situación que sólo les permitía modificar el precio cada 10 años, previa tasación oficial. BRANDIS GARCÍA, M<sup>a</sup> Dolores: *El paisaje residencial en Madrid*, MOPU, Madrid, 1983, pág. 80.

## 1.2 La reinención de una capital: El vértigo de una década prodigiosa

El aire cochambroso de buena parte de la ciudad, mediada la década de los 40, sirvió de acicate definitivo para que la insatisfacción latente diera paso a un propósito más firme de acción global. Los turbulentos años 30, azotados por el abandono del régimen absolutista, el estallido de una guerra civil, los ataques de epidemias virulentas, sublevaciones y motines varios, habían sido incapaces de encaminar la capital por la senda del progreso y del crecimiento (en 1846 se contabilizaban más de mil vecinos menos que en 1797). Sería en un marco político y social dominado por el moderantismo cuando se sucedieron los primeros pasos hacia una capital mejorada en su conjunto y, lo que es más importante, concebida desde un prisma diferente. Durante algo más de una década, la capital española se zambulló en una oleada de proyectos, reformas y obras que, con los años, acabaron por convertirse en los cimientos del gran Madrid de principios del siglo XX. Fueron un mojón en el proceso de modernización de la capital española que perduró hasta el siguiente gran hito, ya en el siglo XX, con la apertura de la Gran Vía, el inmenso tajo que abrió la ciudad, cual melón veraniego, a los tiempos vertiginosos del automóvil, los rascacielos y las luces de neón.

Quemadas buena parte de las naves botadas por un proceso desamortizador que apenas había insuflado mejora alguna al ceñido caserío, no digamos idea de provecho para su transformación, en 1846 parecía *“llegada la ocasión de ensanchar los actuales límites de Madrid, harto reducidos ya para la población que, por esta causa, se ha aglomerado en casas de altura desmedida”*, según rezaba en el proyecto presentado por el ingeniero Juan Merlo, a instancias del gobierno central, para ampliar la ciudad más allá de las cercas. Una tentativa que tuvo la vigencia de una estrella fugaz al ser desestimada por el Ayuntamiento. Los ediles recelaban de las imposiciones gubernamentales y rápidamente encargaron un estudio a uno de los suyos, Mesonero Romanos, cuyas conclusiones en forma de *Proyecto de mejoras generales de Madrid*<sup>35</sup> aplaudieron fervorosamente.

Los escritos de Mesonero son, por encima de los debates que han suscitado desde su publicación, el compendio de todo un pensamiento en torno a Madrid como un todo, a lo que era como capital y lo que debería llegar a ser. La espina dorsal que articuló todo su proyecto fue la reforma y adecentamiento del interior, por encima de la expansión directa propugnada por Merlo. Para el curioso Don Ramón, lo primero era *“atender a las necesidades presentes, mejorando lo que existe, aprovechando con inteligencia las ventajas que ofrece el recinto actual”*, lo cual impulsaría directamente, en su opinión, *“su futura extensión y ensanche”*. Pero en opinión del ilustre regidor, la expansión en esos momentos era asunto poco menos que irrealizable y fantasioso, dada la falta de

<sup>35</sup> MESONERO ROMANOS, Ramón de: *Proyecto de mejoras generales de Madrid*, Espinosa y Compañía, Madrid, 1846.

agua y los costes descomunales que supondría desplazar la cerca con portillos y puertas monumentales incluidos. Era la obcecación en la idea de una ciudad encerrada, la insistencia por mantener viva la llama del viejo cascarón urbano aunque, eso sí, más aseado, más ordenado, con mejores servicios públicos y hasta con toques elegantes. Su receta incluía un completo programa de mercados cerrados, mataderos, edificios de cura y reclusión (hospicios y asilos, hospital, inclusa, cárcel), cuarteles, habitaciones para obreros, casas de lavado, arreglo de calles y hasta una catedral. Proyecto que ni se cumplió en su totalidad ni podía realizarse a corto plazo, pues para ello hubiera requerido de unos fondos públicos en abundancia que jamás llegaron a reunir las escuálidas arcas municipales, enorme boquete éste por el que solían hundirse la mayoría de las propuestas y leyes en los tiempos liberales.

El año 1848 fue un serio aviso a navegantes si no se producía una intervención inmediata y decidida. Las compañías *La Propietaria* y la casa *Manby Partington y Cía*, primeras empresas societarias del negocio inmobiliario madrileño creadas al calor del *boom* desarmotizador,<sup>36</sup> quebraron en un contexto general de crisis económica y vientos revolucionarios en el escenario europeo. Madrid necesitaba imperiosamente cambiar su rumbo no sólo para adecentar su aspecto, sino para que su economía pudiera despegar y prosperar, para que su población pudiera crecer en un entorno más saludable, para que su sociedad pudiera evolucionar y participar de los cambios que traían los nuevos tiempos. En definitiva, Madrid necesitaba ser otro Madrid, reinventarse a sí misma como capital y como ciudad, y ese empujón no vendría, estaba claro ya, del picoteo disperso de los pequeños propietarios, cuya única ambición era vivir de las rentas, ni de las primerizas e inestables sociedades constituidas al calor de los escombros conventuales, que tampoco participaban de ningún proyecto magno y cuyo negocio inmobiliario en el interior de la cerca comenzaba a agotarse y no dar más de sí. Un cambio de esas dimensiones sólo podía venir de la mano de las autoridades, cuya naturaleza obligaba a dar un paso hacia delante. Llegada era la hora de las grandes obras públicas.

La gran estrella del torbellino de obras que se desató en esta etapa fue la operación al corazón madrileño: la Puerta del Sol. Si uno de los ejes cardinales de la actuación municipal era dar lustre al rostro madrileño, el centro de todas las miradas<sup>37</sup> no podía ser un exiguo hueco apenas iluminado por una farola de gas, acorralado por un dédalo de callejuelas en penumbra y esquinazos pegados unos con otros. En 1853, tras numerosos proyectos y propuestas desechadas, se inició una dilatada travesía de obras que transformaron un angosto cruce de caminos en un foro espacioso y magno, por cuyos balcones se asomaba, por primera vez, la modernidad a la capital española.<sup>38</sup> El impacto en la zona fue total: nuevas

<sup>36</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1978, pág. 28.

<sup>37</sup> El Ministerio de Gobernación se había trasladado a la antigua Casa de Correos en 1847 y era el punto cero de la red nacional de caminos y carreteras.

<sup>38</sup> ARNÁIZ GORROÑO, María José: “Un ejemplo de intervención en la ciudad decimonónica: la Puerta del Sol de Madrid” en BONET CORREA, Antonio (coord.): *Urbanismo e historia*

alineaciones de las calles que allí desembocaban, reforma de plazas cercanas, sustitución del cochambroso caserío por edificios esbeltos y elegantes, renovación de comercios y negocios, apertura de hoteles, etc. Un acierto de gran calado que ha perdurado hasta la actualidad. A la nueva plaza en construcción se le sumaban otros logros encaminados a dotar a la capital de espacios y edificios dignos, como la finalización del Teatro Real, que abría sus puertas tras una cadena infinita de atrasos, la Plaza de Oriente, que pasaba de erial a meritoria antesala del Palacio Real, o el Teatro de la Zarzuela, que se sumaba a la fiesta para solaz de los madrileños y la emergencia de las columnas soberanas del Congreso de los Diputados.

**Ilustración 1.2 La Puerta del Sol antes (c. 1850) y después de la reforma (1870)**



Si en el interior la reforma de la Puerta del Sol fue como la caída de una piedra en un lago, cuyas ondas concéntricas espantaban cochambre y angosturas para insuflar modernidad espaciosa, en el exterior la novedad revolucionaria arribaba entre vapores, pitidos y chirridos metálicos. En 1851 los modestos hangares levantados en las afueras de la Puerta de Atocha dieron la bienvenida al célebre ferrocarril,<sup>39</sup> el revolucionario medio de transporte, que tanto había dado de qué hablar por sus múltiples diferencias, y a la postre ventajas,<sup>40</sup> con los

---

*urbana en el mundo hispano*, Universidad Complutense, Madrid, 1982, pp. 969-992; NAVASCUÉS PALACIO, Pedro: "Madrid, ciudad y arquitectura (1808-1898)" en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, pp. 418-420; y RUIZ PALOMEQUE, Eulalia: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1976.

<sup>39</sup> La estación abrió sus puertas el 9 de febrero de 1851 para dar cobijo a la línea Madrid-Aranjuez, cuyas obras habían comenzado en 1848 con el empuje financiero del marqués de Salamanca.

<sup>40</sup> GÓMEZ MENDOZA, Antonio: *Ferrocarril, industria y mercado en la modernización de España*, Espasa Calpe, Madrid, 1989; "Madrid, centro de la red de comunicaciones" en *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*, nº 666, (2001), pp. 343-358; y "Los efectos del ferrocarril sobre la economía española (1855-1913)" en *Papeles de economía española*, nº 20, (1984), pp. 155-158.

medios tradicionales de tiro, y que tanto había costado que diera sus primeros pasos por suelo hispano.

*“A menudo nos hemos preguntado cuántos meses viajando sin parar en una silla de posta serían necesarios para matar a un hombre, y cuestionándonos de modo análogo, nos encantaría saber cuántos meses de viaje continuo en una sucesión de coches antiguos podría soportar un desgraciado mortal.”*

Charles Dickens, “The old cars”, *The Evening Chronicle*, 1835.

El ferrocarril iba a cambiarlo todo y Madrid, como centro de la red nacional de carreteras, fue una de las mayores beneficiadas. Aunque las diligencias, las carretas o las berlinas pervivieron durante algún tiempo, el ferrocarril trastocó las nociones que se tenían del espacio y del tiempo a medida que avanzaba la construcción de sus raíles. El halo de su humo acortaba las distancias, multiplicaba los intercambios y la información, el trabajo y el comercio florecían, se modificaban las costumbres y los hábitos de vida tradicionales y hasta llegó a forjar toda una cultura popular y una mitología allí donde todo el progreso y la riqueza eran debidos a su presencia. Era la huella de los nuevos tiempos, el gran protagonista de una revolución en los transportes y en las comunicaciones<sup>41</sup> que permitió la progresiva urbanización y modernización de la sociedad. En un futuro inmediato Madrid iba a contar con las estaciones cabeceras de las principales compañías ferroviarias del país, palacios férreos por donde entrarían y saldrían miles de personas, toneladas de mercancías y productos, e información formal e informal a raudales.<sup>42</sup> Los sencillos embarcaderos de Atocha del año 51 eran, sin duda, la puerta a otra época, el augurio más evidente de una nueva ciudad en ciernes.

---

<sup>41</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel (dir.): *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España, 1700-1936: el correo, el telégrafo y el teléfono*, Ministerio de Obras Públicas, Transporte y Medio Ambiente, Madrid, 1993; y BAHAMONDE MAGRO, Ángel, MARTÍNEZ LORENTE, Gaspar y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *Atlas histórico de las comunicaciones en España: 1700-1998*, Correos y Telégrafos, Madrid, 2002.

<sup>42</sup> VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *Los albores del nuevo Madrid: el distrito de Arganzuela (1860-1878)*, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es: 6238, 2006; VV. AA.: *Las estaciones ferroviarias de Madrid. Su arquitectura e incidencia en el desarrollo de la ciudad*, COAM, Madrid, 1980; GONZÁLEZ YANCI, María Pilar: *Los accesos ferroviarios a Madrid. Su impacto en la geografía urbana*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1977.



[Ilustración 1.3. Antiguos apeaderos de la estación de Atocha, c. 1860. Fuente: fotografía de Laurent.]

Madrid ya contaba con sus tótems de la modernidad, pero precisaba de un abundante surtido de agua para sostener el previsible crecimiento de su población y de su economía. El raquitismo del Manzanares decantó a los ingenieros por hacerse con las aguas del Lozoya. Daba comienzo así la gran apuesta del Canal de Isabel II,<sup>43</sup> cuyas obras incluían la construcción de presas en la sierra madrileña, acueductos y sifones que encauzaran la corriente campo a través, depósitos a las puertas de la ciudad para el almacenaje del agua, junto a tuberías y alcantarillas para el suministro y el desagüe de las viviendas particulares y fuentes públicas.

Detrás de este cuadro de obras y grandes proyectos no existía únicamente una voluntad de dignificar el aspecto de la ciudad o de fomentar su desarrollo económico, sino también una preocupación por las condiciones de la vida urbana, especialmente las de las clases bajas y populares. A principios del siglo se habían adoptado medidas como situar establecimientos insalubres (cementeros) o peligrosos (fábricas) fuera del recinto urbano, pero no era suficiente. El hacinamiento, la miseria y la suciedad hacían estragos en los barrios bajos cuando una epidemia se presentaba, como lo hizo en el 34, y se cebaba en estas áreas atestadas de familias pobres o en riesgo de pobreza. Por ello era tan urgente evitar la escasez de agua (aunque fueron precisamente estos barrios los que tardaron más en disponer de agua corriente) o acondicionar calles y edificios con una reglamentación urbanística más estricta en cuanto a las condiciones de edificación.<sup>44</sup> En 1854 los temores se hicieron realidad nuevamente y el cólera

<sup>43</sup> ESPINOSA DE ROMERO, Jesús y GONZÁLEZ REGLERO, Juan José (coord.): *1851. La creación del Canal de Isabel II*, 2 Vols., Fundación del Canal Isabel II, Madrid, 2001.

<sup>44</sup> En 1854 se aprobó una reglamentación sobre la altura que deberían tener las edificaciones de nueva planta, según su localización en calles de primer, segundo y tercer orden. Las casas constarían generalmente de piso bajo, entresuelo, principal, segundo, tercero y sotabanco o ático, quedando terminantemente prohibidas las buhardillas vivideras. DÍEZ DE BALDEÓN,

morbo volvió a germinar en las calles madrileñas, sembrando la desolación entre los barrios más deprimidos con más de 4.000 muertos.<sup>45</sup>

Tras los desvelos higienistas se escondían también deseos de control y regulación del comportamiento de los habitantes.<sup>46</sup> Madrid era ducha en algaradas, altercados, motines y sublevaciones y la estrechez de su caserío era ideal para la aparición de barricadas revolucionarias que causaban terror en la imaginación de las clases acomodadas. Con la llegada de los calores veraniegos en aquel año del 54 estalló un nuevo levantamiento, la Vicalvarada, que tuvo su más directa repercusión en las calles de la capital.<sup>47</sup> Si los ánimos ya estaban caldeados por los efectos de la epidemia, que cada día fulminaba a decenas de personas, la intentona progresista fue la mecha para que prendiera la estopa. A las descargas, disparos y barricadas pronto se le unieron saqueos y quema de casas y palacios aristocráticos por parte de unos paisanos que brotaban a centenares desde los barrios bajos. A los ojos de las autoridades, la resaca de la tempestad dejó claro como la nieve la imperiosa necesidad de abrir espacios y vías holgadas, como la Puerta del Sol, que evitaran aglomeraciones populosas descontroladas y permitieran la rápida actuación de las fuerzas del orden.<sup>48</sup> La revolución convirtió el menester laudable en apremiante exigencia. Madrid debía cambiar ya y para ello requería de muchas obras y de muchos brazos.

Tan vasta transformación catapultó al sector de la construcción a la cúspide del mercado laboral. Más que una ciudad de gremios comerciales, de obreros industriales o de artesanos industriales, Madrid era una urbe cuyo negocio se asentaba en la paleta y el pico. Lo suyo era derrumbarse para volver a construirse, un motor de crecimiento basado en múltiples e interminables obras y reformas. La entrada en escena de Ayuntamiento y Gobierno fue el impulso definitivo para este sector, un trampolín que elevó el volumen de negocio en la década de los 50 a cotas muy superiores a la suma de las dos décadas anteriores, incluidos los años en los que se desató el furor de las desamortizaciones. Las faenas y los encargos surgían a diario, en abundancia festiva, y las obras públicas absorbían gigantescas masas de trabajadores, especialmente el ferrocarril, cuya Ley General de 1855 destapó un frenesí con la concesión de líneas férreas y su veloz montaje y puesta en marcha. Albañiles, canteros, carpinteros y demás gente

---

Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1986, pp. 27-33.

<sup>45</sup> FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Epidemias...*, *Op. Cit.*, pp. 41-86.

<sup>46</sup> Así lo defiende Joyce en sus estudios sobre la sociedad londinense. JOYCE, Patrick: *The rule of Freedom. Liberalism and the modern city*, Verso, London, 2003.

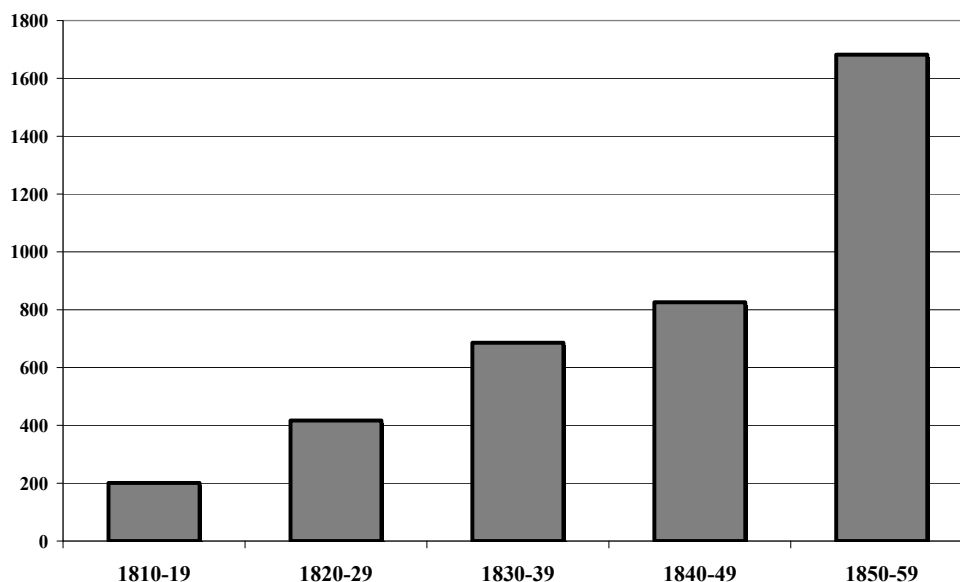
<sup>47</sup> TUSELL, Javier y SÁNCHEZ MANTERO, Rafael: *El siglo XIX. De la Guerra de la Independencia a la Revolución de 1868. Historia de España, Vol. 12*, Espasa Calpe, Madrid, 2004; FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo y PALAFOX, Jordi: *España, 1808-1996: El desafío de la modernidad*, Espasa, Madrid, 1998; URQUIJO Y GOITIA, José Ramón: *La revolución de 1854 en Madrid*, CSIC, Madrid, 1984.

<sup>48</sup> Eran las consecuencias que ya había extraído Napoleón III tras el París de 1848 y cuya actuación se basó en las reformas urbanísticas de Haussman. GAILLARD, Jeanne: *Paris, la ville (1852-1870)*, L'Harmattan, París, 1997.



del oficio se convirtieron en piezas codiciadas por su escasez y se acudió en masa a los jornaleros y peones.

### Licencias de obras expedidas por el Ayuntamiento de Madrid (1810-1859)



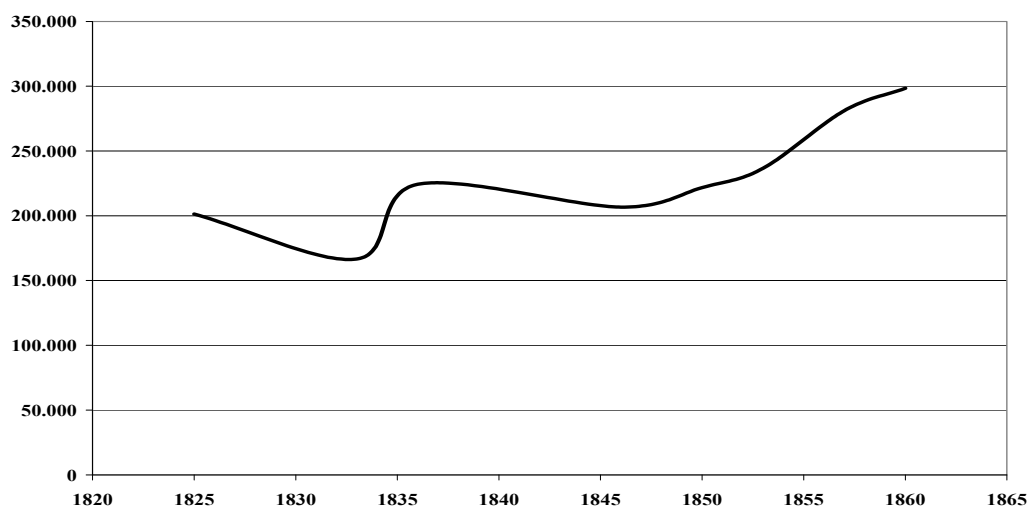
[Figura 1.2. Fuente: Elaboración propia a partir de datos ofrecidos por Ángel Bahamonde y Julián Toro.<sup>49</sup>]

La anterior desconfianza hacia su figura o el desagrado que causaba su presencia numerosa eran asunto del pasado, como lo eran también las sombras de braceros pululando por la Puerta del Sol a la caza de algún encargo perdido, o el acudir a un tajo para mendigar cuatro malas faenas con las que ganar algunos céntimos. Las exaltadas peticiones de expulsión de jornaleros de la ciudad dejaron paso, tanto en la prensa como en el Diario Oficial de Avisos de Madrid, a miles de ofertas de trabajo, a editoriales reclamando más y más trabajadores y a noticias con propuestas insólitas, como recurrir a los militares o a los presos para mantener el ritmo en las obras públicas, no sólo en Madrid, sino a nivel nacional. En pocos años el mercado laboral madrileño pasó de acusar graves problemas de paro y subempleo crónico a una situación inédita de pleno empleo, incluso del poco o nada cualificado<sup>50</sup>. Eran tiempos de vino y rosas con ascensos salariales que, ahora sí, permitían ganar un dinero con el que habían soñado todos aquellos que un día decidieron largarse de su pueblo para buscarse la vida en la gran ciudad.

<sup>49</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía...*, Op. Cit., pág. 217.

<sup>50</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel: "El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)" en *Estudios de Historia Social*, nº 15, (1980), pp. 143-175.

### Evolución de la población de Madrid (1825-1860)



[Figura 1.3. Fuente: Elaboración propia a partir de datos de Antonio Fernández y Ángel Bahamonde.<sup>51</sup>]

El efecto de esta década prodigiosa sobre el tamaño de la población no se hizo esperar. La marea de obras en la ciudad y sus alrededores acabó con el titubeante devenir demográfico a lo largo del siglo en torno a los 200.000 habitantes. En medio siglo, Madrid había incrementado su vecindario en poco más de un 10%. En los últimos diez años, se disparó en más del 40% del total. Si en 1833 a Larra le inquietaba que el helado desbordara la copa con incrementos registrados en 10 ó 20.000 personas más, el escenario de los años 50 hubiera sido, de haber vivido, poco menos que una pesadilla inimaginable, un monstruoso helado en forma de globo terráqueo apenas sostenido por un cucurucho en miniatura. Los mismos contornos que conoció Larra dieron cobijo a casi cien mil personas más hasta rozar, en 1860, las 300.000 almas. El estrépito de tanta obra, los ecos de trabajo fácil y buenas pagas, eran dulces difíciles de renunciar que se sumaban a los atractivos que de por sí ofrecía la capital.

El acicate a emigrar se reforzaba, además, con la desamortización de Madoz de 1855, que puso a la venta no sólo los bienes del clero y las órdenes religiosas, sino también los comunes y propios de los municipios, una fuente de ingresos vital para la comunidad rural y sus miembros más desfavorecidos.<sup>52</sup> Como en anteriores episodios, las tierras fueron adquiridas por los más acaudalados y poderosos, que vieron así engrosar su patrimonio. Para las familias más humildes la vida se hizo un poco más dura si cabe y la opción de irse, más seria e imperiosa. La inmigración se convirtió en avalancha para los parámetros de la época y desbordó al vetusto cascarón urbano, al que se le saltaban todas las costuras. La gente iba a vivirse a las afueras porque ya no cabía. Los años 50

<sup>51</sup> FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio y BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “La sociedad madrileña...”, *Op. Cit.*, pág. 481.

<sup>52</sup> TUSELL, Javier y SÁNCHEZ MANTERO, Rafael: *El siglo XIX...*, *Op. Cit.*, pp. 629-651.

fueron la traca final para una idea de ciudad, el viejo Madrid encerrado, agotada y caduca. En las afueras, los arrabales hacían retumbar los tambores de una nueva ciudad, abierta y sin límites.

### 1.3 La reinención de una ciudad: Sueños de Ensanche y realidad de arrabal

*A real la arroba y tres el quintal*, repitió el encargado, *le aseguro que es un forraje excelente, regado con agua dulce y a precio corriente*. Con la cantidad de kilos que compraba y su acostumbrada puntualidad en el pago, Juan estaba seguro que podía llegar a un precio arreglado con el señor Pedro, el viejo jardinero al cuidado de la huerta de la señora viuda de Navajas, y conseguir, además, que se lo llevaran a sus establos de la calle Almirante, como hacía Julián Mariscal desde su negocio en las inmediaciones de la puerta de Segovia. Pedro Ramos era un viejo zorro que llevaba en Madrid desde antes que naciera el propio Juan, antes incluso que la guerra contra los franceses, y se las sabía todas. Pero todo era cuestión de saber regatear y tensar la cuerda con tiento para cerrar un buen trato y Juan lo llevaba haciendo desde bien joven.<sup>53</sup>

Al salir de la huerta, con el arreglo en el bolsillo, se detuvo un instante a contemplar el paisaje que se abría a sus pies, en el camino que conducía a Santa María de la Cabeza, entre los portillos de Valencia y Embajadores. Los páramos verdisecos se extendían en picado hacia la ribera del Manzanares, entre unos caminos amplios y arbolados como no los había en todo Madrid. Donde otros veían incuria y miseria polvorienta, él advertía infinitas posibilidades de negocio.

Los Labourdette siempre habían tenido fama de buen ojo a la hora de emprender tal o cual actividad comercial, de hallar nuevas oportunidades de expansión o de abrirse camino en otros lugares. Juan podía dar buena cuenta de ello, como fundador de la Casa Labourdette en Madrid a principios de los años 40, cuando llegó a la capital siendo un joven veinteañero con grandes proyectos en mente. Habían transcurrido casi 20 años de aquello y muchas cosas habían cambiado. Por allí había desfilado buena parte de su familia, sobre todo sus hermanos, como Juanito, el menor, que había regresado temporalmente a Francia después de seis años con él y al que había iniciado en los secretos del negocio. El trabajo duro y constante, en una empresa tan arriesgada como era la importación de caballerías desde Francia por caminos del interior, aún inseguros por la pervivencia de contrabandistas, había dado sus frutos con los años y la Casa florecía precisando de nuevas instalaciones, de picaderos más amplios y mejor acondicionados. Los corrales de Almirante se habían quedado pequeños y

---

<sup>53</sup> Los nombres de las personas, la ubicación de los negocios, las mercancías y sus precios han sido obtenidos del Diario Oficial de Avisos de Madrid de 1849, 1851, 1855 y 1857 y de las hojas del padrón municipal de Madrid de 1857 y 1860, AVM, sección Estadística. La reconstrucción narrativa es elaboración propia.

constreñidos por una ciudad que estaba atestada. El interior de una capital no era el sitio más apropiado para unas caballerizas, y menos Madrid, con sus calles oprimidas hasta parecer finos cordeles. Además, las autoridades andaban escaldadas tras los terribles sucesos del 54, con tantas muertes y destrozos causados por epidemias y levantamientos. Desde entonces, la pluma y los escritos oficiales se les amostazaban con mayor frecuencia cada vez que olfateaban establos como los suyos. Juan sabía que, caso de repetirse tales desgracias, su ganado, con sus olores y sus moscas, podía ser puesto en el punto de mira y tener las horas contadas.

Hombre precavido vale por dos y la vista que tenía ante la huerta de las Peñuelas le acomodaba. Terrenos a mansalva para las cuadras y los establos que no molestarían a ningún vecino ni incomodarían a las autoridades, con el mercado de ganados en las proximidades para que a los compradores les resultara más sencillo dar con su establecimiento, rodeado de excelentes paseos para acceder a la ciudad y conducir las recuas de ganado, pero sobre todo con el ferrocarril a la puerta de casa, ideal para mover cientos de cabezas con la mitad de esfuerzo y de dinero. Por si fuera poco, aquellos parajes estaban cobrando animación, como el arrabal de las Peñuelas, justo a la derecha, donde cada día se levantaba algún tejado nuevo con la llegada de más familias que huían del agobiante centro. Y según los rumores que circulaban por la ciudad, aquello iba a ser muy pronto un barrio madrileño más, pues Madrid iba a saltar las cercas y expandirse por los andurriales de alrededor, que dejarían de ser campo después de tanto tiempo. Si quería trasladarse allí, debía tomar una decisión y pronto, antes de que los rumores cobraran forma real y encarecieran el terreno. Aquella mañana de 1857, camino de su casa, Juan tenía la sensación de haber cerrado algo más que un trato de forraje de alcachofas para sus caballos.

### ***1.3.1 Paseos, campo, ferrocarril y arrabal a la sombra de Madrid***

Hasta la segunda mitad del siglo XVIII, los alrededores de la capital<sup>54</sup> no habían sido más que campos rasos de tierras agrícolas y descampados que eran atravesados por los caminos que salían desde la Corte hacia las localidades cercanas, como Toledo o Vallecas.<sup>55</sup> El monarca Carlos III fue el primero en

---

<sup>54</sup> Para una visión completa de las afueras madrileñas antes y después de la aprobación del Ensanche, ver CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Editorial Complutense, Madrid, 2008.

<sup>55</sup> VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *Los albores del nuevo Madrid: el distrito de Arganzuela (1860-1878)*, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es: 6238, 2006; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “El nacimiento de un nuevo Madrid. El Ensanche Sur: Arganzuela en 1860” en *Actas de las VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos*, ANABAD-Asociación de Amigos del AHPGU, Toledo, 2007, Vol. 1, pp. 287-310.

diseñar un plan de actuación para la zona: el trazado de paseos arbolados,<sup>56</sup> amplios y rectos, que partían de las principales puertas de salida de la ciudad.<sup>57</sup> El objetivo era el embellecimiento de toda la cara meridional de la capital, hacer de ella un rincón verde, fresco, apacible y hasta saludable, por donde las clases altas pudieran alargar sus paseos desde el tradicional Paseo del Prado, o el Olivar de Atocha, hasta las riberas del Manzanares o la ermita de San Isidro. Pero todo quedó ahí. No se acometieron más obras que alisaran los barrancos y desniveles que cortaban el terreno por doquier y los paseos acabaron por ser simples caminos de tierra jalonados, eso sí, por hileras de árboles solitarios.

Fracasados los sueños ilustrados de convertir la zona en un bello jardín arbolado, el siglo XIX reservaba ideas más prosaicas para las afueras, como era convertirlas en una especie de contenedor de todo aquello que considerara nocivo o peligroso para albergarlo en el interior de las tapias. En 1808 se prohibieron los enterramientos en el interior de la ciudad y comenzaron a dismantelarse los camposantos de iglesias y capillas para trasladarlos a las afueras, cuanto más lejos mejor, y para ello se construyeron los cementerios de San Sebastián y San Nicolás (donde estuvieron enterrados Calderón de la Barca, Espronceda o Mariano José de Larra) en el camino de El Sur, actual calle de Méndez Álvaro, y otros cuatro en las afueras del norte.<sup>58</sup>

La propia naturaleza de los terrenos fomentó la aparición de determinados establecimientos y actividades. En las partes más bajas próximas al río abundaban las canteras de yeso, barrizales donde surgieron tejares con sus primitivos hornos y obrajes artesanales, junto a casas de labor desperdigadas al cargo de alguna huerta o de algún pozo de nieve. Las mayores extensiones de terreno correspondían a fincas agrícolas privadas, como las huertas de la Casa Blanca, la posesión del Conde de Yúmuri, o quintas de recreo como la Quinta de la Esperanza, junto a los paseos de Yeserías y Cristo de las Injurias, que bordeaban el río. Los pastos de estas tierras eran arrendados cada año por contratistas para alimentar a sus ganados o para obtener forraje destinado a la venta. La escasa profundidad del río y los banales de arena que surgían como islotes en medio de la corriente favorecieron la instalación de miles de lavaderos, que en los puentes de Toledo y Segovia formaban un mar nívico de calzones y blusones, puestos a secar en cuerdas sujetas por palitroques, mientras las sufridas lavanderas frotaban, rodilla hincada en tierra, un nuevo hato de ropa sucia.

---

<sup>56</sup> Desde la Puerta de Atocha partían tres: el paseo de Atocha o de Invierno, el paseo de las Delicias y el de Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza, que conducía al embarcadero. El paseo de las Acacias partía del portillo de Embajadores y lo unía con el puente de Toledo. Los paseos de Olmos, los Ocho Hilos e Imperial unían la Puerta de Toledo con el Puente de Toledo. VV. AA.: *Establecimientos tradicionales madrileños. El Ensanche Sur y la ribera del Manzanares*. Cuaderno VII, Madrid, Cámara de Comercio e Industria de Madrid, 1986.

<sup>57</sup> Las más importantes eran la puerta de Segovia, el portillo de Gil Imón, la puerta de Toledo, levantada entre 1813 y 1827 para conmemorar el éxito en la Guerra de la Independencia, los portillos de Embajadores y de Valencia, al final de las calles de Embajadores y de Lavapiés y la puerta de Atocha, al final de la calle de su mismo nombre.

<sup>58</sup> PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El distrito de Chamberí, 1860-1880. El nacimiento de una ciudad*, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es:6237, 2004.

En otras ocasiones era el propio interior de Madrid el que condicionaba el aspecto que iban adquiriendo las afueras. La presencia del matadero municipal junto a la Puerta de Toledo generaba un intenso tráfico de ganaderos, carniceros, comerciantes de carne, arrieros y demás transportistas que dejaban rastros de ventorrillos allí por donde pasaban. En estos figones y ventorros se cerraba una compra con un apretón de manos o se gastaban las primeras monedas de una buena venta en comidas de perra chica, vinos picados y juegos de cartas que hacían olvidar, por unas horas, la penosa caminata hasta el pueblo de origen. En los descampados de las afueras de la Puerta de Toledo tenía lugar un informal mercado de ganado, debido a la concentración de reses destinadas al vecino matadero o a las manos de comerciantes y tratantes. De ahí que fueran apareciendo numerosas posadas y paradores, donde se alojaban todos aquellos que iban a la ciudad a vender sus vacas y terneros desde los pueblos de alrededor, o aquellos otros que buscaban una buena remesa con la que hacerse. Eran majadas baratas, como el Parador de Gil Imón o el Parador del Fraile, con sus propios corrales para cobijar durante una o dos noches a un pequeño rebaño de algún hospedado, y con viejos camastros de paja y abundante suelo pisado para terciar con mendigos sin otro refugio.

A partir de la década de 1830 aparecieron los primeros edificios en una hondonada en las afueras del Portillo de Embajadores, conocida como las Peñuelas. Los inconstantes repuntes demográficos de la capital y la construcción de nuevas casas, tras los derribos de la desamortización, habían elevado excesivamente los reales a pagar por el alquiler de los cuartos. Para muchas familias pobres cada día era más ardua la tarea de hallar una habitación, no ya disponible, pues eran muchas las que se hallaban vacías en los barrios bajos,<sup>59</sup> sino asequible a sus exiguas capacidades. El coste de la vida era demasiado elevado en la capital y algunas familias decidieron irse a las afueras, allí donde no había nadie más que labriegos perdidos en medio de huertas y tierras agrícolas, posaderos de figón y ventorrillo, tratantes y ganaderos aldeanos los días de mercado; allí donde levantar una casa baja no implicaba mayor esfuerzo y el pago del alquiler era más llevadero.

Así nació y fue creciendo el arrabal de las Peñuelas, hermano pequeño de Chamberí, en las afueras norte de la ciudad.<sup>60</sup> Eran casas bajas de un piso, de ladrillo barato y malo y cubiertas chatas, que fueron alzadas sin plano alguno ni regulación municipal mediante, ilegales y consentidas a partes iguales, por el habitual olvido y la desidia de la corporación municipal. Con los años se fue perfilando un minúsculo riñón arrabalero de chozas, casas de campo y algún edificio de vecindad alargado, en una hondonada entre los paseos de Embajadores y de las Acacias, por donde se esparcían arroyuelos, pastos y matas

---

<sup>59</sup> En 1850, cuando la ciudad estaba aún más poblada que en los años 30, existían más de 2.000 viviendas desalquiladas, de las que un 40% se concentraba en los distritos de Hospital, Inclusa y Latina. Datos de BRANDIS GARCÍA, M<sup>a</sup> Dolores: *El paisaje..., Op. Cit.*, pág. 80.

<sup>60</sup> PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2009.

para el ganado suelto de vecinos y ganaderos. Los huecos entre las construcciones fueron alumbrando las primeras calles, irregulares lenguas de tierra y yerbajos que iban cobrando vida a cada año que pasaba. En 1845, el propio Ayuntamiento contabilizaba 402 habitantes en la zona de Delicias, 340 en El Canal, 469 en torno al Puente de Toledo y 529 en el de Segovia.<sup>61</sup> Llegado el año 1846, Ramón Mesonero Romanos avisaba en *El Eco del Comercio* que “*en dirección al canal van levantándose algunos edificios, cuya planta fuera bueno marcar antes, sin permitir nunca que invadan las vías públicas y que no dejen el ensanche correspondiente a los paseos*”.<sup>62</sup> Era la viva imagen de un cascote de pueblo, más que de gran ciudad, a la sombra de una capital renuente a expandirse y pincelar sus alrededores de una modernidad urbana que fuera algo más que un cajón de sastre campestre para todo aquello que no quería en su interior.

En su plan de “*atender a las necesidades presentes*” de la capital para “*mejorar lo que existe*”, don Ramón proponía como último punto la formación de cinco arrabales que prepararan, “*cuando menos para en adelante, la gran medida de la ampliación de Madrid*”. Además de Chamberí y el que debía formarse a lo largo del camino de la Venta de Espíritu Santo, enumeraba un tercero, “*que existe en embrión, en las casas llamadas las Yaserías ó el Perchel, fuera de la puerta de Atocha, en dirección al cementerio de San Nicolás*”; un cuarto, “*inmediato al puente de Toledo*” y un quinto, “*a la orilla del Manzanares, siguiendo la derecha del puente de Segovia*”. El pobre y miserable aspecto que ya ofrecían las casas anejas a los cementerios y el arrabal de las Peñuelas no pasaron desapercibidos para las gafas del concejal, que aconsejó en sus escritos ampliarlo y mejorarlo “*considerablemente bajo un plano bien meditado, pues éste es otro de los que muy pronto, y cuando la cerca y puerta de Atocha baje a donde deben bajar, quedará incluido dentro de la capital, y destruida luego la tapia de Atocha, este paseo será continuación de la calle del mismo nombre*”.<sup>63</sup>

Tales parajes los destinaba don Ramón a “*las muchas clases activas e infelices que*”, ojo, “*por conveniencia propia deben vivir separadas del centro y poseer, por una módica retribución, el espacio, la ventilación y demás circunstancias análogas a su sistema de vida. (...) La mayoría de artesanos y gente de escasos medios que hallarían [así] habitación cómoda*”. Además, en estos arrabales “*hallarían cabida las grandes fábricas y talleres que en el interior no encuentran edificios convenientes; los almacenes de maderas, hornos, tahonas, fraguas y otros establecimientos peligrosos o incómodos; las canteras de construcción y depósitos de materiales, los corrales, basureros, vaquerías y otros que hoy inficionan y afean el interior de la villa; los huertos, jardines, paradores y ventorrillos, tan cómodos y oportunos en las inmediaciones de una gran capital*”. El plan de Mesonero quedaba perfilado y

<sup>61</sup> BRANDIS GARCÍA, M<sup>a</sup> Dolores: *El paisaje...*, Op. Cit., pág. 77.

<sup>62</sup> Fuente: *El Eco del Comercio*, 5 de julio de 1846.

<sup>63</sup> MESONERO ROMANOS, Ramón de: “Proyecto de Mejoras Generales de Madrid” en *Trabajos no coleccionados. Tomo I. Reformas de Madrid y su Administración*, Imprenta Hijos de M. G. Hernández, Madrid, 1903 (Edición facsímil de La Librería, 2003), pp. 209-237.

diáfano en sus líneas generales: espantar a pobres y trabajadores del centro, conducirles a los miserables arrabales de las afueras bajo el lema de aire fresco y alquiler barato y endilgarles todo aquello que oliera mal, afeara la vista, resultara incómodo o conllevara algún tipo de riesgo o peligro.

Junto a ello, contemplaba otras actuaciones de menor impacto, pero que podían maquillar y hasta embellecer parajes tales como las afueras del Portillo de Valencia, por donde debía *“abrirse un espacioso camino con alamedas laterales que salga próximo a Santa María de la Cabeza (parador), por donde irá a empalmarse con el de las Delicias en su grandísima glorieta, y de aquí seguir sobre los cementerios para continuar hasta la carretera de Valencia”*, la plantación de árboles para el Paseo de los Melancólicos, *“completar los jardines de la bajada de las Delicias, rellenar un cercano terreno paludoso (sic.) e insalubre y componer las rampas, habilitar las fuentes y concluir las estatuas o pirámides de la cabeza norte del Puente de Toledo.”*<sup>62</sup> Cumplir plan tan racional, en opinión del regidor, sólo debía *“atraer sobre sí la gratitud y el aplauso general”*, pues además contenía jugosas promesas, como la mejora bajo plano meditado para el arrabal del sur, que quedaron en eso, en vagas e ilusorias promesas.

Más real fue la fuerza que cobró el proceso de asentamiento industrial en las afueras de la capital durante los años previos al proyecto de Ensanche. A las canteras de yeso y los viejos tejares artesanales se fueron sumando modestos talleres y fábricas con una cierta entidad. Si en la zona norte surgían grandes depósitos de agua del canal y medianas fundiciones, como las de Bonaplata y Grouselle, o una fábrica de coches junto al Paseo de Recoletos, a los pies de la ciudad brotaron en 1846, al tiempo que Mesonero elucubraba sobre Madrid y sus suburbios, los dos primeros gasómetros de la fábrica de gas, gigantes de hierro que comenzaron a iluminar las tinieblas de la capital con los faroles de gas, una vez que se constituyó la Sociedad del Gas para el alumbrado público y particular de Madrid. Estas instalaciones se sumaban a las de la fábrica de salitre en la ronda de Valencia, existente desde hacía varios años al otro lado de la calle, en el interior de la cerca.

El Ayuntamiento se mantenía al tanto de la evolución de sus alrededores a través de comisiones de estadística que registraban los movimientos de fábricas y personas. En 1847 contabilizaban, para el conjunto de los terrenos extramuros, 716 casas, 78 lavaderos, 12 yaserías, 29 tejares, 79 huertas y jardines, un edificio público, cuatro iglesias, siete cementerios, 342 fanegas de regadío y 7.298 de secano.<sup>64</sup> Al año siguiente, Madoz hablaba, sólo para las afueras del sur, de 54 edificios habitables, *“una casa de recreo y un jardín, una ermita (la de Santa María de la Cabeza), dos cementerios especiales y una fuente, 6 casas de labor, 2 casas de vacas, 18 huertas, 48 casas anejas a ellas, con una superficie cultivada de secano en huerta de 129’5 fanegas y 111 de regadío”*. Asimismo, describía el camino de Yaserías o Perchel como *“una especie de calle con pequeños y*

---

<sup>64</sup> Fuente: *El Heraldo*, 20 de mayo de 1847.



*mezquinos edificios a uno y otro lado, destinados a figones, como que es el punto de reunión en los días festivos de una gran parte de los jornaleros y soldados de esta capital... además hay en este sitio una casa de vacas, un parador llamado de Guillermo, dos juegos de bolos y un columpio.”*

En ese mismo año de 1848 aparecieron unos muelles en las afueras de la Puerta de Atocha para acoger al camino de hierro que vendría desde Aranjuez. Tres años tardó el tren en realizar su primera y triunfal entrada en la capital a través de unas sencillas instalaciones: el embarcadero era la construcción principal y estaba destinado a la entrada y salida de los trenes por dos andenes y albergar las oficinas de la Compañía. Al sur del edificio se situaban las cocheras de las locomotoras. La decisión de ubicar el ferrocarril en esta zona, dada su adecuada posición de salida hacia Aranjuez y de entrada a Madrid, fue un hito en la evolución de las afueras sur de la capital, pues condicionó totalmente su evolución posterior. La primitiva estación de Atocha, o del Mediodía, era sólo el aperitivo de la huella negra, de hierro y humo, que grabó a fuego el ferrocarril en todas las tierras comprendidas entre el casco antiguo urbano y el río Manzanares con el paso de los años.

*“Por donde pasa el tren, siempre cambia el aspecto de las calles.”*

Natsume Soseki, *Kokoro*, 1914.

Pero en los tiempos de Isabel II nada era de un día para otro y la explosión ferroviaria tardó en llegar. Durante varios años todo quedó reducido al tren que iba o venía a Aranjuez, el patio de recreo de los reyes, y Atocha todavía no era más que un presagio de futuro de consecuencias imprevisibles. No sería hasta 1855, con la Ley General de Ferrocarriles, cuando la puesta en marcha del ferrocarril adquirió una mayor velocidad e iniciaba una revolución en los transportes, en la fisonomía de las ciudades, en la actividad económica y en las formas de vida del país. En 1856 nació la compañía de ferrocarriles Madrid-Zaragoza-Alicante (MZA), fruto de la fusión de varias líneas, que decidió ampliar el embarcadero de Atocha para convertirlo en su principal punto de origen y destino, en la estación que acogería una mayor densidad de tráfico ferroviario. En 1858, el viejo hangar dio paso a una flamante estación con grandes depósitos, muelles de mercancías y unos importantes talleres de reparación.



[Ilustración 1.4. Estación de Atocha, c. 1865. Fuente: Archivo Ruiz Vernacci.]

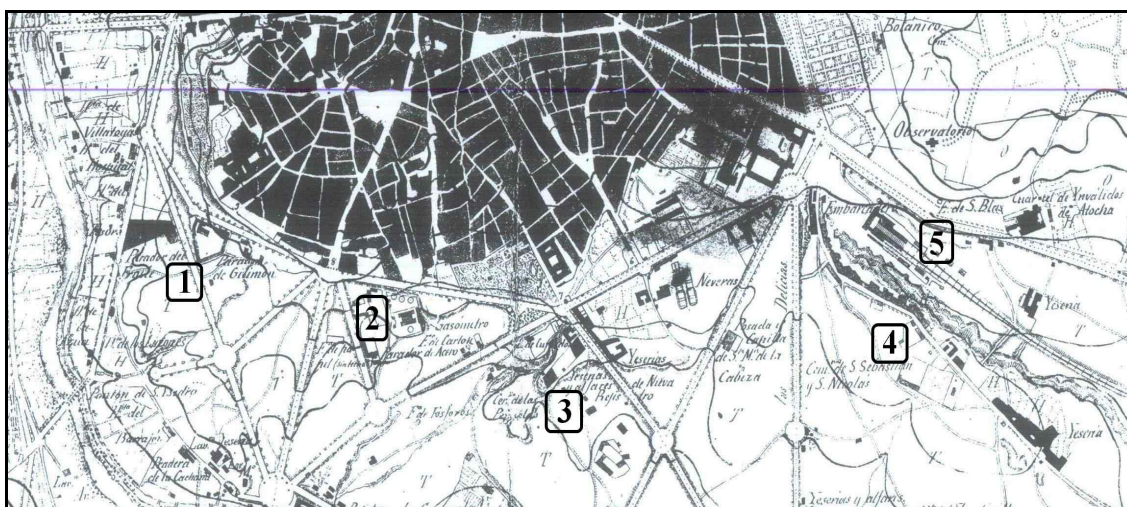
En ese mismo año, la compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España comenzó a levantar su propia estación en los terrenos de la montaña de Príncipe Pío. A esta empresa, propiedad de la compañía de Crédito Mobiliario Español, se la empezó a conocer como “Norte” por sus derechos sobre la línea Madrid-Irún. Además, el Crédito Mobiliario Español, propietario de la compañía ferroviaria, explotaba la fábrica del Gas de Madrid y tenía importantes intereses en el norte minero; de ahí el interés por construir un ferrocarril que uniese las minas de carbón del norte de España con la capital. La Compañía del Norte pretendía relacionar el nuevo medio de transporte con la industrialización<sup>65</sup> y no contemplaba entre sus prioridades el transporte de viajeros, como sí era el caso de la línea de la Compañía MZA. Comenzó a construir un ramal para unir la fábrica de gas con la futura estación de Príncipe Pío, que finalmente tuvo que alargar hasta Atocha. Por aquellos años se debatía la idea de crear una estación central en Madrid que articulara el sistema nacional de comunicaciones. Ante las enormes dificultades del proyecto, se optó por la estación de Atocha como remedo de esa gran estación central. La Compañía del Norte, compelida a unirse a Atocha por medio de una vía de contorno, decidió aprovechar el ramal que ya estaba construyendo para cumplir con lo dictaminado.

La naturaleza industrial de la vía de contorno amplificó el impacto del ferrocarril en toda esta zona de extramuros. Si en 1856 ya aparecían tres fábricas nuevas (cartón, fósforos y papel) al calor de la fábrica del Gas, la huella ferroviaria y la cicatriz de la vía de contorno sembraron en pocos años los alrededores de almacenes, cuadras para la estabulación del ganado y chimeneas

<sup>65</sup> ÁLVAREZ MORA, Alfredo, PALOMAR ELVIRA, P. y SAINZ RÓDENAS, J. M<sup>a</sup>.: “Desarrollo histórico de la zona sur de Madrid”, en VV. AA.: *Las estaciones ferroviarias de Madrid. Su arquitectura e incidencia en el desarrollo de la ciudad*. COAM, Madrid, 1980, pág. 157.

industriales de fábricas y talleres de reparación y montaje por doquier. Justo cuando Madrid se embocaba a un ensanchamiento planificado, las afueras del sur estaban asistiendo a una transformación radical que fijaría las bases de su evolución urbanística y de su papel en la economía global de la ciudad. Cuando se despejaron las dudas en los salones oficiales sobre la conveniencia de una ampliación exterior de la ciudad, cuando el señor ensanche hiciera acto de presencia, los terrenos extramuros que miraban hacia el río ya contarían con un sello particular que les haría diferentes del resto de las afueras madrileñas, con el apellido ferroviario tatuado en su piel parda y quebrada.

### Plano de las afueras del sur de Madrid (1856)



**Ilustración 1.5.** Fuente: Plano de Benigno de la Vega (sin escala en el ejemplar utilizado).  
 Leyenda: 1.- Zona de los paradores, corrales y mercado de ganados; 2.- Fábrica de gas y otras más pequeñas (fósforos, papel y cartón); 3.- Arrabal de las Peñuelas; 4.- Cementerios y casas anejas; 5.- Estación de Atocha y sus diversas instalaciones ferroviarias (aún no aparece la vía de circunvalación que dividirá la zona en dos).

Los vagones del tren llegaron cargados de nuevas gentes, de inmigrantes que dieron un fuerte empujón al crecimiento demográfico de Madrid. El nuevo medio de locomoción aún no transportaba a un gran número de viajeros, eran sus primeros años, pero sí movilizaba a masas de trabajadores con suculentas ofertas de trabajo fácil y bien pagado, imposibles de renunciar:

*“Pasan de 8.000 los segadores gallegos que han faltado este verano en la provincia de Madrid por haberles detenido para trabajar en el ferrocarril del Norte, ofreciéndoles mayor ganancia de la que pudieran prometerse en la recolección de cereales.”*

*El Clamor Público*, 29 de julio de 1862.<sup>66</sup>

<sup>66</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “El mercado...”, *Op. Cit.*, pág. 157.

La ciudad entera se llenaba a marchas forzadas, pues al trabajador le seguían, como sombra propia, mujer e hijos, o familiares y paisanos que huían de un campo cada día más sacrificado y vacío de esperanza. Las nuevas obras regalaban miles de contrataciones, pero a costa de un insoportable hacinamiento y de una constante subida de los alquileres.

“1855

- El Pueblo. *¡Maldito derribo el de la Puerta del Sol! Los alquileres suben, suben, y es preciso andar como las ratas, buscando un agujero donde meterse.*
- El Ayuntamiento. *¡Pobres gentes! No comprenden la belleza de la estética. ¡Ya se ve! Aquellos gobiernos no les imbuían otras ideas que la de pan y toros... ¡El derribo, el derribo! Con él tendrán que comer los pobres en el invierno.*
- El Pueblo. *Pero, señor, ¿por qué no se echan abajo esas malditas tapias que nos oprimen como en un círculo de hierro?”*

*La Esperanza, periódico monárquico, 7 de agosto de 1862*

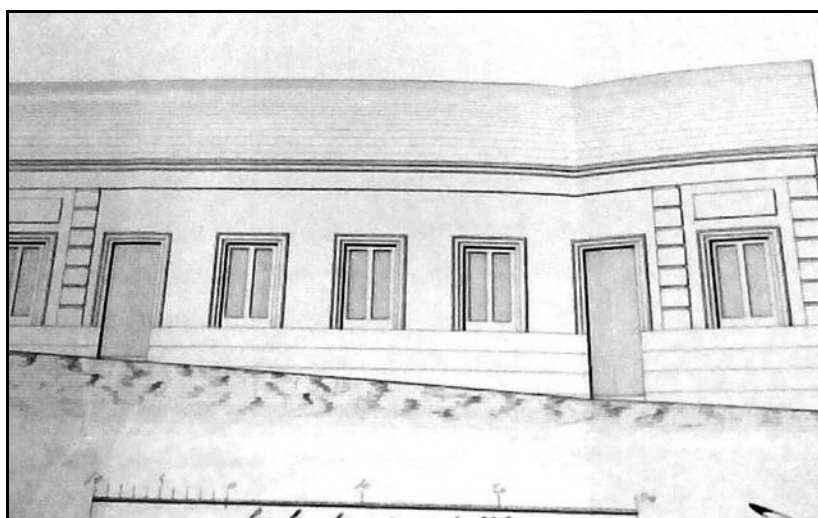
El cinturón de las tapias madrileñas vertía en las afueras más y más familias que no hallaban un cuarto disponible en el interior o que buscaban una vida más desahogada. Todo estaba un poco más caro y reñido que el mes anterior y las afueras estaban ahí, con unos horizontes más libres, con sus campos abonados de oportunidades para aquellos que se atrevieran a dar el salto. Vicente Puchades fue uno de los pioneros en hacerlo, un hombre con una idea diferente al común de madrileños sobre lo que suponía irse a vivir al otro lado de la cerca. Este valenciano había llegado a la capital en 1833 con 38 años recién cumplidos, en plena fiebre desamortizadora. Durante dos décadas tuvo tiempo de conocer cada palmo de la ciudad, de sufrir las incómodas estrecheces de la vieja villa y de asistir a los vanos intentos por mejorarla, mientras se afanaba en prosperar en su oficio como papelista y su hijo Antonio crecía y aprendía viéndole hacer.

A principios de la década de 1850 comenzó a estudiar las posibilidades de un cambio de residencia: necesitaba afianzarse en el negocio y la situación en el viejo casco urbano ya era irrespirable. Las afueras eran ricas en espacios vacíos, con libertad absoluta para levantar fábricas como la que tenía en mente. El humo de las chimeneas del gas, en la zona sur, acabó finalmente por atraer su atención. En 1853 el señor Puchades se dirigió al Ayuntamiento y solicitó la licencia de obras para edificar una casa en un terreno que había adquirido, junto a la gran fábrica, después de haber procedido a la tira de cuerdas y a la presentación del diseño de la fachada a la Comisión de Obras municipales (ver ilustración 1.6), la cual no opuso ningún reparo.<sup>67</sup> Don Vicente estaba a punto de cumplir los 60

---

<sup>67</sup> Fuente: AVM, Secretaría, 4-94-57.

años e impulsaba la que podía ser una de sus últimas aventuras, pues no sólo había decidido cambiar las atestadas callejuelas del centro por los amplios y solitarios paseos en las afueras de la Puerta de Toledo, sino también expandirse en su negocio, en el trabajo con el papel que había conocido toda la vida. La nueva fábrica que levantó en el Paseo de los Olmos sería el embrión de las pequeñas factorías que brotaron en los alrededores (ver ilustración 1.5).



[Ilustración 1.6. Diseño de la vivienda de Vicente Puchades en el Paseo de los Olmos, 1853.]

Muchos otros seguían el ejemplo del señor Puchades y también solicitaban licencias para construir viviendas en las afueras, no para hacer negocios con los alquileres, sino para vivir ellos mismos allí, hartos como estaban de apreturas y congestión. Cayetano Zapata y Francisco Corvi eran algunos de ellos, como también Pedro Pérez, un albañil de 40 años nacido en Galicia, pero madrileño de adopción desde los 3. Hombre ducho en el oficio, decidió irse a lo que se conocía como Hondonada de las Peñuelas para edificar una casa que cobijara mejor a su esposa, a sus cuatro hijos y al que estaba en camino.<sup>68</sup> Vicente, Cayetano, Francisco o Pedro eran las gotas de una lluvia de solicitudes que comenzó a inquietar en ciertas esferas municipales, pues aquellas promesas de Mesonero de mejora y ampliación bajo plano ordenado ni habían llegado, ni se las esperaba. Ante el cariz que tomaba la situación, el Ayuntamiento intentó paliar su anárquico galimatías urbanístico con la aprobación, entre 1853 y 1854, de un paquete legislativo de reales órdenes referidas a la planimetría y las normas de construcción en las afueras de la villa.<sup>69</sup> A partir de ese instante, los terrenos

<sup>68</sup> Fuente: AVM, Secretaría, 4-94-72 y Estadística, empadronamiento municipal de 1860.

<sup>69</sup> Real Orden, de 30 de diciembre de 1853, de aprobación del proyecto de barriada extramuros de la Puerta de Toledo (que comprende el terreno entre los paseos de la ronda, el que baja al puente de san isidro y el conocido con el nombre de los Melancólicos); R.O., de 29 de marzo de 1854, para la alineación y plano de la barriada de las Peñuelas; R.O., de 10 de abril de 1854, de normalización de la calle inmediata al Parador de Navajas y a un costado de la plazuela que frente al Portillo de Valencia; R.O., de 10 de junio de 1854, sobre la construcción en las afueras

serían medidos y tasados por un arquitecto municipal y por el propietario y, a continuación, se marcarían las alineaciones de las nuevas construcciones y la parte del terreno que pasaría a ser vía pública. En caso de discordia, se nombraría a un tercer perito que dictaminaría sobre los intereses en litigio. Además, para ahuyentar peticiones de indemnización sin una obra real, el Ayuntamiento obligaba al propietario a edificar toda su línea de propiedad antes de considerar pago alguno.

Con estas directrices básicas, el consistorio pretendía controlar el desbarajuste que ya se percibía en los arrabales, pero sin querer mojarse en el asunto clave del ensanchamiento. Aspiraba a mostrar una actitud decorosa, en un feo asunto que le incomodaba, con el empleo de los ojos fiscalizadores de los arquitectos, azuzados para que actuaran, con leyes bajo el brazo, como estrictos policías ante toda casa nueva que se levantara más allá de las cercas. Actitud que no ocultaba su absoluta ineptitud a la hora de proponer un plan de futuro para las afueras de su propia ciudad, el turrón del asunto, que prefería obviar. A mediados de la década de los años 50, cuando Madrid se asfixiaba camino de los 300.000 habitantes, el Ayuntamiento de la villa era un don Tancredo que miraba hacia otro lado, como si los miles de inmigrantes que entraban cada año por sus puertas no fueran más que una alucinación. Que piensen otros. Y mientras, arrabales como las Peñuelas seguían acogiendo a gente, algunos en casas supervisadas por técnicos municipales, pero con un halo de incertidumbre ante el inevitable rompimiento de la ciudad.

“1858

- El Pueblo. *Señor don Ayuntamiento, ¿quiere V.E. permitirnos saltar la ronda de Embajadores y que acampemos en las Peñuelas, terreno inmediato al Canal?*
- El Ayuntamiento. *Esa es mala vecindad; pero, en fin, aunque aquello es tercianario, id enhorabuena. Pero tened entendido que las construcciones que hagáis quedan sujetas al futuro plano.*
- El Pueblo. *¿Y tal vez suceda que nos hagan derribar lo construido?*
- El Ayuntamiento. *No diré que no. Por eso las Peñuelas no puede tener otro carácter que el de campamento... así... provisional.”*

*La Esperanza, periódico monárquico, 7 de agosto de 1862*

A don Luis Pané y Pinilla no debía parecerle tan mala vecindad como al periodista, pues allá se encaminó, en 1857, decidido a afincarse en un terreno de su propiedad en el Paseo de Embajadores,<sup>70</sup> la gran vía de entrada al hundido

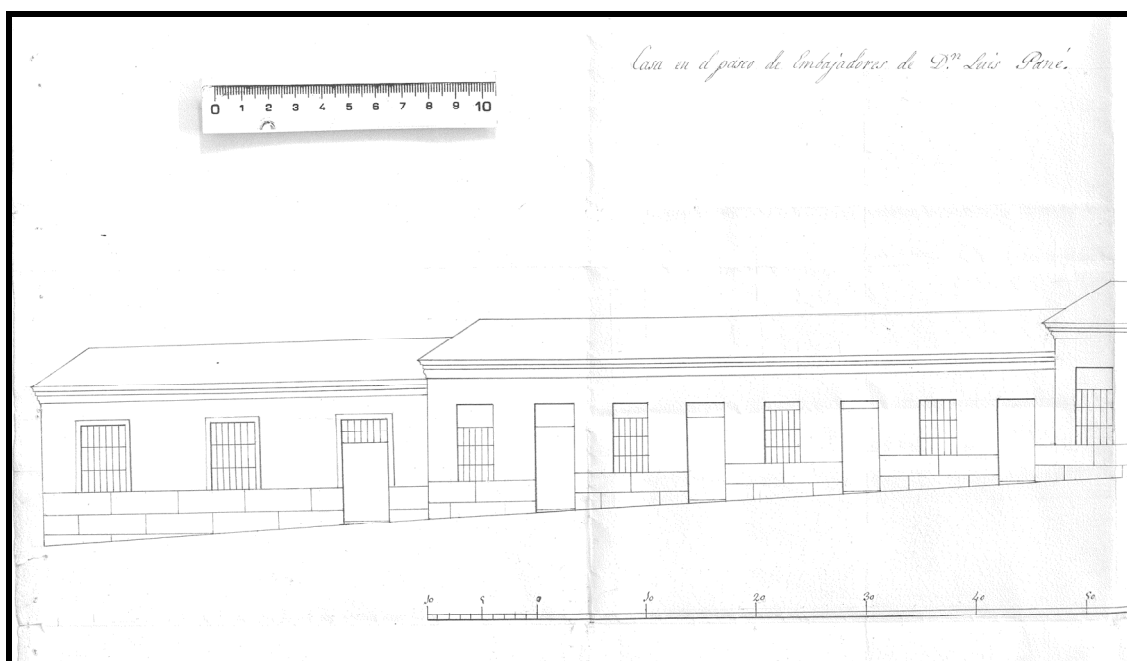
---

de la villa (establecía los pasos previos que debían iniciar los particulares y la Administración para la alineación de las casas).

<sup>70</sup> Fuente: AVM, Secretaría, 4-195-2 y Estadística, empadronamiento municipal de 1860.

arrabal malaventurado. Lejos de permanecer en un principal o en un piso segundo del interior, el bueno de don Luis, aparejador de profesión, se había decidido por una casa baja, pero muy amplia, con abundante luz y aire puro por sus cuatro costados, con espacio suficiente para su esposa y seis hijos. Después de la tira de cuerdas, supervisada por Juan José Sánchez Pescador, arquitecto municipal, obtuvo la licencia para construirse su nuevo hogar en el número 18 del citado paseo, con un diseño firmado por Isidoro Lerena Rubio, el arquitecto responsable de la mayoría de las edificaciones de esta época en las Peñuelas.

Las consecuencias de la aprobación, por parte del Ayuntamiento, de unas normas de construcción, o la aprobación de unas alineaciones de terrenos, no se habían hecho esperar. Se había creado un marco de cierta seguridad legal y eran muchos los que se lanzaban a comprar terrenos o a edificar en sus propiedades, como había hecho Luis Pané, o como hicieron el abogado Julián Delgado y el propietario Vicente Zapatero en las afueras de la Puerta de Atocha, o Pascual Sánchez, fabricante de papel. También se animaron otros con menos empaque, como Ramón Suárez, maestro serrador, Feliciano Moya, oficial de carpintero o Gregorio Méndez, oficial de albañil, que dirigieron sus miras al horizonte que se abría más allá del Portillo de Embajadores.



[Ilustración 1.7. Diseño de la vivienda de Luis Pané en las afueras del Portillo de Embajadores, 1857.]

La nueva legislación también había desatado el negocio de la construcción en las afueras, pues si la normativa exigía más tiempo, trámites y costes, también reportaba una seguridad que animaba a los posibles inversores. Martín Fagalde y Domingo Aransay barruntaron rápidamente las posibilidades de negocio que ofrecían las Peñuelas. Domingo fue el primero en acudir al Ayuntamiento para

solicitar la pertinente licencia de construcción y lograr que aquella hondonada cobrara unas formas regulares, con manzanas y calles mejor definidas. Acto seguido se le unió Martín Fagalde, que además presentó un plano firmado por el arquitecto Isidoro Lerena con un diseño completo del arrabal, con sus manzanas y calles perfectamente fijadas y con la creación de una plaza y todo, para el necesario desahogo y bienestar del nuevo barrio.<sup>71</sup> Además, el señor Fagalde solicitaba al Ayuntamiento que *“se le dé nombre al barrio y las calles, pues es conveniente para la enajenación de los solares y darles nombre en las escrituras de venta”* y demandaba *“el libre tránsito para gentes y carruajes”* empleados en las obras de construcción *“a través de la línea de árboles de los paseos de Embajadores y del Canal”*, a lo que se oponían los empleados municipales de jardines y arbolados. Por último, lanzaba la propuesta de rellenar los barrancos con cascotes de demolición y desechos para suavizar los pronunciados desniveles del terreno.

Corría el año 1855 y pequeños propietarios como los señores Fagalde y Aransay demandaban mayor dinamismo y agilidad a unas estructuras municipales anquilosadas. Casi un año tardaron en obtener una respuesta por parte del Ayuntamiento a un plan tan concreto y perfilado. El arquitecto municipal, Sánchez Pescador, daba su conformidad al vertedero de escombros como mal menor para acabar con los desniveles, pues lo ideal *“sería el desmonte de los terrenos altos que están próximos al arroyo de la alcantarilla de embajadores, pero sería sumamente costoso”* y remitía *“al señor corregidor comisario de paseos y arbolados para obtener el permiso del paso de carruajes a través de las líneas de árboles de los paseos”*. En cuanto a la parte del león, el nuevo plano del arrabal, el arquitecto manifestaba que *“la distribución de las calles está en armonía y conformidad con el ya aprobado para los terrenos de los señores Aransay y Bustos, y no hallo inconveniente a que se admita tal como es, respetando como es natural las construcciones que ya hay en aquel sitio”*.

Esta última frase del informe destapaba un conflicto en ciernes con los propietarios, en concreto con Domingo Durán y Juan Vega, cuyas casas se levantaban donde habría de situarse la nueva plaza de la barriada. Unos años antes habían comprado un solar cada uno a don Pedro Bustos, dueño de numerosos terrenos en la zona, y, según su propia confesión, *“nos pusimos a edificar en ellos a nuestro antojo y sin permiso ni aprobación de nadie, creyendo que la construcción que íbamos a hacer y el sitio no exigiesen licencia”*. Eran otros tiempos, cuando todo valía y a nadie importaban las afueras ni lo que ocurriera en ellas. Ahora se precisaban permisos, llegaban hombres con planos, ejecutorias y propuestas que dictaban lo que debía ser y lo que había que hacer. Domingo y Juan se opusieron en redondo a los planes del señor Fagalde: sus casas no tendrían licencia, pero se crearon cuando nadie expedía permiso alguno y, además, contaban con las escrituras de propiedad de los terrenos, y éstas eran inviolables. El proyecto del señor Fagalde pendía del acuerdo que alcanzara con Domingo y Juan, y éste llegó con la intercesión de don Pedro Bustos, el pequeño

---

<sup>71</sup> Fuente: AVM, Secretaría, 4-192-109.



terrateniente de la zona, interesado en que se aprobara el plano para el arrabal para sacar un mayor partido a sus posesiones. Don Pedro les indemnizó con otros terrenos, Domingo y Juan firmaron por fin la conciliación y solicitaron al Ayuntamiento, el 10 de enero de 1857, que no *“variara el proyecto de la citada plaza por haber empezado a fabricar nuestras casitas con arreglo a este convenio”*. El Ayuntamiento no puso pega alguna al acuerdo: firmó la aprobación legal diez días más tarde y remitió el expediente al Gobierno central para su obtener su aquiescencia.

El nuevo plano del arrabal de las Peñuelas fue el segundo encontronazo entre los gobiernos municipal y central, después de lo sucedido con el fallido ensanche de Juan Merlo unos diez años antes. El Ministerio de Fomento devolvió en abril de 1857 el documento con las modificaciones que le había apuntado la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, que estimaba que los fondos de las calles *“deben aumentarse mucho más, aunque sea necesario sacrificar algunas calles y la plazuela debería hacerse colocando su centro en la intersección que forman los ejes de las calles del labrador y de las peñuelas”*. El Ayuntamiento, que actuaba de mero intermediario en todo el proceso, notificó los cambios a los interesados. La profunda remodelación propuesta por el Gobierno no afectaba ahora a *las casitas* de dos vecinos, sino a toda la barriada de las Peñuelas.

Los vecinos, preocupados por el cariz que tomaba el asunto, se reunieron para crear un frente común de pequeños propietarios y fabricantes como Pascual Sánchez, maestros y oficiales artesanos como Ramón Suárez, Feliciano Moya y Gregorio Méndez, o dueños de tiendas como el gallego Juan Fulgueiras, que después de casi 30 años en la capital había cumplido su sueño de abrir su propia tienda en el corazón mismo de la plaza de las Peñuelas. Los esfuerzos y ahorros de toda una vida podían irse al traste porque a la Real Academia le parecían ahora insuficientes los fondos de unas calles que ellos mismos habían creado, cuando ni a la Real Academia ni a ninguna otra autoridad le habían interesado lo más mínimo ni el fondo ni el ancho ni el estado de esas calles. Los propietarios argumentaron que *“no pueden admitir las reformas que se proponen, porque de ello se seguirían notables perjuicios a los que suscriben”* y adjuntaban las correspondientes licencias de construcción de las viviendas, concedidas por el Ayuntamiento de Madrid desde enero de 1855,<sup>72</sup> como si fueran sellos de garantía y amuletos que espantaran maliciosas intenciones contra sus humildes hogares. En su escrito, dirigido a la corporación municipal, suplicaban *“se sirva desestimar la reforma que se propone, sin que en ello se propongan desairar el acertado plan propuesto por la academia”* y nombraban como representante al arquitecto que había diseñado la mayoría de los inmuebles afectados *“Isidoro Lerena y Rubio, a quien autorizamos para que haga valer nuestros derechos y razones donde corresponda”*.

---

<sup>72</sup> Fuente: AVM, Secretaría, 4-192-109.

El 22 de julio de 1857, el Ayuntamiento decidió apoyar nuevamente el plano presentado por los propietarios, avalado por los informes del arquitecto municipal y del arquitecto representante de los vecinos, y remitió de nuevo el expediente al Gobierno argumentando que *“las modificaciones propuestas serían aceptables y beneficiosas en el caso de hallarse erial el terreno, pero habiendo edificaciones, creándose derechos respetables, mereciéndose el mayor acatamiento la propiedad, habiéndose de suscitar perturbaciones, perjuicios y graves desembolsos y teniendo ya las edificaciones verificadas el fondo que parece regular para aquel sitio, no es posible admitirlas”*. La fuerza de los hechos, el peso de los derechos de propiedad expuestos y el firme apoyo del municipio a unos vecinos unidos, logró que el Gobierno diera su brazo a torcer y aprobara, por Real Orden de 9 de septiembre de 1857, *“el plano de las afueras del Portillo de Embajadores, suscrito por Isidoro Lerena y Rubio, mandando que, con sujeción a él, se continúen aquellas edificaciones. Al propio tiempo, es la voluntad de S.M. que subsistan los nombres dados a algunas calles y que el Ayuntamiento designe el del indicado barrio y de las calles que aún no lo tienen según tenga por conveniente”*. El Gobierno de Isabel II dio así por perdida su primera batalla con un grupo de artesanos y pequeños propietarios de un arrabal extramuros, pero no había dicho su última palabra. Pronto tendrían noticias tuyas.

Don Luis Pané, el aparejador que había construido su nueva casa en mitad del conflicto anterior, hubo de ser de los primeros en percibir los nubarrones de tormenta que se cernían sobre el barrio. Animado por el reciente éxito cosechado, solicitó nuevamente licencia de construcción en junio de 1859, con el fin de levantar otra casa contigua a la que ya tenía. El arquitecto municipal, *“con presencia del plano de alineación del barrio de las Peñuelas”*, marcó el terreno correspondiente en el nº 22 del Paseo de Embajadores, con vuelta a la calle del Labrador, nº 2, *“siguiendo las rasantes establecidas para las casas existentes en dichas calles.”*<sup>73</sup> Era el curso normal de unos trámites legales fijados en los años anteriores y que habían dado como resultado un crecimiento más controlado del arrabal. Sin embargo, la situación había cambiado en pocos meses: la solicitud quedó archivada y don Luis sólo recibía largas y demoras, cuando no silencios. Era un secreto a voces que en las altas esferas habían decidido ejecutar la ampliación de la ciudad por sus contornos más próximos, pero aún se desconocía la forma que iba adoptar ese ensanchamiento. A don Luis debía escamarle tanto retraso, pues indicaba que algo se estaba cociendo y no apuntaba a nada bueno para sus intereses, ni para los de sus convecinos.

La cierta libertad y el dejar hacer a los propietarios, propio del Ayuntamiento, había dado pie a la intervención del Ministerio de Fomento por la vía urgente de un Real Decreto, con fecha de 8 de abril de 1857, que autorizaba a elaborar un proyecto de ensanche para Madrid, en acuerdo con su Ayuntamiento

---

<sup>73</sup> Fuente: AVM, Secretaría, 10-78-143.

y la Diputación Provincial.<sup>74</sup> El ministro Claudio Moyano denunciaba el cerramiento de Madrid, porque *“en él se aglomeran los habitantes, (...) elevando de día en día el número de pisos de los edificios para hacerlos cada vez más estrechos, incómodos e insalubres.”* Además, Moyano enumeraba las mejoras que estaba experimentando Madrid y los cambios que habrían de llegar en el futuro: *“Centro ya de las carreteras generales, como después lo será de toda la red de ferrocarriles de la Península, en breve ha de convertirse esta villa en una plaza de gran movimiento social y mercantil adonde afluyan, en escala hasta ahora desconocida, viajeros de todas las provincias y naciones, y mercancías de todas clases y procedencias”*. Y demostraba el desajuste entre *“el aumento de la población que en estos últimos años ha experimentado la capital de la Monarquía, las grandes mejoras que en breve deben plantearse en ella, transformándola, puede decirse, por completo, y sobre todo, las nuevas necesidades creadas por los adelantos del siglo”* con *“las circunstancias tan poco satisfactorias en que se encuentra la capital de la Monarquía”*, lo cual le hacía concluir con un reclamo imperioso de la *“realización del ensanche, que no puede dilatarse más, como el más pronto y eficaz remedio para que desaparezcan los males presentes.”* Si las cosas seguían como hasta entonces y el gobierno central adoptaba la postura de lavarse las manos, siguiendo el ejemplo del propio Ayuntamiento, para Moyano no había duda de que *“el ensanche de la capital se llevará a cabo, sin duda,”* pero *“por la fuerza de las circunstancias, formándose proyectos aislados en cada extremo de la población y haciéndose la reforma sin unidad ni concierto. Se vendrá a parar a un resultado informe y poco provechoso”*.

El decreto ministerial era toda una diatriba contra las actuaciones y los planos que se habían llevado a cabo en zonas como el arrabal de las Peñuelas. Con su iniciativa, Moyano firmaba la ocasión para que Madrid, por fin, se reinventara como ciudad. Este decreto era la guinda a unos años locos que le habían dado la vuelta a Madrid como a un calcetín, a base de obras y mejoras: teatro y plaza reales, palacios para la política y el ciudadano, aguas en abundancia, noches iluminadas a base de gas, nuevas plazas y calles más desahogadas hasta confluir en una Puerta del Sol, bufidos humeantes del ferrocarril,.... Aunque guinda, el Ensanche era clave de bóveda y puerta hacia el futuro. Era hora de llevarlo a cabo, de convertir las ideas en papel y éste en ladrillos, calles y casas y, a ser posible, todo mejor dispuesto, con orden y concierto para ser el contrapunto de lo que debía ser en adelante y lo que no debía repetirse bajo ningún concepto: el batiburrillo del centro y la improvisación de los arrabales. En definitiva, era la hora de Castro.

---

<sup>74</sup> BONET CORREA, Antonio (ed.): *Plan Castro*, COAM, Madrid, 1978, pág. 6. El R.D. fue publicado por la Gaceta el día 14 de abril.

### 1.3.2 *El dibujo de un nuevo Madrid*

“1858

- El Pueblo. *¿Y cuándo, excelentísimo, estará viable el señor plano?*
- El Ayuntamiento. *¡Ah! Eso, pronto. Los años son momentos en la vida de los pueblos. Ya se están discutiendo las bases sobre que ha de descansar el ante-proyecto, que dará origen al proyecto interino, del que con las oportunas modificaciones nacerá, a su tiempo, el proyecto definitivo.”*

*La Esperanza, periódico monárquico, 7 de agosto de 1862*

Durante tres años, el ingeniero sevillano Carlos M<sup>a</sup> de Castro y sus ayudantes auxiliares Ramón Sevillano, Ricardo Romero y José Vega, recorrieron cada rincón de las afueras cargados de metros, estacas, banderolas y todo tipo de adminículos de medición, bajando por barrancos y metiéndose por huertos y sembrados, con el fin de hacerse con una idea exacta de la zona por la que se iba a expandir la capital española. El encargo que habían recibido del Gobierno de su Majestad no era el ensanchamiento de una simple calle o diseñar una bonita plazuela sobre el solar de un antiguo convento. El asunto implicaba la creación de una ciudad completamente nueva, nada menos, un órdago a su intelecto, que debería resolver rápido y de un plumazo los problemas de la villa. El envite no sólo suponía la construcción de más casas, ahora en las afueras, sino una completa dotación de servicios, infraestructuras y edificios públicos que satisficieran las necesidades de los nuevos barrios del Ensanche y los del interior y, a ser posible, una cierta previsión de las carencias futuras. En definitiva, palabras mayores, un proyecto de inauditas dimensiones para la capital que requería tiempo y apoyo para llegar a buen puerto.

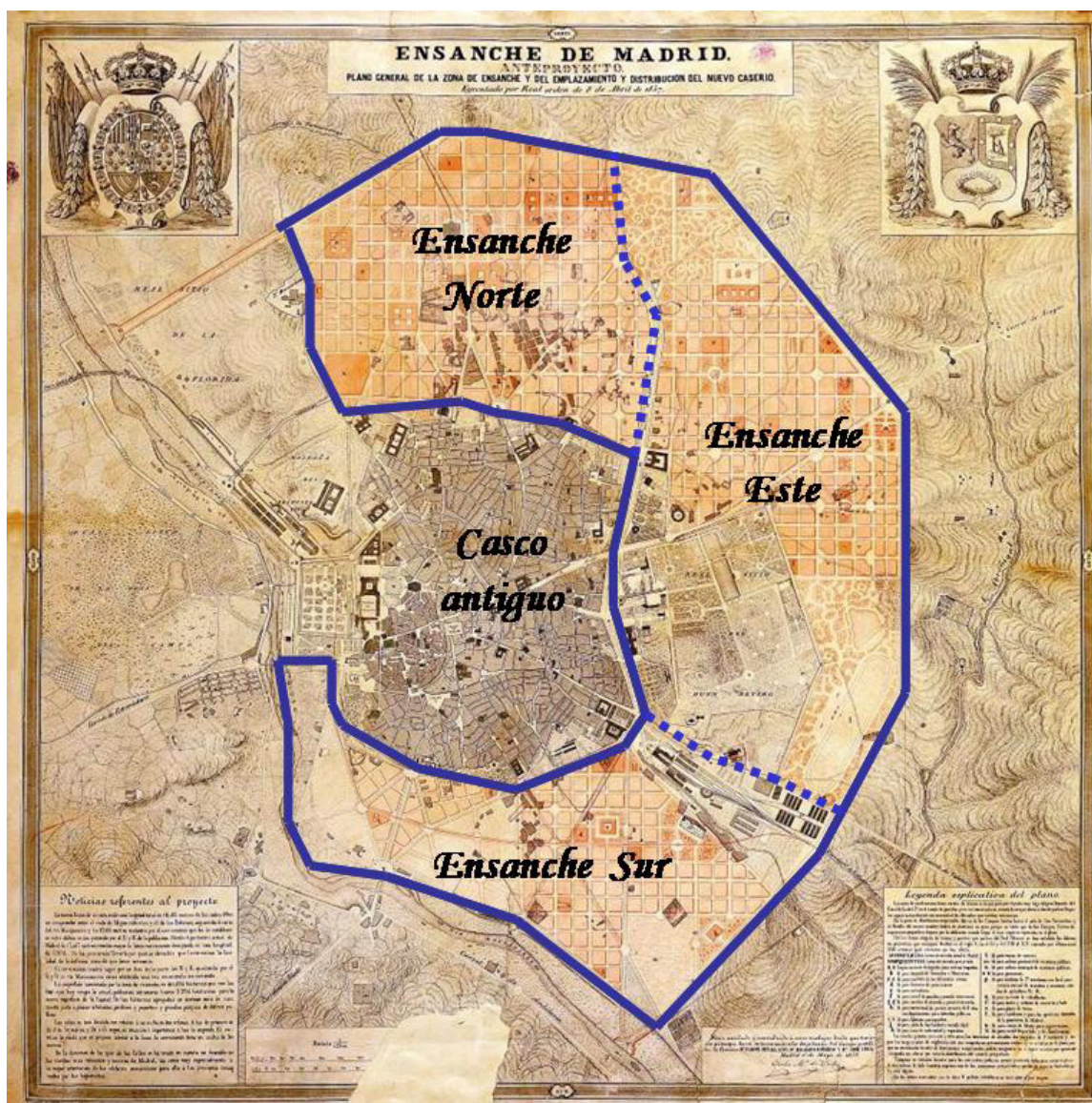
Castro buscó su primer sostén en las experiencias previas en otras localidades y lo halló, fundamentalmente, en el proyecto diseñado por Ildefonso Cerdá para Barcelona,<sup>75</sup> pues lo consideraba “*tan completo y concienzudo (...) que no hemos dudado un momento en elegirle como modelo y seguirle paso a paso en aquello que es aplicable a la localidad sobre la que tenemos que operar*”.<sup>74</sup> Tras sortear no pocos obstáculos, el 19 de julio de 1860 se aprobó, por Real Orden, su Anteproyecto de Ensanche, que incluía un plano de los nuevos barrios y una memoria que explicaba, detalladamente, cómo deberían hacerse

---

<sup>75</sup> Los “ensanches de población” propiamente dichos fueron la nota característica del urbanismo de la segunda mitad del siglo XIX, aunque hay que destacar notables ejemplos de ampliaciones de la ciudad que se adelantaron a su tiempo, como la New Town Georgiana de James Craig en la ciudad de Edimburgo, a finales del siglo XVIII. Una relación completa de las ciudades españolas que aprobaron un proyecto de ensanche puede consultarse en OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Tradición y Modernidad en la España urbana de la Restauración”, en GÓMEZ-FERRER, Guadalupe y SÁNCHEZ, Raquel (ed.): *Modernizar España, 1898-1914*, Madrid, 2007, pp. 79-118.

realidad.<sup>76</sup> Madrid se expandía por tres de sus cuatro costados, siguiendo una nueva y ordenada racionalidad, cuyos frutos fueron el Ensanche Norte (actual distrito de Chamberí), el Ensanche Este (hoy distritos de Salamanca y Retiro) y el Ensanche Sur (en la actualidad, distrito de Arganzuela).

### Proyecto de Ensanche de Madrid (1860)



[Ilustración 1.8. Fuente: Plano elaborado por Carlos M<sup>a</sup> de Castro, escala 1:12.500. Las líneas divisorias y los nombres son elaboración propia.]

Su dibujo optó por el plano hipodámico de manzanas ortogonales, la jerarquización de las calles en función de su anchura (30 metros las de primer orden, 20 y 15 metros las de segundo y tercer orden) y por una altura de los

<sup>76</sup> BONET CORREA, Antonio (ed.): *Plan Castro*, COAM, Madrid, 1978 y CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Editorial Complutense, Madrid, 2008.



edificios fiel a la legislación urbanística de 1854,<sup>77</sup> que no permitía superar los tres pisos (bajo, principal y segundo). El ingeniero estaba obsesionado por crear un nuevo espacio donde se cuidara la salud de las personas y a la disposición de calles y edificios le añadió un sinfín de cálculos (como la dirección de los vientos, la incidencia de la temperatura o la cantidad de metros cuadrados por habitante) y un esmerado cuidado por los espacios verdes, amplios y abundantes, y por las plazas circulares, armónicamente distribuidas para aportar holgura y sensación de bienestar. Para que nada molestara ni enturbiara la vida idílica, los equipamientos urbanos más molestos, como por ejemplo los cuarteles, eran desplazados a los confines de la nueva ciudad. Amplias avenidas, zonas públicas convenientemente ubicadas, edificios más cerca de la tierra que de las nubes y verde, mucho verde, eran las principales propuestas, de un ingeniero embebido de las tesis higienistas imperantes en la época, como eficaz medicina contra los males de la vida urbana. Limpieza que combatiera epidemias como la del cólera de 1855, cuya mala sombra pervivía y cuyos causantes eran identificados en la falta de higiene y en el malsano hacinamiento reinante en un caserío viejo y carcomido. Orden que guiara y encauzara el crecimiento urbano, que pusiera coto a la anarquía arrabalera, que fomentara una vida en armonía y espantara veleidades revolucionarias. Era el tiempo de los principios liberales.<sup>78</sup>

Castro había recibido el encargo de inventarse una ciudad nueva para solucionar otra agotada, pero el pedido no estaba libre de ataduras. Moyano había incluido en su Real Decreto un lindo fardo, en forma de pliego de condiciones técnicas, que coartó su libertad de decisión y lastró el resultado final del proyecto por sus imposiciones: la creación de un nuevo *limes* urbano, la interconexión viaria de la zona del Ensanche con la parte interior, la situación de los enlaces ferroviarios o el alejamiento de habitaciones específicas para obreros. El Gobierno había decidido triplicar el tamaño de la ciudad y eliminar su vieja barrera, pero no se arriesgó a una expansión sin límites, sino que levantó una nueva frontera, en forma de foso, en los límites del Ensanche. El vivo deseo de mantener los impuestos por la entrada de mercancías en la ciudad, que reportaban jugosos ingresos a las arcas municipales, inclinó la balanza a favor de mantener la diferencia entre los terrenos a un lado y otro de la frontera, ahora entre el casco antiguo y el Ensanche, por un lado, y las zonas del Extrarradio, por otro. La apuesta por una nueva ciudad quedaba a medio camino y rincones como Cuatro Caminos, Guindalera, Prosperidad, los Carabancheles, Chamartín de la Rosa, Tetuán de las Victorias, Bellas Vistas o Vallecas, sufrirían en el futuro el mismo abandono por parte de las autoridades, la misma carencia de servicios públicos y de descontrol urbanístico que los arrabales de Peñuelas o Chamberí antes del proyecto de Ensanche.<sup>79</sup>

---

<sup>77</sup> En realidad, las alturas se fijaron en el Real Decreto de 1854, que preveía 20,18 y 15 metros para las calles principales, secundarias y terciarias, respectivamente. Ver DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales...*, ob.cit., pág. 33.

<sup>78</sup> JOYCE, Patrick: *The rule of Freedom. Liberalism and the modern city*, Verso, London, 2003.

<sup>79</sup> VORMS, Charlotte: “La urbanización marginal del Extrarradio de Madrid: una respuesta espontánea al problema de la vivienda. El caso de La Prosperidad (1860-1930)” en *Scripta*

La morfología y los usos de los propios terrenos fueron el otro gran condicionante en los trabajos de Castro. La cruda realidad dictaba desigualdades evidentes entre los barrancos de Embajadores y las suaves lomas de la Puerta de Alcalá, entre las tétricas sombras que despedían los cementerios de la Carretera mala de Francia y las que proyectaban los elegantes carruajes en sus correteos entre árboles por el Paseo del Prado. Comprar una parcela o edificar una casa no iba a valer lo mismo en un rincón o en otro, al igual que no era lo mismo vivir en los callejones de Lavapiés que residir en la calle Mayor del centro. Pensar lo contrario era llevarse a engaño y Castro lo tuvo en cuenta a la hora de elaborar su proyecto, pues estaba seguro de que el estado y los usos previos de los terrenos *“tiende(n) a fijar el porvenir de aquellas localidades”*.<sup>80</sup> Sin asomo de duda, pronosticaba una evolución inalterable en la revalorización del suelo y de las edificaciones de unos *“terrenos [que] seguirán valiendo más, como hoy sucede, en la Fuente Castellana que hacia la plaza de toros, y estos mucho más que los del portillo de Valencia, y los del portillo de Valencia más que los inmediatos a los Campos Santos del Norte, y el valor de los terrenos será el que determinará seguramente el valor y el destino de las edificaciones”*.<sup>80</sup>

Con estas premisas, Castro trazó una distribución de las edificaciones que atendiera a *“la conveniencia de las diferentes clases que forman la sociedad de Madrid”*. Cada una de las tres zonas tendría un cometido en función del tipo de terrenos y construcciones ya existentes y de su posición respecto al conjunto de la ciudad. El norte sería un barrio fabril y destinado a la residencia de las clases populares y los artesanos,<sup>81</sup> salvo en las inmediaciones del Paseo de la Castellana, que se unirían a la zona Este para crear un espumoso rincón para la aristocracia y la burguesía madrileñas.<sup>82</sup> A los hotelitos y palacetes les seguiría un barrio inmaculado para las clases medias acomodadas hasta desembocar en la parte trasera de El Retiro, donde se levantaría una barriada apartada para las familias más pobres. En la zona sur, la presencia del ferrocarril y las mordeduras barrancosas que quebraban buena parte del terreno determinó su asignación

---

Nova, Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales, Universidad de Barcelona, nº 7, (2003).

<sup>80</sup> BONET CORREA, Antonio (ed.): *Plan Castro...*, *Op. Cit.*, pp. 103-114.

<sup>81</sup> La periferia norte es abordada por PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El distrito de Chamberí, 1860-1880. El nacimiento de una ciudad*, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es:6237, 2004; PALLOL TRIGUEROS, Rubén: "Chamberí, ¿un nuevo Madrid? El primer desarrollo del Ensanche Norte madrileño, 1860-1880", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 24 (2004), pp. 77-98.

<sup>82</sup> La periferia este es abordada por CARBALLO BARRAL, Borja: *Los orígenes del Moderno Madrid. El Ensanche Este (1860-1878)*, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es:6336, 2007; CARBALLO BARRAL, Borja: "El nacimiento de un nuevo Madrid. El Ensanche Este (1860-1878). El distrito de Salamanca" en *Actas de las VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos*, ANABAD-Asociación de Amigos del AHPGU, Toledo, 2007, Vol. 1, pp. 193-212.

como área industrial y de aprovisionamiento para la ciudad, propia para obreros y hortelanos.<sup>83</sup>

Toda una panoplia de usos adaptados al nivel social de los grupos madrileños y en combinación, según defendía Castro, con *“los principios (higienistas) que sentamos como base de toda edificación”*. Sin embargo, el propio ingeniero se apresuraba inmediatamente a garantizar un respeto sacrosanto hacia la propiedad privada señalando que, *“por esto, no deberá suponerse que nosotros tratemos de aconsejar al Gobierno o al Municipio que imponga como condición precisa a los propietarios de aquellos terrenos la construcción en ellos de edificios de tal o cual forma y destinados a tales o cuales usos. Esto además de ser atentatorio a la propiedad sería punto menos que imposible conseguirlo”*.<sup>80</sup> La nueva ciudad surgía, así, con unas marcas de nacimiento que se reforzarían desde el principio a través de este religioso respeto por la propiedad privada y por un diseño cuya imagen variaba en función de la dirección que adoptara el viandante.<sup>84</sup>

Castro desdeñó desde el inicio de su estudio la zona del Ensanche Sur y apenas la abordó en su memoria a cuentagotas y entremezclada con las exposiciones del resto de áreas. Para el ingeniero debía resultar casi una pérdida de tiempo detenerse a valorar esta zona, pues tenía la firme convicción de que *“a nadie se le ocurriría seguramente el proponer la edificación de un gran barrio por la parte del río Manzanares en los terrenos hoy ocupados por huertas y que huertas seguirán siendo como lo han sido por centenares de años”*.<sup>85</sup> Si la incluyó fue porque consideraba un deber cerrar por completo el circuito del Ensanche, pero insistía nuevamente en que se trataba de terrenos *“completamente inútiles para una edificación ni aún de medianas condiciones”*, no aptos para el asentamiento de población, frente a *“las afueras del Norte y parte de las del Este, [que] son las designadas con especialidad para el ensanche”*. La abrupta orografía de los terrenos, *“con una rápida inclinación desde la actual cerca hasta el río Manzanares”* y la red dominante de los paseos barrocos, *“elevados caminos que cortaban el terreno”*, eran señalados como los culpables de un horizonte donde era *“punto menos que imposible fundar allí una población de regulares formas”*.

El ferrocarril había irrumpido arrollador pocos años antes, con la fuerza de su modernidad y su progreso. Era un factor clave para el Madrid del futuro y su

---

<sup>83</sup> La periferia sur es abordada por VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “El presagio de un nuevo Madrid. El Ensanche Sur (1860-1878)” en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 31, (2009), pp. 243-264; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *Los albores del nuevo Madrid: el distrito de Arganzuela (1860-1878)*, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es: 6238, 2006; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “El nacimiento de un nuevo Madrid. El Ensanche Sur: Arganzuela en 1860” en *Actas de las VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos*, ANABAD-Asociación de Amigos del AHPGU, Toledo, 2007, Vol. 1, pp. 287-310.

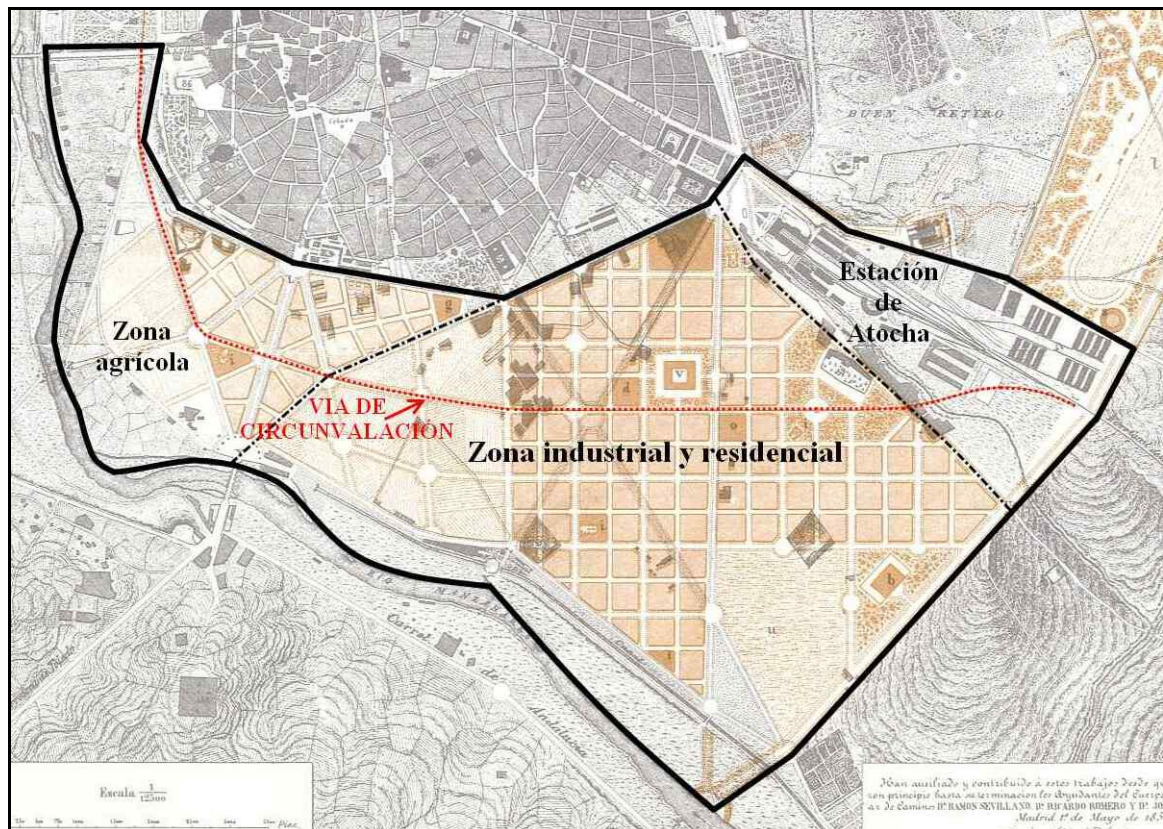
<sup>84</sup> El análisis pormenorizado del plan Castro se ceñirá a la zona sur del Ensanche, espacio que constituye el objeto de estudio de la tesis doctoral.

<sup>85</sup> Tanto ésta, como el resto de citas de la Memoria del Anteproyecto de Ensanche se han obtenido de BONET CORREA, Antonio (ed.): *Plan Castro*, COAM, Madrid, 1978.



emplazamiento, la dimensión de sus instalaciones o sus posibilidades de crecimiento y expansión, eran asuntos que estaban muy por encima de la capacidad de decisión de Castro y él mismo era consciente de ello. Por eso, no osó retocar ni el más mínimo detalle de la estación de Atocha, de sus depósitos para las máquinas, de sus talleres ni de sus almacenes, que aparecían tal cual eran en la realidad. La zona oriental quedó perfilada, por tanto, como un área industrial perfectamente homogénea, que se completaba con los “*Docks*”, almacenes destinados fundamentalmente a hierros, maderas y alimentos, ubicados más al sur, al abrigo de la estación de Atocha. Un rincón de Madrid completamente dedicado a la industria y sin apenas resquicio para el alojamiento de obreros y operarios del ferrocarril.

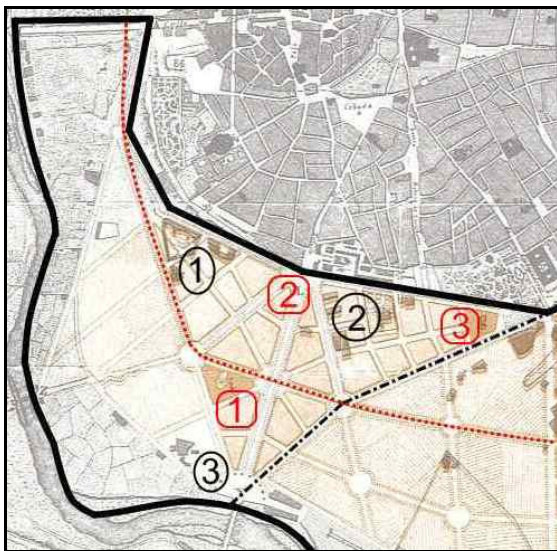
### Proyecto de Ensanche Sur (1860)



[**Ilustración 1.9.** Fuente: Plano elaborado por Carlos M<sup>a</sup> de Castro, escala 1:12.500. Las líneas divisorias y los nombres son elaboración propia. La zona de tonos anaranjados corresponde a las manzanas del Ensanche a construir, mientras que los tonos grises, o más oscuros, hacen referencia a los inmuebles o infraestructuras existentes.]

En el otro extremo, hacia el oeste, entre el paseo de las Acacias y el de Imperial, *“no se presenta el terreno, ni con mucho, a propósito para la edificación. Largo número de años sería necesario para dar a su suelo una forma regularmente dispuesta para aquel objeto, pues para ello habrían de rellenarse las grandes hondonadas que han quedado a consecuencia de la*

*construcción de multitud de paseos y caminos sobre altos terraplenes que por allí se cruzan*". Estas circunstancias llevaron a Castro a proyectar únicamente un minúsculo barrio pegado al casco viejo con una cuadrícula adaptada a la tortuosa orografía del terreno. Paradores como el Gil Imón eran suprimidos o remodelados, se respetaba las fábricas de gas, papel y cartón y las casas adyacentes y, por el contrario, proponía la construcción de infraestructuras religiosas (parroquia), benéficas (casa de socorro) y para el delito (cárcel para delincuentes transeúntes). El resto lo consideró como una zona hortícola destinada *"al cultivo de frutas y hortalizas para el abastecimiento de la ciudad, contando con las aguas sobrantes del canal y las empleadas en la limpieza de las calles y alcantarillas, dirigidas a su salida de la población convenientemente, (...) con lo que también ganaría mucho el vecindario de Madrid..."*.



Planes de Castro para la zona occidental  
del Ensanche Sur

**En negrita, eliminaciones o permanencias:**

1.- Supresión o remodelación del Parador de Gil Imón; 2.- Mantenimiento de la fábrica de gas y las industrias adyacentes; 3.- Indefinición ante las Cambronerías.

**En rojo, nuevas propuestas:** 1.- Parroquia; 2.- Casa de Socorro; 3.- Cárcel de presos transeúntes.

Ilustración 1.10

La parte central del Ensanche Sur, entre la estación de Atocha y el paseo de las Acacias, fue la que concitó una mayor atención por parte de Castro, donde propuso la creación de un mayor número de manzanas residenciales y edificios públicos y donde las construcciones existentes se amoldaban menos al tiralíneas que proponía en su plano. En primer lugar, optaba por suprimir el Paseo de Embajadores, con su continuación del Paseo del Canal, y el Paseo de Santa María de la Cabeza, y sustituirlos por un damero de calles perpendiculares y horizontales. Una acción que no implicaba mayores dificultades, las cuales se centraban en el escollo de las Peñuelas, cuyo trazado irregular rompía la armonía del diseño. La solución que propuso no dejaba lugar a la duda: *"derribar las mezquinas y sucias viviendas"*. Lisa y llanamente, sin entrar en mayores consideraciones ni contemplar una posible remodelación. Si de lo que se trataba era de levantar una ciudad saludable y moderna, lo mejor era cortar de raíz toda malformación anterior.

El arrabal de las Peñuelas en 1860	
Nº edificios	123
Nº familias	468
Nº personas	1.752
% dentro del Ensanche Sur	47,34%
Alquiler medio mensual	9,55 ptas.
Cabezas de familia jornaleros	41,16%
Cabezas de familia artesanos	34,91%

[Figura 1.4. Fuente: Elaboración propia a partir de las hojas del empadronamiento municipal de las calles Ercilla, Martín de Vargas, Peñuelas, Plaza de las Peñuelas, Fray Luis de León, Moratines, Arroyo de Embajadores, Labrador, Martín de Vargas, Paseo de las Acacias y Paseo de Embajadores, año 1860, AVM, sección Estadística.]

En una línea de texto parecían vistas para sentencia las viviendas que alojaban a la mitad de toda la población de las afueras del sur, donde se agrupaban jornaleros recién llegados a la capital, que nada tenían que defender pues nada poseían, pero donde también residían oficiales y maestros artesanos con sus talleres abiertos, modestos industriales que habían levantado sus propias fábricas, pequeños propietarios de uno o dos solares o casas, dueños de tiendas y tabernas, comerciantes extranjeros de carácter emprendedor, como los franceses Labourdette, recién llegados al barrio con su Casa de negocios de carruajes y caballos, y hasta algún digno representante de las profesiones liberales, como el abogado Julián Delgado o el aparejador Luis Pané y Pinilla. La regla y el cartabón de Castro arrasaban con todo, hasta con los tejares y las casas agrícolas dispersas, para disponer de un lienzo limpio sobre el que diseñar un gran barrio al sur de la capital. Únicamente salían indemnes el Paseo de las Delicias y las casas asentadas sobre el barranco del antiguo camino de las Yeserías, enfrente de la estación de Atocha y junto a los viejos cementerios, a los que rodeó de jardines.

En la extensa red de nuevas calles diseminó diversos edificios y espacios públicos y proyectó un mercado al por mayor y una factoría de provisiones para dar cobertura a la futura expansión del negocio ferroviario. El humilde arrabal de familias jornaleras y *mezquinas viviendas* sucumbía en los designios de Castro para dar lugar a una ciudad más ordenada y limpia, pero también lo hacía ese otro arrabal oculto de pequeños propietarios, comerciantes emprendedores y hacendosos industriales que, a buen seguro, no estarían muy conformes con esta decisión.





Ilustración 1.11

Por otro lado, la Memoria también recogía la vía de circunvalación del ferrocarril, que ya estaba construyéndose por entonces. El ingeniero propuso el soterramiento de la línea para que el impacto en su obra fuera menor, pero no contempló un plan alternativo en el caso de que ese soterramiento no se ejecutara, como así sucedió, para acoger los almacenes, talleres y fábricas que irían surgiendo con el paso del tiempo. En su lugar diseñó, a lo largo de toda la vía férrea, manzanas residenciales y huertas frutícolas que jamás fueron más allá de la tinta del anteproyecto.

Con el punto y final a su proyecto, Castro parecía firmar el inicio de una nueva etapa para la ciudad madrileña, más feliz por ordenada y saludable, más próspera por añadir a su condición de capital una idea de futuro como ciudad. Castro ponía encima de la mesa un proyecto inmaculado a simple vista, sin tacha alguna, que aspiraba a contentar a todo el mundo, a satisfacer los deseos de las clases altas, a colmar las aspiraciones de las clases medias y burguesas, a cubrir las necesidades de las clases más bajas y pobres. El Ensanche como reconstituyente para una ciudad que se asfixiaba, la ansiada solución al pernicioso y agotado batiburrillo del interior. Sin embargo, tan loable empresa presentaba serios inconvenientes cuando se le aplicaba una lupa de aumentos, múltiples complicaciones que aparecían cuando se leía la letra pequeña de los detalles y que terminaron por dar al traste con la nueva ciudad soñada por Castro.

### 1.3.3 Las batallas del Ensanche

“1862

- El Pueblo. *Señor, señor, que no hay dónde vivir; que los alquileres están por las nubes, que nos echan de las casas. Esto no se puede aguantar, esto es abusar... ¡Los caseros, los caseros!*
- El Ayuntamiento. *¿Qué ruido es ese? Venga usted acá, señora Correspondencia. Diga usted, competentemente autorizada, que el anteproyecto de marras sigue su curso, (...) que pasará el examen de la Academia, y de la diputación provincial, y de la dirección de administración, y de la junta consultiva de policía urbana, y del Consejo de Estado, y de otros varios cuerpos y personas.*
- El Pueblo. *¡Cuánta gente hay en este mundo! ¿Cómo no han de escasear las habitaciones?”*

*La Esperanza, periódico monárquico, 7 de agosto de 1862*

El nuevo Madrid diseñado en las oficinas del Ministerio de Fomento resultó un chasco para las expectativas que se habían depositado en él como revulsivo inmediato a la situación que padecía la ciudad. Ni tuvo un efecto revolucionario sobre la economía, ni alteró drásticamente la vida de los madrileños durante sus primeros años. La incorporación de una ingente cantidad de metros cuadrados, que triplicaban el tamaño del viejo casco, debería haber generado un crecimiento sostenido del sector de la construcción durante un largo periodo de tiempo, dada la escasez de cuartos y los continuos lamentos sobre el pernicioso hacinamiento reinante en las calles madrileñas desde hacía décadas, pero no fue así. La aprobación del anhelado Ensanche de la capital apenas dio para que el mundo de la construcción, el principal motor de la economía madrileña por número de trabajadores manejados y capitales atraídos, remontara el vuelo de los dos o tres años anteriores, malos, y experimentara una fugaz euforia entre 1862 y 1864, cuando el número de solicitudes para licencias de construcción recordó los buenos tiempos de las grandes obras públicas.<sup>86</sup> A partir de ese momento las luces de la fiesta inmobiliaria se apagaron y el mundo de la construcción, que se las prometía muy felices en julio de 1860, entró en una inaudita depresión. Ahora había tierras en abundancia y un plan definido y sancionado para transformar los eriales en barrios urbanizados, pero los albañiles y los carpinteros apenas se llevaban una mala obra a la boca.

Si aquello no despegaba era por una cuestión clara de desconfianza o, al menos, de prudencia ante el desarrollo de los acontecimientos, pues inversores y

---

<sup>86</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía..., Op. Cit.*, pág. 217.

personas con capitales no faltaban. Cualquier persona que estudiara el plano con cierto detenimiento, podía percibir que existían varias zonas en conflicto y aún no estaba claro qué iba a suceder en ellas. Por otro lado, en la memoria de Castro no aparecía ni una coma sobre la forma de costear tan gigantesca empresa; una carga que, en buena lógica, iba a descansar sobre los fondos de las arcas municipales, conocidos por su endeblez y su parsimonia a la hora de emprender proyectos. Además, los dineros de la burguesía madrileña no se caracterizaban, precisamente, por su valentía y afición al riesgo en las inciertas empresas de los primeros tiempos del capitalismo, sino que se aferraban a lo seguro, a la emisión de deuda pública por parte del Estado. Y en cuestiones como la expansión de una ciudad, lo seguro era comprar terreno, esperar un tiempo para que se revalorizara y venderlo posteriormente, tal cual se había adquirido, pero infinitamente más caro. Lo arriesgado, lo que se consideraba una temeridad, era apropiarse de un terreno y comenzar a construir inmediatamente casas allí, en las afueras, donde no había casi nadie. Puestos a edificar, mejor hacerlo en el centro, en la calle de Preciados, remodelada con motivo de la nueva Puerta del Sol, donde uno podía ver y ser visto, y no en las lomas peladas más allá de la Puerta de Alcalá, donde el nuevo edificio quedaría aislado entre cardos y conejos y al que, probablemente, pocos querrían ir. Sólo los inversores más audaces saltarían a un ruedo como este. Uno de los que lo hizo fue el marqués de Salamanca y lo hizo sin red.<sup>87</sup>

Don José de Salamanca fue víctima de la fortísima inflación de los precios del suelo en vísperas de la aprobación del Ensanche, pues compró gran parte de los terrenos de la margen derecha del eje Recoletos-Castellana a unos precios desorbitados. Cuando los planes de Castro recibieron el visto bueno real, el marqués se lanzó a construir en sus terrenos con el mismo ímpetu y temeridad con las que afrontaba sus aventuras en la bolsa o en el ferrocarril, sin parar en riesgos ni en gastos. Llevó al pie de la letra las indicaciones de Castro en cuanto a la altura de los edificios y el respeto por los enormes patios interiores. De esa manera, la suma total de cada m<sup>2</sup> de suelo pagado a precio de oro, de los materiales de primera calidad empleados en los inmuebles y de los amplios espacios dedicados a jardines, ascendió a cifras insoportables para cualquier bolsillo por provisto que estuviera, incluido el del marqués. El ambiente desangelado y campestre que aún reinaba en los terrenos más allá de la Castellana y los elevados alquileres de las nuevas viviendas, imprescindibles para pagar las deudas y recuperar su inversión, espantaron a los posibles inquilinos interesados. En 1866 el señor marqués quebraba y con él hacía aguas la nueva ciudad soñada para Madrid. La caída de Salamanca simbolizaba el fracaso de la empresa del Ensanche tal y como se había entendido hasta ese momento.

---

<sup>87</sup> MAS HERNÁNDEZ, Rafael: “La actividad inmobiliaria del marqués de Salamanca en Madrid (1862-1875)” en *Ciudad y Territorio*, nº 3, (1978), pp. 47-70; MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1982; BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte...*, *Op. Cit*; CARBALLO BARRAL, Borja: “El nacimiento de un nuevo Madrid...”, *Op. Cit.*, pp. 193-212.

Un proyecto de tal envergadura, que aspirara a forjar una nueva capital, requería del apoyo incondicional de las autoridades central y local, circunstancia que estaba lejos de producirse. Los celos entre el Gobierno de S.M. y el Ayuntamiento venían de antiguo, de cuando se abortó la propuesta de Juan Merlo, en el año 46, o del reciente encontronazo en el 57 por los retoques en el diseño del arrabal de las Peñuelas. Ambas esferas de poder entendían Madrid de manera muy distinta: una la veía con los prismáticos de capital del Estado y la otra con las gafas de ciudad y villa, a secas. Si a los diferentes ministros que desfilaban por el Gobierno central les podía irritar la desidia y la inoperancia municipales, al Ayuntamiento le picaba tanta intromisión ministerial. El primero lanzaba periódicamente grandes proyectos teóricos, concebidos para remediar ipso facto el mal estado de la capital; el segundo se movía perezosamente, con los impulsos de los propietarios, a quienes dejaba hacer bajo una reglamentación urbanística básica, sin concebir por asomo idea alguna para la ciudad en conjunto.

El Ensanche de Castro era una doble intromisión gubernamental, a ojos del Ayuntamiento, al iniciar un nuevo proyecto sin su participación y situar en la dirección a un ingeniero ajeno a su órbita de influencia. Además, una cosa era dibujar manzanas en un plano y otra muy distinta hacerlas realidad, pisar el terreno y lidiar con contratistas de obras, propietarios y posibles perjudicados. Era la parte fea y complicada del asunto y esa, sin duda, le iba a caer de pleno al Ayuntamiento. Castro no se había ocupado de un asunto tan grave como el de la financiación y todo el proyecto flotaba en una peligrosa indefinición económica: nadie sabía cómo se pagarían los desmontes, la ampliación del alcantarillado, el empedrado de las calles, la red de farolas de gas, la construcción de las abundantes parroquias, casas de socorro y cárceles previstas, o cómo se afrontarían las costosas indemnizaciones a los propietarios de las casas que rompían el feliz dibujo ortogonal, por miserables y sucias que fueran algunas de ellas. La iniciativa no podía partir del impulso de inversores aventureros como Salamanca o de otros menos ilustres, pero con ideas interesantes, como Pedro de Uhagón, que pretendía crear una compañía de propietarios que se hiciera cargo de la construcción de los edificios y las infraestructuras públicas, a cambio de las futuras plusvalías que generara la nueva zona, perfectamente urbanizada.<sup>88</sup> La iniciativa debía nacer del propio consistorio, cuya autoridad legal y poder de actuación era superior a cualquier persona privada, por rica e influyente que fuera, y tenía que hacerlo pronto, pues la población seguía encerrada en las mismas cercas y habían pasado varios años desde la aprobación del proyecto.

El rifirrafe entre Ayuntamiento y Gobierno tenía su mayor caballo de batalla en el conflicto abierto con los propietarios de Chamberí<sup>89</sup> y las Peñuelas,

<sup>88</sup> CERDÁ, Ildefonso: *Cuatro palabras más sobre las dos palabras que D. Pedro Pascual de Uhagón ha dirigido a los propietarios de los terrenos comprendidos en la zona de ensanche de Madrid*, Imprenta de D. Benigno Carranza, Madrid, 1861. En esta pequeña obra se incluye también el escrito de UHAGÓN, Pedro Pascual: *Dos palabras a los propietarios de terrenos concedidos en la zona de ensanche de Madrid*

<sup>89</sup> PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Madrid moderno..., Op. Cit.*

los arrabales de las afueras que rompían el perfecto dibujo de la nueva ciudad. Durante los últimos años, el consistorio madrileño había dejado hacer a los propietarios en sus parcelas y había ido aceptando cada nueva construcción siempre que se ajustara a la normativa básica vigente respecto a los planos de fachada y las alineaciones. Incluso había aceptado, y asumido como propios, planos y diseños de barriadas completas realizados por particulares con la asistencia de un arquitecto, como fue el caso de las Peñuelas, realizado por Isidoro Lerena a instancias del señor Fagalde. Nada de esto fue tenido en cuenta por Castro a la hora de confeccionar los nuevos barrios. Si los usos y costumbres del Ayuntamiento habían sido considerados perniciosos por parte del Ministerio, las casas que se levantaron, fruto de esos hábitos, fueron juzgadas como miserables por Castro en sus excursiones analíticas por las afueras. Y una vez que se hizo con el timón de la Comisión que había de poner en funcionamiento el Ensanche, el futuro de los arrabales se presentaba muy negro.

Don Luis Pané y Pinilla, el hacendoso aparejador de las Peñuelas, que había decidido ampliar su nueva casa en 1859, se puso en contacto nuevamente con el Ayuntamiento en 1861, quizá inquieto ante el silencio y la tardanza en obtener respuesta a una solicitud que creía sencilla, pues se basaba en la legislación vigente y repetía la obra que había realizado apenas dos años antes, en 1857. En una carta fechada el 8 de junio, don Luis hacía presente *“que deseando convertir en fachada la parte de cerca de su posesión, que forma ángulo en el indicado paseo [de Embajadores] con la calle del Labrador, teniendo por el 1º 90 pies y por la 2ª 64, siendo su construcción fábrica de ladrillo de 2 pies y medio de grueso, y cuya alineación se marcó por el arquitecto municipal hace más de dos años, suplica se digne concederle el permiso para hacer la obra necesaria”*.<sup>90</sup>

El Ayuntamiento situó la pelota, automáticamente, en el tejado del creador del nuevo plano general del Ensanche y le impelió a que fuera él quien resolviera la cuestión. Castro lo tenía bien claro: no sólo *“no ha lugar a acceder a lo solicitado por D. Luis Pané”*, sino que *“la casa y cerca de propiedad del señor Pané tendrán que alterar sus alineaciones para sujetarse al plano aprobado por R.D. de 19 de julio de 1860”*. En román paladino, el señor Pané debía centrarse en derribar su casa nueva y dejarse de derechos de reforma. Por si quedaba alguna duda, Castro argumentaba que *“aun cuando la casa y cerca resultasen perfectamente alineadas con referencia al nuevo plano [bien sabía que no era así], sin embargo, para la concesión de la licencia que se solicita habrá de esperarse a que, además de las condiciones prescritas para las edificaciones en la zona de ensanche por el Real Decreto, sean aprobadas por el Gobierno de S.M. otras que tiendan a reglamentar cuanta relación haga a este objeto”*. Además, enviaba una velada amenaza sobre las arcas municipales, caso de que el consistorio albergara alguna veleidad de apoyo a la solicitud del señor Pané, pues si se determinaba *“la indemnización de las edificaciones que haya que distribuir para el establecimiento de la vía pública, tanto mayor habrá de ser aquello*

---

<sup>90</sup> Fuente: AVM, Secretaría, 10-78-143.



*cuanto más se consintiese ahora aumentar las fábricas existentes o alterar sus condiciones”.*

La respuesta que obtuvo don Luis Pané a sus dos años de espera no debió gustarle lo más mínimo. No sólo veía frustrados sus deseos de construirse otra casa, sino que le ordenaban derribar la que ya tenía, donde él mismo vivía con su familia y sus criados, una casa a la que apenas le había dado tiempo a secar la pintura y cuyas paredes aún olían a nuevo. Aquello era intolerable y algo habría que hacer, pues a buen seguro que no era el único afectado. De hecho, don Luis Pané sólo era uno de los muchos propietarios que, tanto en Chamberí como en las Peñuelas, se consideraban atropellados en sus derechos como propietarios legítimos. A medida que la noticia se propagó, *nos tiran las casas*, y llegó a oídos de los interesados, los acontecimientos se precipitaron.

Los vecinos de las Peñuelas contaban con una experiencia previa de agrupación y solidaridad reciente, cuando la Real Academia de San Fernando quiso modificar los fondos de las calles y reubicar la plaza del arrabal. La unión les había llevado a la victoria, pero ahora el desafío era mucho mayor. No se trataban de retoques que podían afectar a *una o dos casitas*, sino todo un proyecto general para la ciudad, aprobado y sancionado por la firma de S.M., que dictaba la completa desaparición del arrabal, al que juzgaba de forma inmisericorde, y de varios paseos y avenidas de importancia. Ya no eran unos cuantos hombres interesados en salvaguardar sus negocios o viviendas, sino todos y cada uno de los habitantes del arrabal los que estaban amenazados: unos pocos en sus propias haciendas, la mayoría en las viviendas que habían hallado como solución a los elevados alquileres del interior, de los que habían escapado por no poder pagarlos. Todos iban en el mismo barco amenazado de aniquilación.

Las reuniones entre vecinos y propietarios comenzaron a sucederse. Lo primero era informarse al detalle sobre los designios que preparaba Castro para el arrabal, cuáles eran las propiedades afectadas y en qué medida. Luego sería conveniente constituir un frente común que aglutinara las quejas y peticiones de los afectados. Era la única forma de contar con una oportunidad de éxito ante la poderosa maquinaria estatal, y de eso podían dar buena cuenta los albañiles Gregorio Méndez y Pedro Pérez, el maestro serrador Ramón Suárez, el oficial de carpintero Feliciano Moya, o el tabernero Lucio Castejón, todos ellos presentes en el brete del año 57 y que, a buen seguro, volvieron a juntarse en esta ocasión, con mayores temores que entonces, pero más arropados por otros propietarios y convecinos.<sup>91</sup>

---

<sup>91</sup> La documentación referida a las reclamaciones de los vecinos de las Peñuelas en relación al proyecto de Ensanche aparece como perdida o desaparecida en el índice de la sección de Secretaría, AVM. Sin embargo, es de suponer que compartiera las formas y los tiempos que siguieron los propietarios afectados en la zona norte del Ensanche. Ver PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Madrid moderno...*, Op. Cit.

La marejada que había provocado el nuevo plano no se circunscribía al arrabal de las Peñuelas, sino que se extendía a otras zonas del Ensanche sur, aun cuando el conflicto no lo hubiera iniciado el propio Castro. Este era el caso de los propietarios del Paseo de los Melancólicos, en la parte oeste, profundamente contrariados por el trazado de la línea de circunvalación del ferrocarril. En realidad, Castro sólo se había hecho eco de una prerrogativa anterior, que obligaba a la Compañía de ferrocarriles Norte a comunicarse con la estación de Atocha. Pero eso a los propietarios les era indiferente. Lo único que sabían es que había plano nuevo, que trazaba una línea de ferrocarril y que ésta dañaba sus legítimos intereses. En las reuniones que celebraron para coordinar la respuesta que debían dar, había personas bien diferentes como por ejemplo, el coruñés Antonio Martínez, un joven hortelano de 29 años que se había casado recientemente; su paisano Policarpo Martínez, de 40 años y propietario de una pequeña barbería; el señor Juan Gil, el viejo jornalero de 64 años llegado de las lejanas tierras alicantinas; o Pablo Gippini, el propietario de la fábrica de jabón *La Confianza*. Eran personas de niveles sociales y económicos diferentes, pero unidos en la defensa de lo que creían justo.

El 17 de febrero de 1863, quince *“propietarios, industriales, colonos e inquilinos de los edificios y terrenos del Paseo de los Melancólicos, antes de los Pontones de San Isidro”* exponían *“respetuosamente que, conocedores del último trazado de la vía férrea de unión de los dos estaciones en la parte que abraza dicho paseo, ven con profundo sentimiento la grande depreciación que sus industrias y edificios y aun las fincas rústicas inmediatas van a experimentar por consecuencia de la ocupación de 500 pasos que comprende la vía a nivel por el dicho paseo”*.<sup>92</sup> Los exponentes solicitaban al alcalde que denegara *“la autorización que sin duda se habrá solicitado”*. Para reforzar su petición, decidieron tocar un punto sensible como era la popular romería hacia la ermita de San Isidro pues, si la obra se llevaba a efecto, se cerraría *“al servicio público un paseo tan frecuentado para la ermita de nuestro patrono San Isidro”*.

La estrategia de los vecinos debió resultar acertada, pues el propio Castro reconocía que *“no es dudoso que, del trazado adoptado por la empresa concesionaria del ferrocarril de unión de las dos estaciones para el paso de nivel del camino de Melancólicos, se siguen perjuicios a los recurrentes”*, aunque él huía de toda responsabilidad: *“aprobado este trazado por el gobierno de S.M., este ramal de unión se halla en las mismas condiciones que las demás vías férreas de España y, en consecuencia, sólo queda a estos interesados el derecho de reclamar contra la empresa por los daños y perjuicios que legalmente justifiquen”*. En todo caso, se ofrecía a reunirse *“con el ingeniero de la empresa concesionaria para hallar otra solución más razonable que la traza actual, que evitara los daños de que se quejan los propietarios e industriales, sin lastimar los intereses de la compañía y evitar el cierre de un paso tan concurrido algunos días del año”*. Las negociaciones llegaron a buen puerto y el 19 de septiembre de 1863 se informaba que *“S.M. la Reina, de acuerdo con lo informado por la Junta*

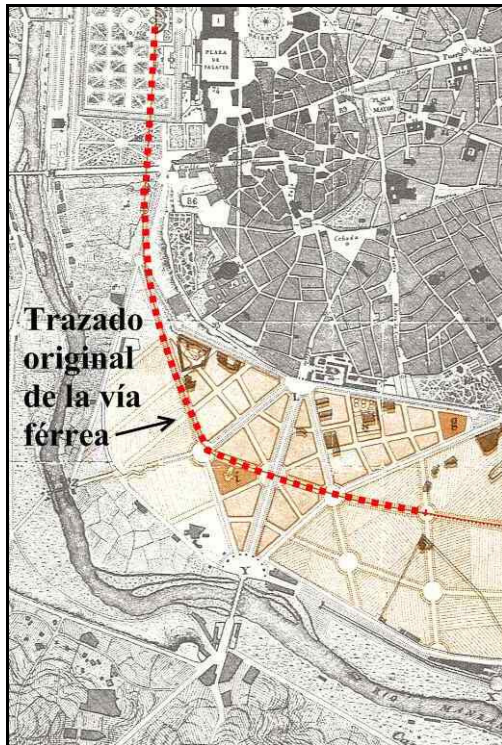
---

<sup>92</sup> Fuente: AVM, Secretaría, 4-261-75.

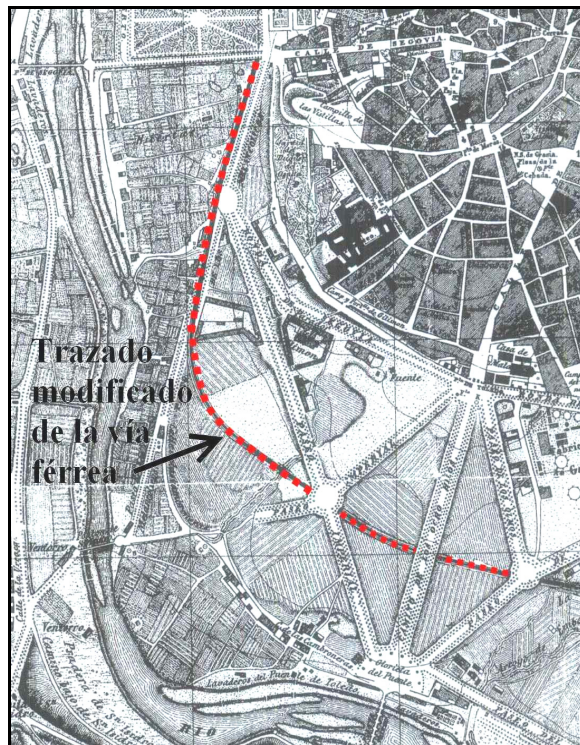
*consultiva de caminos, canales y puertos, ha tenido a bien aprobar el proyecto de paso a nivel del Paseo de los Melancólicos correspondiente al ferrocarril de enlace de la estación de San Vicente con la de Atocha, reformado por la empresa concesionaria del ferrocarril de Madrid a Irún, en virtud de lo dispuesto por R.O. de 25 de abril último”.*

### Modificación del trazado de la vía férrea de contorno

(1860)



(1866)



[**Ilustración 1.12.** Fuente: Elaboración propia a partir de los planos de Carlos M<sup>a</sup> de Castro para la Memoria del Anteproyecto de Ensanche (Escala 1:12.500) y del plano de Madrid de Juan Merlo (Escala 1:10.000). Además de la modificación del trazado, se efectuó el soterramiento de la línea en varios puntos del terreno.]

La iniciativa de los vecinos había dado sus frutos con un buen arreglo para sus intereses, lo cual indicaba que los conflictos que había originado el nuevo plano no siempre finalizaban con una guerra interminable, siempre que se adoptaran posturas razonables y hubiera una seria voluntad de acuerdo. Así sucedió igualmente con numerosos propietarios de terrenos en las afueras de la Puerta de Atocha, que alcanzaron convenios y firmaron contratos de venta con el Ayuntamiento entre 1856 y 1865 para la ejecución del Ensanche. Pero los ejemplos contrarios de conflicto eran más numerosos y de mayor calado. Las presiones arreciaron y la inseguridad jurídica de todo el proyecto se convirtió en un lastre difícil de soportar.

La parálisis del Ayuntamiento ante el fallido despegue del Ensanche incitó al Gobierno, una vez más, a tomar las riendas del asunto. En 1864, el ministro de Gobernación, Cánovas del Castillo, aprobó la Ley de Ensanche de Poblaciones por Real Decreto del 6 de abril, que fijaba la normativa urbanística para todo proyecto de Ensanche a nivel nacional. Con ella se pretendía acabar con los obstáculos que impedían *“que las edificaciones no tuvieran todo el desarrollo que era de esperar”* y que pudieran ser *“atendidas las urgentes necesidades de la población”*. *“A satisfacer estas y conciliar el interés público con los derechos de los propietarios, dando mayor flexibilidad a aquellas prescripciones, se dirige la presente reforma”*, concluía el ministro Cánovas.<sup>93</sup> La idea era allanar el camino a los propietarios de suelo para que se animaran a construir de una vez por todas y para ello arrasaban con toda predisposición que no estuviera dirigida a obtener los mayores beneficios por m<sup>2</sup> edificado: adiós a los amplios patios interiores con frondosos jardines, a los edificios de pocas alturas, a las calles anchas y aireadas y a las obligatorias infraestructuras públicas de servicio para el ciudadano; bienvenidas fueran las cuatro, cinco y hasta seis alturas, los patios de vecindad estrechos y oscuros, las calles privadas interiores y la libertad absoluta para los promotores inmobiliarios. Se abandonaba la posibilidad de una ciudad saludable, pero costosa, por otra más factible, pues atendía sólo al pragmatismo y a los beneficios, sin importar el resultado final.

La Ley de 1864 se completó con un Reglamento del año 67, un corpus legislativo que acabó por sepultar los restos de aquella ciudad ideal, higiénica y saludable, que un día soñó Castro para Madrid. El nuevo marco legislativo establecía claramente cómo habían de sufragarse los gastos generados por la creación de los nuevos barrios: el Estado cedía a los Ayuntamientos, como añadido a las partidas presupuestarias concedidas para las obras de Ensanche, la recaudación de la contribución territorial por cada nueva construcción durante 25 años. Estos ingresos fijos habrían de revertir en la dotación de los diferentes servicios públicos municipales en cada zona. De esa forma, el Ayuntamiento tendría siempre los fondos necesarios para abrir una calle allí donde se levantara un bloque de viviendas. El Gobierno proyectaba unas reglas del juego teóricas, un marco de actuación perfectamente definido, y el Ayuntamiento heredaba la obligación de llevarlo a la práctica; pero con la obligación viajaba también el poder de decisión real. En las vísperas revolucionarias del 68 el Consistorio madrileño retomaba el bastón de mando para zanjar el dilema que atenazaba el desarrollo de Madrid. Era el momento de bregar por una ciudad nueva desde la raíz o decantarse definitivamente por los arrabales.

---

<sup>93</sup> *Disposiciones oficiales acerca del Ensanche de las Poblaciones en general y del de Madrid en particular*, Oficina Tipográfica de los Asilos de San Bernardino, Madrid, 1869. Las obras ya citadas de Clementina Díez, Rafael Mas y Ángel Bahamonde son indispensables para el estudio de la legislación urbanística de los ensanches españoles.

### ***1.3.4 1868, la victoria de los viejos arrabales frente a la nueva ciudad***

La Revolución Gloriosa y el subsiguiente Sexenio democrático insuflaron aires de cambio en todo el país y marcaron una ruptura profunda con el pasado. Nuevos hombres tomaron las riendas del poder e impusieron las ideas que creían imprescindibles para lograr la modernización del país y de su capital. Ángel Fernández de los Ríos, escritor, editor y político de ideas liberales y republicanas, había sido uno de los mayores críticos del proyecto de Ensanche de Castro, al que había reprobado, entre otras medidas, la rigidez de la cuadrícula “*dando gusto a la regla y al tiralíneas*”, la interrupción de las vías de salida con el foso, o la desconexión con la región por su falta de previsión de vías de comunicación hacia El Escorial y Aranjuez. Autor de las obras fundamentales para el conocimiento de la capital,<sup>94</sup> De los Ríos se hizo cargo en 1868 de la concejalía de Obras durante un año escasamente, pero fue suficiente para que sus ideas dominaran la actuación del Consistorio madrileño a lo largo de todo el Sexenio.

Llegado desde el exilio parisino y deslumbrado por el esplendor de la capital del Segundo Imperio francés, Fernández de los Ríos traía su maleta revolucionaria cargada de proyectos para arrancar a Madrid de su postración isabelina y lanzarla a una brillante modernización que guiara, a su vez, la de todo el país. Más derribos, grandes espacios y edificios representativos, que simbolizaran el nacimiento de una nueva capital y de un nuevo poder, fueron las líneas maestras de su programa de transformación radical para el casco urbano del interior. Para el exterior desechó rápidamente toda la obra de Castro, pues consideraba que encorsetaba el crecimiento de la ciudad, salvo la ubicación del límite exterior del Ensanche, el foso, que lo sustituyó por una alameda para garantizar una rápida y eficaz comunicación circular.

La decisión de mayor calado fue derribar las tapias que aún cercaban a la ciudad, para pasmo del gabinete revolucionario. La supervivencia de esos viejos adobes hasta 1868 era, a su entender, el símbolo evidente de la indolencia reinante en la etapa isabelina. Años proclamando el comienzo de una nueva ciudad y las autoridades aún no se habían atrevido a ordenar la desaparición de una frontera fósil que dividía a los madrileños en dos clases, en ciudadanos de primera y de segunda, y que causaba graves trastornos para la comunicación. De hecho, los vecinos de las Peñuelas venían quejándose de esta situación desde el año 1863, cuando lanzaron un llamamiento desde la prensa para que se pusiera fin a esta división perniciosa, o al menos que se procurara una solución transitoria, una vez que habían sido proclamados como un barrio más de la capital.

---

<sup>94</sup> FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel: *El futuro Madrid: paseos mentales por la capital de España, tal cual es y tal cual debe dejarla transformada la revolución*, Imprenta de la Biblioteca Universal Económica, Madrid, 1868 (edición facsímil de 1975); y *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*, La Ilustración Española y Americana, Madrid, 1876 (edición facsímil de Ediciones Monterrey, 1982).

*“Los vecinos del barrio de las Peñuelas sufren grandes perjuicios e incomodidades por no poderse comunicar con el centro de Madrid a ciertas horas de la noche, sin dar un gran rodeo para entrar por las puertas de Atocha o la de Toledo. Con este motivo, se ha solicitado permiso de la autoridad para que se conceda la entrada y salida a los vecinos de dicho barrio por el portillo de Embajadores, siquiera sea con ciertas condiciones, y es de esperar que sea atendida su razonable pretensión.”*

*La Esperanza*, 25 de marzo de 1863

Una vez echadas abajo las tapias, Fernández de los Ríos abogaba porque Ayuntamiento y Gobierno adecentaran las nuevas zonas, las surcaran con buenas vías de comunicación, trasladaran a los extremos dependencias importantes para incitar a comerciantes e industriales a establecer allí sus fábricas y negocios, y se concediera libertad absoluta a los propietarios para promover la construcción privada, que llenaría de vida los nuevos espacios, *“adoptando un término medio entre la escandalosa anarquía que se ha permitido en Chamberí, en las Peñuelas y en otros puntos, y la absurda regularidad que se quiere imponer a la continuación de los barrios de Salamanca y de Atocha; obrando, en fin, con inflexibilidad en punto a rasantes y alineaciones, pero dejando en todo lo demás la libertad completa”*. Una libertad que iba acompañada por una propuesta utópica para la mejora de las condiciones de vida de las clases bajas: en el proceso de segmentación social de los nuevos espacios, a cada familia obrera debía corresponderle una casa modesta con un jardín. Si la propuesta de Castro se había mostrado irrealizable en poco tiempo, más quiméricos parecían los sueños revolucionarios de Fernández de los Ríos.

El Ayuntamiento del Sexenio apostó claramente por la vía de los arrabales y la vejación de las prerrogativas que estructuraban el proyecto de Castro. El 29 de enero de 1869 se admitieron, sin tocarles una teja, las rasantes y alineaciones de las Peñuelas<sup>95</sup> y de Chamberí, que tan batalladoras se habían mostrado en los años anteriores, para regocijo de personas como don Luis Pané y Pinilla, que ya no tendría que decir a sus hijos que les tiraban la casa y hasta podría construir la nueva que le habían denegado. También eran días felices para los carpinteros Ramón Suárez y Feliciano Moya, los albañiles Gregorio Méndez y Pedro Pérez o el francés Juan Labourdette, que ya no tendría que buscar una nueva ubicación para sus caballerizas y su taller de carruajes. En 1873 se acordó el reconocimiento legal de todas las construcciones existentes en los terrenos del Ensanche, tanto si cumplían las normas urbanísticas como si no lo hacían. Todo valía. La permisividad con los constructores se extendió y se generalizaron las violaciones a las antiguas normativas que garantizaban una vida más cómoda y saludable para el ciudadano. Se acabaron los jardines interiores y las plazas entre las grandes avenidas, que robaban un espacio precioso y caro. Las calles se apretaban más si cabe y los edificios arañaban nuevas alturas. Ahora los

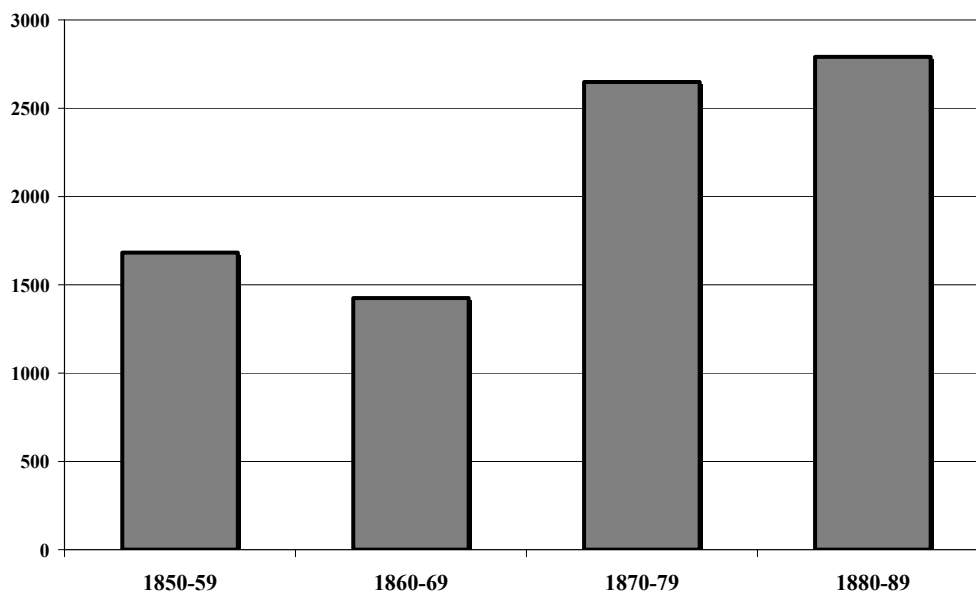
---

<sup>95</sup> Fuente: AVM, Secretaría, 4-192-109.



beneficios estaban al alcance de la mano para inversores y promotores y el mundo de la construcción despegó con fuerza a partir de la Restauración, una vez que regresó la calma tras las tempestades revolucionarias del Sexenio.

#### Licencias de obras expedidas por el Ayuntamiento de Madrid (1850-1889)



[Figura 1.5. Fuente: Elaboración propia a partir de datos ofrecidos por Ángel Bahamonde y Julián Toro.<sup>96</sup>]

Los encargos a maestros de obras, albañiles y canteros, comenzaron a manar como nunca antes lo habían hecho y el mundo de la construcción volvió a disfrutar de una época dorada. La locomotora de Madrid arrancó para dar comienzo a una etapa de expansión que llevó a la eclosión de la gran ciudad de principios del siglo XX. Ése fue el gran logro del Ayuntamiento del Sexenio, dar el impulso definitivo a una ciudad agarrotada, aunque a un coste muy alto. Los hombres del 68 fracasaron estrepitosamente en todos los grandes proyectos de modernización que tenían reservados para el *futuro Madrid*: no quedó rastro alguno de los sueños de una gran plaza de Europa, ni del Panteón de Hombres Ilustres, ni de los elegantes bulevares al estilo parisino.<sup>97</sup> Su magro legado se redujo al derrumbe de unas viejas tapias, decir sí a los arrabales, inaugurar un tranvía de mulas y dar manga ancha para que los propietarios hicieran y deshicieran a su antojo, en pos del lucro y del enriquecimiento personal. Sólo así se consiguió que Madrid creciera y que los nuevos barrios del Ensanche empezaran a cumplir con el propósito para el que habían nacido: acoger a los nuevos habitantes de la capital. Y lo hicieron: si en 1860 asentaban a casi 11.000

<sup>96</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía...*, *Op. Cit.*, pág. 217.

<sup>97</sup> JULIÁ DÍAZ, Santos, RINGROSE, David y SEGURA, Cristina: *Madrid...*, *Op. Cit.*, pp. 405-432.

personas para una población de casi 300.000, en 1878 albergaban a 44.000 personas más, cuando la ciudad en conjunto había incrementado su población en 100.000 almas.

<b>Crecimiento del Ensanche madrileño (1860-1878)</b>						
<b>Zonas de Ensanche</b>	<b>Población</b>			<b>Número de edificios</b>		
	<i>1860</i>	<i>1878</i>	<i>Índice crecimiento</i>	<i>1860</i>	<i>1878</i>	<i>Índice crecimiento</i>
Total	10.700	54.656	411%	784	1.872	139%
Sur	3.701	15.701	324%	277	450	63%
Norte	5.007	23.593	371%	357	971	172%
Este	1.992	15.362	671%	150	451	201%

[Figura 1.6. Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de empadronamiento municipal, sección Estadística, AVM. Los datos referidos al Ensanche Norte y Este pertenecen a las investigaciones de Rubén Pallol y Borja Carballo, respectivamente.<sup>98</sup>]

Madrid iniciaba su andadura para convertirse en un gran Madrid, pero lo hacía una vez más con el paso cambiado y torcido. El Ensanche acogía en mayor medida que antes a los nuevos habitantes, pero no en las cantidades ni en las formas previstas. Se construía a buen ritmo en los nuevos barrios, pero reproduciendo en algunos de ellos todos los males que habían caracterizado al viejo casco del interior, mientras extensas parcelas permanecían desnudas y degradadas. Las decisiones adoptadas durante los años del Sexenio parecían indicar que ya no importaba el resultado final de todo aquello, que los sueños por hacer de Madrid una ciudad más saludable para las personas, donde se pudiera respirar sin morir en el intento, eran solamente eso, sueños. Madrid necesitaba ensancharse, aunque fuera mal y por las bravas, antes que permanecer titubeante. Era la enésima oportunidad que se iba al limbo para hacer de la capital una ciudad mejor.

<sup>98</sup> CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Editorial Complutense, Madrid, 2008.



## 1.4 Caminando hacia una ciudad dividida

Madrid creció de forma desigual, como también le ocurrió a otras grandes capitales. El XIX fue el siglo de las grandes ciudades europeas, de Londres, de París, de Viena, la época de los grandes cambios, del gran salto.<sup>99</sup> Su acelerado crecimiento demográfico fue posible gracias a la confluencia en sus antiguos cascos de miles de inmigrantes, que procedían de los más diversos lugares y, en ocasiones, de países o continentes lejanos.<sup>100</sup> Las ciudades se convirtieron en la bandera de los cambios asociados a la industrialización: fueron el gran escenario donde irrumpieron las novedades y las invenciones, donde nacieron las modas que acabaron triunfando.

Los cambios fueron vertiginosos en algunos casos y dieron pie a nuevas concepciones sobre la vida urbana, a planes urbanísticos que pretendían evitar un crecimiento anárquico y descontrolado de la población y, al mismo tiempo, realzar la imagen de la ciudad con amplias avenidas, espacios públicos abiertos y edificios magnos y deslumbrantes.<sup>101</sup> El advenimiento de las masas y los adelantos tecnológicos transformaron de raíz los viejos pilares sobre los que se sustentaban las ciudades. La telegrafía, el ferrocarril, los tranvías, los motores de combustión interna, el gas, la energía eléctrica, el agua corriente, los elevadores mecánicos, etc. Una inagotable lista de factores que modificaron progresivamente la forma de entender las ciudades y la vida de las personas en ellas. La importancia del proceso no radica en el simple crecimiento demográfico del mundo urbano, sino en el inicio de una completa transformación de su naturaleza interna, de las formas de organización de la sociedad y de relación entre las personas.

El concepto de *walking city* colapsó a finales del siglo XIX. Salvo gigantes como Londres y París, la mayoría de las poblaciones europeas, como

<sup>99</sup> LEES, Andrew y HOLLEN LEES, Lynn: *Cities and the making of Modern Europe, 1750-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007; LEES, Andrew: "Broad views of the urban past in Europe and its extensions" en *Urban History*, nº 34 (2007), pp. 347-352.

<sup>100</sup> ACKROYD, Peter: *Londres: Una biografía*, Edhasa, Barcelona, 2002; WHITE, Jerry: *London in the 19th Century. A human awful wonder of God*, Vintage books, Londres, 2007.

<sup>101</sup> BOWIE, Karen (Ed.): *La modernité avant Haussmann. Formes de l'espace urbain à Paris (1801-1853)*, Editions Recherches, París, 2000; DES CARS, Jean y PINON, Pierre: *Paris-Haussmann: "le pari d'Haussmann"*, Éditions du pavillon de l'Arsenal et Picard, París, 1991; GAILLARD, Jeanne: *Paris, la ville (1852-1870)*, L'Harmattan, París, 1997; HARVEY, David: *Paris, capital of modernity*, Routledge, Taylor & Francis Group, New York, 2006; JENKINS, Lloyd: "Utopianism and urban change in Perreymond's plans for the rebuilding of Paris" en *Journal of Historical Geography*, nº 32 (2006), pp. 336-351; ALBERS, Gerd: "Urban development, maintenance and conservation: planning in Germany (values in transition)" en *Planning Perspectives*, nº 21 (2006), pp. 45-65; ATKINSON, David y COSGROVE, Denis: "Urban Rhetoric and Embodied Identities: City, Nation, and Empire at the Vittorio Emanuele II Monument in Rome, 1870-1945" en *Annals of the Association of American Geographers*, nº 88 (1998), pp. 28-49; SCHORSKE, Carl E.: *Viena fin-de-siècle: política y cultura*, Gustavo Gili, Barcelona, 1981.

Madrid, se habían apiñado en riñones amurallados que fueron abarcables a pie durante la mayor parte de la centuria. En su interior, las diferencias entre las calles siempre habían existido. Los terrenos no valían lo mismo en las cercanías de la Puerta del Sol, o del Palacio Real, que en los barrios de Lavapiés o Maravillas. Las casas también marcaban pronunciadas desigualdades socioeconómicas. Nada tenían que ver los palacetes de la calle Mayor, cúspide del triunfo social, con las corralas populares de Embajadores o los edificios de vecindad, omnipresentes en todos los barrios.

El edificio de vecindad era la vivienda característica de la época, estructurada en una distinción vertical del alojamiento en función de los alquileres: los bajos alojaban talleres o tiendas; los principales correspondían a las viviendas más grandes y caras, destinadas a propietarios, comerciantes, abogados, etc.; y los pisos superiores achicaban en espacio y coste a medida que ascendían, hasta llegar a las buhardillas y sotabancos, último refugio para jornaleros, lavanderas viudas o artesanos empobrecidos. Pero tales contrastes no se reflejaban en un distanciamiento físico insalvable de las personas: todos los barrios, incluidos los “más caros”, escondían calles secundarias, estrechas y retorcidas, donde se agrupaban corralas o edificios de mala calidad. Y en los barrios más populares pervivían casas que descollaban por encima del resto y hasta algunos palacetes desperdigados.<sup>102</sup> Los niveles de vida de las personas podían variar de forma abismal, pero unos y otros se rozaban cada mañana en la escalera vecinal o en las calles del barrio.

Sin embargo, el fulgurante crecimiento humano de la segunda mitad del siglo conllevó una ampliación del cuerpo de la ciudad. Ya no entraban más personas entre los murallones que encorsetaban a la población. Los planes urbanísticos que se urdieron contemplaron la remodelación de viejos espacios del interior, como la reforma de la Puerta del Sol madrileña, y especialmente el diseño y construcción de nuevos espacios más allá de los antiguos límites. Una expansión que desarrolló una forma de vida urbana totalmente distinta a la anterior: la separación física de los grupos sociales en el espacio. Ese proceso se cimentó en las características de los terrenos (no era lo mismo una suave loma que un abrupto barranco) y en los usos del suelo, recogidos en la Memoria de Castro como referencia para su desarrollo posterior y su valorización en el mercado.

Desigualdades iniciales que se incrementaron desde la legislación urbanística aprobada, orientada a contentar a los propietarios de los terrenos y a conceder manga ancha a los comportamientos del mercado inmobiliario. La Ley de Ensanche de 1864, que establecía las normas urbanísticas de aplicación general a todo proyecto de ensanche que viera la luz en España, minó todas las medidas del proyecto de Castro que pretendían hacer de Madrid una ciudad más

---

<sup>102</sup> HAUSER, Philip: *Madrid bajo el punto de vista médico-social*, 2 Vols., Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1902 (edición facsímil de Editora Nacional, 1979).

habitable.<sup>103</sup> Junto a la ley de 1864, su Reglamento de 1867 implantó un sistema de financiación que estuvo vigente en el desarrollo de cada ensanche ratificado, incluyendo los ya existentes de Madrid y Barcelona.<sup>104</sup> La nueva ley cargó el peso económico de las ampliaciones urbanas sobre los hombros de las arcas municipales. El Ayuntamiento quedaba en la obligación de dotar a los nuevos barrios de todos los servicios públicos necesarios, pero dada la enormidad de los gastos previstos y la penuria crónica de las arcas municipales, era una solución irrealizable. Para remediarlo, se acordó que el Estado cedería a los ayuntamientos los impuestos que se pagaran por todo edificio construido en la zona de Ensanche durante veinticinco años. Esos impuestos eran la contribución anual que todo propietario de bien inmueble pagaba anualmente y servirían para que los ayuntamientos tuvieran los ingresos necesarios para instalar el alcantarillado y pavimentar las calles de los nuevos barrios.

La finalidad era crear un sistema autárquico que se financiara a medida que progresara la urbanización de los terrenos. Es decir, las nuevas infraestructuras y los servicios públicos irían haciéndose realidad al mismo ritmo que la edificación floreciese. Cuantos más edificios se construyeran, mayor sería la cuota de ingresos procedentes de la contribución territorial, los cuales serían invertidos en los nuevos barrios para acondicionarlos y mejorar la vida de las personas allí asentadas. El sistema ideado no sólo se retroalimentaba, sino que además podía ejercer un cierto papel compensatorio si se destinaba parte de lo recaudado en las zonas más caras a mejorar las condiciones de los terrenos más degradados. Así por ejemplo, con el dinero que sobrara de una zona lujosa como la Puerta de Alcalá, una vez pavimentadas las calles y establecido el alcantarillado y el alumbrado público, se podían colmatar los barrancos de las Yeserías o cubrir los pozos negros de Vallehermoso o las Injurias, lugares donde la recaudación era infinitamente más baja y los ingresos obtenidos eran insuficientes.

Sin embargo, nunca se tuvo en cuenta esa posibilidad y la ley lo prohibió taxativamente, al dividir el Ensanche en zonas económicas independientes. La Ley de Ensanche de 1876, de aplicación para todo el Estado, limitó el número de zonas divisibles en cada proyecto de Ensanche a un total de tres, que en el caso

---

<sup>103</sup> La ley permitía incrementar el número de pisos de cada edificio a cuatro, reducir la anchura de las calles o construir calles privadas interiores. Además, redujo la cifra del 50% de terreno no edificable de cada manzana, destinado a jardines, a un 30 o un 20% y liquidó toda localización de servicios públicos, a cargo del Estado, conservando sus poseedores el libre uso de la propiedad. *Disposiciones oficiales acerca del Ensanche de las Poblaciones en general y del de Madrid en particular*, Oficina Tipográfica de los Asilos de San Bernardino, Madrid, 1869, AVM, Secretaría, 6-143-48.

<sup>104</sup> MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1982; VV. AA.: *Cerdá y su influjo en los ensanches de poblaciones*, Madrid, Ministerio de Fomento, Centro de Publicaciones, 2004; DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1986; CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Editorial Complutense, Madrid, 2008.

de la capital se correspondían con las partes norte, este y sur. De esta forma, el sistema de financiación aprobado agigantó las disparidades de partida y fue el factor decisivo en el creciente abismo de desigualdades que se abrió entre los nuevos barrios de Madrid. Como la contribución territorial pagada por los propietarios se gravaba en función de la calidad de las edificaciones y la cuantía de los alquileres, y no del número de habitaciones o de habitantes, aquellos barrios que contaban con inmuebles más lujosos, que tenían más valor por su mayor facilidad para la edificación, por su cercanía a la ciudad o por la tradición adquirida en los usos del suelo, atraían promociones inmobiliarias de mayor calidad, aunque albergaran menos población. La parte este, que contaba con lugares como la Castellana, la Puerta de Alcalá o el Retiro, contaba con enormes cantidades de ingresos. Los edificios que en ella se construían tenían un valor muy alto y sólo entre 1869 y 1876 generaron más del doble de ingresos que la parte norte y cuadruplicaron los rendimientos de los modestos inmuebles de la parte sur (figura 1.7).

<b>Resumen de ingresos y gastos del Ensanche de Madrid (1869-1876)</b>						
<b>Zonas</b>	<b>Ingresos</b>	<b>Ingresos por edificio</b>	<b>Diferencia zonal</b>	<b>Gastos</b>	<b>Gastos por habitante</b>	<b>Diferencia zonal</b>
<b>Este</b>	1.230.924	2.729,3	<b>+ 345,5%</b>	2.189.593	142,5	<b>+ 1.004,7%</b>
<b>Norte</b>	1.039.651	1.070,7	<b>+ 74,8%</b>	1.575.282	66,8	<b>+ 417,8%</b>
<b>Sur</b>	275.672	612,6	<b>0,0%</b>	202.009	12,9	<b>0,0%</b>

[**Figura 1.7.** Fuente: AVM, Contaduría: 3-785-1 y padrón municipal de 1878 (1880 para la zona norte). Los datos de ingresos y gastos están expresados en pesetas y el cálculo de “ingresos por edificio” y “gastos por habitante” están obtenidos con los datos de los padrones de 1878 de cada una de las zonas. Para establecer las diferencias entre unas y otras se toma como referencia el Ensanche Sur.]

Eso posibilitaba que el Ayuntamiento gastara infinitamente más dinero en una persona que viviera en la calle Serrano que uno que viviera en el paseo de las Delicias. Los vecinos de los barrios de Salamanca o Retiro tenían dinero más que suficiente para disfrutar de unas calles perfectamente pavimentadas y acondicionadas, farolas de gas desde el minuto uno y agua corriente en todos los edificios. Todos los servicios disponibles a su alcance y aun les sobraba dinero. Unos caudales que podían haber sido destinados por el Ayuntamiento para remediar la penosa situación de otras zonas donde la recaudación era irrisoria por la pobreza de las edificaciones. Una solución que hubiera beneficiado a la mayoría de la población y que fue imposible gracias a la legislación liberal aprobada. Un sistema que no corregía los desequilibrios, sino que los aumentaba vertiginosamente y agudizaba la segregación: la Castellana o la Puerta de Alcalá

eran cada día más ricas, lujosas y majestuosas, mientras que Vallehermoso, Cambronerías, las Injurias o las Peñuelas eran abandonados a una situación de extrema carestía y miseria, condenados a convertirse en los rincones negros del nuevo Madrid.

Las consecuencias de aquellas decisiones se pagaron años después, cuando Madrid se convirtió en una gigantesca colmena donde *“aún se conservan muchas habitaciones que no reciben luz ni aire directos, y donde es indispensable vivir a oscuras o tener todo el día luz artificial, no ya sólo en los barrios del antiguo Madrid, sino en los barrios nuevos, obra de especuladores sin entrañas”*.<sup>105</sup> Era el triste corolario por haber *“ido edificando casas aquí y allá, al antojo de los propietarios. Se han ido trazando calles conforme a la alineación del momento y, después, cuando ya no había sino que atenerse a lo construido, se ha tratado de regularizarlo componiendo calles con aquellas casas sueltas, y barrios con aquellas calles a la ventura”*. El resultado para el periodista que redactó el artículo no podía ser otro que *“un ensanche heterogéneo, desordenado, anárquico más bien, sin otra base que la fuerza de los hechos consumados.”*<sup>106</sup>

La polvareda levantada con tanta contienda entre políticos, ingenieros y propietarios, con los proyectos abandonados o descafeinados, con las sucesivas leyes rectificando a las anteriores y con tantos sobornos y corruptelas bajo manga, había degenerado en una ciudad gigantesca, pero atenazada por problemas calcados a los de la época isabelina. A finales del siglo XIX, Madrid desprendía un *tufillo de cultura europea*,<sup>107</sup> motivado por los *saltos caprichosos* que desde el 68 se venían sucediendo, pero conservaba sus pies de barro, picados por el hacinamiento y la insalubridad y en un estado mucho más grave y acuciante si cabe. Ya no era una diminuta ciudad encerrada por sus viejas tapias de adobe, sino un gigante que se había nutrido de la afluencia masiva de miles de inmigrantes, los grandes protagonistas del crecimiento de Madrid, que insuflaron vida y calor a los nuevos barrios del Ensanche. Barrios que tuvieron un desarrollo económico y social desigual y en torno a los cuales se creó una realidad y una imagen diferentes entre sí.

*“¿Quién le seguirá a las casas de dormir, a las compañías del Rastro, a los bodegones, a las tabernas, a los tejares y chozas de la Arganzuela y las Yeserías, a la vagancia, a las rondas del Sur, inundadas de estiércol, miseria y malicia?”*

Benito Pérez Galdós, *El doctor Centeno*, 1883.

<sup>105</sup> HAUSER, Philip.: *Madrid bajo el punto de vista médico social*, 2 Vols., Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1902 (edición facsímil de Editora Nacional, 1979).

<sup>106</sup> Fuente: *La Época*, 20 de octubre de 1890.

<sup>107</sup> PÉREZ GALDÓS, Benito: *Lo Prohibido*, Madrid, 1884-1885.



## CAPÍTULO 2

### LAS HUELLAS DEL CAMINO

*“El tren iba aminorando su marcha, pasaba por delante de las barriadas pobres y de casas sórdidas. Se deslizó el tren entre filas de vagones y apareció la estación del Mediodía. Descendieron los viajeros, bajó Manuel con su fardelillo de ropa en la mano, siguió luego a la gente, que marchaba de prisa, con líos y jaulas, hacia una puerta...”*

Pío Baroja, *La lucha por la vida. La busca*, 1904.

#### **2.1 Con el hatillo al hombro. Migraciones y movilidad en la segunda mitad del siglo XIX**

El señor Pío oteó por primera vez los tejados de Madrid en 1852, una inmensa mole a sus ojos que comenzaba a desperezarse a base de obras y reformas. Por aquel entonces era un joven con energías y osadía, atrevido para lanzarse a la ventura de abandonar el refugio de su pequeño pueblo y engolfarse en el desconocido océano de la capital. Atrás quedaba Castrillo de la Vega, la villa burgalesa que le vio nacer, con sus tierras sembradas de viñedos y sus bodegas, umbrías y antiquísimas, que conservaban fresco el buen vino de la comarca, en las fértiles riberas del río Duero. Un buen día decidió hacer el petate, cuando aún tenía fuerzas para labrarse un futuro mejor al que le ofrecían las piedras de Castrillo. Se había casado con Tomasa Cid, una joven moza de Hontangas, una diminuta aldea a 8 kilómetros de su pueblo. A igual distancia quedaba la sombra de los tejados de Aranda de Duero, la pequeña capital de la comarca, pero el joven matrimonio acordó desecharla como alternativa. De pasado esplendoroso y deprimido presente, era una de tantas ciudades castellanas

venidas a menos, con poco más de 4.000 habitantes por entonces y con las mismas actividades agrarias que Pío podía desempeñar en Castrillo.

Puestos a volar, decidieron hacerlo a lo grande y fijaron sus miras en la capital del país. Pío Paul Carrasco inició su arriesgada aventura madrileña con 32 años y Tomasa, su esposa, con 28. Los primeros pasos debieron ser duros, muy difíciles, como no podía ser de otra forma para un joven matrimonio campesino, pobre, que no había conocido en su vida más que el cultivo de viñedos y cereales. Pero aún no tenían hijos por los que desvivirse y fueron perseverantes en su decisión. Apretados, que no ahogados, y sonreídos en parte por la fortuna, su llegada no pudo ser más oportuna.

Madrid bullía en obras que comenzaban a lavar su faz urbana, después de tantos años de postración y desidia. Pío no tenía idea de albañilería, pero estaba dispuesto a todo, a tirar paredes, cargar con escombros, transportar ladrillos o hacer cemento y yeso. Cualquier cosa con tal de ganar dinero y poder afincarse de manera definitiva y más estable. Y lo consiguió. A base de encadenar encargos y contrataciones como jornalero en tajos y obras fue conociendo cada rincón de la ciudad: desde las zonas más caras e inaccesibles a los mil y un vericuetos de los barrios más populares, hasta dar con el arrabal de las Peñuelas, más allá de las viejas tapias, donde se fue con Tomasa en 1859. Allí era capaz de pagar el alquiler de la vivienda con su jornal, siempre inseguro, eternamente menguado y mísero. Además, el arrabal era como una vuelta a los orígenes gracias a sus casas bajas, de adobe encalado la mayoría, gemelas a las de su perdido Castrillo, con huertas, tierras de cultivo y descampados por doquier. Aire libre que daba un respiro a esas gentes criadas en las amplitudes castellanas, tan poco hechas al estrépito urbano y al constreñimiento madrileño, pero con la enorme ventaja de vivir a la sombra de un gigante. Pío tenía al alcance de la mano la Puerta del Sol, la Plaza Mayor o la de la Cebada, bazares de contratación informales para cientos de jornaleros a la caza de algún trabajo, como él, cuyos desvelos se redoblaron ese año de 1859, cuando su esposa quedó embarazada.

Serafín nació en las Peñuelas en 1860, en una casa baja y alargada, de las más pobres del arrabal, donde su padre tenía alquilado un cuarto por un duro al mes. Como si fuera un signo premonitorio que fuera a vincularlos de por vida, el pequeño nació justo cuando las Peñuelas recibía el bautismo legal como zona de Ensanche de la ciudad. Fue uno de los primeros madrileños nacidos en las Peñuelas como nuevo barrio madrileño, hijo de una pareja de inmigrantes, una de las miles que repoblaron Madrid en la segunda mitad del siglo XIX con una intensidad inusitada.<sup>1</sup> El proyecto reformador de la década de los años 50, culminado durante el Sexenio, puso fin a aquella capital diminuta que se negaba a crecer, encerrada y postrada en el vagón de cola de un proceso urbanizador a escala europea, de gran intensidad en Gran Bretaña desde principios del siglo, al

---

<sup>1</sup> La reconstrucción de la trayectoria de la familia Paul Cid, así como las del resto de personas que aparecerán a lo largo del capítulo, se ha logrado a través de la información proporcionada por los padrones municipales, conservados en la sección de Estadística del Archivo de Villa de Madrid (AVM).



calor de la revolucionaria locomotora industrial, y entre los grandes trasatlánticos continentales, como Berlín o París. En el ámbito mediterráneo sus principales capitales apenas se removían de sus asientos de 1800 y el mayor empuje provenía de otras ciudades como Milán o Barcelona. Un panorama que Madrid volteó pasado el ecuador de la centuria, cuando empezó a mostrarse como una de las urbes más dinámicas y lograba aferrarse a los ritmos frenéticos de la urbanización europea, gracias a las bases cimentadas en esas dos décadas.

<b>Evolución demográfica de las principales ciudades europeas (1800-1880)</b>						
Ciudad	Población 1800	Población 1850	Índice crecimiento 1800-1850	Ciudad	Población 1880	Índice crecimiento 1850-1880
Liverpool	80.000	376.000	370,00	Berlín	1.122.000	167,78
Manchester	90.000	303.000	236,67	París	2.269.000	115,48
Berlín	172.000	419.000	143,60	Lyon	377.000	112,99
Londres	1.117.000	2.685.000	140,38	Barcelona	346.000	97,71
París	547.000	1.053.000	92,50	<b>Madrid</b>	400.000	<b>81,00</b>
Milán	135.000	242.000	79,26	Londres	4.770.000	77,65
Lyon	110.000	177.000	60,91	Roma	300.000	71,43
Barcelona	115.000	175.000	52,17	Manchester	462.000	52,48
Amsterdam	201.000	224.000	11,44	Liverpool	553.000	47,07
<b>Madrid</b>	200.000	221.000	<b>10,50</b>	Amsterdam	326.000	45,54
Roma	163.000	175.000	7,36	Milán	322.000	33,06

[Figura 2.1. Fuente: Elaboración propia a partir de datos de Brian Mitchell<sup>2</sup> y del INE.]

A raíz de la aprobación de su proyecto de Ensanche, y de la posterior legislación urbanística que lo impulsó, la capital española erigió uno de los pilares más firmes de su modelo de crecimiento: el sector de la construcción. El nuevo mercado inmobiliario generaba fabulosas ganancias a los inversores que decidían colocar los ingresos obtenidos en el comercio o en la industria; era un refugio seguro para los capitales procedentes de las rentas patrimoniales; era un negocio muy interesante gracias al cobro de los alquileres por las viviendas construidas; y, en definitiva, era un potente motor para la economía madrileña al crear miles de puestos de trabajo y atraer, con ello, a más gente de las provincias. Solventadas las guerras del Ensanche durante el Sexenio a favor de los arrabales y alcanzada una estabilidad política y social con la Restauración borbónica, la ciudad se lanzó a una decidida expansión de su caserío,<sup>3</sup> que se tradujo en un despegue definitivo de su población hasta convertirse en la gran urbe de principios del siglo XX. Más casas para alojar a más personas, que generarían mayores ingresos y más trabajos, lo que a su vez atraería a más gente aún. Una

<sup>2</sup> MITCHELL, Brian: *International Historical Statistics. Europe, 1750-2005*, Palgrave MacMillan (6ª edición), London, 2007.

<sup>3</sup> MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1982.

engrasada rueda que se retroalimentaba a la perfección y que disponía de más radios, de otras vías de desarrollo y atracción.

Juan Labourdette, el mayor, como cabeza visible de la Casa Labourdette en Madrid, estaba habituado a recibir frecuentes visitas por parte de su extensa parentela francesa desde la región próxima a Pau, en el bajo Pirineo francés. Generalmente eran jóvenes sobrinos con menos de 20 años que pasaban cortos periodos, de unos meses tan sólo, como Henri, que llegó en 1872 de su París natal con tan sólo 17 años, o como Gastón, otro sobrino de Juan, que bajó de la bamboleante diligencia para pisar el adoquinado madrileño en 1864. Nacido en Navarrenx diecisiete años antes, el joven Gastón Labourdette pasó casi dos años de su vida aprendiendo del buen hacer comercial de sus tíos, conociendo los avances y las innumerables carencias de la capital española y, sobre todo, aplicándose a sus estudios para labrarse un futuro de provecho.

La casa de sus tíos se hallaba en el nº 5 del Paseo de Santa María de la Cabeza y desde allí podía observar, cada mañana, el trasiego de los trabajadores que se dirigían hacia la nueva estación de Atocha. El rumor de los talleres de reparación y de las cocheras de máquinas no hacía sino presagiar cambios inminentes y trascendentales. El porvenir se forjaba, a ojos vista, entre los hierros de aquel gigante del transporte que terminaría por jubilar a diligencias, galeras o reatas de mulas. Su halo de humo y estridentes pitidos atraía, como un fanal de miel, a legiones de trabajadores llegados de todos los rincones. El ferrocarril concitaba oportunidades de trabajo, de aprendizaje y de crecimiento personal y profesional, de ascenso social. En definitiva, billetes para la prosperidad. Todo este mundo daba sus primeros pasos en Madrid cuando Gastón, bisoño estudiante sensible a todo lo que sucedía a su alrededor, se alojó por primera vez en casa de su tío.

Aquellos dos años de vida española no cayeron en saco roto y le sirvieron para encaminar sus pasos cuando regresó a Francia. Allí completaría la formación necesaria para acceder a un empleo en alguna de las compañías ferroviarias que expandían sus redes a marchas forzadas. Años después, Gastón Labourdette regresó a Madrid como un hombre que en poco se parecía al colegial de su primera visita. Su conocimiento del idioma y su formación le convertían en un empleado importante para su compañía, la M.Z.A., en su consolidación y expansión como una de las dos grandes empresas ferroviarias españolas. En 1878 Gastón ya no se alojaba en la casa de sus familiares, como en 1864, sino que lo hacía en un principal de la calle Sebastián Elcano, que se abría en perpendicular al Paseo de Santa María de la Cabeza, donde vivían los otros Labourdette, y frente a la estación de Atocha, cuyas vistas aún conservaría, intactas, en la retina de su memoria. Disponía de una criada que atendía todas sus necesidades, gracias a su sueldo de más de 2.000 pesetas anuales. A sus 30 años parecía un joven asentado en la capital, pero sabía que el tiempo podía cambiar, que la compañía requiriera de sus servicios en otro lugar, o que su propia ambición le llevara a cambiar de aires en un momento dado. Todo lo que simbolizaba el sonido de los trenes le había atraído, como a tantos otros, desde muy joven y le había llevado

de un lado para otro, de una ciudad a otra, por estancias más breves o más largas, sin una ruta fijada de antemano.

El ferrocarril y la construcción fueron los dos aguijones que espolearon el despegue demográfico madrileño, dos alicientes añadidos para la atracción de personas foráneas. La inmigración formaba parte de la naturaleza de Madrid desde su coronación como capital del país y había sido la responsable del crecimiento de su población a lo largo de toda la Edad Moderna.<sup>4</sup> El proceso de urbanización español durante el siglo XIX fue lento y tardío en comparación a otros países europeos más desarrollados, y una buena muestra había sido el lánguido caminar de la capital durante la primera mitad de la centuria. Pero ello no implicaba la existencia de una sociedad estática, con unos individuos y unas familias anclados en sus lugares de origen como postes clavados en la tierra. Todo lo contrario. La sociedad mostraba una elevada movilidad antes de que la industrialización y los procesos de modernización asociados a ella tuvieran lugar.<sup>5</sup> Los movimientos de personas entre unas localidades y otras eran intensos y frecuentes, especialmente en los meses de verano. El océano agrario que dominaba el paisaje español ofrecía numerosas oportunidades a cuadrillas de trabajadores, en función de las estaciones de siembra, abono y cosecha del calendario agrícola.<sup>6</sup> La demanda de brazos era muy superior a lo que podía ofrecer el mercado local y se producían riadas de braceros agrícolas desde los pueblos de alrededor, o desde otras provincias, en busca de unos ingresos extraordinarios durante la temporada veraniega, fundamentales para soportar los meses de invierno. También existía una trashumancia manufacturera como los desplazamientos de hilanderos y cardadores aragoneses, los paleros asturianos que abrían acequias y zanjás, y sectores de mineros y obreros fabriles en comarcas de Navarra, Barcelona y Vizcaya durante las primeras etapas de la industrialización.<sup>5</sup>

Junto a estos movimientos estacionales de corta y media distancia, coexistían otras migraciones cuya movilidad también era temporal, aunque por períodos más prolongados en el tiempo. Eran desplazamientos que no estaban motivados por tareas agrícolas y que se dirigían tanto a las ciudades pequeñas y medianas,<sup>7</sup> como a ciudades de gran tamaño. Sus protagonistas solían ser jóvenes

<sup>4</sup> CARBAJO ISLA, María Fernanda: *La población de la villa de Madrid: desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1987.

<sup>5</sup> CAMPS, Enriqueta: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1995; GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, Karmele (eds.): *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1996.

<sup>6</sup> EIRAS, Antonio: "Migraciones internas y medium-distance en España en la edad moderna," en EIRAS, A. y REY, O. Rey (eds.): *Las migraciones internas y medium-distance en la Península Ibérica, 1500-1900*, Xunta de Galicia, Santiago de Compostela, 1994, pp. 37-84; SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: "Las migraciones interiores durante la modernización económica de España, 1860-1930" en *Cuadernos económicos de ICE*, nº 70, (2005), pp. 157-182.

<sup>7</sup> GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel (dir.): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, 2 vols., Fundación BBVA, Bilbao, 2001; MENDIOLA GONZALO, Fernando:

solteros que salían de sus pueblos para aliviar la penuria de la familia por un tiempo y, de paso, ganar un jornal, ahorrándolo casi todo, y regresar al cabo de unos años en una situación más ventajosa para poder fundar un nuevo hogar. Las mujeres entre los 15 y los 25 años era el grupo más numeroso entre esta población foránea que flotaba en la capital de manera temporal. Muchachas jóvenes, algunas de ellas poco más que niñas, que acudían a Madrid con la intención de entrar en alguno de los salones de la nobleza, o de la burguesía capitalina, como sirvientas y doncellas, o como criadas para todo en casas más modestas de las clases medias.<sup>8</sup>

La naturaleza de estos movimientos no contemplaba una permanencia indefinida de las personas en los lugares de destino. Eran migraciones con fecha de caducidad marcada de antemano. Apenas dejaban poso en la ciudad y no contribuían a su crecimiento: sus raíces permanecían en el pueblo y allí regresaban para asentarse y rehacer sus vidas al contraer matrimonio. Madrid sólo era una estación de paso donde ganar un dinero, un lugar del cual había que obtener el máximo provecho posible en un breve espacio de tiempo, como si fuera un huerto de árboles frutales. Evidentemente, la ciudad también sacaba partido de estas remesas de trabajadores fluctuantes, pero era un trasiego que no le sacaba del marasmo demográfico de las primeras décadas del siglo XIX, que no le impulsaría a las vertiginosas cotas de expansión, urbanización y modernización, de grandes urbes como Berlín, París, Londres, Manchester o, incluso, Barcelona.

Los cambios comenzaron a vislumbrarse en el ecuador de la centuria, si no por su novedad, sí al menos por su intensidad. La sobrepoblación del campo español, las sucesivas desamortizaciones, las periódicas crisis de subsistencias y una mejora en las percepciones de conseguir trabajo en la capital y mejorar su nivel de vida, llevaron a miles de personas a encaminar sus pasos hacia Madrid. Los tímidos signos de cambio en los flujos migratorios de las primeras décadas, cristalizados en un ligero aumento de los inmigrantes que se quedaban indefinidamente en la ciudad,<sup>9</sup> dieron paso a un movimiento de tierras profundo e irreversible. Cada día eran más las personas que llegaban a Madrid con la intención de quedarse en ella durante bastante tiempo, quizá para siempre. Desde sus inicios, el Ensanche, como nueva zona madrileña en expansión, fue el mejor exponente del cambio de escenario que estaban provocando los flujos migratorios. La gran mayoría de la población del Ensanche Sur entre los 20 y los

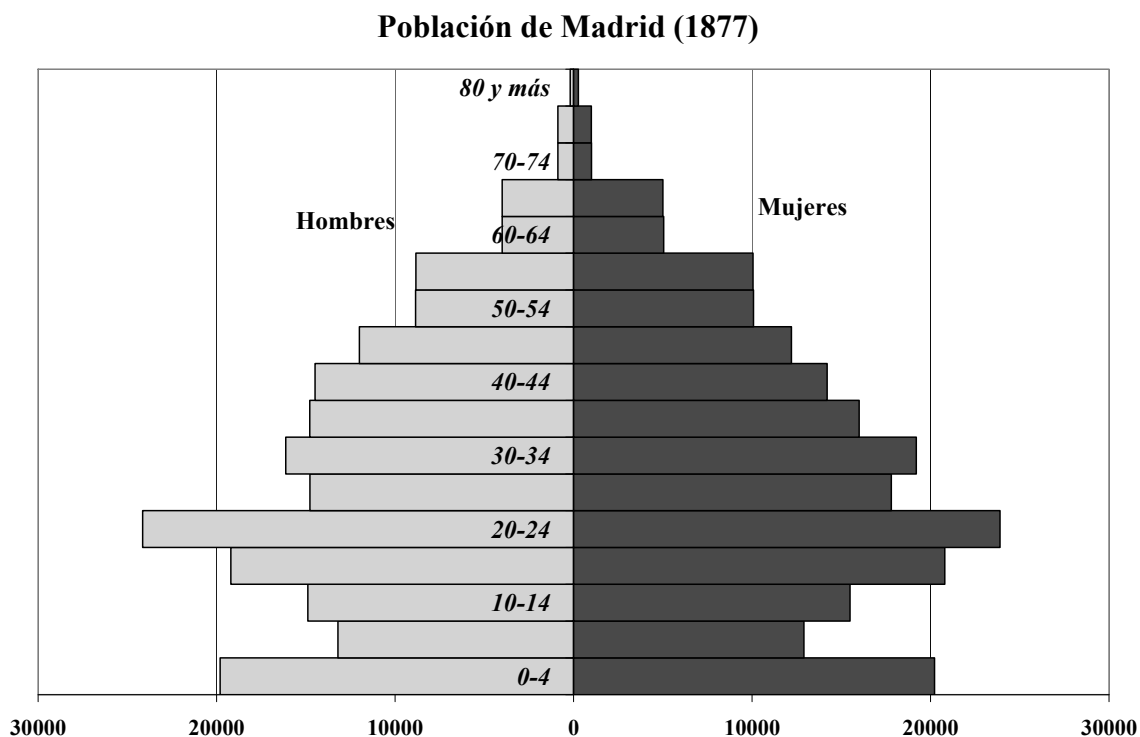
---

*Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización. Pamplona (1840-1930)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2002; REHER, David Sven: *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1970*, Siglo XXI, Madrid, 1988; OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares, 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003.

<sup>8</sup> SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Siglo XXI, Madrid, 1994.

<sup>9</sup> CARBAJO ISLA, María Fernanda: "La inmigración a Madrid (1600-1850)" en *REIS (Revista Española de Investigaciones Sociológicas)*, nº 32, (1985), pp. 67-100.

60 años de edad era forastera. Es decir, el grueso de las personas en edad laboral no había nacido en la ciudad, mientras que los naturales se concentraban en la etapa más tierna de sus vidas. De hecho, una gran parte eran hijos de los propios inmigrantes, que habían acudido a la capital a partir de los 25-30 años, casados y con uno o dos hijos pequeños.

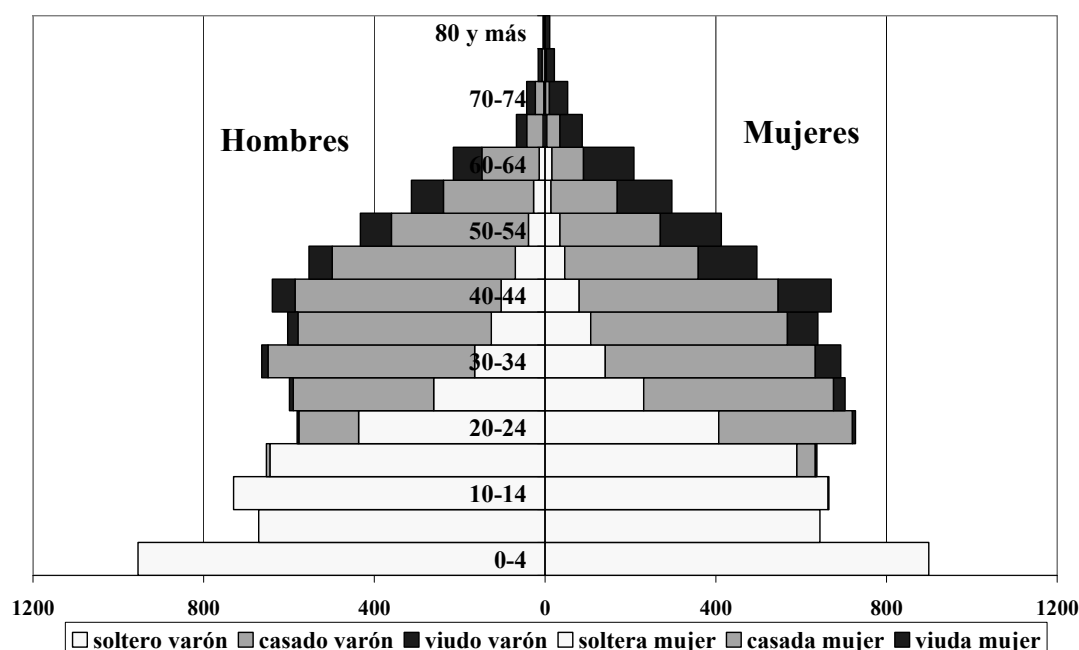


[Figura 2.2. Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del INE, 1877.]

Origen de la población del Ensanche Sur de Madrid				
<i>Hombres</i>	1860		1878	
	Inmigrantes	Madrileños	Inmigrantes	Madrileños
Edad				
0-19	37,20	62,80	34,73	65,27
20-39	79,07	20,93	74,46	25,54
40-59	84,90	15,10	85,28	14,72
> 60	84,75	15,25	88,18	11,82
<i>Mujeres</i>	1860		1878	
	Inmigrantes	Madrileñas	Inmigrantes	Madrileñas
Edad				
0-19	37,58	62,42	34,49	65,51
20-39	81,03	18,97	76,59	23,41
40-59	85,63	14,37	84,22	15,78
> 60	80,65	19,35	89,24	10,76

[Figura 2.3. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal, 1860 y 1878. Los datos están expresados en porcentajes.]

### Población del Ensanche Sur de Madrid por estado civil (1878)



[Figura 2.4. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal, 1878.]

Era una población que nada tenía que ver con aquella otra que sólo se acercaba a la capital por un tiempo, unos meses, a lo sumo un puñado de años, para luego marcharse sin dejar ni rastro. Las jóvenes procedentes del circundante entorno rural seguían acudiendo regularmente para emplearse como criadas y para ello dirigían sus miras al viejo casco urbano, o a unas cuantas manzanas del Ensanche, pero pocas veces se asomaban por los barrios más pobres, donde no hallarían demasiados marqueses ni burgueses dispuestos a contratarlas para su servicio doméstico. Estos barrios eran el territorio de una inmigración distinta, inédita por su gran número y por sus intenciones de permanencia, por sus deseos de echar raíces en la ciudad y no regresar a los pueblos de los que un buen día partieron.

Los orígenes de estos flujos migratorios eran abrumadoramente rurales. El proceso urbanizador español fue más débil en el siglo XIX que en otros países europeos y comenzó más tarde.<sup>10</sup> Por ello, las personas que inundaron las calles de la capital procedían de los infinitos pueblos, villas y aldeas que jalonaban la piel del país por sus cuatro costados. Solamente a partir del siglo XX comenzaron a tener una mayor presencia aquellas personas que procedían de otro contexto urbano, aunque fuera modesto, como eran las capitales de las provincias.

<sup>10</sup> GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.): *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Siglo XXI, Madrid, 1992.

Procedencia de los inmigrantes del Ensanche Sur de Madrid			
Lugar de nacimiento	1860	1878	1905
Capital de provincia	9,20	10,50	13,40
Provincia	90,80	89,50	86,60

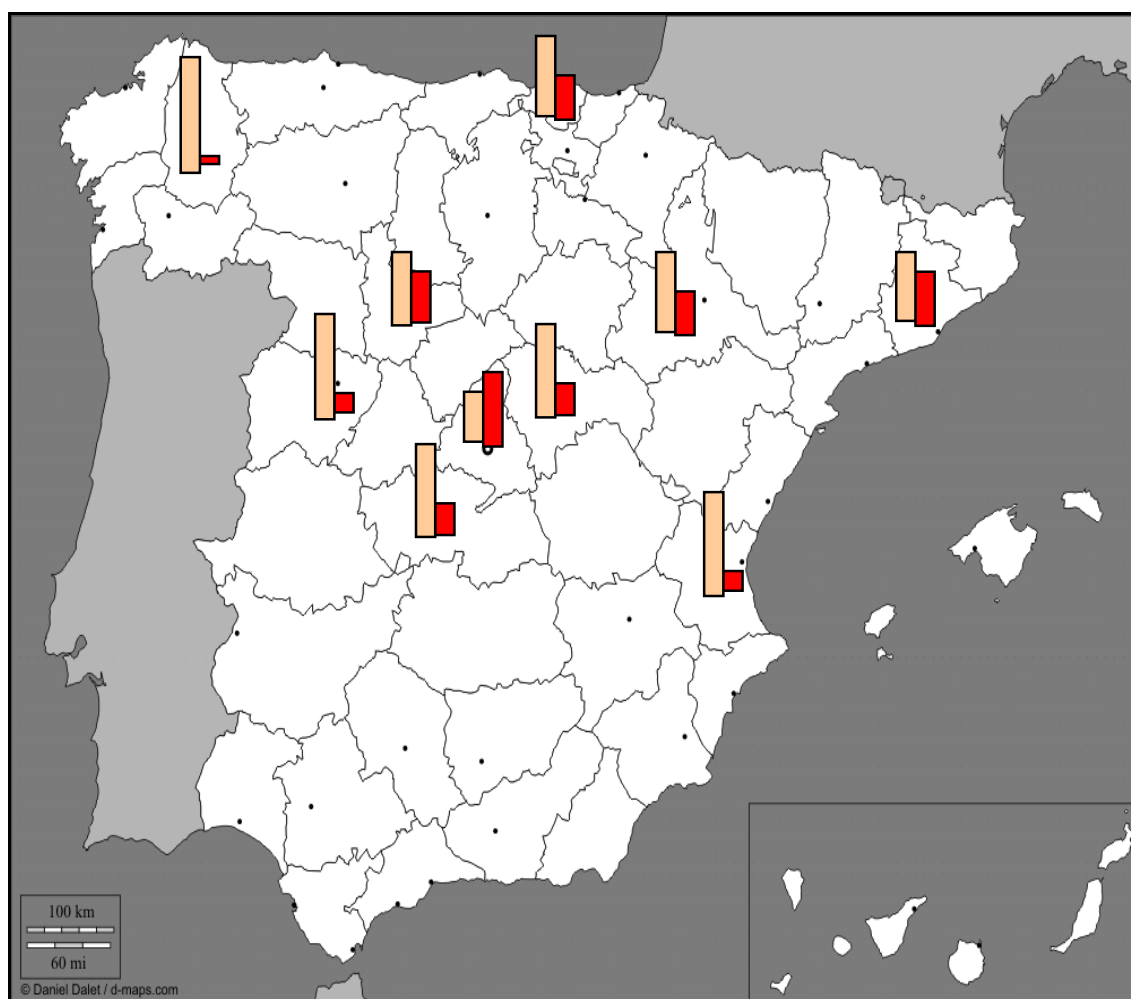
[Figura 2.5. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal, 1860, 1878 y 1905.]

Madrid era la gran ciudad de los inmigrantes: su presencia era mayor que en cualquier otro punto de España, tanto en términos absolutos como en proporción al tamaño de la población. A comienzos de la Restauración, casi dos tercios de sus habitantes habían nacido en otra provincia, mientras que en otras ciudades en auge, como Bilbao, apenas superaban un tercio del total, o Barcelona, donde algo más del 40 % era forastero. El atractivo de Madrid para los que abandonaban el campo no tenía parangón y los caminos que llevaban a ella tejían la principal cuenca migratoria del país.<sup>11</sup> Esto no implicaba la existencia de un invisible cordón umbilical que conectase a una remota aldea del interior con la gran capital. Los movimientos migratorios de la segunda mitad del siglo XIX no se redujeron a un trasvase directo entre el campo y la urbe, sino que formaban parte de un proceso complejo en el que las ciudades pequeñas y medianas tuvieron voz propia y jugaron un papel determinante.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> RINGROSE, David: *España, 1700-1900: el mito del fracaso*, Alianza Editorial, Madrid, 1996; SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: “Las migraciones interiores durante la modernización económica de España, 1860-1930” en *Cuadernos económicos de ICE*, nº 70, (2005), pp. 157-182; SILVESTRE RODRÍGUEZ, J.: “Las migraciones interiores en España durante los siglos XIX y XX: una revisión bibliográfica”, *Ager, Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, nº 2, 2002, pp. 227-248.

<sup>12</sup> CARBALLO, Borja, GONZÁLEZ, Daniel, PALLOL, Rubén, SAN ANDRÉS, Javier y VICENTE, Fernando: “Al calor del *moderno Madrid*. La capital y su *hinterland*, hacia la recomposición de la red urbana del interior (1860-1885)” en NICOLÁS MARÍN, María Encarna y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Carmen: *Ayer en discusión: temas clave de Historia Contemporánea hoy*, recurso electrónico, 2008; OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares, 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003.

### Población de ciudades españolas según su lugar de origen (1877)<sup>13</sup>



Leyenda		
Ciudad	Inmigrantes	Nativos
<u>Madrid</u>	<u>60,2</u>	<u>39,8</u>
Barcelona	43,5	56,5
Valladolid	41,1	58,9
Bilbao	35,6	64,4
Zaragoza	35,1	64,9
Guadalajara	25,3	74,7
Toledo	25,3	74,7
Valencia	16,4	83,6
Salamanca	15,4	84,6
Lugo	6,5	93,5

[Figura 2.6. Fuente: Elaboración propia, INE, censo de población de 1877.]

<sup>13</sup> La población inmigrante hace referencia a las personas nacidas fuera de la provincia de la ciudad de residencia, mientras que la población nativa engloba a todos aquellos nacidos en la misma provincia de la ciudad de residencia. La fuente no hace distinciones en este segundo grupo y así, por ejemplo, considera nativos tanto a los nacidos en Bilbao como a los nacidos en los pueblos de la provincia de Vizcaya. Por tanto, los % de inmigrantes serían superiores si la fuente hubiera recogido esta distinción, pero en todo caso las diferencias son notables entre unas y otras para obtener unas conclusiones aceptables.



La mayoría de los viajes internos eran de corta distancia, entre localidades vecinas o cercanas.<sup>14</sup> Los nuevos medios de transporte, como el ferrocarril, comenzaban a dar sus primeros pasos y sólo conectaban a unas pocas ciudades.<sup>15</sup> Además, el coste en los desplazamientos aún era muy elevado: el excesivo tiempo empleado, el coste monetario del mismo, los riesgos de romper con un entorno conocido y las dudas sobre la capacidad de adaptación eran factores de peso a la hora de tomar una decisión crucial en la vida de una persona y de sus familiares más cercanos.<sup>16</sup>

Las migraciones no respondían a una única lógica y los comportamientos eran muy diversos. Las numerosas ciudades españolas no tenían el mismo atractivo para los inmigrantes.<sup>17</sup> A comienzos de la Restauración Madrid despuntaba sobre el resto de urbes a la hora de acoger inmigrantes. Su poder de succión era muy superior a cualquier otra. En un segundo nivel se situaban ciudades en auge, como Barcelona o Bilbao, los núcleos de las regiones españolas en un claro proceso de industrialización.<sup>18</sup> Entre ellas se codeaban dos ciudades intermedias, como Valladolid o Zaragoza, que en teoría eran consideradas como centros de una economía interior estancada, pero con una composición geográfica de sus habitantes que apuntaba a un cierto dinamismo encubierto. A fin de cuentas, eran el corazón de amplias regiones geográficas y económicas y su ubicación les permitía no sólo atraer a personas de provincias adyacentes y con núcleos urbanos más pequeños, sino también a inmigrantes más alejados, que se encaminaban a las grandes urbes de Madrid o Barcelona, y que hallaban en estas ciudades más modestas un estación intermedia durante unos meses o unos pocos años.

En un tercer escalón se situaban pequeñas ciudades, como Guadalajara o Toledo, próximas a Madrid. Eran capitales de provincia diminutas a la sombra de un gigante que se apropiaba de la mayoría de los inmigrantes de su provincia y que se beneficiaba de cualquier repunte en el crecimiento de sus poblaciones. Pero esa misma proximidad les permitía cumplir con el papel de estación de paso

<sup>14</sup> SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: “Viajes de corta distancia: una visión espacial de las migraciones interiores en España, 1877-1930” en *Revista de Historia Económica*, nº 2, (2001), pp. 247-283.

<sup>15</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel (dir.): *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España, 1700-1936: el correo, el telégrafo y el teléfono*, Ministerio de Obras Públicas, Transporte y Medio Ambiente, Madrid, 1993; BAHAMONDE MAGRO, Ángel, MARTÍNEZ LORENTE, Gaspar y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *Atlas histórico de las comunicaciones en España: 1700-1998*, Correos y Telégrafos, Madrid, 2002.

<sup>16</sup> GARCÍA ABAD, Rocío: *Historias de emigración: Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2005.

<sup>17</sup> MIKELAREÑA PEÑA, Fernando: “Los movimientos migratorios interprovinciales en España entre 1877 y 1930: áreas de atracción, áreas de expulsión, periodización cronológica y cuencas migratorias” en *Cuadernos aragoneses de economía*, nº 2, (1993), pp. 213-240.

<sup>18</sup> GUARDIA, Manuel, MONCLUS, Francisco Javier y OYÓN, José Luis: *Atlas histórico de ciudades europeas. Vol. 1, Península ibérica*, Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona y Fundación Caja de Arquitectos, Barcelona, 1994; GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel (dir.): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, 2 Vols., Fundación BBVA, Bilbao, 2001.

para inmigrantes de otras regiones, en mayor medida que otras ciudades de similar tamaño, como Salamanca, o centros regionales más grandes, como Valencia, que podían ejercer un gran dominio sobre su propia provincia, pero quedaban alejados de las principales rutas migratorias. Sentir tan cerca el halo de Madrid podía escamotearles buena parte de su población, pero gracias a ello experimentaban una mayor movilidad y diversidad demográfica, e incluso se beneficiaban de intercambios de trabajadores con la capital, en pequeñas dosis pero muy cualificados, que aportaban un salto en los cambios y transformaciones de su sociedad<sup>12</sup>, eclipsados frecuentemente por el fulgor de Madrid.<sup>19</sup>

Las migraciones por etapas eran una práctica más habitual de lo que las fuentes documentales pueden reflejar.<sup>20</sup> En una sociedad tan móvil como la del siglo XIX, donde los desplazamientos temporales por motivos de trabajo eran muy comunes en el mundo rural, las migraciones por etapas, o escalonadas, resultaban totalmente naturales y hasta racionales, especialmente entre aquellas personas que habían nacido en comunidades pequeñas o aisladas. Una vez superado el círculo familiar, los primeros marcos de sociabilidad de las personas, afectiva, social y económicamente, eran su pueblo natal y las localidades adyacentes de la comarca. Los pasos iniciales solían ser de corta distancia, en estas diminutas burbujas que encerraban todo el mundo conocido por una persona durante sus primeros años y en las que podía efectuar su primera emigración al conocer a otra persona y casarse con ella. En otras ocasiones, el primer salto se efectuaba a la capital de la comarca o de la provincia, o bien a otro núcleo urbano cercano y más atractivo, por disponer de una oferta laboral más rica, o por ser un nudo relevante en la red nacional de comunicaciones.

En el Ensanche Sur de Madrid, esta migración fragmentada era más frecuente entre las familias de orígenes rurales, cuando los progenitores habían nacido en un pueblo de la provincia, que entre las familias encabezadas por personas que se habían criado en una capital. Los inmigrantes encontraban en estas primeras ciudades de paso las ventajas de una mayor aglomeración: más centros de trabajo, ofertas de empleo más diversas y una asistencia por parte de instituciones públicas y privadas más inmediata y accesible. Los que ya habían nacido en ellas mostraban menores impulsos para desplazarse a otras ciudades similares a la suya y optaban por desplazarse directamente a una gran urbe, que ofreciese un mercado de trabajo aún más grande y diverso.

---

<sup>19</sup> Existen diversos estudios sobre la evolución de ciudades del entorno madrileño realizadas por el grupo de investigación de Historia Contemporánea de Madrid, encabezado por el profesor Luis Enrique Otero: OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares, 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003; SAN ANDRÉS CORRAL, Javier: *Guadalajara, 1869-1884. El lento despertar de un prolongado letargo*, Trabajo Académico de Tercer Ciclo, UCM, Madrid, 2007; y DE LA FUENTE NÚÑEZ, Rubén: *Evolución histórica de Segovia, 1900-1936*, Trabajo Académico de Tercer Ciclo, UCM, Madrid, 2007, e-prints: <http://eprints.ucm.es/7947/1/Segovia.pdf>.

<sup>20</sup> CAMPS, Enriqueta: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1995.

Formas de migración por lugar de origen en el Ensanche Sur de Madrid <sup>21</sup>						
Lugar de origen	<i>Inmigración escalonada</i>			<i>Inmigración directa</i>		
	1860	1878	1905	1860	1878	1905
Capital de provincia	15,79	19,67	33,63	84,21	80,33	66,37
Provincia	26,50	30,43	32,06	73,50	69,57	67,94
Media	25,95	29,81	32,20	74,05	70,19	67,80

[Figura 2.7. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal, 1860, 1878 y 1905.]

Las migraciones por etapas de las familias fueron más visibles a medida que avanzó la modernización económica del país. Los progresos en la industrialización de la economía y los cambios que provocaba la construcción del Estado liberal, favorecieron un proceso gradual de urbanización y de integración de los mercados nacionales. Las poblaciones urbanas crecían gracias a los inmigrantes rurales y con ellas también lo hacían las actividades económicas propias del mundo urbano. Los desplazamientos estacionales, cortos y propios de una economía agraria, se mantuvieron con fuerza hasta la década de 1920, pero desde la segunda mitad del siglo XIX fueron perdiendo terreno, lentamente, frente a las migraciones escalonadas de mayor duración y con destinos urbanos.<sup>22</sup> La sociedad española seguía moviéndose constantemente, pero la naturaleza de esos desplazamientos se fue modificando. Desde el campo la gente se desplazaba en mayor cantidad y por más tiempo, con una vocación más clara de permanencia. Ya no era cuestión de unas semanas o unos meses de trabajo en otro lugar, sino de varios años y, en la mayoría de los casos, sin la intención de regresar. En esos largos viajes iban teniendo hijos que se convertían en la prueba fehaciente de su errabundo peregrinaje.

La familia López Gisbert era un claro ejemplo de este comportamiento.<sup>23</sup> Don José López Asensi, el cabeza de familia, fue un hombre de tren toda su vida. La necesidad de expansión de la red ferroviaria por parte de una gran compañía privada, como era la M.Z.A., era una ocasión de oro para hacerse con un trabajo bien remunerado y más para él, que era natural de un pueblo de la provincia de Alicante, una de las cabeceras de la red. Allí se hizo con su primer trabajo y dio comienzo una vida de cambios y mudanzas junto a su esposa, Antonia Gisbert, a la que había conocido desde pequeño en su pueblo de Jijona. Una de sus primeras paradas fue Albacete, donde el matrimonio concibió a José, el primogénito, en

<sup>21</sup> El cálculo se ha basado en la muestra de población de las familias nucleares del Ensanche Sur de Madrid. La fuente documental no aportaba una información directa sobre esta cuestión y se recurrió a contrastar los lugares de nacimiento de padres e hijos de las familias nucleares. Debido a ello, los resultados están afectados por una clara subestimación de las cifras que pudieron alcanzar en la realidad, pero son suficientemente concluyentes en cuanto al diferente comportamiento de las familias en función de sus lugares de origen. Los datos están expresados en porcentajes.

<sup>22</sup> SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: "Las migraciones interiores...", *Op. Cit.*, pp. 157-182.

<sup>23</sup> Fuente: AVM, Estadística, padrón municipal de 1860 y 1878.

1858. Los cambios se sucedían a la velocidad del rayo y, dos años después, la joven familia mudó el villorrio manchego por el hervidero de la capital. El salto era brusco: el sueldo de José, como obrero a jornal del ferrocarril, no se estiraba tan alegremente como podía hacerlo en el caserío albaceteño y su familia hubo de contentarse con vivir en las afueras, en una de sus peores calles, en las yeserías del sur, de casas bajas y cochambrosas. Además, la desgracia se cernió sobre el hogar de los López Gisbert y a los pocos meses murió su hijo, de apenas dos años.

La realidad madrileña, a plena luz del día, era más rugosa y áspera que los dulces y dorados sueños forjados en la lejanía del pueblo alicantino. Sin arrepentirse del camino que habían emprendido, José y Antonia permanecieron en Madrid y volvieron a tener hijos, el primero fue otro niño, de nuevo José, quizá para suavizar el recuerdo del malogrado bebé, al que siguieron otros tres hijos, Vicenta, Antonio y Pablo. Entre 1872 y 1873 volvieron a tocar campanas de mudanza y la familia regresó a Albacete, seguramente por motivos de trabajo en el tren. No fue un abandono definitivo de la capital, pero sí duró lo suficiente para que allí naciera Carmen en 1874, la más pequeña de los hermanos. Cuatro años después, la familia al completo estaba de regreso en Madrid, en la misma calle del Sur del barrio de las Delicias, en un cuarto principal por 16 pesetas mensuales de alquiler. Era lo máximo que permitía el salario de un jornalero del ferrocarril con cinco hijos pequeños.

El aumento de este tipo de comportamiento entre personas de orígenes rurales apuntaba a cambios profundos en la articulación de la sociedad española y de su economía y su impacto fue completado y amplificado por las familias procedentes de ambientes urbanos. Las ciudades pequeñas y medianas habían comenzado a despegar, merced a esos flujos migratorios rurales más intensos, pero también comenzaron a expulsar población hacia otros núcleos urbanos más grandes, como Madrid o Barcelona, pasando previamente por localidades intermedias. La presencia en el Ensanche Sur de familias con orígenes urbanos que habían emigrado a otras ciudades antes de instalarse en la capital fue aumentando a medida que se aproximó el cambio de siglo. Era un signo evidente de la mayor integración y conexión de la red urbana nacional y de sus mercados laborales.

Las formas de migración también variaban en función de la distancia a recorrer y de la calidad de las comunicaciones existentes.<sup>24</sup> Los primeros inmigrantes procedentes de los pueblos aledaños a Madrid habían llegado directamente, casi en su totalidad, sin pasar por ningún punto intermedio en su

---

<sup>24</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel, MARTÍNEZ LORENTE, Gaspar y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *Atlas histórico de las comunicaciones en España, 1700-1998*, Correos y Telégrafos, Madrid, 2002; BAHAMONDE MAGRO, Ángel (dir.): *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España, 1700-1936: el correo, el telégrafo y el teléfono*, Ministerio de Obras Públicas, Transporte y Medio Ambiente, Madrid, 1993; OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "Las telecomunicaciones en la España contemporánea, 1855-2000" en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 29, (2007), pp. 119-152.

camino, a diferencia de aquellos otros que procedían de otras provincias o de los que eran extranjeros. Carlos Amburtin Lapuente<sup>25</sup> fue uno de esos franceses que acudieron a España como obreros industriales altamente cualificados, cuando la industrialización daba sus primeros balbuceos y requería de manos extranjeras para arrancar definitivamente. Los tumbos que dio desde su París natal, hasta llegar a las calles madrileñas, debieron ser numerosos y las motivaciones, poderosas. Aún era un veinteañero cuando pisó suelo español para dirigirse a Gerona, atraído seguramente por jugosas ofertas de empleo. Allí conoció a la que sería su esposa, Marcela Masés, natural de la cercana localidad de Figueras. Carlos y Marcela se casaron y tuvieron a su primera hija, Josefa, en Barcelona, cuando contaban con 29 y 20 años respectivamente. Corría el año 1868 y el país se embarcaba en un periodo revolucionario de experiencias democráticas y convulsiones sociales. Para Carlos y Marcela fue un tiempo en el que la familia creció con dos hijos más, Tomasa y Carlos, que heredaba el nombre de su padre, mientras seguían viviendo en Barcelona, la segunda urbe del país en tamaño y en pleno crecimiento industrial.

Con el inicio de la Restauración dio comienzo una nueva etapa en la historia del país y también en la familia Amburtin-Masés, que decidió cambiar el escenario barcelonés por el madrileño en 1874, en busca de mejor fortuna. Carlos era uno de los contados trabajadores especializados de la industria química, como maestro charolista, y podía disfrutar de un salario elevado. A los tres años de vivir en la capital, en uno de los nuevos paseos que se habían abierto en el Ensanche Sur, nació su hija Carlota. Las cosas parecían marcharle bien y Juan Masés, su cuñado y experto trabajador en curtidos, decidió irse también a Madrid, la ciudad donde Carlos Amburtin parecía haber dado con un hogar, después de tantas revueltas en el camino, donde podría guardar las maletas y ofrecer un futuro a sus hijos.

<b>Inmigración por etapas en el Ensanche Sur de Madrid según distancia de lugar de origen<sup>26</sup></b>			
<b>Regiones</b>	<b>1860</b>	<b>1878</b>	<b>1905</b>
Madrid (región)	5,00	13,65	24,64
PLI	28,16	27,91	32,06
PME	28,21	31,44	38,55
PLE	27,41	26,59	28,59
Extranjero	60,00	68,75	52,94

[Figura 2.8. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal, 1860, 1878 y 1905.]

<sup>25</sup> Fuente: AVM, Estadística, padrón municipal de 1878.

<sup>26</sup> Leyenda: PLI (Provincias limítrofes: Ávila, Cuenca, Guadalajara, Segovia y Toledo), PME (Provincias de distancia media: Albacete, Badajoz, Burgos, Cáceres, Ciudad Real, Salamanca, Soria, Teruel, Valencia, Valladolid y Zaragoza) y PLE (Provincias lejanas: resto de España). Los datos están ofrecidos en porcentajes.

Estas disparidades en las formas de viajar, en función de las distancias, se fueron limando a medida que mejoraron las infraestructuras en las comunicaciones y la red ferroviaria se densificó y conectó a más ciudades entre sí. El poder de atracción por parte de una aglomeración como Madrid se agigantó en ese proceso, pero también surgieron nuevos centros de atracción, fruto de la existencia de una estación ferroviaria, de la aparición de una fábrica de materiales o del desarrollo de una serie de actividades de servicios y de administración. Eran focos emergentes a la hora de atraer personas, como antes lo habían sido una sede episcopal o un convento. Nuevos referentes de una economía capitalista embrionaria, en la que unos trabajadores mostraban una mayor tendencia que otros a cambiar de residencia en diferentes etapas de su vida.

<b>Migraciones de familias del Ensanche Sur por etapas según su profesión y lugar de origen</b>						
Grupos profesionales	1860		1878		1905	
	Capital	Provincia	Capital	Provincia	Capital	Provincia
Prof. Liberales	100,00	100,00	66,67	100,00	66,68	57,14
Servicios y empleados	50,00	43,48	55,56	37,80	50,00	33,75
Trab. No cualificados	46,15	24,14	26,47	26,26	38,67	30,15
Trab. Cualificados	12,50	21,62	33,33	23,02	41,30	28,66

[Figura 2.9. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal, 1860, 1878 y 1905.]

Vivir en varios lugares, durante un tiempo más o menos largo, era muy común entre los trabajadores de las administraciones públicas, los empleados particulares y de empresas privadas, o también entre aquellos que habían cursado estudios universitarios y ejercían algún tipo de profesión liberal, como médicos, abogados, ingenieros o profesores. La constante aspiración por mejorar y medrar perfilaba rutas sinuosas en sus trayectorias vitales: los cambios de destino estaban a la orden del día y una oportunidad inesperada podía cambiar la dirección del viento y llevar a esa familia a otra ciudad, a un nuevo horizonte profesional y personal. Los trabajadores manuales, en cambio, optaban por el camino más corto: la mayoría evitaban cualquier parada intermedia y buscaban llegar a la capital directamente. Su sueño dorado era alcanzar de una tirada la muchedumbre, la masa, el gigantesco océano urbano donde las ocasiones para hacerse con un trabajo se contarían por cientos, o por miles, como los peces en el mar.

*“Y antes de entrar contempló un instante París, cuyo inmenso océano se extendía a sus pies. (...) En la calle, a lo largo de las aceras, ¡qué amontonamiento de gentes y de coches, qué algarabía extraordinaria! Los coches rodaban con un ruido de río..., mientras que la oleada de los peatones corría sin cesar, con un apresuramiento de hormiguero revuelto. ¿De dónde salía toda aquella gente? ¿Dónde iban todos aquellos coches?”*

Émile Zola, *Paris*, París, 1898.

El sol ya estaba en lo alto, pero la ciudad se había despertado tiesa, agarrotada por un gélido viento invernal que cortaba la cara como hoja de afeitar. Pío Paul, aquel jornalero que había atravesado los campos castellanos, desde su Castrillo natal hasta la gran capital, sin aparentes desvíos ni paradas prolongadas, se encaminaba hacia los barrios más populares y castizos de Madrid. Le acompañaba su esposa, Tomasa Cid, que llevaba en brazos al pequeño Serafín, nacido el 8 de octubre de 1860. Aseados y con sus mejores ropas, se dirigían a la iglesia de San Millán para bautizar a su hijo. Conocían bien esa parroquia. Estaba a quince minutos a pie desde su casa, en las Peñuelas, y era una de las más populares de la ciudad, en plena Plaza de la Cebada, hervidero cotidiano de vendedores ambulantes, que voceaban sus mercancías expuestas sobre una sábana en el suelo, de mujeres y criadas con cestos para la compra, de paseantes ociosos, de chicos de comercio corriendo de un lado para otro como almas que lleva el diablo, de mendigos con la mano extendida y la súplica en la mirada, de jornaleros a verlas venir, de labriegos en alpargatas con sus carromatos de frutas y hortalizas, de tenderos enfrascados en una compra al por mayor, de aguadores asturianos aburridos de hacer cola en la fuente, de policías de ronda y algún descuidero oculto entre la multitud. Las Peñuelas aún era un diminuto arrabal fuera de la cerca, con apenas cuatro calles y sin parroquia propia. Por eso decidieron bautizar a Serafín en San Millán, por su cercanía y por su familiaridad entre las gentes de los barrios bajos, entre los vecinos de las Peñuelas, muchos de los cuales también habían llevado a sus hijos a esa pila bautismal.



[Ilustración 2.1. Antigua iglesia de San Millán y Plaza de la Cebada, c. 1860.]

El reguero de parroquias en los registros bautismales da cuenta de la movilidad de las personas en el interior de la ciudad. Si los desplazamientos temporales y las migraciones eran parte natural de una sociedad rural móvil, los cambios de residencia en una gran ciudad como Madrid eran aún más frecuentes e intensos. La movilidad de la sociedad no terminaba en las puertas de entrada de la capital, cuando los pueblos y las pequeñas capitales de provincia habían quedado atrás. Los desplazamientos continuaban y llegar a Madrid sólo era el punto y seguido de una vida hecha al polvo del camino, a la novedad de los cambios y a la incertidumbre del mañana. Muchas de las calles y de los barrios del viejo casco urbano, especialmente los más populares, eran *hormigueros revueltos* por donde desfilaban, sin cesar, interminables rostros de personas. Eran muy pocos los que llegaban a aposentarse durante años en el mismo lugar, antes de recoger sus bártulos y perderse en otras calles, en cualquier otro rincón de Madrid. Buena culpa de ello lo tenía el régimen de propiedad inmobiliaria que imperaba por entonces. La figura del casero era muy conocida en la época, pero la mayoría de la población no era dueña de la casa donde habitaba y los alquileres dictaban donde podía vivir cada uno, o mejor, donde no podía vivir. La inestabilidad del mercado laboral, la inseguridad para mantener el empleo y la mengua de los salarios solían jugar malas pasadas a las familias, que se veían incapaces de afrontar la periódica visita de su casero. Cuando el recurso al fiado se agotaba y la deuda persistía, no quedaba otra que buscar un techo nuevo y, a ser posible, más económico.



*“A la mañanita del siguiente día iba Benina camino de las Cambronerías [...]. Más debajo de la Puerta de Toledo encontró a la Burlada y a otra pobre que pedía con un niño cabezudo. Díjole su compañera de parroquia que había trasladado su domicilio al Puente, por no poderse arreglar en el riñón de Madrid con la carestía de los alquileres y la mezquindad del fruto de la limosna.”*

Benito Pérez Galdós, *Misericordia*, 1897.

Ver a una familia tirando de un carro cargado de fardos, bultos y enseres personales, los pocos que conservaran, debía estar a la orden del día en muchas de las calles madrileñas. Los vuelos para estos casos eran de corto alcance y solían terminar por mudarse de un cuarto modesto a otro, menos ventilado, dos calles más allá. Los saltos de punta a punta de la ciudad eran más excepcionales y casi siempre motivados por un nuevo trabajo con visos de estabilidad.

El vecindario del Ensanche Sur fue, desde sus inicios, un enjambre inquieto, propio de unos terrenos en transformación y de un barrio en ebullición. Su ubicación periférica y externa a las tapias de los primeros años no le convertía en uno de los faros de referencia para los recién llegados a Madrid. Los barrios populares de Lavapiés, el Rastro o Maravillas, eran los que recibían los primeros raciones de las riadas de inmigrantes: eran parte del corazón urbano madrileño y disponían en abundancia de casas baratas y asequibles, muy atractivas, por estrechas y desastradas que fueran, para un inmigrante corto de cambio. La noticia de la aprobación del Ensanche animó a los inmigrantes a elegir sitios como las Peñuelas para sus primeros asentamientos. Así, en 1860, una de cada diez familias inmigrantes del Ensanche Sur llevaba menos de un año viviendo en Madrid.

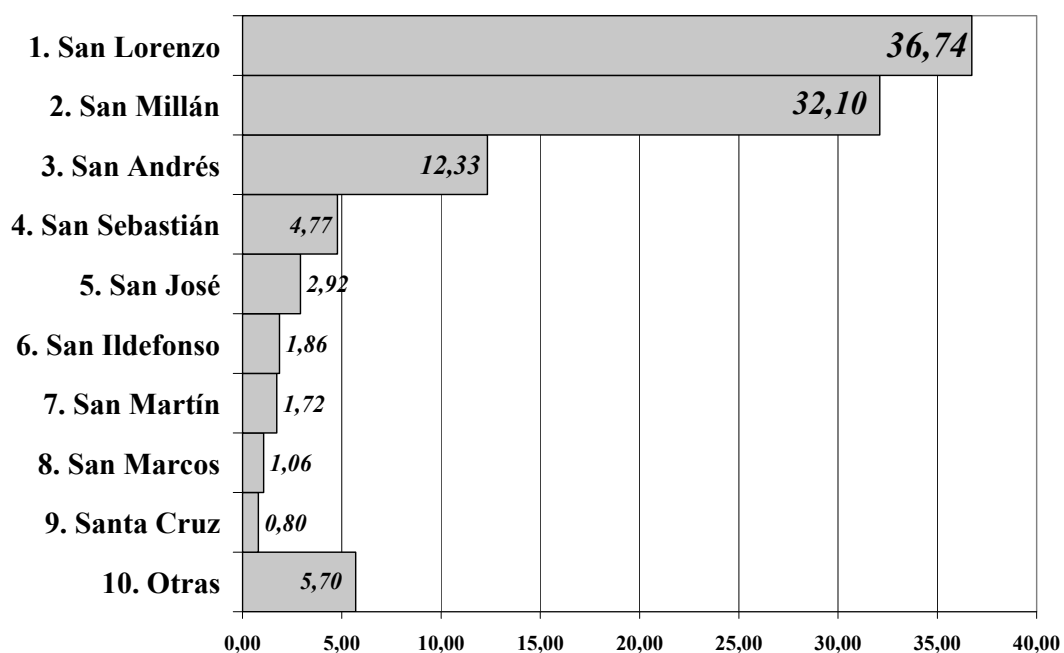
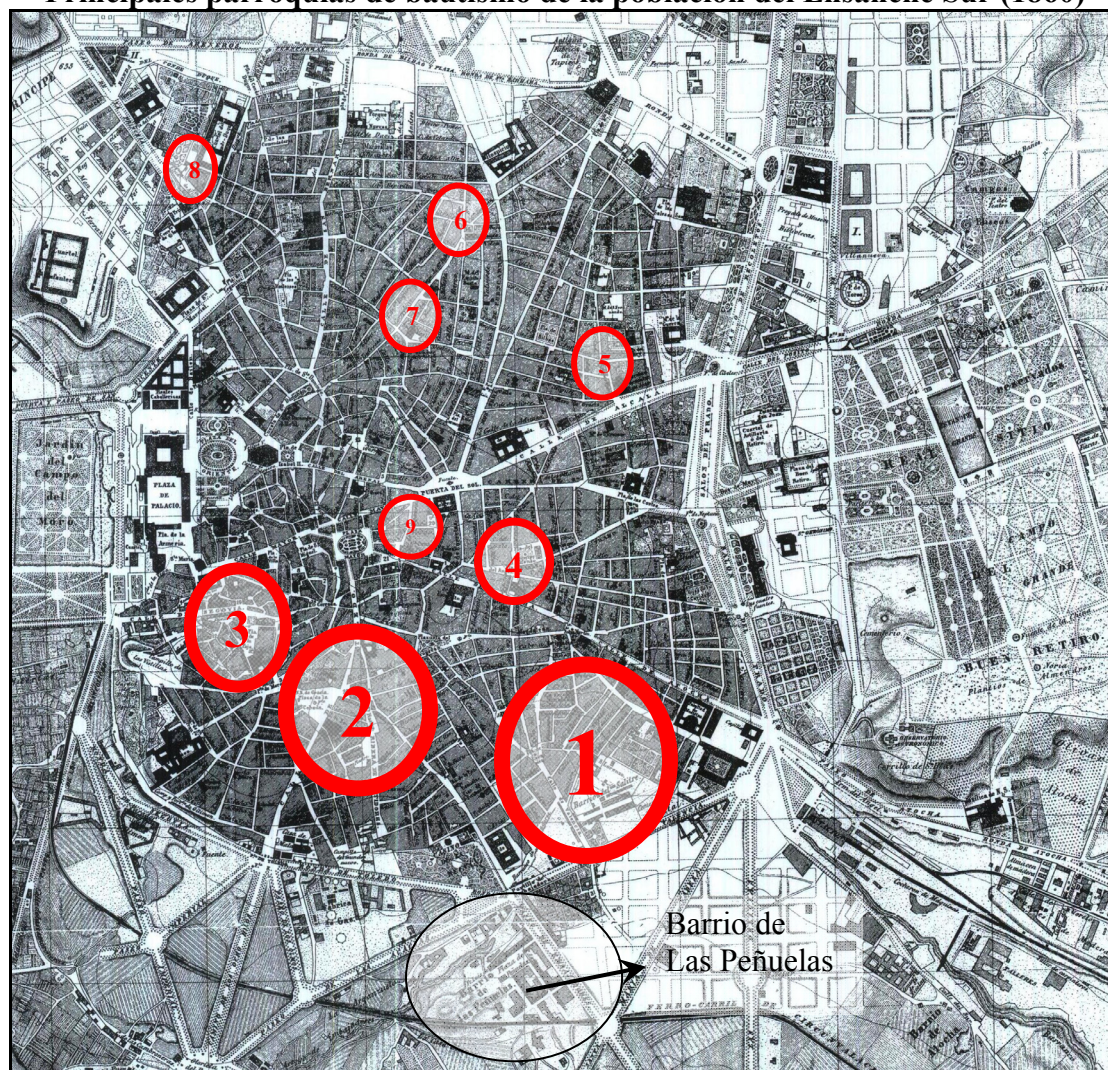
La movilidad vecinal podía ser muy intensa, pero mantenía un cierto aire de familiaridad, de pertenencia a los mismos barrios y a calles parecidas. La población del Ensanche Sur se revolvía con asiduidad en los barrios meridionales más próximos del casco antiguo, pero apenas cruzaba el *limes* diagonal formado por la calle Mayor, la Puerta del Sol y la calle de Alcalá hasta la fuente de la Cibeles. Todos vivían en la misma ciudad, pero eran muy pocos los que se habían aventurado a los barrios altos del norte, articulados por las calles de Hortaleza, Fuencarral y San Bernardo. Ir hasta allí era excepcional y por motivos de fuerza mayor. Mudarse a esas zonas era poco menos que emigrar a otra ciudad, romper con los círculos familiares y de vecindad, pues se empezaba por desgastar el contacto diario y se terminaba con la pérdida de la relación, reemplazada por lazos renovados, surgidos en el trato con los nuevos vecinos. Para muchos, la frontera señalada por la Puerta del Sol marcaba el principio y el final del mundo conocido, pero no para todos.

Las parroquias de San Lorenzo y San Millán eran las más próximas al Ensanche Sur, apenas a diez minutos caminando, y junto a la de San Andrés,

acaparaban la mayoría de bautizos de los vecinos de las afueras en 1860. La cercanía entre ellas, y otras menos frecuentadas, indicaba que esas familias se movían en desplazamientos cortos, quizá para escapar de las deudas y los aprietos de un alquiler gravoso, pero no efectuaban un cambio sustancial de ambiente ni de barrio. Además, para moverse resultaba fundamental conocer a fondo la ciudad y quienes mejor la dominaban eran aquellos que habían nacido y crecido en ella. Las familias encabezadas por un madrileño evidenciaban una movilidad abrumadora, muy superior a las familias que encabezaban los inmigrantes. Conocían a la perfección cada rincón de la ciudad, manejaban con más soltura los entresijos del mercado laboral, sabían a quién acudir, dónde pedir trabajo y cuándo, recibir auxilio o hacerse con las mejores propinas o limosnas, según pintara la baraja. No necesitaban un periodo de aclimatación como le ocurría a cualquier forastero. Aquél era su ambiente, su hábitat y se movían como peces en el agua. Ejecutaban muchos más movimientos porque carecían de los posibles temores o inseguridades de un campesino recién llegado de su pueblo, amedrentado por el tamaño de la ciudad, por el laberinto de calles en los que podía perderse al menor descuido, por el ruido y la velocidad de un mundo extraño y nervioso.

A los inmigrantes les costaba más despegarse del primer rincón al que habían ido a parar cuando llegaron a la capital. Parecían aferrarse a él con un ahínco casi supersticioso. Las adaptaciones siempre eran duras y cuando habían logrado familiarizarse con el perfil de una calle, con el olor de una taberna o con el cartel del ultramarinos de la esquina, cuando por fin habían hecho de un pedazo madrileño un segundo hogar, les costaba abandonarlo para comenzar de nuevo. Sólo con el paso del tiempo, cuando tenían el tercer o cuarto hijo nacido allí, levantaban el vuelo con más decisión, en mayor número. Para entonces, poseían un conocimiento de la ciudad y de sus instituciones tan bueno como el de los propios madrileños y la decisión de moverse ya no estaba condicionada por la inseguridad o por los temores ante lo desconocido.

### Principales parroquias de bautismo de la población del Ensanche Sur (1860)



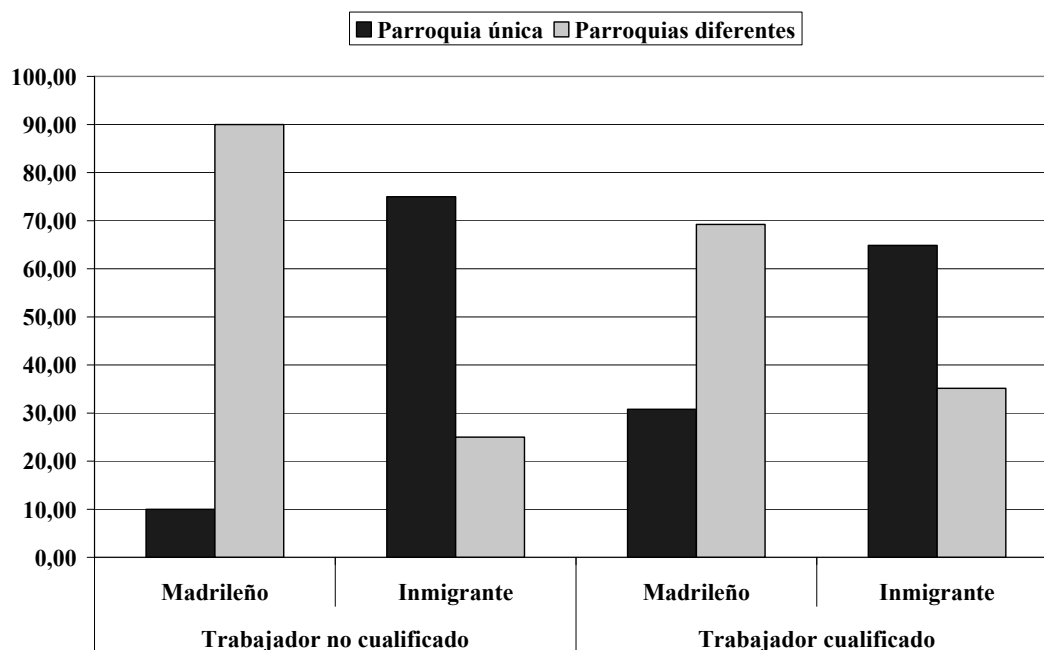
[Figura 2.10. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860. Plano de Juan Merlo (1866). Escala: 1:10.000.]

Movilidad interna de las familias nucleares del Ensanche Sur por número de hijos (1860)								
	<i>Un hijo</i>		<i>Dos hijos</i>		<i>Tres hijos</i>		<i>Cuatro hijos o más</i>	
Lugar de origen del cabeza de familia	Madrileño	Inmigrante	Madrileño	Inmigrante	Madrileño	Inmigrante	Madrileño	Inmigrante
Parroquia única	35,29	<u>76,67</u>	27,27	<u>85,71</u>	0,00	50,00	9,09	41,18
Parroquias diferentes	<u>64,71</u>	23,33	<u>72,73</u>	14,29	<u>100,00</u>	50,00	<u>90,91</u>	<u>58,82</u>

[Figura 2.11. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860. Los datos son porcentuales.]

Esta movilidad interior también dependía de la categoría profesional del *pater familias*, de las necesidades y de los recursos de cada uno. Un factor a tener en cuenta, el de la profesión, en el que madrileños e inmigrantes actuaban como polos opuestos. Los trabajadores manuales madrileños poco o nada cualificados se movían, casi en su totalidad, entre las diferentes parroquias que salpicaban los barrios populares del sur. Bien fuera por motivos laborales, o para escapar de un alquiler gravoso, lo cierto es que apenas había familias que permanecieran en el mismo lugar a largo plazo. En cambio, la mayoría de los inmigrantes optaba por permanecer en el mismo sitio o, al menos, en márgenes tan estrechos, que no necesitaban cambiar de parroquia. Para los que se desplazaban, la motivación económica pudo ser un incentivo de primer orden, pues lograban pagar menos cantidad por el alquiler de los cuartos, que se equiparaba así con el costeado por los madrileños y salvaban la diferencia inicial de los primeros años, reflejado en el alquiler de los inmigrantes que no variaban de parroquia.

**Movilidad interna de las familias del Ensanche Sur  
por categoría profesional y lugar de origen del cabeza de familia (1860)**



Alquileres medios de las familias nucleares en el Ensanche Sur (1860)				
	Trabajador no cualificado		Trabajador cualificado	
	Madrileño	Inmigrante	Madrileño	Inmigrante
Parroquia única	8,00	9,65	9,06	9,80
Parroquias diferentes	7,17	7,07	10,69	12,59

[Figura 2.12. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860. Las cifras son en pesetas y el alquiler es mensual.]

La movilidad en el interior de la ciudad también contemplaba otras posibilidades. No todo era huir de la miseria y buscar alquileres baratos, a base de dar vueltas y revueltas por los barrios, hasta terminar en casas cochambrosas con cuartos insalubres. Frente a una movilidad forzada, existía otra movilidad alternativa, deseada, que aspiraba a mejorar las condiciones de partida, bien fuera por motivos laborales o por razones puramente acomodaticias. En definitiva, también existían familias que se movían para encontrar una casa mejor de la que ya tenían. Los trabajadores madrileños especializados, o con una alta cualificación, presentaban, como nota de color, una mayor estabilidad en su residencia, una mayor fidelidad a su casa, al vecindario, frente al remolino que suponía el vaivén de las familias jornaleras. Contar con un taller abierto o cualquier otro tipo de negocio les afincaba al barrio con más fuerza, aunque la mayoría seguía efectuando algún tipo de desplazamiento.



En los inmigrantes esa cualificación profesional actuaba en sentido contrario: era un acicate para moverse antes y en mayor número. Durante las primeras semanas, un artesano inmigrante podía tener una idea vaga sobre la distribución interna de talleres, obrajes y demás centros de trabajo.<sup>27</sup> Había de transcurrir un cierto tiempo para dominar los detalles, para saber con seguridad dónde se podía conseguir un trabajo fácilmente, quién pagaba mejor, dónde explotaban al trabajador o dónde acudir cuando todas las puertas se cerraban y había que agarrarse a cualquier clavo. Era entonces cuando se movían y sacaban partido a sus conocimientos, a su cuidada preparación y a su esmerada dedicación al oficio. Cuando un trabajador cualificado se movía, lo hacía con tino, ni a tontas ni a locas, con la clara intención de mejorar en su posición social y profesional. El cambio siempre conllevaba un riesgo y no podía permitirse perder la estabilidad alcanzada, después de todos los pasos que había dado, desde que saliera de su pueblo o su capital de provincias, hasta llegar a la gran urbe y conseguir integrarse en ella. Multitud de pequeñas decisiones, que le habían llevado a dejar su cuna de nacimiento, donde el tiempo quedaba en suspenso, por el turbión urbano de un gigante.

Como las migas en el camino, las familias dibujaban, con sus recorridos por los caminos de España y las calles de Madrid, los perfiles de una sociedad en movimiento, en constante cambio. Pero no lo hacían en solitario ni a la aventura. La mayoría seguía las huellas dejadas en el camino por otros que les antecedieron y que eran la llave para la conquista de Madrid.

## **2.2 Telas de araña en la gran ciudad. La articulación de redes de solidaridad y paisanaje**

Las familias Labourdette, Paul-Cid, Amburtin-Masés o López-Gisbert eran granos de una poderosa corriente, que primero colmó el granero de la capital y después acabó por transformarlo completamente. Bien fuera por etapas y en un plazo más prolongado, bien fuera directamente y sin interrupciones por el camino, las corrientes migratorias desatadas a partir de 1850 elevaron a Madrid a la categoría de gran ciudad y la situaron en la base de lanzamiento para su explosión como metrópoli europea, en los años 30 del nuevo siglo. Únicamente la fuerza y el ímpetu de este fenómeno, que afectó también a otras ciudades, puede explicar que Madrid estuviera en condiciones de afrontar unas transformaciones que implicaron una profunda modernización de su economía y de su sociedad. Dado el escaso o nulo crecimiento natural de su población, sin la

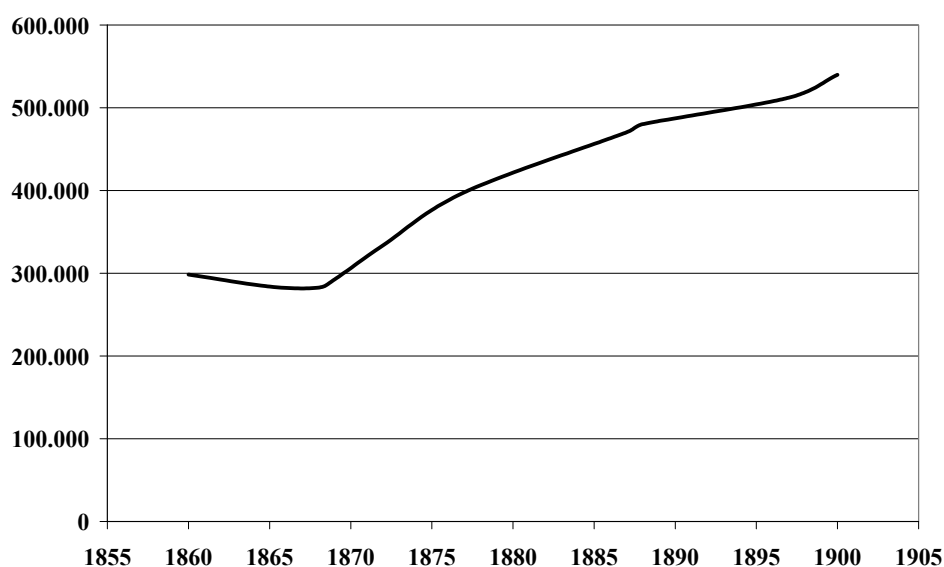
---

<sup>27</sup> Una cartografía fabril de la ciudad para una etapa anterior en NIETO SÁNCHEZ, José Antonio: *Artesanos y mercaderes: una historia social y económica de Madrid (1450-1850)*, Fundamentos, Madrid, 2006.

savia renovada que aportaba la inmigración hubiera resultado poco menos que quimérica su progresiva adaptación a los avances de los nuevos tiempos. Si al rayar 1900 Madrid era descrita como una capital de luces y sombras, de la misma forma que gigantes mundiales como Londres o París, en buena medida se debía a los avances, pero también a los problemas, que había generado un crecimiento demográfico acelerado, casi vertiginoso, fruto de la desembocadura de ríos de inmigrantes procedentes de una serie de regiones concretas del país.

El Ensanche de Madrid fue un campo abierto a la inmigración. No podía ser de otro modo, ya que nació precisamente para alojar a una población encerrada que crecía como la espuma. En 1860, dos tercios de sus habitantes eran forasteros y, durante los primeros años, su procedencia se circunscribía a unas pocas provincias. En el Ensanche Sur se había producido una auténtica invasión de gentes procedentes de Alicante, Toledo y la provincia de Madrid. En un escalón inferior se situaban la región de Asturias, la provincia de Lugo, las manchegas de Cuenca y Ciudad Real y la región murciana. Otras como Guadalajara, Albacete, Valencia y las castellanas Valladolid y Segovia, tenían una presencia más modesta.

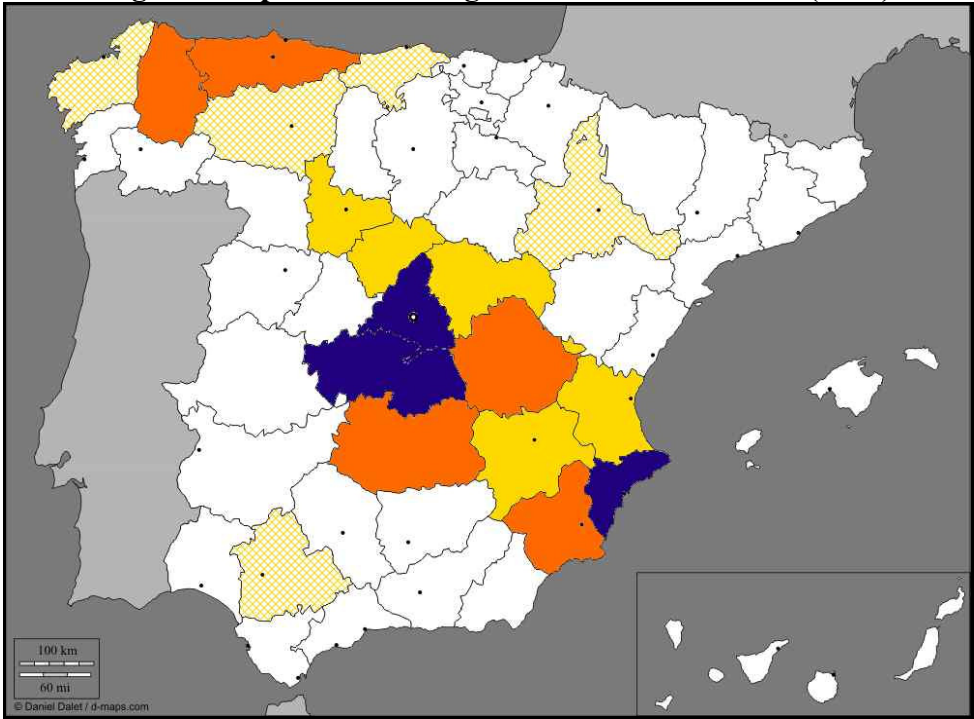
**Evolución de la población de Madrid (1860-1900)**



[Figura 2.13. Fuente: Instituto Nacional de Estadística (INE), censos de población, y datos de Antonio Fernández y Ángel Bahamonde.<sup>28</sup>]

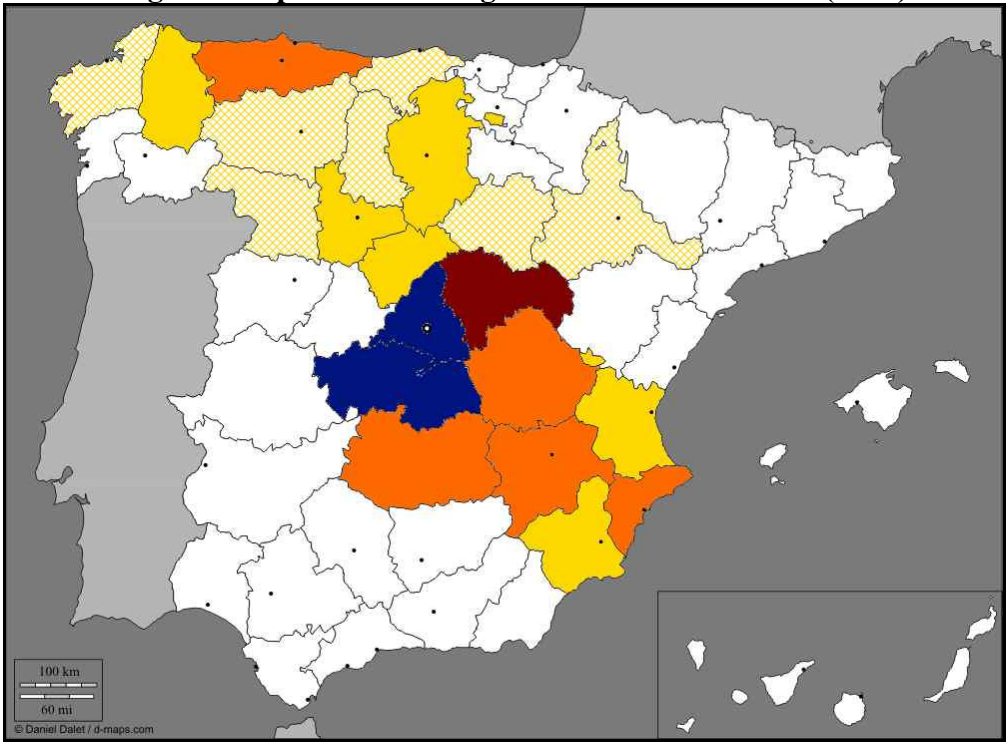
<sup>28</sup> FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio y BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “La sociedad madrileña en el siglo XIX” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, pág. 481.

Origen de la población inmigrante del Ensanche Sur (1860)



Leyenda			
<b>muy alta</b>	(+ 8%)	<b>moderada</b>	(2-3,9 %)
<b>alta</b>	(6-7,9 %)	<b>baja</b>	(1-1,9 %)
<b>media alta</b>	(4-5,9 %)	<b>muy baja</b>	(0-0,9 %)

Origen de la población inmigrante del Ensanche Sur (1878)



[Figura 2.14 y 2.15. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860 y 1878.]



El peso de la Mancha era muy evidente y se reforzó en los inicios de la Restauración, mientras que la zona levantina perdía empuje, al igual que la tradicional región septentrional, y la Meseta norte comenzaba a ganar una mayor presencia. La naturaleza periférica del Ensanche durante sus primeros años y la distribución espacial de sus zonas respectivas condicionaban el asentamiento interior de los inmigrantes.<sup>29</sup> Cada una de las tres áreas recién creadas (meridional, oriental y septentrional) se asentaba en los caminos y rutas de entrada a la capital. Esta distribución condicionaba la composición geográfica de cada zona, pues la inmigración mostraba una mayor tendencia a afincarse en las inmediaciones de las vías que emplearon para llegar a Madrid.

Niveles de inmigración y grados de concentración de las provincias en el Ensanche Sur <sup>30</sup>					
1860			1878		
Provincias	Ensanche Sur (%)	Diferencia % E. Sur - E. Total	Provincias	Ensanche Sur (%)	Diferencia % E. Sur - E. Total
Alicante	17,47	+ 9,89	Toledo	18,98	+ 9,12
Toledo	12,84	+ 2,96	Albacete	4,44	+ 2,40
Ciudad Real	5,74	+ 2,12	Ciudad Real	5,72	+ 2,37
Murcia	4,54	+ 1,51	Alicante	4,88	+ 1,84
Albacete	2,57	+ 0,84	Cuenca	4,98	+ 1,37
Tarragona	0,21	- 0,79	Cantabria	1,47	- 0,95
Burgos	0,90	- 1,38	Cádiz	0,35	- 1,01
Guadalajara	3,90	- 1,97	Burgos	2,55	- 1,10
Madrid	11,56	- 2,71	Asturias	4,30	- 1,37
Asturias	4,84	- 3,78	Segovia	2,25	- 1,81

[Figura 2.16. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860 y 1878. Los datos globales del Ensanche proceden de la obra colectiva CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Editorial Complutense, Madrid, 2008.]

En el Ensanche Sur, la inmigración procedente de las provincias de Alicante y de Toledo mostraba un brutal desequilibrio respecto al conjunto de la población. Eran grupos con una elevada segregación frente al resto de provincias, repartidas más homogéneamente por el resto del Ensanche, y se concentraban en la zona sur debido a que ahí se situaban sus dos rutas de acceso: el Puente de Toledo y el ferrocarril de Madrid a Alicante. La población alicantina era

<sup>29</sup> VICENTE ALBARRÁN, Fernando, CARBALLO BARRAL, Borja y PALLOL TRIGUEROS, Rubén: "Hacia una ciudad segregada: rasgos comunes y diferenciales del primer desarrollo del Ensanche madrileño en sus tres zonas, 1860-1880" en *VIII Congreso de la Asociación de Demografía Histórica*, Mahón, 2007.

<sup>30</sup> Los datos ofrecidos del Ensanche Sur son porcentajes respecto al total de inmigrantes residentes en esa zona. La diferencia porcentual entre el Ensanche Sur y el conjunto del Ensanche de Madrid resulta de restar, a los porcentajes del primero, el porcentaje medio del segundo.

especialmente llamativa por su lejanía y por su débil presencia en el resto de la ciudad, a diferencia de los toledanos. Para entender su gran fuerza en el sur hay que contemplar, además, causas económicas y laborales, dada la cercanía de la Real Fábrica de Tabacos, en la calle de Embajadores, donde se empleaban numerosas cigarreras alicantinas. En cambio, los inmigrantes de las provincias de Madrid y Guadalajara tenían una presencia relativamente baja durante los primeros años, pese a su gran número, en comparación al conjunto del Ensanche, así como los procedentes de la región asturiana, uno de los graneros de abastecimiento tradicionales de la capital desde la época moderna.<sup>31</sup> Este desequilibrio tenía su explicación en el nivel socioeconómico de los barrios del sur, donde predominaban los tonos humildes y pobres, frente a una minoría excepcional de propietarios, profesiones liberales y comerciantes.

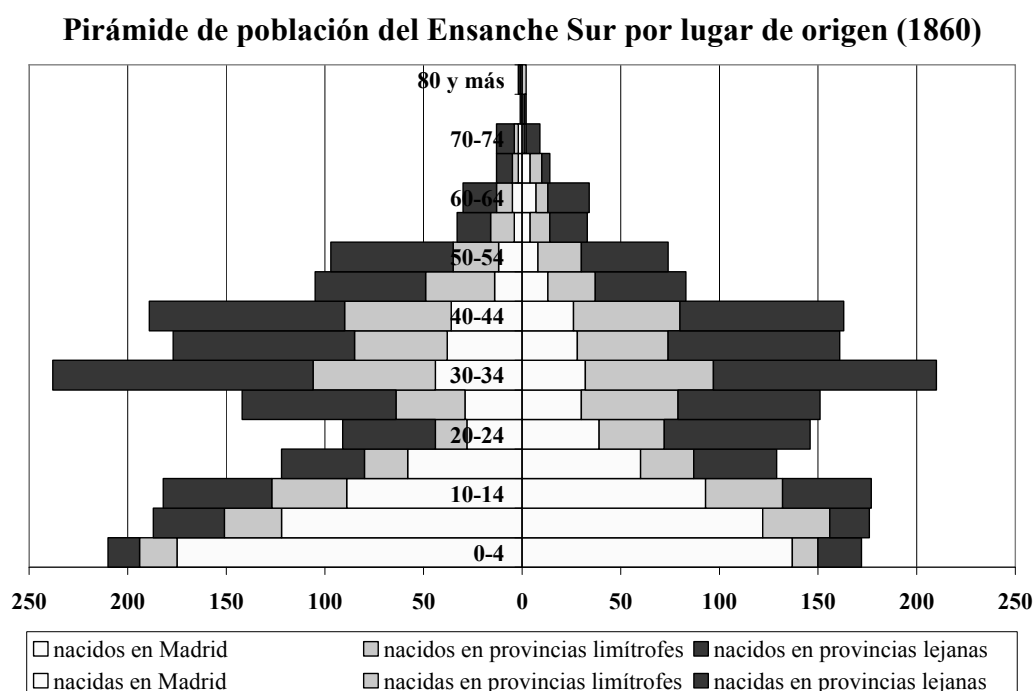
En el Ensanche Sur del siglo XIX, la mayoría de la gente vivía al día y, generalmente, con más aprietos que desahogos. Los sueldos apenas alcanzaban para comer, vestirse como buenamente se pudiera, pagar el cuarto y pocas cosas más. Y entre ellas no entraba la presencia de sirvientes. Las tareas domésticas quedaban al cargo de la esposa y las hijas en la mayoría de las casas. Los que se permitían el sueldo de una criada eran los privilegiados, aquellas familias con un nivel social y un poder adquisitivo medio o medio alto. Los que iban más allá, a las dos o tres criadas, eran ya auténticas *raras avis*, las elites sociales del barrio que, en otras zonas de la ciudad, como el casco interior o la zona oriental del Ensanche, no pasarían de ser una pincelada grisácea más en un horizonte de riquezas y patrimonios más brillantes. A ese espumoso horizonte era al que se dirigían, primordialmente, las chicas jóvenes que llegaban con la intención de ponerse la cofia de criada. Las Peñuelas o las Yaserías, con el pobre aspecto general de sus casas, no invitaban a pensar que allí moraría alguna familia dispuesta a contratarlas, aunque fuera como chica para todo, y pagarlas un salario. Esos ríos de criadas tenían sus respectivos nacimientos en los pueblos de alrededor de la capital o en las lejanas tierras del norte y no solían confluir en las nuevas calles del sur. Por esta razón, la inmigración procedente de Guadalajara o Asturias, o incluso la de la provincia madrileña, tenía una presencia relativa más débil, aunque en números absolutos fuera importante.

La población inmigrante que optaba por asentarse en el Ensanche Sur solía ser más vieja que las jóvenes muchachas de la servidumbre. Abundaban las personas maduras entre los 30 y los 45 años de edad, tanto en hombres como en mujeres, y los grupos entre los 15 y los 29 años quedaban notablemente mermados. Era una población que, como se vio anteriormente, estaba mayoritariamente casada y llegaba con uno o dos hijos a la capital, aunque posteriormente tenían alguno más en Madrid. De ahí la exagerada abundancia de niños madrileños recién nacidos, la generación del primer *boom* inmigratorio, que era segada a los pocos años por unas lamentables condiciones de vida perpetuadas, cuando no agravadas, en los nuevos barrios del Ensanche por el hacinamiento, la insalubridad, las enfermedades y el hambre. La muerte de un

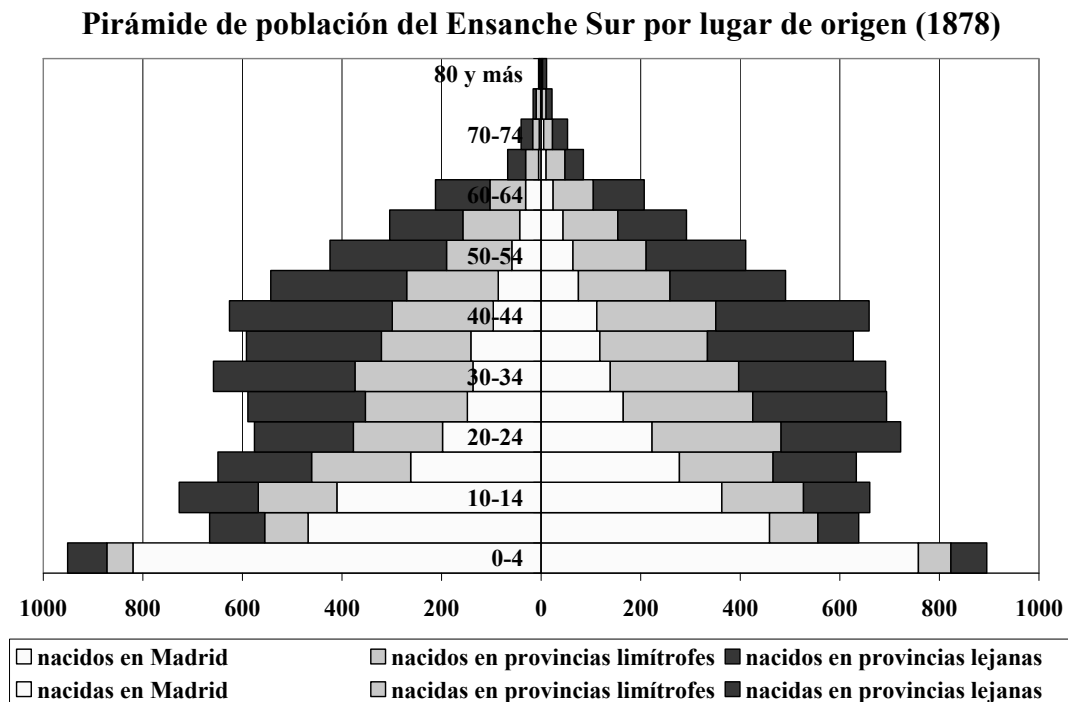
---

<sup>31</sup> CARBAJO ISLA, María Fernanda: “La inmigración a Madrid (1600-1850)”..., *Op. Cit.*

hijo siempre resultaba un mazazo para los padres. Aunque la sociedad se hubiera habituado a ello, había sido incapaz de crear una palabra que definiera el hecho terrible y antinatural de ver a un padre enterrando a su hijo, como sí lo había hecho para los huérfanos y los viudos. En el campo también morían recién nacidos, pero en menor número que en la ciudad. Además, el hecho de que se produjera precisamente allí, después de tantos sacrificios, de tantos riesgos y temores afrontados a la hora de emigrar, hacía más lacerante el punzón de dolor ante la pérdida de un hijo, pues, en cierta medida, era la prueba de un cierto fracaso, de no haber alcanzado la soñada mejora en la calidad de vida de la familia.



[Figura 2.17. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860.]



[Figura 2.18. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1878.]

La vida en Madrid se revelaba a los ojos de los inmigrantes más dura de lo que podían haber imaginado. Las enormes dimensiones de la capital, en comparación a una aldea, suponían un cambio radical en la vida de las personas, que provocaría un desconcierto emocional muy acusado. El campo, su espacio, la holgura de los casones y el aire puro, daban paso al abigarramiento de edificios, al amontonamiento de unas casas sobre otras, a la estrechez y la falta de luz interior, a la mezcla de olores insanos. Los sonidos de la naturaleza y de los animales, sus olores, se olvidaban por el estruendo de la multitud, el guirigay de las obras, la bulla de las cuadrillas de trabajadores, la confusión de carruajes o el jaleo del vecindario.

*“Al llegar a la casa, la Petra dio de cenar a Manuel y le hizo la cama en el suelo, al lado de la suya. El muchacho se acostó, y era tan violento el contraste del silencio de la aldea con aquella algarabía de ruido de pasos, conversaciones y voces en la casa, que, a pesar del cansancio, Manuel no pudo dormir.”*

Pío Baroja, *La lucha por la vida. La busca*, 1904.

En ese choque de mundos contrapuestos era crucial, para alcanzar una adaptación efectiva, que los inmigrantes pudieran acceder a un trabajo con el que sostener a sus familias. El mantenimiento de una casa siempre depende del equilibrio en la balanza entre ingresos y gastos. Un mayor número de personas

conllevaba mayores gastos en comida, vestido y vivienda, fundamentalmente. Por tanto, cuantas más bocas se reunieran en torno a la mesa, más brazos eran necesarios para acopiar la mayor cantidad posible de jornales. La capacidad de los inmigrantes para cumplir esa premisa era más limitada que en el caso de los nacidos en Madrid. El grado de inserción en los mercados laborales variaba en función de la cualificación profesional de los cabezas de familia, pero siempre era mayor entre los madrileños.

Equilibrio laboral en los hogares del Ensanche Sur <sup>32</sup>								
Número habitantes por hogar	1860				1878			
	Trabajador cualificado		Trabajador no cualificado		Trabajador cualificado		Trabajador no cualificado	
	Madrileño	Inmigrante	Madrileño	Inmigrante	Madrileño	Inmigrante	Madrileño	Inmigrante
1	100,0	100,00	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
2	54,5	47,9	54,5	31,9	40,7	28,4	17,8	21,9
3	15,8	13,2	37,5	7,8	18,6	12,2	16,7	8,8
4	17,6	5,0	33,3	2,2	8,0	9,3	3,6	6,2
5	0,0	5,6	0,0	3,5	0,0	3,1	10,8	1,6
6	0,0	0,0	0,0	3,7	0,0	0,0	4,2	2,3
Más de 6	0,0	0,0	0,0	0,0	8,7	1,9	0,0	5,2

[Figura 2.19. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860 y 1878. Los datos muestran los % de las familias en las que todos los miembros declaraban un trabajo.]

La situación más habitual en los hogares inmigrantes era la presencia de un único trabajador reconocido, especialmente entre los que no poseían una cualificación concreta como peones, mozos o braceros, como Pío Paul, el jornalero burgalés que había bautizado a su primogénito, Serafin, en la iglesia de San Millán. En 1863 había nacido su segundo hijo, Gregorio, con lo que ya eran cuatro bocas a alimentar con el inseguro salario que pudiera ganar como jornalero, más las monedas que su mujer, Tomasa, pudiera añadir en algún momento, aunque nada de ello quedaba reflejado de manera oficial. Así hubo de resistir esta familia durante bastantes años, hasta que los hijos crecieran y se pusieran a trabajar. Nueve años después, en 1872, las cosas habían cambiado poco y el hogar de los Paul-Cid seguía declarando al padre, Pío, como el único trabajador en activo de la familia. A medida que los barrios del Ensanche se desarrollaron y acogieron a más personas, los hogares presentaron menores porcentajes de trabajadores reconocidos en activo, tanto los que encabezaban trabajadores madrileños como los inmigrantes. A principios de la Restauración, las condiciones de subsistencia en la capital parecían haberse recrudecido. Por ello era de vital importancia contar con una malla de seguridad que amortiguara los golpes, que fuera una puerta de acceso a la capital en un primer momento,

<sup>32</sup> En el cuadro se analizan los porcentajes de hogares que tenían igual número de personas con un trabajo declarado respecto al número de personas que vivían en cada hogar. Las divisiones se establecen en función de la categoría profesional del cabeza de familia y de su lugar de origen.

pero también un salvavidas temporal para cuando llegaran los tiempos de la tormenta y el pan negro.

### ***2.2.1 Redes familiares en la gran ciudad***

Santiago García fue para sus paisanos uno de los pioneros en marcharse a Madrid y vivir en los nuevos barrios del sur. En 1856 decidió abandonar el pueblo toledano que le vio nacer, Magán, junto a su esposa, Antonia Huecas. Contaban con 32 y 31 años, respectivamente, como la mayoría de las parejas forasteras con las que compartían la aventura de hacer vida en Madrid. Tenían dos hijos que habían nacido en el pueblo, Atanasia, concebida cuando apenas eran unos adolescentes de 17 años, y Bernabé, un bebé de apenas unos meses. Santiago había tomado el viejo camino de Toledo para encaminarse a la capital, una tirada de 60 kilómetros que en carromato podía completarse en dos jornadas, si Antonia aguantaba bien con el bebé. El sendero les conducía directamente hasta el célebre Puente de Toledo del Manzanares y, un poco más arriba, hasta la imponente Puerta de Toledo, que daba la bienvenida a la ciudad. Santiago estimó que no había mejor lugar para asentarse y alquiló un cuarto en el Parador de Santa Casilda. Posiblemente conociera el lugar por noticias y comentarios de carreteros, vendedores ambulantes y ganaderos de los pueblos cercanos que lo solían frecuentar. Además, muchos eran toledanos como él.

El parador era una fonda de las afueras, con vistas al mercado de ganados y sólo era algo temporal, hasta encontrar una vivienda más tranquila. Su prioridad era no alejarse demasiado de la sombra que proyectaba la Puerta de Toledo. Por eso alquiló un principal en la Ronda de Toledo, número 4, por diez pesetas al mes. Ellos eran de un pueblo muy pequeño, pegado a Toledo, apuntillaban los maganeros cuando querían situarlo en el mapa, y el bullicio del centro era demasiado abrumador. Además, su familia era más bien pobre y no podía permitirse pagar un alquiler elevado. Era mejor vivir allí, en las afueras, donde los descampados todavía le recordaban los campos que rodeaban al pueblo, donde las casas eran más bajas que las termiteras corralas del centro y los alquileres más asequibles. Allí menudeaban las oportunidades de trabajo, a la vista de los batallones de peones, carpinteros y albañiles, que levantaban gigantescos gasómetros para la fábrica del gas, o entre las cuadrillas que pululaban por una hondonada cercana, conocida como las Peñuelas, donde se construían pequeñas casas en torno a una plazuela. Además, los caminos de llegada que había utilizado quedaban a mano y siempre podría recibir el aliento de otros familiares, o de paisanos, que decidieran embarcarse en la misma aventura.

Esa fue la decisión que tomó su cuñado, Nicasio Huecas, dos años más tarde, en 1858. Nicasio llegó a la capital con 28 años y casado con una chica de su pueblo de 21 años. Tenía mucho que aprender, pero estaba dispuesto a

labrarse un futuro en Madrid. Con la ayuda de su hermana y de su cuñado Santiago, que ya estaban allí, quizá lo conseguiría. El joven maganero no perdió el tiempo y dos años después aparecía como carretero en la plaza de las Peñuelas, en el corazón arrabalero del Ensanche Sur. Los Huecas parecían afianzarse en Madrid, lo que animó al hermano pequeño a seguir sus huellas por el viejo camino de Toledo. Manuel Huecas, de 23 años, era recibido por su hermano Nicasio a principios de 1860. Al igual que sus hermanos Antonia y Nicasio, se había casado con otra persona del pueblo, Dominia López, que contaba con 24 años. Los hermanos pequeños decidieron vivir juntos. En la casa de Antonia y Santiago ya eran seis personas con el nacimiento de otras dos niñas y ellos eran más jóvenes y, además, no tenían hijos. Era una convivencia similar a la que habían tenido en el pueblo, en la que primaban los lazos de parentesco y los sentimentales, a los que se añadía el sentido práctico de compartir los gastos del alquiler de la vivienda y disponer de una ayuda más estrecha, más directa e inmediata, para encontrar un trabajo.

<b>Formas de inserción en el hogar de los inmigrantes recién llegados en el Ensanche Sur</b>		
Personas en el hogar	1858-1860	1876-1878
Cabeza de familia	20,44	18,19
Cónyuge	15,85	12,53
Hijos	32,96	26,40
Familiares	4,75	13,07
<i>Total familiares</i>	<i>74,01</i>	<i>70,19</i>
Criados	1,90	2,51
Empleados	3,96	1,55
Realquilados	18,70	24,16
Otros	1,43	1,60

[Figura 2.20. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860 y 1878.]

Las migraciones bajo el paraguas de la familia eran la forma más habitual en los desplazamientos que tenían como punto de mira la gran ciudad.<sup>33</sup> La familia Huecas reflejaba perfectamente ese fenómeno: unos habían emigrado como grupo asentado y numeroso, como Santiago y Antonia, y otros, como Nicasio y Manuel, lo habían hecho en una etapa de mayor juventud y siguiendo el ejemplo de los primeros, a cuya protección se encomendaban para dar sus primeros pasos en terreno desconocido. El sostén que ofrecía la familia resultaba fundamental para la mayoría de los inmigrantes que empezaban a descubrir los secretos de un mundo ignoto. Las calles del Ensanche Sur se llenaban cada

<sup>33</sup> Para otros ámbitos ver MENDIOLA GONZALO, Fernando: *Inmigración, familia y empleo: estrategias familiares en los inicios de la industrialización. Pamplona (1840-1930)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2002; GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y URRUTIKOETXEA LIZARRAGA, José: *Vivir en familia, organizar la sociedad: familias y modelos familiares. Las provincias vascas a las puertas de la modernización (1860)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2003.

semana con la llegada de más personas y, en la mayoría de los hogares, los vínculos familiares eran el principal almacén entre las personas, la argamasa de la sociedad.

La Casa Labourdette de Madrid había sido una referencia para todos los miembros del grupo familiar desde su fundación, a principios de 1840, por parte de Juan Labourdette. Por allí habían pasado, en un momento u otro de sus vidas, la mayoría de sus hermanos pequeños (María, Juana, Pedro o Juan Bautista) y alguno de sus sobrinos, como los hermanos Juan y Fabián, llamados *Lalande* por su madre. Existía una solidaridad natural y desinteresada, nacida de los vínculos sanguíneos, como sucedió cuando Juana Saint Martin, la matriarca del grupo, vino a instalarse a la casa de su hijo, una vez que había enviudado de Pierre, su marido. Juana llegó a Madrid en 1854, a la vieja casona de la calle Almirante, cuando ya contaba con 70 años. Pero el hogar de los Labourdette no era una simple casa donde vivir por un tiempo, sino que también era un emporio comercial, un negocio unido a un apellido de larga tradición mercantil.<sup>34</sup> La entrada y salida de miembros del clan familiar no era inocente o accidental. Por los vínculos sanguíneos también circulaban intereses vinculados al negocio familiar.

El mejor ejemplo lo personificó Juan Labourdette Saint Martin, el hermano pequeño del fundador de la Casa. Cuando llegó a la capital por primera vez, en 1851, apenas era un bisoño comerciante con todo por aprender. Años de vida junto a su hermano mayor, de fijarse en cómo cerraba los tratos, o de viajes a Francia para comprar nuevas remesas de caballos, le convirtieron en un avisado comerciante, digno sucesor del negocio familiar, cuando su hermano desapareció. En 1872, Juan Labourdette Saint Martin, con 41 años, casado con Genoveva Husté y con seis hijos, era la nueva cabeza dirigente de la Casa Labourdette. Aquella acogida del hermano pequeño había terminado con la sucesión en la jefatura de la familia y del negocio, dada la falta de hijos por parte del mayor de los hermanos. La solidaridad inicial había permitido, años después, la supervivencia de la firma Labourdette, de sus negocios en Madrid y de la posición social de sus miembros.

La acogida de sobrinos era otro ejemplo de *interesada* solidaridad familiar, pero a un nivel inferior. A medio camino entre los hermanos, que dirigían el negocio, y los empleados y criados, contratados para las faenas más rudas, se situaban sobrinos como Juan y Fabián, *los Lalande*, que llegaron a casa de su tío en 1860, con apenas 22 y 20 años, respectivamente, o Gastón, que lo hizo en 1864, con 17 años. Trabajaban como mozos en las caballerizas mientras crecían y aprendían de los mayores. Algunos permanecían para siempre vinculados al negocio y viviendo en él, como los hermanos Juan y Fabián, mientras que otros sólo permanecían durante estancias cortas, lo justo para

---

<sup>34</sup> GRIS MARTÍNEZ, Joaquín, MULA GÓMEZ, Antonio José y HERNÁNDEZ FRANCO, Juan: “La Barrilla en el sureste peninsular a finales del siglo XVIII: Producción y comercialización” en *III Congreso de Historia Económica*, Alcalá de Henares, 1985, actas.



foguearse en un oficio, antes de dar el salto a otros campos que considerasen más provechosos, como hizo Gastón con el ferrocarril.

El número de familiares que acogían los inmigrantes más recientes del Ensanche Sur aumentó con el paso del tiempo. Hermanos, cuñados y sobrinos eran los familiares directos que franqueaban las puertas del hogar con mayor asiduidad. Junto a ellos, las respectivas madres y suegras eran las principales receptoras de una solidaridad familiar en forma de coresidencia. Estas personas se caracterizaban por su grado de dependencia a la hora de afincarse en la ciudad, bien por su juventud e inexperiencia, bien por su avanzada edad y su desamparo ante situaciones de viudedad, como ocurría con la mayoría de las madres y suegras.

Este calor que reportaba la familia no se apagaba ahí, en el umbral de las casas. El hogar era uno de los espacios vitales de las familias, pero su solidaridad no se agostaba a las cuatro paredes de la vivienda, sino que era factible que saltara allí donde se alojaran otros miembros del grupo de parentesco,<sup>35</sup> si estos residían cerca. Manuel Huecas había recibido la solidaridad familiar por parte de su hermano, en un primer momento, al permitirle residir con su esposa en su domicilio. Pero tanto Manuel como Nicasio fueron ayudados por su cuñado, Santiago, y su hermana, Antonia, que fueron los primeros en llegar a Madrid y, por tanto, contaban con un mejor conocimiento de la ciudad. En 1860 no residían en la misma casa, pero lo hacían muy cerca unos de otros, apenas a cinco minutos andando y, muy posiblemente, seguirían apoyándose en cualquier tipo de incidencia que tuvieran. No formaban una de esas familias complejas cuyos miembros vivían bajo un mismo techo, pero eso no implicaba que no pudieran ayudarse mutuamente, que la solidaridad de sus lazos sanguíneos no pudiera mantenerse y actuaran como familias *extendidas*, separadas en el espacio, pero unidas por lazos de sangre y de ayuda en común.<sup>36</sup>

La solidaridad por parentesco aumentó entre las familias del Ensanche Sur en los inicios de la Restauración, sobre todo en los hogares encabezados por madrileños de origen. El rápido crecimiento de la población y el ritmo más lento, desacompañado, en la construcción de viviendas, provocaba un mayor hacinamiento de las familias, que se veían impulsadas a compartir el espacio y admitir a más personas en el hogar. La vida en Madrid podía resultar un desafío al ingenio. Los salarios de la mayoría de los trabajadores apenas cubrían gastos y el alquiler de la vivienda era una de las grandes preocupaciones que se cernía

<sup>35</sup> REHER, David Sven: *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1970*, Siglo XXI, Madrid, 1988.

<sup>36</sup> Pilar Muñoz propone el concepto *familia extendida* para explicar el funcionamiento de numerosos hogares, independientes pero emparentados, que funcionarían como una familia extensa si su cercanía física lo permitía. MUÑOZ LÓPEZ, Pilar: *Sangre, amor e interés: la familia en la España de la Restauración*, Marcial Pons, Madrid, 2001; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “De parientes a vecinos: Evolución de las redes de parentesco y la solidaridad familiar en un espacio urbano en transformación: El Ensanche Sur de Madrid (1860-1905)” en LEVI, Giovanni (ed. lit.): *Familias, jerarquización y movilidad social*, Universidad de Murcia, Murcia, 2010, pp. 245-258.

sobre la familia.<sup>37</sup> No siempre existía la fortuna de contar con un pariente al que acudir en un mal trance, sobre todo entre los inmigrantes, que podían emigrar en familia, pero no con toda la familia, con todo el grupo de parentesco al completo. Siempre había familiares que permanecían en el lugar de origen, o que emigraban a otros lugares. Por tanto, el inmigrante contaba con menos lazos sanguíneos a los que acudir que una persona nacida en el mismo Madrid. Entre ellos era más frecuente la convivencia con personas ajenas al círculo familiar, personas con las que no tenían vínculos sanguíneos, pero que no resultaban extrañas del todo.

Composición de los hogares en el Ensanche Sur (1860-1878)						
Tipos de familias	1860			1878		
	Media	Inmigrantes	Madriileños	Media	Inmigrantes	Madriileños
Familias nucleares	67,92	- 0,08	+ 0,41	59,26	+ 0,15	- 0,73
Familias complejas	8,02	- 0,14	+ 0,67	16,42	- 1,59	+ 7,68
Familias con realquilados	12,29	- 0,15	+ 0,75	16,34	+ 1,69	- 8,20
Hogares sin núcleo familiar	11,77	+ 0,37	- 1,83	7,98	- 0,26	+ 1,25
Habitantes por hogar	3,79	3,78	3,79	4,13	4,16	4,02

[Figura 2.21. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860 y 1878. Los datos son porcentuales.]

Emigrar desde un pueblo de provincias, como hacía la mayoría, a una gran ciudad como Madrid, en pleno siglo XIX, cambiaba de manera irreversible la vida de las personas. No era una decisión que se tomara a la ligera. Detrás había infinidad de cálculos y meditaciones sobre su conveniencia, las posibilidades de éxito o fracaso o la idoneidad del momento. Eran pocos los que se desplazaban de manera aislada, sin compañía o sin contactos en el lugar de destino que pudiesen facilitar los primeros pasos en un entorno desconocido. Lo frecuente era hacerlo en compañía de familiares directos o de parientes lejanos. Pero cuando no se podía jugar esta carta, los inmigrantes que llegaban a la capital recurrían a la experiencia del camino andado por antiguos paisanos o por viejos conocidos de sus pueblos de origen. Eran hilos invisibles que les conectaban entre sí, como telas de araña, hasta formar toda una serie de redes o vías de integración, basadas en los vínculos de paisanaje.

<sup>37</sup> CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Editorial Complutense, Madrid, 2008; CASTILLO, Santiago (ed.): *Comisión de Reformas Sociales. Información oral y escrita (1889-1893)*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985.

### ***2.2.2 Un paisano a la vuelta de la esquina. Redes de paisanaje en la gran ciudad***

En 1872, Pierre Permasse era un joven francés de 30 años que ya había conocido la desgracia de ver morir a su esposa. Pierre había nacido en Montaut, una diminuta aldea de la región del Bajo Pirineo francés, cerca de Pau, rica en valles y pastos para el ganado. Su oficio como herrador le permitió trabajar con una de las familias de la región dedicada a la cría de caballos, los Labourdette. En el verano de ese año del 72, solo y sin hijos a su cargo, decidió aceptar la propuesta de Juan Labourdette Saint Martin para irse a la Casa que la familia tenía abierta en la capital española. No tenía nada que perder y Madrid podía representar una buena oportunidad para empezar de nuevo, en un lugar muy distinto a los valles pirenaicos. Las condiciones eran inmejorables: llegar con trabajo y alojamiento asegurados por el propio amo, al menos durante los primeros meses, y entre personas que hablaban su propio idioma y que le facilitarían su integración entre los españoles. Ocasiones como ésta no se presentaban todos los días ante un herrador francés nacido en los valles pirenaicos.

Pierre, o Pedro, como se le conoció en Madrid, no era un caso excepcional en la política de contratación llevada a cabo por los hermanos Labourdette. Desde los primeros años de su asentamiento en la capital española, se habían servido de personas de la región del Bajo Pirineo francés, de la cual procedían, para emplearlos como criados domésticos, mozos de caballerías y trabajadores cualificados como Pedro. A una escala mucho menor, el negocio de carrocerías y caballos Labourdette era una vía de inyección de personas y trabajadores franceses, como podía serlo el ferrocarril con la atracción de maquinistas e ingenieros. Una parte de la política de contratación de estos comerciantes franceses estaba sustentada por esta red de paisanaje, que se hacía con trabajadores en torno a los 30 años. Les ofrecían trabajo en su negocio y casa por un tiempo limitado, para allanarles el camino en una ciudad desconocida. Salvo raras excepciones, la mayoría sólo permanecía unos meses bajo el mismo techo de sus amos, antes de buscar su propia casa.

En 1878, transcurridos seis años desde su llegada, Pedro Permasse vivía en el número 34 del Paseo de Embajadores, por cuyo principal pagaba 15 pesetas al mes. Su nuevo hogar estaba a un paso de las caballerizas de su jefe, donde seguía trabajando, pero ya era completamente independiente. En Madrid había conocido a Manuela González, una joven muchacha de Lugo con la que decidió casarse y abrir una nueva etapa en su vida personal. En 1877 nació su primogénito, Juan Permasse González y al año siguiente acogió a un pequeño sobrino de siete años, Jean Bautes, que había nacido en Bayona. En cinco años, Pedro Permasse parecía haber rehecho su vida y todo gracias a su habilidad con las herraduras y a la oportunidad que le brindaron sus paisanos franceses.

El servicio doméstico era la otra rama de empleo en el negocio de los Labourdette y los lazos de paisanaje, como sucedía con los mozos de caballerías, también jugaban un papel fundamental. Anne Lasalle procedía del Bajo Pirineo francés, de la localidad de Viellenave-de-Navarrenx, y fue la criada por excelencia de los Labourdette, la mujer que más años pasó a su servicio entre 1850 y 1880. Por la casa desfilaron otras jóvenes, algunas casi unas niñas, a las que Anne enseñaría dónde se colocaban los utensilios de cocina, cuáles eran los gustos de los señores o los horarios y las costumbres de la casa. Todas pasaban para marcharse al poco tiempo, pero Anne permanecía, quizá por su buen hacer, quizá porque no contaba con más parientes en la ciudad que sus señores y paisanos, y Viellenave quedaba muy lejos para volver y ya había pasado demasiado tiempo.

La mayoría de esas sirvientas fugaces procedían de Asturias, el otro granero de trabajadores para los Labourdette. Junto a los criados y mozos franceses, Juan Labourdette, el mayor de los hermanos, tenía contratados a numerosos mozos asturianos entre los 25 y los 40 años, que se hicieron visibles en 1860, cuando amplió el negocio y abrió las nuevas instalaciones en el Paseo de Santa María de la Cabeza. Los más viejos llevaban muchos años en la capital y quizá trabajaban para Labourdette cuando las caballerizas estaban en los viejos corrales de la calle Almirante. Otros apenas contaban con unos meses de estancia en Madrid y a buen seguro que se sirvieron de sus paisanos para entrar a trabajar en la casa, como mozos de caballos. Esta huella asturiana pervivió a lo largo del tiempo y a falta de los trabajadores que se hicieran invisibles por vivir en sus propias casas, como Pedro Permasse, el protagonismo pasó de las palas de estiércol a las cofias y los mandiles. Las criadas asturianas se sucedieron unas a otras, tomaban la vacante dejada por una de ellas para cederlo, poco tiempo después, a otra asturiana, posiblemente a través de la recomendación personal.<sup>38</sup> Las asturianas tenían paisanos que respondían por ellas en caso de necesidad, y eso les daba una ventaja insuperable frente a criadas de otras regiones más cercanas a Madrid, como podían ser la Alcarria o la meseta toledana.

El coste de un desplazamiento permanente a Madrid entre aquellos que debían salvar grandes distancias, como ocurría con las criadas y los mozos asturianos de Juan Labourdette, era mayor que para los que distaban una o dos jornadas, como sucedía con la familia toledana de Magán, los Huecas. Entre los abundantes inmigrantes de Toledo o Guadalajara, dos de los principales surtidores del Ensanche Sur, los trabajadores que carecían de negocios o no poseían una cualificación técnica, como jornaleros y peones, eran más numerosos que en la media general de inmigrantes. Contaban con familiares o conocidos en la ciudad, pero acudían con un perfil más incierto, con un tono indefinido que les impelía a buscar trabajos de todo tipo, un poco a la aventura, a lo que saliera, dada su precaria condición de jornaleros. Si las cosas no salían como estaban previstas y los planes de triunfar en la ciudad se truncaban, el camino de regreso a casa era más breve y menos costoso. Para inmigrantes de puntos tan lejanos

---

<sup>38</sup> SARASÚA, Carmen: *Criadas, nodrizas, ..., Op. Cit.*, 48-61.

como Lugo, Asturias o Alicante, el panorama era bien distinto, pues apenas contaban con margen de error. Cuando salían de sus casas, un plausible regreso a corto o medio plazo casi ni se contemplaba. Por ello, los que partían procuraban hacerlo con las máximas garantías, bien amparados por unos contactos adecuados en el punto de llegada, bien con una preparación profesional óptima, o bien con ambos elementos.

<b>Criados y empleados en el hogar de los Labourdette (1853-1878)</b>					
Años	Nombre	Profesión	Procedencia	Edad	Años de estancia
1853	Juan Faurie	criado doméstico	Bajo pirineo francés	27	0,6
	Juan Delmás	criado doméstico	Bajo pirineo francés	28	0,9
	Juan Bordenave	criado doméstico	Bajo pirineo francés	33	0,2
1857	Esteban García	mozo de caballos	Toledo	31	1
	Santiago Vives	mozo de caballos	Alemania	73	49
1860	Celestino Díaz	mozo de caballos	Asturias	32	4
	Joaquín González	mozo de caballos	Asturias	24	2
	Francisco Pérez	mozo de caballos	Asturias	49	30
	Eugenio García	mozo de caballos	Asturias	41	1
	Serafín Pérez	mozo de caballos	Asturias	25	1
	Alfonso Fernández	mozo de caballos	Asturias	35	12
	José Cabañas	mozo de caballos	León	28	3
	María López	sirvienta	Toledo	20	2
1872	Pedro Permasse	herrador	Montaut (Bajo pirineo francés)	30	0,6
	Anne Lasalle	criada	Viellenave-de-Navarrenx (Bajo pirineo francés)	38	9
	Teresa García	nodriza	Asturias	36	2
	Beatriz Heras	criada	Guadalajara	15	1
1873	Pedro Permasse	herrador	Montaut (Bajo pirineo francés)	31	1,6
	Pedro Bernès	herrador	Pau (Bajo pirineo francés)	34	0,4
	Anne Lasalle	criada	Viellenave-de-Navarrenx (Bajo pirineo francés)	39	10
	María Pérez	criada	Asturias	14	1
1874	Anne Lasalle	criada	Viellenave-de-Navarrenx (Bajo pirineo francés)	40	11
	María Pérez	criada	Asturias	15	2
1875	Anne Lasalle	criada	Viellenave-de-Navarrenx (Bajo pirineo francés)	41	12
	María García	criada	Asturias	16	1
1878	Anne Lasalle	cocinera	Pau (Bajo pirineo francés)	44	15
	Marie Lasalle	sirvienta	Pau (Bajo pirineo francés)	19	2

[Figura 2.22. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1853, 1857, 1860, 1872, 1873, 1874, 1875 y 1878.]

Entre los inmigrantes asturianos, sobresalían aquellos que poseían algún pequeño negocio, que eran propietarios de tiendas de ultramarinos o que eran trabajadores con una cualificación profesional. Las asturianas también tenían una alta participación en el pequeño comercio y, especialmente, en el servicio doméstico. Sin llegar a copar el mercado de sirvientas, se imponían claramente sobre regiones próximas y consideradas *naturales* para el reclutamiento de criadas, cocineras o chicas para todo. A comienzos de la Restauración, por tanto, las redes migratorias asturianas mantenían su vigor a la hora de colocar a mujeres jóvenes en las mejores casas del Ensanche Sur, como sucedía en el hogar de los Labourdette.

<b>Integración laboral de los inmigrantes cabezas de familia (hombres)</b>					
<b>1860</b>					
Grupo profesional	Media (inmigrantes)	Guadalajara	Toledo	Alicante	Asturias
Prof. Liberales	1,0	- 1,0	+ 0,3	- 1,0	- 1,0
Empleados y servicios	8,7	- 3,7	- 2,3	- 6,0	+ 2,1
Pequeño comercio	5,9	- 0,9	+ 3,1	+ 0,3	- 0,5
Trabajadores cualificados	24,2	- 4,2	+ 1,4	- 6,5	+ 2,8
Trabajadores no cualificados	55,5	+ 4,5	- 1,7	+ 11,8	- 1,5
<b>1878</b>					
Grupo profesional	Media (inmigrantes)	Guadalajara	Toledo	Alicante	Asturias
Prof. Liberales	0,7	- 0,7	- 0,5	0,0	+ 0,6
Empleados y servicios	9,0	+ 1,1	- 3,1	- 4,7	+ 0,6
Pequeño comercio	6,3	- 3,4	- 1,9	- 3,4	+ 4,0
Trabajadores cualificados	15,3	- 3,8	- 4,5	+ 1,1	- 1,8
Trabajadores no cualificados	63,0	+ 7,5	+ 12,0	+ 8,5	- 4,0

[Figura 2.23. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860 y 1878. Los datos aportados están en % y en diferencias de % respecto a la media del Ensanche Sur.]

Los alicantinos parecían romper la premisa anterior, debido a la cuantía de jornaleros que aportaban a las arcas del Ensanche Sur, superior a la media. Pero, en este caso, los hombres eran meros acompañantes de las verdaderas protagonistas de esta corriente migratoria: las mujeres alicantinas. Entre estas mujeres abundaban las trabajadoras altamente cualificadas: en 1860 eran más de la mitad de las mujeres adultas que declaraban un trabajo y en 1878 llegaban casi a los dos tercios. La respuesta a la incógnita sobre por qué había tantas inmigrantes alicantinas con una ocupación manual cualificada se hallaba en su pericia a la hora de liar cigarrillos. El trabajo de cigarrera era un oficio antiguo y muy especializado. Los saberes se transmitían de una generación a otra, casi

siempre de madres a hijas<sup>39</sup>. Los años de experiencia en el oficio se tenían muy en cuenta y las alicantinas, seguramente, podían contar con una ventaja de partida, respecto a las mujeres de otras provincias, gracias a la existencia de una fábrica de tabacos en Alicante. En Madrid, la Real Fábrica de Tabacos tenía su asiento en la calle de Embajadores, junto al portillo del mismo nombre que daba inicio al Ensanche Sur.

<b>Integración laboral de los inmigrantes cabezas de familia (mujeres)</b>					
<b>1860</b>					
Grupo profesional	Media (inmigrantes)	Guadalajara	Toledo	Alicante	Asturias
Pequeño comercio	12,3	+ 37,7	- 0,6	+ 0,2	- 12,3
Trabajadoras cualificadas	41,6	+ 8,4	+ 5,5	+ 11,6	- 16,6
Trabajadoras no cualificadas	16,2	- 16,2	+ 1,4	+ 5,6	- 3,7
Servicio doméstico	24,7	- 24,7	- 12,9	- 12,2	+ 37,8
Total trabajadoras declaradas	23,4	- 16,9	- 2,1	+ 0,9	+ 8,6
Sus labores	76,6	+ 16,9	+ 2,1	- 0,9	- 8,6
<b>1878</b>					
Grupo profesional	Media (inmigrantes)	Guadalajara	Toledo	Alicante	Asturias
Pequeño comercio	15,5	+ 1,1	- 4,9	- 10,4	+ 6,2
Trabajadoras cualificadas	33,7	- 10,4	- 7,0	+ 30,4	- 16,3
Trabajadoras no cualificadas	23,4	+ 6,6	+ 13,9	- 5,5	- 6,0
Servicio doméstico	20,6	+ 2,8	+ 0,8	- 12,9	+ 14,2
Total trabajadoras declaradas	18,3	- 1,1	- 1,4	+ 7,2	+ 3,0
Sus labores	81,7	+ 1,1	+ 1,4	- 7,2	- 3,0

[Figura 2.24. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860 y 1878. Los datos aportados están en % y en diferencias de % respecto a la media del Ensanche Sur. Muestra de población: las mujeres que encabezan un hogar y las esposas de los hombres cabezas de familia.]

El oficio de cigarrera era antiguo no sólo por sus técnicas y saberes, o por su forma de organizarse en el interior de la fábrica, sino también por sus pautas de comportamiento social. Las cigarreras era un grupo con una cohesión interna muy fuerte. Sus relaciones iban más allá del recinto fabril y se extendían a los círculos más íntimos. Su figura dominaba en las calles que rodeaban a la fábrica, que además ofrecían alquileres más baratos que en otras zonas de la capital. Sólo en el Ensanche madrileño, de las 464 cigarreras presentes en 1878, 453 se situaban en la zona sur. Madres, hijas, sobrinas, amigas, vecinas, parientes, paisanas, entre todas formaban una tupida red de solidaridad donde eran moneda

<sup>39</sup> CANDELA SOTO, Paloma: *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida (1888-1927)*, Tecnos, Madrid, 1997.

común las ayudas, los favores y las facilidades de todo tipo. Un círculo cerrado por los lazos de parentesco y de paisanaje, donde era muy difícil entrar si no se manejaban alguna de estas claves. En 1860 la masa de cigarreras concentrada en el Ensanche Sur se dividía fundamentalmente en dos grupos: las nacidas en la propia capital (45%) y las nacidas en la provincia de Alicante (39%). En 1860, casi todas las madres o hijas de cigarreras (mayores de 12 años) compartían el mismo oficio (el 93'75%). Casi dos décadas después, en 1878, las cigarreras se mantenían como un oficio abrumadoramente hereditario (80'56%).

En otros oficios, el dominio por parte de un grupo de inmigrantes de larga distancia era, si cabe, mayor. En las numerosas vaquerías, tiendas de leche y de ultramarinos, que se fueron creando en el Ensanche madrileño a medida que aumentaba la población, resultaba casi una proeza inaudita dar con un propietario o un encargado del despacho diario, que no hubiera nacido en algún pueblecito de los valles pasiegos de la verde Cantabria, como San Roque de Riomiera.<sup>40</sup>

Panaderos y tahoneros en el Ensanche Sur						
Lugar de origen	1860		% solteros	1878		% solteros
Lugo	15	57,7	80,0	15	75,0	73,3
Francia	9	34,6	66,7	1	5,0	0,0
Otras regiones	2	7,7	100,0	4	20,0	25,0
Total	25			20		

[Figura 2.25. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860 y 1878.]

Los lucenses, por su parte, ejercían un control casi monopolístico de la industria del pan en el Ensanche Sur. Perteneían a una corriente más amplia de emigrantes gallegos y asturianos, que tenían a la capital española como uno de sus destinos predilectos desde la época moderna.<sup>41</sup> En esta corriente migratoria eran más numerosos los hombres<sup>42</sup> y la norma habitual era emigrar soltero y muy joven, entre los 15 y los 30 años. Al llegar a la capital, los lucenses encontraban un filón en el sector de la panadería para hacerse con su primer trabajo. Los propietarios de tahonas, hornos de pan y de bollos, solían recurrir a sus familiares, a conocidos, o a paisanos que llegaban con una recomendación bajo el brazo. El oficio podía ser duro, trabajar cuando el sol aún dormía y pegados a las

<sup>40</sup> CARBALLO BARRAL, Borja, VICENTE ALBARRÁN, Fernando y PALLOL TRIGUEROS, Rubén: "La ciudad de las oportunidades. Inmigración, vida y trabajo en el Madrid de la Restauración" en *II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea*, Granada, 2009.

<sup>41</sup> CARBAJO ISLA, María Fernanda: "La inmigración a Madrid (1600-1850)", *Op. Cit.*, pp. 67-100.

<sup>42</sup> En 1860, los inmigrantes masculinos de Lugo en el Ensanche Sur suponían el 65'5% del total de esa provincia, por el 61'9% de los asturianos. En 1878, la inmigración masculina de Lugo ascendía al 64'5% y la asturiana al 54'3%.



bocas de los hornos, pero ofrecía una salida para cientos de muchachos que se veían expulsados de sus pueblos. Para los más afortunados, aquellos que después de trabajar durante años habían podido reunir un peculio suficiente, era la oportunidad de poseer su propio negocio, que encarnaría el triunfo de sus sueños y la superación de incontables temores y dificultades.

*“La Petra, por mediación de la patrona, llevó al muchacho de mozo a un puesto de pan y verduras. El tío Patas, el dueño del puesto, un gallegazo pesadote como un buey, había llegado a Madrid, desde un pueblo de Lugo, a buscarse la vida, a los quince años. Al cabo de veinte de economías inverosímiles, trabajando en una tahona, ahorró tres o cuatro mil pesetas, y con ellas estableció un puesto de pan y de verdura.”*

Pío Baroja, *La lucha por la vida. La busca*, 1904.

El señor Jean Bladonet era un reputado panadero francés en 1860, el mayor fabricante de pan de todo el Ensanche Sur de Madrid. Llegado de Toulouse en 1852, se había hecho con el control de la mayor parte de la fabricación de pan en las afueras. Era el propietario de la “*Tahona del Canal*”, una panadería con horno y tienda ubicada en las proximidades del embarcadero del río Manzanares. El señor Bladonet tenía contratados a diez trabajadores, que vivían en el propio establecimiento, junto a su esposa Louise y sus dos hijos, llamados como sus padres. El señor Bladonet tenía empleados, como *panaderos a jornal*, a un joven asturiano de 25 años, a otro joven de 22, llegado de la sierra madrileña, a dos “*viejos*” panaderos franceses de 38 y 39 años y a una pequeña cuadrilla de seis lucenses. Entre ellos, llamaba la atención una pareja poco frecuente entre los inmigrantes lucenses, un padre y un hijo juntos.

Antonio Chao era un viejo lucense de 62 años que había llegado a la capital procedente de la zona de Chantada, junto a su hijo, José, de 30 años, en 1858. Padre e hijo posiblemente habían seguido los pasos de otro hijo de Antonio, Rosendo, que había llegado a Madrid en 1848, cuando apenas contaba con 17 años. Diez años después, una posible recomendación suya había permitido a su padre y a su hermano mayor entrar en la tahona del señor Bladonet, a pesar de la avanzada edad del padre. La siguiente oleada de la familia lucense correspondió a los primos carnales: Ramón Chao Méndez, en 1862 y con 16 años; Pedro en 1866, con 15 años; y José en 1869, con 16 años. Todos repetían el mismo esquema. Cuando cumplían los 15 ó 16 años de edad, los restos de la familia Chao que permanecían en la provincia de Lugo enviaban a sus vástagos a Madrid, para que aprendieran un oficio, se formaran y supieran lo que costaba ganarse la vida y salir adelante. Allí les esperaban los familiares que habían partido con anterioridad, a los que quizá no habían visto en la vida, pero que les abrían las puertas de la capital, para lograr una integración más rápida. Parecía un comportamiento propio de la lucha por la supervivencia, en la que sólo los mejores salían adelante con éxito.

En 1878, Rosendo Chao, el hijo pequeño de Antonio, el viejo panadero al servicio del señor Bladonet, había comprado un local en el número 22 de la Ronda de Segovia y había abierto una taberna. Treinta años habían transcurrido desde su llegada a la capital para deslomarse, cada noche, frente a las bocas de fuego de los hornos de pan, hasta verse, por fin, como dueño de su propio negocio. Sus primos Pedro y Ramón seguían con el oficio de panaderos, pero ahora desde el pedestal de patronos, como dueños de dos hornos de pan en privilegiados lugares del Ensanche Sur, como eran la Ronda de Atocha y el Paseo de Embajadores.<sup>43</sup>

Todos estos inmigrantes que protagonizaron la primera marejada que dio impulso al Ensanche madrileño mostraban, en líneas generales, una fuerte cohesión familiar o de paisanaje. En buena lógica resultaba natural, dadas las características de la zona donde se asentaban: barrios periféricos y con pocas casas, frente a los ramilletes de bloques que se apiñaban en el centro. A ello se añadían las propias características de las corrientes migratorias que vivificaban los nuevos espacios: el peso de unas pocas provincias en el desembarco de inmigrantes; las diferencias a la hora de elegir residencia, según la orientación de los barrios respecto a los lugares de origen; el protagonismo de las familias con hijos pequeños, o la existencia de diversas estrategias dirigidas al desempeño y cierto control de numerosos oficios (cigarreras, panaderos, lecheros, vaqueros, aguadores,<sup>44</sup> arrieros, etc.). Todo este conjunto de factores dio como resultado la formación de comunidades muy agrupadas, con una tupida red de múltiples contactos informales. Diminutas colmenas de pueblos compuestas por familiares y lugareños, que se arremolinaban en unos centenares de metros, en calles y casas pegadas unas a otras, cuando no en un mismo edificio, que contagiaban a cada rincón madrileño un tono particular, su propio acento.

Una de esas colmenas tenía su epicentro en la Ronda de Toledo, en un edificio con doble portal, el número 4 y el 4 duplicado. Aquella había sido la casa de Santiago García Hernández y Antonia Huecas durante más de 20 años, desde que abandonaran su pueblo toledano de Magán. Allí habían nacido sus hijas más pequeñas, Ramona en 1857, al poco de llegar, y Balbina en 1858, al año siguiente, que se sumaban a Atanasia y Bernabé, nacidos en el pueblo. Debieron ser años difíciles para un joven matrimonio inmigrante con cuatro hijos a sus espaldas, pero lograron salir adelante. Veinte años después se mantenían en la misma casa, aunque ahora sólo residían con ellos las hijas menores. Una de ellas, Ramona, les había hecho abuelos. Se había casado y había dado a luz a Pascual, pero el marido la había abandonado y sólo encontró refugio, para ella y su bebé, en casa de sus padres. La familia García Huecas no podía decir que había

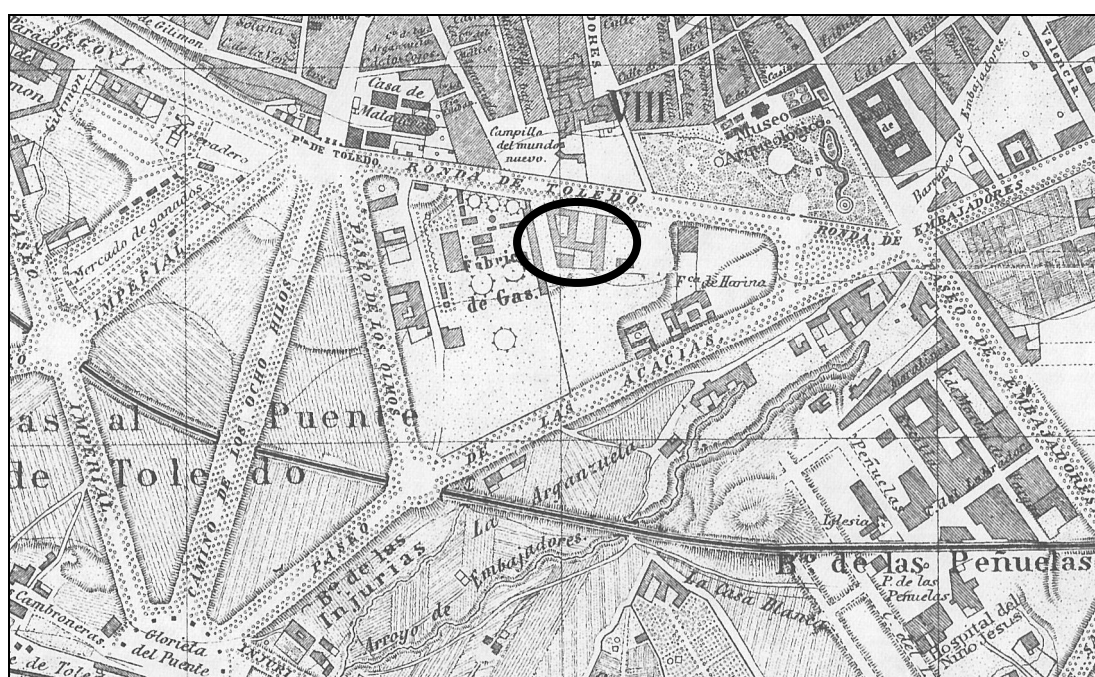
---

<sup>43</sup> Fuente: Reconstrucción a partir de los padrones municipales de 1860, 1866 y 1878, sección Estadística, AVM.

<sup>44</sup> JIMÉNEZ MANCHA, Juan: *Asturianos en Madrid: los oficios de las clases populares (siglos XVI-XX)*, Museo del Pueblo de Asturias, Gijón, 2007; JIMÉNEZ MANCHA, Juan: “Los aguadores de Madrid” en *La Aventura de la Historia*, nº 103, (2007), pp. 92-95; DÍAZ DÍAZ, María del Sol: “Los aguadores de Madrid” en *Anales del Instituto de Estudios madrileños*, nº 19, (1982), pp. 475-483.

triunfado en su marcha a Madrid, pero sí habían logrado mantenerse, que no era poco. Además, a otros familiares las cosas les habían ido bastante bien. Nicasio Huecas, el hermano de Antonia, que llegó siguiendo la estela de su hermana y cuñado, se había convertido en un modesto propietario comercial. En 1878 había enviudado de su primera esposa, maganera como él, y se había vuelto a casar con Marcelina Olivares, natural de la provincia de Guadalajara. Aunque sus primeros pasos los había dado como carretero, en ese año era el dueño de una carnicería, que regentaban personalmente, en la calle de los Moratines del barrio de las Peñuelas.

### Concentración de inmigrantes toledanos en la Ronda de Toledo, nº 4 (1878)



[Figura 2.26. Fuente: Elaboración propia. Sección de plano de José Pilar Morales (1877). Escala: 1:10.000. El círculo engloba a la vivienda estudiada.]

Bien fuera por el cebo que suponía el ejemplo de la familia Huecas, bien fuera porque existiera una tradición anterior, lo cierto es que el número 4 de la Ronda de Toledo tenía un encanto muy especial para los inmigrantes toledanos. Con el paso del tiempo, el inmueble se había convertido en una gigantesca corrala, un inmenso hormiguero humano de casi mil personas,<sup>45</sup> donde el acento de los pueblos toledanos era el rey absoluto. Casi uno de cada tres residentes había nacido en uno de ellos; en total, más de 300 personas con unos orígenes geográficos comunes. En ese edificio las redes familiares y de parentesco no es que fueran comunes, como en otros rincones de la ciudad, es que resultaba casi imposible dar con un cuarto que no contara en otros portales con familiares

<sup>45</sup> La cifra exacta es de 999 personas. Fuente: AVM, Estadística, padrón municipal de 1878.

directos, parientes más lejanos o, al menos, conocidos del mismo pueblo. Había incluso quien arrastraba a grupos familiares de otras regiones que nada tenían que ver con Toledo, como Faustino Moraleda, un cartero de Magán que vivía con su esposa e hijos, que había acogido a su madre, Joaquina Martín, viuda, y que tenía por vecinos a los cuñados de su mujer, tres familias al completo, procedentes del pueblo alicantino de Monforte del Cid.

<b>Principales pueblos toledanos en el edificio nº 4 de la Ronda de Toledo</b>			
Pueblo	Nº personas en el edificio	Nº personas en el Ensanche Sur	% que reside en el edificio
La Guardia	74	113	65,49
Tembleque	32	64	50,00
Magán	28	67	41,79
Villacañas	23	62	37,10
Villafranca de los Caballeros	20	45	44,44
Toledo	14	99	14,14
Madridejos	9	69	13,04
Mora	8	30	26,67
Dosbarrios	8	36	22,22
Consuegra	7	29	24,14
Ocaña	7	34	20,59
Miguel Esteban	7	38	18,42
<b>Otros pueblos toledanos importantes con escasa o nula presencia en el edificio</b>			
Villa de Don Fadrique	4	51	7,84
Talavera de la Reina	2	32	6,25
Turleque	1	31	3,23
Quero	0	68	0,00
Quintanar de la Orden	0	41	0,00
Camuñas	0	41	0,00
Ciruelos	0	28	0,00
Corral de Almaguer	0	25	0,00
Puebla de Almoradiel	0	24	0,00

[Figura 2.27. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1878.]

Los pueblos que más efectivos aportaban a la corrala procedían de las comarcas de la Mancha de Toledo y de Mesa de Ocaña, y eran más bien pequeños, en comparación a las localidades que encabezaban los partidos judiciales. La Guardia apiñaba casi a dos tercios del total de sus inmigrantes en el Ensanche Sur sólo en esa casa y otros, como Tembleque, Villacañas o Villafranca de los Caballeros, agrupaban a contingentes que podían suponer hasta la mitad de todos sus efectivos. Eran pueblos que distaban entre sí 60 kilómetros, pero todos se situaban, unos detrás de otros, a la vereda del viejo camino que llevaba al Real Sitio de Aranjuez y, de ahí, a la capital. El único que se salía de esta horma de zapato era Magán, la diminuta aldea de los Huecas o de Faustino Moraleda, que se encontraba a 20 kilómetros de Toledo y apartado de la ruta de

los otros pueblos que anidaban en la corrala. En este caso, era posible que las cuatro familias que compartían paisanaje con la familia de Santiago García y Antonia Huecas hubieran tenido noticias de ellos en el pueblo y se animaran a repetir el mismo camino que ellos emprendieron 20 años antes, siguiendo sus huellas hasta la misma casa de la Ronda de Toledo.

La concentración de inmigrantes por paisanaje en determinados puntos de la ciudad no siempre respondía a causas lógicas o mensurables. En el Ensanche Sur se contaban pueblos toledanos, con un importante número de personas, que no dejaban rastro alguno en la vasta colmena de la Ronda de Toledo. Había municipios diminutos, como Turleque o Camuñas, que se situaban en ese camino de Aranjuez, al igual que los principales pueblos de la corrala, pero que apenas contaban con una persona allí, a pesar de su abundancia en el resto del Ensanche Sur. Otras localidades más importantes como la Villa de Don Fadrique o la Puebla de Almoradiel, vecinas del municipio de Villacañas, tampoco se dejaban ver por la casa. Estas desigualdades entre unos pueblos y otros, límites geográficamente en la provincia, pero más despegados en la ciudad, podían apuntar a diferencias en las relaciones entre unos y otros, que tendrían sus raíces en los propios lugares de origen. Un mayor trato con unos paisanos que con otros, unas relaciones económicas más fluidas y naturales entre unas localidades y otras, podían tener un reflejo indirecto en el asentamiento en la ciudad a la hora de contar con conocidos, de recibir información de los que se iban, etc. Villacañas, Don Fadrique y la Puebla podían estar cerca unas de otras, pero mientras las dos últimas tenían más cerca la influencia de Quintanar de la Orden, Villacañas podría apuntar con más facilidad al camino de Aranjuez, que le conectaba, en primer término, con Tembleque.

En otros casos, las razones podían considerarse más irracionales, pero quizá reflejaban con precisión la idiosincrasia de los pueblos y sus habitantes. Encontrarse con alguien conocido en la ciudad no suscitaba, siempre y universalmente, sentimientos de alegría y felicidad. También podía suceder lo contrario, que se despertasen recelos, resquemores y rivalidades mal entendidas. Si ocurría entre personas de manera individual, también podía darse entre pueblos vecinos que mantuvieran un pulso o una rivalidad antigua.

*“Ese acto tan sencillo que llamamos ‘ver a una persona conocida’ es, en parte, un acto intelectual. Llenamos la apariencia física del ser que está ante nosotros con todas las nociones que respecto a él tenemos, y el aspecto total que de una persona nos formamos está integrado en su mayor parte por dichas nociones. Cada vez que vemos ese rostro y oímos esa voz, lo que se mira y lo que se oye son aquellas nociones.”*

Marcel Proust, *À la recherche du temps perdu. Du côté de chez Swann*, 1913.

<b>Asentamiento de inmigrantes de Valdepeñas y de Manzanares en el Ensanche Sur</b>		
Resumen porcentual	<b>1860</b>	<b>1878</b>
<b>Calles de asentamiento para los valdepeñeros</b>	<b>85,19</b>	<b>72,76</b>
Presencia en ellas de manzanareños	14,81	27,24
<b>Calles de asentamiento para los manzanareños</b>	<b>86,67</b>	<b>71,74</b>
Presencia en ellas de valdepeñeros	13,33	28,26

[**Figura 2.28.** Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860 y 1878. La muestra de población analizada es el conjunto de inmigrantes de Valdepeñas y Manzanares en el Ensanche Sur.]

Una situación que podía darse entre Valdepeñas y Manzanares, dos pueblos de la provincia de Ciudad Real, que se situaban también en pleno camino de Aranjuez. Las relaciones entre ellos debían ser fluidas, pues existía una gran proximidad física entre las localidades, pero también existía una cierta inquina entre sus habitantes, una animosidad que podía remontarse a los tiempos de la Guerra de la Independencia y al comportamiento de unos y otros durante los años que duró la ocupación.<sup>46</sup> Una vecindad picante y mordaz que tenía repercusiones entre los emigraban a Madrid. Durante los primeros años de desarrollo del Ensanche Sur, cuando apenas contaba con un puñado de calles y lo más fácil era que paisanos de pueblos cercanos, como era el caso de Valdepeñas y Manzanares, convivieran juntos en las mismas casas o en las mismas calles, los oriundos de estas localidades parecían evitarse, tendían a escoger caminos paralelos. Allí donde se agrupaban los inmigrantes de Valdepeñas, apenas se dejaban ver los de Manzanares y viceversa. La cercanía o el roce entre ellos parecían no resultarles agradable. Era una segregación de atracción hacia los suyos y de rechazo a los otros. Un comportamiento similar al de dos hermanos mal avenidos, que contravenía las pautas de la mayoría.

Estas estrategias de cohesión estaban condenadas a desaparecer con el transcurrir de los años. Los lazos, firmes en un primer momento, se desgastaban y se erosionaban hasta su disolución. Las trayectorias vitales en la gran ciudad eran imprevisibles. La vida no era inalterable y monótona como en los pueblos. Los cambios en los empleos eran frecuentes y solían aparejar un traslado en la residencia. La interacción con diferentes personas en los talleres y oficinas, en las tabernas, en las parroquias, en las escuelas, en los mercados y tiendas, en las calles y plazas, se multiplicaban en comparación a la repetición diaria de las mismas caras y los mismos gestos y conversaciones de las aldeas y de las pequeñas ciudades. Las oportunidades para conocer a otros y entablar una relación profesional o personal eran infinitas. Resultaba imposible reducir los contactos al círculo de paisanos con los que compartían vecindario. Este proceso de disgregación fue más evidente en las segundas y terceras generaciones, en las personas que llegaron cuando aún eran muy pequeñas, en brazos de sus padres.

<sup>46</sup> La información sobre la rivalidad entre ambos pueblos se ha obtenido de fuentes orales procedentes de las dos localidades. El asentamiento de sus inmigrantes en el Ensanche Sur procede del análisis de los padrones municipales de 1860 y 1878, AVM, Estadística.

El vínculo común con el pueblo se había debilitado y quedaba reducido a la figura de sus viejos padres. Las nuevas generaciones nacían en Madrid, de allí eran sus raíces y del pueblo sólo recordaban una difusa infancia, unas esporádicas visitas posteriores o las vivencias rememoradas por sus padres y abuelos. La presencia de alicantinos o lucenses en su calle no les removía el interior, como les podía suceder a sus antepasados.

### 2.3 Madrid se agiganta, sus colmenas se diluyen

El último cuarto del siglo XIX supuso para Madrid su eclosión definitiva como gran ciudad. El paquete de transformaciones puesto en marcha en 1850, impulsado en 1868 y consolidado durante la Restauración, permitió un crecimiento demográfico sostenido hasta superar la barrera del medio millón de habitantes. Ese salto en la escala física y humana de la ciudad fue debido a que los flujos migratorios mantuvieron su fuerza e intensidad a lo largo de los años. Madrid seguía viviendo de los inmigrantes que poblaban sus calles y llenaban sus barrios, más en los que se fueron creando que en los viejos del interior. Al rayar 1900, el Ensanche madrileño había cedido el testigo del “nuevo Madrid” a las zonas periféricas del Extrarradio y los suburbios, donde se gestaba una descontrolada explosión demográfica y urbanística que se haría más visible en las primeras décadas del siglo XX.<sup>47</sup> La gran ciudad extendía sus tentáculos por territorios cada vez más alejados. Los barrios del Ensanche aún tenían extensas zonas sin urbanizar, pero poco a poco adquirieron una imagen de *nuevo interior*, gracias a una mayor integración con el conjunto urbano que en las décadas de los 60, 70 y 80, cuando pugnaban por desarrollarse a marchas forzadas y librarse de su imagen de arrabales extramuros.

---

<sup>47</sup> VORMS, Charlotte: “La génesis de un mercado inmobiliario moderno en la periferia de Madrid (1860-1900)” en BEASCOECHEA GANGOITI, José María, GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y NOVO LÓPEZ, P. (eds.): *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2006, pp. 529-546; VORMS, Charlotte: “La urbanización marginal del Extrarradio de Madrid: una respuesta espontánea al problema de la vivienda. El caso de La Prosperidad (1860-1930)”, en *Scripta Nova, Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, nº 7, 146, (2003); GONZÁLEZ LÓPEZ, Javier: *Madrid y su extrarradio. El distrito de Tetuán en el primer tercio del siglo XX*, Trabajo fin de Máster, UCM, 2010.

### 2.3.1 Fuentes de crecimiento más amplias y homogéneas

Las más de 130.000 personas que acogía el Ensanche madrileño era una bolsa de población que superaba a casi la totalidad de ciudades españolas del momento. De ellas, 30.358 correspondían al Ensanche Sur. Esa población había ido modificando progresivamente su naturaleza interna a lo largo de las dos primeras décadas de la Restauración. Era una población de tono inmigrante, pero no tanto como en 1860. Los vínculos que la unían con la ciudad eran más numerosos y más robustos. Los cabezas de familia que habían nacido en la propia ciudad ganaban terreno, paulatinamente, a los forasteros y su presencia era más habitual cada año que pasaba. Además, entre los propios inmigrantes, aquellos que llevaban viviendo más de diez años en la capital, aquellos que podían considerar a Madrid como su ciudad adoptiva, superaban los dos tercios del total de foráneos. El Ensanche Sur estaba siendo sustituido por las barriadas del Extrarradio como foco de primera acogida para los inmigrantes más recientes, y ese fenómeno tenía su plasmación más directa en la disminución proporcional de esa población con un arraigo en la ciudad débil y escaso. Por tanto, los vecinos del Ensanche Sur que saludaban al nuevo siglo eran más madrileños o llevaban más años de vida madrileña.

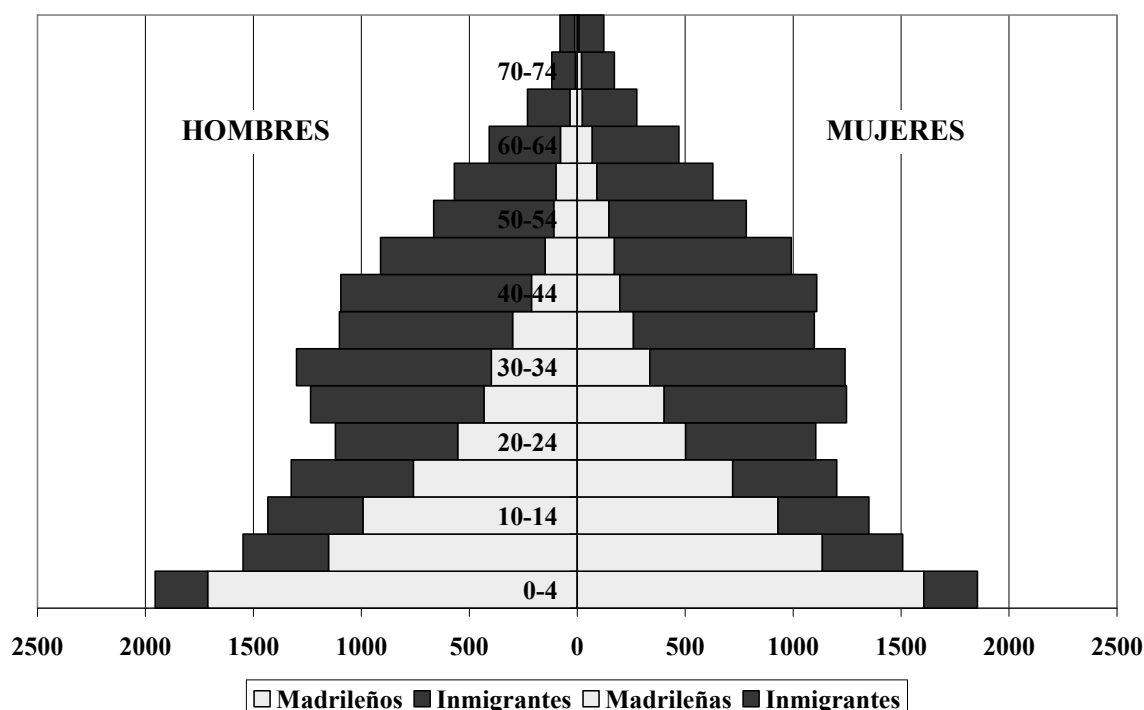
<b>Cabezas de familia nativos y años de residencia de los inmigrantes</b>			
	<b>1860</b>	<b>1860- 1878</b>	<b>1860 - 1905</b>
<b>Madrileños</b>	16,87	+ 1,60	+ 5,86
<b>Inmigrantes (- 5 años)</b>	24,47	- 5,77	- 4,14
<b>Inmigrantes (+ 10 años)</b>	59,85	+ 7,35	+ 6,38

[Figura 2.29. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860, 1878 y 1905.]

Además, en 1905 se consolidó la estructura demográfica por edades del Ensanche Sur, cuyo modelo se había esbozado en 1860 y pulido en 1878. Los inmigrantes entre los 25 y los 45 años seguían destacando sobre el resto, mientras que las personas entre los 15 y los 24 años eran mucho más escasas que en otras zonas de la ciudad, como el Ensanche Este, uno de los destinos preferentes para una inmigración joven y femenina, encaminada al servicio doméstico de las clases altas y medias de la sociedad. Los rasgos económicos del Ensanche Sur, fabriles e industriales, no habían hecho sino acentuarse y, con ellos, lo hicieron también los perfiles sociales de su población, formada mayoritariamente por clases bajas y medias bajas. El perfil de su estructura demográfica, con el permanente dominio de una inmigración madura y abundantes hijos nacidos en la ciudad, era su más vivo reflejo.



### Pirámide de población del Ensanche Sur por lugar de origen (1905)



[Figura 2.30. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1905.]

Como se observa en la figura 2.30, el perfil demográfico de la población mantenía sus rasgos generales, pero la composición de la inmigración se había modificado ligeramente. En un primer momento, la población foránea que se asentaba en el Ensanche Sur mostró las peculiaridades propias de los flujos de personas que se habían dirigido a Madrid desde la edad moderna.<sup>48</sup> En 1860 predominaban los inmigrantes masculinos y aquellos que procedían de provincias alejadas de la ciudad. Eran flujos herederos de una situación anterior, de los tiempos de la Villa y Corte encerrada, cuando recibía a jóvenes gallegos y asturianos con intenciones de quedarse y los inmigrantes de los contornos más cercanos ejercitaban migraciones temporales de ida y vuelta a sus lugares de origen. Pero la situación de 1860 también emitía signos evidentes de cambio, con el equilibrio por sexos de la inmigración, que se confirmaron en la segunda mitad de la centuria.

En 1905 la inmigración se había feminizado y el peso de las regiones adyacentes a la capital se equiparaba, prácticamente, al del resto de las provincias españolas. Madrid tenía su principal granero en el campo castellano, que le abastecía a base de miles de emigrantes salidos de sus pueblos y ciudades. Esa situación se plasmó en el crecimiento demográfico de unos y otros. En un cuarto de siglo, entre 1877 y 1900, Madrid creció en 140.000 personas, lo que suponía

<sup>48</sup> CARBAJO ISLA, María Fernanda: *La población de la villa de Madrid...*, Op. Cit.

un aumento del 35% en su tamaño. En ese mismo lapso temporal, las cinco capitales castellanas que rodean Madrid apenas despegaron en 13.000 personas más en conjunto, con unos porcentajes de crecimiento que no llegaron al 30% y en algún caso, como Toledo, incapaces de rebasar el 10%.<sup>49</sup>

Inmigración nacional por sexos en el Ensanche Sur						
Lugar de origen	1860		1878		1905	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Prov. Límitrofes*	34,6	37,7	43,2	47,2	46,3	47,4
Resto de España	65,4	62,3	56,8	52,8	53,7	52,6
Hombres-Mujeres	50,9	49,1	48,9	51,1	48,6	51,4

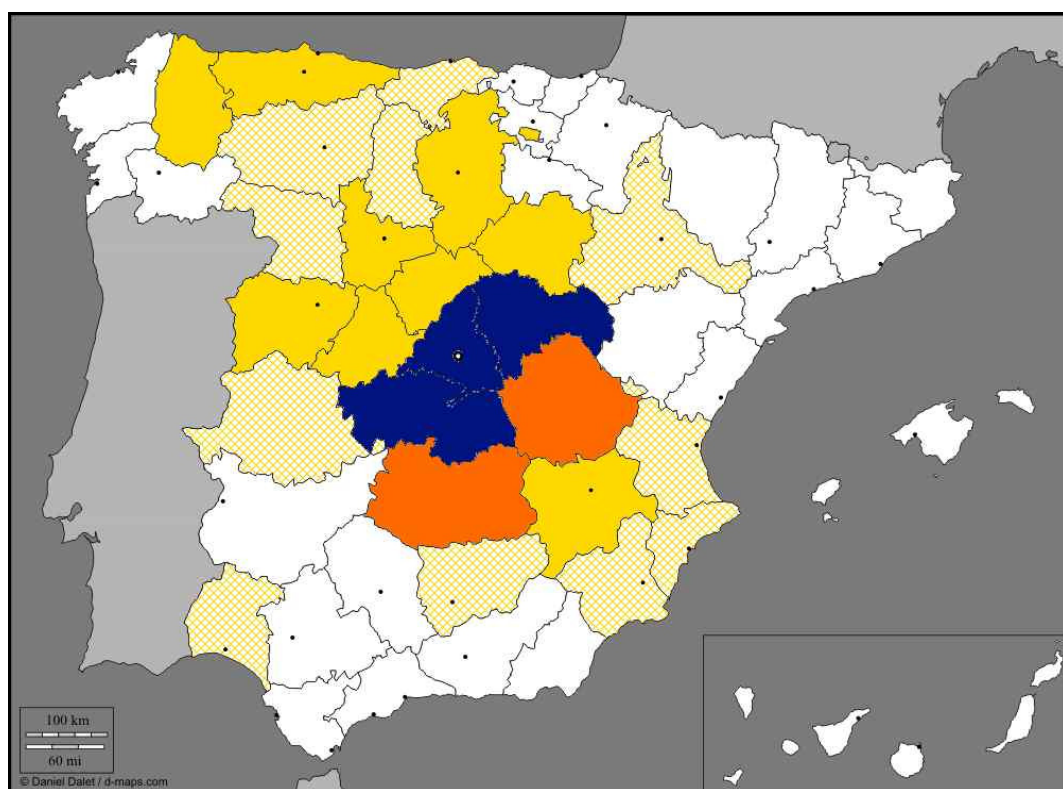
[Figura 2.31. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860, 1878 y 1905. \* Provincias de Madrid, Ávila, Segovia, Guadalajara, Cuenca y Toledo.]

Los inmigrantes que se asentaban en el Ensanche Sur mostraban una mayor tendencia a desplazarse por etapas (ver cuadros 2.7 y 2.8), entre unas ciudades y otras, fruto de una mejora en las comunicaciones y de una red urbana floreciente, pero la fuerza que adquirió Madrid era aún más fuerte a la hora de atraer nuevos inmigrantes. En el Ensanche Sur destacaban los que procedían de las provincias de Toledo, Madrid y Guadalajara. La inmigración levantina había sido barrida por la fuerza mediterránea de Barcelona y de la costa africana<sup>50</sup>, mientras que el tradicional binomio gallego-asturiano perdía fuelle ante el empuje de las mesetas castellanas.

<sup>49</sup> Fuente: Instituto Nacional de Estadística, censos de población.

<sup>50</sup> OYÓN, José Luis: *La quiebra de la ciudad popular: espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2008; BONMATÍ ANTÓN, José Fermín: *La emigración alicantina a Argelia*, Universidad de Alicante, Alicante, 1988.

### Inmigración en el Ensanche Sur por lugares de origen (1905)



<i>Leyenda</i>			
<b>muy alta</b>	(+ 8%)	<b>moderada</b>	(2-3,9 %)
<b>alta</b>	(6-7,9 %)	<b>baja</b>	(1-1,9 %)
<b>media alta</b>	(4-5,9 %)	<b>muy baja</b>	(0-0,9 %)

[Figura 2.32. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1905.]

La disposición interna de los barrios en el Ensanche aún condicionaba el asentamiento de los inmigrantes en la ciudad. En el Ensanche Sur había una sobreabundancia de personas originarias de la actual Castilla La Mancha y de la provincia de Madrid, mientras que las personas procedentes del norte eran menos frecuentes en términos relativos, aunque en algunos casos, como los segovianos y los asturianos, el número de efectivos totales se aproximara a los de provincias como Ciudad Real. Por tanto, los desequilibrios en las zonas del Ensanche se mantenían, pero al mismo tiempo se habían amortiguado considerablemente. Ya no existían los pronunciados contrastes de 1860 ó 1878, cuando los inmigrantes de una provincia, como Alicante, se apiñaban en los barrios del Sur y aparecían a cuentagotas por otros rincones. Ahora la población estaba más cohesionada, más mezclada e integrada. Había diferencias, pero eran mínimas. Los barrios del Ensanche habían perdido su vitola de territorios periféricos y se habían fusionado con el conjunto de la ciudad, formaban parte de su paisaje urbano. Asentarse en una de sus calles ya no dependía tanto de su orientación respecto a los lugares de origen, como en tiempos pasados. La ciudad se había agigantado, su red de

infraestructuras había aumentado,<sup>51</sup> se había extendido por más zonas y la población parecía estar más repartida, menos compartimentada por sus lugares de origen.

Niveles de inmigración y concentración de provincias en el Ensanche Sur 1905		
Provincias	Ensanche Sur	Dif. E.Sur - E.Total
Toledo	11,32	+ 4,42
Ciudad Real	4,41	+ 1,96
Madrid	13,25	+ 1,83
Cuenca	4,84	+ 1,49
Guadalajara	9,52	+ 1,43
Cantabria	1,28	- 1,15
Burgos	2,38	- 1,15
Cádiz	0,49	- 1,19
Segovia	3,80	- 1,40
Asturias	3,71	- 1,70

[Figura 2.33. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1905. La comparación con el conjunto del Ensanche de Madrid se ha realizado gracias con los trabajos de Borja Carballo y Rubén Pallol.]

En ese gran Madrid la familia seguía desempeñando un rol fundamental en la sociedad, sobre todo entre los recién llegados. Casi el 90% de los inmigrantes con menos de dos años de estancia en la ciudad residían con sus familiares más directos (esposa, hijos, padres) o con parientes más o menos cercanos (hermanos, primos, sobrinos, tíos, etc.). Este peso de la familia en los hogares recién fundados reflejaba, al mismo tiempo, su fuerza en los movimientos migratorios de las personas en el cambio de siglo.

Composición de los hogares en el Ensanche Sur (1905)				
<i>Tipos de familias</i>	<i>Media</i>	<i>Inmigrantes recientes</i>	<i>Inmigrantes</i>	<i>Madrileños</i>
Familias nucleares	67,42	+ 8,43	+ 0,63	- 2,28
Familias complejas	15,46	- 1,77	- 0,37	+ 1,33
Familias con realquilados	8,07	- 3,08	- 0,15	+ 0,54
Hogares sin núcleo familiar	9,05	- 3,57	- 0,11	+ 0,41

[Figura 2.34. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1905.]

<sup>51</sup> PINTO CRESPO, Virgilio (dir.): *Madrid: Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Fundación Caja Madrid, Madrid, 2001.

A partir de 1900 la intensidad de los flujos migratorios españoles se redobló, tanto hacia el exterior como en el interior, lo que impulsó al proceso urbanizador español a una nueva fase de crecimiento.<sup>52</sup> Las ciudades crecían más y en menos tiempo. Y en ese proceso la familia ostentaba el mando absoluto: en los desplazamientos migratorios, al menos hacia la gran ciudad, apenas se contemplaban alternativas ajenas al círculo familiar. Las personas se movían en familia cuando decidían abandonar un lugar y lo hacían en mayor número que en las oleadas anteriores de mediados de siglo o del comienzo de la Restauración.<sup>53</sup> Las personas que emprendían por entonces el viaje solos, o en compañía de otros que no eran de su familia, tenían aún una presencia significativa. Pero a medida que los desplazamientos definitivos se incrementaron y la sociedad española se conectaba más entre sí, la familia se convirtió, prácticamente, en el único vehículo que las personas utilizaban para moverse y aventurarse a una gran ciudad.

### ***2.3.2 Una población en movimiento, una sociedad en vías de integración***

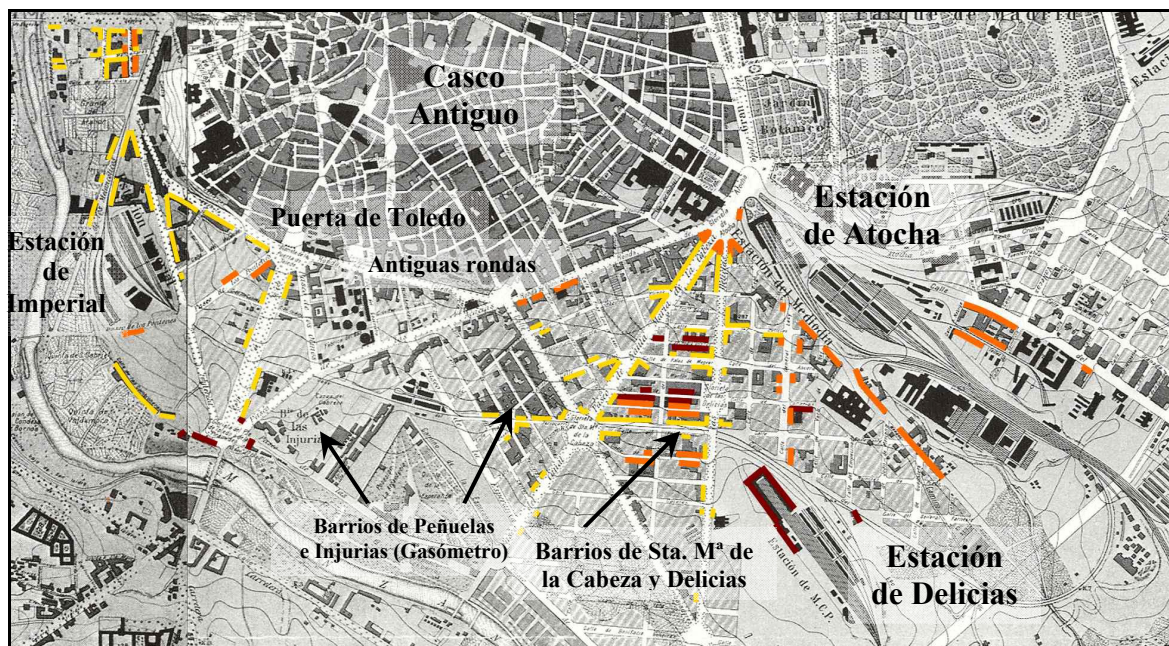
Velocidad. Un mundo en marcha, sin descanso. Los frenos que rechinan, desesperados por detener al gigante. Bufidos estridentes que sobresaltan la atmósfera para anunciar una nueva partida, o la llegada de otro convoy. Horizonte gris de humo y metal. Trenes que salvan barrancos, atraviesan descampados y se cuelan entre las casas, apostadas tras un cercado bajo de tablones. Paisaje ferroviario y bullicio de almacenes. Los inmigrantes que alcanzaban Madrid por el Ensanche Sur no elegían su primera casa al azar. El primer impulso les llevaba a no alejarse excesivamente de las estaciones ferroviarias, a vivir cerca de su aliento. Bien porque hubieran llegado subidos en uno de sus trenes, bien porque fueran los reclamos más atractivos para hacerse con un trabajo, los inmigrantes que sólo llevaban unos meses viviendo en la ciudad elegían las diferentes estaciones ferroviarias como sus puntos de llegada favoritos.

---

<sup>52</sup> SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: “Las migraciones interiores durante la modernización económica de España, 1860-1930” en *Cuadernos económicos de ICE*, nº 70, (2005), pp. 157-182.

<sup>53</sup> Entre los inmigrantes con menos de dos años de estancia en Madrid, las formas familiares (nucleares y complejas) suponían un 67’7% en 1860 y un 74’3% en 1878, mientras que en 1905 alcanzaban el 89’5%. AVM, Estadística, padrones municipales de 1860, 1878 y 1905.

### Asentamiento de la población inmigrante reciente (- 1 año) en el Ensanche Sur (1905)



Leyenda	muy alto	alto	medio
	+ 25 %	15 - 24 %	10 - 14 %

[Figura 2.35. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1905. Sección de plano de Núñez Granés (1910). Escala: 1:10.000. En el plano se refleja la concentración de inmigrantes recientes, en función de su % por calles, respecto al total de inmigrantes de cada calle.]

Las inmediaciones de Delicias, Atocha e Imperial recogían los mayores índices de personas foráneas con menos de un año de residencia. La proximidad entre las dos primeras y el avance en el desarrollo urbanístico de los barrios de Santa Mª de la Cabeza y Delicias, gracias a las óptimas condiciones de los terrenos, motivaron que ese sector fuera el preferido por los recién llegados para vivir. Los inmigrantes solían optar por calles nuevas, algunas a medio hacer, con abundantes descampados aún por desbrozar y acondicionar. Esas calles solían ser de segunda o tercera categoría, estrechas, vulgares frente a los arbolados paseos y, por tanto, mucho más baratas en sus alquileres. Los más nuevos se iban a vivir a lo más reciente, que no siempre era lo mejor. Por lo general, los inmigrantes con menos de un año de vida madrileña accedían a peores viviendas que aquellos otros que llevaban más tiempo residiendo en la capital. Los alquileres mensuales eran considerablemente menores a las medias generales de cada calle, salvo aquellos que escogían vías caras para vivir, como el Paseo de Santa Mª de la Cabeza o la Puerta de Toledo. En esos casos, su desconocimiento de la zona les jugaba una mala pasada y debían afrontar alquileres muy superiores a sus vecinos de portal.



Frente a ese rincón de acogida, las partes más viejas del Ensanche apenas atraían a los inmigrantes más recientes. Las antiguas rondas pegadas al casco antiguo y los alrededores de la fábrica del gas eran evitados por lo general. La mala fama de la barriada de las Injurias espantaba, incluso, a los que se estrenaban en Madrid y el viejo barrio de las Peñuelas, con casas que superaban el medio siglo de antigüedad, tampoco resultaba muy atractivo para las nuevas oleadas del siglo XX. Eran rincones viejos, de arraigo añejo y raíces profundas. Su población era bien distinta a la sangre nueva que corría por las inmediaciones de las estaciones, por las calles a medio hacer que las rodeaban, como Téllez, Comercio, Ferrocarril, General Lacy o Méndez Álvaro. Lo más nutrido de Madrid y los inmigrantes más veteranos se apiñaban en torno a las rondas, en el minúsculo damero de las Peñuelas, de calles finas como hilos como Ercilla, Moratines, Labrador o Martín de Vargas, y en barriadas marginales como las Injurias y Casa Blanca. Eran zonas donde la población inmigrante era minoría y en algunos puntos, como el corazón de las Peñuelas, los nacidos en Madrid llegaban a suponer dos de cada tres vecinos, una proporción insólita en la mayor parte de las afueras madrileñas.

A nivel general, la zona de Ensanche había cedido el testigo al Extrarradio como principal área de acogida para los nuevos inmigrantes. A nivel interno del Ensanche Sur ocurría algo similar. Las Peñuelas había sido el embrión de todo, el arrabal que llamó la atención de Mesonero, que incordiaba a las autoridades por el aspecto de sus casas, que pleiteó y luchó para sobrevivir a los planes de Castro. Todo ello era pasado. En 1900 los barrios pujantes eran Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza y Delicias, mejor acondicionados para la extensión de una alfombra de manzanas residenciales y próximos a las estaciones del ferrocarril, el motor de toda la zona sur.

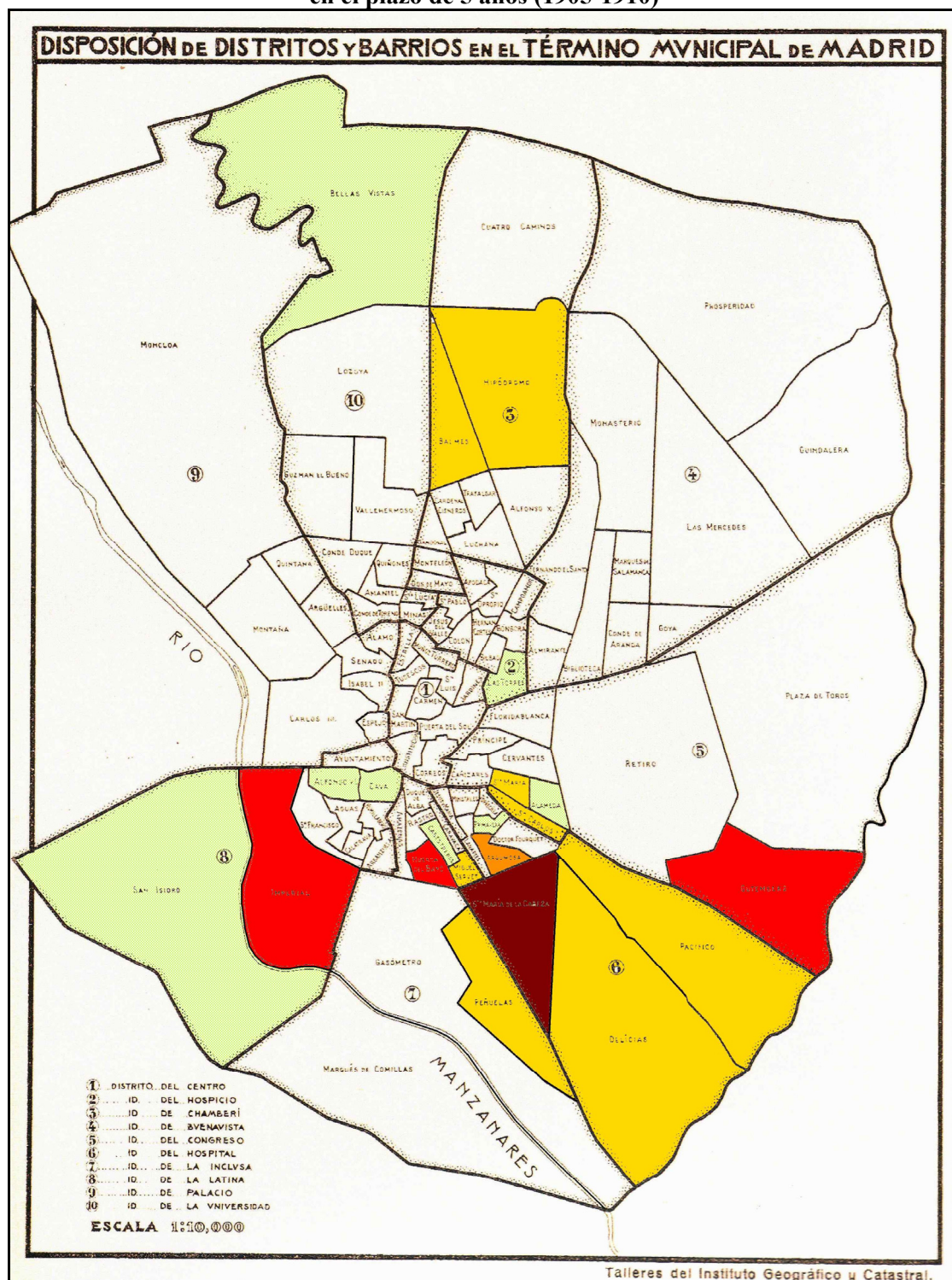
Esos cambios internos, que se habían ido fraguando entre los barrios que componían el Ensanche Sur, tenían un fiel reflejo en el comportamiento residencial de los inmigrantes durante los años siguientes a su llegada. Aquellos que se habían domiciliado entre 1903 y 1905, se habían decantado por las zonas próximas a las estaciones del ferrocarril y lo siguieron haciendo durante los cinco años siguientes. Cuando efectuaban un cambio de residencia, elegían como destino uno de los barrios ferroviarios “acomodados”, es decir, zonas residenciales que no perdían de vista la sombra del ferrocarril, pero que apenas tenían talleres o almacenes y la familia podía disfrutar de un mayor sosiego y una cierta comodidad. Eran barrios como Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza, Gutemberg, la parte norte de Imperial, o los barrios de Huerta del Bayo y Argumosa, pegados a las rondas. Los barrios ferroviarios “de batalla”, donde se asentaban las grandes estaciones de Atocha y Delicias y sus alrededores formaban un pandemónium de vías de circunvalación, talleres de reparación, almacenes, fábricas y plantas industriales, también atraían a familias que cambiaban de domicilio, pero a un nivel muy inferior. Sólo la infinidad de ofertas de trabajo que brotaban de ellos y la baja cuantía de los alquileres, podían estimular la decisión de adentrarse en ese fragor infernal de ruidos, olores, incomodidades y peligrosidad.

<b>Asentamiento de la población inmigrante del Ensanche Sur en sus calles principales (1905)</b>					
<b>Calle</b>	<b>Población inmigrante</b>	<b>Población inmigrante reciente</b>	<b>Alquiler medio</b>		
			MC	MI	MI1
<b><i>Promedio</i></b>	<b>55,0</b>	<b>12,1</b>	<b>16,3</b>	<b>15,7</b>	<b>15,3</b>
Estación de Atocha	81,0	0,0	-	-	-
Téllez	78,2	16,2	16,7	16,2	13,5
Estación de Delicias	75,7	41,1	-	-	-
Glorieta Sta. M <sup>a</sup> de la Cabeza	69,6	14,6	12,3	12,2	10,2
Pacífico	65,6	20,4	26,5	25,5	23,3
Cambronerías	64,8	10,5	8,0	8,1	7,6
Paseo de las Delicias	63,9	14,2	21,6	21,8	16,7
General Lacy	63,7	15,4	14,2	14,2	11,9
Ferrocarril	59,7	11,7	11,3	11,3	10,6
Paseo Imperial	59,1	10,3	12,0	12,1	8,7
Méndez Álvaro	59,0	17,5	19,2	19,3	17,3
Juan Duque	58,6	13,1	15,5	15,1	14,6
Glorieta de Atocha	58,4	21,3	56,2	57,0	41,7
Paseo de Sta. M <sup>a</sup> de la Cabeza	57,6	10,4	21,9	22,9	26,5
Toledo	55,0	13,9	18,8	19,3	21,5
Ronda de Toledo	51,6	9,4	13,8	14,0	12,1
Peñuelas	50,7	6,3	10,2	9,7	7,6
Ronda de Atocha	49,9	8,7	28,2	24,1	21,9
Paseo de las Acacias	47,9	5,5	17,4	14,8	10,5
Ronda de Valencia	46,5	17,0	17,7	19,1	10,7
Martín de Vargas	42,7	6,4	12,3	12,2	11,3
Cristo de las Injurias	42,4	4,1	8,8	8,9	8,3
Ercilla	41,5	5,3	10,6	11,0	10,1
Labrador	39,6	3,8	13,8	15,5	15,0
Moratines	38,5	4,6	12,7	12,7	10,0
Glorieta de la Puerta de Toledo	37,2	2,4	36,8	40,3	175,0
Plaza de las Peñuelas	36,6	12,2	9,4	9,3	15,0

[Figura 2.36. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1905. Los datos de la población están ofrecidos en %. Los datos de los alquileres mensuales, en pesetas. Leyenda: Población inmigrante (% de población inmigrante respecto a la población total de esa calle); Población inmigrante reciente (% de población inmigrante con menos de 1 año de estancia en Madrid respecto al total de población inmigrante de esa calle); MC (Alquiler mensual medio de las familias de la calle); MI (Alquiler mensual medio de las familias inmigrantes de la calle); MI1 (Alquiler mensual medio de las familias inmigrantes recientes de la calle).]



**Movilidad residencial de los inmigrantes recientes (- 2 años) del Ensanche Sur en el plazo de 5 años (1905-1910)**



Leyenda			
<b>muy alta</b>	+ 9%	<b>media baja</b>	2 - 3,99%
<b>alta</b>	6 - 8,99%	<b>baja</b>	1 - 1,99%
<b>media alta</b>	4 - 5,99%	<b>muy baja</b>	- 1%

[Figura 2.37. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1905. Los % son en relación a aquellos inmigrantes recientes que se mueven.]

Estos grupos de inmigrantes, cuando decidían cambiar verdaderamente de aires, alejarse del mundo ferroviario del Ensanche Sur, saltaban directamente a las zonas septentrionales de la ciudad, a rincones populares de alquiler barato de barrios como Balmes o Hipódromo, en el Ensanche Norte. Llama la atención que esa opción era preferida frente a la del barrio del Gasómetro, en el propio Ensanche Sur. Dejarse caer por esas calles no estaba contemplado en los planes a corto plazo de los nuevos inmigrantes. Los cortes del terreno, los barrancos, la mala fama de sus rincones, la carencia de casas nuevas o en construcción, la dispersión de los propios edificios y la presencia en ellos de una población arraigada de antiguo, espantaban toda intención de mudarse allí.

El comportamiento residencial de los nacidos en Madrid era parcialmente diferente. Mantenían a Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza como lugar favorito para encontrar una nueva vivienda, pero sus movimientos generales giraban hacia el corazón del Ensanche Sur, al barrio de las Peñuelas, los terrenos de Gasómetro y los alrededores de la Puerta y del Puente de Toledo. Si cruzaban los límites del Ensanche, lo hacían para trasladarse al otro lado del río, al vecino Extrarradio de San Isidro y Marqués de Comillas, o al otro lado de las rondas que lindaban con el casco antiguo, a los barrios de Huerta del Bayo, Miguel Servet, Argumosa y Caravaca. Su mundo conocido era el Madrid popular de los barrios del sur, los cuales presentaban ciertas similitudes, pero en absoluto eran iguales.

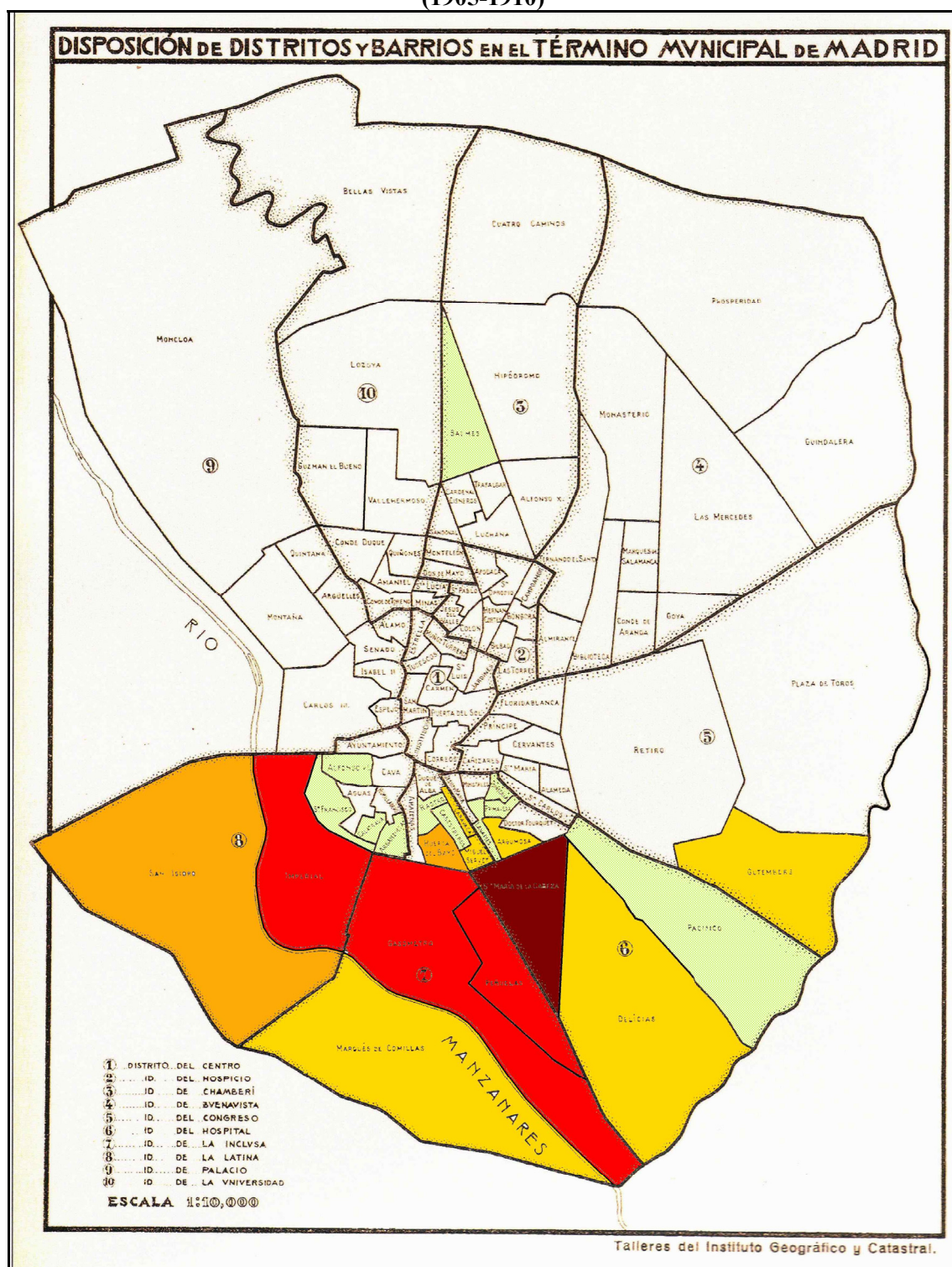
La composición social variaba entre un barrio como Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza, de clases medias y medias bajas, los suburbios marginales de las riberas del río Manzanares,<sup>54</sup> o los barrios populares del casco antiguo. En todo caso, el alcance de sus desplazamientos confería una idea de conjunto a esas zonas, como una especie de comunidad amplia con sello propio.

---

<sup>54</sup> VICENTE ALBARRÁN, Fernando, CARBALLO BARRAL, Borja y PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Luces y sombras en la gran ciudad: Radiografía de la segregación social en el Madrid del Ensanche (1860-1905)” en *Coloquio sobre la ciudad y la modernización en la España Contemporánea*, Cádiz, 2009; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *Los albores del nuevo Madrid: el distrito de Arganzuela (1860-1878)*, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es:6238, 2006.



**Movilidad residencial de los madrileños del Ensanche Sur en el plazo de 5 años  
(1905-1910)**



Leyenda			
muy alta	+ 9%	media baja	2 - 3,99%
alta	6 - 8,99%	baja	1 - 1,99%
media alta	4 - 5,99%	muy baja	- 1%

[Figura 2.38. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1905. Los % son en relación a aquellos madrileños que se mueven]

Muchos de los madrileños de 1905 habían nacido en el propio Ensanche Sur: Peñuelas, Delicias, Imperial, Yaserías, Pacífico o Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza eran sus barrios de nacimiento. No se habían desplazado a ellos como hicieron sus padres o abuelos, cuando no eran más que descampados marginales de las afueras, ni eran madrileños orgullosos de haber nacido en el interior, en Fuencarral, Alcalá o Lavapiés. Muchos habían dado sus primeras patadas en la Plaza de las Peñuelas, habían jugado en los descampados de Embajadores o habían perseguido a los trenes por la vía de circunvalación.

*“Llegaron a la vía férrea de circunvalación que corta el barrio, sin valla, sin resguardo alguno. Sintieron silbar la máquina, y los condenados se pusieron a bailar sobre los carriles, desafiando al tren mugidor que venía. Lo azuzaban, lo escarnecían, hasta que apareció la locomotora en la curva, y al verla cerca se dispersaron como bandada de gorriones. El tren de mercancías pasó, enorme, pesado, haciendo temblar la tierra y desapareció, dejando atrás su humo y su ruido.”*

Benito Pérez Galdós, *La desheredada*, 1881.

Serafín Paul Cid fue uno de esos madrileños fieles a los barrios del sur, a pesar de los desplazamientos que realizó a lo largo de su vida. Hijo de Pío, el jornalero burgalés de Castrillo, y de Tomasa Cid, su pedigrí madrileño databa de las viejas Peñuelas de 1860, año en el que nació. Bautizado en la iglesia de San Millán poco después, su familia se afincó en ese barrio de manera definitiva, a pesar de no poseer ningún negocio por parte del padre que atara a la familia y de haber mudado de casa en varias ocasiones. Esos desplazamientos habían sido de muy corta distancia y se reducían a cambiar un portal por otro de enfrente, a dejar la calle de Ercilla por Martín de Vargas o por Labrador, a la vuelta de la esquina.

Pasaron varios años hasta que decidió abandonar su barrio y dar un pequeño salto hasta la Ronda de Toledo, en los límites con el casco antiguo. Para entonces era 1895, contaba con 35 años, había enviudado de su primera esposa y encabezaba un hogar con cuatro mujeres. Pío, su padre, había fallecido y Tomasa, su anciana madre de más de 70 años, se había trasladado a la casa de su primogénito, dejando en las Peñuelas a su hijo pequeño, Gregorio, que se había casado y seguía viviendo en el mismo barrio que le vio nacer. Junto a su madre, Serafín tenía con él a sus dos hijas pequeñas: Serafina, la mayor, de dos años y María, de unos meses. Esas hijas eran fruto de la relación ilícita que mantenía con Leonor Abad, una joven de 26 años nacida en un pueblo de Guadalajara, que había entrado en la casa, en un primer momento, como sirvienta de Serafín, y a la que había pagado 90 pesetas mensuales. Diez años después su relación se había formalizado, se habían casado y habían tenido cuatro hijos más, pero seguían

viviendo en la Ronda de Toledo. Aquel año de 1905 fue cuando Serafín abandonó por primera vez el Ensanche Sur por un periodo largo de tiempo. El cambio le llevó al barrio del Duque de Alba, en el casco antiguo, próximo a la zona del Rastro. Serafín dejaba el Ensanche Sur, pero sin salirse de la órbita que mejor conocía, el Madrid del sur. Además, ese cambio no fue una despedida del Ensanche, sólo era un hasta luego.

Pedro Permasse y su hijo Juan tuvieron un comportamiento similar al de Serafín Paul. El herrador del Bajo Pirineo francés, que llegó de la mano de los Labourdette, había tenido varios domicilios desde que salió de la casa de sus patronos, pero todos en el Ensanche Sur, cuyas calles vieron nacer y crecer a su hijo, Juan. Los cambios habían sido pequeños, sin trastornos, de una calle a otra, del Paseo de Embajadores a Palos de Moguer, donde la familia Permasse residía en 1890. Años después, entrado el siglo XX, la familia dejaría “su” barrio para irse a otro muy cercano, San Carlos, junto a la Puerta de Atocha.

José López Gisbert podía acreditar una fidelidad al barrio aún mayor. Era hijo de José López Asensi, aquel jornalero alicantino que llegó a Madrid atraído por las oportunidades de trabajo que brindaba el ferrocarril M.Z.A. José López, padre, tomó por vivienda a su llegada, en los años 60, un principal de la antigua calle de El Sur, en el número 16, frente al barranco que se abría entre la calle y la estación de Atocha, su lugar de trabajo y la razón de haber emigrado a Madrid. Para la mayoría de las personas, la primera casa en la capital era una estación de paso más o menos fugaz, hasta dar con algo más adecuado a las necesidades personales. Para la familia López Gisbert fue la casa de toda una vida. En 1878 paraban en el mismo lugar y en 1905, cuando tantas cosas habían cambiado, cuando los alrededores habían experimentado una profunda transformación y hasta el nombre de su calle se había sustituido por el de Méndez Álvaro, la familia López Gisbert, encabezada en esta ocasión por José, hijo, y formada por su esposa Micaela y sus tres hijos, seguía viviendo en uno de los principales de aquel número 16, que tantos recuerdos traería a la mente de José.

Las familias Paul y Permasse constituyen ejemplos de una movilidad interna por parte de madrileños o por inmigrantes con bastantes años de estancia en la ciudad. Era una movilidad limitada, de corto alcance, en torno a unos barrios próximos entre sí, pero, al fin y al cabo, se trataba de una movilidad. Al igual que ocurriera durante los años del reinado de Isabel II, al comienzo del periodo analizado, la movilidad interna de las familias madrileñas a comienzos del siglo XX era muy intensa (figura 2.39). En un lapso temporal de cinco años, entre 1905 y 1910, casi una quinta parte de la población del Ensanche Sur cambió de domicilio, al menos una vez. De ellos, casi dos terceras partes se desplazaron fuera de los límites del Ensanche Sur. En líneas generales, los hogares con madrileños al frente seguían mostrándose más propensos al cambio que aquellos otros encabezados por inmigrantes y más aún con los recién llegados.

<b>Movilidad residencial de las familias en el plazo de cinco años (1905-1910)</b>		
	<i>Se mueven</i>	<i>Se mueven en el Ensanche Sur</i>
<b>Media</b>	<b>17,4</b>	<b>37,8</b>
Madrileños	+ 2,2	- 1,8
Inmigrantes	- 0,7	+ 0,6
Inmigrantes recientes	- 2,2	- 5,4
Inmigrantes por emigración escalonada	+ 0,8	- 1,4
Inmigrantes nacidos en capital	+ 0,4	- 5,6
Inmigrantes nacidos en provincia	- 0,8	+ 1,4
Inmigrantes por emigración directa	- 0,9	+ 0,9

[Figura 2.39. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1905.]

Los orígenes de los inmigrantes y su experiencia previa en los desplazamientos por la emigración, seguían teniendo un valor en el comportamiento residencial que adoptaban una vez en Madrid. Aquellos que habían nacido en una ciudad, aunque fuera una pequeña capital de provincias, conocían de primera mano cómo era la vida urbana, con sus cambios y oportunidades surgidas de la noche a la mañana, y más en el torbellino infatigable de una gran urbe. Aquellos otros que habían emigrado escalonadamente, por varias etapas, en las que aprendían a salir adelante en lugares nuevos y desconocidos, contaban con una amplia experiencia acumulada en cuestiones de mudanzas y desplazamientos. Ambos grupos, que podrían identificarse como urbanos y peregrinos, mostraban menos reticencias, o una mayor predisposición, a la idea de moverse en el interior de Madrid, a cambiar su domicilio y empezar de nuevo. Para los inmigrantes que habían nacido en los pueblos de la provincia, o que habían emigrado directamente desde su lugar de origen, esa decisión se hacía más difícil y cuando la adoptaban, procuraban no alejarse tanto como los primeros, los que habían nacido en otras ciudades, cuyos desplazamientos eran más audaces y se aventuraban con más decisión en zonas fuera del Ensanche Sur, en ocasiones, incluso, fuera de Madrid.

Carlos Amburtin Masés era barcelonés de nacimiento, pero bien podría considerarse madrileño de adopción, pues llegó en 1874, cuando no era más que un niño de dos años, en el regazo de su madre, Marcela, una joven gerundense nacida en Figueras que conoció en Barcelona a Carlos Amburtin Lapuente, aquel trabajador nacido en París y especializado en la industria del charol. La biografía de sus padres no podía ser más peregrina. Sus vidas estaban hechas a un mundo urbano cambiante y moverse por Madrid, o fuera de él, no debía resultar nada excepcional. Si por medio había motivos que resultaran interesantes, el cambio era posible. A comienzos de 1890 Carlos Amburtin Masés dejó temporalmente Madrid por Carabanchel bajo, uno de tantos pueblos de los suburbios que rodeaban a la capital y que estaban en plena fiebre expansiva. Allí conoció a la que fue su esposa, Carmen Zafio, con la que tuvo dos hijos. En 1898 regresó a Madrid, pero no volvió a la antigua casa de sus padres, en el Paseo del Canal,

sino que se instaló en un 3º del Paseo de las Delicias, en pleno barrio de Santa Mª de la Cabeza. En 1905 aún permanecía en esa casa. El traslado desde Carabanchel había sido su último desplazamiento por el momento, pero no sería el definitivo. Su vida todavía le deparó cambios en el futuro.

Si en cinco años prácticamente un quinto de la población, como mínimo, mudaba su residencia por otra, en 20 ó 30 años los cambios en la faz humana de los barrios serían muy profundos, radicales como la muda de la piel por parte de las serpientes. La movilidad interna de la ciudad podía renovar por completo, en una generación, el vecindario de barrios como los del Ensanche Sur.<sup>55</sup> Para el conjunto de Madrid, esta zona estaba considerablemente más integrada que al comienzo de la Restauración y su población parecía más asentada y con raíces más arraigadas en la ciudad, pero aún era un territorio en expansión y en transformación. Los terrenos del Ensanche habían madurado en sus funciones y servicios urbanísticos en comparación al desgobierno del Extrarradio, pero era más dinámico que los estancados barrios del viejo Madrid popular y aún contaba con amplias zonas vírgenes por desbrozar. Una movilidad interna persistente a lo largo de los años, como se daba en esta zona de la capital, hacía inviable la supervivencia de familias extensas durante mucho tiempo.<sup>56</sup>

La familia era el vehículo más eficaz para emigrar con éxito a la ciudad. El recurso de vivir varias familias cerca unas de otras, para funcionar como una especie de *familia extendida*, era factible durante los primeros meses o años, cuando el desconocimiento de la ciudad hacía provechosa cualquier pequeña ayuda o colaboración. Pasado un tiempo, el torbellino de Madrid terminaba por disolver una estructura que se demostraba endeble en una gran ciudad, donde los caminos que se abrían a cada miembro de la familia eran infinitos y divergentes. Contar con una familia amplia de partida era una ayuda incalculable para cualquier persona, pero no era una garantía infalible para tener un futuro próspero o seguro. Imprevistos de todo tipo, riñas familiares, desgracias personales, cambios azarosos de trabajo o la irrupción de la muerte podían desembocar en una vejez solitaria.

En 1860, José Pastor Lillo era un jornalero de 27 años, casado con Paula Zapater, una mujer de su mismo pueblo, San Vicente (Alicante), con la que tenía un hijo pequeño de un año, Manuel. No habían emigrado juntos, sino que cada uno lo hizo con su familia, pues José llegó a Madrid con 16 años y Paula lo había hecho en 1852, con 21 años, junto su madre Vicenta Lillo y su hermano Vicente. Ambos vivían en casa de José y de Paula, en un bajo de la Ronda de Segovia, en

---

<sup>55</sup> Para la presente investigación se ha procedido a un análisis minucioso de los padrones tomados como referencia para la tesis doctoral. En 1860, la población del Ensanche Sur se componía de 3.701 personas. De ellas, solamente 14 aparecen en 1878 y en 1905, un 0'38% del total.

<sup>56</sup> VICENTE ALBARRÁN, Fernando: "De parientes a vecinos: Evolución de las redes de parentesco y la solidaridad familiar en un espacio urbano en transformación: El Ensanche Sur de Madrid (1860-1905)" en LEVI, Giovanni (ed. lit.): *Familias, jerarquización y movilidad social*, Universidad de Murcia, Murcia, 2010, pp. 245-258.

el número 10. Una familia amplia que se *extendía* al bajo contiguo, donde vivían los padres de José, Vicente Pastor, jornalero de 60 años, y Antonia, también de 60. Con ellos convivían tres hijas casadas (Antonia, con Ramón Lillo; María, con Félix Molina; y Josefa, con Salvador Pastor), una hija soltera (Encarnación), dos hijos solteros que trabajaban como jornaleros (Manuel y Antonio) y un nieto de 14 años, Félix, hijo de María y de Félix Molina. Por si la casa se les quedaba grande, aún quedaba un hueco para José Sopir, un jornalero de 32 años realquilado (aunque podía tratarse de la pareja de la hija soltera, Encarnación, de 30 años). Todos ellos, incluido este último, eran del pueblo alicantino de San Vicente y formaban una gran familia de 18 personas, separadas por una pared de ladrillo.

Dos décadas después, José se había trasladado al nº 9 del Paseo Imperial. Su esposa Paula había fallecido y se había vuelto a casar con Bárbara Savater, también de San Vicente y cinco años más joven que él. A pesar de vivir en una ciudad con miles de mujeres de otras regiones, José se había casado nuevamente con alguien de su mismo pueblo, lo que indicaba hasta qué punto mantenía vivos, por entonces, los contactos y las redes de socialización con personas con las que compartía lazos geográficos y de paisanaje. Con ellos seguía viviendo Manuel, el mayor de sus hijos, que ya trabajaba como cajero por dos pesetas diarias en la calle de San Bernabé, en el casco antiguo. Además, había tenido dos hijas más: Teresa, que en 1878 contaba con 13 años, y Alfonsa, con 6 años. De la gran familia del año 60 no quedaba más que su hermana, María Pastor, que continuaba casada con Ramón Lillo, y se había mudado al mismo portal del Paseo Imperial.

En 1905, al final de su vida, después de años trabajando como jornalero, de soportar una vida de trabajo duro, de sacrificios y dificultades, José Pastor se veía viejo y solo, con 72 años a sus espaldas, sin ningún oficio conocido y viviendo en un descampado del Paseo de Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza. No resulta inconcebible imaginarle en una situación de miseria y necesidad. El bullicio y la algarabía del hogar de 1860, con niños, adultos y mayores compartiendo el mismo techo, se perdía en las telarañas de la memoria como algo remoto, casi soñado. La realidad de 1905 dictaba que aquellos lazos se habían esfumado, bien por la muerte de las personas, bien porque se hubieran trasladado de residencia, o bien porque, simplemente, habían perdido el contacto entre sí. Lo cierto es que José Pastor se hallaba solo. Tres años después murió, solo.

Si el paso del tiempo era capaz de erosionar los lazos sanguíneos, sus efectos sobre los lazos basados en el paisanaje dejaban de ser perceptibles en menos tiempo. La proximidad en el espacio, de forma voluntaria, de personas con los mismos orígenes geográficos, podía ser fruto de un complejo cúmulo de circunstancias. Una vez en la ciudad, esa feliz coincidencia de tantos paisanos reunidos podía disolverse en cuestión de unos años. Cuando en 1860 José Pastor vivía en la Ronda de Segovia, en el mismo edificio residían nueve familias más de su pueblo alicantino de San Vicente y del vecino Monforte. Y si la mirada atendía a los bloques vecinos (números 6, 8, 12 y 14), se podían hallar a cuatro familias más de San Vicente y a otras ocho de la misma provincia levantina. Es



decir, un auténtico hormiguero alicantino donde José pudo servirse de una red de apoyos envidiable ante situaciones de dificultad. En 1878 no quedaba rastro alguno de ese hormiguero y las huellas de los alicantinos se hallaban dispersas, desperdigadas por el Ensanche Sur, pero sin formar grupos extensos. Simplemente, ese núcleo había sobrepasado su “esperanza de vida” y había desaparecido para dar lugar a otros.

En ese mismo año de 1878 bullía con fuerza la colmena toledana, en el número 4 de la Ronda de Toledo, con los pueblos de Magán y La Guardia, entre otros, a la cabeza. En 1905 no quedaba ni la más leve brizna que pudiera recordar, aun vagamente, a la fabulosa muchedumbre de pueblos toledanos congregados en torno a un mismo patio. De hecho, ni siquiera habían sido sustituidos por inmigrantes de otras regiones llegados en masa: ninguno de los cabezas de familia que residían por entonces en el edificio compartía pueblo de nacimiento, ni siquiera provincia, con más de uno o dos paisanos. Además, corralas de grandes dimensiones, como la de la Ronda de Toledo, disponían de incontables cuartos y siempre había alguno desalquilado. Por ello, eran propensas a registrar un mayor trasiego interno de personas ambulantes que se alojaban por unas semanas o unos meses.

*“Era la Corrala un mundo pequeño, agitado y febril, que bullía como una gusanera. Se decía que, puestos en hilera los vecinos, llegarían desde el arroyo de Embajadores a la plaza del Progreso. Los vecinos constantes del Corralón se contaban entre los del primer patio. En el otro, la mayoría ambulantes, pasaban en la casa, a lo más, un par de semanas, y luego, como se decía allí, ahuecaban el ala.”*

Pío Baroja, *La lucha por la vida. La busca*, 1904.

Las personas hacían uso de estas redes de paisanaje para integrarse en la ciudad, pero no se sentían atadas de por vida a ellas. La vida en Madrid implicaba el contacto con gentes de todos los rincones de España y el diminuto círculo del pueblo o de la provincia se veía rápidamente superado. Madrid ejercía un efecto de cohesión entre las personas, ponía en contacto a personas de orígenes geográficos alejados entre sí que, de otra manera, no se hubieran conocido.

El peso del mundo agrario en la sociedad española del siglo XIX era abrumador y para la mayoría de las personas el mundo conocido se reducía a los pueblos de la comarca o de la provincia. Uno de los objetivos del proyecto general de mejora de las comunicaciones del Estado liberal era incrementar los intercambios de mercancías y abaratar los costes del transporte, para así procurar una integración de los mercados nacionales más eficaz. Para lograr ese proyecto y continuar con el más general de construcción de un Estado y de un país, era crucial que las personas estuvieran más conectadas, no sólo que viajaran más

rápidamente y a menor coste, sino que los diferentes grupos regionales estuvieran más cohesionados, que coexistieran y compartieran retos y proyectos.

En la segunda mitad del siglo XIX, el marco de sociabilidad entre los inmigrantes con pocos meses de estancia en Madrid se reducía, indiscutiblemente, a su propia provincia. Todas las parejas que habían emigrado de una provincia alejada como Alicante compartían los mismos lazos de paisanaje, y en otras como Asturias, o en cercanas como Toledo y Guadalajara, su importancia era aplastante. Esta situación se mantuvo entre las nuevas oleadas de inmigrantes que llegaron a principios del siglo XX, a pesar de que entre ellos se había registrado una mayor tendencia a emigrar en varias etapas y contar con unos orígenes urbanos ligeramente superiores (ver cuadros 2.5 y 2.7). Sólo la provincia de Lugo escapaba a este modelo, debido a las particulares formas que adoptaban sus flujos migratorios, dominados por personas jóvenes y solteras.

Endogamia geográfica de parejas inmigrantes en el Ensanche Sur (1860-1905)										
Matrimonio de la misma provincia	1860		1878				1905			
	I	IR	I	1860-1878	IR	1860-1878	I	1878-1905	IR	1878-1905
Toledo	60,00	84,21	59,41	- 0,59	70,27	- 13,94	49,79	- 9,62	73,33	+ 3,06
Guadalajara	63,16	50,00	58,18	- 4,98	70,00	+ 20,00	51,08	- 7,10	72,50	+ 2,50
Alicante	80,21	100,00	55,56	- 24,65	100,00	0,00	36,67	- 18,89	75,50	- 25,00
Asturias	56,00	75,00	33,33	- 22,67	75,00	0,00	45,51	+ 12,18	83,33	+ 8,33
Lugo	50,00	75,00	26,61	- 23,39	25,00	- 50,00	34,68	+ 8,07	36,36	+ 11,36
Francia	71,43	75,00	37,50	- 33,93	37,50	- 37,50	37,50	0,00	50,00	+ 12,50

[Figura 2.40. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860, 1878 y 1905. Los datos ofrecidos son porcentuales. Leyenda: I (Inmigrantes), IR (Inmigrantes recientes con menos de 2 años de residencia en la ciudad).]

Una vez en Madrid era cuando conocían a personas con otras raíces, con otras costumbres, con otras experiencias. Era en Madrid donde coexistían unos con otros, donde aprendían unos de otros, donde se relacionaban hasta quererse y formar una vida en común. En una gran ciudad como Madrid, los grupos regionales se fusionaban y creaban familias comunes, que no hubieran existido si hubieran permanecido en sus respectivos lugares de origen. Madrid suponía un incalculable enriquecimiento para los inmigrantes, no sólo a la hora de aprender un oficio o escalar en la Administración, sino también a nivel humano, pues tenían la oportunidad de conocer a personas muy distintas a las que podían encontrar en las aldeas de su comarca. Este valor añadido, que suponía vivir en la

gran capital, era más evidente entre los hijos y nietos de los inmigrantes, cuya interacción con otras personas era natural y abundante.

A principios del siglo XX, cuando Madrid se había convertido en un gigante que superaba el medio millón de personas, las diferencias entre los inmigrantes recién aterrizados y los que llevaban una ristra de años a sus espaldas eran más rotundas si cabe, y no sólo entre las personas que formalizaban un matrimonio, sino también entre las que compartían simplemente una vivienda. El fenómeno del realquiler de cuartos a personas ajenas al círculo familiar tuvo su apogeo, en el Ensanche madrileño, durante los primeros años de su puesta en marcha, cuando su crecimiento demográfico comenzaba a dispararse y el ritmo de construcción de viviendas no era capaz de satisfacer la demanda de alojamiento. Con el desarrollo urbanístico de los barrios a lo largo de la Restauración, el fenómeno del realquiler en el Ensanche fue perdiendo fuerza y quedó reducido a una minoría en situaciones de necesidad.

<b>Endogamia geográfica entre cabezas de familia y realquilados en el Ensanche Sur</b>					
<i>Lugar de origen compartido por ambos</i>	<i>1860</i>	<i>1878</i>	<i>1860-1878</i>	<i>1905</i>	<i>1878-1905</i>
Alicante	100,0	12,5	- 87,5	0,0	- 12,5
Toledo	100,0	39,2	- 60,8	27,1	- 12,1
Asturias	66,7	9,1	- 57,6	50,0	+ 40,9
Lugo	60,0	46,7	- 13,3	23,1	- 23,6
Ciudad Real	50,0	11,8	- 38,2	0,0	- 11,8
Guadalajara	40,0	35,3	- 4,7	12,1	- 23,2

[Figura 2.41. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860, 1878 y 1905.]

Durante esa primera etapa, cuando las familias inmigrantes decidían compartir su hogar con personas que no eran de su familia, recurrían frecuentemente a personas con las que compartían lazos de paisanaje. En 1860, la imagen habitual en una casa realquilada era que el cabeza de familia y los realquilados fueran de la misma provincia, paisanos que quizá se conocieran previamente, o que podían tener conocidos en común. Esa situación menguó abruptamente en los primeros años de la Restauración, cuando el fenómeno del realquiler estaba en pleno auge en el Ensanche. La movilidad interna y el incremento de la población hicieron estragos en esas redes de paisanaje. Las familias seguían realquilando cuando sufrían apuros con el pago del alquiler, pero ya no les importaba tanto de donde fueran sus huéspedes. Lo que importaba, por encima de todo, era llegar a fin de mes y cumplir con el casero. Al convivir con personas ajenas al círculo familiar y extrañas respecto a sus lugares de origen, también tenían esa oportunidad de aprendizaje y enriquecimiento personal.

Madrid era el germen de una sociedad más integrada, más cohesionada. Los inmigrantes, con sus desplazamientos y sus formas de integración en la ciudad, y el conjunto de habitantes con su movilidad interna, eran algunos de los factores que lo hacían posible. El comportamiento de las personas en este proceso variaba en función de sus lugares de origen y del tiempo que hubieran pasado en la ciudad, pero no eran los únicos criterios que intervenían a la hora de una integración más rápida y eficaz o de una mayor movilidad interna por parte de las personas. El desigual desarrollo social y económico de las regiones de procedencia de los inmigrantes, junto al nivel profesional de cada persona, jugaban un papel decisivo en todo el proceso.

### ***2.3.3 Diferentes orígenes, desiguales vías de integración***

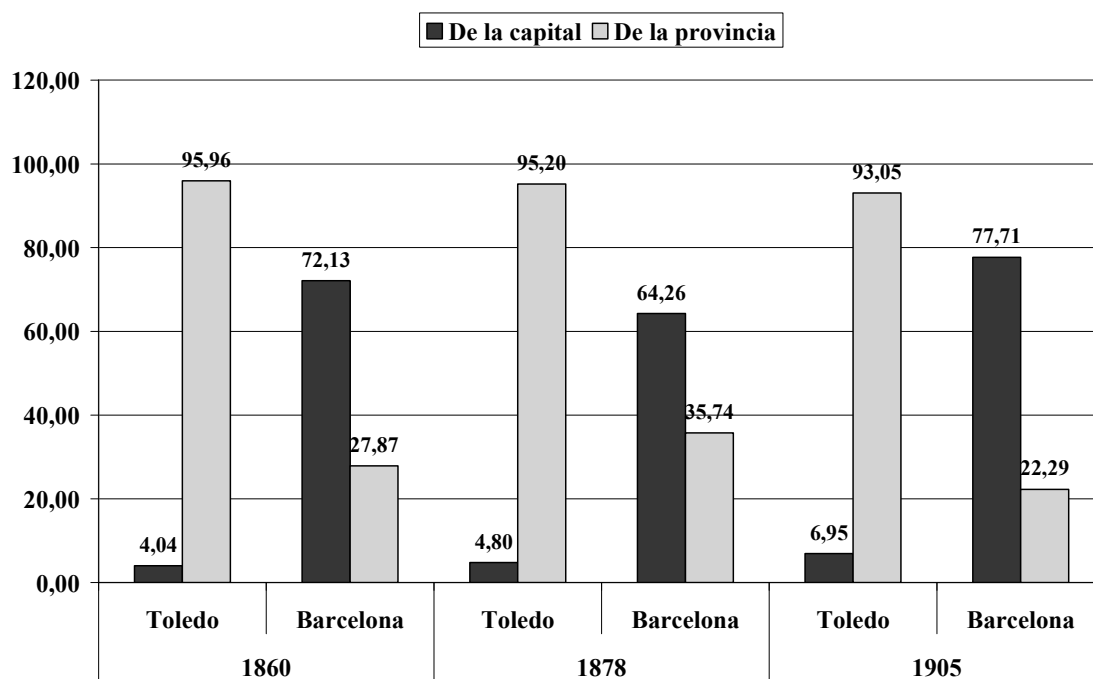
La integración laboral de los inmigrantes no dependía exclusivamente de la distancia física de las regiones con Madrid (ver figuras 2.23 y 2.24), sino también del desarrollo y modernización alcanzadas por la propia provincia. Las tierras de Zamora o Albacete no enviaban a Madrid a las mismas personas que el mundo urbano de Vizcaya o Valencia. Lo mismo ocurría con Toledo y Barcelona, cuyos inmigrantes asentados en el Ensanche Sur mostraban fuertes desequilibrios entre sí. Los inmigrantes de Toledo procedían en su inmensa mayoría del campo y para ellos la capital era una escapatoria al callejón sin salida que les ofrecían sus pueblos de origen. Madrid y su inmensidad era la antítesis a un horizonte estrecho y sin grandes oportunidades para los hijos.

El perfil del inmigrante barcelonés no podía ser más distinto. La mayoría habían nacido en la propia ciudad condal, no en una diminuta aldea ni en una adormecida capital de provincias, sino en una urbe con pujanza industrial, empresarial y cultural. Unos dejaban atrás una vida estacional de días idénticos, cargados de rutinas repetidas metódicamente, y con una experiencia laboral limitada a las faenas agrícolas. Los otros ya estaban acostumbrados al ajetreo, al bullicio, a la multitud en algunos casos y Madrid, en este caso, no suponía una ruptura abrupta y total con la existencia anterior, si acaso una velocidad más. Este punto de partida intervenía decisivamente en su capacidad de inserción en la ciudad, en los medios y conocimientos que disponían para desempeñar una determinada profesión.

La pericia adquirida por los toledanos en el cultivo del cereal o en la cría de ganado, no les reportaba grandes posibilidades de adaptación a un mercado laboral tan complejo como el madrileño. Por ello, la mayoría terminaban en trabajos temporales y mal pagados, para los que no se requería ninguna formación técnica ni profesional previa. Hasta principios del siglo XX, ser toledano implicaba trabajar como peón de obra en un edificio o en la apertura de las calles, como descargador de carbón, mozo de almacén o de estación, operario o bracero en algún taller, mandadero, trabajador en el desmonte de los

descampados, etc. Su concentración en este tipo de empleos inseguros superaba incluso la abrumadora media del Ensanche Sur, la más elevada de todo el Ensanche madrileño.

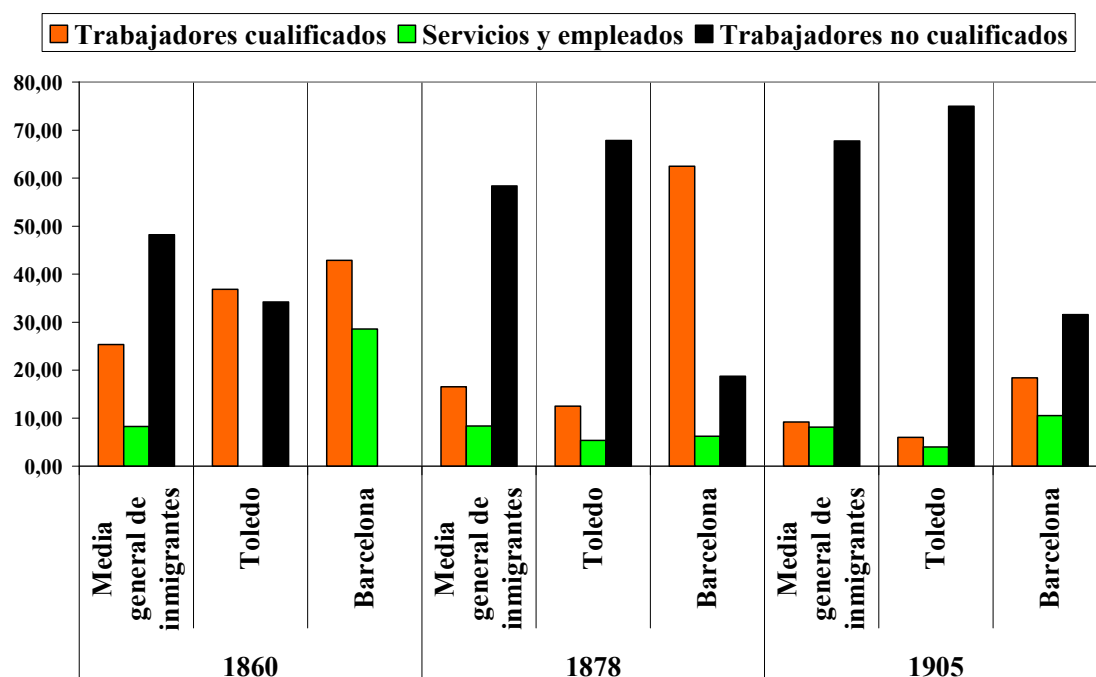
### Orígenes rurales y urbanos de los inmigrantes de Toledo y Barcelona en el Ensanche Sur



[Figura 2.42. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860, 1878 y 1905.]

Para los inmigrantes de Barcelona la capital suponía un estímulo de mejora que un recurso para la supervivencia. Por regla general, no llegaban a Madrid sin un plan preciso, al albur de los acontecimientos y escapando de la miseria, como podía ser el ejemplo de los toledanos, sino con una ruta fijada de antemano y, en algunos casos, para desempeñar una tarea muy concreta, de alta cualificación y bien remunerada. Durante la segunda mitad del siglo XIX, los barceloneses que residían en los barrios del sur eran fundamentalmente trabajadores cualificados, empleados en talleres como carpinteros, en fábricas como hojalateros y escultores o en los talleres del ferrocarril como ebanistas. Incluso había artistas que trabajaban en el Museo del Prado como pintores. Todos con una cultura amplia, por encima de la media y en los que se daba por descontado que supieran leer y escribir. Personas con trabajos seguros y con altas retribuciones que les permitían acceder a viviendas más caras y mejor acondicionadas que el resto.

### Diferencias socioprofesionales entre los inmigrantes de Barcelona y Toledo



	1860			1878			1905		
	Media general de inmigrantes	Toledo	Barcelona	Media general de inmigrantes	Toledo	Barcelona	Media general de inmigrantes	Toledo	Barcelona
Media de alquiler	12,04	8,71	7,19	14,53	12,51	18,92	15,08	12,80	25,00
Saben leer	-	-	-	-	-	-	76,62	74,00	89,47
Saben escribir	-	-	-	-	-	-	73,84	67,00	89,47

[Figura 2.43. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860, 1878 y 1905. Los datos de integración profesional y de alfabetización (en 1860 y 1878 el padrón no facilita información) son porcentuales. Los de alquiler (mensual), en pesetas.]

Estas diferencias en la integración profesional tenían un reflejo directo en el comportamiento residencial de unos y otros. El tipo de movilidad que efectuaba el grupo de empleados y trabajadores de los servicios era muy diferente a la movilidad de los trabajadores manuales o de los trabajadores sin cualificación. Unas diferencias que no se circunscribían a los inmigrantes de Toledo y Barcelona, sino al conjunto de empleados y trabajadores del Ensanche Sur.

<b>Movilidad residencial por categoría profesional</b>						
<i>Profesiones</i>	<i>Se mueven</i>			<i>Se mueven dentro del Ensanche Sur</i>		
	Media	Madrileños	Inmigrantes	Media	Madrileños	Inmigrantes
Prof. Liberales	33,3	- 4,7	+ 16,7	0,0	0,0	0,0
Empleados	21,3	- 1,3	+ 0,3	24,5	- 3,4	+ 0,8
Trab. Cualificados	18,9	+ 3,5	- 2,3	37,1	- 2,7	+ 2,3
Trab. NO Cualificados	16,6	+ 2,6	- 0,6	41,1	- 1,0	+ 0,3
Viudas	18,6	- 2,4	+ 0,5	40,2	- 14,2	+ 2,6

[**Figura 2.44.** Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1905. Los datos son porcentuales y las diferencias de madrileños e inmigrantes son respecto a las medias del Ensanche Sur.]

Los trabajadores de los servicios, los empleados y los profesionales liberales eran los grupos con una mayor movilidad interna en la ciudad, especialmente entre aquellos que eran inmigrantes. Eran personas con una preparación profesional que les distinguía del resto por su nivel cultural y educacional. Sus estudios eran de nivel medio o superior y accedían a puestos privilegiados en la Administración pública o en las empresas privadas. Entre los empleados de alto nivel y los profesionales liberales abundaban los inmigrantes que llegaban a Madrid para hacerse cargo de puestos de responsabilidad en compañías importantes, como los numerosos ingenieros franceses que atrajo el ferrocarril, entre los que destacaban Carlos Grèbus, Juan Brandon o Gastón Labourdette, o los que trabajaban en grandes empresas como la del gas, cuyo director desde 1877 era el ingeniero francés Luciano Brenand. Esta mano de obra cualificada no sentía apego alguno a un barrio en concreto y su movilidad dentro de la ciudad era la más elevada de toda la población. Habían acudido a Madrid para desempeñar un trabajo por el que eran recompensados cumplidamente y aspiraban a vivir de la mejor manera posible mientras durara su estancia en la ciudad. Cuando las obligaciones de sus cargos no implicaban una presencia física en sus lugares de trabajo, en las propias fábricas, se movían fuera del Ensanche Sur para hallar un entorno más agradable y cómodo para su familia.

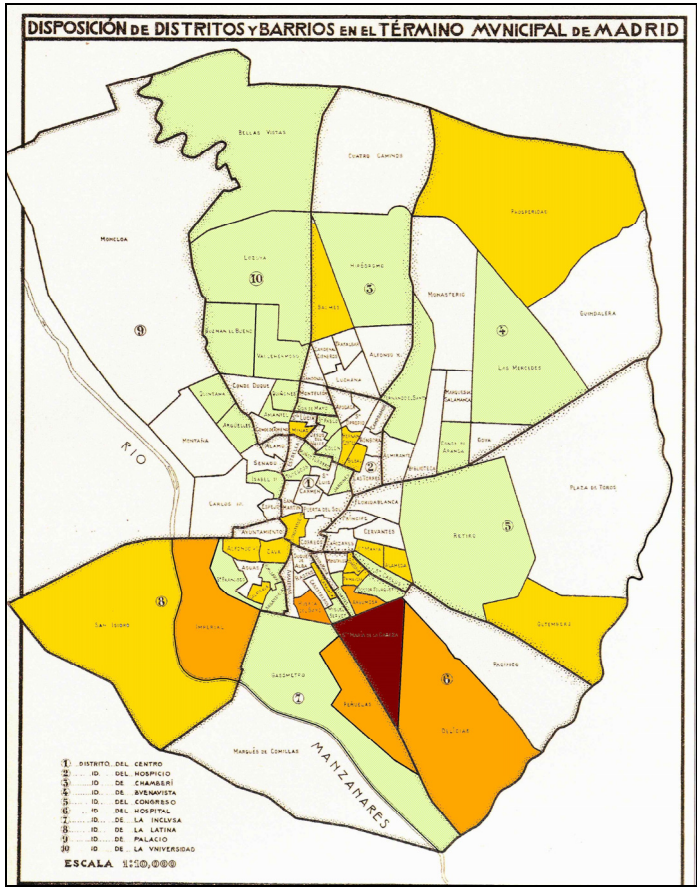
Entre los empleados, la movilidad que rompía con los límites de la zona sur también era muy elevada, sobre todo entre los madrileños. La movilidad dentro del Ensanche Sur se concentraba en el barrio de Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza, el más residencial y acondicionado de la zona, pero la nota que les definía era su amplia movilidad por todas las zonas de la ciudad. Los empleados del Ensanche Sur se desplazaban por todos los rincones de Madrid, sin descartar ninguno, por distinguido que fuera: los barrios de clases altas de Fernando el Santo, Retiro y Conde de Aranda; barrios de clases medias como las Mercedes o Argüelles; barrios castizos y populares al sur del casco antiguo, como Argumosa o Huerta del Bayo; barrios del centro más añejo, como Constitución, Isabel II o Bilbao; barrios de clases bajas del norte, como Balmes o Guzmán el Bueno; o barriadas del Extrarradio, como San Isidro o Prosperidad. Su naturaleza heterogénea, las

infinitas situaciones que recogía la categoría de empleado, en función de la cuantía de los sueldos que percibían, explica esta enorme dispersión. Aquellos que podían permitírselo, encaminaban sus pasos a los márgenes, prohibitivamente caros, de la Castellana. Otros se conformaban con vecindarios más modestos y una gran proporción acudía al centro, para vivir cerca de las oficinas donde trabajaban.

La movilidad de los trabajadores manuales, tanto de los cualificados como de los no cualificados, era inferior en líneas generales al grupo anterior de los empleados, aunque las diferencias entre madrileños e inmigrantes eran significativas. Al igual que ocurriera en 1860 con los desplazamientos registrados por las parroquias de bautismo, los trabajadores madrileños mostraban una capacidad de movilidad muy superior a la de sus compañeros inmigrantes. Conocer la disposición interna de la ciudad seguía siendo un valor añadido y más en 1905, cuando Madrid había dado un salto de gigante en sus dimensiones. No era lo mismo moverse por una ciudad encerrada y con un vecindario que no llegaba a las 300.000 personas en 1860, que en un gigante urbano que había doblado, prácticamente, su tamaño y que se expandía por sus alrededores, sin límites ni cortapisas, a marchas forzadas. Los trabajadores madrileños ejecutaban escapadas fuera del Ensanche Sur con más frecuencia que los inmigrantes, aunque a unos niveles más inferiores que los grupos de empleados y profesionales liberales.

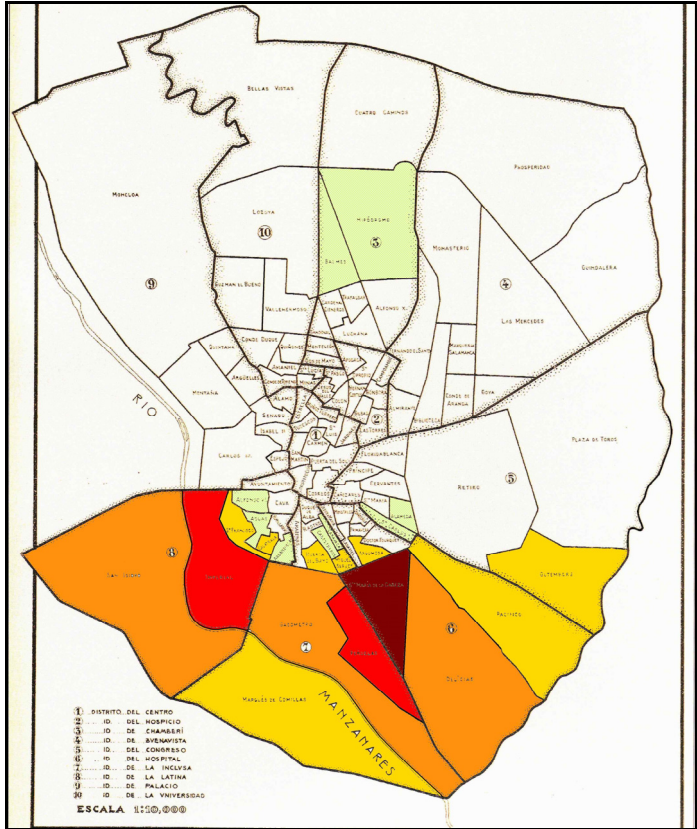


**Movilidad residencial de trabajadores del Ensanche Sur (1905-1910)**



**Empleados**

Leyenda	
muy alta	+ 9%
alta	6 - 8,99%
media alta	4 - 5,99%
media baja	2 - 3,99%
baja	1 - 1,99%
muy baja	- 1%



**Trabajadores  
no cualificados**

[Figuras 2.45 y 2.46. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1905.]

Los empleados de las oficinas y del Ayuntamiento que vivían en el Ensanche Sur, los ingenieros de las compañías privadas, los profesores, los abogados o los médicos, no tenían límites en sus desplazamientos. Contemplaban Madrid de manera más global, como un todo. Los jornaleros, los peones, los mozos y los braceros se movían por límites más estrechos y tenían en el Ensanche Sur, y en los barrios más próximos del casco antiguo y del Extrarradio, la representación de su mundo, un Madrid abreviado del que pocas veces salían. Sus movimientos dibujaban una especie de comunidad homogénea, de hábitat natural para los trabajadores no cualificados: la ciudad de los jornaleros. Aquellos eran sus barrios, donde habían elegido vivir, porque allí era donde podían encontrar más fácilmente un oficio que se amoldara a sus capacidades.

- *Oiga, amigo, ¿hay mucho desde donde desembarcamos hasta la ciudad?*
- *Depende de adónde quiera usted ir.*
- *Quiero ir al centro, al centro de todas las cosas.*
- *Ha venido a la ciudad a buscar trabajo, ¿eh?...*

John Dos Passos, *Manhattan Transfer*, Nueva York, 1904.

## CAPÍTULO 3

### LARGO INVIERNO JORNALERO

#### CORROSIÓN Y TRANSICIÓN DEL MERCADO LABORAL

La naturaleza política de Madrid fue una constante decisiva en la configuración de su mercado de trabajo desde la época moderna. Ser la sede de la Corte y del Gobierno central conllevaba la presencia de las elites del país. Madrid atraía a los grandes patrimonios y riquezas, a los grupos de poder y con influencia social. Con ellos llegaba todo un arsenal de actividades económicas, bienes y personal de servicio asociados. La aparición del Estado liberal no hizo más que reforzar el papel de Madrid como sede de la Administración pública y como centro de poder y decisión. Su esencia política y administrativa le distinguía del resto de las principales ciudades españolas (al igual que sucedía con París, en Francia, o con Londres, en Gran Bretaña), articulaba una red urbana interior y de intercambios comerciales en torno a ella y condicionaba la composición laboral interna de la ciudad. Madrid era la ciudad-capital y ambas entidades, capital y ciudad, estaban completamente imbricadas y no podían desligarse, no eran independientes una de la otra.<sup>1</sup> La transformación de Madrid en una gran ciudad y los cambios que experimentó su mercado laboral sólo pueden entenderse desde la óptica de la capitalidad.

---

<sup>1</sup> Sobre la cuestión de la dualidad en la evolución económica de Madrid, véase BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana” en FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo: *España. Autonomías*, Espasa, Madrid, 1989, pp. 517-613.

Madrid era la sede del poder y esa condición le permitió superar las carencias estructurales que padecía la ciudad y beneficiarse como ninguna otra de las oportunidades que brindaban los nuevos tiempos.<sup>2</sup> A la altura de 1850, Madrid estaba rodeada por un entorno rural pobre, sin las materias primas que estaban alumbrando una revolución industrial y tecnológica en otros lugares, se encontraba alejada de los centros urbanos y comerciales más dinámicos del país y ni siquiera disponía de agua en abundancia. La sed madrileña se solventó con la construcción del Canal de Isabel II en la década de los 50, y su proverbial aislamiento, con un salto revolucionario en materia de transportes y comunicaciones. Madrid ya era, con anterioridad, el punto de partida de la red nacional de caminos, que conectaba los principales puntos de la periferia con el centro. Este sistema radial fue el patrón que siguieron en su desarrollo la red ferroviaria, la red telegráfica y la red de carreteras. En la segunda mitad del siglo XIX, Madrid se forjó como nudo gordiano de las comunicaciones y del transporte en el interior del país,<sup>3</sup> en el pilar fundamental sobre el que descansaba la progresiva integración de los mercados regionales. La supeditación de las necesidades comerciales de transporte a las prioridades políticas, estratégicas y administrativas, sólo podía reportar múltiples ventajas a corto y medio plazo.

Madrid quedó conectado con áreas productoras diversas, con los principales mercados, con los grandes puertos y las fronteras, a través de un medio de transporte más rápido, eficaz y económico. Como capital del país, se convirtió en el gigantesco hangar de las principales compañías ferroviarias, que establecieron en ella sus estaciones de cabecera: Atocha, para la Compañía Madrid-Zaragoza-Alicante; Príncipe Pío, para la Compañía de los Ferrocarriles del Norte de España. Los perfiles que adoptaba la red de transportes permitían a los industriales y comerciantes madrileños un mejor acceso a las materias primas, los productos agrarios y las manufacturas, a mejores precios y en mayor abundancia que con la vieja red de caminos.<sup>4</sup> Al mismo tiempo, se multiplicaban

---

<sup>2</sup> GARCÍA DELGADO, José Luis: "Factores impulsores de la industrialización de Madrid" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Comunidad de Madrid-Alfoz, Madrid, 1989, Vol. I., pp. 329-337; y GARCÍA DELGADO, José Luis: "La economía de Madrid en el marco de la industrialización española" en NADAL, Jordi y CARRERAS, Albert (coord.): *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)*, Ariel, Barcelona, 1990, pp. 219-256.

<sup>3</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel (dir.): *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España, 1700-1936: el correo, el telégrafo y el teléfono*, Ministerio de Obras Públicas, Transporte y Medio Ambiente, Madrid, 1993; BAHAMONDE MAGRO, Ángel, MARTÍNEZ LORENTE, Gaspar y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *Atlas histórico de las comunicaciones en España: 1700-1998*, Correos y Telégrafos, Madrid, 2002; MADRAZO, Santos: *El sistema de comunicaciones en España, 1750-1850*, Ed. Turner, Madrid, 1984, 2 Vols.

<sup>4</sup> GÓMEZ MENDOZA, Antonio: *Ferrocarril, industria y mercado en la modernización de España*, Espasa Calpe, Madrid, 1989; GÓMEZ MENDOZA, Antonio: "Madrid, centro de la red de comunicaciones" en *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*, nº 666, (2001), pp. 343-358; GÓMEZ MENDOZA, Antonio: "Ferrocarril, abastecimientos y mercado nacional: Madrid, 1875-1931" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.):

sus opciones de exportar sus productos, pero también las facilidades para la entrada de competencia externa en los mercados madrileños y, con ella, la imperiosa necesidad de mejora y renovación, para no quedar rezagado y perder cuota de mercado. Por otro lado, al calor del ferrocarril, y de los transportes en general, se gestaron importantes capitales y beneficios, que tuvieron su principal asiento en Madrid. El ferrocarril encauzó ingentes cantidades de capital hacia la ciudad a través de inversiones directas en su puesta en marcha, con la creación de sociedades financieras y bancarias, o con la demanda de bienes y servicios, que impulsaba, a su vez, el surgimiento de nuevas industrias de transformación y suministro de materiales.

A la par de estos procesos, la capital se convirtió en el faro de referencia para las primeras oleadas de movimientos migratorios contemporáneos. Como se ha visto en el anterior capítulo, los ríos de nuevos inmigrantes, que dispararon el crecimiento demográfico de la ciudad, alteraron profundamente las dinámicas del mercado laboral. Desde la década de 1850, sus ritmos de llegada adoptaron una intensidad vertiginosa, que excedía la capacidad de los centros madrileños de contratación para integrar a los recién llegados en sus cuadros profesionales. La tupida red artesanal de talleres con dos o tres oficiales contratados y un aprendiz a su cargo, de pequeños comercios y negocios familiares, de escasos centros y fábricas con unas decenas de trabajadores, sufría una progresiva erosión en sus cimientos desde principios de siglo<sup>5</sup> y terminó por colapsar en la segunda mitad de la centuria, ante el empuje de los inmigrantes y de su nivel de cualificación técnica y profesional.

El Ensanche Sur reflejaba perfectamente esa situación a la altura de 1860, cuando los planes para la modernización de la capital daban sus primeros pasos. Como zona arrabalera extramuros, en primer lugar, y como ensanche planificado de ampliación de la ciudad, posteriormente, acogía mayoritariamente a gentes nacidas fuera de Madrid. Las familias Paul Cid, Permasse o López Gisbert, eran buenos ejemplos de la ola de inmigrantes de los años 50, cuyas motivaciones de partida podían ser disímiles, pero todos sus pasos se habían encaminado a Madrid, arrastrados por el poderoso influjo de su capitalidad y por su gran tamaño. Dos familias jornaleras y una vinculada a un oficio especializado, que reflejaban, en parte, el profundo contraste que marcaban gentes como ellos respecto a los nacidos en la propia ciudad.

Casi la mitad de los hombres inmigrantes no contaban con la más mínima cualificación para desempeñar alguno de los oficios del mundo urbano y se veían abocados a la condición de jornaleros, peones, simples braceros y mozos. Entre las mujeres, las figuras más abundantes se encuadraban en las filas del servicio doméstico como sirvientas, criadas, lavanderas o amas de cría. Entre los naturales, primaban aquellos que contaban con una preparación técnica, con unos

---

*La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Comunidad de Madrid-Alfoz, Madrid, 1989, Vol. I., pp. 351-375.

<sup>5</sup> NIETO SÁNCHEZ, José A.: *Artisanos y mercaderes. Una historia social y económica de Madrid (1450-1850)*, Fundamentos, Madrid, 2006.

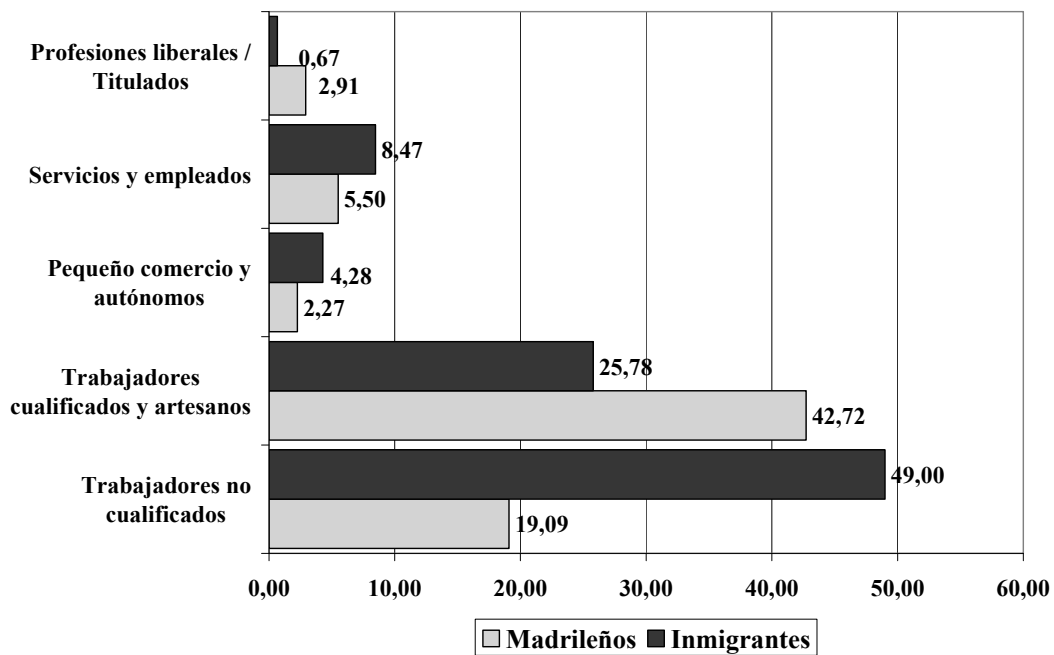
conocimientos avanzados en alguno de los abundantes oficios que tenían cabida en la industriosa ciudad decimonónica. El mundo artesanal podía estar en franco declive general, pero aún conservaba fuerza entre los trabajadores madrileños, con más de un 40% de los hombres mayores de 12 años, y especialmente entre las mujeres, cuyo volumen de trabajadoras cualificadas era abrumador y la figura de la criada casi desaparecía. La cualificación profesional se atrincheraba en el ámbito de los nacidos en la ciudad, su último bastión ante la avalancha de jornaleros y peones inmigrantes, que amenazaba con transformar de raíz la fuerzas que actuaban en el panorama laboral madrileño. La fuerza de su número, frente a la menguada presencia de madrileños adultos, marcaba la senda por la que abría de discurrir el mercado laboral en un futuro próximo.

La naturaleza periférica y marginal del Ensanche Sur condicionó la composición de su estructura profesional durante su primera etapa de desarrollo. En 1860, las modestas casas del arrabal y los caseríos desperdigados entre huertas, fábricas y descampados, acogían, en proporción, a mayores concentraciones de jornaleros que los barrios populares del casco antiguo. La ecuación inmigrante, jornalero y pobre, conducía a las personas a estas barriadas alejadas, marginales por lo apartado del lugar y por la concentración en ellas de gentes con recursos menguados. En las afueras era más sencillo hacerse con un alojamiento barato y poco gravoso para la delicada situación de los más necesitados. Por ello, la concentración de jornaleros era más intensa en la zona del Ensanche que en los barrios del interior, donde los madrileños de nacimiento residían en mayor número y el peso de los artesanos, y de los trabajadores cualificados en general, era más potente.<sup>6</sup> En el interior urbano, el mundo de los oficios resistía los embates de la inmigración jornalera gracias al enjambre de talleres y obradores que permanecían abiertos. El exterior, con sus alquileres baratos y sus descampados a la vista de todos, puestos en bandeja de plata para que el sector de la construcción se hiciera con ellos, era un campo abonado para la llegada de nuevos inmigrantes y el asentamiento de más y más jornaleros.

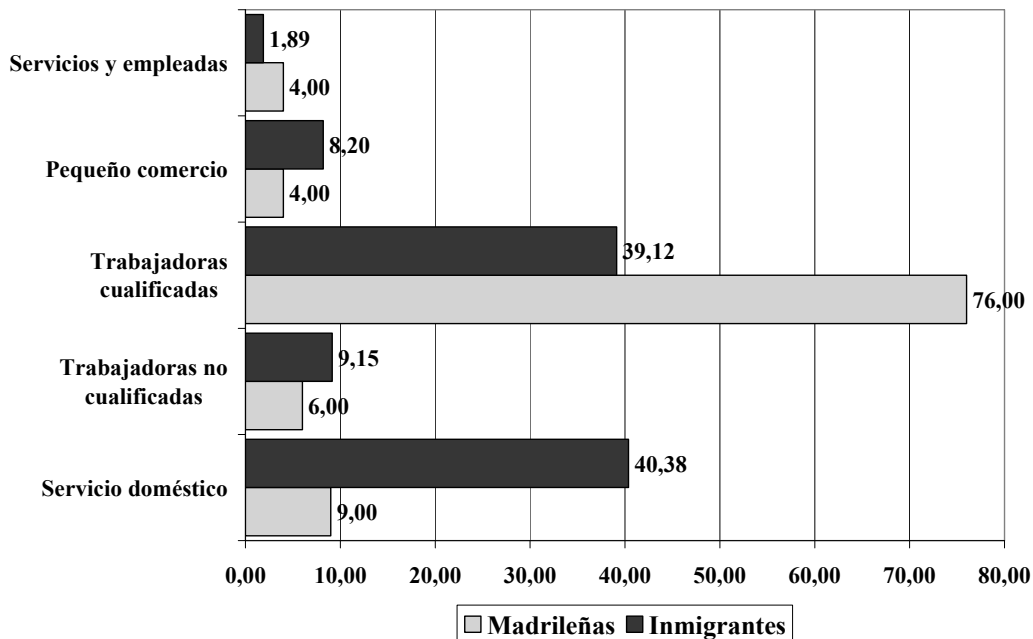
---

<sup>6</sup> GONZÁLEZ PALACIOS, Daniel: *El barrio de Corredera durante la segunda mitad del siglo XIX*, Memoria del Máster de Historia Contemporánea de la UCM, Madrid, 2008.

### Principales categorías profesionales masculinas en el Ensanche Sur (1860)



### Principales categorías profesionales femeninas en el Ensanche Sur (1860)



[Figuras 3.1 y 3.2. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860. Los datos son porcentuales. Muestra de población: mayores de 12 años que indican una profesión (todos los análisis se han realizado partiendo de esta premisa). Para ver todas las categorías profesionales, ver apéndices.]

El Ensanche Sur añadía, además, otro factor que reforzaba este proceso de cambio desatado en las afueras de la capital. El ferrocarril fue, desde el inicio, el agente clave en la evolución social y económica de todas las afueras del sur de Madrid, el amo y señor de su destino. Su huella inconfundible estaba grabada a fuego: las compañías ferroviarias construyeron varias estaciones de viajeros y de

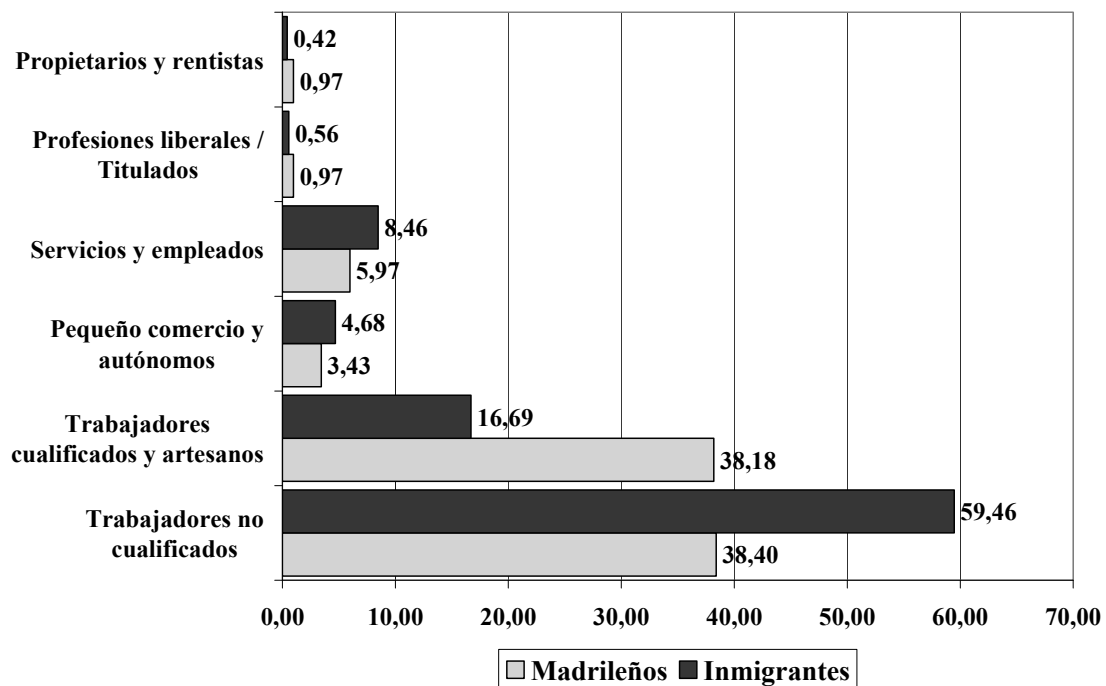
mercancías, que se incrustaban en mitad de los terrenos, y la vía de circunvalación partía en dos toda la zona, como una cicatriz peligrosa y desagradable para el asentamiento de nuevas barriadas residenciales. El Ensanche Sur pronto fue el barrio ferroviario por excelencia, el lugar al que se podía acudir para encontrar un empleo en alguno de sus talleres de reparación o en las fábricas y almacenes que surgían a la sombra del gigante de hierro. Junto a él, la expansión inmobiliaria cobró verdadero auge durante la primera etapa de la Restauración. Se requerían más casas y más grandes, para dar cabida a la afluencia persistente de nuevas gentes procedentes de las provincias españolas. Los cambios en la estructura profesional que originaba este fenómeno no se hicieron esperar. El Ensanche Sur se expandió a base de inmigrantes y entre ellos, la figura del jornalero reinó abrumadoramente. Rozaba el 60% del total de inmigrantes y dejaba muy atrás a los que presumían de conocer adecuadamente un oficio cualificado, o aquellos que se encuadraban en las filas destinadas al sector servicios y el mundo de los empleados.

Entre las mujeres que declaraban una profesión su aumento también fue significativo, pero el peso seguía correspondiendo al servicio doméstico y a las trabajadoras cualificadas, como las costureras y las modistas, o las cigarreras de la Fábrica de Tabacos. La naturaleza de estos oficios y su pervivencia general en la ciudad explican la estabilidad y continuidad del mercado laboral femenino respecto a veinte años antes. Las dinámicas en la oferta y la demanda del trabajo femenino habían permanecido intactas, pese a los cambios que acarrearba una inmigración intensa y permanente.

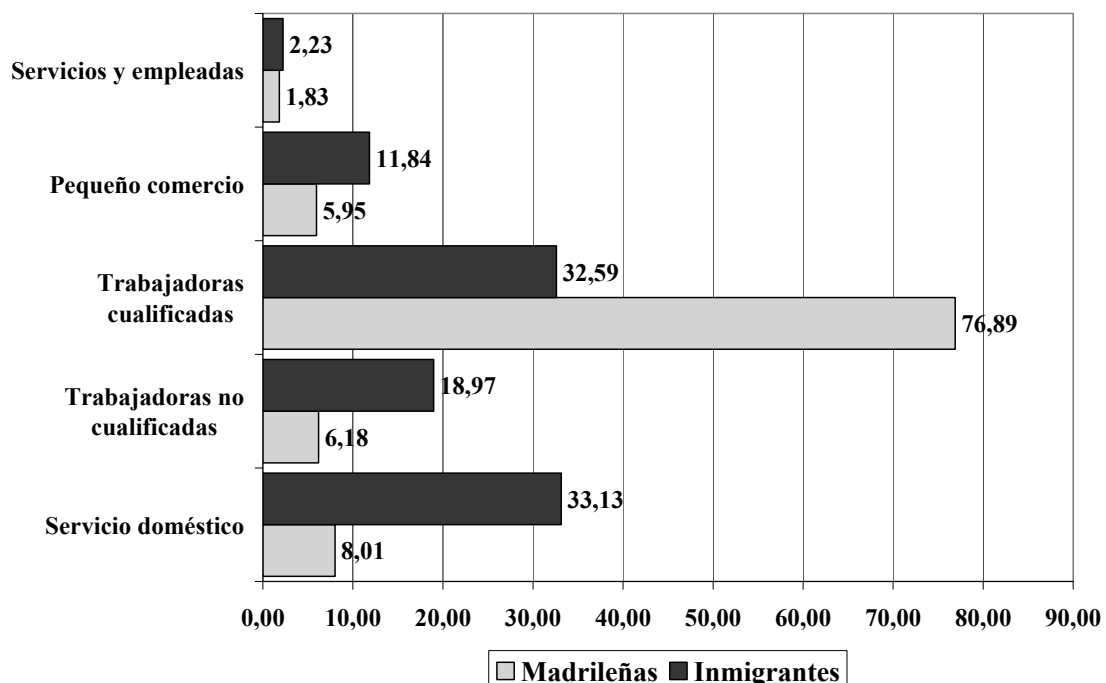
En cambio, la composición de la estructura profesional masculina había experimentado una evidente transformación, que no era fruto, exclusivamente, de los nuevos vecinos que llamaban a las puertas de la capital con la intención de quedarse. Había más jornaleros aún entre los inmigrantes respecto a la generación de 1860, pero donde su presencia se había multiplicado era entre los madrileños, entre esos naturales de la capital que un día fueron maestros artesanos y oficiales, que se preciaban de sus conocimientos, para pasar a ser, cada vez más, jornaleros, peones y simples ayudantes.



### Principales categorías profesionales masculinas en el Ensanche Sur (1878)



### Principales categorías profesionales femeninas en el Ensanche Sur (1878)



[Figuras 3.3 y 3.4. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1878. Sigue el mismo criterio que en 1860.]

La cuestión no era que hubiera más jornaleros porque había más inmigrantes, sino que la situación laboral se había degradado en términos generales. El número de artesanos y trabajadores cualificados se había reducido tanto entre los inmigrantes como entre los madrileños de nacimiento. Este dato apunta a la formación de un mercado de mano de obra sin cualificación y a una transformación de las estructuras productivas de la ciudad, que se veían incapaces, en primer lugar, de integrar a una mano de obra llegada, mayoritariamente, de entornos rurales y agrarios, y en segundo lugar, de formarla profesionalmente, de crear grupos de trabajadores con unos conocimientos técnicos y una experiencia laboral superior a la que tenían previamente. Este proceso resulta evidente cuando se compara la situación de 1878 respecto a la de 1860, pero resulta más significativo si cabe entre los inmigrantes.

Los motivos para emprender un viaje en el que se empeñaba el destino de una persona o de una familia podían ser muy variados, pero sin duda compartían el deseo de mejora, bien fuera para adquirir una mayor riqueza o prestigio social, bien fuera para contar con una existencia menos miserable y más desahogada, que permitiera abrigar esperanzas por un futuro mejor. Para recorrer ese camino, el oficio o profesión que cada uno desempeñara jugaba un rol fundamental, era el sustento para cumplir con los objetivos marcados. Contar con un buen trabajo cualificado o ser un empleado aseguraba salarios más seguros y cuantiosos. Irse a Madrid implicaba la esperanza de formarse y hacerse con alguna de esas profesiones, si no al principio, sí con el paso del tiempo. Se abandonaba el campo con la esperanza de aprender un oficio y ser, algún día, un obrero de fábrica bien pagado o hacerse con algún empleo más o menos fijo. Sin embargo, el mercado laboral madrileño les deparaba más dificultades de las previstas.

La fórmula de ir, aprender y ganar, no funcionaba en la realidad. La formación agraria era inadecuada para el mercado laboral madrileño, pero además la situación de los inmigrantes se degradaba en la propia ciudad con el paso de los años. Contaban con una precaria situación de partida y las estructuras productivas de la ciudad no lo remediaban, no les aportaban una formación profesional que les valiera para mejorar su nivel y convertirse en trabajadores con una cualificación específica y, por tanto, con una remuneración más generosa. En 1860, los inmigrantes más recientes, con menos de un año de estancia en la ciudad, aportaban muchos menos jornaleros que la media general de inmigrantes del Ensanche Sur. En cambio, el número de artesanos y trabajadores cualificados era claramente superior. Esta situación se invertía con el paso de los años: los inmigrantes que superaban los cinco años de vida en la capital veían cómo su situación no sólo no había mejorado, sino que era más precaria y delicada. Los sueños del oficio quedaban reducidos a la dura realidad jornalera.

<b>Evolución de grupos de profesionales inmigrantes por años de estancia (1860)</b>					
<b>Hombres</b>	<b>Media Inmigrantes</b>	<b>-1</b>	<b>1-5</b>	<b>5-10</b>	<b>10-20</b>
Servicios y empleados	<b>8,47</b>	- 0,97	+ 2,86	+ 1,83	- 3,33
Trabajadores cualificados	<b>25,78</b>	+ 2,97	+ 1,82	- 2,75	- 0,10
Trabajadores no cualificados	<b>49,00</b>	- 9,00	- 2,69	- 0,52	+ 6,89
<b>Mujeres</b>	<b>Media Inmigrantes</b>	<b>-1</b>	<b>1-5</b>	<b>5-10</b>	<b>10-20</b>
Trabajadoras cualificadas	<b>39,12</b>	- 8,35	- 2,61	+ 0,50	+ 5,43
Trabajadoras no cualificadas	<b>9,15</b>	- 1,46	- 1,21	+ 2,17	+ 0,75
Servicio doméstico	<b>40,38</b>	+ 10,90	+ 8,83	+ 4,90	- 8,70

[Figuras 3.5. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860. Los datos ofrecidos son porcentuales y sólo aparecen las categorías más relevantes por su número. Los datos de los años de estancia hacen referencia a la diferencia entre éstos y la media de los inmigrantes del Ensanche Sur.]

Entre las mujeres, los grandes cambios se producían entre las trabajadoras cualificadas y en el servicio doméstico. Éste último era la gran puerta de entrada al mercado laboral de la capital para las inmigrantes más recientes. El Ensanche Sur no era un barrio donde tuvieran su asiento las clases altas y los grupos dirigentes de la sociedad, pero ello no era óbice para que más de la mitad de las mujeres inmigrantes con menos de un año de estancia, que declaraban algún tipo de trabajo que no fuera “sus labores”, fuera algún tipo de criada o sirvienta. Con el paso del tiempo, el peso del servicio doméstico entre las mujeres perdía fuerza, debido a que muchas de las antiguas criadas habían contraído matrimonio y habían abandonado la profesión. Estas mujeres calcaban el comportamiento de las jóvenes criadas, procedentes de los entornos rurales próximos a Madrid, que volvían a sus pueblos de origen para casarse después de varios años de servir en la capital. La única diferencia era que estas mujeres habían encontrado su marido en la propia ciudad y se habían quedado a vivir en ella, pero sin trabajar ya como criadas.

Entre las mujeres con un oficio cualificado, la situación evolucionaba de forma inversa. Las recién llegadas contaban con una menor preparación profesional o les era más complicado adentrarse en los circuitos de contratación que operaban en la ciudad. Los años de estancia y el aprendizaje adquirido lograban suavizar las dificultades y allanar el camino para desempeñar un oficio.

La primera etapa de la Restauración confirmaba esta situación. Los inmigrantes aportaban más jornaleros que en 1860, pero entre los más recientes, aquellos que sólo contaban con unos meses de estancia, seguían siendo menos que la media general de los inmigrantes del Ensanche Sur. Una vez más, su situación se erosionaba a medida que pasaban los años y el número de jornaleros se incrementaba entre sus filas. Entre las mujeres, la evolución de sus cuadros profesionales era más acusada si cabe que en 1860. Las criadas y sirvientas eran legión entre las inmigrantes más recientes, mientras que las trabajadoras cualificadas eran prácticamente desconocidas. El paso del tiempo invertía la

situación y mientras las criadas desertaban de forma acelerada, las trabajadoras cualificadas engrosaban su número paulatinamente, dibujando entre ambos grupos un balancín que se compensaba a la perfección.

<b>Evolución de grupos de profesionales inmigrantes por años de estancia (1878)</b>					
<b>Hombres</b>	<b>Media Inmigrantes</b>	<b>-1</b>	<b>1-5</b>	<b>5-10</b>	<b>10-20</b>
Servicios y empleados	<b>8,46</b>	+ 0,37	+ 2,89	+ 0,84	- 1,18
Trabajadores cualificados	<b>16,69</b>	- 2,18	- 2,88	- 4,73	+ 0,85
Trabajadores no cualificados	<b>59,46</b>	- 2,05	- 0,23	+ 3,00	+ 3,15
<b>Mujeres</b>	<b>Media Inmigrantes</b>	<b>-1</b>	<b>1-5</b>	<b>5-10</b>	<b>10-20</b>
Trabajadoras cualificadas	<b>32,59</b>	- 22,97	- 13,36	- 3,61	+ 4,59
Trabajadoras no cualificadas	<b>18,97</b>	+ 6,03	+ 1,36	+ 3,19	+ 3,47
Servicio doméstico	<b>33,13</b>	+ 26,49	+ 15,22	+ 0,39	- 8,13

[Figuras 3.6. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1878. La metodología de análisis es la misma que en la figura 3.5.]

La desigual evolución de los grupos de inmigrantes, junto a la situación de los madrileños de nacimiento, indicaba que las transformaciones que se estaban produciendo en las estructuras económicas y productivas de la ciudad, implicaban una degradación de buena parte de la fuerza de trabajo. Las obras de reforma y mejora del casco antiguo, la revolucionaria novedad del ferrocarril, la llegada de las aguas del canal y la construcción de la red de alcantarillado, la expansión de los barrios del Ensanche o la aparición de algunas fábricas industriales y talleres, no habían reforzado el peso de la mano de obra cualificada; es decir, ni atraían ingentes cantidades de trabajadores especializados, ni formaban a los que ya residían en la ciudad. La primera etapa de la modernización contemporánea de Madrid se hizo sobre una fuerza laboral poca o nada cualificada, que se expandió con el tiempo y que erosionaba, a su paso, los reductos de un mundo de los oficios anquilosado y en pleno ocaso.

### 3.1 Trabajadores no cualificados, los brazos del nuevo Madrid

Serafín Paul conoció el significado de la palabra trabajo desde bien pequeño. Ser hijo de inmigrantes castellanos pobres y vivir en un barrio marginal constituían razones de peso para que su etapa escolar no se alargara demasiado. Justo lo imprescindible para adquirir unos conocimientos rudimentarios, leer, escribir y las cuatro reglas de la aritmética, que le fueran de provecho para desenvolverse en la escuela de la vida. Era el primogénito de una familia pobre y, como tal, creció en un difícil equilibrio entre la instrucción reglada y la perentoria necesidad de ayudar en casa, de ponerse a trabajar cuanto antes, de ganar un jornal que se sumara al de su padre y, de esa manera, hacer frente a los gastos de la casa y sostener a la familia. Trece años habían transcurrido desde que sus padres dejaran el pueblo con la esperanza de hallar un futuro mejor en Madrid y el señor Pío, el padre, no había conseguido salir de su condición de jornalero. En su persona se reunían todos los condicionantes para continuar siéndolo: era inmigrante, procedente del campo y, además, llevaba más de diez años de residencia en la capital.

Este segmento de la población madrileña era un granero inagotable de jornaleros, de trabajadores sin una formación técnica o una cualificación profesional cualquiera, que no tenían un empleo fijo y se hacían con uno temporal de unos días, con suerte por unas semanas. Trabajos que cambiaban más que el tiempo en primavera, pero que no iban más allá de la fuerza y las manos: cargar o descargar, arrastrar, limpiar y colocar, recibir encargos y correr a entregarlos, etc. El señor Pío no había hecho otra cosa desde que llegara a Madrid y, por tanto, tampoco pudo ofrecerle a su hijo un jugoso regalo en su bautismo laboral, en forma de una colocación ventajosa en un taller o en un comercio. En su mano sólo estaba despertarle al rayar el alba y acompañarle a una de las plazas, de los mercados o de los centros de trabajo donde contrataban a peones, mozos y jornaleros, y procurar que le aceptaran en alguna faena o, todo lo más, introducirle en alguna cuadrilla como chico para todo, para todo aquello que le ordenaran y que los trabajadores más adultos, incluso los jornaleros, no quisieran hacer. Así empezó Serafín, con 13 años, a labrarse un futuro con sus manos, todavía pequeñas, infantiles e inexpertas, pero obligadas a bregar como cualquier otro jornalero ambulante del Madrid decimonónico.

<b>Evolución de los trabajadores no cualificados por lugar de origen y tiempo de estancia</b>			
	<b>1860</b>	<b>1878</b>	<b>Crecimiento 1860- 1878</b>
<i>Media</i>	42,17	54,32	+ 28,81%
Madrileños	19,09	38,40	+ <b>101,15%</b>
Inmigrantes	49,00	59,46	+ 21,35%
Inmigrantes de capital	34,70	41,90	+ 20,75%
Inmigrantes de provincia	50,20	61,10	+ 21,71%
Inmigrantes recientes	40,00	57,41	+ 43,53%
Inmigrantes antiguos	55,39	62,61	+ 13,03%

[**Figura 3.7.** Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860 y 1878. Muestra de población: hombres mayores de 12 años. Leyenda: Inmigrantes recientes (1 año o menos de vida en Madrid), Inmigrantes antiguos (más de 10 años de vida en Madrid). Los datos ofrecidos son %.]

En el Ensanche Sur de 1860, las diferencias entre los madrileños de origen y los inmigrantes de mayor antigüedad eran abismales. Por cada trabajador no cualificado nacido en la ciudad, había casi tres de los segundos. La partida de nacimiento marcaba una distinción fundamental aun pasado el ecuador de la centuria, cuando el mercado laboral madrileño había ofrecido signos evidentes de transformación, en el sentido de un franco deterioro en las condiciones laborales y en la cualificación de los trabajadores manuales desde principios de siglo.<sup>7</sup> A mediados de siglo, haber nacido en la ciudad todavía era un valor seguro para sortear los peores trabajos, los más duros y sacrificados y los peor considerados. Empleos destinados a los inmigrantes, como el señor Pío Paul, que llegaban a la ciudad y aceptaban trabajar en cualquier faena con tal de salir adelante.

Dos décadas después, la degradación del mercado laboral madrileño era más general y profunda y sus efectos en la población del Ensanche Sur eran más que evidentes. La figura del jornalero crecía sin freno entre los inmigrantes que se asentaban en las afueras, pero era entre los madrileños donde se produjo la gran novedad. Las transformaciones que llevó a cabo la capital durante esos años afectaron profundamente a la composición de la mano de obra nativa: entre los madrileños, los peones y jornaleros se multiplicaron descontroladamente, hasta duplicar la bolsa de trabajadores no cualificados de 1860. En menos de una generación, presentarse como madrileño de nacimiento había perdido gran parte de su valor: la distinción con un inmigrante procedente de otra ciudad española se había esfumado y con el resto de inmigrantes se había recortado considerablemente.

<sup>7</sup> NIETO SÁNCHEZ, José A.: *Artisanos y mercaderes. Una historia social y económica de Madrid (1450-1850)*, Fundamentos, Madrid, 2006.

La crisis del Sexenio había hecho auténticos estragos.<sup>8</sup> Hasta mediada la década de los 60, Madrid vivía festivamente el apogeo de su primera transformación seria, con las grandes obras públicas, los inicios en el tendido ferroviario y la aprobación del Ensanche. Era un tiempo de abundancia de trabajo, de enormes facilidades para la colocación en cualquier faena, de anuncios diarios en el *Diario Oficial de Avisos de Madrid* que solicitaban más brazos o expresaban lamentos por la falta de trabajadores en la capital. Una época en la que todo inmigrante era bienvenido y los salarios de los jornaleros se disparaban a los 10, 12 y 14 reales diarios, ganancias fabulosas e inimaginables pocos años antes. Pero todo momento culminante tiene su final y a partir de 1866 surgieron los primeros síntomas de un futuro más oscuro. A los estremecimientos causados por una nueva crisis epidémica en 1865, pronto se unieron las penalidades de un paro que se generalizó rápidamente y un nuevo estallido de crisis de subsistencias, con subidas en el precio del pan. La revolución del 68 apenas alteró el signo de la situación y el paro mantuvo su ritmo galopante. Los salarios de los jornaleros se desplomaron a los 6 ó 7 reales diarios, como mucho, mientras miles de inmigrantes seguían acudiendo a la capital, con todos sus sueños a cuestas, con la esperanza de encontrar, allí sí, un trabajo más seguro y mejor pagado que en los campos que dejaban a sus espaldas.

A principios de la Restauración, Madrid estaba rodeada por jornaleros, la mayoría inmigrantes. En el Ensanche Sur, rozaban los dos tercios de la mano de obra masculina personas como Pío Paul, un inmigrante que llevaba muchos años sin moverse de la capital, o como José López Asensi, el jornalero alicantino que llegó a Madrid en 1860, para emigrar temporalmente a Albacete y regresar, en 1874, a la capital española. Una travesía de ida y vuelta que estuvo dirigida por el ferrocarril, una de las grandes razones por las que emigraban tantas personas a Madrid. La mayoría de los trabajadores no cualificados no indicaban su lugar habitual de trabajo, bien porque no lo tenían al estar en paro, o bien porque lo desconocían al ser excesivamente eventual, en función de la tarea y del tiempo para los que hubiesen sido contratados. Entre los que realizaban algún tipo de aclaración, predominaban las personas como José López.

El ferrocarril era el gran destino para los trabajadores no cualificados del Ensanche Sur, especialmente entre los inmigrantes con pocos meses de estancia en la ciudad. Las estaciones de ferrocarril fueron puntos neurálgicos para el asentamiento de la población inmigrante más reciente. Los jornaleros inmigrantes, sobre todo los que no superaban el año de vida madrileña, hallaban en el mundo del tren su gran puerta de entrada al mercado laboral. Las compañías ferroviarias M.Z.A. y NORTE eran las mayores empresas privadas que actuaban en el Madrid de la Restauración. Allí habían instalado sus estaciones de cabecera,

---

<sup>8</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)” en *Estudios de Historia Social*, nº 15, (1980), pp. 143-175; BAHAMONDE MAGRO, Ángel y FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “La transformación de la economía” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, pp. 515-547.

sus grandes talleres de reparación o sus múltiples almacenes y depósitos.<sup>9</sup> Su oferta de trabajo era la más amplia, pues necesitaban cubrir servicios tan diversos como el mantenimiento de las vías, los arreglos de la maquinaria, el acarreamiento de material o el servicio a los pasajeros. Para los inmigrantes que llegaban a la capital era una ocasión de oro para hacerse con su primer trabajo. Con ligeros matices, la contratación de personal obrero a jornal por parte de los dos trasatlánticos ferroviarios, NORTE y M.Z.A., era muy similar.<sup>10</sup>

<b>Principales lugares de trabajo de los trabajadores no cualificados (1878)</b>				
<i>Lugar de trabajo</i>	<i>Media</i>	<i>Madrileños</i>	<i>Inmigrantes</i>	<i>Inmigrantes recientes</i>
Ferrocarriles	32,59	- 11,54	+ 1,58	+ 15,41
Variable o eventual	24,05	+ 10,16	- 1,39	- 8,05
Fábricas, talleres y empresas privadas	21,52	- 5,73	+ 0,78	+ 0,48
Dirección particular	9,81	+ 5,98	- 0,82	- 5,81
Construcción	4,75	+ 3,14	- 0,43	- 0,75
Administración Pública	3,17	- 0,54	+ 0,07	- 1,16
Empresas públicas	2,85	- 2,85	+ 0,39	+ 1,15
Desconocido	0,63	- 0,63	+ 0,09	- 0,63
Casa propia	0,63	+ 2,00	- 0,27	- 0,63
Indica lugar	16,50	- 1,10	+ 0,20	+ 11,80

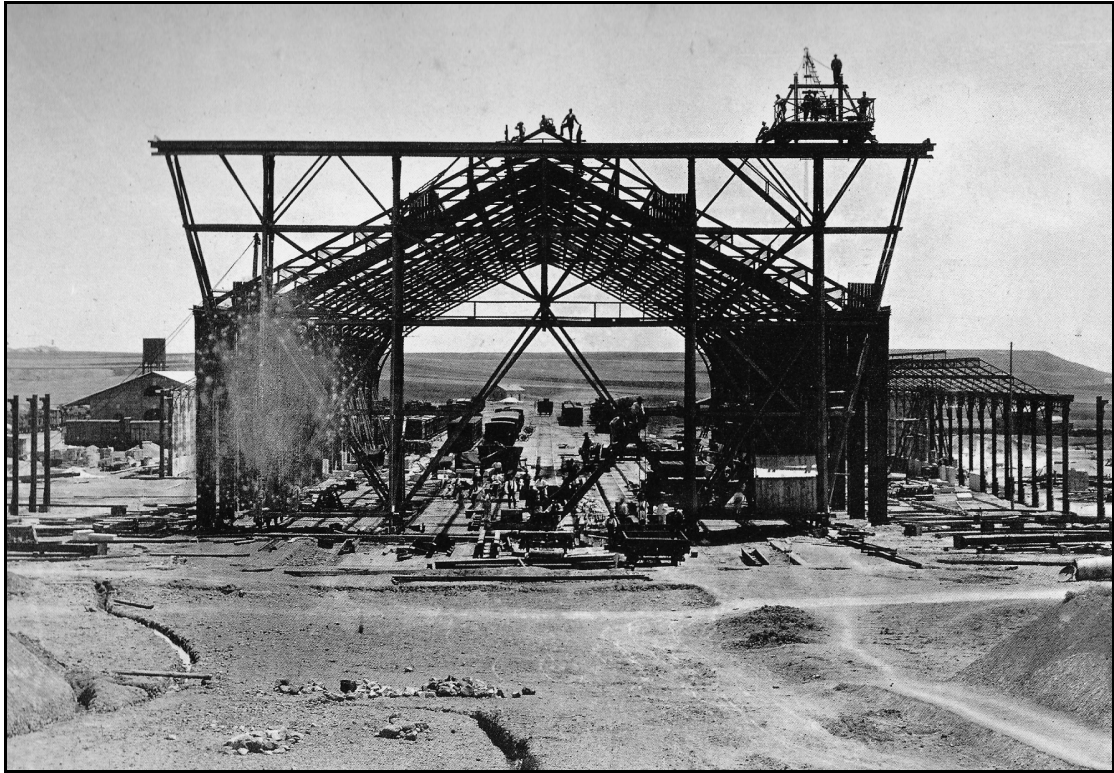
[Figura 3.8. Fuente: AVM, Estadística, padrón municipal de 1878. Muestra de población: cabezas de familia varones. Los datos ofrecidos son porcentuales y las columnas por lugar de origen están comparadas con la media del Ensanche Sur. La lista de lugares de trabajo es elaboración propia a partir de las anotaciones realizadas en la casilla “lugar habitual de trabajo” de las hojas del padrón.]

Los jornaleros, o temporeros, como les reconocían oficialmente las compañías para distinguirlos del personal fijo a jornal, no formaban parte de sus plantillas de trabajadores, sino que se les consideraba personal auxiliar o agentes externos. Normalmente eran contratados en las propias estaciones, de forma temporal y en número variable, en función del trabajo que quisiera llevar a cabo la compañía. Las faenas solían ser de carga y descarga de carbón o de materiales pesados en los ténderes y en los depósitos, el removido de mercancías, la limpieza de las máquinas y su transbordo en las estaciones, etc. Las jornadas se extendían hasta las 14 horas diarias y sólo cobraban el día trabajado. En ocasiones puntuales realizaban contrataciones extraordinarias para ejecutar obras de gran envergadura y necesidad urgente, como en la construcción de las estaciones ferroviarias, en su remodelación y ampliación, o con la instalación de más ramales de vías.

<sup>9</sup> VV. AA.: *Las estaciones ferroviarias de Madrid. Su arquitectura e incidencia en el desarrollo de la ciudad*, COAM, Madrid, 1980.

<sup>10</sup> JUEZ GONZALO, Emerenciana-Paz: *El mundo social de los ferrocarriles españoles de 1857 a 1917*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1992; BALLESTEROS DONCEL, Esmeralda y MARTÍNEZ VARA, Tomás: “La evolución del empleo en el sector ferroviario español (1893-1935)” en *Revista de Historia Económica*, año XIX, nº 3, (2001), pp. 637-677.



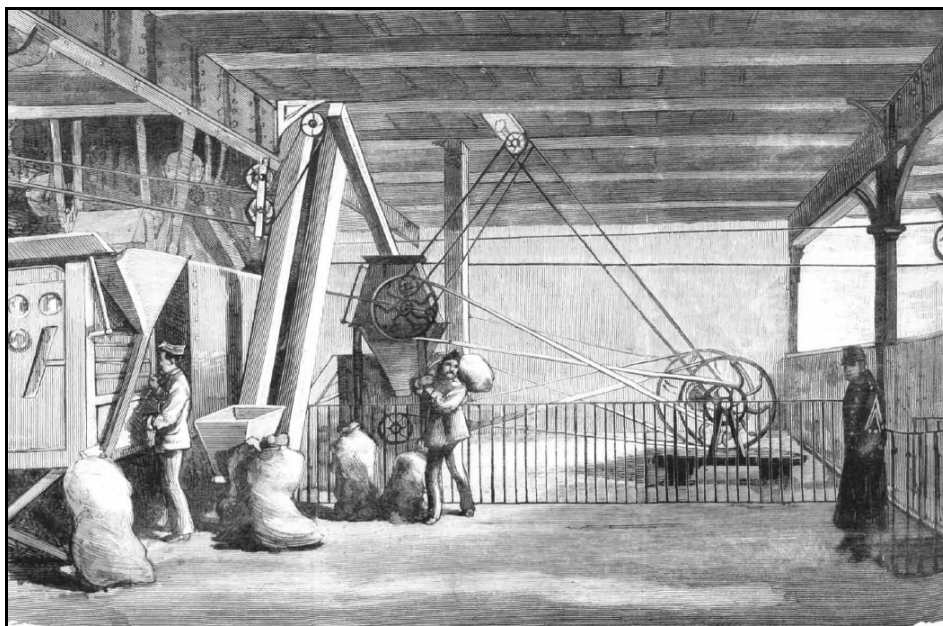


[**Ilustración 3.1.** Trabajadores en la construcción de la estación de Delicias, 1879. Fuente: Museo del Ferrocarril.]

En conjunto, estos trabajadores formaban una enorme bolsa de mano de obra explotada y de fuerza bruta. Las compañías fueron muy reacias a modificar el sistema de contratación de este tipo de personal, pues era muy numeroso y hubiera incrementado exponencialmente los costes fijos de las plantillas. Cuando superaban un año de trabajo en la compañía, estos trabajadores accedían a ciertos derechos y prestaciones de los que gozaba el personal fijo, como billetes, cartilla en el economato interno de la compañía o la oportunidad de solicitar anticipos en la paga. En el Madrid de la Restauración, esa situación quedaba muy lejos para los peones y jornaleros del Ensanche Sur. Por el momento, los más afortunados eran quienes lograban ser contratados para una de esas jornadas interminables entre los hierros del tren, de 14 horas descargando carbón, arrastrando vagones y limpiando la maquinaria en los depósitos. El aprendizaje era rápido, por limitado, y de corto recorrido. La oportunidad para aprender un oficio era más bien remota, pero, al menos, cuando el día tocaba a su fin, llevaban a su casa una paga bien ganada.

Las fábricas y los talleres de particulares, de pequeños comerciantes y fabricantes, eran otra vía de acceso al mercado laboral para los trabajadores no cualificados, especialmente en el caso del Ensanche Sur, que se iba configurando, progresivamente, como un área fabril especializada dentro de Madrid. Su desarrollo industrial era nimio comparado con gigantes como Manchester, Amberes, Lyon o Barcelona, pero eran fábricas y talleres que

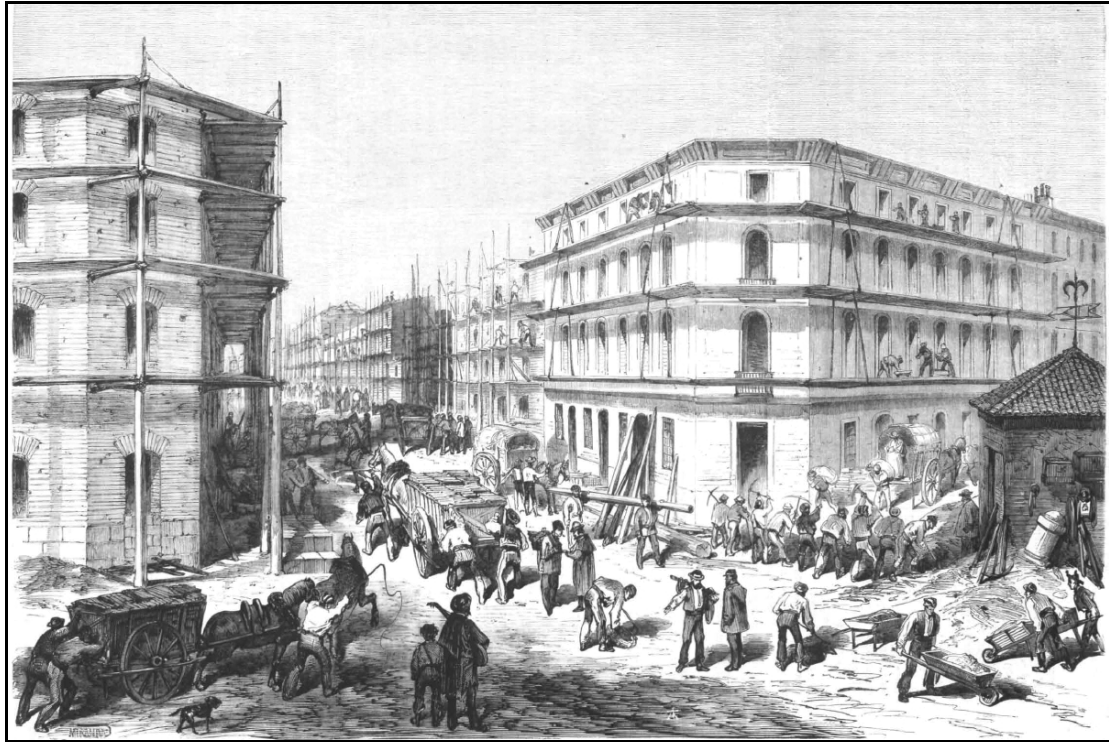
aportaban nuevos aires a la economía madrileña: grandes fábricas como la del gas; industrias modestas destinadas al mercado local, como la fábrica de camas de Guillermo Duthu o las fábricas de harinas; talleres de fundición de hierro, o empresas vinculadas al mundo de la construcción, como la fábrica de yeso de José Seco. En ellas, los jornaleros eran empleados en las tareas menos especializadas, en aquellas que no requiriesen conocimientos de mecánica o fueran más sacrificadas.



[Ilustración 3.2. Fábrica de harinas en los almacenes “Docks”, 1884. Fuente: Ilustración Española y Americana.]

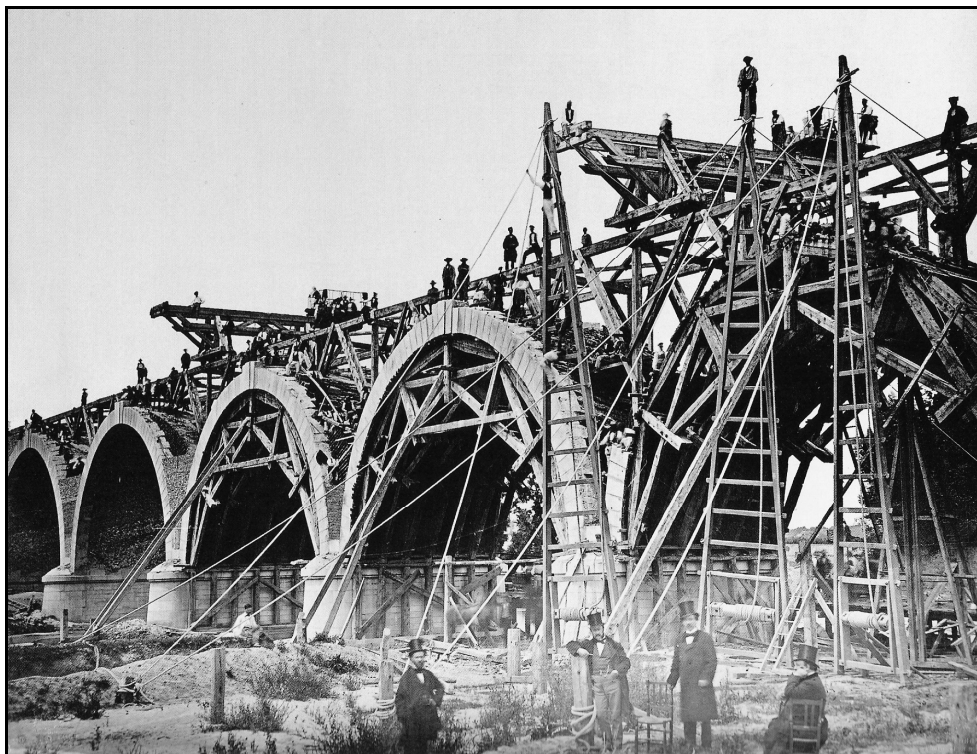
Si los jornaleros inmigrantes del Ensanche Sur encontraban en el ferrocarril o en los talleres y fábricas sus principales fuentes de empleos, la participación media de los madrileños era superior en el mundo de la construcción. La organización en pequeñas cuadrillas de trabajadores podía resultar un obstáculo más difícil de sortear para los inmigrantes, sobre todo en los primeros momentos, cuando no se conocían adecuadamente las redes de contratación interna. Por ello resultaba más sencillo encaminar los pasos hacia las grandes empresas o hacia el Estado y sus magnas obras públicas. La construcción fue la inagotable veta de empleo para el Madrid del XIX. Los años 30 y su fiebre desamortizadora o las grandes remodelaciones y obras públicas, iniciadas en los años 50, tuvieron su mejor continuación en la realización del Ensanche durante el último cuarto de siglo. La industria de la construcción fue el gran bálsamo ante la falta de una industrialización a gran escala.<sup>11</sup> Madrid creció a base de destruirse y reinventarse continuamente, arrumbando viejos edificios, eliminando calles torcidas y espantando descampados con nuevas barriadas.

<sup>11</sup> DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1986; CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Editorial Complutense, Madrid, 2008.



[**Ilustración 3.3.** Obras en la nueva calle de Claudio Coello, 1872. Fuente: Ilustración Española y Americana.]

El negocio inmobiliario ofrecía infinidad de tareas y ocupaciones para cualquier jornalero en paro: había que proceder al desmonte de los terrenos, allanarlos, trazar la alineación de las calles y de las manzanas, cavar los cimientos y levantar los edificios. Todo ello implicaba la existencia de otras actividades complementarias, como la construcción del alcantarillado y la instalación de farolas de gas, y el fomento de industrias de abastecimiento, como las canterías, las fábricas de yeso o los tejares. Para los trabajadores no cualificados era más sencillo emplearse en algún tajo de la construcción por su abundancia y su extensión a lo largo de toda la ciudad. No era exclusivo de unos barrios, como podía ser el ferrocarril, sino que era una actividad compartida por toda la ciudad. En cualquier esquina había una obra parecida. Además, las características de los trabajos se amoldaban a los escasos conocimientos de estos trabajadores. Cargar con sacos de arena, transportar ladrillos, cavar en la tierra o hacer cemento, eran tareas fáciles de realizar, siempre que se contara con la fuerza y resistencia física necesarias. Ese era el destino de todos aquellos que confesaban como lugar de trabajo una obra de construcción, asumible también para la mayoría de los que declaraban “variable o eventual” su destino laboral.



[Ilustración 3.4. Construcción del Puente de los Franceses, 1859. Fuente: Ch. Clifford, Colección Martín Carrasco.]

La gran mayoría de los trabajadores no cualificados ni siquiera anotaban que su lugar de trabajo fuera “variable” o “eventual”. Simplemente, no hacían ningún tipo de aclaración en este sentido, bien porque esos lugares fueran extremadamente volátiles, bien porque se les pasara al rellenar las hojas del padrón o no lo estimaran importante, o bien porque ni siquiera contaran con un lugar al que ir. El empadronamiento se realizaba en diciembre, en pleno invierno, cuando la práctica totalidad de las obras y de los tajos de construcción paraban e hibernaban por el mal tiempo. Los peones de albañil, los braceros, los jornaleros y ayudantes, eran los primeros en recibir el despido y volver a sus casas con las manos vacías. Eran los momentos más duros para una familia que dependiera del jornal diario del cabeza de familia o de los hijos mayores.

Desde mediados de la década de 1850, el paro estacional de ingentes masas de jornaleros, durante los meses de invierno, fue uno de los caballos de batalla más difíciles de lidiar para el Ayuntamiento madrileño.<sup>12</sup> Los trabajadores debían soportar una crónica falta de empleo invernal con periódicas crisis de subsistencias. Para intentar paliar esta grave situación, con riesgos evidentes de estallido social, el Ayuntamiento centraba sus esfuerzos en una doble política:

---

<sup>12</sup> DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid de la Restauración*, Siglo XXI, Madrid, 1986; BAHAMONDE MAGRO, Ángel y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1978.

mantener, mal que bien, las numerosas instituciones benéficas (casas de dormir, asilos y comedores de caridad) y ampliar temporalmente su plantilla de temporeros municipales, a base de contrataciones extraordinarias de jornaleros. Así lo hicieron los consistorios isabelinos, los revolucionarios del Sexenio y los de la Restauración.

*“... en vista de la abundancia de obreros que diariamente se presentan en demanda de trabajo, considerando que los fuertes hielos que se dejan sentir en Madrid han motivado la paralización de muchas obras particulares, (...) desde hace algún tiempo viene realizando este centro cuantos esfuerzos ha podido, teniendo hoy empleados 622 peones braceros, cuando los créditos de que dispone sólo pueden cubrir el jornal a 400. Esta masa de trabajadores se sostendrá durante los meses de invierno, pues en los de verano, que ya habrá más obras particulares que absorberán muchos peones, no habrá inconveniente en reducir a 200 los que el Ayuntamiento sostenga.”<sup>13</sup>*

La crónica falta de fondos en las arcas municipales sólo permitía socorrer a una ínfima parte de los trabajadores, mientras que la mayoría quedaban a la fría intemperie del paro y la miseria. Por ello, aquellos que conservaban su puesto de trabajo y daban fe del lugar al que acudían habitualmente, podían considerarse unos afortunados, no sólo por mantener empleo y sueldo, sino porque éste solía ser más elevado. Los trabajadores no cualificados nacidos en la ciudad contaban con mejores salarios de media que los inmigrantes, pero las grandes diferencias se producían entre los trabajadores que indicaban un lugar determinado de trabajo y aquellos que no lo hacían. No tener un centro fijo al que acudir no sólo repercutía en pagas irregulares e inseguras, sino también en que eran más bajas. El jornal más extendido eran los ocho reales, o dos pesetas, diarios. Más del 60% de los trabajadores confesaban ese nivel de ingresos; los que superaban ese umbral eran una reducida minoría y para los inmigrantes sin un lugar de trabajo definido era un logro casi imposible.

Aparte de los que se enrolaban en empresas públicas, cuyo número era reducido, los jornaleros con mejores pagas eran los que pertenecían a las compañías ferroviarias, tanto en salarios medios, como en el porcentaje de trabajadores que superaban la frontera de las dos pesetas al día. Los jornaleros del ferrocarril contaban con numerosas ventajas frente al resto de trabajadores no cualificados: pertenecían a un sector pujante a nivel nacional, que no se reducía al ámbito de la ciudad como la construcción y las empresas que operaban eran grandes compañías privadas con una política de contratación definida. Además, los jornaleros que superaran el año de contrato, podían disfrutar de ciertos beneficios salariales o de condiciones laborales, fruto de los acuerdos laborales

---

<sup>13</sup> Carta de 17 de enero de 1880 de la Comisaría de Vías Públicas al Alcalde de Madrid. Fuente: AVM, Secretaría, 6-8-69. Citado en DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura..., Op. Cit.*, pág. 117.

firmados por las empresas. En cambio, para las fábricas y los talleres privados, cuyo volumen de negocio era infinitamente inferior al de los gigantes ferroviarios, la competencia era desigual y les resultaba imposible igualar los salarios de sus jornaleros a los del ferrocarril.

<b>Salarios de trabajadores no cualificados (1878)</b>		
<i>Lugar de nacimiento</i>	<i>Indican lugar</i>	<i>No indican</i>
Salario medio (en ptas.)	<b>2,06</b>	<b>1,95</b>
Madrileños	2,16	1,91
Inmigrantes	2,06	1,96
Madrileños (% superan 2 ptas.)	18,7	18,5
Inmigrantes (% superan 2 ptas.)	15,3	6,5
<i>Lugar de trabajo</i>	<i>Salario medio</i>	<i>% Más de 2 pesetas</i>
Empresas públicas	2,33	66,70
Ferrocarriles	2,21	26,47
Dirección particular	2,09	23,81
Casa propia	2,00	0,00
Fábricas, talleres y empresas privadas	1,99	9,68
Variable o eventual	1,97	4,00
Construcción	1,97	0,00
Administración Pública	1,72	10,00

[Figura 3.9. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1878.]

<b>Niveles salariales de los trabajadores no cualificados por tramos de edad</b>	
Más de 50 años	1,92
40 - 49 años	2,06
30 - 39 años	2,27
20 - 29 años	2,00
12 - 19 años	1,45

[Figura 3.10. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1878.]

Junto a las diferencias por centros de trabajo, los salarios de los trabajadores no cualificados se escalonaban por la edad de las propias personas. Las pagas más bajas correspondían a los niños y adolescentes, como Serafin Paul cuando comenzó a trabajar como jornalero en 1872 y le daban “una propina” por toda remuneración. Los jornales aumentaban con la edad y era en la treintena cuando alcanzaban su tope salarial, cuando se hallaban en sus plenitudes físicas y estaban capacitados para sobrellevar cualquier tipo de faena, por ruda y sacrificada que fuera. Coincidió, además, con la franja biológica dominante en el Ensanche Sur, la que agrupaba una mayor cantidad de personas y de población inmigrante, de trabajadores foráneos cuya llegada estaba ocasionando las profundas transformaciones del mercado laboral madrileño.

### 3.2 Trabajadores cualificados: ocaso, corrosión y renovación

El Madrid de los oficios se resistía a morir ante los envites de los jornaleros. El artesano gremial, figura tradicionalmente simbólica del mercado laboral madrileño, trazaba una estela de ocaso y declive desde principios del siglo XIX, pero sin llegar a claudicar definitivamente.<sup>14</sup> Esa resistencia numantina hablaba por sí misma de su fortaleza, de sus raíces profundas en el mercado laboral y de la naturaleza del desarrollo económico de la ciudad. Ante la ausencia de una industrialización rompedora, Madrid había mantenido su estructura colmenar de pequeños y medianos talleres y su mano de obra artesana se fue amoldando a los nuevos tiempos, marcados fundamentalmente por el crecimiento de la población.

Los ríos de inmigrantes inundaban el mercado laboral madrileño con trabajadores sin una cualificación artesanal previa en talleres ni obrajes de ningún tipo y su presencia era una clara competencia para los artesanos de la ciudad. Era una lucha entre una mano de obra barata frente a otra más cara, pero experimentada. Las diferencias entre madrileños e inmigrantes eran muy visibles en el Ensanche Sur, donde los primeros prácticamente doblaban a los segundos en proporción de trabajadores cualificados. El artesano madrileño parecía contar con su propia estirpe, con un linaje de antiguo, al estilo de las viejas familias aristocráticas, que se resistía a perder protagonismo. Apenas retrocedía entre 1860 y 1878, en comparación a los estragos producidos en las filas de los trabajadores cualificados inmigrantes. En todo caso, el número de trabajadores cualificados en total era cada día más reducido, si tenemos en cuenta que la mayoría de la población del Ensanche Sur era foránea.

<b>Evolución de los trabajadores cualificados por lugar de origen y tiempo de estancia</b>			
	<b>1860</b>	<b>1878</b>	<b>Dif. 1860-1878</b>
<i>Media</i>	<b>29,57</b>	<b>21,88</b>	<b>- 7,69</b>
Madrileños	42,72	38,18	- 4,54
Inmigrantes	25,78	16,69	- 9,09
Inmigrantes de capital	35,70	28,20	- 8,50
Inmigrantes de provincia	24,20	15,10	- 9,10
Inmigrantes recientes	28,75	14,51	- 14,24
Inmigrantes antiguos	25,45	17,54	- 7,91

[Figura 3.11. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860 y 1878. Los datos son porcentuales.]

<sup>14</sup> NIETO SÁNCHEZ, José Antonio: *Artisanos y mercaderes: una historia social y económica de Madrid (1450-1850)*, Fundamentos, Madrid, 2006.

El declive artesano no se producía exclusivamente por el hostigamiento “externo” de los jornaleros, sino también por una erosión interna en la organización de su trabajo. El crecimiento de la población había acarreado la invasión jornalera, pero también había permitido una gran expansión del mercado para la venta de los productos. En la ciudad cada día vivía más gente que necesitaba comer, calzarse, vestirse, adornarse y hasta divertirse. Las oportunidades de enriquecimiento se multiplicaron y, con ellas, la competencia ajena al circuito oficial de los gremios. El férreo control de los Cinco Gremios Mayores sobre la producción artesanal quebró por anacrónico e inoperante y algunos trabajadores acertaron en la adaptación a coyunturas cambiantes: renovaron la oferta de sus productos, compraron nuevo utillaje, ampliaron su clientela, etc. Así surgieron maestros fabricantes que, al mismo tiempo, eran comerciantes que exploraban nuevas vías de negocio, en unas ocasiones, al margen de la legalidad gremial, en otras favorecidos por privilegios exclusivos.

Camilo Laorga fue un hombre dinámico, activo, con espíritu emprendedor. Nacido en el pueblo alicantino de Benilloba, próximo a Alcoy, en 1830, había llegado a la capital española en torno a 1850. La vida en Madrid le fue bien desde muy pronto. En 1857 aparecía anunciándose en el *Diario de Avisos de Madrid* como propietario de un obrador de carpintería, sito en la calle Argumosa, especializado en confeccionar “*con prontitud, perfección y economía, cortinas de máquina para portadas de tienda.*”<sup>15</sup> A simple vista, no parecía más que un simple carpintero joven con la ilusión de salir adelante con su modesto negocio, abierto en una de las calles de los barrios populares del sur. Pero Camilo disponía de contactos privilegiados que le convirtieron en el representante en Madrid de don Francisco Amorós, el ebanista barcelonés de la Casa Real. Don Francisco poseía el privilegio exclusivo de la construcción de mesas de billar con tableros de piedra, salidos de su “*acreditada fábrica y única en su clase en España.*”<sup>16</sup> Aunque él residía en Barcelona, poseía un depósito-almacén en La Habana y otro en Madrid, en la calle del Olivar, nº 54, junto a la plaza de Lavapiés, a cuyo cargo estaba, como representante, Camilo Laorga. Gracias a ese cargo, Camilo tuvo la oportunidad de aprender el arte refinado del maestro barcelonés durante varios años, así como expandir y enriquecer su red de contactos y clientes con sus visitas a la Corte isabelina.<sup>17</sup>

En 1864 Camilo Laorga dio el salto a la independencia. “*Al cabo de algún trabajo y no pequeños desembolsos, tiene el honor de participar al público que ha conseguido montar una fábrica de construcción de mesas de billar, la que reúne todas las circunstancias necesarias.*”<sup>18</sup> Después de años de estudio y

---

<sup>15</sup> Fuente: *Diario de Avisos de Madrid*, 7 de junio de 1857.

<sup>16</sup> Fuente: *Diario de Avisos de Madrid*, 19 de enero de 1860.

<sup>17</sup> “*Don Camilo Laorga, representante del conocido fabricante de mesas de billar de Barcelona, don Francisco Amorós, tuvo el sábado 15 la honra de presentar a los reyes una mesita-juguete de billar, que el señor Amorós ha construido para el Príncipe de Asturias. Los que han visto este delicado trabajo aseguran ser una preciosidad en su género.*” Fuente: *La Iberia*, 18 de junio de 1861.

<sup>18</sup> Fuente: *La Iberia*, 24 de agosto de 1864.



formación como ebanista especializado, Camilo había logrado cumplir su sueño de independizarse y abrir su propio negocio, el anhelo por llevar las riendas de su vida profesional. Al público le recordaba su formación y su estancia “*de muchos años en esta Corte*”, como si fueran argumentos requeridos para explicar su vertiginoso ascenso. En siete años había pasado de anunciarse como especialista en cortinas para las tiendas a industrial de las mesas de billar. Pasaba de un mercado interno modesto a otro de lujo, pues el billar era un juego aristocrático en la época, practicado por los caballeros al finalizar las comidas, acompañados de un buen coñac y de cigarros puros, mientras conversaban de negocios o política, al margen de las mujeres.



[Ilustración 3.5. Recorte de un anuncio de la nueva fábrica de mesas de billar de Camilo Laorga, en la plaza de las Peñuelas, 1865. Fuente: *La Iberia*.]

Con los contactos que hubiera forjado en la Corte y entre las familias de la alta sociedad, durante su etapa como representante, no le faltarían clientes a su negocio. Pero toda empresa nueva conlleva un riesgo y para exorcizarlo diseñó una estrategia comercial agresiva e insistente, con anuncios frecuentes en la prensa madrileña y con una exposición física de su producción: “*Como complemento de este establecimiento, hay un vasto almacén en permanente exposición pública, donde pueden verse, todos los días, las mesas que en esta fábrica se construyen y que, a la par de sus elegantes formas, reúnen la solidez, dando, por lo tanto, el mejor resultado. Es escusado hacer elogios de estas mesas, que se recomiendan por sí mismas y por ser ya bien conocidas en toda España las muchas que están ya funcionando.*”<sup>19</sup>

Su campaña para hacerse con este mercado de lujo no paraba ahí, sino que decidió diversificar sus actividades y encargarse igualmente de “*reformular las mesas antiguas y hacer toda clase de composturas. Hay gran surtido de*

<sup>19</sup> Fuente: *La Iberia*, 24 de agosto de 1864.

*barandas de todas clases y de las mejores gomas y mullidos metálicos*". Por último, lanzaba el anzuelo de los precios "*sumamente económicos, como podrán ver las personas que se dignen visitar este establecimiento, que se halla situado afueras del Portillo de Embajadores, Plaza de las Peñuelas*". A sus 34 años había alcanzado una posición envidiable para hacer fortuna, gracias a una trayectoria fulgurante e inaudita, prácticamente irreplicable para la mayoría de los carpinteros de la ciudad y de los trabajadores cualificados en general.

Evolución de los trabajadores cualificados por sectores productivos <sup>20</sup>					
<i>Sector productivo</i>	<i>1860</i>	<i>1878</i>	<i>1860-1878</i>	<i>Madrid (1884)</i>	<i>Ensanche Sur (78) - Madrid (84)</i>
Cuero y textil	30,83	35,53	+ 4,70	31,03	- 4,50
Construcción y mobiliario	19,66	29,84	+ 10,18	27,40	- 2,44
Metalurgia - Electricidad	18,93	18,70	- 0,23	13,66	- 5,04
Mercaderes y comerciantes	14,08	7,64	- 6,44	5,13	- 2,51
Alimentación	8,74	1,87	- 6,87	5,23	+ 3,36
Otros	4,13	1,87	- 2,26	0,00	- 1,87
Papel - imprenta	3,64	4,31	+ 0,67	17,55	+ 13,24

[Figura 3.12. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860 y 1878 para el Ensanche Sur, y *El Comercio Español* para los datos de Madrid, recogido en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "La transformación de la economía" en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, pág. 520. Los datos ofrecidos son porcentuales.]

Los aires industriales que soplaban por la capital en la segunda mitad del XIX correspondían al aumento de actividades poco mecanizadas. Los primeros espadas en la ciudad eran los oficios englobados en el mundo del cuero y del textil, en la construcción y en la industria editorial, en éste último caso debido a su condición de centro neurálgico de la inventiva nacional, de la prensa y de la producción cultural del país.<sup>21</sup> Este panorama general presentaba sus rasgos particulares en el Ensanche Sur, donde la poderosa industria tipográfica no contaba con una presencia significativa. Los sectores más fuertes eran el cuero-textil y la construcción, seguidos por la industria metalúrgica. La primacía en las afueras de los dos primeros reafirmaba una economía industrial sustentada en

<sup>20</sup> Los sectores productivos agrupan a la totalidad de trabajadores cualificados (madrileños e inmigrantes) mayores de 12 años. La clasificación es elaboración propia a partir de un modelo propuesto por José A. Nieto Sánchez, en su obra *Artesanos y mercaderes*, con ligeras modificaciones.

<sup>21</sup> MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús Antonio: *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*, CSIC, Madrid, 1991; SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel y MARTÍNEZ RÚS, Ana: *La lectura en la España contemporánea*, Arco/Libros, Madrid, 2010; BOTREL, Jean-François: *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Pirámide, Madrid, 1993.

actividades poco mecanizadas, difuminada en talleres artesanales de pequeñas dimensiones e incapaces de insuflar aires de cambio revolucionario en la dinámica económica de la ciudad. La ausencia o debilidad de una industrialización fabril, de corte clásico, se constataba en el propio Ensanche Sur, el barrio ferroviario por excelencia, con el estancamiento de los trabajadores metalúrgicos.

El mundo del calzado y de la confección agrupaba a buena parte de los oficios artesanales con una mayor tradición gremial. A pesar de la reducción general del trabajo cualificado, este grupo supo mantener su primacía numérica respecto al resto de sectores productivos. El número de sastres se dobló, los sombrereros y guarnicioneros se triplicaron, los curtidores crecieron por cinco y los zapateros formaron una notable masa de trabajadores, que ponía en cuestión el apelativo “ferroviario” del barrio. Su crecimiento numérico apuntaba a una excelente salud del sector, pero la organización interna del trabajo estaba gestando cambios que transformarían por completo la naturaleza de estos oficios.

<b>Principales profesiones del sector del cuero y del textil en el Ensanche Sur</b>		
<i>Profesiones</i>	<i>1860</i>	<i>1878</i>
Zapatero	83	300
Curtidor	7	38
Guarnicionero	11	31
Sastre	10	21
Sombrerero	4	12

[**Figura 3.13.** Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860 y 1878. Los datos ofrecidos son números absolutos.]

La intromisión de fabricantes, con sus políticas de acumulación de capital y conquista de mercados, erosionaba el tradicional igualitarismo de los pequeños maestros artesanos. Mientras unos pocos maestros se enriquecían, otros muchos habían perdido toda opción de trabajar por su cuenta. La autonomía del taller artesano se había resquebrajado en las últimas décadas y la subcontratación era el nuevo sistema de organización del trabajo en expansión. Muchos de los maestros sólo poseían el título porque habían aprobado el examen de acceso al oficio pero, en realidad, eran maestros sin taller, oficiales bajo la disciplina de un comerciante o de un colega más acaudalado.<sup>22</sup> La sastrería y la confección fueron los sectores que entraron en dependencia más tempranamente, con las actividades de los mercaderes de ropería de nuevo y la invasión de mano de obra femenina. Entre los zapateros esa transición fue más lenta. La mayoría contaba con talleres muy pequeños, instalados en los bajos de los edificios, en cuartos diminutos, junto a sus propias viviendas.

<sup>22</sup> NIETO SÁNCHEZ, José Antonio: *Artisanos y mercaderes: una historia social y económica de Madrid (1450-1850)*, Fundamentos, Madrid, 2006.

*“Avanzaron por el corredor, y a cada paso un estorbo. (...) Pasaban por un domicilio que era taller de zapatería, y los golpazos que los zapateros daban a la suela, unidos a sus cantorrios, hacían una algazara de mil demonios. Más allá sonaba el convulsivo tiquitike de una máquina de coser.”*

Benito Pérez Galdós, *Fortunata y Jacinta, dos historias de casadas*, 1886-87.

Viviendas y lugares de trabajo de los zapateros				
<i>Pisos de las viviendas</i>	1860	1878	<i>Lugares de trabajo señalados</i>	1878
Bajos y patios	52,94	43,24	Casa propia o dirección particular	77,78
Principal	35,29	29,05	Fábricas, talleres y empresas privadas	11,11
Otros	11,76	27,70	Variable o eventual	11,11

[Figura 3.14. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860 y 1878. Los datos son porcentuales.]

Disponer de un pequeño obrador propio no era excesivamente caro para los zapateros. Bastaba con haberse formado en el oficio y disponer de un pequeño cuarto para el trabajo. Las herramientas eran pocas, no ocupaban gran espacio y eran baratas y fáciles de conseguir. Por ello, a la altura de 1878 la mayoría seguía considerando su casa como su lugar de trabajo principal. La llama del zapatero independiente parecía seguir viva e inmutable a los cambios,<sup>23</sup> pero sus cuadros internos ya revelaban una profunda desintegración. Los escalones gremiales de maestro, oficial y aprendiz desaparecieron abruptamente en el lapso de veinte años.<sup>24</sup> El *cursus honorum* artesanal perdió toda validez por la degradación de sus escalones superiores y la suplantación del aprendizaje por la explotación en los inferiores. Muchos de los maestros zapateros seguían trabajando en su propio taller, pero habían perdido parte de su preciada independencia laboral ante la fuerza de los industriales emergentes del calzado: recibían las materias primas y entregaban el producto en la forma y tiempo que les ordenaran. El oficio perdía sus rasgos de autonomía y creatividad y a los más jóvenes había poco que enseñarles, salvo que ayudaran en las tareas a destajo para cumplir con los plazos del contratista.

El mundo de la construcción seguía un esquema similar, pero si cabe con un mayor dinamismo. Su crecimiento era el más fuerte de todos los sectores productivos del trabajo cualificado, gracias al boom que experimentaba el negocio inmobiliario desde los tiempos de las desamortizaciones, incrementado por las grandes obras públicas del centro y del Ensanche. El aumento de la

<sup>23</sup> HOBBSBAWN, Eric J.: *Gente poco corriente*, Crítica, Barcelona, 1999, pp. 29-56.

<sup>24</sup> En 1860 aparecían un maestro, 25 oficiales y 3 aprendices, mientras que en 1878 sólo se contaban dos oficiales y 12 aprendices, por ningún maestro reconocido.

población implicaba la construcción de nuevas casas y, por tanto, más necesidad de albañiles, carpinteros, canteros, pintores o ebanistas, cuyas figuras se expandieron como un rayo por el Ensanche Sur. Era una época de oportunidades y las afueras, la tierra donde forjar grandes fortunas. Fue un tiempo con figuras excepcionales, salidas de la nada, como Mariano Monasterio, protagonista de una fulgurante carrera de enriquecimiento y ascenso social, al calor de los negocios inmobiliarios,<sup>25</sup> o como Camilo Laorga, el ilustre fabricante de mesas de billar.

<b>Principales profesiones del sector de la construcción y del mobiliario</b>		
<b>Profesiones</b>	<b>1860</b>	<b>1878</b>
Carpintero	24	153
Albañil	20	71
Pintor	3	50
Sillero	6	25
Ebanista	2	21

[Figura 3.15. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860 y 1878. Los datos son números absolutos.]

Desde que se estableció en la Plaza de las Peñuelas, Camilo Laorga no había cejado un instante de dar a conocer su negocio por todos los medios posibles. Tenía el firme propósito de triunfar y para ello no repararía en gastos. Iba a por todas y a lo grande, con ambición. En 1867, *El Siglo Ilustrado* enviaba “sus felicitaciones al señor Laorga por su talento y habilidad en el trabajo gigantesco de dos mesas de billar” que “estaba construyendo para la Exposición Universal de París.”<sup>26</sup> Su ambición le había llevado a las cotas más elevadas, al producto artesanal de gran lujo y refinamiento, sin renunciar del todo a un mercado más modesto en sus pretensiones, a través de los artículos “a precios rebajados” y la diversidad de trabajos que ofrecía su establecimiento de carpintería y ebanistería.

Para lograr un triunfo pleno, Camilo consideraba que debía estar a bien con las personas influyentes y de poder, fueran del signo que fueran. Así, alternó sus visitas a la Corte isabelina con la organización de fiestas para la alta sociedad madrileña, como el baile de máscaras que organizó el 22 de enero de 1868, para “gente de orden y buen tono,”<sup>27</sup> con un inmediato acercamiento a los liberales,

<sup>25</sup> CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Editorial Complutense, Madrid, 2008; PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2009; y DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1986.

<sup>26</sup> Fuente: *El Siglo Ilustrado*, 2 de diciembre de 1867.

<sup>27</sup> Fuente: *La España*, 22 de enero de 1868.

una vez que la Revolución Septembrina del 68 triunfó. Todo valía para mantenerse a flote y prosperar en la convulsa capital del país. En el verano del 69 logró que el periódico liberal *La Iberia* se hiciera eco de la buena marcha de su establecimiento, con “unos talleres tan perfectamente montados, con tanta amplitud y tan bien ordenados como la referida fábrica de mesas de billar, que, de seguro, compite con las mejores fábricas extranjeras, en perfección y economía. Lo que más ha llamado nuestra atención es el vasto almacén de mesas construidas, en que, a una gran variedad y buen gusto en los dibujos de las 46 mesas almacenadas, se une la notable diversidad de precios, pues las hay, con todos sus accesorios, desde 3.500 reales hasta 30.000”. Además, daba a conocer la concesión de un premio por el jurado de “la Exposición aragonesa y también de la Sociedad de Amigos del País” por dos mesas de billar, una de las cuales “verdadera preciosidad de arte, y de valor de unos 30.000 reales, es la que con tanto desprendimiento ofreció el señor Laorga a Su Alteza, el Regente del Reino, cuando fue a visitar aquella Exposición.”<sup>28</sup>

Su pasión por el billar y sus sueños de triunfo no paraban en esta febril actividad empresarial. Camilo tocaba palos muy diversos y a finales del reinado de Isabel II ya había publicado un libro en el que detallaba todas las reglas del juego del billar.<sup>29</sup> En 1879 fue más allá al lanzar una novedosa campaña promocional, consistente en organizar una primigenia competición deportiva, con un “certamen para todos los jugadores de billar españoles que quieran tomar parte en él”, y con jugosos premios, concedidos por él mismo, “de 4.000, 3.000, 2.000 y 1.000 reales para los que hagan 600, 550, 500 y 400 carambolas seguidas, respectivamente, en cualquiera de las mesas construidas en su fábrica y establecidas en Madrid.”<sup>30</sup> Todo un acicate para lograr expandir la afición por el billar, y con ello sus ventas, por toda España.

Camilo Laorga era la viva representación de un hombre adelantado a su tiempo, con un espíritu empresarial muy poco común y con una aguda visión de futuro a la hora de hacer negocios y forjar una empresa de éxito. Desde los años isabelinos hasta la Restauración alfonsina, pasando por el experimento amadeísta y la aventura republicana, el señor Laorga llevó a cabo una compleja estrategia empresarial, con acciones que incluían una producción diversificada (productos de lujo con otros más comunes), una publicidad constante, una red de contactos políticos y sociales heterogéneos, la organización de actos sociales y deportivos, la publicación de obras de divulgación, etc. Todo por ser un hombre de éxito. En 1879, este antiguo carpintero de obrador ya era un fabricante que daba trabajo a 55 operarios,<sup>31</sup> lo que vendría a ser una empresa de tamaño medio para el Madrid de la época.

---

<sup>28</sup> Fuente: *La Iberia*, 15 de agosto de 1869.

<sup>29</sup> Fuente: *El Siglo Ilustrado*, 15 de enero de 1868.

<sup>30</sup> Fuente: *La Correspondencia de España*, 8 de septiembre de 1879.

<sup>31</sup> Fuente: *El Imparcial*, 3 de noviembre de 1879.

Sin embargo, el padrón municipal no alcanzaba a reflejar todo el brillo social del ilustre señor Laorga.<sup>32</sup> En 1878, el propio don Camilo seguía definiéndose por el oficio con el que se inició, carpintero, aunque en las observaciones constataba su condición de “*propietario de toda la casa* (nº 26 de la calle Peñuelas), *con una contribución anual de 1.000 pesetas*”. Estaba casado con Joaquina Hernáiz, de 50 años, y tenía seis hijos, Enrique, el mayor, de 23 años y estudiante, Ricardo, de 21 y ebanista, Camilo, de 14 años, Federico, de 12 años, y las niñas Joaquina, de 17, y Consuelo, de 13 años. No contaban con criada alguna. Dos años después, en 1880, la situación había experimentado pocos cambios y todos a mejor: Camilo se definía como carpintero y ebanista, no como fabricante ni industrial, y pagaba una contribución anual de 1.885’64 ptas. al año. Su hijo Enrique seguía como estudiante, mientras que los más pequeños seguían claramente los pasos de su padre como ebanista (Ricardo) y carpinteros (Camilo y Federico). Además, en ese año tenían a una criada interna, Josefa Sáez, una mujer de Cuenca, soltera de 44 años, a la que pagaba 15 pesetas al mes, más la manutención y el alojamiento.

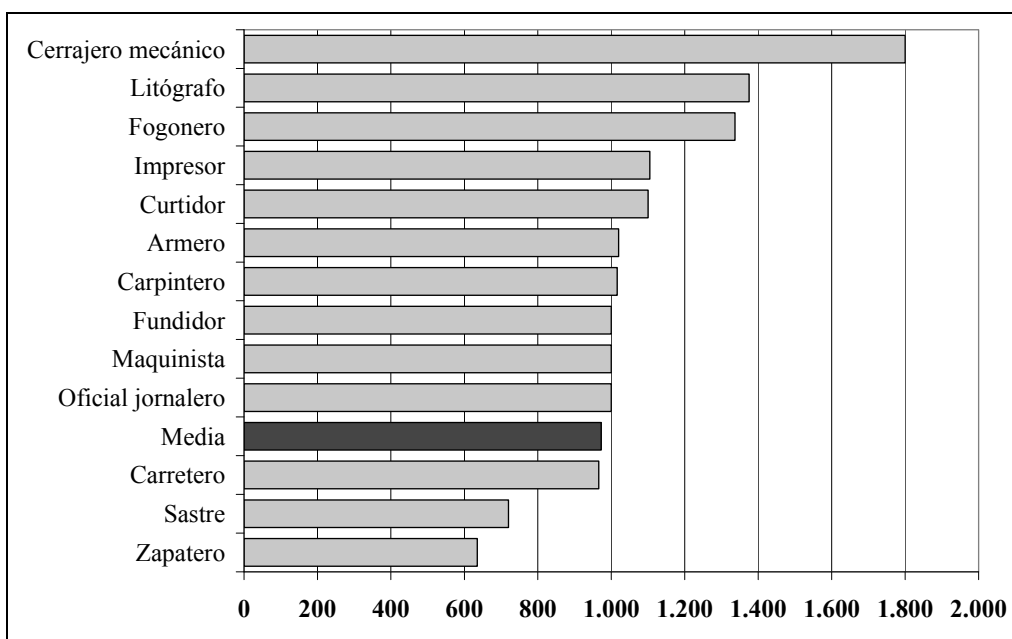
Bajo una misma denominación, el padrón municipal podía recoger situaciones personales totalmente dispares. Francisco Simarro García-Mata era un carpintero, como el señor Laorga, de 50 años, nacido en el pueblo de Fuenllana, Ciudad Real. Ambos compartían oficio, pero la situación profesional y social de cada uno se parecía muy poco. El señor Simarro era uno de los carpinteros del Ensanche Sur con taller propio, por el que pagaba 371 pesetas de contribución anual. Vivía en un segundo piso de la calle del Pacífico (actual Avda. Ciudad de Barcelona), junto a su mujer y una sobrina, por el que pagaba un alquiler mensual de 27’7 ptas, una cantidad elevada en comparación a la media del barrio, 12’98 ptas.

En su modesto obraje realizaría los encargos que recibiera, pero debían ser escasos o insuficientes para mantener la casa y el taller abierto al mismo tiempo. Llegó un momento en el que Francisco se vio obligado a buscar soluciones y las halló en su vecino, el ferrocarril. Después de hacer la solicitud y pasar los exámenes básicos de conocimiento y cultura, Francisco se convirtió en uno de los carpinteros que la compañía M.Z.A. tenía contratados para sus almacenes de montaje y reparación.<sup>33</sup> Un empleo que le reportaba a Francisco 1.250 ptas. al año, una cantidad respetable para un trabajador cualificado de la época, superior a la media del Ensanche Sur. De esa forma, Francisco tenía dos fuentes de ingresos: una, más segura, era su empleo como ferroviario de la compañía MZA, y otra, más voluble, eran los trabajos de su taller de carpintería. La suma de las dos fuentes de ingresos le permitía disfrutar, entre otras cosas, de una casa mejor que la mayoría de sus vecinos.

<sup>32</sup> Fuente: AVM, Estadística, padrones municipales de 1878 y 1880.

<sup>33</sup> Fuente: AVM, Estadística, padrón municipal de 1878.

### Salarios anuales medios de trabajadores cualificados (1878)



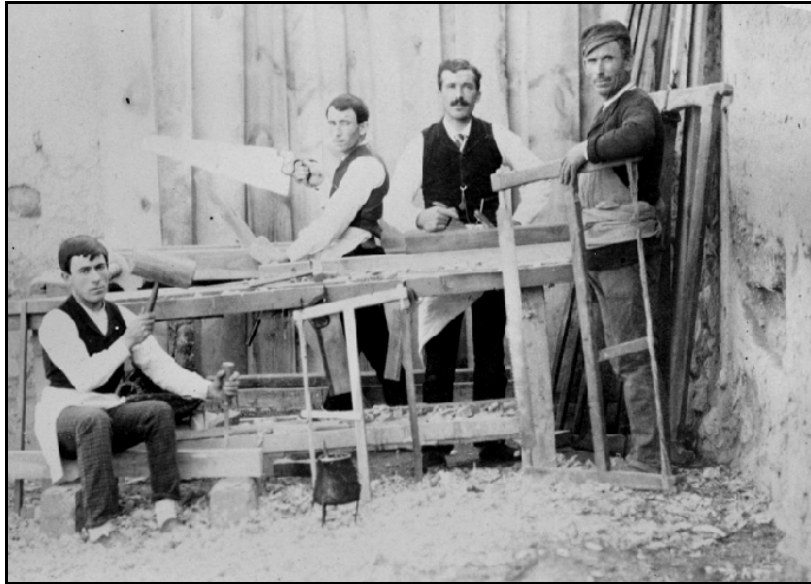
[Figura 3.16. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1878. Muestra de población: cabezas de familia. Las cifras están expresadas en pesetas.]

La figura de Francisco Simarro constituye uno de los ejemplos más elocuentes y definitorios de la transformación que estaba experimentando el mercado laboral madrileño al inicio de la Restauración. Francisco mantenía abierto su taller artesanal de carpintería, pero al mismo tiempo estaba contratado por una gran empresa y con un sueldo fijo. Era un trabajador mixto, asalariado y patrono al mismo tiempo, trabajador de plantilla a jornal y artesano con taller propio, como podía serlo, igualmente, un zapatero que trabajara en su taller con el género facilitado por un fabricante y, en sus ratos libres, continuara realizando sus propios zapatos y botines. Había perdido la independencia absoluta de los antiguos artesanos gremiales, pero eso, en 1878, era una situación inviable, casi ilusoria.

El desarrollo de la economía capitalista a escala europea, los adelantos tecnológicos, los cambios legislativos de los nuevos regímenes políticos y los avances en la urbanización de la sociedad, habían cambiado por completo el escenario y tenían su repercusión en la capital española. No era sólo la intromisión de un comerciante enriquecido en un universo de pequeños talleres familiares, sino la aparición de grandes empresas, como por ejemplo las ferroviarias, con capitales infinitamente superiores para copar los mercados y arrollar a todo pequeño trabajador autónomo. Francisco Simarro supo capear el temporal y adaptarse a un escenario con nuevas reglas. No renunciaba a su condición de artesano con taller abierto, en el que realizaría, de cuando en cuando, alguno de sus trabajos más personales, pero también estaba al servicio de una de las mayores empresas de Madrid. De esa forma, Francisco Simarro disfrutaba de una posición media-alta, que conectaba a los trabajadores más



privilegiados y enriquecidos, convertidos en fabricantes y empresarios, como Camilo Laorga, con los trabajadores cualificados que no habían sabido, o no habían podido, afrontar la transformación del mercado laboral con el mismo acierto y sufrían grandes dificultades por la degradación de sus condiciones de trabajo.



[Ilustración 3.6. Taller de carpintería familiar, c. 1870.]

Como ocurriera en la rama del cuero y del textil, los escalones internos entre los trabajadores cualificados de la construcción y del mobiliario se estaban degradando hasta desaparecer por completo. En el plazo de menos de 20 años, los grados de maestro, oficial, ayudante y aprendiz, entre los principales oficios de esta rama de actividad, como eran los carpinteros y los albañiles (ver figura 3.17), habían sido eliminados de las aclaraciones que realizaban los propios trabajadores en el padrón municipal. En 1878 se habían convertido en una fuerza laboral sin grados ni jerarquías internas formales, sin distinciones que señalaran su grado de maestría, de conocimientos y experiencia adquiridos. Todos iguales, pero por degradación, mientras comenzaban a surgir aquellos que se declaraban a un tiempo trabajadores cualificados y jornaleros. Eran personas que empezaban a interiorizar la forma de cobro, el jornal del día trabajado, como elemento definitorio de su situación social y profesional, equiparable al oficio que conocían y desempeñaban. El paro crónico y estacional del mundo de la construcción, junto a la marea de jornaleros en las afueras, causaban estragos en las estructuras internas de graduación de los trabajadores cualificados y comenzaba a generarlos también en sus estructuras mentales, en la imagen que tenían de sí mismos. Ya no había maestros ni oficiales, sólo trabajadores que, en algunos casos, añadían el alarmante adjetivo de jornalero.

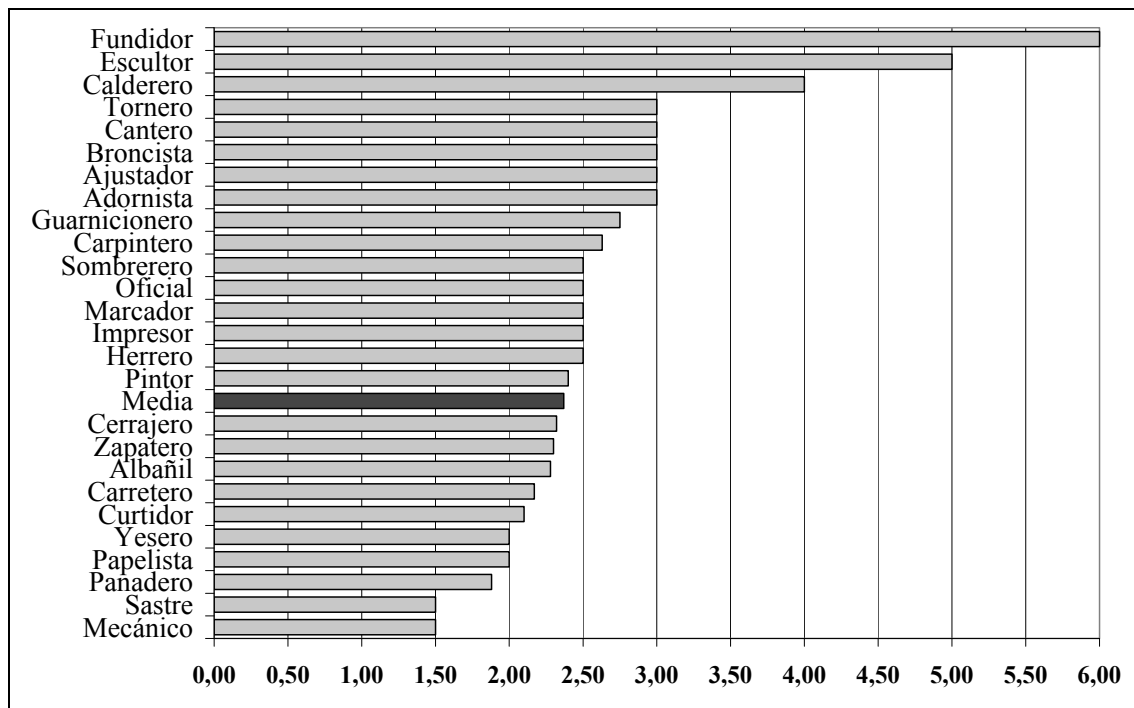
Nivel de cualificación de los carpinteros y albañiles del Ensanche Sur				
Cualificación	Carpintero		Albañil	
	1860	1878	1860	1878
Maestro	8,0	0,0	0,0	0,0
Oficial	24,0	0,7	25,0	0,0
Ayudante	16,0	0,0	10,0	0,0
Aprendiz	12,0	2,0	0,0	0,0
Jornalero	0,0	3,9	5,0	5,7
No indica	40,0	93,5	60,0	94,3

[Figura 3.17. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860 y 1878. Los datos ofrecidos son porcentuales.]

Este proceso de corrosión interna tenía repercusiones inevitables en la retribución salarial de unos oficios que, además, no eran los mejor pagados del espectro profesional del Ensanche Sur. Los pintores y albañiles se situaban alrededor del salario medio general que recibía un trabajador cualificado en 1878 por día trabajado (2,37 pesetas, figura 3.18), mientras que la paga de los yeseros se recortaba a las 2 pesetas. Estos oficios compartían posiciones en el escalafón con los sastres, curtidores y zapateros, es decir, los principales representantes de la otra gran rama de actividad de los trabajadores cualificados en el Ensanche Sur. Eran los oficios desempeñados por un mayor número de personas y ninguno de ellos tocaba las dos pesetas y media al día. Eran ramas de actividad económica afectadas por un fuerte proceso de reconversión, la cual había degradado sus cuerpos profesionales y no había introducido, a la par, una mecanización avanzada en los procesos productivos, salvo en contadas excepciones.<sup>34</sup> Sólo un puñado de oficios, con una preparación técnica superior o centrados en los procesos finales de acabado, iban más allá de las dos pesetas y media, como eran los sombrereros y los guarnicioneros en el ámbito del cuero y del textil, y los carpinteros, adornistas, canteros y escultores, en el mundo de la construcción.

<sup>34</sup> Un seguimiento a la trayectoria del fabricante de calzados José Soldevilla en CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Editorial Complutense, Madrid, 2008. Para una visión general de este proceso en el sector del calzado, véase NADAL, Jordi: “La transición del zapato manual al zapato “mecánico” en España”, en NADAL, Jordi (ed.): *La cara oculta de la industrialización española: la modernización de los sectores no líderes (siglos XIX y XX)*, Alianza Editorial, Madrid, 1994, pp. 321-339.

### Salarios medios diarios de trabajadores cualificados (1878)



[Figura 3.18. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1878.]

Los oficios mejor pagados solían corresponder a los relacionados con el campo de la metalurgia: fundidores, caldereros, torneros, broncistas, marcadores o herreros. Eran los trabajadores más especializados, con una preparación técnica superior al resto y, fundamentalmente, centrada en las actividades económicas que estaban protagonizando la segunda revolución industrial en los países más avanzados y en otras ciudades del ámbito nacional, como Bilbao.<sup>35</sup> Sus conocimientos y el hecho de pertenecer a sectores punteros de la economía industrial les convertía en trabajadores muy codiciados, lo que repercutía en unos sueldos elevados que, por regla general, no bajaban de las 2 pesetas diarias como paga mínima, a diferencia de los oficios de la construcción y, especialmente, de los trabajadores del cuero y el textil.

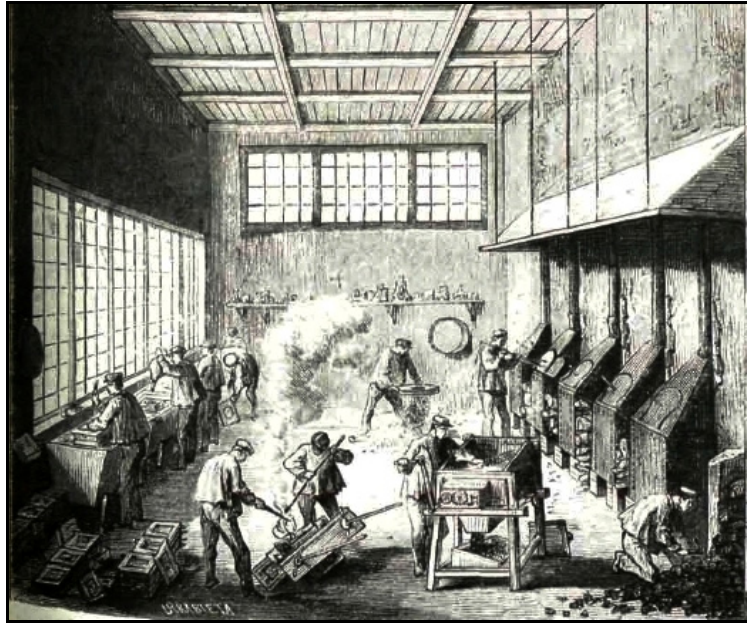
<sup>35</sup> CASTELLS ARTECHE, Luis: *Los trabajadores en el País Vasco (1876-1923)*, Siglo XXI, Madrid, 1993; MORA-SITJÁ, Natalia: “Exploring changes in earnings inequality during industrialisation: Barcelona, 1856-1905”, *Discussion papers in economic and social history*, University of Oxford, 2006.

<b>Porcentajes de trabajadores cualificados con más de 2 ptas de jornal diario (1878)</b>	
Fundidor	100,0
Tornero	75,0
Herrero	54,5
Carpintero	50,0
Albañil	43,8
Pintor	38,5
Cerrajero	36,9
Zapatero	22,6
Curtidor	14,3
Sastre	0,0

[Figura 3.19. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1878. Los datos ofrecidos son porcentuales.]

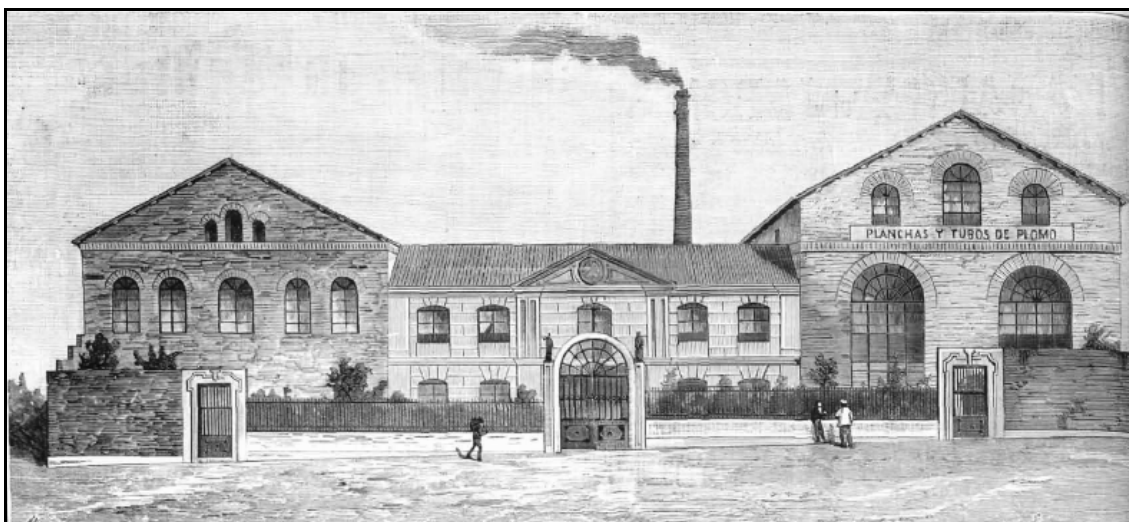
Además de sus conocimientos y del tipo de actividad económica que desarrollaban, estos trabajadores encabezaban el ranking salarial por su escasez de efectivos en el mercado laboral madrileño. Un fundidor o un tornero manejaban una maquinaria cara y peligrosa y eran muy pocos los que sabían hacerlo en Madrid. Aquí el vapor no había desembarcado con la fuerza que lo hizo en otras urbes y eso se traslucía en un sector del metal débil, de facturación modesta y aires primigenios.<sup>36</sup> A los talleres de fundición de Bonaplata, Sanford o Meneses, de época anterior al Ensanche, no les habían sucedido grandes plantas fabriles destinadas a la gran producción, sino otros nombres que seguían la línea cuasi familiar del gran taller, como Guillermo Duthu o Francisco López, con su nueva fábrica situada al inicio del Paseo de Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza, junto a otros más pequeños, como el taller de José Ortega Sotorra, situado en el Paseo de las Acacias, nº 2.

<sup>36</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel y FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “La transformación de la economía” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, pp. 515-547.



[**Ilustración 3.7.** Operarios en un taller de fundición, 1872. La Ilustración Española y Americana.]

José era un cerrajero tarraconense de Reus que llegó a Madrid en 1876, con 30 años recién cumplidos. Con él habían llegado su esposa, Teresa Fábregas, de 24 años, y sus dos hijos pequeños, de tres y dos años, nacidos en el propio Reus y llamados como sus padres. En Madrid se reunió con su hermano Julián, que había llegado antes que él, y juntos decidieron montar un negocio familiar, un pequeño taller de cerrajería y fundición. José alquiló un bajo y un principal en el Paseo de las Acacias, por los que pagaba 21 pesetas al mes. Vivirían arriba y tendrían su negocio en el bajo. Una familia muy unida, tanto a la hora de vivir lejos de su casa como para trabajar. El tercer hijo de José, nacido en 1877, se llamó como su hermano Julián. Su empresa era muy modesta, pagaban sólo 22 pesetas de contribución, pero debía funcionar, pues tenían contratados a dos trabajadores para cumplir con los pedidos de los clientes: un jornalero y un herrero, Gregorio León Cuesta, madrileño de Camporreal que vivía con su esposa y una sobrina en la casa adyacente a la de sus patronos, los cuales le pagaban 2,4 pesetas al día.



[Ilustración 3.8. Fábrica de fundición de hierro y tuberías de plomo de Francisco López, en el Paseo de Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza, nº 5, 1882. Fuente: La Ilustración Española y Americana.]

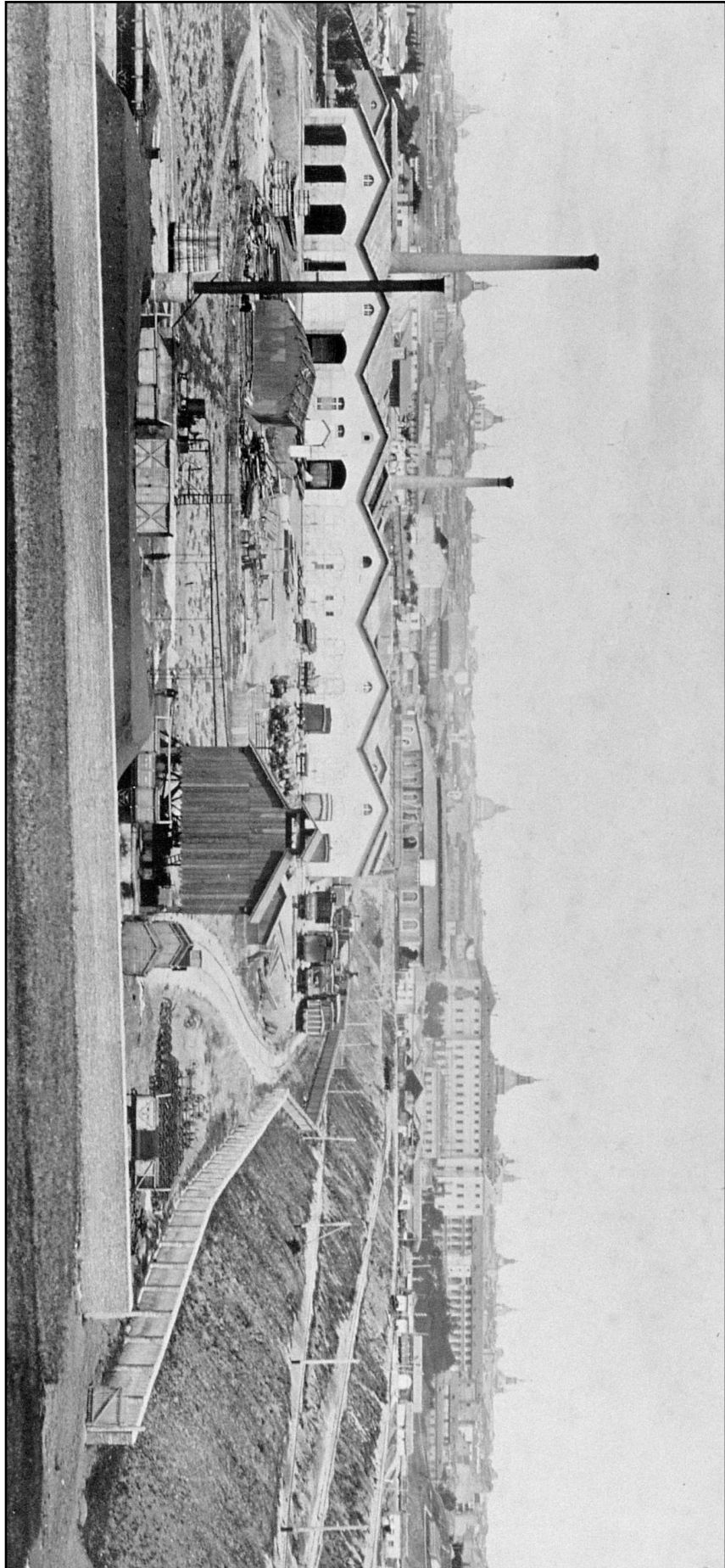
En estos pequeños negocios familiares, como el de los hermanos Ortiga, o en centros de mayores dimensiones, como la fundición de Francisco López, o incluso la fábrica de Camilo Laorga, donde trabajaba, por ejemplo, Ramón Tanda como tornero por 3,5 pesetas diarias, encontraban trabajo buena parte de los herreros, fundidores y cerrajeros del Ensanche Sur. Sin embargo, estos centros no eran suficientes para generar una renovación de la mano de obra cualificada, dominada por oficios tradicionales como la zapatería y la carpintería. Los pequeños o medianos centros de trabajo eran incapaces de llevar a cabo una transformación de grueso calibre, una tarea reservada a los grandes centros fabriles, tan escasos en Madrid. Si se dejan a un lado las Reales Fábricas,<sup>37</sup> que formaban un sector protegido y, hasta cierto punto, aislado de los avatares del mercado laboral madrileño, los únicos ejemplos de gran centro industrial a comienzos de la Restauración se hallaban en el Ensanche Sur y eran dos: la fábrica de gas y el ferrocarril. En el segundo caso, las grandes fraguas y fundiciones de la M.Z.A., junto a sus talleres de montaje, ponían sobre la mesa la oferta de empleo más amplia de la ciudad en el campo de la metalurgia, así como la más diversificada para el conjunto de trabajadores cualificados. Esta oferta no tenía el empuje y la fuerza propia de las grandes urbes industriales, pero suponían una avanzadilla de futuro.

<sup>37</sup> CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Editorial Complutense, Madrid, 2008.

<b>Ámbitos de trabajo de los trabajadores cualificados (1878)</b>				
<i>Lugares de trabajo</i>	<i>Media</i>	<i>Madrileños</i>	<i>Inmigrantes</i>	<i>Inmigrantes recientes</i>
Fábricas, talleres y empresas privadas	26,53	- 5,10	+ 2,83	- 4,79
Dirección particular	20,92	+ 7,65	- 4,25	- 3,53
Ferrocarriles	16,84	- 5,41	+ 3,00	+ 13,60
Variable o eventual	10,71	+ 5,00	- 2,78	+ 6,68
Casa propia	10,20	- 1,63	+ 0,91	- 5,86
Empresas públicas	4,59	- 1,73	+ 0,96	- 0,24
Administración Pública	3,06	+ 2,65	- 1,47	- 3,06
Construcción	3,06	- 0,20	+ 0,11	- 3,06
Comercio	2,04	- 2,04	+ 1,13	- 2,04
Ejército	1,02	+ 1,84	- 1,02	- 1,02
Desconocido	1,02	- 1,02	+ 0,57	+ 3,33

[Figura 3.20. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1878. La metodología de análisis es la misma que para los trabajadores no cualificados, figura 3.8.]

Los cambios que aportaban y sus aires de renovación se reflejaban perfectamente entre los inmigrantes llegados recientemente a la ciudad, que acudían primordialmente al ferrocarril, al igual que los trabajadores no cualificados. Para ellos, era más viable acceder a estas grandes empresas, que conseguir un puesto en un taller familiar, como el de los hermanos Ortiga, para lo que era necesario ser conocido o tener conocidos que actuaran de intermediarios. En lugares como éstos sólo se ofertaba una plaza, dos como mucho, y previamente había que saber dónde se ubicaba el pequeño obraje, perdido en una dirección particular. Era más sencillo y eficaz dirigirse a las estaciones, o al gasómetro y las fábricas que le rodeaban, donde sólo con ver los panzudos tanques para el gas, el estrépito de los talleres de montaje y la frenética actividad de los almacenes, uno abrigaba la esperanza de ser contratado sin grandes dificultades, y más si se presentaba como trabajador especializado. El que no lo hiciera así, el que fuera de aquí para allá sin contar con unos conocimientos técnicos distintivos, quedaba expuesto a la intemperie jornalera, a la degradación de sus condiciones laborales, salariales y sociales.



[Ilustración 3.9. Vista de Madrid desde los talleres y almacenes de la Compañía de ferrocarril M.Z.A., c. 1863. Fuente: Fotografía de J. Laurent, Biblioteca Nacional.]



### 3.3 Dos mundos se rozan en la distancia. Condiciones de vida de los trabajadores cualificados y no cualificados

La nota característica del mercado laboral madrileño en la segunda mitad del siglo XIX fue la pérdida, por parte de los trabajadores cualificados, de su mayor seguridad ante la adversidad por el hecho de poseer unos conocimientos técnicos en un oficio determinado. Su propia corrosión interna y la abundancia de jornaleros habían menguado su peso en la estructura profesional de la ciudad y destruido la malla de seguridad que les protegía. Ser artesano, conocer un oficio, ya no era una garantía absoluta de bienestar y refugio contra la pobreza. Todavía mantenían ciertas distancias con los jornaleros, pero los trabajadores cualificados habían entrado en una etapa marcada por la incertidumbre: se daban las condiciones para hacer grandes negocios, lo que fue aprovechado por unos pocos, pero también se había creado una situación con grandes riesgos para la mayoría, con una extensión generalizada de la asalarización.

La paga diaria era la forma más habitual de cobro entre los trabajadores manuales, tanto los cualificados como los no cualificados. Las diferencias entre sus salarios medios eran muy evidentes cuando manifestaban un lugar de trabajo determinado. En estos casos, la pericia del artesano era reconocida y sus honorarios se disparaban hasta rozar las dos pesetas y media por día. El problema residía en que casi el 70% no declaraba ningún centro o ámbito de trabajo concreto, y en estos casos su jornal se reducía considerablemente y se aproximaba al que recibía el trabajador no cualificado. La inseguridad repercutía negativamente en su poder adquisitivo y tendía a equipararlo con el de trabajadores menos preparados del mercado laboral. Esta situación quedaba ratificada cuando se tomaba la franja de las dos pesetas diarias como vara de medir.

<b>Diferencias en los salarios diarios entre trabajadores cualificados y no cualificados (1878)</b>			
	<i>Cualificados</i>	<i>No cualificados</i>	<i>Diferencia</i>
Salario medio	2,37	2,02	+ 17,33%
Salario medio (indican lugar de trabajo)	2,48	2,08	+ 19,23%
Salario medio (no indican lugar de trabajo)	2,20	1,95	+ 12,82%
% indican lugar de trabajo	30,6	16,7	

[Figura 3.21. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1878. Muestra de población: cabezas de familia varones. Los salarios se expresan en pesetas.]

A comienzos de la Restauración, el trabajador más abundante en Madrid era el jornalero y su salario habitual rondaba las dos pesetas por día trabajado. Franquear ese nivel implicaba disfrutar de posiciones más desahogadas y de progresivo bienestar. Eran pocos los jornaleros que lo conseguían. Para ellos era casi una proeza, mientras que para los trabajadores cualificados era una situación corriente, siempre que estuvieran empleados en un lugar determinado: en el ferrocarril, casi dos tercios ganaban por encima de las dos pesetas y en las fábricas y talleres las diferencias con los peones y jornaleros eran abismales. Esa desigualdad se recortaba cuando los trabajadores no indicaban lugar alguno de trabajo; en este caso, sólo una cuarta parte de los cualificados eran capaces de superar la barrera de las dos pesetas diarias.

<b>Porcentaje de trabajadores con más de 2 ptas de sueldo diario (1878)</b>			
<i><b>Principales lugares de trabajo</b></i>	<i><b>Cualificados</b></i>	<i><b>No cualificados</b></i>	<i><b>Diferencia</b></i>
Administración pública	75,0	14,3	60,7
Fábricas, talleres y empresas privadas	45,0	5,6	39,4
Ferrocarriles	64,3	32,7	31,6
Variable o eventual	33,3	4,0	29,3
No indica lugar	24,5	8,1	16,4

[Figura 3.22. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1878. Muestra de población: cabezas de familia varones. Los datos son porcentuales.]

La inseguridad en el puesto de trabajo era la nota característica de los nuevos tiempos. Muchos de los trabajadores se declaraban “ambulantes” o “eventuales” y esa circunstancia rompía por completo los eslabones de la cadena de aprendizaje para un trabajador cualificado. La inestabilidad hacía imposible un correcto adiestramiento de los nuevos, la adquisición de unos conocimientos en un taller determinado y el ascenso progresivo en la escala gremial por grado de conocimiento y experiencia. Además, la invasión jornalera aportaba una competencia formidable a la hora de hacerse con un trabajo. Era una mano de obra mucho más barata y a la que se le podía exprimir con mayor facilidad. Los jornaleros, peones y braceros se filtraban por las grietas de la pirámide gremial y ocupaban el lugar de antiguos oficiales y aprendices.

Era entre los más jóvenes donde tenía lugar la corrosión inicial del trabajo cualificado. El aprendizaje de un oficio se hacía a través de unas condiciones laborales muy duras, de explotación más que de instrucción para aquellos que no habían alcanzado los 20 años.<sup>38</sup> Los niños y adolescentes que se iniciaban en algún oficio no se diferenciaban de aquellos que desempeñaban simples trabajos de mozos o peones, por el trato vejatorio que recibían de sus patronos, por las miserables pagas que obtenían y por las terribles e interminables jornadas laborales de esfuerzo continuo. Muchos eran más criados que jóvenes al cargo de un trabajador experimentado, que les iniciara en los secretos del oficio y les aleccionara para ser mejores profesionales. Realizaban encargos completamente ajenos al oficio en cuestión o eran empleados en tareas penosas que nadie deseaba realizar.

*“Atravesaron un antro. Halláronse en extraño local, de techo tan bajo, que sin dificultad cualquier persona de mediana estatura lo tocaba con la mano. En la parte clara de tan extraño local había grandes fardos de cáñamo en rama, rollos de sogas blancas y flamantes, trabajo por hacer y trabajo rematado, residuos... En el eje de aquel túnel que empezaba en luz y se perdía en tinieblas, había una soga tirante, blanca, limpia. Era el trabajo del día y del momento. El cáñamo se retorció con áspero gemir, enroscándose lentamente sobre sí mismo. Allá, en el fondo, debía de estar la fuerza impulsora, alma del taller y, en efecto, del fondo invisible venía un rumor hondo y persistente.*

- *Es la rueda –dijo la Sanguijuelera.*
- *Y Mariano, ¿dónde está?*
- *En la rueda. Es un holgazán. Así criará callos en las manos y sabrá lo que es trabajar y lo que cuesta el pedazo de pan que se lleva a la boca... ¿Qué crees tú? Es buen oficio.*
- *¡Mariano, para un momento y ven acá!*
- *No puede pararse el trabajo. ¡Aire! ¡Aire a la rueda!”*

Benito Pérez Galdós, *La desheredada*, 1881.

La completa explotación de esta mano de obra infantil y juvenil se reflejaba en las pagas que recibían, inferiores incluso a las de chicos como Serafín Paul que, como se vio al comienzo del capítulo, se puso a trabajar como jornalero a los 13 años de edad. Esa situación se corregía con el paso de los años, a base mirar y aprender por imitación o repetición. El tiempo jugaba a favor de los trabajadores cualificados para distanciarse de los no cualificados. Así, mientras éstos alcanzaban su cénit en la treintena, cuando aún conservaban todo

<sup>38</sup> NIETO SÁNCHEZ, José A.: *Artisanos y mercaderes. Una historia social y económica de Madrid (1450-1850)*, Fundamentos, Madrid, 2006; BORRAS LLOP, José María (coord.): *Historia de la infancia en la España contemporánea, 1834-1936*, Madrid, Ministerio de Trabajo y asuntos Sociales, 1996.

su vigor para realizar todo tipo de tareas de fuerza bruta, los trabajadores cualificados lo hacían a partir de los 40 años, cuando acumulaban la suficiente experiencia para dominar todas las artes del oficio con la maestría de un experto.

Las distinciones entre ambos grupos se extendían a sus viviendas y hogares. El precio medio de los alquileres que pagaban y el número de habitantes por vivienda indicaban que las condiciones de vida de los trabajadores cualificados eran mejores. Sus salarios, más elevados, les permitían disfrutar de casas más grandes o mejor acondicionadas que las de los jornaleros. Además, vivían más holgadamente en cuartos menos hacinados. Veinte años después, el Ensanche había experimentado un rápido crecimiento demográfico y las condiciones de hacinamiento empeoraron. Los trabajadores cualificados preservaban un alquiler más elevado que el de los jornaleros, pero el grado de hacinamiento era considerablemente peor al de 1860 y se había acercado a la situación que ya padecían los peones y jornaleros.

<b>Media de salarios diarios por edades (1878)</b>		
	<i><b>Trabajadores cualificados</b></i>	<i><b>Trabajadores no cualificados</b></i>
Más de 50 años	2,31	1,92
40 - 49 años	2,71	2,06
30 - 39 años	2,42	2,27
20 - 29 años	2,42	2,00
12 - 19 años	1,25	1,45

[Figura 3.23. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1878. Los salarios están expresados en pesetas.]

En ambos casos se había llegado a ello por una mayor acogida de familiares y de personas ajenas al círculo familiar, pero fue entre los jornaleros donde esta última opción tuvo más fuerza. Ese peso de las familias con realquilados en sus hogares mostraba a las claras su mayor debilidad económica, el ahogo que causaba la fragilidad de su situación laboral y la miseria de sus irregulares salarios. Más que ningún otro, el trabajador no cualificado se veía en la necesidad de realquilar un cuarto a personas que no eran de su familia para salir del paso y solventar sus apuros económicos. El trabajador cualificado optaba más por la vía familiar, pero también recurría a los realquilados, prueba evidente de la zozobra con que empezaba a revestirse su situación personal y la de sus familias.

Composición de los hogares de los trabajadores manuales				
	1860		1878	
	<i>Cualificados</i>	<i>No cualificados</i>	<i>Cualificados</i>	<i>No cualificados</i>
Familias nucleares	67,27	73,87	60,68	62,64
Familias complejas	8,91	7,13	17,03	13,83
Familias con realquilados	11,59	10,93	13,78	18,81
Hogares sin núcleo familiar	12,23	8,08	8,51	4,72
Habitantes por hogar	3,44	3,90	4,02	4,25
Alquiler medio	10,08	8,74	14,62	11,79

[Figura 3.24. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1860 y 1878. Los datos de las familias son porcentuales y los alquileres están expresados en pesetas.]

Las relaciones personales eran otro termómetro clarificador de la situación social de estos dos grupos de trabajadores manuales. Los lazos sentimentales, formalizados por el matrimonio, reflejaban las líneas de actuación de políticas matrimoniales que podían marcar distancias sociales entre unos trabajadores y otros o, por el contrario, apuntar a una mayor conexión y mezcla entre ambos grupos. Los resultados de esas políticas, de esa interacción personal, no tenían el mismo significado para unos que para otros: para un trabajador no cualificado, casarse con la hija de un artesano era una buena noticia en cuanto a un ascenso social implícito, mientras que para un oficial o un operario especializado, desposarse con la hija de un jornalero o un peón de caminos era tomado como una merma o una degradación social.

Entre 1860 y 1878 la evolución en este tipo de comportamiento social fue evidente y estuvo caracterizada por una degradación general en los matrimonios resultantes. En 1860 dos tercios de los trabajadores cualificados se casaban con la hija de otro trabajador de su misma condición y sólo un tercio lo hacía con hijas de trabajadores no cualificados. En 1878 la situación había dado un vuelco y sólo una quinta parte de estos trabajadores se casaba con mujeres de su misma categoría profesional, mientras que los matrimonios mixtos con hijas de jornaleros habían aumentado hasta el 50%. Para los trabajadores no cualificados, esta evolución implicó menores oportunidades de emparentarse con familias de artesanos: si en 1860 lo hacían uno de cada cinco trabajadores, en 1878 esa proporción había descendido sensiblemente. De una clara separación a la hora de casarse, propia de 1860, se había pasado a una mayor mezclanza, a unos contactos más estrechos, pero por degradación de los trabajadores cualificados, no por un ascenso de los jornaleros. El artesano, tan celoso en otro tiempo de su posición, se veía abocado a unirse con familias de categoría profesional inferior, mientras que para los jornaleros resultaba igual de inaccesible, o más si cabe, conseguir la mano de la hija de un artesano.

<b>Emparejamientos matrimoniales entre ambas categorías profesionales</b>						
<b>Profesión del cabeza</b>	<b>Hija de cualificado</b>			<b>Hija de no cualificado</b>		
	<b>1860</b>	<b>1878</b>	<b>Diferencia</b>	<b>1860</b>	<b>1878</b>	<b>Diferencia</b>
Cualificado	66,67	20,00	- 46,67	33,33	50,00	+ 16,67
No cualificado	20,00	15,91	- 4,09	80,00	78,18	- 1,82

[Figura 3.25. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1860 y 1878. Los datos son porcentuales.]

Si los resultados de la política matrimonial de los artesanos arrojaban una incipiente degradación, el futuro inmediato de sus hijos seguía derroteros similares. En 1860 las oportunidades para que el hijo mayor de un trabajador cualificado siguiera los pasos de su padre eran muy sólidas, casi absolutas. El primogénito era una especie de sucesor natural del padre, el siguiente eslabón en un negocio familiar, el primero que aprendía de tanto mirar desde pequeño y el primero al que ponían a trabajar en cuanto crecía un poco. Si uno era hijo de un carpintero, de un zapatero o de un herrero, dónde comenzar a ganar los primeros reales mejor que al lado de su padre, que podría ser tan exigente como cualquier jefe, pero que también reservaba afecto y sabias lecciones. Para los padres, además, era la vía más natural, por gratuita y directa, de contar con una ayuda sin necesidad de contratar a un oficial o a un ayudante.

Esta situación comenzó a erosionarse a comienzos de la Restauración, cuando los hijos mayores repetían con menos rotundidad la profesión de sus padres y empezaban a caer en trabajos no cualificados (figura 3.26). La situación no había llegado aún a ser alarmante, pero era una pista significativa de los nuevos tiempos en el mercado laboral madrileño. Algunos jóvenes ya no podían seguir la estela de su padre y se aventuraban a trabajos de explotación donde no aprendían oficio alguno y eran peor pagados. Para los hijos de los trabajadores no cualificados la situación también había empeorado. Si los anteriores experimentaban un deterioro de su status previo por descender a trabajos no cualificados, para los hijos de jornaleros el retroceso se debía a las menores oportunidades de acceso a un oficio especializado, a experimentar un ascenso profesional respecto a sus padres. En definitiva, a mejorar sus condiciones de vida en comparación a la que habían vivido de pequeños y a la que habían tenido sus progenitores. En 1878 eran menos los que podían presentarse como trabajadores cualificados, como también eran menos los que decían ser estudiantes en comparación a los hijos de los artesanos.

Profesiones de los hijos de los trabajadores manuales						
Profesión del hijo mayor	Profesión del padre					
	Trab. Cualificado			Trab. No cualificado		
	1860	1878	Diferencia	1860	1878	Diferencia
Cualificado	88,89	78,33	- 10,56	42,65	34,74	- 7,91
No cualificado	0,00	5,00	+ 5,00	47,06	47,08	+ 0,02
Estudiante	0,00	16,67	+ 16,67	0,00	10,71	+ 10,71

[Figura 3.26. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1860 y 1878. Los datos son porcentuales.]

El futuro laboral de los más jóvenes no se presentaba nada halagüeño. Las puertas de acceso a trabajos mejor remunerados comenzaban a cerrarse para los hijos de los jornaleros que, recordemos, eran la inmensa mayoría de la población activa, mientras que aquellos que podían heredar un ventajoso oficio comenzaban a no hacerlo y caían en la red jornalera. Eran las huellas de la incertidumbre, el signo de los nuevos tiempos. Ya no era suficiente con que el padre fuera artesano o trabajador cualificado, en 1878 se requería una mayor lucha para salir adelante, explorar nuevos caminos, adaptarse a los cambios y resistir ante las dificultades. Para el hijo de un jornalero la situación era más negra si cabe. Sus cartas eran peores y las escasas oportunidades de mejora que tenían empezaban a verse recortadas. Había que contar con mucho ingenio y trabajar muy duro para escapar a una vida entera como jornalero. Si alguien lo logró, ése fue sin duda Serafín Paul Cid, el hijo del señor Pío, el jornalero burgalés.

Serafín fue un hombre hecho a sí mismo, con un incansable afán de superación. Desde muy joven aprendió a vivir en la estrechez y en la miseria, en la inseguridad del trabajo y en la incertidumbre del futuro más próximo. En 1872, con doce años de edad, Serafín y su familia volvían a mudarse de casa porque su padre, el señor Pío, no podía pagar las ocho pesetas y media del alquiler. Se limitaron a cambiar el número 14 por el número 4 de las Peñuelas, un cuarto bajo y miserable por un patio vulgar, más pobre aún, por el que su padre pagaba siete pesetas mensuales de alquiler en 1873 y media peseta más cinco años después. Una peseta al mes de diferencia entre las dos casas, un mundo para los Cid. Ése era el duro aprendizaje para chicos como Serafín, las lecciones que regalaba la *escuela de la vida* en los patios y calles pobres de la capital. Una peseta podía desequilibrar la balanza de toda una familia y echarla a la calle con todos sus bártulos. O se tenían esos cuatro reales, o te echaban a la calle. Por eso, Serafín tuvo que ponerse a trabajar en 1872 como jornalero, para ayudar en casa, porque todas las manos eran pocas.

El hijo de jornalero tan habituado estaba a la mudanza de casa como a la del trabajo. Ninguno de los dos tenía asegurado y cada mañana había de levantarse para luchar por mantenerlos. No quedaba otra, dada la situación. Por otra parte, las afueras de Madrid eran zonas con oportunidades inverosímiles de trabajo. El ferrocarril, las fábricas o la construcción eran los destinos más evidentes, pero había otras vías por explotar. Era un entorno vivo, en plena

construcción y, por tanto, expuesto a lo imprevisto. En 1873, un año después de la mudanza, la familia Cid pasó de ser jornalero a ser trapero. Tanto el señor Pío como su mujer, Tomasa, se declaraban traperos, al igual que Serafín, el hijo mayor. El único que no indicaba nada era Gregorio, el hijo de once años. La familia al completo se lanzaba al mundo de los traperos, de la recogida de basuras y su posterior reciclaje para aprovechamiento personal o reventa en mercadillos y fábricas de los alrededores.

*“En la vida del trapero hay mucho de vagabundo... Se levantaba el señor Custodio todavía de noche, despertaba a Manuel, enganchaban entre los dos los borricos al carro y comenzaban a subir a Madrid, a la caza cotidiana de la bota vieja y del pedazo de trapo. A las horas que salían, Madrid estaba completamente a oscuras. El trapero tenía sus itinerarios fijos y sus puntos de parada determinados.*

*En el camino, el señor Custodio no veía nada sin examinar al pasar lo que fuera y recogerlo si valía la pena. Regresaban Manuel y el trapero por la mañana temprano; descargaban en el raso que había delante de la puerta, y marido y mujer y el chico hacían las separaciones y clasificaciones. El trapero y su mujer tenían habilidad y rapidez para esto, pasmosa.*

*Entre unas cosas y otras, el señor Custodio sacaba para vivir con cierta holgura y como el vender su género no le apremiaba, solía esperar las ocasiones más convenientes para hacerlo con alguna ventaja.”*

Pío Baroja, *La lucha por la vida I. La busca*, 1904.

Dos años después, la vida de traperos quedaba atrás para la familia Cid, según se desprende de sus declaraciones en el padrón municipal. El padre tornaba a su condición de jornalero y la esposa a la imprecisa definición de sus labores. Los términos empleados para las profesiones del matrimonio podían ocultar otra actividad profesional, quizá la de traperos o quizá otra, pero en el caso de Serafín no aparecía nuevamente como jornalero. Con quince años Serafín probaba suerte en otro campo, completamente diferente a lo anterior: era zapatero. Por su tierna edad, debía ser poco más que aprendiz o uno de esos chicos empleados en tareas a destajo, pero no indicaba nada al respecto. Fue un salto más en su etapa iniciática en el mundo del trabajo, con el atractivo añadido de tratarse en esta ocasión de un oficio, de un trabajo artesanal del cual podía obtener un aprendizaje de provecho para su futuro. Pero la zapatería no vivía sus mejores años y poco después, en 1878, Serafín había caído de nuevo a la condición de jornalero.

En el lapso de cinco años, el joven Serafín Paul había probado fortuna en tres ocupaciones diferentes, como mínimo. Todas tenían en común la absoluta modestia de sus actividades y los exiguos o nulos conocimientos previos que se requerían. El hecho de ser tan dispares entre sí y la celeridad en los cambios de una a otra, indicaba también el escaso éxito obtenido por Serafín en ellas. Quedaba claro que aquello no se le daba bien y debía seguir probando en otros



campos. La falta de estabilidad en los puestos de trabajo podía deberse a las dificultades por las que atravesaba el mercado laboral madrileño, pero el hecho de que Serafín hubiera tenido opciones tan diferentes indicaba, al mismo tiempo, la diversidad de la economía madrileña y su amplia oferta de trabajo, sobre todo entre esos jóvenes que daban sus primeros pasos en el mundo laboral, que no tenían muy claro cuáles eran sus preferencias. Un día recogían una bota vieja tirada por la calle y la echaban al carromato del trapero y al otro estaban sentados en un tajo frente a una pila de botas que remendar.

### 3.4 El gran bazar de los empleos

Serafín era hijo de una familia pobre e inmigrante. Veinte años después de irse del pueblo, Pío, el padre, había sido incapaz de sacar a su familia de la opresión de la miseria. Su vida transcurría en el alambre del jornalero, con una peseta de estrecho margen para no caer en el impago del alquiler y sin salir de los barrios pobres. La aventura migratoria del señor Pío no había resultado tan provechosa como cabía esperar, pero las oportunidades que ofrecía Madrid seguían intactas. Todo estaba en saber aprovecharlas. Serafín creció, se convirtió en un joven veinteañero despierto y emprendedor, con la inteligencia y la iniciativa suficientes para cambiar su sino y el de su familia. Deambular cada noche con el carromato de trapero o desvivirse con la lezna de los zapateros no le iba sacar de pobre.

En la década de 1880<sup>39</sup> se las ingenió para hacerse con una tienda de vinos en la Ronda de Toledo, a la que supo sacar el mayor rendimiento y unos notables ingresos. Por primera vez en su vida, Serafín saboreaba el significado de la palabra dinero. Los días de la penuria y el vagabundeo jornalero parecían haber terminado, pero sus planes no pasaban por gastar o ahorrar lo que tanto esfuerzo le había llevado. Serafín tenía visión de futuro para los negocios y sabía de las grandes oportunidades que le ofrecían Madrid y sus barrios del Sur. No conforme con la taberna, compró el local adyacente, el cual destinó a usos industriales, unas veces como fundición y otras como almacén de hierros viejos. En diez años, Serafín había pasado de jornalero pobre a tabernero próspero y dueño de un local industrial, con una cuota de contribución industrial de 200 pesetas. Era la imagen del triunfo sencillo, el sueño hecho realidad de su viejo padre, el señor Pío, que falleció por aquella época. En ese tiempo la vida personal de Serafín también dio profundos vuelcos y pasó de mozo soltero a viudo treintañero. Su madre, Tomasa, que había enviudado, se fue a vivir con él y con Leonor Abad García, una jovenzuela de 21 años llegada de Valhermoso (Guadalajara), la joven criada a la que pagaba 90 pesetas al año.

---

<sup>39</sup> Lamentablemente, los padrones municipales entre 1880 y 1890 han desaparecido para esta zona de Madrid. La evolución de la situación de Serafín Paul se ha realizado a partir de la información contenida en el padrón de 1895.

La prosperidad de Serafín se sustentaba en la doble evolución que experimentaba Madrid desde 1850: por un lado, la taberna respondía a un comercio de estructura familiar y dimensiones muy modestas, destinado al abastecimiento de una población cada vez más numerosa en sus necesidades más básicas, como eran la comida y la bebida.<sup>40</sup> Por otro lado, el local industrial en arriendo respondía a la especialización industrial de la zona sur de Madrid, una consecuencia directa de las decisiones gubernamentales y empresariales para la remodelación de la capital, como eran la especialización económica del Ensanche y la ubicación del ferrocarril y de grandes fábricas en una misma zona. Los negocios de Serafín se sustentaban en dos pilares, cuyas raíces procedían tanto de la economía de la ciudad como de la capital, las dos caras económicas de Madrid<sup>41</sup> que empezaron a confluir, con mayor naturalidad, a medida que avanzó la Restauración.

Los miles de personas que llegaban anualmente a la ciudad, para quedarse en ella, incrementaban la necesidad de abrir nuevos ultramarinos, tabernas, posadas, tahonas, carbonerías, despachos de carne y de leche, etc. Con ello se multiplicaban los chicos y dependientes de comercio, los recaderos y vendedores ambulantes, los encargados y los camareros. Ese crecimiento físico de la ciudad había producido, al mismo tiempo, una mayor complejidad de su tejido administrativo, la extensión de servicios públicos ya existentes y la creación de nuevos empleos. Con el Canal de Isabel II llegaron sus depósitos de agua, sus fuentes y su red de alcantarillas, infraestructuras que requerían la presencia de técnicos municipales, inspectores y vigilantes para su mantenimiento y conservación. Con la aprobación del Ensanche y el comienzo de la construcción de sus calles y barrios se necesitaron más barrenderos, jardineros, guardas de arbolados, serenos de ronda, empleados de arbitrios municipales, de puertas y consumos para seguir gravando las mercancías que se importaban, partida de ingresos imprescindible para cualquier municipio. Otros empleados e inspectores se destinaron a los nuevos mercados contruidos o a grandes instalaciones como el matadero municipal. Se necesitaban más escuelas y maestros porque había más niños, y más casas de socorro y personal sanitario porque eran más los ancianos y enfermos. El Ayuntamiento iniciaba así una paulatina ampliación y modernización de su personal de servicios y se convertía en una fuente de empleo estable, en el principal agente de contratación para los empleados del Ensanche Sur.

---

<sup>40</sup> NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985.

<sup>41</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Madrid, de capital imperial a región metropolitana. Cinco siglos de terciarización” en *Economía de las Comunidades Autónomas: Madrid, Papeles de Economía Española*, nº 18, (1999), pp. 18-30.

Servicios y empleados del Ensanche Sur (1860-1878)						
Sectores de ocupación	% del total de empleados			% en cada sector		
	1860	1878	Diferencia	1860	1878	Diferencia
<b>1. Sector privado</b>	<b>68,38</b>	<b>53,47</b>	<b>- 14,90</b>	<b>100,0</b>	<b>100,0</b>	
<b>1.1 Negocios particulares y finanzas</b>	<b>23,08</b>	<b>9,89</b>	<b>- 13,18</b>	<b>33,75</b>	<b>18,50</b>	<b>- 15,25</b>
a) Banca y servicios financieros	0,00	0,21	+ 0,21	0,00	2,13	+ 2,13
b) Empleados particulares	22,22	7,37	- 14,85	96,30	74,47	- 21,83
c) Escribientes y oficinistas	0,00	1,26	+ 1,26	0,00	12,77	+ 12,77
d) Ordenanzas y personal subalterno	0,85	1,05	+ 0,20	3,70	10,64	+ 6,93
<b>1.2 Transportes</b>	<b>9,40</b>	<b>23,58</b>	<b>+ 14,18</b>	<b>13,75</b>	<b>44,09</b>	<b>+ 30,34</b>
a) Empleados y oficinistas	3,42	15,79	+ 12,37	36,36	66,96	+ 30,60
b) Maquinistas, cocheros y chóferes	5,98	4,84	- 1,14	63,64	20,54	- 43,10
c) Personal subalterno	0,00	2,95	+ 2,95	0,00	12,50	+ 12,50
<b>1.3 Comercio y hostelería</b>	<b>35,90</b>	<b>20,00</b>	<b>- 15,90</b>	<b>52,50</b>	<b>37,40</b>	<b>- 15,10</b>
a) Empleados	12,82	6,53	- 6,29	35,71	32,63	- 3,08
b) Dependientes	23,08	13,47	- 9,60	64,29	67,37	+ 3,08
<b>2. Sector público</b>	<b>25,64</b>	<b>36,63</b>	<b>+ 10,99</b>	<b>100,0</b>	<b>100,0</b>	
<b>2.1 Administración pública</b>	<b>7,69</b>	<b>26,32</b>	<b>+ 18,62</b>	<b>30,00</b>	<b>71,84</b>	<b>+ 41,84</b>
a) Estatal	3,42	1,89	- 1,52	44,44	7,20	- 37,24
b) Justicia	0,00	0,21	+ 0,21	0,00	0,80	+ 0,80
c) Educación	1,71	3,79	+ 2,08	22,22	14,40	- 7,82
d) Sanidad	0,00	1,47	+ 1,47	0,00	5,60	+ 5,60
e) Municipal	2,56	18,95	+ 16,38	33,33	72,00	+ 38,67
<b>2.2 Empresas públicas</b>	<b>0,00</b>	<b>2,53</b>	<b>+ 2,53</b>	<b>0,00</b>	<b>6,90</b>	<b>+ 6,90</b>
a) Comunicación	0,00	2,53	+ 2,53	0,00	100,00	+ 100,00
b) Industria	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00
<b>2.3 Seguridad y auxiliares</b>	<b>17,95</b>	<b>7,79</b>	<b>- 10,16</b>	<b>70,00</b>	<b>21,26</b>	<b>- 48,74</b>
a) Guardias y vigilantes	7,69	3,58	- 4,11	42,86	45,95	+ 3,09
b) Bomberos	0,00	0,42	+ 0,42	0,00	5,41	+ 5,41
c) Jardines y limpieza	9,40	3,58	- 5,82	52,38	45,95	- 6,44
d) Conserjes y ordenanzas	0,85	0,21	- 0,64	4,76	2,70	- 2,06
<b>3. Otros</b>	<b>5,98</b>	<b>9,89</b>	<b>+ 3,91</b>	<b>100,0</b>	<b>100,0</b>	
3.1 Conserjes y porteros de fincas urbanas	1,71	2,95	+ 1,24	28,57	29,79	+ 1,22
3.2 Sin identificar	4,27	6,32	+ 2,04	71,43	63,83	- 7,60
3.3 Meritorios y aspirantes	0,00	0,42	+ 0,42	0,00	4,26	+ 4,26
3.4 Cesantes y en paro	0,00	0,21	+ 0,21	0,00	2,13	+ 2,13

[Figura 3.27. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1860 y 1878. Los datos son porcentuales. Muestra de población: varones mayores de 12 años. En las columnas de comparación entre 1860 y 1878 aparecen sombreados las cifras negativas.]

El reinado de Isabel II fue la época de construcción y cimentación de la estructura administrativa pública, del nacimiento del moderno Estado liberal que tenía a Madrid como capital y centro rector de todo el sistema.<sup>42</sup> Los años de la

<sup>42</sup> TUSELL, Javier y SÁNCHEZ MANTERO, Rafael: *El siglo XIX. De la Guerra de la Independencia a la Revolución de 1868. Historia de España*, Vol. 12, Espasa Calpe, Madrid,

Restauración no hicieron sino reafirmar y expandir ese proceso que llevó a Madrid a configurarse como una ciudad plenamente administrativa, la capital de los servicios.<sup>43</sup> Ministerios, direcciones generales, secretariados, institutos y centros de investigación públicos, oficinas y demás instancias gubernativas se apiñaban en las calles más céntricas de la capital y llamaban a filas a más funcionarios, empleados públicos y de servicios. La acción de gobierno del nuevo Estado pudo ser lenta e incompleta en gran parte del país, si se compara con los países más desarrollados, debido a su debilidad financiera o al poder en el ámbito local del entramado de relaciones políticas y sociales, pero en Madrid su impacto fue inmediato y definitorio. La reorganización del sistema tributario y fiscal, la implantación de un sistema educativo nacional o la articulación de un incipiente sistema de asistencia benéfico-sanitaria, tuvo su consecuencia directa en el incremento de los empleados de tribunales de cuentas, inspectores, escribientes, contables o conserjes y ordenanzas.

La posición periférica del Ensanche Sur y su especialización económica impedía que esos cambios tuvieran un mayor eco en su estructura profesional (ver figuras 3.1 y 3.3). La zona estaba dominada por los trabajadores manuales, jornaleros y artesanos, y el aumento en el número de empleados sólo llegaba para mantener su peso relativo en el conjunto de la población activa.<sup>44</sup> Los empleados estatales se concentraban en las calles céntricas o en el Ensanche Este,<sup>45</sup> mientras que en la zona sur eran una minoría frente a los municipales, los grandes protagonistas de la expansión del empleo público en esta zona (72% de los empleados públicos en 1878). La política de modernización estatal de las comunicaciones, con el correo y el telégrafo, comenzó a tener una tímida presencia, pero el gran cambio se produjo con el desarrollo de los transportes desde el sector privado. La expansión de la ciudad por las afueras implicaba la aparición de barrios más alejados del centro, el estiramiento de las distancias entre puntos distantes y el empleo de más tiempo para salvarlas. Los cocheros y mayoresales de carruajes iban a ser más necesarios aún, pero la pronta aparición del tranvía, primero de mulas, luego eléctrico, jubiló gradualmente esas profesiones por otras nuevas como los conductores y los chóferes.<sup>46</sup>

---

2004; BAHAMONDE MAGRO, Ángel y MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús Antonio: *Historia de España. Siglo XIX*, Cátedra, Madrid, 2005.

<sup>43</sup> SÁNCHEZ MANTERO, Rafael y MONTERO, Feliciano: *Revolución y Restauración. Del Sexenio revolucionario a la guerra de Cuba (1868-1898)*. *Historia de España*, Vol. 13, Espasa Calpe, Madrid, 2004; BAHAMONDE MAGRO, Ángel (Coord.): *Historia de España. Siglo XX, 1875-1939*, Cátedra, Madrid, 2000; TORTELLA, Gabriel: "Madrid, capital del capital durante la Restauración" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Comunidad de Madrid-Alfoz, Madrid, 1989, Vol. I, pp. 337-349.

<sup>44</sup> Entre la población masculina mayor de 12 años la categoría profesional de servicios y empleados pasó de 7'84% en 1860 a 7'75% en 1878, mientras que entre la población femenina lo hizo del 2'11 al 2'38% en el mismo periodo.

<sup>45</sup> CARBALLO BARRAL, Borja: *Los orígenes del Moderno Madrid. El Ensanche Este (1860-1878)*, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es:6336, 2007.

<sup>46</sup> LÓPEZ BUSTOS, Carlos: *Tranvías de Madrid*, Aldaba, Madrid, 1993.



[Ilustración 3.10. Conductores empleados en el ómnibus de tracción animal, 1878. Fuente: Ilustración Española y Americana.]

Por otro lado, el abastecimiento del estómago del mercado madrileño implicaba a una densa red de arrieros, carromateros y corredores, que fue progresivamente suplantada por el ferrocarril.<sup>47</sup> La irrupción del nuevo medio de transporte aupó, aún más si cabe, a la capital española como centro absoluto de la vida nacional.<sup>48</sup> Para el conjunto del país, el diseño radial de la red ferroviaria pretendía una conexión e integración de los diversos mercados locales. Para Madrid, el tren alteró la dieta alimenticia de sus habitantes (más pescado y alimentos más frescos), así como los hábitos de viaje y de ocio: la duración de los trayectos se acortaba, a pesar de su larga duración en comparación a hoy en día, y se podían suprimir comidas y pernoctas incómodas y caras a mitad de camino, propias de los tiempos de las diligencias.

El ferrocarril también supuso para Madrid la llegada de una mano de obra de muy alta cualificación y la paulatina formación de un tejido social de clases medias, sustentado sobre el pilar del empleo en las compañías privadas del ferrocarril, como la M.Z.A., que ubicaba en la ciudad no sólo sus gigantescos talleres generales, sino también sus oficinas centrales. Además de trabajadores cualificados como fundidores, torneros, mecánicos, caldereros o carpinteros especializados, como Juan Braudon Guillot, la compañía incorporó mano de obra extranjera, francesa en particular, para asentar su negocio sobre pilares firmes.

<sup>47</sup> GÓMEZ MENDOZA, Antonio: "Ferrocarril, abastecimientos y mercado nacional: Madrid, 1875, 1931" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Comunidad de Madrid-Alfoz, Madrid, 1989, Vol. I, pp. 351-375; GÓMEZ MENDOZA, Antonio: "Los efectos del ferrocarril sobre la economía española (1855-1913)" en *Papeles de economía española*, nº 20, (1984), pp. 155-158; GÓMEZ MENDOZA, Antonio: *Ferrocarril, industria y mercado en la modernización de España*, Espasa Calpe, Madrid, 1989.

<sup>48</sup> GÓMEZ MENDOZA, Antonio: "Madrid, centro de la red de comunicaciones" en *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*, nº 666, (2001), pp. 343-358.

Llegaron empleados de oficinas, escribientes, dibujantes y delineantes, contables, tesoreros, inspectores, maquinistas, conductores...

Carlos Grèbus Chanoine fue uno de ellos, pero no uno más, sino uno de los más preparados y distinguidos. Su condición de ingeniero le diferenciaba del grupo estricto de empleados y servicios para adscribirse entre los miembros de las profesiones liberales, la élite social y profesional de la zona. Carlos formaba parte de un círculo minúsculo, reducido a un puñado de personas, del que formaban parte otros paisanos como Luciano Brenand, también ingeniero y, en este caso, director de la fábrica del Gas, o Constantino Roy, un ingeniero industrial de la fábrica de papel adyacente al gasómetro. Era una mano de obra de muchos quilates, pues su asentamiento en Madrid aportaba a la capital una inmigración de calidad en el conocimiento, la importación de nuevas técnicas de mercado y de negocio, la mejora tecnológica por vía del capital humano, de personas con un valor añadido irremplazable.

A comienzos de la Restauración, ese tipo de personal no procedía exclusivamente del extranjero, también existían inmigrantes del ámbito nacional, como el ingeniero turolense de la fábrica del gas Manuel Rosell, de 29 años, así como madrileños de origen, como Eduardo Curioles Blesón, inspector general del ferrocarril M.Z.A. en 1878. Todas ellas eran profesiones radicalmente nuevas y rompedoras con los cuadros de profesiones liberales de la primera mitad de siglo, dominados por los abogados, aparejadores, periodistas, cirujanos, médicos y veterinarios. El ferrocarril y las empresas privadas de la rama industrial aportaban una renovación sustancial a la élite profesional madrileña, al tiempo que engrosaban y diversificaban los cuadros de empleados de una economía de servicios en transformación. A falta de los bolsistas, corredores de bolsa, inversores y banqueros, proclives a vivir en las calles más distinguidas y céntricas de la capital, el ingeniero industrial se convirtió en la figura más sobresaliente del barrio, gracias a su asentamiento en las propias fábricas o en viviendas cercanas. Junto a los empleados de alto nivel, formaban la élite social del Ensanche Sur gracias a sus privilegiadas condiciones laborales y a sus elevados niveles salariales.

Los empleados públicos de la Administración estatal y judicial contaban con los sueldos medios más elevados, pero los que vivían en el Ensanche Sur mostraban una proyección más modesta que los empleados del sector privado, especialmente los que se movían por el mundo de los transportes. Las compañías ferroviarias mantenían estrictas escalas salariales para fijar una nítida jerarquía interna entre sus empleados, los cuales eran distinguidos, a grandes rasgos, entre personal subalterno y de nivel inferior, empleados de nivel intermedio encargados de todo lo referido al movimiento de las máquinas y los empleados de oficinas y de grado superior.

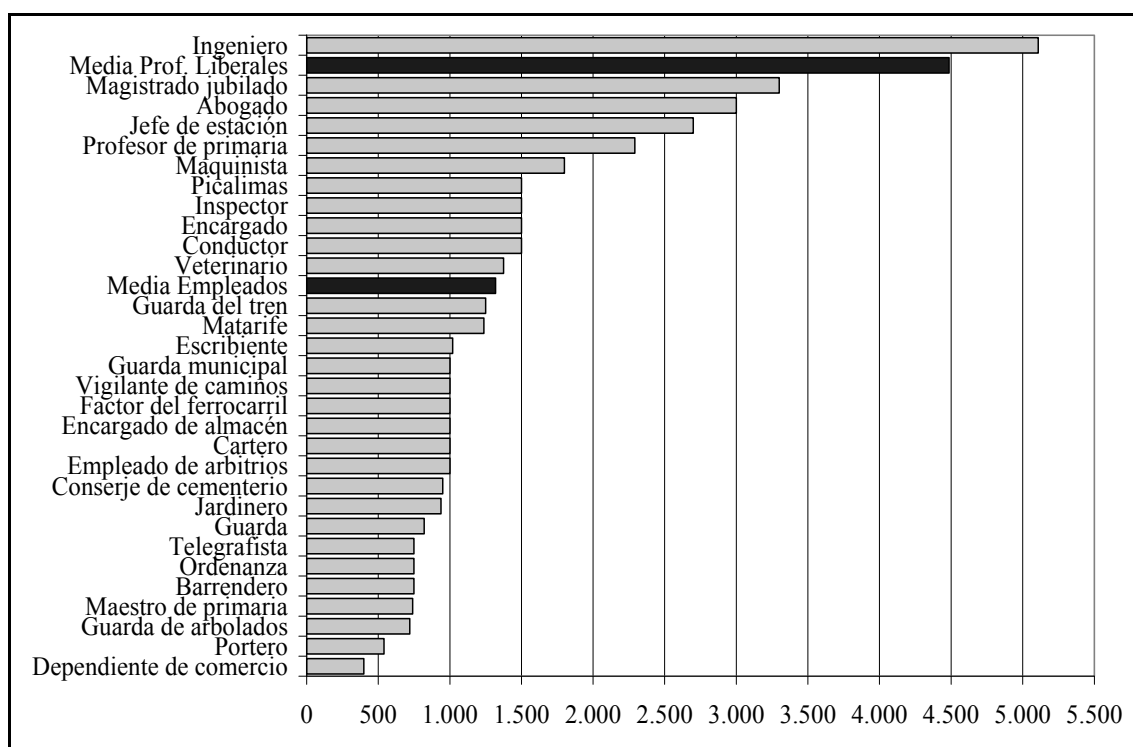
<b>Sueldo medio anual de los sectores de empleados y servicios (1878)</b>			
<i>Categorías</i>	<i>Media</i>	<i>Sueldo Superior</i>	<i>% superior a 1.500</i>
<b>Media general</b>	<b>1.228,7</b>	<b>6.500</b>	<b>17,6</b>
<b>1.1 Negocios particulares y finanzas</b>	<b>1.383</b>	<b>3.000</b>	<b>18,7</b>
a) Banca y servicios financieros	no indica	no indica	no indica
b) Empleados particulares	1.488	3.000	23,1
c) Escribientes y oficinistas	930	1.040	0,0
d) Ordenanzas y personal subalterno	no indica	no indica	no indica
<b>1.2 Transportes</b>	<b>1.467</b>	<b>6.500</b>	<b>25,8</b>
a) Empleados y oficinistas	1.526	6.500	28,3
b) Maquinistas, cocheros y chóferes	1.300	1.800	33,3
c) Personal subalterno	1.034	1.375	0,0
<b>1.3 Comercio y hostelería</b>	<b>379</b>	<b>1.250</b>	<b>0,0</b>
a) Empleados	no indica	no indica	no indica
b) Dependientes	379	1.250	0,0
<b>2.1 Administración pública</b>	<b>1.201</b>	<b>3.300</b>	<b>14,5</b>
a) Estatal	2.350	3.000	80,0
b) Justicia	3.300	3.300	100,0
c) Educación	1.421	2.750	33,3
d) Sanidad	1.137	3.000	25,0
e) Municipal	1.033	2.000	3,8
<b>2.2 Empresas públicas</b>	<b>965</b>	<b>2.000</b>	<b>10,0</b>
a) Comunicación	965	2.000	10,0
b) Industria	no indica	no indica	no indica
<b>2.3 Seguridad y auxiliares</b>	<b>926</b>	<b>1.500</b>	<b>0,0</b>
a) Guardias y vigilantes	918	1.000	0,0
b) Bomberos	no indica	no indica	no indica
c) Jardines y limpieza	938	1.500	0,0
d) Conserjes y ordenanzas	950	950	0,0
3.1 Porteros de fincas urbanas	540	720	0,0
3.2 Empleados sin identificar	1.294	2.500	29,4

[Figura 3.28. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1878. Los datos son en pesetas. Muestra de población: varones mayores de 12 años.]

Para éstos últimos quedaban reservadas las expectativas de alcanzar las cotas salariales más altas para un empleado del Ensanche Sur, muy superiores a las que se podían conseguir en el sector público. En este sector el tope lo marcaban los funcionarios estatales y los de Justicia, pero eran una minoría frente a los empleados municipales y el amplio personal de seguridad y servicios auxiliares, cuyos salarios oscilaban entre las 900 y las 1.000 pesetas al año. Eran los grupos que formaban la clase media-baja del Ensanche Sur: guardas de arbolados, barrenderos, ordenanzas, jardineros, conserjes municipales, empleados de arbitrios, carteros, etc. Empleos de baja cualificación y retribución, que se equiparaban a otros similares en el sector privado, como los factores y guardas

del tren, o escribientes de pequeños negocios y empresas. Eran trabajos que exigían nociones de cultura general, en unos casos más que en otros, y disfrutaban de una cierta distinción social por el tipo de actividades que realizaban, identificadas como *de cuello blanco*, frente a los trabajadores manuales de las fábricas y los talleres, aunque las retribuciones de unos y otros no establecían grandes distancias (ver figura 3.18).

### Salarios medios anuales de profesiones liberales y empleados (1878)



[Figura 3.29. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1878. Los datos son en pesetas. Muestra de población: varones mayores de 12 años.]

Entre ellos y la cúspide, dominada por los ingenieros, se sucedían una serie de empleos intermedios que incrementaban sus retribuciones a medida que su cualificación profesional y sus conocimientos eran más elevados. Eran personas que habían cursado estudios en la Universidad o en las escuelas universitarias técnicas: profesores, encargados, inspectores, magistrados y jefes del ferrocarril, copaban los escalafones más altos y se codeaban con profesiones liberales como veterinarios y abogados, sólo superados por los ingenieros. Sus estudios y sus años de servicio en la empresa o en la Administración pública les conferían una posición privilegiada respecto al resto de los trabajadores, en general, y de los empleados con sueldos bajos en particular. Su poder adquisitivo era muy desigual entre unos y otros y se reflejaba en los niveles de vida que desprendían sus hogares: los alquileres medios que podían costear implicaban mejores casas, más espaciosas y mejor acondicionadas, mientras que la presencia de criados implicaba una capacidad de gasto superior en el confort personal y una tendencia a manifestar una elevada posición social.



<b>Composición del hogar de los grupos de empleados y profesiones liberales (1878)</b>				
	<i><b>Empleados bajos</b></i>	<i><b>Empleados medios</b></i>	<i><b>Empleados altos</b></i>	<i><b>Prof. Liberales</b></i>
Familias nucleares	75,0	- 1,32	- 10,29	- 10,29
Familias complejas	12,5	+ 8,55	+ 16,91	- 0,74
Familias con realquilados	7,3	- 2,04	- 7,30	- 1,42
Hogares sin núcleo familiar	5,2	- 5,20	+ 0,68	+ 12,45
Familias con criados	4,2	+ 14,22	+ 31,09	+ 42,86
Alquiler medio mensual	17,6	+ 6,23	+ 5,45	+ 24,21

[**Figura 3.30.** Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1878. Leyenda: Bajos empleados (salarios menores de 1.200 ptas. anuales), empleados medios (sueldos entre las 1.200 ptas. y las 2.000 ptas. anuales) y altos empleados (salarios superiores a 2.000 ptas. anuales). Los datos son porcentuales (salvo los alquileres, en pesetas) y la 1ª columna es la referencia para la comparación con el resto de columnas.]

El retrato del hogar de los empleados de sueldo inferior dibujaba una posición intermedia entre los trabajadores manuales cualificados (ver figura 3.24) y los empleados de mayor categoría. Su situación se balanceaba entre las apreturas con el alquiler y la necesidad de subarrendar un cuarto a gentes desconocidas, por un lado, y la capacidad de ahorro de unos pocos por otro, lo que les permitía darse el lujo de contar con una criada. Los saltos a sueldos de mayor categoría implicaban, inmediatamente, un descenso en el realquiler de cuartos y su sustitución por más familiares y, sobre todo, por más familias con servicio doméstico incorporado. Era un ascenso progresivo hasta llegar a la cúspide de las profesiones liberales, cuyas familias disponían de las viviendas más caras del Ensanche Sur y casi la mitad de ellas podía presumir de tener un servicio doméstico compuesto por una o varias criadas o sirvientas. Eran la crema de la sociedad de los barrios populares del Ensanche Sur, la prueba de que sus vecinos no eran siempre pobres y miserables. La incipiente economía de servicios de la capital les había llevado hasta allí, como también lo había hecho con las mujeres que estaban a su servicio, grupos de trabajadoras que escapaban de la equívoca expresión *sus labores*, impuesta a la inmensa mayoría de las mujeres, la cual encubría la verdadera naturaleza y fuerza del trabajo femenino.

### 3.5 Tras la máscara de “sus labores”. La mujer en el mercado laboral de la Restauración

La principal característica del trabajo desempeñado por las mujeres en el mercado laboral madrileño de la segunda mitad del siglo XIX fue, precisamente, la progresiva ocultación del trabajo que realizaban en actividades remuneradas y reconocidas expresamente. Este proceso se efectuó a partir de la aplicación sistemática de la expresión “*sus labores*” a sus actividades profesionales en los documentos oficiales. Era una práctica invariable, que cobró verdadera fuerza en las primeras décadas de la Restauración y que terminó por laminar la relativa riqueza y variedad del trabajo femenino reconocido a mediados del siglo XIX (ver figura 3.31). El triunfo de una mentalidad conservadora en los roles del hombre y la mujer en la sociedad estaba, en cierta medida, detrás de los cambios.<sup>49</sup> La tesis que defendía la esfera pública para el hombre y el hogar como coto privado para la mujer era muy generalizada y se extendía a los campos más diversos: en los discursos y disertaciones pseudo-científicas, en las creaciones artísticas, en la recreación literaria, en la división por sexos en la educación (tanto física como de conocimientos recibidos), así como en la legislación del Código Civil de 1889, que regía la organización de la sociedad bajo la primacía absoluta del hombre.<sup>50</sup>

El rol social que le tocaba desempeñar a la mujer era el de fiel esposa, madre abnegada y eficaz administradora del hogar. La mujer recibía excelsos epítetos y se la convertía en el *ángel del hogar*,<sup>51</sup> cuyo norte vital era crear y mantener vivo el fuego de la felicidad en su reino, en su casa. Precisamente era entre las mujeres casadas donde la desaparición de cualquier tipo de tareas ajenas a las *propias del hogar* era más drástica (figura 3.32). Era una mentalidad extendida a todas las capas de la sociedad, tomada como algo lógico y natural, como expresaba un trabajador en 1885: “*Comprendo que la mujer soltera*

---

<sup>49</sup> NASH, Mary: “Identidad cultural de género, discurso de la domesticidad y la definición del trabajo de las mujeres en la España del siglo XIX” en DUBY, George y PERROT, Michelle (dirs.): *Historia de las Mujeres*, Taurus, Vol. 4, Madrid, 1993, pp. 515-532; NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “La revolución liberal desde la perspectiva de género”, en GÓMEZ-FERRER, Guadalupe (ed.): *Las relaciones de género*, Ayer, nº 17, Madrid, 1995, pp. 103-120.

<sup>50</sup> MUÑOZ LÓPEZ, Pilar: *Sangre, amor e interés: La familia en la España de la Restauración*. Marcial Pons, Madrid, 2001.

<sup>51</sup> La literatura normativa de la época acuñó el sobrenombre de “*ángel del hogar*” a la mujer casada. En estos años en los que se centra la investigación, existía una revista semanal con este nombre, *El Ángel del hogar, páginas de la familia*. Bajo la dirección de María del Pilar Sinués de Marco, la revista abordaba temas de “literatura, educación, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad. Ejemplos morales, instrucción y agradable recreo para las señoritas”, según rezaba en su encabezamiento. Puede consultarse en la Hemeroteca digital de la Biblioteca Nacional. Una mayor profundización en el tema puede verse en GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe: “Las limitaciones del liberalismo en España: El *ángel del hogar*” en FERNÁNDEZ ALBALADEJO, Pablo y ORTEGA LÓPEZ, Margarita (eds.): *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*. Tomo III. *Política y Cultura*. Alianza, Madrid, 1995, pp. 515-532.

*trabaje; pero la mujer casada debe estar perenne en su casa para atender a las necesidades de su familia, porque en otro caso tiene uno que llevar el pantalón roto; la mujer no puede coserlo, porque está en casa menos tiempo que el marido, y el marido tiene que coserse el pantalón o llevárselo a un sastre para que lo cosa, pero hay que pagarle, y ¿con qué se le paga?”.*<sup>52</sup>

<b>Estructura profesional femenina del Ensanche Sur (1860-1905)</b>					
<b>Principales categorías profesionales</b>	<b>1860</b>	<b>1878</b>	<b>1860-1878</b>	<b>1905</b>	<b>1860-1905</b>
Propietarias y rentistas	1,0	0,4	- 0,5	0,6	- 0,4
Servicios y empleadas	2,4	2,1	- 0,3	2,5	+ 0,1
Pequeño comercio	7,1	10,2	+ 3,0	9,9	+ 2,8
Trabajadoras cualificadas	48,1	45,0	- 3,1	25,2	- 22,9
Trabajadoras no cualificadas	8,3	15,4	+ 7,1	11,7	+ 3,4
Servicio doméstico	32,9	26,1	- 6,7	49,9	+ 17,0
<b>Total trabajadoras declaradas</b>	<b>31,9</b>	<b>26,2</b>	<b>- 5,7</b>	<b>8,2</b>	<b>- 23,7</b>
Sus labores	68,0	73,0	+ 5,0	91,0	+ 23,0
Sin oficio	0,0	0,6	+ 0,6	0,3	+ 0,3
Pensionistas, jubiladas y retiradas	0,1	0,2	+ 0,2	0,4	+ 0,3

[**Figura 3.31.** Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1860, 1878 y 1905. Muestra de población: mujeres mayores de 12 años en 1860 y 1878, y mayores de 14 años en 1905. Los datos son porcentuales. Los datos de las categorías profesionales están calculados sobre el total de mujeres con una profesión declarada.]

No era tanto que la mujer trabajara, sino que *se la viera hacerlo fuera de casa*. Una vez que contraía matrimonio, lo *decente* para una mujer era quedarse en casa y dedicarse a las tareas de su hogar.<sup>53</sup> La expresión “*sus labores*” no ocultaba totalmente el trabajo de las mujeres, sino que resumía buena parte de sus tareas. Para muchas de las mujeres eran las únicas que realmente realizaban, dada la gran cantidad de tiempo y esfuerzo que conllevaban.<sup>54</sup> En un tiempo que aún no conocía los beneficios de los electrodomésticos y con unas infraestructuras deficientes, la mujer debía acudir con cántaros y vasijas a las fuentes próximas para tener agua en la casa, tanto para beber como para cocinar. También era obligado el paseo hasta el río para lavar la ropa a mano. Debía recorrer los mercados y las tiendas y ultramarinos del barrio para dar con los puestos más baratos, con los productos que se ajustaran a su estrecho margen de gasto y no quebraran el frágil presupuesto familiar. Cada día había que limpiar

<sup>52</sup> CASTILLO, Santiago (ed.): *Comisión de Reformas Sociales. Información oral y escrita (1889-1893)*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985, Tomo II, pág. 107.

<sup>53</sup> FUSI, Juan Pablo, JOVER ZAMORA, José María y GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe: *España: sociedad, política y civilización (siglos XIX-XX)*, Debate, Madrid, 2001.

<sup>54</sup> NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “Las relaciones de género: imágenes y realidad social” en *Arbor*, nº 666, (2001), pp. 431-460; ARBAIZA VILLALONGA, Mercedes: “La cuestión social como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930)” en *Historia Contemporánea*, nº 21, (2000), pp. 395-458.

las habitaciones, “*remendar los pantalones rotos*”, como recordaba el anterior trabajador, o atender a los niños. Cada jornada estaba repleta de mil y una tareas que realizar y muchas mujeres eran incapaces de compaginarlo con una profesión externa a tiempo completo. Además, el oficio de sus maridos solía condicionar su acceso al mercado laboral.

<b>Mujeres que declaran un trabajo por estado civil</b>			
<b>Años</b>	<b><i>solteras</i></b>	<b><i>casadas</i></b>	<b><i>viudas</i></b>
1860	50,96	19,07	51,88
1878	37,60	14,68	37,03
1905	16,48	2,87	11,36

[Figura 3.32. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1860, 1878 y 1905. Los datos son porcentuales.]

Las esposas de los trabajadores cualificados o de los pequeños comerciantes eran las que más frecuentemente declaraban un oficio que, en la mayoría de los casos, coincidía con el de su marido (figura 3.33). En un pequeño obrador de zapatería, el marido era el artesano reconocido con licencia o era quien regentaba una tienda de ultramarinos, pero su familia, con su esposa a la cabeza, también participaba del trabajo diario en el negocio. Las mujeres solían encargarse de atender a los clientes, de despachar en el mostrador, cuidar de la limpieza del negocio y otras actividades complementarias. Pocas eran las que lo reconocían abiertamente, pero sin duda era una práctica muy extendida y resultaba natural encontrar al tendero junto a su mujer, al tabernero despachando en la barra mientras su esposa guisaba los platos o atendía entre las mesas, o a la mujer vendiendo el pan recién cocido por su marido.

<b>Mujeres casadas que declaran un trabajo (1860-1905)</b>						
<b><i>Categoría profesional del marido</i></b>	<b><i>1860</i></b>		<b><i>1878</i></b>		<b><i>1905</i></b>	
	Declaran trabajo	<i>Igual categoría que su marido</i>	Declaran trabajo	<i>Igual categoría que su marido</i>	Declaran trabajo	<i>Igual categoría que su marido</i>
Empleado	9,5	16,7	8,4	15,8	2,3	44,4
Pequeño Comercio	27,9	41,7	13,8	66,7	3,6	70,0
Trab. Cualificado	21,0	88,1	17,7	72,0	4,2	82,6
Trab. No cualificado	16,9	41,7	15,5	30,0	2,0	43,6

[Figura 3.33. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1860, 1878 y 1905. Los datos son porcentuales.]

La mujer casada adquiriría una mayor visibilidad laboral en la desgracia, cuando se abatía sobre ella y su familia el peor de los infortunios, la muerte. El fallecimiento del cabeza de familia suponía una grave amenaza para la mujer, sobre todo si tenía hijos pequeños. Si el antiguo matrimonio disponía de un negocio, la viuda podía hacerse cargo de él mientras sus hijos crecieran.<sup>55</sup> Entonces su figura no se limitaba al despacho diario de la clientela, sino que pasaba a reconocerse a sí misma como algo más que una mujer dedicada a *sus labores*, como tabernera, carnicera o incluso comerciante (ver figura 3.34). Los problemas se agravaban cuando no había negocio de por medio y su situación se oscurecía en poco tiempo, como le sucedió a la madre del protagonista de la obra barojiana:

*“Su marido era maquinista de tren y ganaba buen sueldo. En vida del maquinista, la situación económica de la familia era relativamente buena. Un día de agosto, de calor horrible, se cayó del tren a la vía y lo encontraron muerto. La Petra, al poco tiempo, se vio en la necesidad de vender sus muebles y abandonar su nueva casa. Entonces puso a sus hijas a servir, envió a los dos chicos a un pueblecillo de la provincia de Soria y entró de sirviente en la casa de huéspedes de doña Casiana. De ama pasó a criada, sin quejarse.”*

Pío Baroja, *La lucha por la vida I. La busca*, 1904.

Sus vidas se embarcaban por caminos de urgencia y desesperación por sacar a su familia adelante. Si los hijos eran pequeños y numerosos, las mujeres viudas recurrían a familiares cercanos para colocarlos en sus casas, antes de abandonarlos a la Inclusa.<sup>56</sup> *“Cuando murió mi padre, éramos cuatro hermanos y yo tenía dos meses. Le aconsejaban a mi madre que nos echara a la Inclusa, porque con los cuatro no iba a poder vivir.”*<sup>57</sup> Y mientras, ellas se lanzaban fuera de casa para trabajar en oficios en los que podían desenvolverse, en tareas manuales y, sobre todo, en actividades de servir.

<sup>55</sup> OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares, 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003.

<sup>56</sup> REVUELTA EUGERCIOS, Bárbara: *La Inclusa de Madrid durante la primera mitad del siglo XX: entre los usos de la beneficencia y la demografía de los expósitos*. Madrid, 1900-1930, Trabajo Académico de Tercer Ciclo UCM, Madrid, 2008; ESPINA PÉREZ, Pedro: *Historia de la Inclusa de Madrid vista a través de los artículos y trabajos históricos (1400-2000)*, Defensor del Menor de la Comunidad de Madrid, Madrid, 2007.

<sup>57</sup> BAREA, Arturo: *La forja de un rebelde I. La forja*, Buenos Aires, 1951.

<b>Participación laboral de las mujeres viudas del Ensanche Sur</b>									
	<i>1860</i>			<i>1878</i>			<i>1905</i>		
	Media	Viudas	Dif.	Media	Viudas	Dif.	Media	Viudas	Dif.
<i>Sus labores</i>	68,03	48,13	- 19,90	73,03	61,18	- 11,85	91,05	86,57	- 4,48
<i>Trabajadoras declaradas</i>	31,89	51,88	+ 19,99	26,19	37,03	+ 10,84	8,25	11,36	+ 3,11
<i>Principales categorías profesionales de las mujeres viudas</i>									
<i>Servicio doméstico</i>	32,86	42,17	+ 9,31	26,13	28,49	+ 2,36	49,98	42,86	- 7,12
<i>Trabajadoras cualificadas</i>	48,10	40,96	- 7,14	44,98	36,47	- 8,51	25,17	22,66	- 2,51
<i>Pequeño comercio</i>	7,14	8,43	+ 1,29	10,16	19,37	+ 9,21	9,93	19,21	+ 9,28
<i>Trabajadoras no cualificadas</i>	8,33	2,41	- 5,92	15,40	12,54	- 2,86	11,66	11,82	+ 0,16

[Figura 3.34. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1860, 1878 y 1905. Los datos son porcentuales. La media hace referencia al conjunto de mujeres del Ensanche Sur mayores de 12 años (para 1860 y 1878) y de 14 años (para 1905). Los datos de las categorías profesionales están basados sólo en las mujeres que declaran un trabajo.]

El servicio doméstico fue un socorro habitual de las mujeres para resistir en una pobreza que no incurriera en la indigencia y el desamparo absolutos. Servir para sobrevivir y no caer en la marginación. Un recurso con infinitas posibilidades en la ciudad de Madrid,<sup>58</sup> sede de lo más nutrido de la nobleza y burguesía españolas y de una extensa clase media urbana. El servicio doméstico proporcionaba uno de los principales filones de empleo a las mujeres en general del Ensanche Sur (figura 3.31), no sólo a las viudas. Este servicio doméstico presentaba unos rasgos particulares debido a las condiciones sociales del entorno. Aunque se contaban varios ejemplos de familias ilustres y adineradas, la mayoría de la población pertenecía a las clases populares, humildes y pobres de la sociedad madrileña. En la zona no había muchas casas con criados y las que disfrutaban de servicio doméstico particular, contaban con una sirvienta por regla general; dos o más era privilegio excepcional.<sup>59</sup> Por tanto, la mayoría de las mujeres ejercían un servicio doméstico externo (figura 3.35), aunque la situación se fue modificando a medida que el Ensanche Sur creció durante la Restauración.

<sup>58</sup> SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Siglo XXI, Madrid, 1994.

<sup>59</sup> En 1860, el 3'7% de las familias tenían servicio doméstico (31 en total, 7 de las cuales tenían más de un criado); en 1878, el 2'78 % (106 familias, 27 con más de un criado) y en 1905, el 1'75% (133 familias, 20 de ellas con más de un criado). Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1860, 1878 y 1905.

<b>Tipología del servicio doméstico del Ensanche Sur</b>			
	<b>1860</b>	<b>1878</b>	<b>1905</b>
Externo	84,67	77,8	66,67
Interno	15,33	22,2	33,33

[Figura 3.35. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1860, 1878 y 1905. Los datos son porcentuales.]

El servicio doméstico externo se correspondía con las mujeres que no vivían en casa de sus amos. Las tareas que realizaban eran muy diversas y agrupaban a tipos de mujeres casi opuestos. Por un lado, estaban las actividades “productivas”, tareas de esfuerzo como el lavado, secado y planchado de la ropa, la compra y el guiso de las comidas o la limpieza general de la casa. Eran las ocupaciones propias de las lavanderas, las cocineras, las planchadoras, las asistentes y ayudantas en general. Generalmente eran las mujeres adultas las que se encargaban de todo este tipo de faenas agotadoras: cabezas de familia (viudas), esposas y mujeres ya emparejadas, o mujeres adultas que vivían como realquiladas en otras casas (figura 3.36). Sus años de experiencia como amas de casa les permitían desenvolverse con soltura en todas las tareas, las cuales podían acumularse y extender la jornada hasta la noche, cuando regresaban agotadas a sus casas.<sup>60</sup>

*“Mi madre se marchó al río a lavar ropa. Los tíos nos recogieron a mí y a ella; los días que no lava en el río hace de criada en casa de los tíos y guisa, friega y lava para ellos. Por la noche se va a la buhardilla, donde vivo con mi hermana Concha.”*

Arturo Barea, *La forja de un rebelde I. La forja*, 1951.

El segundo grupo de actividades del servicio doméstico externo hacía referencia a la asistencia personal de los amos y al mantenimiento del hogar. Eran tareas de ayuda y contacto más estrecho con la familia que les contrataba, sobre todo con la esposa, y las desempeñaban chicas jóvenes que se enrolaban como criadas, sirvientas, niñeras y amas de cría. Eran las hijas de aquellas familias que se veían en la obligación de poner a sus hijos a trabajar debido a su pobreza y a la necesidad de acopiar todos los salarios posibles para subsistir.

La gran mayoría de las sirvientas que se declaraban como esposa o hija, lo eran de trabajadores no cualificados, al igual que aquellas criadas que vivían en régimen de realquiler (figura 3.37). La necesidad económica les empujaba a entrar como sirvientas por horas o a sacar partido de situaciones coyunturales, como el nacimiento de un hijo. En esos casos, se ofrecían como nodrizas a través

<sup>60</sup> SARASÚA, Carmen: “El oficio más molesto, más duro. El trabajo de las lavanderas en la España de los siglos XVIII-XX”, en *Historia Social*, nº 45 (2003), pp. 53-77.

de anuncios en la prensa, como en 1861 hizo Sebastiana García, “*natural de Madridejos, de edad de 19 años, con leche de 20 días, solicita criar en casa de los padres. Darán razón en la calle de las Peñuelas, n° 9, afueras del Portillo de Embajadores.*”<sup>61</sup> Sebastiana era una joven trapera que vivía con su madre, Dolores, de 40 años, en una casa con varios realquilados y lazos de parentesco vagos e imprecisos. Cuando dio a luz, Sebastiana decidió anunciarse como nodriza, una profesión muy regionalizada y dominada por las jóvenes pasiegas,<sup>62</sup> para conseguir entrar en una casa como sirvienta interna, donde, a buen seguro, disfrutaría de unas condiciones de vida mejores que como realquilada en una casa miserable de las Peñuelas.

<b>Características del servicio doméstico externo en el Ensanche Sur (1860-1905)</b>			
	<i>Asistente, ayudanta, ama de gobierno</i>	<i>Lavandera, planchadora, cocinera</i>	<i>Criada, sirvienta, niñera</i>
<b>1860</b>			
Cabeza, esposa o pareja	14,04	71,93	14,04
Hija	0,00	18,18	81,82
Realquilada	12,00	52,00	36,00
<b>1878</b>			
Cabeza, esposa o pareja	20,26	63,40	16,34
Hija	2,70	13,51	83,78
Realquilada	13,79	44,83	41,38
<b>1905</b>			
Cabeza, esposa o pareja	20,22	53,93	25,84
Hija	2,04	6,12	91,84
Realquilada	20,75	15,09	64,15

[Figura 3.36. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1860, 1878 y 1905. Los datos son porcentuales.]

Los anuncios de jóvenes de los barrios bajos de Madrid, entre los 16 y los 28 años de edad, ofreciéndose para criar a recién nacidos en las casas de los amos, eran muy frecuentes<sup>63</sup> y constituían una de las principales vías de entrada al servicio doméstico interno, junto a los intermediarios, las agencias y las recomendaciones personales de conocidos.<sup>64</sup> En el Ensanche Sur, las criadas y sirvientas internas se colocaban en las casas de los empleados, de los pequeños

<sup>61</sup> Diario oficial de Avisos de Madrid, 12 de enero de 1861.

<sup>62</sup> SARASÚA, Carmen: “Emigraciones temporales en una economía de minifundio: los montes de Pas, 1758-1888” en *Revista de demografía histórica*, n° 2-3, (1994), pp. 163-181.

<sup>63</sup> Los anuncios encontrados en el *Diario oficial de Avisos de Madrid*, entre 1858 y 1860, son muy abundantes, prácticamente diarios.

<sup>64</sup> SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Siglo XXI, Madrid, 1994, pp. 139-193.



comerciantes, de los militares, de los propietarios, así como de ingenieros y otras profesiones liberales. Evidentemente, las necesidades de unos y otros eran muy diferentes. No era lo mismo que una chica comenzara a trabajar para un pequeño comerciante, como Serafín Paul, que necesitaba no sólo a una persona para la casa, sino también para atender a la clientela de su taberna, a que lo hiciera en casa de un alto empleado del ferrocarril, de un ingeniero extranjero o de un abogado, en cuyos casos la estricta necesidad de ayuda era sustituida por el deseo de distinción. Se ocupaban de las tareas del hogar y atendían a las necesidades y caprichos de los dueños, pero también eran un elemento más de la posición social de la familia.

Relación de las criadas con el cabeza de familia										
Categoría profesional del cabeza de familia	esposa de		hija de		realquilada de		criada de		madre de	
	1878	1905	1878	1905	1878	1905	1878	1905	1878	1905
viudo	1,2	0,0	11,8	25,6	10,3	29,0	0,0	6,4	18,2	16,7
no cualificado	78,8	71,7	73,5	68,6	61,8	54,8	1,3	1,6	45,5	83,3
cualificado	14,1	23,9	2,9	3,5	14,7	9,7	14,5	4,0	36,4	0,0
pequeño comercio	2,4	0,0	0,0	0,0	8,8	0,0	19,7	23,2	0,0	0,0
empleado	3,5	4,3	11,8	1,2	4,4	6,5	36,8	28,0	0,0	0,0
prof. Liberal	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	15,8	9,6	0,0	0,0
militar	0,0	0,0	0,0	1,2	0,0	0,0	0,0	12,0	0,0	0,0
propietario	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	11,8	15,2	0,0	0,0

[Figura 3.37. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1878 y 1905. Los datos son porcentuales.]

Por ello, el pedigrí del servicio doméstico resultaba fundamental: la experiencia previa, los conocimientos en lectura y escritura, el vocabulario y los modales a la hora de dirigirse a los dueños, ser joven, ser extranjera o de regiones con arraigada tradición. No era lo mismo ser cocinera o *chica para todo*, entre las que abundaban las jóvenes procedentes de las zonas rurales de las provincias próximas a la capital, que institutriz, doncella o ama de llaves, procedentes de regiones como el País Vasco, la cornisa cantábrica o el extranjero.<sup>65</sup> Eran mujeres con una formación más amplia y ello les permitía ser las criadas mejor pagadas del Ensanche Sur, superando incluso a las criadas externas, que no contaban con la manutención y el alojamiento de las internas.

<sup>65</sup> CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Editorial Complutense, Madrid, 2008; PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2009.

Salarios medios anuales del servicio doméstico en el Ensanche Sur				
<i>Tipo</i>	<i>1878</i>	<i>% de criadas con un salario superior a la media</i>	<i>1905</i>	<i>% de criadas con un salario superior a la media</i>
externo	120,0	0,0	168,13	25,00
interno	123,0	60,0	243,33	20,80
<b>media</b>	<b>122,5</b>		<b>224,53</b>	

[Figura 3.38. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1878 y 1905. Los salarios están expresados en pesetas.]

Los oficios manuales suponían la gran alternativa de trabajo remunerado para las mujeres del Ensanche Sur en la Restauración. Oficios que se agrupaban en el sector de la confección y en la fabricación de tabaco. El mundo del hilo y la aguja gozaba de una fuerza y una vitalidad de antiguo, como no podía ser de otra forma en una ciudad que era capital y sede de la Corte.<sup>66</sup> Las familias más adineradas marcaban estilo, y distancia frente al resto, en la compra de joyas exclusivas, muebles caros, casas grandes y bien situadas y, fundamentalmente, en ropa nueva y a la última, a lucir en cualquier acto en sociedad. La ropa y sus complementos eran el primer escaparate que marcaba la posición social de las personas a ojos de los demás, de ahí su relevancia. A partir de la década de 1830, ir a la última implicaba seguir los dictados deslumbrantes de la moda de París, lo que se convirtió en una obsesión enfermiza para algunas mujeres de elevada posición y un próspero negocio para un puñado de roperos de nuevo.

*“El día 5 un dependiente de Sobrino Hermanos fue a avisar a Rosalía que empezaba a llegar de París el género nuevo de la estación. Eran maravillas. Quería Sobrino que su distinguida parroquiana viese todo y diera su parecer sobre algunas telas de una novedad algo estrepitosa.”*

Benito Pérez Galdós, *La de Bringas*, 1884.

Para el resto de familias que no podían seguir ese frenesí de gasto, que les era prohibitivo cambiar de ropa cada año, quedaba el mercado de ropa hecha o de segunda mano, el ropero de viejo y la industria del adorno, del pespunte y el retoque, que disfrazaba de novedad una ropa reciclada y sin brillo. *“Otras veces había hecho ella misma sus polkas y manteletas, pidiendo prestada una para modelo. Comprando los avíos en la subida de Santa Cruz, empalmando pedazos, disimulando remiendos, obtenía un resultado satisfactorio con mucho trabajo y poco dinero. ¿Pero cómo podían compararse las pobreterías hechas por ella con aquel brillante modelo venido de París?”*<sup>67</sup>

<sup>66</sup> NIETO SÁNCHEZ, José Antonio: *Artisanos y mercaderes: una historia social y económica de Madrid (1450-1850)*, Fundamentos, Madrid, 2006, pp. 348-352.

<sup>67</sup> PÉREZ GALDÓS, Benito: *La de Bringas*, Madrid, 1884.

El textil había sido uno de los sectores pioneros en los cambios surgidos con la primera revolución industrial, a través de la mecanización de los telares y la creación de centros fabriles más grandes. Madrid no contaba con ellos, pero su tejido artesanal había experimentado ciertos cambios a raíz de la aparición de talleres con una incipiente mecanización en el corte de los tejidos y con la extensión de la subcontratación por parte de mercaderes y productores.<sup>66</sup> Los talleres eran dirigidos por maestras o *madames*, que se encargaban de dirigir la producción y atender a los clientes. Para la confección y el acabado de vestidos, camisas, blusas, corpiños, faldas y pantalones, todavía era insustituible la mano diestra de las costureras, modistas y sastras oficiales, junto a las aprendizas. La revolucionaria máquina de coser Singer todavía era una novedad cara y exclusiva a finales del siglo XIX. Aunque eran pocas las que indicaban su lugar de trabajo, las mujeres del Ensanche Sur que trabajaban en un taller o en una fábrica solían ser jóvenes solteras, menores de 30 años. Como en el resto de la ciudad, eran conocidas popularmente como *modistillas*,<sup>68</sup> término que reflejaba su baja consideración entre la sociedad de la época. Su trabajo no se valoraba y ello repercutía en sus salarios, muy bajos y siempre inferiores al de los hombres. Las pagas iban desde los 75 céntimos diarios que ganaba en 1878 María Carballada con 14 años a las 1'75 pesetas de María de Miguel, costurera de 31 años; o de los 50 céntimos que ganaba en 1905 Gregoria Tejedor, con 15 años, a la peseta y media de Felisa Arias, con 24 años, la modista mejor pagada de las que declaraban trabajar en un taller.

Su juventud era otro de los factores que intervenían en sus bajos salarios, junto a la baja consideración social del oficio y el hecho en sí mismo de ser mujeres. Su trayectoria como operarias de una fábrica solía ser corta y terminar con el matrimonio. La mayoría de las costureras y modistas veía truncada su trayectoria una vez se casaban. La mala fama asociada a la imagen de la modistilla y las obligaciones del hogar como mujer casada, apartaban a estas mujeres del trabajo externo y visible de las fábricas y talleres. Como los ingresos que aportaban, por exiguos que fueran, seguían resultando fundamentales para el sostenimiento de la familia, estas trabajadoras experimentaban una rápida transición en su lugar de trabajo, del taller al domicilio propio, y de las condiciones laborales, al pasar de un horario largo, pero definido, al simple y asfixiante trabajo a destajo.

---

<sup>68</sup> NÚÑEZ ORGAZ, Adela: “Las *modistillas* de Madrid, tradición y realidad (1884-1920)” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Comunidad de Madrid-Alfoz, Madrid, 1989, Vol. 2, pp. 436-450.

*“Le era imposible volver a la fábrica de gorras. Pero conocía otros oficios menudos e insignificantes. Haría “flores” para los corsés, se dedicaría a emballarlos. Conservaba cierta amistad con la dueña de un taller, por haber trabajado para él cuando escaseaba la faena en la fábrica de gorras. Era una tarea costosa y mal pagada. Maltrana, al despertar, veía a Feli ante un montón de corsés, cosiendo animosamente. (...) Al volver a su casa a altas horas de la noche, tenía que hacer grandes esfuerzos para que se acostase.*

*-Déjame acabar esta docena –decía sin levantar la cabeza, tenaz en el trabajo, deseosa de no perder un segundo.”*

Vicente Blasco Ibáñez, *La horda*, 1905.

Al salir del trabajo reglado de los talleres, las mujeres se abocaban a las redes de una economía sumergida, encadenadas a jornadas interminables por salarios de miseria. El comerciante o la dueña de un taller entregaban la materia prima y ellas, en sus casas, confeccionaban las prendas a su propio ritmo. El problema radicaba en que a la tarea interminable de la aguja se añadía toda la carga de la casa que, por descontado, recaía en ellas, además de los pagos misérrimos por pieza entregada. *“Isidro, avergonzado de su inacción, se dedicó a acompañarla cuando devolvía el género al taller, ya que no podía hacer otra cosa. [...] Salían cada dos días, luego de cerrada la noche, cargados con aquellos paquetes... Feli percibía 50 céntimos por cada docena de corsés. Apenas si trabajando día y noche podía juntar un par de pesetas.”*<sup>69</sup>

Al contrario de lo que ocurría con los hombres, las mujeres no disfrutaban por lo general de una mejora en sus retribuciones con el paso de los años y sus oportunidades para seguir trabajando menguaban. El trabajo agotador y la pobre iluminación de las casas con candiles de gas terminaban con la agudeza visual necesaria para el trabajo fino y mejor pagado. Las más afortunadas, las que conservaban un mejor manejo de la aguja y contactos laborales acertados, ejercían una actividad mixta entre el trabajo del taller y el trabajo en casa. Eran los encargos y visitas a domicilio de modistas y costureras, que acudían a casas particulares de las familias acomodadas para efectuar arreglos de urgencia, o para tomar medidas y llevarse la prenda a su casa, donde la remataba. Estas costureras y modistas del Ensanche Sur que declaraban como lugar de trabajo las *“casas donde las llamen”*, eran invariablemente mujeres por encima de los 40 años, es decir, previsiblemente trabajadoras con una dilatada experiencia previa y todavía capacitadas para ejercer el oficio con maestría. Ninguna de ellas indicaba salario diario alguno, pues estaba condicionado a los encargos que recibieran.

---

<sup>69</sup> BLASCO IBÁÑEZ, Vicente: *La horda*, Madrid, 1905.

*“Un día D. Francisco volvió de la oficina antes de lo que acostumbraba, y sorprendió a Rosalía en lo más entretenido de su trabajo y asistida de una costurera que había llevado a casa. Más que taller parecía el camón la sucursal de Sobrino Hermanos.*

- *Esos vestidos son de Milagros, que compró las telas y llevó a su casa una modista para hacerse un par de trajes de verano... ¿Qué cosa más natural? Emilia, esa chica, es muy hábil y trabaja por poco dinero... Es una infeliz sin pretensiones, pero le da palmetazo al célebre Worth, no te creas...”*

Benito Pérez Galdós, *La de Bringas*, 1884.

Las cigarreras constituían la gran excepción privilegiada del mundo del trabajo femenino. Su nombre es evocador de un tiempo, de un espacio y de unas formas en la organización del trabajo y en la vida comunitaria de los barrios. La Real Fábrica de Tabacos de Madrid, ubicada en la calle de Embajadores, junto a las rondas que daban paso al Ensanche Sur, albergaba la mayor concentración de mano de obra de la ciudad. En ella las protagonistas absolutas eran las cigarreras, las mujeres que se encargaban de la fabricación de cigarrillos y cigarros puros, a través de diferentes actividades como el picado, el liado o el emboquillado.<sup>70</sup> Eran de los pocos trabajadores de la capital que, a la altura de la Restauración, podían nacer y morir en el seno de un mismo oficio, siguiendo una especie de “carrera gremial”, con paulatinos ascensos de aprendiz a operaria, capataza y maestra, en función de sus años de experiencia y la habilidad adquirida.

La mayoría de muchachas que se iniciaban como criadas en las casas de las familias acomodadas abandonaban la profesión al momento de casarse. Era una estrategia temporal que algunas retomaban años después, empujadas por los apuros económicos o por la obligación de sacar adelante a su familia una vez que habían enviudado. Pero las condiciones de su trabajo ya no eran las mismas que cuando eran veinteañeras. Las costureras y modistas también sufrían una ruptura al casarse y debían adaptarse a una nueva situación profesional que, en la mayoría de los casos, empeoraba sus condiciones de vida y de trabajo.

---

<sup>70</sup> Para el estudio de las condiciones laborales y de vida de las cigarreras madrileña resulta imprescindible los exhaustivos estudios de Paloma Candela, condensados en CANDELA SOTO, Paloma: *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida (1888-1927)*, Tecnos, Madrid, 1997. Para ver más, CANDELA SOTO, Paloma: “Trabajo y organización en la industria del tabaco: las cigarreras madrileñas, 1890-1920” en *Sociología del trabajo*, nº 20, (1994), pp. 91-116; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *Los albores del nuevo Madrid: el distrito de Arganzuela (1860-1878)*, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es: 6238, 2006; VALLEJO FERNÁNDEZ, Sergio: “Las cigarreras de la Fábrica Nacional de Tabacos de Madrid” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Consejería de Cultura, Madrid, Vol. 2, 1986; pp. 136-161.

Principales profesiones de las trabajadoras cualificadas en el Ensanche Sur										
	1860		1878				1905			
Total	202		704		Salario medio	Salario mayor	218		Salario medio	Salario mayor
Cigarrera	79	39,11	441	62,64	1,05	3,00	97	44,50	1,40	2,50
Costurera	76	37,62	135	19,18	1,06	1,75	27	12,39	1,25	1,50
Modista	1	0,50	12	1,70	0,75	0,75	30	13,76	1,03	2,25
Sastra	15	7,43	54	7,67	1,09	1,50	23	10,55	1,29	2,00
Guarnicionera	4	1,98	8	1,14	1,00	1,00	15	6,88	1,35	3,00
Sombrerera	2	1,00	5	0,71	1,00	1,00	2	0,92	-	-

[Figura 3.39. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1860, 1878 y 1905. Los salarios son diarios y están expresados en pesetas. En 1860 no se indica salario porque la fuente documental no recogía esa información.]

Todo esto no ocurría con las cigarreras, más bien al contrario. Como en los antiguos tiempos gremiales, la experiencia era reconocida y valorada. Esa radical diferencia nacía del régimen de explotación económica de la actividad tabacalera. Al ser un monopolio estatal, estaba al abrigo de los cambios que estaba produciendo el incipiente capitalismo en la organización del trabajo y en la composición del mercado laboral. El monopolio era un escudo a los embates de la subcontratación, de la economía sumergida, de la degradación profesional y de la inestabilidad que sufrían otros sectores. Las cigarreras no permanecían en sus casas, con sus espaldas curvadas y trabajando a machamartillo en infernales jornadas a destajo, sino que acudían a un enorme centro fabril, con un horario fijo y unas retribuciones que variaban con la mercancía elaborada, pero con sueldos mínimos y premios extraordinarios.<sup>71</sup>

Además, disfrutaban de una serie de prestaciones muy valiosas por su singularidad y exclusividad, que mejoraban sus condiciones de vida considerablemente respecto a otras mujeres trabajadoras, como eran los adelantos en las pagas por causas justificadas, los permisos por enfermedad, el servicio de cocina interior de la fábrica o el Asilo de las cigarreras, donde las madres podían dejar a sus hijos pequeños mientras trabajaban o ir a darles de mamar si eran lactantes. Una situación muy diferente de las costureras, que debían estar en sus casas con un ojo en la labor y otro en los hijos, o de las lavanderas, que se llevaban a los hijos con ellas por no abandonarlos en casa y terminaban por ayudarlas en el trabajo, cuando no incordiaban con sus juegos.

<sup>71</sup> CASTILLO, Santiago (ed.): *Comisión de Reformas Sociales. Información oral y escrita (1889-1893)*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985, tomo II, pp. 34-35.

*“Los doscientos pantalones se llenan de viento y se inflan. Los chicos corremos entre las hileras de pantalones blancos y la señora Encarna corre detrás de nosotros con la pala de madera. A veces consigue alcanzar a alguno; los demás comenzamos a tirar pellas de barro a los pantalones. Por la tarde, cuando los pantalones están secos, ayudamos a contarlos en montones de diez hasta completar los doscientos.”*

Arturo Barea, *La forja de un rebelde I. La forja*, 1951.

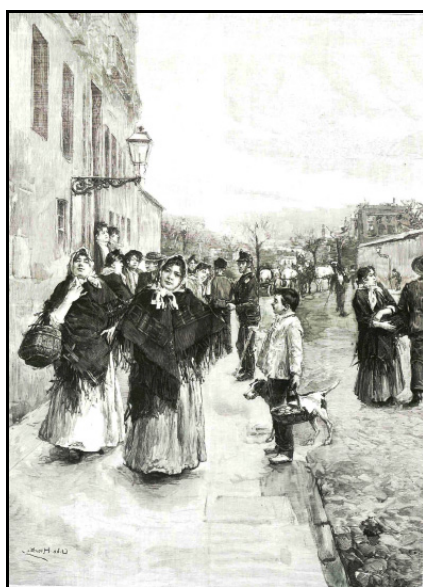
Esas condiciones laborales y sus elevados sueldos, respecto al resto de trabajadoras (figura 3.39), evitaban en mayor medida los fuertes terremotos que sacudían los hogares de costureras y sirvientas. Aunque eran frecuentes las cigarreras viudas que encabezaban una familia, no llegaban a los niveles de aquellas mujeres que se lanzaron a servir una vez enviudaron (figura 3.40), como personificaron en la ficción las madres de los protagonistas de las obras de Barea y Baroja. Además, las cigarreras mostraban una menor tendencia a emparejarse al margen del matrimonio o una vez que habían enviudado, y también acogían a un menor número de realquilados. No tenían la imperiosa necesidad de ayuda económica que atenazaba a cualquier otra viuda, desamparada repentinamente por la pérdida del marido y empujada a trabajos mal pagados, a realquilar cuartos de su casa y a volver a compartir su vida con otro hombre.

Tipos de parentesco de grupos de trabajadoras del Ensanche Sur (1878)			
	<i>Cigarreras</i>	<i>Textil*</i>	<i>Servicio doméstico**</i>
Cabeza (viuda)	14,35	- 2,91	+ 4,92
esposa	27,58	- 14,64	- 15,04
pareja informal	6,73	+ 3,72	+ 8,25
hija	26,46	+ 7,37	- 11,78
familiares	10,99	- 1,54	+ 0,94
realquilada	13,90	+ 7,99	+ 12,71

[Figura 3.40. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1878. \* Costureras, modistas y sastras. \*\* Servicio doméstico externo. Los datos son porcentuales y se toma como base para la comparación el comportamiento expresado por las cigarreras.]

Los elevados salarios de las cigarreras explicaban en parte esas diferencias, pero también intervenían los estrechos lazos sanguíneos, de paisanaje y de residencia, que eran la nota distintiva de las cigarreras. La continuidad materno-filial era moneda común y hacía del oficio una profesión casi hereditaria. En el Ensanche Sur, casi el 60% de las cigarreras que se declaraban como hijas, tenían por madre a otra cigarrera y más de tres cuartas partes tenían a otras cigarreras como hermanas. Un círculo estrecho y muy cohesionado que se ampliaba a los lazos de paisanajes, como demostró la inmigración de cigarreras alicantinas en 1860 (ver capítulo 2) o la frecuente coresidencia entre cigarreras viudas o casadas y cigarreras realquiladas en 1878 (62%).

Las experiencias compartidas y los inquebrantables lazos de solidaridad de las cigarreras, dentro y fuera de la fábrica, dejaron una huella indeleble en el espacio y convirtieron las calles que rodeaban a la fábrica en una especie de coto privado para su alojamiento, en un entorno del que apenas se alejaban. Su segregación espacial era casi absoluta y en 1878, por ejemplo, de las 468 cigarreras presentes en el total del Ensanche, 446 se concentraban en el Ensanche Sur. Aquél era su barrio, su mundo, calles que resumían vidas enteras entre sus adoquines. Se compartía el lugar de trabajo, la vivienda en corrala, las fuentes públicas, los ratos de lavar en el río, los mercados, las horas de comida o las entradas y salidas del trabajo, convertidas en ríos tumultuosos que hacían palpar al barrio dos veces por día.



[Ilustración 3.11. Cigarreras a la salida de la fábrica, 1890. Fuente: Ilustración española y americana.]

La férrea solidaridad cigarrera se puso a prueba en diferentes momentos de conflictividad y reivindicaciones por parte de las trabajadoras y, de manera especial, en el año crítico de 1887. En ese año, el Estado cedió la explotación del monopolio a la Compañía Arrendataria de Tabacos y se acometieron importantes reformas para solucionar graves problemas higiénicos del edificio. El nuevo modelo de gestión encaminó su política hacia una progresiva mecanización de los procesos de producción de tabaco, una disminución en la plantilla de operarias y una simplificación de algunos procesos productivos, lo que implicaba, de hecho, el uso de trabajadores con una escasa cualificación.

Aunque las cigarreras ofrecieron resistencia a los cambios, terminaron por sucumbir a un proceso que, en realidad, iba más allá de la Fábrica de Tabacos y afectaba al conjunto del mercado laboral madrileño. La primera etapa en la modernización del sistema productivo madrileño tenía unas consecuencias funestas para los antiguos oficios cualificados. Su fuerza se diluía ante el empuje



de los jornaleros y la degradación de los propios trabajadores cualificados con los nuevos métodos de la economía capitalista. En 1905 salían muchas menos cigarreras por las puertas de su fábrica y las que se dirigían al Ensanche Sur, cuyos barrios superaban los 30.000 habitantes, eran similares en número a las de 1860, cuando la zona se reducía a unos arrabales extramuros que no llegaban a las 4.000 personas. El dominio de las cigarreras sobre el barrio se había esfumado debido a una honda transformación urbana, pero sobre todo económica. La caída de las cigarreras simbolizaba el fin del artesano y el apogeo del jornalero.

### **3.6 Madrid, «fin de siècle». En la encrucijada**

#### ***3.6.1 El rostro maldito del nuevo mercado laboral***

Toda su vida llevaba José López Gisbert en Madrid y toda como jornalero. Los sueños de su difunto padre, José López Asensi, no se habían cumplido al pie de la letra. Cuando emigró de su pueblo alicantino, en la década de 1850, por su trabajo en el ferrocarril, abrigaba esperanzas de un futuro más despejado para sus hijos, menos incierto y con mejores oportunidades de trabajo. En parte fue así y en parte no. Una de las hijas pequeñas, Carmen, se había metido como criada en la casa-hotel de doña Enriqueta Rojas, una señora viuda y propietaria gaditana que vivía en la calle de Pacífico, y cobraba 630 pesetas anuales en 1905 por tener atendida a su señora, más la manutención y la cama. Vicenta, la mayor de las hermanas, acababa de regresar de Zaragoza con siete hijos a sus espaldas, después de que fuera abandonada por Laureano, su marido. José, el mayor de todos, no se había visto en la obligación de partir a otra ciudad, como hizo su padre de joven.

En 1905 seguía viviendo en la antigua casa de sus padres, en el nº 16 de la calle Méndez Álvaro, que ya había hecho suya con su mujer, Micaela Ajenjo y sus tres hijos. Cuando su hermana regresó con sus sobrinos, José le ayudó a encontrar una casa en el bloque contiguo al de su familia. Madrid era su ciudad y saber de casas asequibles donde su hermana pudiera alojarse no era ningún misterio. Para José los problemas eran otros y derivaban de su situación, nada boyante. A sus 39 años, su condición profesional era tan precaria e inestable como la de su padre treinta años atrás y no tenía visos de mejora. Era uno de los miles de jornaleros *ambulantes* que abarrotaban los barrios populares de la capital y cada mañana, al salir del portal de su casa, debía afrontar el reto de ganarse el jornal en alguna parte de la ciudad.

Si José López, nacido en Madrid, no se había zafado de la condición de jornalero con la que llegó su padre, Carlos Amburtin Masés había perdido el

status de trabajador cualificado que ostentaba su padre en 1878. La familia Amburtin-Masés tenía raíces francesas y catalanas y había emigrado desde Barcelona. El padre, también llamado Carlos Amburtin, era un maestro charolista francés y su cuñado, un experto oficial en la industria del cuero. A diferencia de José López, Carlos Amburtin hijo sí se movió de Madrid y residió por un tiempo en el extrarradio madrileño de Carabanchel, hasta que regresó a la ciudad en 1898, casado con Carmen Zafio y con tres hijos. Al entrar en el Ensanche Sur, no lo hizo como su padre veinte años atrás, como un trabajador experto codiciado por ser uno de los pocos que ejercían en su campo, sino como un jornalero más. Carlos había perdido la distinción profesional de su padre y se había convertido en otro trabajador inmigrante sin una cualificación específica, de los que tanto abundaban en la capital.

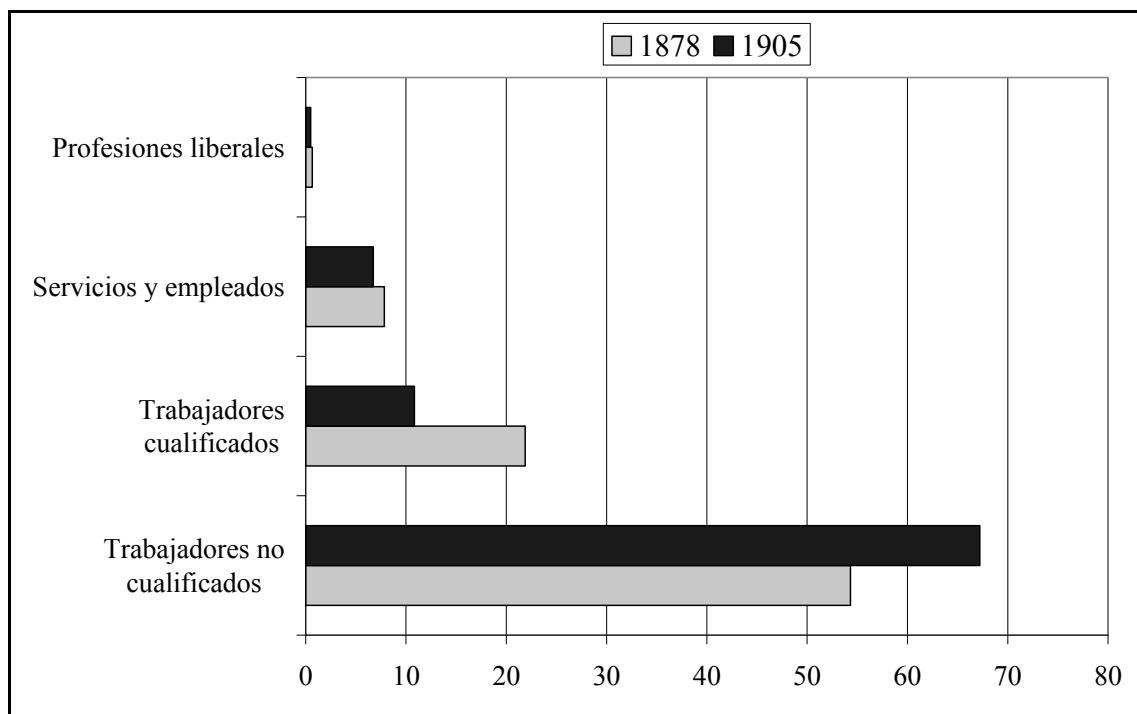
Durante las primeras décadas de la Restauración Madrid dio el salto a gran ciudad y los barrios del Ensanche se agigantaron hasta convertirse en pequeñas ciudades “interiores” de 30, 40 ó 50.000 habitantes.<sup>72</sup> Las distancias que mediaban entre los diminutos arrabales de 1860 y los imponentes barrios urbanos de 1905 eran enormes en cuanto a volumen de vecindario, desarrollo inmobiliario, dotación de servicios públicos, diversidad de los trabajadores, complejidad del tejido económico de la zona, etc. Unas diferencias ocasionadas por el continuo torrente de inmigrantes que acudían a la ciudad, pero también por la propia evolución económica de Madrid y de su mercado laboral. En el Ensanche Sur, el curso de las diferentes actividades económicas había llevado a un importante deterioro en la situación social y profesional de la mayoría de la población.

En el último cuarto del siglo XIX se había fraguado un nuevo mercado laboral de efectos perniciosos para la población del Ensanche Sur. Era la cara maldita de su modernización económica. El sector de trabajadores que ocupaban el escalafón más bajo de la pirámide profesional se había incrementado considerablemente, mientras que los grupos intermedios habían menguado dramáticamente y los superiores habían desaparecido. En 1905, la inmensa mayoría de la población activa del Ensanche Sur se encontraba en situaciones de servidumbre profesional o en trabajos inestables, precarios y sin una cualificación específica. La equilibrada situación de 1860 se había esfumado por la erosión de los grupos intermedios de empleados, pequeños comerciantes y, especialmente, de los trabajadores cualificados (figuras 3.41 y 3.42). Esa mano de obra heredera de la vieja ciudad gremial había desaparecido a manos de los jornaleros, y las formas de trabajo artesanales, cuidadas y perfeccionadas por el paso de las generaciones, habían sido sustituidas por el trabajo de explotación y fuerza bruta.

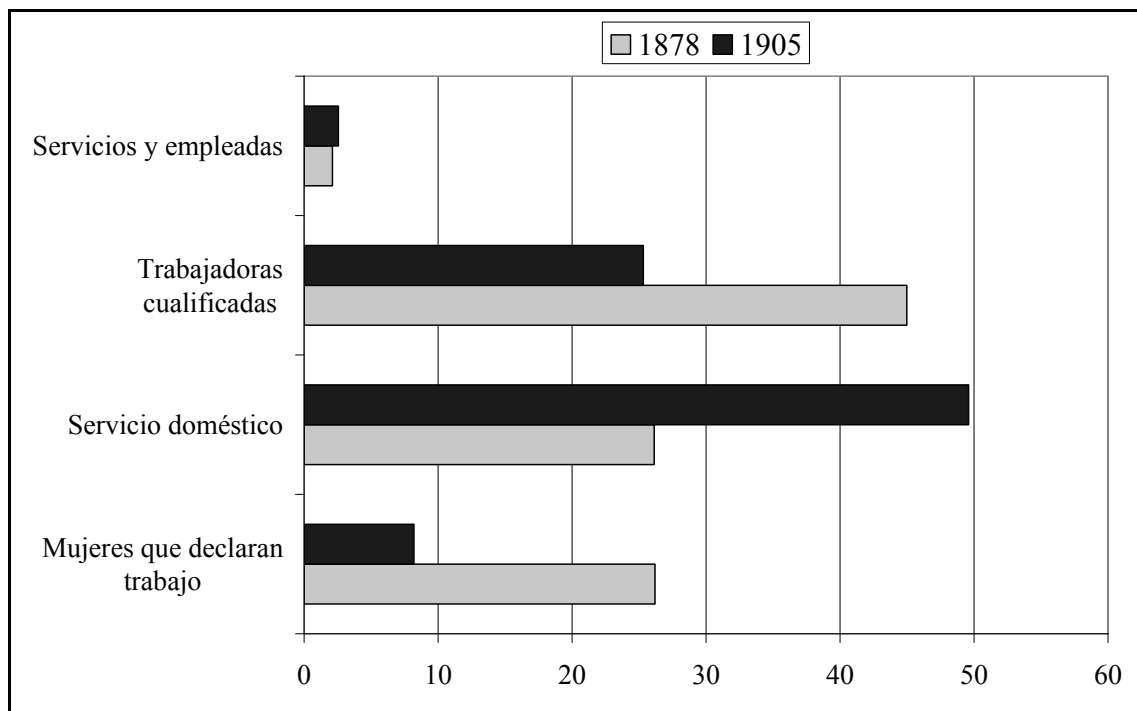
---

<sup>72</sup> VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “Los motores del crecimiento demográfico de Madrid (1860-1930)”, en PAREJA ALONSO, Arantza (ed.): *El capital humano en el mundo urbano. Experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*, Servicio editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 2011, pp. 253-275.

### Principales categorías profesionales masculinas del Ensanche Sur (1878-1905)



### Principales categorías profesionales femeninas del Ensanche Sur (1878-1905)



[Figuras 3.41 y 3.42. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1878 y 1905. Los datos son porcentuales. Muestra de población: mayores de 12 años (14 años para 1905). Los datos de las categorías profesionales se estiman sobre aquellos que indican una profesión (todos los análisis se han realizado partiendo de esta premisa).]

Los trabajadores no cualificados se imponían y crecían en todos los frentes. Entre los inmigrantes eran legión y llegaban a rozar la proporción de siete de cada diez trabajadores en edad de trabajar. En parte, el cuadro dibujado por el Ensanche Sur de Madrid era un eco más de la *crisis finisecular* que atenazaba al país.<sup>73</sup> El agotamiento de la vida agraria reforzó los trasvases de población hacia las ciudades y Madrid fue uno de los principales cestos de acogida para esos campesinos expulsados. Eran personas sin ninguna experiencia previa en empleos de corte urbano y, con su masiva llegada, copaban el mercado de mano de obra barata e inexperta.

Evolución de los trabajadores no cualificados por lugar de origen y tiempo de estancia			
	1878	1905	Crecimiento %
<i>Media</i>	54,32	67,21	+ 23,73
Madrileños	38,40	62,54	+ 62,86
Inmigrantes	59,46	69,27	+ 16,50
Inmigrantes de capital	41,90	56,60	+ 39,75
Inmigrantes de provincia	60,30	69,70	+ 15,59
Inmigrantes recientes	57,41	66,62	+ 16,04
Inmigrantes antiguos	62,61	71,88	+ 14,81

[Figura 3.43. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1878 y 1905. Muestra de análisis: población masculina mayor de 12 años (1878) y mayor de 14 años (1905). Los datos son porcentuales.]

En esa degradación general de la estructura profesional también tenía un rol decisivo la propia evolución interna del mercado madrileño. A falta de una industria puntera, la capital salía a flote con los sectores de la construcción y del ferrocarril, además de los servicios, para alcanzar un óptimo desarrollo de su economía y, a la par, dar trabajo a tanto foráneo que llegaba para quedarse. Al disponer de una fuente inagotable de mano de obra barata y sin cualificación, la construcción y el ferrocarril habían fomentado aún más la demanda de ese tipo de trabajadores representados por jornaleros, peones, mozos, braceros y ayudantes. Esa demanda interna hizo que los trabajadores madrileños en el Ensanche Sur fueran los que experimentaran un mayor crecimiento y perdieran, a la altura de 1905, su antigua distinción frente a los inmigrantes. Las tasas de los inmigrantes más recientes y, sobre todo, los procedentes de otros centros urbanos eran inferiores a la media y apuntaban a que su situación profesional experimentaba una recaída a trabajos no cualificados cuando se asentaban en la ciudad. Madrid no les aportaba una mejora en el status de los oficios debido a que sus sectores

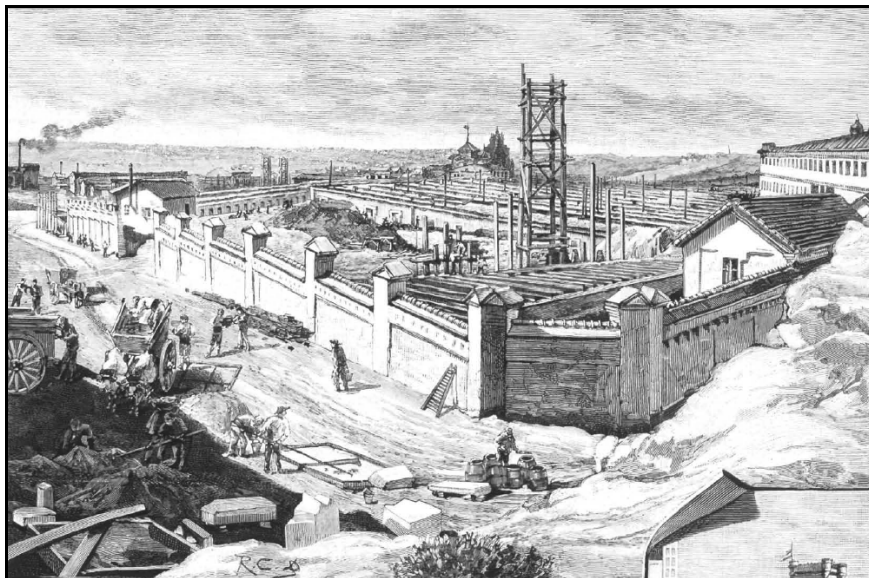
<sup>73</sup> GONZÁLEZ ENCISO, Agustín y BATÉS BARCO, Juan Manuel (coords.): *Historia económica de España*, Ariel, Barcelona, 2007; BERNAL, Antonio Miguel y PAREJO BARRANCO, Antonio: *La España liberal (1868-1913): Economía*, Síntesis, Madrid, 2001; TORTELLA, Gabriel: *El desarrollo de la España Contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*, Alianza, Madrid, 1994.

punteros, al igual que ocurría en otras grandes ciudades, recurrían masivamente a una mano de obra de bajo coste.

*“Llovía sobre nuestro gentío. Las filas se comprimían bajo los canalones. Se comprime con facilidad la gente que busca currelo. Lo que les gustaba de Ford era que contrataban a cualquiera y cualquier cosa.”*

Louis-Ferdinand Céline, *Voyage au bout de la nuit*, 1932.

En el Ensanche Sur, el camino más fácil y directo para un recién llegado era encaminarse a una de las grandes estaciones ferroviarias que recortaban el horizonte. No había día que no se requirieran brazos para tareas extraordinarias de fuerza bruta: la descarga de un cargamento de mercancías, la limpieza de las vías, apilar sacos de carbón en los almacenes o la propia remodelación y ampliación de los edificios. El humo del ferrocarril o el de las fábricas y talleres que inundaban la zona, eran reclamos irresistibles para todo aquel que no fuera de la ciudad ni llevara mucho tiempo en ella. Humo y ruido implicaban ajeteo, encargos de faenas y oportunidades infinitas de hacerse con un empleo y ganar un jornal. Por eso se lanzaban con más ahínco los recién llegados a esos lugares, frente a los negocios pequeños, cuyas señas eran una dirección particular que desconocían por completo.



[Ilustración 3.12. Nuevas construcciones en las inmediaciones de la estación de Atocha, 1887. Fuente: La Ilustración Española y Americana.]

Principales lugares de trabajo de la mano de obra no cualificada					
	1878	1905	Diferencia	Inmigrantes Recientes (IR)	Diferencia Media - IR
Variable o eventual	24,05	36,67	+ 12,62	28,0	- 8,67
Ferrocarriles	32,59	27,95	- 4,65	44,0	+ 16,05
Fábricas y empresas privadas	21,52	18,08	- 3,44	24,0	+ 5,92
Dirección particular	9,81	6,67	- 3,14	0,0	- 6,67
Administración Pública	3,16	4,87	+ 1,71	4,0	- 0,87
Construcción	4,75	1,41	- 3,34	0,0	- 1,41
Indica lugar	16,70	17,40	+ 0,70	18,8	+ 1,40

[Figura 3.44. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1878 y 1905. Muestra de análisis: población masculina mayor de 12 años (1878) y mayor de 14 años (1905). Los datos son porcentuales. Los IR se refieren al año 1905.]

La exigua presencia de la construcción no debe llevar a engaño, pues recogía también a la mayoría de los trabajadores que se declaraban ambulantes. El espectacular crecimiento demográfico de las dos últimas décadas había convertido a la construcción en el sector estrella de la economía madrileña.<sup>74</sup> Los tajos y las obras se multiplicaban por doquier y la volatilidad de los lugares de trabajo era absoluta. Los peones de albañil, los jornaleros, los braceros de carga y los mozos de faena no podían declarar “un centro de trabajo” porque directamente no lo tenían. Una semana podían estar ocupados en los cimientos de un nuevo inmueble en el Paseo de las Delicias y al mes siguiente podían estar desescombrando unos descampados, cargando carretillas de arena para las nuevas calles que nacían más allá del Retiro o picando adoquín y removiendo brea para el asfaltado de las vías céntricas. Acudían donde les llamaran, donde hubiera un tajo en el que emplearse. Por eso su *lugar de trabajo* era “variable, eventual o ambulante”, o ni siquiera eso, ni siquiera daban señas o indicaciones de los lugares donde se empleaban en actividades rudas, agotadoras y hasta peligrosas, faenas inseguras que les condenaban a un paro crónico durante los meses de invierno o en las épocas de crisis económica.

*“Estaban asfaltando un trozo de la Puerta del Sol; diez o doce hornillos, puestos en hilera, vomitaban por sus chimeneas un humo espeso y acre. Las siluetas de unos cuantos hombres que removían la masa de asfalto en las calderas con largos palos, se agitaban diabólicamente ante las bocas inflamadas de los hornillos.”*

Pío Baroja, *La lucha por la vida I. La busca*, 1904.

<sup>74</sup> RUIZ PALOMEQUE, María Eulalia: “Transformaciones urbanas en el casco antiguo, 1876-1931”; MAS HERNÁNDEZ, Rafael: “Crecimiento espacial y mercado del suelo periférico en los inicios de la Restauración”; GALIANA, Luis y LLOP POMARES, Mercedes: “Propiedad y mercado inmobiliario en Madrid, 1885 (I. Propiedad)”; AYLLÓN, María del Carmen, LACASTA, Pilar y TARANCÓN, Olga: “Propiedad y mercado inmobiliario en Madrid, 1885 (II. El mercado inmobiliario)”; y RODRÍGUEZ CHUMILLAS, Isabel: “La propiedad inmobiliaria en Madrid, 1870-1890”, todos en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Comunidad de Madrid-Alfoz, Madrid, Vol. 1, 1989.



[Ilustración 3.13. Obreros batiendo brea para asfaltar la calle de Preciados tras la instalación de los raíles del tranvía, c. 1900.]

### 3.6.2 Los “últimos de Filipinas” en el océano jornalero

El viejo mundo de los oficios llegó agonizante a las orillas del siglo XX. El triunfo de las formas capitalistas en los intercambios económicos y en las relaciones de trabajo, la revolución de los transportes y de las comunicaciones, los grandes movimientos migratorios y la propia orientación del desarrollo productivo de la ciudad, arrumbaron con la regulación de sus cuadros profesionales, con su organización interna, con sus ritmos y métodos de trabajo y, en definitiva, con sus formas de vida y hasta con su presencia física. En el Ensanche Sur, considerado como el barrio fabril por excelencia de la capital por su elevada concentración de fábricas, talleres y almacenes, su figura se redujo a la mitad, tanto entre los madrileños como entre los inmigrantes (figura 3.45). El trabajador cualificado se convirtió en una *rara avis* en mitad del océano jornalero y sólo aquéllos que habían nacido en un entorno urbano (madrileños de origen e inmigrantes de capital) se distinguían del resto y mantenían unos porcentajes de trabajadores cualificados por encima de la media. Una vez más, como ocurría a comienzos de la Restauración, haber nacido en una gran ciudad aportaba una ventaja significativa sobre el inmigrante que no había tocado más herramientas que los aperos de labranza.

<b>Evolución de los trabajadores cualificados por lugar de origen y tiempo de estancia</b>			
	<b>1878</b>	<b>1905</b>	<b>Descenso %</b>
<i>Media</i>	21,88	10,84	- 50,46
Madrileños	38,18	16,57	- 56,60
Inmigrantes	16,69	8,30	- 50,27
Inmigrantes de capital	28,20	15,70	- 44,33
Inmigrantes de provincia	15,10	7,10	- 52,98
Inmigrantes recientes	14,51	8,35	- 42,45
Inmigrantes antiguos	17,54	8,09	- 53,88

[Figura 3.45. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1878 y 1905. Muestra de análisis: población masculina mayor de 12 años (1878) y mayor de 14 años (1905). Los datos son porcentuales.]

Esa “*distinción de cuna*” no siempre era un seguro a todo riesgo con el que capear el temporal y los riesgos de un mercado laboral en plena transformación. En la segunda mitad del siglo XIX, un madrileño que naciera en el seno de una familia de trabajadores cualificados ya no tenía asegurado que pudiera seguir los pasos de sus padres durante toda su vida. Valentín Pastrana Artesero podía dar buena fe de ello. Su familia era de las de rancio abolengo arrabalero, una de las pioneras de las viejas Peñuelas anteriores al Ensanche. En 1860, su madre, Valentina, era una cigarrera toledana de 42 años que se había separado de su marido desde hacía varios años. Vivía en el nº 4 de la calle Ercilla, en pleno arrabal, al lado de la casa de su hermano pequeño, Mariano, el cual estaba casado y había nacido en Madrid. Tras la separación, Valentina se había vuelto a unir con otro hombre, José Pastrana, un zapatero madrileño once años más joven que ella. A pesar de la diferencia de edad, la relación se consolidó y tuvieron a Valentín en 1850. Como Valentina seguía oficialmente casada con su anterior marido, aparecía como la cabeza de familia, pero el contrato de arrendamiento de la vivienda lo firmaba Mariano, el hermano menor de Valentina, que vivía con su propia familia en la casa contigua. Valentín nacía en un hogar humilde, pero de trabajadores con un oficio reconocido y con raigambre en la ciudad. Durante su infancia, su padre le inculcaría los secretos de la profesión en el modesto obrador que tenía abierto en el patio de la casa. Un aprendizaje que debía valerle para toda la vida.

En 1878 su padre había fallecido y Valentín se había casado con la madrileña Petra Aguado, con la que había tenido a su hija Juana en 1872. El joven matrimonio seguía viviendo en la casa de Ercilla, junto a Valentina, la anciana madre que seguía ejerciendo como cigarrera. A ellos se había unido la suegra de Valentín, que también se había quedado viuda como su madre. Valentín ejercía como zapatero, el viejo oficio de su padre, pero sus ingresos no debían ser suficientes para pagar las 12,5 pesetas mensuales de alquiler y mantener a su familia. Por ello, se había visto en la obligación de realquilar parte de la vivienda a una familia completa de vendedores ambulantes. El oficio nunca había sido una mina de oro, pero últimamente estaba peor que nunca. Los



clientes escaseaban de forma alarmante y Valentín se vio en la necesidad de adaptarse a las circunstancias, de convertirse en un trabajador asalariado, que seguía trabajando en su pequeño obrador, pero ya no de forma autónoma e independiente, sino cumpliendo con encargos de comerciantes del calzado, que le ocupaban en tareas propias de un trabajador no cualificado. Así, en 1890 aparecía como zapatero jornalero con un salario de dos pesetas y media.

*“El trabajo consistía en desarmar y deshacer botas y zapatos viejos, que en grandes fardos atados de mala manera, y en sacos, con un letrero de papel cosido a la tela, se veían por el almacén por todas partes. En el tajo de madera se colocaba la bota destinada al descuartizamiento; allí se le daba un golpe o varios con una cuchilla, hasta cortarle el tacón; después, con las tenazas, se arrancaban las distintas capas de suela; con tijeras se quitaban los botones o tirantes, y cada cosa se echaba en su espuerta correspondiente.”*

Pío Baroja, *La lucha por la vida I. La busca*, 1904.

Su maestría era derrochada en faenas burdas y mecánicas, propias de gente inexperta en otro tiempo, a las que se veían abocados por necesidad, si no querían verse reducidos a *“alguna mala chapuza que hacer de pascuas a ramos”*. Su distinción frente a los trabajadores no cualificados se diluía como sacos de arena bajo el agua y el *“maestro de obra prima, había tenido necesidad, por falta de trabajo, de abandonar la lezna y el tirapié para dedicarse a las tenazas y a la cuchilla; de crear, a destruir; de hacer botas nuevas, a destripar botas viejas.”*<sup>75</sup> Esa situación pasó de arreglo temporal ante los malos tiempos a situación definitiva en 1905. Para entonces, la categoría profesional de Valentín se había corroído completamente hasta perder el preciado nombre de zapatero y convertir al adjetivo “jornalero” en la única palabra que definía a la perfección su precaria situación. Después de tantos años, se había visto en la obligación de abandonar la casa de sus padres, en el corazón de las Peñuelas, para irse a la barriada de *Casa Blanca*, en el Arroyo de Embajadores, uno de los rincones marginales con peor fama de la capital. Valentín no había sido capaz siquiera de costear el bajo alquiler de la casa en la calle Ercilla y se tenía que arreglar con un bajo de 8 pesetas de alquiler mensual, cuatro menos de lo que pagaba veinte años atrás.<sup>76</sup>

<sup>75</sup> BAROJA, Pío: *La lucha por la vida I. La busca*, Madrid, 1904.

<sup>76</sup> Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860, 1878, 1890 y 1905. Para un mayor detalle sobre la evolución de los zapateros, ver HOBBSBARN, Eric J.: *Gente poco corriente*, Crítica, Barcelona, 1999, pp. 29-56 (“Zapateros políticos”) y NADAL, Jordi: *La cara oculta de la industrialización española: la modernización de los sectores no líderes (siglos XIX y XX)*, Alianza Editorial, Madrid, 1994, pp. 321-339 (“La transición del zapato manual al zapato mecánico en España”).

Profesiones en retroceso en el Ensanche Sur					
Oficios	1878	1905	Oficios	1878	1905
Cigarrera	441	97	Sillero de viejo	25	8
Zapatero	300	199	Sastre	21	9
Carretero	45	5	Carrero	13	0
Curtidor	38	14	Sombrerero	12	2
Guarnicionero	31	9	Yesero	6	0
<b>Nº total de oficios</b>	<b>164</b>	<b>129</b>	<b>Diferencia % entre ambas fechas - 21,34%</b>		

[Figura 3.46. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1878 y 1905.]

La evolución económica y laboral del mercado madrileño arrinconaba a Valentín y a otros como él a posiciones marginales, cuando no a la absoluta extinción. Los zapateros se habían visto en la obligación de afrontar cambios drásticos en el desempeño de su profesión y, aún así, su presencia había decaído considerablemente (figura 3.46) a pesar del salto demográfico del Ensanche Sur, que dobló su población en esos 25 años. La mecanización de los procesos productivos afectaba a otros sectores, como las cigarreras, mientras que la modernización de los sistemas de transporte estaba abocando a la extinción de viejos oficios como los carreteros y los carreros. Curtidores, guarnicioneros, silleros de viejo, sastres o sombrereros, que habían dado el tono industrial a la capital en el pasado, eran también *carne de cañón* de los nuevos tiempos. Hasta los yeseros, que habían dado nombre a un camino y un paseo de la zona, habían desaparecido para no ser más que un difuso recuerdo de los más viejos.

La transformación del mercado laboral madrileño no sólo suponía un claro retroceso de los trabajadores cualificados respecto al resto de la mano de obra, la corrosión de viejos oficios o su desaparición. También conllevaba un grave empobrecimiento en la variedad y riqueza de su mundo laboral: había menos trabajadores cualificados y menos oficios en los que podían emplearse. A la altura de 1905, el proceso de modernización económica había eliminado más tipos de empleos de los que había inventado. Como sucedía con el zapatero ideado por la pluma de Baroja, *destruir y destripar* le ganaban la partida a *crear e innovar*.

El deterioro en la situación de los trabajadores cualificados no se manifestaba únicamente en sus personas, sino también en la comparación con la generación que les precedía y en las perspectivas de futuro que tenían sus hijos. Los emparejamientos entre los trabajadores manuales son un interesante indicador de las posibilidades de ascenso o descenso social de las parejas recién creadas. No tenía la misma repercusión para un artesano que su hija se casara con un mozo de carga a que lo hiciera con un mecánico especializado. En las últimas décadas del siglo XIX, los trabajadores cualificados mostraban grandes dificultades para desposar a sus hijas con trabajadores de su misma categoría profesional, mientras que para las hijas de los no cualificados las puertas para casarse con un hombre de categoría profesional superior a la de su padre estaban

prácticamente selladas. Los enlaces matrimoniales apuntaban a una sola dirección: la agudización de la condición jornalera de los nuevos hogares, lo cual tenía inevitables consecuencias para el futuro de los hijos.

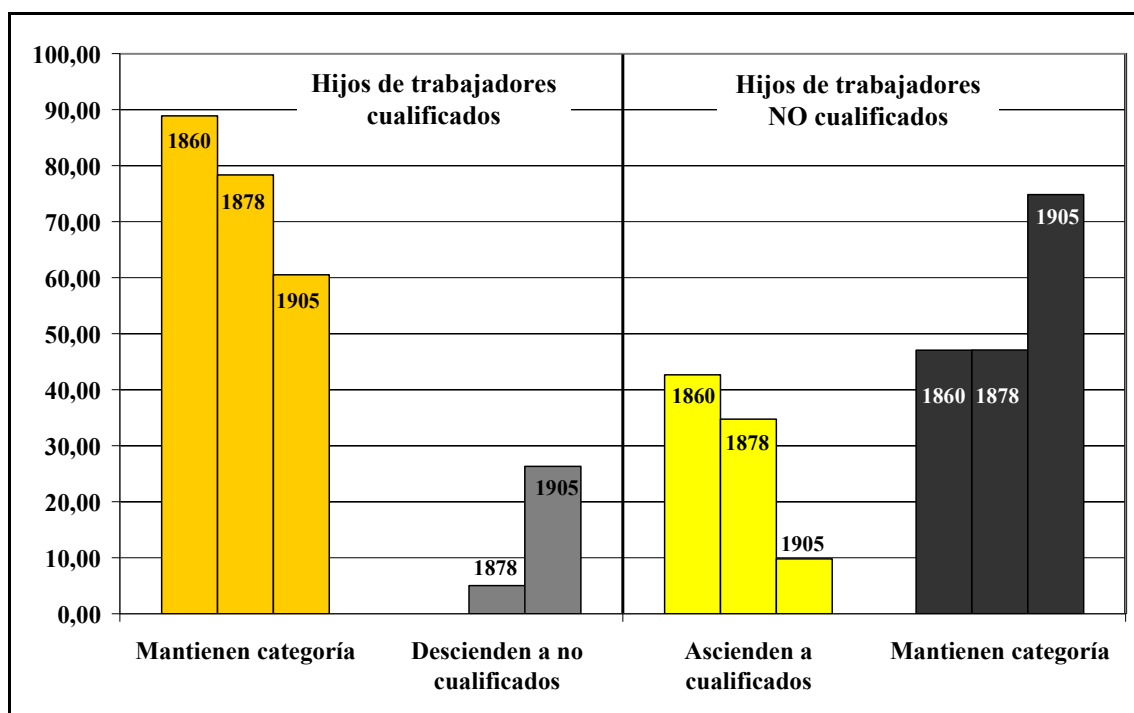
<b>Emparejamiento por nivel profesional de los trabajadores manuales</b>			
<i>(Ascenso profesional)</i> <i>Hija de</i>	<i>Cabeza cualificado</i>		
	1878	1905	Diferencia %
Cualificado	30,8	20,0	- 35,06
No cualificado	24,4	3,9	- 84,02
<i>(Descenso profesional)</i> <i>Hija de</i>	<i>Cabeza no cualificado</i>		
	1878	1905	Diferencia %
Cualificado	53,9	80,0	+ 48,42
No cualificado	73,2	83,3	+ 13,80

[Figura 3.47. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1878 y 1905. Muestra de análisis: población masculina mayor de 12 años (1878) y mayor de 14 años (1905). Los datos son porcentuales.]

En 1850 ó 1860, cuando la ciudad mantenía su tono industrioso y gremial debido al peso de los trabajadores cualificados, los hijos de los artesanos no tenían problemas para continuar con la profesión de sus padres. La actividad productiva se sustentaba en una red de pequeños talleres y obradores familiares cuya mano de obra era, en la mayoría de los casos, el cabeza de familia, que hacía las veces de maestro oficial, sus hijos y algún oficial o ayudante contratado. Los hijos mamaban desde muy pequeños ese estilo de vida, esas formas de trabajar depuradas por la experiencia, se embebían de los ruidos del taller, de sus olores, de los secretos del oficio. Comenzaban ayudando al padre en tareas secundarias y de poca dificultad y, a medida que crecían, se ocupaban de actividades más complejas, de mayor responsabilidad, hasta que por fin se ponían al frente del negocio y heredaban el local, las herramientas y los clientes de su padre.

En 1860, ese proceso resultaba totalmente natural por común y generalizado. En esa época, incluso los hijos de los trabajadores no cualificados disfrutaban de enormes posibilidades de ascender a puestos de cualificación y mejorar, de esa forma, la situación socioprofesional que habían heredado de sus progenitores. Casi la mitad de los hijos de jornaleros y peones ejercían oficios de reconocida cualificación, lo que suponía todo un logro para familias que vivían en unas condiciones duras y miserables. Ver a sus hijos con posibilidades de prosperar, o al menos de no sufrir las mismas calamidades por las que ellos habían pasado, era el mejor de los regalos posibles. Para ellos, era también un triunfo, el mayor de todos.

### Profesiones de los hijos respecto a sus padres en el Ensanche Sur



[Figura 3.48. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1878 y 1905.]

Ese panorama se ensombreció a medida que avanzaron los años. La profunda transformación de la ciudad había afectado a la naturaleza de su mercado laboral, a la composición de sus cuadros profesionales y a las posibilidades de movilidad profesional de los trabajadores. El futuro no se presentaba halagüeño para los más jóvenes. En 1905 las opciones de los hijos de los trabajadores cualificados para continuar con la profesión de sus padres habían menguado alarmantemente, al tiempo que se extendían los casos de aquellos que descendían a empleos sin ninguna cualificación, algo inaudito en 1860. Para los hijos de los trabajadores no cualificados la situación era más difícil si cabe: las puertas del ascenso profesional se habían reducido abruptamente y tres de cada cuatro seguían los mismos pasos de precariedad, inestabilidad y miseria que habían padecido sus padres. El viejo sueño dorado de una vida mejor para los hijos parecía truncarse con la transformación urbana, económica y social de la ciudad.

La dificultad de la situación no estribaba únicamente en las opciones de acceso a un tipo u otro de empleo, sino también en su mantenimiento a lo largo de los años. No todos los hijos de zapateros terminaban al final de sus días siendo zapateros. La trayectoria vital de Valentín no era rara ni excepcional en el Madrid de finales del siglo XIX, más bien al contrario. Sólo la mitad de los hijos de trabajadores cualificados madrileños llegaba a la edad adulta ejerciendo la misma profesión de sus padres. Entre los inmigrantes, la proporción se reducía drásticamente a una sexta parte y dos tercios habían visto cómo su posición se

corroía, hasta perder por completo la cualificación profesional que les distinguía, y se habían convertido en simples jornaleros.

Evolución generacional de los trabajadores manuales del Ensanche Sur						
Profesión del cabeza de familia en 1878	Profesión de sus hijos en 1905					
	Trabajador no cualificado			Trabajador cualificado		
	Total	Hijo de madrileño	Hijo de inmigrante	Total	Hijo de madrileño	Hijo de inmigrante
Trabajador no cualificado	68,97	- 13,41	+ 2,46	18,97	+ 14,36	- 2,64
Trabajador cualificado	60,00	- 10,00	+ 4,29	25,00	+ 25,00	- 10,71
Hijo de viuda	72,73	- 22,73	+ 5,05	18,18	- 18,18	+ 4,04

[Figura 3.49. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1878 y 1905. Los datos son porcentuales. El análisis se ha realizado a través de un seguimiento nominal de las familias entre ambas fechas.]

El país se hallaba inmerso en una grave situación económica con la crisis agraria finisecular,<sup>77</sup> en una conflictiva situación social<sup>78</sup> y en una profunda revisión identitaria tras la resaca del 98.<sup>79</sup> Con ese telón de fondo, la modernización económica de Madrid presentaba lastres importantes en su avance a tener en cuenta, como eran el empobrecimiento en la variedad de los oficios cualificados que ofertaba su mercado laboral, la reducción en las oportunidades de continuar o acceder a trabajos cualificados por parte de los hijos y la quiebra en la trayectoria profesional de la mayoría de ellos.

### 3.6.3 La ciudad de las oportunidades

Este sombrío panorama no era compartido por todos los trabajadores cualificados del Ensanche Sur. El futuro del modelo económico de Madrid, como base de su modernización estructural, no pasaba por la rama del cuero ni del textil. Sólo la resistencia numérica de los zapateros explicaba que no hubiera sido

<sup>77</sup> TORTELLA, Gabriel: *El desarrollo de la España Contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*, Alianza, Madrid, 1994; ROBLEDO HERNÁNDEZ, Ricardo: *Economistas y reformadores españoles: la cuestión agraria (1760-1935)*, Ministerio de Agricultura, Madrid, 1993; PUJOL, Josep: *El pozo de todos los males: sobre el atraso en la agricultura española contemporánea*, Crítica, Barcelona, 2001.

<sup>78</sup> BASCUÑÁN AÑOVER, Óscar: *Protesta y supervivencia: movilización y desorden en una sociedad rural: Castilla-La Mancha, 1875-1923*, Centro Francisco Tomás y Valiente, Valencia, 2008.

<sup>79</sup> GÓMEZ-FERRER, Guadalupe y SÁNCHEZ, Raquel (ed.): *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional, 1898-1914*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2007.

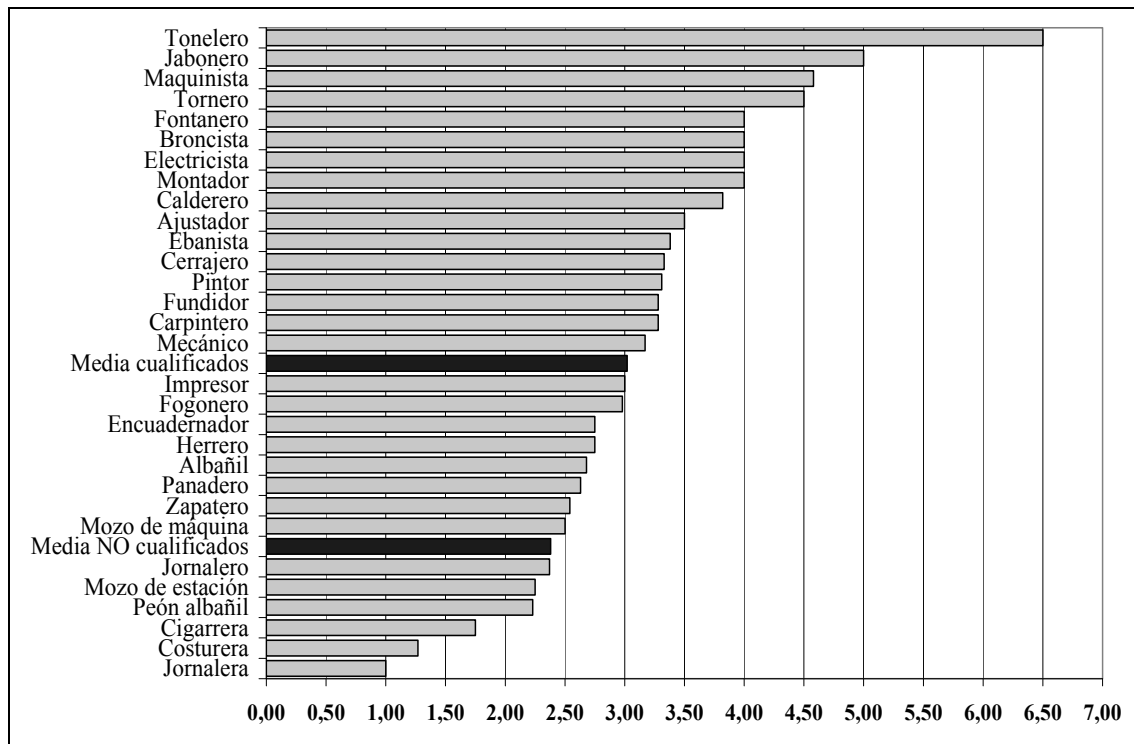
fagocitada por los sectores verdaderamente dinámicos a la altura de 1900: la tradicional construcción y el emergente campo de la metalurgia y la electricidad. Albañiles, carpinteros, ebanistas y pintores por un lado, cerrajeros, fundidores, mecánicos, caldereros y torneros, por otro lado, eran los que marcaban el paso en la nueva estructura del trabajo cualificado en el Ensanche Sur, los que definían su presente en la economía madrileña y perfilaban algunos caminos de futuro para su modernización.

<b>Evolución de los trabajadores cualificados del Ensanche Sur por sectores productivos</b>				
<b>Actividad económica</b>	<b>1878</b>	<b>1905</b>	<b><i>Diferencia 1905-1878</i></b>	<b><i>IR 1905</i></b>
Construcción y mobiliario	29,84	38,28	+ 8,44	27,63
Metalurgia - Electricidad	18,70	25,49	+ 6,79	36,53
Cuero y textil	35,53	22,89	- 12,64	24,00
Papel - imprenta	4,31	4,73	+ 0,42	1,32
Mercaderes y comerciantes	7,64	4,63	- 3,01	3,95
Otros	1,87	2,50	+ 0,63	3,95
Alimentación	1,87	1,39	- 0,48	2,63

[Figura 3.50. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1878 y 1905. Muestra de análisis: trabajadores cualificados hombres mayores de 12 años (1878) o de 14 años (1905). Los datos son porcentuales. Leyenda: IR (Inmigrantes recientes, menos de 2 años de estancia en la ciudad).]

El trepidante crecimiento demográfico y el desenfreno en la edificación de bloques de viviendas situaban al sector de la construcción en una etapa floreciente y pródiga para sus trabajadores más especializados, aquellos que dirigían y culminaban el trabajo tosco y de fuerza de los peones y jornaleros. Pero sin duda eran los trabajadores de las industrias metalúrgica, química y eléctrica los que marcaban un cambio decisivo y rompedor, con un horizonte de futuro muy potente entre los inmigrantes más recientes del nuevo siglo. Los maquinistas, los torneros, los montadores, los ajustadores mecánicos, los fundidores o los caldereros eran profesiones con un futuro brillante por delante, aquellas que personificaban los sectores de actividad económica que estaban protagonizando la industrialización de las economías occidentales. Los nuevos oficios precisaban de unos conocimientos especializados para el manejo de maquinaria moderna, costosa y, en ocasiones, peligrosa. Esa cualificación técnica tan elevada les distinguía del resto de la mano de obra. Eran la élite de los trabajadores cualificados y sus retribuciones salariales copaban los niveles más altos, muy por encima de la media general de los trabajadores cualificados.

### Salarios medios por día de los trabajadores cualificados y no cualificados (1905)



[Figura 3.51. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1905. Muestra de análisis: cabezas de familia. Los salarios están expresados en pesetas por día de trabajo.]

En un escalón inferior se situaban algunos oficios de la construcción, como ebanistas, fontaneros y carpinteros, especializados en tareas cualificadas de acabado e interior. Los puestos más bajos correspondían a los zapateros, los cuales se codeaban con trabajadores no cualificados, como mozos, jornaleros y peones, en los salarios de la desesperanza. Por último, los vagones de cola correspondían a las mujeres, que sufrían una profunda desigualdad salarial respecto a los hombres.

Las diferencias en la pirámide salarial de los oficios se correspondían con la estratificación general que marcaban esos mismos oficios por sector económico. Entre los trabajadores cualificados, la primacía de aquellos que se dedicaban a actividades metalúrgicas se reflejaba en su elevado salario, muy por encima de la media, así como en ostentar los alquileres por vivienda más altos de todos los trabajadores manuales. Por el contrario, los oficios del cuero y del textil se confundían con los trabajadores no cualificados en los bajos niveles de vida que marcaban sus salarios y los alquileres de sus casas (figura 3.52). La poquedad de su jornal les llevaba a admitir realquilados en sus hogares dos veces más que los metalúrgicos, en cuyo hogar apenas entraban desconocidos.

Familia, hogar y salario de los trabajadores manuales (1905)					
Tipos de familias	Trabajadores Cualificados				Trabajadores No Cualificados
	<i>Media</i>	Metalurgia	Construcción	Cuero y textil	<i>Media</i>
Familias nucleares	71,67	+ 3,69	+ 2,84	- 1,04	73,40
Familias complejas	15,15	+ 2,45	- 1,61	- 2,03	14,83
Familias con realquilados	6,06	- 2,54	+ 1,51	+ 2,06	6,77
Hogares sin núcleo familiar	7,12	- 3,60	- 2,74	+ 1,00	5,00
<i>Alquiler mensual medio</i>	14,88	<b>17,98</b>	14,62	11,78	12,28
<i>Salario diario medio</i>	3,02	<b>3,45</b>	2,92	2,50	2,38
<i>% Extranjeros</i>	2,3	<b>4,9</b>	1,6	1,9	0,7

[Figura 3.52. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1905. Los datos son porcentuales, salvo los alquileres y los salarios, expresados en pesetas.]

Parte de la élite profesional cualificada pertenecía al incipiente mundo de la electricidad. A finales del siglo XIX, la modernización económica del país todavía era insuficiente para engancharse a la vanguardia del mundo industrializado. El peso de la economía agraria era abrumador y el desarrollo industrial presentaba importantes desequilibrios, pero la aparición de industrias de nuevo cuño, como las químicas o las eléctricas, anunciaban mejoras incalculables en la economía y en la vida de las personas.<sup>80</sup> En enero de 1878 se encendía el interruptor de un tiempo nuevo con la primera bombilla en la Puerta del Sol. Durante los años siguientes se sucedieron varios intentos infructuosos para extender el alumbrado público por medio de sociedades efímeras, pero el carácter experimental de las técnicas empleadas y el enfrentamiento con la compañía del gas, que disfrutaba del monopolio del alumbrado público desde 1849, impidieron su consolidación.<sup>81</sup> En 1889 se formaron las primeras compañías de electricidad de base sólida y capital extranjero: *The Electricity Supply Company for Spain Limited*, cuya fábrica se instaló en el barrio de Las Delicias, y la *Compañía General Madrileña de Electricidad*, en la Ronda de Segovia. En la década de 1890 surgieron nuevas compañías, como la Sociedad de Electricidad del Pacífico, la del Sur, la del Mediodía, La Madrileña, La Equitativa, etc. Su abundancia y su naturaleza diversa, pública o privada, fueron

<sup>80</sup> GONZÁLEZ ENCISO, Agustín y BATÉS BARCO, Juan Manuel (coords.): *Historia económica de España*, Ariel, Barcelona, 2007.

<sup>81</sup> SIMÓ RUESCAS, Julio: "La Cooperativa Electra Madrid y los inicios del monopolio compartido en la industria eléctrica madrileña (1905-1912)" en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Comunidad de Madrid-Alfoz, Madrid, 1989, Vol. 1, pp. 419-428; BAHAMONDE MAGRO, Ángel y FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: "La transformación de la economía" en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, 519-523.



dando forma a un sector que no quedaría asentado y ordenado hasta la entrada en escena de la Banca en la primera década del siglo XX.

La irrupción de la electricidad cambió definitivamente la capacidad productiva de la economía madrileña. Si el agua y el gas habían impulsado al Madrid del XIX, la electricidad fue la energía que llevó en volandas a la capital hasta su irrupción como metrópoli en los años 30 del XX. En primer lugar, su uso industrial incrementó la fuerza motriz de centros de trabajo gigantescos como los talleres de las compañías ferroviarias e implicó una progresiva renovación en los modos de producción, muy evidente en el caso de la antigua fábrica de Tabacos, en manos de la Compañía Arredataria de Tabacos desde 1887, lo que implicó una paulatina reducción de personal.

En segundo lugar, la nueva fuente de energía contribuyó a mejorar la productividad y la expansión de centros medianos, como las fundiciones de Francisco López, en el paseo de Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza, y la de Juan Bou y Font, en el paseo de las Acacias, la industria tipográfica de Emilio Minuesa de los Ríos, en la Ronda de Toledo, o los talleres de construcción de máquinas de José Padrós, en el paseo de las Delicias. Estos hombres estaban renovando el concepto de *centro mediano de trabajo* en la capital. Tradicionalmente, esas dimensiones físicas de los lugares de trabajo se asociaban, en la economía madrileña, a formas de producción artesanales poco o nada mecanizadas. Las fábricas de Juan Bou o José Padrós seguían siendo medianas, o pequeñas en comparación a los Altos Hornos de las urbes fabriles, pero se habían modernizado por pertenecer a sectores económicos de vanguardia en el campo de la industrialización. Ellos mismos se habían enriquecido hasta alcanzar las mayores cotas de contribución del Ensanche Sur<sup>82</sup> y presentaban perfiles personales más complejos. A su condición de propietarios fabriles se unía una formación muy elevada en algunas ocasiones, como sucedía con José Padrós, que era ingeniero industrial.<sup>83</sup> Eran la élite empresarial de la zona y se habían convertido en ejemplos a seguir como personas emprendedoras que estaban transformando la naturaleza económica de la ciudad.<sup>84</sup>

Esta línea de cambio iba acompañada por una serie de centros de pequeñas dimensiones, de talleres familiares que también participaban en el desarrollo de actividades productivas mecanizadas en el campo de la metalurgia y la electricidad, como sucedía con el taller de José Ortega Sotorra, aquel joven

---

<sup>82</sup> Emilio Minuesa era el mayor contribuyente del Ensanche Sur en 1905, con 3.131 ptas anuales de contribución. José Padrós era el 3º, con 2.965'76 ptas anuales, por detrás del ilustre director del ferrocarril M.Z.A., Nathan Süß, y Juan Bou el 5º, con 1.384 ptas anuales. Fuente: padrón de 1905, AVM, Estadística.

<sup>83</sup> Fuente: padrón municipal de 1905, AVM, Estadística.

<sup>84</sup> Fuente: *Anuario de electricidad de 1905*, Hemeroteca Nacional de la Biblioteca Nacional. El Anuario es una publicación recopilatoria de carácter industrial y estadístico, de las varias que fueron editadas en España por iniciativa privada en el primer tercio del siglo XX, que da cuenta del mapa eléctrico de la España del comienzo del siglo veinte, del estado de sus centrales eléctricas y de la situación general sobre la llegada de la electricidad a las diferentes poblaciones españolas.

cerrajero tarraconense de Reus que había llegado a Madrid en 1876 y había abierto un pequeño taller de cerrajería y fundición en el paseo de las Acacias, junto a su hermano Julián, a comienzos de la Restauración.<sup>85</sup> Veinte años después, su negocio había prosperado y su vieja cerrajería se había convertido en un “*taller de construcción de máquinas y trabajos eléctricos*”, por el que pagaba 568 pesetas de contribución industrial al año. José ya no se consideraba un simple cerrajero, sino un maestro mecánico y tenía a su servicio a dos de sus hijos, también como mecánicos. Era una situación parecida, aunque con un volumen de producción menor, al “*taller mecánico*” de Aureliano López, en la ronda de Atocha, nº 21, por el que pagaba 85 pesetas de alquiler mensual, una contribución industrial de 111,48 pesetas al año, y en el que trabajaban el propio Aureliano y su hijo de 18 años.

Por último, la irrupción de nuevas fuentes de energía y el impulso a las actividades mecanizadas de producción, junto a otros factores de índole general como la repatriación de capitales antillanos tras la pérdida de las colonias en el 98 o la moderna articulación del sistema financiero y bancario, allanó el camino para el surgimiento de la gran empresa de una forma más decidida. Tras el adusto panorama del XIX, alimentado únicamente por el ferrocarril, el gas y las fábricas reales, el horizonte madrileño de fin de siglo comenzó a animarse con empresas de mayor calado, como la Sociedad Española de Construcciones Metálicas, la propia Compañía General Madrileña de Electricidad o la Fábrica de Cervezas “El Águila”, S.A., fundada en el año 1900. Sus enormes dimensiones en comparación al tejido industrial madrileño reinante hasta el momento, su capacidad productiva, sus nuevos y mecanizados modos de producción y la propia naturaleza de sus actividades económicas, suponían un punto de inflexión absoluto tanto en la configuración del mercado laboral madrileño como en las condiciones laborales de los trabajadores.

La aparición de una gran empresa de nuevo cuño, la renovación de la existente y la emergencia de una red de talleres de pequeñas y medianas dimensiones que apostaba también por los sectores industriales más dinámicos, daba como resultado, a la altura de 1900, un panorama económico mucho más complejo y diverso, en el que los trabajadores cualificados podían sacar un gran provecho si participaban en alguno de los niveles de empresas descritos. Aquellos que trabajaban para el ferrocarril o para alguna de las empresas o talleres privados de la zona, ganaban salarios invariablemente más elevados que aquellos otros que no declaraban un lugar de trabajo concreto. No sólo tenían salarios medios más elevados, sino que superaban el salario medio general en mayor número y disfrutaban de una diferencia salarial, respecto a los trabajadores no cualificados, mucho más amplia (figura 3.53).

---

<sup>85</sup> Para más detalles sobre José Ortega, ver el apartado de los trabajadores cualificados en la primera parte del capítulo.

La mayoría de esas empresas eligieron como lugar de destino el Ensanche Sur y dibujaron el paisaje industrial más definido de la capital. El gran responsable de ello fue el ferrocarril con sus estaciones, a cuya sombra brotaban otras industrias relacionadas con el sector. A pequeña escala, el ferrocarril hizo del Ensanche Sur un área de “economía marshalliana” dentro de la propia capital.<sup>86</sup> Su concentración en un entorno cercano permitía la presencia de numerosos proveedores y, por tanto, la reducción de los costes de transacción y transporte. Juan Bou y Font, Francisco López o el señor Padrós eran fabricantes que comerciaban directamente con las compañías ferroviarias en el abastecimiento de productos metalúrgicos manufacturados.<sup>87</sup> La información y el intercambio de conocimientos tecnológicos eran más sencillos y fluidos al coincidir numerosas empresas de una misma rama de producción.

<b>Diferencias salariales de los trabajadores manuales por lugar de trabajo (1905)</b>					
<b>Lugares de trabajo</b>	<b>Cualificados</b>	<b>% superior a 3 ptas.*</b>	<b>No Cualificados</b>	<b>% superior a 2'4 ptas.*</b>	<b>Diferencia salarial entre trabajadores</b>
Ferrocarriles	3,50	48,3	2,60	59,0	+ 34,62 %
Fábricas y empresas privadas	3,29	46,2	2,52	65,6	+ 30,56 %
No indica lugar	2,88	25,8	2,28	35,5	+ 26,32 %
Variable o eventual	2,63	12,5	2,27	35,3	+ 15,86 %

[Figura 3.53. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1905. Muestra de análisis: cabezas de familia. Los datos son en pesetas. \* Salario diario medio, ver figura 3.52.]

La concentración industrial llevaba implícita la presencia de un gran número de empresarios, fabricantes y patronos, empleadores, en suma, que atraían a más trabajadores especializados que otras zonas con menos talleres o con negocios de diferente signo. Estas empresas fomentaban y privilegiaban a un tiempo la expansión de una mano de obra cualificada en el campo de la metalurgia y la electricidad, entre la que seguían siendo más abundantes los trabajadores extranjeros que en otras actividades económicas (figura 3.52), pero cuya presencia se había reducido notablemente en las últimas décadas<sup>88</sup> a favor del trabajador nacional. Pero las empresas no sólo contrataban a trabajadores cualificados, sino también a jornaleros y trabajadores no cualificados en general, así como a escribientes, oficinistas, contables y todo tipo de trabajadores que cubrían una parte fundamental en la marcha de la empresa, como eran todos los servicios de administración y gestión.

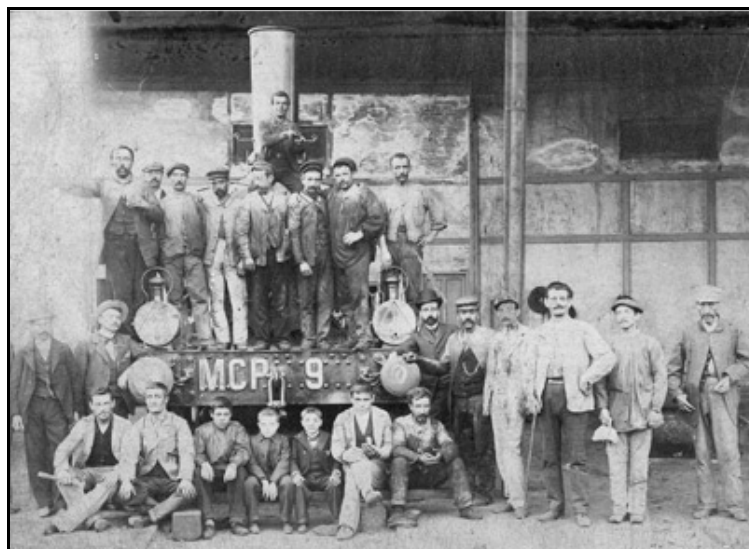
<sup>86</sup> GONZÁLEZ ENCISO, Agustín y BATÉS BARCO, Juan Manuel (coords.): *Historia económica de España*, Ariel, Barcelona, 2007. El término se basa en el apellido de Alfred Marshall, el primer economista que formuló su funcionamiento teórico.

<sup>87</sup> DE LA TORRE, Enrique: *Anuario de ferrocarriles españoles*, establecimiento tipográfico de E. Odriozola, Madrid, año IV, 1896.

<sup>88</sup> En 1878, el 11'2% de los trabajadores cualificados del campo de la metalurgia en el Ensanche Sur eran extranjeros. En 1905, el 4'9%.

<b>Principales ramas de actividad de trabajadores industriales (1905)</b>			
	<b>Ensanche Sur</b>	<b>Prov. Madrid</b>	<b>Diferencia</b>
Cuero/Textil	27,44	34,76	- 7,32
Construcción/Mobiliario	31,82	27,10	+ 4,72
Metalurgia/Electricidad/Química	21,14	11,45	+ 9,69

[Figura 3.54. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1905 y Ministerio de Fomento de 1907<sup>89</sup>. Los datos son porcentuales.]



[Ilustración 3.14. Trabajadores de la Compañía de ferrocarriles Madrid-Cáceres-Portugal, 1895. Fuente: fotografía de Basilio Alonso.]

El binomio Madrid – gran empresa surgió con el cambio de siglo<sup>90</sup> y, desde su nacimiento, fue sinónimo de infinitas oportunidades profesionales, de progreso, enriquecimiento y ascenso social. Madrid es la evocación del triunfo en la vida laboral, la ciudad donde las trayectorias profesionales de las personas podían tener un recorrido más largo y brillante, hasta alcanzar su cénit. Juan Brandon Guillot era uno de tantos trabajadores cualificados que la compañía M.Z.A. había importado desde las fronteras francesas para consolidar su expansión por el país. Desde los inicios de la Restauración, Juan Brandon había desarrollado su trabajo como carpintero especialista en los gigantescos talleres que la compañía poseía en la zona de Pacífico. Su probada maestría y su compromiso con la empresa tuvieron su recompensa con el transcurrir de los

<sup>89</sup> GARCÍA RUIZ, José Luis: “La industria de la automoción en Madrid: ¿hubo oportunidades perdidas?” en PASCUAL, Pere FERNÁNDEZ, Paloma (coords.): *Del metal al motor. Innovación y atraso en la historia de la industria metal-mecánica española*, Fundación BBVA, Bilbao, 2007, pp. 189-222.

<sup>90</sup> GARCÍA RUIZ, José Luis: “La empresa en Madrid: una realidad condicionada por la capitalidad” en GARCÍA RUIZ, José Luis y MANERA, Carlos (dirs.): *Historia empresarial de España. Un enfoque regional en profundidad*, LID Editorial Empresarial, Madrid, 2006, pp. 361-390.

años en forma de ascenso profesional y social. En 1905 Juan ya no se consideraba un simple trabajador cualificado más, a pesar de seguir trabajando en los mismos talleres de la compañía, sino un empleado de posición superior, fruto de su espléndido salario y su ascenso en el escalafón interno de la compañía. Era el nuevo jefe de taller del servicio de vía y obras del ferrocarril M.Z.A. y ganaba 6.500 pesetas al año, que podía cobrar en francos si así lo deseaba. Pagaba 325 pesetas de contribución industrial y vivía junto a su esposa e hijos en un 2º de la calle de Pacífico, por el que pagaba diez duros al mes. Su ascenso social, atestiguado por sus primorosas ganancias y las dos jóvenes criadas que tenía a su servicio en el hogar, quedó ratificado en 1907 con el cambio de domicilio a una casa más cara en el distinguido barrio de Retiro.<sup>91</sup>

Rótulos como *ciudad de las oportunidades* cobraban forma real en carreras brillantes como la de Juan Brandon, que pasaba en 20 años de carpintero de ferrocarril a empleado jefe con dos criadas, o las de otros cientos de personas que acudían a Madrid porque era el centro de todo o casi todo. En los últimos años del siglo XIX se dieron cita en la capital muchas de las grandes empresas españolas surgidas al calor de la moderna industrialización (ver figura 3.55). La mayoría poseía sus instalaciones fabriles lejos de la ciudad, pero sus sedes sociales estaban allí, en las calles céntricas de la capital, con sus oficinas centrales y sus consejos de administración. Este proceso de concentración societario se reforzaba, además, con la multiplicación de las entidades bancarias y la paulatina instalación de grandes sedes centrales en la capital.

<b>Sectores de actividad económica de las 50 mayores empresas con sede social en Madrid (1905)</b>	
Ferrocarriles y tranvías	14
Industria	13
Banca y seguros	7
Fuentes energéticas	7
Otros	5
Alimentación	4

[Figura 3.55. Fuente: Elaboración propia a partir de la *Estadística de la Contribución sobre las Utilidades de la Riqueza Mobiliaria*, año de 1905.]

La ley de sociedades de crédito (1856) fomentó la creación de compañías de este tipo, como el Crédito Mobiliario Español, y bancos hipotecarios como el de Castilla (1871) o el Hipotecario de España (1872). Esta reorganización del sistema bancario culminó a comienzos de la Restauración con el Real Decreto de 1874. El Banco de España se hizo con el monopolio en la emisión de moneda para todo el país y el resto de bancos emisores se convirtieron, casi en su

<sup>91</sup> Fuente: Elaboración propia a partir de los padrones municipales de 1878 y 1905, Estadística, AVM, y Archivo Histórico Ferroviario (AHF), plantilla de personal de 1896 y 1912.

totalidad, en sucursales provinciales. Esta medida alteró por completo la estructura bancaria española: el Banco de España se convertía en una especie de *banco de bancos* y en una herramienta económica al servicio del Gobierno central, mientras que Madrid se erigía como el centro de todo el sistema bancario.<sup>92</sup> Eran los pilares sobre los que se asentó la *capital del capital español*.<sup>93</sup>

Este núcleo financiero de *primera división* centró sus recursos en la expansión del ferrocarril y en la financiación del déficit del Estado. En otras ciudades como Barcelona o el Norte peninsular, las entidades bancarias más importantes encauzaron su financiación hacia las actividades productivas locales. En Madrid, en cambio, los comerciantes, fabricantes y dueños de pequeños negocios, quedaron en las manos de modestos banqueros individuales, denominados *comerciantes capitalistas*, y especialmente de usureros y prestamistas, cuya numerosa presencia sostenía la marcha de la economía de la ciudad.<sup>94</sup> No sería hasta la aparición del Banco Hispano Americano, en 1900, cuando entrara en escena una banca moderna, con renovadas fórmulas de financiación.

Ese proceso de centralización financiera dio como fruto la afluencia masiva de recursos y capitales hacia Madrid, hacia las manos de una élite mercantil y financiera que se asentaba en sus calles por las expectativas que levantaba la capital a la hora de obtener mayores niveles de riqueza, prestigio y poder. Madrid no sólo atraía las rentas de las provincias, sino también importantes flujos de capital extranjero y las remesas enviadas desde las colonias antillanas. A partir de estos negocios, se fue configurando en Madrid una élite de influencia y poder, cuyas rentas se dirigían a la compra inmobiliaria, al consumo suntuario o se fugaban a otros ámbitos y otras ciudades. Una parte mínima se invertía en la economía de la ciudad, en la producción de manufacturas o en el fomento de actividades productivas locales. Pero su mera presencia generaba, en sí misma, una riqueza de la que se beneficiaba el conjunto de la ciudad.

---

<sup>92</sup> GÁRATE OJANGUREN, María Montserrat: “El desarrollo del sistema bancario” en GONZÁLEZ ENCISO, Agustín y BATÉS BARCO, Juan Manuel (coords.): *Historia económica de España*, Ariel, Barcelona, 2007, pp. 349-378; FRAX, Esperanza y MATILLA, María Jesús: “La evolución económica y social de Madrid (1850-1936)” en PINTO CRESPO, Virgilio (dir.): *Madrid. Atlas histórico de la ciudad (1850-1939)*, Fundación Caja Madrid y Lunwerg Editores, Madrid, 2001, pp. 408-438; TORTELLA, Gabriel: *Los orígenes del capitalismo español*, Tecnos, Madrid, 1976; TEDDE DE LORCA, Pedro: “La banca” en JOVER ZAMORA, José María (dir.): *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida*, Espasa Calpe, Madrid, 1997, Tomo XXXIII, pp. 353-390; MORENO, A. y RUIZ MARTÍN, Felipe (eds.): *El Banco de España: una historia económica*, Banco de España, Madrid, 1970.

<sup>93</sup> SANZ GARCÍA, José María: *Madrid, ¿capital del capital español?*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1976.

<sup>94</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel y FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “La transformación de la economía” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, pp. 526-528.

Desde mediados del siglo XIX, se estaba produciendo una aguda especialización industrial y productiva del país por diferentes regiones.<sup>95</sup> En la progresiva articulación del mercado laboral, Barcelona y Bilbao eran los paradigmas de ciudades industrializadas, productoras de manufacturas a gran escala;<sup>96</sup> Valencia, Cádiz, Vigo o Cartagena, eran ciudades de puerto imponente y con vistas a un dinámico tráfico comercial; o las ciudades castellanas del interior, como Burgos, convertidas en almacenes de cereal para su posterior distribución. Era un panorama con múltiples recovecos que requería de un centro de referencia, una ciudad que aportara cohesión con sus decisiones y fuera una referencia para los mercados y los intercambios comerciales. Al igual que ocurriera en otros países, ese papel recayó en Madrid por su condición de capital política del país. Ese papel rector de la economía nacional convirtió definitivamente a Madrid en la ciudad de los servicios y a los empleados, en una de sus principales fuerzas de trabajo.

La propia naturaleza económica del Ensanche Sur impedía constatar la expansión de los servicios que se estaba produciendo en el conjunto de la ciudad a la altura de 1900. En los barrios del centro y en las zonas más acomodadas del Ensanche, este fenómeno empezaba a cobrar una fuerza decisiva.<sup>97</sup> En la zona Sur, la figura del jornalero era omnipresente y había terminado por arrinconar al resto de trabajadores, especialmente a los trabajadores cualificados. Pero los trabajadores de servicios y empleados habían logrado mantener intacta su cuota de representación (ver figuras 3.41 y 3.42), lo que suponía una importante muestra de fortaleza en una zona obrera de la ciudad en pleno proceso de expansión del trabajo no cualificado.

Los dependientes del pequeño comercio de barrio (ultramarinos, vaquerías y lecherías, bodegas y tabernas, tiendas de pan y verduras, etc.) y los empleados de las compañías privadas de transportes (ferrocarril y tranvía) seguían aportando

<sup>95</sup> NADAL, Jordi, SUDRIÀ, Carlos y BENAUL, Josep: *Atlas de la industrialización de España, 1750-2000*, Fundación BBVA-Crítica, Bilbao, 2003; DOMÍNGUEZ, Rafael: *La riqueza de las regiones. Las desigualdades económicas regionales en España, 1700-2000*, Alianza, Madrid, 2002; NADAL, Jordi y CARRERAS, Albert (coord.): *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)*, Ariel, Barcelona, 1990; LARRINAGA, Carlos: “Variaciones regionales de la economía española del siglo XIX” en GONZÁLEZ ENCISO, Agustín y BATÉS BARCO, Juan Manuel (coords.): *Historia económica de España*, Ariel, Barcelona, 2007, pp. 435-462.

<sup>96</sup> CASTELLS, Luis: *Los trabajadores en el País Vasco (1876-1923)*, Siglo XXI, Madrid, 1993; CASTELLS, Luis: *Modernización y dinámica política en la sociedad guipuzcoana de la Restauración: 1876-1915*, Siglo XXI, Madrid, 1987; FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo: *Política obrera en el País Vasco (1880-1923)*, Turner, Madrid, 1975; MORA-SITJÀ, Natalia: “Exploring changes in earnings inequality during industrialisation: Barcelona, 1856-1905”, *Discussion papers in economic and social history*, University of Oxford, 2006; NADAL, Jordi: *Moler, tejer y fundir. Estudios de Historia Industrial*, Ariel, Barcelona, 1992.

<sup>97</sup> DE MIGUEL SALANOVA, Santiago: *Del casticismo al cosmopolitismo. El distrito Centro: 1905-1930*, Trabajo fin de Máster, UCM, 2010; VICENTE ALBARRÁN, Fernando, PALLOL TRIGUEROS, Rubén y CARBALLO BARRAL, Borja: “Madrid en 1905, una ciudad segregada socialmente” en *IX Congreso de la Asociación de Demografía Histórica*, Azores, 2010, (en prensa).

los grupos más numerosos de trabajadores de los servicios en el Ensanche Sur (ver figura 3.56). Los empleados de empresas privadas y del mundo de las finanzas y la banca eran minoría dentro del sector privado, pero en 1905 ya confirmaban una tendencia de crecimiento sostenido en todas sus categorías, tanto en sus empleados de alto nivel, como entre los intermedios de oficinistas y escribientes, así como entre el personal subalterno de nivel inferior. La consolidación del sector privado en los siguientes años confirmaría la imagen de Madrid como ciudad de los negocios, de las oficinas y de las agencias privadas.

La mayoría de muchachas que se iniciaban como criadas en las casas de las familias acomodadas abandonaban la profesión al momento de casarse. Era una estrategia temporal que algunas retomaban años después, empujadas por los apuros económicos o por la obligación de sacar adelante a su familia una vez que habían enviudado. Pero las condiciones de su trabajo ya no eran las mismas que cuando eran veinteañeras. Las costureras y modistas también sufrían una ruptura al casarse y debían adaptarse a una nueva situación profesional que, en la mayoría de los casos, empeoraba sus condiciones de vida y de trabajo.

Junto al pequeño comercio y los transportes, la Administración pública era la inagotable fuente de empleados que surtía tanto a los barrios del Ensanche Sur como a la ciudad en general. Las décadas de política centralizadora de la Restauración no habían transcurrido en balde y los empleados en instituciones estatales como ministerios, direcciones generales, institutos generales, centros de cultura y museos nacionales, así como los empleados de los organismos de justicia, habían experimentado un importante crecimiento. El Estado había multiplicado su presencia en la vida española a través de una intervención más directa, compleja y diversa, y la primera en notararlo era Madrid, núcleo político del país y con una población cada día más numerosa y más necesitada de servicios públicos como la educación, la asistencia benéfico-sanitaria, la limpieza pública o la seguridad ciudadana.

Dado el carácter popular de la zona sur, el personal subalterno de las instituciones públicas y de seguridad era el grupo que presentaba un mayor crecimiento respecto a la etapa inicial de la Restauración. Pertenecían a la parte baja del escalafón profesional y su capacidad adquisitiva era de corto alcance debido a sus salarios, mezquinos e inferiores a la media general del sueldo de un empleado del Ensanche Sur (ver figura 3.57). Los conserjes y ordenanzas, guardias municipales y de orden público, bomberos o practicantes, se equiparaban al personal subalterno de las empresas privadas, mozos de estación, guarda-frenos, guardas jurados, factores o escribientes, con salarios que bailaban en torno a las mil pesetas anuales. Eran grupos de empleados que se unían a las filas de las clases medias bajas, junto a los trabajadores cualificados, como mecánicos, fundidores o ebanistas, con jornales diarios superiores a la media de los trabajadores manuales.



Servicios y empleados en el Ensanche Sur de Madrid (1905)						
Sectores de ocupación	% del total			% en cada sector		
	1878	1905	Diferencia	1878	1905	Diferencia
<b>1. Sector privado</b>	<b>53,47</b>	<b>57,71</b>	<b>+ 4,24</b>	<b>100,0</b>	<b>100,0</b>	<b>0,0</b>
<b>1.1 Negocios particulares y finanzas</b>	<b>9,89</b>	<b>13,71</b>	<b>+ 3,82</b>	<b>18,50</b>	<b>23,76</b>	<b>+ 5,26</b>
a) Banca y servicios financieros	0,21	1,14	+ 0,93	2,13	8,33	+ 6,21
b) Empleados particulares	7,37	8,57	+ 1,20	74,47	62,50	- 11,97
c) Escribientes y oficinistas	1,26	1,57	+ 0,31	12,77	11,46	- 1,31
d) Ordenanzas y personal subalterno	1,05	2,43	+ 1,38	10,64	17,71	+ 7,07
<b>1.2 Transportes</b>	<b>23,58</b>	<b>21,43</b>	<b>- 2,15</b>	<b>44,09</b>	<b>37,13</b>	<b>- 6,97</b>
a) Empleados y oficinistas	15,79	18,57	+ 2,78	66,96	86,67	+ 19,70
b) Maquinistas, cocheros y chóferes	4,84	2,00	- 2,84	20,54	9,33	- 11,20
c) Personal subalterno	2,95	0,86	- 2,09	12,50	4,00	- 8,50
<b>1.3 Comercio y hostelería</b>	<b>20,00</b>	<b>22,57</b>	<b>+ 2,57</b>	<b>37,40</b>	<b>39,11</b>	<b>+ 1,71</b>
a) Empleados	6,53	2,14	- 4,38	32,63	9,49	- 23,14
b) Dependientes	13,47	20,43	+ 6,95	67,37	90,51	+ 23,14
<b>2. Sector público</b>	<b>36,63</b>	<b>37,00</b>	<b>+ 0,37</b>	<b>100,0</b>	<b>100,0</b>	<b>0,0</b>
<b>2.1 Administración pública</b>	<b>26,32</b>	<b>17,86</b>	<b>- 8,46</b>	<b>71,84</b>	<b>48,26</b>	<b>- 23,58</b>
a) Estatal	1,89	6,57	+ 4,68	7,20	36,80	+ 29,60
b) Justicia	0,21	0,71	+ 0,50	0,80	4,00	+ 3,20
c) Educación	3,79	3,14	- 0,65	14,40	17,60	+ 3,20
d) Sanidad	1,47	0,29	- 1,19	5,60	1,60	- 4,00
e) Municipal	18,95	7,14	- 11,80	72,00	40,00	- 32,00
<b>2.2 Empresas públicas</b>	<b>2,53</b>	<b>4,43</b>	<b>+ 1,90</b>	<b>6,90</b>	<b>11,97</b>	<b>+ 5,07</b>
a) Comunicación	2,53	2,86	+ 0,33	100,00	64,52	- 35,48
b) Industria	0,00	1,57	+ 1,57	0,00	35,48	+ 35,48
<b>2.3 Seguridad y auxiliares</b>	<b>7,79</b>	<b>14,71</b>	<b>+ 6,92</b>	<b>21,26</b>	<b>39,77</b>	<b>+ 18,50</b>
a) Guardias y vigilantes	3,58	10,57	+ 6,99	45,95	71,84	+ 25,90
b) Bomberos	0,42	0,86	+ 0,44	5,41	5,83	+ 0,42
c) Jardines y limpieza	3,58	3,00	- 0,58	45,95	20,39	- 25,56
d) Conserjes y ordenanzas	0,21	0,29	+ 0,08	2,70	1,94	- 0,76
<b>3. Otros</b>	<b>9,89</b>	<b>5,29</b>	<b>- 4,61</b>	<b>100,0</b>	<b>100,0</b>	<b>0,0</b>
3.1 Porteros de fincas urbanas	2,95	0,57	- 2,38	29,79	10,81	- 18,98
3.2 Sin identificar	6,32	3,86	- 2,46	63,83	72,97	+ 9,14
3.3 Meritorios y aspirantes	0,42	0,57	+ 0,15	4,26	10,81	+ 6,56
3.4 Cesantes y en paro	0,21	0,29	+ 0,08	2,13	5,41	+ 3,28

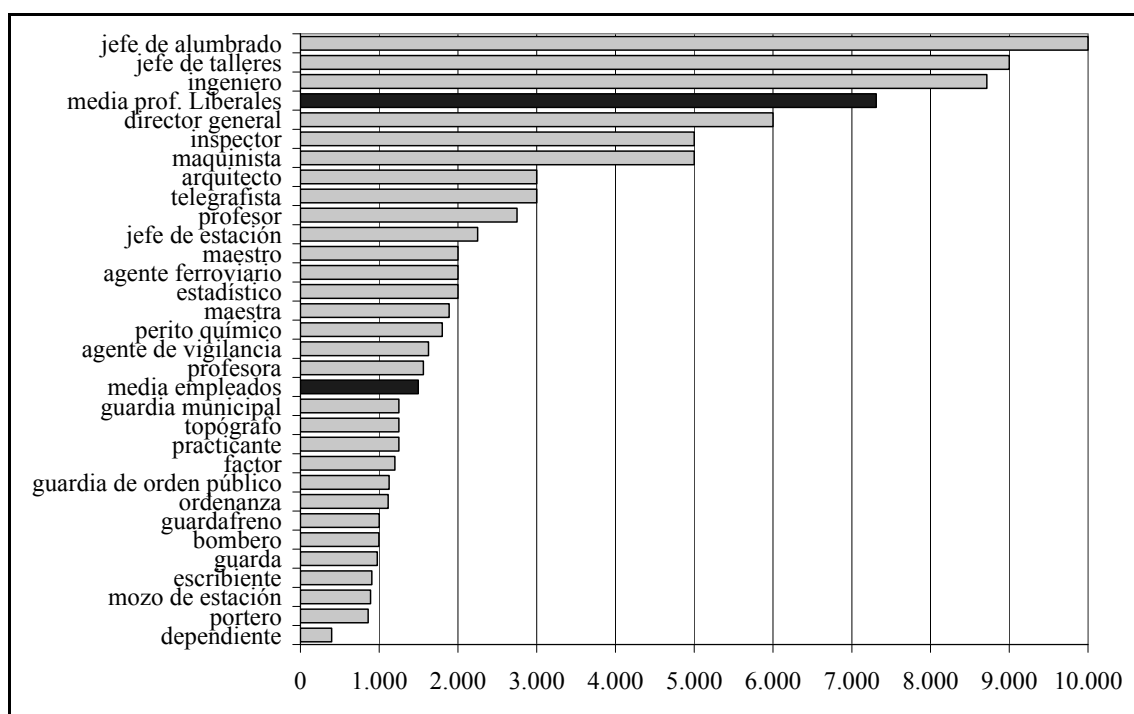
[Figura 3.56. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1905. Los datos son porcentuales. Muestra de población: varones mayores de 12 años en 1878 y de 14 en 1905.]

Entre los empleados con salarios por encima de la media se hallaban los maestros y profesores de instituto, los empleados medios del sector privado dedicados a la gestión de las empresas, como contables y estadísticos, mandos intermedios como los agentes ferroviarios o los jefes de estación y los representantes de nuevas profesiones, como los peritos químicos y los telegrafistas, símbolos de la progresiva modernización de la sociedad y del

avance de la ciencia y de las comunicaciones. Los empleados altamente cualificados en sectores punteros, como los maquinistas del ferrocarril, así como los directivos y altos mandos de la empresa privada, copaban la cúspide de esta pirámide salarial, junto a los ingenieros, la figura estrella de las profesiones liberales del Ensanche Sur.

La concentración de empresas dedicadas a las comunicaciones y a nuevos sectores industriales, como la metalurgia o la electricidad, motivaba que los ingenieros fueran más numerosos que en otras partes de la ciudad. Además, ejercían un rol de élite profesional, que en otros barrios estaría en manos de notarios, jueces, militares de alto rango, políticos y abogados. A la hora de definir su condición profesional, era norma habitual que los ingenieros compartieran su titulación académica con un puesto de “empleado” en una empresa o fábrica particular. Así, se declaraban como ingenieros industriales o ingenieros químicos, al tiempo que se presentaban como “director general”, “inspector” o “jefe” de división de alguna de las actividades internas de las compañías, como el alumbrado en la fábrica de gas o los talleres en la compañía M.Z.A.

**Salarios medios anuales de profesiones liberales y empleados (1905)**



[Figura 3.57. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1905. Los datos son en pesetas. Muestra de población: personas mayores de 14 años.]

Los empleados con estudios superiores eran el embrión de unas clases medias y medias altas *profesionales* que se expandirían durante el primer tercio del siglo XX, hasta el *boom* de los años 30. Eran personas que se caracterizaban

por su elevado nivel de estudios, muy superior a la media de la población, y por una experiencia personal más completa y diversa que el resto de personas, dada su tendencia a la movilidad y a la emigración a diferentes localidades antes de asentarse definitivamente en Madrid (ver cap. 2, figuras 2.9, 2.44 y 2.45). A todo ello añadían su incursión en actividades dinámicas y en plena gestación por parte del Estado y del sector privado. La creación de las primeras empresas modernas de gran tamaño, la forja de un corazón financiero con las principales sedes bancarias, la aparición de las primeras compañías de seguros a raíz de la aprobación de la ley de accidentes de trabajo de 1900,<sup>98</sup> y la revolución de los transportes y las comunicaciones, eran procesos de largo alcance, en el espacio y en el tiempo, que se entrelazaron para hacer de Madrid, en los años siguientes, la gran ciudad de los empleados, la ciudad del cuello blanco.

Sectores que no sólo impulsaban un florecimiento de las clases medias urbanas, sino que multiplicaban sus oportunidades de movilidad geográfica, de prosperidad personal, de trayectorias profesionales brillantes y de ascenso social. Los empleados de los servicios financieros y de la banca, de las compañías de transportes o de las empresas privadas disfrutaban de los honorarios medios más elevados de la zona (ver figura 3.58). El ferrocarril en particular era un semillero de empleados con sueldos medios muy altos y una cantera de personal con grandes perspectivas de futuro. Tras la crisis financiera de los años 60 y los enormes costes en el mantenimiento de las concesiones, las compañías Norte y M.Z.A. eran los dos gigantes que dominaban el sector, seguidas de lejos por los ferrocarriles Andaluces y los del Oeste de España. Con la Ley General de Ferrocarriles de 1877 se dio continuidad a la expansión de la red con el desarrollo de trazados transversales, para conectar a un mayor número de ciudades y centros económicos intermedios.<sup>99</sup> La comunicación férrea, veloz, barata y eficaz, hizo de Madrid una *ciudad con puerto*.<sup>100</sup> Todo el país quedaba al alcance de la mano y se hacía accesible una dieta más equilibrada y económica o un abastecimiento constante de materias primas y productos manufacturados. Madrid se hacía, a la par, más accesible y atractiva con la instalación en ella de las estaciones y las oficinas centrales de las compañías, que ofrecían miles de jugosas oportunidades de empleos bien remunerados y con posibilidades de medrar.

Extranjeros, como Juan Brandon, eran Jonás Feist Frank, nacido en Chaumont, Francia, que llegó a Madrid en 1901 y cuatro años más tarde era el jefe de los talleres generales del servicio de material y tracción de MZA, empleo por el que cobraba 9.000 pesetas anuales y pagaba una contribución industrial de

<sup>98</sup> PONS PONS, Jerònia: “El seguro de accidentes de trabajo en España: de la obligación al negocio (1900-1940)” en *Investigaciones de Historia económica*, nº 4, (2006), pp. 77-100.

<sup>99</sup> COMÍN, Francisco (et. Al.): *150 años de historia de los ferrocarriles españoles*, Anaya y Fundación de los Ferrocarriles Españoles, Madrid, 1998, 2 Vols.

<sup>100</sup> GÓMEZ MENDOZA, Antonio: “Transportes” en JOVER ZAMORA, José María: *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1843-1900). La sociedad, la economía y las formas de vida*, Espasa Calpe, Madrid, 1997, Tomo XXXIII, pp. 467-515.

450 pesetas anuales, o el señor Nathan Süss Meyer, también francés y distinguido director general de la compañía ferroviaria, con un sueldo de 30.000 pesetas anuales en 1905 y más de 3.000 pesetas de contribución. La presencia de las oficinas centrales de compañías de estas dimensiones atraía a esta mano de obra extranjera de alta cualificación profesional. De los veinte mayores salarios del Ensanche Sur, dos eran militares y el resto empleados de grandes empresas. De todos ellos, catorce eran extranjeros, como Juan, Nathan y Jonás, en la M.Z.A.; o los ingenieros jefes Pierre Fournet, francés, Karl Delmuht, alemán, o Arthur Malphy, inglés, en la Sociedad de Gasificación Industrial. Sólo un español se colaba entre los grandes sueldos de directivos, don Narciso Martínez Cabezas, director general de la fábrica de cervezas “El Águila”.

<b>Sueldos medios anuales por categorías de empleados (1905)</b>			
	Media	Sueldo Superior	% superior a 1.500
<b>Media general</b>	<b>1.496,4</b>	<b>30.000</b>	<b>19,8</b>
<b>1.1 Negocios particulares y finanzas</b>	<b>1.852,5</b>	<b>10.000</b>	<b>35,7</b>
a) Banca y servicios financieros	1.770,8	3.000	50,0
b) Empleados particulares	2.199,4	10.000	37,5
c) Escribientes y oficinistas	711,7	1.200	0,0
d) Ordenanzas y personal subalterno	1.306,7	2.000	33,3
<b>1.2 Transportes (ferrocarril y tranvía)</b>	<b>1.940,8</b>	<b>30.000</b>	<b>26,8</b>
a) Empleados y oficinistas	1.971,2	30.000	27,8
b) Maquinistas, cocheros y chóferes	1.000,0	1.000	0,0
c) Personal subalterno	1.158,3	1.375	0,0
<b>1.3 Comercio y hostelería</b>	<b>363,3</b>	<b>1.250</b>	<b>0,0</b>
a) Empleados	1.100,0	1.200	0,0
b) Dependientes	318,6	1.250	0,0
<b>2.1 Administración pública</b>	<b>1.445,7</b>	<b>5.000</b>	<b>17,3</b>
a) Estatal	1.436,1	3.000	19,6
b) Justicia	1.350,0	1.500	0,0
c) Educación	2.000,0	2.750	66,7
d) Sanidad	540,0	540	0,0
e) Municipal	1.443,9	5.000	12,9
<b>2.2 Empresas públicas</b>	<b>1.660,8</b>	<b>8.000</b>	<b>16,9</b>
a) Comunicación	1.485,3	5.000	26,7
b) Industria	1.900,0	8.000	27,3
<b>2.3 Seguridad y auxiliares</b>	<b>1.115,2</b>	<b>2.000</b>	<b>3,0</b>
a) Guardias y vigilantes	1.114,3	2.000	3,4
b) Bomberos	995,0	995	0,0
c) Jardines y limpieza	1.500,0	1.500	0,0
d) Conserjes y ordenanzas	no indica	no indica	no indica

[Figura 3.58. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1905. Los datos son en pesetas.]

Los empleados de origen español eran mayoría a partir de los puestos intermedios y, para ellos, empresas como el ferrocarril también suponían un acicate extraordinario para acudir a Madrid y forjarse un futuro mejor. Así lo hicieron, entre otros, el navarro Adolfo Bustos Irigoyen, que llegó en 1886 con 25 años y en 1905 era un empleado de M.Z.A. con un sueldo de 4.500 pesetas anuales; el vallisoletano Ricardo Alonso Tarrero, que llegó en 1901 con 29 años y cuatro años después ganaba 3.500 pesetas en la misma compañía; el cordobés Diego de Aguirre Tostado, empleado con 1.500 pesetas de sueldo y tres hijos a sus espaldas; el burgalés Malaquíás Mercado, que se aventuró a Madrid en 1890 con 23 años y en 1905 se confesaba empleado con un salario que rozaba las 1.500 pesetas y una pequeña contribución industrial de 33; o el toledano Mateo Nieto Aguado, que había llegado en 1896 con 27 años y nueve años después veía a la gran compañía de Atocha como la tabla de salvamento para escapar de la condición de jornalero y legar a sus hijos, de siete y ocho años, un futuro menos negro. Para los madrileños, el ferrocarril también se alzaba como un fanal de miel a sus ojos y acudían prestos a cazar un buen puesto, como hicieron los hermanos Carlos y Luis Membrillo Blanco, empleados de la M.Z.A. con un sueldo de 1.497 pesetas anuales, o José Tardáguila Izquierdo, que “estudiaba para entrar de meritorio” en la compañía en 1905, con 17 años, y hacer realidad los sueños de su madre, Dolores, de casi 50 años, y de su padre, José Tardáguila Maderuelo, un jornalero pobre de 43 años que estaba en “paro temporal”.

1900 era el borde de dos siglos y, en cierta medida, de dos épocas. El frenético desarrollo de las comunicaciones y los transportes asombraba al mundo en todos sus confines. La telegrafía eléctrica conectaba a las grandes capitales del mundo y a las diminutas de provincias, al tiempo que la telefonía daba sus primeros y experimentales pasos.<sup>101</sup> Gigantescos trasatlánticos cruzaban el Atlántico con sus panzas de acero atiborradas de inmigrantes italianos e irlandeses, fugitivos de la miseria y fantasiosos con todas las maravillas que encerraba la palabra “América”. Serpientes de hierro y vapor recorrían los campos y salvaban distancias kilométricas, cargadas de fardos y personas con la mente puesta en el lugar de destino, cavilando cómo les iría en la gran ciudad. El mundo se achicaba a marchas forzadas y las ciudades eran el punto de reunión. Los nuevos medios de transporte y comunicación estaban cambiando de raíz la vida de las personas con los desplazamientos masivos de población, gracias a su mayor rapidez y abaratamiento, y sus efectos dinamizadores sobre la economía y el mercado de trabajo. Una ciudad bien comunicada, era una ciudad desarrollada y en expansión. El futuro estaba en las comunicaciones, una idea que vislumbró con acierto la Casa Labourdette de Madrid.

El espíritu emprendedor había presidido las actuaciones de la familia francesa desde su asentamiento en la capital española a mediados del siglo XIX.

---

<sup>101</sup> OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Tradición y modernidad en la España urbana de la Restauración” en GÓMEZ-FERRER, Guadalupe y SÁNCHEZ, Raquel (Eds.): *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2007, pp. 79-118.

El primer Juan Labourdette había establecido un negocio de importación de caballos que continuó su hermano menor desde los tiempos del Sexenio. Juan Labourdette Saint Martin no fue un simple punto y seguido a la labor iniciada por su hermano, sino que amplió el negocio a la construcción de carruajes de lujo para caballos, destinados a las clases altas de la sociedad madrileña. Berlinas, cabriolés, birlochos y todo tipo de carruajes para el lucimiento de la nueva burguesía adinerada y ennoblecida, para las familias aristocráticas de postín e, incluso, para los miembros de la Casa Real.<sup>102</sup> Para ello contaba con la plena colaboración de la rama familiar que permanecía en Francia y que se habían convertido en unos carroceros de renombre en París. Las Casas Labourdette de París y Madrid mantuvieron una estrecha relación durante todo el período, lo que dio como resultado una alianza mercantil y la participación conjunta en varias exposiciones internacionales de fabricación de coches y carruajes.



[Ilustración 3.15. Tarjeta comercial conjunta de las Casas Labourdette francesa y española, 1878.]

El negocio había sobrevivido a múltiples dificultades a lo largo de los años. A los riesgos que implicaban las características de su política comercial, con viajes continuos a Francia para comprar caballos y adquirir los últimos modelos en carruajes, se añadían las propias vicisitudes por las que atravesó la capital española, en forma de levantamientos, revoluciones, destrucciones y epidemias periódicas. La Casa Labourdette no había permanecido al margen y se había visto directamente afectada por las disposiciones que se adoptaron para salvar algunas de esas crisis, como los brotes epidémicos. Los Labourdette debieron afrontar un momento de crisis con el cambio de domicilio de su local, por mor de la nueva normativa municipal en cuanto a establecimientos peligrosos para la salubridad pública, como eran los establos (ver cap. 2). Entonces se decantaron por las afueras del sur e hicieron del paseo de Santa María de la Cabeza el centro de su vida, con su nueva casa, los nuevos establos y las nuevas dependencias para la construcción de los carruajes. La decisión no pudo ser más acertada: su negocio prosperó y Juan Labourdette se convirtió en uno de los

<sup>102</sup> Los diarios *Progreso*, *El Imparcial* y *La Época* recogen, en el año 1882, una polémica partida de cuatro carruajes *Labourdette*, traídos expresamente desde París y vendidos por Juan Labourdette a la Casa Real en septiembre de 1868, que habrían sido supuestamente robados por los revolucionarios de 1868.

principales contribuyentes de toda la zona en los inicios de la Restauración, junto a otros ilustres como el aparejador Luis Pané o el audaz carpintero Camilo Laorga.

<b>Principales contribuyentes en el Ensanche Sur (1878)</b>					
<b>Puesto</b>	<b>Nombre y apellidos</b>	<b>Profesión</b>	<b>Cantidad</b>	<b>Origen</b>	<b>Edad</b>
1	Luis Pané Pinilla	Aparejador	1.789,0	Madrid	60
2	Rafael Carnicero Bustos	Farmacéutico	1,522,8	Madrid	40
3	Juan Labourdette S. Martin	Comerciante de caballos y carruajes	1.500,0	Francia	47
4	Pedro Nicoli Bertolini	Escultor marmolista	1.125,7	Italia	64
5	Camilo Laorga Lloret	Carpintero	1.000,0	Alicante	48

[Figura 3.59. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón de 1878. Los datos son en pesetas.]

Juan continuó con sus viajes a Francia hasta su muerte, acaecida a principios de la década de 1880. Cuando ocurrió, dejó a su mujer, Genoveva Husté, al cargo de seis hijos, cuatro chicas y dos chicos, Luis y Augusto, demasiado jóvenes para hacerse cargo del negocio de su padre. Por ello, al frente del establecimiento de Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza quedaron dos de los sobrinos que habían acudido años atrás para trabajar y formarse allí, Juan y Fabián Labourdette Lalande. La viuda y los hijos partieron para Francia mientras los sobrinos, especialmente Juan, quedaban al frente del negocio y de las nuevas oficinas que la Casa abrió en la calle Don Ramón de la Cruz, n<sup>o</sup> 16, en 1895.<sup>103</sup>



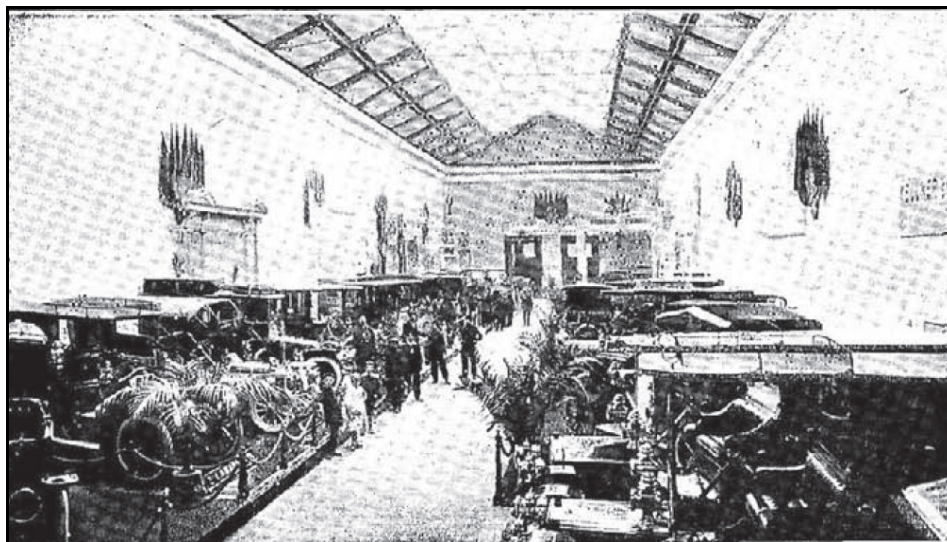
[Ilustración 3.16. Anuncio de la Casa comercial “Hijos de Labourdette”, 1895. Fuente: La Correspondencia de España.]

Los años de estudio transcurridos en el país galo no fueron en balde para los huérfanos de Labourdette. Francia era un país más avanzado que España y recibía con antelación los últimos adelantos de la industrialización. Las ramas francesa y española del viejo tronco común seguían manteniendo buenas y estrechas relaciones, de lo cual salieron especialmente beneficiados los Labourdette españoles. En 1896 el mayor de los hijos, Luis, regresó a Madrid para hacerse cargo del negocio. Aún era un joven veinteañero y su primera acción de envergadura fue una remesa de caballos de lujo que rememoraba a la

<sup>103</sup> Fuente: Elaboración propia a partir de los padrones municipales de 1872, 1874, 1875, 1878, 1880, 1890 y 1895, AVM, Estadística.

que hizo su padre en el lejano año de 1851.<sup>104</sup> Parecía que el tiempo se había detenido para la firma familiar y todas las transformaciones económicas y sociales que se habían producido durante ese tiempo eran imperceptibles a los ojos de los nuevos propietarios. Pero Luis traía en mente importantes proyectos de futuro que reorientarían la actividad comercial de la Casa Labourdette y la adaptarían a los nuevos tiempos. No renunciaba aún a la parte tradicional del negocio, vinculado a la compra-venta de caballos, pero la construcción de berlinas y carruajes se había quedado completamente obsoleta y muy pronto nadie las compraría. El futuro pertenecía a los nuevos medios de transporte. El futuro era del automóvil, el nuevo vehículo autopropulsado por los modernos motores de combustión interna con gasolina.

Entre 1900 y 1905 los hermanos Luis y Augusto, al frente del negocio de su difunto padre, decidieron dar el salto a la automoción. En esa adaptación resultó crucial la ayuda de la rama francesa, inserta plenamente en el naciente sector de la automoción.<sup>105</sup> Para entonces, en países como Estados Unidos y Francia se fabricaban automóviles en gran número y muy pronto lo harían en cadena. Los Labourdette pasaron de construir y reparar carruajes tradicionales, de tiro animal, a fabricar las modernas carrocerías de los automóviles. Y para ello necesitaron ampliar las instalaciones de su negocio. Sin abandonar completamente el establecimiento de Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza, los hermanos Labourdette decidieron abrir un nuevo taller de carruajes en el nº 25 de la calle Miguel Ángel, al norte de la ciudad, donde se empadronaron como *fabricantes de coches*. Su arriesgada aventura les convertía en auténticos pioneros en España de uno de los grandes inventos del nuevo siglo.<sup>106</sup>



[Ilustración 3.17. Vista general de la sala de carrosseries de la Casa Labourdette, 1907. Fuente: Revista Gran Vida.]

<sup>104</sup> Tres años después regresó a Francia para repetir la operación. Fuente: *La Correspondencia de España*, año de 1896 y 1899.

<sup>105</sup> LABOURDETTE, Jean Henri: *Un siècle de carrosserie française*, Edita, Lausanne, 1972.

<sup>106</sup> Fuente: Elaboración propia a partir del padrón municipal de 1905, AVM, Estadística.



Si el ferrocarril había supuesto una fuente de enriquecimiento incuestionable para muchas familias del Ensanche Sur y había hecho del ferroviario, junto al jornalero, la imagen visible de la zona, los Labourdette hallaron en el nuevo medio de transporte terrestre su renovada fuente de negocio y riqueza. Era una familia que siempre había vinculado su prosperidad a un comercio basado en los medios de transporte. Los Labourdette fueron el ejemplo de cómo una familia de comerciantes y artesanos supo adaptarse a los desafíos que planteaba una ciudad en plena transformación, el vivo ejemplo de cómo adelantarse a su tiempo y triunfar. La imagen de la sala de exposición de sus talleres, en 1907, reflejaba a la perfección el momento de transición entre los tiempos antiguos, con sus tradicionales berlinas, y la nueva época que se abría con los chasis de los automóviles, unos y otros entremezclados. Era la viva imagen de una ciudad que bordeaba el siglo XX con importantes resabios arcaicos y graves problemas heredados, al tiempo que se aventuraba por nuevas vías y abría la puerta al siglo de la velocidad.



## CAPÍTULO 4

### MALAS CALLES

#### SEGREGACIÓN, IMAGEN Y LUCHAS VECINALES

*“Hay en París ciertas calles tan deshonradas como puede estarlo un hombre culpable de infamia; hay también calles nobles, calles simplemente honestas, calles jóvenes sobre cuya moralidad el público no se ha formado todavía una opinión; calles asesinas, calles más viejas que la más vieja de las viudas viejas, calles dignas de aprecio, calles siempre limpias, calles siempre sucias, calles obreras, trabajadoras, mercantiles. Hay calles de mala compañía donde no queríais residir y calles en las que instalaríais de buen grado vuestra vivienda. Las calles de París, en fin, tienen cualidades humanas, y nos infunden con su fisonomía ciertas ideas contra las que no tenemos defensas.”*

Honoré de Balzac, *Ferragus, chef des Dévorants*, 1833.

El gran Balzac intuía rasgos humanos en las calles de París que le guiaban certeramente en sus recorridos por la capital francesa. Su aspecto resultaba una pista infalible para descubrir la situación real de sus moradores, cuál era el nivel social de las personas. Las esquinas eran linderos de mundos ricos en matices, perceptibles en los guijarros de sus calles, en el garbo de sus casas o en las trazas de sus viandantes. Las callejuelas sombrías y decrepitas de la Île Saint-Louis eran la antítesis de la portentosa majestuosidad de la Place Vendôme. París era una ciudad con calles de rostro humano, pero no era la única. Su callejero infinito encerraba mil y una atmósferas diferentes, como también lo hacían la Viena Imperial, el Berlín del renacido Reich alemán, las fabriles Manchester o Lyon, la eterna Roma o la gigantesca Londres victoriana.

Los cambios en Madrid durante la segunda mitad del siglo XIX fueron más lentos y menos, pero también participó de la novedosa segregación espacial que implicaba la industrialización y modernización de la sociedad. Madrid no se perpetuó como un *poblachón* ajeno a los cambios, congelado en los viejos tiempos de la capital popular y cortesana, sino que actuó como una *ciudad moderna* inserta plenamente en los procesos de cambio social de la época. En Madrid había calles “*viejas como viudas viejas*” y “*jóvenes*” que aún no se habían labrado fama alguna; “*calles siempre sucias y calles siempre limpias*”; “*calles trabajadoras y calles mercantiles*”; ricas y pobres.

El espacio aparecía como una expresión de la nueva estructura económica y social urbana. La segregación era sentida por los propios contemporáneos. Para muchos, era una experiencia real que había ido en aumento a lo largo de los años, lo que indicaba un doble cambio: en la percepción y en la realidad del fenómeno.<sup>1</sup> Miradas diferentes para un mundo cambiante. La ciudad se expandía y se desarrollaba espacial y económicamente, pero también se dividía con huellas imborrables. El espacio cobró un activo papel en la estimulación de nuevas formas de representación de las clases sociales y en la creación de nuevas identidades.<sup>2</sup> El espacio no era un simple recipiente donde se desarrollaba el quehacer cotidiano de los ciudadanos, un burdo marco para la vida urbana, sino que era fruto directo de los procesos políticos, económicos, sociales y culturales, que intervenían en la transformación de la sociedad. La relación entre los grupos sociales que componían esa sociedad y su entorno más inmediato era estrecha y dinámica, pues la propia organización y configuración de los espacios ofrecía oportunidades y limitaciones al desarrollo de los procesos de cambio y permanencia de la sociedad.

La desigualdad y segregación entre unas zonas y otras incidió en una creciente identificación de las personas con los barrios donde residían.<sup>3</sup> Con el paso del tiempo, vivir en un sitio u otro de Madrid cobró un significado especial, señalaba a las personas y las clasificaba socialmente. Un destino contra el que se rebelaron numerosos vecinos del Ensanche Sur durante muchos años. Hombres humildes y hombres ricos que lucharon para mejorar las condiciones de vida de sus familias y vecinos. Hombres que pelearon para que sus calles no se convirtieran en las peores de todo Madrid. Hombres que se negaron a ser vistos como los habitantes de las calles que terminaban en albañales y vertederos, como los vecinos de los barrios negros de la gran ciudad.

---

<sup>1</sup> DENNIS, Richard: *English industrial cities of the nineteenth Century. A social geography*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986.

<sup>2</sup> DENNIS, Richard: *Cities in Modernity. Representations and productions of metropolitan space (1840-1930)*, Cambridge University Press, Cambridge & New York, 2008.

<sup>3</sup> VICENTE ALBARRÁN, Fernando, CARBALLO BARRAL, Borja y PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Luces y sombras en la gran ciudad: Radiografía de la segregación social en el Madrid del Ensanche (1860-1905)” en *Coloquio sobre la ciudad y la modernización en la España contemporánea*, Cádiz, 23-24 de abril de 2009; VICENTE ALBARRÁN, Fernando, PALLOL TRIGUEROS, Rubén y CARBALLO BARRAL, Borja: “Madrid en 1905: una ciudad segregada socialmente” en *IX Congreso de la ADEH*, Azores, 16-19 de junio de 2010.

“...tenía que ir desde la calle de Hernán Cortés a la de Moratines, en el barrio de las Peñuelas,... ya habían dado las diez cuando entró por el conocido y gigantesco paseo de Embajadores. A mano derecha hay una vía que empieza en calle y acaba en horrible desmonte, zanja, albañal o vertedero, en los bordes rotos y desportillados de la zona urbana.”

Benito Pérez Galdós, *La desheredada*, 1881.

#### 4.1. Los bordes desportillados de una ciudad rota. Abandono municipal y reivindicaciones vecinales

Camilo Laorga estaba verdaderamente molesto con la situación y en 1865 decidió dar un paso al frente. Estaba harto de ver su calle enfangada al paso de un nubarrón, de andar a trompicones por los guijarros sueltos, de sortear baches y zanjas, de llegar a su casa casi a tientas cuando se quedaba alguna noche por el centro y su barrio se sumía en la oscuridad, o de soportar pestilencias inmundas de pozos negros y albañales descubiertos. Él no se había ido a vivir allí para eso. En 1860, cuando solicitó la licencia para la construcción de su casa y su taller,<sup>4</sup> Camilo estimó que las Peñuelas podría ser un buen lugar para una persona emprendedora como él, dispuesto a levantar un negocio en una zona nueva, donde los terrenos eran más económicos y donde el Ayuntamiento iba hacer acto de presencia con su reciente plan de Ensanche. Es cierto que las afueras en general no tenían buena fama entre los madrileños, pero posiblemente se debía al desconocimiento, a la desconfianza que siempre despertaban los parajes poco habitados y al aspecto descuidado de los arrabales. Pero aquello era precisamente lo que debía cambiar con la aprobación del proyecto gubernamental y la intervención del Ayuntamiento. Y era justo lo que no había sucedido.

Las Peñuelas se había convertido en un barrio más de Madrid sobre el papel, pero en la práctica poco se había avanzado desde su existencia previa como arrabal marginado y olvidado de la asistencia pública. En su día, el Ayuntamiento había instalado *la fuente de la Dorotea*, que estuvo situada en el paseo de Recoletos, “(en un barrio) que ha adquirido ya una importancia como la de Chamberí, habiendo acordado además se haga en él la limpieza como se verifica en la población por medio de barrenderos y carros, sin molestar para nada al vecindario.”<sup>5</sup> Agua y limpieza para los vecinos que tardaron en hacerse realidad, pues sólo en la concesión del permiso para el comienzo de las obras de la citada fuente se tardaron más de cuatro meses.

<sup>4</sup> Camilo Laorga en solicitud de licencia para edificar en el barrio de las Peñuelas, AVM, Secretaría, 4-260-8. La documentación aparece indicada en los índices del archivo, pero los legajos han desaparecido o se han perdido.

<sup>5</sup> Fuente: *La Iberia*, 17 de junio de 1860.

Las dilaciones municipales en la aplicación de lo que se aprobaba en los plenos y su nula intervención en las graves carencias del barrio comenzaron a chamuscar la paciencia de los vecinos. Aquello *ya era Madrid* y el Ayuntamiento no podía mirar para otro lado. Además, a las necesidades propias de una zona sin urbanizar, como los desmontes y la nivelación de los terrenos, se añadía el hecho de ser un área que empezaba a concentrar numerosos talleres y centros fabriles. Bien estaba que las autoridades desearan alejar los establecimientos que entrañaran algún tipo de peligro, pero eso no podía desembocar en prohibirles asentarse en el centro y desentenderse de lo que ocurriera en las afueras, en dejar de la mano de Dios a las personas que por allí vivieran. Se requería un control para evitar males mayores, justo lo que echaban tanto en falta los vecinos de las Peñuelas, los cuales recurrieron a la prensa en 1862 para quejarse de *“que no siguiendo los alcantarillados de aguas sucias, el del matadero, el del gas y otros, hasta desembocar en el río, es posible una epidemia por la aglomeración de gases próximamente a las muchas casas allí edificadas. Quéjense también de que el barrio de las Peñuelas no esté empedrado...”*<sup>6</sup>

La dejadez municipal ante las demandas vecinales se debía, en buena medida, a la incertidumbre que reinaba por aquellos tiempos, cuando aún no estaba clara la supervivencia del arrabal. Eran tiempos críticos que requerían la implicación de todos aquellos que desearan mantener en pie a las Peñuelas. El barrio podía tener una fama extendida de pobreza y miseria, pero también se estaba ganando a pulso otra bien distinta, como barrio reivindicativo y peleón. Sus vecinos y propietarios no se arredraban ante nada ni ante nadie. De ello podían dar buena cuenta el propio Ayuntamiento de la ciudad, la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando o el Gobierno de la mismísima Isabel II. En 1857 habían salido victoriosos del brete ocasionado por la remodelación del arrabal propuesta por las autoridades y desde 1860 mantenían un pulso sin cuartel con Castro y su nuevo plano, aprobado por el gobierno. Sobre el tapete estaba en juego la completa demolición del barrio y el vecindario se había unido como una piña en torno a figuras señeras como Martín Fagalde, propietario de varias casas del viejo arrabal; Isidoro Lerena, arquitecto municipal y mano derecha del señor Fagalde, con el que presentó el primer plano urbanístico de las Peñuelas; Luis Pané, aparejador de obras y propietario; y otros más humildes, como el albañil Gregorio Méndez o el carpintero Feliciano Moya. Necesitaban hacer ruido, aparecer en la prensa con sus reivindicaciones, como el llamamiento que hicieron en julio de 1862 *“para que desde luego se provea al barrio de las Peñuelas y a las orillas del Manzanares, del competente número de serenos y de algunos centenares de faroles de aceite”*,<sup>7</sup> e ir rebañando pequeñas concesiones, como la petición del concejal Martínez Luna para *“que se estableciera en la barriada del puente de Toledo una escuela de niños de ambos sexos y se*

---

<sup>6</sup> Fuente: *La Iberia*, 6 de junio de 1862.

<sup>7</sup> Fuente: *La Esperanza*, 11 de julio de 1862.

*establecieran más faroles en el puente de Toledo, puesto que en el de Segovia y en el barrio de Peñuelas están ya colocados los faroles que necesitaban.”*<sup>8</sup>

La estrategia seguida parecía inteligente a tenor de los resultados. En el conflicto abierto entre Gobierno central y Ayuntamiento, por mor del Ensanche y de la figura de Castro, los vecinos y propietarios de las Peñuelas habían buscado tender puentes y lograr una complicidad con el municipio, más proclive a sus intereses de mantener intactas las casas ya construidas. El Ayuntamiento, en una guerra soterrada con el diseñador del Ensanche, contemplaba la creación de una escuela mixta para los más pequeños y dictaminaba la colocación de unas cuantas farolas por el barrio, como si fueran picas en Flandes que afirmaran su autoridad por encima de Castro, cuyo plano pretendía hacer borrón y cuenta nueva de todo aquello.<sup>9</sup> Eran medidas a celebrar, sin duda, pero cuatro faroles de aceite ni engañaban a nadie ni llenaban *“el vacío que se nota respecto a mejoras en los populosos barrios del Sur y sus afueras. Todavía hay mucho que hacer allí en este sentido, y en verdad que cuando tantos millones se han gastado y gastan en embellecer el centro y toda la parte norte de Madrid, no es mucha exigencia el insistir en solicitar que se inviertan algunos en todo aquel distrito lleno de vida y tan creciente en población como en necesidades.”*<sup>10</sup>

Para Camilo Laorga los cuatro faroles y la modesta escuela de párvulos eran un magro bocado que llevarse a la boca, después de tanto llamamiento público y tanta reivindicación. Su nuevo barrio seguía siendo el último de la cola a la hora de ser atendido por el municipio y las necesidades eran muchas, variadas y urgentes. Aquella situación de incuria y miseria no podía prolongarse por el bien de la comunidad y de todos y cada uno de sus miembros. Camilo se adhirió al movimiento vecinal de las Peñuelas con la intención de aportar nuevos bríos y mayor cohesión y unidad de cara a las autoridades. El ambiente del barrio estaba enardecido y más hombres se sumaban a la causa, como el industrial Diego Lorenzález, el propietario Juan González Peña o José Pons, maestro papelero y propietario como el señor Vicente Puchades, uno de los pioneros del arrabal. Había que crear un frente común y para ello era necesario conocer las opiniones y demandas de todos los interesados. A iniciativa de Camilo Laorga se convocó una reunión pública el 1 de octubre de 1865 en unos locales que cedió el señor Lorenzález, lugar donde nació la primera Asociación General Voluntaria de Vecinos y Propietarios de las Peñuelas.<sup>11</sup>

A la reunión acudieron *“más de 50 vecinos y propietarios por sí y en representación de otros varios, ausentes e impedidos.”* Los concurrentes expusieron, en primer lugar, el importante crecimiento demográfico del barrio y la necesidad de atender *“a las mejoras que ha menester con infinita urgencia, para que de allí desaparezcan males y quebrantos de no escasa monta, y en las*

<sup>8</sup> Fuente: *La Discusión*, 14 de julio de 1863.

<sup>9</sup> Para un análisis más detallado del conflicto suscitado con los propietarios por motivo del plano del Ensanche Sur, ver el capítulo 1.

<sup>10</sup> Fuente: *La Discusión*, 23 de marzo de 1864.

<sup>11</sup> Fuente: *La Iberia*, 6 de octubre de 1865.

*necesidades públicas de todo género que en el mismo barrio y en sus calles y terrenos se experimentan y padecen, como otras tantas dolencias patentes y de suyo alarmantes y funestas, para que esas necesidades se cubran y obtengan pronto, seguro y sólido saneamiento, ciertas causas de malestar, ciertos focos de infección y ciertos vicios materiales que tan amargas y deletéreas consecuencias producen en la propiedad, con daño de todas las familias y con perjuicio de la industria, de la vida comunicativa, del tiempo y del trabajo.”<sup>11</sup>*

Tras un debate abierto, se procedió a la elección de una comisión que representara a los vecinos en todos los asuntos del barrio, la cual elaboró rápidamente *“una razonada y sentida solicitud para que se destinen los debidos fondos al empedrado de las calles, guardada la justa proporción y atendidas las cargas que cubre el barrio de las Peñuelas, pero sin olvidar la preferencia que ahora merece este barrio, a quien el señor alcalde corregidor y el Ayuntamiento deben atender como es urgente e indispensable.”*<sup>11</sup> En esa solicitud, los vecinos ya eran conscientes del menguado valor del barrio en comparación a otros, como por ejemplo Recoletos, pero se reivindicaban como madrileños de igual categoría que el resto, con las mismas obligaciones, pero también con los mismos derechos a ser atendidos y escuchados como el resto de ciudadanos.

A partir de ese momento, la comisión elegida guió todo el movimiento reivindicativo vecinal. Sus miembros eran pequeños propietarios e industriales como los señores Fagalde, José Pons y su hijo Juan Pons Basabé, Juan González Peña, Diego Lorenzález, Rafael Urosa, José Iglesias, el arquitecto Isidoro Lerena, o los señores Camilo Laorga y Francisco Gundián. Francisco era un maestro carpintero propietario de su taller, sito en la calle Ercilla, nº 8, que por aquel entonces contaba con 47 años, tenía cuatro hijos (el mayor ya trabajaba con él como aprendiz) y disponía de una joven criada soriana que ayudaba a su mujer con la casa. Estos eran los *“buenos patricios con inteligencia y fuerza de voluntad”* a los que se refería el periódico progresista *La Iberia*. Las Peñuelas necesitaban hacerse visibles, tener voz pública y espacio holgado para dar a conocer sus reivindicaciones y nada mejor que dar un aldabonazo en medios críticos con el poder. El periodista constataba que el barrio *“goza ya de una fuente y una escuela y palpa además el beneficio de alguna que otra providencia. Pero esto, aunque estimable, es poquísimo en comparación de cuanto necesita y reclama con urgencia.”*<sup>11</sup>

La comisión apostó por una estrategia con dos direcciones. Por un lado, reivindicar una justa equiparación en la dotación de los servicios públicos respecto a otros barrios de la capital y, por otro lado, solicitar la instalación de establecimientos y equipamientos básicos para la ciudad, con el fin de revalorizar los terrenos de la zona y compensar la escasa valía de los terrenos en el mercado inmobiliario. Si se lograba alguno de esos objetivos, la posición de los propietarios ganaría más fuerza aún frente a las amenazas del proyecto de Castro. Y las únicas opciones de éxito pasaban por mantener una relación fluida, estrecha, casi cómplice, con el Ayuntamiento.



Los primeros avances se produjeron en pleno estertor del régimen isabelino. En 1866, tras diversas gestiones con los regidores municipales, la comisión de las Peñuelas logró que el Ayuntamiento enviara su solicitud al gobierno central, junto a la del marqués de Salamanca, para la instalación del alcantarillado. En marzo de ese año, el Ministerio de la Gobernación expidió una Real Orden “*autorizando al Consejo de Administración del Canal de Isabel II para que disponga se practiquen los estudios necesarios para la distribución de aguas y alcantarillas de los barrios de las Peñuelas y Recoletos.*”<sup>12</sup> La unión de pequeños propietarios e industriales como Laorga, Gundián, Fagalde, Pons, Lorenzález y el resto, había permitido que su barrio, pobre y marginado hasta el momento, se equiparara al del poderoso marqués en los estudios sobre la instalación del servicio de agua corriente y desecho de residuos. Por una vez, las Peñuelas no parecían quedar rezagadas.

La segunda gran iniciativa aspiraba a convertir el nuevo barrio en uno de los grandes mercados de abastecimiento de la ciudad. En el proyecto de convertir a Madrid en una capital más digna, con mayores recursos para atender a una población en crecimiento, la reforma de los mercados resultaba una cuestión clave. Los puestos de venta ambulantes y al aire libre no reunían las condiciones higiénicas mínimas y eran incapaces de satisfacer toda la demanda. Se necesitaban nuevos establecimientos, que reunieran en un mismo espacio a vendedores y compradores y con unas condiciones óptimas para la conservación de los productos. Era una buena oportunidad para hacerse con centros que generaran riqueza y los miembros de la comisión vecinal intentaron hacer valer las bondades de las afueras del sur como el lugar idóneo para establecer un gran mercado, por la enorme disponibilidad de terrenos baldíos y la cercanía del ferrocarril, el medio de transporte del futuro. En 1867 los “*vecinos del barrio de las Peñuelas solicitaron que se traslade a aquel punto el mercado de verduras que actualmente existe en la plaza de la Cebada.*”<sup>13</sup> Una aspiración que hizo agua en 1868, con la decisión de remodelar el mercado al estilo Les Halles de París, pero sin moverlo de la misma plaza donde estaba situado.

El Sexenio Democrático fue una etapa desaprovechada para cambiar el rumbo y frenar los desequilibrios que iban alejando a unos barrios de otros en su desarrollo urbanístico. En un primer momento, las expectativas creadas fueron enormes: el poder fue copado por hombres con ideas refrescantes y modernas que aspiraban a un cambio radical de la situación. El entusiasmo de los primeros momentos se contagió entre los vecinos de las afueras y sus representantes en la comisión, algunos de ellos con claros vínculos con los revolucionarios, y el propio nombre del barrio fue cambiado temporalmente por el de Rivero, en honor al nuevo alcalde, en una reunión celebrada a las pocas semanas del triunfo de la

---

<sup>12</sup> Fuente: *La Correspondencia de España*, 9 de marzo de 1866.

<sup>13</sup> Fuente: *Diario de avisos de Madrid*, 14 de marzo de 1867.

revolución para “*tratar de las reformas y mejoras que son de precisa necesidad en dicho barrio.*”<sup>14</sup>

Entre los vecinos más destacados aparecía Camilo Laorga, cuyos vínculos progresistas a través del diario *La Iberia* se remontaban a varios años atrás. El señor Laorga estaba en la plenitud de su vida, con 38 años recién cumplidos, con casa y taller estrenados cuatro años antes, con un negocio en expansión que le reportaba jugosos beneficios y con ambiciones políticas. Era el momento que tanto había esperado para cambiar las cosas, mejorar el aspecto del barrio y remediar sus grandes males. Su carrera política recibió un espaldarazo con el nombramiento como “*comisario especial para las obras que se están verificando, por cuenta del Ayuntamiento, para la zona del Canal y de Arganzuela.*”<sup>15</sup> Era hora de poner en práctica todas las ideas y propuestas vertidas durante los años anteriores y lo primero que hizo fue llevar al propio alcalde a las Peñuelas, “*único barrio verdaderamente industrial de Madrid*”, para que examinara detenidamente “*las diferentes fábricas y talleres que allí se hallan establecidos y para conocer las condiciones de salubridad y ornato.*”<sup>16</sup>

Buenos propósitos, magníficas ideas y proyectos grandiosos que se evaporaron en muy poco tiempo por falta de recursos económicos y la imprescindible estabilidad de un proyecto político a largo plazo. El Sexenio, que tantas ilusiones despertó con su revolución septembrina, se limitó a derribar las tapias, desplazar a Castro como director de las obras y ratificar la supervivencia de las casas de los arrabales. Nada hubo de las mejoras en las zonas más deprimidas, esperadas como el maná por sus vecinos y propietarios, ni nada pudo haber, dado el sistema de financiación aprobado para las zonas de ensanche. El proceso de segregación del espacio continuaría su marcha mientras no se modificara el reglamento de 1867 (que fijaba la división del Ensanche por zonas económicamente independientes) y eso era harina de otro costal que ni siquiera se contempló. Las Peñuelas siguió siendo una zona pobre y marginada en la dotación de los servicios públicos municipales respecto a otras zonas del Ensanche, a pesar de la experiencia democrática del Sexenio y del papel de hombres activos y políticamente bien situados como Camilo Laorga.

Los vecinos de las Peñuelas no fueron los únicos olvidados por las autoridades municipales, ni los más perjudicados del Ensanche Sur. La presencia de pequeños propietarios e industriales, y su rápida organización, había permitido alcanzar algunos logros, por pequeños que fuesen. En otras zonas el desamparo fue más evidente y la degradación más rápida y lastimosa. Los terrenos colindantes a la estación de Atocha, en torno a la calle de El Sur (actual Méndez Álvaro), fueron descritos desde época temprana en términos muy negativos. La instalación de dos cementerios creó un ambiente que repelía a la mayoría de la población y en sus alrededores “*fuéronse alzando miserables casuchas*

---

<sup>14</sup> Fuente: *La Correspondencia de España*, 24 de octubre de 1868.

<sup>15</sup> Fuente: *El Imparcial*, 7 de enero de 1869.

<sup>16</sup> Fuente: *La Discusión*, 1 de mayo de 1869.

*destinadas a la doble especulación de despachar vino y de albergar obreros.*”<sup>17</sup> Los inmuebles que se construyeron eran casas bajas de adobe, yeso y ladrillo de mala calidad, que se alzaban sobre un terreno agrietado y barrancoso, por el que discurrían aguas residuales y desechos de todo tipo.

Con motivo de la elaboración del proyecto del Ensanche, desde algunos medios se propugnó la remodelación total de la zona por derribo: *“Los alrededores de la estación del ferrocarril presentan un aspecto digno de la más abandonada y miserable aldea. Aquel inmenso y sucio barranco, coronado de casuchas ruinosas, debería desaparecer, hoy que tanto se cacarean las mejoras que se están llevando a cabo.”*<sup>18</sup> La aprobación del proyecto y la ampliación de la estación de Atocha motivaron que el Ayuntamiento comprara, entre 1856 y 1865, algunas fincas y terrenos a los propietarios de las afueras de la Puerta de Atocha y del viejo camino de los Yeseros.<sup>19</sup> Esa iniciativa llevó a la exaltación de la labor consistorial por parte de algunos medios, que animaban a extender las actividades a la calle de El Sur: *“Una grande explanación quedará muy pronto en la entrada del paseo de las Delicias, y en ella muchos plantíos embellecerán aquel sitio. No sabemos si el desmonte continuará en la dirección de la calle de las Yaserías, que por la parte que mira a la estación del ferrocarril, ofrece el aspecto más repugnante. Es de la más urgente necesidad emprender dicho desmonte y cubrir el inmundo arroyo continuando la alcantarilla hasta pasado el límite de la estación, sé es que no se quiere perpetuar el aspecto que hoy presentan esos mal llamados cerros, coronados más que por edificios regulares, por barracas cuya vista no puede menos de ofender al viajero que llega a la Corte de España.”*<sup>20</sup>

Los propietarios eran conscientes del pésimo estado de sus casas y se ofrecieron al Ayuntamiento para venderles sus propiedades a un precio acordado por ambas partes. En 1870, un grupo de seis pequeños propietarios, encabezados por Pedro Barrilero y Francisco Jareño, expusieron las *“molestias y perjuicios que desde hace años vienen padeciendo porque sus casas han quedado colgadas a consecuencia de los desmontes que se han practicado alrededor y que diariamente se hallan amenazados de denuncias de policía urbana debido al mal aspecto de dichas casas”*. Los propietarios se veían amenazados por denuncias, pero no querían invertir el dinero necesario para adecentar sus casas y, por ello, se las ofrecían al Ayuntamiento con la única *“condición de que se les pague el importe de sus fincas el día que se firme la escritura de venta-compra.”*<sup>21</sup> Petición utópica que se reflejó en la fulminante respuesta de la Comisión de Ensanche: *“en consideración a la penuria de fondos en que se encuentra el*

<sup>17</sup> VARGAS, Julio: *Madrid ante el cólera*, El Liberal, Madrid, 1885.

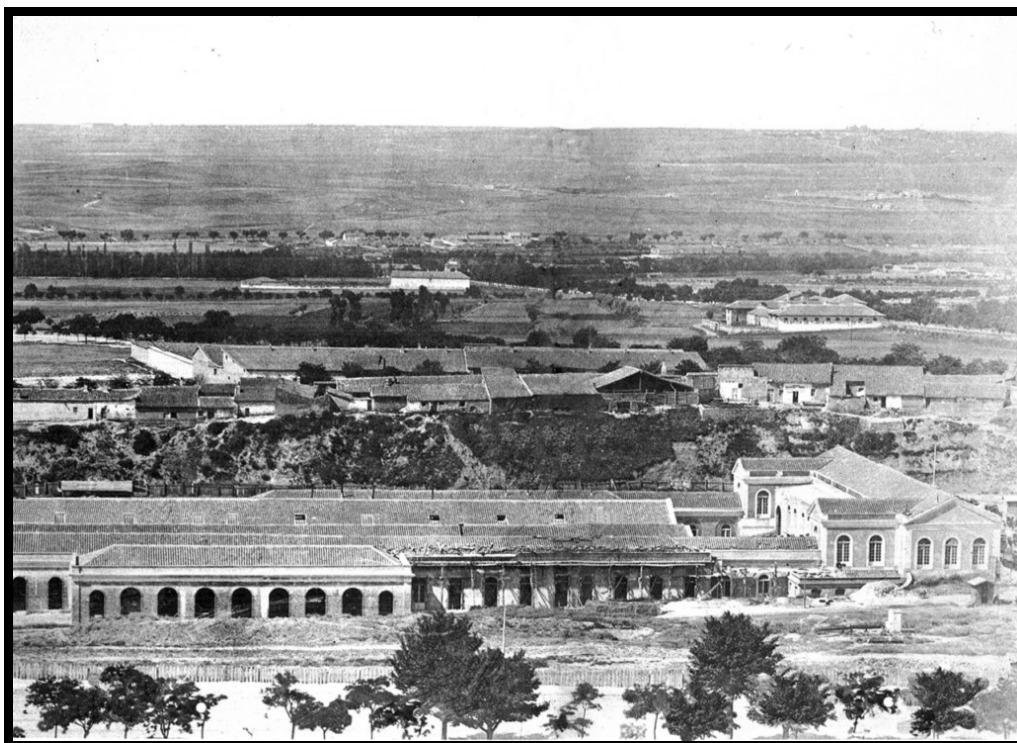
<sup>18</sup> Fuente: *La Discusión*, 26 de abril de 1860.

<sup>19</sup> En el Archivo de Villa se conservan numerosos expedientes sobre mediciones, tasaciones, compras, derribos, etc., entre los propietarios de la zona y el Ayuntamiento. Ver AVM, Secretaría, tomos XXVII, XXX y LIV.

<sup>20</sup> Fuente: *La Correspondencia de España*, 27 de octubre de 1860.

<sup>21</sup> Expediente promovido por varios propietarios y vecinos de la calle de El Sur, solicitando la regularización del barrio de las Delicias, 1870. AVM, Secretaría, 5-68-46.

*Excelentísimo Ayuntamiento, es de sentir que no se pueda acceder por ahora a la solicitud de los interesados. Es asimismo de parecer que se recomiende la necesaria vigilancia para que el estado ruinoso de las mismas no ocasionen mayores perjuicios.”<sup>21</sup>*



[Ilustración 4.1. Vista de la antigua estación de Atocha, del barranco de Yaserías, de las casas bajas de la calle de El Sur y del paseo de Santa Mª de la Cabeza, 1870. Fuente: J. Laurent.]

El decrepito aspecto de toda la zona no llevó a vecinos y propietarios a unirse para que sus reclamaciones sonaran con una voz más fuerte y fueran atendidas parte de las demandas, como ocurrió en las Peñuelas, sino que acudían en pequeños grupos y en diferentes momentos. Vicente Calderón, un jornalero lucense de 42 años, se dirigió por carta al Ayuntamiento en 1872, junto a sus convecinos Higinio Macanaz, José Pardiñas y Cipriano Segundo Montesinos, para “*reclamar contra el completo estado de abandono en que se encuentra la zona en dicha calle.*”<sup>21</sup> Vicente y los suyos suplicaban que se practicaran “*las obras necesarias a fin de que esta parte de Madrid no desdiga tan lastimosamente de la civilización y cultura del resto de la población.*”<sup>21</sup>

Los informes de los arquitectos municipales de la Comisión de Ensanche manifestaban “*la conveniencia de mejorar las condiciones urbanas de aquella localidad, (...) de promover la canalización en debida forma de la alcantarilla que por allí corre (...) y de desmontar aquel terrazo y explanarles sus respectivos solares, tratándose en su mayoría de fincas por ellos (los propietarios) calificadas de casuchos y además ruinosos. Con la mejora que habría de obtener cada uno de ellos en el valor de su propiedad*”, pronosticaba el arquitecto, “*se compensaría ampliamente el sacrificio de las fábricas*

*vetustas*.”<sup>21</sup> Propuestas de reformas y mejoras todas ellas que morían en el mismo papel de los informes, pues la capacidad para llevarlas a efecto era irreal. El dinero necesario para cegar el barranco, o para allanar y acondicionar los terrenos, seguía dependiendo de los ingresos, paupérrimos en este caso, que generaban las mismas casuchas que se pretendían derribar.

La aprobación de la Ley de Ensanches de 1876, al inicio de la Restauración, reafirmó este proceso de segregación espacial, que acarreaba la marginación y el deterioro de las zonas que generaban menos ingresos con la contribución de sus inmuebles. Era una situación perniciosa contra la que siguió batallando un puñado de vecinos. Tras la frustración del Sexenio, Camilo Laorga perseveró incansable al frente de la Asociación de Vecinos y Propietarios de las Peñuelas. Cada año que pasaba había más población, más casas sin agua corriente, más fábricas y talleres que exhalaban montañas de restos y desperdicios y el municipio seguía sin tomar cartas en el asunto.

Al poco tiempo de acceder los conservadores al poder, Camilo y los suyos volvieron a la carga *“no para formular peticiones exageradas, ni de su interés particular, sino con la elevada misión de un asunto que afecta a la salud pública de la Villa.”*<sup>22</sup> La carta estaba firmada por 35 personas, algunas de sobra conocidas como Pedro Fagalde y Juan González, el arquitecto Isidoro Lerena y su administrador Andrés Nieto, el joven Juan Pons que había sustituido a su padre al frente de la modesta fábrica de cartones, junto a otros que habían llegado más tarde al barrio, como el farmacéutico Rafael Carnicero, los fundidores Juan Bou y Francisco Lebrero o el médico Mariano Fernández Rodríguez. En su carta pública, los vecinos denunciaron la presencia por doquier de aguas fecales y residuales por la presencia de numerosos centros fabriles y por la ausencia de una red de alcantarillado. Los vecinos eran conscientes del coste de las mejoras, pero enarbolaron una defensa a ultranza de su barrio, al que presentaron como *“la primera localidad que se creó extramuros del casco antiguo de Madrid y anterior a la ley de Ensanche; que en ella, si bien no existen palacios ni hoteles, es el punto donde se han establecido importantes industrias que sostienen numerosos operarios y familias enteras, que aumentan la riqueza imponible para el Estado y para el municipio en las diversas formas de tributación que hoy existen; y que contribuye como todas con todos los recargos e impuestos establecidos.”*<sup>22</sup>

Junto a esta enardecida defensa del barrio, los vecinos y propietarios de las Peñuelas lanzaron una dura diatriba al Consistorio, al insinuarle que *sabe hasta donde ha llevado ya el municipio el alumbrado por gas en otros barrios más modernos de fuera también de la antigua muralla, mientras que en nuestra localidad, donde está en tinieblas con moribundos y distantes faroles al estilo de los tiempos de Carlos III. Las aguas de Lozoya que por otras partes tanto se gastan para encharcar los paseos públicos, aquí sólo sirven para regar los*

---

<sup>22</sup> Expediente de los propietarios y vecinos de las Peñuelas solicitando mejoramiento de los servicios municipales, 1877. AVM, Secretaría, 10-84-83.

*árboles municipales y para alimentar el surtido de tres fuentecitas que hace muy poco se han establecido. Fuera de esos servicios, los paseos públicos de la localidad no conocen otra agua que la del cielo. Los propietarios e industriales que necesitan la de Lozoya para las operaciones a que la dedican, tienen que buscarla a inmensas distancias, empleando en ello un cuantioso capital de que carecen muchas veces.”*<sup>22</sup> Además, recordaron cómo había sido su propia iniciativa la que había paliado algunas carencias como el pavimentado de las vías públicas (*“las aceras de losa se conocen en una sola calle, los demás empedrados que existen en las restantes se deben en mucha parte a sacrificios que han hecho los propietarios”*) y lanzaron una velada acusación de corrupción *“con la piedra puesta por éstos, que se arrancó, no se hizo la mejora y la piedra se llevó a otro punto de donde no ha vuelto todavía.”*<sup>22</sup>

El tiempo de las disputas entre el Gobierno central, por un lado, y el Ayuntamiento y los vecinos, por otro, había terminado y ahora era únicamente el municipio el responsable de gestionar la ampliación de la ciudad y lidiar con los propietarios. Además, las rivalidades políticas jugaban un papel significativo y los políticos conservadores decidieron pasar factura a personas como Camilo Laorga, que encabezaba el escrito y se había distinguido en los revolucionarios días del Sexenio. Eran tiempos de rebajas para los que no eran afines al nuevo poder y el Ayuntamiento, por boca de su arquitecto de fontanería y alcantarillas, Félix M<sup>a</sup> Gómez, contraatacó corto y al pie. En su informe a la Comisión de Ensanche, el señor Gómez concluyó que *“para colocar tuberías y construir alcantarillas se necesita gran cantidad de dinero, que el barrio de las Peñuelas y del Sur no habían producido, resulta que la culpa no es del Municipio, ni de los reclamantes, sino en general de los propietarios de aquella zona, que tienen sus solares hoy como hace dos siglos y la cantidad con que contribuyen para gastos del ensanche no permite esas mejoras de población.”* En román paladino, el señor arquitecto avisaba que *“si desean tener alcantarillas, ya saben que les cuesta las dos terceras partes de su coste y que la otra tercera parte ha de pagarse de los fondos comunes afectos a la 3<sup>a</sup> zona y como estos no son suficientes, claro es que no basta sólo el buen deseo, sino que se necesita dinero, que es precisamente lo que no tiene por ahora los barrios comprendidos en las zonas de ensanche, y no se admiren los nuevos propietarios de esto, porque para tener el interior de Madrid alcantarillas, ha sido preciso que pasen trescientos años.”*<sup>22</sup>

Con estos informes, el dictamen de la Comisión de Ensanche no pudo ser más desalentador para los intereses de los vecinos y propietarios de las Peñuelas, a los que impelía a costear dos tercios de todos los gastos en la instalación de la red de alcantarillado y la mitad del gasto en el pavimentado y colocación de aceras. Cuando hubieran conseguido esa proeza, la Comisión *“procederá al levantamiento de planos para sacar después a subasta dichas obras, con acuerdo de los referidos propietarios, quedando sólo el Ayuntamiento con la facultad de inspeccionar aquellas y abonando en los plazos que se establezcan el importe de la 3<sup>a</sup> parte del coste.”*<sup>22</sup> Es decir, el municipio no movería un dedo hasta que los propios vecinos se las arreglaran para reunir casi todo el dinero

necesario y, sólo entonces, pondría en marcha su anquilosada y morosa burocracia.

El desamparo que sentían los vecinos de las Peñuelas era compartido por el resto de barrios del Ensanche Sur. En julio de 1877, al mismo tiempo que Camilo Laorga y sus compañeros se las tenían tiesas con el consistorio, los vecinos y propietarios de la calle de Pacífico hicieron público que la *“falta de riego hacía imposible la vida en este barrio por el excesivo polvo. Igualmente es perjudicial a la salud pública la reguera de aguas corrompidas, que corre a lo largo de la cuneta, procedentes de las bocas donde se llenan las cubas para regar la carretera desde la Puerta de Atocha hasta los Docks. Esto da lugar a que la vía pública se halle inmundada e intransitable en muchas ocasiones.”*<sup>23</sup>

Los vecinos y propietarios de las Delicias, encabezados entre otros por el farmacéutico Andrés Garci-Nuño, el empleado de la compañía M.Z.A. Félix Sánchez Barreda o el fabricante de yeso Vicente Morales, también se dirigieron por las mismas fechas al Ayuntamiento para exponer *“el estado miserable del barrio”*. Estos vecinos eran conscientes que para llevar a cabo todas las mejoras deseables *“serían necesarios dispendios que de una vez no podrían hacerse por el Municipio, pero también saben que éste tiene consignados recursos a este efecto y con ellos podrían empezar dichas mejoras por la explanación y delineación de la calle paralela al Paseo de las Delicias que es la primera que debe unir a la del Sur.”*<sup>24</sup> En ambos casos, la respuesta de las autoridades no fue tan agreste como en el caso de las Peñuelas y reconocieron la necesidad de cubrir esas necesidades y hacer los arreglos oportunos, pero se remitían al presupuesto del Ensanche en ejercicio, en el cual *“no hay acordado gasto alguno por carecerse aún de ingresos y, por lo tanto, no se puede proceder a esta obra tan necesaria y tan justamente reclamada.”*<sup>24</sup>

El abandono municipal por falta de fondos en la caja de caudales de la 3ª zona de Ensanche fue la nota predominante de todo el periodo. Las zonas pobres tenían menos recursos y, debido a ello, se degradaban en sus condiciones de vida respecto a otras zonas más privilegiadas. Las reclamaciones vecinales eran inofensivas bolas de nieve que chocaban contra un armazón de acero (el sistema de financiación compartimentado) intocable. En contadas ocasiones, la iniciativa vecinal topaba con un trébol de cuatro hojas y sus demandas no caían en saco roto. Pedro José Cobos y Tomás Rozas eran unos jornaleros, de tantos otros, que acudieron a las afueras para encontrar un alojamiento *“a más reducido precio y con más condiciones higiénicas que pudieran tener dentro del casco de la población, donde además de los exorbitantes precios, tienen que reducirse a vivir en compañía”*. Su hogar se situaba en la recién creada calle del ferrocarril, llamada así por discurrir junto a las vías de circunvalación que tajaban por la mitad el Ensanche Sur.

<sup>23</sup> Expediente de propietarios y vecinos de la calle del Pacífico solicitando algunas mejoras en los servicios municipales, 1877. AVM, Secretaría, 10-84-82.

<sup>24</sup> Expediente de propietarios y vecinos del barrio de las Delicias solicitando mejoras en los servicios municipales, 1877. AVM, Secretaría, 10-84-84.

Al poco tiempo de instalarse allí, Pedro y Tomás, junto a las casi 300 personas que firmaban el escrito, exponían que *“los moradores de dicha zona son trabajadores que, para acudir a sus respectivos talleres u obras, tienen que transitar por ella a primeras horas de la mañana, tropezando en todas partes y expuestos a caídas con fatales consecuencias, pues el piso está pésimamente rematado de malo y la calle completamente a oscuras. Uniendo a esto que la compañía del ferrocarril del Norte ha cercado el terreno, que dice pertenecerle, con unos postes atravesados con alambres combinados, de cierta manera que están llenos de pinchos salientes, fácil es de comprender lo arriesgado que es transitar por dicha calle desde anochecer hasta la madrugada, y en tiempo de lluvias hasta por el día, por los infinitos baches que se forman.”*<sup>25</sup>

Practicados los oportunos reconocimientos, tanto el inspector jefe de pavimentado como el de alumbrado confirmaron el calamitoso estado de la calle y las *“justas y atendibles quejas que elevan los vecinos”*. Ambas secciones elaboraron un presupuesto conjunto para la pavimentación de la calle y la instalación de faroles en uno de sus lados por un monto global de 16.150 pesetas, cantidad que no incluía *“los materiales accesorios que ya poseía el ramo, ni la mano de obra, que sería a cargo de las brigadas de operarios de aquella zona.”*<sup>25</sup> En noviembre de 1883, dos meses después del dictamen de los ingenieros, se reunió la Comisión de Ensanche de la 3ª zona y manifestó que, tras descontar las deudas obligatorias de dos partidas, la caja disponía de 18.603 pesetas de fondos para lo que restaba de ejercicio, más que suficientes para llevar a efecto la obra. Sin embargo, sólo autorizó el permiso para el arreglo del pavimento, no para el alumbrado, acuerdo que ratificó el Ayuntamiento el 1 de diciembre. Tomás, Pedro y el resto de vecinos habían conseguido parte de sus reclamaciones, pero siguieron tropezando muchos días con los baches y enlodándose los días de lluvia por el mal estado de su calle. Solamente la Comisión tardó más de seis meses en notificar la aprobación de licencia de las obras al ingeniero jefe encargado de ejecutarlas. Luego tuvieron que formarse las cuadrillas de operarios, surgieron los retrasos en la entrega de los materiales, las complicaciones con tal o cual punto del terreno, etc.

Los barrios del Ensanche Sur se vieron perjudicados en la dotación de servicios públicos no sólo por la penuria de las inversiones realizadas en sus calles, sino también por las dilaciones sin cuento que empantanaban la realización de proyectos legalmente aprobados. Unas veces por falta de dinero, otras por los farragosos trámites de comisiones especiales y ministeriales, acondicionar mínimamente una calle en las afueras del Sur parecía el parto de los montes. Cuando se trataba de una empresa de mayor envergadura, el proyecto podía postergarse durante años hasta morir por el hastío y la frustración de los interesados. Los propietarios de las Peñuelas, tan batalladores como siempre, tenían clavada la espina del mercado de verduras que se les escapó de las manos en 1868. Tenían claro que la rehabilitación de toda la zona llegaría con la

---

<sup>25</sup> Expediente de los vecinos de la calle del ferrocarril solicitando servicios urbanos, 1883. AVM, Secretaría, 6-389-1.



instalación de establecimientos públicos modernos que prestaran un servicio a la ciudad.

Cuando en 1885 se aprobó una ley para la construcción de una alhóndiga en Madrid, mediante concurso público, destinada a la compra, venta y almacenaje de toda clase de granos, harinas y semillas alimenticias, así como un local separado para caldos y otro para los funcionarios del Estado y del Municipio encargados de recaudar los impuestos establecidos, no dudaron en presentar a las Peñuelas como la localización idónea para tal proyecto.<sup>26</sup> Fueron los únicos en presentarse y, en buena ley, se consideraron los legítimos adjudicatarios. Pero entonces dio comienzo un enojoso pleito por las reclamaciones efectuadas por un particular que esgrimía poseer una licencia anterior. Aunque la Justicia dictó sentencia a favor de la Asociación de propietarios de las Peñuelas, el gobierno olvidó el proyecto en un cajón, a pesar de todas las entrevistas de los interesados con el alcalde y varios ministros, del convite nocturno que ofreció Camilo Laorga para reunir apoyos<sup>27</sup> o de la gran paella y los obsequios que entregó en su casa a periodistas y políticos de toda índole,<sup>28</sup> o las cartas de indignación que remitieron a la prensa<sup>29</sup> José Pérez Flores, industrial, prestamista y secretario de la Asociación, o el propio hijo de Camilo Laorga, Enrique, que daba sus primeros pasos en la vida social madrileña de la Restauración. Todos sus esfuerzos fueron baldíos y el proyecto cayó en el olvido.<sup>30</sup>

Camilo Laorga se iba haciendo viejo y su barrio seguía roto y estropeado. Llevaba casi 30 años luchando por hacer de Peñuelas un lugar agradable donde vivir y fundar un negocio. Años llamando a puertas, solicitando entrevistas con arquitectos, ingenieros, concejales, gobernadores, diputados, alcaldes y ministros, enviando cartas a los periódicos, organizando incontables reuniones con otros vecinos y propietarios para aunar voluntades, ofreciendo convites y obsequios que salían de su bolsillo para obtener apoyos y complicidades, robando, en definitiva, tiempo a su familia y a sus negocios. Bien es cierto que esa intensa vida social le había beneficiado claramente para la prosperidad de su negocio de mesas de billar, pero en lo tocante a las mejoras del barrio, los resultados habían sido infructuosos y frustrantes.

Cuando llegó por primera vez, era un joven treintañero emprendedor y decidido, que se implicó rápidamente en las cuestiones vecinales para solucionar muchos de las necesidades lógicas de un arrabal de las afueras, pero con la esperanza de obtener una pronta solución, toda vez que el barrio pertenecía al

<sup>26</sup> Fuente: *El Imparcial*, 9 de octubre de 1889.

<sup>27</sup> Fuente: *La República, diario federal*, 14 de agosto de 1889.

<sup>28</sup> Fuente: *La Iberia, diario liberal*, 2 de septiembre de 1889.

<sup>29</sup> Fuente: *El Imparcial*, 11 de octubre de 1889.

<sup>30</sup> El proyecto de crear un auténtico mercado centralizado de granos, o alhóndiga, se remontaba a la época moderna, pero siempre fracasó debido a la posición privilegiada de Madrid en el abastecimiento de pan y cereal. Ver SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid, 1901-1923*, Cinca, Madrid, 2005.

nuevo Madrid del Ensanche. Con el último sinsabor de la alhóndiga, Camilo ya contaba los 60 años y el aspecto del barrio incluso había empeorado con el crecimiento de la población y la ausencia de una política municipal ordenada, que fuera cubriendo las mayores carencias con una planificación adecuada. Bien es cierto que se habían producido algunas mejoras en desmontes y rasantes de calles, pero habían sido más frecuentes los dictámenes de aprobación de las comisiones que los arreglos efectuados sobre el terreno.<sup>31</sup> La desquiciada y corrompida política municipal llevó a situaciones increíbles, como el destrozo del adoquinado de una de las pocas calles que lo tenían para instalar un tramo de alcantarillas, cuya aprobación se había enredado durante más tiempo, en su correspondiente comisión de expertos, que la del pavimentado de las vías.<sup>32</sup>

Una calamitosa situación que se alargó hasta rozar el siglo XX, cuando el doctor Philip Hauser realizó un exhaustivo estudio sobre las condiciones de vida y salubridad de la ciudad madrileña y constataba, entre otras graves carencias, la falta de alcantarillas en buena parte del callejero de la capital, entre el *“que se distingue, sobre todo, el barrio de las Peñuelas, donde los pozos de inmundicia están constantemente rebasando, con detrimento de la salud del vecindario: allí se ve muy a menudo correr verdaderos arroyos de agua inmundicia por las calles. El servicio de limpiezas se hace por medio de cubas del sistema Sabatini. Las Peñuelas tiene 32 calles que carecen de alcantarillado y cuatro sólo parcialmente.”*<sup>33</sup> Una situación deplorable que se extendía *“a la gran mayoría de las calles de la parte inferior de los distritos de Hospital, Inclusa y La Latina (a los que pertenecía, administrativamente, el Ensanche Sur).”*<sup>33</sup> Por ley, el Ayuntamiento era el responsable del ramo de fontanería y alcantarillas. Los particulares podían construirlas anticipadamente y, en ese caso, el Municipio debía abonarles la tercera parte de su importe. Aquellos que no tuvieran el dinero suficiente para costear las obras debían aguardar a la acción municipal. Para algunos fue una espera de años que hizo de sus barrios un guiñapo de la moderna ciudad.

*“Antes de entrar por esta vía (calle Moratines), Isidora hizo rápido examen del lugar en que se encontraba. Al ver las miserables tiendas, las fachadas mezquinas y desconchadas, los letreros innobles, los rótulos de torcidas letras, los faroles de aceite amenazando caerse, al ver también que multitud de niños casi desnudos jugaban en el fango, amasándolo para hacer bolas y otros divertimentos, (...) creyó por un momento que estaba en la caricatura de una ciudad hecha de cartón podrido. Aquello era una piltrafa de capital, cortada y arrojada por vía de limpieza para que no corrompiera el centro.”*

Benito Pérez Galdós, *La desheredada*, 1881.

<sup>31</sup> Fuente: *El Siglo futuro*, 13 de agosto de 1878.

<sup>32</sup> Fuente: *La Época*, 1878.

<sup>33</sup> HAUSER, Philip: *Madrid bajo el punto de vista médico-social*, Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1902, Vol. 1, pp. 209-238.

## 4.2 El mapa de la riqueza y de la pobreza

### 4.2.1 Caminos que se separan. La progresiva segregación del espacio en el nuevo Madrid de la Restauración

El tiempo no pasaba en balde y menos en Madrid, cada año un poco más grande. El Ensanche fue una punta de lanza en el crecimiento de la ciudad, como correspondía a un área de reciente creación. Los diminutos arrabales primigenios o las lomas peladas de Alcalá se transformaron, paulatinamente, en barriadas bulliciosas y multitudinarias, con más población que la mayoría de las capitales de provincia españolas. El ritmo de crecimiento del Ensanche fue muy elevado durante la segunda mitad del siglo XIX, pero sus zonas experimentaron ritmos desiguales en ese tiempo (ver figura 4.1). Las partes oriental y septentrional fueron las que registraron un asentamiento más intenso, frente a la parte meridional, que perdió fuerza a medida que transcurrieron los años.<sup>34</sup>

<b>Diferencias en el espacio del Ensanche madrileño (1860-1905). Evolución demográfica</b>					
<b>Zonas del Ensanche</b>	<b>1860</b>	<b>1878</b>	<b>Incremento (1860-1878)</b>	<b>1905</b>	<b>Incremento (1878-1905)</b>
<b>Sur</b>	3.701	15.701	324,2%	30.358	93,4%
<b>Norte</b>	5.007	23.593	371,2%	55.330	134,5%
<b>Este</b>	1.992	15.362	671,2%	47.185	207,2%

[Figura 4.1. Fuente: AVM, Estadística, padrones municipales de 1860, 1878 (1880 para la parte norte) y 1905. Los datos de la zona norte corresponden a la investigación de Rubén Pallol y los de la parte este a la de Borja Carballo.]

Era la consecuencia natural a la situación de partida de cada una de las zonas y a las características del proceso urbanístico desarrollado desde el principio. Las facilidades que presentaban las suaves lomas del norte y del este nada tenían que ver con los imposibles desniveles del sur, plagado de cortes, hondonadas y quebradas cañadas, con regatos y arroyos de alcantarilla. Para propietarios y promotores, la construcción de viviendas resultaba más sencilla y

<sup>34</sup> CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Editorial Complutense, Madrid, 2008. Para un análisis concreto de las zonas norte y este, ver PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2009; y CARBALLO BARRAL, Borja: “El despertar de una gran ciudad: Madrid” en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 32 (2010), pp. 131-152.

rápida en terrenos sin una mala piedra que estorbase, que en un paisaje desnivelado y roto por barrancos.

A las personas que elegían el Ensanche como su nuevo hogar, la vista tampoco les fallaba. Los atractivos de unas partes y otras eran bien evidentes a la hora de elegir vivienda. A nadie le gustaba ir sorteando baches todos los días para llegar a su casa, enfangarse cuando llovía o ir a tientas cuando entraba la noche, a riesgo de romperse la crisma con cualquier socavón y con el temor de ser asaltado en la siguiente esquina. Tampoco era agradable la obligación de acudir diariamente a una fuente para tener agua en casa, una vez que se sabía de la existencia del agua corriente, esa bendición que era girar una llave y obtener un chorrillo de agua en la misma casa, sin esperas y sin agotarse con el cántaro lleno por la escalera. Y menos deseable aun era recurrir a los nauseabundos pozos negros, por no disponer de un sistema de desagüe por alcantarillas. Las continuas protestas de los propietarios y vecinos del Ensanche Sur ante las autoridades municipales no eran caprichos por lujos extravagantes, sino reivindicaciones por servicios públicos cada vez más comunes en el resto de barrios de la ciudad.<sup>35</sup> Cuando una zona tenía esas graves carencias en sus infraestructuras urbanas, como era el caso de las Peñuelas, la calidad de vida de sus vecinos era peor y el barrio adquiría rápidamente una mala imagen entre la población. Los que allí vivían se mudaban, si podían, a otras zonas más agraciadas y otros potenciales residentes se abstendrían de elegirlo como destino. Siempre que le fuera posible, una familia prefería vivir en una calle pavimentada, o en vías de estarlo en breve, que en un barrio donde sus avenidas eran caminos bacheados con los guijarros al aire.

A todo ello se sumó el particular desarrollo económico de los terrenos, único en toda la ciudad. Los barrios del Ensanche Sur se convirtieron progresivamente en *el Madrid industrial*.<sup>36</sup> La construcción de una estación de ferrocarril junto a la Puerta de Atocha y una vía de circunvalación para unirla con la estación de Príncipe Pío fue el origen de todo lo demás.<sup>37</sup> El ferrocarril imprimió un sello imborrable en toda la zona y propició el nacimiento de un paisaje de chimeneas, de una atmósfera cargada por el humo negro de las calderas, de un ambiente de ruidos metálicos y jaleo de operarios y máquinas. Primero fueron pequeños almacenes, talleres, fábricas de negocio familiar y una vía de hierro perdida en mitad de la nada, donde a nadie podía molestar porque nadie había. Luego los talleres y almacenes se fueron expandiendo, cada día eran

---

<sup>35</sup> HAUSER, Philip: *Madrid bajo el punto de vista médico-social*, Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1902, Vol. 1, pp. 209-238.

<sup>36</sup> BRANDIS, Dolores, DEL RÍO, Isabel y TROITIÑO, Miguel Ángel: “Génesis y dinámica espacial de la industria en el Ensanche Sur de Madrid (1876-1931)” y CELADA, Francisco y RÍOS, Josefa: “Localización espacial de la industria madrileña en 1900” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Comunidad de Madrid-Alfoz, Madrid, Vol. 1, pp. 231-250 y pp. 199-214.

<sup>37</sup> VV. AA.: *Las estaciones ferroviarias de Madrid. Su arquitectura e incidencia en el desarrollo de la ciudad*, COAM, Madrid, 1980.

más, e iban surgiendo nuevas fábricas o pequeños depósitos de combustibles y materias primas. Más tarde aparecieron otras empresas privadas, cuyo volumen de negocio requería la formación de sociedades anónimas y la construcción de grandes plantas industriales.

Este proceso de formación de un espacio urbano industrial implicaba, forzosamente, la ocupación de grandes áreas de terreno. El diseño de la zona que Castro realizó para su proyecto de Ensanche fue completamente inútil por su absoluta falta de previsión en el uso de los terrenos.<sup>38</sup> El ferrocarril y las fábricas se comieron manzanas residenciales enteras en su incontenible expansión. Aparecieron nuevas estaciones que no se habían previsto, como Delicias, Imperial o Peñuelas, que se incrustaron en lo que debían haber sido barrios residenciales. Además, los ramales y las vías férreas se multiplicaban como racimos y surgían más talleres, cobertizos, depósitos y almacenes, que les robaban celdillas de tierra a las futuras casas de vecinos. Espacio que ocupaban, por un lado, y espacio que inducían a no ocupar, por otro lado, pues la presencia de los establecimientos industriales normalmente repelía el asentamiento de personas, debido a los ruidos, los olores y el cierto riesgo que implicaba su cercanía. Unas circunstancias de las que carecían buena parte de los terrenos del Ensanche Norte y la práctica totalidad del Ensanche Este, donde los barrios residenciales tenían el camino expedito para expandirse.

Este cúmulo de factores explica el bajo desarrollo urbanístico de la zona hasta principios del siglo XX y su inferior ritmo de crecimiento en comparación al resto del Ensanche madrileño. En los diversos planos de la época se puede constatar el lento desarrollo del tejido urbano hasta principios del siglo XX (ver ilustraciones 4.2, 4.3 y 4.4). Durante los primeros años, las Peñuelas fue el único núcleo de población con cierta entidad en una zona prácticamente vacía, articulada en torno a los numerosos paseos que unían la ciudad al río, y con dos puntos de actividad industrial, la emergente estación de Atocha y las fábricas adyacentes a la Puerta de Toledo.<sup>39</sup> A comienzos de la Restauración, la morfología de la zona apenas había cambiado. La expansión residencial no terminaba de producirse (las nuevas construcciones se resumían en el tímido inicio del futuro barrio de Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza y en los perfiles más definidos del barrio de las Peñuelas), mientras adquirían verdadero vigor los alrededores de la estación de Atocha y la ocupación de suelo industrial por parte de almacenes, fábricas y talleres. A principios del siglo XX, los polos de referencia habían aumentado, con un espectacular despegue de zonas nuevas como Delicias y Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza, cuyos barrios disponían de terrenos menos accidentados y

<sup>38</sup> VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “El presagio de un nuevo Madrid. El Ensanche Sur (1860-1878)” en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 31, (2009), pp. 243-264.

<sup>39</sup> La cambiante numeración en los planos se ha realizado en función del nivel de actividad y desarrollo urbanístico de las diferentes zonas, siendo 1 el más importante y siguiendo los demás en sentido descendente. De esa forma, se aprecia una evolución en los referentes de crecimiento del Ensanche Sur: el arrabal de las Peñuelas cedió primero el protagonismo a la estación de Atocha y el barrio de Pacífico, los cuales, a su vez, fueron sustituido por el despegue final de los barrios residenciales de Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza y Delicias.

habían combinado usos residenciales e industriales en sus manzanas, una situación a medio camino entre el universo férreo de Atocha y las arracimadas casas de las Peñuelas.

En 1900 el Ensanche Sur tenía un aspecto más urbano, la ciudad, con sus bloques de viviendas y sus industrias, le iba comiendo terreno al campo, pero aún quedaban amplias extensiones yermas e infinidad de huecos entre las nuevas casas. El Ensanche madrileño sólo había cumplido en parte con su papel de nueva zona de acogida para una población en crecimiento. Miles de personas escogían caminos diferentes y más alejados, hacia Prosperidad, Guindalera, Vallecas o Tetuán de las Victorias. Los suburbios del Extrarradio eran territorios al margen de la ley, donde casas de ínfima calidad brotaban con una rapidez pasmosa para dar cobijo a familias que no eran capaces de pagar los alquileres del centro o del Ensanche. Se convirtieron en la solución más rápida a un problema, el de la vivienda popular, que el Ensanche no había podido resolver.<sup>40</sup>

La aprobación de un plan urbanístico de las dimensiones del Ensanche madrileño desató un vasto movimiento de compra y venta de terrenos, con fines especulativos, incluso antes de la sanción real del proyecto.<sup>41</sup> Su aprobación creaba de la nada un jugoso y gigantesco mercado inmobiliario, abierto a la realización de succulentos negocios y a la forja de fortunas con los terrenos. Destapada la espita, comenzó el baile de los títulos de propiedad entre inversores, promotores, y propietarios en general. La especulación llevó a la inflación en los precios de los terrenos, pero no en todas las zonas lo hizo con la misma incidencia. Las diferencias de partida entre los terrenos eran cruciales en el valor del suelo, como ya pronosticaba Castro en su estudio (*“los terrenos seguirán valiendo más, como hoy sucede, en la Fuente Castellana que hacia la plaza de toros, y estos mucho más que los del portillo de Valencia”*). Unos desequilibrios que aumentaron con el sistema de financiación ya aludido y que repercutieron, inevitablemente, en la calidad de los inmuebles de los barrios y en los precios de los alquileres de las viviendas (ver figura 4.2).

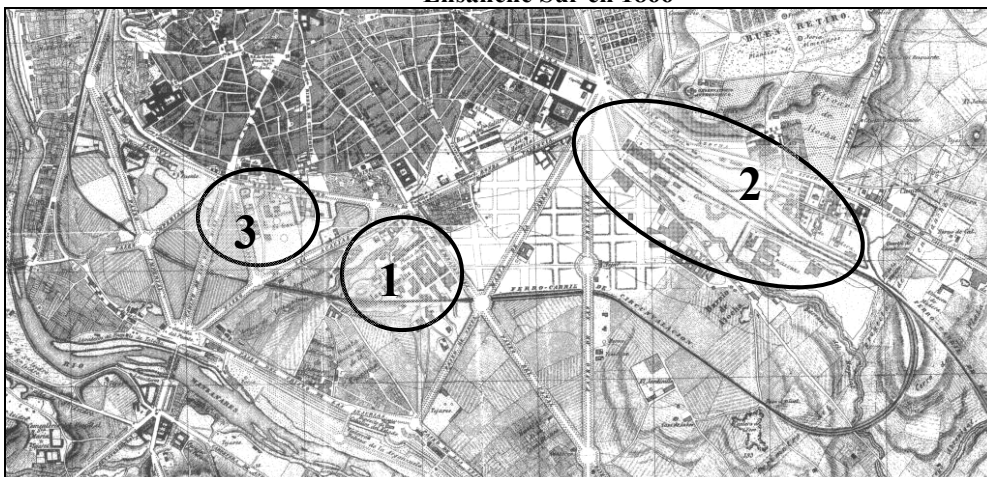
---

<sup>40</sup> VORMS, Charlotte: “La urbanización marginal del Extrarradio de Madrid: una respuesta espontánea al problema de la vivienda. El caso de La Prosperidad (1860-1930)”, en *Scripta Nova, Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, Vol. 7, nº 146 (2003).

<sup>41</sup> MAS HERNÁNDEZ, Rafael: “La promoción inmobiliaria en los ensanches del siglo XIX” en VV. AA.: *Cerdá y su influjo en los ensanches de poblaciones*, Ministerio de Fomento, Centro de Publicaciones, Madrid, 2004, pp. 58-59.

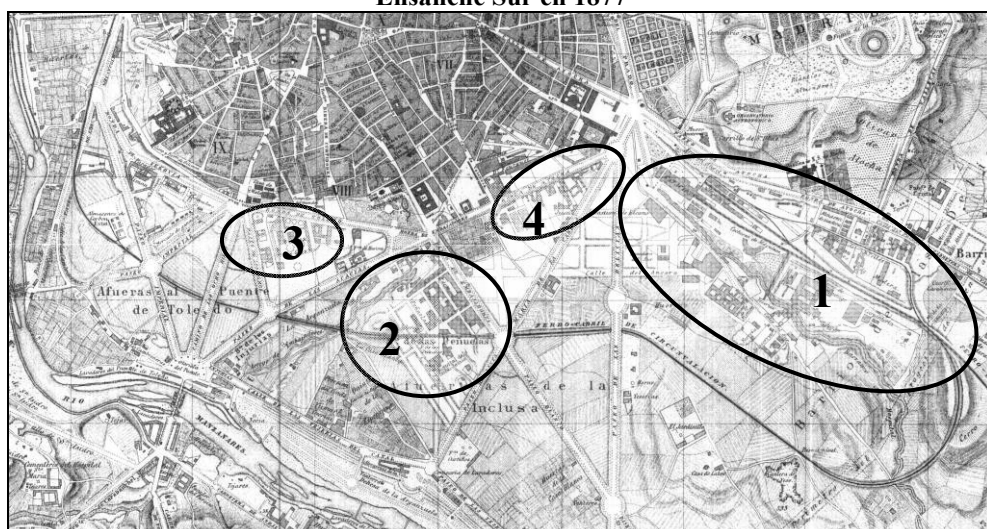


#### Ensanche Sur en 1866



[Ilustración 4.2. Fuente: Elaboración propia, plano de Madrid de Juan Merlo, escala: 1:10.000. Leyenda: 1, barrio de Peñuelas; 2, estación de Atocha; 3, ronda de Toledo y fábrica de gas.]

#### Ensanche Sur en 1877



[Ilustración 4.3. Fuente: Elaboración propia, plano de Madrid de José Pilar Morales, escala: 1:10.000. Leyenda: 1, estación de Atocha; 2, barrio de Peñuelas; 3, ronda de Toledo y fábrica de gas; 4, barrio Sta. Mª Cabeza.]

#### Ensanche Sur en 1910



[Ilustración 4.4. Fuente: Elaboración propia, plano de Madrid de Núñez Granés, escala: 1:10.000. Leyenda: 1, barrios de Sta. Mª de la Cabeza y Delicias; 2, estación de Atocha y barrio de Pacífico; 3, barrio de Peñuelas; 4, ronda de Toledo y fábrica de gas barrio Sta. Mª Cabeza; 5, estación de Imperial; 6, barriadas de Injurias y Cambroneras.]

Entre 1860 y 1878 se gestó el abismo social entre las zonas del Ensanche. Durante ese periodo se aprobó la legislación urbanística y financiera que impidió la redistribución de los recursos entre unas y otras, lo que provocó que las brechas iniciales se hicieran insalvables. Las zonas sur y este se convirtieron en mundos opuestos, en las dos caras del Ensanche, mientras que la fuerte revalorización de algunas partes de la zona norte provocó el brusco ascenso en sus alquileres y su rápida distinción del sur, con el que había compartido una cuna arrabalera. Las dos décadas siguientes sólo hicieron que reafirmar este proceso.<sup>42</sup>

<b>Diferencias en el espacio del Ensanche madrileño (1860-1905). Evolución de los alquileres medios</b>								
<b>Zonas del Ensanche</b>	<b>1860</b>	<b>Diferencia entre zonas</b>	<b>1878</b>	<b>Incremento (1860-1878)</b>	<b>Diferencia entre zonas</b>	<b>1905</b>	<b>Incremento (1878-1905)</b>	<b>Diferencia entre zonas</b>
<b>Sur</b>	12,33	<b>0</b>	15,02	21,8%	<b>0</b>	16,26	8,7%	<b>0</b>
<b>Norte</b>	14,73	<b>+19,5%</b>	30,42	106,5%	<b>+102,5%</b>	37,00	21,6%	<b>+127,6%</b>
<b>Este</b>	46,97	<b>+280,9%</b>	78,34	66,8%	<b>+421,6%</b>	84,40	7,7%	<b>+419,1%</b>

[Figura 4.2. Fuente: AVM, Estadística, padrones municipales de 1860, 1878 (1880 para la parte norte) y 1905. Los datos de la zona norte corresponden a la investigación de Rubén Pallol y los de la parte este a la de Borja Carballo. Los alquileres son mensuales y están expresados en pesetas. La base de comparación para establecer las diferencias entre las zonas es el Ensanche Sur.]

Castro concluía que *“el valor de los terrenos será el que determinará seguramente el valor y el destino de las edificaciones”* y así fue. Así funcionaba el mercado inmobiliario. Los propietarios del suelo o los promotores inmobiliarios construían un tipo u otro de vivienda en función del precio que hubieran pagado por cada metro cuadrado de suelo. Para recuperar la inversión en un solar de la Puerta de Alcalá o de la Castellana se requería la construcción de un espléndido hotelito, o de un lujoso edificio de vecindad, con amplias habitaciones, cuidado en detalles y con todas las comodidades posibles. Una oferta destinada a familias acaudaladas que pudieran pagar elevadísimos alquileres mensuales, los únicos capaces de sufragar los costes de la edificación, el pago de los impuestos por la contribución al Ayuntamiento y generar beneficios. Además, la legislación que regía en el Ensanche incitaba a ello. El dinero llamaba al dinero y la construcción de edificios de lujo, en un barrio como el de Salamanca, permitía recaudar una fabulosa cantidad de dinero en impuestos, que debía gastarse exclusivamente en el propio barrio. Por ello eran

<sup>42</sup> VICENTE ALBARRÁN, Fernando, CARBALLO BARRAL, Borja y PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Madrid en 1905: una ciudad segregada socialmente” en *IX Congreso de la Asociación de Demografía Histórica*, Azores, 2010.



los primeros en tener un completo sistema de alcantarillado, disfrutaban de calles arregladas, perfectamente alineadas y con los mejores materiales de pavimentado, iluminación nocturna por faroles desde el primer día, servicio de tranvía directo, etc. Los vecinos y propietarios de Salamanca se creaban un barrio a su medida, lleno de lujos y comodidades exquisitas, gracias a una revalorización continua de la zona.

Era un proceso que se retroalimentaba a través de una lógica interna perfecta. Viviendas de lujo en sitios caros. Lo contrario no tenía sentido y, además, podía ser ruinoso. No tenía lógica levantar en plena Castellana una casa de adobes torcidos y yeso, destinada a alquileres bajos para jornaleros, cuando se había pagado una fuerte suma por el solar y había burgueses, abogados o ingenieros dispuestos a pagar un alquiler elevado por una buena casa.

La misma lógica funcionaba en las partes más degradadas. Viviendas baratas para sitios pobres. Levantar un hotelito de relumbrón junto a los cementerios del norte o en la barriada de las Injurias, al sur, era una ruinoso extravagancia. Ninguna familia adinerada acudiría hasta allí y las familias pobres que vivieran en sus cercanías no podrían pagar los elevados alquileres. Lo lógico y rentable era construir viviendas con habitaciones pequeñas y baratas, para que los alquileres fueran más bajos y asequibles a las familias de jornaleros y trabajadores cualificados. Los impuestos que se pagaban por esas viviendas generaban unos ingresos irrisorios para el acondicionamiento general del barrio. Por mucho que protestaran los vecinos de las Peñuelas, de Pacífico o de las Delicias, sus necesidades siempre se cubrirían tarde, mal y, a veces, nunca. La legislación vigente les condenaba a una degradación prolongada de sus barrios y a un distanciamiento en las condiciones de vida entre unos barrios y otros.

Para algunos contemporáneos las perniciosas consecuencias de este sistema eran muy claras. En 1910 el señor Prats, senador, abogaba por la unificación de las tres zonas del Ensanche porque, en caso contrario, *“la zona segunda, que corresponde al barrio de Salamanca, acabará por tener faroles de oro y, en cambio, la tercera (el Ensanche Sur) está en tal estado de abandono, que no hay posibilidad por parte del Ayuntamiento de Madrid de hacer nada en favor suyo.”*<sup>43</sup>

Esta situación fue tejida por las acciones individuales de cientos de propietarios durante varias décadas. Edificio a edificio, manzana a manzana, se creaba un Madrid a ras de suelo con diferentes caras, con fronteras entre *“calles siempre limpias y calles siempre sucias”*, entre altos edificios de vecindad y casas achatadas de un solo piso, entre un palacete ajardinado y los bloques alineados de una calle. Sus acciones acabaron por conformar en el espacio un espectacular fresco de las divisiones sociales de su época, pero no fue un comportamiento premeditado o consensuado. Cuando un propietario decidía

<sup>43</sup> MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1982, pág. 76.

construir un edificio, únicamente le preocupaba acertar con su decisión. Si la vivienda era para vivir él y su familia, la haría acorde a sus necesidades. Si era para alquiler, procuraría que su inversión fuera lo más rentable posible, que la calidad de los cuartos fuera acorde a los alquileres a pagar por los potenciales inquilinos. Y para ello, los propietarios solían imitar los modelos de casas que encontraban en las cercanías y que podían asegurarles el éxito de aquello que ya se había probado y funcionaba. Buscaban su propio hogar o un negocio próspero, no crear una nueva ciudad. En sus mentes no estaba el plano general de Madrid, ni cuál era el modelo de ciudad que se estaba forjando. Ellos sólo estaban interesados en construir una casa donde vivir o de la cual vivir.

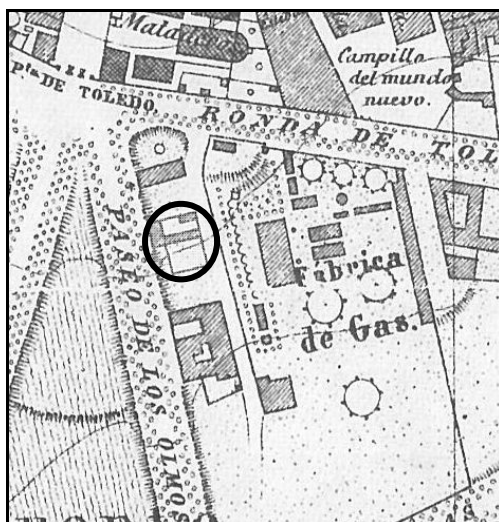
Como tantos otros, eso fue lo que había hecho Vicente Puchades en 1853, construirse una casa, para él y su familia, en una parcela que había adquirido en las afueras del sur.<sup>44</sup> Era una casa baja, de una sola planta, modesta, pero suficiente para sus necesidades, situada en el número 7 del Paseo de los Olmos, junto a las instalaciones de la fábrica de gas. Vicente era un industrial del papel y poseía una pequeña fábrica de cartón en las inmediaciones. El terreno lo había comprado con el firme propósito de vivir cerca de su negocio y en un espacio más amplio que en las apretadas callejas del interior de la ciudad. Vicente vivía de su negocio en la fabricación del papel, pero con el espacio que había adquirido se propuso explotar una nueva fuente de ingresos y rentabilizar aún más su propiedad. Además de los dos o tres dormitorios, la sala comedor y la cocina que presentó en el proyecto inicial, alargó el inmueble con más cuartos destinados al alquiler y le añadió una altura, un principal, destinado igualmente al alojamiento de inquilinos. En la parte trasera obtuvo el permiso municipal para la construcción de un pozo de aguas inmundas, al que tendrían acceso todos sus inquilinos. Por el mero hecho de construir en las afueras del sur y junto a una molesta fábrica, el señor Puchades no quiso hacer de su casa un tugurio de mala muerte para gentes pobres, pues él mismo residía en ella junto a su mujer e hijo, pero tampoco iba a ofrecer lujos ni comodidades que obligaran a pedir alquileres elevados. Por unos precios bajos ofertaba cuartos pequeños, con luz y aire en abundancia, que podían ser realmente atractivos para muchos de los trabajadores que, hasta entonces, se habían visto obligados a vivir en los diminutos cuartos de las asfixiantes corralas del interior.

A la altura de 1860 Vicente Puchades ya estaba obteniendo réditos a su inversión. Su decisión de construir no podía haber sido más acertada. En el inmueble vivían siete familias que le pagaban, en conjunto, casi 60 pesetas mensuales, unas 700 al año. Los alquileres eran más bajos que el resto de casas del entorno y por ello atraían mayoritariamente a jornaleros, pero aun así generaban unos jugosos ingresos extras para una persona que no vivía únicamente de las rentas, sino que mantenía como principal ocupación la fabricación de papel.

---

<sup>44</sup> La vivienda del señor Puchades aparece en la ilustración 1.6 del capítulo 1, junto a los detalles de su caso. Fuente: AVM, Secretaría, 4-94-57.

### Situación de la casa de Vicente Puchades, 1877



[Ilustración 4.5. Fuente: Plano de José Pilar Morales, escala: 1:10.000. El círculo indica la ubicación de la vivienda.]

Dos décadas después el edificio del señor Puchades se mantenía como una inversión segura y acertada para sus intereses. El precio que pedía por alquilar una vivienda apenas se había incrementado, lo que induce a pensar que no había efectuado mejora alguna en el edificio o habían sido mínimas. Cuartos casi regalados incluso para una zona como el Ensanche Sur, cuyos alquileres eran ya de por sí bajos respecto a la mayoría de la ciudad. Cuartos que se dividían entre aquellos que daban al Paseo de los Olmos, más caros, y los que daban al corral trasero y la fábrica de gas, y que eran copados casi en su totalidad por jornaleros o mujeres viudas. Todos eran residentes pobres, pero Vicente Puchades hacía un increíble negocio con ellos, pues obtenía más de 1.500 pesetas al año (el salario de un empleado medio del Ensanche) con el alquiler, gracias a que el número de familias se había doblado desde 1860. Una importante suma de dinero por una construcción acabada 25 años antes y que podía considerarse fija, pues cuando una familia no pagaba era sustituida por otra. Pocos ofertaban precios tan bajos por vivir al lado de la Puerta de Toledo. Seguramente don Vicente no se cuestionaba si su casa acentuaba el proceso de segregación espacial de la ciudad o no; simplemente, se alegraría de la decisión que adoptó en 1853 y que tantos beneficios le estaba reportando.

Camilo Laorga parecía más preocupado por la situación general del barrio respecto a otras zonas de la ciudad que el señor Puchades, o al menos así quedó reflejado en los documentos de la época. Había encabezado buena parte de las reivindicaciones vecinales de las Peñuelas en pos de servicios públicos que parecían no llegar nunca. El señor Laorga luchó por mejoras que beneficiaban a todos, como el arreglo y el alumbrado de las calles, pero su comportamiento no se debía exclusivamente a un espíritu altruista y desinteresado. Tenía motivos para actuar así. En primer lugar, él mismo vivía allí con su familia, en el número 26 de la calle las Peñuelas, y le desagradaba que sus hijos crecieran en un

entorno desastrado y repulsivo. Por salud, comodidad e imagen. Le había costado mucho salir adelante y labrarse una posición de éxito reconocido en la sociedad madrileña. Era dueño de un negocio próspero y de lujo, como las mesas de billar, destinado a familias adineradas y a instituciones culturales de prestigio. Sobresalir en una comunidad humilde podía resultar beneficioso para su imagen como persona influyente, pero de ahí a verse rodeado por la miseria, entre calles rotas y pozos negros, mediaba un trecho.

<b>Inquilinos de Vicente Puchades (1860-1878)</b>					
<b>1860</b>			<b>1878</b>		
<b>Datos generales</b>	<b>Casa</b>	<b>Ensanche Sur</b>	<b>Datos generales</b>	<b>Casa</b>	<b>Ensanche Sur</b>
Alquiler medio	8,36	12,33	Alquiler medio	8,40	15,02
Jornaleros	66,67 %	42,17 %	Jornaleros	88,24 %	54,32 %
<b>Datos personales</b>			<b>Datos personales</b>		
<b>Nombre y apellidos</b>	<b>Profesión</b>	<b>Alquiler / Piso</b>	<b>Nombre y apellidos</b>	<b>Profesión</b>	<b>Alquiler / Piso</b>
Luis García	zapatero	12,5 / principal	Pablo Mendoza	jornalero	10,0 / principal
José Cela	peón	8,5 / principal	Cesario Jiménez	jornalero	5,0 / principal
Ramón Salvador	jornalero	7,5 / corredor	Valentín Valentín	jornalero	10,0 / principal
Saturnino del Valle	jornalero	7,5 / bajo	Guillermo Castellano	jornalero	10,0 / corredor
Antonio Andrés	jornalero	7,5 / bajo	Teresa Boj	jornalera	10,0 / corredor
Miguel García	carpintero	7,5 / bajo	Paula Calzado	jornalera	10,0 / bajo
Pedro López	jornalero	7,5 / bajo	Dionisia Polo	sus labores	7,5 / bajo
<b>Total: 29 personas y 58,5 ptas al mes</b>			Vicente Marín	jornalero	5,0 / bajo
			Ángel García	jornalero	10,0 / bajo
			Ana Bermúdez	trapera	8,0 / bajo
			Petronilo Villar	jornalero	10,0 / bajo
			Francisco Blanco	carpintero	7,0 / bajo
			Dolores García	sus labores	10,0 / bajo
			Juana Lozano	sus labores	6,0 / bajo
			Santiago Sánchez	sus labores	7,5 / patio
			<b>Total: 55 personas y 126 ptas al mes</b>		

[Figura 4.3. Fuente: Elaboración propia a partir de los padrones municipales de 1860 y 1878, AVM, Secretaría. Los datos del alquiler son mensuales y aparecen en pesetas. Los % de jornaleros están calculados respecto a la población masculina mayor de 12 años. Las personas que se citan son los cabezas de cada una de las familias.]

A todo ello se sumaban los intereses inmobiliarios que tenía depositados en la zona. Camilo era un hombre de negocios que se esforzaba por consolidar su buena posición y nada había más seguro para cimentar una fortuna que la

adquisición de terrenos. Había comprado varios solares en el barrio de las Peñuelas, uno en la calle del mismo nombre, donde había edificado una casa imponente para él y su familia que descollaba sobre los míseros tejados que la rodeaban.

*“A largos intervalos tropieza la vista con edificios que contrastan con el conjunto que ofrecen los demás; así sucede con la elegante casa del justamente reputado industrial, Sr. Laorga, en la calle de las Peñuelas.”*<sup>45</sup>

Camilo no siguió el mismo camino que el señor Puchades. Él no quería vivir con más personas que su mujer, sus hijos y el servicio doméstico que les atendía. Nada de inquilinos pobres al otro lado de la puerta. Para eso tenía otros solares, como los de la calle del Laurel, paralela a la suya.<sup>46</sup> El sentido práctico le dictaba que especular simplemente con el valor de los terrenos, a la espera de una revalorización del suelo, era inútil dada la nula valía de su ubicación. Lo mejor era construir y sacar provecho cuanto antes a través de los alquileres. El tipo de inmueble que debía elegir estaba bien claro a poco que paseara su vista por los alrededores.

El barrio de las Peñuelas se componía de edificios apretados, que se agarraban unos a otros como si tuvieran miedo a despeñarse por el desnivel, con patios interiores estrechos y alargados, poco más que pasillos interiores. Al vecindario lo conocía sobradamente de las múltiples reuniones con sus habitantes o por los paseos diarios y los encuentros informales por la calle. Sabía que los inmuebles que construyera no serían ocupados por jueces, inversores en bolsa, ingenieros o marqueses, por muy amplios y confortables que los hiciera. Allí sólo irían gentes pobres, como Martín Ocho, Ruperto Mulas, Fulgencio López y Salustiano Díaz, todos jornaleros, o Rosalía Cuervo y Ramona Piquer, dos mujeres solas que se dedicaban a la venta ambulante, o Luisa Gaitán, una cigarrera que había sido abandonada por su marido y tenía dos hijas a su cargo, o la familia de zapateros de Alfonso Leal, cuya mujer e hijo le ayudaban con los encargos diarios, o Toribia Hernando y Pascuala Bueno, dos mujeres viudas con hijos a su cargo y sin otra profesión reconocida que las labores del hogar.

---

<sup>45</sup> VARGAS, Julio: *Madrid ante el cólera*, El Liberal, Madrid, 1885, pp. 1-13. El autor de esta obra hizo un recorrido por los barrios más pobres de la ciudad con motivo de la epidemia de 1885 y realizó valiosas descripciones sobre las condiciones de habitabilidad de las casas, especialmente en el Ensanche Sur.

<sup>46</sup> El expediente con las solicitudes de Camilo Laorga para obtener las licencias de construcción en el barrio y los planos de las casas aparecen en el índice de la sección de Secretaría del Archivo de Villa de Madrid, signatura 4-260-8, pero la documentación de los legajos se ha extraviado o destruido.

### El barrio de las Peñuelas, 1872-74



[**Ilustración 4.6.** Fuente: Plano parcelario de las Peñuelas de Carlos Ibáñez e Ibáñez de Ibero, 1872-74. Escala: 1:2.000. El círculo 1 indica la calle donde estaba la vivienda de Camilo Laorga y el 2 la calle del Laurel. Ambas estaban próximas a la Plaza de las Peñuelas, atravesada por la vía de circunvalación del ferrocarril. La proximidad de las líneas o curvas de nivel indica la enorme inclinación del terreno.]

Esos eran los inquilinos del señor Laorga en la casa nº 4 de la calle del Laurel en el año 1878, los cabezas de unas familias que sumaban 30 personas en total. Allí había edificado un inmueble muy modesto, en sintonía con las características del barrio, pero digno de elogio a tenor de la opinión del periodista Julio Vargas: *“el Sr. Laorga, que a fuerza de inteligencia y de trabajo, ha logrado conquistarse una fortuna, que le ha convertido de humilde obrero en artista distinguido, ha hecho construir algunas casas en la calle del Laurel, cuyas habitaciones, aunque muy reducidas, ofrecen el aspecto limpio y la luz y ventilación necesarias para la vida.”*<sup>47</sup> Eran cuartos pequeños para familias poco numerosas, de tres miembros a lo sumo, por las que solicitaba 6’8 pesetas de media por el alquiler mensual.

*“Como contraste con esas edificaciones, pudiéramos citar otras muchas que forman parte del barrio de las Peñuelas, en su gran mayoría antiguas, mejor dicho, viejas, mezquinas, y hasta miserables muchas de ellas.”*<sup>47</sup> La pésima ubicación de la vivienda (era necesario cruzar la vía) y lo intransitable de las

<sup>47</sup> VARGAS, Julio: *Madrid ante el cólera*, El Liberal, Madrid, 1885, pp. 1-13.

calles para acceder a ella, hacía que los alquileres fueran irrisorios, más bajos incluso que los del señor Puchades. Camilo obtenía más de 900 pesetas al año por un edificio que, probablemente, no le habría supuesto un gran desembolso, pero era inconformista por naturaleza. Quería más. Por eso insistía tanto al Ayuntamiento para que instalara, de una vez por todas, algunas alcantarillas, que arreglase las calles e instalara faroles de gas. Quería que la zona se rehabilitara, que fuera perdiendo su aspecto astroso. Quería más de 900 pesetas al año.

Otros propietarios habían depositado más esperanzas si cabe en la rentabilidad del negocio inmobiliario. Pablo Gippini poseía una fábrica de jabón en el Paseo de los Melancólicos, el cual conectaba la calle Segovia con el Pontón de San Isidro. Cuando se aprobó el proyecto de Ensanche y supo que aquellos parajes dejaban de ser campo para convertirse en suelo urbanizable, percibió que podía tener un negocio entre manos muy rentable, y más seguro que la fabricación de jabón. Sin dudarlo, presentó en 1863 una solicitud de edificación al Ayuntamiento con todos los detalles de su proyecto.<sup>48</sup> El señor Gippini era el propietario de toda la manzana y estaba decidido a derruir su fábrica para levantar un gran inmueble de *“habitaciones exclusivamente para la clase jornalera y menesterosa”*, viviendas minúsculas que unas darían al exterior de la calle y otras únicamente al patio interior. Una colmena de pobres para retirarse de la fabricación y vivir de las rentas, pues había ideado un edificio de cuatro alturas, con 34 viviendas por planta. Cada una de ellas constaba de cocina, sala y dos alcobas. Los retretes eran ocho por planta, comunes y situados al final de los corredores. Por reducido que fuera el alquiler, las ganancias serían fabulosas.

**Alzado exterior y plano interior del proyecto de casa en el nº 6 del Paseo de los Melancólicos**



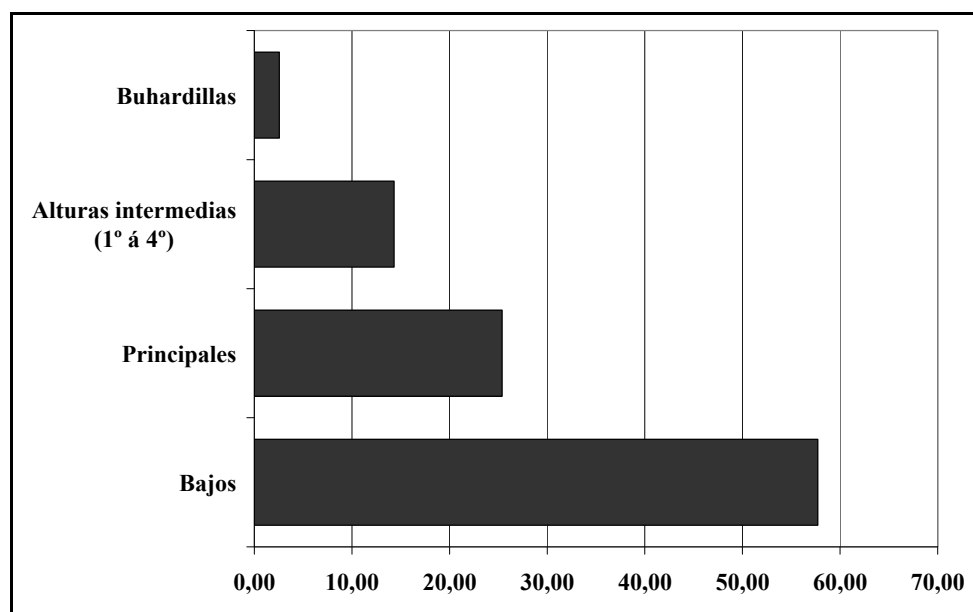
[Ilustración 4.7. Fuente: AVM, Secretaría, 4-12-8.]

<sup>48</sup> Para un análisis exhaustivo del caso de Pablo Gippini, ver DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1986, pp. 533-535.

Veinte años después, el periodista Julio Vargas se tropezó, en su descripción de la zona, con éste y otro nido de pobreza similar en el mismo paseo, “*dos caserones, llamado el primero El Fabricón, y el otro la Casa de la Confianza; este último nos pareció que no merecía toda la que le dispensa el título, pues la pobreza de sus viviendas y el gran número de personas que le habitan, inspiran desconfianza extrema acerca de sus condiciones de comodidad y aseo.*”<sup>49</sup>

El señor Gippini se había beneficiado de la situación de su solar, junto a una de las calles de primer orden de la zona. En el Ensanche Sur las calles principales correspondían con los antiguos paseos barrocos, anchos y con doble fila de árboles, y con las rondas que lindaban con el casco antiguo. La ley permitía que las construcciones en esas vías fueran más grandes, que tuvieran más alturas que las casas situadas en calles secundarias. Por eso el señor Gippini había construido ese *caserón* y Camilo Laorga había levantado una casa más pequeña, alargada y de dos alturas. A comienzos de la Restauración, el modelo del señor Laorga era el más extendido en las barriadas del Ensanche Sur y muy pocos inmuebles franqueaban las dos o tres alturas. Además, eran los edificios con mayores posibilidades de realización, dado que la mayoría de los propietarios de terreno no poseían grandes capitales para levantar enormes bloques de viviendas y, a lo sumo, poseían una o dos parcelas.

**Alturas de los inmuebles del Ensanche Sur (1878)**

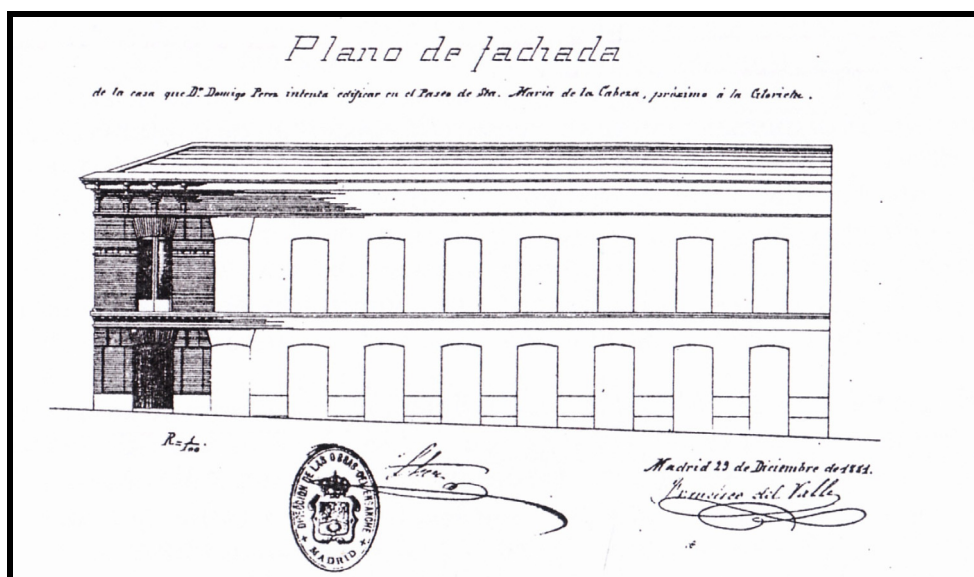


[Figura 4.4. Fuente: padrón municipal de 1878, AVM, Estadística. Los datos están expresados en %.]

<sup>49</sup> VARGAS, Julio: *Madrid ante el cólera*, El Liberal, Madrid, 1885, pp. 55-69.



Lo más viable era construir una casa baja o ampliar la que ya se tenía, si se disponía de espacio suficiente, para añadir un puñado de cuartos para alquilar. Así lo hizo Domingo Pérez del Val, un industrial madrileño que trabajaba con el yeso y que poseía un edificio en el Paseo de las Yeserías, nº 21. En 1878 Domingo era uno de los veinte mayores contribuyentes del Ensanche Sur y pagaba 500 pesetas anuales. En el edificio de su propiedad vivían su mujer e hijas, dos sobrinas, tres familias jornaleras a las que tenía alquiladas viviendas por 10 pesetas al mes y otra que regentaba una taberna, por 25 pesetas. Tenía dinero y espacio suficientes para más y en 1881 solicitó una licencia para la ampliación del edificio, que seguiría siendo de dos plantas, pero mucho más alargado, donde cupieran más viviendas para familias con escasos recursos, de las que tanto abundaban por la zona. Con la aprobación en la mano, la edificación pasó a tener 38 viviendas en alquiler, con parte de los bajos destinados a tiendas y talleres.



[Ilustración 4.8. Aspecto exterior de la casa de Domingo Pérez. Fuente: AVM, Secretaría, 6-166-9.]

En 1905 la casa aparecía ya con tres alturas: los bajos alternaban el alquiler de familias con los usos económicos de una tienda y una taberna; el principal estaba reservado por completo para Domingo, que ya había enviudado, y la familia de su hijo Tomás; mientras que el piso superior eran once buhardillas, de las cuales sólo había tres habitadas por familias jornaleras. Ninguna familia pagaba más de 10 pesetas de alquiler, salvo los propietarios de las tiendas, que pagaban 40 pesetas, y sólo dos familias eran zapateros, mientras que el resto eran jornaleros. Su omnipresente figura en este tipo de casas, y la ausencia de personas de diferente extracción social, simbolizaba el cambio de Madrid a otro tipo de ciudad, una ciudad en la que sus calles, más que nunca, “tenían cualidades humanas” e infundían, “con su fisonomía, ciertas ideas.”

#### **4.2.2 Las ganancias cantan en cada rincón de las calles. Atlas social de los barrios del sur al filo del siglo XX**

*“...iba a las cinco en un taxi que se escora y baja por Park Avenue al final de las calles que confluyen en las principales avenidas al oeste, se inflama de oro y de oleadas de humo blanco de las chimeneas de los vapores que dejan el puerto y el cielo está tapizado de billetes de banco... las ganancias cantan en cada rincón de las calles, crepitan en los encendidos de los coches...”*

John Dos Passos, *The big Money*, 1936.

La estricta aplicación de la legislación urbanística del Ensanche y el libre funcionamiento del mercado inmobiliario conformaron el nuevo mapa de la riqueza y de la pobreza madrileño. La compra y venta especulativa de los terrenos, la edificación de inmuebles de muy diversa calidad y tamaño, o la desigual instalación de numerosos servicios públicos, fueron una serie de acciones superpuestas, acumuladas año tras año, que terminaron por definir el paisaje urbanístico propio de una zona de la ciudad. A principios del siglo XX contaba, y mucho, vivir en un lugar u otro de Madrid. El espacio denotaba un nivel de riqueza que podía extenderse al individuo y su imagen en la sociedad. El eje Prado-Recoletos-Castellana, junto al triángulo formado con la Puerta del Sol, entre las calles de Alcalá y Carrera de San Jerónimo, formaban el rincón de la riqueza y del poder. Era la zona con los alquileres más elevados de la ciudad, un coto prácticamente reservado a las élites de la sociedad, a aquellas personas con sueldos extraordinarios o con un patrimonio resistente a los gravosos mordiscos que propinaban los alquileres mensuales de las viviendas. Pisar las aceras de la Puerta de Alcalá como vecino no estaba al alcance de cualquiera, allí vivían los que podían, la flor y nata de la sociedad. Eran los barrios del dinero, donde se avistaban el mayor número de mansiones, palacetes, hoteles y residencias de lujo por metro cuadrado.<sup>50</sup>

Sus calles irradiaban el fulgor del dinero y alejarse de ellas implicaba un paulatino descenso de nivel, visible en los barrios del Ensanche norte, donde la desigualdad era muy marcada entre la zona pegada a la Castellana y los desperdigados inmuebles de Vallehermoso,<sup>51</sup> así como en los barrios del Ensanche Sur. Las iniciativas de pequeños propietarios como Domingo Pérez, Pablo Gippini, Camilo Laorga o Vicente Puchades, habían dibujado un paisaje

---

<sup>50</sup> AZORÍN, Francisco y GEA ORTIGAS, María Isabel: *La Castellana, escenario de poder: del palacio de Linares a la Torre de Picasso*, La Librería, Madrid, 1990; MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*, Instituto de Estudios de Administración local, Madrid, 1982; CARBALLO BARRAL, Borja: “El despertar de una gran ciudad: Madrid” en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 32 (2010), pp. 131-152.

<sup>51</sup> PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2009.

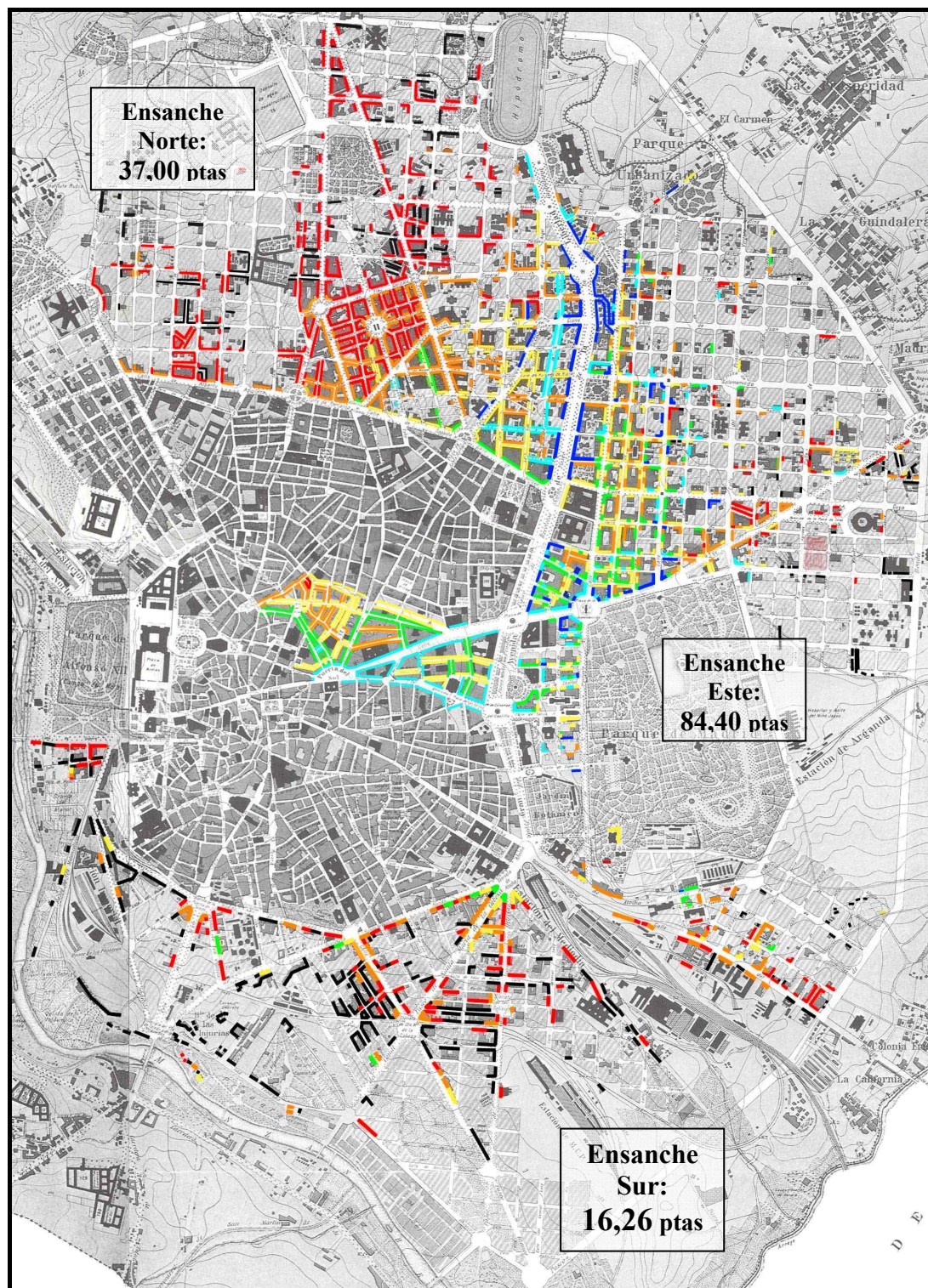
casi opuesto al fasto de la Castellana, con bandadas de casas bajas esparcidas entre las estaciones ferroviarias y las numerosas fábricas y talleres.

Era un rostro nuevo de Madrid en vías de desarrollo que aún no se había radicalizado del todo. El puzzle de la riqueza y de la pobreza marcaba diferentes velocidades de segregación entre los vecinos. En el centro de la ciudad era perceptible una mayor continuidad de rasgos antiguos en la organización social del espacio, con calles ricas y pobres muy juntas unas de otras, casi entremezcladas. Las reformas llevadas a cabo habían ensanchado algunas de ellas y habían renovado parte del caserío, pero habían sido insuficientes y pervivían viejas casonas nobles, en calles principales, con oscuras corralas en callejones a la vuelta de la esquina. En otras zonas de la ciudad, como en los suburbios del extrarradio, la segregación fue fulgurante y directa. En Tetuán, Prosperidad o Vallecas, se levantaban casas de la noche a la mañana, poco más que chabolas mal construidas, sin una legalidad que las cubriera y carentes de todo tipo de servicios urbanos. Aparecían con el único objetivo de alojar a las familias más pobres que no hallaban una vivienda en el casco antiguo o en el Ensanche que se acomodara a sus capacidades. Barriadas de clases bajas y marginales, alejadas del centro y con un crecimiento veloz y socialmente homogéneo.

El Ensanche representaba un eslabón intermedio en el proceso de segregación general de Madrid. No había experimentado la radical segregación del extrarradio, pero presentaba una organización social del espacio con rasgos más modernos que el centro. Había una tendencia clara a que los ricos vivieran con otros ricos en las mejores calles, mientras que los pobres eran apartados a las zonas más degradadas y con peores servicios. Con el paso de los años se habían definido los perfiles de unos barrios negros (los alquileres más baratos) y otros barrios azules (los más caros) y la distancia física que les separaba era considerable, aunque esos mismos barrios no eran completamente homogéneos, ni se asentaban en zonas monolíticas de uno o dos colores. A cinco minutos andando desde la Puerta de Alcalá se hallaban inmuebles con alquileres medio bajos, mientras que en el Ensanche Sur aparecían, casi a escondidas, viviendas con niveles medio altos en sus precios (ver ilustración 4.9). Los edificios más caros del Ensanche Sur se ubicaban en las proximidades al casco antiguo, en concreto en las glorietas de Atocha y Embajadores y la ronda que las comunicaba, seguidos por los ubicados en los tramos iniciales de las grandes arterias, como el paseo de Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza, el de las Acacias, o las calles de Embajadores, Toledo y Pacífico. La anchura de estas vías permitía la construcción de enormes edificios, con alturas que llegaban hasta los cinco o seis pisos. Gabriel Méndez era el propietario de uno de ellos en el número 48 de la calle Pacífico.



### Mapa de alquileres de Madrid (1905)



Niveles de alquiler de las viviendas (pesetas/mes)						
Muy alto	Alto	Medio alto	Medio	Medio bajo	Bajo	Muy bajo
más de 500	250 - 499	150 - 249	75 - 149	30 - 74	15 - 29	0 - 14

[Ilustración 4.9. Fuente: Elaboración propia a partir del plano de Núñez Granés (1910) y de los padrones municipales del Ensanche y de barrios del centro de Madrid de 1905. Los datos de las zonas norte, este y centro de la ciudad corresponden a Rubén Pallol, Borja Carballo y Santiago de Miguel. Escala del plano: 1:10.000. El plano está inspirado en la obra de Charles Booth para la ciudad de Londres a finales del siglo XIX: <http://booth.lse.ac.uk/>.]



En 1904 solicitó licencia al Ayuntamiento para la edificación de un edificio de viviendas para alquiler<sup>52</sup> y un año después tenía ocupado casi el 90% del inmueble, con 30 familias alojadas en él. Al estar situado en una calle importante, con un buen acceso al centro de la ciudad y con la gran estación de Atocha al lado, el señor Méndez se decidió por un edificio destinado a las clases medias, de habitaciones sólidas y más espaciosas que los cuartos de las tradicionales casas bajas de la zona. Además, los adelantos tecnológicos soplaban a favor de sus intereses. El fabuloso invento del señor Elisha G. Otis, que hizo viables los elevadores para las personas gracias a su dispositivo de seguridad, era la gran novedad en los edificios del nuevo siglo. El ascensor eliminaba las fatigas de la escalera y las distinciones sociales por altura.



Vecinos del edificio n° 48 de Pacífico <sup>53</sup>	
Profesión del cabeza de familia	Sueldo o Contribución
Militar	2.500 (s)
Empleado	1.500 (s)
Impresor	1.050 (s)
Jornalero cesante	No indica
Delineante	2.190 (s)
Albañil	912,5 (s)
Sacerdote	No indica
Perito químico	1.800 (s)
Empleado	1.500 (s)
Retirado	1.200 (s)
Trabajador	1.200 (s)
Militar artillero	2.000 (s)
Militar	573,6 (s)
Viajante	No indica
Empleado cesante	No indica
Pensionista	1.000 (s)
Jornalero	950 (s)
Jornalero	750 (s)
Empleado cesante	No indica
Industrial (casa de comidas)	100 (c)
Industrial (vaquería)	137 (c)
Industrial	60 (c)
Portería	No indica

[Ilustración 4.10. Imagen exterior del edificio de Gabriel Méndez, con indicación de los alquileres medios mensuales de las viviendas por pisos. En la tabla adjunta aparecen las profesiones de los cabezas de familia de las familias, separados por pisos. Fuente: elaboración propia, padrón municipal de 1905, Estadística, AVM.]

<sup>52</sup> Fuente: Expediente de Gabriel Méndez solicitando licencia para construir una casa en el solar n° 48 de la calle del Pacífico, 14-442-4, Secretaría, Negociado de Ensanche, AVM.

<sup>53</sup> Tanto los sueldos indicados (s), como las contribuciones (c), son expresadas en pesetas y en cantidades anuales. Se han suprimido las familias encabezadas por mujeres viudas que no declaraban ningún tipo de profesión ni de ingresos y que aparecían indistintamente en unos pisos y otros, para simplificar la tabla.

A partir de entonces resultaría indiferente vivir en un piso o en otro, si poco a poco se iban instalando las cañerías para el agua corriente y se podía acceder a los últimos pisos a través de un elevador mecánico. Tan maravillosa coincidencia hacía la vida mucho más sencilla y confortable para los vecinos y más provechosa para los propietarios. El tamaño de las viviendas, pero sobre todo el precio, podían ser equiparados y una habitación en un 3º podría costar casi lo mismo que la de un principal. Así ocurría en el edificio del señor Méndez, donde la antigua desigualdad social en vertical había dado paso a una novedosa uniformidad (ver ilustración 4.10). El piso principal apenas despuntaba del resto y los empleados, militares y trabajadores cualificados de los pisos superiores disfrutaban de salarios similares, o incluso mayores, que el resto. Sólo los dueños de los bajos soportaban alquileres más costosos por las actividades económicas de sus negocios.

Esa casa era una pista del futuro Madrid que se avecinaba, pero en 1905 aún no era la situación más corriente y la distinción en vertical pervivía en muchas de las casas. Los barrios de Santa María de la Cabeza y de las Delicias eran los grandes protagonistas del crecimiento demográfico del Ensanche Sur por aquel entonces. Muchas de sus calles aún roturaban descampados y sus casas eran las más recientes. El perfil social del vecindario era el más diverso de toda la zona. Las calles principales acogían los inmuebles más caros, mientras que en las de segundo orden, estrechas como hilos de aguja, se construían *casas negras* de alquileres ínfimos (ver ilustración 4.11). Esas diferencias horizontales también se manifestaban en vertical, en el interior de las propias viviendas.

Ángel Munilla Gutiérrez pagaba 35 pesetas mensuales de alquiler por su vivienda del Paseo de las Delicias, nº 7. Era una buena casa, amplia y confortable, con una gran sala de estar, un comedor, cocina con baño incorporado, un dormitorio principal, otro más pequeño, tres alcobas y un despacho de trabajo. Había espacio suficiente para él, su mujer, Gabriela Padrós, y sus tres hijos. Ángel había nacido en la provincia de Barcelona, pero llevaba más de 20 años en la capital y conocía al dedillo aquél barrio. Había casas de todos los colores, algunas inaccesibles por sus precios y otras muchas que parecían viejas nada más construirse. Su sueldo de 1.250 pesetas anuales, como empleado del ferrocarril, no permitía grandes alegrías. Cuando dio con ésta del nº 7, no pudo sentirse más afortunado.

Su propietario, Isidoro Aguado, la había reformado recientemente<sup>54</sup> y en su interior habitaban familias muy diversas. Su excelente ubicación, próxima a dos estaciones ferroviarias, la hacían muy apetecible para trabajadores del tren, como Alberto Moral y Juan Urraca, dos jornaleros de la compañía Madrid-Cáceres-Portugal, o Luis López y Eduardo Savater, de la MZA. Los cuatro vivían en los pisos superiores, en cuartos cuyos alquileres oscilaban entre las 25 y las 15 pesetas mensuales. Con ellos compartían pasillo dos jornaleros ambulantes y una

---

<sup>54</sup> Fuente: Reforma del inmueble de Isidoro Aguado, 1902. Negociado de Ensanche, Secretaría, AVM, 14-440-46.

mujer viuda, que no pagaban más de 10 pesetas por los cuartos más pequeños del inmueble. Ángel vivía en el principal, en una vivienda que podría ser la envidia para la mayoría de los empleados del Ensanche Sur con un sueldo parecido al suyo, pero su casa no era la mejor de todas. Al dar al interior, recibía menos luz que su vecino Diego Ayllón Bellver, empleado municipal con 4.000 pesetas de salario, cuya vivienda daba al exterior del paseo y por la que pagaba 50 pesetas al mes. Otros compañeros de pasillo eran también empleados de la MZA, al igual que Ángel, como Leonardo Sánchez, Casimiro Moncó o Severiano Albier, con sueldos entre las 1.250 y las 2.100 pesetas anuales y alquileres entre las 35 y las 40 pesetas al mes. En los bajos se combinaban los altos alquileres de las cuatro tiendas existentes (ultramarinos, panadería, taberna y una tienda de vidrios), con otros inferiores, entre las 15 y las 17 pesetas, de un zapatero y varios jornaleros.

Esta casa era uno de los ejemplos que contravenía la extendida imagen de miseria generalizada en el Ensanche Sur. Ni todos sus habitantes eran pobres jornaleros ni vivían en casuchas de mala muerte. También existían empleados con sueldos medios, que disfrutaban de viviendas con cinco dormitorios y baño propio, y que residían en inmuebles con una amplia diversidad social, al estilo del casco antiguo, con vecinos que iban desde el empleado del Tribunal de Cuentas o los empleados de las oficinas centrales de la compañía MZA, hasta los jornaleros ambulantes y en paro, un zapatero, un albañil, un mecánico, un maestro jubilado o un dependiente de una fábrica de harinas cercana.

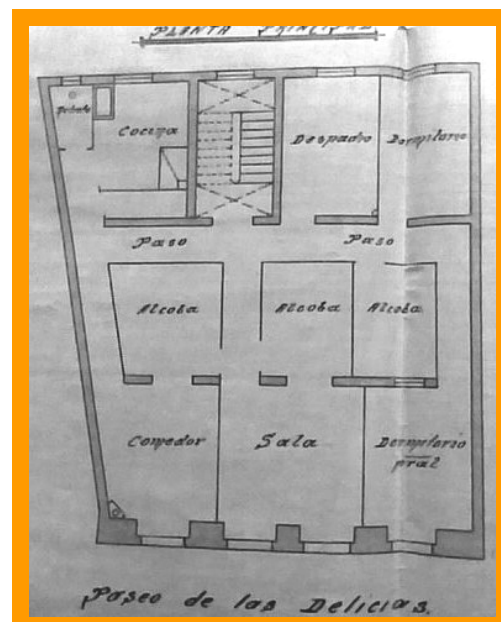
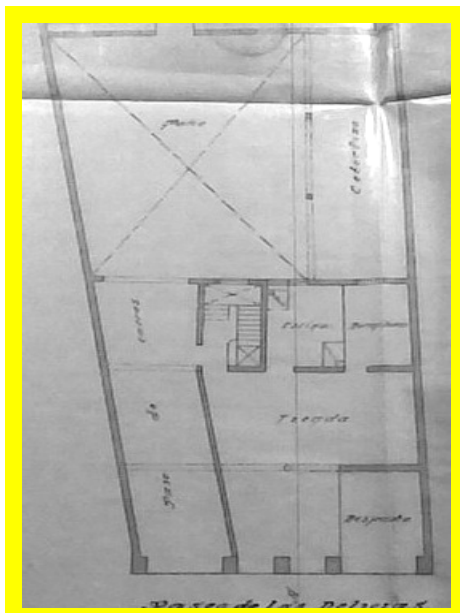
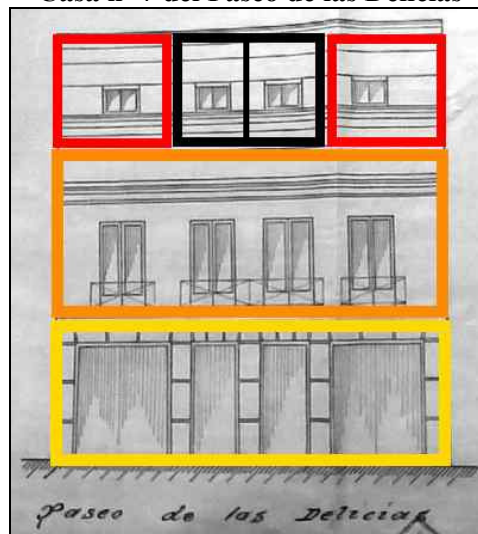
Las Peñuelas presentaba una mayor homogeneidad social. La mayoría de sus edificios eran casas bajas y muchas eran viejas en comparación a los barrios anteriores, pues tenían treinta o cuarenta años. En el Paseo de las Acacias o en la calle de Embajadores se situaban los mejores edificios, *“algunos de construcción moderna y hasta de gallardas líneas arquitectónicas”*, los cuales formaban *“la crestería de un barranco, en el que para nada se han tenido en cuenta los accidentes del terreno al levantar en él numerosas viviendas, construidas indudablemente con gran anterioridad a las que limitan el Paseo de las Acacias. No parece sino que estas últimas han sido edificadas para ocultar al curioso las verdaderas Peñuelas, barrio informe en el que se amontonan numerosas casas ideadas por la necesidad o calculadas por la especulación, sobre profundas derivaciones del terreno.”*<sup>55</sup>

---

<sup>55</sup> VARGAS, Julio: *Madrid ante el cólera*, El Liberal, Madrid, 1885.



**Casa nº 7 del Paseo de las Delicias**



[**Ilustración 4.11.** Vista parcial de los barrios de Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza y Delicias, y planos de la casa nº 7 del Paseo de las Delicias, con vistas del alzado exterior, planta baja y principal; escala 1:100.]



El periodista hablaba de un barrio deforme y oculto, que podía haber sido edificado así por la necesidad de viviendas baratas para las clases bajas, pero quizá también por los beneficios que reportaban este tipo de promociones inmobiliarias. No era una afirmación baladí. Basta con observar la situación en otros países más desarrollados, como Gran Bretaña, para descubrir un fenómeno extendido en ciudades de gran tamaño y en un proceso de transformación social. Londres, corazón de su imperio, era una ciudad de paradojas,<sup>56</sup> de agudos contrastes entre barrios ricos y otros miserables, de sórdidos tugurios como la barriada de Old Nichol. Un lugar de clases bajas y marginales, refugio habitual para delincuentes, cuyas casas, viejas y terriblemente insalubres, eran propiedad de políticos locales, abogados, Pares del Reino e, incluso, de sacerdotes, los cuales obtenían sustanciosas ganancias de unos cuchitriles que solían acaparar la atención pública cuando se desataba una crisis epidémica.<sup>57</sup>

Las Peñuelas presentaba un perfil similar. La mayoría de sus calles, “*rectas por regla general, [estaban] deplorablemente empedradas, sin aceras, excepto una, con mal alumbrado y huérfanas de alcantarillado para las aguas fecales,*”<sup>58</sup> como se ha analizado anteriormente. Muchos de sus propietarios habían elevado quejas a las autoridades por tal estado de degradación, pero la mayoría de ellos no vivía allí. Salvo honrosas excepciones, como Vicente Puchades, Luis Pané o Camilo Laorga, los propietarios de suelo residían en otros barrios, al igual que sucedía en el viejo Nichol londinense, y en las Peñuelas sólo tenían depositados intereses económicos, bien en forma de casas, bien en forma de fábricas, talleres o almacenes. Los señores Fagalde y Aransay, pioneros del arrabal, el industrial Diego Lorenzález, los propietarios Rafael Urosa y Juan González Peña o el arquitecto Isidoro Lerena, que había edificado la mayoría de las casas del barrio, no moraban en sus calles, por no hablar de propietarios de alcurnia como los condes de Muguiro y Yúmuri. Las condiciones materiales del barrio eran pésimas y la imagen que ofrecía de cara a la sociedad y opinión pública era muy negativa como para irse a vivir a aquellos andurriales, pero eso no era óbice para que fueran rentables. Edificar casas para los más desfavorecidos, con materiales baratos y sobre suelo barato, podía resultar un negocio redondo. Las cuentas no engañaban y Andrés Nieto no lo dudó.

El señor Nieto Sánchez había residido fugazmente en la calle Martín de Vargas a comienzos de la Restauración, durante una etapa dura de su vida en la que sufrió una penosa cesantía. Esa experiencia le permitió contactar con el barrio, con sus gentes y participar en las reivindicaciones colectivas que se organizaron. Pasada la mala racha, se convirtió en administrador y apoderado del señor Lerena, el arquitecto que había dado forma a tantas casas, y llegó a ser

---

<sup>56</sup> WHITE, Jerry: *London in the 19th Century. A human awful wonder of God*, Vintage books, London, 2007.

<sup>57</sup> Para un estudio detallado sobre la historia de esta barriada londinense y la campaña que emprendió el gobierno para su reforma y demolición, ver WISE, Sarah: *The blackest streets. The life and death of a Victorian slum*, The Bodley head, London, 2008.

<sup>58</sup> VARGAS, Julio: *Madrid ante el cólera*, El Liberal, Madrid, 1885.

alcalde popular del barrio, pero sin residir ya en él.<sup>59</sup> Sus desvelos continuaron a favor de las Peñuelas, pero también decidió sacar provecho de la situación. En 1894 le encargó al arquitecto Dimas Rodríguez Izquierdo el proyecto de una casa de dos alturas, que construyó en el solar nº 6 de la calle Labrador, en pleno corazón del barrio.<sup>60</sup> Las viviendas serían para alquiler y constarían de cocina, cuarto de estar o salón y dos o tres dormitorios, en función de su ubicación exterior o interior. Entre las dos plantas tenía previstas veinte viviendas, dos de las cuales serían más grandes que el resto para poder arrendarlas a un tendero o un tabernero interesado en montar su propio negocio.

Los inquilinos del señor Andrés Nieto dibujaban un perfil social diferente al de la casa del Paseo de las Delicias. Las clases medias habían desaparecido (dos trabajadores cualificados contados y dos empleados bajos) para dar paso a las omnipresentes familias de jornaleros, a viudas pobres y a un comercio modesto y de poca monta, de cacharrería y escasa parroquia, “*en un barrio donde se repican las campanas cuando se ve una peseta*”.<sup>61</sup> Únicamente la tienda de comestibles del señor José Arroyo Sotillo, propietario de otra más en el número 16 de la misma calle, sobresalía un tanto.

Todos los alquileres eran bajos o muy bajos, apropiados para las familias pobres que ocupaban la casa. Gente con escasos recursos que, al cabo de un año, le reportaban al señor Andrés Nieto unas ganancias superiores a las 4.000 pesetas. Era el equivalente a un salario medio alto para un empleado, sin contar con lo que le abonara el Ayuntamiento por las dos dependencias que tenía ocupadas para la Casa de Socorro del distrito. Sólo con esa casa, situada en un barrio miserable, podrían vivir el señor Nieto y su familia cómodamente, a lo cual había que añadir sus estipendios como apoderado de un arquitecto y la posibilidad de otras rentas o posesiones patrimoniales. Un negocio que Andrés decidió redondear con la reconversión de los trasteros en buhardillas vivideras, un añadido ilegal que no aparecía en el diseño original de la casa, pero que era una práctica habitual en otras casas de los alrededores. Eran alturas que se añadían a posteriori, sobre el tejado, delatadas por diminutos ventanucos como ojillos de topo, por los que se colaban hilos de luz y aire. Una triquiñuela que dejaba 20 pesetas sonantes en los bolsillos de don Andrés Nieto en 1905, hombre preocupado por la comodidad de aquellas familias pobres desde hacía tantos años, por su salud y bienestar.

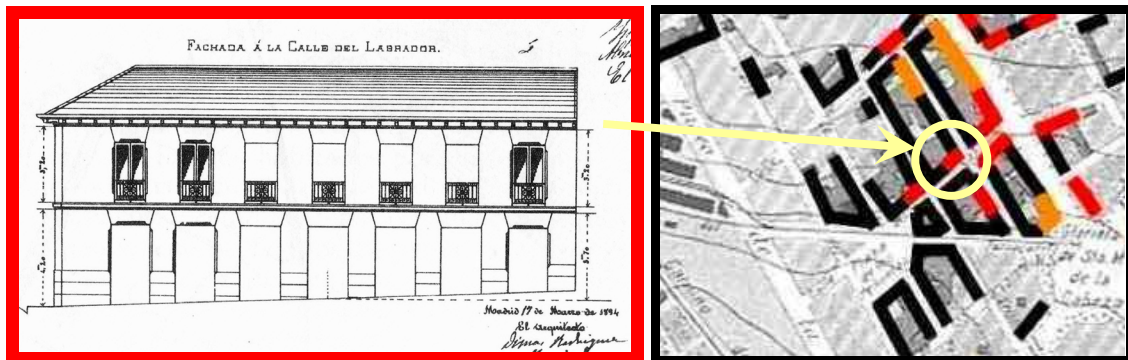
---

<sup>59</sup> Fuente: Reconstrucción narrativa propia a partir de la información recogida en varias fuentes documentales (padrón municipal de 1878, expediente de los propietarios y vecinos de las Peñuelas solicitando mejoramiento de los servicios municipales en 1877, 10-84-83, y los informes de Julio Vargas sobre la epidemia de cólera en Madrid en 1885).

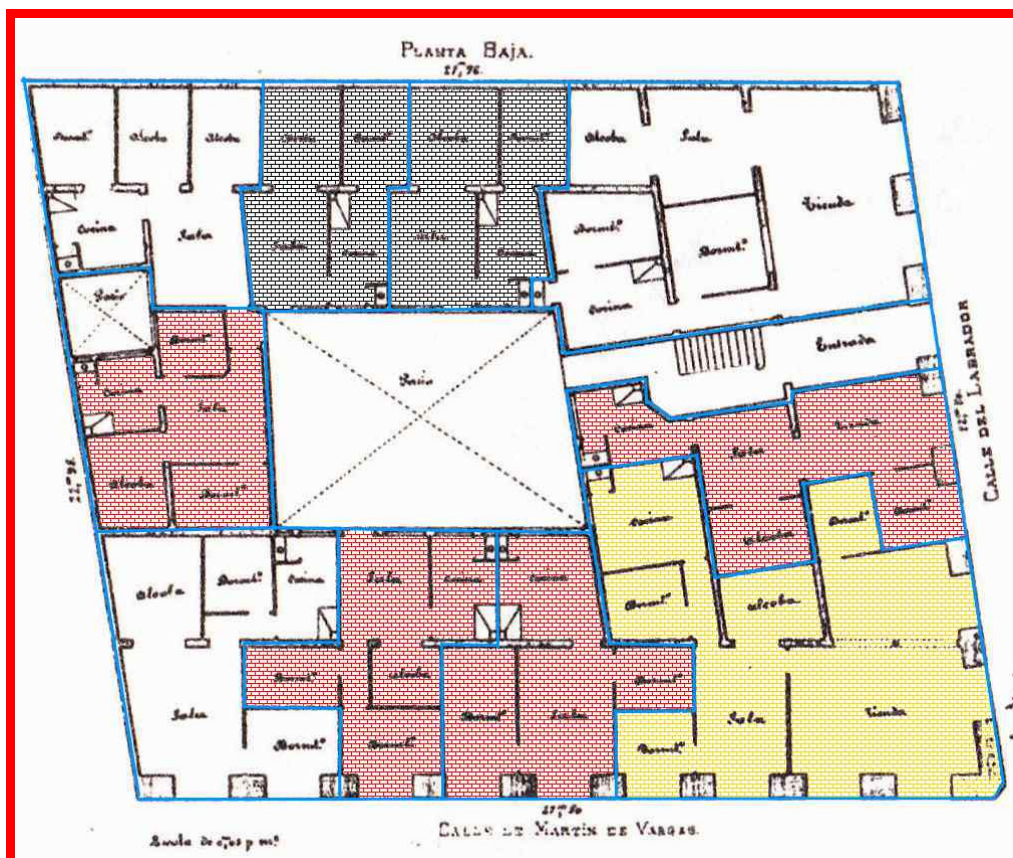
<sup>60</sup> Expediente para la construcción de un inmueble en la calle Labrador, nº 6, propiedad de Andrés Nieto, AVM, Secretaría, Negociado de Ensanche, 9-481-12, año 1894.

<sup>61</sup> PÉREZ GALDÓS, Benito: *La desheredada*, Madrid, 1881.

## El inmueble de Andrés Nieto y su ubicación en el plano de 1905



## Planta baja

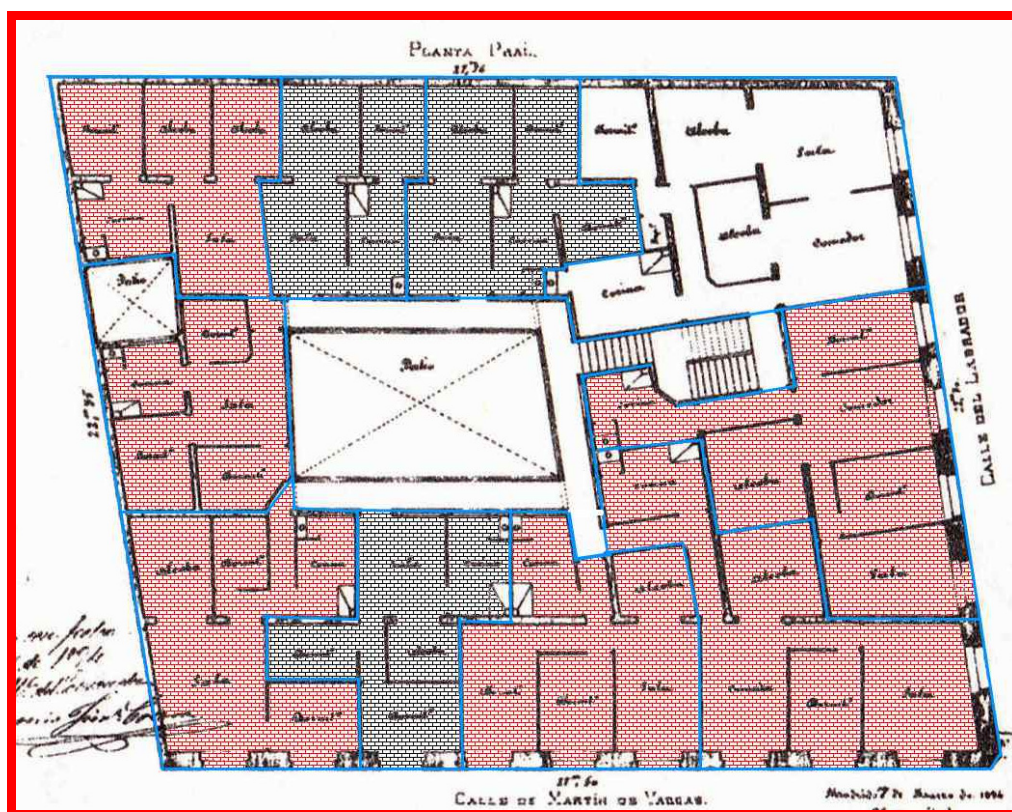


[Ilustración 4.12. Vista exterior de la casa y plano interior de la planta baja. Los cuartos ocupados están coloreados en función del nivel de sus alquileres, con la misma gama cromática que en el plano de 1905. Fuente: padrón municipal de 1905 y expediente de construcción de 1894.]

Viviendas del nº 6 de la calle Labrador por profesión del cabeza y alquiler mensual (1905)										
2º	Topógrafo	Jornalero								
	10	10								
Principal	Sacerdote	Casa de Socorro de Inclusa	Jornalero	Viuda (Sus labores)	Empleado (de la Casa de Socorro)	Carpintero	Comercio	Viuda Pensionista	Pulidor	Jornalero
	25		14	12,5	12,5	20	20	16,3	15	15
Bajos	Cacharrería	Casa de Socorro de Inclusa	Jornalero	Jornalero	Jornalero	Viuda (Sus labores)	Jornalero	Tienda de comestibles		
	20		17,5	15	15	10	14	75		

[Figura 4.5. Fuente: padrón municipal de 1905. Se indican las profesiones de los cabezas de familia y el alquiler que pagan en pesetas, en función del cual están coloreados.]

### Planta principal



[Ilustración 4.13. Plano interior de la planta principal. Se sigue la misma metodología que en la ilustración 4.12.]



## Calle de Labrador, c. 1910



[Ilustración 4.14. Fuente: Fotografía de F. Páez para la obra de César Chicote *La vivienda insalubre en Madrid*. El círculo resalta un añadido posterior similar al descubierto en la vivienda de Andrés Nieto.]

Las Peñuelas era un microcosmos social en sí mismo. Su pasado era corto, pero turbulento, lleno de amenazas, reivindicaciones y desamparo oficial. La gente se une más ante las dificultades. La mayoría de los hombres que tenían algún tipo de oficio trabajaba en los alrededores, en las fábricas, en el ferrocarril, en las canteras de yeso o en la construcción de algún edificio. Las mujeres acudían al río, a la compra o a encargos de alguna clase. Los niños disfrutaban de su inagotable patio de recreo al aire libre. La vida transcurría allí, en la calle, entre personas con los mismos problemas y parecidos recursos para solventarlos. Las casas bajas, de cuartos estrechos, recreaban una atmósfera rural, más propia de una pequeña ciudad provinciana que de la capital del país.

*“En el Campillo de Gil Imón las ropas puestas a secar centelleaban al sol. Oíanse cacareos de gallos, gritos lejanos de vendedores, silbidos, apagados por la distancia, de locomotoras. El aire vibraba seco, abrasado. Algunas vecinas salían a peinarse a la calle, y los colchoneros vareaban la lana, a la sombra, mientras las gallinas correteaban y escarbaban en el suelo.”*

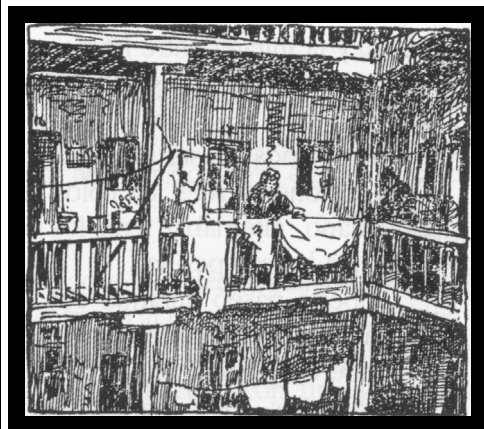
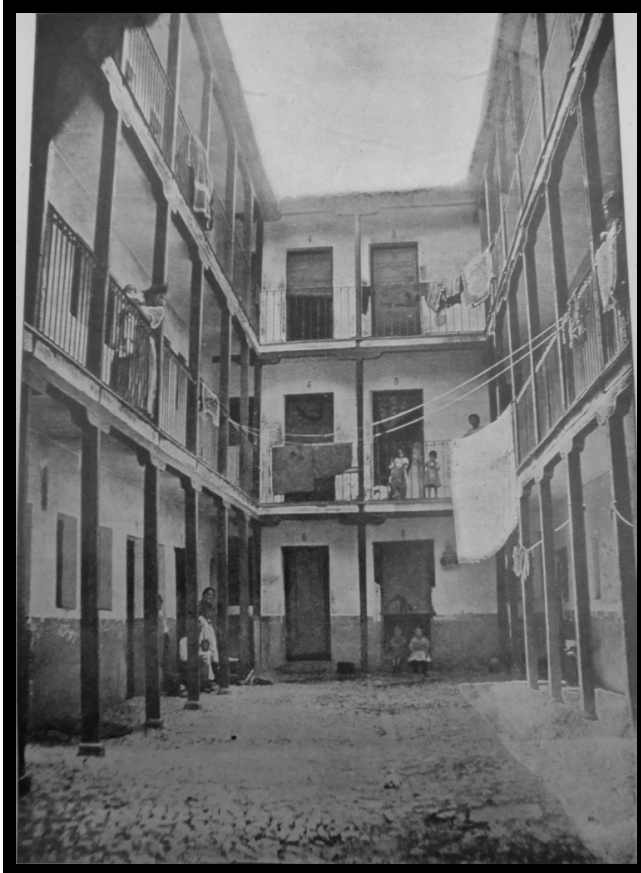
Pío Baroja, *La lucha por la vida I. La busca*, 1904.

El paisaje estaba dominado por casas bajas como la de Andrés Nieto y los inmuebles que hollaban las tres o cuatro alturas eran gigantes que llamaban la atención, como la corrala de la calle Ercilla, en el nº 14, o el edificio vulgarmente conocido como *La casa del tío Rilo*, junto al barranco del Arroyo de Embajadores. *“La fachada de esta casa, baja, estrecha, enjalbegada de cal, no indicaba su profundidad y tamaño. Un arco sin puerta daba acceso a un callejón empedrado con cantos, el cual, ensanchado después, formaba un patio, circunscrito por altas paredes negruzcas. De los lados del callejón de entrada subían escaleras de ladrillo a galerías abiertas, que corrían a lo largo de la casa en los tres pisos, dando la vuelta al patio. Abríanse de trecho en trecho, en el fondo de estas galerías, filas de puertas pintadas de azul, con un número negro pintado en el dintel de cada una. Las columnas de las galerías debían haber estado en otro tiempo pintadas de verde... Hallábase el patio siempre sucio; en un ángulo se levantaba un montón de trastos inservibles. Se veían telas puercas y tablas carcomidas, escombros... un revoltijo de mil diablos. Todas las tardes, algunas vecinas lavaban en el patio, y cuando terminaban su faena vaciaban los lebrillos en el suelo y los grandes charcos, al secarse, dejaban manchas blancas y regueros azules del agua de añil. Solían echar también los vecinos por cualquier parte la basura y cuando llovía, se producía una pestilencia insoportable de la corrupción del agua negra que inundaba el patio, sobre la cual nadaban hojas de col y papeles pringosos.”*<sup>62</sup> El análisis comparativo entre una y otra permite comprobar la progresiva degradación de un barrio como las Peñuelas y todos los parajes que lindaban con la línea de contorno del ferrocarril. A medida que los pasos se alejaban hacia el sur, las condiciones de vida se deterioraban un poco más y la marginalidad era más palpable.

---

<sup>62</sup> BAROJA, Pío: *La lucha por la vida I. La busca*, Madrid, 1904.

**Interior de las corralas de la calle Ercilla, nº 14 (c. 1910) y del Arroyo de Embajadores**



[**Ilustración 4.15.** Fuente: Fotografía de la corrala de Ercilla, por F. Páez para la obra de César Chicote *La vivienda insalubre en Madrid* y dibujo de la corrala del Arroyo de Embajadores, pintada por Ricardo Baroja para la novela ilustrada de su hermano Pío, *La busca*.]

La maestría de Baroja inmortalizó la imagen de unas corralas que podían ser gemelas, con pequeños matices. La casa de Ercilla mantenía un nivel ligeramente superior en los alquileres de los cuartos y por una menor presencia de familias jornaleras (ver figura 4.7), pero en ambas la segregación en vertical, tan marcada en otras zonas, había desaparecido. Los vecinos “más ilustres” eran guardias de seguridad municipales, como Froilán Domínguez, de 56 años, que ganaba 1.000 pesetas al año y vivía en un 2º de la casa de Ercilla, o Pedro Llorente y Delfín Romero, que lo hacían en la de Arroyo de Embajadores, aunque éstos no indicaban la cantidad exacta de su salario. El resto eran jornaleros, con algún zapatero o carpintero perdido, mujeres viudas y otras abandonadas por sus maridos, las cuales solían ocupar los cuartos más baratos, “*chiscones oscuros, sin ventilación alguna, contruidos en los huecos de las escaleras y debajo del tejado. En general, no se veían más que ropas sucias, colgadas en las barandillas; cortinas hechas con esteras, harapos negruzcos puestos sobre mangos de escobas o tendidos en cuerdas atadas de un pilar a otro. Cada trozo de galería era manifestación de una vida distinta dentro del comunismo del hambre; había en aquella casa todos los grados y matices de la*

*miseria: desde la heroica, vestida con el harapo limpio y decente, hasta la más nauseabunda y repulsiva.*”<sup>63</sup>

Análisis comparativo de dos corralas del Ensanche Sur (1905)		
	Ercilla, nº 14	Arroyo de Embajadores, nº 11
Alquiler medio	10,52	8,04
Alquiler más elevado	25,00	20,00
Alquiler más bajo	8,00	5,00
Habitantes / vivienda	3,95	3,93
Trabajadores no cualificados (%)	64,29	87,88

[Figura 4.6. Fuente: padrón municipal de 1905, Estadística, AVM. Los alquileres son mensuales y están expresados en pesetas. El % de trabajadores no cualificados está calculado en relación a los cabezas de familia varones.]

*“Era la corrala un mundo en pequeño, agitado y febril, que bullía como una gusanera. Allí se trabajaba, se holgaba, se bebía, se ayunaba, se moría de hambre; allí se construían muebles, se falsificaban antigüedades, se zurcían bordados antiguos, se fabricaban buñuelos, se componían porcelanas rotas, se concertaban robos, se prostituían mujeres. Era, en general, toda la gente que allí habitaba gente descentrada; muchos cambiaban de oficio, como un reptil de piel; otros no lo tenían; algunos no podían pasar de peones. Había también gitanos, esquiladores de mulas y de perros, y no faltaban cargadores, barberos ambulantes y saltimbanquis. Casi todos ellos, si se terciaba, robaban lo que podían.*”<sup>63</sup>

Para Baroja, los límites de la legalidad se tornaban brumosos en los oficios de las personas. En los documentos históricos, el término “jornalero” era tan opaco para conocer la verdadera ocupación de los hombres como el de “sus labores” para las mujeres. El paso de una situación legal a otra ilegal era casi imperceptible, como también lo eran los matices entre una corrala de un barrio popular a otra ubicada en las fronteras de la marginalidad. La corrala de Arroyo de Embajadores se levantaba sobre el abismo de un barranco no sólo físico, sino también simbólico. A sus pies, la ciudad se diluía en un caserío escaso y disperso, de barracón polvoriento, entre pozos negros, regatos nauseabundos y caminos que se hundían en abruptos barrancos. Parajes inquietantes donde Madrid perdía el nombre por el de las Injurias, las Cambronerías, la Casa Blanca o la Casa del Cabrero.

*“Llamaban así a un grupo de casuchas bajas con el patio estrecho y largo en medio. Puhulaba una nube de chiquillos desnudos, de color de tierra, la mayoría negros... Salieron de la Casa del Cabrero, bajaron a una hondonada, después de pasar al lado de una valla alta y negra, y por en medio de Casa Blanca desembocaron en el paseo de Yeserías. El río venía exhausto, formado por unos cuantos hilillos de agua negra y de charcos encima del barro.”*

Pío Baroja, *La lucha por la vida I. La busca*, 1904.

<sup>63</sup> BAROJA, Pío: *La lucha por la vida I. La busca*, Madrid, 1904.



Si los vecinos de las Peñuelas se sentían maltratados por el Ayuntamiento respecto a otros barrios, los habitantes de estas zonas ni siquiera parecían pertenecer a la ciudad, sino a un submundo de marginalidad y miseria absolutas. Habían transcurrido cincuenta años desde la aprobación del proyecto de Ensanche y todos los terrenos al sur de la vía de circunvalación apenas se habían urbanizado, se habían degradado completamente y se habían convertido en refugio habitual para mendigos, delincuentes y gentes sin una profesión definida. Allí, los más avisados y desesperados podían dar con un resguardo para pasar la noche, aunque fuera en las condiciones más deplorables. *“Bajaron a la hondonada de las Injurias. Entraron en una callejuela. Los pies se hundían en el barro y en los charcos. Vieron una casucha con la puerta abierta y entraron. La casa tenía dos cuartos de un par de metros en cuadro. Las paredes destilaban humedad y mugre. La cocina era un foco de infección: había en medio un montón de basura y de excrementos; en los rincones, cucarachas muertas y secas.”*

El proceso de segregación del espacio urbano llegaba a la máxima expresión en estos apartados rincones. Las distancias en grado de urbanización, desarrollo económico, nivel social, condiciones de salubridad y nivel de vida, no podían ser mayores entre los bloques de edificios de la Puerta del Sol o el barrio de Salamanca y las chozas de las Cambronerías o de las Injurias. Incluso dentro del Ensanche Sur las desigualdades eran patentes cuando se tomaba como punto de referencia estas zonas marginales. Aunque era el más barato de los tres, donde el mapa de los alquileres mostraba más pobreza que riqueza en sus viviendas, algunas partes presentaban valores de nivel medio o medio alto. La principal era la Glorieta de Atocha y sus cercanías, donde se levantaban inmuebles con varias plantas y alquileres que superaban las 75 e incluso las 150 pesetas al mes, por término medio. No eran los edificios más bellos de la ciudad, sin duda, pero exhibían una portentosa gallardía en comparación a las casas bajas de las Peñuelas. La cara de la Glorieta de Atocha era plenamente urbana, acorde con una gran ciudad como Madrid. A su lado, el caserío disperso de las Injurias y alrededores, a base de casas viejas, medio derruidas en el barro y escondidas entre barrancos, parecía propio de una aldea perdida y atrasada, en la cual la palabra modernización no se sabría ni pronunciar.

### Comparación entre la Glorieta de Atocha y la zona de las Injurias (1905)



[Ilustración 4.16. En la parte superior, fragmentos del plano de alquileres de 1905 correspondientes a las dos zonas. La imagen del edificio de viviendas pertenece a las casas del conde de Muguero en la Glorieta de la Puerta de Toledo, (7-75-24, Secretaría, AVM), elegida por su similitud con las de Atocha, mientras que la última imagen es una fotografía de las Casas del Cabrero, c. 1910. Todas las imágenes están enmarcadas con los colores correspondientes a su nivel de alquiler.]

Imágenes opuestas que tenían su traducción directa en el nivel social de sus habitantes, en la gente que ocupaba habitualmente esos espacios. El edificio nº 8 de la Glorieta de Atocha, comunicado excelentemente con el resto de la ciudad, acogía a un nutrido grupo de representantes de las clases medias y medias altas de la sociedad, entre los que se encontraban un médico y un veterinario, dos propietarios, militares, varios empleados de la MZA y otros del

Gobierno Civil y del Museo del Prado, dos pequeños comerciantes, un telegrafista, un profesor, un oficinista, dos estudiantes, dos mujeres que habían enviudado y un sacerdote. Vivían en la mejor zona del Ensanche Sur y pagaban por ello tres veces más que la media general. Entre sus vecinos más cercanos se contaban algunas personalidades ilustres, como el director general de la compañía MZA, Nathan Süß, el director general de la fábrica de cervezas El Águila, don Narciso Martínez Cabezas, así como varios ingenieros y altos empleados extranjeros. Entre ellos, los jornaleros eran muy pocos y todos señalaban salarios superiores a las 3 pesetas diarias, más de lo que cobraba la mayoría de trabajadores del Ensanche Sur. Además, una de cada cinco familias contaba con servicio doméstico, lujo inconcebible en la inmensa mayoría de los hogares de los barrios meridionales de la ciudad.

<b>Análisis socioprofesional comparado entre dos zonas del Ensanche Sur (1905)</b>			
Cabezas de familia hombres	Media Ensanche Sur	Glorieta de Atocha, nº 8	Casa del Cabrero
Profesiones Liberales	0,50	+ 9,50	- 0,50
Propietarios	0,18	+ 4,82	- 0,18
Militares	1,70	+ 13,30	- 1,70
Servicios y empleados	6,74	+ 23,26	- 6,74
Trabajador cualificado	10,84	- 10,84	- 9,28
Trabajador no cualificado	67,21	- 52,21	+ 26,54
Hogares sin núcleo familiar	9,05	+ 3,45	+ 34,83
Hogares con lazos informales	7,90	- 3,73	+ 26,79
Hogares con servicio doméstico	1,77	+ 19,06	- 1,77
Hogares encabezados por mujeres	15,64	+ 1,03	+ 17,01
Alquiler medio mensual (en pesetas)	16,26	+ 34,05	- 8,60

[Figura 4.7. Fuente: padrón municipal de 1905, Estadística, AVM. Los datos de la 2ª y 3ª columnas son a partir de la media general, en la 1ª columna. Todos los datos son porcentuales salvo los alquileres, en pesetas. Las categorías profesionales se han calculado a partir de los cabezas de familia masculinos. Los cálculos de los hogares se han realizado a partir del total de familias existentes, bien fuera del total para el Ensanche Sur, o del edificio para las dos zonas a examen.]

Las casas bajas del Cabrero eran el reverso de la moneda. Allí desaparecían las clases medias y tampoco quedaba rastro de la diversidad de oficios madrileños. Todas las familias estaban encabezadas por un jornalero y en las viviendas que eso no ocurría, era porque al frente aparecía una mujer, viuda o soltera, sin ninguna profesión declarada. La figura de la mujer era llamativa por su enorme visibilidad en un entorno de marginalidad y extrema pobreza. Eran precisamente esas circunstancias las que le otorgaban un mayor protagonismo en el funcionamiento interno de esos círculos sociales. Si el marido había muerto, había sido encarcelado o la había abandonado, el peso de su supervivencia y la de sus hijos recaía sobre sus hombros. La falta de ingresos podía abocarla a buscar los techos más baratos posibles, pero también podía buscarlos por las soluciones de emergencia elegidas para sobrevivir. La prostitución era uno de los caminos

directos para desembocar en barriadas marginales como las Injurias. La mujer que adoptaba esa forma de vida quedaba marcada ante la sociedad<sup>64</sup> y procuraba hallar un ambiente *adecuado* a su condición,<sup>65</sup> lejos de la reprobación de la comunidad.

*“En aquella hora de calor, a la sombra, dormían como aletargados, tendidos en el suelo, hombres y mujeres medio desnudos. Algunas mujeres en camisa, acurrucadas y en corro de cuatro o cinco, fumaban el mismo cigarro, pasándoselo una a otra y dándole cada una su chupada. Unas cuantas chiquillas de diez a catorce años corrían medio desnudas.*

*- Son todas puchereras, como las de la calle de Ceres –dijo unos de los piratas.*

*- ¿Hacen pucheros? –preguntó Manuel.*

*- Sí, buenos pucheros. Que son zorras. Pareces tonto. Ellas y sus madres, casi todas las que viven aquí.”*

Pío Baroja, *La lucha por la vida I. La busca*, 1904.



[Ilustración 4.17. El barrio de las Injurias, c.1906.]

Este comportamiento solía ocultarse en el empadronamiento; en cambio, salían a la luz prácticas sexuales y familiares desviadas del canon marcado por el *ángel del hogar*, por el matrimonio formal con los hijos. Las relaciones extramatrimoniales, informales, eran moneda común en las barriadas marginales del Ensanche Sur (ver figura 4.8), las cuales se convertían en espacios de “orden alternativo”, donde se transgredían la moralidad y las normas de urbanidad

<sup>64</sup> CUEVAS DE LA CRUZ, Matilde y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Prostitución y legislación en el siglo XIX. Aproximación a la consideración social de la prostituta” en *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres. Siglos XVI al XIX. Actas de las IV Jornadas de investigación interdisciplinaria*, Universidad Autónoma de Madrid, Seminario de Estudios de la Mujer, Madrid, 1986, pp. 249-250; CUEVAS DE LA CRUZ, Matilde: *Las mujeres prostitutas en el Madrid del siglo XIX. Control, espacios y formas de vida*, Tesis doctoral, inédita, UNED, Madrid, 2005.

<sup>65</sup> RIOYO, Javier: *Madrid: casas de lenocinio, holganza y mal vivir*, Espasa-Calpe, Madrid, 1991; RIOYO, Javier: *La vida golfa: historia de las casas de lenocinio, holganza y mal vivir*, Aguilar, Madrid, 2003.

aceptadas como respetables por el resto de la comunidad.<sup>66</sup> “Otros” lugares que eran descritos como ambientes de confusión y hacinamiento, de perversión del modelo normativo de conducta, basado en la sobriedad, la limpieza física, una economía doméstica diligente y una intimidad sacralizada en el hogar, entre el matrimonio y sus hijos.<sup>67</sup>

*“Despertó Manuel al amanecer y con aquella luz pálida el interior de la Casa Negra ofrecía un aspecto siniestro. Vivían allí clandestinamente unas familias de gitanos y unos cuantos mendigos. Algunos habían hecho sus camas con paja y trapos; otros dormían apoyándose sobre cuerdas de esparto sujetas a las paredes. Dormían todos entremezclados, arremolinados en un amontonamiento de harapos y de papeles de periódicos.”*

Pío Baroja, *La lucha por la vida II. Mala hierba*, 1905.

Lugares “de perversión” que encerraban fuertes conflictos y divergencias entre contrarios, entre conceptos que se oponían y contradecían entre sí, como por ejemplo la aparente indiferencia ante la higiene personal, ante la mugre y la porquería de las casas, y la afirmación del deseo y la facilidad de acceso a cualquier tipo de relación sexual.

*“Algunos hombres buscaban a las mujeres en la semioscuridad y se oían sus gruñidos de placer. Una mujer, sucia y llena de harapos, mecía a un niño en los brazos. Por entre el astroso corpiño mostraba el pecho lacio y negruzco. Uno de los gitanillos se deslizó junto a ella y le agarró el pecho con la mano. Ella dejó al niño a un lado y se tendió en el suelo...”*

Pío Baroja, *La lucha por la vida II. Mala hierba*, 1905.

El proceso de modernización de la sociedad urbana había conducido a una forma de vida colectiva diferente, a través de una profunda segregación del espacio. La modernidad adoptaba una dimensión múltiple y contradictoria, una naturaleza maldita<sup>68</sup> con la focalización de males sociales en determinados lugares, con la pervivencia de “otras” personas y “otros” espacios, con el

<sup>66</sup> HETHERINGTON, Kevin: *The Badlands of Modernity. Heterotopia and social ordering*, Routledge, London & New York, 1997.

<sup>67</sup> POOVEY, Mary: *Making a Social Body: British cultural formation, 1830-1864*, University of Chicago Press, Chicago, 1995; CROOK, Tom: “Schools for the moral training of the people: Public baths, liberalism and the promotion of cleanliness in Victorian Britain” en *European Review of History/Revue européenne d'Histoire*, nº 13 (2006), pp. 21-47.

<sup>68</sup> CROOK, Tom: “Accommodating the outcast: common lodging houses and the limits of urban governance in Victorian and Edwardian London”, en *Urban History*, nº 35, Vol. 3 (2008), pp. 414-436.

descubrimiento de “otro comportamiento”. Mundos en la distancia que habían perdido el contacto de épocas pasadas, que ya no se tocaban en la escalera y parecían vivir en realidades paralelas.

*“Cuando volvía Isidro, lanzaba miradas de extrañeza al puente vecino, por donde pasaban coches, carretas y peatones; al tranvía eléctrico que bajaba por el paseo de los Ocho Hilos expeliendo chispas verdes y azules de sus ruedas. Sólo unos cuantos metros separaban la vida moderna, que circulaba por lo alto, de aquella hondonada, donde aún subsistían las tradiciones de la existencia nómada. Las dos vidas rozábanse diariamente, pero se ignoraban, se desconocían...”*

Vicente Blasco Ibáñez, *La horda*, 1905.

### 4.3 El espacio, ¿espejo de la nueva sociedad?

*“Al cabo de un rato llegaron a un barrio siniestro en el que una multitud de destartaladas puertas lanzaba montones de criaturas a la calle y al arroyo. En la calle, los niños jugueteaban entre ellos o permanecían estúpidamente sentados en medio de la calzada. Varias mujeres fornidas con el cabello despeinado y la ropa desarreglada cotilleaban en las barandillas o gritaban en discusiones. Personajes de aspecto derrotado fumaban sus pipas sentados en oscuros rincones. Las calles olían a miles de comidas. El edificio temblaba y crujía bajo el peso de la humanidad que pateaba sus entrañas.”*

Stephen Crane, *Maggie, a girl of streets*, 1893.

#### 4.3.1 Imagen y realidad de una ciudad fraccionada

Personas y espacio, percepción y realidad de un proceso que les había fusionado y producía imágenes contrapuestas, sustentadas sobre experiencias personales y cotidianas, verificables sobre el terreno con hombres y mujeres de carne y hueso. Imágenes igualmente construidas *artificialmente* por los propios contemporáneos, por escritores, periodistas y estudiosos, que emitían juicios y difundían recreaciones sobre los barrios y sus gentes, sus condiciones de vida, sus costumbres, su modelo de comportamiento, los medios que empleaban para ganarse la vida, etc. La imagen y su poder de influencia era un factor a tener en

cuenta en el desarrollo social y material de la vida urbana. El espacio no concedía ni quitaba a las personas riquezas personales o categorías sociales, pero sí las relativizaba y las supeditaba a una fama creada, a una imagen concebida desde la perspectiva de la civilización.<sup>69</sup> *Ser de un barrio* conllevaba una reputación, infundía ideas en las mentes de las personas “*contra las que no tenemos defensas*”, según Balzac, que nos hacen relacionar al individuo con un comportamiento y unas actitudes concretas; *nociones*, según Proust, que podían ser positivas o negativas.

El primer nivel en la génesis de esas nociones era, sin duda, la apariencia física del entorno. El mal aspecto que presentaban los terrenos del Ensanche Sur había sido público y notorio desde los primeros años, y difundido reiteradamente por los medios escritos. En 1860 se afirmaba que “*los alrededores de la estación del ferrocarril presentan un aspecto digno de la más abandonada y miserable aldea. Aquel inmenso y sucio barranco, coronado de casuchas ruinosas, debería desaparecer, hoy que tanto se cacarean las mejoras que se están llevando a cabo. Toda la parte de Madrid que empieza en la estación del ferrocarril y termina en la Cuesta de la Vega, se encuentra en un estado de lo más lamentable.*”<sup>70</sup>

Los vecinos habían batallado por mejorar las condiciones materiales de sus barrios desde bien pronto. En primer lugar, lo hicieron para mejorar sus propias condiciones de vida, para no soportar más la pestilencia de las alcantarillas abiertas y de los pozos negros, para disfrutar de calles adoquinadas y de agua corriente, como el resto del vecindario madrileño. Pero, en la base de sus reivindicaciones, también subyacía una preocupación por la pésima imagen que ofrecían de cara al exterior, lo cual perjudicaba a sus intereses y a sus industrias. En 1872, los vecinos y propietarios de la calle de El Sur enviaron una carta al Ayuntamiento en la que reclamaban diversas mejoras y, para justificarlo, argüían razones de imagen pública impropia de la capital: “*Las estaciones de los ferrocarriles son verdaderos puertos para las poblaciones del interior y, a fin de que los viajeros formen ventajosa idea de la población, no se corresponde el aspecto asqueroso y repugnante que presenta el de Madrid. A la puerta misma de llegada de los trenes del Mediterráneo, se halla una pestilente alcantarilla descubierta, dominada por un cerro cubierto de basura e inmundicias, en el que hay unas cuantas casuchas ruinosas de las que se avergonzaría el último villorrio.*”<sup>71</sup>

Los vecinos no se limitaron a remitir quejas y lamentos al Ayuntamiento. Eran conscientes de que sus peticiones podían caer en saco roto y recurrieron precisamente a uno de los medios que más daño les estaba haciendo, los

<sup>69</sup> MANDLER, Peter: “«Race» and «nation» in mid-Victorian thought” en COLLINI, S., WHATMORE, R. and YOUNG, B. (eds.): *History, religion and culture: British intellectual history, 1750-1950*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, pp. 224-244.

<sup>70</sup> Fuente: *La Discusión*, 26 de abril de 1860.

<sup>71</sup> Expediente promovido por varios propietarios y vecinos de la calle de El Sur, solicitando la regularización del barrio de las Delicias, 1870. AVM, Secretaría, 5-68-46.

periódicos, para revertir la mala prensa de sus barrios en prensa amable. Camilo Laorga, en sus diversos lances por reivindicar el nombre de las Peñuelas, concitó a diversos periodistas, a los que obsequió con banquetes y *detalles para sus amadas esposas*, para que pudieran comprobar que las Peñuelas era, en realidad, “una población crecida, laboriosa, edificante y notable, que todo se lo debe a sí propia y a sus sacrificios y vigiliass”, y para que dieran fe de “cuán dignos de profundísimo acatamiento y de leal, sincero y religiosísimo respeto, son todos los grandes intereses allí creados, no por la sociedad general y el Estado, sino por los únicos y aislados medios de que han podido echar mano en el barrio cuantos ahora en él son propietarios o vecinos.”<sup>72</sup> Así pues, donde unos veían la *más abandonada y miserable aldea*, otros apreciaban “un barrio interesante, modelo y ejemplo vivísimo de economía, de laboriosidad y de virtud en todos los conceptos imaginables.”<sup>72</sup>

Era una estrategia que hoy se vería como puro *marketing* para lavar la denostada imagen del barrio y la de sus vecinos, especialmente de aquellos que más intereses tenían depositados en él. Las personas más implicadas en los asuntos generales del barrio, aquellos que asistían religiosamente a cada reunión, los que proponían la creación de una comisión o se ofrecían a participar en las asociaciones vecinales, en escribir las cartas de protesta y acudir a reuniones con políticos y personas influyentes, no eran precisamente pobres zarrapastrosos, sino personas con intereses fundados en el barrio, debido a sus propiedades y/o negocios, o personas con una posición social que podía quedar en entredicho con todos los descalificativos que se vertían en la prensa (ver figura 4.9). Las condiciones de las Peñuelas o Delicias no eran buenas, y ellos eran los primeros que lo sabían porque vivían allí, pero no todo era malo y desechable, ni todas las casas eran *casuchas miserables*, ni las personas *gentes del mal vivir*. El propio Camilo Laorga podía sentirse incómodo si alguien le identificaba con los pobres de su barrio, a él, un hombre de su posición y valía, que había acudido a veladas nocturnas de la buena sociedad isabelina, que participaba en exposiciones nacionales con grandes industriales del país, que incluso había llegado a regalar una preciosa mesa de billar a S.M. la Reina Isabel II. Y como él, el resto de compañeros de viaje, el farmacéutico Rafael Carnicero, el doctor Mariano Fernández, el industrial Antonio Prados, el propietario Manuel Pérez Medel o el señor Andrés Nieto, apoderado del arquitecto Isidro Lerena y propietario de terrenos en las Peñuelas. Eran personas asimilables a los estratos medios y medio altos de la sociedad madrileña que, en este reducido espacio, pasaban a ser la élite real del vecindario. La imagen del barrio no se correspondía con la suya y les preocupaba que alguien se llevara a error.

---

<sup>72</sup> Fuente: *La Iberia*, 6 de octubre de 1865. Los banquetes que ofreció Camilo Laorga aparecen citados en diversos años y sólo se ha puesto un ejemplo ilustrativo.



Vecinos y propietarios de las Peñuelas y Delicias que demandaban mejoras para sus barrios (1877-1878)				
Nombre y apellidos	Profesión	Edad	Salario	Contribución
José Moreno Giner	veterinario	40	-	64,0
Blas Marcos Mellano	propietario	59	-	246,0
Juan González Peña	propietario	54	-	-
Manuel Pérez Hurtado	propietario	64	-	180,0
Manuel Pérez Medel	propietario	56	-	476,0
Martín Cebrián Pozo	propietario	42	-	700,0
Ángel M <sup>a</sup> Cortellini	profesor de pintura y	59	-	273,0
Hernández	propietario			
Faustino Jiménez López	oficial retirado	34	-	55,0
Mariano Fernández Rodríguez	médico	36	-	-
Francisco Rubio Román	litógrafo y propietario	31	1.375	40,0
Florencio Ventas Fernández	jornalero	30	-	-
Antonio Prados Monllor	industrial	39	-	1.070,0
Francisco Lebrero Alonso	fundidor	36	-	-
Rafael Carnicero Bustos	farmacéutico	40	-	1.522,84
Andrés Garci-Nuño	farmacéutico	29	-	203,0
González				
Vicente Morales Albiol	fabricante de yeso	55	-	720,8
Baldomero Patón Román	empleado del Estado	57	1.250	400,0
Félix Sánchez Barreda	empleado de oficinas de MZA	42	1.500	-
Isaac de la Lastra	comerciante	49	-	150,0
Cortabarría				
Lucio Flores Menéndez	comerciante	55	-	275,0
Andrés Nieto Sánchez	cesante y propietario	48	-	-
Juan Pons Basabé	cartonero y propietario	33	-	30,0
Camilo Laorga Lloret	carpintero y propietario	48	-	1.000
Pedro Rubira Piedrabuena	carbonero y propietario	53	-	288,0
Francisco Alguacil Simón	alistador de MZA	44	5,0	-

[Figura 4.8. Fuente: padrón municipal de 1878 y expedientes vecinales sobre solicitudes de mejoras urbanas en 1877, 10-84-83 y 84, negociado de Ensanche, Secretaría, AVM. Los datos de los salarios y de las contribuciones son anuales (salvo el de Francisco Alguacil, por día) y expresados en pesetas.]

Las iniciativas de este reducido grupo de personas fueron como bolas de nieve arrojadas contra una locomotora imparable. El proceso de segregación del espacio siguió su curso y la situación e imagen del Ensanche Sur empeoraron con el paso del tiempo. Desde sus respectivos campos, numerosos médicos, periodistas y escritores emitían estudios sobre las deplorables condiciones de vida de los barrios del sur y las hacían extensibles a toda la población que habitaba en ellos. Los términos y adjetivos empleados en las descripciones eran muy ricos y variados, casi barrocos, para exponer “otra” realidad, opuesta en negativo a la que era propia de una *civilización avanzada*. En las descripciones literarias, el espacio adquiría atribuciones humanas, estados de ánimo que se transmitían a sus pobladores y que les definían física, emocional y socialmente.

*“Aguardaron paseando por el antiguo camino de Yeseros. Se internaron por los campos próximos, en los que se veían casuchas miserables, a cuyas puertas jugaban al chito y al tejo algunos hombres y pululaban chiquillos andrajosos. Eran aquellos andurriales sitios tristes, yermos, desolados; lugares de ruina. Por todas partes se veían escombros y cascotes, hondonadas llenas de escorias.”*

Pío Baroja, *Mala hierba*, 1905.

La vida cotidiana allí se hizo cada vez más desagradable, entre escombros y gente astrosa, en calles rotas y enfangadas, con vecinos pobres en cualquier esquina, mendigos algunos, delincuentes otros, con calles en penumbra o sumidas en la oscuridad. Aquello espantaba a cualquiera y más si se tenía el dinero suficiente para mudarse a una zona más limpia, más iluminada, más segura. Así lo hizo Serafín Paul Cid, el chico de las Peñuelas, de familia jornalera e inmigrante, que había prosperado sorprendentemente hasta convertirse en un comerciante con varios almacenes y tiendas por la zona. En 1905 Serafín había abandonado las Peñuelas para instalarse en la ronda de Toledo, más cara y mejor comunicada con el centro de la ciudad. Poco después daría el salto al barrio del duque de Alba, ya en el casco antiguo.

Otro tanto había sucedido con la 2ª generación de las antiguas élites de los barrios del sur. Los hijos de Juan Labourdette, Luis y Augusto, después de su paso por Francia, habían decidido fundar un nuevo hogar y un nuevo negocio, mucho más moderno, en la calle Miguel Ángel, al norte de la ciudad, lejos de su inveterado local de Santa Mª de la Cabeza. El antiguo paseo había ofrecido un servicio inmejorable en los tiempos de su padre, cuando la familia se dedicaba a la trata de caballos y la construcción de carruajes. En 1905 ya no era, quizá, la mejor ubicación para un negocio que daba sus primeros pasos, como era la fabricación de coches a motor, el cual requería buena imagen, rodearse de *glamour* y prestigio para salir adelante, y no codearse con gente pobre y necesitada de los *barrios negros* de la ciudad.

También abandonó el barco la familia Laorga, después de tantos años. Camilo, el viejo patriarca, falleció en 1898 con casi 70 años de edad. Murió sin haber visto a su barrio, las Peñuelas, integrado en la ciudad y atendido, como uno más, en sus múltiples necesidades. Se pasó media vida luchando para que así fuera, para acabar con el olvido municipal que tanto daño estaba causando en toda la zona y desapareció sin haberlo conseguido. Se había apuntado algunos tantos, como unos cuantos faroles de gas o varias fuentes de agua instaladas por las calles, pero no eran más que migajas. Las Peñuelas seguía siendo uno de los barrios pobres de la ciudad, a pesar de todos los banquetes, cócteles, paellas y *detalles para las señoras* que salieron de su bolsillo y que terminaron por hacerle un roto a su patrimonio personal. Camilo se fue para siempre, pero sus deudas quedaron a cargo de sus hijos, que se vieron superados por los plazos de pago y los intereses acumulados. A su pesar, decidieron deshacerse de buena parte del patrimonio que su padre había adquirido en las Peñuelas. En agosto de 1898 sacaron a pública subasta el almacén de maderas de la calle de Los Carvajales y

la serrería de la calle del Laurel, junto con toda su maquinaria, valorados en conjunto en 43.825 pesetas.<sup>73</sup> Además, cerraban la casa familiar de la calle Peñuelas, nº 26, la cual sólo quedaría como taller de carpintería y ebanistería por breve tiempo, hasta su liquidación definitiva en 1901 por Ricardo, el segundo de los hijos que había quedado al frente del negocio.<sup>74</sup> Era el adiós a una época, a un sueño, a un barrio.

Salvo Francisco Lebrero, industrial de la fundición, ninguna de las personas que participaron activamente en las reivindicaciones vecinales de comienzos de la Restauración permanecía en el Ensanche Sur al comenzar el siglo XX. Ni ellos ni sus hijos. A la evolución general del mercado laboral del Ensanche Sur, tendente a un mayor peso de los trabajadores no cualificados, se añadía la desaparición de numerosas familias que habían representado una especie de élite local. A la altura de 1905, los grupos de clases medias y medias altas eran muy reducidos y se concentraban en el área inmediata a la Glorieta de Atocha. Otros habían decidido mudarse a otros barrios cuyos atractivos no fueran la sordidez de la miseria. En el segundo capítulo, por ejemplo, se analizaba cómo se movía en el interior de la ciudad el grupo de los empleados (ver figura 2.45), los cuales se dirigían bien a las mejores zonas del Ensanche Sur, o bien a barrios del casco antiguo y otros barrios del Ensanche madrileño, incluidos los elitistas Retiro y Fernando el Santo.

El distanciamiento entre grupos sociales era extremadamente visible si se tiene en cuenta su categoría profesional. Las cuatro décadas de desarrollo urbanístico sesgado no habían transcurrido en balde. El círculo vicioso del sistema de financiación, tan provechoso para unos y dañino para otros, y la pasividad de las autoridades municipales ante el evidente desfase y deterioro de algunas zonas, llevó a la formación de ciudades antagónicas, a la creación de barrios de abogados y barrios de jornaleros, de calles exclusivas para miembros de la élite profesional y otras abandonadas a los que sólo tenían un trabajo irregular y mal pagado. En 1860 las diferencias en las estructuras profesionales ya se apreciaban entre unas zonas y otras (ver figura 4.10). Los profesionales liberales que se asentaban en el Ensanche Este eran casi el doble que los del Ensanche Sur y casi el triple el número de empleados, mientras que los trabajadores no cualificados eran menos de la mitad.

Esta desigualdad se agudizó brutalmente en los años siguientes. En el Ensanche no se aspiraba a continuar con la ciudad interclasista del interior, donde todos estuvieran cerca unos de otros, sino a crear barrios desiguales “*que atendieran a las necesidades específicas de cada clase*”, como afirmaba Castro en la memoria de su proyecto. Aquel que tenía dinero, tendía a vivir en los barrios más caros, donde disponía de las mejores viviendas, espaciales y construidas con buenos materiales, donde las calles estaban pavimentadas y limpias de basuras, donde no había pestilencias en el ambiente por los pozos

<sup>73</sup> Fuente: *Diario de Avisos de Madrid*, 13 de agosto de 1898.

<sup>74</sup> Fuente: *Revista ilustrada de banca, ferrocarriles, industria y seguros*, 25 de agosto de 1901.

negros, donde se instalaban todo tipo de tiendas y comercios, donde abrían sus puertas elegantes cafés y exquisitos restaurantes, donde uno no tenía miedo a volver de noche a casa y que la calle estuviera a oscuras por falta de farolas. Aquel que no tenía dinero suficiente para un alquiler elevado, o bien daba con un mal cuarto en uno de esos barrios envidiables, o bien se veía abocado a buscar casa en las peores calles de la ciudad.

<b>Segregación profesional del Ensanche madrileño (1860-1905)</b>				
<b>Profesiones liberales</b>				
Zonas de Ensanche	1860	<i>Diferencia Zonal</i>	1905	<i>Diferencia Zonal</i>
Sur	1,2	0,0	0,5	0,0
Este	2,3	+ 88,6 %	8,0	+ 1.506,0 %
Norte	2,0	+ 62,6 %	3,5	+ 590,0 %
<b>Empleados</b>				
Zonas de Ensanche	1860	<i>Diferencia Zonal</i>	1905	<i>Diferencia Zonal</i>
Sur	7,8	0,0	6,7	0,0
Este	22,0	+ 183,9 %	17,2	+ 155,8 %
Norte	9,9	+ 28,3 %	15,3	+ 126,7 %
<b>Trabajadores no cualificados</b>				
Zonas de Ensanche	1860	<i>Diferencia Zonal</i>	1905	<i>Diferencia Zonal</i>
Sur	42,2	0,0	67,2	0,0
Este	18,2	-56,8 %	27,1	-59,7 %
Norte	34,0	-19,4 %	39,3	-41,5 %

[Figura 4.9. Fuente: elaboración propia a partir de los padrones municipales de 1860 y 1905. Los datos de las zonas este y norte pertenecen a las investigaciones de Borja Carballo y Rubén Pallol. Los datos son porcentuales y se utiliza la zona sur como base para comparar las diferencias entre unas y otras. Se han elegido esos grupos como representantes de diferentes grupos sociales. Muestra de población: hombres mayores de 12 años (1860) o de 14 años (1905).]

Al comenzar el siglo XX se había forjado un mapa de los oficios en Madrid propio de una ciudad en un franco proceso de segregación.<sup>75</sup> El eje norte-sur de los paseos de la Castellana y Recoletos se había convertido en el territorio predilecto para la élite profesional madrileña (ilustración 4.18). Los barrios de Salamanca, Biblioteca, Retiro, Fernando el Santo o Floridablanca, contaban con una increíble concentración de médicos, abogados, ingenieros, arquitectos, catedráticos, periodistas, diplomáticos, jueces o artistas, robándole incluso protagonismo a barrios tan céntricos como Puerta del Sol, Carmen o Tudescos. La élite profesional se decantaba por la nueva ciudad del Ensanche, más

<sup>75</sup> La confección de los diferentes planos de profesiones ha sido una elaboración personal. Los datos correspondientes al resto de zonas de la ciudad han sido ofrecidos por Borja Carballo, Rubén Pallol y Santiago de Miguel. Para establecer el ratio de los %, he tomado como base el barrio con el % más elevado y lo he dividido entre 4, para establecer cada uno de los niveles de concentración. Muestra de población: hombres mayores de 14 años, salvo para el servicio doméstico, que he analizado con mujeres.

moderna, con calles más anchas y elegantes que las del arrugado interior, con flamantes edificios a estrenar y a un paso de los centros de poder político y económico. Los barrios de la flor y nata madrileña, lugares para ver y ser visto.

Esa élite profesional arrastraba hasta sus moradas a legiones de criadas, doncellas, niñeras, amas de llave, institutrices, cocineras y planchadoras que atendían todas sus necesidades en el hogar. El servicio doméstico prácticamente calcaba los perfiles espaciales dibujados por sus dueños, debido a que la mayoría de las sirvientas eran internas (ilustración 4.19). La criada o sirvienta no hacían más que remarcar dónde se asentaba el dinero que las contrataba, cuáles eran los barrios ricos y cuáles eran los pobres. Las zonas más alejadas del norte y del este, junto al Ensanche Sur al completo, eran un campo yermo de profesionales de liberales que emplearan un nutrido servicio doméstico. Eran pocas las casas que demandaban a una chica para entrar a servir y las pocas criadas que por allí vivían eran más bien externas.

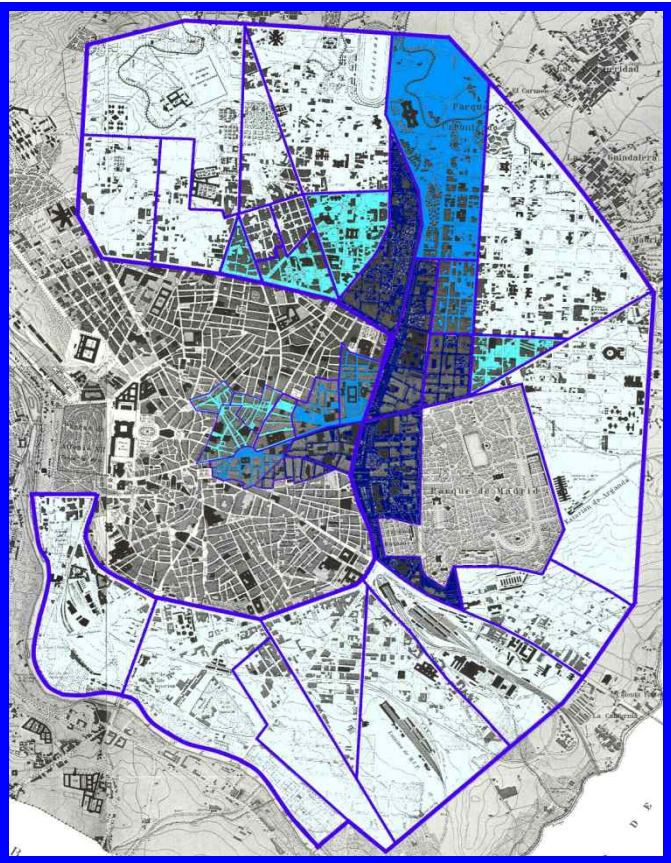
En este proceso de segregación no influía únicamente el precio de las viviendas, sino también la especialización económica del espacio y el papel que desempeñaban los barrios en la ciudad. El centro de Madrid, al igual que en otras ciudades,<sup>76</sup> estaba inmerso en un proceso de especialización como área de servicios.<sup>77</sup> En las inmediaciones de la Puerta del Sol se encontraban las mejores tiendas, las boutiques de moda, los cafés de renombre, con tertulia diaria, a los que había que acudir para ser alguien, las oficinas de trabajo de los bancos y de las compañías privadas, las sedes de los ministerios, de los juzgados o del Ayuntamiento, las sedes sociales de clubes privados y otros centros culturales, innumerables hostales y casas de huéspedes, etc. Al centro se iba y se volvía, pero cada vez menos personas vivían en él. Los que sí lo hacían fueron, mayoritariamente, gente que tenía su trabajo por aquellas calles, cada día más atiborradas de oficinas. El sector de empleados y servicios mostraba las concentraciones de trabajadores más elevadas en las calles más céntricas de la ciudad, superiores a las de los barrios ricos que rodeaban a la Castellana. Como representantes de unas clases medias muy diversas, el corazón de la ciudad era donde se apiñaba el meollo de los empleados, mientras que los barrios del sur eran evitados por la mayoría de los que vestían un cuello blanco.

---

<sup>76</sup> SCHNEER, Jonathan: *London 1900. The Imperial Metropolis*, Yale University Press, New Haven & London, 1999; BALL, Michael y SUNDERLAND, David: *An economic history of London (1800-1914)*, Routledge, Londres y Nueva York, 2001.

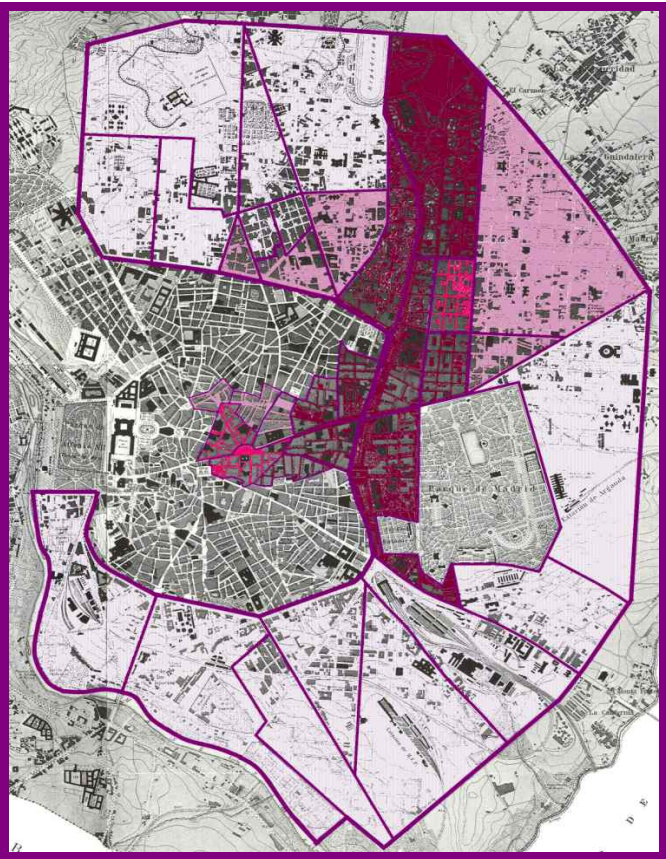
<sup>77</sup> GUTIÉRREZ GARCÍA, María Ángeles y MARTÍNEZ DE MADARIAGA, Ricardo: “La especialización geográfica del centro de Madrid como área de servicios” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Comunidad de Madrid-Alfoz, Madrid, 1989, Vol. I, pp. 459- 477; NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “La distribución del comercio en Madrid en la primera década del siglo XX” en *Cuadernos de historia moderna y contemporánea*, nº 4 (1983), pp. 119-139.

El Mapa de los oficios (I). Profesionales y criadas (1905)



[Ilustración 4.18]

Profesiones liberales	
Muy alto	+ 11,25%
Alto	7,5 – 11,25%
Moderado	3,75 – 7,5%
Bajo	0 – 3,75%

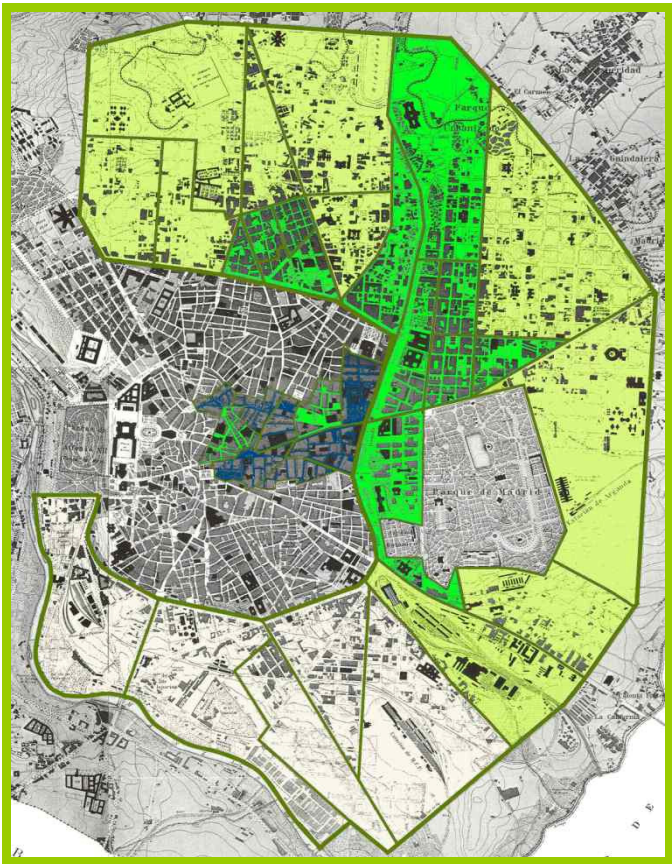


[Ilustración 4.19]

Servicio doméstico (femenino)	
Muy alto	+ 30%
Alto	20 – 30%
Moderado	10 – 20%
Bajo	0 – 10%

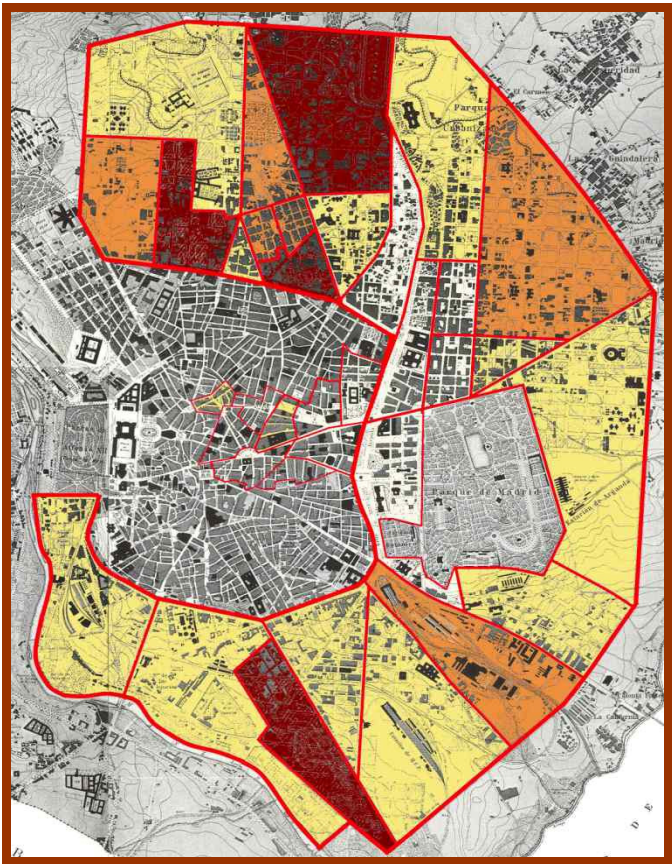


El Mapa de los oficios (II). Empleados y trabajadores cualificados (1905)



[Ilustración 4.20]

Empleados	
Muy alto	+ 24%
Alto	16 – 24%
Moderado	8 – 16%
Bajo	0 – 8%



[Ilustración 4.21]

Trabajadores cualificados	
Muy alto	+ 18%
Alto	12 – 18%
Moderado	6 – 12%
Bajo	0 – 6%

En todo caso, el grupo de los empleados estaba más expandido que las élites profesionales (ilustración 4.20). Su presencia era moderada incluso en un barrio del sur, como Pacífico, donde se concentraban los establecimientos ferroviarios, numerosos almacenes y diversas fábricas. Su nivel social era muy heterogéneo y dependía del salario recibido. Tan empleados eran los barrenderos o los conserjes de una empresa, cuyo sueldo era el bajo del escalafón, como los oficinistas, empleados de banca, guardias de seguridad y maestros, todos de sueldos medios, o los altos empleados de la Administración, inspectores y jefes de sección, directores generales de las compañías y otros cargos directivos, los cuales se situaban en la cima salarial de los empleados. Su diversidad interna explicaba su mayor expansión por zonas desconocidas para los profesionales liberales.

Los trabajadores cualificados no mostraban una segregación tan acusada como el resto de grupos (ilustración 4.21). La pervivencia de una tupida red de pequeños talleres y obrajes por toda la ciudad incidía en su relativa dispersión espacial, salvo en la zona del centro y los barrios más caros de la Castellana. Allí los talleres habían desaparecido prácticamente debido a la especialización en los servicios y eran las afueras del norte y las del sur donde estos trabajadores eran más visibles. Pero en ningún caso formaban una zona continua, un territorio privado al estilo de las clases altas.

Los empleados y los trabajadores cualificados se erigían en una especie argamasa para el resto de la sociedad. La situación de un escribiente era más holgada que la de un peón albañil o la de un jornalero, pero su hábitat era idéntico al compartir los cuartos o pasillos de una casa de vecindad en un barrio humilde. Corralas donde el vecino más ilustre podía ser un maestro, un oficinista de Correos o un funcionario de baja categoría del Ministerio de Hacienda, pero no un magistrado superior o un embajador. Ese mismo empleado podía tener en Correos un compañero que viviera en una zona más acomodada y de alquileres más elevados, pero donde ya no sería el principal inquilino, sino que habría cedido el testigo a un abogado, un ingeniero de la compañía ferroviaria M.Z.A. o un jefe de administración de Telégrafos. Quizá el modesto empleado de Correos también pudiera encontrar en los bajos, o en las buhardillas, la figura de algún trabajador con una buena paga diaria, como un mecánico especializado. Donde ya no podía llegar el modesto empleado era a los prohibitivos alquileres de calles como Serrano, Fortuny o Alcalá, donde sólo los más altos empleados (directores de compañías, de bancos o altos funcionarios) podían hacerse un hueco para codearse con grandes propietarios, nobles, senadores, comerciantes y militares de elevada graduación, cuyo principal contacto con las clases más bajas les llegaba a través de sus cuadrillas de sirvientes y criados.

Empleados y trabajadores cualificados que actuaban como miles de puentes tendidos entre la *ciudad del copete* y los barrios jornaleros. El mundo de los trabajadores no cualificados era el reverso al oropel de la Castellana. Su presencia en el conjunto de la ciudad era infinitamente superior a los representantes de las profesiones liberales. Por ello, aparecían en más barrios y



en mayor número, pero también mostraban una segregación espacial muy acusada (ilustración 4.22). Los jornaleros se apiñaban en los barrios más baratos, degradados y alejados de la ciudad: Gasómetro, Imperial, Delicias, Santa M<sup>a</sup> de la Cabeza y Lozoya se situaban a la cabeza, inundados por trabajadores que carecían de un puesto de trabajo seguro y ganaban un exiguo jornal, el día que lo hacían. Un escalón por debajo aparecía el resto de barrios que formaban la corona exterior del Ensanche: Balmes, Plaza de Toros, Guzmán el Bueno, Pacífico, Hipódromo, Gutemberg, Vallehermoso y las Mercedes.

En la medida de lo posible, los jornaleros procuraban evitar los barrios más caros de la misma forma que la élite profesional evitaba los barrios más baratos. Las distancias entre ambos grupos se comprueban si tenemos en cuenta que sólo el 2,6% de profesionales liberales vivía en alguno de los “barrios jornaleros” (coloreados de negro), mientras que el 4,6% del total de jornaleros del Ensanche tenía su techo en los “barrios de la élite” (coloreados de azul oscuro) que componían la *ciudad del copete*. Dos grupos que procedían de mundos sociales totalmente opuestos, que se movían por diferentes ámbitos de ocio y trabajo, que mantenían contactos y relaciones sociales dispares, cuyas aspiraciones vitales compartidas se limitaban a intentar ser felices y todo ello lo plasmaban en el espacio, polarizado y marcado por una indeleble huella antagónica.

El proceso de segregación madrileño fue similar al de otras grandes ciudades europeas<sup>78</sup> y provocó un reordenamiento de la población y la creación de fronteras entre las familias de los barrios más acomodados y las familias más pobres y desfavorecidas, empujadas a los márgenes de la ciudad, a los nuevos barrios del Sur, sobre los que se vertieron toda clase de miedos y temores. La secular desconfianza hacia el pobre se transformó en pánico social ante las noticias y relatos que se contaban sobre aquellas gentes, sobre aquellos barrios pobres y jornaleros que aparecían como peligrosos e inseguros para cualquier ciudadano.

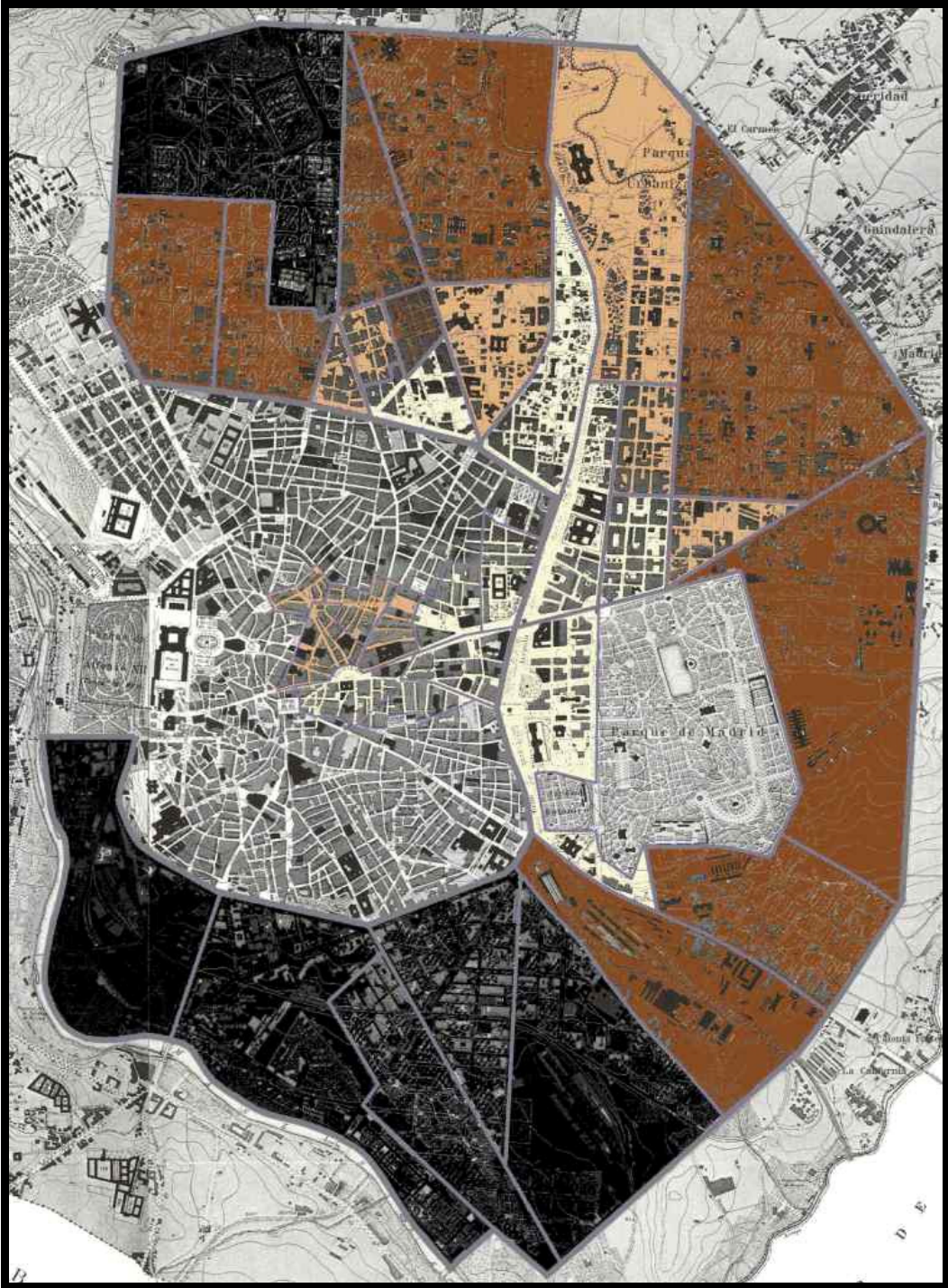
*“Sólo a largo trecho se destacaba una huerta con su noria; a lo lejos, en las colinas que cerraban el horizonte, se levantaban barriadas confusas y casas esparcidas. Era un paraje intranquilizador; por detrás de las lomas salían vagos de mal aspecto en grupos de tres y cuatro.”*

Pío Baroja, *Mala hierba*, 1905

---

<sup>78</sup> Mc MANUS, Ruth y ETHINGTON, Philip J.: “Suburbs in transition: new approaches to suburban history” en *Urban History*, nº 34 (2007), pp. 317-337; DYOS, Harold James: *Victorian suburb: a study of the growth of Camberwell*, Leicester Press, Leicester, 1961; BASS WARNER, Sam: *Streetcar suburbs. The process of growth in Boston (1870-1900)*, Harvard University Press, Massachusetts, 1962; JAQUEMET, Gérard: *Belleville au XIXe siècle : du faubourg à la ville*, éditions l'EHESS, París, 1984.

**El Mapa de los oficios (III). Trabajadores no cualificados (1905)**



Trabajadores no cualificados			
Muy alto	Alto	Moderado	Bajo
+ 54 %	36 – 54 %	18 – 36 %	0 – 18 %

[Ilustración 4.22]

### 4.3.2 Los barrios del miedo

*Hay calles de mala compañía donde no querríais residir...calles asesinas...*

Honoré de Balzac, *Ferragus, chef des Dévorants*, 1833.

*“Vamos a delinear un cuadro de costumbres sombrío y repugnante a la vez, llamando sobre él la atención de la autoridad, cuyo primer deber es el de cortar abusos y desarraigar vicios que tienden a mantener vivos en el corazón los malos instintos nacidos de la holganza y desarrollados por la miseria.”*<sup>79</sup> De esta guisa se presentaban a los lectores madrileños las afueras del sur ante la inminencia de su inclusión en la ciudad. Las palabras “vagancia”, “miseria” y “vicio” ya aparecían como el triunvirato que explicaba, en opinión del periodista, la causa de todos los males, las razones que *inevitablemente* habrían de conducir al delito.

Junto a los detallados cuadros sobre las pésimas condiciones materiales de los terrenos y de las casas, se difundieron desde el primer momento relatos e imágenes que sembraban el temor respecto a los nuevos barrios del sur y sus gentes. Las noticias breves en diarios de amplia tirada, como la *Correspondencia de España*, la *Iberia* o *El Imparcial*, y en otros de sesgo más sensacionalista, como *El Clamor Público*, actuaron como un sirimiri que poco a poco fue calando en el imaginario popular. Noticias con palabras cargadas de sonoridad negativa, como *sombrío y repugnante*, que eran completadas con reportajes especiales ante acontecimientos más sonados de lo habitual, o a petición de una persona anónima, preocupada por “*hacer un servicio a la moral*”, como se deslizaba en el relato sobre los hampones de Madrid, “*interesado en que desaparezcan esas escenas que tienen lugar todas las noches a las puertas de Madrid.*”<sup>79</sup>

Para trazar el cuadro completo, el periodista comenzaba por señalar las deplorables condiciones materiales de la zona (*hay en el barrio de Embajadores, lindando casi con el camino de las Yeserías, media docena de casas construidas a la malicia, de un aspecto repugnante, circunvalados por los diferentes arroyuelos que forman las pestilentes aguas*), lo cual era la primera señal para el lector de hallarse en “otro mundo”, *a gran distancia de la Corte, en un pantano fétido, habitado únicamente por reptiles o por moros desarrapados y salvajes*. Un mundo de oscuridad (*Las casas a que nos referimos no tienen en sus fachadas otro revoque que el que produce el humo de la turba,*<sup>80</sup> *el cual hace que estén ennegrecidas formando una perfecta armonía con sus habitaciones*

<sup>79</sup> Fuente: “Los hampones de Madrid” en *La Iberia*, 26 de abril de 1860.

<sup>80</sup> Según la propia definición del periodista, “*especie de ladrillo de basura, cuya mezcla se hace con el agua fangosa de la alcantarilla del Gas, por el alquitrán que arrastra*”. Según la definición de la RAE, “*combustible fósil formado por residuos vegetales acumulados en sitios pantanosos de color pardo oscuro, aspecto terroso y poco peso, y que al arder produce humo denso*”.

*reducidas y barnizadas del sucio color de sus fachadas) donde tienen lugar todo tipo de depravaciones morales. “En estas casas, sobre cuya puerta se lee el rótulo «despacho de vino», consentidas por las autoridades de Madrid para posadas nocturnas, los habituales huéspedes que las frecuentan son mendigos, tiradoras,<sup>81</sup> randas<sup>82</sup> y gitanos. Es por lo común costumbre entre esta gente, al tiempo de acercarse a tomar el vino, el pago del alquiler de los niños pequeños que han empleado en las calles y parajes públicos haciéndoles llorar. Una vez practicados estos vergonzosos contratos, se mezclan y confunden sin distinción de sexo ni edades, improvisando sus matrimonios con las desgraciadas compañeras que les tocan en suerte, o que se encuentran a su lado.”<sup>83</sup>*

Este discurso periodístico establecía categóricamente una geografía de la moralidad, una cartografía urbana con zonas “de moralidad irreproachable” y otras donde el vicio campaba por doquier. *“Viviendo y durmiendo en la promiscuidad, es maravilla que el adulterio y el incesto no sean más frecuentes de lo que son, con serlo mucho más de lo que se cree generalmente. Y duermen en la misma cama como comen en la misma mesa; hasta que una noche, el hombre, despertado en el orgasmo y en estado de semi-inconsciencia, se halla entre los brazos de su hija, de su hermana o de la mujer más próxima, sin sombra de matrimonio, o mezclados con amores homosexuales”.*<sup>84</sup> Era la construcción elitista de un submundo delictivo, con una cultura separada y compartida por los que vivían fuera de los límites de lo legal y respetable.<sup>85</sup> Un discurso, repetido en otras grandes ciudades,<sup>86</sup> que definía a los “bajos fondos” y los situaba en el espacio, para que nadie albergara la más mínima duda al respecto. Cada vez con mayor frecuencia se señalará a las calles del Ensanche Sur como “las calles

---

<sup>81</sup> Según la definición del periodista, *aquellas que, por medio de un anzuelo suspendido del corsé, enganchan piezas de tela en los mostradores de las tiendas cuando se acercan, so pretexto de comprar alguna cosa. Para efectuar el robo, se alzan la falda del vestido y, cuando han echado el gancho al objeto, la dejan caer verificándose el escamoteo.*

<sup>82</sup> Según la definición de la RAE, *coloquialmente ratero dedicado a robos de poca consideración.*

<sup>83</sup> Fuente: “Los hampones de Madrid” en *La Iberia*, 26 de abril de 1860.

<sup>84</sup> BERNALDO DE QUIRÓS, Constancio y LLANAS AGUILANIEDO, José María: *La mala vida en Madrid. Estudio psico-sociológico con dibujos y fotografías del natural*, Editor Rodríguez Sierra, Madrid 1901, pp. 121-129.

<sup>85</sup> SHORE, Heather: “«Undiscovered country»: Towards a history of the criminal «underworld»” en *Crimes and Misdemeanours*, nº 1 (2007), pp. 41-68.

<sup>86</sup> KALIFA, Dominique: “Crime scenes: Criminal topography and social imaginary in Nineteenth-Century Paris” en *French, Historical Studies*, nº 27 (2004), pp. 175-194; KALIFA, Dominique: *Crime et culture au XIXe siècle*, Perrin, Paris, 2005; MARRIOTT, John: “Sensation of the Abyss: The urban poor and Modernity”, en NAVA, Mica y O’SHEA, Alan (eds.): *Modern Times: Reflections on a Century of English Modernity*, Routledge, Londres, 1995, pp. 77-100; NEAD, Linda: *Victorian Babylon: People, Streets and Images in Nineteenth-century London*, Yale University Press, New Haven & London, 2000; ROWBOTHAM, Judith y STEVENSON, Kim (eds.): *Criminal Conversations: Victorian Crimes, Social panic, and Moral outrage*, Ohio State University Press, 2005; WALKOWITZ, Judith: *City of Dreadful Delight: Narratives of sexual danger in Late-Victorian London*, The University of Chicago Press, Chicago, 1992; EALHAM, Chris: *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto (1898-1937)*, Alianza Editorial, Madrid, 2005.

malas” de la ciudad, no sólo porque estén en mal estado sus aceras o sus casas, sino porque *son* malas, porque en ellas se cometen crímenes, porque de ellas hay que temer y recelar. “*En las Peñuelas hasta en medio del día se han cometido robos*”, clamaba un diario en 1864.<sup>87</sup> Y para remarcar esas “evidencias”, apuntaban a los “lugares del crimen”, a esos *despachos de vino* sospechosos, a las casas de huéspedes para mendigos donde se producía un revoltijo de sexos de mil diablos.<sup>88</sup>

Los vecinos veían su barrio de una manera distinta. Estaban muy insatisfechos con el estado que presentaban sus calles, pero no las veían *malas por naturaleza* y procuraron lanzar una contracampaña para contrarrestar la negativa imagen que pesaba sobre ellos.<sup>89</sup> Junto a la iniciativa propagandística, reclamaron al Ayuntamiento y al gobernador de Madrid la presencia de “*más agentes del orden*”, no porque su barrio fuera el hogar del crimen madrileño, sino “*para equipararse en trato a otros de la Villa y Corte*”. La ausencia total de una autoridad infundía una intranquilidad natural entre gentes que estaban más expuestas por vivir en zonas poco pobladas y a las afueras de la ciudad. En 1862 la comisión de vecinos de las Peñuelas se quejaba de la “*escasez de parejas de la guardia urbana*” y, al mismo tiempo, “*solicitaban el competente número de serenos y un centenar de faroles de aceite.*”<sup>90</sup> Las reuniones se sucedieron hasta que en 1865 lograron que el gobernador de Madrid dispusiera “*la creación de dos subinspecciones de vigilancia, denominadas de Chamberí y de Las Peñuelas, destinando a estas oficinas el personal suficiente del ramo, tanto para la conservación del orden, cuanto para la comodidad de los vecinos.*”<sup>91</sup>

Los delitos que con mayor frecuencia recogía la prensa eran, en primer lugar, las peleas y reyertas entre hombres generalmente jóvenes. Eran trifulcas que se dirimían con armas blancas, como navajas o cuchillas de zapatero, y ocasionalmente con disparos de pistolas. La mayoría terminaban con la muerte de uno de los implicados y el arresto de su agresor, debido a que se producían en mitad de la calle, a la puerta de tabernas o de algún negocio, con la presencia de testigos. El segundo de los delitos que con mayor frecuencia aparecía en la prensa de la época era el asesinato de mujeres a cargo de sus maridos. Este tipo de sucesos recibía una menor atención y publicidad por parte de los medios, sus noticias ocupaban menos espacio tipográfico y se trataban de forma poco profesional, como restando importancia al hecho en sí (“*un valentón en el puente de Toledo dijo cuatro flores, no sabemos en qué estilo, a una mujer y porque esta le contestó en tono un poco agrio, la emprendió a palos con ella. Es un modo de*

<sup>87</sup> Fuente: *El Clamor público*, 29 de Julio de 1864.

<sup>88</sup> Para conocer un proceso de similares características, ver SHORE, Heather: “Mean streets: Criminality, immorality and the street in early nineteenth-century London” en HITCHCOCK, Tim y SHORE, Heather: *The streets of London. From the Great Fire to the great stink*, Rivers Oram Press, London, 2003, pp. 151-164.

<sup>89</sup> Fuente: *La Iberia*, 6 de octubre de 1865.

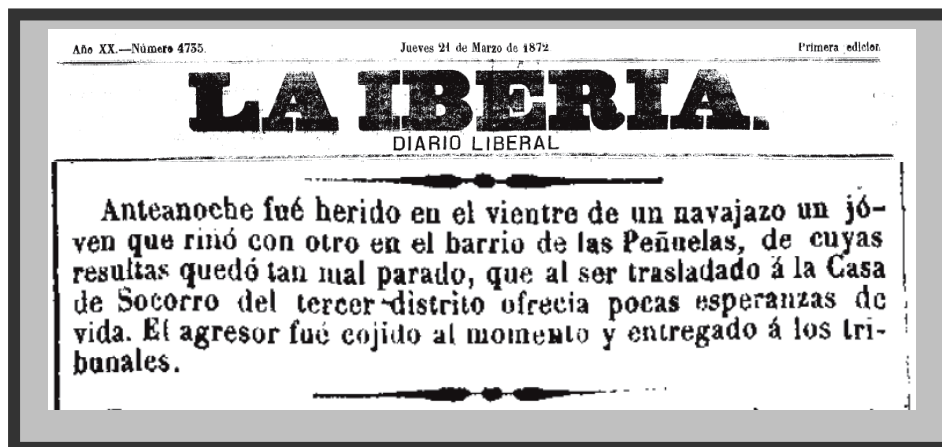
<sup>90</sup> Fuente: *La Iberia*, 6 de junio de 1862 y *La Esperanza*, 11 de julio de 1862.

<sup>91</sup> Fuente: *El Contemporáneo*, 2 de septiembre de 1865.



*enamorar un poco brutal*”).<sup>92</sup> Los motivos que se exponían con mayor frecuencia eran los celos del hombre por haber visto a su mujer *hablando con otro* y el caso solía terminar con la mujer muerta o en el hospital y el marido detenido por la guardia urbana.

#### Ejemplo de un delito aparecido en la prensa



[Ilustración 4.23. Fuente: *La Iberia. Diario liberal*, 21 de marzo de 1872.]

El tercero de los delitos más seguidos tenía como protagonistas a los más jóvenes, niños y adolescentes que ejercían una violencia gratuita, indiscriminada, a través de bandas y pandillas descontroladas, que simbolizaban el tribalismo de las barriadas marginales.<sup>93</sup> Generalmente eran luchas por el control del territorio entre grupos de barrios enfrentados, como el Puente de Toledo y las Peñuelas, que empezaban con piedras y palos y podían terminar con reyertas de armas blancas o incluso de fuego. En ocasiones la policía efectuaba redadas como la de 1869, que capturó a “70 muchachos de los que promueven las pedreas en el barrio de las Peñuelas”, a los que se impuso “una multa de cinco duros para salir de presos.”<sup>94</sup> Este vandalismo se perpetuó en el tiempo y aparecía de forma intermitente (“las pedreas horribles que hay todas las tardes en el barrio de las Peñuelas. En la del último domingo, el encarnizamiento fue tal, que concluyó a tiros y produjo algunas víctimas”<sup>95</sup>), hasta traspasar el umbral de la prensa y llegar a la literatura, inmortalizado por maestros como Galdós o Baroja.

<sup>92</sup> Fuente: *La Esperanza*, 29 de abril de 1863.

<sup>93</sup> Para ver una investigación en profundidad sobre la delincuencia juvenil, ver SHORE, Heather: *Artful Dodgers: Youth and crime in Early Nineteenth-Century London*, Boydell Press, Londres, 1999; SHORE, Heather: “Cross coves, buzzers and general sorts of prigs. Juvenile crime and the criminal «Underworld» in the Early Nineteenth Century” en *British Journal of Criminology*, nº 39 (1999), pp. 10-24.

<sup>94</sup> Fuente: *El Imparcial*, 6 de noviembre de 1869.

<sup>95</sup> Fuente: *La Iberia*, 6 de enero de 1874.

*“- Vamos con los Piratas, que nos estarán esperando –dijo Vidal-. Nos llaman los Piratas de una pedrea que tuvimos. Unos chicos del paseo de las Acacias se habían formado con palos y llevaban una bandera española, y entonces, yo, el Bizco y otros tres o cuatro, empezamos con ellos a pedradas y les hicimos escapar. (...) Y al día siguiente yo cogí un delantal oscuro de mi padre y lo até en un palo y fuimos detrás de los que llevaban la bandera española y...”*

Pío Baroja, *La lucha por la vida I. La busca*, 1904.

La mayoría respondían a la figura del *golfo* madrileño, cuyos perfiles fueron trazados por escritores como Baroja y sociólogos criminalistas como Bernaldo de Quirós y Llanas Aguilaniedo.<sup>96</sup> Niños entre la infancia y la juventud, que deambulaban por las afueras de la ciudad sin oficio ni beneficio, aparentemente sin familia o alejados de ella, y *“viven rotos y sucios, como el hombre primitivo. Sin casa fija, se recogen en los «hoteles del hampa»,<sup>97</sup> en paradores y casas de dormir. Otros acuden a los refugios y asilos de noche, y los que llegan tarde se quedan en los tejares, en los montones de escombros caldeados por estiércoles, en cavernas, como verdaderos trogloditas, o bien dentro de la ciudad, en los ángulos de solares abandonados, en los pórticos y en los quicios de las puertas...”*<sup>96</sup>

Este cuadro delictivo creaba un ambiente propicio al pánico social ante la propalación del más mínimo rumor. En 1870 se produjo la desaparición de una niña pequeña, hija de una familia de sombrereros de la calle Gorguera (actual Núñez de Arce), junto a la Puerta del Sol.<sup>98</sup> Al día siguiente de publicarse la noticia, se desató un gran alboroto en el barrio de las Peñuelas, donde un hombre fue arrastrado *“tumultuosamente por mujeres vociferantes y hombres a la alcaldía del distrito de la calle de Embajadores”*, acusado de intentar secuestrar a una niña de diez años, *“con el engaño de un duro para encaminarla a la alcantarilla del basurero.”* En poco tiempo se formó una multitud en torno a la alcaldía, donde *“se hacían mil comentarios y se decía que habían desaparecido en poco tiempo 23 niñas y que los raptos son franceses, y el público los pedía irritado para arrastrarlos.”* La sensibilidad estaba a flor de piel y aparecían arcaicos demonios, como los *franceses* de los tiempos de la ocupación napoleónica. Los rumores corrieron como la pólvora, *“en mi familia ha ocurrido algo parecido...”* y algunos periódicos deslizaban comentarios sobre la *“existencia de personas que, si no por medio del robo y de la violencia, al menos con engaños tienen acechadas a las niñas para entregarlas a la prostitución.”*<sup>99</sup> Ante el cariz que tomaba la situación, las autoridades se vieron obligadas a tomar cartas en el asunto para cortar la avalancha de *“delaciones falsas a nombres*

<sup>96</sup> BERNALDO DE QUIRÓS, Constancio y LLANAS AGUILANIEDO, José María: *La mala vida en Madrid. Estudio psico-sociológico con dibujos y fotografías del natural*, Editor Rodríguez Sierra, Madrid 1901.

<sup>97</sup> MARSILLACH, A.: *Los hoteles del hampa*, El Diluvio, Barcelona, 1899.

<sup>98</sup> Fuente: *El Imparcial*, 28 de mayo de 1870.

<sup>99</sup> Fuente: *La Época*, 29 de mayo de 1870.

*supuestos y domicilios figurados” y para “pedir calma a la población por lo incierto de todo lo publicado.”*<sup>100</sup>

En 24 horas se puso a las Peñuelas en el ojo del huracán por un rumor, cuando lo único cierto de todo lo que se publicó había ocurrido en el centro de la capital, a un paso de la Puerta del Sol. Se había creado un caldo de cultivo para sospechar inmediatamente del barrio, para conjeturar que allí se cometían graves delitos o se iban a cometer. Tantas pedradas y navajazos lanzados a la opinión pública tenían sus consecuencias. Aún más impacto causaban las noticias sensacionalistas y morbosas sobre algunos crímenes, como el *“horror del paseo de las Acacias, en el barrio de las Peñuelas. Se ha hallado el cadáver de una niña de unos 11 años de edad, desnuda enteramente con la ropa echada por encima del cadáver, tapada la boca con un hueso grande y con todas las señales de haberse atentado contra su honor, perpetrándose luego quizá el asesinato de la infeliz niña.”*<sup>101</sup> O el *“horrible crimen de la calle Ercilla”*, en el que se recreó, de forma truculenta, el degüello de un hombre por el marido de su amante, con la que había tenido un hijo, a plena luz del día y la posterior fuga del sospechoso, un ex convicto que había salido de la cárcel de Alcalá de Henares pocos días antes.<sup>102</sup>

Se presentaba a los barrios del sur como la reencarnación del Mal,<sup>103</sup> el lugar del crimen depravado y de la fechoría diaria. Un lugar donde se podía barruntar una amenaza desconocida, pero latente. Un submundo peligroso dibujado al detalle en términos de oscuridad, donde la palabra *“negro”* era la más usada para recrear la atmósfera de sus gentes y de sus calles.

*“La ronda estaba silenciosa, con un reguero negro en medio, dejado por los carros. A lo lejos, entre la niebla, blanqueaba el paisaje de los alrededores, las lomas redondas de curva suave, las casas y los cementerios del campo de San Isidro. Todo se destacaba más negro y en el ambiente blanquecino, el humo negro espirado por las chimeneas de las fábricas se extendía por el aire como una amenaza.”*

Pío Baroja, *La lucha por la vida I. La busca*, 1904.

---

<sup>100</sup> Fuente: *La Discusión*, 31 de mayo de 1870.

<sup>101</sup> Fuente: *La Época*, 4 de octubre de 1865.

<sup>102</sup> Fuente: *La Iberia*, 1 de junio de 1884.

<sup>103</sup> El nacimiento del asesinato como un fenómeno de masas y la identificación de un espacio urbano con el crimen en el Londres victoriano ha sido analizado en FLANDERS, Judith: *The invention of murder: How the Victorians revelled in death and detection and created modern crime*, Harper Collins, London, 2011.





[Ilustración 4.24. Vista de la barriada de las Injurias, c. 1906.]

Los barrios del sur se convirtieron en el *Madrid negro*: “*Por encima de los altos y hondonadas del barrio del Pacífico, el disco rojo enorme del sol brotaba de la tierra y ascendía lento y majestuoso por detrás de unas casuchas negras*”. Un lugar donde la vida adquiría los tintes más oscuros, donde la civilización se había deformado repulsivamente para la mayoría, donde “*todo se veía negro, cenagoso, desierto; sólo algunos perros vagabundos, famélicos, llenos de barro, husmeaban en los montones de basura. (...) En los días de lluvia, la hondonada era un pantano negro y repugnante.*”<sup>104</sup>

Una ciudad negra que también era vista con otros ojos: “*No le daban aquellas barriadas miserables la impresión de tristeza sombría y adusta que produce al que no está acostumbrado a vivir en ellas; al revés, se le antojaban llenas de atractivos*”. La ciudad negra, la ciudad del submundo urbano, la ciudad donde los marginados podían sentirse seguros y cómodos porque aquél era su mundo. “*Toda aquella tierra negra daba a Manuel una impresión de fealdad, pero al mismo tiempo de algo tranquilizador, abrigado; le parecía un medio propio para él. Aquella tierra, formada por el aluvión diario de los vertederos; aquella tierra, árida y negra, constituida por detritus de la civilización, por trozos de cal y de mortero y escorias de fábricas, por todo lo arrojado del pueblo como inservible, le parecía a Manuel un lugar a propósito para él, residuo también desechado de la vida urbana.*”<sup>104</sup> Eran los mismos barrios los que despertaban el miedo en unos y la seguridad en otros, los que desataban terrores irracionales por la propagación de rumores infundados o cálidas sensaciones de abrigo y protección para personas desamparadas. Unos barrios que llegaron a adquirir un extraño poder de atracción, una fascinación maldita, propia de todo

<sup>104</sup> BAROJA, Pío: *La lucha por la vida I. La busca*, Madrid, 1904.

aquello que está en desacuerdo con el sistema social dominante<sup>105</sup> y que inducía a incursiones e investigaciones sobre el terreno para descubrir otra forma de vida y, quizá, experimentar sensaciones y tabúes de la sociedad.<sup>106</sup>

“- Iremos a la taberna de la Blasa.  
- ¿Va por ahí gente del bronce?  
- Claro que va, de lo más granado.  
(...) Manuel habló con Roberto.  
- Allí estaré yo con una prima mía. Es una mujer original, una pintora. Tiene gana de ver algo de la vida de estos pobres barrios. (...)  
- Pues cuando ustedes quieran –contestó Leandro-. Eso sí, les advierto a ustedes que hay mala gente por allá.  
- ¡Oh, yo voy prevenida! –dijo la dama con ligero acento extranjero, mostrando un revólver de pequeño calibre.”

Pío Baroja, *La busca*, 1904.

Era la fascinación por lo misterioso y desconocido, por una zona que encerraba otros peligros de muerte para los que se aventuraban por sus calles.

#### 4.3.3 Solidaridad y asistencia social en los barrios de la muerte

“Tanto se ha dicho y repetido que Madrid es la ciudad de la muerte, que decirlo una vez más parece una vulgaridad.”<sup>107</sup> Los propios contemporáneos eran conscientes de las elevadas tasas de mortalidad que presentaba la ciudad, sobre todo entre los niños menores de cinco años. Fallecían más personas de las que nacían, por eso eran tan necesarios los inmigrantes en el crecimiento de la ciudad.<sup>108</sup> Además, Madrid presentó durante todo el siglo XIX un mapa de la muerte desigual, en el cual los distritos pobres de Inclusa, Hospital, Latina<sup>109</sup> y Universidad sufrían las mayores tasas de mortandad. Una situación que se hacía

---

<sup>105</sup> DOUGLAS, Mary: *Purity and danger: An analysis of the concept of pollution and taboo*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1966 (reedición de 2006).

<sup>106</sup> Los propios escritores de las novelas empleadas en el análisis, como Baroja, Galdós o Blasco Ibáñez, ejemplifican a la perfección el atractivo que despertaban estas zonas marginales entre intelectuales y pensadores de la época, con sus recorridos e incursiones para documentarse debidamente para sus obras.

<sup>107</sup> REVENGA, Ricardo: *La muerte en Madrid*, Imprenta de Enrique Teodoro y Alonso, Madrid, 1901.

<sup>108</sup> FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Comunidad de Madrid-Alfoz, Madrid, 1989, Vol. I, pp. 29-76.

<sup>109</sup> Eran los tres distritos a los que pertenecían administrativamente los terrenos del Ensanche Sur.

más flagrante cuando se desataba una epidemia y la enfermedad se cebaba con el vecindario con menos recursos y peores condiciones de habitabilidad e higiene.

El cólera fue la peste de los pobres del XIX que golpeó a Madrid en varias ocasiones.<sup>110</sup> Sus ataques provocaban una crisis sanitaria y social global, en la cual se destapaban no sólo el deplorable estado de las viviendas de los infectados o su deficiente alimentación, sino también la capacidad de la sociedad para hacer frente a esos embates, su competencia a la hora de prevenir y organizarse rápidamente, la naturaleza y eficacia de las soluciones adoptadas, quiénes intervenían en ellas y si se elaboraban planes de actuación a medio y largo plazo para evitar que se repitiera la misma tragedia en el futuro.

El 15 de agosto de 1865, diez años después del último embate, el cólera volvió a llamar a las puertas de Madrid. Esa es la fecha que se cita como oficial, pero en realidad debió llegar antes, pues ese mismo día tuvo lugar una reunión de la Comisión permanente de socorros del distrito de la Inclusa para componer la subjuntas de barrios “*y dar cuenta de las catorce personas socorridas entre los atacados de la enfermedad*”, entre las que se hallaba Cándida Elías, una mujer que vivía en la calle Martín de Vargas, nº 4, y a la cual se le entregaron 30 reales “*para atender a su marido postrado*”.<sup>111</sup> En la reunión “*se acordó el nombramiento de una Junta permanente, investida de amplias facultades, para que entienda en la parte directiva de los trabajos*”, entre cuyos miembros destacaban Camilo Laorga y Rafael Urosa, que por aquel entonces estaban coordinando las acciones de los vecinos de las Peñuelas para lograr la supervivencia del arrabal a los planes de Castro y que el Ayuntamiento efectuara las mejoras necesarias en las calles. Ese mismo día, la Junta decidió agregar a otros señores que habían solicitado colaborar en sus actividades, como el aparejador y propietario Luis Pané o el oficial de carpintero José Cantos, y celebrar sesiones diarias para coordinar sus acciones en los barrios. Por tanto, las autoridades municipales decidieron utilizar el sistema de beneficencia como primera herramienta para combatir al cólera y ésta fue la primera vez, de la que se tiene constancia, en que se sentaron las bases de una asistencia benéfica, particular y organizada, para los barrios de las afueras del sur.

La Ley general de Beneficencia de 1849 y su reglamento de 1852 reguló la transición del sistema de beneficencia español desde los hábitos del Antiguo Régimen al nuevo orden liberal establecido.<sup>112</sup> A partir de ese momento, el

<sup>110</sup> FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*, Vicens Vives, Barcelona, 1985.

<sup>111</sup> Fuente: *La Iberia*, 15 de agosto de 1865.

<sup>112</sup> ESTEBAN DE VEGA, Mariano: “La asistencia liberal española: beneficencia pública y previsión particular” en *Historia social*, nº 13 (1992), pp. 123-138; CARASA SOTO, Pedro: *Pauperismo y revolución burguesa. Burgos, 1750-1900*, Universidad-Secretariado de Publicaciones, Valladolid, 1987; CARASA SOTO, Pedro: “Lo privado y lo público en el sistema asistencial: el triángulo Iglesia-Ayuntamiento-Estado en la beneficencia española” en ABREU, Laurinda (coord.): *Asistencia y caridad como estrategias de intervención social: Iglesia, Estado y Comunidad (siglos XV-XX)*, UPV, Bilbao, 2007, pp. 141-172; MAZA

Estado, a través de los ayuntamientos, de las diputaciones provinciales y del gobierno central, pasaba a ocuparse de la asistencia a enfermos incurables y de larga duración, así como de la pobreza cotidiana y la enfermedad puntual, tareas que habían estado en manos de la Iglesia hasta entonces. Aunque a nivel de España su funcionamiento fue raquítico debido a la falta de recursos económicos, en Madrid tuvo una mejor aplicación debido a su condición de capital y sede de la Corte. En la década de los 50 ya funcionaba un sistema de asistencia a la pobreza basado en el modelo que instauró Fernando VII, con un puesto de médico y cirujano por barrio para visitar a los pobres cuando enfermaban y asistirlos gratuitamente.<sup>113</sup> En 1855 el Ayuntamiento aprobó un reglamento de hospitalidad domiciliaria, que dividió a la ciudad en cuatro distritos de beneficencia, subdivididos en parroquias para la asistencia a los enfermos. Al frente de ellas se situaba una Junta Parroquial de Beneficencia, formada por los vecinos más ilustres del barrio, que coordinaba la recaudación del dinero, de los medicamentos y de los bonos de comida a repartir entre los enfermos de familia pobre.<sup>114</sup>

Los arrabales exteriores de Peñuelas y Yaserías no contaron con una Junta de Beneficencia propia, como sí ocurrió con Chamberí,<sup>115</sup> por carecer de una parroquia en sus cercanías y estimar el Municipio que para su escaso caserío serían suficientes las de San Lorenzo y San Millán, las dos grandes parroquias del casco antiguo más próximas a las rondas del sur. Precisamente una de las zonas que iba a ser señaladas como de las más pobres y miserables de la ciudad en los siguientes años quedaba descolgada del reparto asistencial. No fue hasta el estallido virulento de una enfermedad mortal y contagiosa cuando las autoridades cayeron en la cuenta de que existían esos barrios y que necesitaban ayuda, quizá los que más.

El 30 de septiembre de 1865 el Ayuntamiento aprobó el establecimiento de tres casas de socorro en las afueras (una en las Peñuelas, otra en el Puente de Segovia y otra en Chamberí)<sup>116</sup> a propuesta del teniente de Alcalde, señor Abascal, el cual había llamado la atención “*sobre el número de niños que faltos de calzado y mal vestidos vagan en el barrio de las Peñuelas, percibiendo los efectos de la humedad.*” El día 9 de octubre, el mes más virulento con miles de

---

ZORRILLA, Elena: *Pobreza y beneficencia en la España contemporánea (1808-1936)*, Ariel, Barcelona, 1999.

<sup>113</sup> SOUBEYROUX, Jacques: “El encuentro del pobre y la sociedad: asistencia y represión en el Madrid del siglo XVIII” en *Estudios de historia social*, nº 20-21, (1982), pp. 7-225; VIDAL GALACHE, Benicia y VIDAL GALACHE, Florentina: *Enfermedad y pobreza en el Madrid del siglo XVIII*, UNED, Madrid, 2006.

<sup>114</sup> SÁNCHEZ RUBIO, Eduardo: *Historia de la Beneficencia Municipal de Madrid y medios para mejorarla*, Imprenta a cargo de Ramón Berenguillo, Madrid, 1869.

<sup>115</sup> Para un análisis detallado del funcionamiento de esta parroquia, ver PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2009, capítulo 5.

<sup>116</sup> Fuente: *La España*, 30 de septiembre de 1865.

infectados, se proveyó de botiquín y personal a las dos sucursales del sur<sup>117</sup> y cuatro días después quedó constituida la Junta de Socorros del Barrio de las Peñuelas, *por desgracia es uno de los más castigados y de peores condiciones higiénicas*, dirigida por algunos vecinos ilustres, como Camilo Laorga, Juan Labourdette, Luis Pané, el médico y cirujano Silvestre Viñas o Pedro Rovira, pintor y propietario. “*Acto seguido, se abrió una suscripción para proporcionar fondos, entregando cada uno de los presentes diferentes cantidades, y salieron a realizar personalmente la cuestación por todas las casas del distrito para proporcionar fondos, ropa, efectos y comestibles, así como medicamentos convenientes a los invadidos... La Junta, sin perjuicio de la suscripción abierta, acude a los caritativos sentimientos del vecindario de esta Corte en demanda de socorro.*”<sup>118</sup>

De esa forma, se desató una *epidemia* de caridad y solidaridad para combatir a la epidemia mortífera. Familias como la de Mateo González, jornalero de las Cambronerías o Cecilio Hernández, peón de albañil de la calle Ercilla, recibieron mantas, comida y medicamentos durante sus convalecencias, o dinero en metálico, como en los casos de José Palomano, jornalero de la Plaza de las Peñuelas, Esteban López, un hombre sin trabajo que vivía en Martín de Vargas, o María García, una sirvienta de la calle Labrador, soltera y emparejada con un relojero. Cuando finalizó la epidemia, las Peñuelas había sido uno de los puntos más castigados como foco difusor de la enfermedad.<sup>119</sup> A pesar de todas las penalidades sufridas, los vecinos de las Peñuelas habían experimentado los beneficios que había proporcionado la Junta de Socorros, en forma de mantas, alimentos, medicamentos y dineros. Por ello deseaban que la institución no desapareciera una vez resuelta la alarma para la que había sido creada y así lo solicitaron al Ayuntamiento el 5 de diciembre de 1865, propuesta que fue aceptada por la Junta municipal de Sanidad.<sup>120</sup>

Una vez que se habían dejado atrás los horrores de la enfermedad, tocaba comprobar hasta qué punto las autoridades iban a corregir el deplorable estado de muchas zonas por la existencia en superficie de aguas residuales y pozos negros, si arreglarían las calles de los barrios más degradados o si pervivían aquellas viviendas que habían sido el germen del contagio por sus pésimas condiciones de salubridad, por su falta de espacio y de luz. Poco o nada corrigieron, a pesar de los inútiles esfuerzos de médicos e higienistas<sup>121</sup> por señalar los problemas,

<sup>117</sup> Fuente: *La Época*, 9 de octubre de 1865.

<sup>118</sup> Fuente: *La Iberia*, 13 de octubre de 1865.

<sup>119</sup> Registró aproximadamente el 35% de los casos del distrito de la Inclusa, el cual estaba formado por otros nueve barrios. Para ver un detallado estudio sobre la epidemia, con multitud de variables referidas a la edad, sexo, condición y lugar de residencia de los afectados, ver la *Memoria de la Junta Municipal de Beneficencia, con una reseña de los actos de la sanidad de esta Corte, acerca de la epidemia de cólera morbo asiático que sufrió esta capital en el año de 1865*, Oficina Tipográfica de los Asilos de San Bernardino, Madrid, 1866.

<sup>120</sup> Fuente: *La Iberia*, 5 de diciembre de 1865.

<sup>121</sup> SOCIATS, Rafael: *La indigencia en las ciudades y su mejoramiento por la Beneficencia pública*, Imprenta Manuel Azufre, Valencia, 1877; MÉNDEZ ÁLVARO, Francisco: *Resumen de la discusión sobre la mortalidad de Madrid leído en sesión pública el 15 de junio de 1882*,

*“triste es en verdad y lamentable el desacierto con que se ha llevado a cabo la reconstrucción general de Madrid”,*<sup>122</sup> o de noticias admonitorias que recordaban la perpetuación de los mismos males. *“En las inmediaciones de la Puerta de Segovia desagua una cloaca que recorre al descubierto unos 200 m hasta llegar al río. A la derecha de la Puerta de Toledo corre otra que atraviesa unos 400 m también al descubierto. Por las Peñuelas corre otra en las mismas circunstancias. En la Puerta de Atocha, y paralela a la estación del Mediodía, recorre otra un trayecto de 2 km. Detenerse en consideraciones acerca del daño que ocasionan a la salud pública tantas corrientes de aguas inmundas, sería punto menos que ocioso, pero no lo es el que llamemos sobre ello la atención del municipio...”*<sup>123</sup>

Superada la epidemia del 65, también había llegado el momento para comprobar qué iba a quedar de aquella fiebre caritativa por los más necesitados, si se mantendrían los donativos privados, si aparecerían fondos públicos y a qué se destinarían. En cuanto al primer caso, al dinero que brotaba de las manos particulares, la élite de la sociedad que participaba en estas actividades estimó que la mejor ayuda para los pobres de las Peñuelas no consistía en proporcionarles alimentos saludables, ni reformarles las casas donde vivían para hacerles la existencia más agradable, sino en construirles una iglesia y unas escuelas católicas *“que llenasen las necesidades de aquella abandonada localidad.”* No hay que olvidar que se consideraba a toda la zona como un lugar donde la moral se había degenerado por el vicio y el crimen y donde, para más inri, se había descubierto la existencia de una escuela protestante.<sup>124</sup> Aquello ya resultaba de todo punto intolerable para la buena sociedad madrileña, que corrió presta a ponerle remedio.

En 1873 se creó una junta encabezada por las duquesas de Bailén y Ahumada, las condesas de Heredia-Spínola, Guaqui y Fuenrubia, y las marquesas de Valmediano y San Felices, *“para luchar el campo a los enemigos del catolicismo.”* En mayo de ese mismo año se ponía la primera piedra *“ante el señor obispo de la Habana, las señoras de la Asociación católica, los vecinos del barrio, la autoridad local, los niños y niñas de las escuelas católicas, el arquitecto Isidoro Lerena y los operarios que la construyen.”*<sup>125</sup> Las escuelas abrieron en 1875 bajo la dirección de la Asociación católica y en 1878 recibían instrucción gratuita 170 niños y 180 niñas. Para entonces quedaba muy poco para la finalización completa del templo, porque *“ya se sabe lo que es una señora de*

---

Imprenta de Enrique Teodoro, Madrid, 1882. En la obra se recogen las opiniones de varios especialistas sobre *cuáles son las causas de insalubridad que originan en la capital de España una mortandad mayor de la observada en casi todas las capitales del mundo igualmente populosas.*

<sup>122</sup> PARADA, Diego Ignacio: *Higiene del habitante de Madrid. Advertencias, reglas y preceptos para la conservación de la salud, preservación de las enfermedades y prolongación de la vida en esta Corte*, Imprenta de M. Minuesa, Madrid, 1876.

<sup>123</sup> Fuente: *El Siglo futuro*, 10 de octubre de 1878.

<sup>124</sup> Fuente: *El Imparcial*, 11 de marzo de 1878.

<sup>125</sup> Fuente: *La Iberia*, 28 de mayo de 1873.

*la sociedad que pide en nombre de los pobres. Si piden, hay que dar. Es cuestión de Gabinete.*”<sup>124</sup> Lo malo del asunto fue que, a pesar de las ingentes cantidades invertidas y pedidas en nombre de los pobres, éstos continuaron siendo igual de pobres y necesitados que antes de la construcción de la iglesia y, además, se les siguió considerando como gentes de moral desviada, viciada y perversa. Eso sí, con la iglesia en pie, la conciencia de duquesas y marquesas dormía más plácidamente.

#### Iglesia de las Peñuelas, c. 1875



[Ilustración 4.25. Fuente: Dibujo de la iglesia de las Peñuelas, Ilustración Española y Americana, 1875.]

Otra parte de los donativos privados se dirigía a las arcas del Ayuntamiento para la actuación de la beneficencia pública. La actuación de las autoridades se limitó a dejar las cosas como estaban antes del brote epidémico, con la salvedad de las nuevas Casas de Socorro instaladas en el Ensanche Sur. Las Casas de Socorro habían sustituido a las antiguas juntas parroquiales anteriores a la epidemia<sup>126</sup> y se ocupaban de los primeros auxilios en caso de accidentes o peleas, de la asistencia médico-farmacéutica gratuita a los vecinos pobres, tanto en consulta pública como en sus propios domicilios, de las campañas de vacunación y de los socorros alimenticios en forma de bonos de comida. Sin embargo, su actividad se vio lastrada por la secular carestía de recursos económicos del Ayuntamiento madrileño y por el creciente número de familias en riesgo de pobreza.<sup>127</sup> Una situación que las llevó a una fuerte dependencia de

<sup>126</sup> Real Orden de 22 de septiembre de 1862 para la aprobación del *Reglamento de Beneficencia Municipal*, el cual creaba el Cuerpo Facultativo de la Beneficencia Municipal destinado a las Casas de Socorro.

<sup>127</sup> Además, por imperativo legal, no se podía destinar más del 10% del presupuesto a los gastos de beneficencia. GUTIÉRREZ SÁNCHEZ, María Mercedes: “La Beneficencia pública en Madrid durante el último tercio del siglo XIX” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO

las donaciones privadas. De esa forma, las Casas de Socorro que se ubicaban junto a familias adineradas, es decir, en los barrios más prósperos, eran las que contaban con mayores recursos, mientras que aquellas que se asentaban precisamente en los barrios pobres contaban con menos suscriptores y disponían de menores recursos.

Rafael Carnicero era el farmacéutico encargado de atender todos los casos del Ensanche Sur correspondientes a su sección, en el distrito de Beneficencia de Inclusa.<sup>128</sup> Las familias atendidas por su farmacia, ubicada en el nº 6 del paseo de Embajadores, reflejaban el perfil de la pobreza a comienzos de la Restauración.<sup>129</sup> La gran mayoría eran familias encabezadas por trabajadores no cualificados, por jornaleros con trabajos irregulares y muy mal pagados. En menor número aparecían familias encabezadas por artesanos empobrecidos y por mujeres que habían enviudado y tenían hijos que mantener. Eran los tres rostros de la pobreza más representativos del momento, los que se habían visto en la obligación de acudir a la casa de socorro para obtener bonos de comida, papeletas de lactancia para recién nacidos o recetas a entregar en la farmacia del señor Carnicero para conseguir los necesarios medicamentos. Familias sin recursos que se amparaban en la beneficencia municipal, aunque ya no se declaraban *pobres de solemnidad* como en las décadas pasadas.

El rostro de la pobreza no se limitaba a los mendigos o vagabundos desarraigados, sino que se extendía a familias completas de trabajadores en paro, o con empleos irregulares y mal pagados, que vivían en el alambre por la escasez de ingresos o por la muerte de uno de los progenitores, especialmente cuando se trataba del cabeza de familia. Cualquier pequeña crisis podía ser terrible para estas familias y el año 1885 lo fue. Los barrios del Ensanche Sur volvían a copar los peores titulares de la prensa por ser uno de los focos difusores de la nueva epidemia de cólera que se desató en la ciudad. El periodista Julio Vargas se aventuró al punto de partida de la enfermedad, “*a la Plaza de las Peñuelas*”, donde “*se halla la iglesia, modesto templo de construcción moderna, y casi frente a ella, en el lado opuesto, hay una línea de casas entre las que figura la señalada con el nº 4, que empieza a gozar de cierta triste celebridad en las*

---

CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Comunidad de Madrid-Alfoz, Madrid, 1989, Vol. II, pp. 426-434.

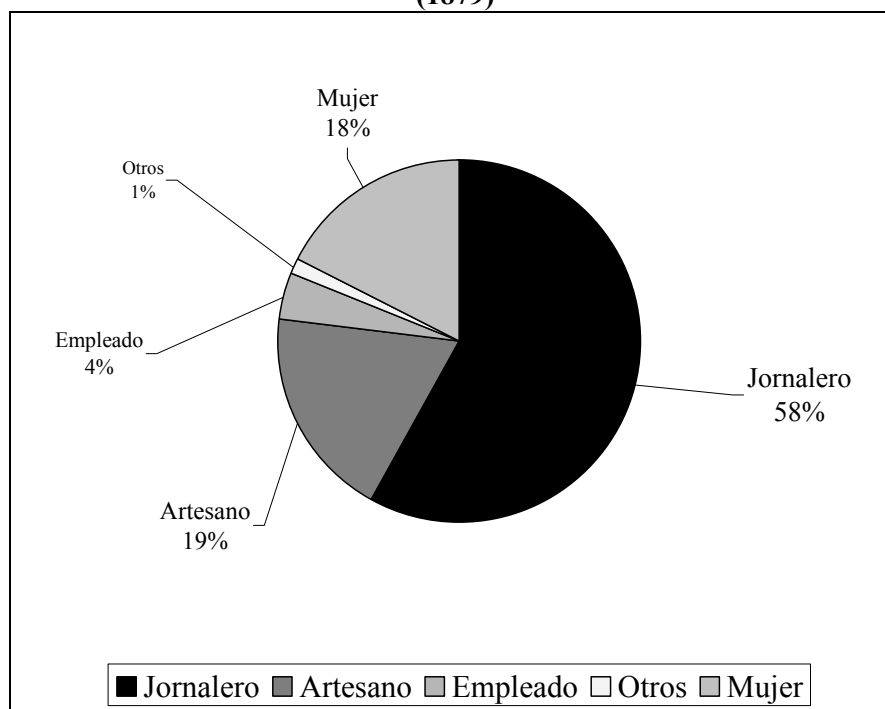
<sup>128</sup> La zona del Ensanche Sur pertenecía a tres distritos de Beneficencia (Inclusa, nº 3; Latina, nº 4; y Hospital y Congreso, nº 6), que se correspondían, en cierta manera, con los distritos de vecindad. Cada distrito contaba con una Casa de Socorro que se dividía en varias secciones farmacéuticas (la 5ª de Inclusa correspondía a terrenos del Ensanche Sur). Para conocer las diferentes instancias facultativas del sistema benéfico municipal de Madrid ver *Reglamento particular para el servicio del Cuerpo Facultativo de la Beneficencia Municipal de Madrid*, Imprenta Municipal, Madrid, 1876, y el *Reglamento general de la Beneficencia Municipal de Madrid y particular de las Casas de Socorro*, Imprenta Municipal, Madrid, 1904.

<sup>129</sup> VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “Pauperismo, pobres y asistencia domiciliaria en el Ensanche Sur de Madrid (1878-1910)” en *Modernizar España. 1898-1914. Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras*, Congreso Internacional UCM, Madrid, 2006, ISBN: 84-689-8305-5.



*circunstancias que atravesamos.*”<sup>130</sup> Desde allí hizo un recorrido por las zonas más degradadas y golpeadas por la enfermedad, como las Injurias, las yaserías de la calle de El Sur, los paradores cercanos al mercado de ganados o las Cambronerías, “*edificios, conocidos por «Las Casas Negras», que forman una especie de aduar donde se reúnen a veces cerca de 100 individuos.*”

**Familias de asistidos por la Junta y Casa de Socorro del Distrito de Inclusa, sección 5ª (1879)**



[Figura 4.10. Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del padrón municipal de 1878 y de la documentación de Beneficencia, AVM, 2-584-2. Los % están basados en los cabezas de familia. Todas las mujeres eran viudas salvo una, soltera. Sólo dos indicaban profesión: vendedora y cigarrera. Muestra de población: 134 familias asistidas en los meses de mayo y junio de 1877.]

La epidemia fue el germen de tumultos populares en las calles céntricas y provocó el pánico en buena parte de las familias de las clases altas, que huyeron temporalmente de la ciudad.<sup>131</sup> En los focos de la epidemia, las autoridades se limitaron a realizar rudimentarias tareas de desinfección (“*el barrio de las Peñuelas ha sido saneado esta mañana. Ha sido barrido por 200 operarios, después se ha regado y se han desinfectado las casas, una por una, y con especialidad los retretes de las casas de vecindad. Se procederá en el mismo barrio al anochecer a hacer hogueras y quemar en ellas azufre*”),<sup>132</sup> mientras parte de la prensa cargaba contra el propio vecindario y las juntas de beneficencia para salir en defensa del gobierno (“*el Gobierno no ha de hacerlo todo ¿Dónde*

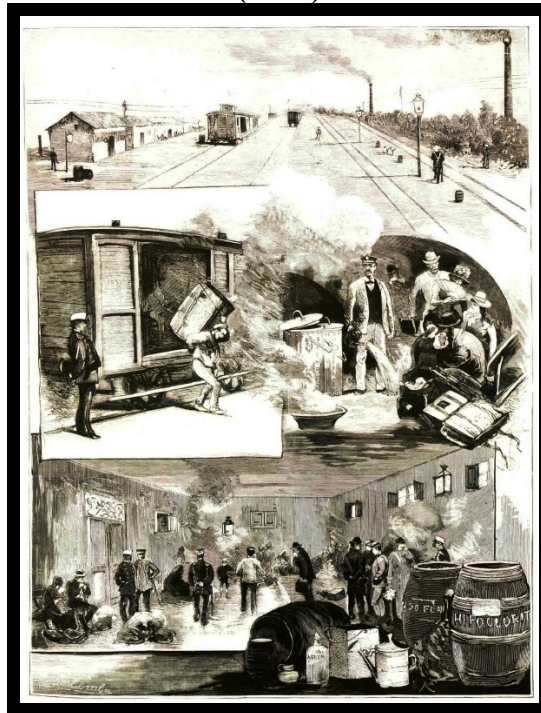
<sup>130</sup> VARGAS, Julio: *Madrid ante el cólera*, El Liberal, Madrid, 1885.

<sup>131</sup> FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*, Vicens Vives, Barcelona, 1985.

<sup>132</sup> Fuente: *La Correspondencia de España*, 12 de junio de 1885.

*están esas Juntas? ¿Qué hacen? Los vecinos debían ya haber practicado las diligencias oportunas para acabar con los focos infecciosos de sus calles respectivas, para hacer desaparecer los depósitos de inmundicia o la aglomeración excesiva de gente. Y esto sin pedir ayuda y recursos a cada momento a la autoridad, sin cuya tutela parece que no podemos dar un paso los españoles”).*<sup>133</sup>

**Fumigación de viajeros en la estación de Atocha con motivo de la fiebre colérica (1885)**



[Ilustración 4.26. Fuente: Ilustración Española y Americana.]

Una vez más, todo el sistema benéfico y de atención sanitaria se vio colapsado por los acontecimientos. En la iglesia del Purísimo Corazón de María de las Peñuelas se formó “una Junta benéfica de Damas que atendían, junto al párroco de la iglesia, a todos los desgraciados en la portería de la Quinta de la Esperanza (junto al barrio de las Injurias), con toda clase de ropas y medicinas, repartiendo además diariamente 65 raciones de arroz, carne y pan. Este socorro, digno de imitarse en otros barrios, contribuye a remediar la triste situación de los habitantes de aquel barrio y confiamos que las personas caritativas contribuyan con sus donativos en metálico o especies, al aumento de las raciones”,<sup>134</sup> como hizo el señor Laorga, junto a toda su familia y a todos los operarios de su fábrica de mesas de billar, con 212 pesetas,<sup>135</sup> “toda vez que en las Peñuelas es donde el cólera hace mayor número de víctimas”.

<sup>133</sup> Fuente: *La Época*, 27 de julio de 1885.

<sup>134</sup> Fuente: *La Época*, 7 de septiembre de 1885.

<sup>135</sup> Fuente: *El Imparcial*, 3 de noviembre de 1885.

### Distribución de limosnas en el barrio de las Injurias (1891)

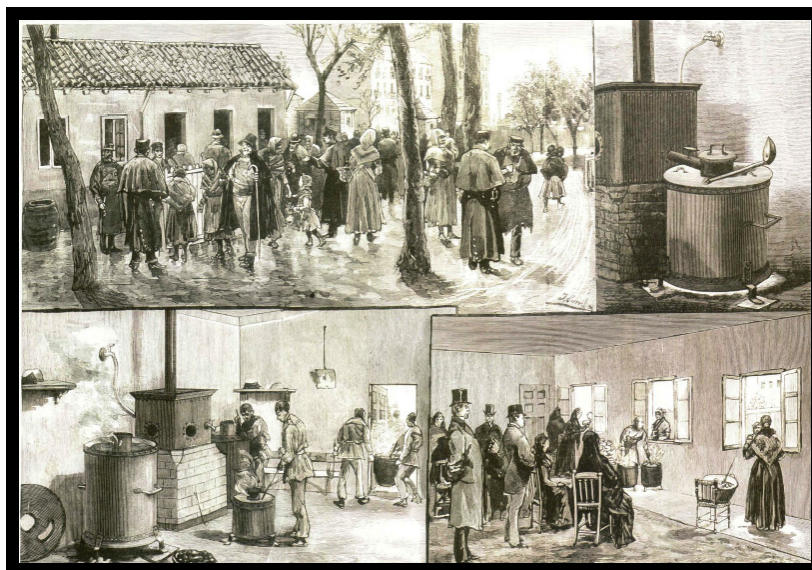


[Ilustración 4.27. Distribución de limosnas en el barrio de las Injurias por el obispo de la diócesis y la Asociación de señoras de la doctrina cristiana, 1891. Fuente: Ilustración Española y Americana.]

Estas crisis de mortalidad ponían en evidencia a todo el sistema de asistencia liberal. Los gobernantes habían utilizado la Beneficencia como un paliativo de la miseria, pero nunca como una herramienta que llevara a la solución. Junto a las casas de socorro, se habían multiplicado las tiendas asilo y los comedores de caridad, que repartían raciones de alimentos gratuitas, o los asilos de acogida como *“el Asilo para ancianas cigarreras y la escuela para las hijas de las cigarreras, inaugurado en 1891 por S.M. la Reina Regente en la casa n° 25 de la calle del Laurel, contigua a la plaza en la que se levanta la parroquia del barrio de las Peñuelas.”*<sup>136</sup> Camilo Laorga, que tan solícito se había mostrado durante la crisis del 85, también acudió presto a colaborar con la beneficencia del barrio. Sin embargo, en esta ocasión no le guiaban impulsos piadosos y desprendidos, sino puros intereses económicos. Ofreció una de las casas que poseía en el barrio para la creación del citado asilo, a cambio de *“250 pesetas de alquiler mensual. Caro es, pero la Junta de damas no ha encontrado local más a propósito.”*<sup>136</sup> El bueno de don Camilo no perdía comba a la hora de hacer negocios y con los pobres siempre salían redondos.

<sup>136</sup> Fuente: *La Iberia*, 4 de marzo de 1891.

### Reparto de comidas en las cocinas económicas (1885)



[Ilustración 4.28. Grabado de la cocina económica en los jardines de la Escuela de Veterinaria, en la ronda de Embajadores, 1885. Fuente: Ilustración Española y Americana.]

El sistema de asistencia a los más necesitados, que también había sido empleado como herramienta de control del orden social,<sup>137</sup> hizo aguas a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, cuando el crecimiento de la población y el empobrecimiento de amplias capas de la población terminaron por romper las antiguas redes clientelares. A pesar de todas las raciones de comida repartidas o de los medicamentos gratuitos, las casas de socorro habían quedado completamente desbordadas y eran incapaces de ofrecer una cobertura mínima a las familias que lo necesitaban.<sup>138</sup> Los barrios pobres y marginales, como las Injurias, lo eran aún más a principios del siglo XX que a comienzos de la Restauración.

<sup>137</sup> OLIVER OLMO, Pedro: "Marginados: la producción y el castigo de la exclusión" en CASTILLO, Santiago y OLIVER, Pedro: *Las figuras del desorden. Heterodoxos, proscritos y marginados. Comunicaciones al V Congreso de Historia Social*, Siglo XXI, Madrid, 2006, pp. 341-369.

<sup>138</sup> La Casa de Socorro del Distrito de Inclusa atendió a 195 familias y repartió 215 raciones de alimentos en los terrenos del Ensanche Sur durante el mes de junio de 1897 (Fuente: AVM, Secretaría, 11-339-2), cuando la población de la zona se encaminaba a las 30.000 personas y el % de trabajadores cualificados superaba los dos tercios. Para un análisis detallado, ver VICENTE ALBARRÁN, Fernando: "Pauperismo, pobres y asistencia domiciliaria en el Ensanche Sur de Madrid (1878-1910)" y CARBALLO BARRAL, Borja: "La beneficencia municipal de Madrid en el cambio de siglo: El funcionamiento de las casas de socorro" en *Modernizar España. 1898-1914. Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras*, Congreso Internacional UCM, Madrid, 2006, ISBN: 84-689-8305-5.

*“El barrio de las Injurias se despoblaba; iban saliendo sus habitantes hacia Madrid, a la busca, por las callejuelas llenas de cieno. Era gente astrosa: algunos, traperos; otros, mendigos; otros, muertos de hambre; casi todos de facha repulsiva. Peor aspecto que los hombres tenían aún las mujeres, sucias, desgredadas, haraposas. Era una basura humana, envuelta en guñapos, entumecida por el frío y la humedad, la que vomitaba aquel barrio infecto. Eran la herpe, la lacra, el color amarillo de la terciana, el párpado retraído, todos los estigmas de la enfermedad y la miseria.”*

Pío Baroja, *Mala hierba*, 1905.

Ni la beneficencia ni la caridad eran ya soluciones para un problema que hundía sus raíces en la organización de la sociedad y que requería profundas reformas políticas, económicas y sociales. La creación del Instituto Nacional de Previsión en 1903 sólo fue un primer paso en el largo camino que habría de recorrer el Estado en la creación de verdaderas políticas de asistencia social a los más desfavorecidos. Mientras tanto, los barrios del Ensanche Sur demostraban, una vez más, la naturaleza múltiple y contradictoria del proceso de modernización de Madrid. Tantas veces repudiados públicamente por violentos y denigrantes de la moral, por ser barrios asesinos y con constantes peleas en sus calles, eran zonas donde tenían cabida arraigados lazos de amistad, donde la solidaridad más espontánea y humilde podía salvar a una familia de la indigencia y arrastrar, con su ejemplo, a un movimiento caritativo general.

A principios del siglo XX aparecieron varios casos de personas que hicieron un llamamiento público sobre la miserable situación de sus vecinos, como por ejemplo en abril de 1904, cuando *“una mujer se presentó en la Casa de Socorro del distrito de Inclusa para dar cuenta de que unos vecinos suyos estaban espirando por no haber tenido cosa alguna que comer desde mucho tiempo antes. El facultativo de guardia se presentó en el acto en el domicilio de aquellos infelices, calle de las Peñuelas, nº 16, bajo. En el suelo de una habitación estrecha y ahogada, en la que no había mueble alguno, acurrucados sobre el suelo, se hallaban un matrimonio y sus tres hijos. Hacía 48 horas que no tomaban alimento alguno y la extenuación se revelaba en sus semblantes.”* El periodista clamaba porque *“la caridad se halla en Madrid muy mal organizada y en la negrura de habitaciones insanas perecen poco a poco muchos cientos de criaturas.”*<sup>139</sup>

Un caso similar se produjo en 1907, cuando el tornero Alfredo Martínez y los jornaleros Santiago Cano y Luis Pérez, *“vecinos de la calle de las Cambronerías, por ellos y en nombre de los demás vecinos”*, escribieron al director de *La Correspondencia de España* para comunicarle que en *“el número 5, piso segundo, cuarto nº 12, habita un matrimonio con cinco hijos. De los cinco niños hay dos enfermos y uno de 6 años en estado agónico; la madre también enferma y todos demacrados por la gran necesidad que pasan. Descansan en el*

<sup>139</sup> Fuente: *El Imparcial*, 16 de abril de 1904.



*suelo, encima de unas pajas y con muy poco abrigo. No tienen ninguna clase de recursos ni ajuar de casa, pues todo lo han vendido y empeñado en un año que lleva cesante el cabeza de familia, que se llama Florentino D. Hernández, y si por esto no fuera bastante, están despedidos del cuarto que ocupan por débito de 5 meses de renta. Debemos significarle que de esta situación tienen ya conocimiento las autoridades y Sociedades benéficas, sin que por nadie, hasta la fecha, hayan sido socorridos.”*<sup>140</sup>

A partir de las primeras noticias se orquestaron espectaculares y fugaces campañas caritativas, encabezadas normalmente por el gobernador, el alcalde y varias marquesas y condesas, para “*salvar a los hambrientos de las Peñuelas*”, que lograron recaudar importantes cantidades, como las 311’25 pesetas, además de varios kilos de garbanzos, tocino y carne, para “*el infeliz matrimonio de Luis Villalonga Ballesteros, Julia Fernández y sus tres hijos*”. Pasado el furor solidario, se daba carpetazo a la noticia aseverando que “*la familia Villalonga está socorrida. Mil gracias a cuantos han contribuido a esta hermosa obra de caridad.*”<sup>141</sup> Fin del asunto y todas las almas caritativas tan felices, pero en 1905, uno año después de esa *hermosa obra*, Luis se declaraba como “jornalero en paro” y se vio obligado a cambiar por segunda vez de casa en pocos meses, al no poder pagar el alquiler de la vivienda.<sup>142</sup> Él y su familia, que habían llegado desde Cuba en 1898, se marcharon a las barriadas de Marqués de Comillas, en el extrarradio, por no disfrutar de un trabajo y un salario estables. Los antiguos remedios de la caridad se mostraban inservibles y desfasados ante los problemas de una ciudad que se agigantaba en un complejo y contradictorio proceso de modernización.

---

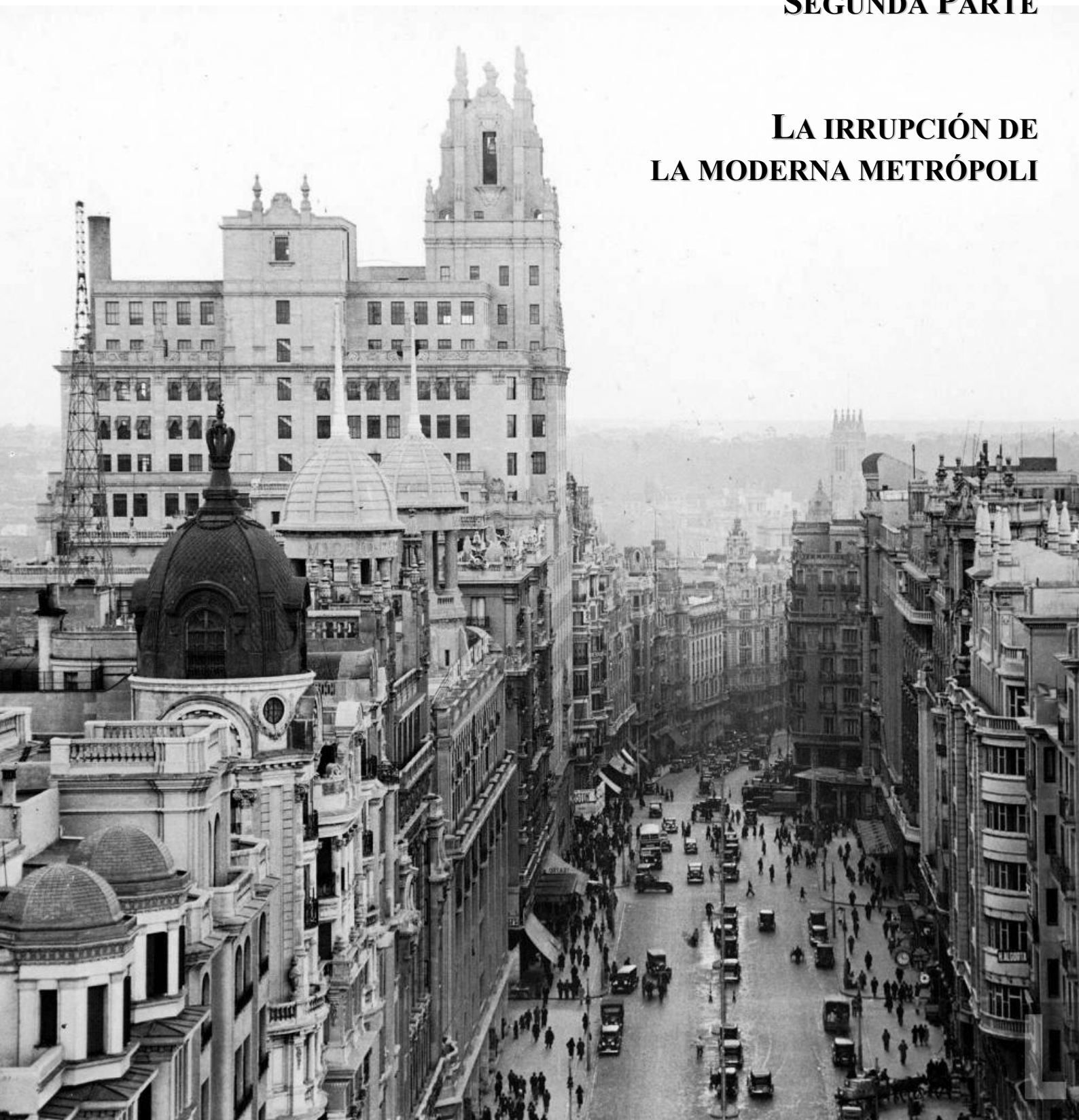
<sup>140</sup> Fuente: *La Correspondencia de España*, 16-20 de marzo de 1907.

<sup>141</sup> Fuente: *El Imparcial*, 17-18 de abril de 1904.

<sup>142</sup> Fuente: AVM, Estadística, padrón municipal de 1905.

## SEGUNDA PARTE

### LA IRRUPCIÓN DE LA MODERNA METRÓPOLI







## CAPÍTULO 5

### PERFILES DE METRÓPOLI

#### 5.1 ¡A repensar Madrid! Crisis en el modelo de ciudad durante el primer tercio del siglo XX

*“Berlín es una ciudad joven e infeliz con el futuro por delante. Su tradición es de naturaleza fragmentaria. Interrumpido su crecimiento con frecuencia, y aún con más frecuencia sometido a cambios de dirección y orientación. Sus gobernantes, constructores y protectores urden planes, los traspapelan y los ejecutan desordenadamente. Los resultados son un sinfín de plazas, calles, bloques de pisos, iglesias y palacios que se agrupan formando un minucioso conglomerado. Una confusión ordenada, una falta de rumbo fijo que parece estar planificada.”*

Joseph Roth, “El Berlín de piedra” en *Das Tagebuch*, 1930.

Madrid llegó incómoda al siglo XX. La situación no marchaba tan bien como hubieran deseado los reformadores, urbanistas e higienistas que habían alentado los cambios durante la segunda mitad del siglo XIX. Los informes negativos de médicos y arquitectos sobre muchos de los barrios del interior se sucedían año tras año, hasta convertirse en un lugar común para cualquier estudio de la urbe madrileña. A lo largo de los años se habían aprobado numerosas normativas sobre alineaciones de edificios y calles, sobre expropiaciones forzosas por utilidad pública, sobre el pago de las expropiaciones o sobre la naturaleza jurídica de las obras. Montañas de papeles burocráticos y normativas

farragosas para no solventar el gran problema de fondo: la carencia de un plan general, la absoluta falta de ideas sobre qué hacer con Madrid. Para colmo, los pocos que surgían no se aplicaban. En 1904 se redactó, a petición del Ayuntamiento presidido por Alberto Aguilera, el Plan de la Junta Consultiva de Obras, el cual definía un “*plan general de reformas de las vías públicas de Madrid*”, con todo tipo de estudios sobre rasantes, alineaciones y obras en el subsuelo (alcantarillado, gas, agua y electricidad), “*en forma tan extensa y detallada, que fije definitivamente lo que en lo sucesivo haya de ejecutarse*”.<sup>1</sup> Como tantos otros memorándum anteriores, nació muerto por la falta de apoyos decididos y lo oneroso que resultaba para el erario público.

En las antiguas *afueras* sí se había sacado adelante un plan general, el Ensanche, pero la *nueva ciudad* no había respondido a las expectativas depositadas en ella. Su construcción había sido lenta e interesada, expuesta al albur de la especulación en los precios del suelo. Lo que nació como sueño de otra ciudad mejor, creció como negocio a impulsos de cientos de pequeños y medianos propietarios. A la altura de 1900-1910 era una obra inacabada, con enormes huecos de manzanas vacías, y muy desigual, con rincones reservados para una selecta élite social y *barrios negros* en sus zonas más degradadas, vistos con temor por ser foco de enfermedades, delitos y crímenes.

Su fracaso a la hora de proporcionar casas baratas a trabajadores y familias humildes en número suficiente dio pie a la aparición de barriadas suburbanas en el extrarradio, que brotaron descontroladamente por la desatención del Ayuntamiento. Miríadas de casas bajas que se apiñaban como racimos justo en la frontera exterior del Ensanche, en un territorio de nadie donde los precios del suelo no estaban inflados y no existía regulación urbanística de ningún tipo. Allí un viejo corral de gallinas podía convertirse, de la noche a la mañana, en una casa baja de cal y adobes para que la alquilaran las familias inmigrantes más pobres.<sup>2</sup> La lejanía física y la libertad urbanística daban como resultado un alquiler económico y asequible, pero también unas paupérrimas condiciones de habitabilidad. Enjambres de casitas diminutas, contrahechas, que se agarraban a los antiguos caminos de entrada a la capital y se adentraban en los confines de otros términos municipales. Por el norte, las barriadas de Cuatro Caminos y Bellas Vistas enlazaban con Tetuán de las Victorias para adentrarse en los términos de Fuencarral y Chamartín de la Rosa; por el este, la Guindalera y el Madrid Moderno se aventuraban por tierras de Vicálvaro y Canillas; por el sureste las barriadas de La California y Puente de Vallecas hacían lo propio en el

---

<sup>1</sup> *Anteproyecto de reformas de Madrid. Plan formulado por la Junta Consultiva de Obras el 22 de diciembre de 1904*, Imprenta Municipal, Madrid, 1905, en RUIZ PALOMEQUE, María Eulalia: “Transformaciones urbanas en el casco antiguo, 1876-1931” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Comunidad de Madrid-Alfóz, Madrid, Vol. I, 1989, pp. 87-88.

<sup>2</sup> VORMS, Charlotte: “La urbanización marginal del Extrarradio de Madrid: una respuesta espontánea al problema de la vivienda. El caso de La Prosperidad (1860-1930)”, en *Scripta Nova, Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, Vol. 7, nº 146, (2003).

término del pueblo de Vallecas; y por el suroeste, la barriada de San Isidro tenía casi enfrente los tejados de Carabanchel.<sup>3</sup>

Madrid se expandía como una gigantesca araña con un abigarrado cuerpo central, unas barbas que aún lo ensanchaban más y unos tentáculos que se multiplicaban por todas las direcciones, en «una confusión ordenada», en «una falta de rumbo fijo que» parecía «estar planificada». Parecía, pero no lo estaba. Madrid estaba dividida en tres áreas y cada una con problemas específicos que no había acertado a solucionar: ni el Interior había sido tajado con amplias avenidas que reordenaran su batiburrillo, ni el Ensanche había dado con la tecla al problema de la vivienda popular y estaba a medio construir, y en el Extrarradio tampoco se había puesto coto a la proliferación del chabolismo y la vivienda insalubre. Madrid se había quedado sin brújula para aunar, en un plan integrador, las tres zonas.<sup>4</sup> El Ensanche había sido una salida a los problemas que atenazaban a la capital cincuenta años atrás. Fue una respuesta de la ciudad decimonónica, propia de su tiempo, que se mostraba incapaz de solucionar los problemas de una ciudad el doble de grande, cincuenta años después. Tocaba volver a empezar, pero ahora con un desafío mayor. Ya no se trataba de dibujar una bonita ampliación a una diminuta ciudad encerrada, sino de configurar el territorio para la posibilidad de un crecimiento urbano ilimitado. Era la oportunidad para crear una ciudad sin límites que no quedara desfasada a las pocas décadas de su puesta en marcha.

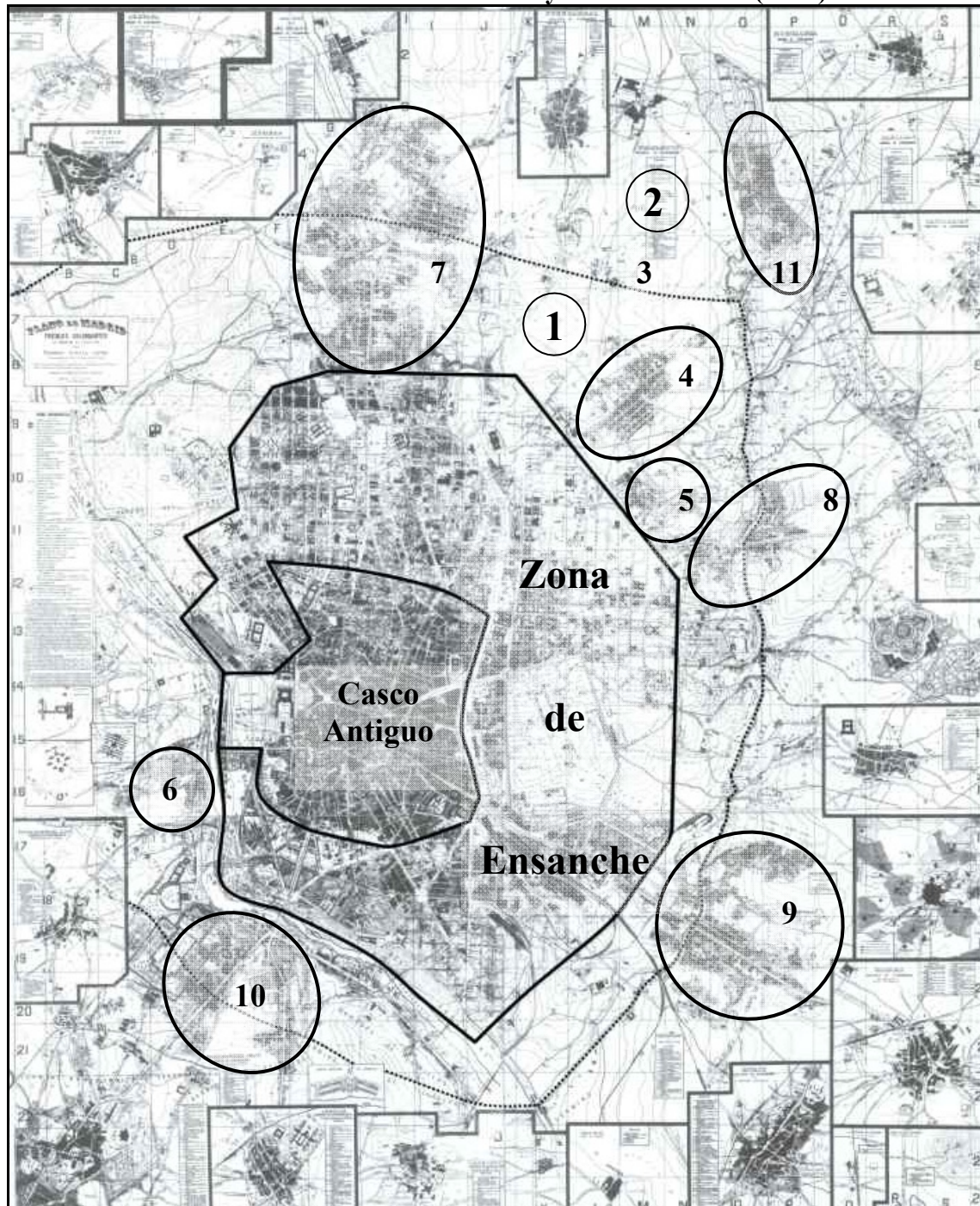
La Ciudad Lineal de Arturo Soria fue la primera apuesta por un cambio radical en la concepción de la ciudad. Fue puesta sobre el tapete en 1894 por la Compañía Madrileña de Urbanización y se basaba en el modelo de ciudad-jardín de Howard, con un crecimiento urbano unido a un eje viario, con unas casas más grandes y espaciosas que otras, pero todas con su propio jardín y al alcance de todos los grupos sociales. Una propuesta muy novedosa, casi extravagante en el contexto madrileño de comienzos de siglo, que encalló al inicio de la Gran Guerra europea.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> BRANDIS GARCÍA, M<sup>a</sup> Dolores: *El paisaje residencial en Madrid*, MOPU, Madrid, 1983; VORMS, Charlotte: “La urbanización marginal del Extrarradio de Madrid: una respuesta espontánea al problema de la vivienda. El caso de La Prosperidad (1860-1930)”, en *Scripta Nova, Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, Vol. 7, nº 146, (2003); VORMS, Charlotte: “La génesis de un mercado inmobiliario moderno en la periferia de Madrid (1860-1900)” en BEASCOECHEA GANGOITI, José María, GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y NOVO LÓPEZ, P. (eds.): *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2006, pp. 529-546.

<sup>4</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana” en FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo: *España. Autonomías*, Espasa, Madrid, 1989, pp. 517-613; RUEDA LAFFOND, José Carlos: “El desarrollo de la ciudad y la política urbanística” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, pp. 582-589; SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid, 1901-1923*, Cinca, Madrid, 2005, pp. 6-11.

<sup>5</sup> BRANDIS, Dolores y MAS, Rafael: “La Ciudad Lineal y la práctica inmobiliaria de la Compañía Madrileña de Urbanización, 1894-1931” en *Ciudad y Territorio. Revista de ciencia*

### El desarrollo urbano de Madrid y sus alrededores (1900)



[**Ilustración 5.1.** Fuente: Elaboración propia a partir del Plano de Facundo Cañada López. Escala: 1:7.500. (1) Zona de extrarradio del término municipal de Madrid. (2) Zona suburbana fuera del término municipal, delimitado por el Arroyo de Abroñigal (3, línea punteada). Algunas barriadas del extrarradio quedaban por completo dentro de los límites municipales, como La Prosperidad (4), La Guindalera (5) o el barrio de Colmenares (6). Otros traspasaban los límites, como Bellas Vistas (7), Madrid Moderno (8), Puente de Vallecas (9) o San Isidro (10). Los cuadros que bordean el plano son obra del autor e indican pueblos cercanos, como Pozuelo, Aravaca, Fuencarral, Hortaleza, Canillejas, Vicálvaro, Vallecas, Getafe, Leganés o Carabanchel. También aparece indicado el incipiente desarrollo de la Ciudad Lineal (11).]

urbana, nº 3 (1981), pp. 41-76; MAURE RUBIO, Miguel Ángel: *La Ciudad Lineal de Arturo Soria*, COAM, Madrid, 1991.

Su fracaso no oculta las pistas que legaba a ulteriores propuestas. El futuro estaba en las comunicaciones y toda gran ciudad que se preciara debía tenerlas en cuenta, debía unir su propio desarrollo a grandes ejes viarios que ordenaran el interior de la ciudad y la comunicaran con su entorno más inmediato. Cualquier proyecto que no lo contemplara, quedaría obsoleto en poco tiempo. En 1910 salió a escena el Plan de ordenación del Extrarradio del ingeniero Pedro Núñez Granés, el cual recalcaba la importancia del entramado viario, pero lo hacía desde una óptica demasiado aferrada a la solución en cuadrícula del Ensanche. Su “ensanche del Ensanche”, aprobado por el Ayuntamiento en 1916, fue rápidamente criticado por varios arquitectos y quedó en nada al no aprobarse la ley de expropiación que debía sustentarlo.<sup>6</sup>

Desestimado el plan de Granés, la Junta Consultiva Municipal de Obras propuso en 1923 un Plan General de Extensión de Madrid en el que manifestaba la necesidad de diseñar un desarrollo urbano “*que asuma la segregación espontánea experimentada por la propia ciudad y la superación de las líneas administrativas, creadas cuando no se sospechaba la expansión material y social de la capital.*”<sup>7</sup> Durante la década de los años veinte esa idea fue calando entre las autoridades. En 1929 convocaron un concurso internacional sobre la reforma y extensión de Madrid y, al mismo tiempo, crearon una oficina de información con el encargo de realizar un exhaustivo trabajo de investigación de la realidad local, que sirviera como material de apoyo a los diferentes autores. El certamen fue declarado desierto, pero en él destacó el estudio elaborado por Secundino Zuazo y el alemán Hermann Jansen. Su futuro Madrid aparecía bajo unos criterios claros de zonificación funcional por áreas socioeconómicas y con una visión metropolitana indiscutible, donde ciudad y región quedarían integradas como nudo nacional de comunicaciones. El Paseo de la Castellana sería su columna vertebral y eje del crecimiento urbano hacia el norte y Madrid culminaría su naturaleza representativa como primera comunidad económica, social y política del país.

Mientras las proyecciones teóricas sobre el rumbo que había de tomar la ciudad se sucedían, sin cuajar ninguna de ellas, las autoridades municipales se vieron en la obligación de hacer frente al fiasco del Ensanche en la creación de viviendas populares asequibles a los bolsillos más modestos. En junio de 1911 se aprobó una primera Ley de Casas Baratas, que establecía la cesión gratuita de suelo público, “*sito en el Ensanche o en las afueras de las poblaciones*”, y la posible expropiación de solares improductivos para la edificación de viviendas exentas de todo arbitrio durante un plazo de 20 años. Esta primigenia legislación

---

<sup>6</sup> BARREIRO PEREIRA, Paloma: *Casas baratas. La vivienda social en Madrid (1900-1939)*, COAM, Madrid, 1992.

<sup>7</sup> LÓPEZ SALLABERRY, J., ARANDA, P.; LORITE, J. y GARCÍA CASCALES, J.: *Informe sobre la urbanización del Extrarradio*, Madrid, 1923.



se completó con el Estatuto Municipal de 1924 y la Ley de 1925, que desarrollaron las posibilidades de intervención municipal.<sup>8</sup>

El aspecto más sobresaliente de todo el corpus legislativo fue el fomento de sociedades constructoras en cooperativa, que espolearon el mundo de la construcción tras la depresión que sufrió el sector durante la guerra y postguerra europeas. Sin embargo, al final del periodo estudiado, sus actividades ofrecían un magro balance y sólo una sociedad, la Compañía Urbanizadora y Edificadora Metropolitana (CUM, creada en 1918), destacaba por sus promociones en el extremo noroeste de la ciudad, vinculadas a la revalorización de los terrenos por la renovación y extensión de los transportes metropolitanos y destinadas, más que a las clases populares, *preferentemente a la clase media*.<sup>9</sup> La vía de las Casas Baratas se mostró, por tanto, claramente infructuosa para remediar el problema de la vivienda popular y la edificación descontrolada y de mala calidad pervivió como el arreglo más rápido y viable ante el acelerón demográfico que vivía Madrid desde principios de siglo.

El agigantamiento de la ciudad generaba carestía de viviendas adecuadas en sus confines y ahogo en el centro. Madrid carecía de un proyecto general de expansión, de una idea global sobre qué ciudad quería ser en el futuro, pero durante esos años fue capaz de abordar su proyecto más espectacular de todo el siglo: la apertura de una gran avenida en el centro para unir los barrios de Salamanca y Argüelles. Aprobado en 1904,<sup>10</sup> aunque las obras no comenzaron hasta 1910, el plan consistía en la construcción de tres tramos amplios (35 m. de ancho) y consecutivos (Conde de Peñalver, Pi y Margall y Eduardo Dato), que desde el principio fueron denominados conjuntamente como “Gran Vía”. El proyecto Gran Vía respondía a viejas preocupaciones del XIX, como la mejora de la salubridad de los barrios centrales o remediar el paro en la construcción, pero también fue una respuesta a los nuevos desafíos que planteaba la gran urbe del nuevo siglo, como era la congestión del tráfico en torno a la Puerta del Sol. Cada vez había más personas, más ómnibus, más tranvías, que confluían en las calles centrales y quedaban embotellados en un laberinto estrecho y enrevesado. La Gran Vía nació para aliviar a una ciudad que se ahogaba con su agigantamiento, aunque su repercusión en la economía, los hábitos sociales, las prácticas de consumo y ocio, la imagen y la segregación espacial de la ciudad, fue mucho más honda y espectacular.

---

<sup>8</sup> BARREIRO PEREIRA, Paloma: *Casas baratas. La vivienda social en Madrid (1900-1939)*, COAM, Madrid, 1992.

<sup>9</sup> GALIANA MARTÍN, Luis: “La Compañía Urbanizadora Metropolitana. Su labor en el Madrid de preguerra” en *Ciudad y Territorio*, nº 71 (1987), pp. 43-54.

<sup>10</sup> Este proyecto retomaba otro de 1862 (*Prolongación de la calle de Preciados y su enlace con la calle de Alcalá*), aunque sustancialmente modificado. RUIZ PALOMEQUE, María Eulalia: *La Urbanización de la Gran Vía*, Ayuntamiento de Madrid, 1985; RUIZ PALOMEQUE, Eulalia: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1976; RUEDA LAFFOND, José Carlos: “El desarrollo de la ciudad y la política urbanística” en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, pp. 584-587.



[Ilustración 5.2. Tráfico de vehículos y personas en la Puerta del Sol, c. 1920.]

## 5.2 La fascinación de la moderna metrópoli

Las profundas transformaciones que se sucedieron en el mundo urbano tuvieron en Londres y París sus primeros y más brillantes exponentes desde mediados del siglo XIX. Los masivos movimientos migratorios, el crecimiento fulgurante de la población urbana, la modernización y extensión de los sistemas de transporte y comunicación, formas de convivencia y organización social del espacio inéditas hasta entonces, fueron fraguando un cambio global de la vida en la ciudad. Una serie de fenómenos que se agudizaron desde finales del siglo XIX y que se extendieron a la mayoría de las grandes ciudades europeas y estadounidenses, sobre todo durante la época de entreguerras.<sup>11</sup> Madrid no quedó al margen de ese proceso, no fue una excepción a la norma por ser una ciudad atrasada o por no contar en varios millones a sus habitantes, como sí hacían Nueva York, Londres, Berlín o París. En el contexto español era la mayor masificación urbana del país y, como tal, experimentó fenómenos propios de una metrópoli moderna de su tiempo. La transformación iniciada con la puesta en marcha del Ensanche se intensificó a partir del siglo XX y tuvo en la Gran Vía su expresión más definida. Ahí la modernización de la ciudad alcanzó su culminación en aspectos como la creación de un nuevo espacio representativo.

<sup>11</sup> LEES, Andrew y HOLLEN LEES, Lynn: *Cities and the making of Modern Europe, 1750-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007; WHITEHAND, Jeremy W. R. y CARR, C. M. H.: *Twentieth-century suburbs. A morphological approach*, Routledge, London, 2001.

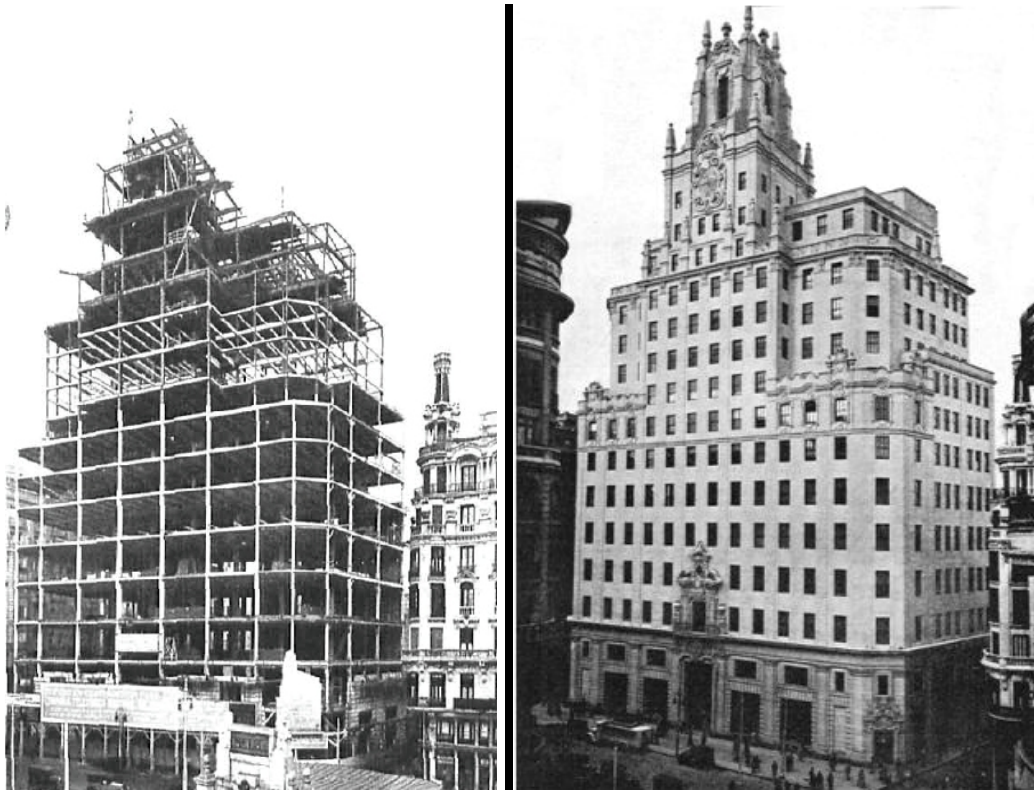
Esa gran avenida que conectaba dos barrios del Ensanche burgués, como Salamanca y Argüelles, era el triunfo de lo nuevo sobre lo viejo, un tajo de modernidad en mitad de un caserío de callejuelas estrechas y enrevesadas. La Gran Vía se convirtió muy pronto en el símbolo del nuevo Madrid que se abría paso a partir de la segunda década del siglo XX. En la reforma de la Puerta del Sol, a mediados del siglo XIX, se apuntaron algunas razones de higiene y salubridad públicas, pero la motivación estética de dignificar el deslucido aspecto de la Corte había sido primordial. En la Gran Vía, las cuestiones de imagen y estética fueron un elemento complementario a su papel en la economía y en las comunicaciones interiores de la ciudad y, por eso mismo, adquirieron un mayor impacto con el paso del tiempo. El espacio experimentaba una creciente segregación económica desde finales del siglo XIX y el centro se distinguía como área de servicios y actividades terciarias. El papel de Madrid como principal ciudad administrativa y de negocios del país se incrementó durante la década de 1920 y el triángulo formado por la Puerta del Sol-Neptuno-Cibeles y la Gran Vía fueron el espacio que acogió a los cientos de oficinas de bancos, empresas, sociedades anónimas y de negocios, etc.

Una zona que fue aprovechada por arquitectos, ingenieros, empresarios y políticos para construir nuevos espacios funcionales y simbólicos. La Gran Vía y algunas calles adyacentes, como Alcalá, fueron el ámbito escogido para la representación de un espacio moderno y de poder. El dinero de los bancos levantó monumentales sedes centrales, al estilo de los templos de las deidades de la Antigüedad, como exhibición de su primacía en el desarrollo económico del país, mientras el lujo y la exquisitez cobraban forma en los magnos hoteles Ritz y Palace, al estilo de Londres y París. La llegada de una multinacional como la ITT para lograr el desarrollo de las modernas comunicaciones telefónicas en España dio pie a la creación de una gran empresa, como Telefónica, y a la construcción del primer rascacielos en Europa. En 1927, tan sólo en siete meses, tres grúas infinitas levantaron un esqueleto de acero, siguiendo el método constructivo y las medidas de seguridad que se empleaban en Nueva York,<sup>12</sup> para llegar a donde nadie lo había hecho, a casi cien metros de altura, donde las nubes parecían tocarse con los dedos.

---

<sup>12</sup> Fuente: *Telefónica, 80 años en la Gran Vía. El primer rascacielos de Europa*, Fundación Telefónica.





[Ilustración 5.3. Imágenes del edificio de Telefónica en la Gran Vía en un momento de su construcción y una vez ya inaugurado, 1926-1929.]



[Ilustración 5.4. Imagen del edificio del Banco de Bilbao en la calle de Alcalá, nº 16, c. 1923.]

*“Ahora se dice que hay que acelerar la construcción de un rascacielos. Será el primer rascacielos de toda Alemania. «Rascacielos» es un término popular que designa a un edificio cuyo tejado ya ha rascado el cielo. La nube, ese enigma lejano y maravilloso de la creación, temida y adorada por los hombres primitivos, se torna habitable y doméstica. Nos instalaremos cómodamente en las nubes, podrán oír el traqueteo de las máquinas de escribir y los timbres de los teléfonos...”*

Joseph Roth, “Rascacielos” en *Berliner Börsen-Courier*, 1922



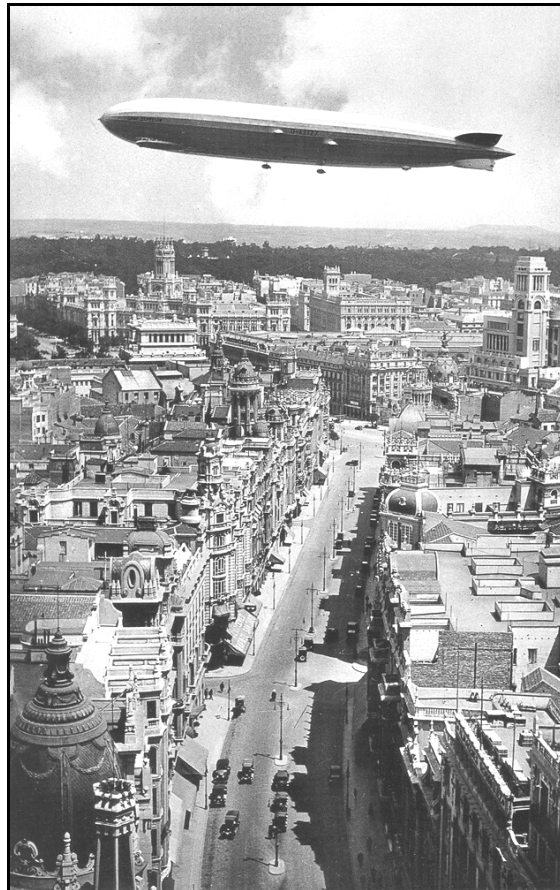
[Ilustración 5.5. Imagen del edificio de Telefónica tomada desde un avión. En la parte derecha se puede ver el extremo de una de las alas del avión, 1929.]

Irrumpía un Madrid aéreo de líneas modernas y retadoras de lo antiguo. Frente a la teja y el ladrillo rojizos, a los perfiles achatados de las casas de vecindad y los viejos edificios gubernamentales, se levantaban moles que rompían el horizonte, como la Telefónica, esbeltas, blancas, agujereadas por cientos de ventanas, tras las cuales bullía el trajín diario de las oficinas. Los viandantes debían doblar el cuello y alzar la mirada para hacerse idea de su tamaño, para escudriñar si había mujeres escribiendo a máquina donde antes sólo volaban los pájaros. Gran Vía, escenario de la ciudad moderna de los años veinte, de monumentalidad sólo abarcable desde el aire, atravesada por dirigibles y aviones en las alturas y por un tránsito “*vertiginoso de automóviles*”<sup>13</sup> sobre el asfalto, coches y personas contempladas como hormigas incansables, diminutas ante la inmensidad del espacio y la perspectiva.

<sup>13</sup> Fuente: *Nuevo Mundo*, 1929.

*“El joven sin piernas se ha parado en medio de la acera sur de la calle Catorce. Sus ojos levantados se agrandan hasta llenar la cara blanca como el papel. Pasa un dirigible. Brillante cigarro de estaño, esfumado por la altura, perfora suavemente el cielo lavado y las blandas nubes.”*

John Dos Passos, *Manhattan Transfer*, 1925.



[Ilustración 5.6. Imagen de la Gran Vía sobrevolada por un Zeppelin, 1930.]

La construcción de ese espacio tenía un importante componente de reglamentación desde arriba, desde las diferentes instancias de poder que establecían cómo debía y sería organizado ese espacio, a través de una regulación en los usos del suelo, en la tipología arquitectónica de los edificios o en el control de la circulación. Pero en ese proceso de construcción también intervenían las prácticas espaciales, el uso que hacían de él las personas en el día a día. Si la perspectiva desciende de las alturas a ras de suelo, se comprueba cómo la Gran Vía era un espacio donde abundaban los coches y autobuses frente a los carros de mulas de los traperos en las afueras, los grandes almacenes incitaban a los viandantes con sus amplios escaparates llenos de gangas, multitud de hombres encorbatados salían a borbotones de sus lugares de trabajo a media tarde y la gente, endomingada y bien peinada, acudía los domingos para pasar el día. Para muchos podía ser el espacio de trabajo; para la mayoría era el espacio reservado a

la fascinación, a la contemplación del rascacielos deslumbrante de la Telefónica, de los bellos edificios que sustituían a las viejas casas de ladrillo ajado, de las tiendas con lo último en moda, de los cines y sus luces.

### 5.3 El fin de los barrios negros. El nuevo rostro del Ensanche Sur

Toda la ciudad vivía pendiente de la Gran Vía, una operación urbanística y económica de grandes dimensiones, que implicaba el derribo y la construcción de bastantes inmuebles, de manzanas enteras de edificios. El negocio que iba a generar esa calle sería fabuloso, no sólo para grandes empresas de la construcción, sino también para los pequeños autónomos y pequeños comerciantes que fueran ágiles de mente, que se movieran rápido para cerrar un buen trato.

*“Pago más caro que nadie toda clase de metales.”*<sup>14</sup> Bajo este lema, Serafín Paul cimentó su fortuna. Con eso y con toda la astucia aprendida desde pequeño, cuando iba con su padre, como traperillo ocasional, recogiendo basuras por las calles o buscando chatarra vieja en los muladares y descampados del antiguo barrio de las Peñuelas. Serafín fue un superviviente al hambre y se curtió en el arte de arañar hasta el último céntimo en cada uno de los tratos que cerraba. Como todo anunciante, procuraba hacerse con clientes a través de ofertas tentadoras, pero no regalaba nada. Sabía hasta dónde podía pagar, con qué podía hacer verdaderos negocios y dónde encontrarlos. Su olfato de comerciante le indicaba dónde palpitaban los dineros de la ciudad, a dónde debía dirigirse para conseguir gangas en materiales que, una vez transformados en su fundición, revendería por un buen precio.

Serafín olió el negocio de la Gran Vía. Interesado como siempre en los materiales de segunda mano, bregó por tener acceso a los inmuebles demolidos y hacerse con todo aquello que pudiera interesarle. La cantidad de metales reciclables para su fundición era ingente cuando se derruía un edificio, cuanto más si se trataba de una manzana al completo. En 1915, Serafín anunciaba en numerosos periódicos que se había hecho con todo el material de los derribos comprendidos entre las calles de Desengaño, Hilario de Peñasco, Los Leones y Jacometrezo (ilustración 5.7) y que los vendía a buen precio desde uno de sus almacenes, situado en el Paseo de las Acacias. Hasta daba su número de teléfono para todos aquellos que pudieran estar interesados y contaran también, obviamente, con un teléfono.

---

<sup>14</sup> Fuente: *El Imparcial*, 1901.





### 5.3.1 La pesada herencia de las corralas y las chabolas

Hasta el final de la Primera Guerra Mundial, Madrid fue un gigante que arrastró graves problemas del pasado y sin soluciones a la vista. La constante llegada de inmigrantes hizo más y más populosa a la ciudad, al tiempo que agravó sus viejos apuros con la vivienda. La mayoría de sus calles seguían pareciendo angostos desfiladeros, que culebreaban entre las filas de casas apretadas de lóbregos sótanos y porterías, principales con lustroso balcón, entresuelos cicateros y nidos de buhardillas y sotabancos. El Ensanche no había logrado ofrecer un alojamiento digno a un segmento de la población con exiguos recursos económicos y las barriadas con viviendas de mala calidad se habían expandido como un reguero de pólvora, tanto por el Ensanche como por el Extrarradio madrileño.<sup>15</sup> Todos los debates, congresos y reflexiones de los especialistas del siglo XIX habían quedado en nada y el problema, compartido por otras grandes ciudades de la época, se había enquistado sobremanera.

En 1914, el Alcalde de Madrid, el vizconde de Eza, consideraba que el mal era *“tan agudo como apremiante el remedio.”*<sup>16</sup> Con motivo de la persistencia de enfermedades infecciosas a principios de siglo,<sup>17</sup> el director del Laboratorio Químico Municipal realizó un trabajo de investigación, a través de numerosas visitas a las viviendas de los diversos barrios de la ciudad, para informar *“sobre las condiciones en que vive no sólo el proletariado sino las clases poco pudientes”*.<sup>16</sup> Para César Chicote, autor del trabajo, *“el que alquila una vivienda insalubre es un ser abandonado por la sociedad y sin alientos ni medios; se cobija en un casucho, no por cálculo, sino porque las habitaciones de que hoy pueden disponer los dos tercios de las familias madrileñas, además de ser escasas en número, son caras y son insalubres.”*<sup>16</sup> Chicote no dudaba a la hora de atribuir la responsabilidad de tal situación a los propietarios de esas viviendas insalubres, porque *“no les preocupa el número de víctimas que suponen los alquileres que aquéllas rinden –siempre más productivos que los de las casas habitables–”* y lanzaba un dardo a las autoridades públicas, *“porque nadie hace nada por evitar lo que en realidad constituye verdaderos atentados criminales.”*<sup>16</sup>

Hasta el año 1911, fecha en la que se aprobó la Ley de Casas Baratas, formulada por el Instituto de Reformas Sociales para establecer las condiciones

---

<sup>15</sup> BRANDIS GARCÍA, María Dolores: *El paisaje residencial en Madrid*, MOPU, Madrid, 1983.

<sup>16</sup> CHICOTE y DEL RIEGO, César: *La vivienda insalubre en Madrid. Memoria presentada al Excmo. Sr. Vizconde de Eza, Alcalde Presidente de Madrid, por el director jefe del Laboratorio Municipal*, Imprenta municipal, Madrid, 1914.

<sup>17</sup> CHICOTE y DEL RIEGO, César: *Reorganización del servicio de la limpieza de Madrid (texto impreso)*, Ricardo Fe, Madrid, 1906; CHICOTE y DEL RIEGO, César: *La lucha contra la viruela (texto impreso): sobre la preparación de la vacuna en el Laboratorio Municipal de Madrid*, Imprenta municipal, Madrid, 1904; CHICOTE y DEL RIEGO, César: *El servicio municipal de la desinfección en Madrid (texto impreso)*, Tipografía moderna, Madrid, 1901.

higiénicas mínimas que debían reunir las nuevas edificaciones, no existió una prohibición taxativa que impidiera habitar una vivienda insalubre o ruinoso, ni tampoco una obligación explícita a los propietarios para que efectuaran trabajos de mantenimiento, reparación y saneamiento de sus viviendas.<sup>18</sup> Las disposiciones generales sobre la salubridad en el alojamiento se habían centrado en otro de los grandes males de la ciudad: el pésimo estado de la red de alcantarillado y la carencia absoluta de canales de desagüe en buena parte de las calles de la ciudad, especialmente en los barrios del sur.<sup>19</sup> La preocupación del Ayuntamiento por este asunto le llevó, en 1905, a establecer que en toda obra de construcción o de reforma, “*así radiquen las fincas en el Interior o en el Ensanche, como en el Extrarradio, se determinará en los planos la disposición de los retretes, su ventilación directa e independiente de las bajadas de aguas pluviales, las bajadas de aguas sucias, detallando los sifones y los desagües.*”<sup>20</sup>

Estas primeras normativas fueron un tímido avance en la solución de los problemas, pero su incumplimiento fue más habitual de lo deseado y fueron claramente insuficientes. En la obra de Chicote, el alcalde afirmaba que el problema de la higiene y el alojamiento en la gran ciudad “*es de asistencia social. La vivienda es una parte de ese problema: las raíces del mismo están más hondas*”, y que las soluciones debían llevar “*al pobre a habitación sana, a hogar higiénico y a hábitos de orden, que no pueden exigirse en donde el aire nauseabundo inficciona al pulmón que lo respira.*”<sup>21</sup>

El problema del Ayuntamiento es que sus soluciones no aparecían por ningún lado. Carecía de una política sanitaria decidida y coordinada, que pusiera coto a la vivienda insalubre y mejorara realmente las condiciones de vida de los habitantes de los barrios más desfavorecidos. Esto motivó que se mantuviera una flagrante desigualdad entre las tasas de mortalidad de unos y otros barrios, a pesar del ligero descenso registrado durante las dos primeras décadas del siglo XX.<sup>22</sup> La mortalidad infantil y los embates de algunas enfermedades se hicieron notar con mayor virulencia en los barrios del sur, del norte y del anillo exterior

<sup>18</sup> BRANDIS GARCÍA, María Dolores: *El paisaje residencial en Madrid*, MOPU, Madrid, 1983; BARREIRO PEREIRA, Paloma: *Casas baratas. La vivienda social en Madrid (1900-1939)*, COAM, Madrid, 1992.

<sup>19</sup> HAUSER, Philip: *Madrid bajo el punto de vista médico-social*, 2 Vols., Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1902 (edición facsímil de Editora Nacional, 1979).

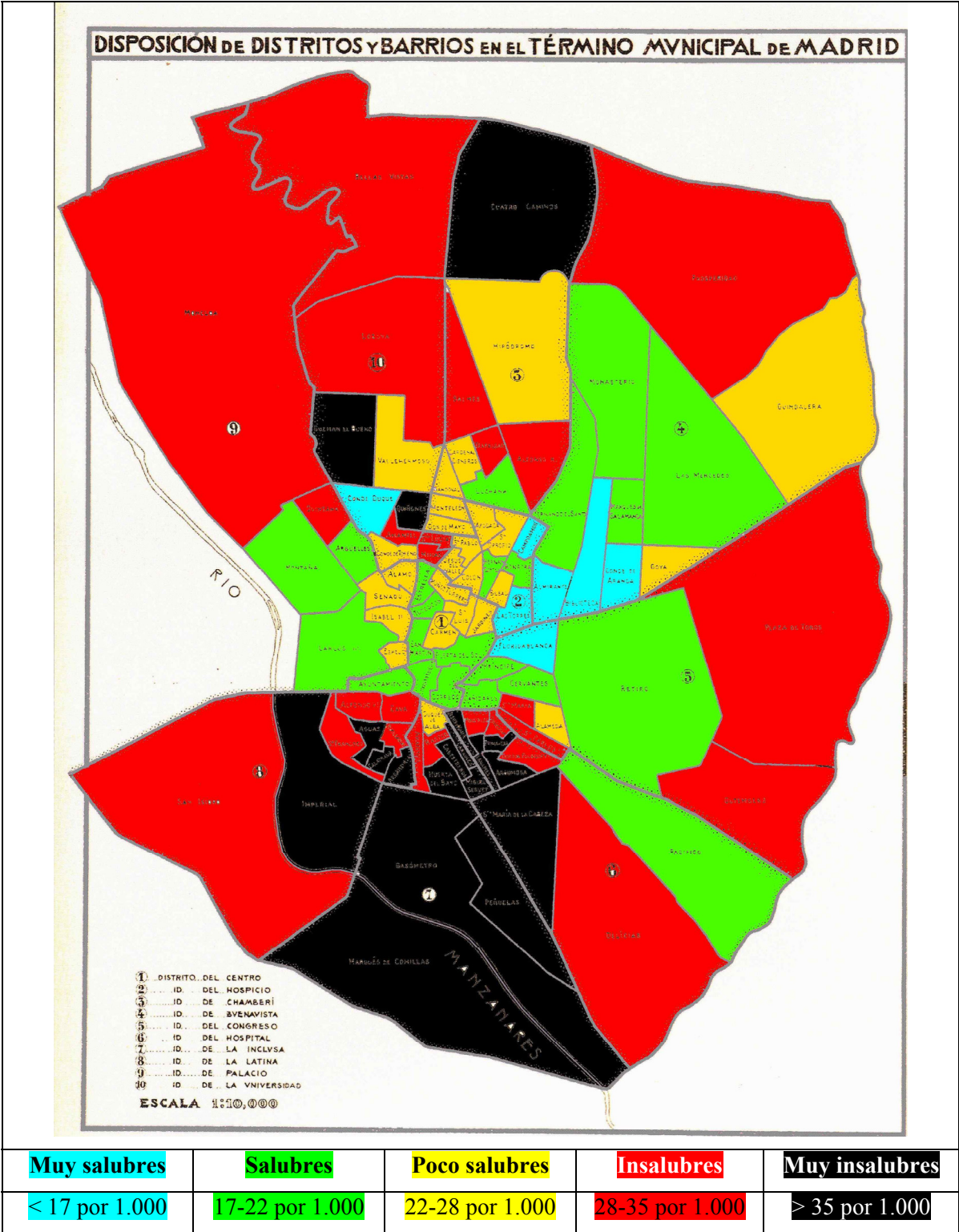
<sup>20</sup> AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Resolución adoptada por el Excmo. Ayuntamiento a propuesta de la Comisión de Obras, en relación de 10 de noviembre de 1911, para regular de una manera definitiva el saneamiento de las viviendas*, en BRANDIS GARCÍA, María Dolores: *El paisaje residencial en Madrid*, MOPU, Madrid, 1983, pág. 143.

<sup>21</sup> CHICOTE y DEL RIEGO, César: *La vivienda insalubre en Madrid. Memoria presentada al Excmo. Sr. Vizconde de Eza, Alcalde Presidente de Madrid, por el director jefe del Laboratorio Municipal*, Imprenta municipal, Madrid, 1914.

<sup>22</sup> FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Comunidad de Madrid-Alfoz, Madrid, 1989, Vol. I, pp. 29-76.

de la ciudad, mientras que el centro y el Ensanche Este gozaban de las mejores condiciones de salubridad (ilustración 5.8).

Mapa de mortalidad de Madrid por barrios (1914)



[Ilustración 5.8. Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de César Chicote en su obra *La vivienda insalubre*. El rango de porcentajes es el mismo que utilizó el autor.]



En la zona del Ensanche, las diferencias eran muy agudas entre los barrios que habían dispuesto de los recursos necesarios para tener unas infraestructuras adecuadas y aquellos otros que habían sido perjudicados por los procesos especulativos con el suelo y por el sistema de financiación adoptado para las obras públicas. Barrios como Biblioteca, Conde de Aranda, Fernando el Santo, Marqués de Salamanca o Retiro, disfrutaban de grandes avenidas, calles rectas y aireadas, con filas verdes de árboles en sus costados, perfectamente pavimentadas y con un adecuado sistema de alcantarillado. Allí las casas se construían para gente adinerada y contaban con todas las comodidades de la época. No había casas de vecindad con letrinas comunales y patios enfangados por la lluvia y los desperdicios. La gente se alimentaba y se vestía sin los apuros de otros vecindarios y, por tanto, era lógico que enfermaran menos o que se libraran de los ataques del cólera, la viruela o la tuberculosis.

Los barrios de Imperial, Gasómetro, Peñuelas o Santa María de la Cabeza, en el Ensanche Sur, eran el reverso de ese mundo privilegiado. A pesar de pasarse media vida protestando y reivindicando mejoras urgentes y básicas, vecinos como Camilo Laorga, Diego Lorenzález o Isidoro Lerena, no habían impedido que sus barrios continuaran siendo rostros destacados de esa ciudad de la muerte. La mayoría de sus calles seguían mal empedradas a comienzos del nuevo siglo y carecían del alcantarillado necesario para la correcta evacuación de las aguas fecales y residuales. Por tanto, las casas no podían disponer de *retretes ventilados e independientes*, aunque así lo estipulase la ley municipal, sino que recurrían a letrinas comunes, fosas sépticas y pozos negros.

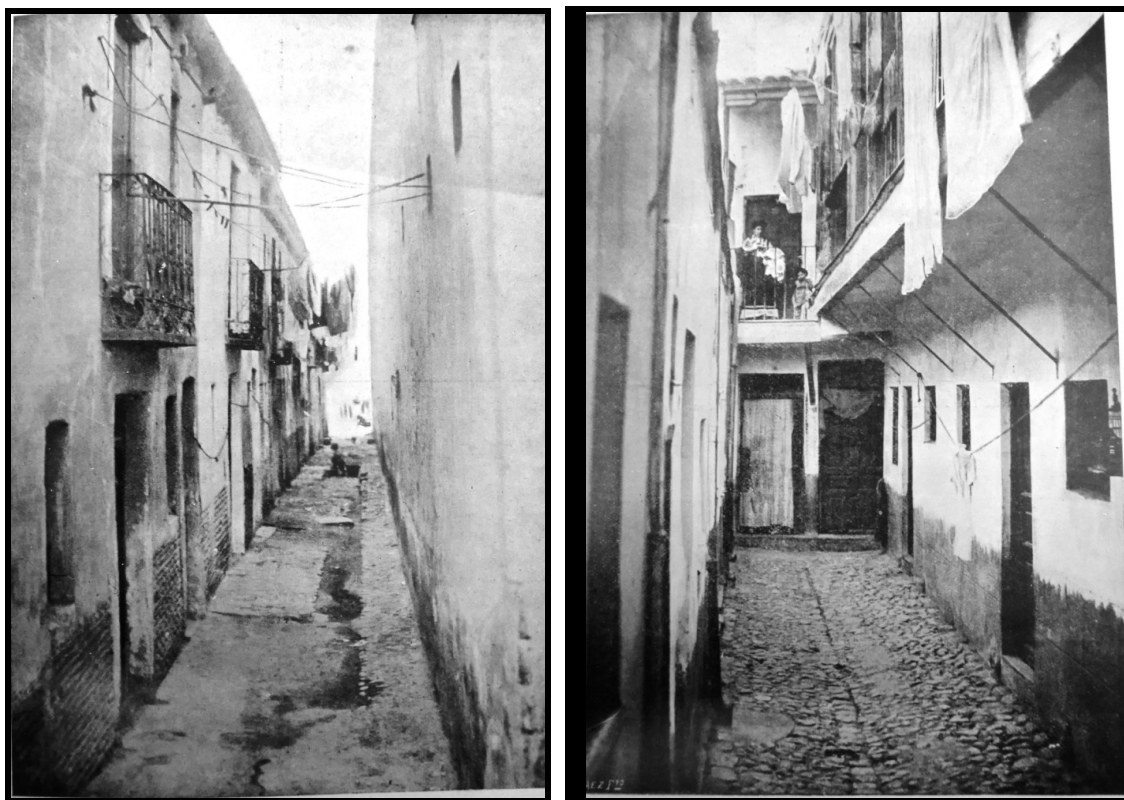
Una situación a la que se añadían la habitual “estrechez de las calles y excesiva elevación de las casas; la mala orientación para la luz solar y la conveniente aireación; (el hecho de) estar edificadas sobre terrenos saturados de humedad, sin sótanos que las aislen o con materiales que retiene el agua; el débil espesor de los muros; las reducidas dimensiones de los cuartos y la poca altura de los techos; la falta de aislamiento con las atarjeas; o el hacinamiento.”<sup>23</sup> En su informe sobre las condiciones de salubridad de la población, el director del Laboratorio Municipal recordaba que no es lo mismo hacinamiento que densidad de población:

*“En el distrito del Centro, cuya mortalidad es de las más bajas y en donde la densidad es mayor (cada persona disponía 13 m<sup>2</sup>) se disfruta del beneficio de que cada familia viva en un cuarto más o menos amplio, pero con entera separación e independencia y compuesto de varias habitaciones y dormitorios, ocupados sólo por una o dos personas; y por esta causa su mortalidad es baja, aún luchando con la gran altura de las casas y la exagerada estrechez de la mayor parte de las calles. En cambio, en el distrito de Inclusa o de Hospital, la extensión superficial para cada habitante es mucho mayor (35 y 36 m<sup>2</sup>), pero*

<sup>23</sup> CHICOTE y DEL RIEGO, César: *La vivienda insalubre en Madrid. Memoria presentada al Excmo. Sr. Vizconde de Eza, Alcalde Presidente de Madrid, por el director jefe del Laboratorio Municipal*, Imprenta municipal, Madrid, 1914.

*como en ellos existe verdadero hacinamiento, la mortalidad aumenta considerablemente.*”<sup>24</sup>

En el Ensanche Sur aún subsistían extensos descampados durante las primeras décadas del siglo, espacio más que suficiente para haber edificado casas con cuartos amplios y ventilados, pero la realidad dictaba que la gente viviera en cuartos estrechos, malolientes, oscuros y llenos de humedades. En sus recorridos por la zona, César Chicote observó que *“las rondas con sus inmensas casas de corredor, la calle del Ferrocarril, con sus lóbregos callejones del Oeste y del Ferrocarril, el arroyo de Embajadores, la vergonzosa plaza de las Peñuelas, las calles de las Peñuelas y Labrador, todas ellas con sus casuchas de corredor y de patio, se nos ofrecen como una demostración bien exacta de la casa insalubre y de la manera penosa de vivir de la clase obrera. De calles como la de Ercilla reproducimos algunos interiores de sus casas, con el fin de que se pueda juzgar sobre las dificultades que en 1909 se opusieron para combatir con éxito la verdadera epidemia de tifus exantemático que en ella existió. Y ya en el interior, existen otras calles (entre las que cita a Martín de Vargas entre varias de los barrios bajos del casco antiguo) con casas que dan idea perfecta de las condiciones insalubres de las que tanto abundan en los distritos de Hospital, Inclusa y Latina.*”<sup>24</sup>



[Ilustración 5.9. Imágenes del Callejón del Oeste (izquierda) y del interior de la casa nº 18 de la calle de las Peñuelas (derecha). Fuente: *La vivienda insalubre en Madrid*, de César Chicote.]

<sup>24</sup> CHICOTE y DEL RIEGO, César: *La vivienda insalubre en Madrid. Memoria presentada al Excmo. Sr. Vizconde de Eza, Alcalde Presidente de Madrid, por el director jefe del Laboratorio Municipal*, Imprenta municipal, Madrid, 1914.

Las familias de esas casas, encabezadas por jornaleros, artesanos empobrecidos o mujeres viudas,<sup>25</sup> se movían en un ambiente asfixiante y sucio, donde las calles o los patios eran como pasillos patibularios, manchados por regueros negros de agua putrefacta, donde el sol apenas se asomaba y el frío y la humedad desconchaban la cal de las paredes. Eran los nidos donde se incubaban todo tipo de enfermedades, avivadas por un atroz hacinamiento. En 1907, en otro trabajo para el Laboratorio Municipal, César Chicote consignó las casas donde el personal de desinfección había acudido por la repetición en ellas de numerosos casos de enfermedades infecciosas. De las doce casas registradas, ocho pertenecían al Ensanche Sur: en la Ronda de Segovia, el nº 10 (340 habitantes), el nº 11 (493 habitantes), el nº 13 (340 habitantes) y el nº 37 (765 habitantes); del Paseo de las Delicias, el nº 7 (376 habitantes); del Paseo de Santa María de la Cabeza, el nº 10 (321 habitantes); de la calle del Pacífico, el nº 32 (320 habitantes) y de Méndez Álvaro, el nº 16 (625).<sup>26</sup>

Las casas bajas de la Plaza de las Peñuelas, otro de los focos habituales en las epidemias que azotaron Madrid durante el XIX, marcaban la frontera que conducía a un territorio marginal y apartado. El paisaje cambiaba por completo. Atrás quedaban las casas de vecindad de las rondas y de los paseos, auténticas colmenas de familias arracimadas en torno a un patio de vecindad, o las exprimidas calles y callejones del antiguo arrabal. Desde la plaza hasta el río Manzanares las casas eran bajas, con los tejados al alcance de la mano y la gente sentada a la puerta, en un cuadro más rural que urbano.



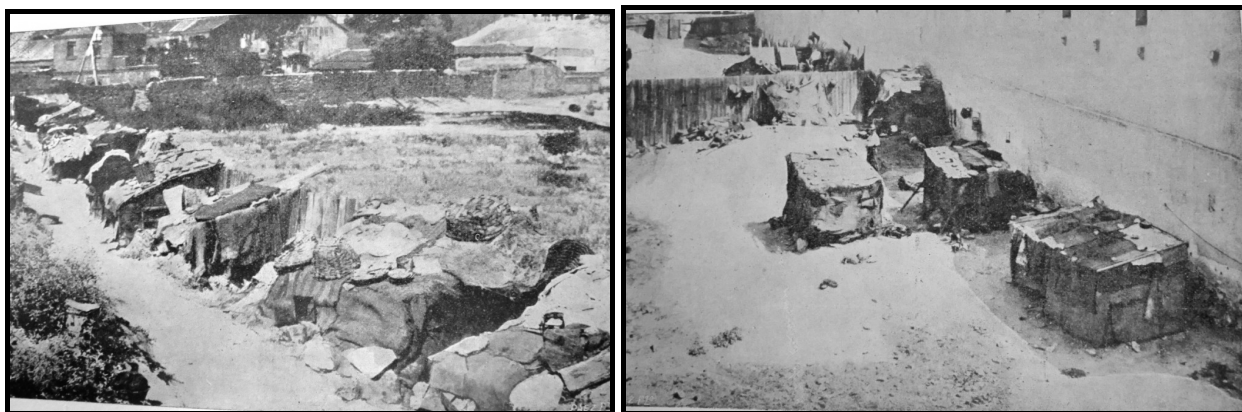
[Ilustración 5.10. Imagen de la Plaza de las Peñuelas. Fuente: *La vivienda insalubre en Madrid*, de César Chicote.]

<sup>25</sup> Para un análisis de la composición social y profesional de los inquilinos de algunas de esas casas en 1905, ver el capítulo 4.

<sup>26</sup> CHICOTE y DEL RIEGO, César: *El servicio de limpieza (texto impreso). Memoria que eleva al Excmo. Ayuntamiento de Madrid D. César Chicote*, Jaime Ratés, Madrid, 1921; y padrón municipal de 1905, AVM, sección Estadística.

Por allí desaparecía hasta el empedrado mal dispuesto. No había calles que valieran, sólo tierra y yerbajos, montículos de desperdicios, cercas medio caídas, regatos y arroyuelos de aguas residuales, barrancos y descampados. En ese entorno proliferó una alternativa al problema de la vivienda, mucho más económica y sencilla de llevar a la práctica, pero también más nociva para la salud de las personas y con una carga mayor de dramatismo y desesperación: el fenómeno del chabolismo.

Para el director del Laboratorio Municipal, después “*de los vertederos de basuras urbanas y muladares, la manifestación más primitiva de la vivienda consiste en un número crecido de pobrísimas chozas que seguramente excede de 2.000. Estas chozas, construidas con barro o materiales rebuscados de los rellenos y con latas para formar el tejado, están habitadas por familias muy numerosas, cuya existencia no es aventurado suponer conste solamente en las casas de socorro, en los hospitales y en el cementerio, pues es dudoso que la estadística llegue con su empadronamiento hasta esos antros urbanos.*”<sup>27</sup> Eran poco más que cajas de chapa, cartones, piedras y basuras amontonadas, que buscaban descampados, pequeños caminos en tierra de nadie o tras las empalizadas de las estaciones ferroviarias. Eran más refugios que viviendas de personas que eran incapaces de pagar un alquiler, por mínimo que fuera. Gente que ni siquiera aparecía en los registros del empadronamiento municipal, que sobrevivía en la marginalidad absoluta y a la expectativa de que las autoridades procedieran al derribo de sus chamizos y tuvieran que rehacerlos en cualquier otro rincón.



[Ilustración 5.11. Imágenes de chozas y chabolas en diferentes zonas del Ensanche Sur, como los descampados del Arroyo de Embajadores (izquierda) o las proximidades de la estación de Imperial (derecha). Fuente: *La vivienda insalubre en Madrid*, de César Chicote.]

<sup>27</sup> CHICOTE y DEL RIEGO, César: *La vivienda insalubre en Madrid. Memoria presentada al Excmo. Sr. Vizconde de Eza, Alcalde Presidente de Madrid, por el director jefe del Laboratorio Municipal*, Imprenta municipal, Madrid, 1914.

Desde su puesto como director de la salubridad pública del municipio, César Chicote concluía que *“estas chozas constituyen una gran vergüenza y un peligro grave para Madrid, puesto que en ellas toda medida de desinfección es ilusoria (...), y su resolución (demolición) no debe hacerse esperar, si se quiere que desaparezca no sólo el aspecto de aduares que ofrecen los alrededores de la capital, sino un vivero muy adecuado para los gérmenes de las más temibles enfermedades.”*<sup>27</sup> El Ayuntamiento, consciente de ello, había dado comienzo a una serie de derribos en las zonas más deprimidas y marginales de la ciudad, que afectaban a casas en estado ruinoso. En 1905, por ejemplo, ordenó derribar *“las casas de las calles de Jacometrezo, nº 77 (casco antiguo) y Cristo de las Injurias, nº 11, así como las construcciones enclavadas en el Arroyo de Embajadores, nº 11 y en la calle de Méndez Álvaro, nº 38 y 39. Todas están denunciadas por ruinosas y faltas de condiciones higiénicas.”* El propio Ayuntamiento avisaba a los propietarios que *“si no se llevan a cabo los derribos en el plazo señalado por la Alcaldía, los hará el Ayuntamiento a costa y cargo de los dueños de dichas fincas.”*<sup>28</sup>

Las chabolas eran la representación absoluta del Madrid pobre y marginal, de un mundo de trapos y harapos con el que se pretendía acabar a base de derribos. Un mundo que contemplaba sus últimos días por la llegada de la piqueta, por los aires de renovación que soplaban desde el centro, decididos a terminar con aquella situación de incuria generalizada, dispuestos a erradicar los símbolos de la pobreza magra y astrosa. Un cambio que empujó a los más miserables a ir en busca de un nuevo refugio, de otro cobijo donde pasar la noche, de los que tanto abundaban en los andurriales próximos al río, en las proximidades de las barriadas de las Cambronerías, las Injurias o Casablanca, en los últimos confines del submundo negro de la ciudad.

*“- Pero, ¿no hay sitios por ahí para pasar la noche? –dijo Jesús.  
- La mar –contestó el viejo-, por todas partes. Ahora que en el invierno se tiene frío.  
Don Alonso tenía su rincón y llevó allá a Manuel y a Jesús. Una casa en ruinas próxima al puente de Toledo; no quedaba de ella más que las cuatro paredes. Ocupaba el centro de una huerta; tenía un cañizo sobre el cual sobresalían unas cuantas vigas negruzcas, como las chimeneas de un pontón. El suelo era húmedo, de tierra; quedaban algunos tabiques de la casa en pie; los agujeros del techo estaban obturados con haces de caña cogidos en el río y pedazos de estera.”*

Pío Baroja, *La lucha por la vida II. Mala hierba*, 1905.

---

<sup>28</sup> Fuente: *El Globo*, 1905.

### 5.3.2 *El festival de las obras. Mejores calles...*

La modernización del espacio urbano alcanzó el brillo de la fascinación y el esplendor en la Gran Vía, pero también tuvo eco en otras zonas más alejadas, incluso en las más degradadas y olvidadas de la ciudad. Si Madrid aspiraba a convertirse en una moderna metrópoli, la transformación de su espacio no podía reducirse al tajo central de la Gran Vía, por deslumbrante que fuera, sino que debía expandirse por más sitios, especialmente aquellos que registraban peores condiciones de vida por el mal estado de sus habitaciones y de sus calles. Madrid carecía de proyecto que regulara su crecimiento, pero los aires de cambio, de saneamiento, de mejora, se colaban por cada esquina de su callejero e irrumpieron con fuerza en los barrios negros.

Después de tantas décadas de abandono, de mil y una excusas argüidas desde el poder para no ejercer su responsabilidad, de cientos de reuniones y debates de los vecinos para crear un frente común, de entrevistas personales con diputados y concejales para hacerles ver la urgente necesidad de aquellos barrios, de comidas y ágapes ofrecidos para contar con estómagos agradecidos y partidarios de la causa, el Ayuntamiento, por fin, decidió que era hora de mirar al sur de la ciudad con una política de obras públicas que subsanara la incuria de tantos años. Un cambio de política que llevó a realizar, en menos de dos décadas, más intervenciones que en el medio siglo anterior.

Las mayores obras se centraron en la instalación de la red de alcantarillado y en la pavimentación de las principales calles. Una de las primeras en acometerse fue el paseo de Santa María de la Cabeza, en 1913, vía de comunicación de gran relevancia en la circulación de todo el sector, pues enlazaba directamente la zona del río con la glorieta de Atocha, la estación del ferrocarril y el paseo del Prado. En 1920 se anunciaba la pavimentación de las rondas de Toledo y Segovia, las plazas de ambos puentes, los paseos de Yaserías, de la Chopera y Blanco, y la urbanización e instalación de luz eléctrica en las calles de la Batalla del Salado y del Ferrocarril. Además, se inició la construcción de un muro con pretil a lo largo de la vía de circunvalación del ferrocarril, cuyo primer tramo iba desde el paseo de las Delicias hasta la glorieta de Santa María de la Cabeza, que ponía fin a años de peligro latente con la vía del tren guarecida por una endeble cerca de tablas.<sup>29</sup>

---

<sup>29</sup> Fuente: *El Globo*, 1920.



[Ilustración 5.12. Pavimentación del Paseo de Santa María de la Cabeza, 1913. Fuente: Museo de Historia de Madrid.]

La extensión de la red de alcantarillado, iniciada por el Municipio desde 1900 con la construcción de tres grandes colectores, comenzó a notarse por los barrios del Ensanche Sur a partir de 1915, cuando las vías principales fueron abiertas en canal para instalar el gran colector que embocaba hacia el río (ilustración 5.13). Esa modernización de los sistemas de abastecimiento de agua y alcantarillado hubiera sido imposible si las condiciones por las que discurría el Manzanares a su paso por la ciudad hubieran mantenido su deplorable aspecto de cloaca infecta. Era imprescindible encauzar el río, proyecto que fue encargado por el Ministerio de Fomento a la Jefatura del Canal de Castilla y Canalización del Manzanares en 1912. Las obras de canalización comenzaron en 1914 con los objetivos de sanear el cauce (las aguas residuales y de lluvia eran expulsadas fuera del casco urbano a través de dos colectores generales) y regularizarlo y terminaron en 1925, debido a las restricciones económicas impuestas por el Ministerio, que sólo permitieron actuar entre el Puente de los Franceses y el arroyo de Abroñigal.<sup>30</sup> Aun así, esas obras lograron que el Manzanares dejara de ser ese río negro, putrefacto y con gatos muertos que horrorizó a Baroja.

<sup>30</sup> Fuente: VELASCO MEDINA, Fernando: “Infraestructuras básicas para el crecimiento”, en PINTO CRESPO, Virgilio (dir.): *Madrid: Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Fundación Caja Madrid, Madrid, 2001, pp. 236-248.



[Ilustración 5.13. Obras en la Ronda de Atocha para la instalación del gran colector, 1915. Fuente: Colección Izquierdo-Mariblanca.]

De todas esas obras Serafín Paul sacó, probablemente, algún provecho, pues anunciaba con asiduidad la venta de “*tuberías de varios diámetros para conducción de aguas, gas y emparrado, todo seminuevo y a buen precio.*”<sup>31</sup> Pero más allá del posible beneficio a particulares, esas reformas obraron a favor de una mejora general en las condiciones sanitarias de los barrios. En 1922 se prohibió la construcción de nuevos pozos negros y para los existentes se decidió su reemplazo por fosas sépticas. Obviamente, muchas casas siguieron sin contar con una salida adecuada para sus aguas residuales y las diferencias respecto a otros barrios más acomodados no habían desaparecido completamente. De las 240 fosas sépticas y 981 pozos negros que existían en la ciudad a la altura de 1929, 438 se repartían por el distrito de Latina y 439 por el de Inclusa, dos de los distritos a los que pertenecían los barrios del Ensanche Sur.<sup>32</sup>

Pero la situación había mejorado notablemente. Todas las calles principales contaban con esa red subterránea de tuberías, estaban bien iluminadas y correctamente pavimentadas, o en vías de estarlo. Las calles secundarias o las zonas más apartadas y con menos población quedaron rezagadas a la hora de saborear esas mejoras, pero poco a poco lo fueron notando. Las casas en estado ruinoso y que habían sido foco habitual de epidemias en el pasado fueron las primeras en caer. Fue todo un símbolo que los derribos comenzaran en 1905 por el barrio de las Injurias, el punto nigérrimo de la ciudad. Fueron actuaciones

<sup>31</sup> Fuente: *El País*, 1916 y 1917.

<sup>32</sup> AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Memoria. Información sobre la ciudad. 1929*, Madrid, 1929.



intermitentes, que afectaban a una casa o dos cada vez, lo que demoró excesivamente el completo saneamiento de estos focos de vivienda insalubre. A finales de los años veinte aún se localizaban casas en pésimas condiciones en las zonas próximas al río, pero el caserío de barrios negros, como las Injurias y las Cambronerías, fue seriamente diezmado. Incluso un periódico como *La Voz*, el diario vespertino hermanado con *El Sol*, tan proclive a denunciar la miseria de ese *Madrid oculto que Madrid no ve*, reconocía en sus artículos la irrupción de un cambio:

*“Nos internamos por el paseo de los Melancólicos, paralelo al ferrocarril de circunvalación, y llegamos hasta una especie de aduar. Aquellos son los restos del antiguo y famoso barrio de las Cambronerías, donde aún queda en pie un grupo de viviendas que por higiene debiera desaparecer, como desaparecieron hace tiempo las del no menos famoso barrio de las Injurias. Desde una altura próxima contemplamos en el fondo de una barrancada el grupo de viviendas que constituyen el legendario barrio de las Injurias, que ha cambiado bastante en estos últimos años, por lo que se refiere a la calidad de sus moradores, que son actualmente en su mayoría modestos obreros de la villa, que se han encargado de adecentar el exterior de aquellos tabucos, aunque queda en cambio en pie la cuestión interna de la vida miserable y antihigiénica.”*<sup>33</sup>

En esa misma línea se situó el derribo de todas las chozas desperdigadas por los desmontes, descampados y zonas de paso del Ensanche Sur. Las chabolas y chamizos de la Alhóndiga, del Arroyo de Embajadores o de la estación de Imperial, fueron desapareciendo a mediados de los años 20 por órdenes del Gobernador civil de la provincia, que dispuso el desalojo forzoso de las familias y la destrucción por fuego de aquellos tugurios de chapa y trapo, tras los informes del Laboratorio Municipal sobre la reincidencia de casos de viruela infecciosos.<sup>34</sup> Las operaciones de desahucio las dirigió el personal del propio Laboratorio, acompañado por fuerzas de orden público atentas a prevenir cualquier altercado con los afectados. Éstos fueron llevados al parque de desinfección que el Laboratorio Municipal tenía en la avenida de Menéndez Pelayo, donde les cortaron el pelo, les dieron un baño, se les proporcionó ropa limpia y comieron un panecillo, un trozo de merluza, un filete y un vaso de café. Desde allí fueron trasladados a la Colonia Benéfica del Trabajo, donde permanecieron por un tiempo hasta su realojo definitivo. En las fotos que les tomaron se aprecia su mirada perdida tras ser despojados de lo único que tenían, cohibidos por la presencia de tantos guardias y de tantos periodistas que les examinaban como animales exóticos, que les exhibían como una especie de trofeo, abrumados por no saber qué iba a ser de ellos.

---

<sup>33</sup> Fuente: *La Voz*, 1927.

<sup>34</sup> Fuente: *La Voz*, 1925.



[Ilustración 5.14. Titular de la noticia aparecido en el diario *La Voz* y fotografía de las familias desalojadas de las chozas comiendo en el parque de desinfección, bajo la mirada del personal del Laboratorio Municipal y las fuerzas de orden público que participaron en la operación, 1925. Fuente: Alfonso.]

### 5.3.3... para un barrio más caro...

Todas esas acciones apuntaban a la emergencia de un cambio en el rostro de los barrios del Ensanche Sur y su papel en el conjunto de la ciudad. Los derribos de casas ruinosas, los enjambres de albañiles y peones poniendo alcantarillas y arreglando calles por doquier, el desalojo de pobres y la destrucción de sus chabolas, eran la espuma de los acontecimientos que salpicaba en la prensa con titulares grandilocuentes. Respondían a una voluntad explícita por mejorar las condiciones vida de la población urbana, especialmente en los barrios más desfavorecidos e insalubres. Pero también estaban vinculadas a una corriente de fondo, la segregación social del espacio, iniciada en la segunda mitad del siglo XIX.<sup>35</sup> Un proceso que implicaba una especialización económica por áreas y una distinción social implícita de las personas en función del barrio o la calle donde residieran. Un fenómeno de distanciamiento que no hizo más que agudizarse durante el primer tercio del siglo XX, a medida que Madrid se expandía por sus alrededores, como también sucedió en otras grandes ciudades europeas.<sup>36</sup>

<sup>35</sup> Ver capítulo 4 del presente trabajo.

<sup>36</sup> GUARDIA, Manuel, MONCLUS, Francisco Javier y OYÓN, José Luis: *Atlas histórico de ciudades europeas. Vol. 1, Península ibérica*, Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona y Fundación Caja de Arquitectos, Barcelona, 1994.

La marcada segregación en torno a 1900 se amplificó en el espacio y se acentuaron las distancias entre los barrios debido a la desigual revalorización del suelo y, por tanto, de los alquileres de las viviendas. Los barrios que experimentaron subidas más espectaculares fueron aquellos que registraron una mayor actividad constructiva. En el interior, la apertura de los dos primeros tramos de la Gran Vía y la instalación en ella de las sedes de los principales bancos, de las compañías de seguros y de las oficinas de importantes empresas, significaron un baño de oro para los inmuebles de barrios como San Luis y Las Torres, cuyos alquileres se dispararon en comparación a otras zonas del Interior, como Floridablanca, Príncipe, San Martín o Carmen, también caras, pero con una evolución más pausada al no experimentar tan directamente el impacto de la Gran Vía (ver figura 5.1).

En la zona del Ensanche, los grandes protagonistas en el incremento de los alquileres fueron los barrios más alejados del centro, aquellos que en 1900 estaban menos urbanizados y contaban con los alquileres más económicos, como la zona del extremo norte y noroeste que lindaba con el Extrarradio, toda la parte al este del Retiro y los barrios del sur. También destacaba un barrio intermedio como Las Mercedes, en el Ensanche Este, un buen ejemplo de la tozuda resistencia de los propietarios de suelo a edificar, mientras jugaban la baza de esperar y esperar a que el precio del terreno continuara subiendo antes de venderlo. Esta situación trató de corregirse a través de varias medidas, entre las que destacó el Estatuto Municipal de 1924. La nueva ley incrementó el impuesto por mantener solares sin edificar y concedió la exención total de los arbitrios municipales y de los costes por licencias de construcción, lo que tuvo un efecto inmediato en su efervescencia edilicia a partir de entonces.<sup>37</sup> En el lado opuesto se situaron barrios como Retiro, Salamanca, Fernando el Santo, Biblioteca o Conde de Aranda, con menos huecos para edificar y con unos alquileres tremendamente caros ya en 1905, lo que hacía muy difícil que sus precios tuvieran el mismo recorrido que los anteriores.

Esta evolución desembocó en un nuevo mapa de alquileres a la altura de 1930 (ilustración 5.15), con una revalorización general tanto del Interior como del Ensanche madrileños. Las zonas del centro y las inmediaciones del paseo de la Castellana continuaron siendo las más caras y lujosas. Los grandes cambios llegaron en los barrios más alejados y especialmente en el Ensanche Sur, que perdieron la marca negra de principios de siglo. Si sólo se tienen en cuenta las áreas del Interior y del Ensanche, en 1930 continuaban estando en la base de la pirámide de alquileres, pero ya no eran los barrios más pobres de toda la ciudad, los barrios negros donde se levantaban las casas del mal vivir, de la miseria absoluta, de los piojos y las enfermedades, del hambre de pan negro, de los harapos, los pozos negros y las cloacas. Para entonces, habían cedido ese dudoso honor a las nuevas afueras del Extrarradio, de casas achatadas y polvorientas,

---

<sup>37</sup> BRANDIS GARCÍA, María Dolores: *El paisaje residencial en Madrid*, MOPU, Madrid, 1983.

aglutinadas alocadamente a lo largo de caminos retorcidos, entre extensos descampados yermos y montañas de muladares y escombros.

Evolución de los precios de alquiler en los barrios del centro y del Ensanche de Madrid							
Barrios con <i>mayor</i> crecimiento porcentual del alquiler				Barrios con <i>menor</i> crecimiento porcentual del alquiler			
Barrio	% Crecimiento	1905	1930	Barrio	% Crecimiento	1905	1930
San Luis (I)	387,37	84,79	413,24	Puerta del Sol (I)	126,33	278,60	630,56
Hipódromo (N)	339,76	19,66	86,47	Biblioteca (E)	118,84	155,02	339,25
Lozoya (N)	328,09	17,02	72,87	Carmen (I)	117,04	124,63	270,50
Plaza de toros (E)	323,83	27,19	115,24	Gutenberg (E)	113,87	31,33	67,01
Vallehermoso (N)	316,85	18,91	78,85	Príncipe (I)	110,76	277,97	585,84
Guzmán el Bueno (N)	310,54	23,12	94,94	Floridablanca (I)	103,83	208,86	425,72
Balmes (N)	294,47	19,92	78,58	San Martín (I)	103,55	153,59	312,63
<u>Imperial (S)</u>	<u>277,73</u>	<u>14,35</u>	<u>54,19</u>	Fernando el Santo (N)	98,50	157,58	312,79
<u>Delicias (S)</u>	<u>273,03</u>	<u>17,54</u>	<u>65,42</u>	Conde de Aranda (E)	92,85	132,08	254,72
Las Mercedes (E)	266,47	34,22	125,41	Salamanca (E)	79,32	90,87	162,95
<u>Peñuelas (S)</u>	<u>258,42</u>	<u>12,58</u>	<u>45,08</u>	Retiro (E)	65,20	146,87	242,63
Las Torres (I)	255,77	229,48	816,42	<u>Pacífico (S)</u>	<u>62,81</u>	<u>23,81</u>	<u>38,77</u>
<u>Gasómetro (S)</u>	<u>244,69</u>	<u>13,92</u>	<u>47,98</u>	Monasterio (E)	52,91	103,19	157,79

[Figura 5.1. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrones municipales de 1905 y 1930. Los datos correspondientes a los barrios del Interior (I) y de los Ensanches Este (E) y Norte (N) corresponden a las investigaciones de Santiago de Miguel, Borja Carballo y Rubén Pallol, respectivamente. Los datos del Ensanche Sur están subrayados. Los datos están expresados en pesetas corrientes y son alquileres mensuales.]

Personas como Serafín Paul, José López Gisbert o Carlos Amburtin Masés, que llevaban en los barrios del Ensanche Sur tantos años, algunos nacidos allí mismo, como Serafín o José, podían apreciar el cambio vertiginoso de la zona. Si los alquileres habían subido tanto, se debía indudablemente a la inflación general que afectaba al país después de la Gran Guerra europea, pero también a las numerosas mejoras urbanísticas de los últimos años. Hasta hacía muy poco, sobre todo al sur de la vía de circunvalación, las calles eran caminos polvorientos en verano y lodazales en los días de lluvia, las inmundicias corrían al aire libre formando regatos malolientes, las calles mejor alumbradas tenían cuatro farolas mortecinas de gas, se veían racimos de miserables chozas aquí y allá y por las lomas peladas y los barrancos de escombros pululaban mendigos y gente astrosa. En poco más de diez años, comenzaron a arreglarse las calles con un alcantarillado en condiciones, con faroles de luz eléctrica y un pavimento firme y uniforme, sin los socavones y los guijarros sueltos de los que tanto se habían quejado los vecinos desde el siglo anterior. Se rellenaron algunos barrancos y

zonas deprimidas, se amuralló parte de la peligrosa vía férrea, se derribaron chozas y casas ruinosas y se arrasó con las barriadas más marginales. En 1930, el barrio de las Injurias, como tal, había desaparecido y sólo quedaba alguna casa suelta, mientras que el de las Cambronerías fue seriamente mermado.

Fue un lavado de cara incompleto, pero importante, que no respondió a sentimientos caritativos por parte de las nuevas autoridades municipales, sino a las exigencias impuestas por el desarrollo económico de la ciudad. La elevada especialización industrial de toda la zona ahuyentó toda posibilidad de que surgiera una edificación de alta calidad, de palacetes y suntuosos inmuebles, y dificultó el crecimiento demográfico por la ocupación de suelo por parte de las fábricas y el ferrocarril, como tantas veces se ha repetido. Pero esa misma especialización económica fue la clave de su rehabilitación desde 1915, en consonancia con la emergencia industrial de Madrid al calor de la segunda revolución industrial. La implantación de un rico tejido industrial y empresarial requería de unos atractivos precios en el suelo que no implicaran perder un riñón y parte del otro a la hora de abrir una fábrica, como hubiera sucedido en la zona de la Castellana, pero también necesitaba una zona urbana acondicionada, con buenas vías de comunicación, con acceso a servicios como el agua corriente y la electricidad. Un entorno que fuera propicio para el desarrollo de la actividad económica de las empresas, pero que también fuera agradable para sus empleados y trabajadores. Si empresas como Standard Eléctrica, Unión Eléctrica o A.E.G., entre otras, decidían instalarse allí, lo que menos deseaban era que sus empleados se vieran envueltos, a la entrada y a la salida del trabajo, en un infierno de barrancos pestilentes, muladares, chozas y mendigos de mal aspecto, que no tuvieran una parada de tranvía a mano, o que ni siquiera pudieran utilizar su coche particular, aquellos que lo tuvieran, por lo intransitable del camino.

Aunque no lo reconociera abiertamente y sólo hablara de embellecimiento, el Ayuntamiento debía ser consciente de la necesidad de arreglar los barrios del sur no sólo para mejorar las condiciones de vida de sus habitantes, como se anunciaba efusivamente, sino también para asegurar el correcto desarrollo económico de la ciudad, para incentivar la creación de nuevas empresas y para atraer a sociedades extranjeras, que siempre venían acompañadas de su particular remesa de técnicos, ingenieros y profesionales altamente cualificados. El humo del ferrocarril, la sombra del gasómetro o el ruido de las fábricas repelían a ciertos sectores de la población, pero también aportaban riqueza y prosperidad, más infraestructuras y mejor dotación de servicios. Fue la vieja y frustrada aspiración de Camilo Laorga y sus correligionarios durante la primera etapa de la Restauración, cuando solicitaban la instalación en su barrio de un mercado de abastos. Atraer industrias y negocios para atraer dinero y bienestar.

### Plano de alquileres mensuales por barrios (1930)



Niveles de alquiler de las viviendas (pesetas/mes)						
Muy alto	Alto	Medio-alto	Medio	Medio-bajo	Bajo	Muy bajo
Más de 851,78	425,88-851,78	255,52-425,88	127,75-255,52	51,09-127,75	25,54-51,09	Menos de 25,54

[Ilustración 5.15. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1930. Las siete categorías son las mismas que en el plano de alquileres de 1905. Los diferentes niveles de alquileres en 1930 están expresados en pesetas constantes. Se han obtenido aplicando la inflación, calculada en ese periodo por Albert Carreras y Xavier Tafunell, a los precios de 1905 (1913=Índice 100; 1905=101,46; 1930=170,36). Plano de Madrid “Guías Rápido” de 1935. Escala gráfica: 1:10.000.]



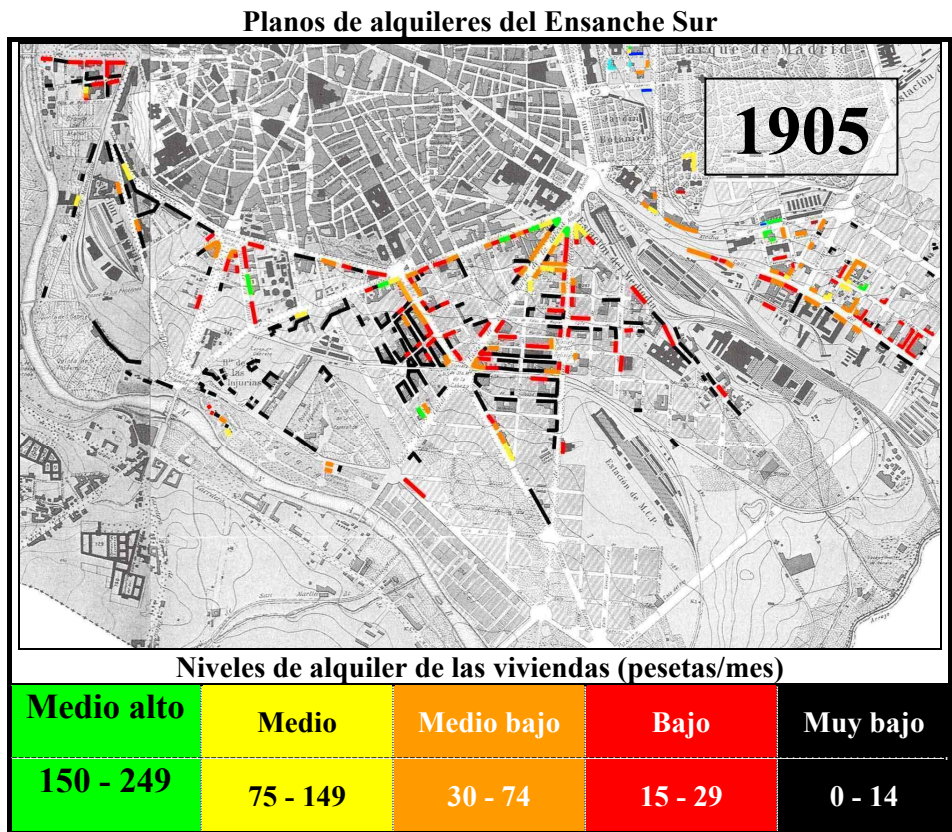
En 1911, por ejemplo, el Ministerio de Fomento y el Ayuntamiento de Madrid acordaron un nuevo trazado del tranvía eléctrico, a petición de la Compañía Madrileña de Almacenes generales de depósito y Transportes, para que fuera desde el paseo de las Acacias a la Alhóndiga, con dos puntos intermedios en las calles de Moratines y las Peñuelas.<sup>38</sup> Entre 1908 y 1928 el Ayuntamiento llevó a cabo la construcción del nuevo matadero y mercado de ganados en las inmediaciones del río Manzanares, donde sólo se veían hierbajos secos, banales de arena y los restos de antiguas yeserías abandonadas. En 1921, antes de que se inauguraran las nuevas instalaciones, el Ayuntamiento celebraba reuniones urgentes *“para estudiar los medios que hayan de ponerse en práctica para la terminación de las obras de pavimentación de Yeserías y las de arreglo de todas las calles que comunican con el centro de la población.”*<sup>39</sup> Si antes habían hablado de *“adquirir una flota de camiones automóviles para satisfacer las exigencias que se deriven del funcionamiento del nuevo Matadero,”*<sup>39</sup> resultaba lógico que también acondicionaran todo su entorno y no lo dejaran aislado en medio de barrizales y socavones, que hubieran desvencijado a la moderna y costosa flota de camiones a los dos días.

Entre 1905 y 1930 emergió un nuevo Ensanche Sur. Las calles negras del barrio de las Peñuelas, de la zona de Imperial y del Arroyo de Embajadores habían sido sustituidas por otras de un nivel superior, las Cambronerías se habían reducido a un vestigio diminuto de otra época y las barriadas de Injurias y Casablanca prácticamente habían desaparecido. Un caserío revalorizado y nuevas construcciones que partieron directamente desde niveles medios y medio-bajos. Bloques de viviendas altos y firmes, con sombras alargadas que no se correspondían a las chabolas de chapa y adobes de las décadas pasadas, o a las casas bajas y enjalbegadas de cal. Los residenciales barrios de Delicias y Santa María de la Cabeza fueron los que experimentaron un mayor crecimiento, mientras que el barrio de Pacífico, copado prácticamente por el complejo ferroviario de Atocha, apenas experimentó cambios significativos.

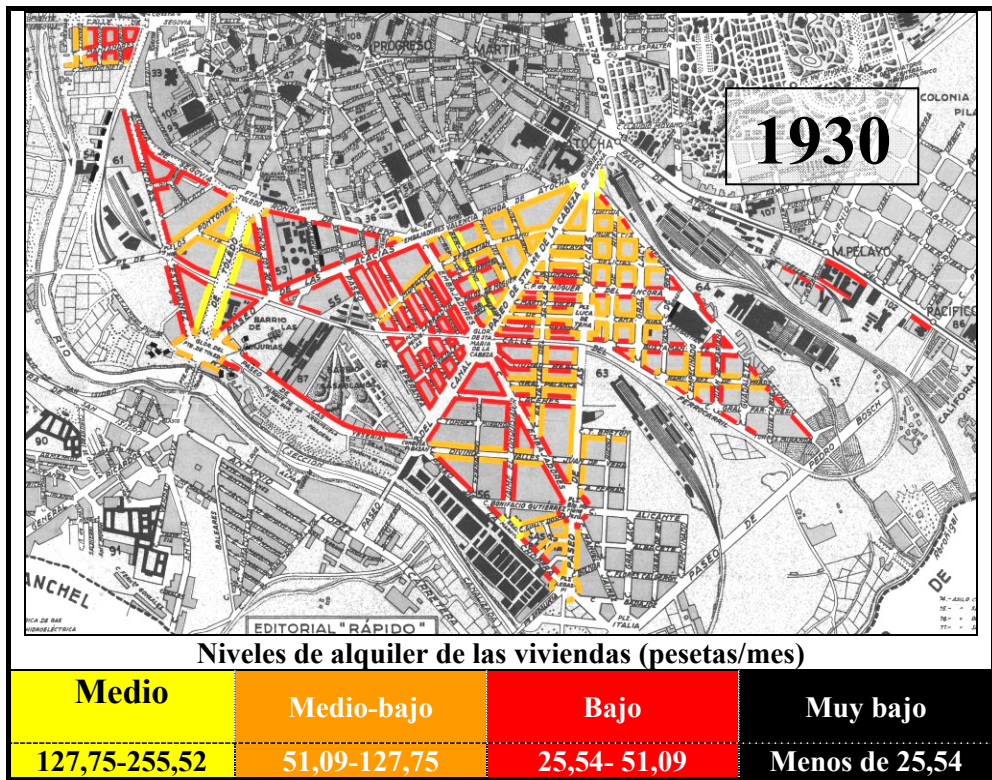
---

<sup>38</sup> Fuente: *Gaceta de los caminos de hierro*, 1911.

<sup>39</sup> Fuente: *El Globo*, 1921.



[Ilustración 5.16. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1905 y sección del plano de Núñez Granés de 1910. Las categorías corresponden al plano general de alquileres de 1905, analizado en el capítulo 4. El análisis es por bloques de edificios. Escala: 1:10.000.]



[Ilustración 5.17. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1930 y sección del plano de Madrid “Guías Rápido” de 1935. Las categorías corresponden al plano general de alquileres de 1930. El análisis es por calles. Escala gráfica: 1:10.000.]





[Ilustración 5.18. Vista aérea de los barrios de Santa María de la Cabeza y Delicias, c. 1929.]

### 5.3.4... con casas nuevas que ya no eran chabolas

Una de las novedades más relevantes fue la aparición de colonias de casas baratas en el paisaje urbanístico del Ensanche Sur. La subida de los alquileres y la sucesión de varios años de crisis en el sector de la construcción después de la Gran Guerra europea, habían agravado el eterno problema de la edificación en Madrid, sobre todo de la vivienda popular. Era habitual leer noticias en la prensa sobre esta cuestión, *“la urgente necesidad de Madrid de derribar mucho y construir mucho. Madrid necesita construir muchas casas y construirlas bien, bella, higiénica y cómodamente, para quien las habite, y además precisa abaratar la vivienda.”*<sup>40</sup> Y seguían celebrándose, como en el siglo XIX, conferencias donde se exponían *“los conflictos más apremiantes del problema de la vivienda en Madrid, la crisis de las habitaciones higiénicas y sus causas y los estragos de las viviendas insalubres, a cuya acción benéfica deben contribuir el Estado, los Municipios y todos los ciudadanos.”*<sup>41</sup>

El problema estaba en boca de urbanistas, arquitectos, políticos y periodistas y desde 1911 se había procurado resolverlo a través de Ley de Casas Baratas, saldada con un rotundo fracaso. Las sociedades cooperativas creadas bajo su amparo no llegaron a construir por falta de medios económicos y fue

<sup>40</sup> CASTROVIDO, Roberto: “El importante problema de la edificación”, en *La Voz*, 11 de mayo de 1923.

<sup>41</sup> Fuente: *La construcción moderna*, 1920.

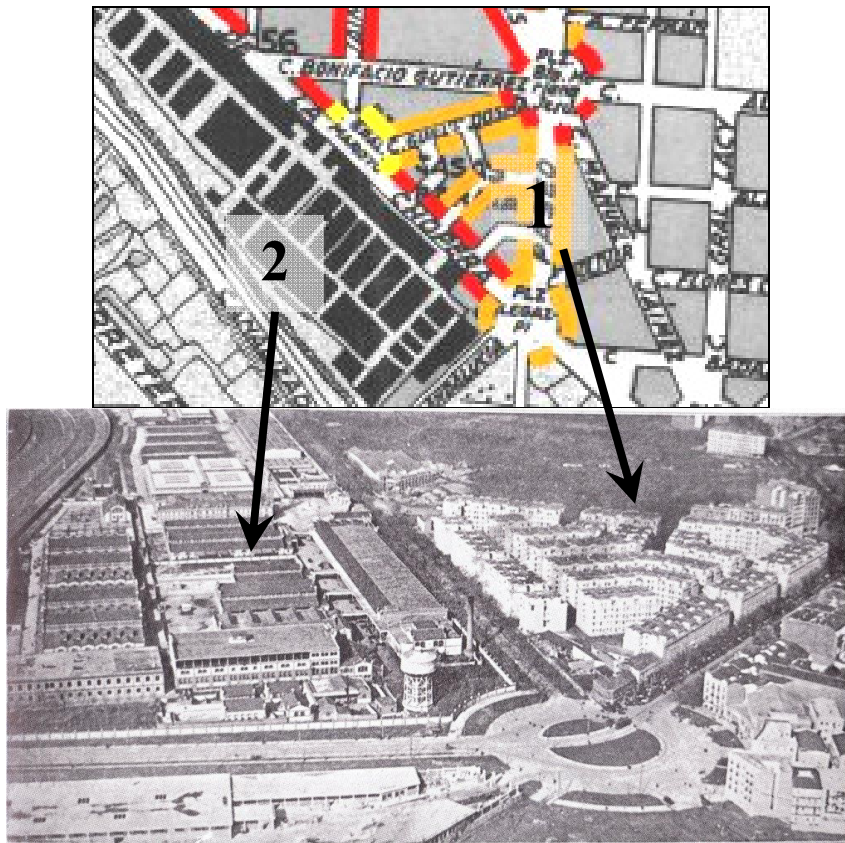
necesaria la aprobación de nuevas leyes en 1921 y 1922, del Estatuto Municipal y del Banco Municipal de Construcción, en 1924, para insuflar un dinamismo al sector que terminó por no ser suficiente. El experimento de las casas baratas no alcanzó el éxito esperado, entre otras razones, porque no logró fraguarse un proyecto general para la urbanización del Extrarradio, que hubiera puesto orden a las actuaciones y dotado de un sentido de conjunto a todos los proyectos, a pesar de las sucesivas propuestas realizadas desde 1910.<sup>42</sup>

La mayoría de las casas baratas construidas fueron casas unifamiliares con jardín, reunidas en barrios residenciales con amplios espacios verdes, una derivación de la ciudad-jardín de Howard, que se denominaron parques urbanizados o colonias.<sup>43</sup> Un modelo alternativo fue la edificación en manzana cerrada, cuyo ejemplo más representativo fue la manzana triangular entre las calles del paseo de las Delicias, paseo de la Chopera y Guillermo de Osma. El proyecto, conocido como colonia Pico del Pañuelo, fue realizado por la Sociedad Constructora y Beneficiaria de Casas Baratas, que edificó 74 casas colectivas (unas 1.585 viviendas) en régimen de alquiler. La colonia se situaba justo en frente de las modernas instalaciones del matadero municipal. Ambos espacios reflejaron la formidable transformación de las orillas del Manzanares a su paso por el Ensanche Sur durante la década de los años veinte. Los arroyos negros y fétidos por las inmundicias, las escombreras, los barrancos, el agua putrefacta del río debido a los jabones de los lavaderos y a los residuos arrojados desde las cloacas descubiertas, las chozas escondidas detrás de lomas peladas y las cuevas de vagabundos y maleantes, quedaron como imágenes del pasado. En 1930 las orillas del río se habían saneado y su corriente se había encauzado; las instalaciones del matadero, más modernas, con mayores garantías de limpieza e higiene, habían abierto sus puertas; todo un barrio residencial había florecido de la noche a la mañana (se construyó entre 1928 y 1930) y los caminos de los descampados se habían transformado en calles anchas, aplanadas y bien pavimentadas, por donde podían circular coches, camiones y tranvías.

---

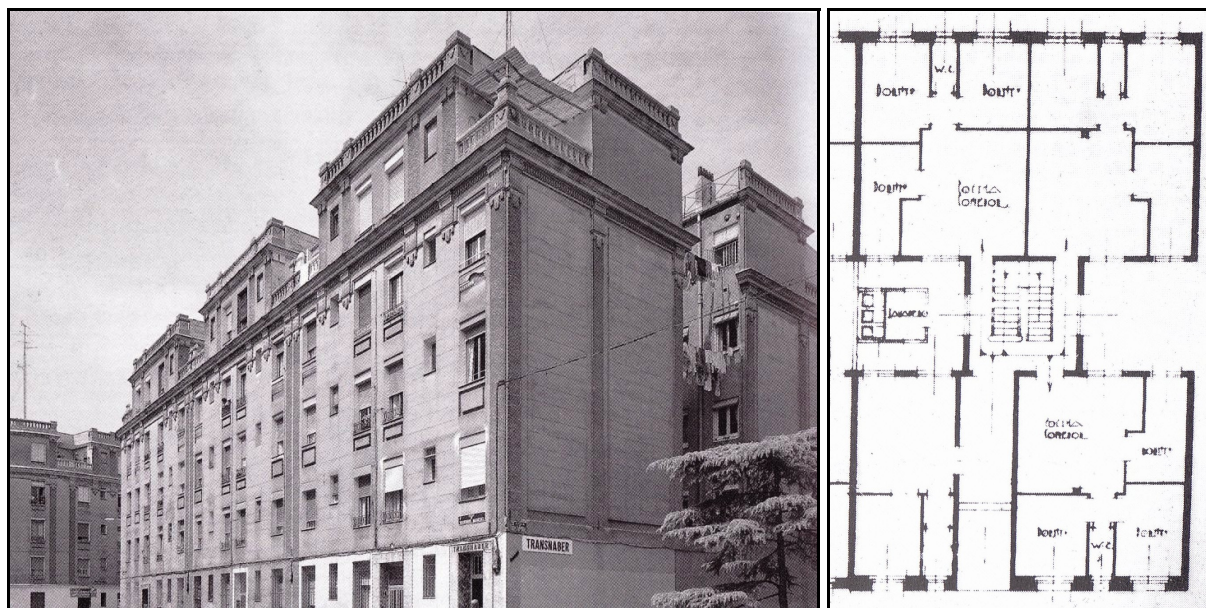
<sup>42</sup> RUEDA LAFFOND, José Carlos: “El desarrollo de la ciudad y la política urbanística”, en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993; pp. 579-596.

<sup>43</sup> BARREIRO PEREIRA, Paloma: *Casas baratas. La vivienda social en Madrid (1900-1939)*, COAM, Madrid, 1992; BRANDIS GARCÍA, María Dolores: *El paisaje residencial en Madrid*, MOPU, Madrid, 1983; BRANDIS, Dolores y MAS, Rafael: “La Ciudad Lineal y la práctica inmobiliaria de la Compañía Madrileña de Urbanización, 1894-1931” en *Ciudad y Territorio. Revista de ciencia urbana*, nº 3 (1981), pp. 41-76. Para un estudio de otro tipo de vivienda popular en la ciudad de Barcelona, ver TATJER, Mercedes: “La vivienda popular en el Ensanche de Barcelona”, en *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, Vol. VII, nº 146 (2003). Para un estudio a nivel europeo, ver MELLER, Helen: *European cities (1890-1930). History, culture and the built environment*, John Wiley & Sons, Chichester, 2001.



[**Ilustración 5.19.** Sección del plano de alquileres del Ensanche Sur donde se muestra la colonia Pico del Pañuelo (1) y las instalaciones del matadero municipal (2). En la parte inferior se muestra una fotografía de la zona en 1930, tomada de la obra *Casas Baratas* de Paloma Barreiro.]

Cada uno de los edificios de la colonia residencial constaba de planta baja, principal, primera, segunda y una suplementaria para los áticos. Cada una de las plantas estaba formada por cuatro viviendas, con cinco habitaciones cada una: una cocina-comedor, tres dormitorios y un cuarto de baño. Además, en el pasillo central de cada una de las plantas había un lavadero compartido, donde las familias podían hacer la colada de la ropa. Los dormitorios y los servicios tenían sus ventanas en la parte de la calle, mientras que las cocinas daban al interior del edificio. Toda la colonia contaba con servicios públicos como el alcantarillado y la luz eléctrica. Aunque sobre el papel se había establecido como una solución para las clases más populares, las casas baratas como Pico del Pañuelo recogieron a un espectro social y profesional más amplio. Entre los cabezas de familia que residían en una de sus calles a la altura de 1930, se contaban jornaleros, peones de albañil, mozos de estación, mecánicos y empleados del ferrocarril, oficinistas, chóferes, varios camareros y barman de los hoteles Ritz y Palace, carteros, guardias municipales, guardias civiles, militares del Ejército de Tierra, etc. En definitiva, familias de clases bajas, pero también una nutrida representación de las clases medias-bajas (figura 5.2).



[Ilustración 5.20. Imagen de un bloque de casas de la colonia Pico del Pañuelo y sección de planimetría del interior de las plantas (escala 1:100). En la fachada exterior se aprecian las ventanas de los dormitorios, más anchas y en los extremos, y el ventanuco central del cuarto de baño. La planta baja se destinaba a usos comerciales.]

Principales categorías profesionales de los cabezas de familia de la calle Guillermo de Osma (1930)	
Empleados	30,23 %
Militares	6,64 %
Trabajadores cualificados	13,95 %
Trabajadores no cualificados	41,19 %

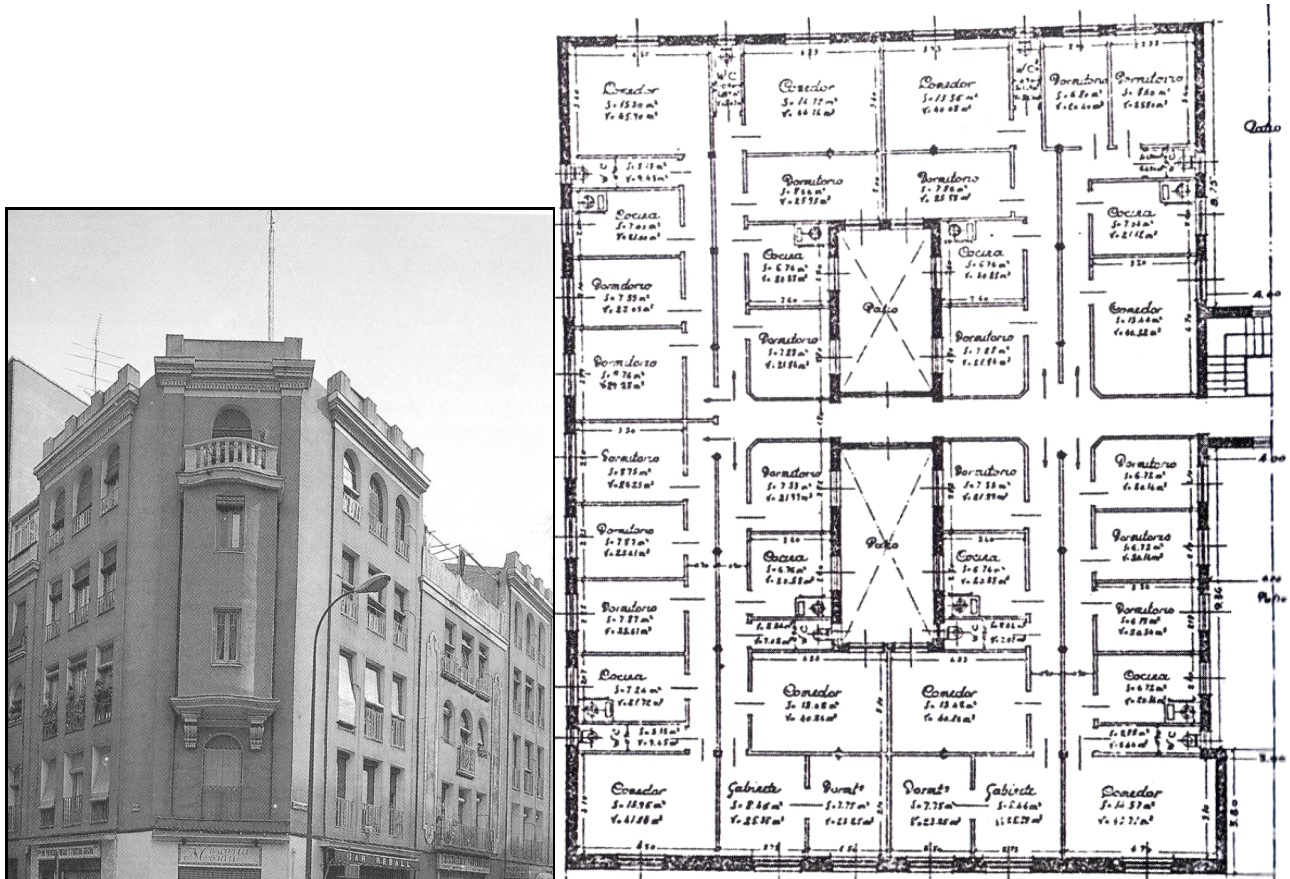
[Figura 5.2. Fuente: AVM, Estadística, padrón municipal de 1930. Los datos son porcentuales sobre el total de cabezas de familia de la calle.]

La colonia Pico del Pañuelo fue el ejemplo más acabado en el Ensanche Sur de las nuevas viviendas que surgieron a finales de los años veinte a raíz de la legislación de las casas baratas, pero no fue el único caso. Sin llegar a formar una barriada completa, también destacaron los ejemplos de la Cooperativa de casas baratas de la Asociación General de Empleados y Obreros de los Ferrocarriles de España, la cual construyó, entre 1923 y 1926, 33 viviendas en un amplio solar del paseo de las Delicias con vuelta a la calle Tomás Bretón, justo al lado de la estación de Delicias. Los edificios eran unifamiliares, con cuatro habitaciones en la planta baja y otras cuatro en la principal, rodeados por un patio ajardinado.<sup>44</sup> Cuatro años después, en 1930, la cooperativa “La vivienda popular” construyó 476 viviendas, 16 tiendas y un edificio comunitario de baños en la calle Méndez Álvaro, paralela a la estación de Atocha. Los edificios, de cuatro y cinco alturas,

<sup>44</sup> BARREIRO PEREIRA, Paloma: *Casas baratas. La vivienda social en Madrid (1900-1939)*, COAM, Madrid, 1992, pág. 377.



contaban con ocho viviendas por planta y cada una de ellas contaba con cinco o seis habitaciones, repartidas entre la cocina, el salón comedor, dos o tres dormitorios, un gabinete y un cuarto de baño (ilustración 5.21).<sup>45</sup> Por último, otro grupo de casas más pequeño se ubicó entre la colonia Pico del Pañuelo y las casas de la Cooperativa de Ferrocarriles, en las nuevas plazas de General Maroto y Beata Mariana, con viviendas de 2, 3, 4 ó 5 habitaciones, comedor, cocina, baño y ducha.



[Ilustración 5.21. Imagen de un bloque de casas de la cooperativa “La vivienda popular”, en la calle Méndez Álvaro, y sección de planimetría del interior de las plantas.]

Las nuevas casas con baño incorporado y varios dormitorios individuales; las calles bien pavimentadas, con luz eléctrica, alcantarillado y líneas de tranvía, eran la prueba de una profunda renovación del espacio urbano, cuyo brillo más resplandeciente se ubicó en las aceras de la Gran Vía, pero con importantes reflejos en zonas antiguamente degradadas como el Ensanche Sur. También fueron la fachada de un cambio en la composición social y profesional de la población. Durante el primer tercio del siglo XX la evolución de estos barrios fue un factor decisivo para el crecimiento de la ciudad y la transformación de su modelo económico. La modernización de Madrid tuvo en el Ensanche Sur a uno de sus principales estandartes.

<sup>45</sup> BARREIRO PEREIRA, Paloma: *Casas baratas. La vivienda social en Madrid (1900-1939)*, COAM, Madrid, 1992, pp. 410-411.



## CAPÍTULO 6

### CIUDAD MILLONARIA, CIUDAD RODANTE

#### 6.1 La explosión del millón de habitantes

La crisis en el modelo de ciudad venía motivada por la fulgurante explosión demográfica del primer tercio del siglo XX. En sólo 30 años dobló su población hasta rozar el millón de habitantes antes de la proclamación de la II República. Un periodo con dos etapas separadas, aproximadamente, por el conflicto europeo de la I Guerra Mundial. En la primera, los ritmos heredados del último cuarto del siglo XIX marcaron la pauta demográfica con un crecimiento importante y sostenido, pero no espectacular. Fue entre 1910 y 1920 cuando se produjo el salto a otro nivel, a una velocidad ya sí propia de una auténtica metrópoli. Madrid comenzaba a volar endiabladamente y sólo en los últimos diez años el incremento de su población equivalía a toda la antigua Villa y Corte de los primeros tiempos de Isabel II (ver figura 6.1). Una progresión extraordinaria, cortada por la Guerra Civil y no recuperada hasta los años 60 del desarrollismo, que tenía como principales escenarios el Ensanche y el Extrarradio.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Sólo en la zona del Ensanche, la población pasó de 135.000 personas en 1905 a más de 330.000 personas en 1930 (cifra obtenida gracias a los datos aportados por Rubén Pallol y Borja Carballo de sus respectivas áreas de investigación, Ensanches Norte y Este). Para un estudio general de la evolución demográfica de las diferentes zonas de Madrid, ver BRANDIS, Dolores: *El paisaje residencial de Madrid*, MOPU, Madrid, 1983.

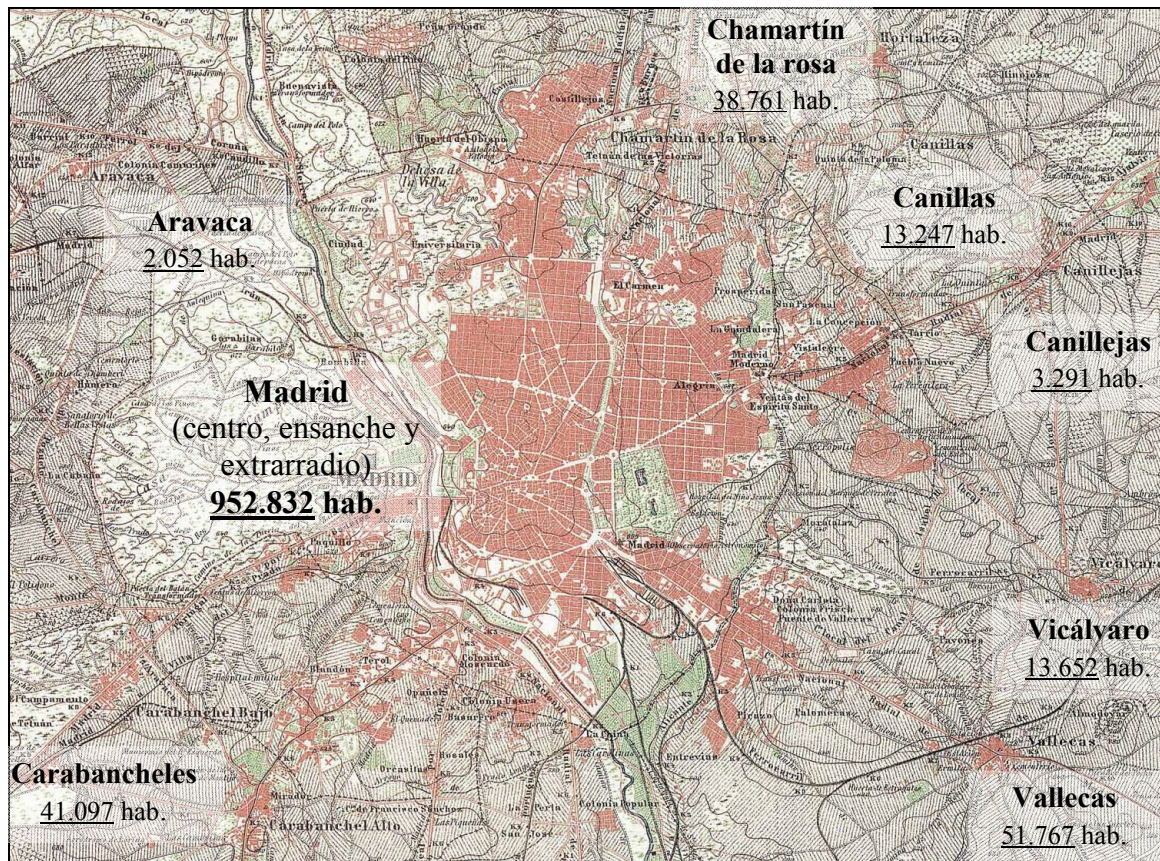
<b>Crecimiento demográfico de Madrid (1888-1930)</b>			
<i>Años</i>	<i>Población</i>	<i>Crecimiento intercensal (%)</i>	<i>Crecimiento medio anual de personas</i>
1888	480.081	-	-
1900	539.835	+ 12,45	4.980
1910	599.807	+ 11,11	5.997
1920	750.896	+ 25,19	15.109
1930	952.832	+ 26,89	20.194

[Figura 6.1. Fuente: Elaboración propia a partir de los datos ofrecidos por el INE.]

El futuro retumbaba en las afueras, en unos confines urbanos cada vez más lejanos, cada día más populosos, que habían modificado irreversiblemente las dimensiones de la capital. En la década de 1930 Madrid no se presentaba ni como poblachón ni como esbozo de gran ciudad, sino como una urbe metropolitana palpitante y en expansión. La ebullición de las afueras de la ciudad se contagiaba a su entorno más inmediato, el cual se vio invadido por un dinamismo desconocido hasta el momento. Antiguos pueblos habituados a vivir adormecidos a la sombra de la capital, se convirtieron de la noche a la mañana en satélites con unos ritmos de expansión similares al gigante que rodeaban. Algunos de ellos cristalizaron en 1930 en populosas localidades, como Vallecas, Chamartín de la Rosa y los dos Carabancheles (ver ilustración 6.1), cuyos vecindarios superaban a muchas capitales de provincia, como Vitoria, Tarragona, Lérida, Castellón o la mayoría de las capitales de las dos Castillas. El rústico paisaje de aldeas diminutas, perdidas en caminos polvorientos, iba dando paso a un enjambre urbano que rompió la barrera del millón de habitantes y que gravitaba en torno a una urbe que crecía como una mancha de aceite.

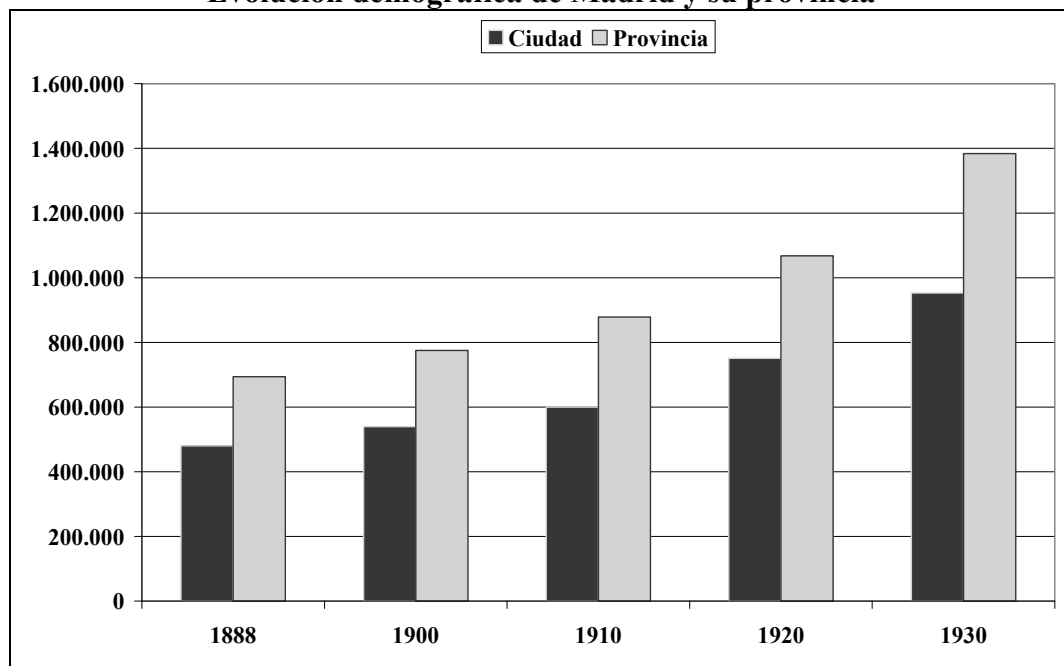


### Madrid y los municipios colindantes (1930)



[Ilustración 6.1. Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del INE. El plano es de 1940, pero las diferencias en el desarrollo urbanístico respecto a 1930 no eran muy grandes debido a las destrucciones de la Guerra Civil.]

### Evolución demográfica de Madrid y su provincia



[Figura 6.2. Fuente: Elaboración propia a partir de los datos ofrecidos por el INE.]

En ese cambio de ritmo la gran novedad fue la capacidad de Madrid para crecer por sí misma. Durante este periodo se asistió a un cambio decisivo en el régimen demográfico madrileño.<sup>2</sup> Una evolución que se llevó a cabo en dos fases, una de transición y otra de confirmación. Las terribles tasas de mortalidad del XIX comenzaron a disminuir desde comienzos de siglo y se situaron ligeramente por debajo de las tasas de natalidad, en torno al 24 por mil. Hasta 1920 el crecimiento vegetativo fue positivo en 15 años, pero el comportamiento demográfico de la ciudad aún no era plenamente moderno por la pervivencia de una mortalidad infantil alta y los últimos azotes de mortalidad catastrófica, como la terrible gripe de 1918, que retornaban como los viejos fantasmas del pasado. El año 1921 inauguró una nueva etapa con una mayor diferencia entre los que nacían y los que morían, cada día con menos lamentos por niños pequeños muertos y sin los embates de las epidemias, cuyo nombre quedaría desde entonces en el baúl de las pesadillas de la gente mayor. Madrid entraba en los años 30 con un comportamiento demográfico plenamente moderno y, por primera vez en su historia, crecía biológicamente de manera sostenible. Una novedad fundamental para su futuro desarrollo.

El cambio de modelo no borró el rostro de forasteros a la mayoría de los madrileños. La inmigración mantuvo su papel de pilar insustituible para el crecimiento demográfico durante las dos primeras décadas del siglo XX y a partir de 1920, cuando la ciudad ya se sostenía por sí sola, el flujo de inmigrantes continuó siendo abrumador.<sup>3</sup> No podía ser de otra manera. La ciudad era más atractiva si cabe en 1930 que en 1900 y más aún que en 1870. En el campo casi todos los problemas habían ido a peor, las condiciones de trabajo seguían siendo igual de duras que sesenta años atrás y ofrecía menguadas oportunidades para un futuro mejor. Las ciudades, en cambio, habían ido a más. Madrid ya no era *la ciudad de la muerte* y ofrecía trabajo y oportunidades reales para cambiar de vida. El avance en la modernización económica del país había incrementado el número de movimientos migratorios de la población española.<sup>4</sup> Entre 1900 y 1920 tuvo gran fuerza la emigración al extranjero, particularmente hacia América. Pero a partir de 1920 los movimientos en el interior del país se

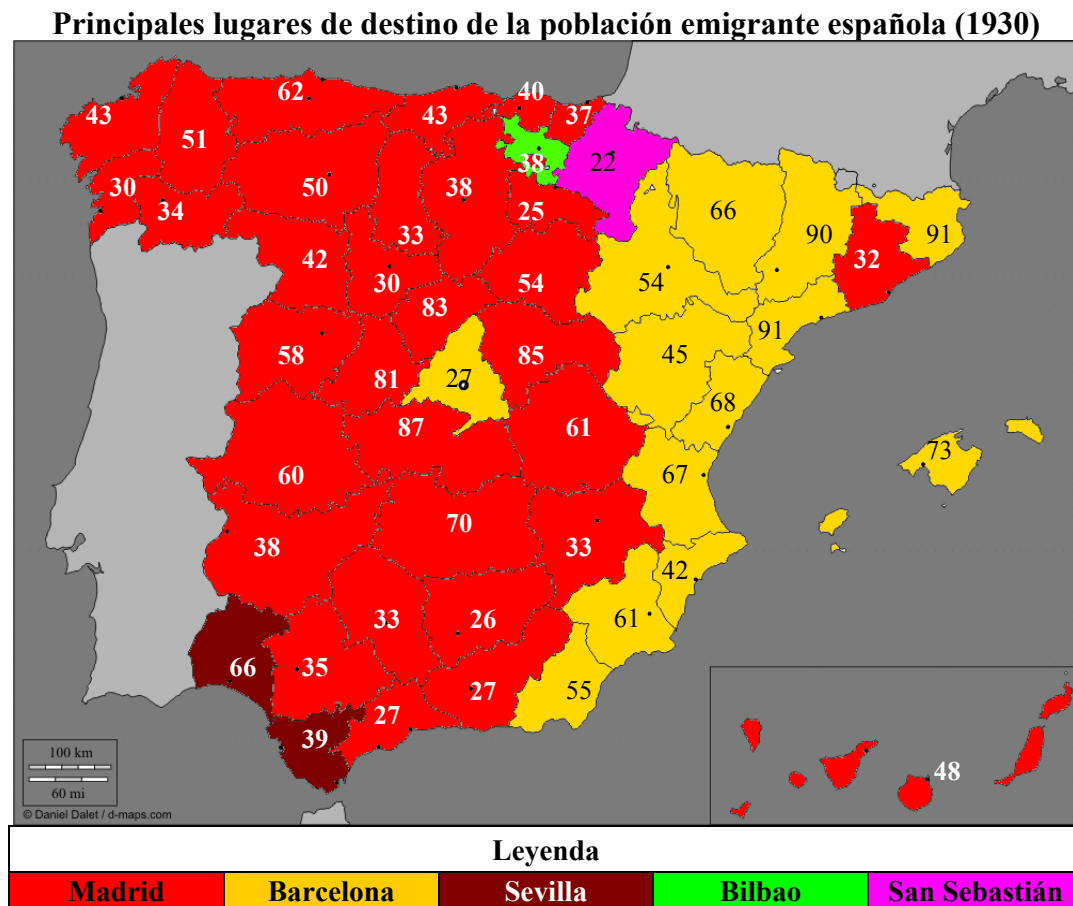
---

<sup>2</sup> TORO MÉRIDA, Julián: “El modelo demográfico madrileño” en *Historia 16*, nº 59 (1981), pp. 44-51; FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico” en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Comunidad de Madrid-Alfoz, Madrid, 1989, Vol. I, pp. 29-76.

<sup>3</sup> Si entre 1920 y 1930 la ciudad creció, por término medio, en 20.194 habitantes cada año, el 22,5% (4.545 personas) correspondían a la diferencia entre nacidos y fallecidos en la propia ciudad, mientras que el 77,5% (15.649 personas) correspondían al saldo migratorio.

<sup>4</sup> SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: “Las migraciones interiores durante la modernización económica de España, 1860-1930” en *Cuadernos económicos de ICE*, nº 70, (2005), pp. 157-182; SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: “Las migraciones interiores en España durante los siglos XIX y XX: una revisión bibliográfica”, *Ager, Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, nº 2, 2002, pp. 227-248.

dispararon.<sup>5</sup> Además, eran más numerosos los que decidían trasladarse a la ciudad definitivamente, irse para no volver o no hacerlo hasta ser viejo. Los destinos eran pocos, reducidos a los que exhibían mayores oportunidades de trabajo, una estructura productiva atractiva o un abanico de actividades amplio, diverso y moderno. Por encima de todos, Madrid. La capital era el gran puerto de llegada para tres cuartas partes del país y sólo la zona levantina escapaba a su imantación para desviarse a Barcelona, la gran capital del Mediterráneo (ver ilustración 6.2).



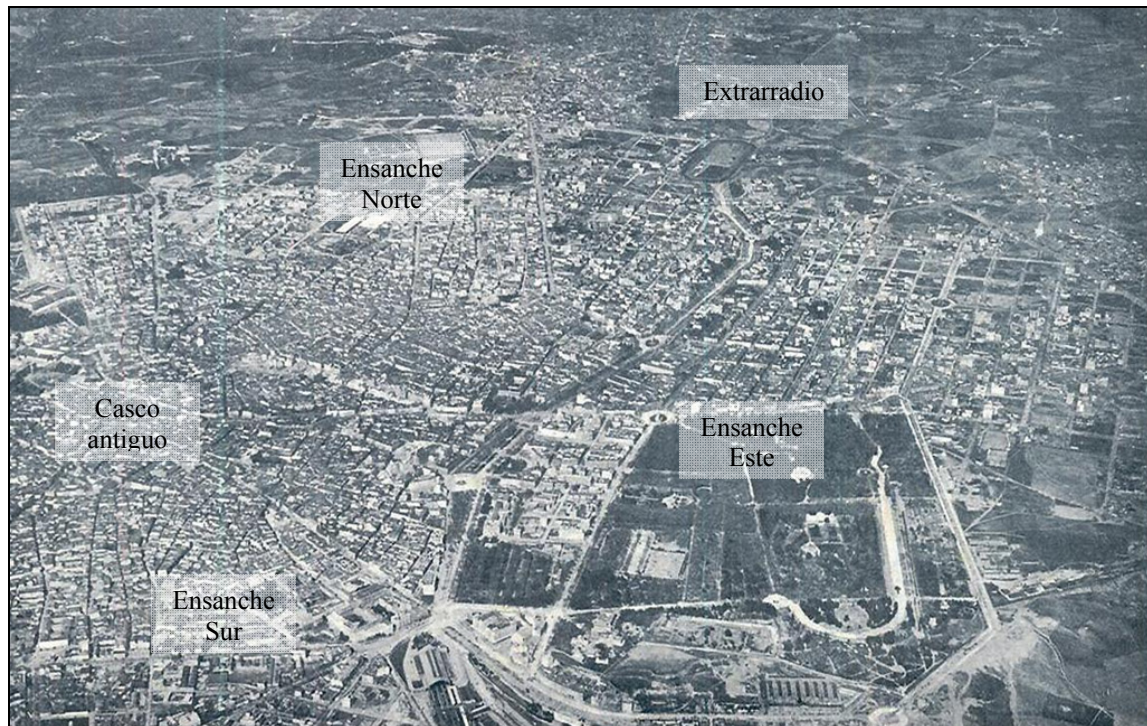
[Ilustración 6.2. Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del INE, 1930. Se considera población emigrante aquella que traspasa los límites de su provincia de nacimiento para evitar una distorsión de los resultados. Por tanto, una persona nacida en un pueblo de la provincia de Salamanca, por ejemplo, que se traslade a vivir a la ciudad de Salamanca no es considerada inmigrante. Los números que aparecen indican el % de la emigración provincial que acude al principal destino respecto del total de emigrantes de cada provincia.]

La coincidencia en el tiempo del triunfo de la natalidad sobre la mortalidad y el fuerte incremento de la inmigración interior, cuyo principal destino era Madrid, explica la irrupción sin ambages de la metrópoli madrileña,

<sup>5</sup> SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: “Viajes de corta distancia: una visión espacial de las migraciones interiores en España, 1877-1930” en *Revista de Historia Económica*, nº 2, (2001), pp. 247-283.



la urbe del millón de habitantes. En los años 20 y 30, marchar a Madrid era una apuesta probable para prosperar, era aventurarse a otro ritmo y otro tiempo, marcados por la modernidad. Se pasaba del traqueteo del carro de mulas a viajar en tranvía o en metro, de saludar a cada vecino por la calle a zambullirse en el anonimato de un barrio bullicioso, de apolillarse cada tarde con la tertulia sobre la vida local a disfrutar del último estreno de Charles Chaplin o Greta Garbo, de contemplar el campanario de la iglesia como el punto más arrimado al cielo a divisar un horizonte de bloques enormes, con casas unas encima de las otras, en una inmensidad alocada que se difuminaba por remotos confines.



[Ilustración 6.3. Vista aérea de Madrid, c. 1929.]

*“Georg B. conocía Berlín tal como era 50 años atrás. Cuando pensaba en la ciudad, veía una calle transitada por carruajes... Recientemente salió indultado y al bajar del ferrocarril suburbano se encontraba en pleno siglo XX. ¿El siglo XX? Debía de ser por lo menos el XL. Por todas partes había hombres jóvenes que cruzaban la calle como una exhalación montados sobre unas ruedas provistas de extrañas alas. Coches negros y marrones, grandes y minúsculos se deslizaban sin hacer ruido por la calzada. Y unas voces que amenazaban, profundas y agudas, que se quejaban y advertían, que chirriaban, retumbaban, unas voces roncas y llenas de odio que se escapaban de la garganta de los coches. La Potsdamer Platz ya no era el límite de la ciudad, sino su centro...”*

Joseph Roth, “El hombre resucitado. Medio siglo de reclusión”, 1923.

## 6.2 Más madrileños, más urbanos y más recientes. Viejos y nuevos rostros del Ensanche Sur

*“Girando lentamente, como los rayos de un faro, los días, las semanas, los años, cruzaban el cielo uno tras otro.”*

Virginia Woolf, *The years*, 1937.

Serafín Paul envejeció con su barrio. Aquel niño de las Peñuelas, hijo de una familia jornalera, iba camino de sus setenta años cuando la Monarquía de Alfonso XIII enfilaba su último año de vida. Se había convertido en un superviviente, el último de una estirpe, las gentes del viejo arrabal que habían desaparecido con el paso del tiempo. Era de los pocos que podía considerarse del barrio como si fuera su dueño, que podía sentirlo como algo propio, que podía recordarlo en su forma primigenia de terraplenes desnudos, regatos embarrados y descampados con cardos. Cuántas cosas habían cambiado desde entonces en su vida, en su barrio y en su ciudad. Cuántas personas había conocido y cuántas había perdido de vista y olvidado. Sin duda más de las que podía recordar. No era de extrañar. Los barrios del Ensanche Sur no eran como Castrillo de la Vega, el pueblecito burgalés de su padre, el señor Pío, donde los forasteros eran pocos y de pueblos cercanos y cada vecino tenía un apellido, un apodo y un pasado que les marcaba ante todos.

Madrid, en cambio, era la mayor ciudad de España, donde acudían diariamente cientos de inmigrantes y mudar de domicilio era costumbre arraigada, y más en las afueras, donde las personas iban y venían como enjambre zarandeado. Fiel como pocos al Ensanche Sur, había visto pasar varias generaciones de inmigrantes, algunos tan antiguos como sus propios padres, llegados en los tiempos pretéritos de Isabel II, como los padres del señor José López Gisbert, otro vecino de toda la vida que era hijo de inmigrantes. Otros llegaron con la Restauración, como la familia franco-catalana Amburtin Masés, y otros recién entrado el siglo XX, como Ricardo Alonso Tarrero, un vallisoletano que arribó con su esposa Jeanne en 1901, cuando sólo contaba con 29 años, como uno de tantos empleados de la compañía M.Z.A.

El señor Paul y su memoria eran un hilo que conectaba dos épocas remotas, como el tren hacía con dos puntos distantes. Serafín y el ferrocarril, dos “vecinos” longevos que habían presenciado cómo aquellas afueras, las Peñuelas y sus alrededores, pasaron de cuatro casas bajas pegadas en dos calles a ser un gigantesco barrio, que superaba a ciudades como La Coruña, Oviedo o San Sebastián, con hileras de edificios de varias plantas, almacenes y fábricas en cada esquina y trenes rasgando sin desmayo el paisaje. Entre una imagen y otra, la naturaleza del Ensanche Sur se había transformado. A la altura de 1930 no podía decirse que sus diferentes zonas fueran barrios céntricos de la capital, pero la

integración física y funcional con el resto de la ciudad ya era plena. A la par, su carácter de nueva frontera urbana se había difuminado progresivamente para situarse al otro lado del río Manzanares. Al final de la Restauración, esa vida de frontera se hallaba más lejos, en los suburbios de San Isidro, Puente de Vallecas o los Carabancheles.

La transformación del Ensanche Sur, como un barrio plenamente integrado en la ciudad, se reflejaba en los acentos de sus habitantes. Los autóctonos le habían comido terreno paulatinamente a los foráneos. Durante la segunda mitad del siglo XIX, la ubicación marginal de la zona y su escasa dotación en servicios le restaban muchos atractivos a ojos de los madrileños, que se decantaban por los barrios céntricos del interior. Esas mismas características hacían factible la existencia de casas con alquileres más baratos que en el interior, lo cual resultaba muy interesante para personas inmigrantes con escasos recursos. El propio desarrollo urbanístico de la zona, la construcción de bloques de viviendas, la aparición de tiendas, comercios, grandes fábricas y almacenes, escuelas públicas y particulares, asilos, casas de socorro, iglesias, o el acondicionamiento de algunas calles y la instalación de farolas y alcantarillado en algunas calles, dio un aspecto más urbano a todo el entorno. Durante el primer tercio del siglo XX, vivir allí no suponía irse *tan* a las afueras, al campo, sino a otra parte de la ciudad, a una zona que además contaba con buenas comunicaciones, gracias al ferrocarril y al tranvía.

<b>Población madrileña del Ensanche Sur</b>				
<b>Sexo</b>	<b>1860</b>	<b>1878</b>	<b>1905</b>	<b>1930</b>
Hombres	34,5	37,4	46,4	44,1
Mujeres	33,8	36,0	43,6	42,5

[Figura 6.3. Fuente: Elaboración propia, padrón municipal, AVM, Estadística. Los datos son porcentuales.]

Si durante los primeros tiempos apenas eran un tercio de la población, a partir de 1900 la proporción de madrileños se encaminó a la mitad. Muchos eran hijos de la primera generación de inmigrantes, como Serafín Paul y José López Gisbert, ya ancianos en 1930, o como Juan Permasse, el hijo de Pedro Permasse, aquel herrador francés que llegó de la mano de Juan Labourdette para trabajar en sus establos de caballos y cuyo hijo estudió veterinaria. En los años 20 su padre había muerto, pero Juan Permasse seguía viviendo por la ronda de Valencia junto a su esposa, sus hijos, su hermana María y su madre, muy cerca de la primera casa donde se alojó su padre al poco de llegar de Francia.

La mayor presencia de madrileños de origen era evidente en la primera década del siglo XX, pero no fue más allá en los años siguientes. Su número se estancó y al comienzo de los años 30 había retrocedido ligeramente ante el empuje renovado de la inmigración. En la década de 1920, el Ensanche Sur aún

contaba con espacios suficientes para la construcción de bloques de viviendas que pudieran acoger a las nuevas oleadas de inmigrantes. Muchos de los que llegaban se quedaban en las barriadas del extrarradio por sus bajísimos alquileres, pero la marea migratoria fue de tal calibre que impactó también en barrios que estaban adquiriendo una cierta raigambre, como el Ensanche Sur. El aumento de la población foránea fue más visible entre los más pequeños, aquellos que no superaban los 20 años de edad, y entre los adultos jóvenes que contaban con menos de 40 años (ver figura 6.4). Un fenómeno que apunta a la continuidad de prácticas anteriores, como la inmigración en familia, pero a un nivel mucho más intenso. Matrimonios jóvenes con sus hijos que decidían abandonar sus lugares de origen y probar fortuna en la gran urbe metropolitana.

<b>Origen de la población del Ensanche Sur por franjas de edad</b>				
<b>Hombres</b>	<b>Inmigrantes</b>		<b>Madrileños</b>	
Edad	<b>1905</b>	<b>1930</b>	<b>1905</b>	<b>1930</b>
0-19	26,08	+ 6,63	73,92	- 6,63
20-39	64,49	+ 3,29	35,51	- 3,29
40-59	82,38	- 4,29	17,62	+ 4,29
más de 60	84,01	+ 4,65	15,99	- 4,65
<b>Mujeres</b>	<b>Inmigrantes</b>		<b>Madrileñas</b>	
Edad	<b>1905</b>	<b>1930</b>	<b>1905</b>	<b>1930</b>
0-19	25,77	+ 5,52	74,23	- 5,52
20-39	68,00	+ 1,44	32,00	- 1,44
40-59	82,72	- 3,86	17,28	+ 3,86
más de 60	88,29	- 2,39	11,71	+ 2,39

[Figura 6.4. Fuente: Elaboración propia, padrón municipal, AVM, Estadística. Los datos son porcentuales.]

Serafín Paul, José López Gisbert o Carlos Amburtin Masés eran los rostros de toda una vida para el Ensanche Sur, pero no eran los únicos rostros que definían al barrio en los años 20 y 30. Ni siquiera eran ya sus protagonistas, sino más bien los vestigios de un tiempo pasado, cuando la voz cantante la ponían personajes como Camilo Laorga, la familia Labourdette o los primeros franceses y belgas que llegaron para ponerse al frente de empresas como el gas y el ferrocarril, porque nadie entendía lo suficiente de mecánica e ingeniería. La llegada continua de inmigrantes no sólo incrementaba el censo vecinal, sino que inyectaba savia nueva a la ciudad, renovaba su capital humano, sus fuerzas para explorar nuevos senderos de futuro. La sociedad se movía con el ímpetu de la juventud, de aquellos que aún tenían toda una vida por delante, sueños que cumplir y aspiraciones que colmar, y esos no eran ya Serafín y compañía.

El pulso a la ciudad y al barrio lo tomaban otras personas, como Ricardo Alonso, que llegó antes de la I Guerra Mundial para ocupar un puesto intermedio en la compañía M.Z.A. siendo un treintañero, o los hermanos Ballesteros Nieto, Pedro y Valentín, que llegaron a principios de los 20 y se emplearon en la misma

compañía. Más recientes aún fueron Jesús López-Amor, un joven alicantino que llegó a la capital en 1930 para emplearse en una compañía de seguros extranjera; o Erich Rudölf, que había dejado su Berlín natal para dirigir uno de los departamentos de la filial de OSRAM que la empresa alemana había abierto en Madrid; o la asturiana María Luisa Castellanos González, profesora con inquietudes, periodista comprometida y fundadora de publicaciones locales, que llegó a Madrid después de recorrer mundo junto a su marido, Antonio Alonso Inganzo, periodista como ella.<sup>6</sup>

Tiempo de residencia de los inmigrantes en Madrid			
	<i>1 año o menos</i>	<i>10 años o menos</i>	<i>más de 20 años</i>
1860	16,7	55,7	16,8
1905	12,2	47,1	<u>26,9</u>
1930	<u>17,0</u>	<u>58,7</u>	18,2

[Figura 6.5. Fuente: Elaboración propia a partir del padrón municipal de 1860, 1905 y 1930, AVM, Estadística. Los datos son porcentuales sobre la base de la población total de inmigrantes del Ensanche Sur.]

El Ensanche Sur ya no era una zona nueva de la capital, primero porque habían transcurrido setenta años desde su creación, y segundo porque el desarrollo del extrarradio era más reciente. Sin embargo, en 1930 había más inmigrantes recientes que nunca, incluso más que en 1860, cuando todo el arrabal parecía poblado de forasteros. La intensificación de los movimientos migratorios interiores en el conjunto del país tuvo un eco indiscutible en el Ensanche Sur, donde casi el 60% de los inmigrantes habían llegado a la ciudad a lo largo de los años 20.

Las raíces de la población inmigrante que recibía el Ensanche Sur seguían de cerca el panorama general de la emigración española en 1930. La principal cuna de nacimiento seguía correspondiendo a la meseta sur, pero a diferencia de épocas anteriores, la meseta norte había adquirido un peso significativo, junto a las provincias extremeñas. La presencia andaluza todavía era tímida, salvo los naturales de la provincia de Jaén, y la conexión asturiana pervivía como una figura inmemorial. Las provincias próximas, como Toledo, Guadalajara, Ávila o Ciudad Real, aportaban los mayores contingentes de inmigrantes, mientras que la zona levantina prácticamente había desaparecido, a excepción de la región murciana, por el barrido que hizo Barcelona en toda la región (ilustraciones 6.2 y 6.4).

<sup>6</sup> Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del padrón municipal de 1905 y 1930, AVM, Estadística. Las referencias de María Luisa Castellanos se han completado con la información recogida en *La Nueva España*, 2009, y del proyecto *Spain's Women Intellectuals, 1890-1920*, llevado a cabo por la Dra. Kirsty Hooper en la Universidad de Liverpool.



No todos llegaron directamente a Madrid desde sus lugares de origen. Al igual que en el siglo XIX, los movimientos migratorios se caracterizaban por su alta e imprevisible movilidad. Los factores y circunstancias que llevaban a una persona, o a una familia, a evaluar la conveniencia de un cambio de ciudad, y llevarlo a efecto, eran múltiples y variados,<sup>7</sup> imposibles de registrar y compilar, pues en ocasiones eran fruto de la propia intuición de sus protagonistas. No existía una ruta obligatoria o directa que les condujera directamente a Madrid como si fueran una cuerda de esclavos. El camino de las personas solía presentar muchas vueltas durante su trayecto, algunas buscadas a conciencia, otras totalmente inesperadas. Si se aparta la primera capa de los principales lugares de destino para los emigrantes, se descubre una red paralela de cuencas migratorias secundarias<sup>8</sup> que actuaban como complemento a las grandes urbes de Madrid y Barcelona. Ciudades como Sevilla, Bilbao, Valladolid, Valencia o Zaragoza emergían como polos de atracción regional para las provincias de su entorno inmediato.<sup>9</sup>

Eran ciudades que contaban con un mercado laboral mucho más amplio y variado que el de las pequeñas capitales provinciales o los grandes pueblos comarcales. Formaban un escalón intermedio entre los dos trasatlánticos españoles, Madrid y Barcelona, y el mundo rural y agrario de la provincia. Su poder de atracción tenía un alcance medio y las zonas que quedaban más allá de su radio de acción caían en las redes de las grandes urbes. La llamada de Madrid y Barcelona era tan sugestiva, que copaban el segundo puesto, como lugar de destino para los emigrantes, en buena parte de los dominios de su rival. Así sucedía con la capital española en las provincias catalanas y parte de las levantinas, mientras que la ciudad condal se hacía con el campo manchego y parte del noroeste peninsular.

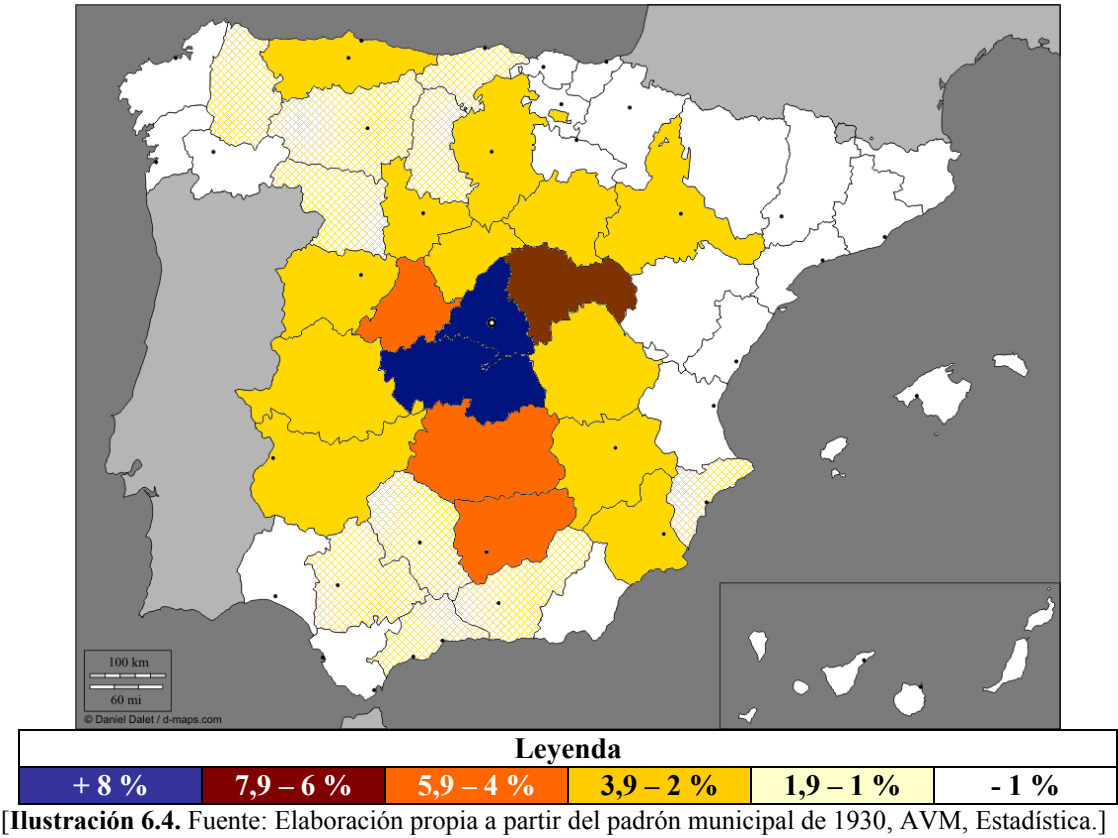
---

<sup>7</sup> GARCÍA ABAD, Rocío: *Historias de emigración: Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2005; MENDIOLA GONZALO, Fernando: *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización. Pamplona (1840-1930)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2002.

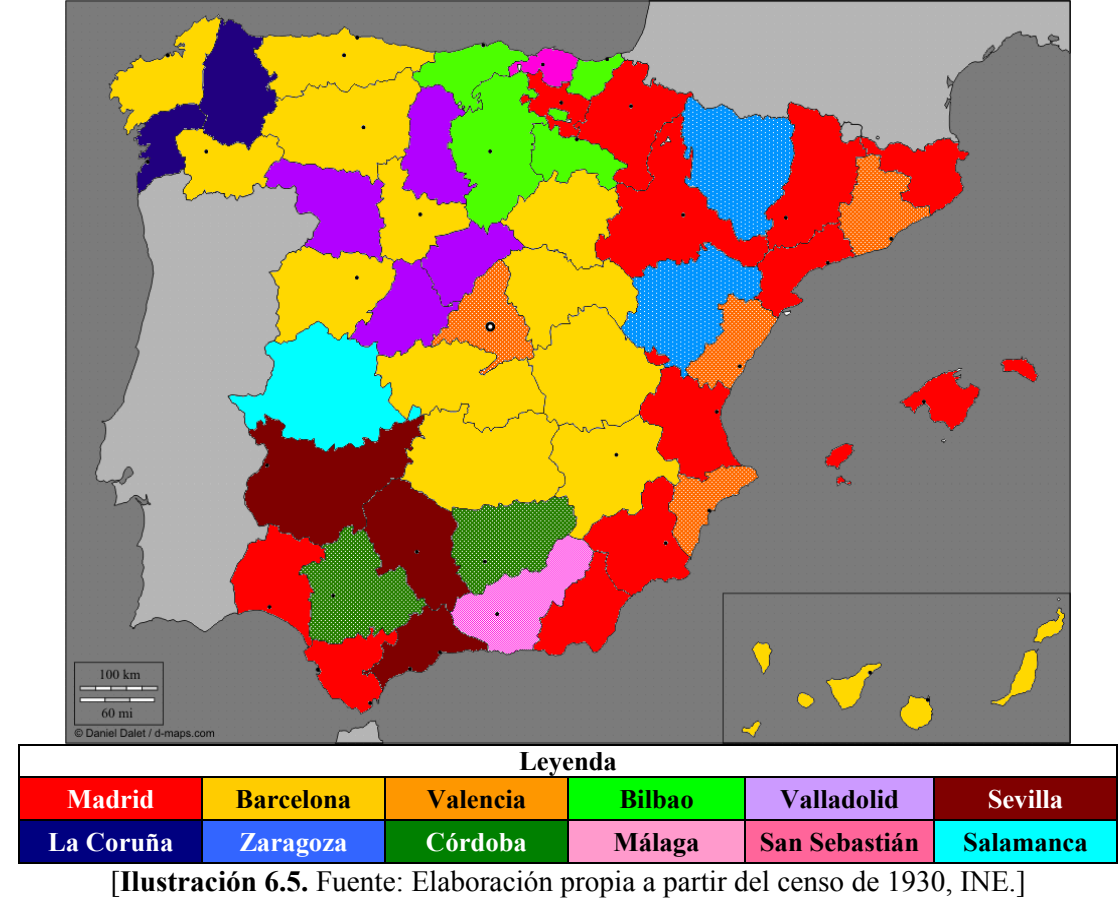
<sup>8</sup> MIKELAREÑA PEÑA, Fernando: “Los movimientos migratorios interprovinciales en España entre 1877 y 1930: áreas de atracción, áreas de expulsión, periodización cronológica y cuencas migratorias” en *Cuadernos aragoneses de economía*, nº 2, (1993), pp. 213-240.

<sup>9</sup> SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: “Inmigraciones interiores e industrialización: el caso de la ciudad de Zaragoza durante el primer tercio del siglo XX” en *Revista de Demografía Histórica*, nº 21 (2003), pp. 59-92; GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel (dir.): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, 2 Vols., Fundación BBVA, Bilbao, 2001.

**Provincias de origen de la población inmigrante del Ensanche Sur (1930)**



**Destinos secundarios de la población emigrante española (1930)**



En definitiva, el panorama que dibujaban los movimientos migratorios españoles a la altura de 1930 estaba determinado por dos grandes polos de gravedad, los cuales arrastraban a la mayoría de la población hacia sus calles, bien fuera como primera o como segunda opción. Junto a ellos destacaba el papel ejercido por las ciudades medias como puntos alternativos en el camino. Su emergencia, fruto de las transformaciones sociales y económicas que venía experimentando el país desde mediados del siglo XIX, incrementó la movilidad de las personas y los intercambios de capital humano entre unas y otras. Aunque muchos emigrantes acabaran viviendo en Madrid o en Barcelona, antes habían pasado por otras ciudades y habían residido en ellas durante un periodo de tiempo más o menos largo. Entre las familias nucleares inmigrantes del Ensanche Sur de Madrid, aquellas que habían realizado una migración desde sus lugares de nacimiento de forma escalonada habían aumentado sensiblemente respecto al inicio de la Restauración (figura 6.6). Un fenómeno que era más común entre aquellos que procedían de provincias medias y lejanas, los cuales contaban con otros centros regionales de referencia (ilustración 6.5), que entre los naturales del entorno próximo a la capital, donde su fuerza de gravedad era más intensa (ilustración 6.2) y la emigración directa resultaba más habitual.

<b>Población inmigrante por etapas en el Ensanche Sur</b>		
<b>Regiones</b>	<b>1878</b>	<b>1930</b>
Madrid (provincia)	13,65	26,02
Prov. Limítrofes	27,91	29,83
Prov. Medias	31,44	42,99
Prov. Lejanas	26,59	39,15
Extranjero	68,75	69,64
<b>Total</b>	<b>24,64</b>	<b>36,08</b>
Nacidos en <i>capital de provincia</i>	19,67	38,12
Nacidos en <i>provincia</i>	30,43	35,73

[Figura 6.6. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1930. Leyenda: Provincias limítrofes (Ávila, Cuenca, Guadalajara, Segovia y Toledo), Provincias de distancia media (Albacete, Badajoz, Burgos, Cáceres, Ciudad Real, Salamanca, Soria, Teruel, Valencia, Valladolid y Zaragoza) y Provincias lejanas (resto de España). Muestra de población: familias nucleares.<sup>10</sup> Los datos están ofrecidos en porcentajes.]

Todo ello implicaba que los emigrantes que acudían a Madrid contaban con una mayor *experiencia urbana* a sus espaldas, con unos conocimientos, unas capacidades y unas aptitudes más propias de la ciudad que del campo. Si las

<sup>10</sup> El cálculo se ha basado en la muestra de población de las familias nucleares del Ensanche Sur de Madrid. La fuente documental no aportaba una información directa sobre esta cuestión y se recurrió a contrastar los lugares de nacimiento de padres e hijos de las familias nucleares. Debido a ello, los resultados están afectados por una clara subestimación de las cifras que pudieron alcanzar en la realidad, pero son suficientemente concluyentes en cuanto a la evolución del fenómeno en el tiempo y a las diferencias por lugar de origen.

migraciones por etapas habían aumentado, lógicamente también lo hizo la población de origen urbano (figura 6.7). El país experimentaba un proceso de urbanización de la sociedad más lento que en otros países desarrollados de su entorno, pero desde principios del siglo XX adquirió un ritmo más vivo. Las grandes capitales eran los ejemplos más brillantes, pero el fenómeno se extendía gracias al crecimiento de las pequeñas y medianas ciudades, cuya oferta laboral y de ocio se enriquecía y se hacía más atractiva incluso para los habitantes de otras localidades del mismo tamaño. La emigración por etapas de personas nacidas en otras ciudades se dobló (figura 6.6), lo que invita a pensar en una red urbana cada vez más densa y conectada.

<b>Origen rural y urbano de la población inmigrante del Ensanche Sur de Madrid</b>					
<b>Lugar de nacimiento</b>	<b>1860</b>	<b>1878</b>	<b>1905</b>	<b>1930</b>	<b>1930 (- 2 años de estancia)</b>
Capital de provincia	9,2	10,5	13,4	17,3	19,5
Provincia	90,8	89,5	86,6	82,7	80,5

[Figura 6.7. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860, 1878, 1905, 1930. Los datos son porcentuales.]

Una persona que hubiera nacido en Cuenca, León o Jaén, podía hallar por el camino localidades con un mercado laboral más diverso y abierto que en épocas anteriores, con puestos de trabajo novedosos gracias al desarrollo experimentado por los transportes y las comunicaciones o por el despliegue del Estado y sus múltiples instituciones. Los padres de José López Gisbert habían sido un buen ejemplo de vida itinerante, antes de establecerse definitivamente en Madrid, durante la segunda mitad del siglo XIX (ver capítulo 2). La familia de los hermanos Ballesteros Nieto fue otro buen ejemplo durante el primer tercio del siglo XX. El cabeza de familia, Pedro Ballesteros, había nacido en Villafranca de barros, un pequeño pueblo de la provincia de Badajoz, en 1865. A los 28 años tuvo un hijo, al que puso su mismo nombre, en la localidad de Manzanares, provincia de Ciudad Real, y cinco años más tarde, cuando los restos coloniales de ultramar se evaporaban en el desastre del 98, tuvo un segundo hijo, Valentín, ya en la capital de la provincia. La estancia en Ciudad Real no fue más que un punto y seguido en una vida hecha al cambio y al movimiento. Los hijos se hicieron mayores y comenzaron a tomar sus propias decisiones. Pedro, el mayor, decidió marcharse a Madrid con 27 años, mientras que su hermano Valentín probaba suerte en la localidad ciudadrealeña de Alcázar de San Juan. Dos años después, en 1922, Valentín también partió hacia la capital española, acompañado de su esposa Teresa Arias, a la que había conocido en Alcázar. Finalmente, en 1929 se unía a ellos el viejo padre, que había enviudado y que ya se había retirado del trabajo, al tiempo que Pedro y Valentín comenzaban a tener sus primeros hijos, todos nacidos ya en Madrid. Como empleados de la compañía M.Z.A., el peregrinaje de su familia parecía influido, hasta cierto punto, por el propio trazado ferroviario de la empresa.

Durante el primer tercio del siglo XX, el tipo de migración directa o escalonada que efectuaban las personas que llegaban a Madrid también dependía de su profesión (figura 6.8), como sucedía en el siglo XIX. Aunque el país había experimentado numerosos cambios, seguían existiendo unas profesiones más propensas que otras a moverse por diferentes lugares, a dividir su vida en etapas y ciudades. Personas como Pedro y Valentín Ballesteros Nieto se verían casi obligados a quemar etapas si querían seguir la estela del ferrocarril para el que trabajaban, como así le sucedía a otros compañeros suyos como Ricardo Alonso. En otros casos era la inquietud intelectual, la imperiosa necesidad de explorar horizontes desconocidos y afrontar retos personales y profesionales. Cualquier otra maestra se habría quedado en su pueblo de Llanes toda la vida, volcada en el noble arte de la enseñanza de niños. Pero María Luisa Castellanos no era una maestra al uso y desde muy joven mostró interés por temas como el papel de la mujer en la sociedad española, lo que la llevó a escribir tanto en publicaciones modestas de ámbito local, como en revistas de tirada nacional como *Mundo Gráfico* o *Nuevo Mundo*. En 1920, con veintiocho años recién cumplidos, se casó con Antonio Alonso, su novio del pueblo y periodista conocido por la zona.



[Ilustración 6.6. Fotografía de María Luisa Castellanos.]

Su vida parecía resuelta con buenos trabajos, reconocidos y apreciados en los círculos locales y con los primeros pinitos en el ámbito nacional. No tenían por qué irse para disponer de una buena posición y disfrutar de una vida cómoda y apacible. No tenían la presión de pertenecer a una gran compañía, como los empleados del ferrocarril, que podía dictaminar un cambio de destino no deseado. No había obligación alguna, pero Llanes era un horizonte demasiado estrecho para un matrimonio como el formado por Antonio y María Luisa. Al año siguiente de su boda abandonaron su pueblo para cruzar nada menos que el océano Atlántico e instalarse en México durante unos años. Allí continuaron con su profesión periodística y tuvieron dos hijos. Cuando volvieron a España, a comienzos de 1930, ya no retornaron a su cuna asturiana, sino que eligieron Madrid, la ciudad con la oferta cultural más amplia y variada del país.

<b>Inmigración por etapas según la categoría profesional (1930)</b>			
<b>Categoría profesional</b>	<b>Inmigrantes nacidos en <i>capital</i></b>	<b>Inmigrantes nacidos en <i>provincia</i></b>	
Profesiones liberales/Titulados	77,8	52,0	- 25,8
Empleados/servicios	44,9	38,9	- 6,0
Trabajadores cualificados	31,5	34,5	+ 3,0
Trabajadores no cualificados	28,9	30,4	+ 1,5

[Figura 6.8. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1930. Muestra de población: cabezas de familia de las familias nucleares. Las categorías profesionales han sido elegidas por su relevancia general en el mercado laboral madrileño y por el tamaño significativo de la muestra en cada categoría. Los datos son porcentuales y la última columna es la diferencia entre los inmigrantes de capital y los de provincia.]

Los trabajadores cualificados y no cualificados desarrollaban una movilidad migratoria mucho más directa que la de los empleados y, especialmente, la de los profesionales titulados como María Luisa. Los mercados de contratación más importantes de esos trabajadores manuales se localizaban en las ciudades industriales, como Bilbao, o en las grandes urbes de Barcelona y Madrid. Si emigraban, no lo hacían por un feliz inconformismo, como en el caso de la escritora local, sino por la estricta necesidad de conseguir un trabajo o por el incentivo que suponían unos salarios más elevados.<sup>11</sup> La urgencia les impulsaba a dirigirse sin tantas dilaciones al lugar donde se reunían más posibilidades de trabajo, mientras que la vida itinerante era más frecuente entre aquellos que tenían una educación más elevada y unos orígenes más urbanos. No sólo había más gente nacida en una ciudad a la altura de 1930, sino que la propia vida urbana les incitaba a moverse más, a vivir en otros lugares y adquirir otras experiencias. Cultura urbana como culto al movimiento y temor a quedarse quieto y rezagado.

*“Se dice que esta época es más dinámica y apresurada que todas las otras, pero a mí me asalta una sospecha terrible: la de que sea una época de carácter completamente sedentario, obligada por sus creaciones mecánicas a moverse de un modo vertiginoso.”*

Julio Camba, *La ciudad automática*, 1932.

La intensificación de los procesos migratorios desde comienzos del siglo XX estaba llevando a una paulatina urbanización de la sociedad. Era un proceso general lento, pero con diferencias muy acusadas entre unas zonas y otras del país. La región de procedencia determinaba que unos inmigrantes fueran más

<sup>11</sup> SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: “Las migraciones interiores durante la modernización económica de España, 1860-1930” en *Cuadernos económicos de ICE*, nº 70, (2005), pp. 157-182.

urbanos que otros a su llegada a Madrid. El grado de desarrollo económico y social de áreas como Barcelona o la ría de Bilbao era muy superior al de extensas comarcas del interior peninsular, lo cual definía a un país con varias velocidades en su urbanización y, por tanto, en su modernización.<sup>12</sup> El desequilibrado panorama heredado en 1900<sup>13</sup> se perpetuó durante el primer tercio del siglo XX. Las áreas en torno a núcleos activos de comercio, industria y servicios registraron una urbanización más rápida y a mayor escala que las zonas de economía agraria.

Entre los inmigrantes del Ensanche Sur madrileño ese proceso quedaba constatado fehacientemente (figura 6.9). Las diferencias entre los nacidos en la provincia de Barcelona y los de la provincia de Toledo ya eran abismales al comienzo de la Restauración y no hicieron más que incrementarse a lo largo de todo el periodo, debido al fulminante crecimiento de la ciudad condal y el lánguido transitar de la capital manchega. Una era el centro neurálgico del comercio y la industria en el Mediterráneo occidental, otra era una diminuta capital administrativa y militar a la sombra de Madrid. Valladolid estaba rodeada de comarcas agrarias como Toledo y ejercía funciones administrativas similares a ésta, pero su ubicación respecto a la red de comunicaciones era más privilegiada. Al estar en el centro geográfico de la Meseta Norte y a una distancia prudencial de Madrid para no ser completamente eclipsada, la capital castellana ejercía un papel de ciudad intermedia en los procesos migratorios (ilustración 6.5), lo cual repercutía en un proceso de urbanización más vivo que el de Toledo.

<b>Orígenes urbanos de población inmigrante por provincias</b>			
<i>Provincia de nacimiento</i>	<b>1878</b>	<b>1905</b>	<b>1930</b>
Barcelona	64,26	77,71	84,85
Valladolid	30,57	38,87	37,17
Toledo	4,80	6,95	7,08

[Figura 6.9. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1878, 1905 y 1930. Los datos son porcentuales.]

En ese perfil tan desigual de los inmigrantes también intervenían aquellos que no llegaban a Madrid, especialmente en el caso de los barceloneses. Su naturaleza era más urbana porque la población que vivía en la ciudad era mucho más abundante que en Toledo o en Valladolid, pero esa naturaleza urbana de los inmigrantes se agudizaba porque la mayoría de los barceloneses de provincia no acudían a Madrid para buscar un trabajo, sino que iban a Barcelona, que estaba

<sup>12</sup> GARCÍA DELGADO, José Luis (coord.): *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Madrid, Siglo XXI, 1992; OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939” en *España entre repúblicas 1868-1939. Actas de las VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Guadalajara, ANABAD, Vol. 1, 2007, pp. 27-80.

<sup>13</sup> RINGROSE, David: *España, 1700-1900: el mito del fracaso*, Alianza Editorial, Madrid, 1996.

más cerca, que disponía de una oferta laboral tan amplia como la madrileña y donde tenían mejores opciones para hallar casa y trabajo por la presencia de familiares o conocidos.<sup>14</sup> Los que daban el salto a Madrid no eran payeses dispuestos a enrolarse como peones en cualquier obra o fábrica, sino gente de la ciudad, hecha a su ajetreo, con unas ambiciones que colmar y una cualificación profesional por encima de la media (figura 6.10).

Diferencias entre inmigrantes recientes del Ensanche Sur por lugar de origen (1930)								
Principales categorías profesionales	Hombres				Mujeres			
	Media	Barcelona	Valladolid	Toledo	Media	Barcelona	Valladolid	Toledo
Servicios y empleados	23,3	42,2	25,9	16,7	19,7	0,0	16,7	13,8
Trabajadores cualificados	12,5	26,7	13,8	12,5	9,8	0,0	3,3	5,0
Trabajadores no cualificados (H) Servicio doméstico (M)	35,7	8,9	31,9	44,9	58,7	0,0	66,7	72,5
Saben leer	94,2	97,8	94,0	93,5	81,1	93,3	87,7	75,0
Saben escribir	92,7	95,6	94,0	92,7	77,4	91,1	84,9	71,3

[Figura 6.10. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1930. Muestra de población: inmigrantes mayores de 14 años con dos años o menos de estancia en Madrid. La media corresponde a los datos del total de la muestra y los lugares de origen son las provincias. Los datos son porcentuales. En el caso de las mujeres no se han tenido en cuenta las que declaraban “sus labores”. Los datos inferiores a la media aparecen sombreados.]

Entre los barceloneses residentes en 1930 destacaban los empleados de las compañías ferroviarias, con salarios medios y altos, como Ramón Sala, de la compañía Oeste, que ganaba 12.000 pesetas anuales, o Agustín Obiols, el subcajero de la oficina central de la misma compañía, que ganaba casi 6.000 pesetas al año. Junto a ellos, sobresalía el grupo de empleados de grandes empresas industriales, como Francisco Rovira, que a sus 33 años ya ganaba 12.600 pesetas anuales como empleado de la Standard Eléctrica, o Antonio Freixa, empleado de Linóleum Nacional con 6.000 pesetas de sueldo, y otros como Manuel Mas Ciércoles, nacido en el barcelonés barrio de Gracia en 1899, que trabajaba para la Telefónica por 8.400 pesetas al año. También eran muy abundantes los trabajadores manuales muy cualificados, especializados en los sectores industriales punteros, como Ernesto Boley Roselló, un mecánico de la Sociedad Comercial de Hierros que ganaba quince pesetas por día; Ramón Mañach, ajustador de 46 años de la Sociedad Española de Fabricación de Automóviles (S.E.F.A.), con un jornal de 12 pesetas diarias; o Pedro Guasch, maquinista de la compañía ferroviaria Norte, con 11 pesetas al día. Eran trabajos que conllevaban una responsabilidad y que requerían de una preparación específica y exigente. Por ello su nivel de alfabetización era tan alto y superaba al resto de inmigrantes.

<sup>14</sup> OYÓN, José Luis: *La quiebra de la ciudad popular: espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2008.



Si los barceloneses llegaban a Madrid para ocupar puestos fijos, bien remunerados y con responsabilidad en las oficinas, o como cotizados especialistas en las fábricas y talleres de empresas privadas, los inmigrantes toledanos recorrían un camino completamente dispar. Eran los representantes de una inmigración abrumadoramente rural (figura 6.9), que acudía a la gran ciudad con la idea de aferrarse a cualquier trabajo, aunque estuviera mal pagado, con tal de sacar adelante a su familia. Entre ellos eran muy comunes los jornaleros, los peones y, en general, los trabajadores a jornal, mientras que los empleados de oficinas y servicios eran una minoría. No sólo eran menos, sino que además sus cargos eran de inferior categoría a los que ocupaban los barceloneses. Entre los últimos inmigrantes toledanos en llegar destacaban personas como Juan José Ramírez García, un empleado de la compañía M.Z.A., que ganaba 5.285 pesetas al año; el empleado del Ayuntamiento Gaspar Peces Gutiérrez, que ganaba 4.500 pesetas anuales; o el hijo de Josefa Fernández Brihuega, que había logrado colocarse como empleado de la Agencia Ford y cobraba 3.440 pesetas al año. Eran ejemplos modestos que descollaban si se les comparaba con los guardias de seguridad, los dependientes de comercio o los empleados de baja categoría, puestos ejercidos en mayor número por los inmigrantes de Toledo, como Ladislao Morante Carchenilla, pinche en ABC, Emiliano Rage Jiménez, empleado del Museo del Prado con una asignación de 2.000 pesetas anuales, o José Fernández Parra, que con 15 años había entrado a trabajar como botones en la Maison Doré, el moderno café de la calle Alcalá que pretendía competir con su rival de enfrente, el café Fornos.

Lógicamente, el desequilibrio entre unos y otros se reflejaba en los salarios medios que percibían y en los alquileres de las viviendas que podían permitirse. Los empleados barceloneses con pocos meses de estancia en la capital superaban las 4.000 pesetas anuales de sueldo, mientras que los de Toledo no llegaban a las 2.800 y los de Valladolid se movían en torno a las 3.000 pesetas al año (figura 6.11). En los alquileres de las viviendas las diferencias no eran tan pronunciadas a simple vista, pero algunos inmigrantes barceloneses, especialmente aquellos que ocupaban cargos elevados en las compañías ferroviarias, no pagaban o pagaban una cantidad rebajada por una casa que les cedía la propia empresa, con lo cual, las diferencias en el poder adquisitivo entre unos y otros se evidenciaban aún más.

Las desigualdades que presentaban los inmigrantes cuando llamaban a la puerta de Madrid se extendían también a las mujeres. Sólo una minoría escapaba al marchamo *sus labores* con el que se borraba su verdadera participación laboral en el mercado de trabajo,<sup>15</sup> pero aun así, las diferencias eran apreciables según las regiones de procedencia. El dominio de algunos oficios por parte de ciertas redes de paisanaje durante la segunda mitad del siglo XIX (como las cigarreras alicantinas o las criadas gallegas y asturianas) se diluyó al llegar el siglo XX, pero durante sus primeras décadas las mujeres que procedían de provincias tan

<sup>15</sup> En el Ensanche Sur, las mujeres que declaraban un trabajo pasaron del 31,9% en 1860 al 8,3% en 1905 y el 10,9% en 1930.

dispares como Barcelona, Toledo y Valladolid, continuaron trazando vías de acceso a Madrid que tenían poco en común. Las vallisoletanas y toledanas encaminaban sus pasos al mundo del servicio doméstico, como vía natural para sus aspiraciones o capacidades, mientras que las trabajadoras manuales cualificadas eran testimoniales.

<b>Diferencias económicas entre los empleados inmigrantes recientes del Ensanche Sur en 1930</b>				
	<b>Media</b>	<b>Barcelona</b>	<b>Valladolid</b>	<b>Toledo</b>
<b>Alquiler</b>	816,74	1.080,00	1.039,53	734,28
<b>Salario</b>	3.279,24	4.056,43	3.054,17	2.777,25

[Figura 6.11. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1930. Los datos están expresados en pesetas y son medias anuales. Para los alquileres la muestra de población son los cabezas de familia inmigrantes con dos años o menos de estancia en Madrid y para los salarios todos los inmigrantes varones mayores de 14 años con dos años o menos de estancia en Madrid. La media corresponde a los datos del total de la muestra y los lugares de origen son las provincias.]

En el nivel de alfabetización se apreciaban claramente las diferencias entre aquellas mujeres que procedían de un entorno rural, como las originarias de Toledo, y las que habían nacido en un contexto más urbano, como las vallisoletanas, que contaban con mayor número de empleadas y trabajadoras de los servicios. Sin embargo, las mujeres de Barcelona demostraban un nivel más amplio de cultura y educación básica, equiparable incluso al de los hombres, y eso no les procuraba una participación decidida en el mundo del empleo, en sectores como la educación o la administración, sino un retraimiento total del mercado de trabajo. Ninguna barcelonesa declaraba oficio alguno que pudiera definirla como algo más que un ama de casa. Un mayor nivel cultural que implicaba un nivel social más elevado y una situación económica más desahogada que las liberaba de los trabajos externos al hogar. Las mujeres que llegaban de tierras barcelonesas acompañando a sus maridos no tenían la necesidad de salir fuera de casa para aportar unos ingresos extras al presupuesto familiar. El sostén de la familia estaba asegurado con los excelentes salarios del marido, que para eso había dado el salto de Barcelona a Madrid, para ganar lo suficiente para él y su familia. Pero no todas las mujeres nacidas en Barcelona estaban casadas con paisanos suyos, sino que también se habían emparejado con hombres de otras regiones, a los cuales habían conocido en la ciudad condal o en otros puntos de la geografía nacional. Los movimientos migratorios no sólo hacían crecer a las ciudades, también ponían en marcha nuevos comportamientos sociales al facilitar que personas de lugares distantes se conocieran y se dieran el sí quiero.

### 6.3 Casarse con un forastero, una práctica en expansión

Los padres de Serafín Paul, Pío y Tomasa, eran de pueblos vecinos y se conocieron de muy jóvenes. Allí iniciaron su relación formal y allí se casaron, rodeados de sus familiares, amigos y conocidos, antes de marcharse a Madrid a finales de la década de 1850. Los jóvenes se casaban con otros de su pueblo, o de alrededor, porque aquél era su mundo conocido. Era la práctica más habitual y extendida entre los españoles y lo siguió siendo en las décadas siguientes. Antonio Alonso Inguanzo y María Luisa Castellanos se casaron en 1920 en su pueblo natal de Llanes, Asturias, antes de abandonarlo para partir a las Américas. Era el comportamiento natural dado el peso del mundo rural en la sociedad española. La mayoría de la población continuaba viviendo en pueblos y diminutas capitales de comarcas y provincias, en los límites de un círculo conocido y de corto alcance. Pero esa situación había comenzado a cambiar. El tímido proceso urbanizador español del XIX se había avivado con el empuje de los movimientos migratorios y cada vez había más personas que habían residido en varios lugares, que habían conocido a personas con costumbres y acentos diferentes a los suyos, que vivían en el remolino diario de la gran ciudad. A medida que ese proceso se acentuó, las bodas entre jóvenes del mismo pueblo, o de la misma provincia, disminuyeron.

Casarse con un foráneo no era completamente desconocido en las décadas anteriores, sólo raro por infrecuente. Había jóvenes que emprendían la aventura de la emigración en solitario, antes incluso de tener edad para formalizar matrimonio, y daban con su pareja en algún punto del camino. La familia Amburtin Masés era un buen testimonio de ello. El viejo Carlos Amburtin Lapuente fue un francés que se desposó con Marcela, una mujer gerundense con la que tuvo varios hijos en Barcelona, antes de partir para Madrid en 1874. Su hijo, Carlos Amburtin Masés, dejó Madrid con menos de 20 años para irse a vivir a Carabanchel, más allá de los suburbios de la capital, donde se casó con Carmen Zafio y tuvo a su primera hija, Josefina, en 1896, antes de volver a Madrid. En otra época, probablemente Carmen se hubiera casado con un joven de su pueblo o con algún madrileño de la capital. Pero soplaban nuevos tiempos y hasta ella había llegado un joven con un acento extraño, hijo de padre francés y madre catalana, con una educación y unas vivencias muy diferentes a las que podía encontrar entre los jóvenes de su pueblo.

Los emparejamientos entre inmigrantes de diferentes provincias eran muy habituales entre personas que habían llegado solteras (o que habían enviudado) y llevaban muchos años viviendo en la capital. La gran ciudad facilitaba el trato diario con extraños, con gentes de lugares remotos a los que, de otra manera, jamás se hubiera conocido. Era una cualidad inherente del mundo urbano que ya existía en el viejo Madrid amurallado de la época isabelina y que no respondía a

un proceso de transformación de la sociedad española. Los que llevaban menos tiempo solían ser campesinos inmigrantes, casados con gente de su entorno y que apenas conocían más sitios que su comarca antes de llegar a Madrid. Eran gentes como los padres de Serafín Paul Cid. Desde mediados del siglo XIX, ese perfil fue matizado gradualmente por personas como Carlos Amburтин, con raíces urbanas y con una vida fragmentada en diferentes lugares, antes de aposentarse definitivamente en Madrid. Los movimientos migratorios estaban fraguando una sociedad española más urbana, pero también una sociedad más trabada por lazos personales, más entremezclada, fenómeno visible entre los inmigrantes con pocos meses de estancia en la capital española que se asentaban en el Ensanche Sur (figura 6.12).

Emparejamientos entre inmigrantes de la misma provincia				
Año	Inmigrantes recientes	Nº parejas	Inmigrantes antiguos	Nº parejas
1860	66,32	95	34,80	227
1905	59,64	446	31,82	1.752
1930	56,10	1.679	30,02	3.416

[Figura 6.12. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860, 1905 y 1930. Inmigrantes recientes: menos de 2 años de residencia en Madrid; Inmigrantes antiguos: más de 15 años de residencia. Los datos de los inmigrantes están expresados en porcentajes salvo el número de parejas analizadas, en cifras totales.]

Este proceso no se sustentaba en un incremento de los movimientos migratorios en solitario, de personas que salían de sus pueblos siendo aún muy jóvenes y con poco más que el hatillo al hombro, al estilo de los emigrantes lucenses del siglo XIX. El cambio lo estaban protagonizando familias enteras, que ya eran mayoría en la etapa anterior y que lo fueron aún más desde 1900 (figura 6.13). La expresión *me voy a Madrid* había quedado arrinconada por *todos a Madrid*. No sólo era el matrimonio y los hijos, sino grupos de parentesco ampliados a los padres y suegros, a los cuñados y hermanos, con los que se hacía el viaje o con los que se reunían una vez en la ciudad. Las personas que vivían solas, por no conocer a nadie, se habían reducido drásticamente y el fenómeno del realquiler, tan común a comienzos de la Restauración, prácticamente había desaparecido. Después de tantos años recibiendo inmigrantes, Madrid era una colmena de familias y quien más y quien menos contaba con un hilo familiar al que recurrir para compartir piso, en lugar de hacerlo con unos desconocidos, como sucedía cuando las afueras del sur eran más campo que ciudad.

<b>Formas familiares por hogares entre los inmigrantes recientes del Ensanche Sur</b>			
<b>Formas familiares</b>	<b>1860</b>	<b>1905</b>	<b>1930</b>
Familias nucleares	62,02	+ 13,83	+ 11,05
Familias complejas	6,20	+ 7,49	+ 11,94
Familias con realquilados	14,73	- 9,74	- 11,90
Hogares sin núcleo familiar	17,05	- 11,58	- 11,09

[Figura 6.13. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860, 1905 y 1930. Muestra de población: hogares encabezados por inmigrantes con menos de 2 años de estancia en Madrid. Los datos están expresados en porcentajes y los datos de 1905 y 1930 son en relación a 1860.]

Federico Figueroa dejó su pueblo jienense de Baeza por Madrid con la esperanza de ser algo más que un jornalero del campo. Eran los primeros años de la década de 1880 y muy pocas personas de su entorno se habían embarcado en una aventura como la suya. El olivar aún requería de muchas manos para trabajarlo y los jóvenes no se animaban a irse a sitio tan lejano y desconocido como la capital. Federico sí se animó. Allí conoció a Antonia Merino, una joven de Alcalá de Henares con la que se casó y tuvo a su primer hijo, al que puso su mismo nombre, Federico. Corría el año 1890 y Federico se había colocado como mozo en un almacén. No era lo que había soñado, pero su hijo había nacido en la ciudad y lucharía por darle la educación que él no había tenido. En 1905 su hijo seguía declarándose estudiante con quince años, una edad a la que muchos adolescentes de Baeza habían abandonado los estudios por ayudar a sus padres en la recogida de la aceituna. Federico, el padre, había entrado a trabajar como jornalero en la compañía ferroviaria MZA, la cual tenía una línea directa hasta su tierra.

Hacia 1910 la familia Figueroa emprendió el camino inverso y dejó Madrid por Jaén. Podría parecer que tantos esfuerzos habían sido en balde, pero seguramente el cambio se debía a razones laborales y deseos personales. Federico había cumplido 50 años y se le había abierto la posibilidad de trabajar en su tierra para una gran compañía. Además, su hijo había crecido y había recibido una completa formación que le sería de gran utilidad para su futuro. Allí conoció a Josefa Martínez Vico, una joven de Úbeda con la que se casó y con la que tuvo a su primer hijo en 1912, en el pueblo de La Carolina. A partir de entonces, el joven matrimonio Figueroa Martínez emprendió un peregrinaje de ida y vuelta entre esa localidad jienense y la capital de la provincia, delatado por los sucesivos hijos que tuvieron en una y otra, hasta dar el salto a Ciudad Real capital y de ahí a Madrid nuevamente. Federico Figueroa, padre, había llegado a la capital solo y sin más experiencia que el trabajo en los campos del olivar. Su hijo, Federico Figueroa Merino, *regresó* en 1925 después de haber pasado su infancia allí, después de haber recibido una completa educación, después de varios años en Jaén y en Ciudad Real y después de haberse casado y tenido cinco hijos. Madrid era el doble de grande a su llegada que en los años 80, cuando su padre descubrió las enormes diferencias entre el ralenti del olivar y el turbi3n de

la gran ciudad, pero seguro que no albergaba en su interior las mismas inseguridades y temores. Ya conocía cómo era Madrid, le era familiar y estaba más preparado que su padre para lograr una adaptación rápida a una urbe de dimensiones inabarcables.

Federico Figueroa, padre, había emigrado a Madrid de un gran salto, de forma prácticamente directa desde su lugar de nacimiento. Federico Figueroa, hijo, se movió en pequeños pasos y por periodos breves de tiempo, avanzando y retrocediendo en el camino hasta asentarse definitivamente en Madrid. El padre fue jornalero toda su vida y aprendió a leer y escribir con dificultad. El hijo completó sus estudios y a los 40 años era el contable de una sociedad privada de la capital. Sus conocimientos le abrían las puertas a numerosas oportunidades de trabajo en lugares diferentes, a los cuales su padre no tenía posibilidad alguna de acceder. Si un jornalero de campo no tenía trabajo en su pueblo de Jaén, difícilmente lo iba a encontrar en Ciudad Real, donde la oferta era idéntica o peor porque allí nadie le conocía. De ahí la opción de irse directamente a Madrid, donde el tamaño de la urbe infundía esperanzas a cualquiera. Pero Figueroa hijo sí podía trabajar en Ciudad Real, o en cualquier otra ciudad de provincias, como administrador de un notable local, como empleado municipal, como delegado de una empresa privada de ferrocarriles, etc. Por eso su itinerario vital era tan zigzagueante, porque tenía opciones que otros no tenían. Los años de estudio, que hizo posible su padre al marcharse a trabajar a Madrid, no sólo le habían brindado la oportunidad de crecer profesionalmente, sino el privilegio de poder elegir.

Si empleados como Federico Figueroa o profesionales como los abogados, médicos, periodistas, profesores o ingenieros, viajaban más y lo hacían de un sitio para otro (figura 6.8), tenían más opciones de emparejarse con una persona de otra provincia que un campesino que se movía únicamente por los pueblos de su provincia. La unión entre personas con orígenes diferentes fue, desde el principio, más frecuente entre este tipo de profesionales y se incrementó a medida que los procesos migratorios se intensificaron y el proceso de urbanización de la sociedad aceleró su pausado ritmo (figura 6.14).

<b>Inmigrantes recientes de la misma provincia casados entre sí</b>			
<b>Grupos profesionales</b>	<b>1860</b>	<b>1905</b>	<b>1930</b>
Prof. Liberales	50,00	42,86	38,24
Empleados	55,56	38,71	51,02
Trab. Cualificados	60,00	59,26	53,85
Trab. No cualificados	77,08	64,05	64,81

[Figura 6.14. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1860, 1905 y 1930. Muestra de población: hogares encabezados por inmigrantes con menos de 2 años de estancia en Madrid. Los grupos profesionales hacen referencia a la profesión del cabeza de familia y se muestran los más representativos de la estructura profesional del Ensanche Sur. Los datos están expresados en porcentajes.]

En ese proceso, el comportamiento de las personas también varió en función del desarrollo social y económico de su provincia, de la distancia que la separaba respecto a Madrid y de la intensidad de los movimientos migratorios a lo largo del tiempo (figura 6.15). El anillo de provincias agrarias que rodeaba a la capital (Guadalajara, Toledo y Ávila) presentaba un grado de endogamia muy elevado entre los inmigrantes que encaminaban sus pasos a la capital a principios del siglo XX. Su proximidad al gigante madrileño y su pobre tejido urbano no incitaban a demorar la ruta en destinos alternativos, poco atractivos para una población básicamente agraria. De esa forma, las opciones para casarse con alguien que no fuera de la zona eran escasas. En todo caso, esa pronunciada endogamia tendió a reducirse en las tres primeras décadas del siglo XX. Bien distinta era la situación en una provincia tan alejada de Madrid y tan desarrollada como era Barcelona, a la que acudían personas de diferentes lugares por el atractivo de su capital, y que exportaba una mano de obra muy cualificada y con un nivel de estudios superior a la media.

<b>Emparejamiento de inmigrantes de la misma provincia por lugar de origen</b>				
<i><b>Provincia de origen</b></i>	<b>Inmigrantes recientes</b>		<b>Inmigrantes antiguos</b>	
	<b>1905</b>	<b>1930</b>	<b>1905</b>	<b>1930</b>
Guadalajara	71,79	56,12	43,27	42,90
Toledo	75,00	66,97	34,39	39,09
Ávila	69,23	50,72	34,09	41,85
Barcelona	36,67	29,17	33,33	19,05
Asturias	83,33	51,61	34,48	38,83
Jaén	53,85	60,81	5,26	30,59

[Figura 6.15. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1905 y 1930. Muestra de población: hogares encabezados por inmigrantes recientes (menos de 2 años de estancia en Madrid) y antiguos (más de 15 años viviendo en Madrid). Los datos están expresados en porcentajes.]

Vivir lejos de Madrid no determinaba en los inmigrantes de esas regiones un comportamiento u otro. También intervenían, por ejemplo, la existencia de antiguas redes de paisanaje y una tradición migratoria arraigada en el tiempo. La inmigración asturiana había sido una de las grandes corrientes que había alimentado a la capital desde la época moderna y, hasta principios de siglo, se mostraron como un grupo cerrado y endogámico, con pocos resquicios para la entrada en el círculo familiar de personas foráneas a la tierra asturiana. Esa unión granítica entre asturianos se diluyó en el primer tercio del siglo XX, justo cuando la cantidad de inmigrantes que aportaban al crecimiento de la ciudad disminuyó ante el empuje de “nuevas” zonas, como Jaén, que no se habían caracterizado hasta el momento por tener una presencia significativa de inmigrantes en Madrid. Los jienenses dibujaban el camino inverso a los asturianos. Los pocos que acudían a la capital no llegaban emparejados entre sí, sino solteros, como

Federico Figueroa, o casados con alguien de otra región. Sólo cuando el número de inmigrantes se intensificó, su nivel de endogamia aumentó.

Era un comportamiento diferente en las formas de llegar a Madrid, según las personas y las regiones, que no terminaba ahí, sino que tenía su continuación en la manera de moverse por la ciudad, en los caminos que elegía cada uno para conducirse por ella.

## **6.4 Madrid, ciudad rodante. El gran cambio de la vida urbana**

### ***6.4.1 El progresivo adiós a una vida de caracol***

Velocidad y vértigo para un mundo apresurado. Trenes detenidos con estridentes chirridos y otros que se despedían con estelas de humo abandonado por la urgencia de la partida. Viajeros que descienden con bultos y se dirigen a la boca de la estación, que los expelle en riadas a la ciudad. Personas que se adentran en ella, apresurados y nerviosos por la partida, por el tiempo, por la falta de tiempo. Ricardo Alonso observaba cada día el hormiguero de Atocha y podía sentirse un privilegiado. Si así lo deseaba, el trayecto hasta el trabajo no le duraba ni para estirar las piernas. Desde 1901 residía junto a su mujer, Jeanne Lespès, en una de las casas que la compañía M.Z.A. tenía reservadas para sus empleados de mayor categoría, dentro del complejo de la estación ferroviaria. Nunca había sentido la necesidad de distanciarse de ese guirigay y mudarse a otro barrio. El dinero no hubiera sido un problema gracias a su sueldo de 13.200 pesetas anuales, pero las condiciones eran inmejorables.

Treinta años después de vivir allí, seguía sin pagar un céntimo a la compañía por una casa de siete habitaciones en una de las zonas mejor comunicadas de la ciudad. Solamente el ahorro del alquiler suponía un sueldo extraordinario al que era difícil decir no. Otras personas con cargos importantes en la empresa, como el francés Jonas Feist Frank, jefe adjunto de la división de centro del servicio de material y tracción, tampoco habían rechazado ese suculento ofrecimiento, a pesar de cobrar un sueldo de oro, más de 30.000 pesetas al año, gratificaciones aparte. Ni Jonas ni Ricardo vieron necesidad alguna para mudarse a otra parte menos ajetreada y más acomodada. Las casas de la compañía eran muy amplias, confortables y estaban a un paso del trabajo.

Su época comenzaba a estar marcada por la celeridad, por el valor del tiempo, por vivir pendiente del reloj. Vivían en el interior de una febril agitación, en medio de un oleaje de miles de personas yendo y viniendo cada día,



impertérritos a la tormenta humana. En el frenesí de los nuevos tiempos, ellos estaban más quietos que nunca. Habían dejado sus lugares de nacimiento, habían vivido en diferentes ciudades (y países), se habían movido de un lado para otro como empleados de una gran empresa de transportes, pero desde hacía treinta años se hallaban clavados en el mismo lugar. En una ciudad donde cambiar de casa era moneda común, ellos envejecieron bajo el mismo techo, tras las ventanas que un día asistieron a la coronación de un imberbe Alfonso XIII para, años después, verle salir precipitadamente ante la proclamación de un nuevo régimen republicano.

Ricardo y Jonas disfrutaban de unas condiciones laborales y salariales privilegiadas respecto a la mayoría de la población madrileña, pero su comportamiento residencial no respondía únicamente a esos factores. El hecho de no pagar alquiler era un aliciente para cualquier persona para no cambiar de domicilio, pero ni Ricardo ni Jonas debían tener excesivos problemas económicos a tenor de sus honorarios anuales y la compañía no les obligaba a vivir allí. Si lo hacían, era por voluntad propia, por el deseo de vivir cerca de su trabajo y, quizá, por hacer suya la casa, por crear verdaderamente un hogar y no andar con los muebles de un lado para otro. Ese comportamiento, lejos de ser excepcional, se fue generalizando a lo largo del primer tercio del siglo XX.

<b>Movilidad residencial de los habitantes del Ensanche Sur</b>			
	<b>1905-1910</b>	<b>1930-1935</b>	<b>Descenso %</b>
<b>Media</b>	<b>17,4</b>	<b>8,3</b>	<b>- 52,3</b>
Madrileños	19,6	7,8	- 60,2
Inmigrantes	16,7	8,5	- 49,1
Inmigrantes antiguos	15,1	7,0	- 53,7
Inmigrantes recientes	15,2	10,7	- 29,6
Inmigrantes nacidos en capital	17,8	8,4	- 52,9
Inmigrantes nacidos en provincia	16,6	8,5	- 48,8

[Figura 6.16. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1905 y 1930. Muestra de población: cabezas de familia. Los datos son porcentuales e indican la proporción de familias que cambió de residencia en un plazo de cinco años, hasta la elaboración del siguiente padrón.]

Entre 1905 y 1930, la movilidad residencial de los habitantes del Ensanche Sur en el interior de la ciudad se había reducido a la mitad (figura 6.16). Cada vez eran menos las familias que decidían cambiar de casa en un intervalo mínimo de cinco años. El descenso era general en todos los perfiles de habitantes, pero fue más acusado entre los madrileños de nacimiento y entre aquellos inmigrantes que superaban los diez años de estancia en la capital a la altura de 1930. Para los que decidían moverse, el Ensanche Sur se presentaba como una alternativa mucho más atractiva que a comienzos de siglo (figura

6.17). Sus barrios habían ido perdiendo el tono campestre y solitario, propio de las afueras, y se habían hecho más urbanos. Con casi 80.000 personas, eran una parte importante de la ciudad y contaban con una oferta más variada y extensa de servicios y centros de trabajo que en 1905. Su capacidad para atraer población se había mantenido como parte natural del crecimiento de la ciudad en su conjunto, pero la novedad en los años 20 y 30 residía en su capacidad para retener a las personas en sus calles, para ofrecerse como una alternativa interesante si decidían mudar de casa.

<b>Movilidad residencial dentro del Ensanche Sur</b>			
	<b>1905-1910</b>	<b>1930-1935</b>	<b>Crecimiento %</b>
<b>Media</b>	<b>37,8</b>	<b>48,6</b>	<b>+ 28,6</b>
Madrileños	36,0	41,6	+ 15,6
Inmigrantes	38,4	50,5	+ 31,5
Inmigrantes recientes	32,4	49,4	+ 52,3
Inmigrantes antiguos	21,1	51,0	+ 141,8
Inmigrantes nacidos en capital	32,2	50,8	+ 57,6
Inmigrantes nacidos en provincia	39,2	50,5	+ 28,8

[Figura 6.17. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1905 y 1930. Muestra de población: cabezas de familia que efectúan un cambio de residencia. Los datos son porcentuales e indican la proporción de familias que cambió de residencia dentro del Ensanche Sur en un plazo de cinco años.]

Muchas personas seguían eligiendo vivienda en función de su cercanía al lugar de trabajo. Buena parte de la población del Ensanche Sur trabajaba en el propio Ensanche Sur y se desplazaban a pie a los talleres, a los comercios y a las fábricas. Las estaciones ferroviarias daban trabajo a un gran número de familias de la zona; aunque la inmensa mayoría no contaban con el privilegio de Ricardo Alonso o Jonas Feist, que residían dentro de ellas, estaban lo suficientemente cerca como para desplazarse a pie, al igual que hacían las gentes del siglo XIX, con sus paseos diarios a la salida y a la caída del sol

*“Cuando en la zapatería dejaban el trabajo, solía ser ya de noche. Bajaban a la ronda y volvían a casa. Las luces de gas brillaban a largos trechos en el aire polvoriento; filas de carros pasaban con lentitud, y a lo largo de las rondas marchaban en cuadrillas los obreros de los talleres próximos.”*

Pío Baroja, *La lucha por la vida I. La busca*, 1904.

Había personas que seguían recorriendo la distancia al trabajo a pie porque lo tenían cerca, pero otras muchas no contaban con esa suerte. Las dimensiones demográficas del barrio se habían triplicado y se estaba edificando cada vez más lejos, como en las proximidades del río, antiguamente desoladas y vacías. Pero el cambio de escala no afectaba únicamente al barrio, sino a la ciudad en su conjunto. Si el Ensanche Sur había aumentado sus centros de trabajo y contratación, más lo había hecho el global de la ciudad. Madrid se había convertido en una enorme urbe metropolitana, con una oferta de empleos incomparablemente rica y variada, sobre todo en el sector servicios. Si había personas cuyo destino eran los talleres de alrededor, existían otras que debían desplazarse más lejos para llegar a sus puestos de trabajo. En los años 20 y 30, junto a los talleres de las compañías ferroviarias M.Z.A., Oeste y Norte, o las fábricas Standard Eléctrica, El Águila o Gas Madrid, existían otros centros y organismos que atraían a numerosos trabajadores como la Compañía Telefónica Nacional de España; la central de Telégrafos en el Palacio de Comunicaciones; los diversos ministerios y direcciones generales del Estado; las sedes centrales del Banco de España, del Hispano Americano, del Español de Crédito, del Credit Lyonnais o del Urquijo; los lujosos hoteles Palace y Ritz; el Canal de Isabel II; los grandes almacenes Madrid-París y el Casino de Madrid; las oficinas de La Unión y el Fénix; la fábrica GAL; las sedes de los diarios El Debate, El Herald, ABC o El Imparcial; o la empresa Construcciones Aeronáuticas, S.A., ubicada en Getafe.

Todos estaban situados fuera del Ensanche Sur y a una distancia excesiva para ir andando todos los días. La presencia de numerosos empleados apuntaba a una profunda transformación de la economía madrileña, pero también a un cambio radical en la vida urbana. Si vivían en el Ensanche Sur, a pesar de trabajar lejos, era porque podían hacerlo, porque ya no necesitaban irse al centro, o sus alrededores, para llegar a tiempo al trabajo, sin que ello implicara una agotadora caminata diaria. A la altura de los años 30 las familias habían reducido su movilidad residencial por una movilidad personal y diaria a más larga distancia. Un cambio que fue posible gracias al extraordinario desarrollo que había experimentado el transporte en el interior de la ciudad.

#### ***6.4.2 El futuro ya está aquí. La irrupción del metro y del automóvil en la edad de oro del tranvía***

Los transportes fueron una de las claves de la transformación de Madrid en una metrópoli. Sin ellos, las dimensiones de su crecimiento hubieran sido muy modestas. Los avances técnicos en los medios de locomoción y el aprovechamiento de nuevas fuentes de energía, como el vapor, la electricidad y el petróleo, permitieron una espectacular modernización en los desplazamientos de las personas, que pasaron a experimentar viajes más rápidos, más cómodos y más

baratos que con los medios tradicionales.<sup>16</sup> Viajar dentro de la ciudad dejó de ser privilegio exclusivo de las clases altas y quedó al alcance de la mayoría de la sociedad.

El primer paso en ese cambio radical en la vida urbana se dio el 31 de mayo de 1871, con la inauguración de la primera línea de tranvía, un vehículo de dos pisos, tirado por dos caballos, que conectaba los nuevos barrios de Salamanca y Pozas (hoy Argüelles) a través de la Puerta del Sol.<sup>17</sup> Cinco años después apareció el *Tranvía de Estaciones y Mercados*, que enlazaba los mercados de la Cebada y Mostenses con las estaciones ferroviarias de Príncipe Pío y Atocha y cuyo primer tramo fue la unión de la Puerta del Sol con el barrio de Pacífico, en el Ensanche Sur. A partir de ahí se multiplicaron las concesiones de nuevas líneas, entre las que destacó la que enlazaba la Plaza Mayor con el pueblo de Carabanchel Bajo, a través del Puente de Toledo, por ser la primera que utilizó una máquina de vapor.

Aproximadamente en 30 años quedó configurada la red de tranvías, cuya principal característica fue la falta de coordinación en los trazados, propiedad de numerosas compañías que fueron cambiando a lo largo del tiempo.<sup>18</sup> Había variaciones en las tarifas, se abandonaban tramos y se sobreexplotaban otros por falta de inspección, etc. La maraña de líneas podía dividirse en tres grandes tipos: las que unían el Ensanche con el Centro (radiales), las que circulaban sólo por el Ensanche (transversales) y las que se expandían hacia los arrabales suburbanos y los pueblos de alrededor (exteriores). Las compañías de tranvías sólo establecían sus líneas en puntos donde la población fuera abundante, salvo la Compañía Madrileña de Urbanización (CMU), cuyo nacimiento, en 1892, y desarrollo estuvo vinculado a la planificación de un área de nueva creación como era la Ciudad Lineal.

El cambio de la tracción animal por la energía eléctrica se inició a finales de siglo y fue muy rápido. Entre 1898 y 1903 todas las líneas que unían el centro con el ensanche completaron su electrificación. El cambio supuso una extraordinaria mejora del servicio, pero también implicó cuantiosos gastos en la creación de las modernas infraestructuras y en la adquisición de nuevos vehículos, lo que llevó a la desaparición de la mayoría de las antiguas compañías

---

<sup>16</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel, MARTÍNEZ LORENTE, Gaspar y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *Atlas histórico de las comunicaciones en España: 1700-1998*, Correos y Telégrafos, Madrid, 2002; GONZÁLEZ YANCI, María del Pilar: “El transporte configurador del desarrollo metropolitano de Madrid: Del inicio del ferrocarril al metro ligero, siglo y medio de historia” en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, nº 46 (2006), pp. 597-640; GILI RUIZ, Rafael: “El transporte y la articulación del espacio urbano” en PINTO CRESPO, Virgilio (dir.): *Madrid: Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Fundación Caja Madrid, Madrid, 2001, pp. 248-265.

<sup>17</sup> GUTIÉRREZ, Diego: *Aquellos tranvías de Madrid*, La Librería, Madrid, 2001; LÓPEZ BUSTOS, Carlos: *Tranvías de Madrid*, Aldaba, Madrid, 1993; BURGALETA, Agustín: *Madrid, 101 años de tranvías*, Proyecto Brainstorm, Madrid, 1988.

<sup>18</sup> LÓPEZ GÓMEZ, Antonio: *Los transportes urbanos de Madrid*, CSIC e Instituto “Juan Sebastián Elcano”, Madrid, 1983.

o a su integración en *holdings* financieros. Las dos grandes compañías que emergieron de ese proceso fueron la CMU, que controlaba el transporte suburbial del norte, del este y del sur, y la Société Générale, creada en 1899, que controlaba la red que unía el Centro con el Ensanche. La electricidad y la fuerza de dos grandes empresas impulsaron definitivamente al tranvía como el medio de transporte urbano por excelencia.

*“Al llegar aquí había obscurecido; pasaban los tranvías, atestados, haciendo sonar sus timbres; se acercaban unos, otros huían rápidamente hasta que en el aire polvoriento se perdían las miradas rojas o verdes de sus farolillos redondos.”*

Pío Baroja, *La lucha por la vida III. Aurora roja*, 1905.

Los trazados se expandieron como la pólvora y su edad de oro dio comienzo. En el Ensanche Sur las comunicaciones mejoraron notablemente con la apertura, en 1915, de una línea nueva por el paseo de las Delicias hasta Legazpi, la ampliación de los tramos de los paseos de Embajadores y de Acacias, la remodelación de la línea que circulaba por las rondas de Atocha, Embajadores y Toledo, y la línea que bajaba por el puente de Toledo hasta los Carabancheles. La ciudad quedó cosida por todo un entramado de cables y carriles, por los que circulaban los modernos aparatos, responsables de sumir a la ciudad en un bamboleo incesante, en un ritmo de vida más intenso y, para algunos, angustioso.

*“Trenes que chocan y descarrilan, tranvías eléctricos, prematuros tranvías que atropellan y ensordecen con sus campanilleos y rugidos, hilos eléctricos que caen y súbitamente matan, coches que cruzan en todas las direcciones, zanjas y montones que turban el paso, olas de gente que van y vienen, encontronazos, empellones, gritos, silbidos...”*

Azorín, *Diario de un enfermo*, 1901.

En plena fiebre expansionista el tranvía se topó con un competidor que, a la postre, le llevó a su ocaso como medio de transporte mayoritario. El 17 de octubre de 1919 fue inaugurado el Metropolitano Alfonso XIII, un tren subterráneo cuya primera línea unió Cuatro Caminos con la Puerta del Sol.<sup>19</sup> En la puesta en marcha del proyecto las dificultades para encontrar financiación fueron enormes y sólo se salvaron con la intervención de la Corona y el apoyo

<sup>19</sup> VV. AA.: *90 años de Metro de Madrid*, La Librería, Madrid, 2010.

del Banco Vizcaya.<sup>20</sup> Se consideraba que el proyecto sería ruinoso, pero en los años siguientes experimentó una rápida expansión. En 1921 la línea uno fue ampliada hasta Atocha y en 1923 hasta el suburbio de Puente de Vallecas, a través del barrio de Pacífico. En 1924 se abrió una segunda línea para conectar las barriadas de Ventas con la Puerta del Sol y se creó un pequeño ramal hasta la estación ferroviaria de Príncipe Pío. Las obligaciones financieras contraídas en su nacimiento obligaron a un diseño radial entre áreas urbanas muy pobladas, una apuesta sobre seguro para evitar la quiebra del nuevo medio de transporte.

### Interior de una estación del Metropolitano de Madrid, c. 1920



[Ilustración 6.7. Fotografía donde se pueden ver las direcciones hacia las que circulaban los trenes.]

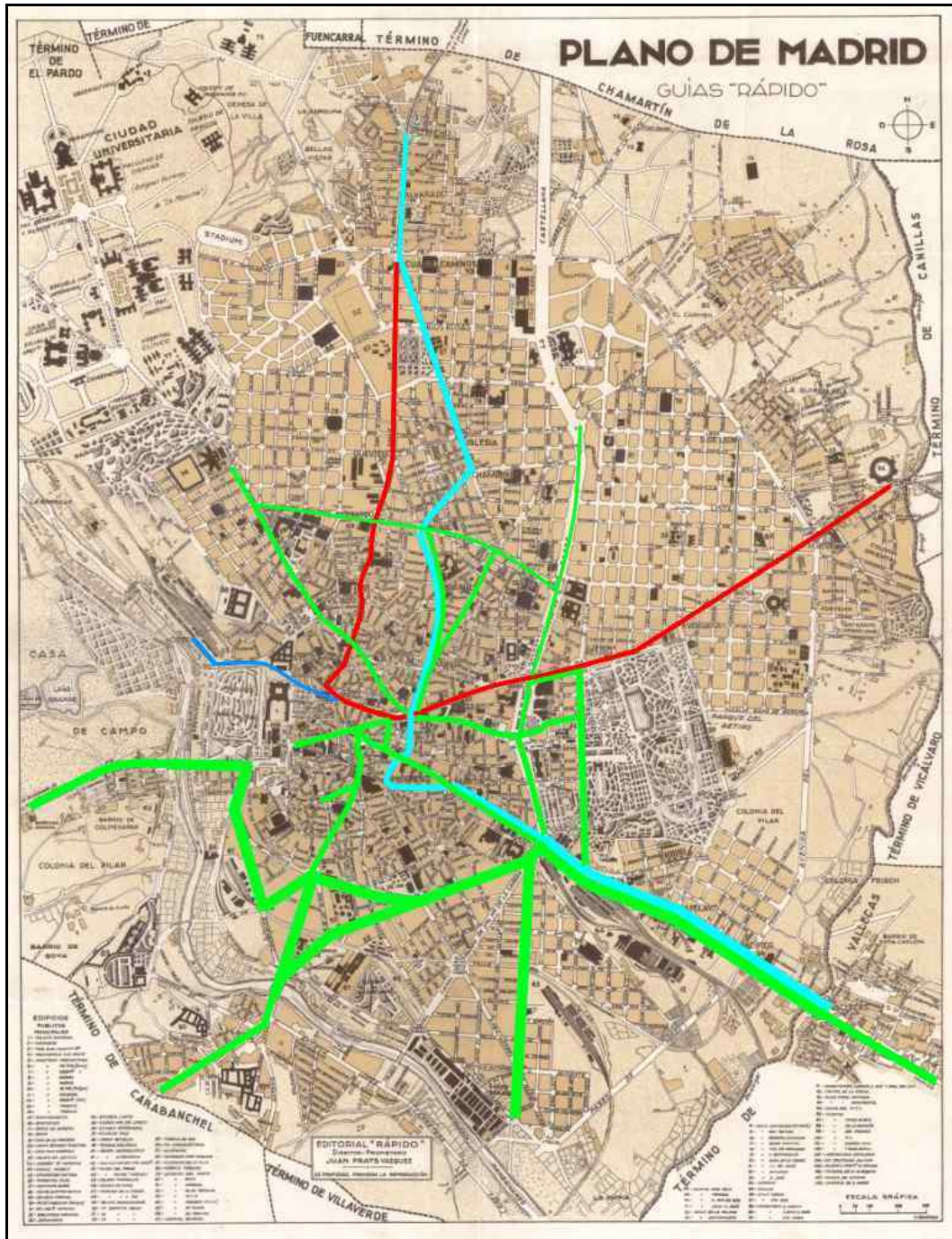
Eran momentos de dificultades tanto en el contexto internacional (I Guerra Mundial) como en el nacional (la crisis del trienio 1917-1920), que afectaron también al transporte rey. La recién creada Sociedad Madrileña de Tranvías (1920) aprovechó la depreciación de las divisas extranjeras para hacerse con la totalidad de las líneas de la Société Générale. El capital español se hacía finalmente con el control de todos los tranvías madrileños, pero eso no evitó que a finales de la década el Ayuntamiento se viera obligado a intervenir, a través de un convenio, en el mantenimiento de algunas líneas, ante las deudas que iba acumulando el servicio. Una intervención que fraguó en la Empresa Mixta de Transportes Urbanos en 1933 y en el control absoluto de todas las líneas de tranvía de la ciudad desde 1936, salvo las de la CMU.

---

<sup>20</sup> MÉNDEZ PÉREZ, Esther: *La Compañía Metropolitano Alfonso XIII: una historia económica (1917-1977)*, UNED, Madrid, 2000.



**Plano del Ensanche Sur conectado por los nuevos medios de transporte público  
(c. 1933)**

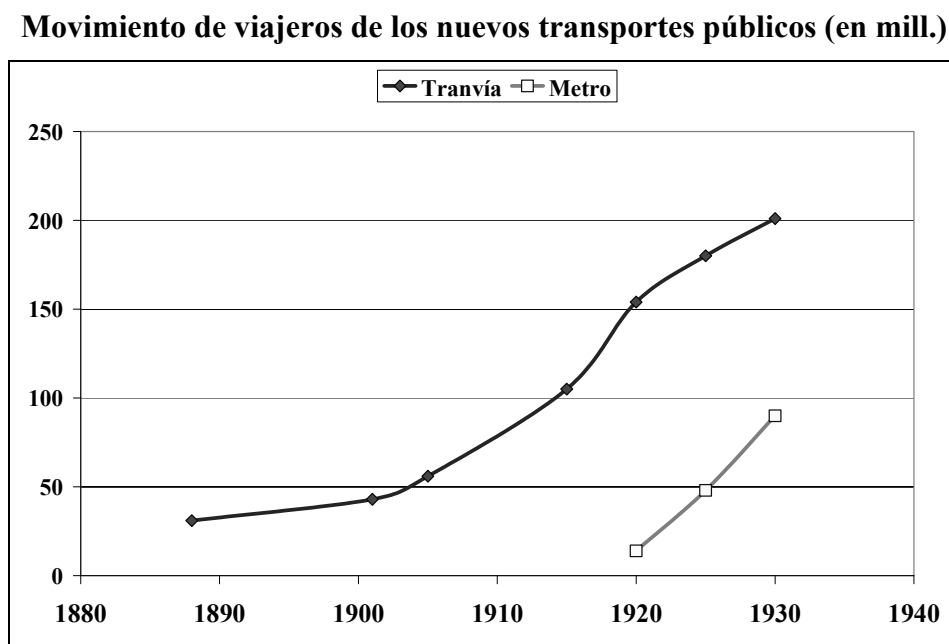


Leyenda			
Tranvía	Metro (L. 1)	Metro (L. 2)	Metro (Ramal)

[Ilustración 6.8. Elaboración propia. Sólo se han señalado las líneas del tranvía que conectaban el Ensanche Sur con el centro y el extrarradio. Fuente: Plano de Madrid “Guías Rápido”, 1935. Escala gráfica: 1:10.000.]

Con la electrificación del tranvía y la aparición del metropolitano, denominado por abreviación “metro”, se produjo la explosión definitiva del número de personas que hacían uso del transporte público para desplazarse por el

interior de la ciudad (figura 6.18). Si en 1905 se registraron 153.000 viajeros diarios en la red del tranvía, en 1930 el tranvía y el metro unidos superaban los 800.000 usuarios cada día. Era la contundente prueba de un cambio profundo en la vida de las personas en la ciudad, la irrupción de una nueva época en el mundo urbano y en la sociedad en general. La vida de caracol, basada en una movilidad residencial frecuente y prolongada en el tiempo, dio paso a una movilidad diaria de las personas en medios de transporte rápidos y asequibles para la mayoría de los bolsillos.



[Figura 6.18. Fuente: Elaboración propia a partir de los datos ofrecidos por Antonio López.<sup>21</sup>]

A estos modernos medios de transporte se unió la irrupción del automóvil a principios de siglo.<sup>22</sup> Hasta la Primera Guerra Mundial su figura fue extremadamente minoritaria (más en España que en los países europeos más desarrollados), un producto de auténtico lujo al alcance de unos pocos elegidos. Personas como los hermanos Labourdette, que habían dado el salto de la fabricación artesanal de carruajes a carrozar los modernos vehículos a motor, eran auténticos pioneros en un negocio desconocido y balbuciente, empresarios casi temerarios de los que tanto carecía el país. Sus primeros clientes eran aristócratas y millonarios ansiosos por adquirir un objeto que parecía robado del futuro, deseosos de manejarlo con sus propias manos, de exhibirlo por Madrid. La fabricación era artesanal y ajustada a los pedidos que se recibían por parte de los interesados y el número de coches matriculados era muy bajo.

<sup>21</sup> LÓPEZ GÓMEZ, Antonio: *Los transportes urbanos de Madrid*, CSIC e Instituto “Juan Sebastián Elcano”, Madrid, 1983.

<sup>22</sup> GARCÍA RUIZ, José Luis: *Sobre ruedas. Una historia crítica de la industria del automóvil en España*, Síntesis, Madrid, 2003; LÓPEZ CARRILLO, José María: *Los orígenes de la industria de automoción en España*, Universidad Europea-CEES, Madrid, 1998; CIURÓ, Joaquín: *Historia del automóvil en España*, CEAC, Barcelona, 1994.





[Ilustración 6.9. Fotografía del primer coche matriculado en Madrid.]

Con el final del conflicto bélico se produjo el *boom* del automóvil, gracias a la fabricación en serie y la expansión a gran escala de las primeras grandes marcas.<sup>23</sup> España no logró fraguar una industria automovilística de importancia, como la italiana FIAT, y se nutrió de los vehículos importados, sobre todo estadounidenses y franceses.<sup>24</sup> En 1920 la marca Ford creó su filial española y en 1925 hizo acto de presencia General Motors.<sup>25</sup> Durante los años 20 y 30 fueron las marcas que lideraron las ventas en el sector de la automoción en España, con una moderna estrategia publicitaria que incluía múltiples promociones, una extensa red de concesionarios (Ford contaba en 1927 con 249 en todo el país) y una política de ventas incisiva y persistente.<sup>26</sup> En la creciente popularidad del automóvil tuvo un importante papel el deporte, con la celebración de carreras y la creación de las primeras competiciones (o *Gran Prix* en francés) en circuitos como Le Mans, en Francia, o Monza, en Italia, donde los pilotos participantes representaban a sus respectivos países. En esas carreras se ponían a prueba los nuevos modelos automovilísticos y se forjaron los primeros mitos del deporte, muchos de los cuales eran los propios constructores de los automóviles, como Marcel Renault, Louis Chevrolet, Ettore Bugatti o Enzo Ferrari.

<sup>23</sup> GIMENO VALLEDOR, Pablo: *El automóvil en España. Su historia y sus marcas*, RACE, Madrid, 1993.

<sup>24</sup> HERNÁNDEZ MARCO, José Luis: “Los precios de los automóviles importados en la España de los años 20” en *Revista de Historia Industrial*, nº 22 (2002), pp. 157-173; HERNÁNDEZ MARCO, José Luis: “La oferta automovilística en España antes del SEAT-600: 1906-1957” en *Economía Industrial*, nº 307 (1996), pp. 131-148.

<sup>25</sup> ESTAPÉ TRIAY, Salvador: *Estrategia y organización de una filial: el caso de Ford Motor Ibérica, 1920-1954*, Fundación Empresa Pública, Madrid, 1998; ESTAPÉ TRIAY, Salvador: “Del fordismo al toyotismo: una aproximación al caso de Motor Ibérica: Perspectiva histórica, 1920-1995” en *Economía Industrial*, nº 315 (1997), pp. 185-195.

<sup>26</sup> RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: “SS.MM. el neumático y la gasolina: la extensión del parque automovilístico español en el primer tercio del siglo XX” en *Actas del II Encuentro de Jóvenes investigadores en Historia contemporánea*, Universidad de Granada - Asociación de Historia Contemporánea, 2010.



[Ilustración 6.10. Portada de la revista *Madrid Automóvil*, en la que aparece Julio Blitz, “el popular as del volante, vencedor absoluto con Bugatti de las carreras de las XII horas”. Nº 68, Año VI, 1930.]

La afición a los coches crecía, pero sus destinatarios en España continuaron siendo las clases más adineradas de la sociedad. A lo largo de la década de 1920, el precio medio de un coche, teniendo en cuenta los diferentes modelos y marcas, superaba las 15.000 pesetas, un nivel inalcanzable para la mayoría de la población, lo que suponía que el automóvil aún distaba de ser considerado un bien de consumo masivo, al estilo de los Estados Unidos.<sup>24</sup>

*“Se dice, por ejemplo, que aquí no hay obrero sin un coche Ford; pero esto es un triunfo de Ford y no un triunfo del obrero americano. En España es muy difícil tener un automóvil. Aquí es mucho más difícil no tener un automóvil.”*

Julio Camba, *La ciudad automática*, 1932.

Que no fuera un producto de masas no significa que no aumentara la matriculación de los vehículos mecanizados,<sup>27</sup> particularmente en Madrid. Que irrumpieran con tanta fuerza los modernos medios de transporte, tan innovadores y tan variados, tampoco implicó la brusca desaparición de los antiguos medios de tracción animal, o que la gente dejara de caminar para desplazarse de un lugar a otro. Como en la mayoría de las grandes urbes del mundo, Madrid asistió durante esas décadas a una extraordinaria mezcla en sus medios de locomoción.

<sup>27</sup> En 1926 España ocupaba la décima posición en el censo mundial de automóviles, con 111.765 unidades. *Anuario Guía de la Revista Automóvil Comercio*, 1926, p. 532 en RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: “SS.MM. el neumático y la gasolina...”, Op. Cit.

*“Las farolas de gas acababan de ser encendidas y dos enormes carros, que iban cargados de muebles, rodaban abriéndose paso perezosamente por la calle. Cada uno estaba tirado por cuatro caballos. Avanzaban con pesadez, dando tumbos, y balanceándose. Estaba sobre la carretera más transitada de toda la isla de Manhattan. Pasaban innumerables camiones, caravanas de correos y carros con los periódicos de la tarde. Un taxi de Chatham Square pasó a trancas y barrancas... El atasco era inminente.”*

Stephen Crane, “El carruaje averiado”, 1900.

Ricardo asistía desde su ventana al misterioso espectáculo de su calle, que se agitaba como un día cualquiera. Con disciplina marcial, enfilados, iban y venían los tranvías rayando el suelo, impávidos a lo que sucedía a su alrededor, con sus antenas enhiestas que los alimentaban de electricidad. Coches negros y relucientes, con la capota echada por el frío, se cruzaban en su camino como si fueran a desafiarles. Guardias montados a caballo les observaban ceñudos, atentos ante cualquier señal de desorden. Puñados de hombres brotaban del suelo, como si ascendieran de las catacumbas de la ciudad, y se arremolinaban en torno a un poste que anunciaba, en letras grandes, las palabras “metro” y “Atocha”. Un hombre y un niño conducían un carromato de mulas, lento y torpe en su traqueteo sobre el adoquinado, mientras un moderno auto se impacientaba y aceleraba para dejarles atrás. Personas lanzándose sin miedo al fragor de la corriente; personas aguardando su turno en la acera, hasta sumar una pequeña multitud, a la espera de cruzar la calle, de agarrar al vuelo uno de los tranvías o de abalanzarse al agujero del metro, a la boca de algo tan moderno y tan subterráneo, donde los chasquidos de los tranvías eran sustituidos por la estridencia de los trenes, donde el quejumbroso traqueteo de los carros de mulas dejaba de oírse para siempre. Pasado, presente y futuro confrontados en superficie. Bajo los pies, el estrépito de modernidad removía las entrañas de la gran ciudad. A sus espaldas, un pitido anunciaba la llegada de un nuevo ferrocarril.



[Ilustración 6.11. Glorieta y estación de Atocha, década de 1920.]

La matriculación de vehículos era la mejor guía para calibrar la salud de cada uno de ellos. Desde principios de siglo había comenzado la decadencia en los tradicionales vehículos movidos por animales, aunque resistieron con estoicismo la aparición del transporte público electrificado. A partir de los años 20 todo se precipitó. En cuestión de cinco o seis años los automóviles irrumpieron con una fuerza arrolladora y barrieron del mapa a los antiguos carruajes de lujo (la familia de las berlinas y los cabriolés quedó en peligro de extinción en 1931, con menos de un centenar) y los camiones comenzaron a postularse como el vehículo de mercancías del futuro, en dura pugna con los ferrocarriles, los cuales ya temblaban ante las perspectivas que les presentaban los nuevos tiempos.<sup>28</sup>

Vehículos matriculados en Madrid		
Tipos de vehículos	1926	1931
<i>Tracción mecánica</i>	<i>14.752</i>	<i>31.791</i>
Tranvías	607	611
Taxis y turismos públicos	2.375	3.538
Turismos particulares	9.650	21.931
Otros vehículos a motor (camiones y motos)	2.120	5.711
<i>Tracción no mecánica</i>	<i>8.360</i>	<i>4.464</i>
Tracción animal (de lujo, servicio público y carros)	8.060	3.585
Carros de mano	300	879

[Figura 6.19. Fuente: Elaboración propia a partir de los datos ofrecidos por Antonio López.]

<sup>28</sup> HERNÁNDEZ MARCO, José Luis: “Las primeras reacciones de las compañías ferroviarias españolas al inicio de la competencia automovilística antes de la Guerra Civil”, en *Revista de Historia Económica*, nº 2 (2002), pp. 335-363.



Sin tiempo para pensar cuánto había cambiado la vida, el viejo conductor de berlinas, cabriolés, birlochos y demás coches de caballos, se quedaba solo, abandonado toda la mañana con la bandera de “libre” levantada, a la espera de los pocos clientes habituales que le quedaban, viejos la mayoría, mientras leía el diario para matar el rato y cubría con una manta sus piernas ateridas de frío. Todo por cuatro malas perras, mientras a la vuelta de la esquina, en la Puerta del Sol, la gente se arremolinaba en bandadas bajo la visera de una modernista marquesina de hierro, impaciente por subirse a un tranvía, feliz por haber estrenado aquello tan moderno que era el metro, que uno podía coger allí mismo con sólo bajar las escaleras y aparecer, como por arte de magia, en los Cuatro Caminos, en la otra punta de la ciudad, sin haber pisado ni un adoquín. El cochero no podía menos que bajar la vista y seguir leyendo, mientras rumiaba la extinción de los tiempos pasados. Había quedado libre, como si fuera una figura decorativa a la que nadie prestaba atención. A la vista estaba que aquello no daba para más.



[Ilustraciones 6.12 y 6.13. Cochero leyendo El Herald, c. 1918, fotografía de Alfonso (AGA). Gente a la entrada de la marquesina de la Puerta del Sol y tranvías circulando por detrás, c. 1920.]

Madrid se había convertido, casi de la noche a la mañana, en una ciudad rodante. Su población se acercaba al millón de habitantes y éstos habían decidido mudarse menos de casa y moverse más, a diario, a todas horas, aprovechando los grandes adelantos en los medios de transporte. Ese cambio en la concepción de la vida urbana generó un problema nuevo, desconocido hasta entonces: los atascos en el centro de la ciudad. La mayoría de las nuevas calles del Ensanche eran amplias y rectilíneas y hubieran gestionado mejor las posibles congestiones de tráfico, pero ellas no eran el centro urbano hacia donde convergían personas y vehículos. Las calles del casco interior eran un revoltijo estrecho y enrevesado que no estaba pensado para acoger las riadas de coches, carros y tranvías del siglo XX, cada uno con una movilidad y una velocidad diferentes. Como en tantas otras urbes de su tiempo, el centro de Madrid se ahogaba y el tráfico se

convirtió en un quebradero de cabeza crónico para las autoridades de la época y para los ciudadanos en general.<sup>29</sup>

*“Desde hace unos meses la regulación del tráfico en Berlín es un asunto de tanta actualidad que resulta francamente delicado. Los periódicos informan casi cada dos días de choques entre tranvías. Expertos elegidos por las autoridades viajaron por todo el mundo para estudiar el tráfico de las grandes ciudades.”*

Joseph Roth, “Consideraciones sobre el tráfico”, 1924.

La ubicación en el centro de las oficinas, de las grandes tiendas, de los cines y teatros, atraía a miles de personas al mismo tiempo, lo que llevó a los primeros embotellamientos en nudos principales para la circulación, como eran la Puerta del Sol, el principal de todos, la Gran Vía, Alcalá, Red de San Luis, Plaza Mayor, Santo Domingo, las calles de Atocha, Toledo, Hortaleza y Fuencarral, o la Glorieta de Atocha.

*“La plaza de Atocha estaba llena de los ruidos de las primeras horas del día: las gentes asaltaban los tranvías para ir al trabajo. Los taxis que salían de la estación y los camiones que iban al mercado se disputaban a bocinazos el derecho de paso, mientras que los carros cargados de hortalizas trataban de filtrarse entre ellos, a fuerza de blasfemias gritadas a cuello herido por sus conductores. La algarabía de bocinas, campanas y gritos barría la plaza.”*

Arturo Barea, *La forja de un rebelde II. La ruta*, 1941-1944.

La celebración de acontecimientos festivos (corridas de toros) o deportivos (partidos de fútbol) podían ocasionar también trastornos puntuales. Las autoridades comenzaron a tomar conciencia del problema que se les avecinaba y en 1926 el Ayuntamiento de Madrid creó la Dirección General de Tráfico Urbano, encargada de *“todos los problemas (sobre) la circulación de vehículos y personas, dentro del término municipal”* y, al mismo tiempo, aprobó un reglamento de tráfico actualizado.<sup>30</sup> Un año después, el jefe de tráfico municipal, Emilio Abarca, ratificaba que su tarea era *“una de las preocupaciones preferentes de las grandes municipalidades y es objeto de detenidos estudios de multitud de ingenieros y arquitectos especializados en la materia. La tracción*

---

<sup>29</sup> Para un análisis de los debates suscitados en ciudades del Reino Unido sobre los problemas ocasionados por la congestión del tráfico, ver POOLEY, Colin G. y TURNBULL, Jean: “Coping with congestion: responses to urban traffic problems in British cities, c. 1920-1960”, en *Journal of historical geography*, nº 31 (2005), pp. 78-93.

<sup>30</sup> RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: “SS.MM. el neumático y la gasolina: la extensión del parque automovilístico español en el primer tercio del siglo XX” en *Actas del II Encuentro de Jóvenes investigadores en Historia contemporánea*, Universidad de Granada - Asociación de Historia Contemporánea, 2010.

*mecánica, que empezó siendo una manifestación de lujo, es hoy el elemento principal del transporte de personas y mercaderías dentro de los linderos de la ciudad. Su acertado empleo afecta a la seguridad pública, a la comodidad de los ciudadanos y a la economía de la urbe.”<sup>30</sup>*

Algunas de las primeras medidas que se adoptaron fueron la construcción de pasos subterráneos para los peatones y la instalación de los primeros semáforos, desde 1929, en los puntos más conflictivos, con la esperanza de poner un cierto orden a un asunto que les desbordaba por completo. Sin embargo, la situación se fue agravando y poco a poco surgieron voces contrarias a los propios tranvías, acusados de taponar la circulación, lo cual operó a favor de la utilización del metro. Los tiempos modernos eran implacables. Aquello que a principios de siglo se veía como un triunfo de la modernidad, un tranvía capaz de circular por sí mismo, era visto veinte años después como una antigualla molesta e inservible, condenada a ser arrinconada y olvidada como el viejo cochero.

*“Me parece que los tranvías hacen imposible el tráfico en las grandes ciudades. En la era del tráfico aéreo dan la impresión de ser diligencias.”*

Joseph Roth, “Consideraciones sobre el tráfico”, 1924.

### Tráfico en la Puerta del Sol, c. 1935



[Ilustración 6.14. Fuente: fotografía de Loty. En primer término puede verse uno de los modernos semáforos.]

### 6.4.3 Nos vamos a las afueras. Diferencias en la movilidad residencial

Lo moderno era viajar, no cambiar de casa cada dos por tres para estar más cerca de los sitios. Claro que unos lo hacían más que otros. No todas las personas utilizaban los mismos medios de transporte ni lo hacían en la misma medida. Si el automóvil fue ideado para las clases más pudientes, el metro nació para acercar a los jornaleros del extrarradio al centro, o el centro a los jornaleros del extrarradio, lo más rápido posible y sin causar molestias en la superficie. Se podía saltar de un punto a otro sin pasar realmente por la ciudad. Sus tres primeras cabeceras no podían tener vecindarios más populosos y de clases más populares: Cuatro Caminos, Ventas y Puente de Vallecas. En cambio, el uso tranvía estaba más extendido entre la población y sus líneas serpenteaban por todos los barrios de la ciudad.

La movilidad residencial también presentaba diferencias entre personas de distinta categoría profesional. Profesionales como los abogados, los ingenieros, los profesores, los periodistas y, en general, cualquier titulado universitario, fueron los que abandonaron en mayor medida el hábito de la mudanza respecto a comienzos de siglo, seguidos de los empleados de servicios. En cambio, trabajadores no cualificados como los jornaleros redujeron en un menor porcentaje esa práctica (figura 6.20).

<b>Movilidad residencial por categorías profesionales</b>			
<b>Se mueven</b>	<b>1905</b>	<b>1930</b>	<b>Diferencia</b>
Profesiones liberales	33,3	5,2	- 28,1
Empleados	21,3	8,7	- 12,6
Trabajadores cualificados	18,9	7,8	- 11,1
Trabajadores no cualificados	16,6	8,3	- 8,3
<b>Se mueven dentro del Ensanche Sur</b>	<b>1905</b>	<b>1930</b>	<b>Diferencia</b>
Profesiones liberales	0,0	36,4	+ 36,4
Empleados	24,5	43,0	+ 18,5
Trabajadores cualificados	37,1	53,1	+ 16,0
Trabajadores no cualificados	41,1	52,8	+ 11,7

[Figura 6.20. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrones municipales de 1905 y 1930. Muestra de población: cabezas de familia. Los datos son porcentuales. Los datos de los que se mueven dentro del Ensanche Sur están basados sobre el total de los que se mueven.]

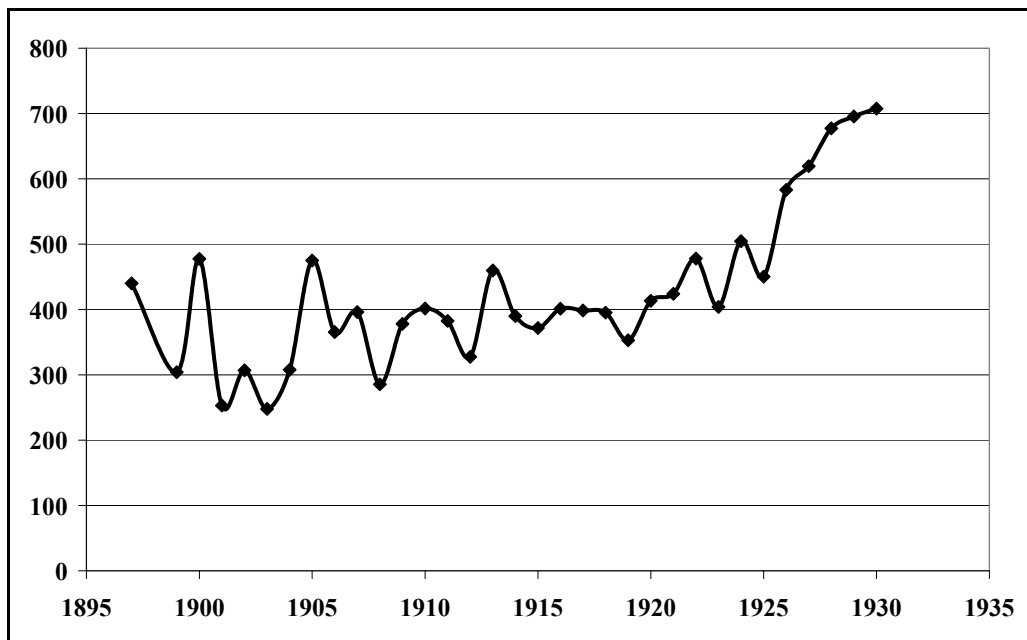
En cualquier caso, la reducción fue muy significativa en todos los casos y no se debía únicamente al extraordinario desarrollo de los transportes urbanos. Junto a las razones laborales de un cambio de trabajo, uno de los grandes motivos que había empujado a las familias a moverse a otro domicilio había sido el pago del alquiler de los cuartos. Era una movilidad forzada, no deseada por las familias, pero muy común en la segunda mitad del siglo XIX. Los padres de



Serafín Paul se vieron obligados a ello en 1872, cuando no pudieron hacer frente al pago de una vivienda de ocho pesetas y media al mes y se mudaron a la acera de enfrente, a una casa que les costaba una peseta menos (ver capítulo 3).

Ese argumento, que podía explicar toda una forma de vida, se perdió con el final de la Primera Guerra Mundial, para tantas cosas el sello final del siglo XIX y puerta de entrada al XX. Hasta entonces los alquileres habían ido oscilando, unos años más altos y otros más bajos, pero siempre en torno a las 300-400 pesetas anuales. Entre 1920 y 1925 los precios comenzaron a bailar peligrosamente con las 500 pesetas y a partir de ahí se dispararon en una desbocada carrera inflacionista (figura 6.21). En 1930 ya no tenía sentido cambiar de casa con la esperanza de hallar una más económica en la acera de enfrente. Eso le valió a Pío Paul en 1872, pero en 1930 era imposible. De hecho, lo más barato era permanecer en la misma casa. Los contratos de alquiler se renovaban con la entrada de un nuevo inquilino, circunstancia que aprovechaba el propietario para firmar otro contrato y actualizar los precios a pagar. Por tanto, si una familia había firmado un contrato en 1921, pagaba con arreglo a lo fijado en ese momento (423 ptas de media), independientemente de que en la casa de al lado los nuevos vecinos pagaran mucho más por tener un contrato de 1929 (695 pesetas de media).

#### **Evolución de los precios de alquiler medio en el Ensanche Sur por año de contrato**



[Figura 6.21. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal 1930. Muestra de análisis: contratos de alquiler firmados por los cabezas de familia. Las cantidades de los alquileres son anuales y en pesetas.]

Cuando se decidían finalmente a cambiar de residencia, el Ensanche Sur había cobrado un atractivo mucho mayor en 1930 respecto a principios de siglo

(figura 6.20). Una vez más, la subida porcentual más fuerte se produjo entre las profesiones liberales, dado que en 1905 ninguno de sus representantes se movió dentro de estos barrios. Pero en términos globales eran los trabajadores manuales, cualificados y no cualificados, los que mostraban una mayor predilección por mantenerse en esta parte de la ciudad o muy cerca de ella. Aquel era su mundo, donde se encontraban la mayoría de los centros de trabajo a los que podían acceder. Los talleres mecánicos, las carpinterías, los almacenes, los depósitos de mercancías, etc., estaban allí mismo, no en la Gran Vía. Viajar en tranvía o en metro era un gran adelanto, sobre todo para los que vivían lejos, pero mientras se pudiera seguir viviendo en el mismo lugar y caminar hasta el trabajo, eso que se llevaba ahorrado en billetes de transporte. Para probar el metro ya estaba el domingo, un día idóneo para acercarse a la Gran Vía<sup>31</sup> y contemplar de cerca sus escaparates y sus cartelones de cine. Cuando salían de los límites del Ensanche Sur, los jornaleros se movían por la corona más externa de la ciudad (figura 6.23), entre los últimos barrios del ensanche y las primeras barriadas del extrarradio, donde los alquileres de las viviendas eran más asequibles. Ya no importaba tanto alejarse del centro. El tranvía y el metro lo acercaban en unos minutos.

*“En los suburbios, la vida llega, por la mañana, sobre todo en los tranvías. Pasaban a montones con multitudes de atontolinados bamboleantes, desde el amanecer, por el Boulevard Minotaure, que bajaban hacia el currelo.”*

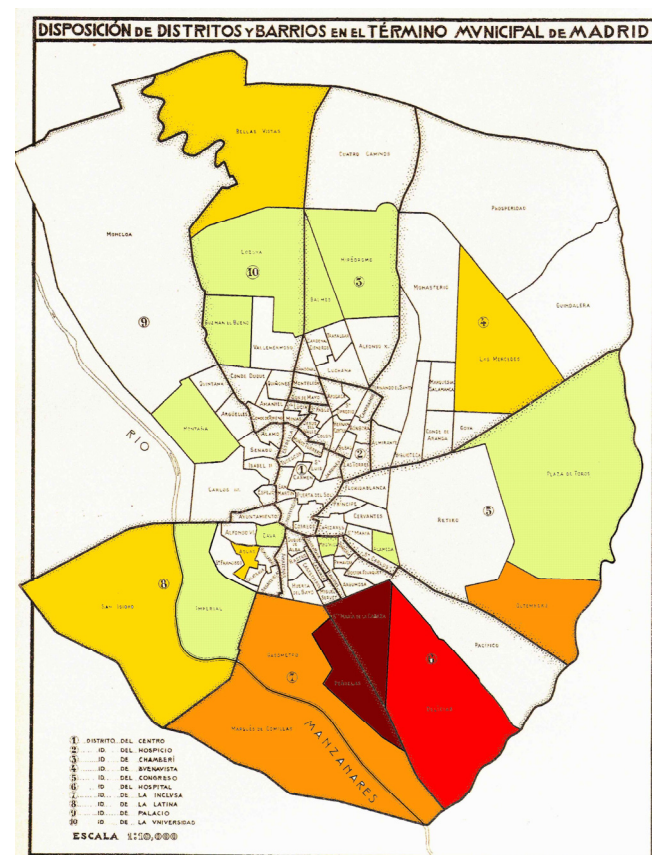
Louis-Ferdinand Céline, *Voyage au bout de la nuit*, 1932.

Entre los empleados de servicios también se apreciaba una tendencia a moverse hacia la corona exterior de la ciudad (figura 6.22). A diferencia de los jornaleros, sus pasos no les encaminaban sólo a barriadas marginales, sino que tocaban diversos palos de la baraja. Junto a los suburbios de San Isidro, Marqués de Comillas y Bellas Vistas, los empleados se internaban en barrios más acomodados como Gutemberg, Las Mercedes o Argüelles. Aunque tocaban algunos barrios del interior, sus movimientos dibujaban un enorme vacío central que contrastaba con la situación de 1905 (ver figura 2.45), cuando sus movimientos aguijoneaban la vieja almendra madrileña indiscriminadamente. Muchos de ellos sí trabajaban allí, en el centro, pero el tranvía y el metro había hecho innecesario mudarse a esa zona, que además era mucho más cara y por cuyas calles rugía una marabunta diaria de personas y vehículos.

---

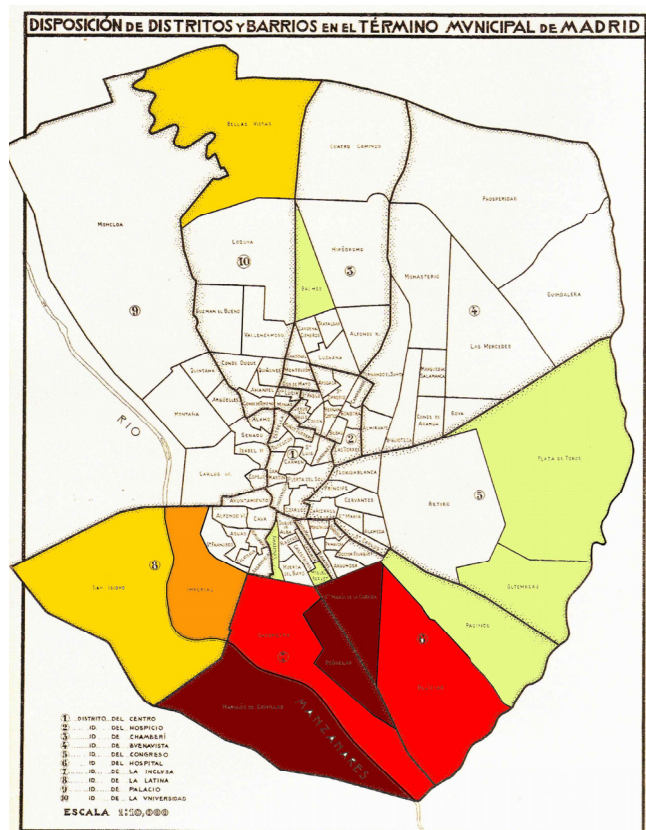
<sup>31</sup> OYÓN, José Luis: *La quiebra de la ciudad popular: espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2008.

## Movilidad residencial de trabajadores del Ensanche Sur (1930-1935)



## Empleados

Leyenda	
muy alta	+ 10%
alta	5 - 9,99%
media alta	3 - 4,99%
media baja	2 - 2,99%
baja	1 - 1,99%
muy baja	- 1%

Trabajadores  
no cualificados

[Figuras 6.22 y 6.23. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1930.]

A las diferencias por categorías profesionales se sumaban aquellas que tenían que ver con los lugares de origen de las personas. Aquellos que habían crecido en un entorno rural contaban con experiencias y formas de comportamiento diferentes a los que se criaron en las calles de una ciudad. Entre los inmigrantes de provincias con un peso importante de la población rural, como Toledo, Asturias o Jaén, la movilidad residencial superaba la media del Ensanche Sur (8,3) y entre aquellos que se mudaban de casa, la opción de permanecer en el Ensanche Sur era mayoritaria (salvo para los asturianos, que se encaminaban hacia el centro-norte de la ciudad). No estaban tan habituados a utilizar los nuevos medios de transporte, desconocidos todavía en sus lugares de origen, como sí podían estarlo aquellos que habían nacido en la propia capital o en otras ciudades de importancia.

<b>Movilidad residencial por lugar de origen (1930-1935)</b>			
<i>Lugar de origen</i>	<i>Número de familias</i>	<i>Se mueven</i>	<i>Se mueven dentro del Ensanche Sur</i>
Francia	27	0,0	0,0
Barcelona	103	1,94	0,0
Toledo	1.528	8,51	50,0
Asturias	293	10,24	40,0
Jaén	493	8,92	59,5

[Figura 6.24. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal 1930. Los datos son porcentuales, salvo el número de familias. Los % de la última columna están calculados sobre el total de familias que se mueven de cada uno de los lugares de origen.]

Entre los inmigrantes procedentes de ambientes urbanos, como los nacidos en la provincia de Barcelona o los extranjeros llegados de Francia, la movilidad residencial no era una opción tenida muy en cuenta. Cuando llegaron a la ciudad se ocuparon de escoger una vivienda que se adecuara a sus necesidades, tanto personales como profesionales. Si luego, con el paso del tiempo, su lugar de trabajo cambiaba, eso no les llevó a cambiar de casa. Habían fundado un nuevo hogar y no iban a dejarlo a las primeras de cambio. En lugar de eso viajaban en coche, en tranvía o en metro, pero no abandonaban su casa. Los sueldos de sus profesiones (figuras 6.10 y 6.11) les permitían holgadamente subir cada mañana a uno de ellos. Además, ya estaban habituados a ese ajetreado ritmo de vida, que a un inmigrante recién llegado del campo jienense podía amedrentar. Su existencia estaba hecha al frenesí del mundo urbano, al bullicio del hormiguero revuelto, al torbellino de una metrópoli que lanzaba al aire mil y un sonidos en los albores de los años treinta.

*“En Londres todo era audaz y estridente; comenzaba la temporada; sonaban las bocinas; el tránsito rugía. El aire que cubría Londres parecía un turbulento mar de sonido por el que viajaban las ondas.”*

Virginia Woolf, *The years*, 1937.



[Ilustración 6.15. Vista de la Gran Vía de Madrid desde el Círculo de Bellas Artes, c. 1935.]



## CAPÍTULO 7

### TIEMPOS MECÁNICOS

#### TRANSFORMACIONES EN EL TRABAJO MANUAL

##### 7.1 Una modernización desde la diversidad

Serafín jamás volvió a pasar hambre. El hijo del señor Pío, aquel jornalero pobre llegado a Madrid desde una aldea burgalesa, hizo realidad los mejores sueños de su padre. A base de trabajo, de sacrificio, de iniciativa y carácter emprendedor, junto a una dosis de fortuna, Serafín medró y dejó atrás un pasado de hambre y miseria. Su buen hacer y las oportunidades que le había ofrecido Madrid cambiaron el destino de su familia. Desde finales del siglo XIX regentaba una taberna y era el propietario de un almacén de hierro que le generaban sustanciosos ingresos. Su único desconsuelo fue que su padre no viviera lo suficiente para verlo, pero su madre sí podía dar buena fe de cuánto habían cambiado las cosas para ellos.

En 1895 la señora Tomasa tenía frescos en la memoria los recuerdos de los tiempos duros del pasado, cuando ella y su marido se desvivían por sobrevivir y sacar a sus dos hijos adelante; cuando el casero les mandaba a la calle por no poder reunir una peseta más al mes, hasta llegar a las ocho necesarias para el alquiler, y tenían que guardarse su vergüenza e irse; cuando toda la familia se echó a los basureros, como traperos de ocasión; cuando Pío no lograba que lo contrataran en ningún sitio, ni en una obra ni en el ferrocarril, y se enviaba a

Serafín a cualquier taller cercano, como aprendiz de zapatero o de carpintero, con la intención de quitarse una boca en las comidas y obtener unos céntimos con su trabajo durante el largo y duro invierno. Todo eso no se olvidaba de un día para otro y la señora Tomasa lo tenía incrustado en lo más profundo de su mente. Cómo cambiaba la vida. Había pasado de rebuscar latas viejas y vidrios rotos en los vertederos, para revenderlos después, a disponer de una criada que atendiera las tareas del hogar. Ella ya era demasiado vieja para acostumbrarse al cambio, pero podía estar segura de que a su hijo la vida le iba a sonreír más que a ella y su marido.<sup>1</sup>

Serafín Paul labró su propio camino y luchó por asegurar el bienestar de su familia. Una infancia como la suya era difícilmente olvidable y le sirvió de estímulo durante toda su vida. Serafín trabajó denodadamente para que sus hijos no pasaran por las penalidades que él y sus padres habían tenido que soportar. Su olfato y habilidad para los negocios fueron sus mejores aliados. Se había curtido en el menudeo de los traperos, en sus trapicheos de baratijas y despojos, en lidiar con maestros de distintos oficios y sustraerles unas monedas por sus servicios como joven aprendiz. Trabajos que había realizado bajo la enorme presión del hambre y la miseria que le aguardaban en casa. Una pobreza negra que agudizaba enormemente el ingenio.

El almacén que poseía en 1895 y el comercio con el hierro generaron cuantiosos ingresos, que invirtió progresivamente en la adquisición de bienes inmuebles. Primero se compró una casa en el Paseo de las Acacias, número 4-6 principal, donde residió con su esposa, Leonor Abad, y sus hijos, hasta que estos se fueron independizando. Cuando lo hicieron, el propio Serafín se encargaba de pagarles el alquiler. Así hizo con su hija María, que en 1920 contaba con 25 años y estaba casada con Justo Fernández Díaz, los cuales vivían en un segundo piso de la calle Amparo, en el barrio de Jesús y María del casco antiguo, por 45 pesetas al mes. Aunque Justo se declaraba jornalero, la joven pareja tenía en su casa como criada a Aurelia Arroyo, una chica vitoriana de 17 años a la que pagaban 180 pesetas al mes. Todos los gastos corrían por cuenta de Serafín.<sup>2</sup> La buena marcha de sus negocios le animó a comprar más pisos. En 1930 había adquirido al menos dos más: un tercero de la calle de Embajadores, nº 76, donde vivía su hijo Salvador junto a su esposa y su hija; y otro en el mismo portal de su casa, en el piso segundo, donde vivía su hija Serafina, con su marido Andrés de la Torre y sus hijos Eulogia y Aurelio, dos de los nietos de Serafín.<sup>3</sup>

A diferencia de muchos pequeños y medianos propietarios, Serafín no empleó su fortuna en la adquisición de viviendas para iniciar un modesto negocio inmobiliario a través de la construcción para el alquiler,<sup>4</sup> como hicieron por la

---

<sup>1</sup> La historia de la familia Paul Cid hasta los inicios del siglo XX puede seguirse en los capítulos 2 y 3.

<sup>2</sup> Fuente: AVM, Estadística, padrón de 1920.

<sup>3</sup> Fuente: AVM, Estadística, padrón de 1930.

<sup>4</sup> RODRÍGUEZ CHUMILLAS, Isabel: *Vivir de las rentas: el negocio del inquilinato en el Madrid de la Restauración*, Cyan, Madrid, 2002.



zona Camilo Laorga o Vicente Puchades. Serafín no pretendía consolidar su patrimonio por la vía de amasar rentas por el alquiler de pisos, sino asegurar el futuro de sus hijos regalándoles una vivienda en propiedad. Tenía clavados como puñales la angustia de su padre por no llevar un jornal diario a casa, la desesperación de su madre ante la llegada del casero, las voces de éste, que les amenazaba con echarlos a la calle, cansado por tantos retrasos en el pago. Nadie volvería a echar a un Paul de su casa. Sus hijos no sufrirían el escarnio de ser pobres.

Serafín amplió su patrimonio con la adquisición de estas viviendas en propiedad, pero su fortuna se cimentaba en sus negocios y en el alquiler de otro tipo de edificios. Durante el primer tercio del siglo XX sus barrios de toda la vida se habían convertido, definitivamente, en el motor industrial de la ciudad. Los antiguos descampados de su infancia habían dado paso a un enjambre rugiente de fábricas, almacenes, talleres y depósitos, en los que se palpaba el dinamismo y la fuerza de la capital. Serafín lo tenía claro. Si quería seguir prosperando, sus negocios debían continuar la senda marcada por los gigantes de la zona y adaptarse a los nuevos tiempos. Olfato y habilidad para ello nunca le habían faltado. La taberna y el almacén de hierro viejo habían funcionado excelentemente hasta principios de siglo, pero Serafín tenía en mente proyectos más ambiciosos y decidió venderlos. Con el capital obtenido adquirió una nave industrial al lado de su casa, en el Paseo de las Acacias, que destinó al negocio que ya conocía, el comercio con el hierro, pero a una escala algo mayor. La ciudad se hallaba inmersa en un profundo lavado de cara, desde la apertura de la Gran Vía a la remodelación de los barrios del sur. Mil y una obras que generaba toneladas de hierro viejo en los derribos y que demandaban otras tantas de hierro reciclado para las nuevas infraestructuras.

La decisión, tomada antes de 1920, no pudo ser más acertada y en menos de una década sus negocios se habían multiplicado. En 1930 Serafín Paul ya contaba con 70 años de edad y se declaraba como un *carpintero que trabaja en su propio taller*, pero no era un carpintero al uso, como sus viejos maestros de comienzos de la Restauración. Su declaración podía llevar a engaño si no se tenían en cuenta la diversidad de sus actividades económicas. La buena marcha de los negocios le había inducido a abrir su propio taller de carpintería, pero también a ampliar su actividad con el hierro. A la nave industrial que ya poseía sumó una segunda nave destinada al alquiler, lo que debía generarle suculentos ingresos, dada la abundancia en la zona de fábricas y empresas privadas con necesidades de almacenamiento industrial.

Pero su vista de lince no descansó aquí, satisfecha con el taller de carpintería y las naves industriales. Avispado como pocos, Serafín intuyó un próspero negocio en los modernos autos con ruedas. Cada día había más por las calles y a la gente se le iban los ojos detrás de ellos, hipnotizados por su ruido, por su distinción y por su rapidez. Y no había más que ver quiénes eran los que conducían aquel invento tan fabuloso: o era un chófer-criado, o era un señor bien vestido con una elegante mujer a su lado. Muchos dispondrían del dinero

suficiente para tener su propia cochera, pero otros no y seguramente no se iban a arriesgar a dejar en la calle un bien tan codiciado y tan sencillo de robar. Surgía un negocio en ciernes para todo aquel que se decidiera a dar el paso de apostar por un servicio nuevo. Una vez más, Serafín se lanzó y adquirió otro local junto a su casa, el cual habilitó como *cochera para autos*, que alquilaría a todo aquel que quisiera guardar su coche recién comprado.<sup>5</sup>

Varios pisos, un taller de carpintería, una fundición, dos naves industriales y una cochera para alquiler componían el patrimonio de Serafín Paul a la altura de 1930.<sup>6</sup> Una evolución de ese calibre y a esa velocidad (en el lapso de una generación) no era la situación más frecuente entre los jornaleros inmigrantes pobres y sus hijos, lo cual decía bastante de las capacidades de Serafín, pero también del acierto de sus padres en su decisión de marcharse a Madrid, por las enormes oportunidades que ofrecía para el crecimiento personal. Enormes y cada vez más variadas desde principios del siglo XX.

La capital española había triplicado su tamaño durante la etapa de la Restauración y la dictadura de Primo de Rivera. Al inicio de la década de 1930 alcanzó el millón de habitantes, lo que hacía inconcebible que mantuviera la misma oferta laboral que sesenta años atrás, no sólo en número, sino también en la naturaleza misma de los empleos, los cuales habían experimentado una notable evolución debido a los cambios experimentados por el mercado de trabajo a lo largo de esos años. La vida de Serafín aportaba algunas pistas al respecto. En el siglo XIX, un hijo de jornalero que se hubiera convertido en tabernero o en carpintero tendría como máxima aspiración ser dueño de su propio taller o de su propia taberna, ser independiente en su trabajo. Si además lograba comprar o construirse una casa, el éxito ya era completo. En el primer tercio del siglo XX, esa misma persona había prosperado a través del comercio con el hierro, con la compra-venta de locales industriales y con la oferta de servicios para bienes valiosos y de reciente creación, como eran los automóviles. Era el ejemplo de una mentalidad diferente, que se abría paso en una ciudad más grande, más rica e infinitamente más variada.

Sin embargo, ha subsistido una concepción de ciudad parasitaria más que productora, de ciudad de burócratas, aristócratas, viejos artesanos, criadas y peones de albañil, que se aprovechaban de residir en la capital para vivir del resto del país. A pesar del salto experimentado por la ciudad durante las primeras décadas del siglo, el Madrid de 1930 ha tenido que cargar con la pesada cruz de una interpretación negativa de su realidad económica y social,<sup>7</sup> de los cambios y permanencias acaecidos durante el primer tercio del siglo XX. Una tesis que se ha sustentado en el teórico anquilosamiento de la estructura productiva, debido al predominio absoluto del pequeño y arcaico taller artesanal en el ámbito de la

---

<sup>5</sup> Fuente: AVM, Estadística, padrón de 1930.

<sup>6</sup> Al menos el patrimonio declarado en el padrón municipal del Ensanche Sur, lo que no es óbice para que tuviera más propiedades en otros lugares u otros bienes no consignados en el padrón.

<sup>7</sup> JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Siglo XXI, Madrid, 1984.

producción (cuya réplica en el mundo del comercio era la tienda de ultramarinos de barrio), a la marea de mano de obra barata abocada al inestable sector de la construcción y a la fuente inagotable de empleos en el mundo de los servicios, contemplados como una rémora del pasado por su estrecha vinculación con la burocracia estatal, o con el servicio doméstico de las clases altas de la sociedad. Un análisis que ha admitido algunos matices, como la aparición de un puñado de grandes fábricas y la irrupción del sector bancario, pero que a la postre ha inclinado el dedo hacia abajo y dictado la ausencia de una modernidad clara y rotunda, asimilable a otras ciudades como Barcelona y Bilbao, y que sólo brotaría, casi espontáneamente, avanzada la Segunda República.

Un esquema que ha tenido su punto de partida en la capitalidad de Madrid como explicación cuasi universal a su evolución torcida, al erróneo camino que adoptó desde entonces.<sup>8</sup> Un modelo que ya había sido aplicado a otras grandes ciudades, como Londres, acusada de no liderar la industrialización de su país y crecer únicamente por ser la capital del Imperio, a base de explotar a una ingente masa de población pobre y jornalera, frente a la fuerza de la moderna industria pesada de Manchester o el dinamismo comercial de Liverpool.<sup>9</sup> Madrid también aparecía deslucida frente a la modernidad de Barcelona, ciudad proletaria y fábrica del país, o ante la ría de Bilbao y su industria pesada.<sup>10</sup> A la hora de evaluar el papel de las ciudades en la transformación y modernización de la sociedad española, Madrid quedaba en un escalón inferior como ciudad industriosa, cuyos obreros de fábrica eran más bien peones de albañil y cuyas fábricas eran talleres de artesanos y no grandes plantas industriales.<sup>7</sup> Un esquema que ha encorsetado el análisis del profundo cambio que experimentó la ciudad durante el primer tercio del siglo XX y que ha desdibujado el complejo funcionamiento de su economía.<sup>11</sup>

El extraordinario crecimiento demográfico y espacial de las tres primeras décadas del siglo no respondía únicamente a que Madrid fuera la capital del país. Los inmigrantes no acudían a ella sólo porque estuviera allí la sede del gobierno, sino también por la ciudad en sí misma, por su propio atractivo, por *ser muy*

---

<sup>8</sup> RINGROSE, David: *Madrid y la economía española, 1560-1850. Ciudad, Corte y país en el Antiguo Régimen*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.

<sup>9</sup> Un excelente estudio que derriba las bases de esa teoría puede encontrarse en BALL, Michael y SUNDERLAND, David: *An economic history of London (1800-1914)*, Routledge, Londres y Nueva York, 2001.

<sup>10</sup> CASTELLS ARTECHE, Luis: *Los trabajadores en el País Vasco (1876-1923)*, Siglo XXI, Madrid, 1993.

<sup>11</sup> Un estudio de ella, desde diferentes campos, en GARCÍA DELGADO, José Luis: “La economía de Madrid en el marco de la industrialización española” en NADAL, Jordi y CARRERAS, Albert (coord.): *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)*, Ariel, Barcelona, 1990; NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “La economía de Madrid. Desde la crisis colonial hasta el final de la Guerra Civil”, en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, pp. 661-675; BAHAMONDE MAGRO, Ángel, MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús y REY REGUILLO, Fernando: *La Cámara de Comercio e Industria de Madrid (1887-1987). Historia de una institución centenaria*, Cámara de Comercio, Madrid, 1989.

*grande*. Sus propias dinámicas internas, como la mayor aglomeración urbana del país, habían dado pie a la formación de un mercado de trabajo amplio y extremadamente diverso y, por tanto, muy atractivo para personas con perfiles muy diferentes entre sí. Las posibilidades para encontrar un empleo se incrementaban a medida que la aglomeración económica de la ciudad era más grande y reunía a un mayor número de empresas y negocios de distinto tipo. Esa combinación de ciudad más grande y capital del país convertía a Madrid en el entorno más propicio para el desarrollo de nuevos campos económicos y para la aparición de la innovación. Madrid, como epicentro de la *Edad de Plata*,<sup>12</sup> albergaba instituciones científicas de relevancia y contaba con personalidades cosmopolitas en diferentes ámbitos, que viajaban al extranjero y regresaban con nuevos métodos e ideas, con proyectos de negocios innovadores que no siempre encontraban una favorable acogida, pero de los que se nutría igualmente la ciudad. Un entorno donde aparecían profesiones vinculadas a nuevos campos económicos como publicistas, agentes de seguros, ingenieros químicos, traductores de inglés, abogados de lo mercantil, *reporters* que viajaban a Nueva York para enviar desde allí sus crónicas, etc.

Un desarrollo económico que también manifestaba un cambio estructural en la vida urbana. A comienzos del siglo XX ya era evidente una especialización económica del suelo, que se agudizó con el paso del tiempo y que tuvo su traducción directa en la progresiva segregación de los grupos profesionales en el espacio. El Madrid de 1860 no era igual al Madrid de 1900 y mucho menos al de 1930. Las innovaciones tecnológicas y los cambios económicos vinculados al espacio estaban generando nuevos comportamientos sociales. La revolución de los transportes urbanos del primer tercio del siglo XX cambió completamente la vida de las personas en la gran ciudad, sus lugares de asentamiento, sus desplazamientos internos y sus hábitos de vida, de trabajo y de consumo. La ciudad era vista y entendida desde otra perspectiva, podía crecer y expandirse a otro ritmo y a otra escala, podía organizarse de otra manera. Unos cambios de tal trascendencia que no podían responder a la imagen de una “ciudad industrial” de antiguos artesanos y peones de albañil.

La seña de identidad de la conversión de Madrid en la moderna metrópoli de 1930 fue su diversidad, el desarrollo de una economía que no dependía exclusivamente de un sector. Madrid no vivía a expensas de la mina, como otras ciudades, de un puerto marítimo, de una academia militar o de un complejo industrial determinado. No era una ciudad de tajos y obras, ni una ciudad

---

<sup>12</sup> FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo: *Un siglo de España: la cultura*, Marcial Pons, Madrid, 1999; OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Ciencia y cultura en Madrid, siglo XX”, en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, pp. 697-729; LÓPEZ SÁNCHEZ, José María: *Las ciencias sociales en la Edad de Plata española: el Centro de Estudios Históricos (1910-1936)*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2003; LÓPEZ SÁNCHEZ, José María: “El Centro de Estudios Históricos y los orígenes de un moderno sistema científico español”, en PUIG-SAMPER, Miguel Ángel (ed.): *Tiempos de Investigación. JAE-CSIC, cien años de ciencia en España*, CSIC, Madrid, 2007, pp. 121-128.

administrativa, ni una ciudad financiera, ni una ciudad de comercios, ni una ciudad de imprentas y periódicos, ni una ciudad de talleres y empresas privadas, ni tampoco una ciudad ferroviaria, por mucho que abundaran tales actividades, sino todas ellas a la vez. El modelo madrileño presentaba diversas caras y desde principios del siglo XX contó con dos pilares fundamentales: la gestión y dirección del desarrollo económico español y la irrupción de una industrialización complementaria a la tradicional.

La dilatada experiencia de gobierno de Madrid como capital del país había adquirido un nuevo significado con el desarrollo de los transportes y de las comunicaciones.<sup>13</sup> Los efectos de la economía capitalista en la especialización regional de la producción hicieron imprescindible la articulación de los mercados internos y su integración en un mercado nacional. Madrid se especializó en esa tarea de gestión y administración, que condujo a la terciarización de su mercado laboral.<sup>14</sup> Aunque se haya tratado de infravalorar, esa función era tan importante para el desarrollo y modernización de la economía española como la fabricación de productos manufacturados.<sup>15</sup> Madrid necesitaba tanto a Bilbao, Barcelona, Valencia o Castilla, como éstas a Madrid. Lo mismo ocurría en los países más avanzados del mundo, como Gran Bretaña o EE.UU., donde Manchester o Detroit no hubieran sido lo que fueron sin la presencia de Londres o Nueva York. En España, a otra escala y en otro contexto, se producía una situación similar.

Este papel de Madrid en la economía española se hizo más evidente durante el primer tercio del siglo XX con los efectos de la segunda revolución industrial.<sup>16</sup> Las innovaciones de esta segunda etapa histórica se introdujeron en España más rápidamente que los cambios técnicos y los adelantos de la primera (vapor y ferrocarril).<sup>17</sup> Además, implicó un proceso de diversificación de la producción industrial y de su localización en el espacio. No sólo se renovaron industrias como la química, la de construcción naval o la residencial, y

<sup>13</sup> GÓMEZ MENDOZA, Antonio: *Ferrocarril, industria y mercado en la modernización de España*, Espasa Calpe, Madrid, 1989; BAHAMONDE MAGRO, Ángel (dir.): *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España, 1700-1936: el correo, el telégrafo y el teléfono*, Ministerio de Obras Públicas, Transporte y Medio Ambiente, Madrid, 1993.

<sup>14</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Madrid, de capital imperial a región metropolitana. Cinco siglos de terciarización” en *Economía de las Comunidades Autónomas: Madrid, Papeles de Economía Española*, nº 18, (1999), pp. 18-30.

<sup>15</sup> NADAL, Jordi, SUDRIÁ, Carlos y BENAUL, Josep: *Atlas de la industrialización de España, 1750-2000*, Fundación BBVA-Crítica, Bilbao, 2003; GARCÍA DELGADO, José Luis, SÁNCHEZ JIMÉNEZ, José y TUÑÓN DE LARA, Manuel (eds.): *Los comienzos del siglo XX. La población, la economía, la sociedad (1898-1931)*, Tomo XXXVII de la *Historia de España fundada por Ramón Menéndez Pidal* dirigida por José María Jover Zamora, Espasa-Calpe, Madrid, 1984.

<sup>16</sup> ROLDÁN LÓPEZ, Santiago, GARCÍA DELGADO, José Luis y MUÑOZ GARCÍA, Juan: *La consolidación del capitalismo en España*, Confederación Española de Cajas de Ahorro, Madrid, 2 Vols., 1973.

<sup>17</sup> CARRERAS, Albert: “La industria: atraso y modernización”, en NADAL, Jordi, CARRERAS, Albert y SUDRIÁ, Carlos: *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, Ariel, Barcelona, 1991, pp. 280-312.

aparecieron otras nuevas como las eléctricas, los transformados metálicos o la industria del automóvil, sino que también surgieron núcleos alternativos a los ya tradicionales de Cataluña y Vizcaya.<sup>18</sup> Que Madrid no contara con una industria siderúrgica o textil no significa que careciera de un peso significativo en otros sectores que también eran necesarios para el desarrollo del país.

En la producción de bienes, la localización de las instalaciones fabriles resultaba un asunto trascendental, debido a los costes de los transportes.<sup>19</sup> Por ello, las grandes industrias pesadas, como las del metal, o aquellas que consumían ingentes cantidades de carbón, no se ubicaron en Madrid, sino cerca de sus fuentes de abastecimiento. Sin embargo, la mejora de los transportes y la pronta recepción de la segunda revolución industrial matizaron esa situación. La disponibilidad de electricidad permitió, por un lado, paliar el déficit energético del país, al tiempo que facilitó esa mayor facilidad para la localización industrial.<sup>20</sup>

Desde finales del siglo XIX Madrid contaba con algunas fábricas de electricidad *domésticas*, como la Sociedad Madrileña de Electricidad o la Sociedad de Electricidad del Mediodía, pero todas ellas se vieron en graves dificultades al comenzar el nuevo siglo.<sup>21</sup> Las elevadas inversiones de capital fijo que se requerían para costear las redes de distribución y las instalaciones de generación de fluido eléctrico demandaban iniciativas más ambiciosas, lo que llevó a una política de concentración empresarial con el respaldo de los grandes bancos, como sucedió con el Banco Vizcaya. La capital española ya era la sede central de los grandes bancos españoles y, desde antes del inicio de la Primera Guerra Mundial, también lo fue de las grandes compañías del sector, como Hidroeléctrica Española (1907) o la Unión Eléctrica Madrileña (1912).<sup>22</sup> La primera nació con el propósito de convertirse en productor (para la distribución de la energía producida utilizó a la Cooperativa Electra Madrid),<sup>23</sup> mientras que la segunda se planteó suministrar ella misma a los consumidores.

---

<sup>18</sup> HOUPY, Stefan y ROJO CAGIGAL, Juan Carlos: “El desarrollo de la gran industria”, en GONZÁLEZ ENCISO, Agustín y BATÉS BARCO, Juan Manuel (coords.): *Historia económica de España*, Ariel, Barcelona, 2007, pp. 521-545.

<sup>19</sup> BETRÁN PÉREZ, María Concepción: “Difusión y localización industrial en España durante el primer tercio del siglo XX”, en *Revista de Historia Económica*, nº 17 (1999), pp. 663-696.

<sup>20</sup> CAYÓN GARCÍA, Francisco: “Hidroeléctrica Española: un análisis de sus primeros años de actividad (1907-1936)”, en *Revista de Historia Económica*, nº 20 (2002), pp. 301-334.

<sup>21</sup> AUBANELL JUBANY, Ana: “La competencia en la distribución de electricidad en Madrid (1890-1913)”, en *Revista de historia industrial*, nº 2 (1992), pp. 143-172.

<sup>22</sup> CAYÓN GARCÍA, Francisco: *Un análisis del sector eléctrico en Madrid a través de las empresas Hidroeléctrica Española, Electra Madrid y Unión Eléctrica Madrileña (1907-1936)*, Fundación Empresa Pública, Madrid, 1997; TEDDE, Pedro y AUBANELL, Ana María: “Hidroeléctrica Española, 1907-1936”, en ANES, Gonzalo: *Un siglo de luz. Historia empresarial de Iberdrola*, Iberdrola-Ediciones El Viso, Madrid, 2006, pp. 193-277.

<sup>23</sup> SIMÓ RUESCAS, Julio: “La Cooperativa Electra Madrid y los inicios del monopolio compartido en la industria eléctrica madrileña (1905-1912)”, en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Comunidad de Madrid-Alfoz, Madrid, 1989, Vol. I, pp. 419-427.

Entre 1914 y 1936 la industria eléctrica fue uno de los sectores más dinámicos y de más rápido crecimiento de la economía española y en ella Madrid tuvo un papel destacado. De pronto, la capital española era considerada como un lugar idóneo para la inversión industrial. Los inversores vascos que estaban detrás de esas empresas estaban muy interesados en Madrid porque era donde se producía el mayor consumo de energía: los tranvías se habían electrificado desde 1900, el metro hizo acto de presencia en la década siguiente, el número de hogares era el mayor del país y cada vez había más empresas, y más grandes, que demandaban la nueva energía para incrementar su producción.

El desarrollo del capitalismo durante la segunda revolución industrial implicó la existencia de economías de escala en la producción, el consumo y la provisión de bienes e infraestructuras. La aparición de grandes fábricas con una producción masiva y en cadena o el nacimiento de las marcas en países como EE.UU. o Alemania, que buscaban una expansión nacional e internacional a través del marketing y la insuperable relación calidad-precio de sus bienes, requerían de fábricas medianas y pequeñas que se ocuparan de los procesos intermedios y finales en la elaboración de los productos, que ofrecieran servicios adicionales o de postventa y que se ubicaran en los mercados de consumo más importantes del país. En España, sólo Madrid y Barcelona podían asegurar un volumen de ventas que resultara interesante a ojos de las grandes multinacionales del momento. Durante los años veinte, en un marco de políticas públicas de elevada protección arancelaria y de fomento directo de la producción, Madrid acogió la implantación de varias filiales de empresas extranjeras, como General Electric, Siemens, Philips o AEG.

También se produjo la llegada de importantes firmas españolas. La intervención del Estado no se había limitado a la industria electromecánica, sino que afectó a otros sectores, como por ejemplo la construcción de material ferroviario. La compañía Euskalduna era una empresa especializada en la construcción y reparación de buques. A pesar del creciente proteccionismo estatal, había entrado en crisis al final de la Primera Guerra Mundial por una caída considerable en la demanda. Para sortear la situación decidió expandirse y abrir una fábrica en la localidad madrileña de Villaverde Bajo, al sur de la capital. Una empresa que hasta ese momento había concentrado sus instalaciones fabriles en Bilbao, decidió diversificar sus actividades para fabricar vagones, coches y calderas para locomotoras y tranvías, y eligió a Madrid como su nueva base de operaciones.<sup>24</sup>

En otros casos ejerció de centro neurálgico en la creación de grandes sociedades industriales, con establecimientos repartidos por diferentes ciudades. En 1901 se constituyó la Sociedad Española de Construcciones Metálicas, como *“sociedad anónima con 12 millones de pesetas de capital, fundada en Madrid, después de larga labor, con el objetivo de ser el núcleo o centro de atracción de*

---

<sup>24</sup> IBÁÑEZ, Maite; IBARRA, José Luis y ZABALA, Marta: *Del astillero Euskalduna al Palacio de Congresos y de la Música*, Diputación Foral de Vizcaya, Bilbao, 2002.

*varios de los más importantes talleres de la nación. El objeto es desarrollar y perfeccionar en gran medida la construcción mecánica, especializando los distintos establecimientos, de modo que cada fábrica se dedique a un ramo determinado.”* Desde la propia prensa especializada se alababa un proyecto tan innovador en el panorama español, “*por la acumulación de medios*” y por el hecho de compartimentar su producción en varios centros especializados, lo que se traducía, a su juicio, en un “*importante progreso de la industria de la construcción metálica en España.*”<sup>25</sup>



[Ilustración 7.1. Anuncio de la sociedad con las diferentes sedes fabriles. Fuente: *La Unión*, 1916.]

Todos estos cambios en la localización industrial convirtieron a Madrid en un referente que emergía con fuerza, dada su excelente situación geográfica, su enorme mercado consumidor y los importantes recursos financieros que tenían asiento en la capital.<sup>26</sup> En 1929 ocupaba el cuarto lugar del país a nivel de industrialización, superada por la provincia de Barcelona y las dos vascas de Vizcaya y Guipúzcoa. Su estructura industrial se caracterizaba por su diversificación entre los nuevos sectores de producción (transformados metálicos, química y material eléctrico) y los tradicionales (artes gráficas y construcción), mientras que Barcelona presentaba una mayor dependencia respecto a un sector, el textil.<sup>27</sup>

La implantación de nuevas fuentes de energía y la creación o llegada de gigantes empresariales en algunos de los campos punteros de la segunda revolución industrial no eran fantasmas que pasaran sin dejar rastro. Su presencia conformaba un nuevo paisaje en el mercado laboral madrileño que afectó a la

<sup>25</sup> Fuente: *Revista minera*, 1 de enero de 1901.

<sup>26</sup> TIRADO FABREGAT, Daniel A.; PONS, Jordi y PALUZIE, Elizenda: “Economic integration and industrial location. The case of Spain before World War I”, en *Journal of Economic Geography*, nº 2 (2002), pp. 343-363.

<sup>27</sup> BETRÁN PÉREZ, María Concepción: “Difusión y localización industrial en España durante el primer tercio del siglo XX”, en *Revista de Historia Económica*, nº 17 (1999), pp. 663-696. Las cifras que aporta la autora para Madrid son las siguientes: transformados metálicos (15,8%), química (14,4%), material eléctrico (10,2%), artes gráficas (11,6%) y construcción (9,9%). Para Barcelona, la primera del ránking, los cinco sectores principales serían textil (46,7%), transformados metálicos (10,1%), química (10,1%), construcción (4,9%) y alimentación (3,4%).



estructura preexistente. Resulta inconcebible que esas empresas fueran como islotes perdidos en un océano de pequeños talleres, arcaicos y artesanales, sin que éstos recibieran la más mínima influencia en su utillaje técnico, en las formas y procesos de producción o en el tipo de cualificación de sus trabajadores. Y más aún cuando está documentada en las grandes ciudades, como Londres o Berlín, la práctica habitual de las industrias de concentrarse en áreas determinadas con el fin de reducir costes, hasta formar auténticos *industrial districts*.<sup>28</sup> Una práctica que permitía mejorar los canales de información entre los proveedores y los clientes, que fomentaba la creación de otros negocios complementarios y que atraía tanto a trabajadores como a empresarios.

Madrid hizo del Ensanche Sur su distrito industrial. Desde la inauguración de la estación de Atocha y la creación de la vía de circunvalación ferroviaria, toda la parte sur de la ciudad se había encaminado a un uso compartido del suelo entre los establecimientos industriales y los edificios residenciales.<sup>29</sup> La enorme influencia del ferrocarril terminó por hacer de esta zona el lugar más apropiado para acoger el salto industrial de Madrid durante el primer tercio del siglo XX.<sup>30</sup> Una evolución que implicó una transformación del mercado laboral muy acusada y en un breve período de tiempo. Si realmente Madrid irrumpió como una metrópoli moderna a la altura de 1930, gracias a un modelo basado en la diversidad de sus motores económicos, no pudo hacerlo con la pervivencia de una fuerza de trabajo propia del siglo anterior, compuesta sólo por masas de jornaleros y peones, artesanos de taller, criadas y empleados de la administración. Si se había producido un cambio en el rumbo de la ciudad, debía notarse en sus protagonistas más directos y en el Ensanche Sur se notaba.<sup>31</sup>

Los cambios más relevantes se habían producido, precisamente, en los empleos que se ocupaban de los dos grandes pilares de la economía madrileña descritos anteriormente. Por un lado, los empleados y trabajadores de los servicios experimentaron un fuerte crecimiento, tanto en hombres (Figura 7.1) como en mujeres (Figura 7.2), entre las cuales, la oportunidad de trabajar en la

<sup>28</sup> BALL, Michael y SUNDERLAND, David: *An economic history of London (1800-1914)*, Routledge, Londres y Nueva York, 2001; GONZÁLEZ ENCISO, Agustín y BATÉS BARCO, Juan Manuel (coords.): *Historia económica de España*, Ariel, Barcelona, 2007.

<sup>29</sup> VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “El presagio de un nuevo Madrid. El Ensanche Sur (1860-1878)” en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 31, (2009), pp. 243-264.

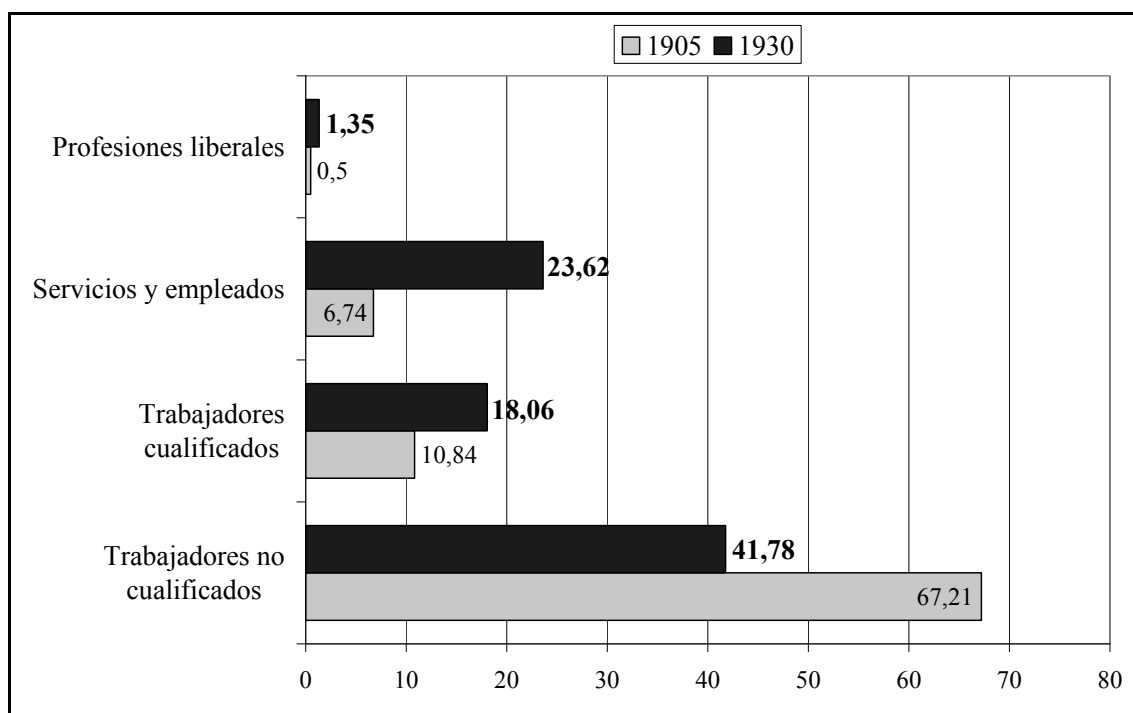
<sup>30</sup> VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “Los barrios de hierro en la gran capital. Trabajadores del ferrocarril y espacio urbano en los padrones municipales de Madrid (1860-1905)”, en *El trabajo y la memoria obrera. IV Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos*, Guadalajara, 2009; BRANDIS, Dolores, DEL RÍO, Isabel y TROITIÑO, Miguel Ángel: “Génesis y dinámica espacial de la industria en el Ensanche Sur de Madrid (1876-1931)”, en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Comunidad de Madrid-Alfoz, Madrid, 1989, Vol. I, pp. 231-250.

<sup>31</sup> Los cambios en la estructura profesional también eran perceptibles en la zona norte del Ensanche. Ver PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2009.

administración pública o en una empresa privada fue casi una novedad que llegó con el siglo XX. Las mujeres del Ensanche Sur recurrían menos al servicio doméstico, o a los trabajos manuales, y se lanzaban a los nuevos empleos que surgían en los comercios, en las oficinas de las nuevas compañías, en las dependencias de los bancos o en las escuelas que se iban abriendo por toda la ciudad. Ser empleada se convirtió en una salida profesional tan atractiva que logró que un mayor número de mujeres declarara ejercer un trabajo remunerado a la altura de 1930. Para entonces, Madrid era una colmena de oficinas con un tráfico diario de miles de empleados.

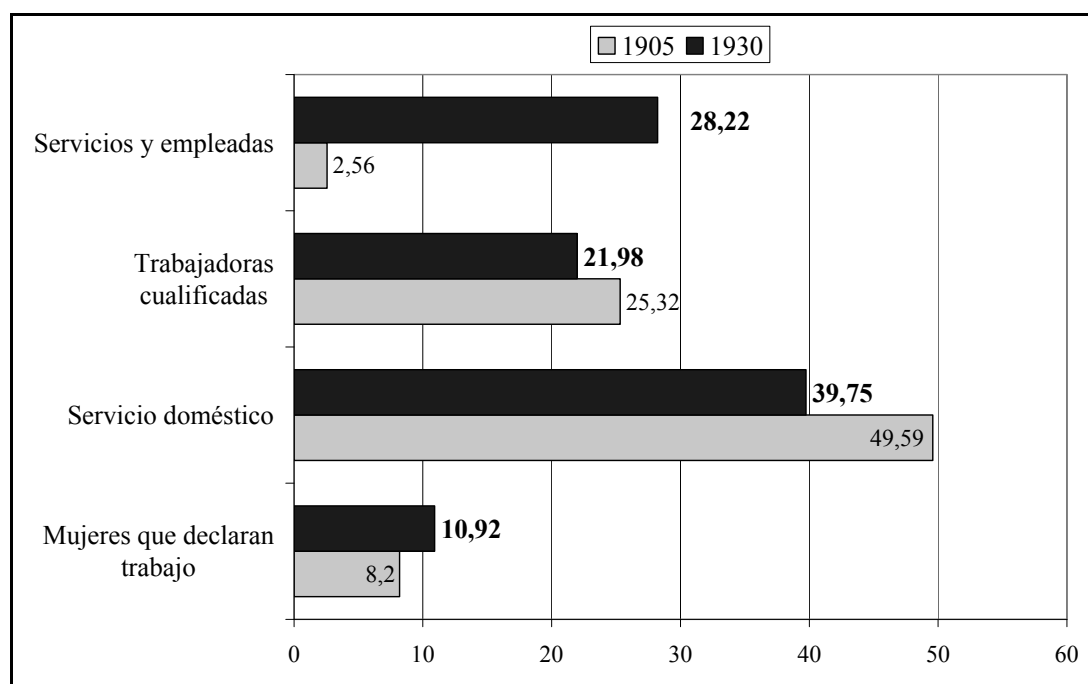
El segundo de los motores de la economía madrileña, que tenía que ver con esa transformación vinculada a la segunda revolución industrial, afectaba a los trabajadores manuales. El desarrollo de un modelo industrial complementario al tradicional, vinculado a la existencia de economías de escala dentro de un capitalismo avanzado a nivel internacional, requería de la presencia de una mano de obra cualificada. La formación de áreas con una fuerte concentración industrial potenciaba la existencia de trabajadores con unos conocimientos técnicos específicos. El Ensanche Sur, como el *industrial district* de la capital española por excelencia, volteó la tendencia del siglo XIX, que llevaba a una progresiva disminución de los trabajadores manuales y atrajo a un gran número de operarios cualificados, especialistas de confianza para las nuevas fábricas de electricidad o de mecánica avanzada. El proyecto de transformación y modernización de Madrid no podía pasar sin ellos, como tampoco podía hacerlo sin los trabajadores menos cualificados, los jornaleros, aunque cada vez lo hacía en menor medida porque su número se había reducido y porque sus condiciones de vida y de trabajo no eran las mismas que treinta años atrás.

### Principales grupos profesionales masculinos en el Ensanche Sur



[Figura 7.1. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrones municipales de 1905 y 1930. Muestra de población: varones mayores de 14 años. Los datos son porcentuales sobre el total de hombres que declaran un trabajo (el 98% de los mayores de 14 años en 1905 y el 90% en 1930).]

### Principales grupos profesionales femeninos en el Ensanche Sur



[Figura 7.2. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrones municipales de 1905 y 1930. Muestra de población: mujeres mayores de 14 años. Los datos son porcentuales sobre el total de mujeres que declaran un trabajo.]

## **7.2 Entre la gran empresa y el pequeño taller. La transformación del trabajo manual madrileño**

### ***7.2.1 Ciudad en obras. Auge de la construcción en una economía más diversificada***

Durante la segunda mitad del siglo XIX el mercado laboral madrileño se había inundado de jornaleros. Las corrientes migratorias de los entornos rurales habían nutrido a la capital española de personas cuya única experiencia había sido el campo, bien en los trigales o en las dehesas castellanas, bien en los montes y prados del Norte, o bien entre los olivos del Sur o la huerta mediterránea. Eran jóvenes que podían llegar cargados de esperanzas respecto al nuevo rumbo que habían adoptado en sus vidas, pero sus saberes poco o nada podían ayudarles en un primer momento. Varear con maestría el grano en la era no abría las puertas de un pequeño taller de ebanistería. Ahí entraba en juego el segundo elemento importante para entender la presencia de tanto trabajador no cualificado. A los inapropiados conocimientos de los inmigrantes se añadía la enorme dificultad intrínseca del mercado laboral madrileño, dominado por redes de pequeños talleres artesanales con fuertes vínculos familiares y de paisanaje. La ciudad no había experimentado una transformación industrial significativa en sus formas de producción y era incapaz de ofrecer trabajos bien remunerados, que integraran eficazmente a tantos inmigrantes como estaban llegando y con un aprendizaje progresivo en las técnicas de cada oficio.

Madrid era incapaz de ofrecer trabajo de calidad, ni a corto ni a largo plazo, a los miles de inmigrantes que acudían en busca de una oportunidad para sus vidas y éstos hallaron la solución a ese callejón sin salida en dos ámbitos. Por un lado, cientos de jornaleros lograron ser contratados, aunque fuera temporalmente y de forma esporádica, por las grandes compañías ferroviarias. El ferrocarril era el único sector que escapaba a la telaraña del pequeño taller de la ciudad, gracias al tamaño y a la naturaleza empresarial de las propias compañías. Para personas como José López Asensi, aquel jornalero que llegó procedente de Alicante a principios de la Restauración, era más sencillo acercarse a los muelles de la estación de Atocha y ser contratado durante una semana para tareas de carga y descarga de mercancías, que hacerse valer ante los ojos de un maestro artesano que no le conocía de nada. En cambio, otros, como el padre de Serafín Paul, vieron en la construcción la forma más sencilla para conseguir un empleo, dada la cantidad de tajos abiertos en toda la ciudad entre las obras del Ensanche y las remodelaciones del interior. Además, para ser peón o mozo de carga no se requería pericia alguna, sólo vigor en los brazos y resistencia en las piernas.

El papel de la construcción en la evolución del Madrid decimonónico fue vital, tanto para lograr la integración profesional y personal de los inmigrantes no cualificados, como para sostener a la economía madrileña ante su debilidad

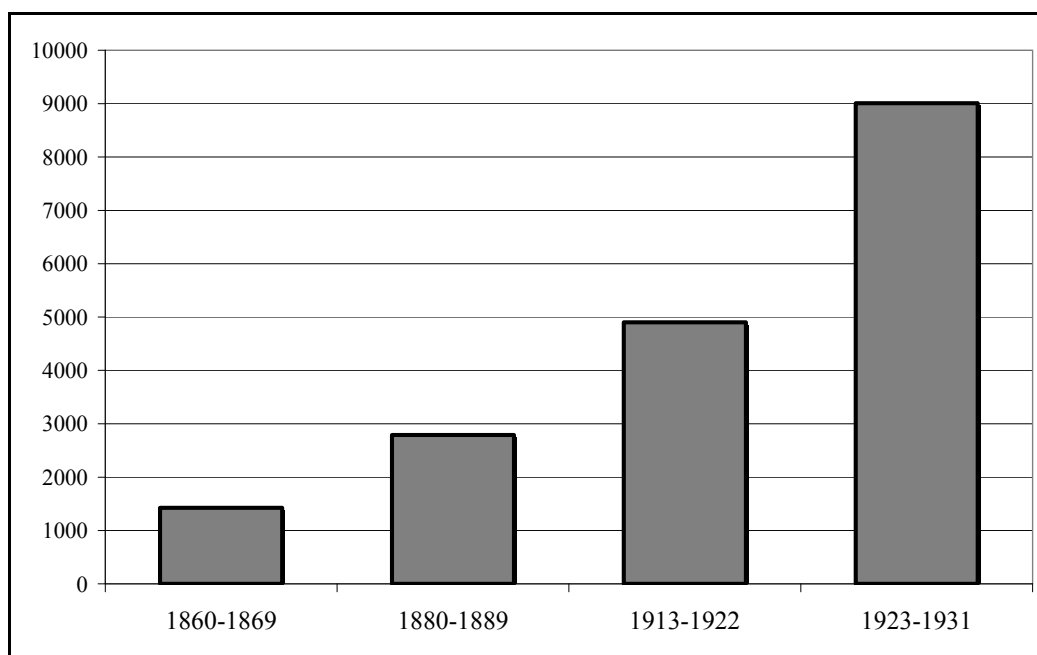
industrial. Un rol importante que se mantuvo durante el primer tercio del siglo XX, como consecuencia lógica de su fuerte crecimiento demográfico. La oleada inmigratoria de los años de entreguerras provocó una explosión en el cuerpo urbano de la ciudad. Las barriadas del extrarradio se convirtieron en racimos apiñados de miles de familias, mientras la ciudad extendía rápidamente sus tentáculos hasta enlazar con los municipios suburbanos de alrededor (ver ilustración 5.3).

El crecimiento descontrolado de las periferias, que llegaron a formar grandes aglomeraciones y conurbaciones de varios núcleos residenciales, fue un fenómeno compartido por las grandes ciudades europeas de entreguerras.<sup>32</sup> si en Londres sobresalían las expansiones de Tottenham y West Ham, si en París explotaba la *banlieue rouge*, si Berlín quedaba rodeado por un gigantesco cinturón industrial y obrero, o en Barcelona proliferaba la corona suburbana con los antiguos pueblos del Llano, en Madrid hervían núcleos como los Carabancheles, Vallecas o Chamartín. En todas ellas, tuvieran o no una potente industria básica de transformados, el sector de la construcción tuvo un papel relevante en la evolución de sus respectivas economías. La construcción de inmensos parques de viviendas, que dieran cabida a una inmigración masiva, generaba por lógica una oferta abundante de puestos de trabajo. El mundo del ladrillo siempre había sufrido el hándicap de su inestabilidad, con fuertes oscilaciones entre etapas de euforia edificatoria y pleno empleo y épocas de crisis y paro generalizado. A pesar de ello, el negocio de la construcción en Madrid creció espectacularmente durante el período estudiado. El volumen que generó el Ensanche durante su primera etapa, junto a las reformas del interior del casco antiguo, fue duplicado por la actividad originada durante la guerra europea y su inmediata postguerra. Y ésta, a su vez, por los años frenéticos de la dictadura de Primo de Rivera, cuando la ciudad se desbocó hasta casi el millón de habitantes.

---

<sup>32</sup> POOLEY, Colin G. (ed.): *Housing strategies in Europe, 1880-1930*, Leicester University Press, Leicester, 1992; WHITEHAND, Jeremy W. R. y CARR, C. M. H.: *Twentieth-century suburbs. A morphological approach*, Routledge, London, 2001; WHITEHAND, Jeremy W. R. y CARR, C. M. H.: "The creators of England's inter-war suburbs, en *Urban History*, nº 28 (2001), pp. 218-234; McMANUS, Ruth y ETHINGTON, Philip J.: "Suburbs in transition: new approaches to suburban history", en *Urban History*, nº 34 (2007), 317-337; FOURCAUT, Annie (ed.): *Un siècle de banlieue à Paris, 1859-1964*, L'Harmattan, París, 1988; OYÓN, José Luis: *La quiebra de la ciudad popular: espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2008; BARREIRO PEREIRA, Paloma: *Casas baratas. La vivienda social en Madrid (1900-1939)*, COAM, Madrid, 1992.

### Licencias de construcción concedidas por el Ayuntamiento de Madrid



[Figura 7.3. Fuente: Elaboración propia a partir de datos ofrecidos por Ángel Bahamonde y Julián Toro para el siglo XIX y Santos Juliá para el siglo XX.<sup>33</sup>]

El estallido de la construcción no vivió sólo de la edificación privada de viviendas, sino también de las grandes obras públicas. Durante el siglo XIX se habían acometido importantes planes, como la remodelación de la Puerta del Sol, centro vital de la ciudad; la traída de las aguas del Lozoya, con el magno proyecto del Canal de Isabel II; o el acondicionamiento de las vías públicas en la nueva zona del Ensanche, aparte de diversos retoques en calles y plazuelas del interior. El siglo XX trajo proyectos más grandiosos y espectaculares si cabe. A la electrificación de todas las líneas del tranvía entre 1899 y 1902, lo que supuso una lluvia de obras en todas las calles por las que circulaba para implantar la red eléctrica de alimentación y los raíles del suelo, se le sumó desde 1910 el proyecto estrella de todo el siglo, la creación de la Gran Vía, que partía en dos al viejo y estrecho cascarón del interior. Si la reforma de la Puerta del Sol causó revuelo en su momento por las expropiaciones y derribos de casas que fueron necesarias, la apertura de la gran arteria madrileña no tenía parangón por las dimensiones del proyecto y el número de parcelas e inmuebles afectados. Una obra que se prolongó hasta los años treinta y que se solapó con otro proyecto de gran envergadura, como fue la construcción de los túneles de la red del Metropolitano, que empezaron a excavar en 1916 para la primera línea de Cuatro Caminos a

<sup>33</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1978, pág. 217; JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Siglo XXI, Madrid, 1984, pp. 453-454. La diferencia entre los dos siglos es mayor si se tiene en cuenta que los datos del siglo XIX hacen referencia a licencias para reformas y obras de nueva planta, mientras que los datos del siglo XX sólo recogen obras nuevas.

Atocha, y que continuaron durante los años veinte y treinta con las sucesivas ampliaciones de la red. Al final del periodo estudiado, en 1927, comenzarían también las obras de la Ciudad Universitaria en la zona de la Moncloa, con el desmonte del terreno y la construcción de las primeras facultades.<sup>34</sup>

Madrid nunca dejó de reinventarse, en su empeño por convertirse en una ciudad más habitable y más moderna, y para ello empleó a miles de trabajadores no cualificados, a jornaleros, peones de albañil, mozos de carga, braceros, etc., que ejecutaban las tareas de fuerza, las más duras y menos reconocidas. Todo un ejército de trabajadores que bullía en las trincheras de la ciudad, entre zanjas y andamios, como hormigas laboriosas en constante agitación.

Ese intenso calendario de obras públicas y la vertiginosa expansión de la ciudad en barriadas populosas se produjeron en plena metamorfosis del sector de la construcción. Las antiguas cuadrillas del siglo XIX, compuestas por un maestro de obras y un puñado de operarios encargados de la edificación en un solar, fueron sustituidas en los años veinte por grandes sociedades anónimas, como Fomento de Obras y Construcciones o Agromán. Estas empresas contaban con los recursos suficientes para atender las necesidades y los plazos de construcción de los proyectos públicos y llegaron a reunir plantillas que superaban la cifra de 2.000 trabajadores.<sup>35</sup>

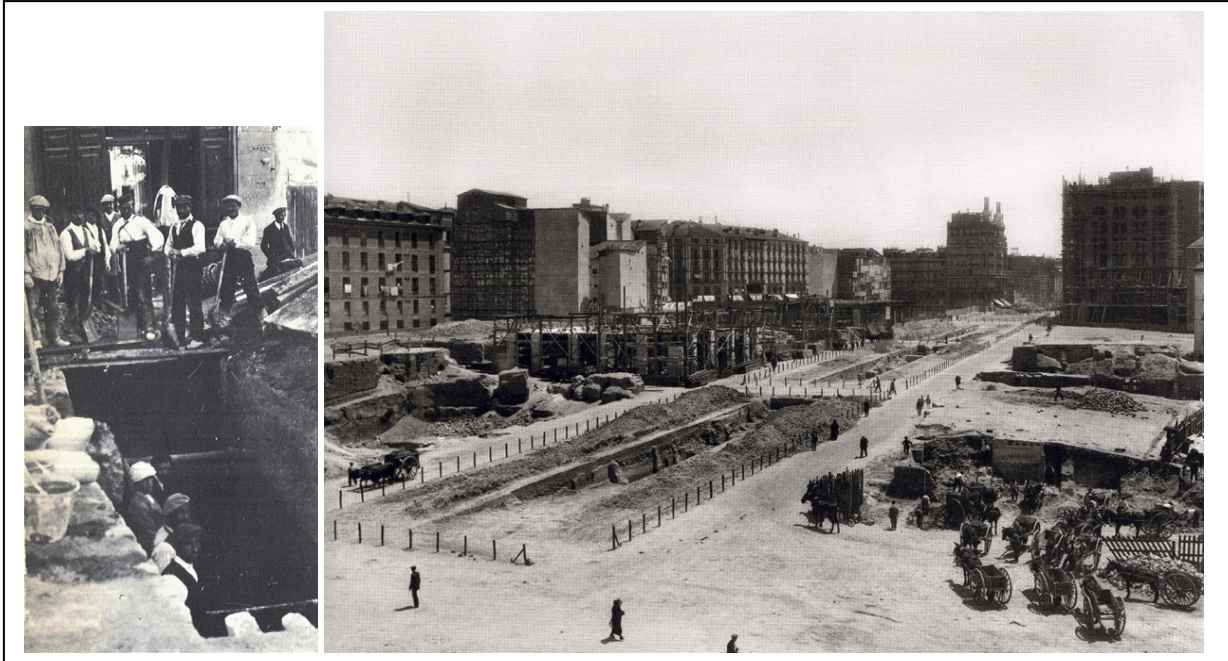
Un cambio de escenario que afectó a los trabajadores no cualificados del Ensanche Sur, entre los cuales se dobló el porcentaje de aquellos que realizaban alguna indicación sobre su lugar de trabajo en el padrón municipal (Figura 7.4). En 1930 ya eran muchos menos los trabajadores de los que se desconocía para quién trabajaban o dónde lo hacían, lo que implicaba que el tejido empresarial de la ciudad era mucho más rico y denso que en 1900. Sin embargo, no todos los jornaleros trabajaban en la construcción y, de hecho, su proporción se había reducido en 1930. El número de licencias aprobadas por el Ayuntamiento se había triplicado respecto a las registradas al inicio de la Restauración y se habían constituido grandes empresas que aglutinaban a masas de obreros en las obras abiertas por toda la ciudad, pero todo ello no redundó en un mayor porcentaje de jornaleros que declararan como ámbito de trabajo un tajo o una obra.<sup>36</sup>

---

<sup>34</sup> RUEDA LAFFOND, José Carlos: *Madrid, 1900: proyectos de reforma y debate sobre la ciudad, 1898-1914*, Editorial Complutense, Madrid, 2001; RUIZ PALOMEQUE, Eulalia: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1976; NAVASCUÉS PALACIO, Pedro y ALONSO PEREIRA, José Ramón: *La Gran Vía de Madrid*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2002; VV.AA.: *90 años de Metro de Madrid*, La Librería, Madrid, 2010; FERNÁNDEZ DE SEVILLA MORALES, Miguel: *La Ciudad Universitaria de Madrid, ochenta años de su historia (1927-2007)*, Edisofer, Madrid, 2008.

<sup>35</sup> JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Siglo XXI, Madrid, 1984, pp.78-79.

<sup>36</sup> Como se explicó en el capítulo 3, la “construcción”, como lugar de trabajo específico, está subrepresentada entre los trabajadores no cualificados. Por ello, también he considerado como



[Ilustración 7.2. Obras de construcción de los túneles del Metro (1918) y del segundo tramo de la Gran Vía (1921).]

Tampoco aumentaron aquellos trabajadores no cualificados que estaban vinculados a los transportes (ferrocarril y tranvía), la otra gran vía de acceso al mercado laboral madrileño para los inmigrantes durante el siglo XIX. De hecho, fue entre los propios inmigrantes donde los ámbitos de trabajo relacionados con la construcción experimentaron un mayor retroceso, mientras que entre los madrileños de origen el mundo del ladrillo tenía más fuelle. Aunque los jornaleros vinculados a los dos sectores tradicionales continuaban siendo mayoría, los que pertenecían a fábricas y empresas privadas experimentaron un crecimiento significativo, sobre todo entre los trabajadores inmigrantes. Eran sociedades que ya no se movían en el círculo económico del ladrillo (la única empresa que sí lo hacía era Agromán, con dos trabajadores declarados) y que apuntaban a una mayor diversificación de la economía madrileña, cada vez más independiente de los inestables ciclos en la edificación. Madrid ya no era sólo la ciudad de los tajos.

---

propio de esta actividad los lugares definidos como “variables” y los talleres que tuvieran una relación concreta con la construcción, como por ejemplo un taller de cantería.



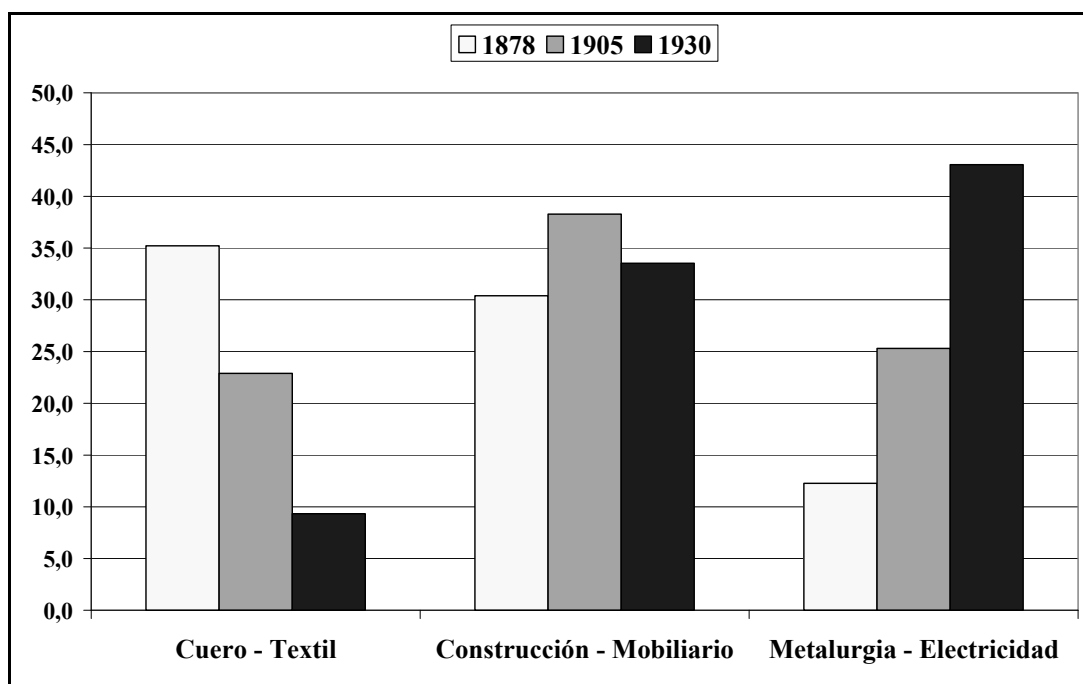
Lugares de trabajo de los trabajadores no cualificados					
Ámbitos de trabajo	1930	1905	Diferencia 1930-1905	Madrileños 1930	Inmigrantes 1930
Variable o eventual	32,27	36,91	- 4,64	35,21	31,39
Transportes	22,27	28,21	- <b>5,94</b>	16,77	23,93
Fábricas y empresas privadas	16,86	11,69	+ <b>5,17</b>	13,26	17,95
Talleres o dirección particular	13,96	12,95	+ 1,01	20,43	12,01
Construcción	4,45	1,84	+ 2,61	5,03	4,33
Administración Pública	5,27	5,12	+ 0,15	6,10	5,02
Empresas públicas	3,15	0,87	+ 2,28	1,83	3,54
Trabajadores que indican lugar	29,38	15,44	+ 13,94	23,25	31,92
Trabajadores que no indican	70,62	84,56	- 13,94	76,75	68,08

[**Figura 7.4.** Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrones municipales de 1905 y 1930. Muestra de población: trabajadores masculinos no cualificados mayores de 14 años. Los datos son porcentuales. Los porcentajes por lugares de trabajo están basados sobre el total de trabajadores que realizaban alguna indicación sobre ello. En la tercera columna aparecen en negrita las mayores diferencias, mientras que en la cuarta y en la quinta están sombreados los valores inferiores a la media.]

El estancamiento del mundo de la construcción entre los trabajadores manuales era aún más evidente en el grupo de los cualificados, entre aquellos que demostraban saber algo más que acarrear ladrillos o sacos de tierra. Si Madrid estaba dando pasos hacia una transformación vinculada a la segunda revolución industrial, con el Ensanche Sur como *industrial district* en su punta de lanza, se requería también de una mano de obra preparada y con unos conocimientos técnicos avanzados. Pero no valía cualquier trabajador cualificado. Un simple crecimiento de este grupo profesional, como sucedió en el Ensanche Sur entre 1905 y 1930 (Figura 7.1), no tenía por qué implicar una moderna industrialización de la ciudad, también podía significar el mantenimiento de la vieja estructura artesanal del siglo XIX, como mantienen algunas tesis.<sup>37</sup> El cambio sólo podía venir de la mano de *otros* trabajadores cualificados, con otros perfiles, con otros conocimientos, con otras formas de trabajar, con empresas con otros métodos de organización. Entre el comienzo y el final de la Restauración, la evolución del trabajo cualificado artesanal al trabajo cualificado moderno fue incuestionable en el Ensanche Sur de Madrid (Figura 7.5).

<sup>37</sup> JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Siglo XXI, Madrid, 1984.

### Principales sectores productivos de los trabajadores cualificados



[Figura 7.5. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrones municipales de 1878, 1905 y 1930. Muestra de población: trabajadores masculinos cualificados mayores de 14 años (12 años en el caso de 1878). Los datos son porcentuales. No se han incluido otros sectores minoritarios en el Ensanche Sur para clarificar el análisis, como “mercaderes y comerciantes”, “papel-imprensa”, “alimentación” y “otros”.]

El proceso de corrosión de los oficios del siglo XIX había diezclado a las profesiones agrupadas en las actividades del cuero y del textil. Los zapateros, antiguos reyes de la ciudad, habían ido desapareciendo con el paso del tiempo y en 1930 quedaban menos (206) que en 1878 (302), cuando la zona había quintuplicado su población. La paulatina desaparición de zapateros, curtidores (pasaron de 38 en 1878 a 7 en 1930) o guarnicioneros (de 33 a 21), llevó a la feminización del sector en el siglo XX (Figura 7.6). Un fenómeno que respondió más a la deserción de los hombres que a la entrada masiva de las mujeres en el oficio, pues las costureras, modistas, sastras, bordadoras y demás profesionales de la aguja y los tejidos ya eran muy abundantes durante el siglo XIX,<sup>38</sup> a pesar del conocido problema con la ocultación del trabajo femenino. En cambio, sí fue una novedad en el Ensanche Sur el peso abrumador que adquirieron las profesionales de la aguja entre las trabajadoras cualificadas (pasaron de representar el 33,38% en 1878, al 78,33% en 1930), debido a la práctica desaparición del antiguo oficio de cigarrera ante la intensa mecanización de los

<sup>38</sup> NÚÑEZ ORGAZ, Adela: “Las modistillas de Madrid, tradición y realidad: 1884-1920”, en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Comunidad de Madrid-Alfoz, Madrid, 1989, Vol. 2, pp. 435-450.

procesos de producción, aplicados desde 1887, por la Compañía Arrendataria de Tabacos.<sup>39</sup>

<b>Feminización del sector del cuero y del textil</b>			
<b>Sexo</b>	<b>1878</b>	<b>1905</b>	<b>1930</b>
Hombres	65,03	69,19	43,04
Mujeres	34,97	30,81	56,96

[Figura 7.6. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrones municipales de 1878, 1905 y 1930. Muestra de población: trabajadores cualificados del sector “cuero y textil” mayores de 14 años (12 años en el caso de 1878). Los datos son porcentuales.]

Los trabajadores cualificados vinculados a los sectores de la construcción mantuvieron una importante presencia a lo largo de todo el periodo. Los carpinteros, albañiles, ebanistas, pintores, fontaneros o marmolistas, siempre fueron muy demandados en una ciudad que no paraba de crecer ni un instante. Alcanzaron su cénit en el cambio de siglo, cuando la ciudad aún no sentía los efectos de la segunda revolución industrial y la corrosión de los antiguos oficios había conducido a una masiva dependencia de los trabajadores no cualificados. No era de extrañar, dadas las características del trabajo de la construcción. A pesar de las diferencias entre unos y otros, los jornaleros y los trabajadores cualificados del sector de la construcción realizaban tareas muy parecidas entre ellos y estaban expuestos a una mayor confusión entre sus status profesionales.

El fuerte retroceso de los jornaleros en 1930 y el estancamiento de los trabajadores cualificados vinculados al mundo de la construcción confirmaban el cambio experimentado por la ciudad hacia una economía más diversificada y menos dependiente de un sector. Durante los años veinte el Ayuntamiento había aprobado el mayor número de licencias de obras en toda su historia, pero el peso proporcional de los albañiles y de los carpinteros descendió en más de un 5%, lo que demuestra la fuerza que adquirió el emergente sector de la metalurgia y la energía en el Ensanche Sur. Un campo de actividades que no sólo creció como la espuma durante el primer tercio del siglo XX, sino que también experimentó una metamorfosis radical en su composición interna.

<sup>39</sup> CANDELA SOTO, Paloma: *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida (1888-1927)*, Tecnos, Madrid, 1997.

### 7.2.2 *Tiempos mecánicos. Nuevos trabajadores para un nuevo entorno económico*

A comienzos de la Restauración, el peso de los trabajadores del metal en el mercado laboral era minúsculo y, además, eran oficios tradicionales y propios de una metalurgia muy ligera. A la cabeza se situaban los cerrajeros, cuya producción estaba estrechamente vinculada al mundo de la construcción, seguidos por los herreros, un oficio con evidentes resabios artesanales. La suma de ambos suponía más de la mitad de los trabajadores vinculados a esta actividad. Medio siglo después la situación había cambiado completamente. En 1930 eran mayoría en la estructura profesional de los trabajadores cualificados y sus protagonistas eran oficios nuevos o que habían tenido una presencia testimonial en el pasado. Los cerrajeros, representantes de la metalurgia dependiente de la construcción, se habían reducido a menos de la mitad y los herreros, símbolo de la metalurgia artesanal, prácticamente habían desaparecido. En 1930 los reyes eran los mecánicos<sup>40</sup> y los maquinistas ferroviarios, prueba de la suprema importancia que habían adquirido las máquinas en los procesos productivos y, en general, en la actividad económica. Junto a ellos, resultaba llamativa la figura del electricista, una profesión totalmente nueva que había nacido al calor de la segunda revolución industrial y que demostraba la importancia de la nueva fuente energética en la evolución económica de la ciudad.

<b>Principales oficios cualificados del sector de la metalurgia y la energía</b>			
<b>1878</b>		<b>1930</b>	
<b>Profesiones</b>	<b>%</b>	<b>Profesiones</b>	<b>%</b>
cerrajero	29,13	mecánico	21,21
herrero	21,74	maquinista ferroviario	15,48
fundidor	8,70	cerrajero	13,37
tornero	5,22	electricista	8,44
maquinista	3,48	fundidor	6,98
broncista	3,04	ajustador	4,17
calderero	2,17	calderero	2,81
fogonero	2,17	tornero	2,49
hojalatero	2,17	broncista	2,06
mecánico	2,17	herrero	1,62

[Figura 7.7. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrones municipales de 1878 y 1930. Muestra de población: trabajadores masculinos cualificados mayores de 14 años (12 años en el caso de 1878) del sector productivo “metalurgia-electricidad”. Los datos son porcentuales.]

<sup>40</sup> La importancia de esta profesión se constata también en la parte norte del Ensanche de Madrid. Ver PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2009.

La metamorfosis en la composición interna de los trabajadores cualificados fue acompañada de cambios significativos en los ámbitos de trabajo (Figura 7.8). Al igual que en el caso de los jornaleros, entre 1905 y 1930 aumentó la proporción de trabajadores que indicaban un lugar donde desempeñaban su oficio. También cobraron un mayor protagonismo las fábricas y empresas privadas como lugares de contratación, a las que habría que añadir los trabajadores vinculados a las empresas de los transportes, ferrocarriles y tranvías fundamentalmente.

En cambio, la vivienda familiar casi desaparecía como ámbito laboral, en concordancia con la drástica caída de las profesiones vinculadas a las actividades del cuero y del textil, las más proclives a protagonizar la práctica de compartir su lugar de residencia con el lugar de trabajo. Los pequeños talleres mantenían su hegemonía, pero ya no era tan marcada como en épocas pasadas, especialmente entre los inmigrantes, más vinculados a las compañías de los transportes y las empresas privadas que los madrileños de nacimiento. Los tiempos del obrador familiar, del pequeño taller y de la elevada variación en los lugares de trabajo (64% entre las tres categorías en 1905), habían dado paso a una situación más compleja por el ascenso de los centros de mediano y gran tamaño (47,5% en 1930, frente al 44,4% de las tres categorías anteriores).

Lugares de trabajo de los trabajadores cualificados					
Ámbitos de trabajo	1930	1905	Diferencia 1930-1905	Madrileños s 1930	Inmigrantes s 1930
Talleres o dirección particular	30,32	35,98	- 5,66	36,79	26,36
Transportes	26,06	16,87	+ 9,19	18,21	30,85
Fábricas y empresas privadas	21,49	10,92	<b>+ 10,57</b>	20,63	22,02
Variable o eventual	11,11	17,12	- 6,01	11,82	10,68
Casa propia	3,02	10,92	<b>- 7,90</b>	3,14	2,95
Construcción	2,61	2,23	+ 0,38	2,77	2,50
Empresas públicas	1,78	1,24	+ 0,54	2,17	1,55
Total indicado	51,39	37,42	+ 13,97	47,78	53,87
No indica	48,61	62,58	- 13,97	52,22	46,13

[Figura 7.8. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrones municipales de 1905 y 1930. Muestra de población: trabajadores masculinos cualificados mayores de 14 años. Los datos son porcentuales. Los porcentajes por lugares de trabajo están basados sobre el total de trabajadores que realizaban alguna indicación sobre ello. En la tercera columna aparecen en negrita las mayores diferencias, mientras que en la cuarta y en la quinta están sombreados los valores inferiores a la media.]

El cambio de escenario presentaba una velocidad diferente en función de los grupos por actividades de los trabajadores (Figura 7.9). El campo de la metalurgia y las nuevas fuentes de energía se situaba a la cabeza de ese proceso de cambio. Se trataba del grupo de trabajadores con la mayor definición del

ámbito laboral, dos tercios del total, y entre ellos eran muy pocos los trabajadores que operaban en lugares variables o que lo hacían en la casa donde vivían. Los viejos tiempos en los que el herrero tenía abierta una pequeña fundición o herrería en su propia casa habían quedado en el olvido. En 1930, los nuevos trabajadores del metal desempeñaban su oficio en una fábrica de una empresa privada, mientras que su participación en talleres de pequeño tamaño se había reducido considerablemente y quedaba por debajo de la media.

Para los trabajadores del textil los cambios también fueron muy significativos. Compartían la tendencia a notificar en mayor medida dónde trabajaban y experimentaron un cambio fundamental entre una fecha y otra: la mayoría pasó de trabajar en su propia casa a hacerlo en un taller.<sup>41</sup> La corrosión del oficio en las últimas décadas del siglo XIX había llevado a estos trabajadores a tareas de *destrigar*, más que de crear, a depender de los encargos que les hacían comerciantes externos para poder salir adelante y no mal vivir con los contados encargos que les llegaban a los pequeños obradores de sus casas. Habían perdido buena parte de su independencia para mantener sus negocios abiertos (ver capítulo 3). Durante el primer tercio del siglo XX la autonomía en el lugar y en los ritmos de trabajo se esfumó completamente para la mayoría, que pasaron a depender de talleres externos, con un horario y un volumen de trabajo marcado de antemano. La competencia exterior y la amplia difusión de los procesos mecanizados de producción habían hecho insostenible la perpetuación de los talleres familiares.

Lugares de trabajo por actividad laboral de los trabajadores cualificados							
Lugar de trabajo	Media	<i>Metal-Energía</i>		<i>Construcción</i>		<i>Textil</i>	
	1930	1930	1905	1930	1905	1930	1905
Total indicado	51,4	65,3	51,7	37,4	30,9	39,0	27,1
Talleres o dirección particular	30,3	21,8	30,7	36,6	38,0	52,9	34,3
Transportes	26,1	41,7	34,3	11,4	11,6	0,7	0,0
Fábricas y empresas privadas	21,5	25,8	15,7	11,4	3,1	9,0	7,5
Variable o eventual	11,1	5,6	7,9	23,6	29,5	11,6	13,4
Casa propia	3,0	0,8	5,7	2,3	4,7	20,0	41,8
Construcción	2,6	0,1	0,0	10,3	7,0	0,0	0,0

[Figura 7.9. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrones municipales de 1905 y 1930. Muestra de población: trabajadores masculinos cualificados mayores de 14 años. Los datos son porcentuales. Los datos de “total indicado” hacen referencia al % de trabajadores que indican un lugar de trabajo respecto del total de trabajadores de cada actividad. Los % por lugares de trabajo están basados sobre el total de trabajadores que lo indicaban. Las categorías son las mismas que en la Figura 7.5, únicamente se han acortado los nombres.]

<sup>41</sup> El gran cambio en el ámbito de trabajo de estas profesiones se hace más evidente si se tiene en cuenta que en 1878 el 61,18% de los trabajadores del cuero y del textil indicaban su casa como lugar de trabajo.

Los trabajadores de la construcción eran los que mostraban una menor alteración en sus lugares de trabajo. Entre ellos era más habitual que no hicieran indicación alguna sobre sus ámbitos laborales, o que éstos fueran muchos más cambiantes que los metalúrgicos, pero también esas prácticas estaban en franco retroceso a la altura de 1930. La mayoría seguía empleado en pequeños talleres o en la edificación de viviendas, de las que sólo apuntaban la dirección de una calle en el mejor de los casos, pero en estos casos también se constataban cambios con una incipiente mecanización en algunos procesos de producción de materiales.<sup>42</sup> Junto a ello, resultó revelador el ascenso de los que trabajaban para fábricas y empresas privadas, cuyas dimensiones excedían a las del tradicional taller, como la fábrica de mármoles “Casa Altuna”, ubicada en la calle Ramírez de Prado, nº 8, en el barrio de las Delicias. Este tipo de negocios se especializaban en el abastecimiento de material a las grandes constructoras, como era el caso de la fábrica citada, dedicada al *“corte y pulido de mármoles, granito y material de cantería”*.<sup>43</sup> En ellos se aglutinaban plantillas más amplias que las del pequeño taller, compuestas tanto por trabajadores cualificados como no cualificados, inmersos en un modo de producción más intensivo.



[Ilustración 7.3. Trabajadores en una fábrica de cantería, c. 1927. Fuente: Archivo fotográfico de la Compañía Telefónica.]

<sup>42</sup> CANDELA SOTO, Paloma: “La mecanización toma el mando: la fabricación de materiales cerámicos para la construcción, Madrid 1890-1960”, en *Sociología del Trabajo*, nº 55 (2005), pp. 49-92.

<sup>43</sup> Fuente: AVM, Estadística, padrón municipal de 1930.

Esta evolución de Madrid hacia una economía mucho más diversificada, con el desarrollo de una industrialización de segunda generación basada en nuevos campos de la metalurgia y de las fuentes energéticas, con una evolución de los centros de trabajo que afectaba incluso a sectores tradicionales como la construcción y el textil, tuvo claras repercusiones en las condiciones laborales de los trabajadores manuales y, concretamente, en sus condiciones salariales. Fueron años trascendentales por la envergadura de los cambios que se estaban sucediendo y que el Estado trató de controlar a través de un intervencionismo creciente en materia laboral: ley de accidentes de trabajo (1900),<sup>44</sup> ley del descanso dominical (1904), ley de regulación de la jornada mercantil (1918), decreto de las ocho horas laborables por día y 48 por semana (1919), regulación de los precios por aranceles y tasas, creación del Ministerio de Trabajo (1920), etc.<sup>45</sup> Unos cambios económicos y una legislación oficial que llevaron aparejado un conflicto *in crescendo* entre los sindicatos obreros y las asociaciones patronales.<sup>46</sup> Si hasta 1917 los conflictos habían sido escasos, y con más rasgos de motín decimonónico que de moderna reivindicación obrera, a partir de entonces la huelga será un fenómeno común en las calles de Madrid. Las *oleadas* de 1919 y 1920 representaron una modernización en las formas reivindicativas por la unanimidad en su seguimiento, su extensión entre diferentes grupos profesionales, su grado de violencia y la aparición de las primeras milicias ciudadanas rompehuelgas. Una conflictividad que se cortó con el advenimiento de la dictadura de Primo de Rivera, y su marco corporativista sostenido por la UGT, y que no reapareció hasta la llegada de la Segunda República.<sup>47</sup>

Las protestas y las huelgas eran públicas manifestaciones del descontento existente entre buena parte de los trabajadores por sus condiciones laborales. Las profundas transformaciones de los mercados laborales, que habían supuesto la pérdida progresiva para el artesano de su independencia en los procesos de producción, la extensión del trabajo con máquinas y la desaparición o corrosión de múltiples oficios, habían derivado en actitudes de rechazo y resistencia. El recelo inicial a las máquinas se percibía en las protestas de algunos oficios a principios de siglo, que demandaban la prohibición para adquirir más maquinaria y la readmisión de los obreros despedidos.<sup>48</sup> Del ataque a las máquinas se pasó a la reivindicación de unas mejores condiciones de trabajo en las fábricas y talleres y a una constante petición de subida salarial. La inflación ocasionada a raíz del

---

<sup>44</sup> PONS PONS, Jerònia: “El seguro de accidentes de trabajo en España: de la obligación al negocio (1900-1940)”, en *Investigaciones de Historia Económica*, nº 4 (2006), pp. 77-100.

<sup>45</sup> SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: “La sociedad madrileña en el siglo XX”, en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, pp. 656-661.

<sup>46</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel, MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús y REY REGUILLO, Fernando: *La Cámara de Comercio e Industria de Madrid (1887-1987). Historia de una institución centenaria*, Cámara de Comercio, Madrid, 1989.

<sup>47</sup> SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid, 1901-1923*, Cinca, Madrid, 2005.

<sup>48</sup> CANDELA SOTO, Paloma: *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida (1888-1927)*, Tecnos, Madrid, 1997, pp. 168-198.



conflicto bélico europeo de la Primera Guerra Mundial y los profundos cambios que trajo consigo la segunda revolución industrial, fraguaron una idea de deterioro en las condiciones de vida en la conciencia de muchos trabajadores. Parecía que la máquina había desnaturalizado a los oficios y que se había perdido la distinción entre lo que podía ganar un trabajador cualificado y otro que no lo fuera.

*“Me uní a la tertulia de la taberna de Serafín. Lo que él conocía a fondo eran las cuatro paredes de su taller de carpintería.*

*- El oficio ahora es una vergüenza. Mi maestro me tuvo serrando encina un año entero, hasta que me harté. Me costó dos años aprender a cepillar encina y sacar virutas tan finas como papel de fumar. Pero ahora... Sierras con una máquina, cepillas con una máquina y barnizas a máquina. Yo no quiero decir que las máquinas no signifiquen progreso, sino que ahora ya no hay obreros de verdad. Todo es mecánico y lo que pasa es que ahora hacen las cosas a montón, como los buñuelos, y luego, cuando los obreros piden más jornal, les grita el amo, «hala, largo de aquí, para serrar me basta cualquiera, hasta una mujer si hace falta».”*

BAREA, Arturo: *La forja de un rebelde II. La ruta*, 1951.

Diferencias salariales entre los trabajadores manuales			
Años	Cualificado	No cualificado	Diferencia %
1878	2,24	1,97	13,71
1905	2,71	2,30	17,83
1930	7,29	6,51	11,98

[Figura 7.10. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrones municipales de 1878, 1905 y 1930. Muestra de población: varones mayores de 14 años (de 12 en 1878). Los datos son salarios por día de trabajo y están expresados en pesetas corrientes.]

A nivel general sí se había producido una reducción entre los salarios medios de los trabajadores cualificados del Ensanche Sur y los no cualificados (Figura 7.10). Ambos habían aumentado considerablemente respecto a 1905 debido a la inflación general en precios y salarios, pero no lo habían hecho al mismo ritmo y el sueldo diario de un jornalero se había aproximado al de los cualificados. Sin embargo, las expectativas de mejora y crecimiento personal eran muy superiores en el caso de los segundos. Las medias salariales por franjas de edad demostraban que la mano de obra cualificada disfrutaba de pagas más elevadas a medida que cumplía años (Figura 7.11). Los jornaleros o peones alcanzaban su salario medio en torno a los 20 años y a partir de ahí apenas registraba aumentos de consideración. Un peón de 45 años no ganaba mucho más que uno de 20. Al ser trabajos donde primaba la fuerza sobre la técnica y el aprendizaje, los años de experiencia no tenían el mismo valor que en otros empleos, donde el mérito y la destreza sí obtenían recompensa.

Para un trabajador cualificado, la trayectoria profesional tenía un recorrido mucho más largo. En la adolescencia, con menos de veinte años de edad, se producía el aprendizaje en las técnicas del oficio, aunque normalmente se sustituía por el desempeño de un trabajo de explotación, el cual estaba peor pagado que el de los propios jornaleros a la misma edad. Esas pagas tan bajas a los niños y jóvenes son las que explicaban que el salario medio general no se distanciara en mayor medida del que recibían los jornaleros. Pero una vez que se entraba en la edad adulta y se dominaban las técnicas del oficio, los salarios se disparaban por encima de la media.

<b>Diferencias salariales entre los trabajadores manuales por edades</b>						
<b>TRABAJADOR CUALIFICADO</b>						
Edades	<b>1930</b>		<b>1905</b>		<b>1878</b>	
	Salario	Dif. % Respecto a la media	Salario	Dif. % Respecto a la media	Salario	Dif. % Respecto a la media
Menos de 20 años	3,62	- 50,3	1,53	- 43,5	1,25	- 44,2
20-29	7,36	+ 1,0	2,67	- 1,5	2,42	+ 8,0
30-49	8,76	+ 20,2	3,05	+ 12,6	2,54	+ 13,4
Más de 50	8,64	+ 18,5	3,14	+ 15,9	2,31	+ 3,1
<b>TRABAJADOR NO CUALIFICADO</b>						
Edades	<b>1930</b>		<b>1905</b>		<b>1878</b>	
	Salario	Dif. % Respecto a la media	Salario	Dif. % Respecto a la media	Salario	Dif. % Respecto a la media
Menos de 20 años	4,12	- 36,7	1,74	- 24,4	1,45	- 26,4
20-29	6,53	+ 0,3	2,29	- 0,4	1,99	+ 1,0
30-49	6,90	+ 6,0	2,39	+ 3,9	2,05	+ 4,1
Más de 50	6,72	+ 3,2	2,32	+ 0,9	1,92	- 2,5

[Figura 7.11. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrones municipales de 1878, 1905 y 1930. Muestra de población: varones mayores de 14 años (de 12 en 1878). Los datos son salarios por día de trabajo y están expresados en pesetas corrientes.]

Los niveles salariales por edades también reflejaban notables diferencias a lo largo de la etapa estudiada. La transformación experimentada por Madrid durante el primer tercio del siglo XX había redundado en unas perspectivas salariales mucho más positivas para los trabajadores manuales, tanto para la mano de obra cualificada como para la no cualificada. Al inicio de la Restauración, un jornalero con más de 50 años cobraba menos de media que el promedio general, mientras que el trabajador cualificado había visto reducido su salario sensiblemente, hasta casi equipararlo con el jornal de un chico que tuviera 20 años. Eran unas condiciones salariales que echaban por tierra toda la experiencia y todos los conocimientos acumulados durante tanto tiempo.

Durante el siglo XX esa situación se invirtió. En 1930 los jornaleros con más de 50 años se situaban ligeramente por encima de la paga media, mientras que los cualificados lograron mantener sueldos muy elevados. La transformación y modernización económica de la ciudad había redundado en una evidente mejora en las gratificaciones a largo plazo y los trabajadores obtenían por fin una recompensa a sus años de experiencia, aunque no era la misma para todos (Figura 7.12).

<b>Diferencias salariales entre los trabajadores cualificados por edad y actividad</b>						
<b>Año 1930</b>						
	<i>Construcción</i>		<i>Textil</i>		<i>Metal-Energía</i>	
<b>S. Medio (mayores de 14)</b>	<b>7,49</b>	Dif. %	<b>5,86</b>	Dif. %	<b>7,34</b>	Dif. %
Menos de 20 años	3,69	- 50,7	3,09	- 47,3	3,77	- 48,6
20-29	7,68	+ 2,5	5,84	- 0,3	7,36	+ 0,3
30-49	8,79	+ 17,4	7,18	+ 22,5	8,86	+ 20,7
Más de 50	8,56	+ 14,3	6,48	+ 10,6	9,06	+ 23,4
<b>Año 1878</b>						
	<i>Construcción</i>		<i>Textil</i>		<i>Metal-Energía</i>	
<b>S. Medio (mayores de 12)</b>	<b>2,49</b>	Dif. %	<b>1,90</b>	Dif. %	<b>2,26</b>	Dif. %
Menos de 20 años	1,55	- 37,8	0,85	- 55,3	1,27	- 43,8
20-29	2,89	+ 16,1	1,97	+ 3,7	2,39	+ 5,8
30-49	2,56	+ 2,8	2,36	+ 24,2	2,61	+ 15,5
Más de 50	2,29	- 8,0	2,00	+ 5,3	2,53	+ 12,0

[Figura 7.12. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrones municipales de 1878 y 1930. Muestra de población: varones mayores de 14 años (de 12 en 1878). Los datos son salarios por día de trabajo y están expresados en pesetas corrientes.]

Entre los trabajadores cualificados se mantuvieron notables diferencias entre los salarios medios de las distintas ramas de actividad. Los peor pagados eran los trabajadores del cuero y del textil, mientras que el sector de la construcción superaba ligeramente al campo de la metalurgia, la química y las nuevas fuentes de energía. Sin embargo, entre estos dos sectores se daba la misma situación que entre los trabajadores no cualificados y la mano de obra cualificada en general: una cosa era el salario medio general y otra bien distinta eran las perspectivas salariales con arreglo a la edad del trabajador. Aquellos que se empleaban en la nueva industria que emergía en Madrid cobraban de media, hasta los 30 años, menos que los albañiles o los carpinteros. Eran los que estaban más vinculados a las nuevas tecnologías y el correcto manejo de la maquinaria no se aprendía de un día para otro. Sus mecanismos eran complejos y se habían convertido en una pieza clave en el proceso general de producción y en la carrera por aumentar el número de bienes fabricados. Por tanto, se requerían años de experiencia y responsabilidad, que los más jóvenes podían adquirir en otros puestos accesorios (y peor pagados), aunque se identificaran igualmente como mecánicos o maquinistas. Los bajos sueldos en la adolescencia, o durante la

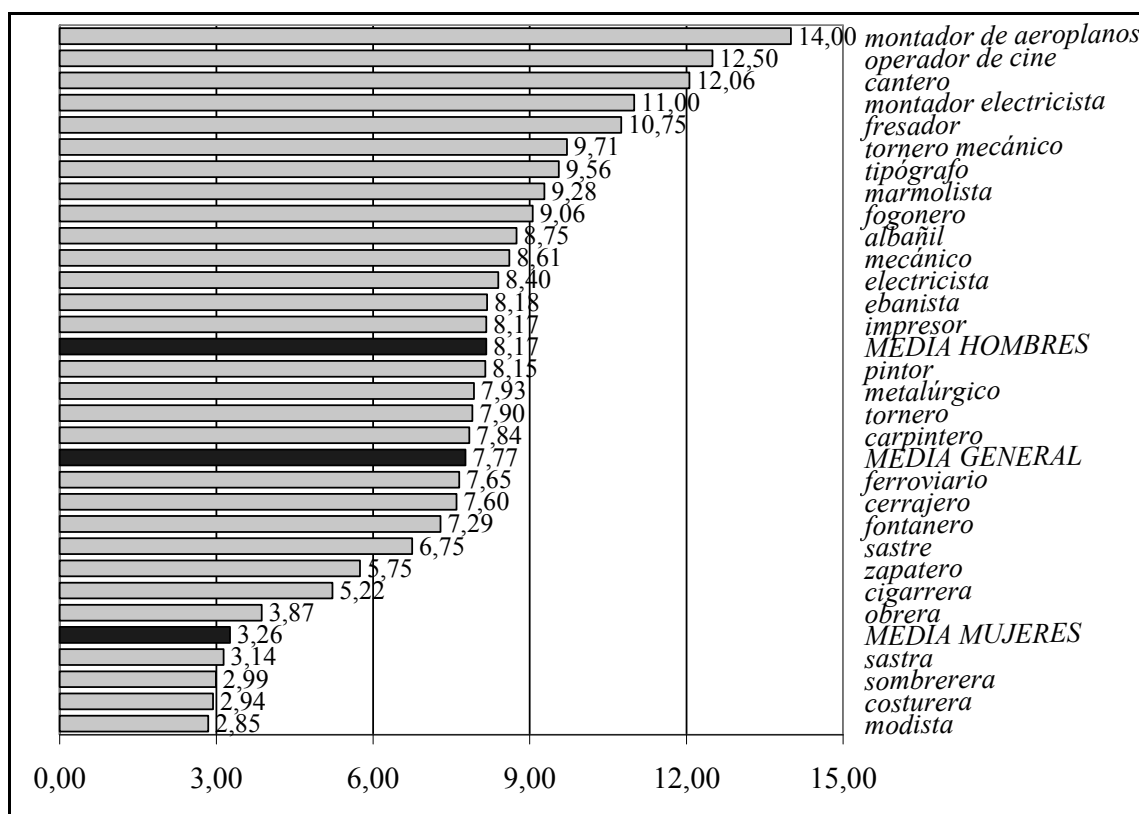
juventud veinteañera, tenían su recompensa más adelante, cuando los salarios de estos trabajadores eran muy superiores a los del resto de la mano de obra cualificada, hasta alcanzar el culmen en la cincuentena, una etapa de declive para la mayoría y que para ellos suponía el acceso a los mejores salarios gracias a toda la experiencia acumulada. Eran los mayores especialistas, los más valiosos ypreciados.



[**Ilustración 7.4.** Mariano Sánchez, obrero mecánico de la Standard Eléctrica. Fuente: *Standard. Publicación oficial de Standard Eléctrica, S.A.*, 1928.]

En el Madrid de 1930 los trabajadores especialistas eran los mejor pagados, sobre todo si eran oficios que requerían una preparación muy cualificada y estaban vinculados a sectores tan modernos que apenas estaban dando sus primeros pasos, como la industria de la aviación o la del cine. José Anguita García era uno de los pocos profesionales de Madrid en el campo de la ingeniería de aviación. A pesar de su juventud, 32 años, disfrutaba de uno de los salarios más altos de la zona (15 pesetas diarias) como montador de aeroplanos en la fábrica que el aviador malagueño Jorge Loring Martínez había abierto en Cuatro Vientos y que en 1934 se convertiría en la compañía Aeronáutica Industrial, S.A. (AISA), especializada en la fabricación de aviones y avionetas de uso militar. Luis Antonio Hernanz era otro de esos especialistas con buenos salarios desde muy jóvenes (11 pesetas), gracias a su trabajo como montador para la empresa Construcciones Aeronáuticas, S.A., que tenía su sede en la cercana localidad de Getafe. Domingo Rubio Algaba era un ejemplo más de jóvenes que recibían remuneraciones por encima de la media gracias a sus conocimientos en técnicas desconocidas para la mayoría, en este caso como operador cinematográfico, puesto por el que ganaba 15 pesetas al día a los 29 años.

### Muestra de salarios diarios de trabajadores cualificados



[Figura 7.13. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1930. Muestra de población: mayores de 19 años. Los datos de los salarios están expresados en pesetas corrientes.]

Aparte de esta reducida élite profesional, los oficios a la cabeza de los mejores sueldos diarios eran los especialistas en los nuevos campos de la metalurgia y de la energía, como los montadores electricistas, los fresadores y los torneros mecánicos. Junto a ellos aparecían los trabajadores de la construcción que manejaban materiales de gran valor, como eran los marmolistas y los canteros. Un escalón por debajo se situaban trabajadores de las mismas ramas de actividad sin la alta especialidad de los anteriores, como era el caso de los mecánicos y electricistas en general, los fogoneros o los albañiles. En la media de los salarios masculinos se situaban profesiones tradicionales del mercado laboral madrileño, como ebanista, impresor y pintor no especializado. Por debajo de esa media aparecían profesiones, como metalúrgico, carpintero y ferroviario, que se veían afectadas por la abundante presencia de jóvenes con bajos sueldos entre sus filas. Los peor pagados entre los hombres eran los representantes de la vieja metalurgia asociada a la construcción (cerrajeros) y los oficios del cuero y el textil (zapatero y sastre).

Trabajadores cualificados mejor pagados del Ensanche Sur					
Nombre y apellidos	Edad	Lugar de nacimiento	Profesión	Empresa	Sueldo
Armando Prijot Viuck	38	Bélgica	mecánico	fábrica sin determinar	26,67
Gabriel Laborie Fabre	48	Francia	fundidor oficial	Ferrocarriles M.Z.A.	21,92
Philippe Walter Stanbe	42	Francia	mecánico	S.E.F.A. (Automóviles)	21,00
Luis Quijano Miranda	58	Albacete	ajustador	Ferrocarriles M.Z.A.	21,00
Jules Stuckens San Muldeno	29	Bélgica	electricista	Standard Eléctrica, S.A.	20,00
Manuel López Pavía	40	Madrid	mecánico	fábrica El Águila	20,00
Leandro López-Egea	34	Madrid	cableador	Standard Eléctrica, S.A.	18,40
Faustino Linares Villaamil	50	Toledo	ferroviario	Ferrocarriles M.Z.A.	17,50
Francisco Castañeda Palacios	38	Burgos	electricista maestro	Ferrocarriles Oeste (M.C.P.)	16,50
Ernesto Pastor Pihet	47	Cantabria	electricista	Unión Eléctrica Madrileña	16,44
Pedro Meco Parra	44	Madrid	electricista maestro	Unión Eléctrica Madrileña	16,44
Eduardo Álvarez Soler	44	Madrid	tipógrafo	Editorial Reus	16,44
Emilio Madrid Membrillo	26	Jaén	mecánico	Standard Eléctrica, S.A.	16,00
José Jiménez Díaz	57	Ciudad Real	ferroviario	ferrocarriles	15,25
Jerónimo Sánchez Liván	65	Salamanca	electricista (contraestrella)	Unión Eléctrica Madrileña	15,07
Asensio Moretilla Romero	55	Albacete	calderero	Talleres de fundición Grassett	15,00
Juan Lindón Flores	32	Huelva	electricista oficial	Standard Eléctrica, S.A.	15,00
Francisco Artigas Sánchez	59	Zaragoza	maestro albañil	taller particular	15,00
Domingo Rubio Algaba	29	Madrid	operador cinematográfico	empresa Segarra	15,00
Ernesto Boley Roselló	48	Barcelona	mecánico maestro	Construcciones metálicas Jareño	15,00

[Figura 7.14. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1930. Los datos de los salarios (diarios) están expresados en pesetas corrientes.]

En la cola salarial aparecían las mujeres, a cuya cabeza se situaban las cigarreras, por delante de obreras y operarias de otras fábricas, ambas por encima de la media salarial femenina. Las trabajadoras del sector textil quedaban relegadas a los últimos puestos. Era una desigualdad enorme entre hombres y mujeres que respondía a múltiples factores, entre los que destacaban las enormes ventajas económicas que obtenían los empresarios con su contratación (como mano de obra muy barata) y el peso de los prejuicios de la sociedad al trabajo extradoméstico de las mujeres.<sup>49</sup>

<sup>49</sup> ARBAIZA VILLALONGA, Mercedes: “La «cuestión social» como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930)”, en *Historia Contemporánea*, nº 21 (2000), pp. 395-458; ARBAIZA VILLALONGA, Mercedes: “La construcción social del empleo femenino en España (1850-1935)”, en *Arenal. Revista de historia de las mujeres*, nº 9 (2002), pp. 215-239; CAPEL MARTÍNEZ, Rosa María: *La mujer española en el mundo del trabajo, 1900-1930*, Fundación Juan March, Madrid, 1980.

El puesto medio de mecánicos y electricistas en los jornales diarios por oficios era fruto de la enorme variedad salarial de esos trabajadores. La media ocultaba que realmente eran los mejor pagados cuando se analizaban personalmente, caso a caso. Entre los veinte primeros, sólo tres (un tipógrafo, un albañil y un operador de cine) no pertenecían a oficios de ese tipo, a cuya cabeza se situaban profesionales extranjeros, como los belgas Armando Prijot y Jules Stuckens, o los franceses Gabriel Laborie y Philippe Walter, mecánicos, electricista y fundidor, con pagas superiores a las 20 pesetas diarias (Figura 7.14). La lista también evidenciaba el peso abrumador de los trabajadores contratados por las grandes y medianas empresas privadas de diferentes sectores de producción.

### 7.2.3 *El impacto de la gran empresa*

Los estudios sobre la naturaleza económica de las grandes empresas y la evolución en su desarrollo, han demostrado el importante papel que adquirieron en el crecimiento económico de los países más avanzados durante la etapa contemporánea.<sup>50</sup> Un factor, el de la gran empresa, que la historiografía española de las dos últimas décadas ha definido como una de las claves explicativas en el relativo éxito o fracaso de la modernización económica española.<sup>51</sup> Como demostró en su día el economista Alfred Chandler, la gran empresa privada y, por tanto, la gran empresa moderna, surgió con el humo y el ruido del ferrocarril.<sup>50</sup> A medida que su negra figura conquistaba nuevos territorios, las compañías propietarias se hacían con mayores cotas de mercado, su volumen de negocio aumentaba y, con ello, también lo hacían sus activos financieros, sólidos y fiables.

En España, la crisis inicial del sector y la legislación aprobada durante la segunda mitad del siglo XIX derivaron en un proceso de fusión y concentración empresarial muy acentuado, el cual concluyó con la creación de cuatro grandes empresas privadas: dos gigantes (MZA y Norte) y otras dos más secundarias (Oeste de España y Ferrocarriles Andaluces).<sup>52</sup> A finales de siglo, las compañías

<sup>50</sup> CHANDLER, Alfred D., jr.: *Scale and scope. The dynamics of industrial capitalism*, The Belknap press of Harvard University Press, Cambridge, 1990.

<sup>51</sup> COMÍN, Francisco y MARTÍN ACEÑA, Pablo (eds.): *La empresa en la historia de España*, Civitas, Madrid, 1996; COMÍN, Francisco y MARTÍN ACEÑA, Pablo: *Los rasgos históricos de las empresas en España: un panorama*, Fundación empresa pública, Madrid, 1996; GARCÍA RUIZ, José Luis (coord.): *Historia de la empresa mundial y de España*, Síntesis, Madrid, 1998; GARCÍA RUIZ, José Luis y MANERA, Carles (dirs.): *Historia empresarial de España: un enfoque regional en profundidad*, LID, Madrid, 2006;

<sup>52</sup> TEDDE DE LORCA, Pedro: “La expansión de las grandes compañías ferroviarias españolas: NORTE, MZA y Andaluces (1865-1930)”, en COMÍN, Francisco y MARTÍN ACEÑA, Pablo

ferroviarias ocupaban una posición absolutamente dominante en el panorama español. Sus activos representaban casi la mitad del total español y sólo la suma de los siguientes cuatro grandes sectores de la economía (minería, industria fabril, servicios públicos y finanzas) podían igualarlos.<sup>53</sup>

El nuevo siglo trajo cambios relevantes en el panorama general español y madrileño en particular. El desastre colonial del 98 grabó un pesimismo lacerante en la conciencia española, pero a nivel económico supuso la masiva entrada de capital, que antes estaba anclado en las Antillas y en otros territorios americanos.<sup>54</sup> El dinamismo que insufló ese flujo de capitales coincidió en el tiempo con la irrupción de la segunda revolución industrial. Las primeras décadas del siglo XX fueron la segunda etapa en la formación de la gran empresa moderna en España, con un importante número de sociedades de nueva creación y una oleada de fusiones orientada a disminuir el exceso de competencia y a obtener economías de escala. Fue un proceso protagonizado por el capital español (a diferencia de lo ocurrido a mediados del siglo XIX) y que diversificó y enriqueció el panorama empresarial con tres sectores estrechamente relacionados: el industrial, el eléctrico y el financiero.

En ese proceso, Madrid jugó un papel decisivo como sede de un buen número de ellas. El escenario natural para una gran empresa es una gran ciudad, y no la había mayor en todo el país. La tesis que defiende que la capital española tenía su ejemplo más definido de gran empresa en un sector tan tradicional como el de la construcción sencillamente no es cierta.<sup>55</sup> Las mayores empresas de Madrid eran, como en España, los ferrocarriles. En 1930 seguían a la cabeza del ranking empresarial español y contaban con ingentes plantillas de trabajadores repartidas por todo el país, pero con una nutrida presencia en la capital española.<sup>56</sup>

---

(eds.): *La empresa en la historia de España*, Civitas, Madrid, 1996, pp. 265-284; JUEZ GONZALO, Emerenciana-Paz: *El mundo social de los ferrocarriles españoles de 1857 a 1917*, Servicio de Publicaciones Universidad Complutense de Madrid, 2002; GÓMEZ MENDOZA, Antonio: "Los efectos del ferrocarril sobre la economía española (1855-1913)" en *Papeles de economía española*, nº 20, (1984), pp. 155-158.

<sup>53</sup> CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier: "La gran empresa en España (1917-1974). Una primera aproximación", en *Revista de historia industrial*, nº 3 (1993), pp. 127-175.

<sup>54</sup> CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier, *Historia económica de la España contemporánea*, Crítica, Barcelona, 2004, pp. 186-221.

<sup>55</sup> Los datos esgrimidos por Santos Juliá a partir del *Censo electoral social de 1932* en su obra *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, y recogidos por otros historiadores, presentan graves deficiencias y ofrecen una imagen distorsionada del mercado laboral madrileño. En ellos se elabora una tabla con las grandes empresas presentes en Madrid sin tener en cuenta su capital y activos financieros, sólo a partir del número de trabajadores registrados en el censo, fuente documental que obvia flagrantemente a las empresas ferroviarias que eran, precisamente, las que tenían un mayor número de trabajadores contratados.

<sup>56</sup> BALLESTEROS DONCEL, Esmeralda y MARTÍNEZ VARA, Tomás: "La evolución del empleo en el sector ferroviario español (1893-1935)" en *Revista de Historia Económica*, año XIX, nº 3, (2001), pp. 637-677. Los autores ofrecen datos muy reveladores al respecto. La plantilla de la compañía M.Z.A. ascendía en 1930 a casi 32.000 trabajadores en toda España y la



Una hegemonía ferroviaria en la gran empresa que ya no era tan incontestable. Los nuevos gigantes nacidos a principios de siglo mostraban un dinamismo y una fuerza superior. Empresas como las eléctricas, las de servicios modernos como la telefonía, o las manufactureras de la segunda revolución industrial, se movían a la perfección en un escenario de capitalismo protegido por el Estado y con un mercado por explotar. Los ferrocarriles ya no podían ampliar más su red de transportes por falta de rentabilidad económica. En cambio, para las nuevas empresas era el momento de lanzarse a tumba abierta, de expandirse por el país y convertirse en los gigantes de sus respectivos sectores.

La fuerza de la gran empresa, y de la nueva en particular, era palpable en las condiciones salariales de los trabajadores. El panorama empresarial madrileño del siglo XIX, sostenido por las reales fábricas y los ferrocarriles, había dado paso a un escenario mucho más rico, con empresas importantes en varios sectores punteros de la economía española. Un entorno muy atractivo para la mano de obra cualificada por las retribuciones salariales que podían obtener si eran contratados por alguna de las grandes o medianas empresas que operaban en la ciudad. Eran las que mejor pagaban con diferencia. Un mecánico que trabajara en la empresa A.E.G. Ibérica de Electricidad, por ejemplo, podía llegar a ganar, de media, más de 80 pesetas al mes que otro mecánico que trabajara para un pequeño taller. Y eso equivalía a casi dos meses del alquiler de la vivienda para un trabajador cualificado del Ensanche Sur. No era una cuestión baladí.

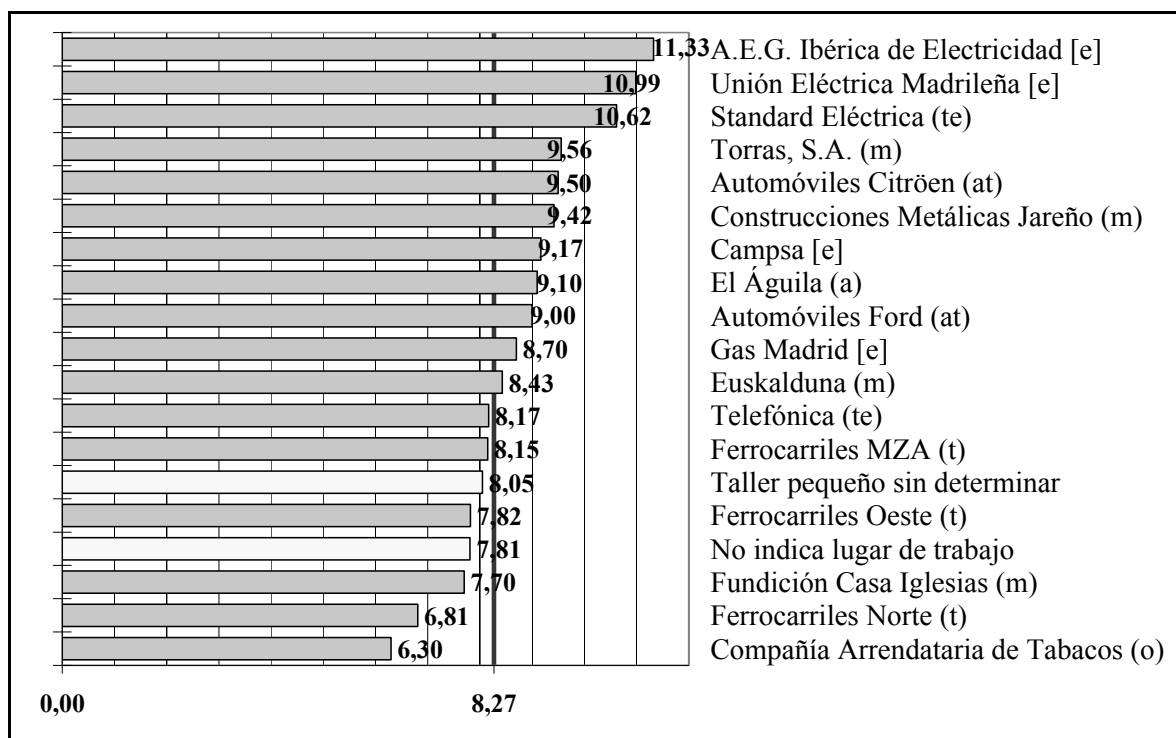
En la cúspide salarial se situaban las empresas eléctricas, cuyos trabajadores disfrutaban además de unas condiciones laborales privilegiadas respecto al común de trabajadores madrileños.<sup>57</sup> Además de ostentar los salarios más elevados, contaban con ingresos complementarios como las “gratificaciones de Navidad”, que variaban en función de la categoría y del salario del trabajador, el pago de las horas extraordinarias o el ofrecimiento de uniformes, que suponía un ahorro considerable en vestimenta para las familias. A todo ello se sumó, desde 1920, el periodo de vacaciones pagadas, que variaba entre un máximo de 30 días para los jefes de servicio y un mínimo de diez días para los trabajadores menores de 20 años.

---

de Norte a más de 40.000. Sólo en el Ensanche Sur, el número de trabajadores de las compañías ferroviarias en 1930 se acercaba a las 2.300 personas (fuente: elaboración propia a partir del padrón municipal).

<sup>57</sup> AUBANELL JUBANY, Ana: “La élite de la clase trabajadora. Las condiciones laborales de los trabajadores de las eléctricas madrileñas en el periodo de entreguerras”, en *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, nº 119 (17), 2002.

### Salarios medios de los trabajadores cualificados por grandes y medianas empresas (1930)



[Figura 7.15. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1930. Muestra de población: trabajadores varones cualificados con más de 20 años. Los datos de los salarios (diarios) están expresados en pesetas corrientes. Leyenda: [e] energía, (te) telefonía, (m) metalurgia, (at) automóviles, (a) alimentación, (t) transportes, (o) otros. Se ha resaltado con una línea vertical el salario medio de la muestra y con barras más claras los trabajadores que no indicaban lugar de trabajo o que pertenecían a un taller de pequeñas dimensiones, para establecer una comparación con las grandes empresas.]

Este conjunto de retribuciones se completaba con los descuentos en las tarifas eléctricas de sus hogares y con la aplicación de un programa de bienestar industrial aprobado desde 1913, pero cuyo funcionamiento fue más intenso durante los años veinte y treinta. El programa incluía un economato de comestibles, con sustanciosos descuentos a los empleados en artículos de primera necesidad; la posibilidad de obtener anticipos salariales; la asistencia médica y farmacéutica mediante el pago de cuotas a una asociación independiente, lo que aseguraba una mejor atención en la enfermedad que con el viejo sistema del doctor de empresa, y el cobro del salario durante la enfermedad; y, por último, un sistema de pensiones que contemplaba la jubilación a los 65 años (con el 75% del sueldo de los dos últimos años, si se tenían 35 años cotizados), y la posibilidad de hacerlo a los 55 desde 1930. Con el fin de incrementar aún más la identificación entre empresa y trabajador, abrieron escuelas y bibliotecas, disponibles para los trabajadores en su tiempo libre, y se crearon asociaciones culturales que organizaban excursiones, sesiones teatrales o partidos de *foot-ball*, como la Asociación Cultural Deportiva de la Cooperativa Electra, que llegó a organizar competiciones amateurs con otras empresas y a construir un pequeño campo de juego.<sup>57</sup>

La tercera empresa por ranking salarial de sus trabajadores era una de las últimas en llegar: Standard Eléctrica, S. A. La empresa era una filial de la compañía multinacional International Standard Electric Corporation, “*dedicada a la producción de material telegráfico y telefónico, alámbrico e inalámbrico, de radio, de aparatos especiales para medidas eléctricas de laboratorio, de cables eléctricos y, en suma, de todo cuanto se relaciona con las comunicaciones eléctricas*”.<sup>58</sup> Su implantación en España tuvo lugar en 1926, fruto de la creación de la Compañía Telefónica Nacional de España (CTNE) dos años antes.

La CTNE nació como un monopolio estatal, en régimen de sociedad anónima, para la *organización, reforma y ampliación del servicio telefónico nacional*, según rezaba en el decreto firmado por Alfonso XIII el 25 de agosto de 1924. Una empresa que en realidad estaba controlada por el capital extranjero de la compañía estadounidense International Telephone and Telegraph Corporation (ITT), cuya penetración fue autorizada por el Directorio Militar de Primo de Rivera para superar el dubitativo desarrollo que el servicio telefónico había mostrado hasta entonces.<sup>59</sup> En las bases del contrato firmado se obligaba a la CTNE a utilizar materiales de producción nacional en sus instalaciones telefónicas. La apertura por Standard Eléctrica de “*una gran fábrica de construcción modernísima en el barrio de las Delicias*”<sup>58</sup> permitió cumplir con esa cláusula y, además, homogeneizó todo el material empleado en el servicio telefónico. Según la publicación oficial de la empresa, “*la fábrica de Madrid ocupa, entre sus talleres y dependencias, una superficie de 12.000 m<sup>2</sup> y en ella se produce material telefónico para centrales automáticas y manuales, urbanas e interurbanas, material de radio, sistemas de repetidores telefónicos, equipos telefónicos de alta frecuencia, aparatos y centrales para comunicaciones privadas, etc.*”<sup>58</sup>

Standard Eléctrica era un ejemplo paradigmático de cómo estaban penetrando en España las prácticas de economía de escala, propias del capitalismo de la segunda revolución industrial, a través de grandes compañías. Además de la fábrica de Madrid, contaba con otra en la provincia de Santander para producción de cable telefónico y telegráfico, además de oficinas comerciales en Barcelona y Sevilla, y agentes de venta de sus productos en las principales capitales de España y Portugal.

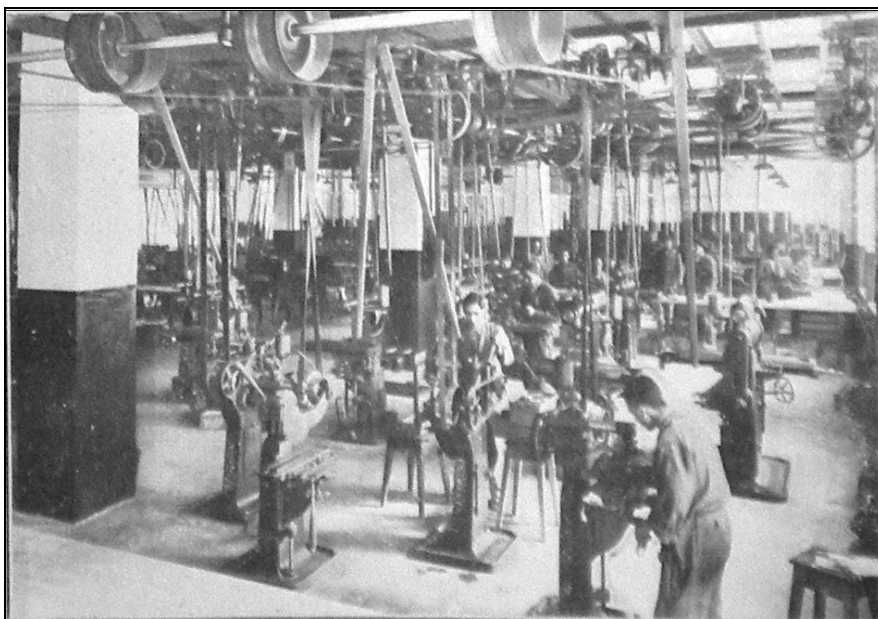
<sup>58</sup> Fuente: *Standard. Órgano oficial de Standard-Club Madrid*, nº 1, 1927.

<sup>59</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “El teléfono. El nacimiento de un nuevo medio de comunicación, 1877-1936”, en BAHAMONDE MAGRO, Ángel (dir.): *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España, 1700-1936: el correo, el telégrafo y el teléfono*, Ministerio de Obras Públicas, Transporte y Medio Ambiente, Madrid, 1993; PÉREZ YUSTE, Antonio: *La Compañía Telefónica Nacional de España en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Tesis doctoral, Universidad Politécnica de Madrid, 2004.



[**Ilustración 7.5.** Vista de las instalaciones fabriles de Standard Eléctrica en el Ensanche Sur, 1927. El edificio central aparece marcado por una cruz y a su lado aparecen diversos talleres encargados de la producción de piezas complementarias.]

La separación de fábricas y la especialización por actividades productivas en diferentes lugares se repetía en el interior de la fábrica principal de Madrid, con la separación de espacios especializados en diferentes actividades productivas. La edificación central contaba con cinco pisos o naves. En la planta baja estaban los departamentos de recepción e inspección técnica de los productos. El primer piso era para la maquinaria encargada de fabricar las piezas metálicas y el material aislante y los componentes de los aparatos telefónicos. También tenían cabida los departamentos de tornillería, taladro y fresado y sus correspondientes de inspección e investigación, donde los ingenieros estudiaban los aparatos que iban a ser lanzados al mercado.



[**Ilustración 7.6.** Vista de las instalaciones fabriles de Standard Eléctrica en el Ensanche Sur, 1927. Taller de fresado de piezas.]

En el segundo piso estaba el departamento de terminado de piezas (chorro de arena, pulidoras, niquelado, pintado), los talleres para la fabricación del utillaje, cortadores, dobladores, fresas, terrajas, herramientas especiales, etc. El tercero estaba destinado al taller de montaje, fabricación de máquinas automáticas de bobinar, máquinas de hacer cordones telefónicos, montaje de aparatos, etc. El cuarto estaba compuesto por las oficinas de los departamentos de intervención, comercial, suministros, producción y compras. El último piso quedaba completamente reservado para el departamento de ingeniería e investigación. En el exterior del edificio se localizaban los talleres de cerrajería, carpintería, ebanistería y prensas, encargados de fabricar, a su vez, las piezas necesarias para la maquinaria, así como el mobiliario, que se utilizaba en la empresa. Junto a ellos se hallaban también las instalaciones de calderas y energía eléctrica y el servicio de antiincendios. En definitiva, se trataba de un complejo industrial autosuficiente, *“ultramoderno y con admirables laboratorios”*, como afirmaba la publicación oficial de la compañía, destinado a la producción masiva de aparatos y material telefónico para todo el país.



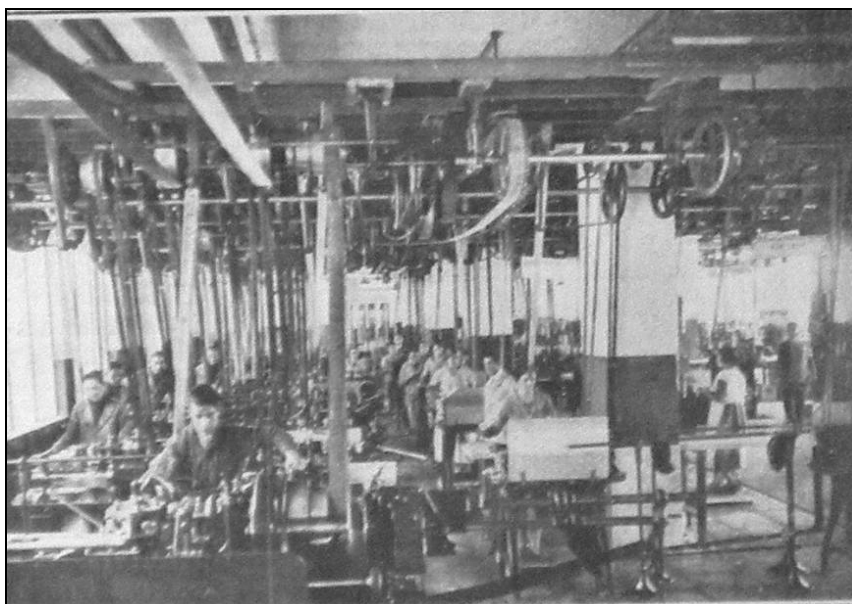
[Ilustración 7.7. Vista de las instalaciones fabriles de Standard Eléctrica en el Ensanche Sur, 1927. Taller de montaje de piezas.]

La Standard Eléctrica profundizaba las transformaciones que se venían sucediendo en el mercado laboral madrileño desde el final de la Primera Guerra Mundial, debido a la importante dimensión de su plantilla de trabajadores (1.027 a comienzos de los años 30)<sup>60</sup> y a la aplicación de sistemas tayloristas en su producción, con una división sexual del trabajo muy acentuada. La aparición de la moderna gran y mediana empresa en Madrid supuso mayores oportunidades de trabajo para todos, pero especialmente para las mujeres, que hasta entonces sólo habían podido acceder, como trabajo extradoméstico remunerado, al servicio

<sup>60</sup> Fuente: *Censo electoral social de Madrid en diciembre de 1932*.

doméstico, a la confección, al lavado de ropa en el río y, como figura excepcional y a la vez característica de toda una época, al arte de la fabricación de cigarrillos en la Real Fábrica de Tabacos. Por tanto, la existencia de nuevos sectores que reclamaban su participación, como la elaboración de perfumes y jabones en la fábrica GAL, o la fabricación de lámparas incandescentes en la Compañía General Española de Electricidad o en la empresa OSRAM,<sup>61</sup> contribuía a una mayor integración de la mujer en el mercado laboral.

Una inserción que estuvo marcada por la clara discriminación de la mujer frente a sus compañeros de trabajo masculinos. Las empresas organizaban su cadena de producción a partir de una sucesión de procesos muy definidos y especializados, llevados a cabo por trabajadores concretos y específicos. Cada persona estaba asignada a un paso en la cadena de producción y las mujeres estaban al final de esa cadena. La división en el proceso de fabricación implicaba una estricta separación sexual de las actividades, lo que se reflejaba en una separación física de hombres y mujeres en espacios diferentes, como se aprecia en las imágenes anteriores de los talleres de fresado y montaje de piezas en la Standard Eléctrica (ilustraciones 6.6 y 6.7). Una separación que en ocasiones se amortiguaba al compartir una misma sala de trabajo, pero que se mantenía en las tareas a realizar por cada sexo (Ilustración 7.8).



[Ilustración 7.8. Vista de las instalaciones fabriles de Standard Eléctrica en el Ensanche Sur, 1927. Taller de tonos automáticos.]

Más importante que la desigual ocupación del espacio fabril por hombres y mujeres eran las repercusiones que esa división sexual de la actividad tenía en

---

<sup>61</sup> CANDELA SOTO, Paloma: “El trabajo doblemente invisible. Mujeres en la industria madrileña del primer tercio del siglo XX”, en *Historia Social*, nº 45 (2003), pp. 139-159.

los salarios de los trabajadores y en sus posibilidades de promoción personal.<sup>62</sup> Aunque los hombres que trabajaban en la Standard Eléctrica pertenecían a la élite salarial de los trabajadores manuales del Ensanche Sur, no todos cobraban por igual (Figura 7.16). Aquellos que superaban las 10 pesetas al día eran, en su práctica totalidad, electricistas y mecánicos altamente especializados, algunos incluso extranjeros, como el belga Jules Stuckens, el mejor pagado de todos, o el señor Rubint Nyéki, que había adoptado el nombre de Juan para no complicar a sus compañeros con la pronunciación húngara, el cual ganaba más de 13 pesetas diarias. Todos estaban casados y al frente de un hogar. Su salario así se lo permitía.

Muestra de trabajadores de la fábrica Standard Eléctrica, S.A. (1930)									
HOMBRES					MUJERES				
Parentesco en su casa	Edad	Estado civil	Profesión	Sueldo	Parentesco en su casa	Edad	Estado civil	Profesión	Sueldo
cabeza	29	casado	electricista	20,0	cabeza	28	soltera	operaria	4,9
cabeza	34	casado	cableador	18,4	hija	27	soltera	obrero	4,5
cabeza	26	casado	mecánico	16,0	hija	19	soltera	operaria	4,0
cabeza	32	casado	electricista	15,0	hijastra	22	soltera	obrero	4,0
cabeza	32	casado	mecánico	14,0	cabeza	29	soltera	obrero	3,8
cabeza	39	casado	mecánico	13,2	hija	19	soltera	jornalero	3,8
cabeza	33	casado	mecánico	13,0	hija	21	soltera	jornalero	3,5
cabeza	30	casado	jornalero	12,5	hija	18	soltera	obrero	3,5
cabeza	44	casado	mecánico	12,0	hija	24	soltera	obrero	3,5
cabeza	37	casado	mecánico	12,0	hija	25	soltera	obrero	3,5
hijo	23	soltero	peón	5,0	hija	16	soltera	sin determinar	3,2
hijo	15	soltero	jornalero	5,0	hija	18	soltera	obrero	3,2
hijo	21	soltero	cerrajero	5,0	hija	21	soltera	sin determinar	3,0
hijo	19	soltero	cableador	5,0	hija	20	soltera	sin determinar	3,0
hijo	18	soltero	ayudante	4,5	hija	16	soltera	obrero	3,0
hijo	17	soltero	sin determinar	4,0	hija	18	soltera	obrero	3,0
hijo	18	soltero	jornalero	4,0	hija	15	soltera	empleada	3,0
hijo	18	soltero	aprendiz	4,0	hija	18	soltera	jornalero	2,3
hijo	18	soltero	aprendiz	4,0	hija	21	soltera	sin determinar	2,0
hijo	18	soltero	metalúrgico	3,8	hija	16	soltera	sin determinar	1,7

[Figura 7.16. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1930. Muestra de población: trabajadores manuales varones con los diez sueldos diarios más altos y los diez más bajos, separados por una línea horizontal; y trabajadoras manuales que indican un sueldo diario. Las cifras de los sueldos están expresadas en pesetas corrientes.]

<sup>62</sup> Esta situación era compartida en otras grandes fábricas, como la ya citada GAL. Ver CANDELA SOTO, Paloma: “El trabajo doblemente invisible. Mujeres en la industria madrileña del primer tercio del siglo XX”, en *Historia Social*, nº 45 (2003), pp. 139-159; PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2009.

Esos hombres eran el ejemplo a seguir para los más jóvenes. La base de la pirámide salarial de la Standard Eléctrica estaba compuesta por jóvenes adolescentes, la mayoría menores de 20 años, que comenzaban en la empresa en puestos no cualificados, como peones y jornaleros, o como ayudantes y aprendices de los trabajadores más experimentados, ocupándose de faenas sencillas o que requirieran la simple fuerza física. Sus jornales eran bajos, pero tenían las puertas abiertas a una promoción interna si se esforzaban y adquirían la destreza necesaria en el oficio.

Esa puerta a la promoción y a un futuro mejor estaba cerrada para las mujeres. Su actividad estaba acotada por tareas de finalización y remate, en el “terminado de cordones telefónicos”, “montaje final de piezas” y empaquetado. Tareas sencillas y repetitivas que no daban opción a una gran promoción. La destreza y habilidad demostrada a lo largo de los años, y unas nociones de cultura general (saber leer y escribir), podían derivar a un ascenso a encargada o jefa de sala. Nada más. Por ello sus sueldos eran tan bajos. Luisa Martos Serrano era la operaria que más ganaba entre las trabajadoras del Ensanche Sur y su sueldo apenas podía equipararse al de los jóvenes peones que accedían a la fábrica. Esta mano de obra ofrecía múltiples ventajas a los empresarios que decidían contratarlas. Se trataba de personas que realizaban un trabajo accesorio, pero que a la postre era imprescindible dentro del proceso de producción, y lo hacían por salarios irrisorios. Además, se trataba de una mano de obra disciplinada y que solía aplicarse en tareas a destajo para obtener un dinero extra que compensara ligeramente su jornal.



[Ilustración 7.9. Imagen de dos trabajadores (hombre y mujer) de Standard Eléctrica, realizando la misma actividad y con la misma maquinaria. Fuente: Standard. Revista del personal de Standard Eléctrica, 1930.]

En otros casos, las tareas podían resultar repetitivas, pero nada sencillas. En algunas fases de la producción, como la soldadura, montaje de placas, taladro de piezas, se requería una gran destreza para manejar una maquinaria compleja y



peligrosa. Y en ellas aparecían tanto hombres como mujeres, trabajando codo a codo en el mismo espacio, con la misma maquinaria y con los mismos materiales. Su actividad no se veía discriminada por ninguna división sexual, pero sí su salario, recortado indiscriminadamente por el mero hecho de ser mujer. Su trabajo era el mismo, pero estaba mucho menos valorado.<sup>63</sup>

Esta flagrante desigualdad sexual no era fruto de una política creada por la moderna empresa, sino que hundía sus raíces en la concepción reinante en la época sobre el diferente papel que la sociedad otorgaba al hombre y a la mujer. Los prejuicios al trabajo extradoméstico de la mujer seguían muy vivos y aún se consideraba que su trabajo era un mero complemento a la economía familiar, sostenida realmente por el cabeza de familia varón.<sup>64</sup> El peso de las representaciones de género determinaba que las mujeres quedaran asignadas a tareas periféricas y con escasas posibilidades de promoción. Y cuando no lo hacían, simplemente se las pagaba mucho menos. Unos prejuicios que definieron las tareas *apropiadas* para la mujer como aquellas que requerían “*esmero y delicadeza en la labor*”. En publicaciones de la época, como la revista oficial de la Standard Eléctrica, había secciones intermitentes dedicadas al trabajo de las mujeres en la fábrica y “álbumes de chicas guapas”. La revista *Standard*, después de varios números publicados, consideró “*un deber de justicia y de galante camaradería dedicar la mayor parte de este número a las bellas y laboriosas mujercitas, que de nuestra industria telefónica son colaboradoras indispensables e inteligentes.*”<sup>65</sup> Algunas de las fotografías del reportaje mostraban a mujeres arregladas, con gorro *al estilo francés*, pendientes y pañuelo, al frente de su maquinaria.

Con sueldos tan exigüos era muy difícil para una mujer ser independiente económicamente. La mayoría de las trabajadoras de la Standard Eléctrica eran jóvenes solteras que vivían en casa de sus padres y que aún no cargaban con las obligaciones de una mujer casada. Las dos únicas trabajadoras que eran cabeza de familia eran Esperanza López Martín, una obrera que ganaba 3,84 pesetas al día, y Luisa Martos, que ganaba 4,92 (Figura 7.16). Esperanza seguía viviendo en casa de su madre, que era la que podía ocuparse de hacer la compra y limpiar la casa mientras ella trabajaba en la fábrica, y con su hermano pequeño, el cual trabajaba como dependiente en una tienda la calle Pacífico y ganaba 5,48 pesetas

<sup>63</sup> BORDERÍAS MONDÉJAR, Cristina (ed. lit.): *Género y políticas del trabajo en la España contemporánea (1836-1936)*, Icaria, Barcelona, 2007.

<sup>64</sup> GÁLVEZ MUÑOZ, Lina y SARASÚA GARCÍA, Carmen: *¿Privilegios o eficiencia? Mujeres y hombres en los mercados de trabajo*, Universidad de Alicante, Alicante, 2003; PÉREZ FUENTES, Pilar: *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína, 1877-1913*, UPV-EHU, Bilbao, 1993; ARBAIZA VILLALONGA, Mercedes: “La construcción social del empleo femenino en España (1850-1935)”, en *Arenal: Revista de historia de mujeres*, nº 2 (2002), pp. 215-239; NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “Las relaciones de género: Imágenes y realidad social”, en *Arbor*, nº 666 (2001), pp. 431-460; ARBAIZA VILLALONGA, Mercedes: “La «cuestión social» como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930)”, en *Historia Contemporánea*, nº 21 (2000), pp. 395-458.

<sup>65</sup> Fuente: *Standard*. Revista del personal de Standard Eléctrica, nº 30 y 31, 1930.

diarias a sus 22 años, un 40% más que ella. Sólo la suma de ambos jornales les permitía pagar el alquiler de 85 pesetas al mes de su casa, en la calle Sebastián Elcano, nº 9. A esos niveles, irse de casa era una utopía para Esperanza, salvo que optara por el matrimonio, lo que equivaldría a dejar su trabajo para ocuparse del hogar, o que accediera a una vivienda en régimen especial, como era la de Luisa Martos.



[**Ilustración 7.10.** Imagen de una trabajadora de Standard Eléctrica, en la que se lee la frase “Una bella obrerita aplicada a esta delicada labor.” Fuente: Standard. Revista del personal de Standard Eléctrica, 1930.]

Luisa sí se había independizado, pero no por su extraordinario sueldo, sino porque vivía sola, no tenía hijos ni padres ancianos que mantener y disfrutaba de un “*régimen de alquiler especial con la empresa*”.<sup>66</sup> Algunas grandes empresas, como la Standard Eléctrica o las compañías ferroviarias y eléctricas, ofrecían la posibilidad a sus empleados de residir en viviendas baratas que habían construido al calor de la Ley de Casas Baratas de 1911 o, como era en este caso, en casas que hubieran adquirido en el propio barrio y que ofrecían a un alquiler mucho más barato de lo que marcaba el mercado.

Trabajar para una gran empresa tenía esas ventajas. Ciertamente era que las mujeres estaban discriminadas respecto a sus compañeros en el salario que recibían por su trabajo y en las oportunidades reales que tenían de ascender profesionalmente, pero lo mismo ocurría en el resto de centros de la ciudad, pequeños y medianos, o en las propias casas para aquellas que se dedicaran a tareas de costura o de lavandería externa. De hecho, las mujeres de las grandes empresas eran unas privilegiadas respecto al resto de mujeres, igual que sucedía

---

<sup>66</sup> Fuente: padrón municipal de 1930.

en el caso de los hombres. Obtenían mayores salarios que la media (Figura 7.13), disfrutaban de vacaciones pagadas, contaban con la posibilidad de vivir por un alquiler asequible, tenían a su disposición servicios de asistencia y atención para sus hijos (como sucedía en las empresas eléctricas o con las cigarreras) y recibían una educación a la que muy pocas mujeres de su época podían acceder a su edad. Para ello, Standard Eléctrica contaba con un local destinado a escuela, “*dotado generosamente del más completo material pedagógico, donde la señora de García Goyena imparte las clases de primeras letras a las 45 alumnas que concurren alternativamente*”, las cuales le tributaron el 2 de febrero de 1930 una fiesta-homenaje “*por su trato afectuoso y sencillo y por su desvelo en desterrar el analfabetismo de nuestra fábrica.*”<sup>67</sup>

#### **7.2.4 Auge y caída de la Casa Labourdette. Las economías a escala en el desarrollo económico de Madrid**

Esta profunda transformación del mercado laboral madrileño, de consecuencias tan ramificadas en la vida de las personas, no se manifestó únicamente en empresas de gran tamaño. El incipiente desarrollo de economías capitalistas de escala en España había derivado, en el sector de la telefonía, en la creación de una gran fábrica como Standard Eléctrica en Madrid, que producía y distribuía a todo el país, y la apertura de oficinas comerciales en Barcelona y Sevilla y agentes de venta en otras ciudades. En otros casos era al revés y Madrid se situaba al final de una cadena que arrancaba en otros lugares, lejos de España.

La gran industria del automóvil nació en EE.UU., en la ciudad de Detroit, cuna de Henry Ford y lanzadera de su revolucionario Ford T, que producía masivamente “*como si fueran buñuelos*”, como diría el viejo carpintero de la obra de Barea. Desde allí emprendió la conquista del mundo. En 1905 creó su primera fábrica de ensamblaje en Canadá y en 1911 le tocó el turno a Manchester. Desde ahí inició su salto a la Europa continental, tras la guerra, a través de grandes plantas de ensamblaje. Barcelona fue el lugar escogido para el establecimiento de Motor Ibérica, la filial española de Ford.<sup>68</sup> En 1925, cinco años después de la incursión fordista, hacía acto de presencia General Motors. España carecía de una empresa nacional de fabricación de automóviles relevante, más allá de la modesta producción de la Hispano-Suiza y los intentos fracasados de un puñado de aventureros,<sup>69</sup> y los coches que comenzaban a inundar las calles

<sup>67</sup> Fuente: *Standard. Revista del personal de Standard Eléctrica, S.A.*, 1930.

<sup>68</sup> ESTAPÉ TRIAY, Salvador: *Estrategia y organización de una filial: el caso de Ford Motor Ibérica, 1920-1954*, Fundación Empresa Pública, Madrid, 1998; ESTAPÉ TRIAY, Salvador: “Del fordismo al toyotismo: una aproximación al caso de Motor Ibérica: Perspectiva histórica, 1920-1995” en *Economía Industrial*, nº 315 (1997), pp. 185-195.

<sup>69</sup> GARCÍA RUIZ, José Luis: *Sobre ruedas. Una historia crítica de la industria del automóvil en España*, Síntesis, Madrid, 2003; HERNÁNDEZ MARCO, José Luis: “La oferta automovilística en España antes del SEAT-600: 1906-1957” en *Economía Industrial*, nº 307

de Madrid y Barcelona eran en realidad extranjeros.<sup>70</sup> Muchos eran importados de Francia o Inglaterra, pero otros muchos salían de los grandes talleres de ensamblaje que Ford había plantado en Barcelona. Era la espectacular puesta en escena de una economía de escala, por parte de una compañía privada, con el único fin de producir masivamente, y de la forma más rentable posible, para conquistar todos los mercados.

Madrid no contó con sus propios talleres de ensamblaje, pero en la compleja economía de los años veinte el proceso no terminaba con la fabricación del coche, también había que venderlo y que repararlo. Los automóviles eran cajas rodantes llenas de piezas y engranajes, que requerían de un mantenimiento constante y de manos expertas que arreglaran, con mil y un cuidados, las averías de un bien tan caro como apreciado por su modernidad. Madrid se especializó en ambas actividades. A falta de plantas de ensamblaje, en la capital surgieron establecimientos destinados a la venta y distribución de los vehículos, como la “Agencia Castro”, representante de los automóviles Ford, situada en la ronda de Atocha, nº 23, en el barrio de Santa María de la Cabeza.<sup>71</sup> Su plantilla se reducía a una veintena de personas y se dividía en dos grupos claramente diferenciados: los empleados de las oficinas, encargados de las ventas de automóviles y de realizar todo tipo de gestiones en la distribución y trato con los clientes, y los mecánicos de taller, encargados de realizar una puesta a punto del coche antes de la venta y de reparar las averías que surgiesen con su uso.

Estos trabajadores eran especialistas consumados en su oficio y por ello se encontraban entre los mejor pagados del mercado, como también lo estaban sus compañeros de la casa Citroën (Figura 7.15). Aunque se hallaran al final de todo un proceso mundial de producción, eran trabajadores imprescindibles para una multinacional tan poderosa como Ford. Tan importante era un obrero americano diestro y rápido en la cadena de montaje de Detroit, como el mecánico madrileño que debía supervisar el coche antes de su venta y responder satisfactoriamente ante cualquier avería. Un mecánico que, por tanto, debía conocer el coche al completo y no sólo cómo se ajustaba una pieza.

La marca Ford estaba en juego y Henry Ford siempre quería ganar, costara lo que costase. Y para ello debía competir con las marcas que despuntaban en el panorama internacional, como Chevrolet, Citroën, Cadillac, Renault o Peugeot, e imponerse a todos aquellos fabricantes locales que resultaran un obstáculo para sus ambiciosos proyectos.

---

(1996), pp. 131-148; GARCÍA RUIZ, José Luis: “La industria de la automoción en Madrid: ¿Hubo oportunidades perdidas?”, en *VIII Congreso de la Asociación Española de Historia Económica*, Santiago de Compostela, 2005; NADAL, Jordi: “La Hispano de Guadalajara (1917-1936), hijuela no deseada de la barcelonesa Hispano-Suiza”, en LIDA, Clara y PIQUERAS, José Antonio (comps.): *Impulsos e inercias del cambio económico. Ensayos en honor a Nicolás Sánchez-Albornoz*, Biblioteca de Historia Social, Valencia, 2004.

<sup>70</sup> HERNÁNDEZ MARCO, José Luis: “Los precios de los automóviles importados en la España de los años veinte”, en *Revista de historia industrial*, nº 22 (2002), pp. 157-172.

<sup>71</sup> Fuente: padrón municipal de 1930.

La Casa Labourdette era uno de ellos. Tras la muerte de su padre, los hermanos Luis y Augusto Labourdette lograron que la empresa familiar evolucionara de la fabricación de carruajes de caballos a la carrocería de automóviles.<sup>72</sup> Una operación cargada de riesgo empresarial y visión de futuro como pocas en el Madrid de la época. El primer paso lo dieron con el traslado de sus establecimientos del Paseo de Santa María de la Cabeza a la calle Miguel Ángel, en el límite norte del Ensanche y junto al Paseo de la Castellana. Atrás dejaban toda una época ligada a los caballos de raza, a los carruajes de lujo y a las viejas caballerizas que un día levantó su tío antes del año 1860, cuando pretendía ampliar su negocio y vislumbró, con enorme acierto, las perspectivas que se abrían por aquellas tierras de las Peñuelas. Su decisión impulsó a la familia a cotas mayores de prosperidad. En 1900 ellos pretendieron emularle con el salto a la Castellana, el paseo más elegante de Madrid y el más utilizado por los carruajes de la buena sociedad madrileña. Estaban seguros que pronto sería el paseo de los coches más elegantes y ellos aspiraban a estar en primera fila.

En 1905 los dos hermanos aparecían como *fabricantes de coches* y pagaban 1.168 pesetas de contribución industrial por su nuevo taller. Eran solteros y vivían en la misma casa, junto a sus hermanas Carolina, aún soltera a los 33 años, y Amelia, que ya había enviudado. Como siempre había ocurrido en casa de su padre, la situación acomodada de la familia se reflejaba en la presencia de dos criadas que atendían todas las necesidades de los cuatro hermanos. Una vez asentados en su nuevo hogar, dio comienzo la conquista de Madrid por los “Hijos de Labourdette”, el nuevo nombre que acordaron poner a la empresa para establecer un vínculo de continuidad con su padre y su tío. El nombre de Juan Labourdette era conocido y respetado en la alta sociedad madrileña y sus hijos decidieron aprovecharlo para la arriesgada apuesta que iban a emprender. Gracias también a sus orígenes y a los frecuentes viajes que realizó su padre a Francia para comprar caballos, los Labourdette españoles mantenían una relación estrecha con la rama francesa encabezada por Jean-Henri Labourdette, carroceros que triunfaría en París con sus automóviles descapotables *Torpedo-Skiff* en los años 30.

Esa relación les abrió las puertas a múltiples contactos con compañías extranjeras, especialmente con las francesas. Ya en 1907, en el Salón de Automóviles de París, apareció un *landaulet-limousine*, “*de cuya carrocería el mejor elogio es la firma de Henri Labourdette de París. Un landaulet, cuya caja en blanco es de los Hijos de Labourdette, de Madrid, fue la revelación, y otro magnífico landaulet sobre un chasis de tres cilindros, también de los Hijos de Labourdette, ha tenido éxito colosal tanto en Londres como en París.*”<sup>73</sup>

Triunfar en Londres y París era casi como triunfar en el mundo y las peticiones por parte de las familias más distinguidas de Madrid, que hubieran

<sup>72</sup> Para un estudio más detallado de la evolución de la familia Labourdette hasta 1900, ver los tres primeros capítulos del presente trabajo. Toda la reconstrucción narrativa es elaboración propia.

<sup>73</sup> Fuente: *La Correspondencia de España*, 18 de mayo de 1907.

decidido adquirir algo tan moderno como era un automóvil, no tardaron en llegar. En 1908 “Hijos de Labourdette”, *“casa tan conocida entre la buena sociedad madrileña”*, anunciaba la ampliación de *“sus talleres de construcción de carruajes, instalando uno nuevo, destinado a la reparación de motores de automóviles, tanto eléctricos como de gasolina. A este fin ha adquirido la maquinaria más moderna que para ello se utiliza en los grandes talleres del extranjero... Igualmente ha contratado personal que reúne las más recomendables aptitudes para esta clase de obras. (...) La seriedad de esta casa, reconocida y estimada por los distinguidos sportsmen que la favorecen con sus encargos, nos hacen confiar en el buen éxito de sus esfuerzos.”*<sup>74</sup>

Esos sportsmen a los que se refería el anuncio eran familias aristocráticas que veían en los coches un nuevo objeto de distinción social, como el marqués de Martorell, *“distinguido sportman y secretario de la Real Sociedad Hípica Española, que demuestra que son compatibles los caballos de sangre con los horse power, y acaba de adquirir un automóvil L Renault, de 12/16 HP, con carrocería de coupé trois quarts, cuyo mejor elogio es proceder de los talleres de los Hijos de Labourdette”*,<sup>75</sup> o como el marqués de Donadío, *“que hace poco adquirió un 12/16 HP Renault y ha realizado un nuevo pedido de un 25/35 HP Renault con dos carrocerías: un doble faetón para turismo y una limousine para población, ambas firmadas por los Hijos de Labourdette.”*<sup>76</sup>

A través de una estrategia de colaboración con firmas francesas como Renault, los Labourdette crearon un próspero negocio basado en una producción compartida. De Francia llegaban los motores, las piezas y los chasis, y ellos fabricaban sus elegantes carrocerías y dejaban listo para la venta un coche destinado a las clases altas y adineradas de la sociedad. El éxito de ese binomio quedó ensalzado por la prensa de la época, al asegurar que *“entre las industrias madrileñas que más éxito y renombre han alcanzado, poniéndose al nivel de las extranjeras, es una de las más importantes la de los Hijos de Labourdette, que en la construcción de coches ha logrado justa fama. Los carruajes que sale de su casa pueden reputarse como modelos elegantes, ligeros, airoso, sin que ello perjudique nada a la solidez. Los automovilistas madrileños que compran coches en el extranjero no adquieren ya el auto completo. Se limitan a pedir los chasis y encargan las carrocerías a Labourdette. La clientela está formada por casi todos los automovilistas aristocráticos y son los encargos tan numerosos, que hay que sujetarse a turno, o poco menos, para que le hagan una.”*<sup>77</sup>

El coche Labourdette se puso de moda entre la clase alta madrileña de la segunda década del siglo XX. *“Su elegante carrocería puede admirarse en las fiestas aristocráticas, en las cacerías, en coches de ciudad de ocho y diez caballos y en toda ocasión en que se reúnen automóviles elegantes, y aun puede decirse que son más lujosos que los extranjeros.”*<sup>77</sup> Poseer un Labourdette era

<sup>74</sup> Fuente: *La Época*, 29 de abril de 1908.

<sup>75</sup> Fuente: *La Época*, 24 de mayo de 1909.

<sup>76</sup> Fuente: *La Época*, 10 de abril de 1910.

<sup>77</sup> Fuente: *La Época*, 29 de enero de 1913.

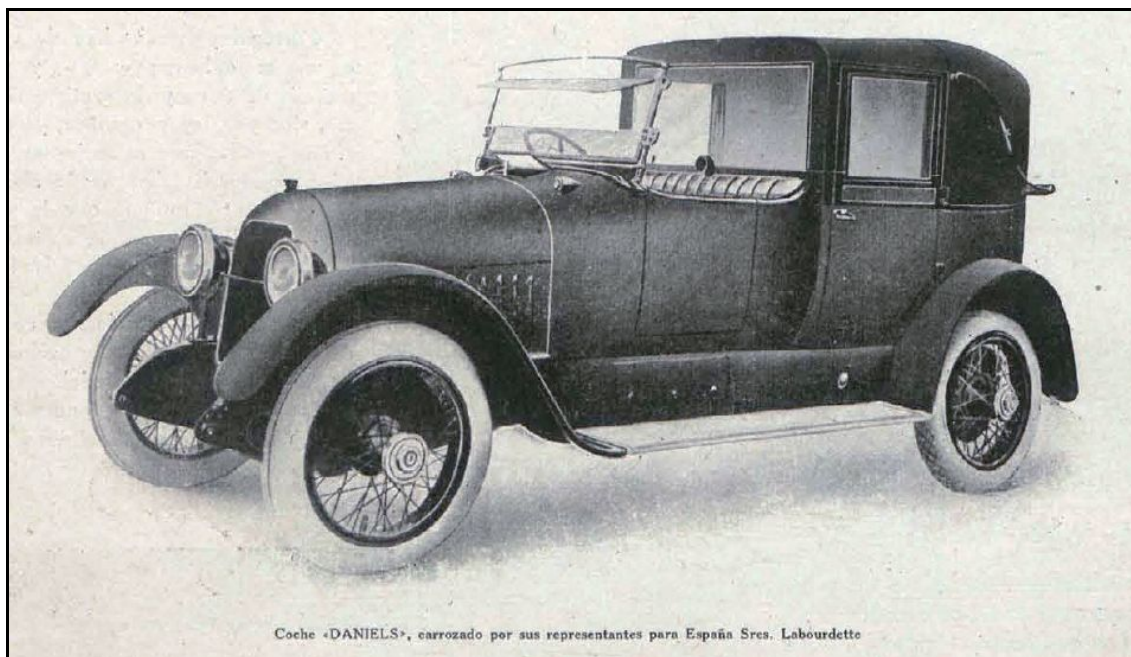
ser alguien entre la alta sociedad, ser una persona elegante y respetable. *El Labourdette se convirtió en un símbolo de modernidad y distinción social. “Al aproximarse el invierno, la vida de sociedad entra en su periodo de animación, con sus elegancias, sus bailes y sus banquetes. En los bailes del Ritz y del Palace, en los segundos turnos del Real y en los sábados de la Princesa, se reúne la sociedad aristocrática y se lucen las últimas creaciones de la moda. En los indicados sitios pueden verse detenidos, por la tarde o por la noche, numerosos automóviles, cuyas elegantes carrocerías llaman la atención. Los aficionados advierten pronto en los coches las marcas a que pertenecen estas carrocerías, como si llevaran firmas. Así como antes se reconocían milores y berlinas por sus líneas, hoy puede hacerse lo mismo con las carrocerías de los autos. Esto, que ha sido aplicable siempre a las casas extranjeras, puede aplicarse también hoy a las españolas. La importante industria madrileña de los Hijos de Labourdette ha colocado su nombre a tan envidiable altura, con sus construcciones elegantísimas, que puede competir ventajosamente con la industria francesa. Las carrocerías de Labourdette se distinguen perfectamente entre todas ellas por el sello especial que imprimió en ellas el industrial artista.”*<sup>78</sup>

A pesar del éxito cosechado, los hermanos Labourdette ambicionaban un mayor crecimiento. Habían trabajado durante años sólo con marcas francesas, como *Renault* o *Delauny-Belleville* y estimaron que era un buen momento para innovar y explorar nuevos mercados, como el americano. Su expansión se concretó con la firma de un acuerdo de colaboración con la marca estadounidense *Daniels* para carrozar sus coches y venderlos en Madrid. De esa forma, los Labourdette lograron una relación comercial con los dos países más poderosos en la industria automovilística.

En mayo de 1919, en el Salón Automovilístico madrileño, celebrado por la Cámara Sindical Española del Automovilismo y del Ciclismo en el Hotel Palace, se presentó “el coche americano «*Daniels*», traído a Madrid por los señores Hijos de Labourdette, carruajistas bien conocidos de todos los automovilistas españoles. Veteranos en la materia, puesto que por sus talleres han desfilado cuantas marcas han visitado el mercado español desde que el automóvil existe, los señores Labourdette, al decidirse a crear en su Casa una sección de representación de automóviles, tenían que ser muy difíciles de contentar. Así, el hecho de que hayan concedido su preferencia a la marca «*Daniels*» constituye el mayor elogio que de este coche pueda hacerse. Decir que los dos cabriolets expuestos tenían carrocería Labourdette equivale a indicar que sus líneas eran admirables y que han sido tomados como modelo por compradores de bastidores de distintas marcas.”<sup>79</sup> Y las marcas que allí se encontraban no eran unas desconocidas: Cadillac, Peugeot, Citroën, Renault, Delaunay-Belleville, White, etc.

<sup>78</sup> Fuente: *La Época*, 27 de diciembre de 1913.

<sup>79</sup> Fuente: *La Época*, 31 de mayo de 1919.



[Ilustración 7.11. Coche Daniels carrozado por la Casa “Hijos de Labourdette”, 1920.]

La marcha de los Labourdette era imparable y ese mismo año se apuntaron otro éxito de relumbrón con el acuerdo al que llegaron con la marca *Pierce-Arrow*, “cuyos coches habían sido elegidos por los Estados Mayores de los ejércitos aliados durante la gran guerra.” La firma estadounidense, que tenía su fábrica principal en la ciudad de Búfalo, decidió confiar en la casa madrileña para introducir en España sus resistentes coches y sus “camiones de cinco toneladas. En la guerra, los camiones *Pierce-Arrow* transportaron los tanques hasta los puntos de ataque y fueron los únicos capaces de asegurar este servicio. En los frentes han efectuado noche y día, por caminos y carreteras intransitables, el aprovisionamiento de víveres y de municiones, así como el transporte de tropas hasta la primera línea. Por último, el Ayuntamiento de París procede a la limpieza diaria de las basuras con 120 camiones *Pierce-Arrow*.”<sup>80</sup> No cabía mejor publicidad: coches de generales y camiones resistentes a todo, empleados por el mismísimo Ayuntamiento de París, llegaban a Madrid de la mano de los Labourdette.

En 1919, en la cumbre de su éxito, nada hacía sospechar a los hermanos Labourdette el adverso rumbo que tomaría su empresa en la década siguiente. En ese año todo les había sonreído. A los acuerdos que tenían firmados con firmas francesas de renombre, como Renault o Delaunay-Belleville, se había añadido su expansión estadounidense con las firmas Daniels y Pierce-Arrow. Y no sería la última, pues al año siguiente firmaron un acuerdo de representación con la marca italiana Isotta-Fraschini.<sup>81</sup> En el padrón de 1920 aparecían como industriales que pagaban casi 5.000 pesetas de contribución por sus talleres de coches y habían

<sup>80</sup> Fuente: *Heraldo deportivo*, 25 de diciembre de 1919.

<sup>81</sup> Fuente: *La Acción*, 5 de octubre de 1920.



comprado el bloque entero de viviendas donde residían.<sup>82</sup> Su arriesgada decisión de 1900 se había convertido en rotundo éxito en 1920. Flotaban en la espuma del elogio y la admiración general. Su nombre iba asociado a la distinción elegante y aristocrática. Decir Labourdette era decir modernidad con clase. Quizá era el momento de dar el salto y fundar una empresa que se expandiera por el resto del país, de abrir una casa filial en Barcelona y conquistar su mercado, de convertirse en la FIAT española. Nada de eso ocurrió. En 1920 llegó Henry Ford.

Las grandes marcas norteamericanas cambiaron toda la industria del automóvil con su revolucionario sistema de producción. La creación de las grandes fábricas de ensamblaje en puntos clave del mercado, como Barcelona, Manchester o París, y la apertura de pequeñas agencias de venta y distribución en otros puntos clave de la red, como la Agencia Castro de Madrid, fulminaron a pequeñas empresas como la Casa Labourdette. De la noche a la mañana, su sistema de trabajo compartido con marcas extranjeras quedaba completamente desfasado. Por muy elegantes que fueran sus carrocerías, su forma de trabajar ya no era rentable. A pesar del éxito cosechado, su sistema para carrozar los coches era artesanal, basada en los encargos previos de familias adineradas, que demandaban un coche que fuera casi único, especial. Habían ampliado sus talleres y contratado a trabajadores muy cualificados para fabricarlos, pero no disponían de una planta industrial que los sacara de serie, en cadena uno detrás de otro. Y el señor Ford tenía varias que los producían como buñuelos. Eran *tiempos modernos* y, por primera vez desde que se asentaron en Madrid, los Labourdette se quedaron atrás.

Los Labourdette percibieron muy pronto que los Ford, por su concepción empresarial, no eran un coche americano más, sino una amenaza de muerte al negocio de los automóviles tal y como ellos lo entendían. Su primera respuesta fue lanzar una campaña publicitaria que reivindicó la larga tradición que unía a su familia con Madrid (*“los talleres fueron fundados por don Juan Labourdette, padre de los actuales propietarios, hace ochenta años. El fundador era hombre de una laboriosidad infatigable y unido a su gran inteligencia y conocimiento del negocio, contribuyó a labrarse una clientela numerosísima, que sus sucesores han logrado aumentar siguiendo la tradición de la casa”*), que aludía al gran número de empleos que ofrecían sus talleres (*“donde trabajan doscientos obreros”*) y que destacaba la modernidad de sus instalaciones (*“donde pueden realizarse todo género de reparaciones de coches y automóviles, así como la construcción de carrocería para los mismos. Cuantos trabajos se realizan en estos talleres reúnen las mejores garantías. Todos los adelantos de esta industria han sido aplicados a los talleres conforme han ido apareciendo en el transcurso de los años”*). Además, recordaban a los clientes que seguían disponiendo de todos los adelantos posibles y que *“vendían coches de todas las marcas en inmejorables condiciones. Sus precios son verdaderamente precios sin competencia.”*<sup>83</sup>

<sup>82</sup> Fuente: padrón municipal de 1920.

<sup>83</sup> Fuente: *La Acción*, 11 de julio de 1921.

La campaña fue como predicar en el desierto. Resultaba inútil intentar frenar la marea arrolladora de los Ford (y otros coches extranjeros que siguieron su misma estrategia) recordando a los madrileños los antiguos lazos que les unían con la ciudad, que sus instalaciones eran muy modernas o que sus precios no tenían competencia porque, en realidad, sí la tenían. Era Ford quien no tenía competencia. En 1923, la Casa Labourdette anunció *“una importante transformación, que le permite dedicarse con atención exclusiva a la construcción y reparación de carrocerías de automóviles.”*<sup>84</sup> Es decir, los hermanos Luis y Augusto decidieron recular y *“abandonar su sección de venta de automóviles y camiones, una sección que habían creado en los últimos tiempos, para dedicarse única y exclusivamente a las carrocerías, en cuya construcción alcanzó tan justo renombre.”*<sup>84</sup> Fue un adiós a los Daniels, a los Pierce-Arrow, o a los Isotta-Fraschini, que decidieron *“liquidar a precios inverosímiles y que constituyen una verdadera ocasión”*. Sacrificaron una parte de su negocio y se aferraron a la carrocería, a lo que les había dado fama y dinero, en un intento desesperado por sobrevivir. Ni siquiera eso les sirvió. En junio de 1926, en el Primer Congreso Nacional del Motor y del Automóvil, inaugurado por el general Miguel Primo de Rivera, “Hijos de Labourdette” se quejó, junto al resto de carroceros asistentes al congreso, *“de tener poco trabajo porque la mayoría de las marcas de automóviles que se usan son extranjeras y salen de las fábricas ya carrozadas.”*<sup>85</sup>

Se quejaban de poco trabajo cuando en España se vendían más coches que nunca. A pesar de todo el éxito cosechado, de los elogios recibidos por su trabajo refinado, de sus contactos con importantes grupos empresariales, de haber vendido coches suyos al mismísimo rey Alfonso XIII, los Labourdette dejaron de contar para la industria automovilística del futuro. A la altura de 1930, los Labourdette eran como aquel viejo cochero de berlina, que leía el periódico aterido de frío, abandonado por sus antiguos clientes, mientras las marquesinas de los tranvías y las bocas del metro se atestaban por el gentío. En 1927 murió Augusto Labourdette y en 1931 su hermano Luis. Sin hijos que les sucedieran, su negocio para carrozar coches murió con ellos. Diez años después, sus herederos firmaron el epílogo final con la venta del palacete de la Castellana que habían construido durante sus mejores años.<sup>86</sup>

---

<sup>84</sup> Fuente: *La Época*, 23 de junio de 1923.

<sup>85</sup> GARCÍA RUIZ, José Luis: “La industria de la automoción en Madrid: ¿Hubo oportunidades perdidas?”, en *VIII Congreso de la Asociación Española de Historia Económica*, Santiago de Compostela, 2005.

<sup>86</sup> Desde aquí quiero agradecer a Diego Labourdette esta última información que me ha proporcionado sobre sus antepasados.

### 7.2.5 Adaptarse o morir. El pequeño taller en los años 20

En 1930, quien se enfrentara a esos gigantes empresariales y a una forma de producir que triunfaba en todo el mundo, estaba condenado a fracasar. Era muy difícil que surgiera en Madrid una industria de fabricación automovilística cuando ya se habían introducido marcas poderosas a nivel internacional. La Sociedad Española de Fabricación de Automóviles (SEFA), surgida a comienzos de los años treinta por una iniciativa de Luis de Urquijo y Ussía, marqués de Amurrio y banquero, de Valentín Ruiz Señén, industrial, y de Antonio Valenciano, ingeniero y abogado, fue un intento significativo para lograrlo. Una empresa que se dedicó a la fabricación de camiones (adoptados especialmente por los servicios de bomberos) durante la Segunda República y que tuvo su fábrica en el Paseo de las Acacias del Ensanche Sur.



[Ilustración 7.12. Vista del interior de la fábrica SEFA del Paseo de las Acacias, c. 1932.]

Ante esa situación, lo más inteligente era adaptarse y buscar nuevas formas de desarrollo. Muchos se decidieron por la oferta de servicios, como Serafín Paul. Resultaba evidente que cada vez había más coches circulando por las calles y que en algún sitio debían estacionarse y resguardarse de la climatología y de cualquier intento de daño intencionado o de robo. El alquiler de locales, que hicieran las veces de cochera o garaje, se convirtió en el nuevo negocio de la época. Serafín Paul no tenía más que extender la mano para recibir un dinero seguro y poco sufrido, pues los que alquilaban tenían coche, y si lo tenían, también contaban con el dinero suficiente para pagar una cochera.

Otros se adaptaron en sus profesiones y en sus propios negocios. Aquellos coches que circulaban por las calles también se averiaban y alguien tenía que repararlos. Las grandes casas automovilísticas habían creado servicios de postventa, para el mantenimiento y arreglo de sus coches, a través de pequeñas agencias como la ubicada en la ronda de Atocha del Ensanche Sur. En ella trabajaban ocho o diez mecánicos especializados, ocupados en solucionar cualquier avería en el coche de un cliente. Pero ellos no podían dar respuesta a todos los casos y cada vez se vendían más coches. Tampoco todos los mecánicos podían trabajar para la agencia de Ford o de Citroën. A lo largo de los años veinte y treinta, al calor de la venta creciente de automóviles, los talleres mecánicos de reparación florecieron por toda la ciudad<sup>87</sup> y se convirtieron en una de las principales fuentes de trabajo para los trabajadores manuales.



[Ilustración 7.13. Mecánicos de un taller particular en la calle Áncora, años 30.]

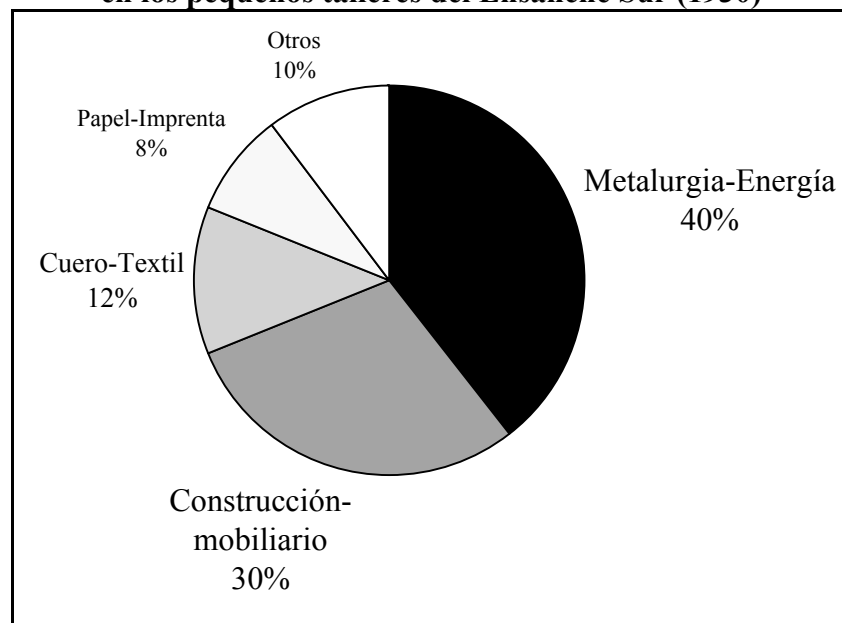
Pero no eran sólo los talleres mecánicos en general los que surgieron por entonces. La transformación económica que estaba experimentando la ciudad al calor de la segunda revolución industrial estaba cambiando la fisonomía del pequeño centro de trabajo. Su número seguía siendo considerable y daban trabajo a una parte importante de la mano de obra madrileña, pero ni los talleres de 1930 eran los mismos que en 1860, ni sus trabajadores tampoco. Su número sólo puede ser interpretado como un signo de atraso económico si no se atiende a la crucial

---

<sup>87</sup> La importancia de este tipo de talleres también ha quedado constatada en la zona norte del Ensanche madrileño. Ver PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2009.

transformación de sus actividades y de sus trabajadores. En el Ensanche Sur de 1930, junto a las grandes fábricas, había mucho taller familiar, de tres o cuatro trabajadores, algunos llegaban incluso a la decena. Entre ellos había carpinterías y talleres de compostura de zapatos como treinta o cincuenta años antes, pero lo que más abundaban eran los talleres mecánicos, los depósitos de herramientas, las fundiciones, las pequeñas fábricas de asfaltos, los talleres de reparaciones eléctricas, los talleres de lámparas y venta de material eléctrico en general, etc. Incluso las carpinterías habían cambiado y empleaban una maquinaria desconocida treinta años atrás, como se quejaba amargamente el viejo carpintero en la obra de Arturo Barea “La forja de un rebelde”: *Todo es mecánico*.

**Rama de actividad de los trabajadores cualificados  
en los pequeños talleres del Ensanche Sur (1930)**



[Figura 7.17. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1930. Muestra de población: trabajadores manuales varones, mayores de 14 años, que declaran como lugar de trabajo un taller o una dirección particular.]

Los trabajadores de estos pequeños centros cobraban bastante menos que los de las grandes empresas punteras, como la Standard Eléctrica o la Unión Eléctrica Madrileña, y menos también que los mecánicos de Ford o los metalúrgicos de empresas como Construcciones Metálicas Jareño y Torras, S.A., grandes compañías del sector del metal (Figura 7.15). En realidad, su jornal diario estaba por debajo de la media, debido a los altos sueldos que pagaban las grandes empresas, pero sí era superior al de aquellos trabajadores que no declaraban un lugar de trabajo y se aproximaba mucho al salario medio que pagaba la mayor empresa madrileña de todas, la M.Z.A.

El pobre sueldo de la M.Z.A. en comparación al resto de grandes empresas no era exclusivamente un problema suyo, sino general a todo el sector ferroviario. En 1930, los trabajadores de las tres grandes compañías que operaban en Madrid (M.Z.A, Norte y Oeste) cobraban muy por debajo de la media y eso sólo podía ser síntoma de algo. Síntoma de un grave problema. La Primera Guerra Mundial había quebrado el frágil equilibrio del sistema concesiones ferroviario. Los problemas derivados por la existencia de líneas que no eran rentables, pero que se debían mantener en funcionamiento por ley, y la prerrogativa exclusiva del Estado a fijar las tarifas máximas, se agravaron con la inflación desatada por el conflicto bélico. Los costes de explotación se dispararon y muy pronto lo hicieron también los costes laborales. Los precios de las subsistencias habían comenzado a descontrolarse y los trabajadores del ferrocarril comenzaron a reivindicar mejoras salariales y otras no monetarias a las compañías para frenar el deterioro de sus condiciones de vida. A pesar de los intentos de las empresas por demostrar que sus trabajadores eran, en realidad, unos “privilegiados” en comparación al resto, las demandas prosiguieron hasta derivar en la huelga de 1916, encabezada por el Sindicato Ferroviario y los trabajadores de la compañía Norte.<sup>88</sup> La huelga se cerró en falso tras la cesión de la empresa en la demanda central de los sindicatos (la subida salarial) y después de unas jornadas de violencia, declaración del Estado de Guerra por parte del Gobierno, militarización de los trabajadores y detenciones de sindicalistas. Un episodio que no fue más que el preámbulo a la huelga general de 1917.<sup>89</sup>

La conflictividad laboral desatada en un sector básico para la economía del país obligó al Estado a pasar de la regulación exterior a la directa intervención. El ferrocarril era un transporte barato, eficaz y ampliamente extendido por todo el país y por todas las clases sociales, pero con un grave problema que la guerra había puesto sobre el tapete. Las empresas ya no podían asumir por sí mismas los costes fijos de explotación y las continuas subidas salariales que compensaran a la inflación. Nació así el famoso “problema ferroviario”, que traería de cabeza a los diferentes gobiernos de los años 20 y 30.<sup>90</sup> En 1920 comenzó el sistema de anticipos por parte del Estado, que serían reintegrados en plazos marcados y supervisados por la nueva institución creada al efecto, el Consejo Superior de Ferrocarriles. Ya en la dictadura de Primo de Rivera se aprobó el Estatuto Ferroviario en 1924 y se creó la Caja Ferroviaria,

---

<sup>88</sup> SERRANO PRIETO, Marcos: “La huelga de ferroviarios de 1916 en Madrid”, en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Comunidad de Madrid-Alfoz, Madrid, 1989, Vol. II, pp. 467-474.

<sup>89</sup> SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid, 1901-1923*, Cinca, Madrid, 2005.

<sup>90</sup> En la Fundación de Ferrocarriles Españoles se conserva bastante documentación al respecto elaborada por las propias compañías. Véase, por ejemplo, *Situación del personal en la compañía MZA (1913-1933)*, sig. IIIF 0338, Biblioteca Ferroviaria (BF); *La cuestión del personal ferroviario: resumen de lo actuado desde que se planteó el problema hasta el momento presente (1931)*, sig. [IIIB 0447], BF; *El problema ferroviario (1917-1932). Documentos de la MZA*, sig. IIIF 0027, BF; *Las huelgas de ferroviarios españoles (1921-1922)*, sig. [IIIB 0430], BF; *Nuestras razones. Sindicato Nacional Ferroviario* [IIIB 0482], BF.



con la emisión de un tipo de deuda especial, para dotar de una financiación regular a las compañías. En definitiva, medidas que no resolvían el problema y que alargaban la obligación del Estado a mirar de cara la cuestión: o daba plena libertad a las compañías para que fijaran su propia política comercial (es decir, el precio de sus billetes) o rescataba las concesiones y explotaba directamente el negocio a través de una empresa pública.<sup>91</sup> La crisis de los años 30 no hizo más que agravar el problema, tanto para las compañías, que explotaban con pérdidas anuales en sus ejercicios económicos, como para los sucesivos gobiernos, que se veían cada vez más presionados desde todos los ámbitos.



[Ilustración 7.14. Ejemplo de noticia en la prensa sobre el “problema ferroviario”, el cual era ampliamente seguido en los medios de la época. Fuente: El Heraldo de Madrid, 25 de diciembre de 1931.]

Esa situación afectó de forma importante a los propios trabajadores, de ahí sus reivindicaciones y sus conflictos huelguísticos. En cuestión de salarios, los ferroviarios de 1930 habían perdido claramente terreno respecto a los trabajadores cualificados de otras grandes empresas (Figura 7.15). Habían perdido su condición de élite salarial que parecía tan sólida en el siglo XIX, cuando la situación financiera de las empresas no era tan grave y cuando no existían otras empresas, modernas y grandes como el ferrocarril, con las que poder compararse (Figura 7.18).<sup>92</sup> Su declive en 1930 era el resultado natural a la

<sup>91</sup> MARTÍNEZ VARA, Tomás: “Los costes laborales y la crisis de la MZA, 1913-1935. Datos y algunas reflexiones”, en *Transportes, servicios y telecomunicaciones*, nº 7 (2004), pp. 103-146; TEDDE DE LORCA, Pedro: “Las compañías ferroviarias en España (1855-1935)”, en ARTOLA, Miguel (dir.): *Los ferrocarriles en España, 1844-1943*, Banco de España, Madrid, Vol. II, pp. 9-354.

<sup>92</sup> VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “Los barrios de hierro en la gran capital. Trabajadores del ferrocarril y espacio urbano en los padrones municipales de Madrid (1860-1905)”, en *El*

crisis crónica que padecía su sector frente a otros, más recientes y en pleno auge, como la electricidad, los coches o la telefonía.

Salarios medios de trabajadores en el Ensanche Sur									
Salarios diarios	1878				1905				
	Ferroviarios			No ferroviarios	Ferroviarios				No ferroviarios
	MZA	NORTE	Resto		MZA	NORTE	MCP	Resto	
Trabajador cualificado	2,08	3,00	2,34	2,00	3,07	***	4,67	2,88	2,45
Trabajador no cualificado	2,24	1,88	2,13	1,96	2,72	2,28	2,60	2,34	2,24
<b>Salarios anuales</b>									
Trabajador cualificado	1.190	***	979	628	2.867	***	***	***	1.309
Trabajador no cualificado	810	***	917	660	931	***	943	914	754

[Figura 7.18. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1878 y 1905. Muestra de población: trabajadores manuales varones, mayores de 12 años (1878) y 14 años (1905). Leyenda: MZA (Comp. Madrid-Zaragoza-Alicante), Norte (Comp. de los Caminos de Hierro del Norte de España), MCP (Comp. Madrid-Cáceres-Portugal), Resto (trabajadores del ferrocarril que no declaran para qué compañía trabajan), (\*\*\*) El padrón no aporta información. Los datos están expresados en pesetas corrientes.]

Sin embargo, la distancia (o inferioridad en el caso de las compañías Norte y Oeste) no era tan corta con los trabajadores de talleres pequeños como las medias salariales daban a entender. El trabajador del ferrocarril, si no era exclusivamente temporero, recibía mucho más que un simple jornal por su trabajo. Al igual que sucedía en empresas importantes como la Unión Eléctrica Madrileña, los trabajadores del ferrocarril se beneficiaban de toda una serie de bienes y servicios complementarios al salario que tenían asignado,<sup>93</sup> como billetes gratuitos, anticipos sin interés, economato, socorros por enfermedad, descansos remunerados, etc., que mejoraban indudablemente su calidad de vida frente al trabajador del pequeño taller, que carecía generalmente de todo este tipo de beneficios. Además, contaban con la posibilidad de ascender en su trabajo si demostraban su valía a lo largo de los años.

Carlos Amburtin Masés, aquel inmigrante que procedía de madre catalana y padre francés, en 1905 era un jornalero de la compañía MZA que sólo ganaba dos pesetas al día a sus 29 años. En 1930 se declaraba ferroviario de la misma

trabajo y la memoria obrera. IV Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos, Guadalajara, 2009.

<sup>93</sup> MARTÍNEZ VARA, Tomás: “Salarios y programas de bienestar industrial en la empresa ferroviaria MZA (1915-1935)”, en *Investigaciones de Historia Económica*, nº 4 (2006), pp. 101-138.



compañía con un sueldo de 13 pesetas diarias, lo que le situaba entre los mejor pagados del Ensanche Sur. A pesar de todas las dificultades por las que estuviera atravesando su empresa, el ferrocarril había supuesto un crecimiento evidente en su nivel de ingresos. José López Gisbert, hijo de José López Asensi, jornalero de MZA, era ayudante de laboratorio en los talleres de la compañía por 1.750 pesetas al año en 1913.<sup>94</sup> Los esfuerzos de tantos años de su padre, y los suyos propios, habían cristalizado por fin en un puesto fijo dentro de la compañía, lo que a buen seguro le reportó una mayor tranquilidad y confianza en el futuro. En 1930 José tenía 64 años y ya se había jubilado, pero no había quedado desvalido como en épocas anteriores ocurría con los mayores, sino que disfrutaba de una pensión por parte de la compañía de 1.280 pesetas al año.<sup>95</sup>

Carlos y José eran dos simples ejemplos de las oportunidades que se abrían a los trabajadores cuando entraban a trabajar en grandes empresas como los ferrocarriles. Empresas que se vieron en la obligación de manejar flujos de mercancías y de viajeros enormes, para lo cual necesitaron contratar a un ingente número de personas que atendieran a un volumen de información y de actividades cada vez mayor y más complejo. El ferrocarril requería de la presencia de miles de jornaleros, mecánicos, maquinistas, carpinteros, fogoneros, braceros y mozos, para funcionar correctamente, pero también precisaba de miles de empleados de oficinas, de contables, de ingenieros, de técnicos de vías y de movimiento de trenes, de jefes de estación, de factores, de secretarías, de escribientes y de directores. Las compañías del ferrocarril, las mayores empresas privadas de Madrid, fueron la avanzadilla de un modelo de gestión moderno y complejo que implicó, a su vez, el crecimiento y expansión del sector servicios en la sociedad.

---

<sup>94</sup> Fuente: Archivo Histórico del Ferrocarril (a partir de ahora, AHF), Presupuesto de la plantilla de personal (PPP) de MZA, 1913.

<sup>95</sup> Fuente: AVM, Estadística, padrón municipal de 1930.



## CAPÍTULO 8

### LA CIUDAD DE LAS CORBATAS Y LOS PAPELES

#### LA MODERNA PROFESIONALIZACIÓN DE LOS SERVICIOS Y EL CAMBIO GENERACIONAL

Los aires de cambio del segundo proceso industrializador habían llegado a España desde finales del siglo XIX, pero su repercusión había sido difusa y débil. Inventos como la electricidad y el teléfono no pasaban de ser adelantos minoritarios y sin impacto real en la economía del país. Las primeras tres décadas del siglo XX fueron las que propiciaron el gran salto en la modernización de la sociedad. En el ámbito doméstico, la repatriación de gran parte del “capital antillano” desde 1900 permitió que existiera una mayor capacidad de financiación en actividades productivas. En el ámbito internacional, el desarrollo de la economía capitalista había incrementado exponencialmente las exportaciones de tecnología, productos manufacturados y formas de gestión y negocio. En 1914 la economía mundial caminaba hacia una mayor conexión e interdependencia, tanto entre sectores económicos, como entre países.

El estallido de un conflicto de dimensiones gigantescas como el del año 14, tanto por el número de países implicados, como por la categoría de sus respectivas economías y el poder destructor de sus ejércitos, debía tener importantes resonancias en todos los rincones. Para Europa la guerra significó un antes y un después y para España, a pesar de su neutralidad, también. No vivió la tragedia de la guerra ni sus terribles consecuencias, pero implicó un cambio trascendental. Fue un impulso extraordinario para la nueva industrialización del

país.<sup>1</sup> Más allá del acceso a los mercados exteriores y al aumento de la producción durante los años del conflicto, la Gran Guerra del 14 reforzó el peso de la industria en el proceso de crecimiento económico a través de su diversificación. La estructura industrial se hizo más compleja con la aparición de nuevos sectores, con el desarrollo de otros que ya existían recientemente y con la modernización de otros más antiguos. La electricidad, por ejemplo, ya existía desde 1880, pero no había servido más que para iluminar pobremente la Puerta del Sol. Será a partir de ahora cuando conozca un verdadero desarrollo industrial y permita, a su vez, la aparición de nuevas empresas, como el metropolitano en 1919, y modernice otros más tradicionales con la compra de nueva maquinaria y el suministro de una fuente de energía menos cara que el carbón.

Esos cambios se tradujeron en un panorama económico mucho más complejo y en un tejido empresarial más rico y variado que en el siglo XIX. La irrupción de los nuevos sectores económicos implicó la aparición de más empresas y de sociedades más grandes. Las actividades surgidas al calor de la segunda revolución industrial exigían unos niveles de inversión y gestión inalcanzables para una empresa familiar. En la siderometalurgia, en la industria metálica, en la química, en la alimentaria, en la textil, en la minera, en la eléctrica, en la banca y las finanzas, o en los transportes y comunicaciones, en todas ellas surgieron gigantes empresariales que hicieron del mundo de los servicios y las actividades terciarias un elemento clave en la modernización del país. Para manejar transatlánticos como la Sociedad Azucarera Española, la Sociedad Española de Construcciones Metálicas, Altos Hornos de Vizcaya, el Banco Hispano Americano, la Hidroeléctrica Ibérica, Fomento de Obras y Construcciones o la compañía de ferrocarriles Norte, hacían falta muchos técnicos, oficinistas, ingenieros, contables, abogados, agentes comerciales, etc. Un panorama que se enriqueció aún más con la propia evolución del mercado interno español y con el desembarco de los grandes líderes mundiales de los *felices 20*, como Ford, la ITT (a través de la Telefónica), Siemens o General Motors.

Un contexto económico cada vez más complejo, que requería una conexión eficaz de sus diferentes sectores y lograr, así, una correcta integración de su mercado interior.<sup>2</sup> Madrid contaba con una amplia experiencia en la tarea gracias a su condición de capital política del país. La presencia en ella del poder político y el hecho de vincular en el pasado las grandes empresas con el impulso y beneplácito del Estado, la convirtieron en centro indispensable para el devenir del país. Si todo debía pasar por la puerta de un ministerio, mejor ubicarse cerca del ministerio. Esa privilegiada situación resultó muy beneficiosa para la ciudad de Madrid, pues le permitió adaptarse a los cambios auspiciados por la segunda revolución industrial y modernizar toda su estructura laboral. La senda que

---

<sup>1</sup> CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier, *Historia económica de la España contemporánea*, Crítica, Barcelona, 2004.

<sup>2</sup> FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo: *España: la evolución de la identidad nacional*, Temas de hoy, Madrid, 2000.

adoptó Madrid durante el primer tercio del siglo XX no fue ni torcida ni anómala, como han insistido algunas tesis al respecto, sino que reflejó a la perfección esa transformación de la economía hacia una mayor diversificación industrial y un enriquecimiento del panorama empresarial desde el sector privado.

En el Madrid de los años 10 y 20 se multiplicó el número de empleados, de profesionales, de trabajadores de cuello blanco. Sólo en el Ensanche Sur supuso un crecimiento del 250% entre 1905 y 1930, año en el que rozaban la cuarta parte de los varones en edad de trabajar (figura 7.1).<sup>3</sup> Además, ese incremento de la figura del empleado en el mercado laboral madrileño no fue a partir del Estado, sino de la empresa privada. La capital continuó siendo la sede de los ministerios, pero el peso cuantitativo de sus funcionarios se redujo considerablemente durante el primer tercio del siglo XX. Si la segunda revolución industrial supuso un florecimiento de las sociedades anónimas y de sus empleados, en la capital española se produjo de forma intensa. El Ensanche Sur de los años 20 supo reflejar ese Madrid de las oficinas de bancos, de empresas privadas y de comercios (figura 8.1).<sup>4</sup> El protagonismo industrial de la ciudad, a través de la diversificación de sus actividades productivas, se veía completado y confirmado con el auge del sector servicios desde estos ámbitos, lo que hizo de los empleados un mundo muy complejo y con múltiples caras.

Para liderar una economía de los servicios cada vez más compleja era necesaria una buena comunicación con otros centros claves del mercado nacional y Madrid lo estaba de forma inmejorable. La expansión de la red telegráfica y ferroviaria se había hecho desde Madrid y ese diseño radial la convirtió en el centro de operaciones económicas más importante del país.<sup>5</sup> Por esa razón se asentaron en ella las empresas más grandes del momento, las ferroviarias, cuyas plantillas fueron aumentando con el paso del tiempo y se convirtieron en una de las bolsas de empleados más importantes de la capital.

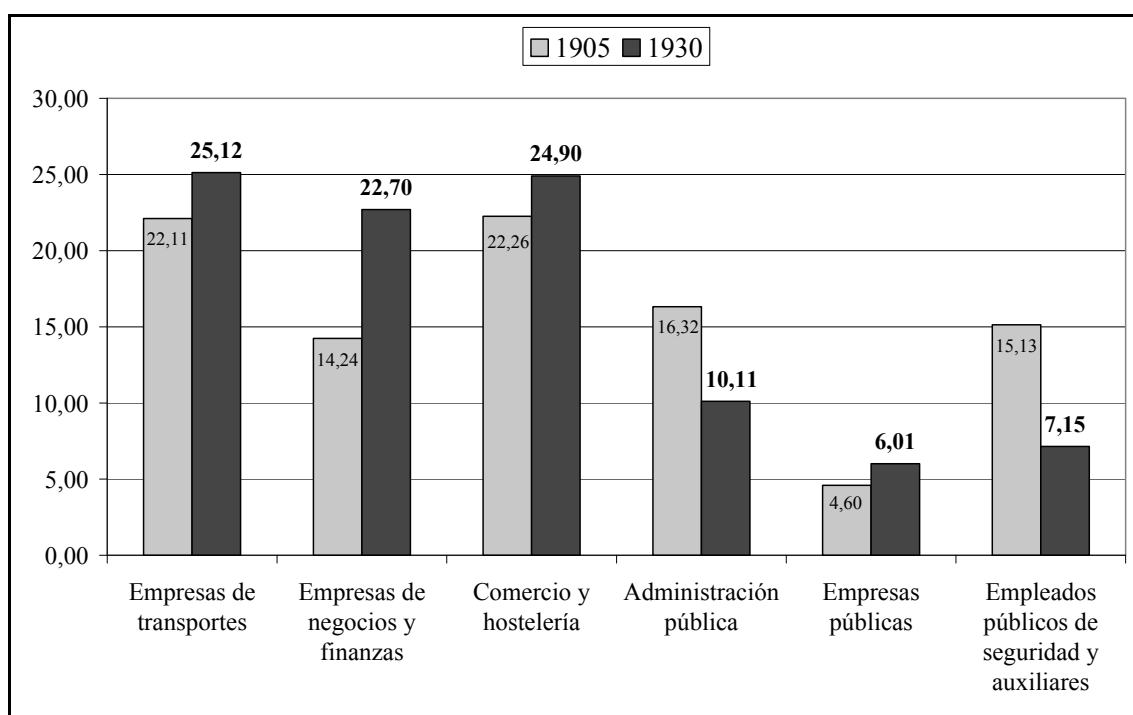
---

<sup>3</sup> En la parte norte del Ensanche también se produjo un crecimiento importante de los empleados y servicios entre las mismas fechas, pasando de un 15% en 1905 a un 27% en 1930. PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2009.

<sup>4</sup> El crecimiento del sector privado también se verifica en la zona norte del Ensanche de Madrid.

<sup>5</sup> BAHAMONDE MAGRO, Ángel (dir.): *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España, 1700-1936: el correo, el telégrafo y el teléfono*, Ministerio de Obras Públicas, Transporte y Medio Ambiente, Madrid, 1993; BAHAMONDE MAGRO, Ángel, MARTÍNEZ LORENTE, Gaspar y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *Atlas histórico de las comunicaciones en España: 1700-1998*, Correos y Telégrafos, Madrid, 2002; OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "Las telecomunicaciones en la España contemporánea, 1855-2000" en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 29, (2007), pp. 119-152.

### Sectores de actividad de los empleados del Ensanche Sur de Madrid



[Figura 8.1. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1905 y 1930. Muestra de población: empleados varones mayores de 14 años. Los datos son porcentuales.]

## 8.1 El ferrocarril y la modernización del modelo de gestión en la gran empresa

En España, los orígenes de la empresa corporativa y de la gestión moderna estuvieron asociados a las grandes compañías del ferrocarril, como Norte y MZA. El ferrocarril fue una de las mayores fuentes de empleo del país desde su puesta en marcha. Durante los primeros años de explotación, la prioridad para los consejos de administración de las diversas compañías fue la construcción de la propia red (estaciones, tramos de vía, puentes, túneles, etc.). Por esa razón, la primera etapa estuvo caracterizada por un peso abrumador del personal obrero y temporal y por una plantilla de empleados reducida y con personas extranjeras situadas en puestos clave. Una vez que se alcanzó el tamaño de la red previsto en las concesiones con el Estado y se completaron las fusiones y absorciones de empresas por parte de los dos gigantes del sector,<sup>6</sup> las plantillas aumentaron en complejidad y en número de efectivos destinados a los servicios. Durante el

<sup>6</sup> TEDDE DE LORCA, Pedro: "Las compañías ferroviarias en España (1855-1935)", en ARTOLA, Miguel (dir.): *Los ferrocarriles en España, 1844-1943*, Banco de España, Madrid, Vol. II, pp. 9-354; JUEZ GONZALO, Emerenciana-Paz: *El mundo social de los ferrocarriles españoles de 1857 a 1917*, Servicio de Publicaciones Universidad Complutense de Madrid, 2002.

primer tercio del siglo XX, el ritmo de crecimiento de los empleados en el ferrocarril fue muy superior al resto de los sectores productivos<sup>7</sup> debido al tamaño de la red, al espectacular incremento del tráfico ferroviario y a la progresiva aplicación de la nueva legislación laboral (jornada de ocho horas, descansos semanales, vacaciones, retiro obrero, etc.). Las compañías se vieron en la obligación de emplear a un mayor número de agentes por kilómetro de vía y a ofrecer nuevos servicios a los clientes, lo que derivó en la creación de unas plantillas de personal de gran complejidad.

El tamaño de la red, la extensión geográfica de sus actividades y el volumen de información que debían manejar, obligaron a empresas como MZA a enfrentarse con múltiples problemas organizativos. Hasta entonces, ninguna otra empresa había tenido que seleccionar y dirigir a un número de hombres tan elevado y tan diverso, ni se había visto en la obligación de disponer un reglamento de actividades, definido con claridad, para coordinar las tareas de los trabajadores y garantizar la seguridad tanto de empleados como de viajeros.<sup>8</sup> Estas grandes sociedades se labraron una curtiada experiencia en la adecuada selección de personal para empleos que eran nuevos en su mayoría, como los maquinistas y conductores, los factores, los asentadores de vía, los revisores, los jefes de estación, etc.<sup>9</sup> A la altura de los años 20, el tamaño de la red de MZA y Norte se asimilaba al de la *Midi* francesa, o al de la *London & North-Western* británica. Para controlar semejante estructura empresarial, MZA y Norte impulsaron la aplicación de nuevos hábitos de gestión y contabilidad, importados de las grandes compañías estadounidenses.<sup>10</sup> Todas las reglas que definieron las trayectorias laborales de sus empleados, es decir, el reclutamiento, la promoción interna y la remuneración salarial, se configuraron sobre la base del mérito, la capacidad y la subordinación de los empleados a los objetivos de la empresa. Una nueva forma de gestión empresarial que conllevó la formación de mercados internos de trabajo, con el objetivo de reducir costes en la contratación del personal y en fijar una jerarquía profesional dentro de la empresa.<sup>11</sup>

El personal de MZA se distinguía entre los trabajadores fijos o de plantilla y los que no lo eran, aunque dentro de este grupo las situaciones variaban de forma gradual entre los que estaban en condiciones de acceder a la plantilla

<sup>7</sup> BALLESTEROS DONCEL, Esmeralda y MARTÍNEZ VARA, Tomás: “La evolución del empleo en el sector ferroviario español (1893-1935)”, en *Revista de historia económica*, nº 19 (2001), pp. 637-677.

<sup>8</sup> MARTÍNEZ VARA, Tomás: “Salarios y programas de bienestar industrial en la empresa ferroviaria MZA (1915-1935)”, en *Investigaciones de Historia Económica*, nº 4 (2006), pp. 101-138.

<sup>9</sup> PIQUERAS ARENAS, José A.: “El oficio ferroviario: especialización, solidaridad y política”, en SANZ ROZALÉN, V. y PIQUERAS ARENAS, José Antonio (eds.): *En el nombre del oficio. El trabajador especializado: corporativismo, adaptación y protesta*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2005, pp. 103-124.

<sup>10</sup> CHANDLER, Alfred D.: *La mano invisible. La revolución en la empresa norteamericana*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1987.

<sup>11</sup> HOWLET, Peter: “Evidence of the existence of an internal labour market in the Great Eastern Railway Company, 1875-1905”, en *Business History*, nº 42 (2000), pp. 21-40.

permanente y los que eran exclusivamente temporeros. A su vez, el personal se agrupaba por áreas de actividad: *personal de talleres* y el servicio de *material y tracción* (operarios denominados por su oficio, como tornero, montador, fundidor, carbonero, carpintero, limpiador, etc.), el servicio de *movimiento* (conductores, jefes de estación, telegrafistas, guardagujas, factores, recaudadores, guarda-frenos, mozos de tren, etc.), servicio *comercial* (personal administrativo, revisores e interventores), servicio de *vía y obras* (destinado al mantenimiento de la vía, como guardavías, capataces, guardas, etc.).

El personal que no era fijo aparecía como un conglomerado confuso y su registro era aleatorio e inconstante, debido a que las propias compañías eran reacias a renovarles sus contratos para que no pudieran acceder a las prestaciones y beneficios de los empleados que eran fijos, aunque las necesidades que tenían de mano de obra les convertían en imprescindibles. En cambio, el personal de plantilla quedaba encuadrado en una pirámide profesional escalonada al milímetro, con todos los cargos perfectamente definidos y con unas retribuciones salariales establecidas de antemano (figura 8.2). Cada empleado sabía cuál era su puesto y cuál era la escala de mando. No había lugar para la sorpresa.

En la cúspide se situaban los empleados de mayor rango, los grandes jefes y directivos de la compañía, cuyas funciones consistían en planificar, coordinar y gestionar las grandes operaciones de la empresa. Debían poseer conocimientos superiores en contabilidad y finanzas, pero también en ingeniería avanzada, como era el caso de su propio director general, Eduardo Maristany, ingeniero de caminos. Entre ellos eran frecuentes los extranjeros, sobre todo los franceses, debido al capital francés que intervino en la creación de la compañía y a la carencia de profesionales españoles verdaderamente capacitados para los puestos clave durante las primeras etapas. En 1931, por ejemplo, el ingeniero francés Jonás Feist era el jefe adjunto de toda la división central del servicio de material y tracción, León Benoist Duhammont era el jefe de los talleres generales de Madrid en 1923, o el italiano Eugenio Lorenzelli Borri, jefe de la sección de enclavamientos del servicio de vía y obras. Obviamente, sus salarios eran los más altos y disfrutaban de las mejores condiciones laborales, con despachos propios en las oficinas centrales de la compañía, desde donde podían comprobar el movimiento diario de la estación y de la ciudad, amplias casas gratuitas y todas las ventajas asociadas a cargos de responsabilidad como los suyos. Eran la élite, como en otras grandes empresas y bancos lo eran sus respectivos directores, gerentes y responsables de área.



<b>Escalafón profesional del personal de plantilla de la Compañía MZA en el Ensanche Sur (1931)</b>			
<b>Nombre</b>	<b>Edad</b>	<b>Cargos de los empleados</b>	<b>Sueldo</b>
<b>EMPLEADOS ALTOS-DIRECTIVOS</b>			
Jonás Feist Frank	62	Ingeniero jefe adjunto de división	30.400
Adolfo Bustos Irigoyen	69	Jefe del servicio comercial	20.000
Ricardo Alonso Tarrero	58	Inspector principal y jefe del servicio de movimiento	13.600
<b>EMPLEADOS MEDIO-ALTOS</b>			
Carlos Membrillo Blanco	55	Jefe de negociado	7.000
Eusebio Martín Llorente	43	Jefe de negociado	5.550
José Tardáguila Izquierdo	42	Jefe de negociado	5.550
<b>EMPLEADOS MEDIOS</b>			
Emilio de Aguirre Tostado	64	Oficial de oficinas centrales	5.800
Arturo García García	53	Oficial de contabilidad	5.550
Hilario Martínez Sanz	43	Oficial de contabilidad	5.125
Emilio de Aguirre Longás	33	Oficial de oficinas centrales	4.875
Valentín Tarodo Bonilla	46	Revisor de billetes	4.100
<b>EMPLEADOS MEDIO-BAJOS</b>			
José Membrillo García	33	Delineante ayudante	4.115
Luis Membrillo Alameda	35	Auxiliar de contabilidad	3.223
Venancio Nieto Gómez	33	Auxiliar de contabilidad	3.223
Malaquías Mercado Barberá	28	Auxiliar de contabilidad	3.223
Ángel de Aguirre Longás	30	Auxiliar de contabilidad	2.956
<b>EMPLEADOS BAJOS</b>			
Tomás Rozas Álvarez	68	Ordenanza	3.231
Juan de Pedro García	51	Ayudante	3.230
<b>PERSONAL DE TALLERES</b>			
Alberto Sastre Prieto	60	Contramaestre	7.186
Alonso Pérez Vila	45	Contramaestre	6.388

[Figura 8.2. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1930 y AHF, PPP, 1931. Los datos de los salarios (anuales) están expresados en pesetas. Para realizar el análisis se ha procedido a realizar una muestra representativa de un total de 2.938 casos estudiados.]

Por debajo de ellos daba comienzo un minucioso escalafón que conducía desde los jefes de negociado, responsables de toda una sección de oficinas, como Carlos Membrillo, que lo era en las oficinas de la dirección general, o Eusebio Martín, jefe de la oficina de tasas y litigios, hasta los auxiliares y otros empleados bajos, como los ayudantes y los ordenanzas. Cada categoría de empleados tenía un número de empleados fijo y sólo se podía acceder a ella cuando se producía una vacante. Los salarios estaban preestablecidos, por tanto, su cuantía no dependía de la capacidad del agente para desempeñar su trabajo mejor que otros, sino de la propia categoría adquirida. Para promocionar dentro de una misma categoría el factor primordial era la antigüedad, aunque las capacidades y buenas aptitudes de un agente podían acelerar o retrasar tales

ascensos.<sup>12</sup> Por ejemplo, dentro de la categoría de empleados medios, correspondiente a todos los empleados oficiales, Emilio de Aguirre Longás ganaba 4.875 pesetas en 1931. El año anterior había sido ascendido a la categoría y sólo tenía 33 años, por tanto, sólo cobraba el mínimo fijado para tal categoría, mientras que sus compañeros ganaban más por tener más años de experiencia. El tope de la categoría lo marcaba Emilio de Aguirre Tostado, con 5.800 pesetas y 64 años. La misma situación se repetía en la categoría de empleados medio-bajos correspondiente a los auxiliares, entre los cuáles se podía comprobar cómo Ángel de Aguirre había sido superado por Malaquíás Mercado, más joven que él pero cuyas aptitudes le habían permitido mejorar su salario de forma más rápida.

El personal de talleres seguía un funcionamiento independiente a la jerarquía tan reglamentada del personal de plantilla. Aunque también existían cargos de responsabilidad, como los contra maestres, los ascensos y las retribuciones salariales dependían más de las propias capacidades de los trabajadores y de su antigüedad en la empresa, puesto que los cargos a los que se podía ascender eran reducidos (capataz, jefe de equipo y contra maestro).

En la promoción interna de los empleados intervenía otro factor que, a la postre, resultaba determinante en las expectativas de futuro dentro de la empresa: los orígenes de la persona y la vía de acceso a la compañía. MZA no cogía a cualquiera para incorporarlo a su plantilla, ni ofertaba cualquier puesto de su escalafón. La contratación era un aspecto fundamental de la gestión, pues errar en el candidato suponía tiempo perdido en su formación y dinero derrochado en una época crítica para las finanzas de la empresa.

Aquellos que entraban como jornaleros y peones no solían alcanzar puestos de responsabilidad. Sus aspiraciones se limitaban a ser incluidos, algún día, entre los empleados fijos de la plantilla en sus puestos más bajos, lo que les permitía dejar atrás la incertidumbre del jornal ganado sólo el día que se había trabajado. Cuando Juan de Pedro llegó a Madrid, en 1902, contaba con 23 años y se había casado recientemente con Juliana Martín, de 21. Para esta joven pareja, soriana y de pueblo, debió resultar todo un éxito haberse ido a Madrid siendo tan jóvenes y que Juan hubiera podido ser contratado por la gran empresa de los trenes, con un jornal diario de dos pesetas. Era poco para vivir, pero era un comienzo. Muy pronto Juan percibió que si se aplicaba al trabajo, cumplía en todas las faenas y se llevaba a bien con los capataces y contra maestres, su situación podía mejorar. Además, contaba con un as que muy pocos jornaleros de un pueblo de provincias tenían: sabía leer y escribir. Aquellas nociones de cultura le convirtieron en alguien valioso para la empresa, no era un jornalero más que podía ser reemplazado por cualquiera para arrastrar vagones en los talleres. Con 43 años Juan se convirtió en ayudante del servicio de economato, con un sueldo anual y fijo. Pertenecía al escalón más bajo de empleados de la compañía, pero su puesto era seguro y su rutina diaria era el despacho de alimentos a las familias

---

<sup>12</sup> Fuente: *Apuntes sobre ingresos y ascensos del personal de plantilla de MZA (1909)*, AHF, S/49/4-1.

de empleados que iban a comprar al economato de la empresa, y no descargar sacos de carbón y arrastrar maquinaria como hacían los jornaleros de los talleres y almacenes. Con 23 años todas las rudezas se sobrellevaban, pero a partir de los 40 los huesos ya no respondían igual.

Otros jornaleros, o hijos de jornaleros, habían podido llegar a puestos similares al suyo, pero en otros servicios que deparaban mayores oportunidades de promoción, como eran las oficinas de contabilidad. La franja de edad para ingresar en las oficinas de la compañía se situaba entre los 18 y los 30 años. El interesado debía elevar una instancia al director general, acompañada por cartas de recomendación de “*personas de reconocida formalidad*.”<sup>13</sup> Una vez registrada la solicitud, el candidato debía pasar un reconocimiento médico y una prueba general de conocimientos básicos, que consistía en un examen práctico de lectura, otro de escritura al dictado y otro de aritmética elemental, ante dos jefes de negociado del servicio de oficinas al que pretendiera ingresar. Si superaba las pruebas, era nombrado aspirante segundo con un sueldo de 720 pesetas anuales. Al cabo de un año, si había cumplido con todo lo que le habían ordenado, sin rechistar y a la primera “*para no tener notas desfavorables del revisor*”, el candidato pasaba a ser aspirante primero, con otro año de pruebas y un sueldo de 900 pesetas anuales. Finalizados los dos años de méritos y examen diario de cada paso que daban por las oficinas, angustiados por no dar la talla o por las órdenes del supervisor, los aspirantes supervivientes eran nombrados auxiliares y se les destinaba a una de las múltiples oficinas que la compañía tenía en sus diferentes servicios.

Arturo García García fue uno de ellos. Había entrado como jornalero en la empresa y también sabía leer y escribir como Juan de Pedro. En 1905 contaba con 28 años y ganaba dos pesetas y media de jornal. Estaba casado, tenía una hija pequeña y aspiraba a tener una vida mejor. Por eso decidió presentarse a los exámenes. Al superarlos, se convirtió en un empleado de plantilla como auxiliar en la oficina de reembolsos del servicio comercial. Corría el año 1914, tenía ya 37 años y su sueldo había pasado de las 900 pesetas a las 1.750 pesetas anuales. Eso era prosperar, a base del mérito demostrado y de mil y un sacrificios en su casa, con otro hijo nacido en 1911, cuando su padre preparaba los exámenes para ser aspirante segundo, y otro en 1913, cuando estaba en su segundo año de prácticas y aún no sabía si sería contratado por la empresa o se iría a la calle, con tres bocas pequeñas que alimentar. Arturo confió en sus posibilidades y ganó para el bien suyo y de su familia. Al ser empleado de plantilla, Arturo sabía que si cumplía con sus obligaciones el simple paso del tiempo iría aumentando su salario, pero él no se conformaba con esa actitud pasiva. Decidió aplicarse y demostrar su valía para acortar plazos en la medida de lo posible. En 1916 se convirtió en oficial de la oficina de reembolsos, con 2.000 pesetas de sueldo, y en

---

<sup>13</sup> Fuente: *Régimen en vigor para los ascensos del personal de oficinas de MZA (1914)*, AHF, S/52/36.

1922 le trasladaron a la división de tráfico con un sueldo que superaba las 4.800 pesetas anuales.<sup>14</sup>

Nueve años después, cuando las voces de los partidarios por una nueva república española resonaban en el horizonte, Arturo era el primer oficial de contabilidad en el servicio comercial de MZA, con un sueldo que superaba las 5.500 pesetas al año, mucho más de lo que ganaba un guardia de seguridad de la ciudad o un profesor de instituto. Seguía viviendo con su mujer y sus tres hijos y lo hacían en el paseo de Santa María de la Cabeza, en una casa de seis habitaciones a la que se habían ido a vivir en 1928 y por la que pagaban 528 pesetas al año. Arturo había logrado superar todas las barreras y llegar a la cota más alta de su categoría, la de los empleados medios. Más allá quedaban los jefes de negociado, los responsables de las oficinas y para ello debía superar otro examen de conocimientos. Tenía 53 años y una amplia experiencia a sus espaldas. Si quería intentarlo, y salía una plaza, era el momento, antes de que se hiciera demasiado viejo.

A los puestos de oficiales o jefes de sección también se podía acceder de forma directa, si el candidato poseía un título académico superior, pero no era la situación más habitual. Lo normal era la promoción interna y el acceso de personas que contaran con una educación de partida más amplia, aunque sus padres no la tuvieran. El padre de Eusebio Martín se llamaba Eulogio y fue un hombre que llegó a la capital con 48 años desde Aragonese, su pueblo segoviano de nacimiento. En 1905, con 65 años, se declaraba como jornalero a la busca de trabajo *donde saliese*. No sabía escribir y leía con dificultad, pero su hijo sí sabía. El señor Eulogio se empeñó en que su hijo debía estudiar para el futuro y Eusebio bien que lo aprovechó. Con 18 años ya era escribiente de oficina para la MZA. Ganaba poco debido a su mocedad, pero el señor Eulogio sabía que a su hijo le esperaba un futuro brillante si no se torcía por el camino. La empresa premiaba la constancia en el trabajo bien hecho. No había más que fijarse en cómo vestían los jefes de la oficina para saber que algún día sería como ellos.

---

<sup>14</sup> En esta última subida salarial se perciben no sólo los efectos del traslado laboral, sino también la inflación en los salarios después de la Primera Guerra Mundial y las mejoras conseguidas por los sindicatos en las huelgas del periodo 1916-1920.

<b>Evolución profesional y salarial de los empleados de MZA del Ensanche Sur (1905-1931)</b>				
<b>Nombre</b>	<b>Cargos</b>			
	<b>1905</b>	<b>1914-1915</b>	<b>1922-1923</b>	<b>1931</b>
<b>EMPLEADOS ALTOS-DIRECTIVOS</b>				
Jonás Feist Frank	Jefe de talleres 9.000	Ingeniero jefe talleres generales 13.000	Ingeniero jefe adjunto División central 27.200	Ingeniero jefe adjunto División central 30.400
Adolfo Bustos I.	Empleado 4.500	Agente comercial principal 6.500	Jefe de división comercial 15.200	Jefe del servicio comercial 20.000
Ricardo Alonso T.	Empleado 3.500	-	Inspector principal y jefe del servicio de movimiento 12.000	Inspector principal y jefe del servicio de movimiento 13.600
<b>EMPLEADOS MEDIO-ALTOS</b>				
Carlos Membrillo	Empleado 1.497	-	Oficial de contabilidad 5.550	Jefe de negociado 7.000
Eusebio Martín	Escribiente 2,5 ptas/día	-	Encargado de negociado 4.387,5	Jefe de negociado 5.550
José Tardáguila	Estudiante	-	Oficial encargado 4.387,5	Jefe de negociado 5.550
<b>EMPLEADOS MEDIOS</b>				
Emilio Aguirre T.	Empleado 1.500	Oficial de secretaría 2.250	Oficial de secretaría 5.125	Oficial de oficinas centrales 5.800
Arturo García G.	Jornalero MZA 2,5 ptas/día	Auxiliar de oficina 1.750	Oficial de oficina 4.875	Oficial de contabilidad 5.550
Hilario Martínez	Estudiante	Auxiliar de taller 1.375	Oficial de contabilidad 4.100	Oficial de contabilidad 5.125
Emilio Aguirre L.	Hijo de empleado	Auxiliar temporero 1.000	Auxiliar de oficina 3.587,5	Oficial de oficinas centrales 4.875
Valentín Tarodo	Jornalero MZA 2,5 ptas/día	-	Revisor de billetes 3.223	Revisor de billetes 4.100
<b>EMPLEADOS MEDIO-BAJOS</b>				
José Membrillo G.	Hijo de empleado	-	Delineante ayudante 3.139	Delineante ayudante 4.115
Luis Membrillo A.	Sobrino de empleado	-	Auxiliar de contabilidad 2.419	Auxiliar de contabilidad 3.223
Venancio Nieto G.	Hijo de jornalero MZA	-	Auxiliar de contabilidad 2.150	Auxiliar de contabilidad 3.223
Malaquías Mercado	Hijo de empleado	-	Auxiliar de contabilidad 2.150	Auxiliar de contabilidad 3.223
Ángel Aguirre L.	Hijo de empleado	-	-	Auxiliar de contabilidad 2.956
<b>EMPLEADOS BAJOS</b>				
Tomás Rozas A.	Jornalero MZA	-	Ordenanza talleres generales 2.943	Ordenanza talleres generales 3.231
Juan de Pedro G.	Jornalero MZA 2 ptas/día	-	Ayudante del economato 2.943	Ayudante del economato 3.230
<b>PERSONAL DE TALLERES</b>				
Alberto Sastre P.	Jornalero	-	Contraestrate ayudante taller fundición 5.845	Contraestrate ayudante taller fundición 7.186
Alonso Pérez V.	Cerrajero MZA	-	-	Contraestrate taller de ajuste 6.388

[Figura 8.3. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1905 y AHF, PPP, 1914, 1915, 1922, 1923 y 1931. Los datos de los salarios (anuales) están expresados en pesetas corrientes. Es una muestra de empleados.]

A los 35 años Eusebio Martín ya era encargado de negociado, en la oficina de tasas y litigios del servicio de intervención y estadística de la MZA, con un fabuloso sueldo de 4.400 pesetas anuales. Ocho años después, en 1930, se había convertido en el jefe de negociado. Sus padres habían fallecido hacía años y él seguía viviendo en el mismo edificio que en 1905, el número 22 de la calle Pacífico, pero la situación había cambiado mucho. De niño vivió en uno de los bajos del patio, mientras que en 1930 había unido dos principales que sumaban ocho habitaciones en total, por las que pagaba 840 pesetas de alquiler anual. Se había casado y tenía cuatro hijos. Aunque el señor Eulogio ya no estaba allí para verlo, su hijo se había convertido en uno de aquellos jefes trajeados de 1905. Mientras él tuvo que seguir bregando para ser contratado en cualquier lugar como un peón de carga, a sus 65 años, su hijo se convirtió en encargado a los treinta y tantos y jefe a los 40. Cómo había cambiado la vida y lo alto que había llegado su hijo. Desde el patio jornalero al doble principal. Eso era prosperar.

Los directivos y empleados de alta categoría mostraban trayectorias diferentes gracias a su educación superior. Entraban directamente a puestos intermedios en el escalafón, como los españoles Ricardo Alonso Tarrero o Adolfo Bustos Irigoyen, empleados en las oficinas de MZA en 1905. Adolfo ya poseía por entonces uno de los sueldos más elevados y Ricardo llegó procedente de la Compañía rival, Norte, en 1901, como inspector. Era una especie de fichaje, al igual que el plantel de franceses que trajo el entonces director general de la compañía, Nathan Süss Meyer, como Jonás Feist, un ingeniero que llegó en 1901 para ser el jefe de los talleres generales del servicio de material y tracción a sus 33 años, o León Benoist Duhammont, un mecánico especializado que llegó junto a Jonás para ser su segundo de a bordo, como jefe de los talleres de Madrid, o Juan Brandon Guillot, el jefe de talleres del servicio de vía y obras que había llegado en 1874, con 33 años, como carpintero especializado en obras ferroviarias.

Eran la élite de la compañía y el tiempo les llevó a los puestos de mayor responsabilidad. Jonás fue ascendido a la jefatura adjunta de toda la división central de la compañía a los 54 años, mientras que León Benoist le sustituyó como jefe de los talleres generales. En 1922 Ricardo fue ascendido a inspector principal y se le nombró jefe de división del servicio de movimiento, mientras que Adolfo emprendió una escalada imparable que le llevó a ser agente comercial principal en 1915, subjefe de tráfico del servicio comercial en 1919, jefe de tráfico en 1922 y jefe de toda la división del servicio comercial en 1931. Una brillante trayectoria que le llevó a la cúspide del escalafón. Más allá sólo quedaban los propietarios de la compañía y miembros de su consejo de administración.

Este sistema de promoción interna, con arreglo a un escalafón profesional inamovible, permitió a la compañía mantener unas relaciones laborales estables con unos trabajadores eficientes y disciplinados. La empresa aseguraba a su empleado un ascenso seguro con el paso del tiempo, siempre que éste mostrara diligencia y aptitudes en las tareas encomendadas a su cargo y fuera fiel a la

compañía. La posibilidad real de trepar por esa escalera ocupacional indujo al empleado a permanecer en la compañía, porque comprobaba que su salario y condiciones de trabajo mejoraban con el paso del tiempo y porque si se iba, perdía todos los derechos acumulados.

Además, la propia compañía llegó a exigir una dedicación exclusiva a sus empleados. Con el golpe de Estado de Miguel Primo de Rivera, en 1923, se exigió a los empleados públicos que permanecieran en los centros oficiales. Ante esta situación, la dirección general de la MZA emitió órdenes a los diferentes servicios para que dieran cuenta de cuántos trabajadores se hallaban en esa situación, con el fin de evaluar los efectos de la disposición gubernamental, y concluyó que los agentes afectados podrían asistir a las oficinas de la compañía *“a horas distintas a las reglamentarias, siempre que dediquen un mínimo de 6 horas diarias”*, y que en lo sucesivo *“no se autorizarían nuevas situaciones de ese tipo, pues esta situación era una excepción porque estos agentes ya tenían estos destinos al publicarse las disposiciones gubernamentales y porque su número era pequeño.”*<sup>15</sup> Ángel de Aguirre Longás fue uno de los trabajadores investigados y, finalmente, consentidos a mantener sus dos trabajos, como auxiliar de contabilidad en la compañía y como empleado de oficinas en el Ayuntamiento, donde ganaba 5.000 pesetas anuales, que añadidas a las casi 3.000 que recibía de la MZA, le convertían en un empleado con unos fabulosos emolumentos.

A través de este sistema, la gran empresa ferroviaria modernizó los antiguos lazos entre empleador y trabajador de los tiempos gremiales. Por entonces, el viejo maestro artesano mantenía un férreo control sobre las trayectorias laborales de sus aprendices y oficiales y podía favorecer a unos o a otros según su conveniencia. En el siglo XX, con una plantilla de miles de trabajadores, esa situación era completamente inviable para la gran empresa. Jonás Feist no conocía a todos sus subordinados del servicio de material y tracción para decidir quién ascendía y quién se estancaba. Era el sistema el que lo hacía, toda la cadena de jefes, subjefes y encargados, quienes determinaban, a través de un reglamento de actuación establecido, quién ascendía por tantos años de antigüedad, a quién le correspondía un aumento salarial o quién debía ser recompensado por haber alcanzado un cierto nivel de objetivos. Del control personal, directo, cercano y subjetivo, se había pasado al control distante y mecánico, propio de unos tiempos automáticos, de unos tiempos modernos.

---

<sup>15</sup> Fuente: *Resolución ante el conflicto de empleados del ferrocarril MZA con otro cargo en el Estado o en oficinas particulares (7-11-1923)*, AHF, S/52/38.

*“Si la democracia universal espera alguna aportación del pueblo americano, no espere una aportación política ni filosófica, sino una aportación mecánica. Para ellos el restaurante automático es una institución democrática, en la que ningún hombre tiene que servir a otro hombre. La mecánica nos manda. Éste es el hecho monstruoso de la civilización moderna y yo, amigo lector, soy un hombre moderno.”*

Julio Camba, *La ciudad automática*, 1932.

Esos vínculos entre empresa y trabajador se reforzaron con los lazos sanguíneos. Buena parte de los trabajadores del ferrocarril tenían a otros miembros de su familia en la misma compañía. Ser “hijo de” o “familiar de” era la mejor carta de recomendación a la hora de realizar las pruebas de ingreso y obtener un destino en una oficina con mejores posibilidades de ascenso o con un trabajo más llevadero. En 1915, Adolfo Bustos González del Valle comenzó a trabajar como auxiliar en la oficina de tarifas del servicio comercial, en el cual su padre, Adolfo Bustos Irigoyen, era el agente comercial principal y más adelante, jefe de todo el servicio. En 1913, Diego de Aguirre Tostado, empleado oficial en la secretaría de material y tracción, vio cómo su hijo mayor, Emilio de Aguirre Longás, accedía como auxiliar temporero, a prueba durante un año. A buen seguro que el propio padre sería el mayor supervisor para que su hijo cumpliera con sus obligaciones y fuera confirmado como empleado auxiliar. Al año siguiente Emilio lo consiguió y diez años después fue ascendido a empleado oficial. Casado y con un hijo de cinco años, Emilio decidió celebrar en 1926 su aumento de sueldo con una nueva casa de cinco habitaciones, en el paseo de Santa María de la Cabeza, una de las mejores calles del barrio. Ángel, su hermano pequeño, uno de los pocos empleados de MZA con otra ocupación fuera de la compañía, trabajaba como auxiliar en otra división de oficinas y también decidió mudarse, junto a su esposa, al paseo de Santa María de la Cabeza en 1927.

Los ejemplos se multiplicaban en todas las categorías y secciones: Venancio Nieto Gómez, auxiliar de contabilidad del servicio de material y tracción (figuras 8.2 y 8.3), tenía a su hermano Faustino como auxiliar en el servicio de vía y obras, justo en la sección donde trabajaba su padre, Mateo Nieto Aguado, como asentador de la estación de Madrid con un sueldo que rozaba las 5.000 pesetas, cuando en 1905 no era más que un jornalero; o el clan de los Membrillo, con Carlos Membrillo Blanco a la cabeza como jefe de negociado, su hijo José como delineante ayudante, su hermano Luis Membrillo Blanco, como inspector oficial del servicio comercial y su sobrino Luis Membrillo Alameda, auxiliar de contabilidad. Nombrar a los Membrillo en la MZA era contar con un as en la manga para acceder a la compañía, incluso aunque no se fuera de la familia. Hilario Martínez Sanz no tenía vínculos sanguíneos con ellos, pero había vivido durante un tiempo en su casa, cuando era un joven estudiante realquilado de 18 años. En 1930 era oficial de contabilidad en la misma sección donde trabajaban los jóvenes primos José y Luis Membrillo.



Las sagas familiares no fueron una práctica exclusiva de la gran empresa ferroviaria, sino que se exportó a otros sectores, como las empresas eléctricas, en las que se contemplaba un derecho de admisión preferente para hijos y hermanos de los trabajadores y empleados.<sup>16</sup> De esa forma, se intentaban potenciar las relaciones personales y familiares, crear un vínculo más íntimo, fomentar una imagen de la empresa como comunidad familiar, como algo que formaba parte de sus vidas, como si una parte de la empresa fuera suya. Se pretendía recuperar el viejo orgullo del oficio, el orgullo de ser ferroviario, como antes lo había sido el ser zapatero o albañil. El deseo de crear dinastías de padres, hijos y nietos ferroviarios, continuadores de una forma de vida dedicada al tren, a la MZA. Hacer que el ferrocarril no fuera un trabajo más, sino una vocación, y que la empresa fuera la casa de toda la familia. También fue una práctica defensiva contra la fuerza de arrastre que tenían los sindicatos y contra las huelgas declaradas contra la compañía. Si varios miembros de una misma familia, como eran los casos de los Membrillo, los Nieto, los Aguirre o los Bustos, trabajaban para la misma empresa, una huelga de varios días sería más difícil de soportar que si pertenecían a diferentes empresas y en distintas ramas de actividad.

Junto a la aplicación de este completo sistema de gestión del personal, las compañías ferroviarias se caracterizaron por la aplicación del programa de “bienestar industrial” más completo de la época.<sup>17</sup> Se trataba de una práctica regularizada en la provisión de bienes y servicios a los trabajadores, que no entraban en las cuantías de sus salarios. Si durante el siglo XIX esas prácticas habían tenido un tinte paternalista, concedidas por voluntad de la autoridad superior a unos pocos empleados, a principios del siglo XX dejaron de ser regalos y mercedes para convertirse en derechos adquiridos por el ejercicio de su actividad en la empresa. Entre ellos destacaban la retribución íntegra en caso de enfermedad o accidente; el pago especial por horas extraordinarias;<sup>18</sup> la vivienda gratuita para una gran parte de los empleados de plantilla (70% en 1919) o indemnizaciones al resto por el alquiler que pagaban, por el cambio obligado de residencia o por los viajes y ausencias causados por el trabajo; vacaciones y descansos retribuidos; billetes gratuitos para los empleados y para aquellos hijos que asistieran al colegio; descuentos de hasta el 50% para el resto de familiares; el servicio de economato; un sistema de pensiones particular; gratificaciones especiales en función del sueldo y por Navidad; ayudas de 20 pesetas por cada

---

<sup>16</sup> AUBANELL JUBANY, Ana: “La élite de la clase trabajadora. Las condiciones laborales de los trabajadores de las eléctricas madrileñas en el período de entreguerras”, en *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, nº 119 (17), 2002.

<sup>17</sup> MARTÍNEZ VARA, Tomás: “Salarios y programas de bienestar industrial en la empresa ferroviaria MZA (1915-1935)”, en *Investigaciones de Historia Económica*, nº 4 (2006), pp. 101-138.

<sup>18</sup> El propio director general de la compañía, Eduardo Maristany, recomendaba en 1920 “reducir este tipo de trabajos ante el considerable gasto que suponían y la delicada situación económica”. En 1931 había establecidos tres niveles de tarifas: 1,5 pesetas por hora para los empleados de categoría baja y media-baja; 2 para los empleados medios y 2,5 para los empleados de categoría media-alta y alta. Fuente: *Pago de las horas extraordinarias del personal de MZA en las oficinas centrales*, AHF, D-374-8.

hijo menor de 17 años a los empleados de baja categoría; uniformes gratuitos; primas por objetivos, etc. Todo ello les convertía en trabajadores con enormes ventajas comparativas respecto a otros colectivos, aunque teniendo presente la enorme desigualdad que existía entre ellos en función de su puesto y su sueldo.

## 8.2 Madrid, colmena de oficinas y de empleados

Las empresas del ferrocarril fueron pioneras de unos nuevos métodos de gestión empresarial que se extendieron, en mayor o menor medida, a otros sectores y empresas en un entorno que asistía a un *boom* del negocio privado. En el Ensanche Sur, las propias fábricas y empresas que estaban protagonizando el despegue industrial de Madrid eran las principales responsables de haber tejido una economía mucho más compleja e interconectada. Era un entorno diverso y dinámico que requería la presencia de un personal cualificado para la investigación, la negociación y la gestión empresarial. En las fábricas de Standard Eléctrica, Gas Madrid, Unión Eléctrica Española, El Águila, Osram o AEG Ibérica, tan imprescindibles eran los torneros, mecánicos especialistas y montadores electricistas, como los contables, escribientes, ordenanzas, gerentes, agentes comerciales, representantes, abogados o los ingenieros industriales que las capitaneaban. Formaban los departamentos que administraban y dirigían las sociedades y contaban con espacios reservados para ellos, como sucedía en la Standard, donde existían dos plantas exclusivas para la investigación de los ingenieros, las oficinas de contabilidad y los despachos de los altos empleados. Las fusiones de antiguas empresas y la aparición de algunos gigantes en nuevos sectores hicieron de las tardes del Madrid de los años 20 un espectacular torrente de hombres trajeados, que salían a bocanadas de sus oficinas al finalizar su jornada laboral y pintaban las calles de gabardinas, zapatos de charol, apretados nudos de corbata y trajes y sombreros grises y marrones.

Al igual que en otros países avanzados, el florecimiento de la empresa y del empleado en el sector privado estuvo vinculado a la aparición de verdaderos bancos de inversión, como el Banco de Vizcaya, especializado en el negocio eléctrico, o el Banco Hispano Americano. El decreto de 1874, que otorgaba el monopolio de emisión de moneda al Banco de España, había iniciado un proceso de reconversión de la estructura bancaria desde comienzos de la Restauración, que supuso el declive de la banca regional, la confirmación del Banco de España como vértice y eje de todo el sistema y la concentración del poder financiero en la capital. Madrid ejerció su papel de *capital del capital español* al igual que otras capitales, como Londres o París, lo ejercieron en sus respectivos países.<sup>19</sup> El

---

<sup>19</sup> SANZ GARCÍA, José María: *Madrid, ¿capital del capital español?*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1976; TORTELLA CASARES, Gabriel: “Madrid, capital del capital

Banco de España, para promover y controlar la difusión del dinero, inició una política de apertura de sucursales por las principales ciudades españolas y fue abandonando sus actividades como banco comercial en el sector privado para centrarse en el sector público, hasta convertirse en un instrumento económico al servicio del Gobierno. En 1913 y 1914, por ejemplo, cuando se sucedieron suspensiones de pagos en varios bancos de relevancia, el Banco de España intervino como garante en una de sus primeras actuaciones como banco de bancos.

A partir de 1900, la trayectoria seguida por el Banco de España, encaminado a ser el banco central que coordinara todo el sistema financiero, y la repatriación del capital afincado en las antiguas colonias, dieron pie a la emergencia de una banca privada moderna. Su presencia fue decisiva para el desarrollo económico del país, pues formó parte del núcleo del capitalismo español desde el final de la Primera Guerra Mundial. La característica primordial fue la participación de las diversas entidades bancarias en la promoción y financiación de empresas industriales y de servicios, tanto de pequeño como de gran tamaño. La industria moderna requería de ingentes cantidades de capital para su puesta en marcha y alcanzar una cierta competitividad en un mercado cada día más conectado y con múltiples intromisiones de potentes empresas multinacionales. Para los grandes proyectos se necesitaban bancos que invirtieran, como el Banco de Vizcaya o el Banco de Crédito Industrial, de naturaleza pública pero cuya actividad se focalizaba a la financiación de la actividad industrial privada.<sup>20</sup>

El sistema financiero fue un agente económico de enorme relevancia porque captaba y acumulaba depósitos, lo cual era una consecuencia del nivel de vida y de confianza de los ciudadanos, y los canalizaba hacia una inversión crediticia o de capital, que reflejaba no sólo la evolución en el modelo bancario, sino también las posibilidades del mercado y la naturaleza de sus demandas. Si en el siglo XIX se adquiría la Deuda Pública del Estado, en el XX se invirtió en la creación de empresas. El cambio hacia una economía más dinámica durante las primeras décadas del siglo fue evidente, con la gestación de un intrincado marco de relaciones entre el sector financiero (formado por el Banco de España, los diversos bancos privados a través de las sociedades y de los banqueros, y las cajas de ahorro) y el mundo empresarial de la industria, la energía y los servicios.<sup>21</sup>

---

durante la Restauración”, en BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Comunidad de Madrid-Alfoz, Madrid, 1989, Vol. II, pp. 337-349.

<sup>20</sup> TORTELLA CASARES, Gabriel y JIMÉNEZ, Juan Carlos: *Historia del Banco de Crédito Industrial*, Alianza Editorial, Madrid, 1986; TEDDE DE LORCA, Pedro: “La banca privada española durante la Restauración”, en TORTELLA CASARES, Gabriel (dir.): *La Banca española en la Restauración*, Servicio de Estudios del Banco de España, 1974, vol. I, pp. 217-455.

<sup>21</sup> MARTÍN ACEÑA, Pablo y TITOS MARTÍNEZ, Manuel (eds.): *El sistema financiero en España. Una síntesis histórica*, Editorial Universidad de Granada, Granada, 1999; ARROYO

Madrid fue la gran beneficiaria de todo este proceso, pero no por casualidad ni por imposición, simplemente disponía del espacio urbano más apropiado para que en ella se afincaran los grandes bancos. Al igual que muchas fábricas e industrias decidían crear espacios donde el acceso a los canales de información fuera rápido y económico, por la cercanía entre unas y otras, el proceso de concentración propio de las economías de escala también se dio en otros ámbitos, como los servicios financieros o las comunicaciones. El tiempo y la información se convirtieron en un bien inmaterial de incalculable valor. Si un banco pretendía estar al tanto de las operaciones más suculentas, no podía tener su sede central en una alejada ciudad de provincias. Había que estar en Madrid, en su corazón, donde residía el poder y se hallaba el dinero de verdad, con mayúsculas, donde era posible orquestar operaciones con el poder político, como sucedió en la creación de la Compañía Arrendataria del Monopolio de Petróleos, S.A. (CAMPESA), un deseo del dictador Primo de Rivera de crear una gran empresa española para la importación y comercialización de petróleo en España y que salió adelante con la participación de los grandes bancos privados, como el Banco de Vizcaya, el Banco Urquijo, el Banco Hispano Americano y el Banco Español de Crédito, entre otros.<sup>22</sup>

Madrid era la *city* financiera y bancaria de España, por sus calles circulaba el dinero. Debido a ello, las sociedades anónimas se multiplicaron y las compañías de seguros, como la del “Fénix Agrícola”, “Zurich”, “La Mundial”, “Plus Ultra”, “La Equitativa”, “La Estrella”, “La España”, “La Urbana” o “La Unión y el Fénix español”, vivieron una etapa de esplendor. Un entorno que estimuló el mercado de valores madrileño y que permitió a la Bolsa de Madrid añadir a su parqué, compuesto hasta entonces por los títulos de Deuda y los ferrocarriles, un amplio abanico de valores industriales.<sup>23</sup>

La febril actividad financiera y empresarial de la ciudad dio pie a que las oportunidades de negocio se multiplicaran más allá de las grandes operaciones mercantiles, en ámbitos que antes eran desconocidos, como la información comercial por parte de pequeñas agencias personales. *“A la salida del banco y a la salida del Fénix nos reunimos con los amigos. En el saloncillo de dentro de la taberna se van relatando casos. A dos pasos de aquí vive un hombre que se ha hecho rico. Montó en la calle de Alcalá un negocio que se llamaba Continental Express para llevar cartas y recados urgentes a domicilio. No ha sido el único.*

---

MARTÍN, Víctor: *La Banca en España en el período de entreguerras (1920-1935). Un modelo de modernización y crecimiento*, Archivo Histórico BBVA, Bilbao, 2003.

<sup>22</sup> TORTELLA CASARES, Gabriel: “El monopolio de petróleos y CAMPESA, 1927-1947”, en HERNÁNDEZ ANDREU, Juan y GARCÍA RUIZ, José Luis (comps.): *Lecturas de historia empresarial*, Editorial Civitas, Madrid, 1994, pp. 265-302.

<sup>23</sup> CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier, *Historia económica de la España contemporánea*, Crítica, Barcelona, 2004.

*Un procurador estableció una agencia de informes comerciales y pronto se hizo una clientela formidable. Despachaba cientos de informes al día.*<sup>24</sup>

Una efervescencia que tuvo una clara repercusión en el mercado laboral madrileño. Trabajar en una oficina se convirtió en una de las aspiraciones más comunes para los jóvenes que daban los primeros pasos en el mercado laboral. Las había por toda la ciudad: oficinas de agencias comerciales, de mensajería, de aseguradoras, de agencias internacionales del automóvil, de las grandes empresas industriales, de los bancos, etc., que se añadían a las ya tradicionales oficinas ministeriales, del Ayuntamiento o de los ferrocarriles. Las propias características del Ensanche Sur motivaron que en 1930 el empleado más común en esta parte de la ciudad fuera el de la empresa industrial privada, aunque la relevancia que había adquirido el sector financiero se plasmó en un significativo ascenso de los empleados de banca y servicios financieros (figura 8.4).

<b>Evolución de los empleados de empresas particulares y bancos del Ensanche Sur</b>				
<b>Categorías de empleados</b>	<b>1930</b>		<b>1905</b>	
	<b>Nº</b>	<b>% del total de empleados</b>	<b>Nº</b>	<b>% del total de empleados</b>
Empleados de bancos y servicios financieros	219	4,03	8	1,19
Empleados particulares	450	8,27	60	8,90
Escribientes y oficinistas	232	4,26	11	1,63
Ordenanzas y personal subalterno	334	6,14	17	2,52
<i>Total</i>	<i>1.235</i>	<i>22,70</i>	<i>96</i>	<i>14,24</i>
<b>% respecto al total de empleados del sector privado</b>	<b>31,21</b>		<b>24,30</b>	

[Figura 8.4. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1905 y 1930. Muestra de población: varones empleados mayores de 14 años. Las dos primeras categorías recogían a todos aquellos que simplemente declaraban como profesión “empleado” o que ocupaban un puesto de relevancia bien en un banco o bien en una empresa particular. Las categorías de “escribientes” y “ordenanzas” engloban al personal medio-bajo y bajo, pero sin distinguir entre un sector y otro.]

La fuerte emergencia de este tipo de empleados fue tal, que llegaron incluso a equipararse con los dos grandes sectores del empleo privado en el Ensanche Sur, como eran los ferrocarriles y el comercio. Un conglomerado de empleados que podían compartir un mismo ámbito de trabajo, pero diferencias internas muy acusadas entre unas categorías y otras. Los empleados de las empresas privadas, como la Standard Eléctrica, la agencia de los Automóviles Ford, Gas Madrid, El Águila, Unión Eléctrica Madrileña, etc., eran el grupo con el salario medio más elevado y los que superaban en mayor número el salario

<sup>24</sup> BAREA, Arturo: *La forja de un rebelde I, La forja*, 1951, capítulo VIII. El retrato de Madrid que realiza Arturo Barea en esta parte de su obra corresponde al periodo anterior a la Primera Guerra Mundial.

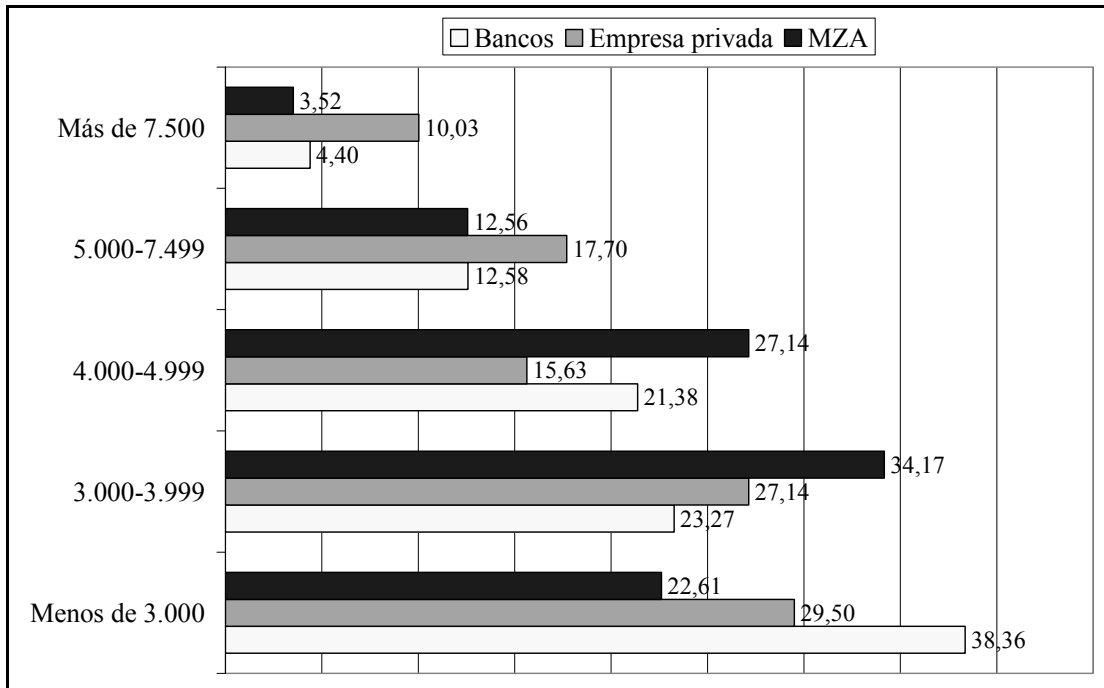
medio de todos los empleados del Ensanche Sur. Estaban mejor pagados que los empleados del sector bancario y las compañías de seguros. Por detrás quedaban los empleados de menor categoría, como los escribientes, los ordenanzas, los guardas jurados y demás personal subalterno. Para ellos, superar las 3.500 pesetas del salario medio de la zona era casi imposible, pues se movían normalmente en torno a las 2.000 pesetas anuales.

<b>Salarios de los empleados de empresas particulares y bancos del Ensanche Sur (1930)</b>			
<b>Categorías de empleados</b>	<b>Media</b>	<b>S. Superior</b>	<b>% superior a 3.500</b>
Empleados de bancos y servicios financieros	3.607,3	10.000	44,8
Empleados particulares	4.432,9	30.000	54,4
Escribientes y oficinistas	2.466,5	5.500	19,0
Ordenanzas y personal subalterno	1.841,6	4.170	3,0

[**Figura 8.5.** Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1930. Los salarios son anuales y están expresados en pesetas corrientes. La cifra de 3.500 pesetas es, aproximadamente, el salario medio de todos los empleados del Ensanche Sur.]

Dentro de las categorías genéricas de “empleados de bancos” y “empleados particulares”<sup>25</sup> las diferencias también eran muy notables. La mayoría no superaban las 4.000 pesetas de sueldo anual y sólo los empleados de las empresas industriales mostraron un porcentaje significativo de salarios que podían ser considerados elevados (más de 7.500 pesetas). En comparación con los empleados de la mayor empresa privada de la ciudad, la MZA, analizada anteriormente, el personal de los bancos y resto de empresas particulares presentaban un nivel de ingresos inferior y con extremos más pronunciados entre los mejor y peor pagados, mientras que los ferroviarios estaban formados por grupos de salarios medios más numerosos. Era el reflejo de la naturaleza económica del barrio, volcado más hacia el ferrocarril y las empresas privadas de corte industrial que hacia las sedes bancarias y las oficinas de seguros, ubicadas en el centro de la ciudad. En realidad, en el Ensanche Sur el empleado bancario más común era el personal medio-bajo y bajo. Había más cobradores de ventanilla que agentes de bolsa, más contables que agentes comerciales y más escribientes que contables.

<sup>25</sup> La categoría de “empleados particulares” recoge a todos aquellos que no pertenecían ni a bancos o compañías de seguros (sector financiero) ni a empresas de transportes (ferrocarriles y tranvías). Se asimila a los empleados de las empresas industriales, pero también engloba a todos aquellos empleados de una oficina particular cuya actividad económica resulte desconocida.

**Escala salarial de empleados del Ensanche Sur por ámbito de trabajo (1930)**

[Figura 8.6. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1930. Los salarios son anuales y están expresados en pesetas corrientes. Los resultados de la gráfica están expresados en porcentajes. La categoría “empresa privada” hace referencia a los “empleados particulares”, definidos en la nota a pie de página.]

Esa pirámide salarial también permite constatar cómo las jerarquías internas y las desigualdades salariales eran inherentes en todas las empresas, independientemente de la naturaleza de su actividad económica. La moderna política de gestión en la gran empresa, de la que fueron pioneras las compañías ferroviarias, se había extendido a otros ámbitos como la nueva banca privada. Un sistema basado en una promoción interna completamente regulada, escalonada por categorías estanco inamovibles con su correspondiente salario, y con un sistema de acceso un tanto arbitrario en los escalones más bajos.

De la misma forma que en la MZA, en los diferentes bancos de la ciudad se presentaban cada año cientos de solicitudes de adolescentes que aspiraban a convertirse en empleados de banco. Como en la MZA, los aspirantes debían rellenar en una hoja “*nombre, apellidos, padre, madre, estudios, fecha de nacimiento*” y después resolver unos sencillos problemas de contabilidad, o escribir al dictado “*un párrafo en la máquina de escribir y otro a mano*”. Solicitudes que debían ir acompañadas de la correspondiente recomendación si se quería tener alguna oportunidad (“*¿Por quién has entrado aquí? – Por el jefe de la Bolsa –contesto*”).<sup>26</sup> Los chicos que accedían, lo hacían obnubilados por la alegría y pensando, ilusos, que ya eran empleados a sus catorce o quince años.

<sup>26</sup> BAREA, Arturo: *La forja de un rebelde I, La forja*, 1951, capítulo IV.

*“Después de quince días estoy verdaderamente desilusionado. El día que vine a trabajar por primera vez pensaba que dentro de pocos minutos estaría sentado en una de aquellas mesas, escribiendo a máquina o haciendo cálculos.”* La realidad no era tan sencilla. Al igual que en el ferrocarril, estos chicos se convertían en *“meritorios sin sueldo. Estamos sin sueldo un año y después pasamos a ser empleados. Pero para llegar a empleado hay que hacer méritos. Cada año hay sólo dos o tres plazas y somos sesenta meritorios.”*<sup>26</sup>

La figura del meritorio estaba marcada por el aprendizaje, pero sobre todo por la explotación y los frecuentes abusos de sus superiores. *“Todo el día subiendo y bajando escalones de cuatro en cuatro. ¡Todo era urgente! No se puede uno distraer ni un momento. A un chico lo puede poner en la calle cualquiera. Por otra parte, como necesitan despedir 57 al año, el jefe de personal se dedica a la caza de los chicos y de los empleados que fuman en los retretes. Parece un fantasma.”* Era una mano de obra muy barata para las empresas, que resolvía parte de las tareas cotidianas y sencillas, pero necesarias para la buena marcha de bancos y empresas. Para los chicos, a pesar de la explotación, suponía una oportunidad real de aprendizaje personal, una ayuda a la economía familiar durante los primeros años y una indudable mejora en su calidad de vida a largo plazo, como demostraron los ejemplos en la MZA de Eusebio Martín o Arturo García. *“Todos tenemos la misma ilusión de llegar a ser empleados del banco y alcanzar un puesto bueno. Vemos a los altos empleados y nos conocemos su historia: don Julián es hoy el jefe de Bolsa y gana cerca de 1.000 pesetas al mes. Entró como yo, de meritorio.”*<sup>27</sup>

Los que lograban quedarse, pasaban a la nómina de empleados. Eran jóvenes entre los 15 y los 18 años y con sueldos entre las 30 y las 90 pesetas al mes (figura 8.7). Se hallaban al final de la pirámide y para escalar por ella debían pasar años e ir acumulando méritos ante los superiores, con el sueño de acceder, algún día, a los despachos de alfombra mullida y olor a tabaco rubio inglés, como el de Vicente Hernández en *La Equitativa* o Ernesto Roselló en el Banco Internacional de Industria y Comercio. Un progresivo ascenso a largo plazo que nunca llevaría a la cumbre a alguien que hubiera empezado como meritorio (*“los que tienen sueldos mejores son precisamente los que no han sido meritorios, sino que han entrado ya de empleados, todos tienen una especialidad”*),<sup>27</sup> pues esos puestos de jefatura y dirección estaban reservados para personas con unos conocimientos superiores, con un título universitario, con idiomas o directamente para extranjeros, como Friedrich Keller, que a sus 28 años llegó a España para ser el jefe de compras de la Standard Eléctrica, no para hacer méritos.

---

<sup>27</sup> BAREA, Arturo: *La forja de un rebelde I, La forja*, 1951, capítulo IV.



<b>Muestra de empleados mejor y peor pagados del Ensanche Sur (1930)</b>						
<b>Ranking</b>	<b>Nombre</b>	<b>Parentesco</b>	<b>Edad</b>	<b>Cargo</b>	<b>Empresa</b>	<b>Sueldo</b>
3	Vicente Gómez	cabeza	45	Ingeniero y director general	Gas Madrid, S.A.	30.000
6	Luis Weidhofer	cabeza	51	Maestro cervecero	Fábrica El Águila	21.000
8	Andrés Martínez de Velasco	cabeza	45	subdirector técnico	Unión Eléctrica Madrileña	20.000
9	José María Rezola	cabeza	47	Ingeniero industrial	Gas Madrid, S.A.	20.000
11	Fructuoso Escós	cabeza	48	empleado	Trefiberia, S.A.	18.000
13	Pedro Rafin	cabeza	48	empleado	Sociedad Española de Fabricación de Automóviles	16.200
15	Francisco Ríaza	cabeza	28	ingeniero	Standard Eléctrica, S.A.	15.600
18	Friedrich Keller	cabeza	28	jefe de compras	Standard Eléctrica, S.A.	15.000
75	Ernesto Roselló	cabeza	43	apoderado	Banco Internacional de Industria y Comercio	10.000
99	Vicente Hernández	cabeza	48	empleado	Compañía de Seguros "La Equitativa"	9.500
116	Desconocido	realquilado	41	empleado	Banco Alemán Frankfurt	8.500
122	Eduardo Carvajal	cabeza	33	empleado	Banco Hispano Americano	8.100
	Desconocido	hijo	18	empleado	Banco Crédit Lyonnais	1.080
	Desconocido	hijo	17	empleado	Banco Internacional de Industria y Comercio	900
	Desconocido	hijo	16	oficinista	compañía de seguros	600
	Desconocido	hijo	15	empleado	oficinas Crossbay	540
	Desconocido	sobrino	16	empleado	compañía de seguros	365
	Desconocido	hijo	15	empleado	Siemens	360

[**Figura 8.7.** Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1930. Los salarios son anuales y están expresados en pesetas corrientes. El ranking hace referencia al puesto que ocupa en la escala salarial de todo el Ensanche Sur. El primer grupo hace referencia a los empleados de empresas privadas con mejores sueldos, el 2º al de los bancos y compañías de seguros y el 3º es una muestra representativa de los empleados peor pagados. El parentesco “cabeza” hace referencia a cabeza de familia.]

Este sistema de promoción laboral y salarial tenía la misma voluntad de vincular al trabajador con la empresa que en el ferrocarril. Si un trabajador decidía quedarse, era para hacer méritos dentro de la empresa, pues fuera de ella carecían de valor, salvo que se tratara de puestos de categoría media o alta. Cuando un meritorio saltaba la barrera y se convertía en empleado fijo, accedía a la rueda de ascensos y cálculos sobre el tiempo que le restaba para el siguiente escalón. Entraban en una dinámica de la que era muy difícil escapar, pues sus proyectos de vida se organizaban en función de esos cálculos: independizarse de la casa paterna cuando se alcanzara tal puesto, tener hijos y mudarse a una casa más grande con el siguiente aumento de sueldo, etc. Al final, uno ya no era empleado de banco, sino del Hispano Americano, del Español de Crédito, del Crédit Lyonnais, de la Standard Eléctrica o de Gas Madrid.

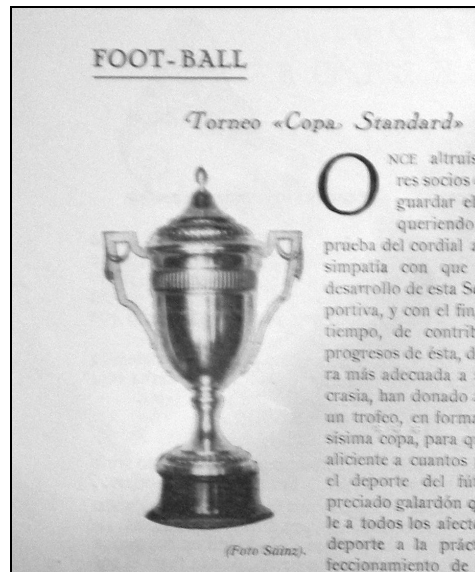
Unos vínculos empresa-empleado que no se basaron únicamente en la remuneración salarial o en los ascensos profesionales, sino en otros elementos tan diferentes, y tan modernos, como era la práctica del deporte. Grandes empresas, como Standard Eléctrica, organizaron torneos internos de fútbol en los que podían participar tanto los trabajadores de la compañía como los socios de su revista oficial. Eran torneos anuales, con un reglamento sencillo y un trofeo para el equipo vencedor, que pretendían fomentar el espíritu de compañerismo entre sus empleados. Una iniciativa que fomentaba el compañerismo a través de un novedoso método: la práctica del ocio deportivo y colectivo. En realidad, los torneos internos eran una especie de entrenamiento para lo que realmente importaba: la competición que les enfrentaba a otras empresas o colectivos, como el grupo escolar “El Pilar” o el “Cuerpo de Guardias Jóvenes”, la cual quedaba reseñada en “la jornada deportiva” de la revista de la empresa.

En esos artículos se apreciaba la rivalidad que existía con otros equipos, el pique futbolístico entre empresas, equivalente a los derbis entre equipos profesionales de la misma ciudad. En 1930, la Telefónica era para la Standard lo que el Athletic Club de Madrid para el Real Madrid. *“Existe, de antaño, entre los equipos de Standard y la CTNE una noble y bien entendida rivalidad futbolística; rivalidad que proviene principalmente de lo equilibrado que han sido los resultados de los encuentros efectuados hasta ahora entre ambos «onces» y acentuada por las excitaciones de los compañeros y compañeras –tal vez más de lo segundo que de lo primero- de uno y otro bando.”* Eran reportajes amplios, en los que se detallaba cada jugada del partido con múltiples términos procedentes del inglés, como *goal*, *off-side*, *fouls*, *score* o *penalty*, y en los que se daba cuenta del resultado final (Standard venció 3-1 a Telefónica) y de las incidencias más llamativas, como *“la algarabía inusitada de nuestro personal asistente y las airadas protestas del rival al árbitro por la anulación de un goal en off-side y la expulsión de uno de sus jugadores, justa a nuestro entender por su acometida y sus «caricias» a las piernas.”*<sup>28</sup>

Para la Standard y sus empleados, era una cuestión de honor ganar a *los de la Telefónica*. En liza había algo más que la victoria en un juego de entretenimiento. El 3-1 producía resquemor en unos y algarabía en otros porque habían ganado *los suyos*. El deporte se convertía en una lluvia fina en los vínculos que unían al trabajador con la empresa, en un proceso de identificación que calaba imperceptiblemente y llegaba muy hondo, hasta crear bandos enfrentados de personas con formas de vida muy similares, como empleados de grandes empresas, pero que se miraban con un punto de rivalidad.

---

<sup>28</sup> Fuente: *Standard. Revista del personal de Standard Eléctrica, S.A.*, 1930.



[Ilustración 8.1. Imagen del trofeo entregado por la empresa Standard Eléctrica en el torneo interno que organizó en 1930. Fuente: Standard. Revista del personal de Standard Eléctrica, S.A.]

Un pique deportivo que resultaba llamativo por tratarse de dos empresas “hermanas”, pues Standard Eléctrica era quien suministraba a la Compañía Telefónica Nacional de España (CTNE) todo el material telefónico y quien montaba las grandes estaciones telefónicas automáticas de uso industrial. Por su parte, la Telefónica era el penúltimo ejemplo del papel de las comunicaciones y los transportes en la transformación y modernización de la sociedad española. Si el XIX fue el siglo del correo, del telégrafo y del ferrocarril, las primeras décadas del XX irrumpieron con el tranvía eléctrico, con la telegrafía sin hilos, con el teléfono y con el tren suburbano, como novedades más rutilantes.<sup>29</sup> Eran grandes pilares sobre los que se asentaba la modernización de la sociedad española y la centralidad de Madrid en todo el proceso, pues desde ella se articularon las diferentes redes de comunicación y transporte. En clave interna, el desarrollo y renovación de estos sectores implicaba una transformación indudable de su mercado laboral, con la sustitución de antiguas profesiones por otras nuevas (en 1878, el número de cocheros de carruajes en el Ensanche Sur se elevaba a 18, mientras que en 1930 se habían reducido a 9 y había surgido una profesión de éxito, el chófer de automóvil, que con 336 individuos era la tercera profesión más numerosa del sector servicios, la mayoría empleados en taxis de servicio público) y con un enriquecimiento empresarial evidente a través de grandes empresas, como el Metropolitano de Alfonso XIII o la CTNE.

Una profesión que nació con los modernos medios de comunicación fue la de telefonista, desempeñada por mujeres. La Compañía Telefónica fue una de las primeras empresas del sector terciario que se abrió a la contratación de mano de obra femenina. Desde su creación en 1924, y sobre todo a partir de los años 30,

<sup>29</sup> OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Las telecomunicaciones en la España contemporánea, 1855-2000” en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 29, (2007), pp. 119-152.

se convirtió en un foco de atracción para las mujeres de clase media, un medio de movilidad social para las obreras y un ámbito de encuentro entre mujeres de diversas clases sociales, así como entre hombres y mujeres en alguno de sus departamentos.<sup>30</sup> Durante el primer tercio del siglo XX, la creciente presencia de la mujer en el mercado laboral, de manera visible, regulada y remunerada, se produjo a través de un proceso muy complejo y lleno de dificultades. Al clásico debate sobre la naturaleza del trabajo femenino del siglo XIX, se sumaron la puesta en práctica de una novedosa división sexual del trabajo en algunas grandes fábricas (como sucedía en la Standard Eléctrica) y la apuesta del Estado por una política intervencionista que implicó una doble dimensión: por un lado, tendió a proteger y regular las condiciones del trabajo femenino<sup>31</sup> y, por otro lado, mostró un carácter emancipador con la apertura progresiva de ocupaciones de la administración y los servicios públicos, que antes estaban en manos de los hombres.<sup>32</sup>

Esta política intervencionista mostró por sí misma la complejidad del proceso. La aplicación de leyes que mejoraban objetivamente las condiciones laborales de las mujeres trabajadoras, como por ejemplo la prohibición del trabajo nocturno, fue duramente combatida por las propias mujeres, porque mermaba sensiblemente su salario, hasta su restricción en 1927.<sup>33</sup> La política emancipadora también mostró graves dificultades y carencias en su aplicación, por lo que amplios sectores de la administración, como las judicaturas, las notarías, las aduanas o las prisiones, permanecieron cerradas a las mujeres durante estos años.<sup>30</sup> De esta forma, el Estado se convirtió en un agente más de las nuevas formas de división sexual del trabajo, como en el sector privado lo habían sido las empresas del ferrocarril. Las mujeres se abrieron paso en puestos de categoría inferior, como las guardabarreras, las revisoras, las telefonistas, las auxiliares de oficina y algunos servicios de atención al público, como las taquilleras en el metropolitano.

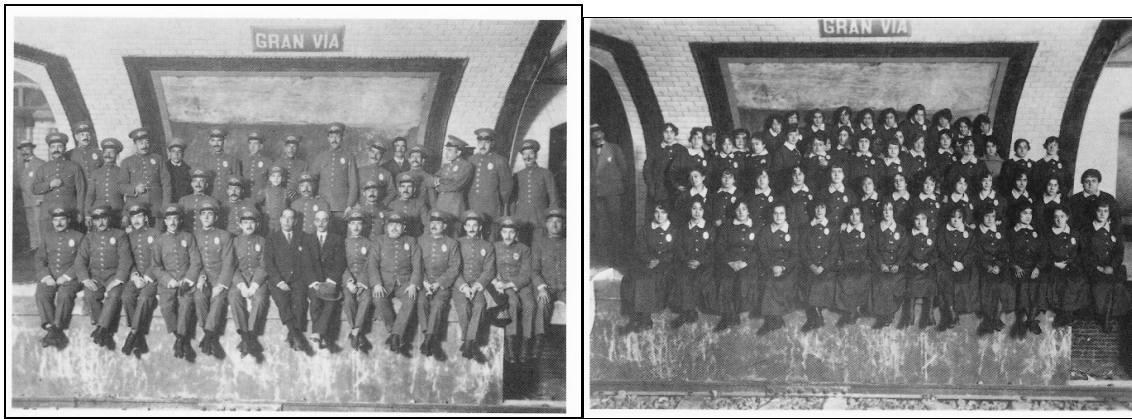
---

<sup>30</sup> BORDERÍAS MONDÉJAR, Cristina: *Entre líneas. Trabajo e identidad femenina en la España Contemporánea. La Compañía Telefónica (1924-1980)*, Icaria, Barcelona, 1993.

<sup>31</sup> Ley de protección de las condiciones de trabajo de mujeres y niños (1900), regulación de la jornada laboral (Real Decreto, RD, de 1902), jornada laboral de ocho horas (RD de 1919), descanso semanal (Leyes de 1900 y 1904), prohibición del trabajo nocturno (Ley de 1912), ocupaciones peligrosas e insalubres para la salud y la reproducción (Ley de 1900, RD de 1908 y Orden de 1911 y 1912), permisos y asistencia por maternidad (Ley de 1900).

<sup>32</sup> El acceso de las mujeres a la administración pública quedó regulado por el Estatuto de Funcionarios Públicos de 1918, que abrió el ingreso a las categorías de auxiliar, dejando a determinar por el Reglamento de aplicación de dicha ley, el acceso a los cuerpos técnicos de la administración.

<sup>33</sup> BENGOCHEA, Soledad: “Los empresarios catalanes ante los proyectos de ley regulando el trabajo de las mujeres (1855-1912)”, en BORDERÍAS MONDÉJAR, Cristina (ed. lit.): *Género y políticas del trabajo en la España contemporánea (1836-1936)*, Icaria, Barcelona, 2007, pp. 97-125.



[Ilustración 8.2. Grupo de conductores y taquilleras de la compañía de metropolitano Alfonso XIII.]

En este proceso de apertura a la mujer de las nuevas ocupaciones de los servicios en el sector privado y público intervinieron varios factores. Por un lado, el desarrollo internacional de la industria a través de las compañías multinacionales, que exportaron su particular modelo de organización, y la expansión de nuevas culturas e imágenes de la mujer a través de los medios de comunicación, con mujeres trabajadoras codo con codo junto a sus compañeros (ver imágenes de la Standard). Por otro lado, el progresivo aumento de los niveles de alfabetización en el ámbito urbano, con la apertura de escuelas y centros específicos para mujeres, entre los que destacaron las escuelas profesionales. Madrid fue pionera y se mantuvo a la cabeza de este proceso. Si en el siglo XIX se fundaron, bajo el impulso de un puñado de personalidades krausistas, la Escuela de Institutrices (1869), la Asociación para la Enseñanza de la Mujer (1870), la Escuela de comercio (1878) o la de Correos y Telégrafos (1883), en el siglo XX se trató de potenciar el acceso de la mujer a enseñanzas profesionales y especializadas. En 1911 se creó la Escuela del Hogar y Profesional de la Mujer y se aprobaron titulaciones femeninas como la de matrona (1904), enfermería (1915), institutrices (1916) y taquigrafía-mecanografía (1916). Además, desde 1910 las mujeres ya no necesitaron el permiso de las autoridades académicas para ingresar en las Escuelas Técnicas Superiores, ni en las facultades universitarias, y ante las enormes dificultades para implantar la coeducación, se procedió a la creación de institutos femeninos de segunda enseñanza desde 1929.<sup>34</sup>

<sup>34</sup> BORDERÍAS MONDÉJAR, Cristina (ed. lit.): *Género y políticas del trabajo en la España contemporánea (1836-1936)*, Icaria, Barcelona, 2007.



[**Ilustración 8.3.** Curso de mecanografía para señoritas, 1925. Fuente: Archivo de la Compañía Telefónica.]

El aumento en la escolarización y una formación profesional orientada hacia determinadas profesiones incrementaron, paulatinamente, la presencia de una mano de obra femenina cualificada y muy especializada, que iba acorde con las propias necesidades de un mercado laboral madrileño mucho más dinámico que en épocas anteriores. El auge de la mediana y gran empresa había precisado de mujeres cualificadas en los tornos y taladros, o en el montaje de los filamentos de la bombilla incandescente, pero también requería la presencia de celadoras, secretarias, mecanógrafas y auxiliares administrativas que supieran llevar una correcta gestión de los archivos de contabilidad de la empresa.

<b>Principales sectores de las mujeres empleadas del Ensanche Sur (1930)</b>				
<b>Sectores</b>	<b>Número</b>	<b>%</b>	<b>Sueldo medio</b>	<b>Sueldo máx.</b>
Porteras de fincas urbanas	531	61,82	349,8	1.800
Empresas privadas	99	11,53	1.722,9	4.800
Comercio	77	8,96	1.161,2	2.880
Educación pública	64	7,45	4.021,4	8.600
Empresas públicas	26	3,03	2.283,0	4.000
Transportes	19	2,21	2.248,1	3.483

[**Figura 8.8.** Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1930. Los salarios son anuales y están expresados en pesetas corrientes. El % se basa en el total de mujeres empleadas de servicios mayores de 14 años.]

En el Ensanche Sur, la mayoría de las mujeres empleadas en los servicios seguían correspondiendo a trabajos para los que no se requería una educación específica, como sucedía con las conserjes y porteras de las fincas urbanas. Pero la nota más llamativa a la altura de 1930 era el espectacular incremento de las empleadas en los diferentes ámbitos de lo público y lo privado, hasta rozar el

40% de las mujeres dedicadas a los servicios. De la escasa veintena de empleadas en 1905 se había pasado a 328 en 1930. Los empleos de oficina en la administración pública, en las fábricas y empresas privadas y en ámbitos como la sanidad o la educación, experimentaron un auge esperado, dada la preparación profesional que había recibido la mujer y los ámbitos donde se le permitía desempeñar su labor.

<b>Mujeres empleadas de los servicios con mejores salarios anuales (1930)</b>					
<b>Nombre</b>	<b>Parentesco y estado civil</b>	<b>Edad</b>	<b>Profesión</b>	<b>Lugar de trabajo</b>	<b>Sueldo</b>
<i><b>Empleadas públicas (educación)</b></i>					
Herminia Mayo	cabeza fam. y soltera	43	profesora	Escuela Normal de maestros	8.600
Elvira López	cabeza fam. y viuda	50	directora	Grupo escolar "Príncipe de Asturias"	8.000
Encarnación Tagüeña	esposa	47	profesora	Escuela Normal de maestros	8.000
Exaltación Ruiz	esposa	63	maestra	Grupo escolar "Príncipe de Asturias"	7.000
Delia García	cabeza fam. y soltera	53	maestra	Grupo escolar "Delgado Crespo"	7.000
<i><b>Empleadas de otros ámbitos de la administración pública</b></i>					
Elvira López-Oliveros	cabeza fam. y soltera	48	empleada	Monte de Piedad	4.750
Desconocido	hija y soltera	21	empleada	M. Hacienda	4.380
Desconocido	hija y soltera	21	empleada	M. Hacienda	4.000
Pilar Ferrer	cabeza fam. y soltera	35	empleada	M. Gobernación	4.000
Celia López de Ochoa	esposa	45	auxiliar de telégrafos	Dirección General de Telégrafos	4.000
<i><b>Empleadas de la empresa privada</b></i>					
Desconocido	hija y soltera	25	mecanógrafa	Cía. Pauloz-Sevant	4.800
Desconocido	hija y soltera	58	dactilográfica	Philips Ibérica S.A.	4.500
Desconocido	hija y soltera	26	taquimecanógrafa	General Motors Peninsular	4.200
Desconocido	sobrina y soltera	26	empleada	Agromán, S.A.	4.000
María García	cabeza fam. y soltera	24	empleada	Standard Eléctrica, S.A.	3.832

[Figura 8.9. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1930. Aparecen tres ámbitos diferentes, con los mayores salarios en cada uno de ellos. Los salarios son anuales y están expresados en pesetas corrientes. El parentesco señalado hace referencia a su situación dentro del hogar familiar.]

Las maestras y profesoras fueron uno de los destinos más socorridos, tanto por la parte vocacional que podía albergar tal camino profesional, como por las sustanciosas remuneraciones que tenían estipuladas en sus contratos, muy superiores al resto de empleadas de los servicios. En ocasiones, la enseñanza era una especie de refugio para mujeres que escapaban a los cánones de la época, de espíritu libre e inquieto, y que podían haber visto frustradas sus ambiciones en

campos como la creación o el pensamiento. Ese podía ser el caso de María Luisa Castellanos, que después de irse de Llanes junto a su marido, el periodista Antonio Alonso Inguanzo, y haber vivido durante varios años en México, había regresado a España y había abierto una academia privada en la calle Delicias de Madrid (ver capítulo 6). María Luisa, periodista y escritora cuya verdadera pasión eran los temas relacionados con la situación de la mujer española de su tiempo y su discriminación respecto al hombre, dejó aparcada su faceta de creadora para centrarse en la enseñanza diaria de su academia.

En los años veinte, alcanzar un buen salario era harto difícil para una mujer del Ensanche Sur si no se dedicaba a la enseñanza y, además, implicaba sacrificios que no se le exigían al hombre. Mientras que los empleados varones con mejores sueldos estaban indefectiblemente casados, las empleadas con las pagas más altas estaban solteras, bien porque todavía eran jóvenes veinteañeras, o bien porque habían permanecido en la soltería al haber antepuesto su carrera profesional o no haber dado con la pareja adecuada. Salvo en el ámbito concreto de la educación, las mujeres que ascendían tanto en la empresa privada como en la administración pública, eran jóvenes solteras, con estudios medios y una preparación profesional en técnicas como la mecanografía. Llegada una cierta edad, en torno a la treintena, o se casaban y perdían su puesto de trabajo o permanecían solteras y se convertían en jefas de taquígrafas o de telefonistas. Las empresas tenían a mano múltiples mecanismos para regular a su conveniencia el tipo de empleadas que deseaban, con prácticas que eran muy difíciles de señalar como discriminatorias, salvo en los perfiles finales de sus plantillas de hombres y mujeres, casi opuestos de lo diferentes que eran.

### **8.3 Grandes almacenes y empleados de comercio. La irrupción de nuevas prácticas de consumo y un cambio en las relaciones laborales del comercio**

Las mujeres tuvieron en las tiendas de comercio otra de sus grandes salidas profesionales. En realidad, el comercio mantuvo su importancia durante el primer tercio del siglo XX para el conjunto del mercado laboral madrileño, tanto para hombres como para mujeres.<sup>35</sup> El fuerte crecimiento demográfico de la ciudad posibilitó que el número de establecimientos comerciales aumentara para abastecer la demanda de su población y, para ciertos artículos, la de los pueblos y localidades más próximas. Madrid, como la mayor aglomeración urbana del país,

---

<sup>35</sup> NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985; NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: "Las dependientas de comercio: Un ejemplo peculiar de trabajo "femenino" en Madrid, en el primer tercio del siglo XIX" en *La mujer en la historia de España (siglos XVI-XX): actas de las II Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*, Universidad Autónoma, Madrid, 1990, pp. 159-176.



era también el mayor centro comercial y de consumo. Su tamaño y la capacidad de gasto de la población eran motores económicos intrínsecos de la ciudad y el comercio, a través de sus actividades y de los puestos de trabajo que generaban, era el mejor exponente de ello.

Al igual que el resto de sectores de la economía madrileña, la actividad comercial experimentó una profunda evolución durante las primeras décadas del siglo XX y la primera piedra la pusieron las nuevas formas de producción de la segunda revolución industrial. La aparición de grandes empresas estructuradas por economías de escala, con una intensa mecanización de los procesos de fabricación y con una nueva organización del trabajo, basada en la producción en cadena, estuvo orientada a la obtención de productos en masa, estandarizados y mucho más baratos, para facilitar la compra por parte de los consumidores. El objetivo era ofrecer bienes accesibles para un mayor número de personas y esto sería posible si la población aumentaba su capacidad de gasto en bienes que no fueran de primera necesidad. El desarrollo de la economía española a partir de la Primera Guerra Mundial hizo posible una “edad de plata”, durante la cual amplias capas de población de las clases populares y trabajadoras vieron cómo mejoraban sus salarios reales, respecto a la etapa de finales del siglo XIX, y cómo, una vez cubiertos los gastos de vivienda y alimentación, disponían de más dinero que en los años anteriores.<sup>36</sup>

Para evitar que ese dinero se convirtiera en ahorros inmovilizados, los comerciantes se vieron en la necesidad de aplicar nuevas técnicas de venta que resultaran más atractivas al consumidor. Si se contaba con grandes empresas que producían masivamente y en cadena, era imprescindible estimular al comprador para que adquiriera esos bienes. La introducción y consolidación del moderno capitalismo en España comenzó a erosionar las viejas prácticas mercantiles de las mercerías, bisuterías y boutiques del centro de Madrid, basadas en una clientela escasa y fija, con precios negociados al regateo y la obligación de comprar algo una vez se entraba en la tienda. A partir de la segunda década del siglo hicieron acto de presencia las primeras cadenas comerciales, como Pescaderías Coruñesas (1911) y Mantequerías Leonesas (1915), con varios locales repartidos por la ciudad, con una política de precios bajos y fijos y con sus productos expuestos a la vista de todo el mundo, con el objetivo claro de hacerse con una clientela lo más numerosa posible.

Junto a la irrupción de estos establecimientos, el desarrollo de la publicidad fue primordial en la modernización de la actividad comercial. La moderna publicidad comercial nació a finales del siglo XIX en EE.UU.<sup>37</sup> y fue

<sup>36</sup> CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier, *Historia económica de la España contemporánea*, Crítica, Barcelona, 2004; ROLDÁN LÓPEZ, Santiago, GARCÍA DELGADO, José Luis y MUÑOZ GARCÍA, Juan: *La consolidación del capitalismo en España*, Confederación Española de Cajas de Ahorro, Madrid, 2 Vols., 1973, Vol. I, pp. 137-266; GONZÁLEZ ENCISO, Agustín y BATÉS BARCO, Juan Manuel (coords.): *Historia económica de España*, Ariel, Barcelona, 2007.

<sup>37</sup> POPE, Daniel: *The making of modern advertising*, Basic Books, New York, 1983.

tanto el reflejo de un cambio social como la impulsora de otros en el futuro, al sentar las bases de la sociedad de consumo posterior a la Segunda Guerra Mundial. La industria productora de bienes de consumo, a través de las agencias de publicidad que fueron apareciendo en el país, comenzó a interpelar al ciudadano, a través de la prensa fundamentalmente, con un discurso que atribuía a la industria la capacidad de hacer llegar *a todos* sus productos, que, además, eran necesarios *en la vida moderna*.<sup>38</sup> Un discurso que hablaba de productos para pobres y ricos, aunque en realidad se dirigía fundamentalmente a las nuevas clases medias y altas urbanas, a los profesionales y empleados que tenían una mayor capacidad de gasto y que tanto habían prosperado en Madrid desde comienzos de siglo. Un granero de compradores a los que la publicidad no sólo intentó venderles sus productos, sino también transformarlos en consumidores.<sup>39</sup>

La moderna publicidad creó la necesidad de consumir, tanto bienes duraderos (gramófono, batería de cocina, máquina fotográfica, máquina de coser, máquina de escribir, etc.) como de consumo más rápido (productos de higiene y estética como jabones, perfumes, cosméticos, etc.). Incluso bienes de lujo como el coche se hicieron asequibles para esas clases medias profesionales con la difusión del famoso *Ford T*, cuyo precio rondaba las 4.250 pesetas en 1926, el sueldo anual de un empleado oficial del ferrocarril. Durante los décadas de 1910 y 1920 se pusieron en práctica nuevas técnicas de venta, como la venta a plazos, el sistema de cupones en los anuncios, el reparto de muestras gratuitas de algunos productos, la venta por correspondencia a través de folletos y catálogos, o el auge del escaparatismo en el centro de la ciudad, para lo cual la flamante avenida de la Gran Vía, inaugurada tramo a tramo durante esos años, fue el trampolín definitivo para las nuevas formas de compra y venta, la cuna del consumismo moderno.<sup>40</sup>

La aparición de los primeros grandes almacenes, ubicados precisamente en la Gran Vía, fue la culminación a esa doble evolución de los espacios físicos del comercio y de las técnicas de venta magnificadas con la publicidad. Madrid

---

<sup>38</sup> ARRIBAS MACHO, José María: “Antecedentes de la sociedad de consumo en España: de la dictadura de Primo de Rivera a la II República”, en *Política y sociedad*, nº 16 (1994), pp. 149-168.

<sup>39</sup> RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: “Ocio, consumo y publicidad en España: 1898-1920”, en *Modernizar España (1898-1914). Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras*, UCM, 2006; “Anunciar es vender: nacimiento y desarrollo de la publicidad en la España del primer tercio del siglo XX”, en HEREDIA, Iván y ALDUNATE, Óscar (coords.): *Actas del I Encuentro de Jóvenes Investigadores de la AHC*, Zaragoza, 2007; “Hábitos de consumo y publicidad en la España del primer tercio del siglo XX, 1900-1936”, en *Actas de las VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos*, ANABAD-Asociación de Amigos del AHPGU, Toledo, 2007, Vol. 1, pp. 213-245; “La publicidad comercial como elemento de modernización en la España del primer tercio del siglo XX”, en *X Congreso de la AHC. Nuevos horizontes del pasado: culturas políticas, identidades y formas de representación*, Universidad de Cantabria, Santander, 2010.

<sup>40</sup> RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: “*Quien no anuncia no vende.*” *La publicidad y el nacimiento de la sociedad de consumo en la España del primer tercio del siglo XX*, Trabajo Académico de tercer ciclo, Universidad Complutense de Madrid, 2008.

llegó tarde al fenómeno de los grandes centros comerciales. París los vio nacer en el remoto año de 1852, con *La Maison du Bon Marché*, al que siguieron *La Samaritaine*, *Le Printemps*, y *Les Galeries Lafayette Haussmann*; Marshall Field's en Chicago; McCreary's y Abraham & Strauss en Nueva York; y la cadena alemana *Karstadt*, todos ellos del siglo XIX; o *Selfridge's* y *Harrod's* en el Londres de principios de siglo XX.<sup>41</sup> En España, la primera ciudad en albergar grandes establecimientos fue Barcelona, con los Almacenes El Siglo, en 1878, y Almacenes Capitol, en 1916.<sup>42</sup> Madrid no los vería hasta 1921, cuando los Almacenes Rodríguez abrieron sus puertas “con el objeto de establecer, en los nueve pisos de que consta, sus grandes almacenes (por el estilo del Louvre o galerías Lafayette de París) de cortinajes, juguetería, objetos de arte, vestidos, perfumería, muebles, etc.”<sup>43</sup> Poco después, en 1924, se inauguró el segundo gran centro comercial de la capital, los almacenes Madrid-París, y en 1926 le tocó el turno a los Almacenes Progreso.



[Ilustración 8.4. Vista de los grandes Almacenes Rodríguez, tanto de la fachada exterior, como de la visita guiada que tuvo S.M. el Rey Alfonso XIII el día de su inauguración, 1921. Fuente: Mundo Gráfico.]

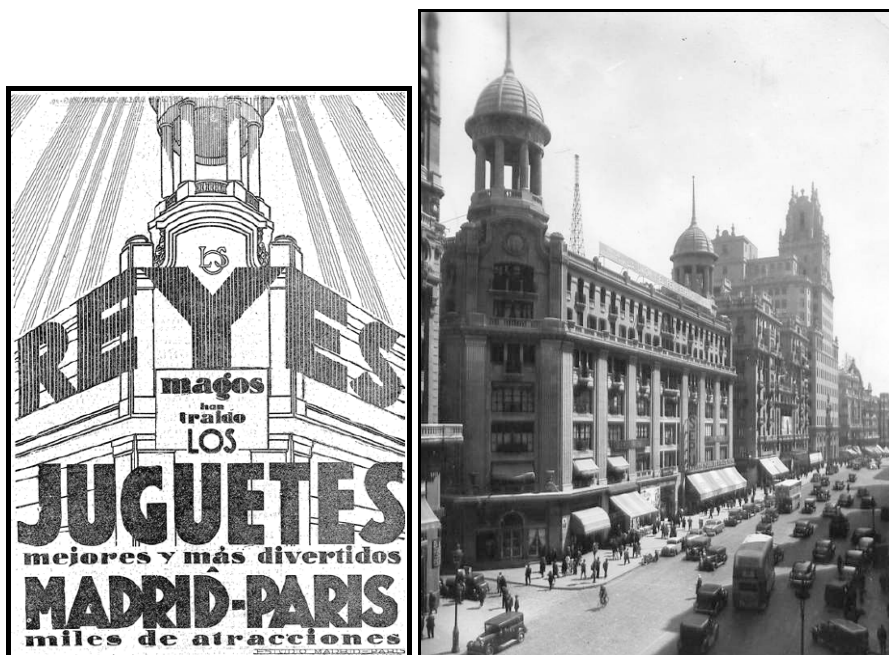
Al igual que sus homólogos europeos y americanos, las modernas catedrales madrileñas del consumo eran enormes edificios de varias plantas. “Algunos soñaban con grandes almacenes que habían de tener diez, doce o quince plantas. Los soñadores de grandes almacenes soñaban con

<sup>41</sup> CROSSICK, Geogrey y JAUMAN, Serge: *Cathedrals of consumption. The European department store (1850-1939)*, Ashgate Publishing, Aldershot, 1999; RAPPAPORT, Erika Diane: *Shopping for pleasure. Women in the making of London's West End*, Princeton University Press, Princeton y Oxford, 2000.

<sup>42</sup> FACIABÉN LACORTE, Patricia: “Los grandes almacenes en Barcelona”, en *Scripta Nova. Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Vol. 7, nº 140 (2003).

<sup>43</sup> Fuente: *La Construcción Moderna*, 30 de mayo de 1921.

*rascacielos.*”<sup>44</sup> El propio tamaño del edificio, la amplitud de espacio de las plantas y la abundancia de objetos y bienes de lo más diversos ya eran acicates en sí mismos para que la persona que entrara en ellos acabara comprando algún artículo. “*Los grandes almacenes grandes de verdad tienen más artículos, más ascensores, más compradores, escaleras, escaleras mecánicas, cajas, vendedores, uniformes, expositores, cajas de madera y cartón. Naturalmente, los artículos parecen más baratos de lo que son, ya que, cuando hay tantos juntos, no pueden por menos de considerarse a sí mismos objetos de poco valor.*”<sup>44</sup>



[Ilustración 8.5. Vista exterior de los grandes almacenes Madrid-París y de uno de sus anuncios publicitarios durante la campaña de Navidad, 1930. Fuente: ABC.]

Nada se dejaba al azar, desde las campañas publicitarias que anunciaban fantásticas rebajas en los juguetes más divertidos de Madrid, hasta el diseño interior de las plantas y las escaleras del edificio. *Las escaleras mecánicas ni siquiera suben: dan vueltas. Cada escalón asciende con un comprador, como si temiera que este pudiera retroceder. Lo conducen hasta los artículos a los que quizá no se hubiera acercado en una escalera convencional. Por supuesto que también hay escaleras convencionales, pero están siempre “recién enceradas”.* Incluso llegaban a recurrir a la contratación de un personal radicalmente nuevo, femenino, que aportaba una imagen distinta. “*De poco tiempo a esta parte las chicas comienzan a trabajar en oficinas y en tiendas en una cantidad cada vez mayor. Muy guapas, con un uniforme negro de satén y un delantalito chiquitín, que venden cuatro veces más que los dependientes antiguos.*” Todo estaba

<sup>44</sup> ROTH, Joseph: “Los grandes almacenes grandes de verdad”, en *Münchener Neueste Nachrichten*, 1929.

enfocado a que el consumidor se sintiera atraído, que viera el hecho de comprar con otros ojos, como una novedosa actividad de ocio, propia de los tiempos modernos. “*Todo está al alcance de todos. Todo es accesible a todos.*”<sup>44</sup>

Claro que no todo el comercio de la ciudad se convirtió en un gran almacén con modernas técnicas de venta. La densa red de tiendas de barrio pervivió porque seguía siendo imprescindible. Los ultramarinos, las panaderías, las tiendas de leche y huevos, las carbonerías o las cacharrerías, mantuvieron a su vecindario popular y cotidiano, que no tenía tiempo de acercarse al centro sólo para hacer la compra diaria ni encontraba allí los habituales productos de comer, beber y arder a los mismos precios. La gente siguió abasteciendo la cesta diaria de la compra en los barrios donde vivían, bien en las pequeñas tiendas o bien en los mercadillos al aire libre, que seguían celebrándose en los barrios populares de la ciudad, aunque también en este terreno se estaban produciendo cambios significativos.

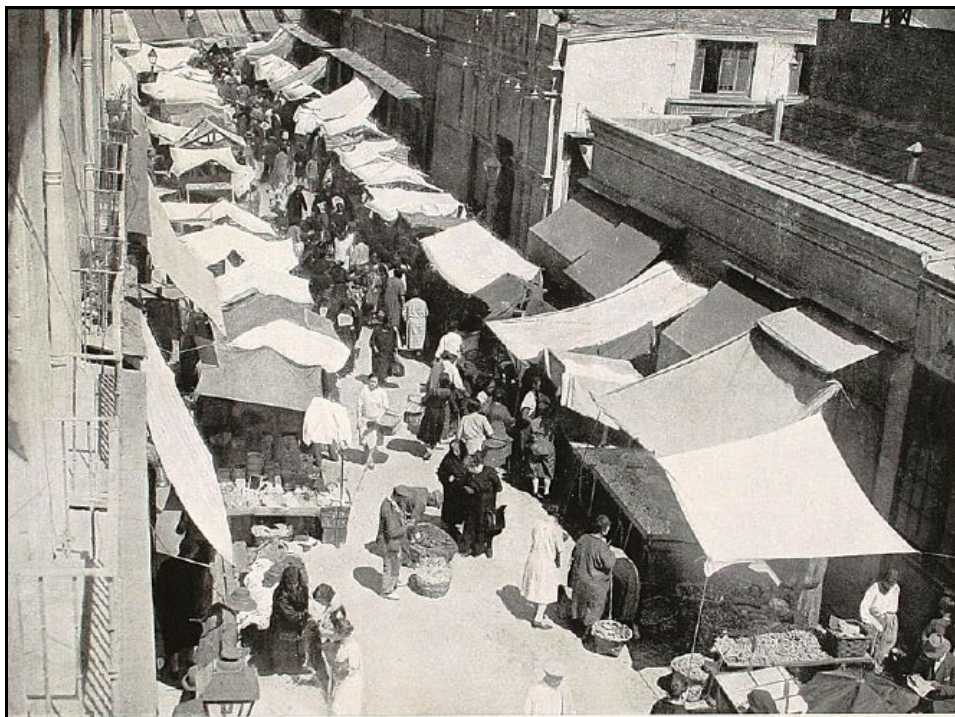
En 1929, los cuatro mercados cerrados de la Plaza de la Cebada, de la Paz, de Argüelles y de San Antonio, se habían quedado anticuados, no contaban con los servicios higiénicos adecuados y eran claramente insuficientes para el abastecimiento de la ciudad. Debido a ello, los mercados callejeros habían proliferado por multitud de calles, como Santa Isabel, Torrecilla del Leal, Lavapiés, Ruda, Vistillas, Corredera de San Pablo, etc., así como la venta ambulante por parte de personas que no eran comerciantes con un puesto fijo por el que pagaran una contribución y a las cuales resultaba muy complicado realizar una inspección por parte de las autoridades sanitarias. Para resolver definitivamente cualquier problema de abastecimiento de una ciudad que rozaba el millón de habitantes, y lograr unas condiciones sanitarias adecuadas, el Ayuntamiento proyectó la construcción de un mercado por distrito “*con todas las condiciones exigidas a esta clase de establecimientos*”, así como la reforma del antiguo matadero de la Puerta de Toledo para adaptarlo a un mercado de abastos.<sup>45</sup>

La irrupción de los grandes almacenes no alcanzó un impacto generalizado en el consumo diario de la población, apegado aún a las tradicionales formas del mercado o de la tienda de barrio, pero sí tuvo una incidencia más generalizada en las relaciones laborales entre patronos y trabajadores del mundo del comercio. No fue un cambio repentino de un año para otro, pero las diferencias sí eran importantes entre el Madrid de 1900 y el Madrid de 1930. Hasta entonces, el mundo del pequeño comercio se había basado en unas relaciones de parentela y fuerte dependencia hacia el propietario de la tienda. Normalmente, éste recurría a sus hijos, o a familiares como los sobrinos, para que le ayudaran en las tareas de barrer la tienda, reponer los mostradores, despachar tras el mostrador, o acudir a las casas de los clientes para llevarles la compra o el pedido del día. Cuando no era así, el dueño contrataba a una persona

---

<sup>45</sup> AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Memoria. Información sobre la ciudad*. 1929, Madrid, 1929, pág. 124.

como dependiente, que pasaba a formar parte del hogar de su amo. El dependiente vivía en la misma tienda donde trabajaba y era alimentado por esa familia como parte del pago (en especie) a sus servicios. Más que un empleado, era un criado del dueño, tanto en las horas de trabajo, como al finalizar la jornada, cuando la familia se iba a la cama y el dependiente era apartado de la vivienda familiar.<sup>46</sup> *“A Manuel le ponían un jergón y unas mantas detrás del mostrador. Allí dentro, de noche sobre todo, olía a berza podrida; pero más que esto aún molestaba más a Manuel el levantarse de madrugada, cuando el sereno daba dos o tres golpes con el chuzo a la puerta de la tienda.”*<sup>47</sup>



[Ilustración 8.6. Mercadillo en la calle de Santa Isabel, 1929.]

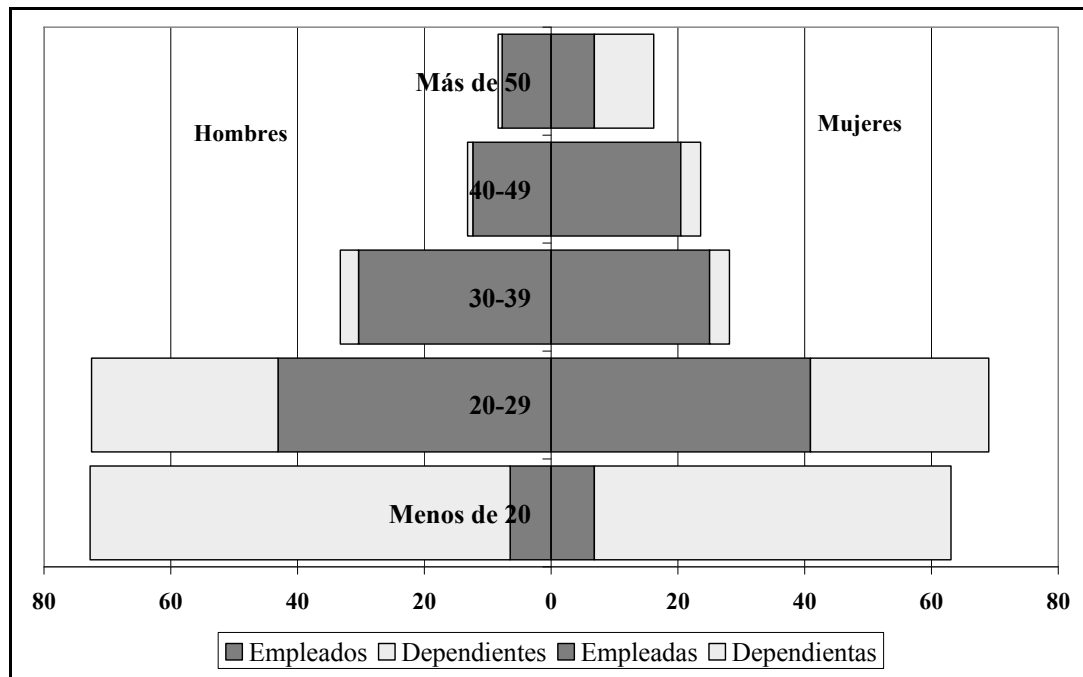
El dependiente solía ser un chico con menos de 20 años, que solía ser colocado en las tiendas por familias pobres que, de esa forma, se libraban de la preocupación por alimentar a su hijo y, al mismo tiempo, le ofrecían una oportunidad para que se iniciara como empleado en el mundo del comercio. *“Entre mi madre y la señora Pascuala acuerdan que debo entrar de chico en una buena tienda. Con lo que sé, en cuanto pase el aprendizaje, seré un buen comerciante y haré carrera. Mi madre me lleva a una tienda de bisutería. El dueño, don Arsenio, concierta con mi madre las condiciones: - Trabajar, hay que trabajar, pero el chico comerá como un príncipe. Tendrá la comida, ropa limpia y la cama. Diez pesetas al mes y las propinas.”*<sup>48</sup>

<sup>46</sup> CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Editorial Complutense, Madrid, 2008.

<sup>47</sup> BAROJA, Pío: *La lucha por la vida I. La busca*, Madrid, 1904-1905.

<sup>48</sup> BAREA, Arturo: *La forja de un rebelde I. La forja*, capítulo I. Buenos Aires, 1951

### Edad de los trabajadores del comercio del Ensanche Sur (1930)



[Figura 8.10. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1930. Muestra de población: empleados y dependientes de comercio. Los datos son porcentuales.]

La práctica habitual era que el chico aguantara unos veinte años ese régimen de pupilage en un trabajo exigente y diario, con una paga exigua que muy pocas veces veían, bien alimentado los más afortunados y durmiendo y viviendo lejos de la familia. El sueño era abrir tienda propia una vez fuera liberado por el patrón y con los ahorros que éste le hubiera anotado en *la libreta de sueldos y propinas* durante todos esos años. Muy pocos lo conseguían, bien por el trato exigente del dueño o por la propia voluntad del dependiente, que prefería tener una vida propia, lejos de la mirada de su jefe.

En 1930 la figura del dependiente estaba en franco retroceso entre los trabajadores del comercio (figura 8.11) y había emergido la del empleado. Los cambios producidos por la economía capitalista, con establecimientos más grandes, con técnicas de venta más complejas y depuradas, necesitaban a un personal distinto a los *chicos de comercio*. Los grandes almacenes eran como las modernas fábricas y empresas privadas de la electricidad y las finanzas. Existían diferentes departamentos, jefes de planta, encargados, agentes de publicidad, jefes de ventas y empleados que debían gestionar una empresa y, al mismo tiempo, ofrecer una imagen y un servicio de atención a una clientela que no iba allí a comprar el pan o la leche. Se necesitaban empleados adultos, no niños de diez o doce años a los que sus familias buscaban desesperadamente colocar para que tuvieran trabajo, comida y cama donde dormir. Los empleados, en cambio, acudían a la tienda sólo para trabajar y cuando la jornada finalizaba, después de cerrar al público, recoger la tienda y cuadrar la caja de caudales, se iban a sus casas, junto a sus familias, o donde ellos quisieran, sin que nadie les dijera cuándo debían irse a la cama.



Trabajadores del comercio del Ensanche Sur				
	Hombres		Mujeres	
	1905	1930	1905	1930
Empleados	9,3	63,9	33,3	57,1
Dependientes	90,7	36,1	66,7	42,9

[Figura 8.11. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1905 y 1930. Muestra de población: empleados y dependientes de comercio. Los datos son porcentuales.]

Ese cambio fundamental en el personal de los comercios terminó por contagiarse al pequeño negocio de barrio, a las tiendas de ultramarinos, a las panaderías, tiendas de leche, pastelerías y bisuterías tradicionales. La progresiva desaparición del pupilaje resultaba imprescindible si los empleados de comercio deseaban mejorar sus condiciones de trabajo. Para ser libres como cualquier otro empleado de una empresa o de la administración, para disponer de una relación laboral basada en un contrato estable, firme y con un sueldo regularizado, debían salir de las tiendas, no vivir más en ellas, ni comer del plato que le pusiera el dueño. Y la clave para conseguirlo estaba en los salarios, que debían ser más altos y cobrados en dinero, y no en especie, como sucedía con los dependientes. Ahí radicaba el pozo de todos los males para el dependiente de comercio. Casa y comida suponían una renuncia a la libertad, y el que pretendía seguir trabajando en la tienda, pero lejos de la tutela del amo, sufría enormes apuros económicos por su miserable sueldo.

*“Un día hago una descripción fantástica de la comida y hablo de los filetes cubiertos de patatas fritas doradas, las rajas gordas de merluza, el cordero y el cochinillo asados, los pollos y las langostas...”*

*- Vea usted, Rafael, lo que se ha perdido. No puede uno enamorarse. El domingo se vienen su mujer y usted a comer a casa.*

*Rafael no soporta los comentarios y se queja.*

*– Si este hombre me aumentara el sueldo con sólo lo que se gasta en convidarme, me solucionaba el problema.*

*Porque Rafael, el dependiente mayor, gana doce pesetas al mes, para vivir él, su mujer y lo que venga, que ya está en camino.”*

Arturo Barea, *La forja de un rebelde I. La forja*, capítulo II.

En 1930, la práctica totalidad de los dependientes de comercio no superaba las 80 pesetas mensuales de salario, mientras que los empleados se situaban en torno a las 2.000 y 3.000 pesetas anuales y una significativa minoría superaba esa cifra y volaba por encima de las 4.000 pesetas (figura 8.12). Para ellos, el empleo en un comercio se había convertido en algo parecido al trabajo en las oficinas de una empresa o de un banco. Era un trabajo para toda su vida,



no sólo para la niñez, porque estaba relativamente bien pagado y se podía vivir del sueldo recibido. Además, el capitalismo de la segunda revolución industrial había trastocado completamente el panorama. La aparición de grandes centros comerciales, con varias plantas llenas de bienes *fantásticos y modernos*, anunciados a bombo y platillo en los periódicos, revistas y programas de radio de la época, hacían muy difícil, por no decir imposible, que un chico abriera su propia mercería en una buena calle, después de veinte años como dependiente de un pequeño comerciante, quizá alimentado por pollos y rajas de merluza, pero con unos ahorros insuficientes para poner en marcha un negocio. Ya no era como a principios de siglo: en 1930 se precisaba del capital necesario para anunciarse en prensa, contratar a empleados con un sueldo anual, moverse por redes de distribución e importación a escala nacional de mayor complejidad y tener la capacidad de endeudamiento suficiente para resistir los primeros momentos, hasta comenzar a obtener beneficios. Abrir un ultramarinos en la esquina del barrio seguía siendo factible, pero más allá el riesgo aumentaba.

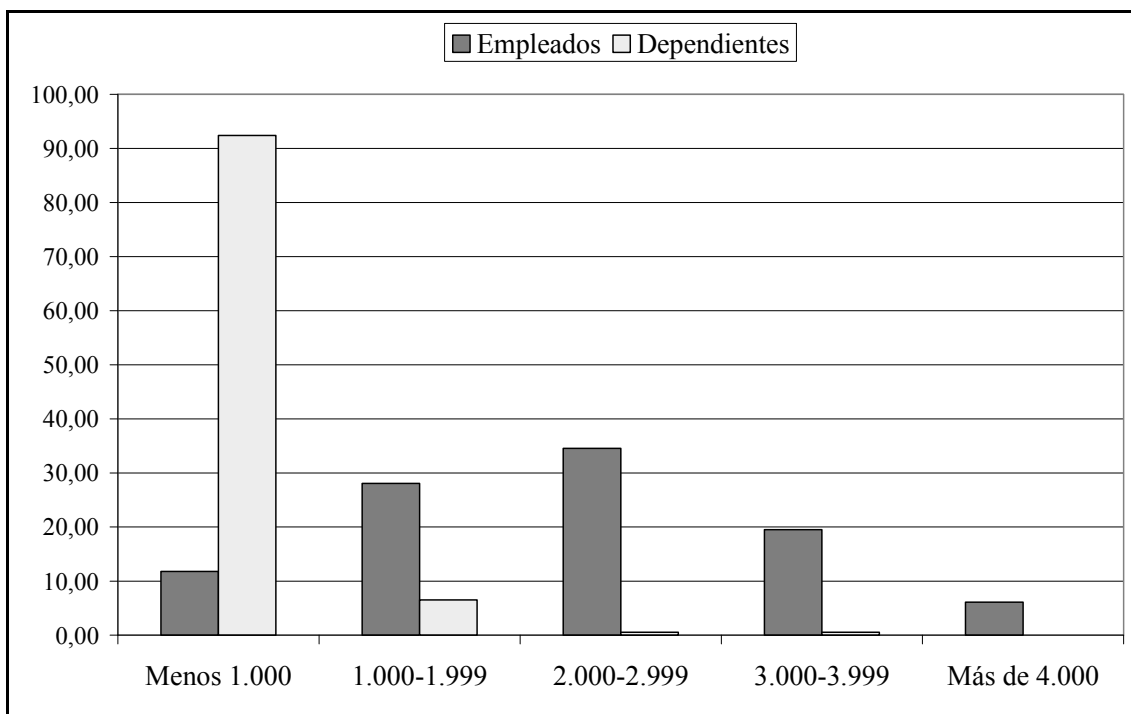
En realidad, la irrupción de la economía capitalista había cambiado las expectativas de futuro de los trabajadores. Ya no se aspiraba a ser el dueño de la tienda, a base de resistir años de abusos y explotación. En 1930 la aspiración consistía en ser empleado de comercio y prosperar dentro de la profesión a base de aumentar los salarios, promocionar a puestos de responsabilidad o trabajar en establecimientos con mejores condiciones laborales. Una situación similar a la de la empresa privada, pues tampoco todos los empleados de comercio desempeñaban la misma tarea: unos podían trabajar directamente con el público y otros permanecer en las oficinas, ocupados de la correcta recepción de mercancías, de la contabilidad del negocio, del diseño en la nueva campaña publicitaria o de los viajes comerciales para cerrar acuerdos con clientes y proveedores.

José María Garitagoitia Rabadán era uno de los empleados mejor pagados del Ensanche Sur como comerciante de los Almacenes Progreso, con un sueldo de 6.000 pesetas al año más comisiones, lo que equivalía a un sueldo de jefe de negociado en el ferrocarril. José María Leis Rodríguez era empleado jefe en los almacenes Madrid-París y ganaba 4.200 pesetas, mientras que Anastasio Casado de Miguel trabajaba para los Almacenes Simeón y cobraba más de 4.500 pesetas al año. Todos ellos estaban casados, tenían hijos y no necesitaban que su jefe les convidara el domingo para comer decentemente. Tenían su propia vida, gracias a su trabajo y a su salario. Un cambio que también había sido posible gracias a las conquistas realizadas por sus asociaciones sindicales durante el periodo revolucionario de 1917-1920, a pesar de haberse mostrado como uno de los grupos de trabajadores menos reivindicativos.<sup>49</sup>

---

<sup>49</sup> SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid, 1901-1923*, Cinca, Madrid, 2005. Su baja actividad respecto a otros grupos se debía a la fuerte dependencia que tenían respecto al patrón y que les hacía temer por las represalias que éste pudiera adoptar, la corta edad de muchos de sus miembros, los extensos horarios laborales y el régimen de internamiento que les impedían acudir con libertad a centros

### Escala salarial de los trabajadores del comercio en el Ensanche Sur (1930)



[Figura 8.30. Fuente: Elaboración propia, AVM, Estadística, padrón municipal de 1930. Muestra de población: empleados y dependientes de comercio varones. Los datos son porcentuales y los sueldos (anuales) están expresados en pesetas.]

Los cambios en el comercio eran de tal naturaleza, que afectaban incluso a tareas antiguas como el reparto a domicilio por las casas de los clientes. En 1930, Santos Redondo García trabajaba como empleado y repartidor para la antigua panadería Viena-Capellanes, que fue regentada por los hermanos Baroja y que a principios de siglo fue adquirida por la familia Lence. Desde entonces, había emprendido una expansión comercial, con varias tiendas distribuidas por la ciudad, y una amplia diversificación en sus productos (pastelería, chocolates, salones de té, fiambres, bocadillos, etc.).<sup>50</sup> Esa política de expansión también incluyó la modernización de servicios como el reparto a domicilio.

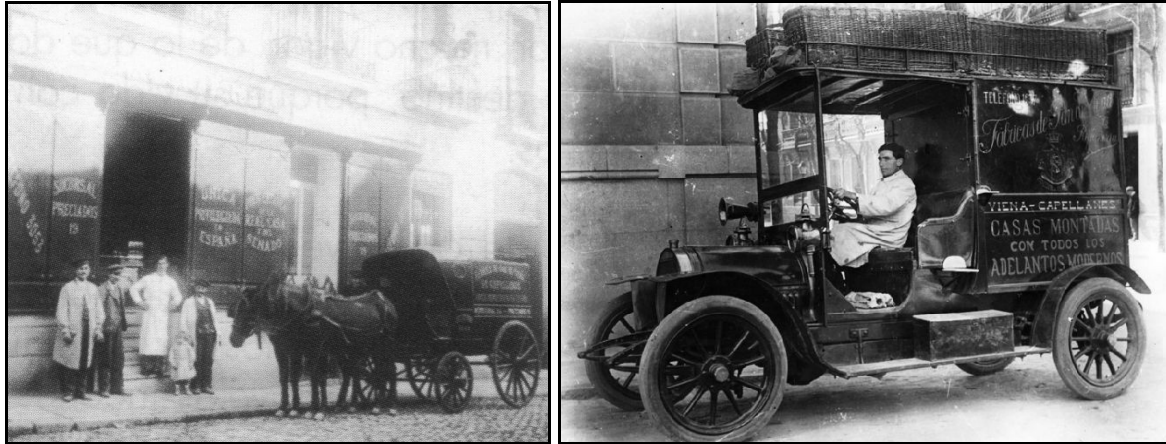
Santos era uno de los empleados que se encargaba de ello, pero ya no lo hacía como en el siglo XIX o a principios de siglo, cuando los jóvenes dependientes se pasaban media mañana recorriendo las calles con los bultos a cuestas, o tirando de carros repletos de pedidos. En 1930 Santos conducía unos automóviles que causaban sensación, con las cestas de pasteles y panes agitándose en la parte de arriba y una enorme bocina que anunciaba la llegada del repartidor de Viena-Capellanes, *“la casa montada con todos los adelantos*

---

como la Casa del Pueblo y el hecho de que muchos de ellos se oponían a una acción de protesta huelguística y asumían su condición como una especie de “peaje” para lograr su sueño de ser, algún día, dueños de su propia tienda.

<sup>50</sup> SIMÓN RUIZ, Ana: *Historia de una empresa centenaria: Viena-Capellanes (1873-2002)*, Arias Montano, Madrid, 2003.

*modernos*”, como rezaba en uno de los costados del automóvil. Santos no ganaba demasiado, seis pesetas diarias, el equivalente a un jornalero de la construcción o del ferrocarril, pero era mucho más de lo que ganaban los antiguos mozos de comercio de principios de siglo.



[Ilustración 8.7. Repartidores de la tienda Viena-Capellanes. Hacia 1900 (foto de la izquierda) y hacia 1925 (foto de la derecha).]

#### 8.4 La tierra de las oportunidades. Nuevo mapa de las profesiones y análisis generacionales

Santos era un ejemplo más de cuánto había cambiado la ciudad en los últimos veinte años. Madrid no era la misma ciudad en las vísperas de la proclamación de la II República que a principios de siglo, cuando Alfonso XIII inició su reinado siendo un adolescente. La ciudad había sabido aprovechar su condición de capital política del país y su fuerte crecimiento demográfico para adaptarse a las profundas transformaciones de la segunda revolución industrial. Aunque mantenía resabios de la época anterior, como la pervivencia del pequeño comercio tradicional o la existencia de muchos jornaleros que seguían sin declarar a qué se dedicaban o dónde trabajaban, la nota característica era la notable transformación de su mercado laboral, incluidos sectores tradicionales como la construcción. La aparición de grandes empresas y fábricas privadas había supuesto una mejora sustancial en las condiciones laborales de los trabajadores y había incidido en la necesidad de formar una mano de obra más cualificada y mejor preparada. Grandes empresas que influyeron en la aparición de otras más pequeñas en los más diversos sectores y que eran fruto de una economía más compleja e interconectada.

La evolución del modelo económico de la ciudad tuvo en el Ensanche Sur a uno de sus principales responsables. El desarrollo de nuevos campos de actividad, como la metalurgia y la energía, y la aparición de un importante

entramado empresarial se plasmaron en una estructura profesional mucho más compleja que a principios de siglo, cuando la figura del jornalero era apabullante, casi absoluta. El cambio experimentado en el Ensanche Sur fue de tal calibre que tuvo un reflejo directo en el conjunto de la ciudad, en un proceso de segregación socioprofesional que mostraba significativas pervivencias y notables novedades.<sup>51</sup>

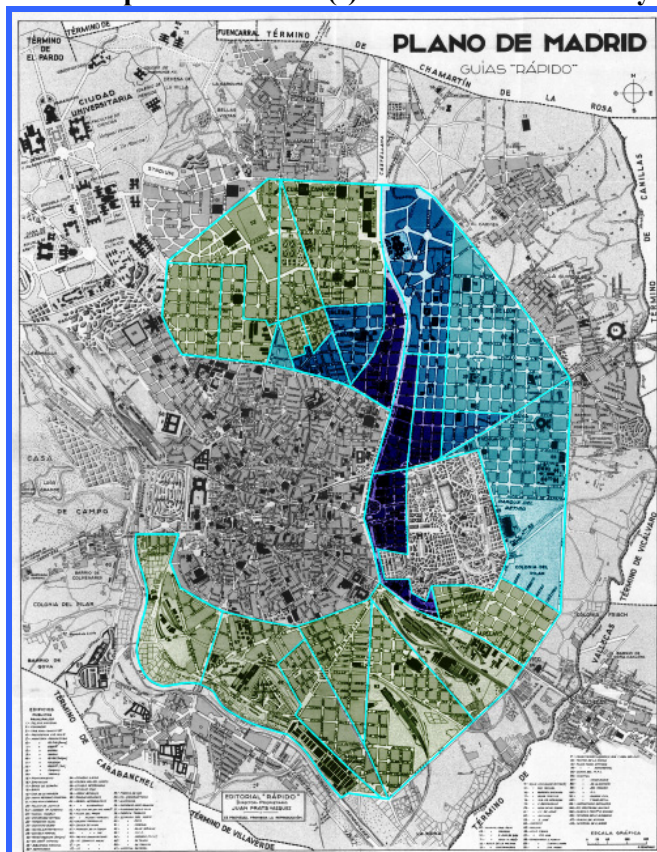
El grupo de las profesiones liberales, que agrupaba a buena parte de la élite profesional, mantenía su extrema segregación espacial de principios de siglo en las orillas de la Castellana. Los barrios de Retiro, Biblioteca, Fernando el Santo y Conde de Aranda era donde más se hacían notar los diplomáticos, los catedráticos, los ingenieros, los periodistas, los abogados, los artistas, los médicos, los publicistas, etc. Se movían en los barrios más caros, donde los inmuebles eran más floridos por fuera y lujosos por dentro, donde menudeaban los palacetes de aristócratas y ricos propietarios, por donde rugían los coches más elegantes y se celebraban las fiestas más selectas de la ciudad. Como a principios de siglo, a medida que se alejaba de la Castellana, su figura se diluía rápidamente hasta volverse insignificante respecto al resto de la población activa. Era el grupo profesional que menos cambios había experimentado durante el primer tercio del siglo XX. En 1930, estos profesionales seguían aferrados a sus barrios de siempre.

El reverso de la moneda eran los trabajadores no cualificados, tanto por su grado de cualificación y condiciones laborales, como por la ciudad que dibujaban con sus lugares de residencia. Su figura recorría el camino inverso al profesional liberal: a medida que la lejanía de los barrios respecto a la Castellana se acrecentaba, la concentración de trabajadores no cualificados se intensificaba. Eran dos ciudades espejo, una frente a otra. Los trabajadores no cualificados, al igual que los profesionales liberales, mostraban una fidelidad a las zonas que ya ocupaban mayoritariamente a principios de siglo, como eran los barrios del noroeste y del sur, pero también presentaban novedades a tener en cuenta.

---

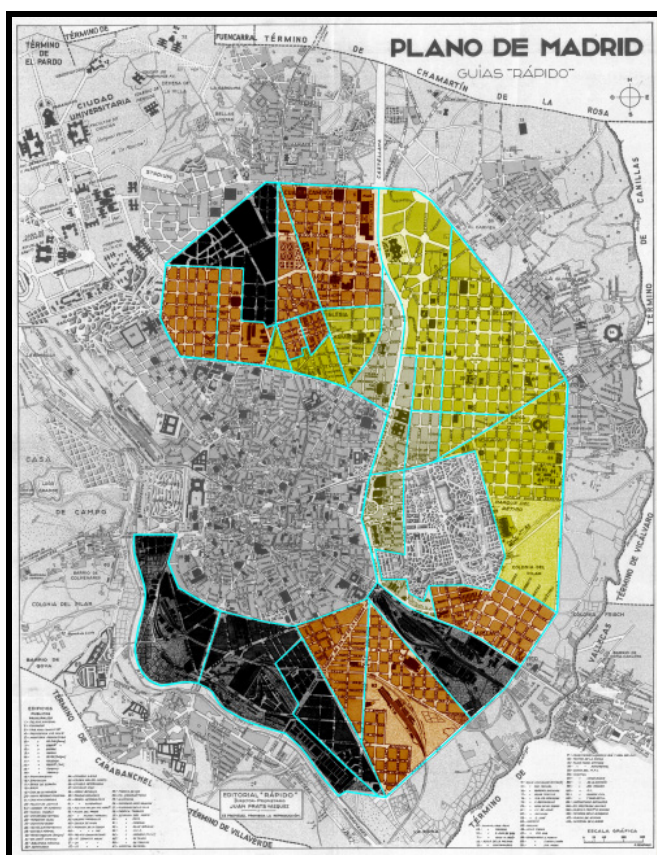
<sup>51</sup> La confección de los siguientes planos de profesiones es elaboración propia y sigue el mismo criterio que los planos de 1905 (ver capítulo 4). Para ello he contado con los datos de las zonas Este y Norte, pertenecientes a Borja Carballo y Rubén Pallol, respectivamente.

### El Mapa de los oficios (I). Profesiones liberales y trabajadores no cualificados (1930)



[Ilustración 8.8]

Prof. Liberales	
Muy alto	+ 13%
Alto	9-13,5%
Moderado	4,5-9%
Bajo	0-4,5%



[Ilustración 8.9]

No cualificados	
Muy alto	+ 36%
Alto	24-36%
Moderado	12-24%
Bajo	0-12%

En primer lugar, sus niveles de concentración se habían reducido notablemente, fruto de su descenso general en el mercado laboral madrileño. Si en 1905 los “barrios más jornaleros” presentaban bolsas de trabajadores no cualificados que superaban los dos tercios de su población activa, en 1930 giraban alrededor del 40%. Y en segundo lugar, el Ensanche Sur dejó de tener a todos sus barrios en las cotas más altas de concentración, gracias a las drásticas reducciones en Delicias (pasó de un 66% en 1905 a un 29% en 1930) y Santa María de la Cabeza (de un 66% pasó a un 31%). Había menos debido a la evolución del modelo económico de la ciudad, pero también porque muchos de ellos estaban eligiendo la zona del Extrarradio como lugar predilecto para residir (ver planos de movilidad en el capítulo 6). Allí era mucho más barato vivir que en los barrios del Ensanche Sur, cuyos alquileres se habían encarecido en los últimos años, y la lejanía quedaba amortiguada gracias al desarrollo de medios de transporte urbanos como el tranvía y el metro.

Los mayores cambios en la segregación espacial por oficios se produjeron en las categorías de los trabajadores cualificados y de los empleados, y en ambas el Ensanche Sur fue un protagonista destacado. Durante el primer tercio del siglo XX se había confirmado como el referente indiscutible de la economía industrial para la ciudad, gracias a la presencia del ferrocarril y a la incorporación de importantes empresas de la segunda revolución industrial, que se añadieron a las fábricas, almacenes y talleres vigentes desde el siglo anterior. Se configuró un denso tejido industrial y empresarial, con una mezcla de gran empresa y pequeño taller que atrajo a miles de trabajadores cualificados, que veían al Ensanche Sur como la zona con las mejores oportunidades de empleo por la abundancia de centros de trabajo. Su elevada concentración, casi monolítica, contrastaba con la dispersión de principios de siglo y su escasa presencia en los barrios que, en 1930, se habían convertido en su mayor hogar.

Ese mismo conglomerado empresarial era el principal responsable del espectacular crecimiento del grupo de empleados y servicios en el Ensanche Sur. Como se analizó en el capítulo anterior, las empresas necesitaban para su normal funcionamiento económico plantillas que contaran con escribientes, contables, secretarías, empleados de oficina, directores y jefes de sección, etc. A ellas se unieron la irrupción de los nuevos medios de transportes, con el boom de los chóferes, las transformaciones del mundo comercial y el desarrollo del sector de las comunicaciones y de la banca y las finanzas. Todos ellos, junto a los empleados de la Administración pública, habían hecho de Madrid la ciudad del cuello blanco por excelencia, la gran colmena de los empleados de servicios, cuya figura simbolizó, como ninguna otra, la modernización de la economía madrileña.

Las huellas de los empleados eran omnipresentes por toda la ciudad. Ninguno de los barrios del Ensanche presentaba bajos niveles de concentración. Los barrios céntricos habían aumentado su especialización como área de servicios a raíz de las reformas del triángulo Puerta del Sol-Neptuno-Cibeles y de la construcción de la Gran Vía. Una gran parte de los empleados que trabajaban

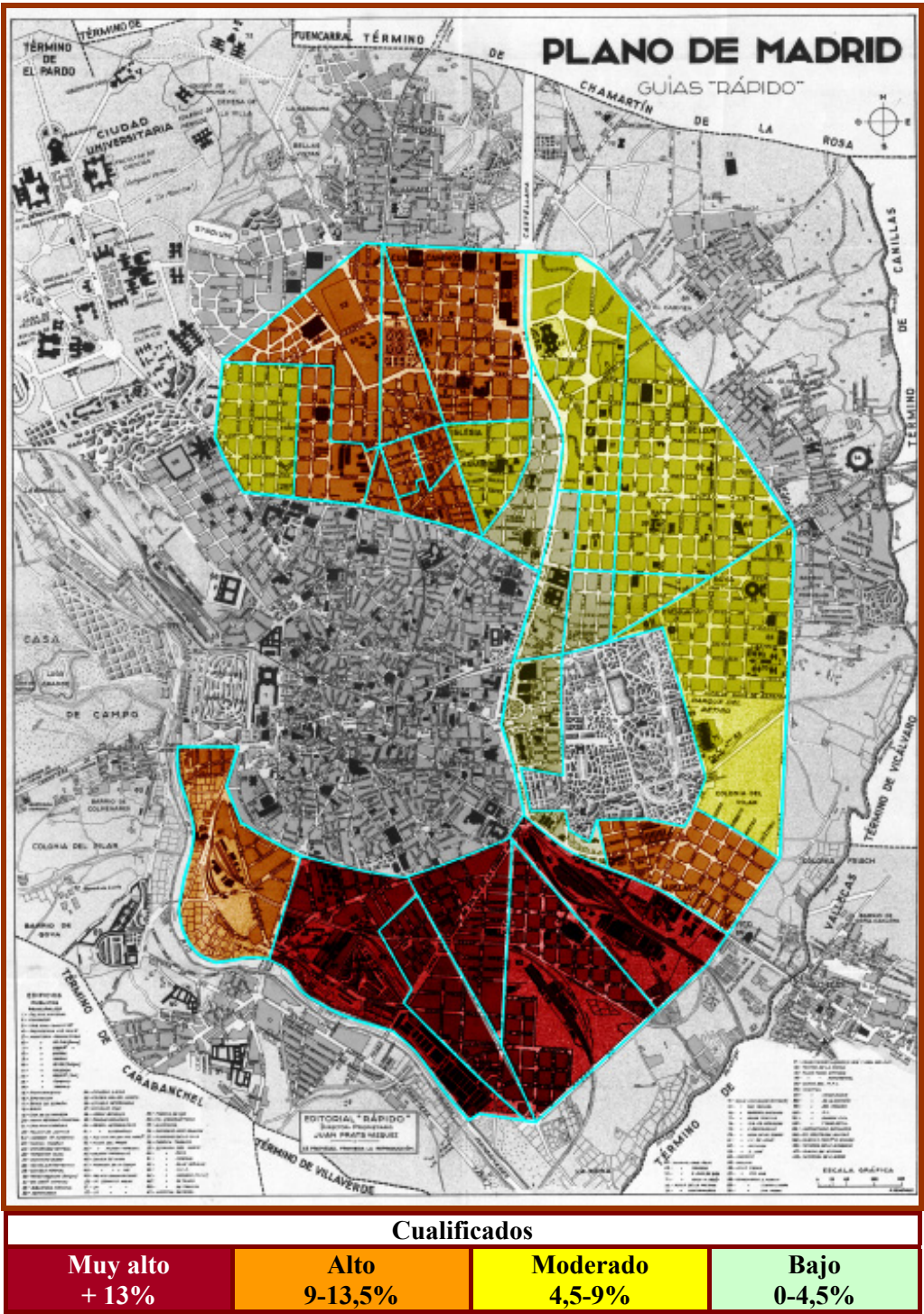
en las oficinas, bancos y comercios que se abrieron en allí residían en las calles más próximas. El desarrollo de la red de transportes urbanos, metro y tranvía, permitió que otros barrios más alejados, como Balmes o Guzmán el Bueno, contaran también con elevadas concentraciones de empleados. Pero fue en la zona sur donde el crecimiento de los empleados fue más llamativo si cabe. En 1905 presentaba las concentraciones más bajas de la ciudad y en apenas dos décadas dio un salto de altura, que llevó a barrios como Delicias o Santa María de la Cabeza a contar con bolsas de empleados de las más grandes de la ciudad. El hecho de que se hubieran arreglado las calles y discurrieran por ellas líneas de tranvía permitió, por ejemplo, que un nutrido grupo de vecinos del barrio de las Delicias fuera a trabajar cada mañana al reluciente edificio de la Telefónica, en plena Gran Vía. Sin ese servicio de transporte, probablemente se hubieran mudado a otros barrios más céntricos o que tuvieran una línea de tranvías asegurada. Con todo, el principal impulso al sector servicios en el Ensanche Sur provino de la fuerza de su tejido industrial y empresarial: del ferrocarril, de la Standard, de las eléctricas, de El Águila, de los coches, etc.

El Ensanche Sur había pasado de ser la “ciudad jornalera” en 1905 a mostrarse como un área de gran diversidad en 1930, hábitat principal para el trabajador cualificado y con importantes núcleos de empleados. Ambos grupos profesionales incrementaron su presencia en el Ensanche Sur coincidiendo en el tiempo con el alza general de los alquileres en toda la zona, debido al proceso inflacionista de los precios pero también a las numerosas mejoras urbanísticas y a la aparición de un parque de viviendas de mayor calidad. Acceder a ellas resultaba mucho más difícil para los jornaleros, que optaban por irse al Extrarradio, que para los trabajadores cualificados y los empleados de servicios, con unas condiciones laborales y salariales mejores.

En todo caso, estos grupos encerraban profundas desigualdades en función del nivel salarial y del tipo de contrato laboral que disfrutasen. Como se analizó en el capítulo anterior, las diferencias por categoría profesional, por el tipo de empresa y su ámbito de actividad, así como por el sexo de las personas, determinaban una capacidad adquisitiva que variaba enormemente entre unos trabajadores y otros. En el Ensanche Sur la cúspide salarial estaba copada por profesionales y empleados varones de la empresa privada, de los transportes, del Estado y del sector bancario, mientras que los trabajadores manuales, cualificados y no cualificados, ocupaban los puestos intermedios e inferiores de la pirámide salarial. Las mujeres se situaban mayoritariamente en estas últimas posiciones, a excepción de las profesoras y maestras, lo que reflejaba el profundo desequilibrio respecto a los hombres.



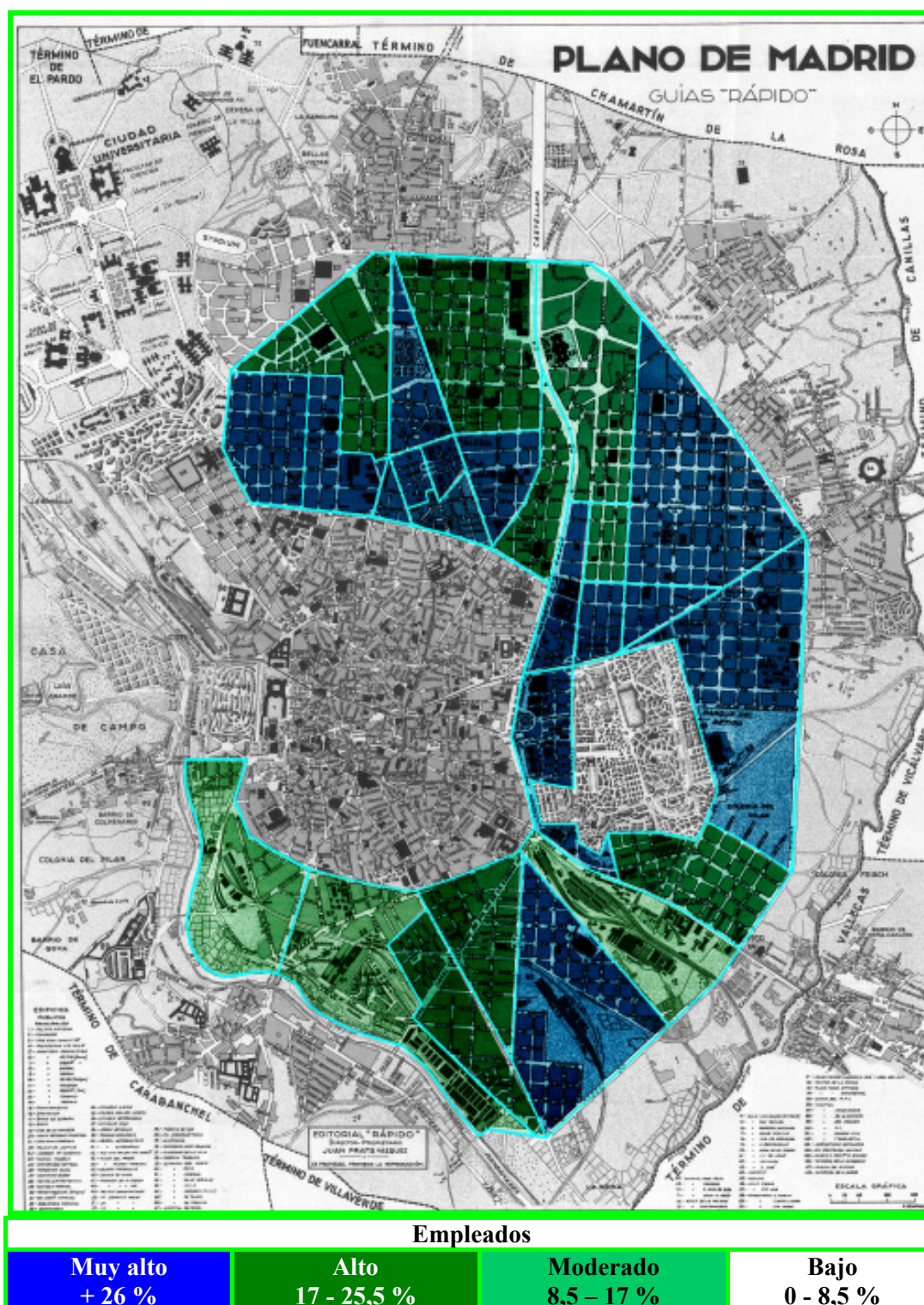
**El Mapa de los oficios (II). Trabajadores cualificados (1930)**



[Ilustración 8.10]



### El Mapa de los oficios (III). Empleados (1930)

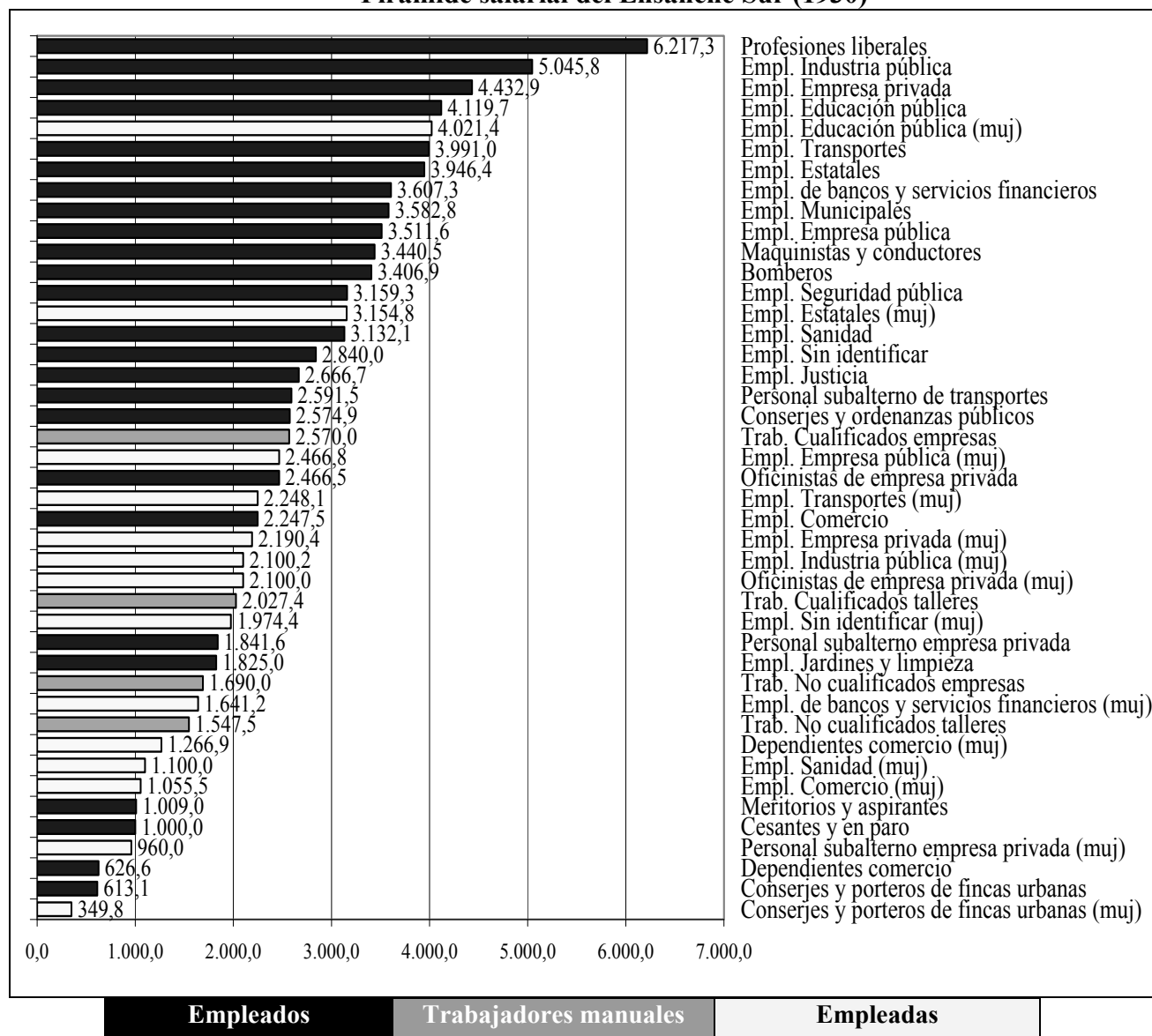


[Ilustración 8.11]

El salario determinaba en gran medida el tipo de casa a la que podían acceder, en función del nivel de los alquileres que podían costearse. La evolución de los precios del alquiler y de la remuneración salarial permite medir cuánto suponía el coste de la vivienda para un trabajador a comienzos de la Restauración y cuánto al final de ese período histórico, en 1930. Durante la primera etapa,

hasta comienzos del siglo XX, el alquiler de las viviendas del Ensanche Sur registró un crecimiento moderado entre los empleados y un estancamiento palpable entre los trabajadores manuales. Eran los años de mayor degradación urbanística, con multitud de casas en pésimas condiciones higiénicas y de habitabilidad, con graves carencias en la dotación de servicios como agua corriente y alcantarillado y un abandono generalizado en las condiciones del entorno. Las corralas y casas bajas que ocupaban los trabajadores eran incapaces de revalorizarse, dada la ínfima calidad tanto de sus materiales como del suelo en el que se ubicaban. Eso permitió que la subida experimentada por los jornales de los trabajadores manuales otorgara un margen más holgado ante el coste que suponía el alquiler de la vivienda.

**Pirámide salarial del Ensanche Sur (1930)**



[Figura 8.31. Fuente: AVM, Estadística, padrón municipal de 1930. Muestra de población: población mayor de 14 años. Empl. hace referencia a “empleado” y (muj) hace referencia a mujeres. Los datos están expresados en pesetas corrientes y son salarios anuales. El cálculo para los trabajadores cualificados se ha basado en 300 días de jornal y el de los no cualificados en 250.]

Durante el primer tercio del siglo XX esa situación se invirtió. La Primera Guerra Mundial desató un proceso inflacionista inédito hasta ese momento por su fuerza y su alcance en las economías occidentales, incluida la española.<sup>52</sup> Los precios se dispararon en todo el país en multitud de artículos, incluidos los de primera necesidad y los de la vivienda. El encarecimiento de la vida, brusco, desmesurado y generalizado entre los diferentes grupos profesionales, precipitó los acontecimientos que llevaron al trienio revolucionario y huelguístico de 1917-1920, en el que Madrid tuvo un papel destacado.<sup>53</sup> La fuerte presión sindical logró el alza compensatoria de los salarios, sobre todo a partir de 1919, que amortiguó la amenaza de la depauperación.

Evolución de los precios de alquiler y de los salarios en el Ensanche Sur (1878-1930)						
Alquileres (mensuales)						
Grupo profesional	1878	1905	Crecimiento 1905-1878	1930	Crecimiento 1930-1905	Crecimiento 1930-1878
Empleados	20,34	26,08	28,22 %	63,53	143,60 %	212,34 %
T. Cualificados	14,62	14,88	1,78 %	46,39	211,76 %	217,31 %
T. No cualificados	11,79	12,28	4,16 %	37,03	201,55 %	214,08 %
Salarios						
Grupo profesional	1878	1905	Crecimiento 1905-1878	1930	Crecimiento 1930-1905	Crecimiento 1930-1878
Empleados*	1.319,64	1.756,75	33,12 %	3.748,63	113,38 %	184,06 %
T. Cualificados**	2,30	3,02	31,30 %	8,65	186,42 %	276,09 %
T. No cualificados**	2,02	2,37	17,33 %	6,85	189,03 %	239,11 %

[Figura 8.32. Fuente: AVM, Estadística, padrones municipales de 1878, 1905 y 1930. Muestra de población: cabezas de familia. Leyenda: \* salario anual, \*\* salario diario. Las cifras de los alquileres y de los salarios son medias y están expresadas en pesetas corrientes.]

En el ámbito del Ensanche Sur, los salarios no llegaron a igualar el imparable ascenso de los alquileres y la etapa se saldó con una pérdida de poder adquisitivo, tanto de los trabajadores manuales como de los empleados. Sin embargo, si se tiene en cuenta casi todo el período de la Restauración, desde 1878 a 1930, se observa que en términos de salario-vivienda los trabajadores manuales eran más ricos al final del mismo que al principio, gracias al mayor incremento de sus jornales. En 1930, tanto los cualificados como los no cualificados, necesitaban menos días de trabajo para cubrir el pago de la vivienda y eso les permitía la oportunidad de ahorrar más o aumentar su capacidad de gasto. Entre los empleados de servicios, el peso de la vivienda en el salario se

<sup>52</sup> ROLDÁN LÓPEZ, Santiago, GARCÍA DELGADO, José Luis y MUÑOZ GARCÍA, Juan: *La consolidación del capitalismo en España*, Confederación Española de Cajas de Ahorro, Madrid, 2 Vols., 1973.

<sup>53</sup> SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid, 1901-1923*, Cinca, Madrid, 2005.

había incrementado ligeramente (en 1878 suponía el 18,5% del sueldo mensual y en 1930, el 20%), pero no les convertía necesariamente en más pobres, puesto que la vivienda que costeaban en 1930 tenía una calidad superior a la de 50 años atrás y el aumento en el coste no era excesivamente gravoso.

<b>Días de sueldo que son necesarios para pagar el alquiler mensual</b>			
<b>Grupo profesional</b>	<b>1878</b>	<b>1905</b>	<b>1930</b>
Empleados	5,62	5,42	6,19
T. Cualificados	6,36	4,93	5,36
T. No cualificados	5,84	5,18	5,41

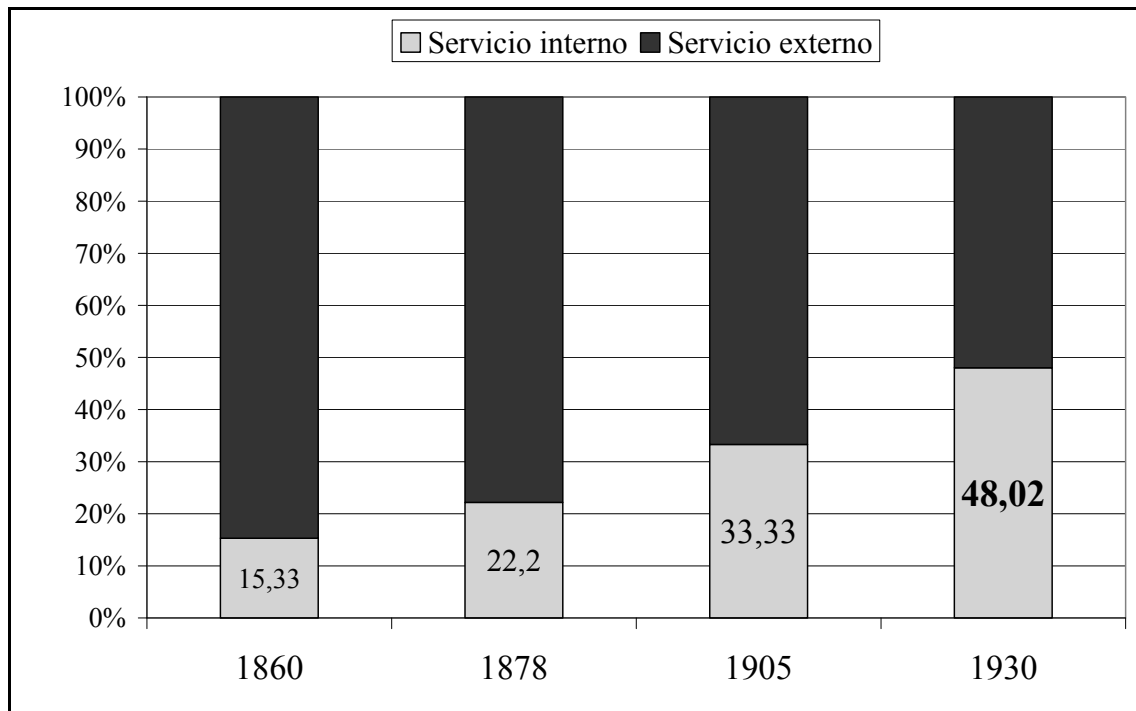
[Figura 8.33. Fuente: AVM, Estadística, padrones municipales de 1878, 1905 y 1930. Muestra de población: cabezas de familia.]

La calidad de vida en algunas zonas del Ensanche Sur, como los barrios de Delicias y Santa María de la Cabeza, donde las concentraciones de empleados y trabajadores cualificados eran muy elevadas, se había acercado a los niveles de otros barrios tradicionalmente acomodados. Muchas viviendas ya disponían de retretes particulares, separados de las cocinas y con baños y duchas incorporados; las casas contaban con dos, tres y hasta cuatro dormitorios, algunas incluso más; tenían cocina, salón-comedor y hasta un gabinete o despacho. Algunos inmuebles albergaban varios lavaderos y secaderos para la colada, lo que evitaba a la mujer hacerlo en su propia cocina, y otras tenían incluso un jardín particular. Además, las casas contaban con luz eléctrica y las calles estaban arregladas y bien pavimentadas. Los socavones de antaño habían desaparecido y por ellas ya no correteaban regatos malolientes de inmundicias, sino que circulaban tranvías eléctricos, modernos automóviles y camiones, junto a los tradicionales carros y carromatos de tracción animal. Por las calles se veían cada vez menos familias necesitadas y aumentaban las familias acomodadas modestamente, con los recursos suficientes para no obligar a sus hijos a trabajar desde pequeños y algunas, incluso, para contratar a una chica como criada para todo.

La proporción de familias que contaban en sus hogares al menos con una criada pasó del 1,75% en 1905 al 3,16% en 1930. Pero mucho más importante que eso fue la evolución del propio servicio doméstico femenino, otro de los factores que revelaba el notable cambio experimentado por el Ensanche Sur desde el comienzo del siglo XX. Hasta entonces, la inmensa mayoría de las mujeres que desempeñaban alguno de los oficios del servicio doméstico (sirvienta, asistenta, criada, lavandera, cocinera, ama de cría, etc.) lo hacían de forma externa. Eran mujeres, hijas, hermanas o madres de jornaleros, peones o artesanos empobrecidos, que entraban a servir en casas, generalmente de otros barrios y sin quedarse a dormir en ellas, y así ganar un dinero imprescindible para el sostén de sus familias. Era la servidumbre por necesidad, criadas y sirvientas de familias pobres cuyas menguadas pagas podían ser el único clavo al

que aferrarse durante los paros estacionales en la construcción que afectaban al cabeza de familia.

#### Servicio doméstico femenino interno en el Ensanche Sur



[Figura 8.34. Fuente: AVM, Estadística, padrones municipales de 1860, 1878, 1905 y 1930. Muestra de población: mujeres del servicio doméstico.]

Ese fue el servicio doméstico mayoritario en el Ensanche Sur hasta principios de siglo. Sin embargo, en 1930 su perfil había variado considerablemente y se habían equiparado ambos tipos de servicio, el externo y el interno. Había más familias que podían permitirse el lujo de contratar a una chica para que realizara las tareas del hogar y liberar así a la esposa. Pero sobre todo había menos familias que necesitaran colocar a una hija en una casa, o que la mujer buscara trabajo como cocinera o lavandera para ganar un dinero extra con el que completar el presupuesto familiar. Ya no eran tan pobres como para recurrir a ese tipo de trabajos y las hijas podían quedarse en casa para ayudar a sus madres, o podían optar por trabajar como operarias de una fábrica, o estudiar y aspirar a un puesto con mayores posibilidades de crecimiento personal y profesional, como las taquimecanógrafas o las maestras.

De hecho, la tasa de actividad de la población del Ensanche Sur cayó de forma notable en 1930 y se situó, por primera vez, en menos de la mitad de la población en edad de trabajar.<sup>54</sup> Entre los principales grupos profesionales se

<sup>54</sup> Hay que tener en cuenta el ocultamiento del trabajo femenino, pero en este caso no incide en un descenso más acusado de la tasa de actividad, puesto que es precisamente en 1930 cuando el

redujo el número de trabajadores por hogar y se esfumó la desigualdad que existía entre ellos. Durante la época del arrabal y los primeros años de la Restauración las familias de trabajadores manuales presentaban un mayor número de miembros trabajando que las familias de los empleados. Era la forma que tenían para luchar contra la pobreza, contra la miseria de los jornales y el paro crónico: los hijos a trabajar como aprendices en los talleres, como peones o ayudantes en cualquier tajo o como dependientes en una tienda, y las mujeres a lavar al río, a coser o a fregar por las casas como asistenta. Las familias de empleados no se veían tan ahogadas, gracias a que sus sueldos, como funcionarios de la Administración pública o como empleados del ferrocarril, eran más boyantes y fijos.

En 1930 la situación se había igualado entre los diferentes grupos y eran menos los miembros del hogar que reconocían estar trabajando. Con el salario que ganaba el padre resultaba más sencillo pagar el alquiler de la vivienda porque su trabajo era más seguro. Todavía había una buena parte de los trabajadores que vivían en el alambre inestable de la construcción y sufrían sus paros estacionales o las crisis del sector, pero ya no eran la mayoría. Los empleados, cuyo puesto solía ser fijo, eran multitud y entre los trabajadores manuales emergían con fuerza los que pertenecían a empresas de tamaño grande y mediano, o los que pertenecían a alguno de los nuevos talleres mecánicos y de reparaciones. Ninguno de esos centros de trabajo veía aletargada su actividad durante los meses de invierno y echaba a los trabajadores durante ese tiempo, como ocurría en la construcción.

Trabajadores por hogares y tasa de actividad de la población del Ensanche Sur				
Años	No cualificados	Cualificados	Empleados	Trabajadores declarados
1860	0,43	0,51	0,38	66,25
1878	0,44	0,46	0,38	61,26
1930	0,32	0,33	0,32	48,73

[Figura 8.35. Fuente: AVM, Estadística, padrones municipales de 1860, 1878 y 1930. En las columnas por grupos profesionales, 1 equivaldría a igual nº de trabajadores que de personas en un hogar. La última columna, “trabajadores declarados”, indica el % de personas, tanto hombres como mujeres, que indican algún tipo de profesión respecto al total de población mayor de 12 años (14 para el año 1930).]

Con mejor sueldo y con un puesto más estable, el cabeza de familia no se veía con la misma obligación que en el pasado para poner a sus hijos a trabajar desde pequeños. Ese fue uno de los grandes avances de la sociedad madrileña del primer tercio del siglo XX, que tuvo en el Ensanche Sur a su ejemplo más brillante, pues tradicionalmente se le había considerado como la zona más pobre

---

porcentaje de mujeres que declaran un trabajo aumenta respecto a los años anteriores. Ver figura 8.2 del capítulo 6.



y necesitada de la ciudad. Que los hijos de una familia del barrio de Salamanca no trabajaran no tenía nada de noticiable, era lo que se esperaba de alguien que podía vivir en los barrios caros de la ciudad, que tenía dinero suficiente para contratar a un profesor particular para sus hijos si así lo deseaba, que podía pagarles una carrera universitaria. Que cada vez lo hicieran menos los niños de las Peñuelas sí resultaba llamativo, pues se suponía que allí vivía la gente con pocos recursos, donde toda la familia debía aportar un jornal para salir adelante.

Profesión del hijo mayor en función de la categoría profesional de su padre (1905-1930)									
Profesión del hijo mayor	Profesión del padre								
	No cualificado			Cualificado			Empleado		
	1905	1930	Diferencia	1905	1930	Diferencia	1905	1930	Diferencia
No cualificado	74,83	54,22	- 20,61	26,32	11,97	- 14,35	27,08	13,64	- 13,44
Cualificado	9,80	9,71	- 0,09	60,53	46,48	- 14,05	25,00	8,79	- 16,21
Empleado	3,55	8,83	+ 5,28	0,00	11,27	+ 11,27	12,50	23,94	+ 11,44
Estudiante	5,91	23,96	+ 18,05	13,16	26,06	+ 12,90	35,42	51,21	+ 15,79

**Descenso socioprofesional** **Igualdad socioprofesional** **Ascenso socioprofesional**

[Figura 8.36. Fuente: AVM, Estadística, padrones municipales de 1905 y 1930. Los datos son porcentuales.]

La figura del hijo mayor era un buen termómetro para calibrar el alcance de ese cambio. Si una pareja tenía varios hijos, generalmente era el mayor el que primero se ponía a trabajar, bien ayudando a su padre o bien siendo colocado en algún taller o en una tienda. Era el primero que dejaba la escuela para ayudar a sus padres a sacar la familia adelante. Los hermanos pequeños, si la situación no era acuciante y los estudios no les disgustaban demasiado, podían permanecer escolarizados por un tiempo superior. En 1905 la inmensa mayoría de los hijos mayores de trabajadores no cualificados habían seguido los pasos de su padre como jornaleros, peones o braceros. Algo similar ocurría entre los hijos de los trabajadores cualificados, mientras que entre los empleados eran más los que aún seguían estudiando. Esa mayor oportunidad de formación para los hijos era uno de los grandes elementos que distinguía a los trabajadores de los servicios respecto a los trabajadores manuales, entre los cuales era harto difícil que el primogénito permaneciera mucho tiempo en la escuela.

En 1930 la situación estaba cambiando. El desarrollo de una economía mucho más compleja, dinámica y diversa, permitía que los primogénitos de todos los grupos profesionales contaran con una incorporación al mercado laboral en mejores condiciones que en el pasado, en oficios y sectores con mayores oportunidades de futuro. Los trabajos con peores condiciones laborales y salariales perdieron terreno a favor del campo de los servicios y las actividades terciarias. Bien es cierto que las diferencias entre unos grupos y otros siguieron siendo considerables. Tres de cada cuatro primogénitos de empleados eran estudiantes o ya trabajaban como empleados, mientras que entre los hijos

mayores de los trabajadores cualificados esa cifra se reducía al 40% y entre los no cualificados se quedaba en un tercio aproximadamente.

Las diferencias entre unos y otros eran un hecho incuestionable y eran uno de los graves problemas que arrastraba la sociedad de la Restauración, la enorme desigualdad de oportunidades en función de la categoría socioprofesional de las personas, de los recursos con los que contaran las familias. Pero no es menos cierto que en el Madrid de los años veinte se estaban dando algunos pasos para corregir esa situación y la población del Ensanche Sur era una buena prueba de ello. Uno de cada cuatro hijos de jornaleros o de mecánicos, por ejemplo, eran estudiantes. Y si lo eran ellos, más aún lo serían sus hermanos pequeños. En ese aumento de la escolaridad era necesario que los padres ganaran más dinero para no obligar a sus hijos a trabajar desde temprana edad, pero lo que resultaba imprescindible era que hubiera más centros que acogieran a una población escolar cada vez más numerosa y de los que había carecido el Ensanche Sur hasta el momento. Para sacar a los chicos de las calles, para evitar que se enzarzaran en pedreas multitudinarias o se dieran a la mala vida, era indispensable que se construyeran escuelas donde los hijos de las familias del barrio recibieran una educación formativa para su futuro profesional.

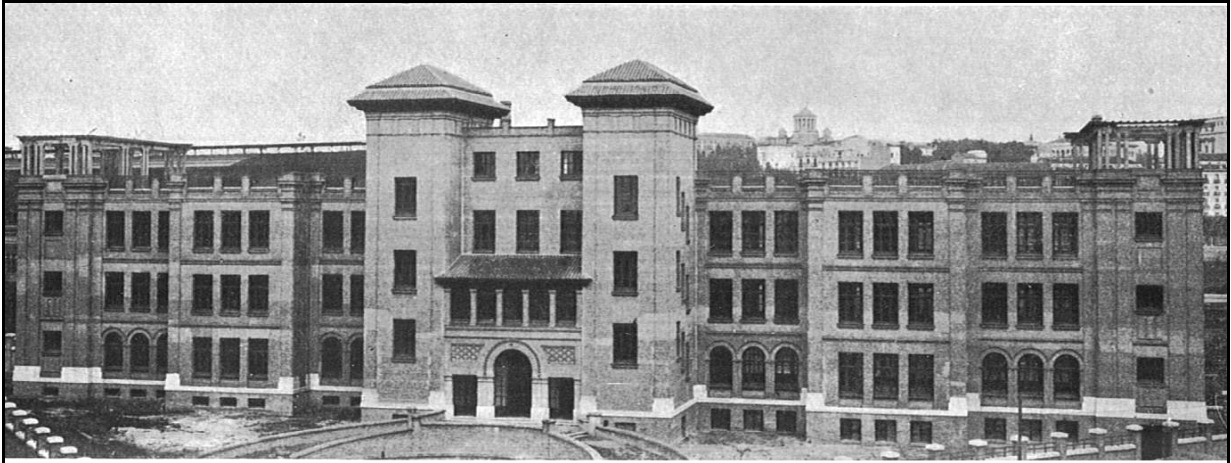


[Ilustración 8.12. Visita del ministro de Instrucción pública José Francos Rodríguez y del alcalde de Madrid a las nuevas escuelas del Paseo de las Acacias, 1917. Fuente: Mundo Gráfico.]

Desde finales de la década de 1910 y comienzos de los años veinte, el Ayuntamiento de Madrid y el Ministerio de Instrucción pública pusieron en marcha un programa de creación de “grupos escolares”, cuyo objetivo era paliar el grave déficit en la educación primaria y secundaria. El Ayuntamiento cedía los solares y el Ministerio construía los edificios y aportaba el profesorado. Entre ellos destacaron el grupo “Joaquín Costa”, en el paseo de los Pontones, el grupo “Menéndez Pelayo”, en la calle Méndez Álvaro, o el grupo de “La Llorosa”, en el paseo de las Acacias, que se unieron a los colegios privados, como “El Sagrado Corazón de Jesús”, en el paseo de la Chopera, o los colegios particulares de las calles Áncora, paseo de Santa María de la Cabeza, paseo de las Delicias, Guillermo de Osma, Manzanares, Moreno Nieto o Sebastián Elcano. Un



programa que tuvo un mayor recorrido durante la Segunda República, hasta completar dieciocho grandes centros o grupos escolares, como el de Miguel de Unamuno, levantado frente a las casas baratas del Pico del Pañuelo, en 1933, con una capacidad para 900 escolares, y cuyas instalaciones constaban de 18 aulas, 25 duchas individuales, un comedor para 250 niños, sala de juntas, sala de inspección médica escolar y un campo de juego de más de 3.000 m<sup>2</sup> para realizar ejercicios de gimnasia, juegos y deportes.



[Ilustración 8.13. Imagen del edificio perteneciente al grupo escolar “Menéndez Pelayo”, en la calle Méndez Álvaro, c. 1929.]

Los templos de las letras, donde se adquirían las raíces de la cultura, surgieron como el gran símbolo de los nuevos tiempos. Enormes moles de piedra y ladrillo se alzaron, donde antes sólo había secos descampados, para albergar aulas, pupitres de madera con sus bancos, pizarras, mapas con las regiones de España y sus ríos y montañas, libros para aprender a leer y a soñar con otros mundos, ábacos para contar bien, plumas y tinteros para adquirir una caligrafía decente, o al menos legible, y acostumbrarse a ser cuidadoso con las cosas para no hacer borrones. Centros donde los niños adquirían una cultura general básica, una disciplina y unas normas de comportamiento. Espacios de sociabilidad donde atendían a las lecciones del maestro, donde jugaban y se peleaban, donde se forjaban los primeros lazos de amistad y surgían las primeras rencillas o los castigos de los que mejor era aprender.

La aparición de varios de estos centros, junto a otros muchos colegios de párvulos, “de niños pobres”, de “primeras letras para niñas”, o de academias particulares, eran la prueba irrefutable del salto operado en el Ensanche Sur al calor de los importantes cambios de la sociedad madrileña durante los años veinte. Estos barrios habían pasado de ser los barrios negros de la degradación profesional, los barrios de la muerte por sus asesinatos y sus enfermedades, los barrios donde los resquicios para prosperar estaban reservados a unos pocos, a convertirse en una zona con un tejido empresarial rico y diverso, con mejores calles y casas, con más colegios y más niños escolarizados, gracias a que sus padres no se veían tan apurados como para ponerlos a trabajar desde pequeños, o

al menos no tan pronto. Unos barrios en los que el hijo de un jornalero, o el de un zapatero, ya no estaba condenado a seguir los pasos de su padre cuando fuera mayor.

Durante la primera etapa de la Restauración, el análisis generacional entre padres e hijos demostraba que las oportunidades de mejora profesional y ascenso social eran muy escasas. De hecho, la situación habitual era justamente la contraria: el estancamiento o la degradación profesional. Las condiciones del mercado laboral madrileño no ofrecían oportunidades reales para un crecimiento generalizado de las familias que llegaban a Madrid. Los sueños de prosperidad de miles de inmigrantes se frustraban no sólo en sus personas, sino también en sus hijos cuando éstos ya eran mayores. Siete de cada diez hijos de jornaleros de 1878 conservaban la misma categoría que sus padres en 1905 y sólo un 5% había logrado convertirse en un empleado del sector servicios. Serafin Paul era una brillante excepción a la norma habitual, pues había pasado de ser hijo de jornaleros pobres e inmigrantes de las Peñuelas, a propietario de un almacén de hierro y de una taberna. En cambio, la trayectoria vital de José López Gisbert era la más repetida: en 1878 era uno de los hijos de José López Asensi, un jornalero del ferrocarril MZA; en 1905, casi 30 años después, calcaba la situación de su padre como jornalero y con un sueldo de dos pesetas y media el día que trabajaba.<sup>55</sup>

Análisis generacional por grupos profesionales I				
Profesión de los hijos en 1905	Profesión del padre en 1878			
	No cualificado	Cualificado	Empleado	Hijo de viuda
No cualificado	69,0	60,0	50,0	72,7
Cualificado	19,0	25,0	50,0	18,2
Empleado	5,2	0,0	0,0	0,0

**Descenso socioprofesional** **Igualdad socioprofesional** **Ascenso socioprofesional**

[Figura 8.37. Fuente: AVM, Estadística, padrones municipales de 1878 y 1905. Los datos son porcentuales. Muestra de análisis: seguimiento nominativo a 199 familias.]

Entre los hijos de los trabajadores cualificados las duras perspectivas que se presentaban al inicio de la Restauración, con la corrosión de sus condiciones de trabajo y la desaparición de gran parte de los oficios, se confirmaron a principios de siglo, cuando sólo una cuarta parte había logrado mantener la categoría profesional de su padre y el 60% se habían convertido en peones y jornaleros y sufrían paro, inseguridad laboral y las peores pagas del mercado. El caso de Carlos Amburtin Masés fue uno de tantos. Hijo de padre francés y madre

<sup>55</sup> Los casos de Serafin Paul, José López Asensi o Carlos Amburtin Masés han sido analizados en la primera parte de la tesis doctoral y son retomados aquí a modo de recordatorio.

gerundense, su familia llegó a Madrid a comienzos de la Restauración y su padre y sus tíos abrieron un pequeño taller como charolistas. En 1900 Carlos era un jornalero ambulante, en paro según su declaración, que se había movido por el Extrarradio de los Carabancheles, donde había conocido a su mujer, y en 1905 lo único que logró fue convertirse en un jornalero más del gigante ferroviario MZA. Incluso entre los hijos de los empleados el retroceso era bastante grave a principios del siglo XX, pues ninguno de ellos había logrado alcanzar la misma categoría que sus progenitores. Las graves carencias educativas de muchos de ellos y las dificultades intrínsecas del mercado laboral estrangulaban sus opciones de prosperar con el paso del tiempo, a pesar de vivir en una gran ciudad, donde las oportunidades de trabajo eran mucho más abundantes y diversas que en una pequeña capital de provincias.

A partir de la Primera Guerra Mundial, Madrid cambió de aires. Las transformaciones auspiciadas por la segunda revolución industrial y las bases heredadas del siglo XIX (capitalidad política y administrativa y continuo crecimiento demográfico) cristalizaron en un desarrollo económico dinámico y múltiple, con la pervivencia de antiguos sectores de actividad relevantes, con la transformación de modos de producción y relaciones laborales, y con la emergencia de sectores económicos nuevos y punteros. La masificación urbana dejó de actuar como un factor destructor de trabajo cualificado para convertirse en un motor indispensable de la nueva economía industrial y de servicios. Si en el siglo XIX se identificó a la marea de jornaleros inmigrantes como una de las causas fundamentales de la corrosión de los oficios y del empobrecimiento general del mercado laboral, durante las primeras décadas del siglo XX ese mismo crecimiento demográfico era interpretado como un factor de desarrollo económico de primer orden. Madrid apareció como una ciudad atractiva para el establecimiento de empresas extranjeras y nacionales, porque era el mayor mercado de consumo del país y, por tanto, un lugar idóneo para hacer negocios y enriquecerse.

El nuevo rumbo de la ciudad se reflejó en las enormes posibilidades que se abrieron para sus habitantes. Los sueños de prosperar, de mejorar con el paso de los años, ya no eran patrimonio de unos pocos, de un astuto buscavidas como Serafín Paul o de audaces comerciantes como los Labourdette. El cambio no consistía en que todos pudieran hacerse ricos, sino que existían mayores posibilidades reales de mejorar la situación heredada, aunque fuera modestamente. Haber nacido en un hogar jornalero a principios de siglo ya no era una condena a ser jornalero con 30 ó 40 años, como le había sucedido a José López Gisbert. Él lo había sido durante la mayor parte de su vida, como lo fue su padre hasta que murió, pero trabajar en una empresa como la MZA le terminó por dar una oportunidad de mejora. En 1913, a los 47 años, firmó un contrato indefinido como ayudante de laboratorio en los talleres de la compañía, con un sueldo de 1.750 pesetas anuales, lo que le permitió disfrutar de una pequeña pensión, cuando se jubiló en 1930, de casi 1.300 pesetas. Era más de lo que nunca tuvo su padre, pero menos de lo que seguramente tendrían sus hijos, nacidos cuando él era jornalero a principios de siglo. Un hijo era mecánico de los

talleres MZA a sus 23 años y ganaba casi ocho pesetas diarias, mientras que su yerno, Pedro López Pérez, era empleado de la compañía por un sueldo que rozaba las 3.500 pesetas al año.

En una situación similar se encontraba Carlos Amburtin Masés, que en 1930, a sus 58 años, era un ferroviario de la misma compañía con un sueldo que superaba las 4.000 pesetas al año. En 1905, cuando era jornalero y acababa de regresar de Carabanchel, tenía tres hijos pequeños, dos de los cuales vivían con él en 1930. Su hijo Carlos estaba empleado en la misma empresa que su padre y el marido de su hija Josefina, que vivían en la misma casa, era empleado de una sociedad particular con un sueldo de 4.500 pesetas. A diferencia de la etapa anterior, la mayoría de los hijos de trabajadores no cualificados habían mejorado sus condiciones laborales respecto a las que tenían sus padres en 1905. Más de la mitad habían ascendido a las categorías de trabajo cualificado o empleado de servicios.

Análisis generacional por grupos profesionales II				
Profesión de los hijos en 1930	Profesión del padre en 1905			
	No cualificado	Cualificado	Empleado	Hijo de viuda
No cualificado	41,8	20,7	20,0	41,7
Cualificado	33,3	55,2	16,7	31,9
Empleado	18,3	13,8	53,3	15,3

**Descenso socioprofesional** **Igualdad socioprofesional** **Ascenso socioprofesional**

[Figura 8.38. Fuente: AVM, Estadística, padrones municipales de 1905 y 1930. Los datos son porcentuales. Muestra de análisis: seguimiento nominativo a 366 familias.]

Entre los hijos de los trabajadores cualificados, sólo una quinta parte habían caído en situaciones de precariedad, mientras que la gran mayoría se habían mantenido como trabajadores cualificados o habían prosperado a otras situaciones, como le sucedió, por ejemplo, a la familia Permasse. Pedro Permasse fue uno de los franceses del Bajo Pirineo que llegaron de la mano de los Labourdette para trabajar en su establecimiento de caballos de Santa María de la Cabeza. El viejo Permasse fue un herrador toda su vida, pero su hijo no. Juan Permasse, nacido ya en Madrid, vivió muy de cerca el mundo de los caballos, pero él se dedicó a estudiar. A la hora de elegir una carrera decidió enfocar sus estudios a aquello con lo que había crecido desde pequeño. Juan se convirtió en veterinario y en 1920, cuando sus padres ya habían fallecido, regentaba una clínica veterinaria en la calle de San Eugenio. Dos años después, era nombrado profesor auxiliar numerario de podología y prácticas de herrado y forjado de las Escuelas de Veterinaria de Madrid. La constancia en los estudios y las enseñanzas de su padre desde niño habían hecho de Juan un veterinario con

clínica abierta y profesor numerario a sus 40 años, diez más de los que tenía su padre cuando llegó a la casa de los Labourdette para herrar caballos.<sup>56</sup>

Madrid se había convertido en una ciudad llena de oportunidades, insospechadas pocos años antes, incluso para los niños que habían crecido huérfanos de padre. Durante el siglo XIX ser el hijo de una viuda suponía una condena prácticamente segura a una vida de precariedad y miseria. Los hijos se ponían a trabajar desde la edad más temprana posible y lo hacían normalmente en los peores oficios, en los que era muy difícil medrar a puestos más ventajosos (figura 7.9). Durante el primer tercio del siglo XX esa especie de maldición se diluyó y la oportunidad de convertirse en un trabajador cualificado o en un empleado se hizo realidad en 1930 para casi la mitad de ellos. Uno de los ejemplos más conocidos y brillantes lo personificaba el escritor Arturo Barea, huérfano de padre a principios del siglo, que llegó a ser empleado de banca, director técnico de una oficina de patentes, periodista, censor y crítico literario.

La transformación de la sociedad madrileña a la altura de los años treinta era incuestionable. La ciudad era más grande, más dinámica, más abierta a los cambios llegados desde fuera, donde la gente vivía mejor a pesar de las desigualdades entre grupos sociales y entre unos barrios y otros. La formación de una estructura económica más compleja, con la aparición de nuevos sectores y grandes empresas, había abierto un abanico de posibilidades anteriormente desconocido para la mayoría de las personas. La población daba muestras de una mayor capacidad de consumo y se expandían nuevas formas de ocio y esparcimiento. En 1928 se inauguraba *“la Casa de Baños en la Glorieta de Embajadores, un edificio con ocho cuartos de baño, trece duchas de agua fría y caliente para hombres y mujeres, con sala de espera y consejería. Esta Casa de Baños, hecha como ensayo, ha tenido un éxito grande, especialmente en los meses de verano, teniendo el Ayuntamiento el proyecto de construir otras dos análogas.”*<sup>57</sup> Las grandes empresas organizaban torneos de fútbol en los que se daba rienda suelta a la rivalidad con otras compañías rivales y a la pasión por el nuevo deporte, que comenzaba a presumir de sus primeros ídolos populares y de masas de seguidores fieles, como ya los tenían el mundo del toro y los pelotaris.

El Ensanche Sur de 1930 era la viva imagen del cambio operado por Madrid en tan poco tiempo. Veinte años atrás eran los barrios negros de la ciudad. En 1930 su rostro se había transfigurado y acogía a una población distinta, a personas como María García, una mujer soltera de 26 años que trabajaba como empleada de la Standard Eléctrica. María vivía con sus hermanos pequeños en un piso, un 3º del paseo de las Delicias. Vivían solos y ella era la cabeza de familia. En la Standard era jefa de secretaría y ganaba 3.832 pesetas al año, un buen sueldo que superaba la media de los empleados del Ensanche Sur.<sup>58</sup>

<sup>56</sup> Fuente: AVM, Estadística, padrones municipales de 1878, 1890, 1900, 1910 y 1920; y *La Correspondencia de España*, 1922.

<sup>57</sup> AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Memoria. Información sobre la ciudad*. 1929, Madrid, 1929, pág. 124.

<sup>58</sup> Fuente: AVM, Estadística, padrón municipal de 1930.

Por obligaciones de su cargo o por voluntad propia, María se apuntó un buen día a un curso de inglés que impartía la propia empresa para sus empleadas. Las clases estaban a cargo de la profesora nativa Ellen A. Lloyd Williams, cuyo acento era imprescindible para adquirir un buen dominio del idioma. Quizá como incentivo al esfuerzo que suponía aprender otro idioma, la empresa reservó un premio extraordinario que entregaría al final del curso.<sup>59</sup> María fue la ganadora del premio: una estancia de quince días en Londres, a la gran capital del Imperio británico, donde podría contemplar el famoso Big Ben, admirar el Buckingham Palace o pasear por Oxford Street, donde “*el tránsito rugía en un turbulento mar de sonidos.*” Un viaje que hubiera sido impensable unos años antes para una mujer como ella, joven, soltera y sin padres, pero que era una realidad en el Ensanche Sur madrileño de 1930.



[Ilustración 8.14. Imagen de las alumnas de las clases de inglés, junto a su profesora, impartidas por la Standard Eléctrica, 1929.]

---

<sup>59</sup> Fuente: *Standard. Publicación oficial de Standard Eléctrica, S.A.*, 1929.

## CAPÍTULO 9

### UNA MÁSCARA DE OTROS TIEMPOS

#### 9.1 Los viejos fantasmas del pasado. La herencia de una imagen construida

##### 9.1.1 Barrios de trapos y harapos

*“Lujo hay en Madrid. Miseria hay también de la negra, que es la más espantosa. Basta para convencerse salirse un día gris, un día nublado, porque el sol lo embellece todo y lo alegra todo, y recorrer las afueras, cruzar por las Cambronerías, la Alhóndiga, las chozas del Gas, meterse por las carreteras de Toledo y de Andalucía, asomarse a las casas de vecindad y descansar en un tabernucho de las Peñuelas.”*

Roberto Castrovido, en *La Voz*, 25 de febrero de 1925.

Los barrios del Ensanche Sur arrastraban una imagen muy negativa del siglo anterior. Desde la puesta en marcha del proyecto de ampliación urbana, la zona había sido marginada por las autoridades municipales de forma reiterada. Sus calles se fueron creando más tarde que en el resto de zonas y se arreglaban mal, y a veces nunca, después de múltiples protestas de los vecinos. Sus instituciones asistenciales y sanitarias siempre fueron más escasas que en otros puntos de la ciudad y contaban con escasos recursos, a pesar de ser uno de los puntos habituales en el origen de las epidemias.

Durante décadas las calles carecieron de una red de alcantarillado público para el desagüe de las aguas residuales y se acusó a los vecinos y propietarios de ser los responsables de la suciedad y del ambiente fétido e insano de sus calles y casas, de ser la cuna de todos los gérmenes que luego contagiaban a la ciudad. El escaso valor del suelo en comparación a otras zonas, como la Castellana y los terrenos de la parte oriental, les condenó a tener un desarrollo urbanístico de escasa calidad, salvo algunas excepciones en las rondas y calles importantes. Durante demasiado tiempo, el Ayuntamiento abandonó la zona al ferrocarril, a las fábricas y a todo tipo de establecimientos peligrosos o insalubres, sin llevar a cabo una cuidada intervención para compensar los desequilibrios con otras zonas más privilegiadas.

Los barrios del Ensanche Sur sólo salían a la luz pública cuando estallaba una enfermedad, para señalarlos como los culpables de la calamidad y para exponer su miseria como digna de compasión de las almas caritativas de la sociedad, que acudían solícitas al llamamiento con unas monedas o unas mantas para el desvalido, gesto que les valía el reconocimiento social de su generosidad. Pasados unos días, se apagaban las luces, la tempestad se olvidaba y todo volvía a la normalidad anterior, hasta que estallaba la siguiente epidemia. El crimen y el delito también sacaban a la luz a los barrios del sur. La proliferación de noticias sobre pedreas de adolescentes, crímenes pasionales y peleas en la vía pública, levantaron una imagen de barrio peligroso del que se debía desconfiar, incluso cuando se trataba de crímenes que se habían producido en otros puntos de la ciudad. Ellos contagiaban enfermedades peligrosas y a ellos se les contagiaban delitos de otros barrios.<sup>1</sup> La pobreza y el prolongado abandono municipal se tradujeron en una insalubridad y una mortalidad superior al resto y eso les convirtió, de cara a la sociedad de la época, en los barrios de la muerte, bien por enfermedades o bien por los delitos, aunque estos fueran comunes a otros que se producían en el resto de la ciudad o ni siquiera hubieran sucedido allí.

Durante el primer tercio del siglo XX, seguían siendo el pozo de todos los males, de la miseria más negra y la enfermedad mortífera, el rincón al que iban a parar todas las inmundicias y residuos de la sociedad, lo que convertía a esos barrios en el hábitat natural de todos aquellos marginados que eran considerados como el detritus de la civilización moderna. *“En todas las grandes ciudades hay un lugar destinado a la conservación de eso que ya sirvió una vez y fue luego desechado.”* Los barrios de la basura y de los desechos, uno de cuyos símbolos más representativos era el trapero. *“El trapero existe en todas las grandes ciudades de todos los países, pero Madrid es su patria natural. Barrios enteros se dedican a este lucrativo comercio. En las barriadas de los Cuatro Caminos, en las del Extrarradio, y en la parte baja de la ciudad, además del famoso Rastro y las Américas, los barrios de las Vistillas, Injurias, Cambronerías y Puente de Vallecas. Todos estos lugares son amplio solar de raza de la prolífica familia de*

---

<sup>1</sup> Ver el caso del rapto de niñas en las cercanías de la Puerta del Sol en el capítulo 4.



*los traperos, que en estos sitios tienen afincados su solares e instalados sus abastecidos almacenes.*<sup>2</sup>

El Ayuntamiento de Madrid aún no había resuelto el problema de la limpieza diaria de las vías públicas y la recogida y almacenamiento de las basuras, lo que hacía de los traperos una profesión necesaria en el día a día de la ciudad. Eran personas que vivían en las afueras marginales de las grandes ciudades como Madrid. Sin embargo, a pesar de la imagen difundida, el trapero era una figura minoritaria y en retroceso en el Ensanche Sur. En 1930 sólo existían ocho familias de traperos y sólo una vivía en las Cambronerías, mientras que el resto residía en calles como la Ronda de Toledo, el Paseo de las Acacias o la calle General Lacy, una de las más caras de la zona. El trapero no era una figura social propia de los barrios del Ensanche Sur, aunque pasara por sus calles para recoger basuras como podía hacerlo por otras calles más céntricas o distinguidas. Pero eso no fue óbice para que la literatura de la época le convirtiera en su personaje más representativo.

*“Vienen de los suburbios hoscós y tristes, donde se apiñan como madrigueras sus casas de adobe y latón... Vienen por las rondas largas y uniformes que ciñen a la ciudad como un cinturón ennegrecido por los humos de las chimeneas fabriles... Vienen de lo más hondo de los arrabales urbanos, extendidos por los campos como espumas turbias de la gran ciudad... Vienen de las casucas chatas, de paredes leprosas y corralizas de bardas roídas, del gran osario, hervidero de todas las miserias, que semeja el barrio de las Cambronerías...”*<sup>3</sup>

Los traperos simbolizaban todo lo que la modernidad desechaba por la naturaleza de su profesión, por sus lugares de trabajo (los muladares y estercoleros) y por su lugar de residencia. *“Hombres, mujeres y niños que pululan, aman y se reproducen en esos arrabales, barrios de traperías, estercoleros de la urbe, osario de la miseria ciudadana, estómagos digeridores de todo lo que la vida de la capital desecha...”*<sup>3</sup>

Eran el símbolo de un mundo apartado y marginal, pero también desconocido y misterioso, *“la industria de la trapería nos parece un arte de brujas,”*<sup>2</sup> más propio de la noche que del día. *“Son las traperas invasoras de la ciudad a la hora lívida del amanecer. Ejército harapiento, desgredado e insomne, aves de la busca y de rapiña que se lanzan sobre la ciudad cuando aún está dormida y se apoderan de sus residuos, de todo lo que ya está muerto y quedó inútil en el trajín diario de la vida.”*<sup>3</sup> Los traperos sólo podían circular con sus carros hasta las ocho de la mañana en verano y las diez en invierno.<sup>4</sup> Era un

<sup>2</sup> Fuente: *La Libertad*, 1923.

<sup>3</sup> Fuente: Julián Fernández Piñero, en *La Voz*, 1920.

<sup>4</sup> CHICOTE y DEL RIEGO, César: *Reorganización del servicio de la limpieza de Madrid (texto impreso)*, Imprenta de Ricardo Fe, Madrid, 1906; HAUSER, Philip: *Madrid bajo el punto de vista médico-social*, 2 Vols., Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1902 (edición facsímil de Editora Nacional, 1979).

horario de trabajo duro y exigente que les valía, sin embargo, para ser descritos como personajes propios de las pesadillas, como los monstruos que soñaba Goya en sus grabados. *“Todo está muerto aún en las calles, en las que parece percibirse, en el pesado silencio, el hálito poderoso de la ciudad en sueños. Es entonces cuando las traperas realizan su ministerio expurgador y miserable. A esa hora cruda del amanecer, las campanas que en los templos llaman a la oración, parece que lanzan un toque de rebato, a cuyo son las traperas, y con ellas todos los parias y los miserables, se lanzan sobre la ciudad inerme a conquistar su botín. Las traperas asaltan la urbe como un regimiento de hormigas. Sus manos sucias escarban en todos los montones de inmundicias, sopesan todos los despojos. Las traperas penetran en todas las casas con los pasos quedos de los salteadores.”*<sup>5</sup>

Una vez que se hacía completamente de día, *“los traperos regresan a sus barrios, a los extremos de la urbe, portando satisfechos su botín de harapos, de basuras, de despojos. Forman un mundo aparte; una legión astrosa y macilenta con instintos de hurón y mañas de urraca, que vive de lo que los demás desdeñan, de las sobras del gran festín de amor, de dolor y de miseria.”*<sup>5</sup>

La moderna ciudad sólo quería a los traperos en sus calles para recoger sus basuras y cuando aún estaba dormida, cuando no era consciente de la violación que suponía su presencia, cuando no podía verlos porque su figura se confundía con los últimos jirones de la noche. Si la ciudad se desperezaba y se ponía en funcionamiento, los traperos debían desaparecer, huir a *sus barrios de harapos*, a las Cambronerías, las Injurias y el Extrarradio, donde formaban un mundo aparte, lejos de las luces de la modernidad.

Para llegar a ellos no sólo había que ir lejos, sino también salvar desniveles del terreno, que invitaban a pensar en un descenso físico a los barrios más bajos de la sociedad, en una especie de descenso a los infiernos. La calle del Ferrocarril, por la que discurría la vía de circunvalación, era una auténtica frontera física que dividía en dos al Ensanche Sur. Cruzarla implicaba adentrarse en el submundo más negro de la pobreza y de la marginalidad, en un Madrid desconocido por buena parte de la sociedad, convertido en un Madrid pintoresco por escritores y periodistas de la época.

---

<sup>5</sup> Fuente: Julián Fernández Piñero, en *La Voz*, 1920.



[Ilustración 9.1. Fotografía de la calle del ferrocarril, por la que circulaba la vía de circunvalación, c. 1912.]

A principios de los años veinte comenzaron a publicarse artículos periodísticos sobre los barrios marginales de las afueras de Madrid, entre los que destacaron reportajes sobre las barriadas de las Cambronerías, las Injurias o Casablanca. Estaban escritos por periodistas sobre el terreno, a imitación de las que, años antes, habían efectuado escritores reconocidos como Baroja, Blasco Ibáñez o Galdós, para recrear vívidamente esos mundos en sus obras. Eran excursiones para descubrir a “otras” personas y “otros” espacios, para lo cual debían prepararse (“*cerca de veinte minutos empleamos Domingo y yo en pasar revista a los autos que circulaban por la Gran Vía, hasta requisar uno que reuniera las condiciones necesarias para llevar a cabo una larga y posiblemente accidentada expedición*”),<sup>6</sup> pues se aventuraban más allá de los límites “civilizados”.<sup>7</sup>

El desconocimiento sobre la realidad de esas zonas se reflejaba en los propios periodistas, que ni siquiera tenían una idea exacta sobre la situación legal y administrativa de los barrios sobre los que informaban. En 1922, por ejemplo,

<sup>6</sup> Fuente: Luis Blanco Soria, en *La Voz*, 9 de mayo 1927.

<sup>7</sup> Para un análisis de un fenómeno similar en otras ciudades, ver KALIFA, Dominique: “Crime scenes: Criminal topography and social imaginary in Nineteenth-Century Paris” en *French, Historical Studies*, nº 27 (2004), pp. 175-194; NEAD, Linda: *Victorian Babylon: People, Streets and Images in Nineteenth-century London*, Yale University Press, New Haven & London, 2000; MANDLER, Peter: “«Race» and «nation» in mid-Victorian thought” en COLLINI, S., WHATMORE, R. and YOUNG, B. (eds.): *History, religion and culture: British intellectual history, 1750-1950*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, pp. 224-244.

el reportero del *Heraldo de Madrid*, confesaba que sacaba a relucir la barriada de las Cambronerías “para pedir un poco de urbanización para él, ya que, con las reformas del Ensanche, queda ahora dentro de la nueva población.”<sup>8</sup> Sin embargo, las Cambronerías ya estaban dentro de la población desde 1860, cuando se las incluyó en el proyecto de Ensanche, y no *ahora*, desde 1922.

Eran artículos con descripciones muy gráficas de las condiciones físicas de las barriadas y sus habitantes, con titulares gruesos para que se grabaran en la mente de los lectores. Las Cambronerías, “a la entrada de la glorieta del Puente de Toledo”, era calificado como “el barrio de los gitanos, el albaicín madrileño, digno sucesor del campo de Santa Bárbara, que en el siglo XVI fue albergue de gitanos, y está compuesto por dos filas de casuchas bajas y desiguales.”<sup>8</sup>



[Ilustración 9.2. Fotografía de una fila de casas en la barriada de las Cambronerías, tomada del periódico *La Voz*, 1927. El titular corresponde a un artículo del diario *El Heraldo de Madrid*, 1922.]

Casablanca o Injurias eran descritos como “barrios pintorescos, rincones de los suburbios de Madrid donde se albergan centenares de familias a quienes la necesidad obliga a habitar allí como Dios les da a entender. Desde una altura próxima contemplamos en el fondo de una barrancada el grupo de viviendas que constituyen el legendario barrio de las Injurias. En estos aduares las gentes viven hacinadas en repugnante promiscuidad con los animales, sin los más indispensables elementos para vivir, como si no fueran seres humanos y sí más bien despojo despreciable que la sociedad rechaza de su seno para arrojarlo a las afueras como arroja lo inútil y lo inservible al pudridero de los muladares.”<sup>9</sup>

Barrios que ya eran calificados como “legendarios” o “pintorescos”, al igual que las Cambronerías, “uno de los pocos rincones que de la historia del

<sup>8</sup> Fuente: *El Heraldo de Madrid*, 1922.

<sup>9</sup> Fuente: *La Voz*, 1923.

*Madrid pintoresco quedan.*”<sup>10</sup> Los nombres no eran desconocidos ni pasaban desapercibidos para el lector de los años veinte. Se habían convertido en una especie de mito, de curiosidad pintoresca digna de ser visitada en una excursión:

“- *Dimos un paseo muy largo por la ribera y me gustó mucho. Es gente muy pintoresca.*

- *Pues sigamos la excursión, ahí tiene usted, las Peñuelas.*

- *¿Y esto qué es?*

- *Una barriada, famosa por sus “pedreas”. Aquí vive mucha gente gitana, gente flamenca. También es una barriada de obreros, de gente buena.”*

Antonio Casero, “Por esos madriles”, en *Heraldo de Madrid*, 1920.

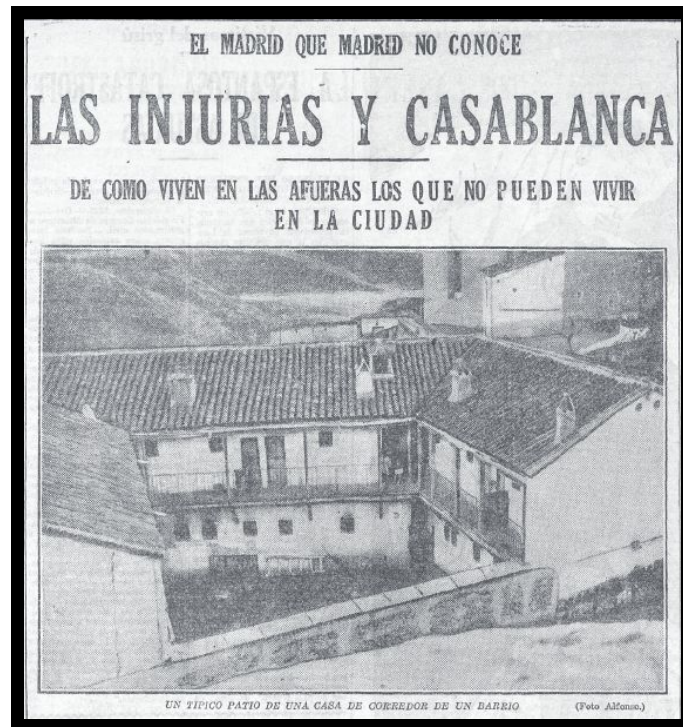
Una fama que se había labrado desde la segunda mitad del siglo XIX. Tantas noticias acumuladas sobre sus pésimas condiciones de salubridad, sobre los crímenes que se cometían en sus alrededores o las acusaciones vertidas sobre ellos durante las numerosas epidemias desatadas, les habían granjeado una imagen negativa entre la sociedad madrileña. Si se citaba uno de sus nombres, era para hablar mal, y de ello eran conscientes los propios periodistas de los años veinte, cuando afirmaban que “*sólo se han ocupado (de ellos) para escarnecerles y atribuirles un cúmulo de leyendas, que siempre han dejado en entredicho la fama de sus moradores.*”<sup>10</sup>

A diferencia de las noticias del siglo XIX, en las que únicamente aparecía un retrato subjetivo de la zona, en estos reportajes se trasladaba la idea de una investigación social por parte de los periodistas para descubrir “*un Madrid que el otro Madrid, el céntrico y bien urbanizado, desconoce. Un Madrid aduánico, cabildeo, sin higiene, sin agua, con zahúrdas donde muere, más que vive, una población enorme, digna de mejor suerte.*”<sup>11</sup> Un propósito basado en entrevistas personales con los propios protagonistas, con los vecinos y moradores de las casas (“*acompañados por varios vecinos, hemos recorrido aquel infecto aduar. Nos hemos asomado al interior de algunas de aquellas zahúrdas, donde, por todo ajuar, hay trapos, cachivaches inservibles y sucios camastros y nos hemos horrorizado del espectáculo que aquello ofrece*”).<sup>11</sup> Un método que les descubría realidades inesperadas y contrarias a la idea con la que partían al inicio del viaje. “*Yo, que llevaba impresa la idea de que los gitanos vivían solamente de sus trapacerías, sufro un desencanto. Los que tengo ante mí (en las Cambronerías) viven de su trabajo, con grandes estrecheces, sí, pero con alegría y honra.*”<sup>10</sup> “*No es aquello (Casablanca) un campamento de gitanos, sino un barrio de pobres gentes que trabajan rudamente, haciendo frente a todo género de dificultades para ganarse honradamente el sustento.*”<sup>11</sup>

<sup>10</sup> Fuente: *El Heraldo de Madrid*, 1922.

<sup>11</sup> Fuente: *La Voz*, 1923.





[Ilustración 9.3. Fotografía de un corral y unas casas de la zona de las Injurias tomada del periódico *La Voz*, 1927.]

Los periodistas denunciaban el abandono que sufrían estas zonas por parte de las autoridades municipales: *“unas veces la dificultad de acoplar en los presupuestos todas las necesidades, otras el absurdo intrínquilis de las zonas del Ensanche y del Extrarradio y siempre un vituperable abandono y la falaz promesa de un remedio que nunca llega. Y entre tanto he aquí la dolorosa realidad que hoy se presenta a nuestra vista en este apartado rincón denominado Casablanca, que forman medio centenar de miserables viviendas de una sola planta, en cuyo interior repugna entrar y donde se alberga una población de cerca de 500 personas.”*<sup>12</sup> Una penosa situación que no dudaban de calificar como *“una verdadera vergüenza. Ni agua, ni luz, ni escuelas, ni asistencia pública. La zona baja del paseo de las Acacias parece una zona maldita: las Peñuelas, las Injurias, Casablanca, las barrancadas donde antaño se levantaron las famosas chozas de la Alhóndiga, todo parece evocar un verdadero infierno a las puertas de esta corte de los milagros.”*<sup>13</sup>

El infierno a las puertas de casa, gruesos vocablos que sin duda debían despertar temor a la hora de pensar en esos lugares. Una desconfianza que era recíproca cuando un extraño se adentraba en las barriadas. *“Me acerco a un grupo de mujeres, que me miran con algún recelo.”*<sup>13</sup> La segregación social del espacio era ya tan profunda que el simple aspecto exterior de las personas las identificaba como propias o ajenas a ese mundo, si aquél era su lugar, si debían

<sup>12</sup> Fuente: *La Voz*, 1927.

<sup>13</sup> Fuente: *El Heraldo de Madrid*, 1922.

estar allí y por qué estaban. “*Nuestro aspecto debe de ser, sin duda alguna, de gente adinerada, porque antes de llegar al automóvil nos asalta una turba de gitanas y gitanillos que tienden hacia nosotros sus sucias manos en demanda de monedas a cambio de adivinarnos el pasado, el presente y el porvenir.*”<sup>12</sup> Una apariencia que inmediatamente creaba ideas preconcebidas sobre la condición de las personas. “*Nos resignamos a soportar la monserga de aquellos hampones y a librarnos de ellos entregándoles algunos cuartos para continuar nuestra ruta.*”<sup>12</sup> Una imagen de la que eran conscientes los mismos protagonistas de los reportajes. “*Ya ve usted cómo vivimos. Ni siquiera la miran a una, como va una tan destrosá, toos nos miran mal. No vivimos del trato. Nosotros trebejamos en calderería. Parese que toos nos tién miedo.*”<sup>13</sup>

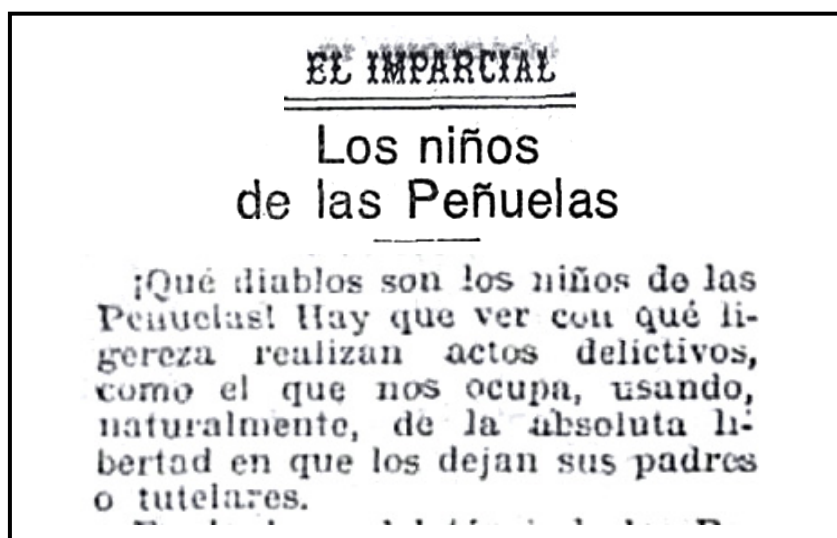
### 9.1.2 Los barrios del crimen y de la perversión

Miedo a los gitanos que se hacía extensivo a los barrios donde vivían o a los lugares por los que se movían. Miedo a ser robado por ellos, miedo a sus peleas y reyertas, finalizadas a navajazos y tiroteos, con cuerpos tirados en el suelo sobre regueros de sangre. La prensa se hacía eco de los sucesos violentos ocurridos entre ellos, con grandes titulares y recreaciones detalladas de las trifulcas, del pánico provocado entre los testigos presentes, de la peligrosidad de los sujetos. En la mayoría de las ocasiones sus protagonistas no eran de los barrios del Ensanche Sur, sino del Extrarradio y de los municipios de alrededor, como Carabanchel bajo, Vallecas, Getafe, Alcalá de Henares, e incluso de otras provincias, como Toledo.



[Ilustración 9.4. Ejemplo de una noticia sobre un tiroteo en el nuevo mercado de ganados, junto al río Manzanares. Las familias implicadas en el suceso procedían de Talavera de la Reina, Toledo y Alcalá de Henares. Fuente: *La Libertad*, 1927.]

En otros muchos casos ni siquiera eran gitanos los protagonistas de los sucesos delictivos, pero en las noticias se criminalizaba igualmente al espacio. El delito o la infracción cometidos por unas personas se hacía extensible a todo el barrio (ver ilustración 7.9). En 1927 Mariano Delgado Plaza, de 13 años de edad y conocido como *el mendrugero*, José Sierra Molina, de 14 años, y Luis Alonso Bartolomé, de 16 años, robaron un paquete de un vagón de la estación ferroviaria de las Peñuelas. El paquete contenía 25 kilos de azúcar y se lo vendieron a una mujer por 15 pesetas, que a su vez se lo vendió a un tabernero por 32. El robo fue visto por un mozo de estación, que lo denunció a la Guardia Civil. Los agentes conocían a los chicos y acudieron a sus casas para proceder a su detención y conducirles al Tribunal para niños.<sup>14</sup>



[Ilustración 9.5. Noticia sobre un hurto cometido por tres menores del barrio de las Peñuelas. Fuente: *El Imparcial*, 25 de febrero de 1927.]

José Sierra, *Pepito* como le conocían sus amigos, vivía con su familia en el nº 30 de la calle Peñuelas. Sus padres se llamaban Matías y Valentina, tenían 55 y 48 años, respectivamente, y procedían del pueblo conquense de Buendía. Matías trabajaba como peón de albañil en diferentes obras de construcción y cobraba un jornal de 8 pesetas el día que trabajaba. Pepito era el cuarto de sus hijos. El mayor, de 26 años, trabajaba también en el sector de la construcción y ganaba 10 pesetas diarias como ayudante de albañil. Su segundo hijo, de 21 años, trabajaba en un almacén de carbón por 6 pesetas al día. Después de Pepito venían una hija de 12 años y otro hijo de 9. Además, con ellos vivía la hija mayor de Matías, de 25 años, que se había casado con un joven de su misma edad que trabajaba como chófer y con el que había tenido un hijo.

<sup>14</sup> Fuente: *El Imparcial*, 1927.



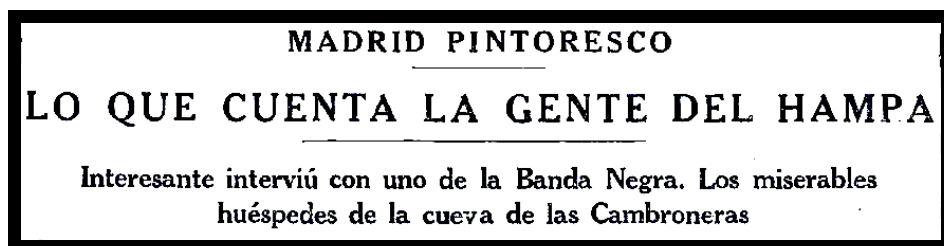
Una numerosa familia de diez miembros que vivían en una casa muy pequeña para sus necesidades. La casa se situaba en el bajo del edificio y sólo contaba con cocina y tres dormitorios.<sup>15</sup> Una situación asfixiante que empujaba a los niños a pasar la mayor parte de su tiempo en la calle. Con el padre y los hermanos mayores trabajando en las obras o en el almacén, y con la madre sacando adelante a sus hijos pequeños y ayudando a su hija mayor con el recién nacido, no resultaba sencillo controlar a un joven adolescente por las tardes, ni saber con quién se juntaba ni qué hacía. Cuando la Guardia Civil se presentó en el hogar de los Sierra, *“el señor Matías le arreó un cachete a su hijo”*,<sup>14</sup> antes de ser llevado por los agentes. Tres años después de aquel incidente, el señor Matías parece que quiso atar en corto a su hijo pequeño, pues *Pepito* declaraba en el padrón municipal que trabajaba como *“peón de albañil con su padre”* y ganaba 8 pesetas.

Más allá de que *Pepito* enderezara su vida o no, su caso era uno más de los que tanta fama daban al barrio. El hurto cometido por tres niños servía para criminalizar a todos los demás. Bastaba con decir que uno vivía en las Peñuelas para que la gente pensara en su habilidad y ligereza para cometer actos delictivos. Ser de allí ya era una prueba acusatoria en la opinión pública. Desde los medios de comunicación se difundía la idea de que aquellos barrios eran la tierra de los delincuentes, su hábitat natural, el lugar donde podían sentirse a salvo gracias a las cuevas y a los escondrijos que sólo ellos conocían, la parte de la ciudad donde se sentían fuertes y podían hacer frente a las batidas de la Guardia Civil.

*“Me quedo aquí, porque en este sitio acaba mi jurisdicción; de ahí “pa’llá” empieza la de los otros, la de los «picos» (Guardia Civil).”* Así se despedía un antiguo miembro de la *“Banda Negra”* de unos reporteros en las cercanías de la Ronda de Toledo. El nombre se refería a una agrupación de delincuentes que en sus inicios se habían dedicado al robo de carbón en los almacenes y las estaciones de los alrededores. *El Paseo Imperial, donde existen grandes casas de vecindad y enormes almacenes, ha sido teatro de los más famosos hechos de la “Banda Negra”*.<sup>16</sup> De ahí pasaron al asalto de trenes y convoys en la línea de circunvalación, donde sacaban provecho de los numerosos túneles que atravesaba la vía para detener la locomotora y desvalijar los vagones. La notoriedad de sus golpes les llevó a enfrentarse primero a los guardas jurado de las compañías ferroviarias y, posteriormente, a contingentes de la Guardia Civil, reforzados por fuerzas de la Caballería, *“que dispersaron a los maleantes por las huertas próximas.”*<sup>16</sup>

<sup>15</sup> Fuente: AVM, Estadística, padrón municipal de 1930.

<sup>16</sup> Fuente: *La Voz*, 1930.



[Ilustración 9.6. Titular de la entrevista a uno de los miembros de la “Banda Negra”. Fuente: *La Voz*, 20 de enero de 1930.]

Para llegar hasta su confidente, los reporteros tuvieron que adentrarse *“por un camino cubierto de carbonilla, hasta llegar a las proximidades del grupo de viejas casuchas del antiguo barrio de las Injurias”*, a las bocas de aquel infierno a las puertas de la capital, *“donde se encuentra la misteriosa taberna, de rojas cortinillas y ahumado interior.”* Allí era donde el confidente se sentía seguro y desde allí guió a los periodistas para que visitaran las cuevas que les servían de refugio, ocupadas también por *“mendigos y desdichados. Allí, entre montones de viruta y paja, se distingue al grupo informe de media docena de seres humanos. Son cuatro mujeres, dos hombres y un jovencuelo y ningún parentesco los une. Ellas afirman que se dedican a asistir en las casas y de ellos, uno dice ser verdulero y otro cargador en la plaza de abastos, pero el aspecto de unas y otros nos hacen comprender que en la existencia de estos seres debe de haber más de una cosa inconfesable.”*<sup>17</sup>

El muchacho que les acompañaba era Lorenzo Sainero. Sus padres se llamaban Eugenio y María y tenían 46 y 43 años respectivamente. Vivían en la colonia de casas baratas del Pico del Pañuelo, en la calle José Miguel Gordo, frente a las nuevas instalaciones del Matadero municipal. La familia, procedente de la localidad de Pinto, había llegado a la capital en torno a 1910. El matrimonio tenía dos hijas y un hijo, Lorenzo, que aparecía empadronado con ellos. Eugenio era un jornalero sin un sueldo definido y Lorenzo declaraba que no tenía oficio reconocido.<sup>18</sup> Según confesó al periodista cuando le entrevistó, era *“un pirón fugado de su domicilio.”*<sup>17</sup> Ése era precisamente el destino que el señor Matías Sierra pretendía evitar a su hijo, *Pepito*, cuando pasó el episodio del robo del paquete de azúcar y le ató en corto poniéndole a trabajar a su lado: que se fuera de casa, que cayera en el mundo del hampa y terminara como Lorenzo, en un *“refugio que no puede ser más horrible, en una cueva donde se revuelve tanta miseria física y moral.”*<sup>17</sup>

Esta última frase apuntaba a otra de las imágenes heredadas por los barrios del Ensanche Sur durante las primeras décadas del siglo XX. Desde el comienzo de la Restauración se había forjado en torno a ellos toda una iconografía de la perversión. El hacinamiento en el interior de las viviendas; una vida sin intimidad, desarrollada de cara al exterior, en el bullicio de la calle; los

<sup>17</sup> Fuente: *La Voz*, 1930.

<sup>18</sup> Fuente: AVM, Estadística, padrón de 1930.

ambientes de alterne y confusión en las tabernas; los espacios vacíos de los alrededores y la sensación de no vivir en la ciudad, sino en sus afueras, fueron elementos que hicieron de los barrios del Ensanche Sur un espacio de “orden alternativo”, una especie de *zona de aguas internacionales* donde la moralidad y las normas de urbanidad aceptadas por el resto de la comunidad eran transgredidas.<sup>19</sup> No sólo eran los barrios bajos por su desnivel geográfico o por la condición social de la mayoría de sus habitantes, sino también por sus “bajos instintos”, por sus peleas, por los asesinatos que allí se cometían o por el tipo de relaciones sexuales que allí se practicaban y que rompían el corsé de las convenciones sociales.

A primera hora de la mañana del 27 de abril de 1912, Gabino Montero Lopesino entró por la puerta de la comisaría de guardia del distrito de Hospital con su hijo pequeño de la mano. Estaba indignado y decidido a presentar una denuncia formal. Trabajaba como albañil en las obras de la Ronda de Atocha, donde vivía en un bajo junto a su mujer, Rosa, y sus tres hijos pequeños. Al llegar del trabajo Rosa le abordó preocupada. Santiago, su hijo de once años, tenía fiebre. Una vecina le dijo que había visto a su hijo en una esquina intentando mear, sin conseguirlo y que se puso a llorar.

Gabino fue a ver a su hijo y éste le contó que *“la churrera de La Manigüa le llamó hace unos días y que le había dado un poco de churro esa misma mañana. Cuando se lo comió, le metió en el retrete del patio trasero de la churrería y le dijo que si quería joder. Le tumbó en el suelo y le sacó la minina y ella se echó encima y se la metió en sus partes y le hizo un poco de daño”*. Después, cuando volvía para casa, *“quiso mear, pero no podía porque le escocía mucho la minina y es cuando le vio la vecina”*. Gabino quiso que todo eso constara en la denuncia y que le reconociera un médico a su hijo, porque estaba seguro de que la muchacha, a la que no conocía de nada, estaba mala y le había contagiado a su hijo.<sup>20</sup>

La denuncia presentada por Gabino dio inicio a las diligencias por un posible delito de abuso de menores. La policía municipal acudió al domicilio de la denunciada, Estefanía Montero Cerrada, una joven de 15 años que vivía en un bajo de la calle Ciudad Real, nº 3, junto a su madre, Marta Cerrada Somolinos, viuda de 58 años, y tres hermanos. Su padre había muerto hacía años y los hijos se habían puesto a trabajar desde pequeños, los chicos como jornaleros y ella como vendedora ambulante y ayudante en una churrería. Una vez en la comisaría, Estefanía declaró que *“sólo había visto al chico una vez, cuando iba*

<sup>19</sup> HETHERINGTON, Kevin: *The Badlands of Modernity. Heterotopia and social ordering*, Routledge, London & New York, 1997; WALKOWITZ, Judith: *City of Dreadful Delight: Narratives of sexual danger in Late-Victorian London*, The University of Chicago Press, Chicago, 1992.

<sup>20</sup> Fuente: Reconstrucción narrativa propia a partir de la documentación hallada en el Archivo General de la Administración (AGA), Juzgado de 1ª instancia e instrucción, distrito de Hospital, sección Penal, sumario nº 179 por lesiones de Santiago Montero Moreno, 1912; y AVM, Estadística, padrón municipal de 1905.

*con un maestro pintor y éste le pegó un tortazo al niño*”. Entonces ella le regaló un pedazo pequeño de churro para que dejara de llorar, pero no había pasado de ahí, ni *“nunca había tenido relaciones sexuales de ningún tipo”*.

En la vista oral ante el juez, Gabino se ratificó en su declaración y solicitó que se reconociera a la muchacha para saber si estaba mala. Ricardo Gutiérrez Chicote, médico de la casa de socorro, dictaminó que *“habían desaparecido los signos de virginidad en la denunciada”*. Ante esta situación, Estefanía quiso matizar su declaración inicial y confesó que *“una vez se metió el dedo en sus partes, y como le diera gusto, lo hizo un rato y lo repitió más veces, pero que no era cierto que hubiera hecho ningún acto criminal con el chico ni con ningún hombre”*. Su madre, presente en el acto, afirmó que *“no había observado nada anormal, ni le constaba que su hija tuviera enfermedad alguna, ni tenía motivo para sospechar siquiera que su hija hubiera sido desflorada ni por sí ni por contacto con varón”*.<sup>21</sup>

El caso trascendió a la prensa. Aunque no obtuvo titulares tan rimbombantes como la “Banda Negra” o las reyertas entre gitanos, sí pudo leerse que *“la inmoralidad campa a orillas del Manzanares. Dos niños cometen actos impuros en el patio de una churrería...”*<sup>22</sup> El abuso de menores parecía el acto más vil de todos, cometido, una vez más, en los barrios del Sur, aquellos que parecían perpetuados a ser, ante la opinión pública, el rostro negro y maldito de la ciudad.

## 9.2 Dr. Jekyll y Mr. Hyde. Paradojas de la moderna metrópoli

*“No puede considerarse de París, no puede llamarla su ciudad, quien no conoce sus fantasmas. Impregnarse de sus grises, confundirse con la sombra indecisa, unirse a la multitud húmeda que surge o rezuma del metro, de los cines o de las iglesias, ser el hermano silencioso y distante del iluminado, del mendigo, del borracho incluso.”*

Jacques Yonnet, *Rue des Maléfices*, 1954.

La historiografía de los últimos años, sobre todo en el mundo anglosajón, ha incidido en la naturaleza múltiple y contradictoria de la vida urbana moderna en las grandes ciudades anteriores a la Segunda Guerra Mundial. Las investigaciones se han abordado desde diferentes puntos de vista, como la

---

<sup>21</sup> La documentación conservada en el archivo termina aquí, lo que apunta a que la información restante hasta la resolución del expediente se ha destruido o se ha extraviado.

<sup>22</sup> Fuente: *El Heraldo de Madrid*, 1912. En la noticia recogida no se facilitan nombres, pero los datos que aporta concuerdan bastante con los del expediente judicial.

política,<sup>23</sup> el orden social,<sup>24</sup> la vivienda,<sup>25</sup> la pobreza<sup>26</sup> o la marginalidad.<sup>27</sup> Una oleada de estudios que han seguido el testigo de obras pioneras<sup>28</sup> sobre el poder de la imagen en la construcción de la realidad,<sup>29</sup> y que han incorporado una metodología de trabajo multidisciplinar, con importantes aportaciones desde otros campos de estudio, como la geografía,<sup>30</sup> la literatura<sup>31</sup> o la antropología,<sup>32</sup> e incluso de fuentes como la sociología y el pensamiento filosófico.<sup>33</sup> La transformación social, económica, política y cultural de ciudades como Londres, París, Berlín o Nueva York, por citar los ejemplos más sobresalientes, no adoptó una dirección uniforme o lineal, y tampoco lo hizo en Madrid. En la modernización de sus estructuras se entrelazaron múltiples elementos, complementarios entre sí, pero también opuestos y contradictorios en ocasiones, con respuestas y comportamientos por parte de las personas que variaban en función de su experiencia individual y su inserción social.<sup>34</sup> No había blancos o negros, sino *grises que se confundían*. El proceso de modernización de Madrid ofrecía múltiples caras, respuestas sorprendentes a fenómenos tales como la representación del espacio y los usos reales que se hacían de él, el impacto de lo nuevo y los sentimientos de fascinación, rechazo o miedo que despertaba, o las prácticas delictivas y de subversión que se cometían en un mundo (el ferrocarril) marcado por la precisión, el mecanicismo y la voluntad de control y orden. Elementos que coexistieron en el tiempo, que afectaron a los barrios del

<sup>23</sup> JOYCE, Patrick: *The rule of Freedom. Liberalism and the modern city*, Verso, London, 2003.

<sup>24</sup> HETHERINGTON, Kevin: *The Badlands of Modernity. Heterotopia and social ordering*, Routledge, London & New York, 1997.

<sup>25</sup> SHARON, Marcus: *Apartment stories: City and home in nineteenth century Paris and London*, University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1999; CROOK, Tom: "Accommodating the outcast: common lodging houses and the limits of urban governance in Victorian and Edwardian London", en *Urban History*, nº 35, Vol. 3 (2008), pp. 414-436.

<sup>26</sup> GREEN, David: *Pauper capital. London and the Poor Law (1790-1870)*, Ashgate Publishing, Farnham, 2010.

<sup>27</sup> KOVEN, Seth: *Slumming: sexual and social politics in Victorian London*, Princeton University Press, Princeton, 2004.

<sup>28</sup> DYOS, Harold James y WOLFF, Michael: *The Victorian city: images and realities*, 2 Vols., Routledge and Keegan Paul, London and Boston, 1973.

<sup>29</sup> ARNOLD, Dana: *Re-presenting the metropolis: Architecture, urban experience and social life in London, 1800-1840*, Ashgate, Aldershot, 2000; NEAD, Linda: *Victorian Babylon: People, Streets and Images in Nineteenth-century London*, Yale University Press, New Haven & London, 2000.

<sup>30</sup> BROOKER, Peter y THACKER, Andrew (eds.): *Geographies of modernism: literatures, cultures, spaces*, Routledge, Abingdon, 2005.

<sup>31</sup> THACKER, Andrew: *Moving through Modernity: Space and geography in Modernism*, Manchester University Press, Manchester, 2003.

<sup>32</sup> POOVEY, Mary: *Making a social body: British cultural formation, 1830-1864*, The University of Chicago Press, Chicago, 1995; MANDLER, Peter: "«Race» and «nation» in mid-Victorian thought" en COLLINI, S., WHATMORE, R. and YOUNG, B. (eds.): *History, religion and culture: British intellectual history, 1750-1950*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, pp. 224-244.

<sup>33</sup> BERMAN, Marshall: *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Siglo XXI, Madrid, 1988.

<sup>34</sup> OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "La reducción de escala y la narratividad histórica", en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº extraordinario (2007), pp. 245-264.

Ensanche Sur y a su población, y que fueron una prueba de la complejidad de la vida urbana en la capital española a la altura de los años veinte y treinta.

### **9.2.1 Las Injurias bajo los adoquines de la Gran Vía**

La Gran Vía fue desde su nacimiento el símbolo más brillante de la nueva ciudad que se abría paso a partir de la segunda década del siglo XX. Escaparate de la modernidad madrileña por sus luces de fiesta, por sus cines, por sus oficinas, por sus grandes almacenes, por sus espectaculares edificios, por el torrente de autos que circulaba por sus adoquines día y noche. Su construcción generó numerosos empleos, negocios y riqueza, y fue un halo de renovación del viejo callejero que tuvo ecos en otras partes de la ciudad, como el Ensanche Sur. Pero en ese espacio también se produjeron prácticas subversivas y usos que atentaban contra esa imagen de modernidad deslumbrante. Prácticas que resultaban sorprendentes en ese entorno y que afectaron negativamente a la imagen no de la Gran Vía, sino de los barrios del Ensanche Sur.

En abril de 1923 la prensa vespertina se hizo eco de una noticia que causó un gran revuelo posterior: *“Hace unos tres días la policía detuvo a cinco hombres a las cinco de la mañana en un solar de la Gran Vía. Dormían en unas cuevas que hay allí.”*<sup>35</sup> No eran cuevas ni mendigos en las Injurias, sino en plena Gran Vía, hallados en los descampados de las obras, entre los cimientos y los andamios de los edificios, como a otro grupo que encontraron *“próximo al Banco de Bilbao”*. Personas sin hogar que habían ocupado libremente el corazón del Madrid más moderno y que lo habían convertido en refugio para pasar la noche. Además, la noticia daba cuenta de que los mendigos habían sido llevados *“al asilo de las Yaserías y a las seis aún no habían comido nada. A otros tres les tuvieron sin comer toda la noche y les dieron una gran paliza con unos vergajos. La denuncia no es anónima. La hace D. Manuel Cordero, concejal del Ayuntamiento y diputado electo por Madrid y la hace ante testigos, a uno de los cuales, el ilustre doctor Chicote, cita nominalmente.”*<sup>35</sup>

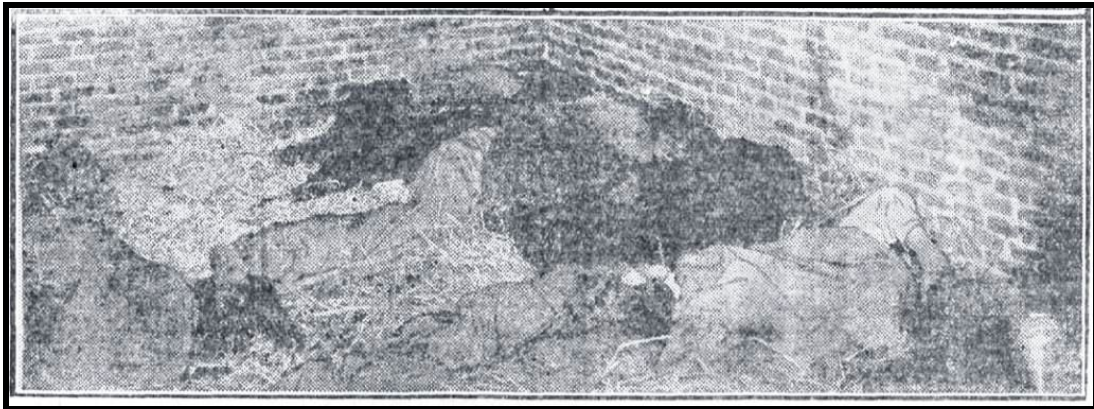
---

<sup>35</sup> Fuente: *La Voz*, 1923.





[Ilustración 9.7. Imagen de la construcción del tercer tramo de la Gran Vía, 1929.]



[Ilustración 9.8. Imagen de mendigos hallados cerca del Banco Bilbao, 1923.]

La noticia causó conmoción, al menos en la prensa de la época, por tratarse de la Gran Vía, lo que destapó un problema oculto hasta el momento (el trato vejatorio que se dispensaba a los pobres recogidos en las calles en el asilo de Yeserías) y un asunto general (la mendicidad) aparcado *sine die* por parte de las autoridades municipales. Gregorio Marañón, en una de sus primeras colaboraciones en el diario *El Sol*, recordaba las denuncias que había realizado el concejal López Baeza en varias sesiones plenarias del Ayuntamiento y afirmaba que “tales horrores son exactísimos y vienen repitiéndose hace años. Los médicos de los hospitales de Madrid sabemos que cuando en nuestro servicio entra un pobre hombre demacrado, hambriento y cubierto de jirones sucios, no se trata de un vagabundo, sino de un ciudadano a quien la caridad oficial tiene

*acogido hace días en su más típica instalación. Hace algunos años recogimos nosotros datos tan terribles como los ahora denunciados, de labios de multitud de asilados de este centro.*”<sup>36</sup>

El doctor Marañón recordaba la desconfianza y el escepticismo de las autoridades cuando denunciaron los hechos. *“El gobernador civil no sólo no nos quiso creer, sino que montó en cólera contra nosotros. Pero logramos llevarle al asilo, acompañado del inspector general de Sanidad, y pudo convencerse que la realidad hacía pálidas nuestras pinturas. Vimos niños que salían por la noche de su dormitorio y llegaban a rastras a una pocilga, donde el encargado del asilo criaba unos cerdos con las sobras de los ranchos, y en la misma escudilla que los animales, comían ávidamente aquellos inmundos garbanzos y judías. Aquello era peor que un presidio. El gobernador, que fue allí de buena fe, estaba aterrado y se ruborizó al escuchar un himno en honor del señor gobernador que les habían hecho aprender a los pobrecitos muchachos. Dicen que castigaron al dueño de los cerdos.*”<sup>36</sup>

La falta de publicidad del asunto hizo que todo quedara en vagas promesas en el aire, pronto olvidadas. *“Prometieron arreglarlo todo y nos rogaron que callásemos. Pero siguió todo en el mismo estado.”* Hasta que saltó la noticia y la campaña del señor López Baeza. Gregorio Marañón argumentaba la necesidad de *“un campamento de distribución, reposo y desinfección de mendigos”*, pero dentro de una organización tutelada y sostenida por el Estado, *“porque no se trata de un problema de caridad, sino de un servicio de higiene pública y no puede admitirse que todos se desentiendan del asilo y su responsabilidad vaya, como una pelota, de la Asociación Matritense al Ayuntamiento y de éste al Gobierno.*”<sup>36</sup>

A partir de ese momento se sucedieron los artículos en los que se daba cuenta de las pésimas condiciones que padecían los asilados del centro de Yaserías y del terror que despertaba entre los mendigos la camioneta municipal que les conducía allí. En ellos se relataba cómo se encerraba a los mendigos que llegaban desde la calle *“en un pabellón grande, frío, con un farolillo de gas pendido del techo. No hay sillas, ni camas, ni jergones, nada. Al fondo de la estancia, tendidos sobre el pavimento, tres infelices duermen, encogidos y tiritando, sin más abrigo que sus propios harapos.”*<sup>37</sup> Allí se les tenía hasta que se les bañaba, se les cortaba el pelo y se les facilitaba ropa limpia. Todo dependía de que hubiera ropa disponible y una cama libre en los dormitorios, donde dormían separadamente hombres, mujeres y niños. Todo el personal del centro se reducía a cuatro guardas de seguridad, sin directores ni conserjes. Otro pabellón hacía las veces de escuela para los niños, pero *“carecía de todo material y los maestros eran dos mendigos del asilo.”*<sup>38</sup>

---

<sup>36</sup> Fuente: Artículo firmado por Gregorio Marañón para el diario *El Sol* y recogido aquí textualmente del diario *El Motín*, 21 de abril de 1923.

<sup>37</sup> Fuente: *El Heraldo de Madrid*, 1923.

<sup>38</sup> Fuente: *El Heraldo de Madrid*, 1923.



Este asunto dio pie a la reaparición de la figura del *flaneur*, periodistas que acudían al asilo disfrazados de mendigos para pasar desapercibidos y así obtener material de primera mano para sus artículos, al estilo de otros periodistas que retrataron los bajos fondos de París y Londres o de escritores españoles a finales del siglo XIX, como Baroja o Blasco Ibáñez. Crónicas que adoptaban un estilo dramático, con adjetivos tremebundos para recrear el submundo de los bajos fondos. *“Me he asomado a ese pozo de roña y suciedad que es el refugio de Yaserías. Chapuzarse en aquel abismo de harapos es meterse en un infierno, donde las criaturas se mueven como lombrices en el barro o larvas en detritus. Yo ruego al lector que me perdone si le invito a un paseo por este falansterio o gazapera de cuerpos tiznados y almas envilecidas. Para responder a nuestras preguntas hemos ido sin previo aviso. Suena el automóvil. Se abre el ancho portalón. La máquina frena en el patio. Viene a dejar la carga de mugre que envía la ciudad al Asilo. Sale del coche una vieja, encorvada, astrosa...”*<sup>39</sup>



[Ilustración 9.9. Imagen del patio del asilo de Yaserías y los mendigos recogidos en él. A la derecha aparece el periodista disfrazado, 1927.]

El Ayuntamiento reaccionó con la velocidad de un paquidermo y en 1925, *“con objeto de realizar las mejoras que sean susceptibles, en armonía con las necesidades de la vida moderna, se ha fijado en el deplorable estado en que se halla, tanto su instalación como en su funcionamiento, el llamado albergue o asilo de mendigos que en el camino de las Yaserías tiene arrendado el Excmo. Ayuntamiento de Madrid.”*<sup>40</sup> En la sesión plenaria se acordó trasladar a los niños al Asilo de la Paloma y a los adultos al de Alcalá de Henares, además de someter a estudio la creación de colonias de trabajo *“en las que puedan desarrollar sus actividades los que estén en condiciones de trabajar.”* Unas medidas que se

<sup>39</sup> Fuente: H. R. De la Peña en *Nuevo mundo*, 1927.

<sup>40</sup> Fuente: *El Imparcial*, 26 de agosto de 1925.

demoraron dos años más, hasta mayo de 1927, cuando se anunció el cierre definitivo del asilo y el traslado de las 491 personas que por entonces acogía.<sup>41</sup>



[Ilustración 9.10. Imágenes del dormitorio de hombres y la escuela de niños del asilo de Yaserías en 1927.]

Este caso ilustra el mosaico de espacios tan diferentes que conformaban la ciudad en los años veinte. Gran Vía y Yaserías, modernidad y abismo social, mundos opuestos que, para sorpresa de muchos, estaban conectados por la figura del mendigo y sus refugios. Ejemplo que ilustra también el poder de la imagen en la construcción mental del espacio. Los mendigos descubiertos en las proximidades del Banco Bilbao o de la Gran Vía sirvieron para destapar las escandalosas condiciones de un asilo de la zona sur de la ciudad, pero en ningún caso pusieron en cuestión su imagen como zona moderna y deslumbrante, “*donde los particulares se gastan una fortuna en revestir de mármol una fachada*”, en palabras de Gregorio Marañón.

Esa misma noticia también fue utilizada como mecha para todo un reguero de reportajes sensacionalistas, escritos por periodistas disfrazados que se lanzaban a los barrios del sur a la caza y captura de cuevas y mendigos, iguales que los del centro, pero utilizados en este caso para recrear un submundo de miseria y marginalidad. Una imagen construida que lanzaban a los lectores como si ése fuera el paisaje característico de todo el Ensanche Sur. Eran las descripciones del *Madrid que Madrid no conoce*, del *barrio de los gitanos*, del *infierno a las puertas*, recogidas al principio del capítulo y que no atendían a los profundos cambios experimentados por los otrora *barrios negros* del sur.

---

<sup>41</sup> Fuente: *La Correspondencia militar*, 1927.

### ***9.2.2 Las campanas ya no repican en el Ensanche Sur. Los robos, el delito de los nuevos tiempos***

A pesar de la imagen difundida desde la prensa, donde se describía a los barrios del Ensanche Sur como una negra piltrafa de una ciudad que pugnaba por modernizarse, lo cierto es que habían experimentado un notable lavado de cara a partir de la segunda década del siglo XX. A las puertas de los años treinta, el Ensanche Sur apuntaba más a barrio de clases medias modestas y trabajadores manuales con mayor capacidad de gasto, que a zona de miseria e indigencia, trasladada por entonces a las barriadas del Extrarradio, como Puente de Vallecas o los Carabancheles. Aquella frase tan expresiva de uno de los personajes ficticios de Baroja, que oía repicar las campanas en el barrio cuando se veía una peseta, era ya un anacronismo por entonces. Por supuesto que existían familias con verdaderos problemas económicos, que eran pobres o en riesgo de caer en la miseria, que había restos de “puntos negros” con viviendas de mala calidad, pero ése ya no era el tono general de la zona ni de sus vecinos, que ya no se asombraban al ver a una persona con un duro en la mano. Ni con uno, ni con unos cuantos más. Y una de las pruebas que mejor calibró ese cambio fueron los robos cometidos a vecinos y propietarios del Ensanche Sur.

Durante el siglo XIX los delitos por hurtos y robos fueron casi desconocidos. Resultaba lógico, pues se trataba de una zona de la ciudad donde había poco que llamara la atención para ser desvalijado. El desarrollo económico de los últimos años cambió la situación: en los periódicos se sucedían las noticias sobre atracos y asaltos a viviendas y negocios de la zona, mientras en los juzgados de distrito comenzaron a acumularse los expedientes.

Las tiendas estaban con frecuencia en el punto de mira de los ladrones. Antonio Calatayud Serrano fue una de sus víctimas. En 1930 Antonio era un joven comerciante de 29 años, nacido en Murcia, casado y con un hijo pequeño de dos años. Era una de las familias que residía en el nuevo barrio del Pico del Pañuelo, en una de aquellas casas con baño propio por la que pagaba 50 pesetas al mes de alquiler. Después de varios años trabajando como empleado en una tienda, había abierto su propio negocio de comestibles en la calle Bustamante, nº 5, unas calles más arriba de donde vivía con su familia, entre las estaciones de Atocha y Delicias, en una de las mejores zonas de las proximidades, residencial y con numerosas familias de empleados con buenos sueldos. Levantar un negocio siempre era una tarea ardua, llena de dificultades y con imprevistos a la vuelta de la esquina.

El 17 de febrero de 1931, después de guardar el género, cerrar la caja y limpiar la tienda, cerró y se fue a su casa como todas las noches. A las 6 de la mañana, el señor Cano, el viejo sereno del barrio, le despertó en su casa para decirle que se había encontrado con la puerta de su tienda abierta de par en par. Con el corazón en la boca, acudió inmediatamente allí y pudo comprobar que el

cierre metálico de la puerta estaba violentado y que le faltaba abundante género, además de diez jamones, veinte kilos de salchichón y 40 pesetas de la caja registradora. Era un daño tremendo el que le habían hecho, que él valoró en la denuncia en unas 1.000 pesetas, aunque los peritos del juzgado lo rebajaron a 500, más los desperfectos causados a la puerta y a la caja registradora. La policía no halló ninguna huella dactilar y después de varias semanas de investigación, cerraron el caso sin dar con los culpables.<sup>42</sup>

Algo similar le ocurrió a Lucas Sánchez Muñoz, aunque su situación personal era diferente a la de Antonio. Lucas era algo mayor, 38 años, y en su negocio de carnes tenía contratados a cinco dependientes, los cuales dormían en una habitación interior de la propia tienda. Lucas vivía en el paseo de las Delicias, cerca de la estación de ferrocarril, junto a su esposa Teresa, sus cuatro hijos y una joven criada de 18 años. Su vivienda ocupaba toda la segunda planta del edificio, nueve habitaciones en total por las que pagaba casi 2.000 pesetas de alquiler anual. En el bajo poseía una tienda por la que pagaba otras 2.700 pesetas, pero la que fue objeto del robo estaba a la vuelta de la esquina, en la calle Cáceres, nº 16. Allí era donde dormían sus dependientes, tres de los cuales procedían de su mismo pueblo abulense, Blascomillán. Ninguno se enteró de nada, a pesar de que los ladrones se llevaron 25 paletillas y 10 jamones de Salamanca, varios kilos de longaniza de Salamanca y de Cantimpalo, lomos, chicharrones y demás mercancías, además de la caja registradora al completo, valorada en 2.600 pesetas, con la recaudación del día. La policía les tomó declaración a todos, pero el propio Lucas aseguró que eran personas honradas y de su entera confianza. Las pesquisas determinaron que el robo se había efectuado con una llave falsa del establecimiento, pero no pudieron dar con los autores del robo, sólo con la caja registradora, abandonada en una obra cercana.<sup>43</sup>

Casos similares a estos comenzaron a ser algo tan habitual como en otros barrios del centro de la ciudad. Asaltos a tiendas de la zona, a casas vacías porque el hombre estaba en el lugar de trabajo y la mujer había salido a realizar unas compras, o incluso en fábricas, como le sucedió a Herman Heydt, propietario de la fábrica de hielo “El Salvador”, situada en la calle Murcia, cuya caja fuerte fue forzada y le robaron abundante documentación referente a pasaportes, seguros, cédulas de extranjeros, un libro de cheques y algo de dinero en metálico. Los principales sospechosos fueron tres compatriotas suyos, alemanes, y antiguos trabajadores de la fábrica hasta que les despidió y que fueron vistos en las horas en que se cometió el delito por el niño de trece años Carlos Figueroa, el hijo del contable de raíces jienenses Federico Figueroa, el

---

<sup>42</sup> Fuente: AGA, Juzgado de 1ª instancia e instrucción, distrito de Hospital, sección Penal, sumario nº 136 incoado sobre robo a Antonio Calatayud Serrano, año 1931 y AVM, Estadística, padrón municipal de 1930.

<sup>43</sup> Fuente: AGA, Juzgado de 1ª instancia e instrucción, distrito de Hospital, sección Penal, sumario nº 149 incoado sobre robo a Lucas Sánchez Muñoz, año 1931 y AVM, Estadística, padrón municipal de 1930.

cual confesó haberles observado en actitud sospechosa, con una sábana negra y con un bulto grande debajo de ella.<sup>44</sup>

Si los robos estaban a la orden del día, cuando antes no sucedía así, era porque existían más negocios que en el pasado y porque éstos prosperaban, porque había más familias que ganaban más dinero que antes, vivían en mejores casas e iban mejor vestidas y alimentadas. En definitiva, porque en las calles del Ensanche Sur cada vez se veían menos familias necesitadas y aumentaban las familias acomodadas modestamente. Familias que vivían en una modestia aseada y otras que prosperaban, que conseguían un buen empleo, con mejor sueldo, que vivían en una casa con baño propio, que podían pagarse unas entradas de cine, o los billetes del tranvía o del metro para el ir al trabajo. Algunos, incluso, se habían comprado hasta un coche.

### 9.2.3 Cuando cae la noche sobre la ciudad

Cae la noche sobre la ciudad y una febril actividad se apodera del centro. Los escaparates de la Gran Vía comienzan a parpadear, se encienden “*sus marcos brillantes*” y las “*luces rojas o azules de los anuncios luminosos*”<sup>45</sup> dibujan otro espacio para un mismo lugar. El proyector se enciende y proyecta un chorro de luz sobre cientos de cabezas inmóviles, expectantes ante lo que va a ocurrir. Es la hora de la magia, del cine.

Las interminables colas a las puertas de los modernos cinematógrafos mostraban la pasión de los madrileños por el nuevo espectáculo en torno a 1930. A las grandes estrellas del cine mudo, como Charles Chaplin, Rodolfo Valentino, Ramón Novarro, Janet Gaynor o Gloria Swanson, les sucedieron otras que desataron más furor si cabe, como Maurice Chevalier, Fred Astaire, Ginger Rogers, o Greta Garbo, la Diva, que arrastraba a las taquillas a miles de personas con sólo anunciar que *¡Greta habla!*, o *¡Greta ríe!* Los periódicos daban cuenta, en secciones fijas dedicadas al cine, del enorme éxito que cosechaban las películas en las taquillas, de los problemas para obtener entradas, de la venta anticipada en varios días e incluso semanas y del drama que suponía la retirada de algunas películas. En la mente de los madrileños ya habitaban personajes míticos, como Tarzán de los monos o King Kong, cuya escalada al Empire State de Nueva York pudo llevar a algún madrileño a alzar la vista y preguntarse qué ocurriría si un simio gigante aparecía por Madrid y se subía a la Telefónica.

<sup>44</sup> Fuente: AGA, Juzgado de 1ª instancia e instrucción, distrito de Hospital, sección Penal, sumario nº 150 incoado sobre robo a Hermann Heydt, año 1931 y AVM, Estadística, padrón municipal de 1930. La historia de inmigración de la familia de Federico Figueroa aparece reconstruida en el capítulo 6.

<sup>45</sup> Fuente: *Nuevo Mundo*, 1929.





[Ilustración 9.11. Imagen de las colas que se formaban en la Gran Vía para ver la película *La alegre divorciada*, de Fred Astaire y Ginger Rogers, en el cine Avenida, 1934.]

Un éxito fulgurante que vino acompañado por una agria polémica. Desde ciertos sectores conservadores se lanzaron vivos ataques contra el cine, acusado de no ser un arte y, para más inri, exhibir perniciosos comportamientos al público en general. De esa forma, expresaban sus miedos a la novedad, a los cambios de costumbres y de mentalidad que recogían algunas películas y que, a su vez, podían fomentar entre sus espectadores. El periodista Antonio Armenta, en su sección cinematográfica del diario *El Sol*, se hacía eco de “los ataques de siempre” y se preocupaba de rebatirlos argumentalmente. Uno de los que más polvareda levantó fue el de la supuesta influencia perniciosa del cine sobre los niños, en cómo les incitaba a ser más violentos a juicio de personas como el doctor Ruiz Albéniz. En una extensa respuesta, Armenta le retaba a demostrar que los niños no habían sido traviesos hasta la aparición del cinematógrafo como arte espectacular y ponía como elocuente ejemplo a los barrios del Ensanche Sur, a las pedreas y sucesos ocurridos en las Peñuelas en los años anteriores:

*“¿Nunca estuvieron los detractores del “cine” en aquellas célebres pedreas donde los chicos de los barrios de San Andrés y San Ildefonso se reunían en legiones para combatir a cantazo limpio a los chicos del barrio de las Peñuelas? Pues en aquellas pedreas, sostenidas por 200 ó 300 chicos de cada bando, resultaban muchos heridos, los guardas se veían y se deseaban para poner fin a la batalla (uno y otro bando se unían ante el peligro común y lanzaban sobre los del “orden”) y la marquesina de la estación Norte quedaba convertida en una verdadera criba. ¿No se acuerdan de aquellas otras batallas*

*campales que sostenían jugando a “policías y ladrones”, a “moros y cristianos” o a los toros con navajas? Pues en todos estos juegos no había influencia cinematográfica porque no era conocida en España. Y a nadie se le ocurrió decir que debían clausurarse las plazas de toros, ni suspender los periódicos que relataban nuestras guerras en África, ni quemar novelas y cerrar teatros. ¿Vieron los chicos de hace varias generaciones escenas de cinematógrafo que les indujeran a subirse en la trasera de los coches y tranvías? ¿O para subirse a los árboles? ¡La influencia de las películas en la imaginación infantil! Pero, ¿es que se puede sostener seriamente semejante argumento en los tiempos actuales del cinematógrafo?”<sup>46</sup>*

Armenta no sólo rechazaba esa influencia perniciosa, sino que abogaba por el positivo papel del cine en la educación de los niños, en su capacidad pedagógica para ilustrar por la impresión directa y ser, así, *“un magnífico sistema de educación popular.”*<sup>47</sup> En cambio, los ataques más furibundos llegaron a tildar al cinematógrafo de *“ser escuela de vicios y crímenes, de despertar los malos instintos del espectador.”*<sup>48</sup> El cine era una ventana abierta a la imaginación y exhibida en pantallas gigantescas, donde se sucedían las aventuras y las comedias, pero también historias de amor, con besos incluidos en escenas cargadas de erotismo. Esas imágenes eran utilizadas por algunos medios de comunicación para lanzar sus acusaciones de inmoralidad sobre esa nueva forma de espectáculo. Unas ideas que también se hallaban incrustadas en la mente de personas anónimas, que recelaban de la influencia del cine en el comportamiento de la gente.

Una noche de febrero de 1931 Eulogio López y su hermana pequeña, Saturnina, de once años, caminaban de la mano hacia su casa, en la calle Guillermo de Osma, cerca del río. Habían acudido al centro para ver una de aquellas películas famosas de la Gran Vía. Al poco de salir del cine, Eulogio se fijó que les seguía un hombre, pero luego desapareció. Cuando dejaron atrás la algarabía del centro y llegaron al paseo de las Delicias les salió al encuentro. Iba borracho y Eulogio, para evitar problemas, le preguntó educadamente si deseaba algo. El hombre, que se llamaba Pedro Martínez y era un jornalero soltero de 41 años, agarró a Eulogio y lo apartó antes de abalanzarse sobre su hermana, a la que cogió violentamente mientras la susurraba *“ahora nos vamos a joder.”* Eulogio, asustado, comenzó a vocear hasta que apareció el sereno y con su ayuda redujeron al individuo y lo llevaron a la comisaría del distrito. Allí, se tomó declaración a todos los implicados y el sereno afirmó que lo sucedido *“no le extrañaba. No es la primera vez que ocurre algo parecido cuando la gente va al cine y vuelve excitada de madrugada.”*<sup>49</sup>

<sup>46</sup> Fuente: *El Sol*, 23 de marzo de 1920.

<sup>47</sup> Fuente: *El Sol*, 24 de febrero de 1920.

<sup>48</sup> Fuente: *La Esfera*, 7 de abril de 1920.

<sup>49</sup> Fuente: Reconstrucción narrativa propia a partir de la documentación hallada en el AGA, Juzgado de 1ª instancia e instrucción, distrito de Hospital, sección Penal, sumario nº 131 incoado sobre abusos deshonestos cometidos con la niña Saturnina López Manzanares, 1931.

Ese tipo de acusaciones veladas eran los fantasmas que perseguían al cine como moderno espectáculo de masas, con millones de seguidores en todo el mundo, pero también con sus detractores. No todos veían por igual aquella novedad. Unos simplemente participaban de él acudiendo a ver una película, otros se entusiasmaban hasta ensalzar sus posibilidades pedagógicas, otros simplemente desconfiaban y había quien lo tachaba de perniciosa escuela de vicios y crímenes.

A la postre, durante los años veinte el cine fue una opción más que vino a completar la amplísima oferta de ocio nocturno en las grandes ciudades. Son los años de nacimiento del jazz, del charlestón, del parisino *Moulin Rouge*, del cabaret berlinés, del teatro de variedades y el cuplé madrileños. Espectáculos variados, controvertidos, que llegaron a tener un reflejo directo en los propios edificios. El edificio nº 35 de la Gran Vía, donde se situaba el Palacio de la Música, fue concebido como un ambicioso centro multifuncional con salas para cines y conciertos y un espacio, bajo el patio de butacas, que devino en teatro-club y pista de patinaje, mientras que el edificio Capitol alberga cines, café-bar y salón de fiestas.

*“¡Ah! También puede leerse que en el primer rascacielos de Berlín van a construir un gran centro de ocio. Con cines, salas de baile, licorerías, orquestas de negros, teatro de variedades y bandas de jazz. Y si algún día lográramos construir un rascaplanetas y edificar en Marte, a la delegación de expertos e ingenieros se sumaría una compañía colonial de cafés cantantes. Veo como en las nubes altas brilla un bar. Lluven los cócteles más diversos.”*

Joseph Roth, “Rascacielos” en *Berliner Börsen-Courier*, 1922.



[Ilustración 9.12. Imagen del edificio Capitol, en la Gran Vía, con las salas de cine donde exhibía la compañía Paramount Films, el café-bar y un salón de fiestas, c. 1934. A la izquierda quedaban los cines Callao y a la derecha el Palacio de la Prensa.]



Las noches madrileñas del primer tercio del siglo XX concitaron a famosas cupletistas como La Chelito, bailaoras como Pastora Imperio y artistas de talla internacional como Mata-Hari y Raquel Meller.<sup>50</sup> Noches bohemias donde el alcohol, la música, el baile, los ambientes cargados de humo, las luces bajas y la presencia de chicas jóvenes y con poca ropa, invitaban al descaro, al flirteo sexual, al arte de la seducción, a la transgresión de convenciones sociales que, a plena luz del día, eran tomadas por sagradas. Lugares donde reinaba una atmósfera de libertad y embrujo, tras la cual se ocultaban formas de explotación clandestinas.

A las 4:45 de la madrugada del 10 al 11 de febrero de 1931, un camarero del Cabaret Barbieri se presentó en la comisaría del distrito de Hospital para denunciar a Nicolás de la Puente Martín, *“por impago de una factura que ascendía a casi 700 pesetas en consumiciones”*.<sup>51</sup> Nicolás era un labrador de Salamanca que había acudido a Madrid para realizar unas ventas. El negocio debió salirle a pedir de boca, pues esa noche decidió salir a cenar con un amigo, Inocente Fernández. Sobre la una de la noche *“los dos amigos fueron al Cabaret Barbieri para celebrar el día, pero Inocente se fue al poco tiempo, dejando solo a Nicolás, bastante embriagado, en compañía de unas señoritas y seis botellas de vino manzanilla”*. Nicolás confesó en su primera declaración que *“el vino era marca Pastora y que las mujeres eran tanguistas que se sentaron a su mesa sin haberlas invitado, que pidieron cuanto les vino en gana y que por eso le sorprendió la cuenta”*. Según declaró a la policía, él estaba dispuesto a pagar el vino, pero no el resto, porque aquello era una estafa.

La policía citó al propietario del local, Miguel Martínez, el cual apoyó la declaración de su camarero y recordó que los precios de las catorce botellas que aparecían en la factura *“son los que rigen en el establecimiento”*. Al ser preguntado por las tanguistas que se sentaron a la mesa del cliente, el señor Martínez declaró que *“el cabaret sólo gratifica a las tanguistas que actúan en el escenario y con dinero de la caja, sin que intervengan las facturas de los parroquianos”*. El propietario estaba acompañado por una de las chicas, que ratificó todo lo dicho por el señor Martínez *“sin tener que añadir nada más.”* Aquello parecía un incidente más de los muchos que se sucedían en la noche madrileña, pero la policía continuó con sus pesquisas, apretando un poco más en las declaraciones.

Una semana después de la denuncia, acuciado por la falta de resolución del caso, confesó que *“el principal perjudicado de todo aquello era él, pues*

<sup>50</sup> OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “El Madrid del cuplé. La hora del *descoque*”, en FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, pp. 708-710.

<sup>51</sup> Fuente: Reconstrucción narrativa propia a partir de la documentación hallada en el AGA, Juzgado de 1ª instancia e instrucción, distrito de Hospital, sección Penal, sumario nº 129 incoado por estafa a Hilario Martínez de Alegría por impago de una factura en el Cabaret Barbieri, 1931, y AVM, Estadística, padrón municipal de 1930. Todo el entrecomillado referente a este caso se basa en la citada documentación penal.

*debía reponer lo que faltara en la caja de consumiciones en caso de impago o error*”, y aquella factura le hacía un destrozo a su economía. Eran 14 botellas de champagne de la marca Rostenier, un té, una copa de ginebra, dos copas de coñac, 8 raciones de jamón, 4 botellas de vino, una botella de sidra, 7 copas de anís y dos bocadillos tomados en el bar. A lo que había que añadir el porcentaje obligatorio de la propina. Una fiesta por todo lo alto a su costa. El camarero estaba caliente y terminó por largar que *“estaba enterado de que los dueños del cabaret gratifican a las tanguistas que alternan con los parroquianos por los descorches de las botellas de champagne y vino y que tales gratificaciones las recibían después de cobrar la factura al cliente”*, pero que ignoraba cuánto se llevaban por ello y que él no tenía parte en ello. El camarero había abierto una espita difícil de tapar y los comisarios se lanzaron de cabeza.

Las tanguistas fueron llamadas una a una y por separado, para evitar que sintieran ningún tipo de coerción en sus declaraciones. Una de ellas, Leonor Fernández, era una joven que residía en la calle Ercilla del barrio de las Peñuelas. En su declaración, Leonor confirmó que *“fueron a la mesa de Nicolás por indicación del dueño y que pidieron todo lo que se detalla en la factura, siempre con el permiso del cliente, pero que no sabía el importe de la consumición por hallarse algo mareada”*. Una práctica que era habitual en el cabaret, pues según Leonor *“los dueños les daban, una vez cobrada la factura, seis pesetas por cada botella de champagne que sirven y una peseta por cada botella de vino”*, repartándose el dinero entre las que habían alternado con el parroquiano. Una de sus compañeras fue más allá y confesó que *“los dueños del cabaret las obligan a alternar con los parroquianos”*, que su misión es que *“las consumiciones sean lo más elevadas posibles y que para los clientes más distinguidos se reservaban unos saloncitos a salvo de miradas indiscretas”*.

La policía no fue más allá en sus pesquisas. La denuncia fue realizada por el impago de una factura y Nicolás, en su segunda declaración, reconoció que había pedido todo lo que se detallaba en la factura y que se avenía a pagarla, aunque seguía considerando que la propina impuesta era abusiva y que por eso se había revuelto en la noche de autos. Por el camino se habían destapado unas relaciones laborales confusas y equívocas entre el propietario de un cabaret y las mujeres que tenía allí como empleadas, en teoría para actuar sobre un escenario y dar ambiente al local pero, en la práctica, sometidas a un férreo control, obligadas a flirtear con los clientes, a excitarles para que consumieran más, de lo caro a ser posible. En definitiva, a seducirles para limpiarles la billetera. Incluso se insinuaba la posibilidad de una especie de prostitución encubierta. Eran las sombras del mundo del cabaret, del espectáculo, de la diversión nocturna, que permanecían ocultas tras las cortinas de unos *saloncitos*, a salvo de unas miradas que preferían mirar para otro lado.<sup>52</sup>

---

<sup>52</sup> Para una introducción a cuestiones de prostitución y sociabilidad, ver GUEREÑA, Jean-Louis: “De historia prostitutionis. La prostitución en la España contemporánea”, en *Ayer*, nº 25 (1997), pp. 35-72; CUEVAS DE LA CRUZ, Matilde: *Las mujeres prostitutas en el Madrid del siglo XIX. Control, espacios y formas de vida*, Tesis doctoral, inédita, UNED, Madrid, 2005.

### 9.2.4 El siglo de la velocidad

A partir de la Primera Guerra Mundial surgió en España, como en el resto de países, una verdadera afición por los coches, una pasión que fue más allá de lo meramente utilitario y consideró al nuevo medio de transporte como objeto de culto, como símbolo de poder e imagen de modernidad. Si una familia de 1920 poseía un Labourdette, era la prueba evidente de su alto nivel adquisitivo, de su elegancia y gusto refinado, de su elevada posición social. Los extravagantes autos de reparto de las tiendas Viena-Capellanes eran, en sí mismos, llamativos anuncios rodantes de la modernidad de la empresa. Cuando circulaban por las calles de la ciudad, camino de una entrega a domicilio, sus perfiles de autogiro terrestre y futurista captaban la atención de cualquiera, lograban que uno girase la cabeza para verlos mejor, y le incrustaban la idea de que aquella tienda era la mejor porque ofrecía los mejores servicios, porque estaba a la última, porque era la más moderna, frente a otras panaderías, que seguían sirviéndose del traqueteo de viejos carros, o de las carreras de chicos vestidos con un blusón manchado.



[Ilustración 9.13. Imagen de un automóvil *Panhard* (izquierda) carrozado por la Casa Labourdette de Madrid, 1917. A la derecha aparece uno de los automóviles de reparto de la empresa Viena-Capellanes, 1920.]

Los coches eran una imagen de marca y un reclamo infalible. La mejor estrategia de ventas que emplearon los Labourdette para dar a conocer sus nuevos camiones *Pierce-Arrow* de 2 y 5 toneladas fue llevarlos al centro de Madrid. En las calles Sevilla y Alcalá realizaron exposiciones públicas para explicar las bondades de sus camiones, mientras a su alrededor se arremolinaba una multitud de curiosos, atraídos por aquella máquina tan moderna que iba a sustituir a los carros de toda la vida.<sup>53</sup>

<sup>53</sup> Fuente: *Heraldo deportivo*, 15 de abril de 1920.



[Ilustración 9.14. Presentación de un camión *Pierce-Arrow* de la Casa Labourdette, 1920.]

Fascinación por todo lo relacionado con el motor que se convertía en pasión con las carreras de coches. La emergencia del deporte en la sociedad del primer tercio del siglo XX, como una actividad con miles de seguidores, tuvo en las competiciones automovilísticas uno de sus mayores pilares. Los pilotos y las marcas de los bólidos eran estrellas del deporte que compartían protagonismo con otras figuras como los futbolistas, los atletas o los pelotaris. El periódico *Heraldo deportivo* fue una publicación con información exclusivamente deportiva durante los veinte años que existió, entre 1915 y 1935. Con una periodicidad de diez días, sus reportajes versaban sobre disciplinas tan diversas como los deportes de nieve, la hípica, la aeronáutica, el ciclismo, la vela, la natación, el cross, el atletismo, el tenis, el senderismo de montaña, el boxeo, el fútbol o el hockey. Son reportajes de un valor incalculable para evaluar la importancia que iba adquiriendo el deporte en la sociedad española a la altura de los años veinte y de la amplísima variedad de disciplinas que ya se practicaban.<sup>54</sup> Entre ellas, siempre tuvieron un protagonismo destacado los reportajes de “motorismo y automovilismo”, en los que se daba cuenta de las competiciones internacionales y de las nacionales, tanto en circuitos como en carreteras, de coches, motocicletas y sidecars.

<sup>54</sup> Un estudio sobre la progresiva implantación de las prácticas físicas entre la población y el paralelo desarrollo industrial y modernización cultural de la sociedad española del primer tercio del siglo XX en RIVERO HERRÁIZ, Antonio: *Deporte y modernización: la actividad física como elemento de transformación social y cultural en España (1910-1936)*, Wanceulen editorial deportiva, Sevilla, 2003 (con prólogo de Juan Pablo Fusi Aizpurúa).

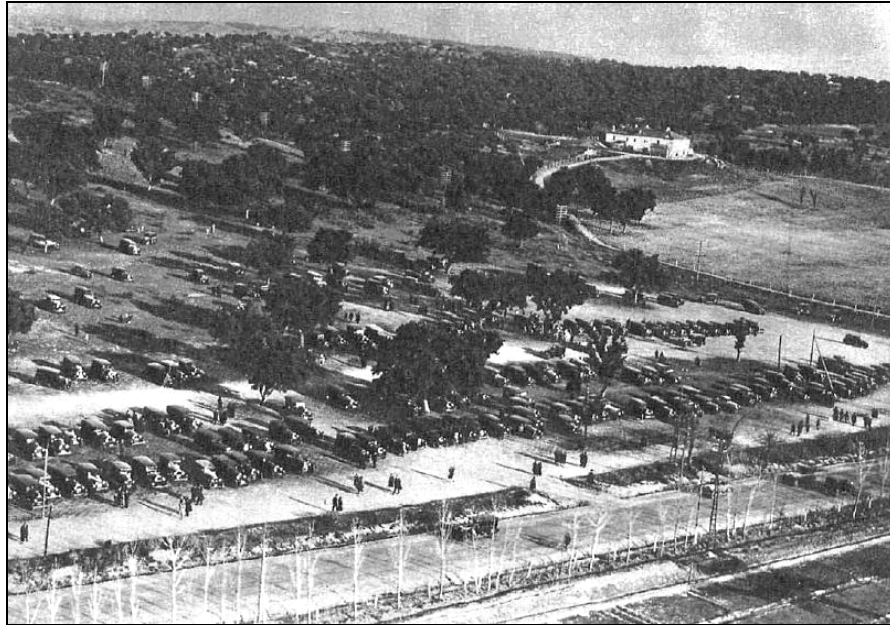
*“En el límite de la ciudad, allí donde, como he oído decir, empieza la naturaleza, no se halla la naturaleza en sí, sino la naturaleza de los libros de texto. Pues también nuestro vínculo con la naturaleza se ha pervertido. Y es que la naturaleza ha recibido una misión. La razón de su existencia es nuestra distracción. Tiene en verano bosques en los que se puede echar una siesta, praderas para broncearse, puestas de sol para cautivar los sentidos, montañas por las que darse una vuelta y maravillas para el turismo. La naturaleza ha entrado en una guía. No comprendo a la gente que veo hacer una excursión para disfrutar de la naturaleza. El bosque no es un lugar de recreo.”*

Joseph Roth, “Lo que veo”, 1921

La pasión por los coches fomentó la aparición de nuevas costumbres y formas de ocio. A finales de los años veinte era muy habitual que al llegar la tarde, *“cuando cesa gran parte del trabajo en la ciudad, las familias con niños y personas delicadas gustan de salir a pasear.”*<sup>55</sup> Una práctica habitual y de siempre, pero que el automóvil hizo más atractiva si cabe al permitir a las personas acercarse a la Naturaleza, donde los paseos eran más saludables que en la estresante ciudad. Al carecer Madrid *“de parques y avenidas apropiadas para el paseo en automóvil, la necesidad descubrió un lugar apacible, de bellas perspectivas, de atmósfera limpia, en la carretera de Madrid a El Pardo.”*<sup>55</sup> De forma espontánea, ese lugar de las afueras se convirtió en un destino para el descanso y el esparcimiento relajado, donde las familias acudían en coche para pasear por el monte, merendar al atardecer y desconectar del trajín cotidiano de la gran urbe. Un autódromo improvisado y en mitad de la Naturaleza, donde a finales de los años veinte y principios de los treinta acudían *“cada tarde centenares de automóviles particulares y numerosos taxis de alquiler.”*<sup>555</sup> Allí los padres podían dejar a sus hijos jugar en libertad en mitad del monte, sin miedo a que un coche se los llevara por delante.

---

<sup>55</sup> Fuente: *Nuevo Mundo*, 25 de abril de 1930.



[Ilustración 9.15. Fotografía del improvisado autódromo de Madrid en el Monte de El Pardo, 1930.]

Pero los coches, como el cine, también tuvieron su cara menos amable, también despertaron miedos desconocidos en muchas personas. Los accidentes fueron el reverso negativo a ese amor nuevo y desbocado por los modernos autos. Los atropellos y las colisiones se convirtieron en la noticia más reseñada por la mayoría de los periódicos a partir de los años veinte. El considerable aumento de tráfico experimentado en muy poco tiempo, la elevada velocidad de los autos motorizados respecto a los antiguos carruajes, la escasa experiencia de los conductores, las carencias que presentaba el callejero de la ciudad para acoger a un tráfico tan distinto al tradicional y el desconocimiento de códigos mínimos de circulación por parte de la mayoría de la población, fueron algunos de los factores que explican el fuerte incremento de la accidentalidad y la mortalidad referidas al automóvil.

Todos los días se daban cuenta de atropellos en algún punto de la ciudad, incluidos los barrios del Ensanche Sur. Especialmente graves eran los casos de niños por su abundancia y por las propias características de las víctimas. Serafín Paul estuvo implicado en uno de ellos. En 1928 circulaba con su automóvil por el paseo de las Acacias, cuando de pronto se cruzó un niño pequeño en la calzada, José Díaz, de seis años, que había ido a recoger una pelota que se le había escapado. El niño no murió, pero sufrió graves heridas por el brutal impacto.<sup>56</sup> Aunque se habían construido nuevas escuelas con grandes patios de recreo, la calle seguía siendo el principal lugar donde los niños jugaban, pasaban el tiempo y se relacionaban con sus amigos. En la época de los carros y los descampados, el mayor peligro era caer por un terraplén y lastimarse un tobillo, pero los tiempos habían cambiado y el avance de la mecánica había creado un nuevo peligro en calles que antes eran inseguras por otros motivos, pero no por jugar a la pelota en mitad de una calzada.

---

<sup>56</sup> Fuente: *El Heraldo de Madrid*, 2 junio de 1928.

El avance de la técnica y de la mecánica levantaba una admiración general y era visto como prueba de progreso del país y mejora de las condiciones de vida de las personas. Pero no fue una imagen universal, aplicable a todos los casos. En ocasiones, aquello que objetivamente podía considerarse un avance, también era visto como algo nocivo y rechazable, que podía llegar a concitar la ira popular. Los tranvías fueron un transporte urbano que supuso indudables mejoras en las condiciones de vida de barrios alejados del centro de la ciudad. El tranvía permitía que una persona viviera en las casas baratas del Pico del Pañuelo y trabajara en el rascacielos de la Telefónica, en plena Gran Vía, sin necesidad de darse una paliza diaria, calle arriba y calle abajo, para llegar a su destino. Su papel en el transporte interno y en el desarrollo económico de la ciudad era incuestionable. Sin ellos, hubiera resultado muy complicado que Madrid se expandiera tanto como lo hizo.

Pero los tranvías tenían mala prensa y peor fama entre la población madrileña. Muchos comerciantes habían emitido protestas por el establecimiento de líneas de tranvías en sus calles, pues dificultaban la carga y descarga de los carros frente a sus comercios.<sup>57</sup> El malestar arreció precisamente cuando se modernizó el servicio con la electrificación de las líneas. El desprendimiento de cables de alimentación eléctrica causó graves electrocuciones de viandantes y la circulación de los vagones desprendía chispazos peligrosos en algunas calles demasiado estrechas. La escasez de vehículos para el volumen de viajeros potenciales provocaba que los vagones fueran siempre atestados, que la impuntualidad fuera norma habitual y las trifulcas entre pasajeros y personal, frecuentes y desagradables.

Además, los tranvías adquirieron una mayor velocidad de circulación cuando el tráfico general comenzó a densificarse, lo que llevó a un aumento de los accidentes y atropellos. Surgió entonces el mito del tranvía *mataniños*, la máquina asesina de inocentes que podía ser perseguida y apedreada. Especialmente sonados fue el destrozo de un tranvía que había arrollado a un niño en la Puerta de Toledo, en 1911, y la quema de cinco tranvías por una multitud enardecida de vecinos y pasajeros en el barrio de la Guindalera, en 1920, entre “*aplausos entusiastas y gritos de regocijo*”, en un contexto de malestar generalizado e ira contenida por la subida de las tarifas de los billetes y el papel adoptado por los tranviarios en las huelgas generales que se habían sucedido desde 1917. El paisaje después de la batalla dejaba los cadáveres de tranvías retorcidos y calcinados, ajusticiados por una multitud que no había visto en ellos un ejemplo admirable de progreso y modernidad, sino agentes de muerte y explotación.<sup>58</sup>

---

<sup>57</sup> LÓPEZ BUSTOS, Carlos: *Tranvías de Madrid*, Aldaba, Madrid, 1993.

<sup>58</sup> Para un análisis detallado de la quema de tranvías dentro de un contexto de agitación y protestas populares, ver SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid, 1901-1923*, Cinca, Madrid, 2005, pp. 80-106.



[Ilustración 9.16. Imagen de un tranvía destrozado por un choque con otro tranvía en la línea que unía las estaciones Norte y Atocha, a su paso por el Ensanche Sur. El accidente causó 41 heridos. Fuente: *Mundo Gráfico*, 1925.]

### 9.2.5 El desorden del mundo automático: muerte y contrabando entre raíles

*“Me declaro a favor del Gleisdreieck (estación ferroviaria de enlace en Berlín). Es un símbolo y el producto fantástico de una fuerza que augura un buen futuro. Este es el aspecto de un mundo cuya vida es impulso de correas y mecanismo de relojería, ritmo de palancas y gritos de sirenas. Eterno culto de las máquinas a lo largo y ancho de este paisaje de acero y hierro. Por eso todo lo humano que hay en esta zona de metal es pequeño y débil y está perdido. Aquí es más importante la palanca que el brazo, la señal que el gesto. Aquí no sirve el ojo, sino el farol; no el grito, sino el pitido que aúlla en una válvula abierta. El mundo que se avecina será un Gleisdreieck como este, de dimensiones colosales. El paisaje está adquiriendo una máscara de hierro.”*

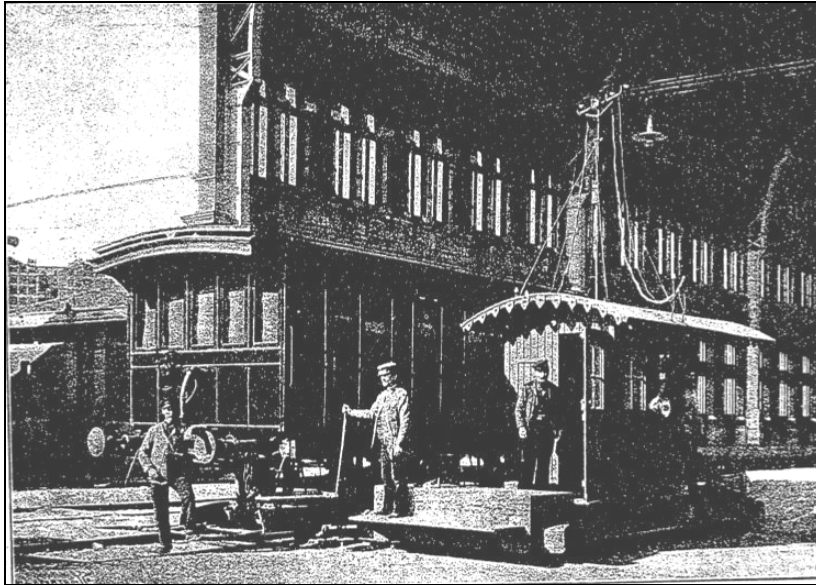
Joseph Roth, “Declaración a favor del Gleisdreieck”, 1924





[Ilustración 9.17. Estación de Atocha con sus muelles, depósitos de vagones y sus edificios de oficinas, 1928.]

El ferrocarril fue uno de los grandes símbolos del progreso en la época contemporánea. Por el hierro del cual estaban hechos sus esqueletos de vías y las propias locomotoras, por el uso de nuevas fuentes de energía, por la velocidad que imprimía a sus desplazamientos, por los enormes complejos de talleres y almacenes que necesitaba para subsistir, por los puestos de trabajo que generaba directa o indirectamente, por las grandes empresas que gestionaban el servicio, por mejorar las comunicaciones entre regiones, por fomentar el desarrollo económico de cualquier zona por donde pasara, por modificar los hábitos y costumbres de la población, etc. Por todo ello, el ferrocarril era uno de los principales factores de transformación social y económica y, al mismo tiempo, un certero espejo del rumbo al que se encaminaba la sociedad: un mundo más automático, más mecanizado. El organigrama interno de las compañías estaba diseñado desde hacía años, importado de EE.UU., y se había extendido a las grandes empresas de otras ramas de actividad económica. Todo estaba prediseñado y muy compartimentado, con ascensos salariales y profesionales sujetos a estrictos criterios. En los talleres y estaciones, los trabajadores desempeñaban su oficio por medio de máquinas cada vez más sofisticadas que simplificaban su labor y les ahorraban esfuerzos. Hasta los jornaleros y braceros de carga habían visto cómo ya no les necesitaban para mover los vagones de los depósitos de las estaciones. Bastaba con que un operario accionara una simple palanca para que un carretón eléctrico lo hiciera por ellos.



[Ilustración 9.18. Carretón eléctrico para mover vagones en la estación de Atocha, c. 1920.]

El mundo del ferrocarril era la quintaesencia de la sociedad mecanizada y automática de los tiempos modernos. La valía de un trabajador dependía de su maestría con las máquinas, del grado de complejidad de los mecanismos que manejaba. No cobraba lo mismo un asentador de vía que el conductor maquinista de la locomotora. La máquina era la precisión, el mundo del orden y los automatismos. De ahí que se viera al hombre como el elemento perturbador, el que podía llevar al error, a la imprudencia, al accidente, a transfigurar ese mundo de orden en un entorno trágico e incontrolable.

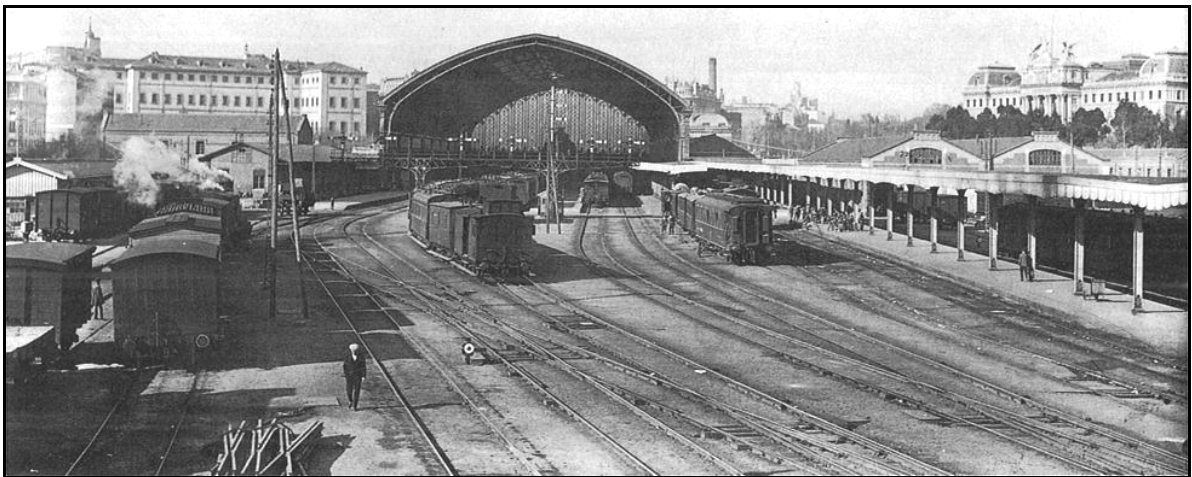
José Verdún había oteado la techumbre metálica de Atocha, perlada por el rocío helado de la mañana. Comenzó a aminorar la marcha del convoy, a la espera de ver las señales del puerto que le permitieran acceder a la estación. Pasaban las ocho y media y como cada mañana el *express* de Sevilla irrumpía veloz, portentoso y jadeante, antes de arribar a los andenes, donde aguardaban los familiares de los viajeros, los factores y mozos de equipajes. José era un experimentado conductor de 58 años y cada vez llevaba peor pasar una noche fuera, lejos de su mujer y sus dos hijas. Pronto lo dejaría, como le confesaba a José Ferrándiz, el fogonero que le asistía. En las maniobras de aproximación el fogonero no intervenía y José aprovechaba para tomarse un respiro y contemplar el paisaje adormecido y escarchado de Madrid. Una figura llamó su atención. Se trataba de un hombre parado en la vía opuesta, algo raro por la hora y el lugar. De pronto, el hombre se encogió de hombros y desapareció. José cayó en la cuenta. Gritó al maquinista pero era demasiado tarde. Una sombra cruzó la vía y los frenos chillaron desesperados.

No eran las 9 de la mañana cuando el teléfono del juzgado de guardia de La Latina saltó por los timbrazos impacientes de una llamada. La voz metálica al otro lado del hilo daba cuenta del hallazgo de un hombre muerto, arrollado por el tren que procedía de Sevilla antes de entrar a la estación del Mediodía. La policía

judicial instaló el puesto de guardia en el Cerro de la Plata y procedió a inspeccionar la zona de las vías donde se había producido el suceso. Todo el entorno estaba desagradablemente rociado por los numerosos restos del cuerpo y las ropas deshechas del fallecido. Gracias a ellas y a una cartera se identificó al cadáver como Julián Urrutia de la Peña. La policía acudió inmediatamente a su domicilio para notificar la noticia a su viuda. El cuerpo había quedado deshecho por completo y fue el padre quien acudió al depósito de cadáveres para el reconocimiento, pues la mujer se veía incapaz de afrontar ese trance.

Ambos confesaron que Julián tenía la costumbre de atravesar las vías del tren para llegar antes a las oficinas de la Unión Española de Explosivos, donde estaba empleado como cajero. Algunos de sus compañeros de trabajo, cuestionados al respecto por la policía, ratificaron ese hábito de Julián. Conjeturaron con la posibilidad de un accidente, de que Julián no se hubiera percatado de la llegada del tren por la intensidad del tráfico ferroviario a esas horas y hubiera cruzado las vías imprudentemente. Pero tanto el maquinista conductor como el fogonero negaron la posibilidad del accidente. Aquel señor había visto perfectamente la llegada del tren y se había arrojado en el último momento con la clara intención de suicidarse.<sup>59</sup>

Julián Urrutia no fue la primera ni la última persona que utilizó las vías del tren para suicidarse, como en otros tiempos había ocurrido con las personas que se arrojaban desde lo alto del viaducto de la calle Segovia. Un entorno como el ferrocarril, que tantas oportunidades de futuro y de vida había ofrecido a la inmensa mayoría de los que se habían acercado a él, también era utilizado como el instrumento más eficaz para morir.



[Ilustración 9.19. Hombre caminando solo entre los raíles de la estación de Atocha, 1930.]

<sup>59</sup> Fuente: Reconstrucción narrativa propia a partir de la documentación hallada en el AGA, Juzgado de 1ª instancia e instrucción, distrito de Hospital, sección Penal, sumario nº 129 incoado sobre la muerte de Julián Urrutia de la Peña, a consecuencia de suicidarse al arrojarse a las vías del tren, 1931, y AVM, Estadística, padrón de 1930.

El mundo ferroviario presentaba una fachada y un funcionamiento interno propios de la relojería suiza: precisos, automatizados e inalterables. Pero también existía otro mundo subversivo, clandestino e ilegal, donde tenían cabida los sobornos y el contrabando. Las estaciones de ferrocarril eran los principales puntos de entrada para mercancías y personas en una ciudad del interior como Madrid y eso las convirtió en zonas propicias para todo tipo de acciones delictivas relacionadas con el tráfico de mercancías. Este fue un problema que existió prácticamente desde el inicio del servicio ferroviario, incluso en el seno de las plantillas de las propias compañías, las cuales procuraron atajarlo de forma terminante.

A comienzos de la Restauración se registró una correspondencia entre el agente comercial y el jefe de tráfico de la compañía MZA con los jefes de estación, referida a las sospechas fundadas del cobro de sustanciosas y reiteradas comisiones, por parte de empleados de la compañía, a la hora de aceptar determinados encargos ajenos a sus estrictas obligaciones. Eran pagos en dinero negro, efectuados por agencias de transportes, para que el agente ferroviario facturara, recibiera o entregara determinadas mercancías por conductos diferentes a los legalmente establecidos. En 1877 la compañía abrió una investigación interna y remitió una circular para conminar a los jefes de estación para que estuvieran vigilantes ante cualquier infracción del personal.

Una postura que se endureció con el paso de los años y la pervivencia de las sospechas. En 1886, el jefe de tráfico general de la compañía se dirigió personalmente a todos los empleados del servicio comercial (el área responsable del fraude), para advertirles que “se previene a todo el personal, cualquiera que sea su clase y condición, que será propuesto para la reparación del Servicio de la Compañía, todo aquel que sin expresa autorización del Consejo se dedique a comisiones granjerías, préstamos y otros asuntos completamente extraños al cargo que desempeñan. El servicio de explotación se cuidará de castigar severamente cualquier infracción.”<sup>60</sup> La ausencia de cualquier tipo de documentación referida a estas prácticas invita a pensar que el problema de la corrupción de los empleados desapareció o, al menos, remitió en su mayor parte.

Mayores eran los problemas ocasionados por el contrabando de personas ajenas a las compañías, matuteros que se servían de las instalaciones ferroviarias para introducir géneros ilegalmente en la ciudad, sin pasar por la aduana de consumos. En primer lugar, para las empresas suponía un grave problema de seguridad debido a los frecuentes enfrentamientos entre la policía y los contrabandistas dentro de los límites de sus instalaciones. Persecuciones, disparos y asaltos que generaban una atmósfera de inseguridad para los empleados y también para los viajeros. En segundo lugar, el contrabando era un problema que afectaba a la imagen de las propias compañías, pues se acusaba a su personal de colaboración y complicidad con los matuteros.

---

<sup>60</sup> Fuente: AHF, D/256/10. El texto aparece subrayado en el original.

En octubre de 1891 el alcalde de Madrid remitió una carta personal al director general de la compañía MZA. En ella relataba que *“del tren de mercancías procedente de la línea de Zaragoza, que llegó a la estación del Mediodía a las 8 de la mañana de ayer, día 21, se arrojaron varios hombres empetados y al intentar uno de los tenientes visitantes del resguardo proceder a su detención, se internaron en los talleres que hay situados cerca del punto conocido por la “Campanilla” y los operarios de dichos talleres se opusieron a la captura de los matuteros.”* El alcalde recordaba al director *“la repetición de hechos de esta naturaleza”* y le invitaba a tomar medidas de rigor antes de acudir al Gobierno central *“para adoptar enérgicas medidas, pues es público y notorio el hecho de la complicidad de los matuteros con los empleados de los trenes y guardas y operarios de la estación del Mediodía.”*<sup>61</sup>

La acusación no podía ser más grave y directa y el director de MZA no tardó en responder. Si en el interior de la empresa se estaban remitiendo cartas admonitorias, que avisaban a todo empleado de graves represalias ante la mínima infracción en el servicio, de cara al exterior el director Nathan Süß esgrimió una defensa a ultranza de sus empleados, de su honorabilidad e integridad frente a la incapacidad de los vigilantes municipales. Para el señor Süß *“los empleados de la compañía, que ni tienen por qué exponerse a las iras de los matuteros, ni por qué defender los intereses del Municipio, que sus dependientes no vigilan cual debieran tomando las salidas del recinto en la estación, que conocen tan bien como los matuteros y se las dejan francas.”* Además, lanzaba una irónica invitación al alcalde a que, *“antes de hacer cargos indebidos”*, se apostara *“en las cercanías de la cochera de máquinas, sin darse a conocer ni dar de ello cuenta a nadie, y vería que los matuteros empetados se apean en marcha de los trenes de viajeros cuando llegan a dicho edificio y de allí marchan a buscar las salidas de la estación que los dependientes conocen y no vigilan.”*<sup>61</sup>

Las disputas entre la compañía MZA y el Ayuntamiento no cesaron ahí, sino que se trasladaron a los métodos adoptados por los vigilantes municipales para luchar contra el contrabando. A juicio de la compañía, los guardias generaban una inseguridad innecesaria porque se apostaban en unas casillas de vigilancia dentro de los terrenos privados de la compañía, en lugar de hacerlo en el exterior. En 1892, el jefe de los talleres generales y el ingeniero principal comunicaron al director general que el personal a su servicio no trabajaba correctamente desde hacía tiempo. Se sentían inseguros, temían que en cualquier momento hallarse en mitad de una persecución y ser heridos por una bala perdida o un navajazo destinado a otros. *“De un tiempo a esta parte las operaciones de los matuteros han tomado gran desarrollo, haciéndose frecuentes las escaramuzas y disparos de armas que se verifican en el propio terreno de esta compañía, entre aquellos y los vigilantes de consumos, ocasionándose alarma y el consiguiente riesgo de los empleados que viven en esta estación.”*<sup>62</sup>

---

<sup>61</sup> Fuente: AHF, C/634/1-25.

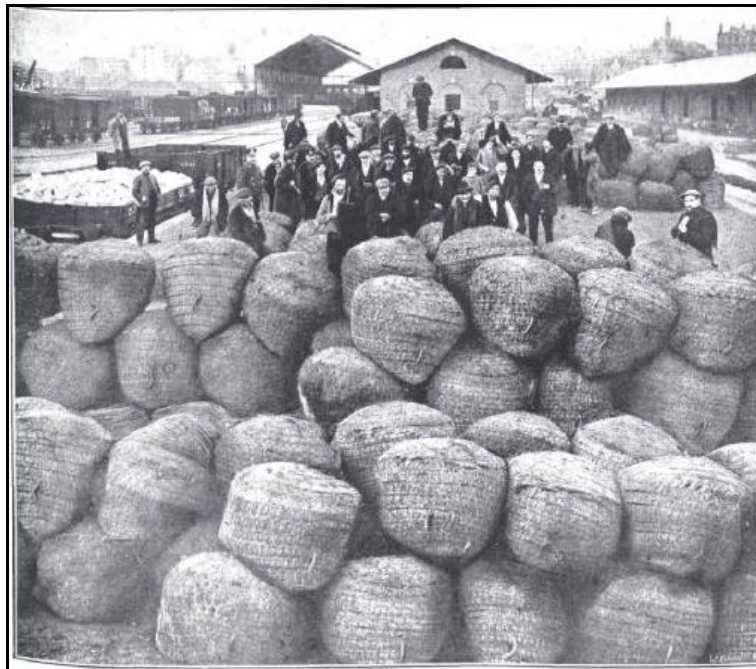
<sup>62</sup> Fuente: AHF, C/634/1-25.

Para reducir el tráfico ilícito de mercancías, la compañía había adoptado construir un muro de cierre más alto y extenso. De esa forma, los matuteros no podrían esperar a llegar a las inmediaciones de la estación, momento en que el tren aminoraba su velocidad y era menos arriesgado saltar de los vagones, y se les obligaba a realizarlo más lejos, cuando la velocidad todavía era elevada y existía un grave riesgo en la caída. Los matuteros tendrían que soltar los fardos antes, en medio de la vía, salir tranquilamente por las puertas de la estación y precipitarse por otros caminos al lugar donde habían arrojado la mercancía, antes de que ésta desapareciera. El contrabando podría subsistir, pero no era un tema que le preocupara a la compañía, no era de su incumbencia. Lo único que quería era que no hubiera tiros dentro de sus instalaciones y el muro le ayudaría a conseguirlo. Mientras lo terminaban, el director era consciente que *“los matuteros entran en el recinto de los talleres por los huecos hechos para acercar materiales a la obra”*, pero rogaba al Ayuntamiento para que *“los vigilantes esperaran a los que persiguen en los puntos que estos tienen elegidos para su salida de la estación”* y no les persiguieran *“en nuestro propio terreno, con encuentros peligrosos entre unos y otros repitiéndose con frecuencia”*, como el que terminó con el asesinato de un disparo a bocajarro de Manuel Alonso Ruano, guarda de noche de la Inspección del Telégrafo de MZA, *“por el matutero Peruche, en venganza de no acceder al paso del contrabando.”*<sup>62</sup>

Asesinatos como el de Manuel daban cuenta de la gravedad del asunto y de la inseguridad latente en el entorno de la estación. La dirección de la compañía solicitó una protección especial de la Guardia Civil y recrudeció el conflicto que mantenía con el Ayuntamiento, al que culpaba implícitamente de la situación por su terquedad en mantener las casillas de resguardo dentro de la estación y no en el perímetro exterior, como venía solicitando desde hacía años. La compañía clamaba por la seguridad de sus agentes y pedía que no se les convirtiera *“en vigilantes ni perseguidores del contrabando y del matute, para lo cual carecen de armas, organización, autoridad y protección legales.”* Hasta el cierre final del muro en 1894, MZA y Ayuntamiento se enzarzaron en una disputa sin tregua, que derivó en ridículas escenas de agentes ferroviarios desmontando las casillas de resguardo al anochecer, arrojando los materiales en los descampados, y agentes municipales reconstruyéndolas a la mañana siguiente. Todo ello aderezado con intercambios de cartas y acusaciones desde las dos partes.

La construcción de muros de protección para los complejos ferroviarios, la creación de puestos avanzados y cuarteles de la Guardia Civil en los alrededores y el propio desarrollo urbanístico del Ensanche Sur, que fue perdiendo su aspecto de arrabales y descampados de las afueras, lograron que las prácticas ilegales del contrabando perdieran fuerza durante el primer tercio del siglo XX, pero sin llegar a desaparecer por completo. Los delitos por el tráfico de mercancías formaban parte de la evolución misma de la ciudad, aunque su existencia sólo fuera conocida, como el resto de actividades delictivas, por noticias que los situaban esporádicamente en el candelero.

La estación de Delicias, ocupada por la Compañía de ferrocarriles Oeste, captó la atención de la opinión pública por unos días en el invierno de 1918. El mundo estaba en guerra y el país sufría una aguda crisis de subsistencias que había provocado altercados, protestas y motines en numerosas ciudades españolas. Madrid vivía bajo el ojo del huracán desde hacía meses por las protestas del pan y las huelgas de los años 1916 y 1917.<sup>63</sup> Con la población alterada y los ánimos a flor de piel ante la más mínima subida en los precios de las subsistencias, el Ayuntamiento de Madrid tenía activadas todas las alertas para que las carencias en el abastecimiento no fueran demasiado graves en, al menos, dos productos básicos como eran el pan y el carbón.<sup>64</sup> No había nada más popular en ese momento que atrapar a los *“acaparadores que tratan de enriquecerse a costa del pueblo.”* Eso fue lo que ocurrió en enero de 1918. El comisario general de abastecimientos había ordenado la inspección de las estaciones como *“lugares clave en el paso de mercancías”* y en Delicias se halló un increíble botín: cientos de *“seras bien repletas de carbón, que sus consignatarios ocultaban para aumentar el negocio, mientras el vecindario madrileño padecía escasez o pagaba precios elevadísimos.”*<sup>65</sup> El comisario decretó la incautación de todo el cargamento, después de apilarlo junto a la estación para que los periodistas pudieran fotografiarlo con todo lujo de detalles. Una noticia que dio un breve respiro al consistorio madrileño tras la resaca revolucionaria de 1917.



[Ilustración 9.20. Fotografía del cargamento de carbón, que estaba oculto en la estación de Delicias para su venta en el mercado negro durante el invierno de 1918. Fuente: Mundo Gráfico.]

<sup>63</sup> SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid, 1901-1923*, Cinca, Madrid, 2005.

<sup>64</sup> NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: *Las carbonerías y el abastecimiento de combustible a Madrid*, Cámara de Comercio e Industria, Madrid, 1982.

<sup>65</sup> Fuente: *Mundo Gráfico*, 1918.



El alijo de carbón de las Delicias era una situación excepcional por el volumen de la incautación. Los casos solían ser más reducidos, con cantidades más pequeñas y pocas personas involucradas. En 1912, el guardia segundo Francisco Conde observó, desde un balcón de la casa cuartel de la Guardia Civil, las entradas y salidas de cuatro hombres en una casa de la calle del Ferrocarril, cargados con bultos. Sospechó y les detuvo. Los hombres le confesaron que eran dos corderos que les había regalado un ganadero en la estación de las Delicias por haberle ayudado a cargar la recua en el tren que iba a Zaragoza. Que se los iban a comer ellos y que no habían hecho nada malo. Pero el guardia desconfiaba y procedió a registrar la casa, donde halló multitud de trozos de corderos y otros animales y los hombres, azorados, dijeron haberlos encontrado en un sembrado.

Ya en comisaría fueron identificados como José M<sup>a</sup> Sandoval, Salustiano Gómez, alias *el zapatero*, y los hermanos Nicanor e Inocente Herrero, alias *el gitano*. Tenían entre 20 y 40 años, todos se declaraban jornaleros y tres de ellos vivían en el barrio de las Peñuelas. Fueron interrogados por separado y, después de varias confesiones contradictorias, la policía concluyó que habían obtenido la carne ilegalmente en la estación, que ésta estaba en mal estado y que habían intentado venderla en una casquería y en una carnicería de las proximidades. La cantidad de cabezas, asaduras y costillares incautados en uno de los domicilios apuntaba a que no se trataba de un hecho aislado, fruto del regalo de un ganadero desconocido por un día de trabajo, sino de una pequeña red ilegal de compra-venta de carnes. Ganaderos que vendían reses muertas por el transporte a personas que se encargaban de revenderlas a casqueros y carniceros de la zona. Así lo apuntaron los guardias en sus informes, pero no pudieron demostrar que esas compras se habían efectuado. Por supuesto, los tenderos interrogados negaron cualquier relación con los detenidos y aseguraron comprar todas sus existencias en el Matadero municipal. Finalmente, los detenidos fueron declarados culpables de un delito contra la salud pública y se les impuso una multa rebajada de 250 pesetas, en atención a su declaración de insolvencia.<sup>66</sup>

La relación de algunos pequeños comerciantes con prácticas ilícitas de contrabando era muy difícil de demostrar y más aún de calcular su extensión. Lo más probable es que fueran una reducida minoría, pero no puede decirse que no existieran. Igual que en otros campos como la política o las operaciones urbanísticas se firmaban acuerdos y negocios por medio de variopintas corruptelas, en otros ámbitos más modestos también se produjeron apaños y trapicheos para lograr un beneficio rápido y sencillo. El progreso y la modernización de la sociedad, de cualquier tiempo y lugar, no siempre se alcanzó con un trigo limpio e impoluto. Muchas de las personas que prosperaron tenían aspectos de los que enorgullecerse y otros que era mejor ocultar.

---

<sup>66</sup> Fuente: AGA, Juzgado de 1<sup>a</sup> instancia e instrucción, distrito de Hospital, sección Penal, sumario nº 179 por delito contra la salud contra José María Sandoval Cabrerizo, Nicanor Herrero Huerta, Salustiano Gómez Romero e Inocente Herrero Huerta, año 1912. Inocente Herrero escapó para rehuir la pena y en 1914 fue capturado en Calatayud por viajar sin billete. Por impago y fuga se le aplicó una pena de 50 días de cárcel.



Serafín Paul, el hijo de jornaleros pobres e inmigrantes, fue uno de ellos. En 1903 se produjo un robo en el palacio de los duques de Alcudia, donde sustrajeron diez retratos familiares de cierto valor. Tras años de investigación, la policía capturó a dos hombres en Ocaña sospechosos del robo. Los acusados delataron a Serafín y a otro anticuario como inductores del robo, pero luego, en el juicio que se celebró, se retractaron de su declaración y el juez liberó a Serafín.<sup>67</sup> En 1911 fue nuevamente acusado, esta vez por comprar metal robado a Francisco Ruiz Fernández, un joven de 18 años que afanó 234 kilos de material en una fundición de Carabanchel donde trabajaba como dependiente.<sup>68</sup> En 1932 la policía detuvo a Román Gómez Morato, “*con un volquete cargado con trescientos y pico kilos de plomo*”, cuando se dirigía a la fundición de Serafín. El material procedía de unas obras de pavimentación que el acusado, junto a otro compañero, iba vendiendo a medida que extraían los restos de las cañerías viejas.<sup>69</sup> En abril de ese mismo año, el equipaje del ex conde de Elda fue sustraído en la estación de Atocha. Entre las pertenencias se hallaba un maletín con dinero y valiosas alhajas. La policía dio con los autores del robo, “*el chupa y el rincón, dos conocidos maleantes*” que confesaron, “*tras un extenso interrogatorio, que habían sacado 500 pesetas del maletín y varios billetes franceses. El maletín con las alhajas lo enterraron en las proximidades del Puente de Toledo hasta que el chato rincón, un compañero suyo, saliera de la cárcel y vendiera las joyas.*”<sup>70</sup> La venta se efectuó y el comprador fue, según su declaración, Serafín Paul, el cual les había pagado 1.100 pesetas. Serafín fue detenido y duramente interrogado por el comisario Aparicio, el cual estaba plenamente convencido de que Serafín había sido el comprador, aunque el viejo comerciante negara siempre haber visto ni una de aquellas gemas. Días después del interrogatorio, la policía recuperó el botín en una casa de empeños propiedad de Ángel del Valle, en la calle Narváez.

Nunca llegó a demostrarse fehacientemente la participación de Serafín en todos estos hechos, pero parece indiscutible que sus pasos bordearon la delgada línea de la legalidad en algunos momentos. Su progreso económico y ascenso social había tenido muchas luces por su capacidad de trabajo y superación, pero también existían casos turbios que arrojaban sombras sobre su pasado. Luces y sombras en la trayectoria vital de una persona que había nacido con el Ensanche Sur, allá en 1860, y que tanto había cambiado a lo largo de esos setenta años, al igual que su barrio, que había pasado de representar la cara negra de la ciudad a ser una zona llena de oportunidades, y al igual que Madrid, que había pasado de ser una diminuta e insalubre capital, a ser una moderna metrópoli a la altura de 1930, en una trayectoria cargada de luces y sombras.

<sup>67</sup> Fuente: *El siglo futuro*, 5 de abril de 1910.

<sup>68</sup> Fuente: *El Globo*, 30 de octubre de 1911.

<sup>69</sup> Fuente: *El Heraldo de Madrid*, 19 de febrero de 1932.

<sup>70</sup> Fuente: *Luz*, 18 de abril de 1932 y *ABC*, 29 de abril de 1932.



## - CONCLUSIONES -

Madrid-Cosmópolis fue el fastuoso epíteto que cosechó el remozado corazón urbano de la capital en una publicación de 1929. A vista de pájaro se descubrían edificios magníficos, grandes almacenes, cinematógrafos lujosos, teatros deslumbrantes, guardias de tráfico y semáforos en mitad de un torrente nervioso de automóviles y tranvías. Las aceras aparecían atestadas por una multitud desordenada y febril, atraída por los escaparates brillantes y los anuncios luminosos. Personas convertidas en diminutos puntos por un fotógrafo, que capturaba instantáneas desde un avión que rozaba el rascacielos de la Telefónica y sobrevolaba la Gran Vía, la calle con perfiles de ciudad norteamericana. Madrid-Cosmópolis que no se reducía a esa línea neoyorkina del centro. El avión se aventuraba por otros contornos y descubría campos de fútbol con miles de espectadores, complejos ferroviarios gigantescos, modernas cárceles para presos, nuevos y modernistas edificios en las calles principales, o las todavía difusas huellas de lo que sería una ciudad universitaria en los años venideros, inspirada en los campus americanos más prestigiosos. Era el álbum aéreo de una metrópoli de su tiempo, que compartía con otras grandes urbes carencias importantes que debía cubrir, pero también los frutos de un proceso de modernización innegable. Era una imagen muy diferente a la ciudad del siglo anterior, retratada por la cochambre, la suciedad, la estrechez y la oscuridad de sus calles y plazuelas. La vergüenza y el sonrojo se habían trocado en fascinación. Una metamorfosis que no fue repentina, sino fruto de un largo proceso de modernización de todas sus estructuras y elementos. Un recorrido lleno de luces y sombras, de aciertos y errores, de avances que también suponían pérdidas. Un proceso que se inició a mediados del siglo XIX, cuando el viejo modelo de ciudad del Antiguo Régimen se agotó y hubo de plantearse un proyecto de futuro para la ciudad y sus habitantes.

Durante la primera mitad del siglo XIX cualquier mínimo repunte demográfico originó problemas sin cuento en una ciudad cercada: el hacinamiento de las personas se agravaba y empeoraban las condiciones higiénicas en las viviendas. Era el caldo de cultivo propicio para la aparición de enfermedades, que extendían el malestar y prendían la mecha de los disturbios y las revueltas. Los derribos de iglesias y conventos de la primera desamortización sólo sirvieron para alumbrar un efímero negocio de la construcción: se ensanchó

alguna calle y el retorcido callejero fue agujereado con unas pocas plazuelas. Nunca existió la voluntad de llevar a cabo un plan general de reforma, un programa coordinado que atendiera los graves problemas a partir de unos criterios definidos. Las autoridades no percibieron que el modelo del viejo Madrid se resquebrajaba y se limitaron a señalar como grandes culpables de la situación a los pobres y a los inmigrantes, a los que se veía con cierta desconfianza, traducida en bandos de expulsión. Era la imagen de una ciudad y una sociedad cerradas, que vivían a espaldas de las transformaciones de las primeras décadas de la edad contemporánea.

La década de 1850 fue el inicio de un cambio. En muy pocos años coincidieron la llegada del moderno ferrocarril, las obras del Canal de Isabel II y la reforma de la Puerta del Sol, el emblemático kilómetro cero del país y de la ciudad. Su despejado semicírculo y la majestuosidad de los nuevos edificios que asomaban a la plaza simbolizaron la aparición de una capital más digna. Faltaba remodelar la ciudad para terminar con su aire cochambroso, su hacinamiento e insalubridad. Todos esos proyectos multiplicaron las obras y generaron miles de puestos de trabajo. Además, coincidieron en el tiempo con los efectos de la desamortización de Madoz en las comunidades rurales. El campo comenzó a expulsar a un mayor número de personas justo cuando Madrid demandaba más brazos para ejecutar sus obras. Esa coincidencia permitió, por fin, un despeque demográfico de manera sostenida, pero también colapsó definitivamente los estrechos límites de la ciudad.

Madrid se desbordó y en las afueras se levantaron casas bajas, una a una hasta formar pequeños arrabales. El desinterés del Ayuntamiento por todo lo que allí sucedía dejó en manos de los particulares toda la iniciativa. Al sur de la ciudad surgió el arrabal de las Peñuelas, construido en una hondonada del terreno por un reducido grupo de pequeños propietarios. Los arrabales fueron la solución espontánea al grave problema de la vivienda en el interior de la ciudad. Cuando la situación llegó a un punto insostenible, el Gobierno central intervino con un proyecto para ensanchar la ciudad, firmado por el ingeniero Carlos M<sup>a</sup> de Castro. El plano de las afueras contemplaba un diseño totalmente nuevo y un desarrollo diferente entre unas zonas y otras, en función de las condiciones del terreno y los usos que se le habían dado. Diseño que topó inmediatamente con la oposición de los vecinos y propietarios de los arrabales y con la guerra encubierta entre las autoridades municipales y la dirección técnica del proyecto. Estos conflictos lastraron una puesta en marcha decidida de las obras. Las estrictas normas urbanísticas en la edificación de las viviendas, cuyo objetivo era conseguir una vida más saludable que en el hacinado centro, y la fortísima especulación que se desató con la compra-venta de los terrenos, fueron otros factores que coadyuvaban en el titubeante arranque del proyecto.

El triunfo de la revolución del 68 y la política de los ayuntamientos democráticos empujaron definitivamente a Madrid a las afueras: derribaron por fin las tapias y apostaron por la supervivencia de los arrabales frente a la nueva ciudad diseñada por Castro. Además, para animar el alicaído ritmo de las obras,

optaron por arrinconar toda normativa que defendía una vida higiénica y saludable y concedieron libertad a los propietarios en sus edificaciones, que se lanzaron a construir con arreglo a aquello que les asegurara un mayor margen de beneficios. Para cerrar completamente el círculo, se aplicó un sistema de financiación de las obras draconiano con las zonas más desfavorecidas y derrochador con las más valoradas: los ingresos generados por cada zona sólo podían invertirse en ella, lo que generó una espiral de desigualdad *in crescendo* entre los terrenos más caros y las áreas más degradadas. Un sistema que incentivó la actividad constructora de miles de pequeños propietarios. Miles de pequeños motores que expandieron Madrid por los nuevos barrios del Ensanche, pero a costa de reproducir en muchos de ellos los males que habían caracterizado al viejo casco interior. La zona del Ensanche Sur fue la mejor prueba de ello. Sus calles estaban en pésimas condiciones, carecían de los servicios públicos más elementales y las viviendas eran bajas, pero insalubres y de mala calidad.

Con la llegada del siglo XX estos problemas se extendieron a otras zonas y con un punto de mayor gravedad. Madrid se había convertido en un gigante que encaminaba sus pasos hacia el millón de habitantes y su expansión urbanística alcanzó nuevos territorios. La especulación con el suelo y la edificación lujosa en algunas zonas hizo del Ensanche un área cara en comparación a los terrenos del Extrarradio, que se extendían más allá del límite municipal. Al igual que sucedió a mediados del siglo XIX con los arrabales de las Peñuelas y Chamberí, el Extrarradio se convirtió en una zona para la construcción espontánea, rápida y muy barata. Fue una salida para todos aquellos que no podían pagar los elevados alquileres del centro o del Ensanche. A cambio, las condiciones de las viviendas eran horriblemente insalubres. A falta de una legislación que regulara el tipo de edificación permitido y unas mínimas condiciones de habitabilidad, el Extrarradio se convirtió en una sucesión de barriadas retorcidas y horripilantes, con casuchas miserables que se perdían por los caminos que salían de Madrid, entre escombros y vertederos.

Salvo excepciones como la Ciudad Lineal, la ciudad siguió creciendo sin un proyecto que regulara su descontrolada expansión. Existía, no obstante, la conciencia de una necesidad imperiosa de un plan general para toda la ciudad, de un proyecto que conectara a la capital con sus pueblos colindantes. Ninguno cuajó. Los planes urbanísticos se sucedieron sin descanso, sin que ninguno llegara a ser ejecutado. Madrid creció a un ritmo endiablado sin un rumbo fijo, sin seguir las directrices de un proyecto que definiera el modelo de ciudad al que se aspiraba. Llegó a franquear el millón de habitantes con el Ensanche como único plan de expansión aprobado y desarrollado.

Sólo conseguía sacar adelante planes urbanísticos parciales, que afectaban a una parte reducida de la ciudad, pero que por sus dimensiones y por su representatividad se convirtieron, rápidamente, en bandera de su modernización. Si a mediados del XIX fue la reforma de la Puerta del Sol, a principios del XX fue la construcción de la Gran Vía. Los perfiles de la nueva calle y sus edificios, y los usos que recibieron, fueron un símbolo de la profunda transformación de la

ciudad. Un cambio que tuvo eco incluso en las zonas más degradadas, como el Ensanche Sur, que vio cómo buena parte de sus calles fueron arregladas y cómo surgían nuevas viviendas de mejor calidad y con unas comodidades insospechadas pocos años antes. Un salto de nivel que elevó los alquileres de las viviendas y que provocó la marcha de muchas familias pobres a los bordes marginales y degradados del Extrarradio. El Ensanche fue incapaz de ofrecer alojamiento barato y salubre a las familias humildes y necesitadas, uno de los grandes lemas tallados en la cuna de su nacimiento. Su mayor mérito, el impulso al crecimiento y expansión de la ciudad. Fue el trampolín para la modernización de Madrid, el proyecto que abrió una capital encerrada a una época de cambios y el que dio cabida a los principales motores de su conversión en metrópoli: los inmigrantes y las personas que nacieron en la ciudad.

Durante la primera mitad del siglo XIX la población madrileña apenas aumentó en veinte mil personas, mientras que en la segunda mitad duplicó su vecindario hasta superar el medio millón de habitantes. En 1930 rozó el millón de personas. Un espectacular crecimiento demográfico basado en las corrientes de inmigrantes, que acudieron a la ciudad en mayor número con el paso del tiempo. Desde la época Moderna existía la tradición de acudir a Madrid como sede de la Corte y de la nobleza, pero desde 1850 esas corrientes mudaron su naturaleza y multiplicaron su intensidad. Las difíciles condiciones en el medio rural español, las nuevas obras en la ciudad que demandaban mano de obra y el renovado papel de Madrid como capital del Estado liberal español, fueron las principales razones que explicaron el frenesí de su crecimiento demográfico. Madrid fue la ciudad de los inmigrantes por antonomasia: si en 1878 contaba con la mayor proporción de inmigrantes entre las principales urbes españolas, en 1930 era el principal lugar de destino para los inmigrantes procedentes de todas las provincias, salvo la zona levantina.

El Ensanche fue un escenario privilegiado de los cambios que originó ese impresionante crecimiento demográfico. El Ensanche Sur en particular pasó de ser un puñado de casas arrabaleras, rodeadas por yermos descampados y caminos polvorientos, a formar extensos barrios de casi 80.000 personas y una tupida red de empresas, fábricas, talleres, almacenes y vías férreas. Alcanzó el tamaño demográfico de una mediana capital de provincias gracias a las corrientes migratorias que acudieron a Madrid y se asentaron de manera definitiva en sus barrios, y no de forma temporal, como ocurría con algunos de los flujos tradicionales (véase parte del servicio doméstico femenino) que alimentaban a la capital.

Los orígenes de la población inmigrante se fueron ampliando a medida que avanzó el tiempo. Si en la segunda mitad del siglo XIX la mayoría procedían del área castellano manchega, la región madrileña y el norte asturiano, en el primer tercio del siglo XX emergieron nuevos graneros de inmigrantes en las provincias de la Meseta Norte, en algunas provincias andaluzas y en Extremadura, mientras que alguno de los tradicionales, como el Levante meridional y la zona cantábrica, perdían fuerza. Además, se limaron las

profundas desigualdades en el asentamiento de la población inmigrante entre unas zonas y otras de la ciudad. Si durante el siglo XIX los que llegaban de las provincias del sur escogían la parte sur de la ciudad muy por encima de la media, y los oriundos del norte hacían lo propio con la zona norte de la ciudad, en el siglo XX el asentamiento era más homogéneo. Era el resultado de una mayor integración de las zonas del Ensanche con el conjunto de la ciudad. Un proceso que se reafirmó en el Ensanche Sur con el incremento en la proporción de madrileños de origen.

Las redes de familiares y paisanos fueron la herramienta natural y más extendida entre los inmigrantes para acceder a la ciudad e integrarse en ella. La mayoría de los que llegaban contaban con un familiar, un amigo de la infancia o un conocido del pueblo, que les ayudaba en la etapa inicial de su nueva vida. Era un fenómeno muy visible durante los primeros años de desarrollo del Ensanche Sur, cuando la población aún era escasa, procedía de pocas provincias y era abrumadoramente rural. Era lógico que recurrieran a todos sus conocidos, que vivieran cerca unos de otros, como forma de sortear el brusco cambio de escenario y no perecer en el intento. Llegaron a formarse auténticas colmenas de paisanos, de familias nacidas en comarcas adyacentes que residían en un mismo edificio.

El recurso a los familiares y los paisanos pervivió entre las corrientes migratorias del siglo XX, pero en el caso de los segundos se hizo más difuso. La población del Ensanche Sur alcanzó un volumen incontrolable para detectar esas redes con precisión. Decenas de miles de personas, procedentes de un mayor número de regiones, se movían por sus calles antes de 1930. Redes de paisanaje que se diluían en la masa, pero también redes que fueron perdiendo parte de su fuerza con los cambios en la sociedad española. El proceso de urbanización era lento en comparación a otros países más avanzados, pero iba creando una red urbana cada año más densa y conectada, con ciudades intermedias que asomaban la cabeza como focos de atracción para la población que se movía. Entre los inmigrantes del Ensanche Sur cada vez había más personas con orígenes urbanos y que habían cambiado de ciudad en más de una ocasión. Por tanto, se trataba de una población con una mayor experiencia a la hora de viajar, de abrirse camino en un entorno desconocido, pero también con unos lazos de paisanaje más debilitados. Eran personas que ya no mantenían la estrecha amistad, o intimidad, de antaño con gente de su mismo pueblo, porque se habían movido más que sus antepasados, habían viajado a más sitios y habían conocido a más gente. Personas que mostraban una menor endogamia matrimonial o residencial con gente de su misma provincia. Eran personas que ya no necesitaban tanto a sus paisanos para integrarse en Madrid y conseguir un trabajo.

Una integración personal y profesional que también dependía de los orígenes sociales de la persona y del grado de desarrollo económico de su región de procedencia. Aquellos que procedían de una región más urbanizada y con un sector industrial potente, como Cataluña, generalmente llegaban con un nivel de alfabetización por encima de la media y con una cualificación profesional

apreciada, tanto por los conocimientos en sí mismos como por la escasez de inmigrantes que suponían una mejora para el mercado laboral madrileño. La mayoría de los inmigrantes en el Ensanche Sur procedía de regiones agrarias, con una elevada maestría en todo tipo de tareas agrícolas, pero totalmente inútil en el contexto urbano de la capital, lo cual les condenaba a trabajos de fuerza sin cualificar.

Estas diferencias también se apreciaron en el tipo de movilidad residencial que protagonizaban en el interior de Madrid. Los que procedían de un entorno urbano y ocupaban un puesto de empleado en el sector servicios se movían por toda la ciudad, contaban con una gran capacidad de decisión para elegir su residencia. En cambio, los trabajadores manuales, tanto cualificados como no cualificados, limitaban sus movimientos a los barrios del sur repartidos entre el casco antiguo, el Ensanche y el Extrarradio.

Esa movilidad residencial, propia del cambio de siglo, también se vio alterada por el extraordinario cambio vivido por la ciudad antes de los años treinta. El acelerón demográfico, la expansión urbanística hasta rebasar los límites municipales, la inflación de los alquileres después de la Primera Guerra Mundial y la fulgurante revolución de los transportes urbanos, llevaron a un acusado descenso en la movilidad residencial de las familias. Muchas personas seguían acudiendo a su lugar de trabajo andando, como antes lo hacían sus padres y abuelos. Pero si uno cambiaba de lugar de trabajo y el nuevo estaba más lejos, ya no era una obligación cambiar de casa para estar más cerca. El tranvía o el metro estaban al alcance de la mano para reducir el tiempo en el desplazamiento. Además, cuando las familias del Ensanche Sur se movían de casa, lo hacían en mayor medida para quedarse en alguno de sus barrios, sobre todo los trabajadores manuales, que los veían como algo suyo, como el entorno más apropiado para ellos porque allí tenían las mayores oportunidades para encontrar trabajo. Una movilidad concéntrica que también empezó a manifestarse entre los trabajadores y empleados de los servicios.

Las corrientes migratorias tuvieron un impacto enorme en la configuración del mercado laboral y en el modelo económico madrileños, como quedó evidenciado en la población del Ensanche Sur. Durante la primera etapa de la expansión de la ciudad, hasta el inicio de la Restauración, las diferencias entre las categorías profesionales de los madrileños (más trabajadores cualificados) y los inmigrantes (más jornaleros y criadas) eran muy importantes. El análisis de las profesiones de los inmigrantes, en función de sus años de estancia en la ciudad, destapaba las enormes dificultades de integración: los que contaban con unos pocos meses de estancia quedaban por debajo de la media de los trabajadores no cualificados, mientras que al cabo de cinco años la rebasaban ampliamente.

Era la imagen de un mercado laboral anquilosado, que no ofrecía oportunidades generales de mejora profesional, ni una adecuada integración y promoción de la mano de obra rural a puestos de cualificación profesional. Sus conocimientos eran completamente inútiles para una oferta de trabajo que se



movía entre la Administración Pública, el incipiente nudo de comunicaciones y transportes, la construcción, el servicio doméstico femenino y la cerrada red de pequeños talleres artesanales y familiares. Pero también era un mercado laboral que estaba inmerso en una profunda transformación.

Durante la segunda mitad del siglo XIX se produjo la destrucción de la antigua estructura profesional de la época gremial. Entre 1860 y 1905 el mercado laboral fue invadido por los jornaleros, con unos porcentajes de crecimiento notables entre los inmigrantes y espectaculares entre los madrileños de nacimiento. Era un trabajador no cualificado, sin conocimientos técnicos específicos, cuya característica primordial era la enorme inestabilidad y precariedad de su situación: cobraba muy poco y sólo el día que trabajaba. Sus contratos eran totalmente temporales y la mayoría no indicaban un lugar de trabajo determinado, o si lo hacían, éste era “variable” o “ambulante”.

Su preponderancia en el mercado laboral respondía a la propia naturaleza de los sectores productivos que tiraban de la economía madrileña en ese periodo. El mundo de la construcción era el primero de ellos. La expansión de la ciudad se hizo a base de desbrozar huertos, rellenar barrancos y alisar descampados, para abrir calles, construir bloques de viviendas y levantar edificios públicos, iglesias, fábricas y escuelas. Todo eso estaba por hacer y dio trabajo a miles de peones, braceros y jornaleros, encargados de las tareas de fuerza física, de los derribos, del acarreo de escombros, de carretadas de ladrillos, sacos de cemento y vigas de madera. Para eso no hacía falta saber ningún oficio, sólo brazos y piernas vigorosas.

También estaba por construir el ferrocarril, otro de los grandes motores de la economía madrileña de la segunda mitad del XIX. Se necesitaban innumerables manos para levantar las nuevas estaciones, los talleres de reparación, los almacenes de embalaje, los depósitos de mercancías, etc. Manos que ayudaran a colocar las vigas del esqueleto de acero de las estaciones y de los apeaderos, a descargar toneladas de una partida de carbón, a mover los vagones de vía y limpiarlos al final de la jornada, a echarse al hombro seras cargadas y apilarlas al fondo de un almacén. Tanto la construcción como el ferrocarril recurrieron a esta mano de obra por su bajo coste y con ello fomentaron su crecimiento.

Esa destrucción de la antigua estructura profesional madrileña también vino motivada por la corrosión de los trabajadores cualificados y la “desaparición” del viejo artesanado. Su descenso numérico fue muy pronunciado, especialmente entre los trabajadores madrileños, que vieron cómo su pretérita distinción frente a los inmigrantes quedó difuminada. El sector del cuero y del textil, tradicionalmente asociado a los antiguos gremios, evidenció un declive rápido e inexorable, mientras que el sector de la construcción, agasajado por la expansión que vivía la ciudad, ganaba terreno y se situaba a la cabeza por número de trabajadores. Por último, el estancamiento del sector de la metalurgia, la tipología de los oficios que lo componían, y el número y el tamaño de los

talleres hablaban, claramente, de la ausencia de una economía fabril clásica, al estilo de algunas ciudades inglesas o de Barcelona y Bilbao.

En general, los trabajadores cualificados experimentaron un deterioro notable en su situación profesional. La mayoría sufrió una progresiva pérdida en su autonomía productiva. Poco a poco perdieron la oportunidad de abrir un taller propio, o mantener el que ya tenían o el que habían heredado de sus padres o antiguos maestros. Perdieron la capacidad de fabricar y vender sus propios productos, de ser creadores y comerciantes independientes. No fue un cambio de un día para otro y por el camino se sucedieron ejemplos de todo tipo, como los casos de trabajadores contratados por el ferrocarril que aún mantenían su taller abierto. Una situación mixta como empleado y autónomo, con unas formas de trabajar y un sistema de cobro totalmente opuestos. En la empresa había un horario y unas obligaciones que acatar. Cumplida la semana o el mes, se recibía el sueldo. En el taller no había horarios, sólo las horas que dejara libres el ferrocarril. Había que bregar cada día porque los encargos agonizaban y el cobro no era seguro, sólo era un complemento a la paga obtenida con el trabajo en la empresa.

En ese camino desaparecieron muchos oficios artesanales y, a finales del siglo XIX y principios del XX, la pirámide gremial de maestro, oficial y aprendiz, estaba completamente deshecha. Las similitudes entre los cualificados y los no cualificados alcanzaron su punto álgido. Los primeros seguían contando con un salario y un alquiler de la vivienda más elevados a nivel general, y sufrían un menor hacinamiento en sus hogares, pero sus condiciones profesionales se equiparaban cuando no indicaban un lugar de trabajo determinado. En estos casos sus salarios se recortaban gravemente y se acercaban a los niveles de los jornaleros. Una circunstancia que fue mucho más frecuente a finales del siglo XIX que veinte años atrás.

Esa degradación de los trabajadores cualificados se contagiaba a sus hijos, entre los cuales se incrementó la proporción de jornaleros. Seguir los pasos de sus padres cada vez era más difícil y ni siquiera el matrimonio enderezaba la situación. Si para un trabajador cualificado casarse con la hija de un igual fue cada vez más infrecuente, para un jornalero se convirtió en algo insólito.

Por otro lado, la evolución del mercado laboral madrileño durante la segunda mitad del siglo XIX también mostró permanencias significativas frente a la etapa anterior. Los trabajadores y empleados del sector servicios siguieron mostrando una fuerte dependencia respecto a los latidos de la Administración Pública. En un tiempo de avance avasallador de los jornaleros, el mundo de los empleados se mantuvo en el Ensanche Sur en unos porcentajes apocados, pero sin retroceder. En buena medida se debió al crecimiento del sector público desde el ámbito municipal, mientras que el sector privado no terminaba de despegar y era sostenido por el ferrocarril y un puñado de tiendas de comestibles.

Otra de las permanencias a destacar fue el tipo de participación laboral de la mujer, que se articuló en dos ámbitos, fundamentalmente. Por un lado, el servicio doméstico, abrumadoramente externo en el Ensanche Sur. La mayoría de las criadas y sirvientas eran esposas, hijas, madres o mujeres realquiladas de jornaleros (y en 1905 también de trabajadores cualificados), que trabajaban en las casas de pequeños comerciantes y empleados de la Administración o del ferrocarril. Era una nota característica respecto a los barrios más ricos de la ciudad, donde el servicio doméstico era mayoritariamente interno. La segunda gran bolsa de trabajo femenino estaba compuesta por las trabajadoras manuales cualificadas. Es decir, el mundo de la costura y el tradicional oficio de cigarrera, uno de los ejemplos más brillantes de la fuerza de las redes familiares y de paisanaje como mecanismos de apoyo, solidaridad y reproducción social y profesional.

A principios del siglo XX, consumida la primera etapa de la Restauración, el panorama laboral madrileño también mostraba signos inequívocos de un cambio a mejor. La crisis del mundo gremial había generado una corrosión generalizada de los trabajadores, pero también abrió las puertas a personas intrépidas y emprendedoras con ansias de medrar, de forjarse un camino y triunfar. Cuando las costuras del corsé gremial saltaron por los aires, se esfumó la inveterada seguridad para la mayoría de los maestros y oficiales artesanos, pero también multiplicó las posibilidades de prosperar, o al menos de intentarlo, sin las cortapisas que marcaba el estricto control de los gremios. Además, Madrid era un entorno privilegiado por ser el mercado con el mayor número de consumidores del país y con la mayor capacidad adquisitiva por la presencia del Gobierno, de la Corte y de un gran número de familias de las clases altas de la sociedad. De esa forma, un carpintero de las afueras como Camilo Laorga firmó una exitosa trayectoria profesional que difícilmente se hubiera producido en otra ciudad, con relaciones sociales que iban desde cortesanos de Isabel II o políticos progresistas a vecinos y propietarios anónimos de un barrio marginal.

Madrid también se presentaba como un entorno propicio para la puesta en marcha de nuevos sectores de producción. Algunos comerciantes y trabajadores cualificados demostraron una gran flexibilidad y capacidad de adaptación a los nuevos tiempos, pasando, por ejemplo, de la fabricación de carruajes de caballos a carrozar modernos automóviles a motor. Un salto que requería de capacidad de iniciativa, experiencia en la gestión empresarial y sólidos contactos profesionales, pero también de un entorno social y económico propicios, como era Madrid a principios del siglo XX.

Tampoco era necesario ser un espíritu intrépido para escapar de la miseria, bastaba con dominar los secretos de un oficio que fuera muy demandado en el modelo económico de la ciudad, o que no lo conociera mucha gente. Los especialistas más refinados del mundo de la construcción y del sector de la metalurgia escaparon a esa degradación general de los trabajadores cualificados gracias a sus elevados salarios. Sus conocimientos eran muy valorados precisamente porque había pocos que los tuvieran. Además, el campo de la

metalurgia y de la energía era otro de los indicios de cambio en el panorama madrileño de principios del siglo XX, debido a la fuerte implantación que empezó a adquirir entre los inmigrantes más recientes y al peso de los enormes complejos ferroviarios de Atocha, Delicias y Príncipe Pío.

El desarrollo económico de Madrid durante las primeras décadas del siglo XX terminó por cristalizar, en torno a 1930, en una compleja diversidad. El modelo madrileño no dependía de un solo sector productivo, como sucedía en otras muchas ciudades, que vivían de la minería, del comercio marítimo, del textil, de los transformados metálicos o de los cultivos de cereal o de huerta. En Madrid confluían sectores tan diversos como la construcción, las administraciones públicas más relevantes, el comercio de lujo y de barrio, la industria de la edición, los ferrocarriles, las finanzas, la empresa privada de negocios o los pequeños y medianos talleres. Todos ellos eran elementos de peso en la ciudad, que alcanzaron un funcionamiento más armónico con el paso de los años y que giraron sobre la base de los dos pilares que impulsaron a Madrid como uno de los núcleos económicos más importantes y dinámicos del país: por un lado, la gestión y dirección del desarrollo económico español y, por otro lado, la irrupción de una industrialización complementaria a la tradicional.

Un proceso de modernización económica, en el cual fue imprescindible el Ensanche Sur por la funcionalidad de su espacio en el conjunto de la ciudad. Debido al desarrollo seguido durante el siglo XIX, fue la zona elegida para la localización de las empresas y fábricas que nacieron al calor de la segunda revolución industrial. En sus barrios arraigaron nuevos sectores productivos como la energía eléctrica, la nueva metalurgia de transformados, las comunicaciones y la fabricación de aparatos eléctricos, etc., que dieron un nuevo impulso a la economía madrileña. La implantación de nuevas fuentes de energía y la creación o llegada de gigantes empresariales en algunos de los campos punteros de la segunda revolución industrial dibujaron un nuevo paisaje en el mercado laboral madrileño que afectó a la estructura preexistente, tanto en relación a los lugares de trabajo, como en relación a la tipología de los trabajadores y sus condiciones laborales y salariales.

El mundo de los trabajadores manuales experimentó una profunda transformación. El sector de la construcción vivió una aparente contradicción entre la expansión de las obras y la pérdida relativa de peso por número de trabajadores. En Madrid, como en otras grandes urbes durante el período de entreguerras, este sector de la economía disfrutó de un florido renacimiento, gracias al *boom* demográfico que precisó de miles de casas nuevas, a una política de obras públicas para la mejora y ampliación de infraestructuras y servicios (canalización, alcantarillado, alumbrado eléctrico, pavimentación viaria, etc.), al desarrollo de los nuevos medios de transporte público (tranvía y metro) y a la puesta en marcha de espectaculares proyectos urbanísticos, como la Gran Vía. Una montaña de obras que no se reflejó en más albañiles y carpinteros en la estructura profesional, sino precisamente lo contrario, en el retroceso relativo de ese tipo de trabajadores, al igual que ocurrió con los jornaleros.

La figura del jornalero fue, una vez más, protagonista destacada del panorama laboral madrileño, pero en este caso por su drástica reducción frente a la época anterior. El desarrollo de un modelo industrial complementario al tradicional, vinculado a la existencia de economías de escala dentro de un capitalismo avanzado a nivel internacional, era insostenible con una mano de obra sin cualificar tan abundante como a finales del siglo XIX. En otras ciudades la formación de áreas con una fuerte concentración industrial había potenciado la existencia de trabajadores con unos conocimientos técnicos específicos y eso fue lo que ocurrió en el Ensanche Sur, el *industrial district* de la capital española por excelencia. El porcentaje de jornaleros dentro de la estructura profesional se redujo drásticamente y, entre los que seguían definiéndose de esa manera, aumentaron los que estaban contratados por empresas o talleres, en detrimento de los jornaleros que no declaraban ningún lugar de trabajo o éste era “variable”, “desconocido”, o “ambulante”. El jornalero de 1930 era *menos jornalero* en número que el de 1900 y *menos jornalero* en las condiciones laborales y en la estabilidad de su trabajo.

El hueco dejado por los jornaleros fue ocupado en parte por los trabajadores cualificados, pero no por los mismos trabajadores de tiempos pasados, sino por un nuevo tipo de operario. El mundo del textil y del calzado se había hundido definitivamente y se había feminizado en su mayoría, mientras que el sector de la energía y de la metalurgia experimentó una espectacular subida. Fue la llegada de los tiempos mecánicos, la hora de los especialistas de confianza para las nuevas fábricas de electricidad o de mecánica avanzada: los maquinistas, electricistas, torneros, fresadores y mecánicos en general. Una mano de obra que, de forma mayoritaria, indicaban un lugar de trabajo estable, bien fuera el ferrocarril o la gran empresa privada, o bien los pequeños y medianos talleres de particulares.

Los cambios entre los trabajadores manuales, tanto los cualificados como los no cualificados, en un contexto económico dinámico y febril por las sucesivas transformaciones que estaba experimentando, tuvieron eco en las diferencias y similitudes entre sus condiciones profesionales. En testimonios de la época quedaron recogidas numerosas actitudes de rechazo a los cambios propiciados por la irrupción de las máquinas en el trabajo del hombre. Entre los trabajadores cualificados parecía extenderse la sensación de haber perdido toda su antigua distinción respecto a los jornaleros por diversas circunstancias, todas entrelazadas: la progresiva pérdida de independencia en el proceso productivo, la corrosión o desaparición de numerosos oficios o la extensión del trabajo mecanizado, “hecho por cualquiera”, frente a la pericia artesanal de unas manos adiestradas durante años en un oficio pulido y mimado durante generaciones.

Entre los trabajadores manuales del Ensanche Sur las quejas por la distinción evaporada entre cualificados y jornaleros tenían su cuota de razón. En 1930 las diferencias de los salarios medios entre ambos grupos se habían reducido ligeramente. Pero eso sólo era una parte de la realidad. El proceso de modernización económica había logrado no sólo que las expectativas de mejora y

crecimiento salarial fueran mejores entre los trabajadores cualificados que entre los no cualificados, sino también que fueran mucho mejores que a comienzos de la Restauración. En 1930, el salario de un albañil o de un mecánico crecía en una proporción mucho mayor que el de un peón a medida que el trabajador cumplía años, pero también aumentaba más que el de un albañil o un cerrajero de 1878. Además, la élite salarial seguía copada por trabajadores cualificados especializados en oficios nuevos, vinculados a actividades modernas y emergentes, sobre todo aquellos que pertenecían a grandes empresas.

La entrada en escena de la gran empresa y el funcionamiento de economías de escala en el contexto madrileño tuvo hondas consecuencias tanto para las condiciones laborales de los trabajadores, como para la modernización de las estructuras productivas de la ciudad. En primer lugar, importó nuevas técnicas de organización del trabajo, como el sistema taylorista y la especialización de las fases productivas. La división sexual del trabajo se realizó sobre una indiscutible discriminación laboral y salarial de la mujer, pero al mismo tiempo multiplicó sus oportunidades para trabajar en algo que no fuera la costura o el liado de cigarrillos. En segundo lugar, los trabajadores de las grandes empresas estaban mejor pagados y disfrutaban de una serie de prestaciones laborales completamente desconocidas para el resto de trabajadores manuales.

Las economías a escala se manifestaron en Madrid a través de diversas filiales y agencias de venta encargadas de conquistar el mercado local. Un fenómeno fulgurante a partir del final de la Primera Guerra Mundial, que generó nuevos y abundantes empleos, pero también cercenó el desarrollo de empresas locales que habían sabido adaptarse al nuevo escenario económico y estaban participando, de forma modesta, en la expansión dentro de España de nuevos sectores como los automóviles. En cambio, para otros esa irrupción de la gran empresa y las economías de escala incitó a la renovación de sus estructuras productivas. En el Ensanche Sur se mantuvo una tupida red de pequeños talleres al igual que en el resto de la ciudad, pero no atendían a los viejos obradores artesanales del pasado, sino a pequeños centros de trabajo ocupados en la reparación mecánica o en la venta de material eléctrico. Lo que para unos suponía la ruina y el fin a toda una vida dedicada a los negocios, para otros significaba una oportunidad de oro para renovarse o para iniciar su propia aventura profesional.

Junto a la irrupción de esa industrialización complementaria a la tradicional, Madrid apostó por la moderna profesionalización de los servicios como uno de los motores principales de su economía. El desarrollo del capitalismo y la aparición de nuevos sectores de actividad, a raíz de la segunda revolución industrial, exigieron unos niveles de gestión y de inversión que superaban las capacidades de cualquier empresa familiar. El desembarco de las grandes empresas no sólo tuvo repercusiones entre los trabajadores manuales, sino también en el sector servicios, que despegó definitivamente para hacer de Madrid la gran ciudad de los empleados.

La fuerza de los empleados se sustentó en la emergencia de un moderno sector privado, encabezado por las compañías ferroviarias, las mayores empresas privadas del país y pioneras en la modernización del modelo de gestión de la gran empresa. Sus plantillas de empleados estaban estructuradas por una estricta reglamentación interna, con categorías estancas y un número de trabajadores y un salario por cada una de ellas absolutamente fijos. El salario no dependía de la maestría, de la capacidad o de la productividad del trabajador, sino de la categoría profesional que ostentara. Además, el recorrido profesional de las trayectorias personales dependía de la antigüedad dentro de la empresa, aunque también por los orígenes sociales y la forma de entrar por parte del trabajador. No accedía a los mismos puestos quien hubiera entrado como peón de carga, quien lo hiciera por medio de un examen rutinario de cultura general, por una evaluación más específica y técnica, o por medio de una contratación directa, como si fuera una especie de fichaje empresarial.

Las empresas ferroviarias fueron la máxima expresión de un tipo de política que aspiraba a unir de por vida al trabajador con la empresa. La reglamentación de los ascensos profesionales y salariales se completaba con unos programas de “bienestar industrial” muy completos, con una predisposición favorable a la contratación de familiares de trabajadores, con el objetivo de crear sagas familiares vinculadas a la empresa, y con la organización de actividades extraordinarias fuera del horario de trabajo, que fomentaban el espíritu corporativo a través del deporte, de excursiones o de representaciones teatrales. Un nuevo sistema de gestión empresarial que se exportó, en mayor o menor medida, a otros sectores como las empresas privadas de negocios, las compañías de seguros o los bancos privados, cuyo número se multiplicó, así como su peso en la marcha de la economía madrileña y española en general.

La expansión de los servicios durante los años veinte permitió a la mujer incorporarse de una forma mucho más intensa y visible al mercado laboral. En el sector privado destacaron por su número las secretarias y mecanógrafas de las oficinas, o las taquilleras en todo tipo de espectáculos y servicios, mientras que en el ámbito de lo público las ramas de la educación (maestras) y la sanidad (enfermeras) fueron las grandes protagonistas. Como sucedía con las trabajadoras manuales, la incorporación se efectuó sobre la base de una discriminación sexual indiscutible, que sólo llegó a entreabrir la puerta del mercado laboral a las mujeres. En 1930 todavía existían muchas profesiones vedadas para ellas.

El mundo del comercio fue uno de los sectores que de forma lenta, pero progresiva, se fue abriendo a la participación femenina, a la par que sus estructuras internas conocían una profunda renovación a partir de la segunda década del siglo XX. La aparición de nuevos establecimientos como los grandes almacenes, que pusieron en práctica nuevas estrategias para la venta y promoción de sus productos y que tenían unas exigencias de gestión administrativa tan complejas como cualquier otra empresa privada, fue clave para la modernización del comercio madrileño y la modificación de las antiguas relaciones laborales entre patrón y trabajadores en las tiendas de los barrios. El dependiente de

comercio, niño o adolescente que vivía en la tienda como si fuera un criado de los propietarios, fue dando paso a un empleado de comercio de perfiles bien distintos: adulto, con familia y casa propias y con un sueldo asimilable al de otros empleados de la Administración pública o del sector privado.

El salto del dependiente al empleado de comercio era una metáfora más del cambio experimentado por el conjunto de la ciudad y por el Ensanche Sur en particular. La aparición de grandes empresas y fábricas privadas había supuesto una mejora sustancial en las condiciones laborales de los trabajadores y había incidido en la necesidad de formar una mano de obra mejor preparada. Grandes empresas que influyeron en la aparición de otras más pequeñas, o la renovación de las ya existentes, en los más diversos sectores y que eran el fruto de una economía más compleja e interconectada. Un cambio de escenario que se apreciaba de forma especial en el Ensanche Sur. De la destrucción de empleo cualificado y la degradación profesional había pasado a convertirse en el mejor ejemplo de la tierra de las oportunidades, gracias a su rico tejido empresarial.

El análisis generacional entre 1878 y 1905 no podía apuntar peores perspectivas de futuro. A principios del siglo XX, los trabajadores que habían nacido al principio de la Restauración como hijos de jornaleros se habían convertido también, por abrumadora mayoría, en jornaleros y padecían toda la inseguridad y miseria asociadas a esa categoría profesional. Habían pasado casi treinta años y no habían podido escapar de la precaria situación que habían sufrido sus padres. Treinta años después y todo seguía igual o peor, a pesar de estar viviendo en la capital. Y no fueron los únicos. Aquellos que nacieron como hijos de trabajadores cualificados fueron incapaces de mantener ese status y cayeron degradados a puestos de peones y jornaleros. La misma situación se produjo con un parte significativa de trabajadores que nacieron como hijos de empleados. El Ensanche Sur se convirtió, para entonces, en la ciudad de los jornaleros.

A raíz de la expansión urbanística se produjo una progresiva distinción del espacio en cuanto a los niveles de concentración de un determinado oficio en unas zonas u otras de la ciudad. Una segregación que atendía al diferente papel de los barrios en el funcionamiento económico de la ciudad y a los rasgos urbanísticos y sociales de cada uno de ellos. En el mapa de las profesiones de principios de siglo, los barrios del Ensanche Sur aparecían como el granero inagotable de jornaleros y trabajadores no cualificados en general, mientras que los empleados les rehuían y optaban por aglutinarse en los barrios del centro de la ciudad y en las zonas más acomodadas de los Ensanches Este y Norte.

El desarrollo económico durante el primer tercio del XX modificó esa situación. En los análisis generacionales el cambio era muy evidente en torno a 1930. Aquellos trabajadores que habían nacido en el seno de familias jornaleras, a principios de siglo, ya no estaban condenados a perpetuarse en la precaria situación que conocieron sus padres. Todavía eran muchos los que siguieron declarándose jornaleros, pero habían aumentado en gran medida los que pudieron



convertirse en trabajadores cualificados e, incluso, en empleados del sector servicios. Una mejora en las perspectivas laborales que se manifestó con mayor rotundidad entre los trabajadores que eran hijos de cualificados o de empleados en 1905. Entre los primeros, la mayoría había seguido los pasos de sus padres o se habían convertido en empleados, mientras que entre los segundos la opción de los servicios era la más frecuente. Por tanto, si a principios de siglo las condiciones laborales de los trabajadores se habían degradado en comparación a la generación de sus progenitores, en menos de veinte años esa situación se había invertido y las negras perspectivas de futuro se habían esfumado, dando paso a la mejora y el crecimiento personal y profesional.

Además, en 1930 los hijos de todas las categorías profesionales accedían a una educación formal en mayor proporción y durante más tiempo. La tasa de actividad de la población activa había descendido: había menos miembros familiares que declararan un trabajo porque ya no era necesario que toda la familia trabajara para asegurar el sustento. Los salarios habían aumentado, pero sobre todo habían mejorado las condiciones laborales de los trabajadores. La formación de un rico tejido empresarial les había aportado estabilidad y seguridad. Cada vez eran más los que tenían un lugar fijo al que acudir, ya no eran “ambulantes”, ni sus contratos eran tan precarios y efímeros. Tenían asegurado trabajar durante más días, muchos durante todo el año, y por tanto ganaban más dinero. Por eso, ya no era una cuestión vital sacar al muchacho de la escuela para ponerlo a trabajar. Podía seguir con los estudios por más tiempo y, si era aplicado, podía formarse para un puesto mejor que el de su padre.

En esa mejora de los niveles de alfabetización y escolarización de la población del Ensanche Sur también jugó un importante papel la construcción de escuelas. Durante las décadas de 1910 y 1920 se abrieron grandes centros públicos de educación primaria y secundaria, a los que se añadieron numerosas academias y escuelas privadas repartidas por los diferentes barrios de la zona, que llevaron a cabo una importantísima tarea en la educación de la población infantil y adolescente, que dejó así de estar en la calle o en los talleres de la zona.

En este proceso, la consolidación del movimiento obrero, a través de los sindicatos y del partido socialista, desempeñó un papel fundamental en la mejora de las condiciones salariales y laborales de los trabajadores madrileños. La subida inflacionista de los precios, motivada por la Primera Guerra Mundial, afectó a cuestiones tan importantes como el pan, el combustible de carbón, el alquiler de las viviendas o los billetes del transporte público. La pérdida de poder adquisitivo de los salarios y las largas jornadas de trabajo lanzaron a buena parte de los trabajadores a una serie de oleadas huelguísticas con el respaldo de los sindicatos y de los socialistas, cuyos discursos y programas políticos recogieron la mayoría de sus reivindicaciones.

A la altura de los años treinta el Ensanche Sur se había despojado de su manto de miseria negra y se había convertido en una zona de clases medias modestas y de trabajadores manuales que vivían en una cierta comodidad. Un

cambio que se reflejó en el nuevo mapa de las profesiones de la ciudad. Si a principios de siglo era conocido como el barrio de los jornaleros, en 1930 el Ensanche Sur se había convertido en el barrio de los trabajadores cualificados y especializados, mientras que la presencia jornalera había descendido considerablemente. Además, ya no era una zona “vacía” de empleados, como sucedía en 1905, sino que presentaba alguna de las “bolsas” más importantes de la ciudad, fruto de la presencia de empresas de mediano y gran tamaño. Un notable cambio de rostro, tanto del tipo de población que formaban esos barrios como de sus condiciones de vida, ocurrido a la par con el del resto de la ciudad, que no fue correspondido por las imágenes y las representaciones que se fabricaron de la zona.

La construcción de un imaginario colectivo del Ensanche Sur no se produjo de un día para otro, sino que fue fruto de un cúmulo de factores, alguno de los cuales ya estaba presente desde la puesta en marcha del Ensanche en 1860. Los primeros vecinos y propietarios que se asentaron en sus terrenos emprendieron una serie de reivindicaciones con el fin de mejorar las condiciones de los terrenos. Como el proyecto de Castro se había aprobado, las afueras del sur se convirtieron, legalmente, en parte de la ciudad de Madrid. Un respaldo legal que se extendió a las casas del arrabal de las Peñuelas y sus alrededores bajo los gobiernos democráticos del Sexenio. En ese contexto los vecinos y propietarios apostaron por una estrategia con dos direcciones: por un lado, solicitar una justa equiparación en la dotación de servicios públicos con respecto a otros barrios de la ciudad; y, por otro lado, solicitar la instalación de equipamientos y establecimientos básicos para la ciudad, con el fin de lograr una revalorización de los terrenos de la zona. Si eran parte de Madrid, querían ser tratados como el resto, ni mejor ni peor, y eran conscientes que, para conseguirlo, la zona debía contar con algo que fuera necesario para el resto de la ciudad.

La respuesta del Ayuntamiento fue la simple ignorancia, las dilaciones en las respuestas oficiales y el rechazo de múltiples solicitudes y propuestas realizadas por los vecinos y propietarios. El abandono municipal agravó las condiciones de partida de unos terrenos que, ya de por sí, presentaban mayores dificultades y un valor más bajo en el mercado inmobiliario. Si una zona con un profundo desnivel y algunos barrancos empinados no era acondicionada debidamente y si, además, en ella se acumulaban numerosos talleres y fábricas que vertían residuos a unos terrenos sin ningún tipo de alcantarillado, resulta fácilmente comprensible su progresivo deterioro y degradación.

Los vecinos arreciaron en sus protestas, pero fue como clamar en el desierto debido a la legislación urbanística aprobada y a los mecanismos torticeros del sistema de financiación. Según había quedado establecido, los ingresos generados por las edificaciones de una zona únicamente podían invertirse en esa zona. El sistema no permitía ninguna concesión a un reparto equitativo, ni contemplaba ninguna medida que compensara la desigualdad. El Ayuntamiento no podía destinar ni el más mínimo céntimo de los ingresos generados por un barrio que ya tuviera instalado el alcantarillado, pavimentadas

sus calles y colocadas sus farolas en las aceras, a una zona que careciera de todos esos servicios. De esa forma, los barrios ricos se hicieron más ricos porque cada día estaban mejor acondicionados y porque en ellos se construían palacetes y casas de relumbrón. Los barrios peor dotados, como los del Ensanche Sur, se degradaron y se hicieron cada vez más pobres y miserables. En ellos sólo pudo surgir un caserío mezquino, de casas bajas y de mala calidad que generaban pocos dineros para las necesidades del barrio, pero que eran sumamente rentables para los propietarios que las construyeron por la suma de alquileres que obtenían mensualmente.

Este proceso desembocó en una segregación social y económica del espacio muy marcada a principios de siglo. El mapa de los alquileres dibujaba enormes desigualdades entre unas zonas y otras. El Ensanche Sur aparecía marcado por los trazos de los alquileres más bajos, aunque dentro de él también se apreciaban diferencias entre zonas como las cercanías de Atocha, mejor acondicionadas, y las Peñuelas o las Injurias, áreas de gran pobreza y marginalidad. El nivel de segregación había tocado un punto muy elevado en su desarrollo y la construcción social de una imagen se reveló como un factor a tener en cuenta en el desarrollo social y material de los diferentes barrios, así como en la configuración de unas señas de identidad para las personas. Los vecinos y propietarios que más habían batallado por la mejora de sus barrios también lucharon contra esa imagen de pobreza y miseria generalizada porque ellos no eran pobres. Una pugna inútil y perdida, porque no lograron cambiar la marginación que sufría la zona y tampoco cambiaron ni un ápice la pésima imagen que se ofrecía del barrio y de sus habitantes. A finales del siglo XIX y principios del XX, por unos motivos u otros, esa especie de élite local abandonó la zona.

El Ensanche Sur se había convertido definitivamente en un barrio peligroso a ojos de la sociedad. Más aún, era un barrio malo, lleno de gente del mal vivir. La prensa se hacía eco de todo tipo de noticias que alimentaban e infundían ese temor colectivo por una zona de la ciudad: peleas, trifulcas, asesinatos en mitad de la calle y a plena luz del día, raptos de niñas para abusar de ellas, etc. Se llegó incluso a incitar el pánico social a través de hechos infundados que habían tenido lugar en otras zonas, como la Puerta del Sol, que eran achacados a esta zona por medio de insidiosas sospechas. Desde la prensa y la literatura se creó una especie de submundo que simbolizaba todo lo malo de la sociedad y donde la palabra “negro” era la que mejor definía tanto al espacio como a sus habitantes. De allí partían los grandes males que azotaban a la ciudad, desde los crímenes más horribles a las enfermedades más contagiosas y mortíferas. Unas epidemias que causaban gran alarma, por un lado, y olas de solidaridad por otro. Una piedad social que se olvidaba al instante, en cuanto la epidemia era contenida y que disimulaba el fracaso del sistema de la Restauración ante el verdadero problema de fondo: la desigualdad social de las personas y la desigualdad de trato por parte de las autoridades. Frente a esa discriminación, los vecinos protagonizaron múltiples muestras de apoyo y solidaridad mutua entre ellos, tanto en los momentos de crisis generales, como en

coyunturas difíciles de una familia en la miseria. Ejemplos de que no eran personas malas por naturaleza, ni asesinas, ni depravadas, solamente más pobres.

Esta imagen tan negativa se prolongó durante el primer tercio del siglo XX, pero con una vertiente más grave si cabe, dada su distancia frente a la nueva realidad del Ensanche Sur a partir de la Primera Guerra Mundial. La imagen que se difundió hasta los años treinta no atendió a la profunda transformación urbanística y social de la zona. Durante ese tiempo se sucedieron numerosos reportajes sobre traperos, gitanos y mendigos, que fueron expuestos como fiel representación de la población de aquellos barrios. Retratos que fueron aderezados por la difusión asesinatos cruentos y acciones de bandas criminales, que presentaban al Ensanche Sur como su reino particular, como la jurisdicción donde sus palabras eran la ley porque era la tierra de los malhechores. Los reportajes estaban firmados por periodistas disfrazados que iban a buscar expresamente a un mendigo, o una cueva de gente sin hogar, para trazar un retrato siniestro y sensacionalista. Mendigos y refugios que también eran hallados en otras partes de la ciudad, incluso en las más modernas, y que, sin embargo, no eran empleados para denigrar ni al barrio ni a sus habitantes.

Incluso desde el delito se podía apreciar que el Ensanche Sur había cambiado. Durante el siglo XIX, cuando la zona se degradó hasta el extremo, se publicaron delitos de todo tipo, pero ninguno referido a delitos contra la propiedad. Los robos fueron un fenómeno nuevo, del siglo XX, en el Ensanche Sur. Robos a viviendas, a propiedades y negocios, que daban cuenta de un mayor desarrollo económico, de un mejor nivel de vida de sus habitantes. El robo era la prueba de que en la zona había brotado una cierta prosperidad, asociada a la aparición de un rico tejido industrial y empresarial, que allí vivían familias que disfrutaban de bienestar, de patrimonio y riqueza que podía suponer un suculento botín para los ladrones.

A pesar de los tintes negros que seguían vertiéndose desde la prensa, el Ensanche Sur de 1930 no era un submundo apartado y negro que nada tuviera que ver con el resto de la ciudad, con el moderno Madrid. Para entonces, tanto su espacio como su población también participaban de esa modernización y de los muchos fenómenos contradictorios asociados a ese proceso de cambio en la vida urbana de entreguerras. Fenómenos opuestos como la pasión por los automóviles y la ira desatada contra los tranvías; o el culto al ferrocarril, como fuente de riqueza, de empleo y prosperidad, y su utilización, por parte de algunas personas, como lugar de muerte y contrabando. Fenómenos que mostraban las múltiples caras del complejo proceso de modernización de Madrid, en cuyo recorrido resultó clave el papel del Ensanche Sur, como espacio, y de sus habitantes, como individuos protagonistas de la realidad histórica. Una realidad que siguió pintada de trazos negros, tras los cuales se encubría el perfil de una ciudad que en apenas treinta años había dado pasos firmes para convertirse en una moderna metrópoli europea. Su acelerado proceso de cambio espacial, económico, social, cultural y político, de la mano del desarrollo del capitalismo y del nacimiento y consolidación de la sociedad de masas, quedó abruptamente interrumpido por el

estallido de la Guerra Civil y una dictadura franquista que supuso un retroceso histórico por su aversión a todo lo que significó la Modernidad. Una Modernidad que halló en Madrid y en sus barrios la mejor expresión del cambio que España experimentó durante el primer tercio del siglo XX.

## ENGLISH VERSION

Madrid-Cosmopolis was the brilliant title that capital's centre was given by a journal in 1929. In the illustrated report appeared magnificent buildings, huge malls, cinemas, theatres, traffic warden and traffic lights in the middle of a crowd of vehicles and streetcars. The pavement appeared full of people attracted for shop windows and light adverts. The photographs were taken from a plane that flew over the Telefonica skyscraper and *Gran Via*, a street that resembled an American one. The plane also discovered football fields with lots of spectators, giant train stations, modernist buildings in the main streets and the first sketches of the University City. It was the aerial album of a contemporary metropolis that had important deficits, but it also had achievements of an undeniable modernization. It was a completely different images comparison to the previous century city, when its streets were narrow, dirty and dark. This change did not happen suddenly. The process started in the mid-nineteenth century, when the old city model was over and was necessary to plan a future project for the city and its inhabitants.

Along the first half of 19<sup>th</sup> century, the growth of the city was causing serious problems because of the shortage of buildings and its bad hygienic conditions. Demolitions of churches and convents during the first national confiscation were not a general refurbish plan, were not a measure to solve the big problems. Authorities did not realize that the city model did not work anymore. They only pointed to the immigrants and poor people as the responsible of the situation. It was the image of a city that lived back to the first contemporary transformations.

1850 decade was the beginning of a change. The railway, the *Canal de Isabell II* and the *Puerta del Sol's* refurbishment took place in a short period of time. Those important projects created thousands of jobs. Besides, it started to come more rural immigrants. That double coincidence let an important population growth, but it collapsed the tight city limits.

Outsides of the city, short houses were being built and they formed little poor areas. South of the city Peñuela's poor area appeared, built by a small

owners' group. These poor areas were the spontaneous solution to the serious problem of housing inside the city. Government decided to act and approved a project to expand the city, signed by Carlos María de Castro. The new design established a different development among the areas in base of land quality. This project had to fight to City Council and owners opposition.

Triumph of 1868 revolution managed the definitive city Expansion out its borders. New City Council demolished the walls and supported to the owners against Castro. In addition, it gave to the owners freedom to build without too many restrictions. Finally, it was imposed a funding system which gave more money to the richest areas and less to the poorest. In that way, Madrid achieved to expand itself, although making the same problems as before. South Urban Expansion Area was the better proof of it. Its streets were in poor conditions, they lacked sewers and the houses were unhealthy and poor quality.

At the beginning of 20<sup>th</sup> century these problems were expanded to other areas. Madrid had become a big city and its urbanity expansion reached new places. Land speculation became Urban Expansion Area in an expensive district in comparison to outskirts. Building construction was spontaneous, fast and really cheap, specially for people that could not pay the risen rents of the centre. However, houses were terribly unhealthy. Except cases, as *Ciudad Lineal*, the city grew without a project that could control its expansion. None of the presented urbanistic plan managed to be approve. Madrid reached a million of habitants without a clear city model.

Only partial urbanistic plans, that affected a small part of the city, were performed. In the early 20<sup>th</sup> century, *Gran Via* construction was the more representative of all of them. Street and buildings profile, and how they were employed, were a symbol of city modernization. A change that even had consequences in more spoilt areas. Most of the streets in South Urban Expansion Area and houses improved their quality. Rents on the houses got expensive and lots of families had to go away to marginal suburbs. Urban Expansion Area could not provide cheap and healthy housing to humble and needy families. Its greatest goal was to encourage the growth of the city. It was a project that opened one-time changes, where thousands of people settled and staged a change of the city.

If during the first half of the nineteenth century the population grew slightly, in second half was over half a million inhabitants. In 1930, they were almost a million people. A high population growth by immigration flows. Since 1850, these flows were more intense. Difficult conditions in rural areas, new works in the city demanding labor and the renewed role of Madrid as the Spanish liberal state capital, were main reasons for population growth. Madrid was the great city of immigrants: if in 1878 had the largest proportion of immigrants among the major Spanish cities, in 1930 was the main destination for them from all provinces, except Levant area.

South Urban Expansion Area went from being a small suburb to form extensive neighborhoods of nearly 80.000 people and a dense network of businesses, factories, workshops, warehouses and railways. The origins of the growing immigrant population became more diverse. In second half of the nineteenth century most of immigrants came from Castilla La Mancha, Madrid and the northern region of Asturias. At the beginning of the twentieth century immigrants started to come from new places, as for example from the provinces of the Meseta Norte, Andalusia and Extremadura, while those from southern Levant and Cantabrian area, decreased. Moreover, inequalities in the settlement of immigrant population between different areas of the city disappeared. It was the result of further integration of Urban Expansion Area to the whole city. This process was reaffirmed in the South Extension, with the increase in the proportion of people born in Madrid.

Family relationships and common origin networks were the most widespread access to the city and helped to immigrants to feel integrated. It was a very visible phenomenon during the early years of the South Expansion Area's development, when the population was still low, came from a few provinces and was largely rural. It was logical to turn to all their relatives, who lived near each other. They came to form authentic hives countrymen in the same building.

The use of family members and countrymen lived on migration flows at the twentieth century, but in the case of second ones became more diffuse. South Expansion's population reached an unmanageable volume, accurately detect such networks. Peasantry networks that were diluted in the mass, but they were also losing some of its strength with changes in Spanish society. The urbanization process was slow in comparison to other advanced countries, but it created an urban network denser and more connected every year. Therefore, it was a population with more travelling experience, but they were also people who did not maintain the close friendship, because they had moved more than their ancestors. They had traveled to more places and had known more people. Fewer people married or lived with men or women from the same province. They were people who no longer need help to join Madrid and get a job. A personal and professional integration also depended on the social origins of the person and the economic development of their place of birth. Those who came from a more urbanized area with a strong industrial sector, such as Catalonia, usually came with a literacy level above the average and better professional qualifications.

These differences were also seen in terms of residential mobility rate inside the city. Those who came from urban places, and were employees of services, lived anywhere in the city, because they had a wealth of possibilities to choose their residence. In contrast, manual workers, both skilled and unskilled, restricted their movements to the South Urban Expansion and the Suburbs. This residential mobility was also altered before the thirties. Population growth, urban expansion to exceed municipal limits, inflation in rents after the First World War and the brilliant revolution in urban transportation, led to a sharp decline in residential mobility of families. Many people walked to their workplace, as their

parents and grandparents. But if they changed the workplace and was farther back, they did not need to move into a closer place anymore. The streetcar or subway could reduce the travelling time. Furthermore, when families moved from a South Expansion home, they generally preferred to stay in one of its neighbourhoods, especially manual workers, because they had greater opportunities to find work there. Concentric mobility also began to emerge between service employees.

Migration flows had a huge impact in the labour market and economic model of Madrid, as shown by people of South Expansion Area. Until the beginning of the *Restauración*, the differences between the occupational categories of born in Madrid (more skilled workers) and immigrants (more unskilled and maids) were very important. The analysis immigrants' occupations, depending on their years of stay in the city, shows big difficulties of integration: those who had stayed only a few months were below the average unskilled workers, while after five years they exceeded the average. The labor market offered no opportunities to improve his career to the rural workforce. Their knowledge was completely useless for a job like the public administration, the emerging hub of communications and transport, construction, domestic service or network of small workshop. But it was also a labor market that was undergoing a great transformation.

Second half of the nineteenth century saw the destruction of the old professional structure of guilds. Between 1860 and 1905, the labor market was invaded by unskilled workers. Their growth rates were significant among immigrants and spectacular among born in Madrid. They were unskilled workers, without specific expertise, whose primary feature was their enormous instability: getting no much money and only if they worked that day. His contracts were entirely temporary, and most did not indicate a particular workplace, or if they did, it was "variable" or "travelling".

Its importance in the labor market answered to the nature of productive sectors of Madrid's economy in this period. The construction was the first one. There were new streets, building apartment blocks, public buildings, churches, factories and schools, which gave work to lots of laborers and temporary workers, charged with the tasks of physical force, demolition, hauling debris, for loads of bricks, cement bags and wooden beams. For that they did not need to know any trade, they just had to have strong arms and legs. The railway was another important sector of Madrid's economy in the second half of the nineteenth century. It took many hands to build the new stations, repair shops, warehouses for packing, freight depots, etc. Both the construction and the railroad used this workmanship for its low cost and thus promoted their growth.

The destruction of old Madrid professional structure was also caused by the corrosion of skilled workers and disappearance of the old craft. Its numerical reduction was very pronounced, especially among workers born in Madrid, who saw how their previous distinction against immigrants was blurred. The leather



and textile industry, traditionally associated with the old guilds, showed a quick decline, while the construction sector, helped by the urban expansion, stood at top in terms of workers. Finally, the stagnation in metallurgy, the types of trades which it was composed, and the number and size of the workshops, meant the absence of a traditional manufacturing economy, in the style of some English cities or Barcelona and Bilbao.

Skilled workers experienced a general deterioration in their employment. Most of them suffered a progressive loss in productive autonomy. Gradually, they lost the opportunity to open their own workshop, or keep that one they had or had inherited from their parents. There was not an overnight change. There were examples of all kinds, including cases of workers hired by the railway that still kept their shop open.

In the early twentieth, pyramid guild (master, journeyman and apprentice) was completely undone. Skilled workers had a salary and house rent higher, and suffered less overcrowding in their homes, but their conditions got worse when they did not indicate a given workplace. In these cases, their wages were cut out and approached the levels of unskilled workers. This situation was much more prevalent in late nineteenth century than twenty years ago. The degradation of skilled workers affected their children. It was more difficult have the same profession of their parents.

On the other hand, the labor market in Madrid was significantly stable for some people during the second half of the nineteenth century. Workers and employees in service sector had a strong dependence of Public Administration. In South Expansion Area, employees grew in the municipal public sector, while the private sector hardly grew and was sustained by the railroad companies and a few of grocery stores.

Women mainly participated in two working sectors. On the one hand, domestic service, external in South Urban Expansion Area. Most of the maids and servants were wives, daughters, mothers or women lodgers of unskilled workers (and in 1905 also skilled workers), working in houses of small traders and employees of the Administration or the railroad. On the second hand, women worked as skilled workers, as seamstresses and cigarette workers.

In the early twentieth century, the labor market in Madrid also showed signs of an improvement. The crisis of guilds also allowed entrepreneurs to be succeeded. When guilds disappeared, there were more possibilities to open successful business. In addition, Madrid was the market with the largest number of domestic consumers and the greatest capacity to spend because of the presence of the Government, the Court and a large number of families of the upper classes of society. Thus, a carpenter from suburbs as Camilo Laorga had a successful career that is unlikely to have occurred in another city, with social relationships ranging from courtiers of Elizabeth II, progressive politicians and neighbours and anonymous owners of a slum. Madrid was also a good environment for the

implementation of new sectors of production. Some traders and skilled workers showed great flexibility and adaptability. For example, they stopped the manufacture of horse carriages to make modern motor cars. A jump like that required initiative, experience in business management and business contacts, but also a good social and economic environment, as it was Madrid in the early twentieth century.

It was not necessary to be an intrepid spirit to escape misery, it was enough to master the secrets of a profession which was in great demand in the city's economic model, or just did many people not know. The finest specialists in construction and metallurgy sectors escaped from general decline of skilled workers, due to their high salaries. Their knowledge was highly valued because there were few. In addition, metallurgy and energy were another indication of change in Madrid, due to the strong presence that began to take between recent immigrants and the importance of huge rail complex in *Atocha*, *Delicias* and *Príncipe Pio*.

Madrid's economic development during the first decades of the twentieth century crystallized around 1930, in a complex diversity. Madrid model did not depend on a single production sector, as in many other cities. In Madrid came together sectors as diverse as construction, public administration, luxury shops and neighbourhood stores, the publishing industry, railways, finance, business and small and medium private workshops. All of them focused on the basis of two driving forces in Madrid, as one of the most important and dynamic economic centre of the country: on the one hand, the management and direction of Spanish economic development; on the other hand, the emergence of a complementary to the traditional industrialization.

South Expansion Area was essential in this process due to the economic functionality of its space. It was the area chosen for location of businesses and factories that were born by the second industrial revolution. New productive sectors such as electricity, new metallurgy, communications and electrical manufacturing, etc., opened a new way to Madrid's economy. The introduction of new energy sources and the creation or arrival of big companies drew a new landscape in the labor market in Madrid.

The world of manual workers experienced a great transformation. Construction sector experienced an apparent contradiction between the growing number of jobs and the relative loss of weight by number of employees. In Madrid, as in other big cities during the interwar period, this economic sector enjoyed a flourishing renaissance, thanks to demographic boom that required thousands of new houses, a policy of public works for the improvement and expansion of infrastructure and services (pipe, sewer, electrical lighting, road paving, etc.), development of new public transport (streetcar and subway) and spectacular projects, such as *Gran Vía*. A mountain of jobs was not reflected in more masons and carpenters in the occupational structure, but quite the contrary, the relative decline of such workers, as happened with the unskilled workers.

Unskilled workers were much less than in the previous period. The development of a non-traditional industrial model, linked to the economies of scale within an internationally advanced capitalism was unsustainable with an abundant unskilled labor as in the late nineteenth century. In other cities the formation of areas with strong industrial concentration had promoted the existence of skilled workers and that was what happened in South Expansion Area, the industrial district of Spanish capital. The percentage of unskilled workers in the professional structure was drastically reduced. In addition, those who were employed increased by businesses or workshops, in detriment of the workers who did not declare any work place or it was “variable” or “unknown”.

The gap left by the unskilled workers was occupied, in part, by a new type of skilled workers. Textile and leather industries had collapsed, while energy and metallurgy experienced a spectacular rise with new offices: machinists, electricians, turners, millers and mechanics in general. A workforce that indicated a stable workplace: the railway, big business or small and medium private workshops.

Changes among manual workers had an impact on the differences and similarities between the professional status of skilled and unskilled workers. Among skilled workers seemed to extend the feeling of having lost all their former distinction from unskilled for various reasons: progressive loss of independence in production process, degradation or disappearance of many trades, or extension of mechanized work “made by anyone”, against the traditional expertise of trained hands in a caring profession for generations. In 1930 the average wage differences between both groups had slightly declined, but that was only part of reality. The process of economic modernization was achieved not only the expectations for improvement and wage growth among workers were better qualified than among the unskilled, but they were much better than at the beginning of *Restauración*. In 1930, the wage of a bricklayer or a mechanic grew much more than the wage of a pawn, but also increased faster than in 1878.

The emergence of big business and the presence of economies of scale in the local context had deep consequences for the conditions of workers and for the modernization of the productive structures of the city. First of all, new techniques of work organization, as Taylor system and the specialization of production stages, were imported. The sexual division of work discriminated against women, but also multiplied their opportunities to work on something different from sewing or cigarettes. Secondly, workers in big companies were better paid and enjoyed series of employee benefits completely unknown to the rest of manual workers.

Economies of scale appeared in Madrid through various subsidiaries and sales agencies in charge of conquering the local market. A dazzling phenomenon from the end of First World War, which generated new and many jobs, but also severed the development of local companies that had managed to adapt and were

participating, in a modest way, in new sectors such as cars. But for others, the emergence of big business and economies of scale prompted the renewal of their production structures. In the South Expansion Area remained a dense network of small workshops, as well as in the rest of the city, but they were engaged in mechanical repair or sale of electrical equipment.

Modern professional services were one of the main engines of Madrid's economy. Development of capitalism and the establishment activity of new sectors following the second industrial revolution, demanded high levels of management and investment that exceeded the capabilities of any family business. The landing of large enterprises had consequences not only among manual workers, but also in the service sector, which made Madrid the great employees' city.

The strength of employees was based on the emergence of a modern private sector, led by the railway companies, the country's largest private companies and pioneers in modernization of management model in big business. Theirs employee templates were structured by strict internal regulations, with a number of workers and salary fixed for each professional category. In addition, promoting depended on seniority within the company, but also on social origins and how they have started at the company. The railway companies were the ultimate expression of a type of policy which joined employee to company forever. There was a willingness to hire employees' relatives, with the aim of creating family dynasties linked to the company. Regulation of promotion was completed with a really complete program of "industrial welfare". They organized special activities outside working hours, to create a corporate spirit through sports, excursions or theatrical performances. This new business management system spread to other sectors, such as private business firms, insurance companies or private banks, whose number and weight in the course of Madrid and Spanish economy increased in general.

The expansion of services during the twenties allowed women to join more intensely and visibly to the labor market. In the private sector, women worked as secretaries and typists at offices, while in the public sector worked in the fields of education (teachers) and health (nurses). As with the manual workers, the incorporation was made on the basis of sex discrimination dispute. In 1930 there were still many professions closed to them.

Trade was one of the sectors that slowly opened to female participation. From the second decade of the twentieth century, trade experienced a profound renewal. The emergence of new outlets such as department stores was very important for the modernization of trade in Madrid and modification of the old industrial relations between employer and employees in the stores settled in the neighbourhoods. Theses stores had implemented new strategies to sell and promote their products, which required as complex administration as any other private company. Shop assistants, child or teenagers living in the store like a servant, gave way to store clerks with very different profiles: adult, with own

family and home and a similar salary to other employees of public administration or private sector. The whole city and particularly the South Extension were experienced the improvements of being a store clerk. Before, it was an example of job destruction and degradation qualified professional. Now, it had become an area of great opportunity, thanks to its rich business community.

Generational analysis between 1878 and 1905 could not point worse prospects. In the early twentieth century, workers who were born at the beginning of the *Restauracion* as children of unskilled workers had also become in unskilled and suffered all the insecurity and misery associated with this professional category. It had been nearly thirty years without escaping from the same precarious situation that their parents had experienced. Thirty years later and everything was the same or worse, in spite of living in the capital. They were not the only ones. Those born as children of skilled workers were unable to keep that status and fell degraded to unskilled position. The same situation happened to a significant proportion of workers born as children of employees. South Expansion Area became, then, in the “city of unskilled”. As a result of urban expansion, there was a progressive distinction of space by the concentration of a particular trade in one or other area of the city. Segregation depended on the different role of neighbourhoods in the city’s economic performance and urban and social features of each of them. In 1900, the map of occupations showed the neighbourhoods of South Expansion as “the land of unskilled workers”, while employees were mainly found in the central districts of the city and best areas of the East and North Expansion.

Economic development changed the situation during the first third of the twentieth century. Workers who were born into families of labourers at the beginning of the century, were no doomed to perpetuate themselves in their parents’ precarious position anymore. The number of them that could become skilled worker and even employee in service sector had increased significantly. A further improvement was noted among workers who were children of skilled or of employees in 1905. Most of the first ones had followed their parents’ career or had become employees. The second ones chose the option of services as most frequent one. Therefore, if at the beginning of the century working conditions were degraded compared to their parents’ generation, twenty years later the situation was reversed and the bleak outlook for the future had vanished.

In addition, in 1930 greater number of children of all professional categories had access to longer formal education. The activity rate of the workforce had fallen. There were fewer family members declaring a job because it was not necessary that the whole family working to ensure a livelihood. Wages had increased and mostly working conditions had improved. The formation of a rich business community had brought stability and security. They had secured work for more days and, therefore, made more money. So, it was not a vital issue vital to remove children from school to get to work anymore. Children could go to school longer and, if the boy was applied, could be formed for a better job than his father. The construction of schools had an important role in improvement of

literacy and education levels of population. During the decades of 1910 and 1920 a wealth of public primary and secondary schools were opened in South Expansion Area. Besides, there were many academies and private schools, spread over various districts in the area.

Trade unions and the socialist party played also an important role to improve wages and working conditions in Madrid. The inflation, caused by the First World War, involved important products such as bread, coal and rental housing or public transport tickets. The loss of purchasing power of wages, and long working hours, led to strikes and riots, which had unions and socialists' support.

In the thirties, South Expansion Area had shed its cloak of black misery and had become in a modest middle class and manual workers living in some comfort. The change was reflected in the new professions' map of the city. South Expansion was known as "unskilled neighbourhood" at the beginning of the century. In 1930, it had become in "skilled neighbourhood". In addition, it was not a zone "empty" of employees as in 1905 anymore. It had many of them due to the presence of big and medium enterprises. However, images and representations, made by press, did not match to real situation.

The construction of a collective imagine of South Expansion Area did not happen suddenly. It was the result of several factors, some of which was already present since 1860. The first residents and owners began to demand in order to improve land conditions. The Southern outskirts were legally part of Madrid and the suburb of *Peñuelas* got a legal support under the democratic governments during the *Sexenio*. In this context, residents and owners opted for two directional strategies: first, they requested a fair deal in provision of public services in comparison to other suburbs and, secondly, they requested the installation of basic equipment for the city, in order to achieve a revaluation of the land in the area. If they were part of Madrid, they wanted to be treated equally, no better or worse, and if they wanted to achieve it, the area should have something necessary for the rest of the city.

City Council's answer was simply ignorance, delays in responses and rejection of many applications and proposals made by inhabitants and owners. The protests of the residents were useless. The laws did not allow a fair incomes distribution among districts. Thus, the rich suburbs got richer because day by day they were better prepared and because they were built mansions and flashy houses. The poor suburbs, such as South Expansion Area, got poorer. Over there only could emerge a petty housing, which generated little money for the neighbourhood's needs, but was highly profitable for the owners who built it to obtain the rents monthly.

This process created a very strong social and economic segregation of space at beginning of the century. South Expansion Area appeared marked by lower rents, although best conditioned areas, such as those surrounding *Atocha*,

stood out in comparison to poor and marginal suburbs, like *Peñuelas* or *Injurias*. Segregation had reached a very high level. Social image was an important factor in terms of social and material development of every suburb and person. Residents and owners also fought against that image of poverty and general misery, because not all of them were poor. A useless struggle because they failed to change the situation or the bad image. In the late nineteenth and early twentieth centuries, for some reason or other, that kind of local elite left the area.

South Expansion Area definitely became a dangerous suburb for the rest of society. Furthermore, it was a bad suburb full of wicked people. Press published all kind of news that instilled fear: fights, brawls, murder in the middle of the street in daylight, kidnapping of children to abuse them, etc. Press and literature created a sort of underworld that symbolized all the evil in society and where the word “black” was the best definition of space and its inhabitants. There arose the great evils, the most horrible crimes, the most contagious and deadly diseases. Against such discrimination, residents staged many demonstrations of support and mutual solidarity between them, both in times of general crisis and in difficult situations for a family in poverty. Thus, they wanted to show they were not inherently bad people, or murderers, or depraved, only poor people.

This so negative image lasted during the first third of the twentieth century, but it did not correspond to the deep social and urban transformation of the area. It was published many articles about rag pickers, gypsies and beggars, who were exposed as a faithful representation of the population in this suburb. Stories were illustrated with pictures of bloody killings and actions of criminal gangs. South Expansion Area appeared portrayed as a criminals and evildoers’ realm. The reports were signed by journalists wearing costumes. They were specifically looking for a beggar, or a rip-off joint, to draw a sinister and sensational article. Beggars and shelters were also found in other parts of the city, even in the most modern ones. However, they were not used to denigrate those neighbourhoods or their inhabitants.

Even from crime could be seen that South Expansion Area had changed. During the nineteenth century crimes of all kinds were published, but none referred to crimes against properties. Robbery was a new phenomenon for South Extension Area: burglary in homes, thefts in properties and in businesses, etc. Robbery was evidence of some property, linked to the emergence of a rich industrial and business. Robbery was evidence of there were families enjoyed being, equity and wealth.

Despite the black stains were still pouring from media, South Expansion was not a black underworld disconnected from the rest of the modern Madrid in 1930. Both its space and its population participated in modernization and in many contradictory phenomena of this process of change in urban life between wars. Some phenomena, like the passion for cars and rages against the streetcars, or the cult of the railway, as a source of wealth, employment and prosperity, and

its use, by some people, as a place of death and smuggling, showed many sides of complex modernization of Madrid and its South Expansion Area. This modernity found in Madrid and in their neighbourhoods the best expression of the change in Spain during the first third of the twentieth century.



**- APÉNDICES -**

<b>LUGARES DE ORIGEN DE LA POBLACIÓN DEL ENSANCHE SUR</b>								
<b>Total</b>								
<b>Regiones de procedencia</b>	<b>1860</b>		<b>1878</b>		<b>1905</b>		<b>1930</b>	
	<b>Número</b>	<b>%</b>	<b>Número</b>	<b>%</b>	<b>Número</b>	<b>%</b>	<b>Número</b>	<b>%</b>
1. Madrid (ciudad)	1.265	34,18	5.767	36,73	13.659	44,99	33.557	43,29
2. Madrid (región)	270	7,295	1.087	6,92	2.212	7,29	5.162	6,66
3. Provincias limítrofes	574	15,51	3.330	21,21	5.497	18,11	12.854	16,58
4. Resto de España	1.492	40,31	5.351	34,08	8.740	28,79	25.290	32,63
5. Extranjero	56	1,513	127	0,81	203	0,67	591	0,76
6. Dudoso/Desconocido	44	1,189	39	0,25	47	0,15	57	0,07
<b>Total</b>	<b>3.701</b>	<b>100</b>	<b>15.701</b>	<b>100</b>	<b>30.358</b>	<b>100,00</b>	<b>77.511</b>	<b>100,00</b>
<b>Hombres</b>								
<b>Regiones de procedencia</b>	<b>1860</b>		<b>1878</b>		<b>1905</b>		<b>1930</b>	
	<b>Número</b>	<b>%</b>	<b>Número</b>	<b>%</b>	<b>Número</b>	<b>%</b>	<b>Número</b>	<b>%</b>
1. Madrid (ciudad)	659	34,54	2.915	37,43	7.027	46,40	16.613	44,13
2. Madrid (región)	133	6,97	510	6,55	1.066	7,04	2.465	6,55
3. Provincias limítrofes	278	14,57	1.552	19,93	2.635	17,40	6.132	16,29
4. Resto de España	777	40,72	2.714	34,85	4.286	28,30	12.102	32,14
5. Extranjero	35	1,83	78	1,00	104	0,69	314	0,83
6. Dudoso/Desconocido	26	1,36	19	0,24	27	0,18	23	0,06
<b>Total</b>	<b>1.908</b>	<b>100,00</b>	<b>7.788</b>	<b>100,00</b>	<b>15.145</b>	<b>100,00</b>	<b>37.649</b>	<b>100,00</b>
<b>Mujeres</b>								
<b>Regiones de procedencia</b>	<b>1860</b>		<b>1878</b>		<b>1905</b>		<b>1930</b>	
	<b>Número</b>	<b>%</b>	<b>Número</b>	<b>%</b>	<b>Número</b>	<b>%</b>	<b>Número</b>	<b>%</b>
1. Madrid (ciudad)	606	33,80	2.852	36,04	6.632	43,60	16.944	42,51
2. Madrid (región)	137	7,64	577	7,29	1.146	7,53	2.697	6,77
3. Provincias limítrofes	296	16,51	1.778	22,47	2.862	18,82	6.722	16,86
4. Resto de España	715	39,88	2.637	33,32	4.454	29,28	13.188	33,08
5. Extranjero	21	1,17	49	0,62	99	0,65	277	0,69
6. Dudoso/Desconocido	18	1,00	20	0,25	17	0,11	34	0,09
<b>Total</b>	<b>1.793</b>	<b>100,00</b>	<b>7.913</b>	<b>100,00</b>	<b>15.210</b>	<b>100,00</b>	<b>39.862</b>	<b>100,00</b>

Población inmigrante española del Ensanche Sur								
Por orden alfabético	1930		1905		1878		1860	
Total	43.305	100,00	16.449	100,00	9.768	100,00	2.336	100,00
Álava	145	0,33	50	0,30	37	0,38	0	0,00
Albacete	931	2,12	415	2,49	434	4,44	60	2,57
Alicante	518	1,18	264	1,58	477	4,88	408	17,47
Almería	334	0,76	46	0,28	18	0,18	1	0,04
Asturias	979	2,23	620	3,71	420	4,30	113	4,84
Ávila	1.821	4,14	573	3,43	79	0,81	22	0,94
Badajoz	952	2,17	135	0,81	41	0,42	9	0,39
Baleares	46	0,10	16	0,10	6	0,06	0	0,00
Barcelona	423	0,96	100	0,60	44	0,45	15	0,64
Burgos	1.012	2,30	397	2,38	249	2,55	21	0,90
Cáceres	1.561	3,55	246	1,47	64	0,66	14	0,60
Cádiz	307	0,70	81	0,49	34	0,35	9	0,39
Canarias	29	0,07	5	0,03	0	0,00	0	0,00
Cantabria	566	1,29	214	1,28	144	1,47	24	1,03
Castellón	52	0,12	31	0,19	53	0,54	18	0,77
Ceuta y Melilla	99	0,22	7	0,04	2	0,02	0	0,00
Ciudad Real	2.512	5,72	737	4,41	559	5,72	134	5,74
Córdoba	590	1,34	115	0,69	40	0,41	11	0,47
Coruña	234	0,53	116	0,69	118	1,21	27	1,16
Cuenca	1.574	3,58	809	4,84	486	4,98	105	4,49
Gerona	32	0,07	10	0,06	16	0,16	2	0,09
Granada	655	1,49	143	0,86	69	0,71	23	0,98
Guadalajara	3.149	7,16	1.589	9,52	691	7,07	91	3,90
Guipúzcoa	224	0,51	63	0,38	29	0,30	7	0,30
Huelva	187	0,43	262	1,57	8	0,08	1	0,04
Huesca	134	0,30	38	0,23	35	0,36	3	0,13
Jaén	1.800	4,10	233	1,40	47	0,48	4	0,17
León	621	1,41	302	1,81	168	1,72	27	1,16
Lérida	56	0,13	18	0,11	5	0,05	1	0,04
Lugo	577	1,31	557	3,34	377	3,86	113	4,84
Madrid	5.162	11,74	2.212	13,25	1.087	11,13	270	11,56
Málaga	496	1,13	72	0,43	40	0,41	18	0,77
Murcia	1.254	2,85	309	1,85	241	2,47	106	4,54
Navarra	316	0,72	83	0,50	57	0,58	4	0,17
Orense	113	0,26	70	0,42	34	0,35	5	0,21
Palencia	536	1,22	195	1,17	105	1,07	14	0,60
Pontevedra	145	0,33	34	0,20	23	0,24	1	0,04
Rioja	299	0,68	114	0,68	97	0,99	17	0,73
Salamanca	1.091	2,48	337	2,02	93	0,95	17	0,73
Segovia	1.661	3,78	635	3,80	220	2,25	56	2,40
Sevilla	549	1,25	161	0,96	48	0,49	24	1,03
Soria	1.016	2,31	616	3,69	168	1,72	12	0,51
Tarragona	66	0,15	39	0,23	19	0,19	5	0,21
Tenerife	14	0,03	1	0,01	0	0,00	0	0,00
Teruel	138	0,31	81	0,49	68	0,70	7	0,30

Toledo	4.649	10,58	1.891	11,32	1.854	18,98	300	12,84
Valencia	395	0,90	211	1,26	256	2,62	93	3,98
Valladolid	1.423	3,24	584	3,50	315	3,22	53	2,27
Vizcaya	349	0,79	69	0,41	24	0,25	11	0,47
Zamora	596	1,36	234	1,40	103	1,05	19	0,81
Zaragoza	917	2,09	309	1,85	166	1,70	41	1,76

ESTRUCTURA SOCIOPROFESIONAL DEL ENSANCHE SUR (1860)						
Población mayor de 12 años						
Categoría profesional	Hombres		Mujeres		Total	
	Número	%	Número	%	Número	%
Propietarios y rentistas	16	1,16	4	0,95	20	1,11
Profesiones liberales / Titulados	17	1,23	0	0,00	17	0,94
Industriales	0	0,00	0	0,00	0	0,00
Iglesia / Militares	4	0,29	0	0,00	4	0,22
Servicios y empleados	107	7,75	10	2,38	117	6,50
Pequeño comercio y autónomos	52	3,77	30	7,14	82	4,56
Trabajadores cualificados y artesanos	408	29,57	202	48,10	610	33,89
Trabajadores agropecuarios	31	2,25	1	0,24	32	1,78
Trabajadores no cualificados	582	42,17	35	8,33	617	34,28
Servicio doméstico	34	2,46	138	32,86	172	9,56
Sin determinar	129	9,35	0	0,00	129	7,17
<b>Total trabajadores declarados</b>	<b>1.380</b>	<b>98,57</b>	<b>420</b>	<b>31,89</b>	<b>1.800</b>	<b>66,25</b>
Sus labores	0	0,00	896	68,03	896	32,98
Sin oficio	19	1,36	0	0,00	19	0,70
Pensionistas, jubilados y retirados	1	0,07	1	0,08	2	0,07
<b>Total</b>	<b>1.400</b>	<b>100,00</b>	<b>1.317</b>	<b>100,00</b>	<b>2.717</b>	<b>100,00</b>

[Los % de las categorías profesionales están calculados en función del total de trabajadores declarados.]

<b>ESTRUCTURA SOCIOPROFESIONAL DEL ENSANCHE SUR (1878)</b>						
<b>Población mayor de 12 años</b>						
<b>Categoría profesional</b>	<b>Hombres</b>		<b>Mujeres</b>		<b>Total</b>	
	<b>Número</b>	<b>%</b>	<b>Número</b>	<b>%</b>	<b>Número</b>	<b>%</b>
Propietarios y rentistas	31	0,55	7	0,45	38	0,53
Profesiones liberales / Titulados	37	0,66	1	0,06	38	0,53
Industriales	6	0,11	0	0,00	6	0,08
Iglesia / Militares	56	1,00	8	0,51	64	0,89
Servicios y empleados	440	7,84	33	2,11	473	6,59
Pequeño comercio y autónomos	247	4,40	159	10,16	406	5,66
Trabajadores cualificados y artesanos	1.227	21,88	704	44,98	1.931	26,92
Trabajadores agropecuarios	31	0,55	3	0,19	34	0,47
Trabajadores no cualificados	3.047	54,32	241	15,40	3.288	45,83
Servicio doméstico	51	0,91	409	26,13	460	6,41
Sin determinar	436	7,77	0	0,00	436	6,08
<b>Total trabajadores declarados</b>	<b>5.609</b>	<b>97,80</b>	<b>1.565</b>	<b>26,19</b>	<b>7.174</b>	<b>61,26</b>
Sus labores	0	0,00	4.364	73,03	4.364	37,26
Sin oficio	106	1,85	33	0,55	139	1,19
Pensionistas, jubilados y retirados	20	0,35	14	0,23	34	0,29
<b>Total</b>	<b>5.735</b>	<b>100,00</b>	<b>5.976</b>	<b>100,00</b>	<b>11.711</b>	<b>100,00</b>

[Los % de las categorías profesionales están calculados en función del total de trabajadores declarados.]

ESTRUCTURA SOCIOPROFESIONAL DEL ENSANCHE SUR (1905)						
Población mayor de 14 años						
Categoría profesional	Hombres		Mujeres		Total	
	Número	%	Número	%	Número	%
Propietarios y rentistas	18	0,18	5	0,58	23	0,21
Profesiones liberales / Titulados	50	0,50	0	0,00	50	0,46
Industriales	19	0,19	0	0,00	19	0,17
Iglesia / Militares	170	1,70	0	0,00	170	1,57
Servicios y empleados	674	6,74	22	2,54	696	6,41
Pequeño comercio y autónomos	439	4,39	86	9,93	525	4,83
Trabajadores cualificados y artesanos	1.083	10,84	218	25,17	1.301	11,98
Trabajadores agropecuarios	29	0,29	2	0,23	31	0,29
Trabajadores no cualificados	6.716	67,21	101	11,66	6.817	62,78
Servicio doméstico	52	0,52	432	49,88	484	4,46
Sin determinar	743	7,44	0	0,00	743	6,84
<b>Total trabajadores declarados</b>	<b>9.993</b>	<b>97,88</b>	<b>866</b>	<b>8,25</b>	<b>10.859</b>	<b>52,44</b>
Sus labores	0	0,00	9.557	91,05	9.557	46,16
Sin oficio	184	1,80	32	0,30	216	1,04
Pensionistas, jubilados y retirados	32	0,31	42	0,40	74	0,36
Total	10.209	100,00	10.497	100,00	20.706	100,00

[Los % de las categorías profesionales están calculados en función del total de trabajadores declarados.]

<b>ESTRUCTURA SOCIOPROFESIONAL DEL ENSANCHE SUR (1930)</b>						
<b>Población mayor de 14 años</b>						
<b>Categoría profesional</b>	<b>Hombres</b>		<b>Mujeres</b>		<b>Total</b>	
	Número	%	Número	%	Número	%
Propietarios y rentistas	52	0,23	22	0,72	74	0,28
Profesiones liberales / Titulados	311	1,35	18	0,59	329	1,26
Industriales	22	0,10	1	0,03	23	0,09
Iglesia / Militares	927	4,02	22	0,72	949	3,64
Servicios y empleados	5.443	23,62	859	28,22	6.302	24,15
Pequeño comercio y autónomos	874	3,79	116	3,81	990	3,79
Trabajadores cualificados y artesanos	4.162	18,06	669	21,98	4.831	18,52
Trabajadores agropecuarios	64	0,28	0	0,00	64	0,25
Trabajadores no cualificados	9.629	41,78	127	4,17	9.756	37,39
Servicio doméstico	33	0,14	1.210	39,75	1.243	4,76
Sin determinar	1.529	6,63	0	0,00	1.529	5,86
<b>Total trabajadores declarados</b>	<b>23.046</b>	<b>89,75</b>	<b>3.044</b>	<b>10,92</b>	<b>26.090</b>	<b>48,73</b>
Sus labores	0	0,00	24.343	87,36	24.343	45,46
Sin oficio	2.389	9,30	231	0,83	2.620	4,89
Pensionistas, jubilados y retirados	242	0,94	248	0,89	490	0,92
<b>Total</b>	<b>25.677</b>	<b>100,00</b>	<b>27.866</b>	<b>100,00</b>	<b>53.543</b>	<b>100,00</b>

[Los % de las categorías profesionales están calculados en función del total de trabajadores declarados.]



Hoja del empadronamiento municipal de un vecino de la Ronda de Toledo, Barrio  
del Puente de Toledo (Ensanche Sur), 1878

**ADVERTENCIAS.**

El jefe de familia o el padre de las personas que se van a empadronar en esta villa, debe presentar a las autoridades municipales, y en su caso a las de la provincia, un certificado de empadronamiento, en el que conste el nombre, edad, estado civil, profesión, y domicilio de las personas que se van a empadronar, y el nombre y domicilio del jefe de familia o del padre de las personas que se van a empadronar.

La redacción de las personas empadronadas por el jefe de familia, debe ser clara y precisa, y no debe contener errores de ortografía, ni de redacción, ni de numeración, ni de cualquier otro género.

**RECTIFICACION**

de los habitantes de Madrid, verificada en 1.º de Diciembre de 1878.

DISTRITO DE LA LATINA. BARRIO DE Puente de Toledo. CALLE DE Puente de Toledo.

CASA NUM. 4. INQUILINO D. Juan de Dios. ALQUILER MENSUAL DE LA HABITACION 700.

NOMBRES Y APELLIDOS. PADRE Y MATEMOS.	Parientes o relaciones con el jefe de familia.	FECHA DEL NACIMIENTO.			NATURALEZA.		ESTADO.	PROFESION.	Lugar de nacimiento y punto donde se alistó. (1)		Tiempo de residencia en Madrid.	Si está y desde cuándo.
		Día.	Mes.	Año.	PAIS.	PROVINCIA.			PAIS.	LOCALIDAD.		
1.ª Mariana de la Cruz, doña.		29	Agosto	44	Ungaria	Húngara	Viuda	Costurera	Ungaria	Ungaria		
2.ª Mariana de la Cruz, doña.		9	Agosto	50	Ungaria	Húngara	Viuda	Costurera	Ungaria	Ungaria		
3.ª Mariana de la Cruz, doña.		28	Agosto	74	Ungaria	Húngara	Viuda	Costurera	Ungaria	Ungaria		
4.ª Mariana de la Cruz, doña.		3	Agosto	74	Ungaria	Húngara	Viuda	Costurera	Ungaria	Ungaria		
5.ª Mariana de la Cruz, doña.		21	Agosto	78	Ungaria	Húngara	Viuda	Costurera	Ungaria	Ungaria		
6.ª Mariana de la Cruz, doña.		50	Agosto	8	Ungaria	Húngara	Viuda	Costurera	Ungaria	Ungaria		

(1) Se recomienda a los interesados llenar esta casilla con toda exactitud, a fin de evitar omisiones al formar el censo electoral.



- 651 -





## **- BIBLIOGRAFÍA -**

### **Archivos y bibliotecas consultados**

- Archivo de Villa de Madrid
- Archivo General de la Administración
- Archivo Histórico Ferroviario
- Archivo Municipal de Madrid
- Archivo Regional de la Comunidad de Madrid
- Biblioteca de la Fundación de Ferrocarriles Españoles
- Biblioteca Nacional de España
- Cambridge University Library
- Fundación Telefónica
- Hemeroteca Municipal de Madrid
- Instituto de Patrimonio Histórico Español
- Spanish library at University of Cambridge

### **Fuentes contemporáneas**

- *Anuario de electricidad de 1905*, Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional.
- AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Memoria. Información sobre la ciudad. 1929*, Madrid, 1929.
- BERNALDO DE QUIRÓS, Constancio y LLANAS AGUILANIEDO, José María: *La mala vida en Madrid. Estudio psico-sociológico con dibujos y fotografías del natural*, Editor Rodríguez Sierra, Madrid 1901.
- CASTILLO, Santiago (ed.): *Comisión de Reformas Sociales. Información oral y escrita (1889-1893)*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985.

- CERDÁ, Ildefonso: *Cuatro palabras más sobre las dos palabras que D. Pedro Pascual de Uhagón ha dirigido a los propietarios de los terrenos comprendidos en la zona de ensanche de Madrid*, Imprenta de D. Benigno Carranza, Madrid, 1861.
- CHICOTE y DEL RIEGO, César: *El servicio de limpieza (texto impreso). Memoria que eleva al Excmo. Ayuntamiento de Madrid D. César Chicote*, Imprenta de Jaime Ratés, Madrid, 1921.
- CHICOTE y DEL RIEGO, César: *La vivienda insalubre en Madrid. Memoria presentada al Excmo. Sr. Vizconde de Eza, Alcalde Presidente de Madrid, por el director jefe del Laboratorio municipal*, Imprenta municipal, Madrid, 1914.
- CHICOTE y DEL RIEGO, César: *Reorganización del servicio de la limpieza de Madrid (texto impreso)*, Imprenta de Ricardo Fe, Madrid, 1906.
- CHICOTE y DEL RIEGO, César: *La lucha contra la viruela (texto impreso): sobre la preparación de la vacuna en el Laboratorio Municipal de Madrid*, Imprenta municipal, Madrid, 1904.
- CHICOTE y DEL RIEGO, César: *El servicio municipal de la desinfección en Madrid (texto impreso)*, Tipografía moderna, Madrid, 1901.
- DE LA TORRE, Enrique: *Anuario de ferrocarriles españoles*, establecimiento tipográfico de E. Odriozola, Madrid, año IV, 1896.
- *Disposiciones oficiales acerca del Ensanche de las Poblaciones en general y del de Madrid en particular*, Oficina Tipográfica de los Asilos de San Bernardino, Madrid, 1869.
- FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel: *El futuro Madrid: paseos mentales por la capital de España, tal cual es y tal cual debe dejarla transformada la revolución*, Imprenta de la Biblioteca Universal Económica, Madrid, 1868 (edición facsímil de Los Libros de la Frontera, 1975).
- FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel: *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*, La Ilustración Española y Americana, Madrid, 1876 (edición facsímil de Ediciones Monterrey, 1982).
- HAUSER, Philip: *Madrid bajo el punto de vista médico-social*, 2 Vols., Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1902 (edición facsímil de Editora Nacional, 1979).
- LÓPEZ SALLABERRY, J., ARANDA, P.; LORITE, J. y GARCÍA CASCALES, J.: *Informe sobre la urbanización del Extrarradio*, Madrid, 1923.

- MARSILLACH, A.: *Los hoteles del hampa*, El Diluvio, Barcelona, 1899.
- *Memoria de la Junta Municipal de Beneficencia, con una reseña de los actos de la sanidad de esta Corte, acerca de la epidemia de cólera morbo asiático que sufrió esta capital en el año de 1865*, Oficina Tipográfica de los Asilos de San Bernardino, Madrid, 1866.
- MÉNDEZ ÁLVARO, Francisco: *Resumen de la discusión sobre la mortalidad de Madrid leído en sesión pública el 15 de junio de 1882*, Imprenta de Enrique Teodoro, Madrid, 1882.
- MESONERO ROMANOS, Ramón: *Memorias de un Setentón, natural y vecino de Madrid, escritas por El Curioso Parlante*, edición facsímil de La Librería, Madrid, 1995.
- MESONERO ROMANOS, Ramón de: *Proyecto de mejoras generales de Madrid*, Espinosa y Compañía, Madrid, 1846.
- MESONERO ROMANOS, Ramón de: *Trabajos no coleccionados. Tomo I. Reformas de Madrid y su Administración*, Imprenta Hijos de M. G. Hernández, Madrid, 1903 (Edición facsímil de La Librería, 2003).
- PARADA, Diego Ignacio: *Higiene del habitante de Madrid. Advertencias, reglas y preceptos para la conservación de la salud, preservación de las enfermedades y prolongación de la vida en esta Corte*, Imprenta de M. Minuesa, Madrid, 1876.
- PUBLICACIONES PERIÓDICAS:
  1. ABC (1932)
  2. Diario de Avisos de Madrid (1867, 1898)
  3. El Clamor público (1864)
  4. El Contemporáneo (1865)
  5. El Eco del comercio (1846)
  6. El Español (1846)
  7. El Globo (1878, 1905, 1911, 1920, 1921)
  8. El Heraldo (1847)
  9. El Heraldo de Madrid (1920, 1922, 1923, 1924, 1927, 1928, 1932)
  10. El Imparcial (1869, 1870, 1879, 1885, 1889, 1901, 1904, 1927)
  11. El Motín (1923)

12. El Siglo futuro (1878, 1910)
  13. El Sol (1920)
  14. Gaceta de los caminos de hierro (1911)
  15. Herald deportivo (1917, 1919, 1920, 1921)
  16. La Construcción Moderna (1920, 1921)
  17. La Correspondencia de España (1860, 1864, 1866, 1868, 1885, 1907, 1922)
  18. La Correspondencia militar (1927)
  19. La Discusión (1860, 1863, 1864, 1869, 1870)
  20. La Época (1865, 1868, 1870, 1878, 1885)
  21. La Esfera (1920, 1927)
  22. La España (1860, 1865)
  23. La Esperanza (1862, 1863, 1864)
  24. La Iberia (1860, 1862, 1864, 1865, 1884, 1889)
  25. La Libertad (1923, 1927, 1930)
  26. La República, diario federal (1889)
  27. La Unión (1916)
  28. La Voz (1920, 1923, 1925, 1927, 1930)
  29. Luz (1932)
  30. Muchas gracias (1929)
  31. Mundo Gráfico (1921, 1927, 1930)
  32. Nuevo Mundo (1927, 1929, 1930)
  33. Revista ilustrada de banca, ferrocarriles, industria y seguros (1901)
  34. Revista minera (1901)
  35. Standard. Órgano oficial de Standard-Club Madrid (1927, 1928, 1929, 1930)
- *Reglamento general de la Beneficencia Municipal de Madrid y particular de las Casas de Socorro*, Imprenta Municipal, Madrid, 1904.
  - *Reglamento particular para el servicio del Cuerpo Facultativo de la Beneficencia Municipal de Madrid*, Imprenta Municipal, Madrid, 1876.

- REVENGA, Ricardo: *La muerte en Madrid*, Imprenta de Enrique Teodoro y Alonso, Madrid, 1901.
- SÁNCHEZ RUBIO, Eduardo: *Historia de la Beneficencia Municipal de Madrid y medios para mejorarla*, Imprenta a cargo de Ramón Berenguillo, Madrid, 1869.
- SOCIATS, Rafael: *La indigencia en las ciudades y su mejoramiento por la Beneficencia pública*, Imprenta Manuel Azufre, Valencia, 1877.
- VARGAS, Julio: *Madrid ante el cólera*, El Liberal, Madrid, 1885.

### Fuentes literarias

- BALZAC, Honoré de: *Ferragus, chef des Dévorants*, París, 1833, (trad. Marta Hernández).
- BAREA, Arturo: *La forja de un rebelde*, Buenos Aires, 1951.
- BAROJA, Pío: *La lucha por la vida*, Madrid, 1904-1905.
- BLASCO IBÁÑEZ, Vicente: *La horda*, Madrid, 1905.
- CAMBA, Julio: *La ciudad automática*, Madrid, 1932.
- CÉLINE, Louis-Ferdinand: *Voyage au bout de la nuit*, 1932, (trad. Carlos Manzano).
- CRANE, Stephen: *Maggie, a girl of the streets*, Nueva York, 1893, (trad. Carme Font).
- CRANE, Stephen: “El carruaje averiado” en *Tales of New York*, Nueva York, 1900, (trad. David Cruz).
- DICKENS, Charles: “The streets by day” en *The Evening Chronicle*, Londres, 1835.
- DICKENS, Charles: “The old cars” en *The Evening Chronicle*, Londres, 1835.
- DOS PASSOS, John: *Manhattan Transfer*, Nueva York, 1925, (trad. José Robles Pazos).
- LARRA, Mariano José de: *Artículos de costumbres*, Espasa Calpe, Madrid, 2003.
- PÉREZ GALDÓS, Benito: *La desheredada*, Madrid, 1881.
- PÉREZ GALDÓS, Benito: *El doctor Centeno*, Madrid, 1883.
- PÉREZ GALDÓS, Benito: *La de Bringas*, Madrid, 1884.
- PÉREZ GALDÓS, Benito: *Lo Prohibido*, Madrid, 1884-1885.

- PÉREZ GALDÓS, Benito: *Fortunata y Jacinta, dos historias de casadas*, Madrid, 1886-1887.
- PÉREZ GALDÓS, Benito: *Prim. Episodios Nacionales, número 39*, Madrid, 1902-1907.
- PROUST, Marcel: *À la recherche du temps perdu. Du côté de chez Swann*, París, 1913, (trad. Pedro Salinas).
- ROTH, Joseph: “Lo que veo” en *Berliner Börsen-Courier*, 1921, (trad. Juan de Sola).
- ROTH, Joseph: “El hombre resucitado. Medio siglo de reclusión” en *Neue Berliner Zeitung – 12-Uhr-Blatt*, 1923, (trad. Juan de Sola).
- ROTH, Joseph: “Consideraciones sobre el tráfico” en *Frankfurter Zeitung*, 1924 (trad. Juan de Sola).
- ROTH, Joseph: “Declaración a favor del Gleisdreieck” en *Frankfurter Zeitung*, 1924 (trad. Juan de Sola).
- ROTH, Joseph: “Los grandes almacenes grandes de verdad” en *Münchener Neueste Nachrichten*, 1929, (trad. Juan de Sola).
- ROTH, Joseph: “El Berlín de piedra” en *Das Tagebuch*, 1930, (trad. Juan de Sola).
- SOSEKI, Natsume: *Kokoro*, Tokio, 1914, (trad. Carlos Rubio).
- WOOLF, Virginia: *The years*, Londres, 1937, (trad. Andrés Bosch).
- YONNET, Jacques: *Rue des Maléfices. Chronique secrète d'une ville*, 1954, (trad. Julia Alquézar Solsona).
- ZOLA, Émile: *Paris*, París, 1898, (trad. Julio Gómez de la Serna).

### Obras de consulta

- ABREU, Laurinda (coord.): *Asistencia y caridad como estrategias de intervención social: Iglesia, Estado y Comunidad (siglos XV-XX)*, UPV, Bilbao, 2007.
- ACKROYD, Peter: *Londres: Una biografía*, Edhasa, Barcelona, 2002.
- ALBERS, Gerd: “Urban development, maintenance and conservation: planning in Germany (values in transition)” en *Planning Perspectives*, nº 21 (2006), pp. 45-65.

- ALONSO, Luis Enrique y CONDE, Fernando: *Historia del consumo en España: una aproximación a sus orígenes y primer desarrollo*, Debate, Madrid, 1994.
- ÁLVARO MOYA, Adoración: “Redes empresariales, inversión directa extranjera y monopolio: el caso de Telefónica, 1924-1965”, *Revista de Historia Industrial*, nº 34 (2007), pp. 65-96.
- ARBAIZA VILLALONGA, Mercedes: “La construcción social del empleo femenino en España (1850-1935)”, en *Arenal. Revista de historia de las mujeres*, nº 9 (2002), pp. 215-239.
- ARBAIZA VILLALONGA, Mercedes: “La «cuestión social» como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930)”, en *Historia Contemporánea*, nº 21 (2000), pp. 395-458.
- ARBAIZA VILLALONGA, Mercedes: “Orígenes culturales de la división sexual del trabajo en España (1800-1935)” en GÁLVEZ MUÑOZ, Lina y SARASÚA GARCÍA, Carmen: *¿Privilegios o eficiencia?: mujeres y hombres en los mercados de trabajo*, Alicante, Universidad de Alicante, pp. 189-216.
- ARNOLD, Dana: *Re-presenting the metropolis: Architecture, urban experience and social life in London, 1800-1840*, Ashgate, Aldershot, 2000.
- ARRIBAS MACHO, José María: “Antecedentes de la sociedad de consumo en España: de la dictadura de Primo de Rivera a la II República”, en *Política y sociedad*, nº 16 (1994), pp. 149-168.
- ARROYO MARTÍN, Víctor: *La Banca en España en el período de entreguerras (1920-1935). Un modelo de modernización y crecimiento*, Archivo Histórico BBVA, Bilbao, 2003.
- ATKINSON, David y COSGROVE, Denis: “Urban Rhetoric and Embodied Identities: City, Nation, and Empire at the Vittorio Emanuele II Monument in Rome, 1870-1945” en *Annals of the Association of American Geographers*, nº 88 (1998), pp. 28-49.
- AUBANELL JUBANY, Ana: “La competencia en la distribución de electricidad en Madrid (1890-1913)”, en *Revista de historia industrial*, nº 2 (1992), pp. 143-172.
- AUBANELL JUBANY, Ana: “La élite de la clase trabajadora. Las condiciones laborales de los trabajadores de las eléctricas madrileñas en el período de entreguerras”, en *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, nº 119 (17), 2002.

- AZORÍN, Francisco y GEA ORTIGAS, María Isabel: *La Castellana, escenario de poder: del palacio de Linares a la Torre de Picasso*, La Librería, Madrid, 1990.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid en el siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1978.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel: *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid, 1856-1866*, Universidad Complutense, Madrid, 1981.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Consejería de Cultura, Madrid, 2 Vols., 1986.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Comunidad de Madrid-Alfoz, Madrid, 2 Vols., 1989.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel, MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús y REY REGUILLO, Fernando: *La Cámara de Comercio e Industria de Madrid (1887-1987). Historia de una institución centenaria*, Cámara de Comercio, Madrid, 1989.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel (dir.): *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España, 1700-1936: el correo, el telégrafo y el teléfono*, Ministerio de Obras Públicas, Transporte y Medio Ambiente, Madrid, 1993.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel (Coord.): *Historia de España. Siglo XX, 1875-1939*, Cátedra, Madrid, 2000.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel, MARTÍNEZ LORENTE, Gaspar y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *Atlas histórico de las comunicaciones en España: 1700-1998*, Correos y Telégrafos, Madrid, 2002.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel y MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús Antonio: *Historia de España. Siglo XIX*, Cátedra, Madrid, 2005.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “Comunicaciones” en VV. AA.: *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida*” dirigida por José M<sup>a</sup> JOVER ZAMORA, Tomo XXXIII, Espasa Calpe, Madrid, 1997, pp. 519-542.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel: “El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)” en *Estudios de Historia Social*, nº 15, (1980), pp. 143-175.



- BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana” en FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo: *España. Autonomías*, Espasa, Madrid, 1989, pp. 517-613.
- BAHAMONDE MAGRO, Ángel y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Madrid, de capital imperial a región metropolitana. Cinco siglos de terciarización” en *Economía de las Comunidades Autónomas: Madrid, Papeles de Economía Española*, nº 18, (1999), pp. 18-30.
- BALL, Michael y SUNDERLAND, David: *An economic history of London (1800-1914)*, Routledge, Londres y Nueva York, 2001.
- BALLESTEROS DONCEL, Esmeralda y MARTÍNEZ VARA, Tomás: “La evolución del empleo en el sector ferroviario español (1893-1935)” en *Revista de Historia Económica*, año XIX, nº 3, (2001), pp. 637-677.
- BARREIRO PEREIRA, Paloma: *Casas baratas. La vivienda social en Madrid (1900-1939)*, COAM, Madrid, 1992.
- BASCUÑÁN AÑOVER, Óscar: *Protesta y supervivencia: movilización y desorden en una sociedad rural: Castilla-La Mancha, 1875-1923*, Centro Francisco Tomás y Valiente, Valencia, 2008.
- BASS WARNER, Sam: *Streetcar suburbs. The process of growth in Boston (1870-1900)*, Harvard University Press, Massachusetts, 1962.
- BEASCOECHEA GANGOITI, José María; GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y NOVO LÓPEZ, Pedro A. (eds.): *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2006.
- BERMAN, Marshall: *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Siglo XXI, Madrid, 1988.
- BERNAL, Antonio Miguel y PAREJO BARRANCO, Antonio: *La España liberal (1868-1913): Economía*, Síntesis, Madrid, 2001.
- BETRÁN PÉREZ, María Concepción: “Difusión y localización industrial en España durante el primer tercio del siglo XX”, en *Revista de Historia Económica*, nº 17 (1999), pp. 663-696.
- BONET CORREA, Antonio (ed.): *Plan Castro*, COAM, Madrid, 1978.
- BONET CORREA, Antonio (coord.): *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano*, Universidad Complutense, Madrid, 1982.

- BONMATÍ ANTÓN, José Fermín: *La emigración alicantina a Argelia*, Universidad de Alicante, Alicante, 1988.
- BORDERÍAS MONDÉJAR, Cristina (ed. lit.): *Género y políticas del trabajo en la España contemporánea (1836-1936)*, Icaria, Barcelona, 2007.
- BORDERÍAS MONDÉJAR, Cristina: *Entre líneas. Trabajo e identidad femenina en la España Contemporánea. La Compañía Telefónica (1924-1980)*, Icaria, Barcelona, 1993.
- BORRAS LLOP, José María (coord.): *Historia de la infancia en la España contemporánea, 1834-1936*, Madrid, Ministerio de Trabajo y asuntos Sociales, 1996.
- BORRAS LLOP, José María: “Antes de nacer sabíamos trabajar: Absentismo escolar y trabajo infantil en el Madrid rural del primer tercio del siglo XX”, *Historia agraria: Revista de agricultura e historia rural*, nº 20 (2000) pp. 169-194.
- BOTREL, Jean-François: *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Pirámide, Madrid, 1993.
- BOWIE, Karen (Ed.): *La modernité avant Haussmann. Formes de l'espace urbain à Paris (1801-1853)*, Editions Recherches, París, 2000.
- BRANDIS GARCÍA, María Dolores: *El paisaje residencial en Madrid*, MOPU, Madrid, 1983.
- BRANDIS, Dolores y MAS, Rafael: “La Ciudad Lineal y la práctica inmobiliaria de la Compañía Madrileña de Urbanización, 1894-1931” en *Ciudad y Territorio. Revista de ciencia urbana*, nº 3 (1981), pp. 41-76.
- BROOKER, Peter y THACKER, Andrew (eds.): *Geographies of modernism: literatures, cultures, spaces*, Routledge, Abingdon, 2005.
- BURGALETA, Agustín: *Madrid, 101 años de tranvías*, Proyecto Brainstorm, Madrid, 1988.
- CABERO, Juan Antonio: *Historia de la cinematografía española (1896-1949)*, Gráficas Cinema, Madrid, 1949.
- CALVO, Ángel: “Telefónica toma el mando: Monopolio privado, modernización y expansión de la telefonía en España, 1924-1945”, *Revista de Historia Industrial*, nº 32 (2006), pp. 69-98.
- CAMPS, Enriqueta: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1995.

- CAMPS CURÁ, Enriqueta: “Trabajo infantil y estrategias familiares durante los primeros estadios de la industrialización catalana (1850-1925): Esbozos a partir del estudio de un caso”, *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 24 (2002), pp. 263-280.
- CANDELA SOTO, Paloma: *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida (1888-1927)*, Tecnos, Madrid, 1997.
- CANDELA SOTO, Paloma: “Trabajo y organización en la industria del tabaco: las cigarreras madrileñas, 1890-1920” en *Sociología del trabajo*, nº 20, (1994), pp. 91-116.
- CANDELA SOTO, Paloma: “La mecanización toma el mando: la fabricación de materiales cerámicos para la construcción, Madrid 1890-1960”, en *Sociología del Trabajo*, nº 55 (2005), pp. 49-92.
- CANDELA SOTO, Paloma: “El trabajo doblemente invisible. Mujeres en la industria madrileña del primer tercio del siglo XX”, en *Historia Social*, nº 45 (2003), pp. 139-159.
- CÁNOVAS BELCHÍ, Joaquín T.: “1896-1914. Primeros años del cinematógrafo en Madrid” en DE LA MADRID, Juan Carlos: *Primeros tiempos del cinematógrafo en España*, Ediciones Trea, Oviedo, 1996, pp. 53-64.
- CAPEL MARTÍNEZ, Rosa María: *La mujer española en el mundo del trabajo, 1900-1930*, Fundación Juan March, Madrid, 1980.
- CARASA SOTO, Pedro: *Historia de la beneficencia en Castilla y León. Poder y pobreza en la sociedad castellana*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1991.
- CARASA SOTO, Pedro: *Pauperismo y revolución burguesa: Burgos (1750-1900)*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1987.
- CARBAJO ISLA, María Fernanda: *La población de la villa de Madrid desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1987.
- CARBAJO ISLA, María Fernanda: “La inmigración a Madrid (1600-1850)” en *REIS (Revista Española de Investigaciones Sociológicas)*, nº 32, (1985), pp. 67-100.
- CARBALLO BARRAL, Borja: *Los orígenes del Moderno Madrid. El Ensanche Este (1860-1878)*, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es:6336, 2007.
- CARBALLO BARRAL, Borja: “El despertar de una gran ciudad: Madrid” en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 32 (2010), pp. 131-152.
- CARBALLO BARRAL, Borja: “El nacimiento de un nuevo Madrid. El Ensanche Este (1860-1878). El distrito de Salamanca” en *Actas de las VII Jornadas de Castilla-La*

*Mancha sobre investigación en archivos*, ANABAD-Asociación de Amigos del AHPGU, Toledo, 2007, Vol. 1, pp. 193-212.

- CARBALLO BARRAL, Borja; PALLOL TRIGUEROS, Rubén; VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Editorial Complutense, Madrid, 2008.
- CARBALLO, Borja, GONZÁLEZ, Daniel, PALLOL, Rubén, SAN ANDRÉS, Javier y VICENTE, Fernando: “Al calor del *moderno Madrid*. La capital y su *hinterland*, hacia la recomposición de la red urbana del interior (1860-1885)” en NICOLÁS MARÍN, María Encarna y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Carmen: *Ayeres en discusión: temas clave de Historia Contemporánea hoy*, recurso electrónico, 2008.
- CARBALLO BARRAL, Borja, VICENTE ALBARRÁN, Fernando y PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “La ciudad de las oportunidades. Inmigración, vida y trabajo en el Madrid de la Restauración” en *II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea*, Granada, 2009.
- CARBALLO BARRAL, Borja: “La beneficencia municipal de Madrid en el cambio de siglo: El funcionamiento de las casas de socorro” en *Modernizar España. 1898-1914. Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras*, Congreso Internacional UCM, Madrid, 2006, ISBN: 84-689-8305-5.
- CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier (coord.): *Estadísticas históricas de España: siglos XIX y XX*, Fundación BBVA, Bilbao, 2005.
- CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier: *Historia económica de la España contemporánea*, Crítica, Barcelona, 2004.
- CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier: “La gran empresa en España (1917-1974). Una primera aproximación”, en *Revista de historia industrial*, nº 3 (1993), pp. 127-175.
- CASTELLS ARTECHE, Luis: *Modernización y dinámica política en la sociedad guipuzcoana de la Restauración: 1876-1915*, Siglo XXI, Madrid, 1987.
- CASTELLS ARTECHE, Luis: *Los trabajadores en el País Vasco (1876-1923)*, Siglo XXI, Madrid, 1993.
- CASTELLS ARTECHE, Luis: *El rumor de lo cotidiano: estudios sobre el País Vasco contemporáneo*, Servicio Editorial UPV, Bilbao, 1999.
- CASTELLS ARTECHE, Luis: “La Bella Easo: 1864-1936”, en ARTOLA, Miguel: *Historia de Donostia, San Sebastián*, Nerea, San Sebastián, 2000, pp. 283-386.

- CASTELLS ARTECHE, Luis y RIVERO BLANCO, Antonio: “Vida cotidiana y nuevos comportamientos sociales (El País Vasco, 1876-1923)”, *Ayer*, nº 19 (1995), pp. 135-164.
- CASTILLO, Santiago y OLIVER, Pedro: *Las figuras del desorden. Heterodoxos, proscritos y marginados. Comunicaciones al V Congreso de Historia Social, Siglo XXI*, Madrid, 2006.
- CASTILLO, Santiago y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (coords.): *Prensa obrera en Madrid. 1855-1936*, Alfoz-Comunidad Autónoma de Madrid-Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1987.
- CATALÁN, Jordi: “El siglo europeo de Ford y los límites del fordismo”, *Revista de Historia Industrial*, nº 33 (2007), pp. 167-186.
- CAYÓN GARCÍA, Francisco: *Un análisis del sector eléctrico en Madrid a través de las empresas Hidroeléctrica Española, Electra Madrid y Unión Eléctrica Madrileña (1907-1936)*, Fundación Empresa Pública, Madrid, 1997.
- CAYÓN GARCÍA, Francisco: “Hidroeléctrica Española: un análisis de sus primeros años de actividad (1907-1936)”, en *Revista de Historia Económica*, nº 20 (2002), pp. 301-334.
- CHANDLER, Alfred D. (jr.): *Scale and scope. The dynamics of industrial capitalism*, The Belknap press of Harvard University Press, Cambridge, 1990.
- CHANDLER, Alfred D.: *La mano invisible. La revolución en la empresa norteamericana*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1987.
- CIURÓ, Joaquín: *Historia del automóvil en España*, CEAC, Barcelona, 1994.
- CLARK, Peter (ed.): *The Cambridge Urban History of Britain, vol. 2, 1540-1840*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000.
- COLLINI, S., WHATMORE, R. and YOUNG, B. (eds.): *History, religion and culture: British intellectual history, 1750-1950*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000.
- COMÍN, Francisco (et. Al.): *150 años de historia de los ferrocarriles españoles*, Anaya y Fundación de los Ferrocarriles Españoles, Madrid, 1998, 2 Vols.
- COMÍN, Francisco y MARTÍN ACEÑA, Pablo (eds.): *La empresa en la historia de España*, Civitas, Madrid, 1996.
- COMÍN, Francisco y MARTÍN ACEÑA, Pablo: *Los rasgos históricos de las empresas en España: un panorama*, Fundación empresa pública, Madrid, 1996.

- CROOK, Tom: "Accommodating the outcast: common lodging houses and the limits of urban governance in Victorian and Edwardian London", en *Urban History*, nº 35, Vol. 3 (2008), pp. 414-436.
- CROOK, Tom: "Schools for the moral training of the people: Public baths, liberalism and the promotion of cleanliness in Victorian Britain" en *European Review of History/Revue européenne d'Histoire*, nº 13 (2006), pp. 21-47.
- CROSSICK, Geogrey y JAUMAN, Serge: *Cathedrals of consumption. The European department store (1850-1939)*, Ashgate Publishing, Aldershot, 1999.
- CUEVAS DE LA CRUZ, Matilde: *Las mujeres prostitutas en el Madrid del siglo XIX. Control, espacios y formas de vida*, Tesis doctoral, inédita, UNED, Madrid, 2005.
- DE LA CALLE VELASCO, María Dolores: *La comisión de reformas sociales 1883-1903: política social y conflicto de intereses en la España de la Restauración*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1989.
- DE LA FUENTE NÚÑEZ, Rubén: *Evolución histórica de Segovia, 1900-1936*, Trabajo Académico de Tercer Ciclo, <http://eprints.ucm.es/7947/1/Segovia.pdf>, 2007.
- DEL MORAL RUIZ, Carmen: *El Madrid de Baroja*, Sílex, Madrid, 2001.
- DE MIGUEL SALANOVA, Santiago: *Del casticismo al cosmopolitismo. El distrito Centro: 1905-1930*, Trabajo fin de Máster, UCM, 2010.
- DENNIS, Richard: *English industrial cities of the nineteenth Century. A social geography*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986.
- DENNIS, Richard: *Cities in Modernity. Representations and productions of metropolitan space (1840-1930)*, Cambridge University Press, Cambridge & New York, 2008.
- DES CARS, Jean y PINON, Pierre: *Paris-Haussmann: "le pari d'Hausmann"*, Éditions du pavillon de l'Arsenal et Picard, París, 1991.
- DÍAZ DÍAZ, María del Sol: "Los aguadores de Madrid" en *Anales del Instituto de Estudios madrileños*, nº 19, (1982), pp. 475-483.
- DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1986.
- DÍEZ RODRÍGUEZ, Fernando: *La sociedad desasistida. El sistema benéfico - asistencial en la Valencia del siglo XIX*, Valencia, Diputación de Valencia, 1993.

- DOMÍNGUEZ, Rafael: *La riqueza de las regiones. Las desigualdades económicas regionales en España, 1700-2000*, Alianza, Madrid, 2002.
- DOUGLAS, Mary: *Purity and danger: An analysis of the concept of pollution and taboo*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1966 (reedición de 2006).
- DRIEVER, Steven L.: “La geografía histórica de las propuestas para la Gran Vía de Madrid, 1860-1905”, *Spagna contemporanea*, nº 29 (2006), pp. 1-24.
- DUBY, George y PERROT, Michelle (dirs.): *Historia de las Mujeres*, Taurus, Vol. 4, Madrid, 1993.
- DYOS, Harold James: *Victorian suburb: a study of the growth of Camberwell*, Leicester Press, Leicester, 1961.
- DYOS, Harold James y WOLFF, Michael: *The Victorian city: images and realities*, 2 Vols., Routledge and Kegan Paul, London and Boston, 1973.
- EAHLAM, Chris: *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, Alianza, Madrid, 2005.
- EIRAS, A. y REY, O. Rey (eds.): *Las migraciones internas y medium-distance en la Península Ibérica, 1500-1900*, Xunta de Galicia, Santiago de Compostela, 1994.
- ELEB, Monique y DEBARRE, Anne : *L'invention de la habitation moderne. Paris 1880-1914*, Hazan, Archives d'Architecture Moderne, Paris, 1995.
- ESPINA PÉREZ, Pedro: *Historia de la Inclusa de Madrid vista a través de los artículos y trabajos históricos (1400-2000)*, Defensor del Menor de la Comunidad de Madrid, Madrid, 2007.
- ESPINOSA DE ROMERO, Jesús y GONZÁLEZ REGLERO, Juan José (coord.): *1851. La creación del Canal de Isabel II*, 2 Vols., Fundación del Canal Isabel II, Madrid, 2001.
- ESTAPÉ TRIAY, Salvador: *Estrategia y organización de una filial: el caso de Ford Motor Ibérica, 1920-1954*, Fundación Empresa Pública, Madrid, 1998.
- ESTAPÉ TRIAY, Salvador: “Del fordismo al toyotismo: una aproximación al caso de Motor Ibérica: Perspectiva histórica, 1920-1995” en *Economía Industrial*, nº 315 (1997), pp. 185-195.
- ESTEBAN DE LA VEGA, M: *De la Beneficencia a la Previsión. La acción social en Salamanca, 1875-1898*, Diputación Provincial de Salamanca, Salamanca, 1991.

- ESTEBAN DE VEGA, Mariano: “La asistencia liberal española: beneficencia pública y previsión particular” en *Historia social*, nº 13 (1992), pp. 123-138.
- FACIABÉN LACORTE, Patricia: “Los grandes almacenes en Barcelona”, en *Scripta Nova. Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Vol. 7, nº 140 (2003).
- FERNÁNDEZ DE SEVILLA MORALES, Miguel: *La Ciudad Universitaria de Madrid, ochenta años de su historia (1927-2007)*, Edisofer, Madrid, 2008.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *El abastecimiento de Madrid en el reinado de Isabel II*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1971.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: *Epidemias y sociedad en Madrid*, Vicens Vives, Barcelona, 1985.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio (coord.): *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1834-1900): la sociedad, la economía y las formas de vida*, dirigida por J. M<sup>a</sup> JOVER ZAMORA, Tomo XXXIII, Espasa-Calpe, Madrid, 1997.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio: “Modelo demográfico y problemas sanitarios”, *Arbor*, nº 666 (2001), pp. 323-342.
- FLANDERS, Judith: *The invention of murder: How the Victorians revelled in death and detection and created modern crime*, Harper Collins, London, 2011.
- FOURCAUT, Annie (ed.): *Un siècle de banlieue à Paris, 1859-1964*, L’Harmattan, París, 1988.
- FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo; GARCÍA DELGADO, José Luis; JIMÉNEZ, Juan Carlos y JULIÁ DÍAZ, Santos: *La España del siglo XX*, Marcial Pons, Madrid, 2003.
- FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo: *España: la evolución de la identidad nacional*, Temas de hoy, Madrid, 2000.
- FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo: *Un siglo de España: la cultura*, Marcial Pons, Madrid, 1999.
- FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo y PALAFOX, Jordi: *España, 1808-1996: El desafío de la modernidad*, Espasa, Madrid, 1998.
- FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo: *España. Autonomías*, Espasa Calpe, Madrid, 1989.



- FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo: *Política obrera en el País Vasco (1880-1923)*, Turner, Madrid, 1975.
- GAILLARD, Jeanne: *Paris, la ville (1852-1870)*, L'Harmattan, París, 1997.
- GALIANA MARTÍN, Luis: "La Compañía Urbanizadora Metropolitana. Su labor en el Madrid de preguerra" en *Ciudad y Territorio*, nº 71 (1987), pp. 43-54.
- GALLARDO ROMERO, Juan José y OYÓN BAÑALES, José Luis: *El cinturón rojinegro: radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia de Barcelona (1918-1939)*, Carena, Barcelona, 2005.
- GÁLVEZ MÚÑOZ, Lina y SARASÚA GARCÍA, Carmen: *¿Privilegios o eficiencia?: mujeres y hombres en los mercados de trabajo*, Servicio de publicaciones de la Universidad de Alicante, Alicante, 2003.
- GARCÍA ABAD, Rocío: *Historias de emigración: Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2005.
- GARCÍA ABAD, Rocío: "La decisión de emigrar y el papel de las redes migratorias en las migraciones a corta y media distancia", *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, nº 5, 94, (2001).
- GARCÍA ABAD, Rocío: "Un estado de la cuestión de las teorías de las migraciones", *Historia contemporánea*, nº 26 (2003), pp. 329-351.
- GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.): *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Siglo XXI, Madrid, 1992.
- GARCÍA DELGADO, José Luis, SÁNCHEZ JIMÉNEZ, José y TUÑÓN DE LARA, Manuel (eds.): *Los comienzos del siglo XX. La población, la economía, la sociedad (1898-1931)*, Tomo XXXVII de la *Historia de España fundada por Ramón Menéndez Pidal* dirigida por José María Jover Zamora, Espasa-Calpe, Madrid, 1984.
- GARCÍA ROVIRA, Ana María: "Revolución liberal y fuerzas populares: El degüello de los frailes, Madrid, julio de 1834" en *Ejército, pueblo y constitución. Homenaje al general R. del Riego*, Madrid, 1988.
- GARCÍA RUIZ, José Luis: *Sobre ruedas. Una historia crítica de la industria del automóvil en España*, Síntesis, Madrid, 2003.
- GARCÍA RUIZ, José Luis (coord.): *Historia de la empresa mundial y de España*, Síntesis, Madrid, 1998.

- GARCÍA RUIZ, José Luis y MANERA, Carlos (dirs.): *Historia empresarial de España. Un enfoque regional en profundidad*, LID Editorial Empresarial, Madrid, 2006.
- GARCÍA RUIZ, José Luis y HERNÁNDEZ ANDREU, Juan (coords.): *Lecturas de historia empresarial*, Civitas, Madrid, 1994.
- GIMENO VALLEDOR, Pablo: *El automóvil en España. Su historia y sus marcas*, RACE, Madrid, 1993.
- GÓMEZ-FERRER, Guadalupe (ed.): *Las relaciones de género*, Ayer, nº 17, Madrid, 1995.
- GÓMEZ-FERRER, Guadalupe y SÁNCHEZ, Raquel (ed.): *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional, 1898-1914*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2007.
- GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe: “Las limitaciones del liberalismo en España: El ángel del hogar” en FERNÁNDEZ ALBALADEJO, Pablo y ORTEGA LÓPEZ, Margarita (eds.): *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*. Tomo III. *Política y Cultura*. Alianza, Madrid, 1995, pp. 515-532.
- GÓMEZ MENDOZA, Antonio: *Ferrocarril, industria y mercado en la modernización de España*, Espasa Calpe, Madrid, 1989.
- GÓMEZ MENDOZA, Antonio: “Madrid, centro de la red de comunicaciones” en *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*, nº 666, (2001), pp. 343-358.
- GÓMEZ MENDOZA, Antonio: “Transportes” en JOVER ZAMORA, José María: *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1843-1900). La sociedad, la economía y las formas de vida*, Espasa Calpe, Madrid, 1997, Tomo XXXIII, pp. 467-515.
- GÓMEZ MENDOZA, Antonio: “Los efectos del ferrocarril sobre la economía española (1855-1913)” en *Papeles de economía española*, nº 20, (1984), pp. 155-158.
- GONZÁLEZ ENCISO, Agustín y BATÉS BARCO, Juan Manuel (coords.): *Historia económica de España*, Ariel, Barcelona, 2007.
- GONZÁLEZ LÓPEZ, Javier: *Madrid y su extrarradio. El distrito de Tetuán en el primer tercio del siglo XX*, Trabajo fin de Máster, UCM, 2010.
- GONZÁLEZ PALACIOS, Daniel: *El barrio de Corredera durante la segunda mitad del siglo XIX*, Memoria del Máster de Historia Contemporánea de la UCM, Madrid, 2008.

- GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel: *Bilbao en la formación del País Vasco Contemporáneo (Economía, población y ciudad)*, Fundación BBVA, Bilbao, 1995.
- GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, Karmele (eds.): *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1996.
- GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel (dir.): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, 2 Vols., Fundación BBVA, Bilbao, 2001.
- GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y URRUTIKOETXEA LIZARRAGA, José: *Vivir en familia, organizar la sociedad: familias y modelos familiares. Las provincias vascas a las puertas de la modernización (1860)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2003.
- GONZÁLEZ YANCI, María Pilar: *Los accesos ferroviarios a Madrid. Su impacto en la geografía urbana*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1977.
- GONZÁLEZ YANCI, María del Pilar: “El transporte configurador del desarrollo metropolitano de Madrid: Del inicio del ferrocarril al metro ligero, siglo y medio de historia” en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, nº 46 (2006), pp. 597-640.
- GREEN, David: *Pauper capital. London and the Poor Law (1790-1870)*, Ashgate Publishing, Farnham, 2010.
- GUARDIA, Manuel, MONCLUS, Francisco Javier y OYÓN, José Luis: *Atlas histórico de ciudades europeas. Vol. 1, Península ibérica*, Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona y Fundación Caja de Arquitectos, Barcelona, 1994.
- GUEREÑA, Jean-Louis: “De historia prostitutionis. La prostitución en la España contemporánea”, en *Ayer*, nº 25 (1997), pp. 35-72.
- GUTIÉRREZ GÓMEZ, Diego: *Aquellos tranvías de Madrid*, La Librería, Madrid, 2001.
- HAREVEN, Tamara K.: “Historia de la familia y la complejidad del cambio social”, *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, vol. XIII, nº 1, (1995), p. 99-149.
- HARVEY, David: *Paris, capital of modernity*, Routledge, Taylor & Francis Group, New York, 2006.
- HERNÁNDEZ MARCO, José Luis: “Los precios de los automóviles importados en la España de los años 20” en *Revista de Historia Industrial*, nº 22 (2002), pp. 157-173.

- HERNÁNDEZ MARCO, José Luis: “Las primeras reacciones de las compañías ferroviarias españolas al inicio de la competencia automovilística antes de la Guerra Civil”, en *Revista de Historia Económica*, nº 2 (2002), pp. 335-363.
- HERNÁNDEZ MARCO, José Luis: “La oferta automovilística en España antes del SEAT-600: 1906-1957” en *Economía Industrial*, nº 307 (1996), pp. 131-148.
- HETHERINGTON, Kevin: *The Badlands of Modernity. Heterotopia and social ordering*, Routledge, London & New York, 1997.
- HITCHCOCK, Tim y SHORE, Heather: *The streets of London. From the Great Fire to the great stink*, Rivers Oram Press, London, 2003.
- HOBSBAWN, Eric J.: *Gente poco corriente*, Crítica, Barcelona, 1999.
- HOWLET, Peter: “Evidence of the existence of an internal labour market in the Great Eastern Railway Company, 1875-1905”, en *Business History*, nº 42 (2000), pp. 21-40.
- IBÁÑEZ, Maite, IBARRA, José Luis y ZABALA, Marta: *Del astillero Euskalduna al Palacio de Congresos y de la Música*, Diputación Foral de Vizcaya, Bilbao, 2002.
- INWOOD, Stephen: *City of cities. The birth of modern London*, McMillan, Londres, 2005.
- JACQUEMET, Gérard: *Belleville au XIXe siècle : du faubourg à la ville*, editions l'EHESS, París, 1984.
- JENKINS, Lloyd: “Utopianism and urban change in Perreymond's plans for the rebuilding of Paris” en *Journal of Historical Geography*, nº 32 (2006), 336-351.
- JIMÉNEZ MANCHA, Juan: *Asturianos en Madrid: los oficios de las clases populares (siglos XVI-XX)*, Museo del Pueblo de Asturias, Gijón, 2007.
- JIMÉNEZ MANCHA, Juan: “Los aguadores de Madrid” en *La Aventura de la Historia*, nº 103, (2007), pp. 92-95.
- JOVER ZAMORA, José María (dir.): *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida*, Tomo XXXIII, Espasa Calpe, Madrid, 1997.
- JOVER ZAMORA, José María; FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo y GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe: *España: sociedad, política y civilización (siglos XIX-XX)*, Areté, Barcelona, 2001.
- JOYCE, Patrick: *The rule of Freedom. Liberalism and the modern city*, Verso, London, 2003.

- JUEZ GONZALO, Emerenciana-Paz: *El mundo social de los ferrocarriles españoles de 1857 a 1917*, Servicio de Publicaciones Universidad Complutense de Madrid, 2002.
- JULIÁ DÍAZ, Santos, RINGROSE, David y SEGURA, Cristina: *Madrid, historia de una capital*, Alianza Editorial, Madrid, 1994.
- JULIÁ DÍAZ, Santos: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Siglo XXI, Madrid, 1984.
- KALIFA, Dominique: *Crime et culture au XIXe siècle*, Perrin, Paris, 2005.
- KALIFA, Dominique: “Crime scenes: Criminal topography and social imaginary in Nineteenth-Century Paris” en *French, Historical Studies*, nº 27 (2004), pp. 175-194.
- KOCKA, Jürgen: *White collar workers in America, 1890-1940: a social-political history in international perspective*, London-Beverly Hills, Sage Publications, 1980.
- KOVEN, Seth: *Slumming: sexual and social politics in Victorian London*, Princeton University Press, Princeton, 2004.
- LABOURDETTE, Jean Henri: *Un siècle de carrosserie française*, Edita, Lausanne, 1972.
- LASLETT, Peter: *Household and Family in Past Time*, Cambridge University Press, Cambridge, 1972.
- LEES, Andrew y HOLLEN LEES, Lynn: *Cities and the making of Modern Europe, 1750-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007.
- LEES, Andrew: “Broad views of the urban past in Europe and its extensions” en *Urban History*, nº 34 (2007), pp. 347-352.
- LEVI, Giovanni: “Sobre microhistoria”, en BURKE, Peter: *Formas de hacer historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1996, pp. 119-143.
- LÓPEZ BUSTOS, Carlos: *Tranvías de Madrid*, Aldaba, Madrid, 1993.
- LÓPEZ CARRILLO, José María: *Los orígenes de la industria de automoción en España*, Universidad Europea-CEES, Madrid, 1998.
- LÓPEZ GÓMEZ, Antonio: *Los transportes urbanos de Madrid*, CSIC e Instituto “Juan Sebastián Elcano”, Madrid, 1983.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, José María: *Las ciencias sociales en la Edad de Plata española: el Centro de Estudios Históricos (1910-1936)*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2003.

- LÓPEZ SÁNCHEZ, José María: “El Centro de Estudios Históricos y los orígenes de un moderno sistema científico español”, en PUIG-SAMPER, Miguel Ángel (ed.): *Tiempos de Investigación. JAE-CSIC, cien años de ciencia en España*, CSIC, Madrid, 2007, pp. 121-128.
- MADRAZO, Santos: *El sistema de comunicaciones en España, 1750-1850*, Ed. Turner, Madrid, 1984, 2 Vols.
- MALUQUER DE MOTES, Jordi: *España en la crisis de 1898: de la Gran Depresión a la modernización económica del siglo XX*, Barcelona, Península, 1999.
- MANDLER, Peter: “«Race» and «nation» in mid-Victorian thought” en COLLINI, S., WHATMORE, R. and YOUNG, B. (eds.): *History, religion and culture: British intellectual history, 1750-1950*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, pp. 224-244.
- MARTÍN ACEÑA, Pablo y TITOS MARTÍNEZ, Manuel (eds.): *El sistema financiero en España. Una síntesis histórica*, Editorial Universidad de Granada, Granada, 1999.
- MARTÍNEZ, Josefina: “Cómo llegó el cine a Madrid”, en *Artigrama*, nº 16 (2001), pp. 25-38.
- MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús Antonio: *La desamortización eclesiástica en la villa de Madrid, 1820-1823*, Memoria de Licenciatura de la UCM, 1981.
- MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús Antonio: *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*, CSIC, Madrid, 1991.
- MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A. (dir): *Historia de la Edición en España, 1836-1936*, Marcial Pons, Madrid, 2001.
- MARTÍNEZ RUS, Ana: “La política del libro y las ferias del libro de Madrid (1901-1936)”, *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 25 (2003), pp. 217-234.
- MARTÍNEZ VARA, Tomás: “Salarios y programas de bienestar industrial en la empresa ferroviaria MZA (1915-1935)”, en *Investigaciones de Historia Económica*, nº 4 (2006), pp. 101-138.
- MARTÍNEZ VARA, Tomás: “Los costes laborales y la crisis de la MZA, 1913-1935. Datos y algunas reflexiones”, en *Transportes, servicios y telecomunicaciones*, nº 7 (2004), pp. 103-146.

- MARRIOTT, John: "Sensation of the Abyss: The urban poor and Modernity", en NAVA, Mica y O'SHEA, Alan (eds.): *Modern Times: Reflections on a Century of English Modernity*, Routledge, Londres, 1995, pp. 77-100.
- MAS HERNÁNDEZ, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1982.
- MAS HERNÁNDEZ, Rafael: "La actividad inmobiliaria del marqués de Salamanca en Madrid (1862-1875)" en *Ciudad y Territorio*, nº 3, (1978), pp. 47-70.
- MAURE RUBIO, Miguel Ángel: *La Ciudad Lineal de Arturo Soria*, COAM, Madrid, 1991.
- MAZA ZORRILLA, Elena: *Pobreza y beneficencia en la España contemporánea (1808-1936)*, Ariel, Barcelona, 1999.
- Mc MANUS, Ruth y ETHINGTON, Philip J.: "Suburbs in transition: new approaches to suburban history" en *Urban History*, nº 34 (2007), pp. 317-337.
- MELLER, Helen: *European cities (1890-1930). History, culture and the built environment*, John Wiley & Sons, Chichester, 2001.
- MÉNDEZ PÉREZ, Ester: *La Compañía metropolitano Alfonso XIII: una historia económica (1917-1977)*, UNED, Madrid, 2000.
- MENDIOLA GONZALO, Fernando: *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización. Pamplona (1840-1930)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2002.
- MIKELAREÑA PEÑA, Fernando: "Los movimientos migratorios interprovinciales en España entre 1877 y 1930: áreas de atracción, áreas de expulsión, periodización cronológica y cuencas migratorias" en *Cuadernos aragoneses de economía*, nº 2, (1993), pp. 213-240.
- MIKELAREÑA PEÑA, Fernando: "Las estructuras familiares en la España tradicional: geografía y análisis a partir del Censo de 1860" en *Revista de Demografía Histórica*, nº 3 (1992), pp. 15-62.
- MITCHELL, Brian: *International Historical Statistics. Europe, 1750-2005*, Palgrave MacMillan (6ª edición), London, 2007.

- MONTROYA, María Ángeles y FERNÁNDEZ, Juan Carlos: *La condición obrera hace un siglo: los trabajadores madrileños y la Comisión de Reformas Sociales*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 1991.
- MORA-SITJÁ, Natalia: “Exploring changes in earnings inequality during industrialisation: Barcelona, 1856-1905”, *Discussion papers in economic and social history*, University of Oxford, 2006.
- MORA-SITJÁ, Natalia: “Labour market integration in a pre-industrial economy: Catalonia, 1772-1816”, en *Oxford economic papers*, nº 59 (2007), pp. 156-177.
- MORA-SITJÁ, Natalia: “La inmigración a Madrid a mediados del siglo XIX: una primera aproximación”, en VI Congreso ADEH, Granada, 2004.
- MORENO, A. y RUIZ MARTÍN, Felipe (eds.): *El Banco de España: una historia económica*, Banco de España, Madrid, 1970.
- MUÑOZ LÓPEZ, Pilar: *Sangre, amor e interés: la familia en la España de la Restauración*, Marcial Pons, Madrid, 2001.
- NADAL, Jordi, SUDRIÁ, Carlos y BENAUL, Josep: *Atlas de la industrialización de España, 1750-2000*, Fundación BBVA-Crítica, Bilbao, 2003.
- NADAL, Jordi (ed.): *La cara oculta de la industrialización española: la modernización de los sectores no líderes (siglos XIX y XX)*, Alianza Editorial, Madrid, 1994.
- NADAL, Jordi: *Moler, tejer y fundir. Estudios de Historia Industrial*, Ariel, Barcelona, 1992.
- NADAL, Jordi, CARRERAS, Albert y SUDRIÁ, Carlos: *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, Ariel, Barcelona, 1991.
- NADAL, Jordi y CARRERAS, Albert (coord.): *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)*, Ariel, Barcelona, 1990.
- NADAL, Jordi: “La Hispano de Guadalajara (1917-1936), hijuela no deseada de la barcelonesa Hispano-Suiza”, en LIDA, Clara y PIQUERAS, José Antonio (comps.): *Impulsos e inercias del cambio económico. Ensayos en honor a Nicolás Sánchez-Albornoz*, Biblioteca de Historia Social, Valencia, 2004.
- NASH, Mary: “Identidad cultural de género, discurso de la domesticidad y la definición del trabajo de las mujeres en la España del siglo XIX” en DUBY, Georges y PERROT, Michelle (dirs.): *Historia de las mujeres. El siglo XIX*, Vol. 4, 1993.



- NAVASCUÉS PALACIO, Pedro y ALONSO PEREIRA, José Ramón: *La Gran Vía de Madrid*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2002.
- NEAD, Linda: *Victorian Babylon: People, Streets and Images in Nineteenth-century London*, Yale University Press, New Haven & London, 2000.
- NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985.
- NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: *Las carbonerías y el abastecimiento de combustible a Madrid*, Cámara de Comercio e Industria, Madrid, 1982.
- NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “Mujeres, inmigración y trabajo en Madrid a lo largo del siglo”, en AGUADO, Ana (coord.): *Las mujeres entre la historia y la sociedad contemporánea*, Generalitat Valenciana, 1999, pp. 135-164.
- NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “Las dependientas de comercio: Un ejemplo peculiar de trabajo "femenino" en Madrid, en el primer tercio del siglo XIX” en *La mujer en la historia de España (siglos XVI-XX): actas de las II Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*, Universidad Autónoma, Madrid, 1990, pp. 159-176.
- NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “El mundo asociativo de los dependientes de comercio: sociedades de carácter gremial en Madrid, 1887-1931”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nº 22 (1986), pp. 373-400.
- NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “Evolución comercial de la Gran Vía. I. De Alcalá a la Red de San Luis” en *Establecimientos tradicionales madrileños. Cuaderno IV. A ambos lados de la Gran Vía*, Cámara de Comercio e Industria, Madrid, 1984.
- NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “Las relaciones de género: Imágenes y realidad social” en *Arbor*, nº 666 (2001), pp. 431-460.
- NIELFA CRISTÓBAL, Gloria: “La distribución del comercio en Madrid en la primera década del siglo XX” en *Cuadernos de historia moderna y contemporánea*, nº 4 (1983), pp. 119-139.
- NIETO SÁNCHEZ, José Antonio: *Artisanos y mercaderes: una historia social y económica de Madrid (1450-1850)*, Fundamentos, Madrid, 2006.
- OTERO CARVAJAL, Luis Enrique, CARMONA PASCUAL, Pablo y GÓMEZ BRAVO, Gutmaro: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares, 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003.

- OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Las telecomunicaciones en la España contemporánea, 1855-2000” en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 29, (2007), pp. 119-152.
- OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939” en *España entre repúblicas 1868-1939. Actas de las VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Guadalajara, ANABAD, Vol. 1, 2007, pp. 27-80.
- OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “La reducción de escala y la narratividad histórica”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº extraordinario (2007), pp. 245-264.
- OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “El telégrafo en el sistema de comunicaciones español, 1800-1900” en VV.AA.: *Antiguo Régimen y liberalismo: homenaje a Miguel Artola*, Alianza, Madrid, 1994, Vol. 2, pp. 587-598.
- OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “Ocio y deporte en el nacimiento de la sociedad de masas: la socialización del deporte como práctica y espectáculo en la España del primer tercio del siglo XX”, *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 25 (2003), pp. 169-198.
- OYÓN, José Luis: *La quiebra de la ciudad popular: espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2008.
- PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El distrito de Chamberí, 1860-1880. El nacimiento de una ciudad*, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es:6237, 2004.
- PALLOL TRIGUEROS, Rubén: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2009.
- PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “De la caridad entre vecinos a la asistencia social de las masas urbanas: Avance y límites de la modernización del sistema benéfico madrileño, 1850-1910” en *Modernizar España. 1898-1914. Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras*, Congreso Internacional, UCM, 2006.
- PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Chamberí, ¿un nuevo Madrid? El primer desarrollo del Ensanche Norte madrileño, 1860-1880.”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 24 (2004), pp. 77-98.

- PASCUAL, Pere FERNÁNDEZ, Paloma (coords.): *Del metal al motor. Innovación y atraso en la historia de la industria metal-mecánica española*, Fundación BBVA, Bilbao, 2007.
- PÉREZ FUENTES, Pilar: *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína, 1877-1913*, UPV-EHU, Bilbao, 1993.
- PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ, Pilar: *Ganadores de pan y amas de casa. Otra mirada sobre la industrialización vasca*, UPV-EHU, Bilbao, 2004.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel: “La Comisión de Reformas Sociales y la cuestión social durante la Restauración”, en *De la beneficencia al bienestar social: cuatro siglos de acción social*, Madrid, 1986, pp. 155-166.
- PÉREZ MOREDA, Vicente: “La modernización demográfica, 1800-1930: sus limitaciones y cronología” en SÁNCHEZ ALBORNOZ, Nicolás (coord.): *La modernización económica de España 1830-1930*, Alianza, Madrid, 1985, pp. 25-62.
- PÉREZ YUSTE, Antonio: *La Compañía Telefónica Nacional de España en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Tesis doctoral, Universidad Politécnica de Madrid, 2004.
- PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ, Pilar: “*Ganadores de Pan*” y “*Amas de Casa*”. *Otra mirada sobre la industrialización vasca*, UPV-EHU, Bilbao, 2004.
- PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ, Pilar y PAREJA ALONSO, Arantza: “Envejecer solos o en familia: una aproximación al caso de Bilbao, 1825-1935” en *Revista de Demografía Histórica*, nº 2-3, (1994), pp. 317-341.
- PERKIN, Harold: *The rise of professional society. England since 1880*, Routledge, London, 1989.
- PINOL, Jean-Luc (dir.): *Histoire de l'Europe urbaine. Vol. II. De l'Ancien Régime à nos jours. Expansion et limite d'un modèle*, Éditions du Seuil, Paris, 2003.
- PINOL, Jean-Luc: *Les mondes des villes au XIXe siècle*, Hachette, Paris, 1991.
- PINTO CRESPO, Virgilio (dir.): *Madrid: Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Fundación Caja Madrid, Madrid, 2001.
- PONS PONS, Jerònia: “El seguro de accidentes de trabajo en España: de la obligación al negocio (1900-1940)” en *Investigaciones de Historia económica*, nº 4, (2006), pp. 77-100.

- POOLEY, Colin G. (ed.): *Housing strategies in Europe, 1880-1930*, Leicester University Press, Leicester, 1992.
- POOLEY, Colin G. y TURNBULL, Jean: "Coping with congestion: responses to urban traffic problems in British cities, c. 1920-1960", en *Journal of historical geography*, nº 31 (2005), pp. 78-93.
- POOVEY, Mary: *Making a social body: British cultural formation, 1830-1864*, The University of Chicago Press, Chicago, 1995.
- POPE, Daniel: *The making of modern advertising*, Basic Books, New York, 1983.
- PRADOS DE LA ESCOSURA, Leandro: *El progreso económico de España: (1850-2000)*, Fundación BBVA, Bilbao, 2003.
- PUJOL, Josep: *El pozo de todos los males: sobre el atraso en la agricultura española contemporánea*, Crítica, Barcelona, 2001.
- QUIRÓS LINARES, Francisco: "La construcción del centro urbano: política y especulación en la reforma de la Puerta del Sol (1853-1862)", *Ería: Revista cuatrimestral de geografía*, nº 4 (1983), pp. 81-91.
- RAPPAPORT, Erika Diane: *Shopping for pleasure. Women in the making of London's West End*, Princeton University Press, Princeton y Oxford, 2000.
- REHER, David Sven: *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1970*, Siglo XXI, Madrid, 1988.
- REHER, David Sven: "Urbanization and demographic behaviour in Spain, 1860-1930" en VAN DER WOUDE, Ad; DE VRIES, Jan; HAYAMI, Akira: *Urbanization in History. A process of dynamic interactions*. Clarendon Press, Clarendon Press, Oxford-New York, 1990, pp. 165-185.
- REVUELTA EUGERCIOS, Bárbara: *La Inclusa de Madrid durante la primera mitad del siglo XX: entre los usos de la beneficencia y la demografía de los expósitos. Madrid, 1900-1930*, Trabajo Académico de Tercer Ciclo UCM, Madrid, 2008.
- RINGROSE, David: *España, 1700-1900: el mito del fracaso*, Alianza Editorial, Madrid, 1996.
- RINGROSE, David: *Madrid y la economía española, 1560-1850. Ciudad, Corte y país en el Antiguo Régimen*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.
- RIOYO, Javier: *Madrid: casas de lenocinio, holganza y mal vivir*, Espasa-Calpe, Madrid, 1991.

- RIOYO, Javier: *La vida golfa: historia de las casas de lenocinio, holganza y malvivir*, Aguilar, Madrid, 2003.
- RIVERA BLANCO, Antonio: *La ciudad levítica. Continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*, Vitoria, Diputación Foral de Álava, 1992.
- RIVERO HERRÁIZ, Antonio: *Deporte y modernización: la actividad física como elemento de transformación social y cultural en España (1910-1936)*, Wanceulen editorial deportiva, Sevilla, 2003 (con prólogo de Juan Pablo Fusi Aizpurúa).
- ROBLEDO HERNÁNDEZ, Ricardo: *Economistas y reformadores españoles: la cuestión agraria (1760-1935)*, Ministerio de Agricultura, Madrid, 1993.
- RODGER, Richard y REEDER, David A.: “Industrialisation and the city economy” en DAUNTON, Martin (ed.): *The Cambridge Urban History of Britain*, vol. 3, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, pp. 553-592.
- RODRÍGUEZ CHUMILLAS, Isabel: *Vivir de las rentas: el negocio del inquilinato en el Madrid de la Restauración*, Cyan, Madrid, 2002.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: “*Quien no anuncia no vende.*” *La publicidad y el nacimiento de la sociedad de consumo en la España del primer tercio del siglo XX*, Trabajo Académico de tercer ciclo, Universidad Complutense de Madrid, 2008.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: “SS.MM. el neumático y la gasolina: la extensión del parque automovilístico español en el primer tercio del siglo XX” en *Actas del II Encuentro de Jóvenes investigadores en Historia contemporánea*, Universidad de Granada - Asociación de Historia Contemporánea, 2010.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: “Ocio, consumo y publicidad en España: 1898-1920”, en *Modernizar España (1898-1914). Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras*, UCM, 2006.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: “Anunciar es vender: nacimiento y desarrollo de la publicidad en la España del primer tercio del siglo XX”, en HEREDIA, Iván y ALDUNATE, Óscar (coords.): *Actas del I Encuentro de Jóvenes Investigadores de la AHC*, Zaragoza, 2007.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: “Hábitos de consumo y publicidad en la España del primer tercio del siglo XX, 1900-1936”, en *Actas de las VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos*, ANABAD-Asociación de Amigos del AHPGU, Toledo, 2007, Vol. 1, pp. 213-245.

- RODRÍGUEZ MARTÍN, Nuria: “La publicidad comercial como elemento de modernización en la España del primer tercio del siglo XX”, en *X Congreso de la AHC. Nuevos horizontes del pasado: culturas políticas, identidades y formas de representación*, Universidad de Cantabria, Santander, 2010.
- ROLDÁN LÓPEZ, Santiago, GARCÍA DELGADO, José Luis y MUÑOZ GARCÍA, Juan: *La consolidación del capitalismo en España*, Confederación Española de Cajas de Ahorro, Madrid, 2 Vols., 1973.
- ROWBOTHAM, Judith y STEVENSON, Kim (eds.): *Criminal Conversations: Victorian Crimes, Social panic, and Moral outrage*, Ohio State University Press, 2005.
- RUEDA LAFFOND, José Carlos: *Madrid, 1900: proyectos de reforma y debate sobre la ciudad, 1898-1914*, Universidad Complutense, Madrid, 2001.
- RUIZ, David y BABIANO, José (eds.): *Los trabajadores de la construcción en el Madrid del siglo XX*, Akal-Fundación 1º de Mayo, Madrid, 1993.
- RUIZ DE AZÚA, Estíbaliz: *Los vascos en Madrid a mediados del siglo XIX*, Delegación en Corte - Dpto. de Publicaciones, Madrid, 1995.
- RUIZ PALOMEQUE, Eulalia: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1976.
- RUIZ PALOMEQUE, María Eulalia: *La Urbanización de la Gran Vía*, Ayuntamiento de Madrid, 1985.
- SAN ANDRÉS CORRAL, Javier: *Guadalajara, 1869-1884. El lento despertar de un prolongado letargo*, Trabajo Académico de Tercer Ciclo, UCM, Madrid, 2007.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, Nicolás (coord.): *La modernización económica de España 1830-1930*, Alianza, Madrid, 1985.
- SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel y MARTÍNEZ RÚS, Ana: *La lectura en la España contemporánea*, Arco/Libros, Madrid, 2010.
- SÁNCHEZ MANTERO, Rafael y MONTERO, Feliciano: *Revolución y Restauración. Del Sexenio revolucionario a la guerra de Cuba (1868-1898). Historia de España*, Vol. 13, Espasa Calpe, Madrid, 2004.
- SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid, 1901-1923*, Cinca, Madrid, 2005.

- SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: “De las protestas del pan a las del trabajo: Marginalidad y socialización del fenómeno huelguístico en Madrid (1910-1923)”, *Historia social*, nº 19 (1994), pp. 47-60.
- SANZ GARCÍA, José María: *Madrid, ¿capital del capital español?*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1976.
- SANZ ROZALÉN, V. y PIQUERAS ARENAS, José Antonio (eds.): *En el nombre del oficio. El trabajador especializado: corporativismo, adaptación y protesta*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2005.
- SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Siglo XXI, Madrid, 1994.
- SARASÚA, Carmen: “El oficio más molesto, más duro. El trabajo de las lavanderas en la España de los siglos XVIII-XX”, en *Historia Social*, nº 45 (2003), pp. 53-77.
- SARASÚA, Carmen: “Emigraciones temporales en una economía de minifundio: los montes de Pas, 1758-1888” en *Revista de demografía histórica*, nº 2-3, (1994), pp. 163-181.
- SARASÚA GARCÍA, Carmen: “Aprendiendo a ser mujeres: las escuelas de niñas en la España del siglo XIX”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 24 (2002), pp. 281-300.
- SCHNEER, Jonathan: *London 1900. The Imperial Metropolis*, Yale University Press, New Haven & London, 1999.
- SCHORSKE, Carl E.: *Viena fin-de-siècle: política y cultura*, Gustavo Gili, Barcelona, 1981.
- SERNA, Justo y PONS, Anacleto: *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en la Valencia de mediados del XIX*, Diputación de Valencia, Valencia, 1992.
- SERNA, Justo y PONS, Anacleto: “En su lugar. Una reflexión sobre la historia local y el microanálisis”, en FRÍAS, Carmen y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel: *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 2001, pp. 73-92.
- SERRANO, Carlos y SALAÜN, Serge: *Los felices años veinte. España, crisis y modernidad*, Marcial Pons, Madrid, 2006.
- SHARON, Marcus: *Apartment stories: City and home in nineteenth century Paris and London*, University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1999.

- SHORE, Heather: *Artful Dodgers: Youth and crime in Early Nineteenth-Century London*, Boydell Press, Londres, 1999.
- SHORE, Heather: “«Undiscovered country»: Towards a history of the criminal «underworld»” en *Crimes and Misdemeanours*, nº 1 (2007), pp. 41-68.
- SHORE, Heather: “Cross coves, buzzers and general sorts of prigs. Juvenile crime and the criminal «Underworld» in the Early Nineteenth Century” en *British Journal of Criminology*, nº 39 (1999), pp. 10-24.
- SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: “Las migraciones interiores durante la modernización económica de España, 1860-1930” en *Cuadernos económicos de ICE*, nº 70, (2005), pp. 157-182.
- SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: “Inmigraciones interiores e industrialización: el caso de la ciudad de Zaragoza durante el primer tercio del siglo XX” en *Revista de Demografía Histórica*, nº 21 (2003), pp. 59-92.
- SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: “Las migraciones interiores en España durante los siglos XIX y XX: una revisión bibliográfica”, *Ager, Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, nº 2, 2002, pp. 227-248.
- SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier: “Viajes de corta distancia: una visión espacial de las migraciones interiores en España, 1877-1930” en *Revista de Historia Económica*, nº 2, (2001), pp. 247-283.
- SIMÓN ARCE, Rafael: “*El comunismo del hambre. La cuestión social en Alcalá de Henares: limosna, instrucción y orden (1800-1900)*”, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2007.
- SIMÓN RUIZ, Ana: *Historia de una empresa centenaria: Viena-Capellanes (1873-2002)*, Arias Montano, Madrid, 2003.
- SINCLAIR, Alison: *Sex and society in early Twentieth Century Spain: Hildegart Rodríguez and the World League for Sexual Reform*, University of Wales Press, 2007.
- SOUBEYROUX, Jacques: “Pauperismo y relaciones sociales en el Madrid del siglo XVIII” en *Estudios de historia social*, nº 12 y 13, (1980), pp. 7-227.
- SOUBEYROUX, Jacques: “El encuentro del pobre y la sociedad: asistencia y represión en el Madrid del siglo XVIII” en *Estudios de historia social*, nº 20-21, (1982), pp. 7-225.



- TATJER, Mercedes: “La vivienda popular en el Ensanche de Barcelona”, en *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, Vol. VII, nº 146 (2003).
- TEDDE DE LORCA, Pedro: “Las compañías ferroviarias en España (1855-1935)”, en ARTOLA, Miguel (dir.): *Los ferrocarriles en España, 1844-1943*, Banco de España, Madrid, Vol. II, pp. 9-354.
- TEDDE DE LORCA, Pedro: “La banca privada española durante la Restauración”, en TORTELLA CASARES, Gabriel (dir.): *La Banca española en la Restauración*, Servicio de Estudios del Banco de España, 1974, vol. I, pp. 217-455.
- TEDDE, Pedro y AUBANELL, Ana María: “Hidroeléctrica Española, 1907-1936”, en ANES, Gonzalo: *Un siglo de luz. Historia empresarial de Iberdrola*, Iberdrola-Ediciones El Viso, Madrid, 2006, pp. 193-277.
- THACKER, Andrew: *Moving through Modernity: Space and geography in Modernism*, Manchester University Press, Manchester, 2003.
- TIRADO FABREGAT, Daniel A.; PONS, Jordi y PALUZIE, Elizenda: “Economic integration and industrial location. The case of Spain before World War I”, en *Journal of Economic Geography*, nº 2 (2002), pp. 343-363.
- TORO MÉRIDA, Julián: “El modelo demográfico madrileño” en *Historia 16*, nº 59 (1981), pp. 44-51.
- TORTELLA, Gabriel: *El desarrollo de la España Contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*, Alianza, Madrid, 1994.
- TORTELLA, Gabriel: *Los orígenes del capitalismo español*, Tecnos, Madrid, 1976.
- TORTELLA CASARES, Gabriel y JIMÉNEZ, Juan Carlos: *Historia del Banco de Crédito Industrial*, Alianza Editorial, Madrid, 1986.
- TUSELL, Javier y SÁNCHEZ MANTERO, Rafael: *El siglo XIX. De la Guerra de la Independencia a la Revolución de 1868. Historia de España, Vol. 12*, Espasa Calpe, Madrid, 2004.
- UGARTE TELLERÍA, Javier: *La nueva Covadonga insurgente: orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.
- URÍA, Jorge: “El camino hacia el ocio de masas: Las industrias culturales en España antes de 1914” en RIBOT GARCÍA, Luis Antonio y DE ROSA, Luigi (coord.): *Trabajo y ocio en la época moderna*, Actas, San Sebastián de los Reyes, 2001, pp. 139-180.

- URQUIJO Y GOITIA, José Ramón: *La revolución de 1854 en Madrid*, CSIC, Madrid, 1984.
- URQUIJO Y GOITIA, José Ramón: “Condiciones de vida y cólera: la epidemia de 1854-56 en Madrid”, en *Estudios de Historia Social*, nº 15 (1980), pp. 63-142.
- VARA, María Jesús y MAQUIEIRA D’ANGELO, Virginia (coords.): *El trabajo de las mujeres, siglos XVI-XX: VI Jornadas de Investigación Interdisciplinaria sobre la Mujer*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 1996.
- VICENTE ALBARRÁN, Fernando: *Los albores del nuevo Madrid: el distrito de Arganzuela (1860-1878)*, E-Prints Complutense, oai:www.ucm.es: 6238, 2006.
- VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “El nacimiento de un nuevo Madrid. El Ensanche Sur: Arganzuela en 1860” en *Actas de las VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos*, ANABAD-Asociación de Amigos del AHPGU, Toledo, 2007, Vol. 1, pp. 287-310.
- VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “El presagio de un nuevo Madrid. El Ensanche Sur (1860-1878)” en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 31, (2009), pp. 243-264.
- VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “Los barrios de hierro en la gran capital. Trabajadores del ferrocarril y espacio urbano en los padrones municipales de Madrid (1860-1905)”, en *El trabajo y la memoria obrera. IV Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos*, Guadalajara, 2009.
- VICENTE ALBARRÁN, Fernando, CARBALLO BARRAL, Borja y PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Luces y sombras en la gran ciudad: Radiografía de la segregación social en el Madrid del Ensanche (1860-1905)” en *Coloquio sobre la ciudad y la modernización en la España Contemporánea*, Cádiz, 2009.
- VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “De parientes a vecinos: Evolución de las redes de parentesco y la solidaridad familiar en un espacio urbano en transformación: El Ensanche Sur de Madrid (1860-1905)” en LEVI, Giovanni (ed. lit.): *Familias, jerarquización y movilidad social*, Universidad de Murcia, Murcia, 2010, pp. 245-258.
- VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “Pauperismo, pobres y asistencia domiciliaria en el Ensanche Sur de Madrid (1878-1910)” en *Modernizar España. 1898-1914. Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras*, Congreso Internacional UCM, Madrid, 2006, ISBN: 84-689-8305-5.

- VICENTE ALBARRÁN, Fernando, CARBALLO BARRAL, Borja y PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Los motores del crecimiento demográfico de Madrid (1860-1930)” en *IX Congreso de la Asociación de Demografía Histórica*, Azores, 2010.
- VICENTE ALBARRÁN, Fernando, CARBALLO BARRAL, Borja y PALLOL TRIGUEROS, Rubén: “Madrid en 1905: una ciudad segregada socialmente” en *IX Congreso de la Asociación de Demografía Histórica*, Azores, 2010.
- VICENTE ALBARRÁN, Fernando: “Los motores del crecimiento demográfico de Madrid (1860-1930)”, en PAREJA ALONSO, Arantza (ed.): *El capital humano en el mundo urbano. Experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*, Servicio editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 2011, pp. 253-275.
- VIDAL GALACHE, Benicia y VIDAL GALACHE, Florentina: *Bordes y bastardos: una historia de la Inclusa de Madrid*, Compañía Literaria, Madrid, 1995.
- VIDAL GALACHE, Benicia y VIDAL GALACHE, Florentina: *Enfermedad y pobreza en el Madrid del siglo XVIII*, UNED, Madrid, 2006.
- VILLACORTA BAÑOS, Francisco: “Madrid 1900: Sociabilidad, ocio y relaciones sociales”, *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*, nº 666 (2001), pp. 461-494.
- VORMS, Charlotte: “La urbanización marginal del Extrarradio de Madrid: una respuesta espontánea al problema de la vivienda. El caso de La Prosperidad (1860-1930)”, en *Scripta Nova, Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, Vol. 7, nº 146, (2003).
- VORMS, Charlotte: “La génesis de un mercado inmobiliario moderno en la periferia de Madrid (1860-1900)” en BEASCOECHEA GANGOITI, José María, GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y NOVO LÓPEZ, P. (eds.): *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2006, pp. 529-546.
- VV.AA.: *90 años de Metro de Madrid*, La Librería, Madrid, 2010.
- VV. AA.: *Cerdá y su influjo en los ensanches de poblaciones*, Ministerio de Fomento, Centro de Publicaciones, Madrid, 2004.
- VV. AA.: *Establecimientos tradicionales madrileños. El Ensanche Sur y la ribera del Manzanares*. Cuaderno VII, Cámara de Comercio e Industria de Madrid, Madrid, 1986.
- VV. AA.: *Las estaciones ferroviarias de Madrid. Su arquitectura e incidencia en el desarrollo de la ciudad*, COAM, Madrid, 1980.

- VV.AA.: *De la beneficencia al bienestar social: cuatro siglos de acción social*, Madrid, Siglo XXI, 1986.
- WALKOWITZ, Judith: *City of Dreadful Delight: Narratives of sexual danger in Late-Victorian London*, The University of Chicago Press, Chicago, 1992.
- WHITE, Jerry: *London in the 19th Century. A human awful wonder of God*, Vintage books, Londres, 2007.
- WHITEHAND, Jeremy W. R. y CARR, C. M. H.: *Twentieth-century suburbs. A morphological approach*, Routledge, London, 2001.
- WHITEHAND, Jeremy W. R. y CARR, C. M. H.: "The creators of England's inter-war suburbs, en *Urban History*, nº 28 (2001), pp. 218-234.
- WISE, Sarah: *The blackest streets. The life and death of a Victorian slum*, The Bodley head, London, 2008.